HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO

CLAVE DE
LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA Y TEOLOGÍA
ANTIGUA Y MODERNA

Obra completa en cuatro tomos

TOMO I

Editorial Sirio, S.A. – MÁLAGA, 1988

La autora dedica esta obra a la
SOCIEDAD TEOSÓFICA. *Fundada*
En el año 1875, en Nueva York,
para estudiar las materias de que se trata.

NOTA DEL EDITOR

Isis Velo es una obra que hemos deseado editar hace años, pero que por circunstancias sobradamente conocidas por todos, solamente ahora podemos realizar en España.

Consultada la opinión de eruditos en Teosofía, estos han coincidido en que la edición realizada en Barcelona en el año 1912, cuya traducción se debe a Federico Climent Terrer, es la mejor versión en idioma español.

Haciendo nuestras dichas opiniones, hemos aprovechado ese texto, que reproducimos íntegra y fielmente en la presente edición.

Agradecemos públicamente a la Sociedad Teosófica Española la gentileza de habernos facilitado dicho ejemplar. Así como a los señores Eugenio V. Olivares y Saturnino Torra Palá por la desinteresada colaboración prestada y por el esforzado tesón que pusieron para mantener el fuego sagrado de la resurgida Sociedad Teosófica Española.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Siete lustros hace que la cofundadora de la Sociedad Teosófica publicó esta obra, y todavía exhalan sus páginas el aroma de sinceridad en que embebió su pluma. Durante los treinta y cinco años transcurridos desde entonces, ha evolucionado el pensamiento occidental hasta el extremo de confirmar gran número de los vaticinios que con maravillosa intuición formuló Blavatsky respecto al porvenir de la ciencia y de la teología. Por una parte, las academias y universidades han cejado en sus empeños materialistas, y por otra, las iglesias de todas las confesiones han mitigado no poco las crudezas de la intolerancia religiosa. Así es que desde este punto de vista y en cuanto a su aspecto polemístico, resulta hoy ISIS SIN VELO algún tanto anticuada, pero no por ello decrece su mérito, antes bien se acrecienta al considerar el triunfo cada vez más decisivo de las ideas sustentadas por la ilustre teósofa frente al escepticismo dominante en la época en que se valió de su pluma como de ariete para batir brecha en las hasta entonces inexpugnables murallas del materialismo científico. Con todo, hay en esta obra pasajes enteros de inmarcesible frescura y perpetua actualidad que entrañan copiosas enseñanzas, igualmente valederas para el teósofo convencido que para el principiante ávido de conocimientos sobre qué fundamentar sus orientaciones mentales.

La prodigiosa erudición que en el transcurso de la obra alardea sin arrogancias ni presunciones la abnegada apóstol del espiritualismo trascendental, nos ofrece inagotable acopio de datos, fechas, citas, referencias, pruebas documentales y demás elementos de razonadora investigación que sin hipérbole puede considerarse como el arranque y punto inicial de la literatura teosófica contemporánea.

Elena Blavatsky golpeó con su mágica pluma la dura roca del materialismo que orgullosamente se erguía en el desierto de la ciencia atea, y de las entrañas de tan árida peña brotaron las límpidas y salutíferas aguas del oculto manantial en que, sin temor al fango de la superstición ni al cieno del fanatismo, apagan sus ansias de verdad y su sed de conocimiento cuantos se abrasaban entre las ascuas del dogmatismo a la par teológico y científico.

Los descubrimientos realizados por las ciencias experimentales desde la primera edición de esta obra, han corroborado plenamente la coexistencia del espíritu y de la materia, de la vida y de la forma en odas las manifestaciones del universo, tal como desde los orígenes de la raza humana enseñaron los iniciados en la sabiduría esotérica. Precisamente, el tema dominante en ISIS SIN VELO es el reiterado cotejo de la ciencia antigua con las especulaciones modernas para demostrar, según demuestra cada día más incontrovertiblemente el progreso de los tiempos, que toda teoría, toda hipótesis, toda novedad atribuida a los modernos tuvo su precedente invención entre los antiguos.

La arqueología, la lingüística y la mitología comparada aducen diariamente nuevas y más que sobradas pruebas de los conocimientos científicos de aquellas civilizaciones, cuyo espíritu siguió flotando en el ambiente de la humanidad durante los prolongados períodos en que estuvo eclipsada la verdad por las tinieblas de la ignorancia.

En cuanto al ordenamiento de la obra, no la encontrará el lector sujeta al plan rígidamente cuadriculado de los expositores, porque se escribió en días de acerba lucha cuyos fragores no podían dar al ánimo la sosegada placidez que requiere el eslabonado enlace de las materias. Pero entre la aparente incoherencia de los temas, palpita la sinceridad de un espíritu crítico de insuperable potencia que suaviza el rigor inflexible de la lógica con la dúctil amenidad de la sátira, y arremetiendo gallardamente contra el adversario, le hiere con sus propias armas.

Por lo que atañe a la traducción, no hemos alterado en lo más mínimo el pensamiento de la autora, cuyos conceptos quedan fielmente vertidos con el mismo espíritu e intención del

original, aunque acomodando la forma a la índole peculiar de nuestro idioma, de modo que las ideas no aparezcan envueltas en inútiles amplificaciones que dificultarían su comprensión. Al efecto hemos libado, por decirlo así, en el texto inglés, el pensamiento de la autora párrafo por párrafo, para expresarlo después lo más clara y concisamente posible en el idioma de la versión, como si las ideas asumieran nueva forma expresiva sin el más leve detrimento de su prístina originalidad.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

PREFACIO

La obra que sometemos al juicio público es fruto de nuestro trato con los Adeptos orientales y del estudio de su ciencia. La dedicamos a cuantos estén dispuestos a aceptar la Verdad, doquiera que la encuentren, y a defenderla sin temor a vulgares preocupaciones. Su objeto es ayudar al estudiante a descubrir los principios vitales que subyacen en los antiguos sistemas filosóficos.

Este libro es sincero. Hemos procurado que en él resplandezca siempre la justicia, junto a la verdad expuesta sin mala intención ni idea preconcebida. Nos mostramos inexorables frente al error entronizado y no guardamos la más mínima consideración a la autoridad usurpada. Reclamamos para el pasado el honor de sus ejecutorias que se le negó desde hace mucho tiempo; exigimos la restitución de prestadas vestiduras y vindicamos reputaciones tan calumniadas como gloriosas. En este espíritu de crítica están considerados los cultos y credos religiosos y las hipótesis científicas. Hombres, partidos, sectas y escuelas son efémeras de un día. Tan sólo la VERDAD, asentada en diamantina roca, es eterna y suprema.

No creemos en magia alguna que trascienda a la capacidad de la mente humana, ni en "milagro" alguno, divino o diabólico, si por tal se entiende la transgresión de las eternas leyes naturales. No obstante, aceptamos la opinión del sabio autor de *Festus* cuando dice que el corazón humano no se ha revelado todavía completamente a sí mismo ni hemos abarcado ni siquiera comprendido la amplitud de sus poderes. ¿Será exagerado creer que el hombre pueda desplegar nuevas facultades sensitivas y relacionarse mucho más íntimamente con la naturaleza? La lógica de la evolución nos lo dirá si la llevamos hasta sus legítimas conclusiones. Si en la línea ascendente, desde el vegetal o el molusco hasta el hombre más perfecto, ha evolucionado el alma y adquirido sus elevadas facultades intelectuales, no será irrazonable inferir y creer que también en el hombre se está desenvolviendo una facultad perceptiva que le permita indagar hechos y verdades más allá de los límites de nuestra ordinaria percepción. Así no vacilamos en admitir con Biffé, que "lo esencial es siempre lo mismo, ora procedamos cercenando hacia dentro el mármol para descubrir la estatua oculta en su masa, ora hacia fuera levantando piedra sobre piedra hasta terminar el templo. Nuestro NUEVO resultado no es más que una *idea antigua*. La última eternidad encontrará en la primera su alma gemela".

Hace años, cuando en mi primer viaje por Oriente visité sus desiertos santuarios, me preocupaban dos cuestiones que sin cesar oprimían mi mente: ¿*Dónde* está, QUIÉN y QUÉ *es* DIOS? *¿Quién vio jamás el ESPÍRITU inmortal del hombre, para asegurar la inmortalidad humana?*

Precisamente cuando con más ansia pretendía resolver tan embarazosos problemas, trabé conocimiento con ciertos hombres que por sus misteriosos poderes y profunda ciencia merecen, sin disputa alguna, el calificativo de sabios de Oriente. Viva atención presté a sus enseñanzas. Me dijeron que, combinando la ciencia con la religión, pueden demostrarse la existencia de Dios y la inmortalidad del espíritu humano tan fácilmente como un postulado de Euclides. Por vez primera adquirí la seguridad de que la filosofía oriental sólo cabe en la fe absoluta e inquebrantable en la omnipotencia del Yo inmortal del hombre. Aprendí que esta omnipotencia procede del parentesco del espíritu del hombre con Dios o Alma Universal. Éste, dicen ellos, sólo puede demostrarlo aquél. El espíritu del hombre es prueba del Espíritu de Dios, como una gota de agua es prueba de la fuente de donde procede. Si a un hombre que nunca haya visto agua, le decís que existe el océano, deberá creerlo por la fe o rechazarlo por completo. Pero dejad que caiga una gota de agua en su mano, y ya tendrá un hecho, del cual infiera lo demás, y podrá luego comprender poco a poco la existencia de un océano ilimitado e

insondable. La fe ciega dejará de ser una necesidad para él, pues la habrá sustituido con el CONOCIMIENTO. Cuando un hombre mortal despliega facultades inmensas, domina las fuerzas de la naturaleza y dirige la vista al mundo del espíritu, la inteligencia reflexiva queda abrumada por la convicción de que si a tanto alcanza el Yo espiritual de un hombre, las facultades del ESPÍRITU PADRE han de ser comparativamente tan inmensas en magnitud y potencia como el océano respecto a una simple gota de agua. *Ex nihilo nihil fit*. ¡Demostrad la existencia del alma humana por sus maravillosas facultades y demostraréis la existencia de Dios!

En nuestros estudios, aprendimos que los misterios no son tales y nos cercioramos de la realidad de nombres y lugares que los occidentales diputan por fabulosos. Devotamente nos dirigíamos en espíritu al interior del templo de Isis, en Sais, para levantar el velo de "la que fue, es y será"; para mirar a través de la desgarrada cortina del *Sancta Sanctorum* en Jerusalem y a interrogar a la misteriosa Bath-Kol en las criptas del sagrado edificio. La *Filia-Vocis*, la hija de la voz divina, respondía tras el velo desde el propiciatorio (1), y la ciencia, la teología y toda hipótesis humana nacida de conocimientos imperfectos, perdían para siempre ante nuestros ojos su carácter autoritario. El Dios vivo habló por medio del hombre su único oráculo. Estábamos satisfechos. Semejante saber es inapreciable y sólo ha permanecido oculto para quienes lo desdeñaban, ridiculizaban o negaban.

De estos recibimos críticas, censuras y quizás hostilidad, aunque ninguno de los obstáculos encontrados en nuestro camino surge de la validez de las pruebas ni de la autenticidad de hechos históricos ni de la falta de sentido común de aquellos a quienes nos hemos dirigido. El pensamiento moderno va impelido hacia el liberalismo, tanto en religión como en ciencia. Se acerca el día en que los reaccionarios resignen la despótica autoridad que durante tanto tiempo disfrutaron y ejercieron sobre la conciencia pública. Cuando el Papa anatematiza la libertad de la prensa y de la palabra, la supremacía del poder civil y la enseñanza laica (2), el portavoz de la ciencia del siglo diecinueve, Tyndall, le responde diciendo: "Las posiciones de la ciencia son inexpugnables y hemos de libertar del dominio teológico las teorías cosmológicas" (3). No es por lo tanto difícil de prever el final.

Siglos de esclavitud no logran helar la sangre del hombre, alrededor del núcleo de la fe ciega; y el siglo XIX es testigo de los esfuerzos del gigante para romper las cuerdas de los liliputienses y andar por sus pies. Las mismas comuniones protestantes de Inglaterra y América, ocupadas ahora en revisar el texto de sus *Oráculos*, habrán de demostrar el origen y el valor de este texto. Acaban ya los tiempos en que el dogma dominaba al hombre.

Esta obra es, por lo tanto, un alegato en pro de que la filosofía hermética y la antigua y universal Religión de la Sabiduría son la única clave posible de lo Absoluto en ciencia y teología. En prueba de que no se nos oculta la dificultad de nuestra empresa, decimos desde luego que no será extraño que los sectarios arremetan contra nosotros.

Los cristianos verán que ponemos en tela de juicio la pureza de su fe. Los científicos advertirán que medimos sus presunciones con el mismo rasero que las de la Iglesia romana, y que, en ciertos asuntos, preferimos a los sabios y filósofos del mundo antiguo.

Los sabios postizos nos atacarán furiosamente desde luego. Los clericales y librepensadores verán que no admitimos sus conclusiones, sino que queremos el completo reconocimiento de la Verdad.

También tendremos enfrente a los literatos y *autoridades* que ocultan sus creencias íntimas por respeto a vulgares preocupaciones.

Los mercenarios y parásitos de la prensa, que prostituyen su poderosa eficacia y deshonran tan noble profesión, se burlarán fácilmente de cosas demasiado sorprendentes para su inteligencia, pues dan más valor a un párrafo que a la sinceridad. Algunos criticarán honradamente; los más con hipocresía; pero nosotros dirigimos la vista al porvenir.

La lucha entre el partido de la conciencia pública y el de la reacción ha desarrollado una saludable tónica de pensamiento, que en último resultado determinará el triunfo de la verdad sobre el error. Lo repetimos de nuevo. Trabajamos para el alboreante porvenir.

Y al considerar la acerba oposición que ha de darnos en rostro, creemos que el mejor mote para nuestro escudo, al entrar en el palenque, es la frase del gladiador romano: *¡Ave César! Morituri te salutant.*

Nueva York, Septiembre de 1877.

ANTE EL VELO

Juan. Arbolemos en los muros nuestras ondulantes
Banderas. *Rey Enrique VI. Act. IV*. –He consagrado mi vida
Al estudio del hombre, de su destino y de su felicidad". J. R.
BUCHANAN, M. D., *Bosques de Conferencias sobre Antropología*.

Según se nos dice, hace diecinueve siglos que la divina luz del cristianismo disipó las tinieblas del paganismo, y dos siglos y medio que la refulgente lámpara de la ciencia moderna empezó a iluminar la obscura ignorancia de los tiempos. Se afirma que el verdadero progreso moral e intelectual de la raza se ha realizado en estas dos épocas. Que los antiguos filósofos eran suficientemente sabios para su tiempo, pero poco menos que iletrados en comparación de nuestros modernos hombres de ciencia. La moral pagana bastó a las necesidades de la inculta antigüedad, hasta que la luminosa "Estrella de Bethlehem" mostró el camino de la perfección moral y allanó el de la salvación. En la Antigüedad, el embrutecimiento era regla, la virtud y el espiritualismo excepción. Ahora, el más empedernido puede conocer la voluntad de Dios en su palabra revelada; todos los hombres desean ser buenos y mejoran constantemente.

Tal es la proposición: ¿qué nos dicen los hechos? Por una parte, un clero materializado, dogmático y con demasiada frecuencia corrompido; una hueste de sectas y tres grandes religiones en guerra; discordia en lugar de unión; dogmas sin pruebas; predicadores efectistas; sed placeres y riquezas en feligreses solapados e hipócritas, por exigencias de la respetabilidad. Ésta es la regla del día; la sinceridad y verdadera piedad la excepción. Por otra parte, hipótesis científicas edificadas sobre arena; ni en la más sencilla cuestión, acuerdo; rencorosas querellas y envidias; impulso general hacia el materialismo; lucha a muerte entre la ciencia y la teología por la infalibilidad: "Un conflicto de épocas".

En Roma, que a sí propia se llama centro de la cristiandad, el putativo sucesor de Pedro mina el orden social con su invisible pero omnipotente red de astutos agentes, y les incita a revolucionar la Europa a favor de su supremacía de espiritual y temporal. Vemos al que se llama *Vicario de Cristo*, fraternizar con los musulmanes, contra una nación cristiana, invocando públicamente la bendición de Dios para las armas de quienes por siglos resistieron a sangre y fuego las pretensiones del Cristo a la Divinidad. En Berlín, uno de los mayores focos de cultura, eminentes profesores de las modernas ciencias experimentales han vuelto la espalda a los tan encomiados resultados del progreso en el período posterior a Galileo, y han apagado tranquilamente la luz del gran florentino, con intento de probar que el sistema heliocéntrico y la rotación de la tierra son sueños de sabios ilusos: que Newton era un visionario y todos los astrónomos pasados y presentes, hábiles calculadores de fenómenos improbables.

Entre estos dos titanes en lucha, ciencia y teología, hay una muchedumbre extraviada que pierde rápidamente la fe en la inmortalidad del hombre y en la Divinidad, y que aceleradamente desciende al nivel de la existencia animal. ¡Tal es el cuadro actual iluminado por la meridiana luz de esta era cristiana y científica!

¿Fuera de estricta justicia condenar a lapidación crítica al más humilde y modesto autor, por *rechazar enteramente la autoridad de ambos combatientes?* ¿No deberíamos más bien tomar como verdadero aforismo de este siglo, la declaración de Horacio Greeley: "No acepto sin reserva la opinión de ningún hombre, vivo o muerto" (1)? Suceda lo que suceda, ésta será nuestra divisa, y tomaremos este principio por lema y guía constante en la presente obra.

Entre los muchos frutos fenoménicos de nuestro siglo, la creencia de los llamados espiritistas ha brotado de entre las vacilantes ruinas de la religión revelada y de la filosofía

materialista; porque al fin y al cabo es la única que depara posible refugio, a manera de transacción entre ambas. No es maravilla que nuestro soberbio y positivo siglo haya mal acogido a los inesperados espectros de la época anterior al cristianismo. Los tiempos han cambiado de manera extraña, y no ha mucho, un conocido predicador de Brroklyn, decía acertadamente en un sermón que si de nuevo Jesús viniera y hablara en las calles de Nueva York, como en las de Jerusalén, lo llevarían a la cárcel (2). ¿Qué acogida había de esperar, pues, el espiritismo? Lo misterioso y extraño no atrae ni seduce a primera vista. rAquítico como niño amamantado por siete nodrizas, llegará a la adolescencia lisiado y mutilado. Sus enemigos son legión y sus amigos puñado. ¿Por qué así? ¿Cuándo fue aceptada una verdad *a priori*? Los campeones del espiritismo exageraron fanáticamente sus cualidades, y no echaron de ver sus indudables imperfecciones. La falsificación es imposible sin modelo que falsificar. El fanatismo de los espiritistas prueba la ingenuidad y posibilidad de sus fenómenos. Nos dan hechos que debemos investigar; no afirmaciones que debamos creer sin pruebas. Millones de personas razonables no sucumben fácilmente a colectivas alucinaciones. Y así, mientras el clero interpreta tendenciosamente la *Biblia*, y la ciencia promulga *Códigos* acerca de lo posible en la naturaleza, sin dar oídos a nadie, la verdadera ciencia *real* y la *verdadera* religión caminan con majestuoso silencio hacia su futuro desarrollo.

Todo lo referente a los fenómenos descansa en la correcta comprensión de la filosofía antigua. ¿Adónde acudir en nuestra perplejidad sino a los antiguos sabios, desde el momento en que, so pretexto de superchería, los modernos nos niegan toda explicación? Preguntémosles qué conocen de la verdadera ciencia y religión, no en lo concerniente a meros pormenores, sino respecto a los amplios conceptos de estas dos gemelas, tan fuertes cuando unidas como débiles cuando separadas. Además, mucho nos aprovechará comparar la tan encomiada ciencia moderna con la antigua ignorancia, y la teología perfeccionada con la “Doctrina Secreta” de la antigua religión universal. Quizás encontremos así un campo neutral donde relacionarnos ventajosamente con ambas.

La filosofía platónica es el más perfecto compendio de los abstrusos sistemas de la antigua India, y la única que puede ofrecernos terreno neutral. Aunque Platón murió hace veintidós siglos, los intelectuales todavía se ocupan de sus obras. Platón fue, en la plena acepción de la palabra, el intérprete del mundo, el filósofo más grande de la era precristiana, que reflejó fielmente en sus obras el espiritualismo y la metafísica de los filósofos védicos, que le precedieron millares de años. Vyasa, Jaimini, Kapila, Vrihaspati y Sumantu influyeron indeleblemente al través de los siglos en Platón y su escuela. Con esto probaremos que Platón y los sabios de la India tuvieron la misma revelación de la verdad. ¿No prueba su pujanza, contra las injurias del tiempo, que esta sabiduría es divina y eterna?

Platón enseña que la justicia permanece en el alma de su poseedor, y que es su mayor bien. “Los hombres admitieron sus derechos trascendentes en proporción de su inteligencia”. Y sin embargo, los comentadores de Platón desdeñan casi unánimemente los pasajes probatorios de que su metafísica tiene sólidos cimientos y no se funda en especulaciones.

Platón no podía aceptar una filosofía sin aspiración espiritual. Ambas cosas se armonizan en él. El antiguo sabio griego tiene por único objeto de logro el REAL CONOCIMIENTO. Sólo consideraba como filósofos sinceros, o estudiantes de verdad, a quienes poseían la ciencia de las realidades en oposición a las apariencias; de lo *eterno* en oposición a lo transitorio; de lo *permanente* en oposición a cuanto alternativamente crece, mengua, nace y perece. “Más allá de las existencias finitas y causas secundarias de las leyes, ideas y principios, hay una INTELIGENCIA o MENTE (..., nous, el espíritu), principio de los principios; Idea Suprema en que se apoyan las demás ideas; monarca y legislador del universo; substancia primordial de que todas las cosas proceden y a que deben su existencia; Causa primera y eficiente de todo orden, armonía, belleza, excelencia y bondad, que hienche el

universo, a la que llamamos el Supremo Bien el Dios (...) de los dioses (... ... ...)" (3). No es la verdad ni la inteligencia, sino "Padre de ambas". Aunque nuestros sentidos corporales no pueden percibir esta eterna esencia de las cosas, pueden comprenderla cuantos por no ser completamente obtusos quieran comprenderla. "A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos (...) no les es dado... Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden (4).

Asegura el neoplatónico Porfirio, que en los MISTERIOS se enseñaba y comentaba la filosofía de Platón. Muchos han puesto en tela de juicio y aun han negado los misterios; y Lobeck, en su Aglaophomus, llega al extremo de decir que estas sagradas ceremonias sólo servían para cautivar la imaginación. ¿Cómo Atenas y Grecia hubieran acudido durante más de veinte siglos cada cinco años a Eleusis, si los misterios fueran farsa religiosa? Agustín, obispo de Hipona, declara que las doctrinas neoplatónicas son las esotéricas y originales doctrinas de los primeros discípulos de Platón, y diputa a Plotino por un Platón resucitado. También explica los motivos que tuvo el gran filósofo para encubrir el sentido interno de sus enseñanzas (5).

Respecto de los *Mitos*, declara Platón en el *Gorgias* y en el *Phoedon* que son vehículos de grandes verdades muy dignas de aprender; pero los comentadores conocen tan poco al gran filósofo que se ven obligados a confesar que no saben dónde "termina lo doctrinal y empieza lo mítico". Platón desvanecía la popular superstición de la magia y los demonios, y enunciaba las exageradas ideas de su tiempo en teorías racionales y concepciones metafísicas que tal vez no se acomoden al método de raciocinio inductivo establecido por Aristóteles; pero que satisfacen cumplidamente a cuantos se percatan de la elevada facultad del hombre, llamada intuición, que nos da el criterio para conocer la Verdad.

Fundando sus doctrinas en la Mente Suprema, enseña Platón que el *nous,* espíritu, o alma racional del hombre, fue "engendrado por el Padre Divino", y es de naturaleza semejante y homogénea a la Divinidad, y, por lo tanto, capaz de percibir las eternas realidades. La facultad de contemplar la realidad directa e inmediatamente, sólo es propia de Dios, y la aspiración a este conocimiento es la filosofía propiamente dicha, o amor a la sabiduría. El amor a la verdad es inherentemente el amor al bien, y si predomina sobre todo deseo del alma y la purifica por su asimilación con lo divino y dirige las acciones del hombre, le eleva a participar de la Divinidad y le ensalza a semejanza de Dios. "Esta ascensión" dice Platón en el *Theoetetus* "consiste en llegar a parecerse a Dios, y la asimilación se efectúa cuando, por medio de la sabiduría, el hombre es justo y santo".

La base de esta asimilación es siempre la preexistencia del espíritu o *nous*. La alegoría del carro con caballos alados del *Phoedrus*, presenta a la naturaleza psíquica doblemente compuesta del *thumos* o parte *epithumética*, formada de substancias pertenecientes al mundo de los fenómenos, y el ....., *thumoeides,* la esencia enlazada con el mundo eterno. La actual vida terrena es caída y castigo. El alma habita en "la sepultura que llamamos *cuerpo*" y en su estado de encarnación, antes de recibir la disciplina educativa, el elemento espiritual o noético está "dormido". La vida es más bien sueño que realidad. Como los cautivos de la subterránea caverna descrita en *La República*, percibimos únicamente, con la espalda vuelta a la luz, las sombras de los objetos y creemos que son realidades actuales. ¿Acaso no es ésta la idea de *Maya*, o ilusión de los sentidos durante la vida física, rasgo característico de la filosofía budista? Si en la vida material no nos entregamos absolutamente a los sentidos, estas ilusiones despiertan en nosotros la reminiscencia del mundo superior en que ya hemos vivido. "El espíritu interno conserva un vago y obscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que gozara y anhela instintivamente volver a él". Incumbencia de la Filosofía es libertarle de la esclavitud de los sentidos, por medio de la disciplina, y elevarle al empíreo del puro pensamiento, a la visión de la verdad, bondad y belleza eternas. Dice Platón en el *Theoetetus* que "el alma no puede encarnar en cuerpo humano, si antes no ha contemplado la verdad o sea

el conjunto de todo cuanto el alma veía cuando habitaba en la Divinidad, con desprecio de las cosas que decimos que *son*, y la mira puesta en lo que REALMENTE ES. Por lo tanto, sólo el *nous*, o espíritu del filósofo (o amante de la suprema verdad) está dotado de alas, porque con su elevada capacidad retiene estas cosas en su mente, y al contemplarlas diviniza, por decirlo así, a la misma Divinidad. El debido uso de las reminiscencias de la vida primera y el perfeccionamiento en los perfectos misterios lleva al hombre a la verdadera perfección. Entonces está iniciado en la sabiduría divina".

Así comprenderemos por qué las más sublimes escenas de los Misterios eran siempre nocturnas. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico es el día del espiritual. Por esto se adoraba a Dionisio, el sol nocturno, con preferencia a Helios, el sol diurno. Los Misterios simbolizaban la preexistente condición del espíritu y del alma, la caída de ésta en la vida terrena y en el Hades, las miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución a la divina bienaventuranza o reunión con el espíritu. Theón de Esmirna compara acertadamente la disciplina filosófica con los ritos místicos: A este propósito, dice que podemos considerar la filosofía como la iniciación en los verdaderos arcanos y la instrucción en los genuinos Misterios. La iniciación abarca cinco grados: 1º, la purificación previa; 2º, la admisión en los ritos secretos; 3º, la revelación epóptica; 4º, la investidura o entronización; 5º, en consecuencia de los anteriores, la amistad íntima, comunión con Dios y la felicidad dimanante de la comunicación con seres divinos...

Platón llama *epopteia,* o visión personal, la perfecta contemplación de lo aprendido intuitivamente o sean las verdades e ideas absolutas. También considera la coronación como símbolo de la autoridad recibida de los instructores para conducir a otros a la misma contemplación. El quinto grado es la mayor felicidad terrena y, según Platón, consiste en asimilarse a la Divinidad, tanto como cabe en los seres humanos (6).

Tal es el platonismo. Dice Emerson que "de Platón arranca cuanto los pensadores escriben y discuten". En él se resumía la ciencia de su época: la de Grecia, de Filolao a Sócrates; la de Pitágoras en Italia; y la que derivó de Egipto y Oriente. Era una inteligencia tan vasta, que toda la filosofía europea y asiática está comprendida en sus doctrinas, y a su cultura y poder de contemplación añadía temperamento y cualidades de poeta.

Los discípulos de Platón aceptaron, en general, sus teorías psicológicas. Algunos, como Xenócrates, aventuraron atrevidas especulaciones. Espeusipo, sobrino y sucesor del eminente filósofo, fue autor del *Análisis numérico*, o tratado de los números pitagóricos. Algunas de sus especulaciones no están en los *Diálogos* escritos; pero como era oyente de las conferencias orales de Platón, tiene mucha razón enfield al decir que sus opiniones no debían diferenciarse de las de su maestro. Él es, sin duda, el antagonista que Aristóteles critica sin nombrarlo cuando cita el argumento de Platón contra la doctrina de Pitágoras, de que todas las cosas son en sí mismas números, o, mejor dicho, inseparables de la idea de número. Insistía especialmente en demostrar que la doctrina platónica de las ideas difería esencialmente de la pitagórica en que los números y magnitudes existen independientemente de las cosas. También aseguraba que Platón enseñó que no puede existir conocimiento *real*, si el objeto de conocimiento no trasciende a una región superior a lo sensible.

Pero Aristóteles no es testimonio fidedigno, pues adulteró a Platón y casi puso en ridículo las ideas de Pitágoras. Hay una regla de interpretación que debe guiarnos en el examen de toda opinión filosófica. "La inteligencia humana, bajo la necesaria acción de sus propias leyes, está impelida a mantener las mismas ideas fundamentales, y el corazón del hombre a alimentar los mismos sentimientos en toda época". Cierto es que Pitágoras despertó la más profunda simpatía intelectual de su tiempo y que sus doctrinas ejercieron poderosa influencia en Platón. Su idea fundamental es que en las formas, mudanzas y fenómenos del Universo subyace un principio permanente de unidad. Aristóteles asegura que Pitágoras creía y

enseñaba que “los números son los principios primordiales de toda entidad”. Ritter opina que la fórmula de Pitágoras se ha de tomar simbólicamente, y así es sin duda. Aristóteles trata de asociar estos números a las “formas” e “ideas” de Platón y atribuye a éste la afirmación de que “las formas son números, y las ideas existencias substanciales o entidades reales”. Platón no enseñaba tal cosa. Decía que la causa final era la Bondad Suprema (...) “Las ideas son objeto de pura concepción para la razón humana, y atributos de la Razón Divina” (7). No decía que “las formas son números”, sino que, como se lee en el *Timeo*: “Dios formó por primera vez las cosas, según formas y números”.

Reconoce la ciencia moderna que las leyes superiores de la naturaleza asumen la forma de enunciado cuantitativo. Esto es quizás una más explícita afirmación de la doctrina pitagórica. Los números se consideran como la mejor representación de las leyes de armonía que regulan el Cosmos. Sabemos que la teoría atómica y las leyes de combinación están hoy, por decirlo así, arbitrariamente definidas por números. W. Archer Butler dice a este propósito: “El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viva en su desarrollo y una verdadera geometría en su reposo”.

La clave de los dogmas pitagóricos es la fórmula general de unidad en la variedad; lo uno desenvuelve y por completo penetra lo múltiple. Tal es, en compendio, la antigua doctrina de la emanación. El apóstol Pablo la aceptaba asimismo como verdadera. “... ... ...”

De Aquél, por Aquél y en Aquél son y están todas las cosas. Esto es puramente indo y brahmánico.

“Cuando la disolución (Pralaya) llega a su término, el Ser inmenso, Para-Atma, o Para-Purusha, el Señor existente por sí mismo y del cual y por medio del cual todas las cosas fueron son y serán..., quiso emanar de su propia substancia la variedad de criaturas”. (*Manava-Dharma-Shastra*, libro I, dísticos 6 y 7).

La Década mística 1 + 2 + 3 + 4 = 10 expresa esta idea. El 1 simboliza a Dios; el 2 la materia; el 3 la combinación de la Mónada y la Duada que participan de la naturaleza de ambas en el mundo fenomenal; el 4, o forma de perfección, simboliza el vacío; y el 10, o suma de todas las cosas, comprende la totalidad del Cosmos. El universo es la combinación de miles de elementos, y sin embargo es la expresión de un solo espíritu: un caos para los sentidos, un cosmos para la razón.

Todo es induísta en esta combinación y progresión de números en la idea de la creación. Único es el Ser existente por sí mismo, Swayambhu o Swayambhuva, como también se le llama. De sí mismo emana la *facultad creadora*, Brahmâ o Purusha (varón divino), y el *Uno* se convierte en *Dos*; de esta Duada, unión del principio puramente intelectual con el de la materia, procede un tercero, Virdj, el mundo fenomenal. De esta invisible e incomprensible trinidad, la Trimurti brahmánica, procede la segunda tríada, que representa las tres facultades: creadora, conservadora y transformadora, representadas por Brahmâ, Vishnu y Shiva, aunque siempre reunidas en una. Brahmâ, o Tridandin, como se le llama en los *Vedas,* es la *Unidad*, el dios trino y manifestado que da origen al simbólico *Aum,* o Trimurti compendiada. Sólo por medio de esta trinidad, siempre activa y perceptible a nuestros sentidos, puede la invisible y desconocida Mónada manifestarse en el mundo de los mortales. Cuando se convierte en *Sharira*, esto es, cuando asume forma visible, simboliza los principios de la materia y los gérmenes de vida. Entonces es Purusha, el dios trifáceo, o del trino poder, la esencia de la tríada Védica. “Conozcan los brahmanes la sagrada sílaba (Aum), las tres palabras del Savitri, y lean diariamente los *Vedas”.* (*Manu*, libro IV, dístico 125).

“Después de crear el universo, Aquél cuyo poder es incomprensible, se desvaneció absorbido en el Alma Suprema... Restituida a su primera obscuridad la gran Alma, permanece en lo desconocido y carece de forma...

“Cuando de nuevo reúne los sutiles principios elementarios y penetra en algfún germen animal o vegetal, asume en cada uno nueva forma”.

“Así es, que por alternativa de reposo y actividad, el Ser inmutable hace que eternamente revivan y mueran todas las criaturas existentes, activas e inertes”. (*Manu*, libro I, dístico 50 y siguientes).

Quien haya estudiado a Pitágoras y sus teorías respecto de la Mónada que, después de emanar la Duada, se restituye al silencio y a la oscuridad y crea la Tríada, puede descubrir la fuente de donde manan la filosofía del eminente filósofo de Samos, la de Sócrates y la de Platón.

Espeusipo parece haber enseñado que el alma física o thumética era inmortal como el espíritu o alma racional. Más adelante expondremos sus razones. También, como Filolao y Aristóteles en sus disquisiciones sobre el alma, dice que el éter es un elemento y supone cinco elementos principales, correspondientes a las cinco figuras regulares geométricas. Esta enseñanza está tomada de la escuela alejandrina (8). Hay en las doctrinas de los *filaleteos* mucho que no aparece en las obras de los más antiguos platónicos, porque sin duda las enseñaba el maestro con sigilosas reservas, como arcanos que no debían publicarse. Espeusipo y Xenócrates sostuvieron después que el anima mundi o (alma del mundo) no era la Divinidad, sino su manifestación. Estos filósofos jamás atribuyeron al *Uno naturaleza animada* (9). El *Uno* originario no existe en la acepción que damos a la palabra, pues hasta que se desdobló en lo múltiple (existencias emanadas, la mónada y la duada), no tuvo existencia. El ..., el algo manifestado mora igualmente en el centro que en la circunferencia, pero sólo el *Alma del Mundo* es reflejo de la Divinidad (10). En esta doctrina aletea el espíritu del budismo esotérico.

La idea que tiene de Dios el hombre es la deslumbradora luz que ve reflejada en el cóncavo espejo de su propia alma, pero esta imagen no en realidad la de Dios, sino su reflejo. Su gloria está allí, pero el hombre ve a lo sumo la luz de su propio espíritu, que es cuanto puede ver. *Cuanto más limpio esté el espejo, más resplandecerá la imagen divina*. Pero el mundo exterior no puede permanecer allí al mismo tiempo. Para el extático yogui, para el profeta iluminado, el espíritu brilla como el sol del mediodía; para la viciosa víctima de los atractivos terrenos, el resplandor desaparece, porque el grosero aliento de la materia empaña el espejo. Tales hombres reniegan de Dios y quisieran de un golpe privar de alma a la humanidad.

¿Ni DIOS ni ALMA? ¡Horrible y aniquilador pensamiento! Delirante pesadilla del lunático ateo, ante cuya alucinada vista pasa una horrible e incesante serie de chispas de materia cósmica, por *nadie* creadas, que aparecen, existen y se desenvuelven por sí mismas, es decir, por *nada* ni *nadie* y no proceden de *ninguna* parte ni van a *parte alguna*, sin que ninguna Causa las impela en un círculo eterno, ciego, inerte y SIN CAUSA. ¡Qué comparación cabe con el erróneo concepto del nirvâna búdico! El nirvâna va precedido de innumerables transformaciones espirituales y reencarnaciones durante las cuales la entidad no pierde ni por un segundo el sentimiento de su propia individualidad, que persiste durante millones de edades antes de llegar a la *nada* final.

Aunque muchos tienen a Espeusipo por inferior a Aristóteles, el mundo le debe la definición de varios conceptos que Platón dejó confusos en su doctrina acerca de lo sensible y lo ideal. Decía Espeusipo: “Conocemos lo inmaterial por medio del pensamiento científico y lo material por la científica percepción” (11).

Xenócrates expuso muchas teorías y enseñanzas no tratadas por su maestro. Tiene en gran estima la doctrina pitagórica y su matemático sistema de números. Sólo admite tres grados de conocimiento: *pensamiento, percepción* e *intuición*, y dice que el pensamiento se emplea en lo que hay *más allá* de los cielos; la percepción, en las cosas del cielo; y la intuición, en los cielos mismos.

Vemos estas teorías, y casi el mismo lenguaje, en el *Manava-Dharma-Shastra*, cuando habla de la creación del hombre: “Él (el Supremo) exhaló su propia esencia, el soplo inmortal, que *no perece en el ser*, y a esta alma del ser, le dio el Ahankâra (conciencia del *Ego*) o guía soberano. Después dio a aquella alma del ser (hombre), la inteligencia compuesta de tres *cualidades* y cinco sentidos de percepción externa”.

Estas tres cualidades son: entendimiento, conciencia y voluntad, análogas al pensamiento, percepción e intuición de Xenócrates. Expuso más completamente que Espeusipo la relación entre números e ideas, y aventajó a Platón en su doctrina de las *magnitudes indivisibles*. Redujo a sus primitivos elementos ideales las formas y figuras para demostrar que proceden de la indivisible línea. Es evidente que Xenócrates sostiene las mismas teorías de Platón en lo concerniente al alma humana (suponiéndola número), aunque Aristóteles contradiga todas las enseñanzas de este filósofo (12). Esto nos demuestra que Platón expuso oralmente la mayor parte de sus doctrinas y que Xenócrates, y no Platón, fue el autor de la teoría de las magnitudes indivisibles. Deriva el alma de la primera Duada y la llama número semoviente (13). Teofrasto dice que Xenócrates aventajó a los demás platónicos en la exposición de la teoría del alma, sobre la que se basa su doctrina cosmológica, demostrando la necesidad de que en cada punto del espacio universal exista una serie progresiva de seres espirituales animados e inteligentes (14). El alma humana es, según él, un conjunto de las más espirituales propiedades de la Mónada y de la Duada con los principios más elevados de ambas. Como Platón y Pródico, considera potestades divinas a los elementos y los llama dioses, pero ni él ni otros suponen con ello idea alguna antropomórfica. Observa Krische que Xenócrates llama dioses a los elementos para no confundirlos con los demonios del mundo inferior (15) o espíritus elementarios. Como el alma del Mundo penetra todo el Cosmos, los animales han de tener algo divino (16). Lo mismo enseñan los budistas y los herméticos, y Manu concede también alma a las plantas, aun a la más tenue hoja de césped.

De acuerdo con esta teoría, los demonios son seres intermedios entre la perfección divina y la maldad humana (17). Los clasifica en diversas categorías y afirma que el alma individual de cada hombre es su demonio protector y guía y que ningún demonio tiene más poder sobre nosotros que nosotros mismos. Así, el daimonion de Sócrates es la entidad divina que le inspiró durante toda su vida. Del hombre únicamente depende el abrir o cerrar su percepción a la voz divina. A semejanza de Espeusipo, concede inmortalidad al ..., cuerpo psíquico o alma irracional; pero algunos filósofos herméticos han enseñado que el alma únicamente tiene existencia separada y continua cuando, a su paso al través de las esferas se le incorporan algunas partículas terrenas y materiales que, luego de purificada en absoluto, se aniquilan y la quintaesencia del alma se identifica con el espíritu *divino y racional*.

Asegura Zeller que Xenócrates proscribía la carne de animales, no porque en ellos viese, en semejanza con el hombre, una vaga e imperfecta conciencia divina, sino, al contrario, porque "la irracionalidad del alma animal podía influir en el hombre" (18). Pero nosotros creemos que más bien era porque, como Pitágoras, había tenido a los sabios indos por maestros y modelos. Cicerón dice que Xenócrates lo desdeñaba todo, excepto la virtud más elevada (19), y nos lo pinta como hombre de austero carácter (20). “Nuestro más arduo negocio es redimirnos de la esclavitud de la vida senciente y vencer los titánicos elementos de nuestra naturaleza carnal por medio de la divina”. Zeller cita este pasaje (21): “El deber capital es mantenernos puros aun en los más íntimos anhelos de nuestro corazón, y únicamente la filosofía y la iniciación en los Misterios nos lo permitirán cumplir”.

Crantor, otro filósofo de la primera época de la academia platónica, derivaba el alma humana de la substancia raíz de todas las cosas, la Mónada o *Uno,* y la Duada o *Dos*. Plutarco habla extensamente de este filósofo, quien, como su maestro, creía que las almas encarnaban por castigo en los cuerpos.

Aunque algunos críticos opinan que Heráclides no siguió del todo las doctrinas de Platón (22), enseñaba la misma ética. Zeller dice que con Hicetas y Ecfanto admitía la doctrina pitagórica de la rotación de la tierra alrededor de su eje y la inmovilidad de las estrellas fijas, pero que ignoraba la revolución anual de la tierra alrededor del sol y el sistema heliocéntrico (23). Sin embargo, hay pruebas de que en los Misterios se enseñaba este sistema, y que Sócrates fue condenado a muerte por divulgar estas santas enseñanzas, que sus compatriotas tildaron de ateas. Heráclides opinaba lo mismo que Pitágoras y Platón en lo concerniente a las facultades y potencias del alma humana, que describe como esencia luminosa y en alto grado etérea, residente en la vía láctea antes de descender a la generación o existencia sublunar. Los demonios o espíritus son para él seres con cuerpos vaporosos y aéreos.

La doctrina pitagórica de los números, en relación con las cosas creadas, está plenamente expuesta en el *Epinomis*. Como buen platónico, su autor afirma que sólo es posible alcanzar sabiduría por la sagaz investigación de la oculta naturaleza de la creación, pues sólo así aseguraremos feliz existencia después de la muerte. Trata extensamente de la inmortalidad del alma y dice que únicamente podemos inferirla de la perfecta comprensión de los números. El hombre incapaz de distinguir una línea recta de una curva, jamás tendrá el necesario conocimiento para demostrar matemáticamente lo i*nvisible*, por lo que debemos asegurarnos de la existencia objetiva de nuestro cuerpo astral, antes de tener conciencia de que poseemos un espíritu divino e inmortal. Jámblico declara lo mismo y añade que todo esto es un secreto de la más elevada iniciación. “Al Poder-Divino, dice, le indignan todos cuantos revelan la formación del *icostagonus,* o sea el método de inscribir un dodecaedro (24) en una esfera.

La idea de que los números por su gran virtud producen siempre el bien y nunca el mal, se refiere a la justicia, ecuanimidad y armonía. Cuando el autor dice que cada estrella es un alma individual, repite lo que los iniciados indos y los herméticos enseñaron antes y después de él; o sea, que cada astro es un planeta independiente, con alma propia, y que todos los átomos de materia están henchidos del divino flujo del alma del mundo, de modo que respiran, viven, sienten, sufren y gozan de la vida a su manera. ¿Qué físico puede negarlo con pruebas? Por lo tanto, debemos considerar los cuerpos celestes como imágenes de dioses que participan substancialmente de los poderes divinos; y aunque su alma-entidad no es inmortal, su influencia en la economía del universo les da derecho a honores divinos, tales como los que tributamos a los dioses menores.

La idea es clara, y de mala fe procedería quien equivocadamente la expusiese. Si el autor de *Epinomis* coloca a estos ígneos dioses muy por encima de los animales, plantas y hombres a quienes, como criaturas terrenas, les señala ínfimo lugar, ¿quién le probará lo contrario? Preciso es sumergirse en las profundidades de la abstracta metafísica de la antigüedad, para comprender las varias formas de sus conceptos que, después de todo, se fundan en la adecuada comprensión de la naturaleza, atributos y método de la Causa *Primera*.

Además, cuando el autor de *Epinomis* interpone entre los dioses superiores y los inferiores (almas encarnadas) *tres clases de demonios*, y puebla el universo de seres invisibles, es más racional que nuestros modernos sabios, que colocan entre ambos extremos un vacío inmenso donde sólo operan las ciegas fuerzas de la Naturaleza. De estas tres clases de demonios, la primera y la segunda son invisibles y sus cuerpos están formados de puro éter y fuego *(espíritus planetarios)*; los de la tercera clase son generalmente invisibles, pero algunas veces, al concentrarse en sí mismos, son visibles durante pocos segundos. Estos son los espíritus terrenos, o nuestras almas astrales.

Estas doctrinas, estudiadas analógicamente y por correspondencia, condjujeron paso a paso a los antiguos, así como a los modernos filaleteos, a la comprensión de los más grandes misterios. Al borde del negro abismo que separa el mundo espiritual del material, está la ciencia moderna con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia atrás, pareciéndole infranqueable y sin

fondo, aunque tiene en la mano una antorcha que con sólo bajarla a sus profundidades, la sacaría de su error. Pero el tenaz estudiante de filosofía hermética ha tendido un puente a través del abismo.

En sus *Fragmentos de Ciencia*, Tyndall confiesa tristemente: “Si me preguntan si la ciencia ha resuelto, o si es probable que en nuestros días resuelva el problema del universo, dudo al responder”. Y cuando impulsado por un pensamiento posterior, se rectifica después, asegura que la prueba experimental le ha conducido a descubrir en la vilmente calumniada materia, la esperanza y la potencia de los atributos de la vida. Sería tan difícil para Tyndall dar una prueba plena e irrefutable de lo que asegura, como lo hubiera sido para Job clavar un anzuelo en el hocico del liviatán.

Pocas palabras bastarán para evitar al lector la confusión dimanante del uso frecuente de ciertos términos en sentido diverso del acostumbrado. Deseamos no dar lugar a error ni falsedad. La Magia puede tener para unos lectores una significación y distinta para otros. Nosotros le daremos la significación que tiene para los sabios y prácticos orientales, y lo mismo haremos respecto de las palabras *ciencia hermética, ocultismo, hierofante, adepto, brujo*, etc., que por otra parte son de fácil comprensión. Aunque las diferencias entre los términos sean frecuentemente insignificantes, conviene saber su significado, que vamos a dar por orden alfabético.

AKÂSA. – Literalmente en sánscrito significa *firmamento*; pero en su místico sentido, significa el cielo *invisible*, o, como dicen los brahmanes en el sacrificio del Soma *(Gyotishtoma Agnishtoma)*, el dios Akâsa, o dios Firmamento. De los Vedas se infiere que los indos de cincuenta siglos atrás le atribuían las mismas propiedades que los lamas tibetanos de hoy, quienes le consideran como fuente de vida, depósito de toda energía y propulsor de todo cambio en la materia. En estado latente, coincide el Akâsa con nuestra idea del éter universal; en estado de actividad, es el Dios omnipotente y director de todo. En los sacrificios y misterios brahmánicos desempeña el papel de Sadasya, o presidente de los mágicos efectos de las ceremonias religiosas, y tiene su sacerdote propio (Hotar) que toma su nombre. Los sacerdotes de la India y otros países eran antiguamente representantes en la tierra de distintos dioses, y cada uno de ellos tomaba el nombre de la divinidad en cuyo nombre obraba.

El Akâsa es indispensable agente de toda *krityâ* u operación mágica, ya religiosa, ya profana. La expresión brahmánica “excitar el Brahmâ” (*Brahmâ jinvati*), significa despertar el poder latente en el fondo de las operaciones mágicas, pues los sacrificios védicos son magia ceremonial. Este poder del Akâsa o electricidad *oculta*, el *alkahest* de los alquimistas o disolvente universal, la misma *anima mundi*, como luz astral. En el momento del sacrificio está embebida en el espíritu de Brahmâ y mientras aquél se lleva a cabo es el mismo Brahmâ. Éste es evidentemente el origen del dogma cristiano de la transubstanciación. En lo que se refiere a los efectos generales del Akâsa, el autor de una de las obras más modernas de filosofía oculta: *Arte Mágico*, da por vez primera una muy inteligible e interesante explicación del Akâsa, en conexión con los fenómenos atribuidos a su influencia por fakires y lamas.

ALMA. – Es el *nephesh* de la Biblia; el principio vital, el soplo de vida que todos los animales, incluso los infusorios, comparten con el hombre. En las traducciones de la Biblia se interpreta indistintamente por vida, sangre y alma. El texto original del Génesis dice: “No matemos su nephesh” (25). Así en los demás pasajes.

ALQUIMISTAS. – De *Al* y *Chemi*, el fuego o dios Kham de que tomó nombre el Egipto. Los rosacruces medioevales como Roberto Fludd, Paracelso, Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), Van-Helmont y otros, fueron alquimistas que buscaban el *espíritu oculto* en la materia inorgánica. Muchos han acusado a los alquimistas de charlatanería y presunción; pero no cabe tratar de impostores y mucho menos de insensatos a hombres como Rogerio Bacon, Agrippa, Enrique Kunrath, y el árabe Geber, el primero que reveló en Europa algunos secretos químicos.

Los sabios de hoy reedifican las ciencias físicas sobre la base de la teoría atómica de Demócrito, restablecida por John Dalton, sin recordar que Demócrito de Abdera era alquimista de talento bastante para profundizar los secretos de la naturaleza y llegar a ser filósofo hermético. Olaus Borrichias dice que el origen de la Alquimia se pierde en remotísimos tiempos.

ANTROPOLOGÍA. – La ciencia del hombre, subdividida en:

Fisiología, que descubre los misterios de los órganos, y su funcionamiento en el hombre, animales y plantas.

Psicología, que estudia el alma como entidad distinta del espíritu, en sus relaciones con el espíritu y con el cuerpo. La ciencia moderna relaciona generalmente el alma con las condiciones del sistema nervioso, sin atender a su esencia y naturaleza psíquica. Los médicos llaman a la *Psicología* ciencia de la locura, y en las escuelas de medicina dan el nombre de *lunática* a la cátedra de esta ciencia.

CALDEOS o *kasdimos*. – Al principio una tribu y después una casta de sabios cabalistas. Eran los sabios y magos de Babilonia, astrólogos y adivinos. El famoso Hillel, precursor de Jesús en filosofía y ética, era caldeo. Frank, en su *Kabbala*, hace notar la estrecha semejanza de la "doctrina secreta" del *Avesta*, con la metafísica religiosa de los caldeos.

DACTYLOS (*daktulos*, dedo). – Nombre dado a los sacerdotes consagrados al culto de *Kybelê* (Cibeles). Algunos arqueólogos derivan este nombre de ..., dedo, porque los dactylos eran diez, como los dedos de las manos, pero no consideramos correcta esta hipótesis.

DEMIURGOS o Demiurgo. – Artífice; el Poder Supremo que ha construido el universo. Los francmasones derivan de esta palabra su frase de "Gran Arquitecto". El magistrado principal de algunas ciudades griegas llevaba este título.

DEMONIOS. – Nombre dado en los pueblos antiguos, y especialmente por los filósofos alejandrinos, a toda clase de espíritus, buenos y malos, humanos o de otra naturaleza. Con frecuencia este nombre es sinónimo de dioses o ángeles; pero algunos filósofos distinguen entre las diversas clases.

DERVICHES, o "encantadores danzantes". – Aparte de la austeridad de vida y de las prácticas de oración y meditación, los santones mahometanos se parecen muy poco a los fakires indos. Estos pueden llegar a ser *sannyasis* o santos mendicantes; los primeros jamás irán más allá de las fases secundarias de las manifestaciones ocultas. El derviche puede ser también potente hipnotizador, pero jamás se someterá voluntariamente a las abominables y casi increíbles mortificaciones que el fakir se inflige con creciente avidez hasta morir entre lentos y crueles tormentos. Las más horribles operaciones, como desollarse vivo, cortarse los dedos de pies y manos, amputarse las piernas, sacarse los ojos, enterrarse hasta el cuello y pasar así muchos meses, son para ellos juegos de niños. Uno de los tormentos más frecuentes es el *tshiddy-parvâday* (26). Consiste en suspender al fakir de uno de los brazos movibles de una especie de horca que suele verse en las cercanías de los templos. En el extremo de cada uno de estos brazos, hay una polea a la que está arrollada una cuerda con un garfio de hierro pendiente, que se clava en la desnuda espalda del fakir, cuya sangre inunda el suelo, y levantado en alto se le hace girar alrededor de la horca. Desde el primer momento de tan cruel operación, hasta que por su propio peso el cuerpo cede rasgado por el garfio y cae sobre las cabezas de la multitud, ni un solo músculo del rostro del fakir se contrae en lo más mínimo y queda tan tranquilo, grave y reposado como si saliera de un refrigerante baño. El fakir se goza en despreciar los mayores tormentos, porque está convencido de que cuanto más mortifique su cuerpo material, más brillante y santo será en cuerpo espiritual. El derviche no es capaz de infligirse tales torturas.

DIOSES PAGANOS. – El vulgo confunde lastimosamente los dioses con los ídolos del paganismo. Sin embargo, el verdadero concepto expresado en la palabra *dioses,* nada tiene de objetivo ni antropomórfico, pues o bien se refiere a las entidades planetarias y a los espíritus

desencarnados de hombres puros, o bien representa para los iniciados de todas las religiones y escuelas la manifestación visible de una potestad ordinariamente invisible. Cada una de estas ocultas potestades tenía por símbolo el dios bajo cuyo nombre se la invocaba, de suerte que los múltiples dioses de los panteones indio, griego y egipcio son sencillamente representaciones de las potestades invisibles del universo. Cuando en los oficios religiosos invoca el brahmán a la diosa Aditya, representación femenina del sol, actualiza la potencia del espíritu residente en el sol mediante la palabra de poder (*Vâch)* contenida en el mantra empleado en la invocación.

Las potestades espirituales son los *hotares* o vicarios del supremo Ser, mientras que a su vez el brahmán es, en el momento de oficiar, el vicario o embajador en la tierra de la invocada potestad celestial.

DRUIDAS. – Casta sacerdotal que floreció en las Galias y gran Bretaña.

ESENIOS. – De *asa*, el que sana. Secta de judíos que, según Plinio, vivieron cerca del mar Muerto *per millia soeculorum*, durante miles de siglos. Han supuesto algunos si serían fariseos ultrarradicales, y otros, lo que parece más cierto, los tienen por descendientes de los *benim-nabim* de la Biblia, o sean los kenitas y nazaritas. Tenían muchas ideas y prácticas budistas, y es digno de mención que los sacerdotes de la *Gran Madre* en Éfeso, la Diana-Bhavanî de múltiples pechos, llevaban también este nombre. Eusebio y De Quincey dicen que eran los cristianos primitivos y esto es muy probable. El título de *hermano,* usado en la Iglesia primitiva, es de origen esenio. Constituían una comunidad o *koinobión* análoga a la de los primeros conventos. Conviene advertir que únicamente los saduceos o zadokitas, la casta sacerdotal y sus partidarios, perseguían a los cristianos, pues los fariseos eran por lo general indulgentes y con frecuencia se declaraban a favor de aquéllos. Jaime el Justo fue fariseo hasta su muerte; pero Pablo, o *Aher,* fue tenido por hereje.

ESPÍRITU. – Mucha confusión ha producido la discrepancia de los escritores en el empleo de esta palabra, que por regla general se considera sinónima de alma, sin que los lexicógrafos se preocupen de separar su respectiva acepción. Esto es consecuencia natural de la ignorancia orriente, y de haber desdeñado la distinción adoptada por los antiguos. Más adelante dilucidaremos la importantísima diferencia entre *espíritu* y *alma*. Baste decir, por ahora, que el espíritu es el *nous* de Platón, el principio inmortal, inmaterial, purísimo y divino del hombre, el coronamiento de la *tríada* humana.

ESPÍRITUS ELEMENTALES. – Criaturas que evolucionan en los cuatro reinos elementales de: tierra, aire, fuego y agua. Los cabalistas los llaman respectivamente: gnomos, sílfides, salamandras y ondinas. Podemos llamarlos fuerzas de la naturaleza, como agentes serviles de la ley general, y también suelen valerse de ellos los espíritus desencarnados, ya puros o impuros, los Adeptos encarnados, ya blancos, ya negros, para producir los fenómenos que deseen. Los espíritus elementales nunca llegan a ser hombres (27).

Bajo la denominación general de hadas y duendes, los espíritus de los elementos aparecen en los mitos, fábulas, tradiciones y poesías de todas las naciones antiguas y modernas. Sus nombres son muchísimos: peris, devas, dijinos, silvanos, sátiros, faunos, elfos, enanos, trasgos, espectros, sombras, duendes, ondinas, salamandras, damas blancas, etc. Han sido vistos, temidos, bendecidos, exorcizados e invocados en todo el mundo y en toda época. ¿Será posible que estuvieran alucinados cuantos los vieron?

Los elementales son los principales agentes de los espíritus desencarnados, y aunque nunca aparecen en las sesiones, producen todos los fenómenos objetivos.

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS. – Propiamente hablando, son las almas desencarnadas de los depravados que poco antes de la muerte se separaron de su divino espíritu y no pueden aspirar a la inmortalidad. Eliphas Levi y otros cabalistas, apenas distinguen entre los espíritus elementarios que fueron hombres, y los demás seres que pueblan los elementos y son fuerzas ciegas de la naturaleza. Una vez separadas del cuerpo estas almas (también llamadas cuerpos

astrales) de personas materializadas, quedan irresistiblemente atraídas a la tierra, donde experimentan una vida temporal y finita en las condiciones que más armonizan con su naturaleza inferior; y como durante la vida no cultivaron su espiritualidad, sino que la subordinaron a lo material y grosero, son incapaces de seguir el elevado camino del ser puro y desencarnado que se aleja de la sofocante y mefítica atmósfera de la tierra. Después de un período de tiempo más o menos largo, estas almas materiales empiezan a desintegrarse, hasta que, a semejanza de la niebla, se disuelven, átomo por átomo, en los elementos circundantes.

ETROBACIA. – Nombre griego, que significa pasear o levantar en el aire; los espiritistas modernos la llaman *levitación*. Puede ser consciente o inconsciente. En el primer caso es magia; en el segundo, desequilibrio, enfermedad o un poder cuya significación se dilucida en pocas palabras.

En un manuscrito siríaco, traducido por Malchus, alquimista del siglo XV, se lee una explicación simbólica de la etrobacia con respecto a Simón el Mago. Dice así:

"Simón, con el rostro en tierra, murmuró: "¡Oh madre Tierra, ruégote me concedas algo de tu aliento, y yo te daré el mío! ¡*Suéltame*, oh madre, y llevaré tus palabras a las estrellas y fielmente volveré después a ti!" y la tierra, vigorizando sin detrimento su condición, envió a su genio a infundir algo de su aliento en Simón, mientras él *respiraba en ella*; y las estrellas se regocijaron a la vista del Potente".

Para comprender esto, es preciso recordar que las electricidades del mismo signo se repelen y las de signo contrario se atraen. "El más elemental conocimiento de la química", dice el profesor Crooke, "nos enseña que mientras los cuerpos de opuesta naturaleza se combinan enérgicamente, apenas hay afinidad entre dos metales o dos metaloides de propiedades análogas".

La tierra es un cuerpo magnético o un gran imán, como afirmó ya Paracelso hace 300 años. Está cargada de electricidad positiva, que genera continua y espontáneamente en su centro de movimiento. Los cuerpos humanos y todos los objetos materiales están cargados de electricidad negativa, lo cual equivale a decir que los cuerpos orgánicos e inorgánicos generan y se cargan constante e involuntariamente por sí mismos de electricidad contraria a la de la tierra. Ahora bien: ¿qué es el peso? Sencillamente la atracción de la tierra. "Sin la atracción de la tierra nada pesarían nuestros cuerpos", dice el profesor Stewart (28), "y si pesáramos doble, experimentaríamos doble atracción". ¿Cómo podemos librarnos de esta atracción? Según la ley antes enunciada, la atracción de nuestro planeta retiene a los cuerpos en la superficie terrestre; pero ¿cómo explicar que la ley de gravitación haya sido infringida muchas veces por levitaciones de personas y objetos inanimados? La condición de nuestro sistema fisiológico, al decir de los filósofos teúrgicos, depende en gran parte de nuestra voluntad, que bien regulada puede operar entre otros "milagros" el cambio de polaridad eléctrica, de negativa en positiva, de modo que el imán-tierra repela el objeto o cuerpo y no ejerza la gravedad acción ninguna. Será entonces tan natural para el hombre lanzarse al espacio, hasta que la fuerza repulsiva pierda su eficacia, como antes permanecer sobre la tierra. La elevación de su vuelo dependerá de la mayor o menor habilidad en cargar su cuerpo de electricidad positiva. Obtenido este dominio sobre las fuerzas físicas, la levitación es cosa tan sencilla como el respirar.

El estudio de las enfermedades nerviosas ha demostrado que, tanto en el sonambulismo ordinario, como en el hipnótico, parece disminuir el peso del cuerpo. El profesor Perty cita el caso del sonámbulo Kochler, que flotaba sobre el agua. La vidente de Prevost no podía permanecer sentada en la bañera, porque sobrenadaba en el agua del baño. Dice además que Ana Fleiser, enferma de epilepsia, se mantenía con frecuencia en el aire, según la vio varias veces el superintendente del hospital, y en otra ocasión se levantó hasta más de dos metros por encima de su cama, en presencia de testigos fidefignos, entre los cuales había dos eclesiásticos. En su *Historia de las brujerías de Salem* cita Uphame el caso parecido de

Margarita Rule. “La levitación, dice el profesor Perty, ocurre con mayor frecuencia en los sujetos extáticos que en los sonámbulos”. Estamos acostumbrados a considerar la gravitación como ley absoluta e inalterable, y nos parece inadmisible la idea de una completa o parcial levitación que la contraríe. Sin embargo, en estos fenómenos la gravitación queda anulada por fuerzas materiales. En muchas enfermedades, como por ejemplo en las calenturas nerviosas, el peso del cuerpo humano parece aumentar, pero en los éxtasis disminuye. Por lo tanto, pueden haber fuerzas físicas contrarias a la gravedad.

La revista de Madrid: *Criterio Espiritista* cita el interesante caso de una joven labradora de cerca de Santiago, que se suspendía en el aire al colocar horizontalmente sobre ella, a una distancia de medio metro, dos barras de hierro magnetizadas.

Si los médicos observasen a estos individuos levitados, verían que están electrizados en el mismo signo que el suelo, el cual, según la ley de gravedad, debería atraerlos, o al menos evitar su levitación. Y si los desequilibrios físico-nerviosos o los éxtasis espirituales producen inconscientemente los mismos efectos, tendremos que esta fuerza puede ser dirigida y regulada a voluntad.

EVOLUCIÓN. – Desarrollo de los órdenes de animales superiores procedentes de los inferiores. La ciencia moderna sólo estudia la evolución física y nada sabe de la espiritual, que obligaría a los contemporáneos a confesar su inferioridad respecto de los antiguos filósofos y psicólogos. Los sabios de la antigüedad se elevaban hasta el INCOGNOSCIBLE, para tomar por punto de partida la primera manifestación del invisible, el inevitable, que por razonamiento estrictamente lógico, es el Ser creador, necesario en absoluto, el Demiurgo del Universo. La evolución comienza, según ellos, en el espíritu puro, que desciende gradualmente hasta tomar forma visible y tangible de materia. Llegados a este punto, discurren conforme a la teoría de Darwin, pero sobre más amplias y extensas fases.

El *Rig-Veda-Samhita* (29) el libro más antiguo del mundo, al que nuestros más prudentes eruditos asignan dos o tres mil años de antigüedad sobre la era cristiana, dice en el “Himno de los Marutes”:

“El No Ser y el Ser están en el supremo cielo, en la cuna de Daksha, en el regazo de Aditi”. (Mandala 1, versículo 166).

“En la primera época de los dioses, el Ser (la Divinidad comprensible) nació del No-ser (la Divinidad incomprensible). Después nacieron las Regiones invisibles y de ellas, Uttânapada”.

“De Uttânapada nació la Tierra, y de ella las Regiones visibles. Daksha nació de Aditi, y Aditi de Daksha”. (Ídem).

Aditi es el Infinito, y Daksha es *daksha-pitarah*, que significa literalmente el *padre de los dioses*; pero Max-Müller y Roth dicen que significa *padres de la fuerza* que “conservan, poseen y conceden las facultades”. De todos modos, es fácil ver que “Daksha, nacido de Aditi, y Aditi de Daksha”, significa lo que los modernos llaman “correlación de fuerzas”. Así se infiere del siguiente párrafao traducido por Müller:

“Considero a Agni como el origen de toda existencia, o padre de la fuerza” (III, 27, 2). Esta misma idea, clara y evidente, prevaleció en las doctrinas de los zoroastrianos, magos y filósofos del fuego de la Edad Media. Agni es el dios del fuego, del Éter Espiritual, la verdadera substancia de la esencia divina, del Dios Invisible presente en cada átomo de *Su* creación y llamado por los Rosacruces “Fuego Celestial”. Si cuidadosamente comparamos los versos de este mandala, uno de los cuales dice: “El Cielo es su padre, la Tierra su madre, Soma su hermano y Aditi su hermana” (I, 191, 6) (30) con la *Tabla Esmeraldina* de Hermes, hallaremos el mismo substrato metafísico y filosófico en idéntica doctrina.

“Como todas las cosas han sido producidas por medio de un Ser, así también todas las cosas han sido producidas de esta única cosa por adaptación: “Su padre es el sol; su madre la

luna”... etc. Separa la tierra del fuego, *lo sutil de lo grosero*... Lo que he dicho sobre la operación del *sol* es compelto”. (Tabla Esmeraldina) (31).

El Profesor Max-Müller ve en este *mandala*, “algo parecido a una teogonía, aunque llena de contradicciones (32). Los alquimistas, cabalistas y estudiantes de filosofía mística encontrarán una perfecta definición del sistema de Evolución en esta cosmogonía de un pueblo que existió millares de años antes de nuestra era. Advertirán, además, perfecta identidad de pensamiento entre la filosofía hermética y las doctrinas de Pitágoras y Platón.

La evolución, tal como ahora se entiende, supone en la materia un impulso para tomar forma más elevada, y así lo manifestaron claramente Manu y otros filósofos indos de la antigüedad. Ejemplo de ello nos da el árbol de los filósofos en el caso de la disolución del cinc. La controversia entre los partidarios de la evolución y los de la emanación, puede resumirse en que el evolucionista detiene toda investigación en las fronteras del *Incognoscible*, mientras que el emanacionista cree que nada puede evolucionar ni nacer, si antes no ha sido involucionado por la potencia espiritual de la vida que prevalece sobre todo.

FAKIRES. – Devotos religiosos de la India. Están generalmente adscritos a las pagodas brahmánicas y siguen las leyes de Manu. Van desnudos con sólo un faldellín de lino, llamado *dhoti*, en la cintura. Llevan el pelo muy largo, y en él guardan como si fuera bolsillo la pipa, la flauta llamada *vagudah*, cuyo sonido entorpece catalépticamente a las serpientes, y el bambú de *siete nudos*. Esta vara mágica la recibe el fakir de su gurú el día de la iniciación, con los tres *mantras* que le comunica al oído. Ningún fakir prescinde de esta poderosa insignia de su profesión, por cuya divina virtud obran prodigiosos fenómenos (33). El fakir brahmánico es completamente distinto de los mendigos musulmanes de la India, también llamados fakires en algunos puntos del territorio británico.

HERMÉTICO. – De Hermes, dios de la Sabiduría, adorado en Egipto, Siria y Fenicia con los nombres de Thoth, Tat, Adad, Seth y Satán (34), y en Grecia con el de *Kadmos*. Los kabalistas lo identifican con Adam Kadmon, primera manifestación del Poder Divino, y con Enoch. Hubo dos Hermes: el *Trismegistus*, y el amigo e instructor de Isis y Osiris, segunda emanación o “permutación” de sí mismo. Hermes y Mazeo son los dioses de la sabiduría sacerdotal.

HIEROFANTE. – Revelador de enseñanzas sagradas. Llevaba este título el jefe de los Adeptos, que en las iniciaciones explicaba los arcanos a los neófitos. En hebreo y caldeo se le llamaba *Pedro*, que significa el que abre o descubre. De aquí que el Papa, como sucesor del hierofante de los antiguos misterios, ocupe la pagana silla de “San Pedro”. El odio de la Iglesia católica a la alquimia y ciencias ocultas y astrológicas, se explica porque tales conocimientos eran antes prerrogativa del hierofante o representante de Pedro, quien guardaba los misterios de vida y muerte. Bruno, Galileo, Kepler y Cagliostro se opusieron a las pretensiones de la Iglesia y por ello perdieron la vida.

Toda nación tuvo misterios y hierofantes. Los judíos tenían su Pedro, Tanaim o Rabino, como Hillel, Akiba (35), y otros cabalistas famosos, únicos que podían comunicar los terribles secretos de la *Merkaba.* En India hubo y hay diseminados por las principales pagodas muchos hierofantes, conocidos con el nombre de brahmatmas. En el Tíbet el principal hierofante es el Dalai o Taley-Lama de Lha-ssa (36). Entre las naciones cristianas sólo los católicos han conservado esta pagana costumbre en la persona del Papa, aunque han desfigurado tristemente la majestuosa dignidad de tan sagrado cargo.

INICIADOS. – Los que en la antigüedad aprendían en los Misterios los secretos conocimientos de boca de los hierofantes. En nuestros días, los aleccionados por los adeptos a la mística doctrina de las ciencias del misterio, que a pesar de los siglos transcurridos, tienen pocos, pero verdaderos devotos.

KABALISTA. – De ... (*kabala*). Tradición oral. El cabalista es el estudiante de la "ciencia secreta"; el que interpreta el oculto y verdadero sentido de las Escrituras, por medio de la simbólica *kabala.* Los tanaimes fueron los primeros cabalistas judíos que florecieron en Jerusalén a principios del siglo III antes de J. C. los libros de Ezequiel, Daniel, Enoch y el Apocalipsis son genuinamente cabalísticos. La doctrina secreta de la *Kabala* es idéntica a la de los caldeos y tiene mucho de magia o sabiduría de los parsis.

LAMAS. – Monjes budistas que profesan la religión lamaica dominante en el Tíbet, análogos a los frailes del catolicismo. Están bajo la obediencia del Dalai-Lama o Sumo Pontífice budista tibetano, que reside en Lhassa y es para los lamas una reencarnación del Buda.

LUZ ASTRAL. – Es la *luz sideral* de Paracelso y de otros filósofos herméticos. Físicamente es el éter de la ciencia moderna; y metafísicamente, en su espiritual y oculto sentido, es algo más de lo que comúnmente se entiende por éter. La física y alquimia ocultas demuestran que sus ilimitadas ondulaciones abarcan, no sólo "la esperanza y potencia detoda cualidad de vida", según afirma Tyndall, sino también la actualización de la potencia de cada una de las cualidades del espíritu. Los alquimistas y herméticos creen que el éter astral o sideral, con las propiedades del azufre y las magnesias blanca y roja o *magnes*, es, tanto espiritual como materialmente, el *Anima mundi*, el laboratorio de la Naturaleza y del Cosmos. El "Gran Magisterio" se manifiesta por sí mismo en los fenómenos del hipnotismo, en la levitación del hombre y de objetos inertes, y puede llamarse éter en el aspecto espiritual.

La denominación *astral* es antigua, y ya la usaban algunos neoplatónicos. Porfirio dice que el cuerpo celestial está siempre unido al alma y es "inmoral, luminoso y semejante a una estrella". La raíz de la palabra astral es tal vez la voz escita *aist-aer* (estrella) o la asiria *istar,* que significa lo mismo. Como los rosacruces consideraban lo real directamente opuesto a lo aparente y enseñaban que la luz para la *materia* era obscuridad para el *espíritu*, decían que éste moraba en el océano astral de invisible fuego que rodea al mundo y pretendían haber descubierto el origen del también invisible espíritu divino, que desde el trono del invisible y desconocido Dios cobija a todo hombre y equivocadamente se le llama *alma*. Como la Causa primera es invisible e imponderable, únicamente podían los alquimistas probar sus afirmaciones por los efectos que, dimanantes del universo invisible, se manifiestan en el mundo físico. Demuestran los alquimistas que la luz astral penetra la totalidad del Cosmos y late hasta en la más ínfima partícula de roca, diciendo que la chispa del pedernal es el perturbado espíritu de esta piedra, que, al tiempo de brotar, desaparece inmediatamente en las regiones de lo desconocido.

Paracelso la llamaba *luz sideral* y consideraba los astros (incluso nuestra tierra) como porciones *condensadas* de luz astral, "caídas en la generación y en la materia"., pero cuyas emanaciones magnéticas o espirituales conservaban incesante comunicación con el origen patrio de la luz astral. A este propósito dice: "Los astros nos atraen hacia ellos; y nosotros los atraemos hacia nosotros. Madera es el cuerpo y fuego la vida que, como la luz, viene de las estrellas y los cielos. La magia es la filosofía de la alquimia" (37). Todo lo del mundo espiritual, ha de llegarnos a través de las estrellas, y si estamos en armonía con ellas, obtendremos inmensos efectos *mágicos.*

"Así como el fuego pasa a través de una estufa de hierro, así también los astros pasan a través del hombre y le comunican sus propiedades, del mismo modo que la lluvia fertiliza la tierra en que penetra. Los astros *rodean* a la tierra, *como el cascarón al huevo*. A través del cascarón pasa el aire y penetra hasta el centro del mundo". El cuerpo humano, lo mismo que la tierra, los planetas y las estrellas, está sujeto a la doble ley de atracción y repulsión y saturado del influjo doblemente magnético de la luz astral. Todo es doble en la naturaleza: el magnetismo es positivo y negativo, activo y pasivo, masculino y femenino. La noche descansa al hombre de la actividad del día y restablece el equilibrio, tanto de la naturaleza humana como de la cósmica.

Cuando el hipnotizador aprenda el secreto de polarizar la acción y dar a su fluido fuerza bisexual, será el mayor de los magos vivientes. Así, pues, la luz astral es andrógina porque el equilibrio resulta de dos fuerzas que eternamente actúan una sobre otra. El resultado de esta acción es la VIDA. *Cuando las dos fuerzas se gastan y permanecen largo tiempo inactivas, equilibrándose una con otra en reposo completo, sobreviene la condición de* MUERTE. Un ser humano puede expirar aliento caliente o frío, e inspirar aire frío o caliente. Todo niño sabe cómo regular la temperatura de su aliento; pero ningún fisiólogo ha explicado satisfactoriamente la manera de protegerse uno mismo del aire frío o caliente. La luz astral, principal agente de magia, puede únicamente descubrirnos los secretos de la naturaleza. La luz astral es idéntica al *akâsa* indo.

MÁGICO. – Antiguamente era título de nombradía y distinción, pero hoy se corrompido su verdadero significado. En otro tiempo fue sinónimo de honroso, respetable, instruido y docto. El clero ha convertido este título en epíteto degradante que el vulgo supersticioso aplica a los brujos embusteros, impostores y charlatanes que "venden el alma al diablo" y abusan de sus facultades psíquicas, sin advertir que Moisés fue mágico y al profeta Daniel se le llamó "príncipe de los magos, de los encantadores y agoreros" (38).

La palabra mágico se deriva etimológicamente de *magh*, *mah* o *mahâ* que significa grande y se aplicó a los sacerdotes versados en la ciencia esotérica.

MAGO. – Palabra derivada de *Mag* o *Maha*, que significa grande. El Mahatma (gran alma) tenía en la India sacerdotes en los tiempos prevédicos.

Los magos eran sacerdotes del fuego, en Asiria, Babilonia y Persia. Los tres reyes magos que, según se dice, ofrecieron al niño Jesús oro, incienso y mirra, adoraban al fuego y eran también astrólogos, pues vieron la estrella de Belén. Al Sumo sacerdote parsi, residente en Surat, se le llama *Mobed,* palabra que algunos derivan de *Megh* o *Meh-ab* y significa grande y noble. Según Kleuker, a los discípulos de Zoroastro se les llamó *meghestom*.

MANTICISMO. – Frenesí mántico o estado en que se actualiza el don de profecía, sinónimo de manticismo, pues tan honroso es el título de mántico como el de profeta. Pitágoras y Platón lo tuvieron en mucha estima y Sócrates aconsejó a sus discípulos el estudio del manticismo. Los Padres de la Iglesia, que tan severamente condenaron el frenesí mántico de los sacerdotes paganos y de las pitonisas, no tuvieron reparo en aprovecharse de él para sus fines particulares. Los montanistas (39) emulaban a los manteis o profetas. El autor de la obra *Profecías antiguas y modernas*, dice que Tertuliano, San Agustín y los mártires de Cartago estuvieron dotados de frenesí mántico y que los montanistas se parecían a las bacantes en el salvaje entusiasmo que caracterizaba sus orgías.

Mucho discrepan las opiniones en lo concerniente al origen de la palabra *manticismo*. En tiempos de Melampo, rey de Argos, floreció el famoso vidente Mantis de cuyo nombre se derivaría la palabra, pero también pudo arrancar de la profetisa Manto, hija del profeta de Tebas.

Cicerón define el don de profecía o frenesí mántico, diciendo que en lo más recóndito de la mente está ocultamente recluida la profecía divina, el divino impulso cuya actuación parece furor, frenesí y locura.

Sin embargo, es posible que la palabra *mantis* tenga mucho más antigua etimología, no advertida por los filólogos, pues las dos copas empleadas en los ritos del misterio Soma, denominadas conjuntamente *grahâs*, se llamaban cada una de por sí *sukra* y *manti* (40). En esta copa manti se dice que "despierta Brahmâ". Al beber sobriamente un sorbo del sagrado zumo, el "espíritu" de Brahmâ, personificado en el dios Soma, se infunde en el cuerpo del iniciado y se posesiona de él. De aquí el éxtasis, la clarividencia y el don de profecía. El Soma estimula dos linajes de adivinación: la natural y la artificiosa. La copa *sukra* despierta las congénitas cualidades del hombre, e identifica el alma con el espíritu que, por ser de naturaleza

divina, conoce lo futuro representado en sueños, visiones y presentimientos. El *manti* o zumo contenido en la copa *mantis* "despierta a Brahmâ", es decir, comunica al alma no sólo con los dioses menores (41), sino también con la suprema esencia divina. El alma recibe iluminación directamente irradiada de la presencia de su "dios"; pero como queda ignorante de lo que únicamente saben los cielos, le acomete al iniciado una especie de frenesí, del que, al recobrarse, sólo recuerda cuanto se le permite recordar.

Respecto a los adivinos o profetas que abusan de sus facultades para hacer de ellas un modo de vivir, dícese que están poseídos de un *gandharva*, divinidad escasamente venerada en la India.

MANTRA. – Palabra sánscrita equivalente a "nombre inefable". Cantados con la entonación prescrita en el *Atarva-Veda* producen algunos mantras instantáneo y maravilloso efecto. Generalmente, es el mantra una plegaria a los dioses y potestades celestiales, según enseñan los libros brahmánicos de acuerdo con Manú; pero también suele ser una fórmula mágica. En sentido esotérico, la frase mística o palabra del mantra es el *vâch* de los brahmanes. En sentido literal, significa el mantra la revelación directa y divina (*sruti*) de los libros sagrados.

MARABUTO. – Musulmán que ha cumplido la peregrinación a la Meca. Santo sepultado en un sarcófago abierto de propósito en las calles o plazas de las ciudades populosas de los países mahometanos. El cuerpo del marabuto se coloca en la única tumba o hueco del sarcófago, y la devoción de los transeúntes mantiene perpetuamente encendida una lámpara a la cabecera del enterramiento. En El Cairo se ven hoy día muchos de estos sarcófagos, construidos de albañilería. Algunos sepulcros de marabuto tienen entre los musulmanes muchísima fama por los milagros que se atribuyen al santo allí enterrado.

MATERIALIZACIÓN. – Palabra con que los espirtistas expresan el fenómeno por el cual "toma un espíritu forma material". Moisés Stainton propuso que a estos fenómenos se les diese el nombre menos discutible de "manifestación formal". Cuando se comprenda mejor la verdadera naturaleza de las materializaciones, se les dará seguramente un nombre más adecuado. No es propio llamarlas espíritus materializados, porque tan sólo son fotografías o esculturas animadas.

MAZDEÍSTAS. – De Ahura-Mazda (42). Nombre dado a los antiguos persas que adoraban a Ormazd y prohibían el culto de las imágenes. De los mazdeístas tomaron los judíos el horror que tuvieron a toda representación plástica de la Divinidad.

Según parece, en tiempo de Herodoto prevalecieron contra ellos los magos y sus prosélitos, entre quienes se cuentan con toda probabilidad los parsis y geberines a que alude el Génesis (43). Por una extraña confusión etimológica identifican algunos eruditos a Zoroastro con Zarathustra (44).

METEMPSÍCOSIS. – El progreso del alma en los sucesivos grados de existencia. Para el vulgo era el renacimiento en cuerpos de animales. Por regla general, aun muchos que se precian de eruditos adulteran el significado de esta palabra. El *Manava-Dharma-Shastra* y otros libros brahmánicos interpretan el axioma cabalístico que dice: "La piedra se convierte en planta, la planta en animal, el animal en hombre, el hombre en espíritu y el espíritu en dios".

MISTERIOS. – En griego *teletai* (perfección) y por analogía *teleuteia* (muerte). Eran reglas secretas que desconocían los profanos y los no iniciados. Por medio de representaciones dramáticas y otros procedimientos se enseñaba en los misterios el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo y el modo de purificarse para alcanzar la vida superior. Por el mismo método se enseñaban las ciencias naturales, la medicina, la música y la adivinación. El juramento hipocrático no era más que una obligación mística. Hipócrates fue sacerdote de Asclepios y algunas de sus obras vieron fortuitamente la luz pública. Los asclepiadeos estaban iniciados en el culto de la serpiente de Esculapio, como

las bacantes en el de Dionisio, y ambos ritos quedaron con el tiempo incorporados a los misterios de Eleusis. Más adelante hablaremos con mayor extensión de los Misterios.

MÍSTICOS. – Los iniciados. Sin embargo, desde la Edad Media se dio esta denominación a cuantos, como el teósofo Böehme, el quietista Molinos, Nicolás de Basilea y otros, creían en la directa comunicación del alma con Dios, análogamente a la inspiración profética.

NABIA. – Lo mismo que videncia y vaticinio. El más antiguo y respetado fenómeno místico. La Biblia llama *nabia* a la profecía, y sin reparo se puede incluir esta facultad espiritual entre las de adivinación, visiones, éxtasis y oráculos. Pero así como los encantadores, adivinos y aun los astrólogos están explícitamente condenados en los libros de Moisés, la *nabia* o profecía y visión sobrenatural se consideran dones especiales del cielo. En un principio, todas estas facultades se comprendían colectivamente en el nombre de *epoptai (*profeta o vidente) y más tarde se les llamó *nebim*, plural de Nebo, dios babilonio de la sabiduría. Los cabalistas distinguen entre *nebirah* o vidente y *nebipoel* o mago. El primero es pasivo y tan sólo ve claramente el porvenir; el segundo es activo y posee facultades mágicas. Sabemos que Elijah y Apolonio se envolvían en un manto de lana para aislarse de las perturbadoras influencias del ambiente, y tal vez recurrían a este medio por ser la lana muy mala conductora de la electricidad.

OCULTISTA. – El que estudia las diversas ramas de la ciencia oculta. Es término empleado por los cabalistas franceses, según se advierte en las obras de Eliphas Levi. El ocultismo abarca todos los fenómenos psíquicos, biológicos, físicos, cósmicos y espirituales. Es sinónimo de *escondido* o *secreto* y comprende también el estudio de la cábala, astrología y alquimia.

PITRIS. – Es opinión general que esta palabra sánscrita significa colectivamente los espíritus de nuestros antepasados, y de aquí arguyen los espiritistas diciendo que los fakires y otros taumaturgos orientales son sencillamente *mediums*, pues ellos mismos confiesan que no podrían obrar tales prodigios sin el auxilio de los *pitris*, de quienes son obedientes instrumentos. Esto es erróneo en muchos aspectos. Los *pitris* no son los antepasados de la generación viviente, sino de toda la raza adámica, es decir, los espíritus de los hombres que constituyeron razas humanas muy superiores, tanto en lo físico como en lo espiritual, a nuestra raza de pigmeos. El *Manava-Dharma-Shastra* los llama pitris lunares.

PITONISA. – Al definir Webster esta palabra, sale muy pronto del paso diciendo que era la mujer que daba los oráculos en el templo de Delfos y, por extensión, toda mujer que presuma de adivina, como por ejemplo las brujas y hechiceras. Esta definición es inexacta, apasionada e injusta.

Según Plutarco, Jámblico, Lamprías y otros filósofos, las pitonisas eran jóvenes delicadamente sensibles, de costumbres puras y familia humilde, que estaban adscritas a su respectivo templo, donde se les destinaba habitación rigurosamente aislada del mundo, en la que sólo podían entrar los sacerdotes y los videntes; de modo que la vida de las pitonisas superaba en ascetismo a la de las actuales monjas de clausura. Para ejercer su ministerio se sentaba la pitonisa en un trípode de bronce, colocado sobre una grieta del suelo que comunicaba con un subterráneo, en donde se quemaban ciertas drogas cuyos vapores subían por la grieta hasta envolver a la pitonisa en una atmósfera excitante que determinaba el frenesí *mántico*; y en tal estado daba el oráculo. También llamaban a la pitonisa *ventrilocua vates* o sea *profetisa ventrilocua* (45).

Los brahmanes colocaban la conciencia astral (...) en el ombligo, y lo mismo creyeron Platón y otros filósofos. El versículo cuarto del segundo himno del *Nâbhânedishtha* dice así: “Oíd, ¡oh hijos de los dioses!, al que habla por su ombligo (*nâbhâ*) y os saluda en vuestras viviendas”. Muchos orientalists convienen en que ésta es una de las más antiguas creencias

induístas. Los modernos fakires, lo mismo que los antiguos gimnósofos, concentran su pensamiento en el ombligo y permanecen inmóviles en la contemplación para identificarse con Atman y unirse a la Divinidad.

El moderno sonambulismo también considera el ombligo como “el círculo del sol y asiento de la divina luz interna” (46). Muchos sonámbulos ven, oyen y huelen por el ombligo, y esto no es simple coincidencia con las primitivas prácticas, sino prueba evidente de que los sabios antiguos superaban a los modernos académicos en conocimientos de psicología y fisiología. Hoy día los hipnotizadores persas, a quienes el vulgo sigue llamando magos, manipulan sobre el ombligo para ponerse en estado de clarividencia y responder a las consultas que las gentes les hacen sobre robos, objetos perdidos y asuntos de intrincada resolución. Dice un traductor del *Rig Veda* que los modernos parsis creen que los adeptos de su religión tienen en el ombligo una llama, cuyo resplandor disipa toda obscuridad y les muestra las cosas lejanas del mundo físico y las invisibles del mundo espiritual. Llaman a esta llama la lámpara del *deshtur* (sumo sacerdote) y también la luz del *dikshita* (iniciado), con otras varias denominaciones.

SAMANOS. – Categoría sacerdotal de los budistas tártaros de Siberia, análogos, con toda probabilidad, a los filósofos llamados antiguamente *brachmanes*, que muchos han confundido con los brahmanes (47). Todos ellos era *mágicos*, o, mejor dicho, *mediums* que desarrollaban artificiosamente sus facultades. Hoy día los sacerdotes y sacerdotisas samanos de Siberia son muy ignorantes y ni en cultura ni en saber pueden compararse con los fakires.

SAMOTRACIOS. – Dioses adorados en los misterios de Samotracia. Eran idénticos a los kabeiris, dioskuris y koribantes, y se les daban los nombres míticos de Plutón, Ceres, Proserpina, Baco, Esculapio y Hermes.

SOMA. – Bebida sagrada de la India, análoga en virtud y significado al néctar o ambrosía de los griegos. En el acto de la iniciación de los misterios eleusinos, el *mista* apuraba una copa de *kikeón* con intento de alcanzar fácilmente el *bradhna* o región del esplendor (mundo celeste).

El soma que han gustado los orientalistas europeos no es el auténtico, que sólo pueden beber los sacerdotes iniciados, sino un brebaje sucedáneo que consumen los no iniciados y los mismos rajás cuando sacrifican en aras de los dioses. Confiesa Hang, en su *Aitareya Brahmana*, que la bebida cuyo sabor le fue tan ingrato no era el *Soma,* sino el zumo de las raíces de un arbusto llamado *nyagradha*, que medra en las colinas de Poona. Sabemos con toda seguridad que la mayoría de los sacerdotes del Dekkan han olvidado la receta del verdadero soma, cuya confección no señalan los libros ritualísticos ni es posible adquirir por informe oral. Quedan ya muy pocos induístas ortodoxos de la primitiva religión védica que se consideren descendientes de los *Rishis*, legítimos agnihôtris o iniciados en los misterios mayores. En el Panteón indio se llama a esta bebida el Rey-Soma, porque quien la bebe se identifica con el Rey celestial, de la propia suerte que los apóstoles cristianos estaban llenos del Espíritu Santo por cuya virtud perdonaban los pecados. El Soma regenera al iniciado y le transforma en otro hombre, como si naciera de nuevo; sobrepone la naturaleza espiritual a la física; infunde el divino poder de la inspiración y actualiza en grado máximo la clarividencia.

Según la explicación exotérica, es el Soma a un tiempo planta y ángel, pues une íntimamente el angélico Yo del hombre con su alma irracional o cuerpo astral, por virtud de la mágica bebida, y así unidos prevalecen contra la naturaleza física y beatíficamente participan, aun en vida, de la inefable gloria de los cielos. Por lo tanto, bajo todos aspectos tiene el Soma indio la misma significación mística que la Eucaristía de los cristianos. La palabra sagrada de los mantras pronunciados en el acto del sacrificio, convierte el licor contenido en la copa, en el verdadero Soma angélico, esto es, en el mismo Brahmâ.

Muchos misioneros se han indignado al presenciar esta ceremonia, porque, por regla general, emplean los brahmanes en el sacrificio *un licor espirituoso* en substitución del verdadero Soma, sin advertir que también los cristianos creen en la transubstanciación del vino, más o menos espirituoso, en la sangre de Cristo. ¿No es idéntico el símbolo? Sin embargo, dicen los misioneros que Satanás etá oculto en la copa del sacrificio induísta y se regocija cuando el sacerdote bebe el Soma (48).

TEÓSOFOS. – nombre dado en el siglo XVI a los discípulos de Paracelso, que también se llamaban *philosophia per ignem* (filósofos del fuego). Como los platónicos, consideraban el alma (...) y el espíritu (...) partículas del gran Archos, o chispas emitidas por el eterno océano de luz.

La Sociedad Teosófica, a la que en prueba de cariñosa consideración está dedicada esta obra, se fundó en Nueva York el año 1875 con objeto de estudiar experimentalmente los poderes ocultos de la naturaleza y difundir por Occidente el conocimiento de las religiones de Oriente al par que extender por los países calificados de "gentiles e incultos" verídicos informes sobre el cristianismo, sobre todo en las comarcas donde actúan los misioneros. A este propósito, la Sociedad Teosófica se ha puesto en relación con varias asociaciones e individuos de Oriente a quienes transmite informes auténticos de la conducta del clero, cismas, herejías, controversias, disputas, revisiones e interpretaciones de la Biblia, con otros datos publicados por la prensa mundial. En los países cristianos se da por válido que el hinduismo, budismo y sintoísmo han degradado y embrutecido a los pueblos orientales, y precisamente en estos falsos informes se apoyan los misioneros para recabar pingües subvenciones. La Sociedad Teosófica desea restablecer la justicia en este punto, procurando que en todos los países de Oriente se conozca la verdad, tergiversada y fingida por la parcialidad de los informes referentes a las enseñanzas cristianas. También pudiéramos decir algo sobre la conducta de los misioneros a cuantos contribuyen al sostenimiento de las misiones.

TEURGO. – Palabra compuesta de ... (dios) y ... (obra). Jámblico fundó la primera escuela experimental de teurgia entre los neoplatónicos alejandrinos, en los albores del cristianismo; pero ya desde muy remotos tiempos se llamaban *teurgos* los sacerdotes egipcios, asirios y babilonios que invocaban a los dioses en los Misterios con propósito de dar manifestación visible a las entidades espirituales. Los teurgos conocían las ciencias ocultas enseñadas en los templos. A los discípulos de la escuela neoplatónica de Jámblico se les llamaba teurgos, porque practicaban la magia ceremonial y evocaban los espíritus de los héroes, dioses y demonios ... (49). Cuando era preciso que un espíritu se manifestase visible y *tangiblemente*, el teurgo había de suministrar de su propio cuerpo la materia suficiente para la materialización, por el misterioso procedimiento llamado *theopoea*, que conocen perfectamente los fakires modernos y los brahmanes iniciados. Esto mismo dice el *Libro de las Evocaciones* que se conserva en las pagodas, como demostración de que los ritos y ceremonias de la teurgia alejandrina eran idénticos a los de la antiquísima teurgia brahmánica.

Del *Libro de las Evocaciones* copiamos el siguiente pasaje:

"El *grihastha* (brahmán evocador) ha de purificarse de toda mancha antes de evocar a los pitris. Arregla el pebetero con sándalo, incienso y otros perfumes para trazar los círculos mágicos que su maestro le enseñara, y ahuyenta a los espíritus malignos. Hecho esto, detiene la respiración y solicita la ayuda del *fuego* para que disgregue su cuerpo". Después pronuncia cierto número de veces la palabra sagrada y "su alma sale del cuerpo, el cuerpo desaparece y el alma del espíritu evocado, se infunde en el doble y lo anima". Vuelve luego el alma del grihastha a entrar en su cuerpo cuyas partículas sutiles se han agregado nuevamente, después de formar con sus emanaciones un cuerpo áereo para la manifestación del evocado espíritu.

El cuerpo del pitri queda constituido de este modo por las más puras y tenues partículas del cuerpo del evocador, y entonces puede éste, una vez cumplidas las ceremonias del

sacrificio, comunicarse verbalmente con las almas de los difuntos y de los pitris y preguntarles acerca de los misterios del Ser y de las transformaciones del *imperecedero*.

Antes de salir del santuario ha de apagar el pebetero y otra vez encenderlo para poner en libertad a los espíritus malignos que ahuyentó al trazar los círculos mágicos. La escuela neoplatónica de Jámblico discrepaba de la de Plotino y Porfirio en que si bien estos creían en la teurgia, repugnaban su práctica por peligrosa.

Dice Bulwer Lytton: "Tanto la magia blanca o *teurgia,* como la negra o *goética*, estuvieron en mucho predicamento durante el primer siglo de la era cristiana" (50). Los filósofos cuya fama ha llegado hasta nuestros días sin la más tenue mancha, nunca practicaron otra magia que la blanca o teúrgica.

A este propósito, dice Porfirio: "El que conoce la naturaleza de las *divinas y luminosas apariciones* (...) sabe cuánto importa abstenerse de comer aves (alimentación animal), sobre todo para quienes anhelan libertarse de las cosas terrenas y reunirse con los dioses celestiales (51). Aunque Porfirio repugnaba las prácticas teúrgicas, nos cuenta, en su *Vida de Plotino*, que un sacerdote egipcio materializó al demonio familiar, o como ahora se dice, ángel custodio de Plotino, en presencia de éste y a instancias de un amigo suyo que, según opina Taylor, sería tal vez el propio Porfirio.

En definitiva, podemos dejar sentado que los teurgos evocan los espíritus de los héroes y los dioses y obran otros prodigios por virtud sobrenatural.

YAJNA. – Dicen los brahmanes que el *Yajna* existe desde la eternidad y procede del Ser Supremo (*Brahmâ-Prajapati*), en quien está latente "sin principio". Es el *Yajna* la clave de la *traividya* (ciencia tres veces sagrada), que contiene los versículos del Rig Veda, donde se enseñan los *yaajs* (misterios del sacrificio). "El *Yajna* existe en todo tiempo tan invisible como la energía almacenada en un acumulador eléctrico, cuya actualización requiere únicamente el debido manejo del aparato. Suponen los brahmanes que el *Yajna* se dilata desde el *ahavaniya* (fuego del sacrificio) hasta los cielos, en forma de puente o escala por la cual puede el sacrificador comunicarse con el mundo espiritual y aun elevarse en vida hasta las moradas de los dioses" (52).

El *Yajna* es una modalidad del akâsa, y para actualizarla es preciso que el sacerdote pronuncie mentalmente la *Palabra perdida* bajo el impulso del *poder de la voluntad*.

ADVERTENCIA. – Conviene anteponer a la conclusión de este capítulo preliminar, unas cuantas palabras explicativas del plan de la obra, que en modo alguno lleva por objeto revolucionar el mundo científico ni tampoco imbuir en la mente del lector las opiniones y juicios personales de la autora, sino que más bien es un compendio de las religiones, filosofías y tradiciones del género humano en toda época, y su exégesis desde el punto de vista de las enseñanzas esotéricas, que los países cristianos no conocen ni siquiera en fragmentos que atestigüen su valía. Los infortunados filósofos de la Edad Media fueron los últimos que publicaron tratados sobre la doctrina secreta cuyo conocimiento asumían, y desde entonces, poquísimos autores se han atrevido en sus obras a ponerse enfrente de los prejuicios y arrostrar las persecuciones, pues tuvieron por norma no escribir para el público, sino tan sólo para quienes poseyeran la clave de su lenguaje. Pero como la muchedumbre del vulgo no comprendía sus enseñanzas, los motejó a *todos* ellos de charlatanes y visionarios. De aquí el creciente desdén con que se ha venido mirando la nobilísima ciencia del espíritu.

En lo tocante a la pretendida infabilidad de la ciencia y teología, la autora se ha visto en la precisión, aun a riesgo de parecer difusa, de comparar repetidamente las ideas, conclusiones y alegatos de los científicos y teólogos modernos con las de los antiguos filósofos y sacerdotes,

porque la única manera de fijar con certeza la prioridad de los descubrimientos científicos y de las enseñanzas religiosas es yuxtaponer paralelamente las ideas más alejadas en el tiempo. Para el presente etudio nos han servido de base los fracasos de la ciencia moderna en sus investigaciones experimentales y la facilidad con que los científicos eluden la explicación de cuantos fenómenos no les consiente comprender su ignorancia de las leyes del mundo causal.

Como quiera que el estudio de la psicología ha estado tan descuidado en occidente como atendido en oriente, donde dicha ciencia ha llegado a una altura que pocos investigadores europeos podrían alcanzar aunque allá mismo fueren a estudiarla, examinaremos también la actitud en que conspicuas autoridades científicas se han colocado respecto de los modernos fenómenos psíquicos que, desde Rochester, se han difundido por el mundo entero. Queremos demostrar cuán inevitables fueron sus numerosos fracasos y que reincidirán en ellos mientras no recurran a los brahmanes y lamas del lejano oriente, en solicitud de que *les enseñen el alfabeto de la verdadera ciencia.* Ningún cargo hacemos a los científicos que forzosamente no se infiera de sus propias opiniones; y si nuestras citas y referencias de la antigua sabiduría les despojan de laureles que creyeron bien ganados, no será culpa nuestra, sino de la verdad. Ningún filósofo digno de este nombre es capaz de ufanarse con ajenos merecimientos.

La titánica lucha, hoy más empeñada que nunca, entre el materialismo y el espiritualismo, nos ha determinado con preocupación constante a recopilar en los capítulos de esta obra, como armas en arsenal, el mayor número posible de hechos favorables al triunfo del espiritualismo.

El materialismo de hoy, niño enfermizo y deforme, ha nacido del brutal ayer, y si no le atajamos los pasos, podría erigirse en nuestro dueño. Es el materialismo la bastarda progenie de la Revolución francesa, promovida por la mojigatería, la intolerancia y las persecuciones religiosas. Para evitar que se amortigüen las aspiraciones espirituales, que se desvanezca toda esperanza y se disipe la intuición que tenemos de Dios y la vida futura, es preciso dejar en completa desnudez la falsedad de la teología moderna y distinguir escrupulosamente entre la religión divina y los dogmas humanos.

Nuestra voz se levanta en pro de la libertad espiritual y en contra de toda tiranía científica o teológica.

Hemos de añadir ahora que en el transcurso de la obra llamaremos *arcaica* la época anterior a Pitágoras; *antigua* la comprendida entre Pitágoras y Mahoma; y *medioeval* la que transcurre entre Mahoma y Lutero. Sin embargo, también llamaremos antigua la época prehistórica.

EL VELO DE ISIS

CAPÍTULO PRIMERO

EGO SUM QUI SUM.

Axioma de la Filosofía hermética.

"Empezamos las investigaciones en donde las modernas conjeturas pliegan sus engañosas alas. Y con nosotros están los elementos científicos que los sabios del día desdeñan por quiméricos o con prevención los miran como arcanos insondables".-BULWER, ZANONI.

Hay en un lugar de este mundo un libro de tan remota antigüedad que los arqueólogos lo atribuirían a una época de incalculable cómputo y no acertarían a ponerse de acuerdo sobre la materia de que está compuesto. Es el único ejemplar manuscrito que de dicho libro se conserva. El más antiguo tratado hebreo de ciencia oculta, el *Siphra-Dzeniuta* es una compilación de aquel manuscrito, hecha en época en que ya se le consideraba como reliquia literaria. Uno de los dibujos que lo ilustran representa la Esencia divina al emanar de *Adam* (1) en traza de arco luminoso que tiende a cerrarse en circunferencia y, luego de llegado al culminante punto de la gloria inefable, retrocede hacia la tierra, envolviendo en su torbellino un tipo superior de humanidad. A medida que va acercándose a nuestro planeta, la Emanación es más sombría y al tocar en él es negra como la noche.

En toda época han tenido los filósofos herméticos el convencimiento, basado en *sesenta mil* años de experiencia (2), de que a través del tiempo, y por efecto del pecado, fue densificándose más groseramente el cuerpo físico del hombre cuya naturaleza era en un principio casi etérea y le permitía percibir claramente las cosas hoy invisibles del universo. Desde la caída del género humano, la materia es un espeso muro interpuesto entre el mundo terrestre y el mundo de los espíritus.

Las más antiguas tradiciones esotéricas enseñan asimismo que antes del Adam mítico existieron sucesivamente varias razas humanas. ¿Eran tipos más perfectos? ¿Pertenecían a alguna de estas razas los hombres alados que menciona Platón en *Fedro*? A la ciencia le incumbe resolver este problema, tomando por punto de partida las cavernas de Francia y los restos de la edad de piedra.

A medida que avanza el ciclo se van abriendo los ojos del hombre hasta conocer el "bien y el mal" tan acabadamente como los mismos *Elohim*. Después de alcanzar el punto culminante comienza a descender el ciclo. Cuando el arco llega al punto situado al nivel de la línea fija del plano terrestre, la naturaleza proporciona al hombre vestiduras de *piel* y el Señor Dios "le viste con ellas".

En las más antiguas tradiciones de casi todos los pueblos se descubre la misma creencia en una raza de espiritualidad superior a la actual. El manuscrito quiché *Popal Vuh,* publicado por Brasseur de Bourbourg, dice que el primer hombre pertenecía a una raza dotada de raciocinio y de habla, con vista sin límites, que conocía todas las cosas a un tiempo. Según Filo Judeo, el aire está poblado de multitud de invisibles espíritus, inmortales y libres de pecado unos; y perniciosos y mortales otros. "De los hijos de ÉL descendemos, e hijos de ÉL volveremos a ser". La misma creencia se trasluce en el pasaje del *Evangelio de San Juan*,

escrito por un anónimo agnóstico, que dice: “Más a cuantos le recibieron les dio poder de ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre” (3); es decir, que cuantos practicaran la doctrina esotérica de Jesús, se convertirían en hijos de Dios. “¿No sabéis que sois dioses?”, dice Cristo a sus discípulos. Platón describe admirablemente, en *Fedro*, el estado primario del hombre al cual ha de volver de nuevo. “Antes de perder las alas vivía entre los dioses y él mismo era un dios en el mundo aéreo”. Desde la más remota antigüedad enseñó la filosofía religiosa que el universo está poblado de divinos y espirituales seres de diversas razas. De una de éstas surgió con el tiempo ADAM, el hombre primitivo.

Los kalmucos y otros pueblos de Siberia describen también en sus leyendas, razas anteriores a la nuestra y dicen que aquellos hombres poseían conocimientos casi ilimitados, de lo que se engrieron hasta la audacia de rebelarse contra el Gran Espíritu, quien, para humillar su presunción y castigar su arrogancia, los encerró en *cuerpos* que limitaron sus facultades. Únicamente pueden salir de este encierro por medio de un perseverante arrepentimiento, de la purificación y desenvolvimiento interior. Creen que sus *shamanos* pueden ejercer a veces las divinas facultades que un tiempo poseyeron todos los hombres.

LOS LIBROS DE HERMES

En la biblioteca Astort, de Nueva York, hay el facsímil de un tratado egipcio de medicina escrito en el año 1552 antes de J. C., cuando, según la cronología corriente, contaba Moisés veintiún años de edad. Los caracteres están trazados sobre una corteza interna del *Cyperus papyrus*, y el profesor Schenk, de Leipzig, no sólo atestigua su autenticidad, sino que lo diputa por el más perfecto de cuantos se conocen. Es una sola hoja de excelente papiro amarillento obscuro, de tres decímetros de ancho y más de veinte metros de largo, arrollado en ciento diez páginas cuidadosamente numeradas. Lo adquirió en 1872 el arqueólogo Ebers de manos de un árabe de Luxor. El periódico *La Tribuna*, de Nueva York, dijo, a propósito de este asunto, que del examen del papiro se infiere con toda probabilidad que es uno de los seis *Libros herméticos de Medicina* citados por Clemente de Alejandría. Dice el mismo periódico: “El año 363, en tiempo de Jámblico, los sacerdotes egipcios enseñaban cuarenta y dos libros atribuidos a Hermes (Thuti). Según Jámblico, de estos libros, treinta y seis trataban de todos los conocimientos humanos y los seis restantes se ocupaban especialmente en anatomía, patología, oftalmología, quirúrgica y terpéutica (4). *El Papiro de Ebers* es seguramente uno de estos tratados herméticos”.

Si el fortuito encuentro del arqueólogo alemán y del árabe de Luxor ha iluminado con tan viva luz la antigua ciencia de los egipcios, no cabe duda de que si se repitiera el caso con un egipcio tan servicial como el árabe, se esclarecerían muchos puntos tenebrosos de la historia antigua.

Los descubrimientos de la ciencia moderna no invalidan en modo alguno las remotísimas tradiciones que atribuyen increíble antigüedad a la raza humana. La geología, que hasta hace pocos años no había descubierto las huellas del hombre más allá de la época terciaria, tiene hoy pruebas incontrovertibles de que el hombre existía ya sobre la tierra mucho antes del último período glacial que se remonta a 250.000 años. Es un cómputo muy duro de roer para los teólogos. Sin embargo, así lo creyeron los antiguos filósofos.

Por otra parte, junto con restos humanos se han encontrado utensilios, en prueba de que en aquella remota época se ejercitaba ya el hombre en la caza y sabía edificar chozas. Pero la ciencia se ha detenido en su investigadora marcha, sin dar otro paso para descubrir el origen de la raza humana cuyas pruebas ulteriores han de aducirse todavía. Desgraciadamente, los antropólogos y psicólogos modernos son incapaces de reconstruir con los fósiles hasta ahora descubiertos el trino hombre físico, mental y espiritual. El hecho de que cuanto más hondas son

las excavaciones arqueológicas, más toscos y groseros resultan los utensilios prehistóricos, parece una prueba científica de que el hombre es más salvaje y semejante a los brutos a medida que nos acercamos a su origen. ¡Extraña lógica! ¿Acaso los restos hallados, por ejemplo, en la cueva de Devon, demuestran que no existieran entonces otras razas superiormente civilizadas?

Cuando hayan desaparecido los actuales pobladores de la tierra y los arqueólogos de la raza futura hallen en sus excavaciones los utensilios pertenecientes a los indios o a las tribus de las islas de Andamán, ¿podrían afirmar con razón que en el siglo XIX comenzaba la humanidad a salir de la Edad de piedra?

LÍMITES DE LAS CIENCIAS FÍSICAS

Hasta hace muy poco estaba de moda hablar de “los insostenibles conceptos de un pasado inculto”, *¡como si fuera posible ocultar tras un epigrama las canteras intelectuales en que se labraron tantas reputaciones científicas!* Así como Tyndall propende fácilmente a mofarse de los antiguos filósofos con cuyas ideas se han pavoneado muchos sabios modernos, así también se inclinan de día en día los geólogos a suponer que las razas arcaicas estaban sumidas en profunda barbarie. Sin embargo, no todos los orientalistas son de esta opinión, pues algunos sostienen lo contrario, como, por ejemplo, Max Müller que dice: “Hay todavía muchas cosas incomprensibles para nosotros, y el lenguaje jeroglífico de los antiguos tan sólo expresa la mitad de los pensamientos. Sin embargo, la imagen del hombre se nos aparece cada vez más pura y noble en todos los países, según nos acercamos a su origen y comprendemos sus errores e interpretamos sus ensueños. Por lejanas que estén las huellas del hombre, aun en los más apartados confines de la historia, descubrimos desde un principio el divino don de la vigorosa y razonable inteligencia, de suerte que es imposible sostener que la raza humana haya surgido lentamente de las profundidades de la brutalidad animal" (5).

Como se ha dicho que no es filosófico inquirir las causas primeras, los sabios se ocupan tan sólo en estudiar los efectos físicos, y el campo de investigación científica no va más allá de la naturaleza física, en cuyos límites se detienen los investigadores para recomenzar su tarea y dar vueltas y más vueltas a la materia, como ardillas enjauladas, dicho sea con todo el respeto debido a los eruditos. Somos demasiado pigmeos para poner en tela de juicio la valía potencial de la ciencia; pero los científicos no encarnan la ciencia, como tampoco los habitantes del planeta son el planeta mismo. Ninguno de nosotros tiene autoridad ni derecho para forzar a los modernos filósofos a que acepten sin reparo la descripción geográfica del hemisferio de la luna oculto a las miradas de los astrónomos; pero si un cataclismo lunar lanzase a alguno de sus habitantes a la esfera de atracción de nuestro globo, de modo quesano y salvo cayera ante la puerta del doctor Carpenter, no podría éste, sin mengua de sus deberes profesionales, considerar el hecho más que desde el punto de vista físico. Pero el investigador científico no debe rehuir el estudio de ningún nuevo fenómeno, así fuera éste tan insólito como la caída de un hombre de la luna o la aparición de un espectro en su alcoba. Tanto da investigar por el método aristotélico como por el platónico; pero lo cierto es que los antiguos antropólogos conocían perfectamente las dos naturalezas interna y externa del hombre. A pesar de las vacilantes hipótesis de los geólogos empezamos a tener casi diariamente pruebas de las aserciones de aquellos filósofos, quienes *dividían la existencia del hombre sobre la tierra en dilatados ciclos, durante cada uno de los cuales alcanzaba gradualmente la humanidad el pináculo de la civilización para ir sumiéndose paulatinamente en la más abyecta barbarie.* De los maravillosos monumentos de la antigüedad todavía existentes y de la descripción que hace Herodoto de otros ya desaparecidos, puede inferirse, aunque no por completo, el eminente

grado de progreso a que llegó la humanidad en cada uno de sus pasados ciclos. Ya en la época del célebre historiador griego eran montones de ruinas muchos templos famosos y pirámides gigantescas a que el padre de la historia llama “venerables testigos de las glorias de nuestros remotors antepasados”. Elude Herodoto tratar de las cosas divinas y se contrae a describir, según referencias llegadas a sus oídos, los maravillosos subterráneos del Laberinto que sirvieron de sepulcro a los reyes iniciados cuyos restos yacen todavía en lugares ocultos.

Sin embargo, los relatos hitóricos de la época de los Ptolomeos nos proporcionan elementos bastantes para juzgar de las florecientes civilizaciones de la antigüedad, pues ya entonces habían decaído las ciencias y las artes con pérdida de muchos de sus secretos. En las excavaciones recientemente efectuadas en Mariette-Bey, al pie mismo de las Pirámides, se han encontrado estatuas de madera y otros objetos artísticos cuyo examen muestra que muchísimo antes de las primeras dinastías habían llegado ya los egipcios al refinamiento de la perfección artística, hasta el punto de maravillar a los más entusiastas partidarios del arte helénico.

NÚMEROS PITAGÓRICOS

En una de sus obras describe Taylor dichas estatuas diciendo que es verdaderamente inimitable la belleza plástica de aquellas testas con ojos de piedras preciosas y párpados de cobre.

A mucha mayor profundidad de la capa de arena en que yacían los objetos existentes hoy en el Museo Británico y en las colecciones de Lepsius y Abbott se encontraron posteriormente las pruebas tangibles de la ya referida doctrina hermética de los ciclos.

El entusiasta helenista doctor Schliemann halló en las excavaciones efectuadas no ha mucho en el Asia menor, notorias huellas del progreso gradual de la barbarie a la civilización y del también gradual regreso de la civilización a la barbarie. Así, pues, si el hombre antediluviano era mucho más docto que nosotros en ciencias profanas y mucho más hábil en ciertas artes que ya damos por perdidas, ¿por qué no admitir que pudiera igualmente aventajarnos en el conocimiento de la psicología? Esta hipótesis debe prevalecer mientras no se aduzcan pruebas evidentes en contrario.

Todo sabio digno de este nombre reconoce que muchas ramas de la ciencia están todavía en mantillas. ¿Será porque nuestro ciclo haya principiado hace poco tiempo? Sin embargo, según la filosofía caldea, *los ciclos de evolución no abarcan a un tiempo a toda la humanidad*, y así lo corrobora espontáneamente Draper al decir que los períodos en que a la geología le plugo dividir los progresos del hombre, no son tan exabruptos que comprendan simultáneamente a toda la humanidad, pues cabe poner por ejemplo los indios nómadas de América que en nuestros días están trascendiendo la para ellos Edad de piedra.

Los cabalistas versados en el sistema pitagórico de números y líneas saben perfectamente que las doctrinas metafísicas de Platón se fundan en rigurosos principios matemáticos. A este propósito, dice el *Magicón*: “Las matemáticas sublimes están relacionadas con toda ciencia superior; pero las matemáticas vulgares no son más que falaz fantasmagoría cuya encomiada exactitud dimana del convencionalismo de sus fundamentos”.

Algunos filósofos de nuestra época ponderan el aristotélico método inductivo en perjuicio del deductivo de Platón, porque se figuran que aquél consiste tan sólo en ir a rastras de lo particular a lo universal. Draper lamenta (6) que los místicos especulativos como Amonio Saccas y Plotino suplantaran a los rigurosos geómetras de las escuelas antiguas; pero no tiene en cuenta que la geometría es entre todas las ciencias el más acabado modelo de síntesis y en toda su trama procede de lo universal a lo particular o sea el método platónico. Ciertamente que

no fallarán las ciencias exactas mientras, recluidas en las condiciones del mundo físico, se contraigan al método aristotélico; pero como el mundo físico es limitado aunque nos parezca ilimitado, no podrán las investigaciones meramente físicas trasponer la esfera del mundo material.

La teoría cosmológica de los números, que Pitágoras aprendió de los hierofantes egipcios, es la única capaz de conciliar la materia y el espíritu demostrando matemáticamente la existencia de ambos principios por la de cada uno de ellos.

Las combinaciones esotéricas de los números sagrados del universo resuelven el arduo problema y explican la teoría de la irradiación y el ciclo de las emanaciones. Los órdenes inferiores proceden de los espiritualmente superiores y evolucionan en progresivo ascenso hasta que, llegados al punto de conversión, se reabsorben en el infinito.

La fisiología, como todas las ciencias, está sujeta a la ley de evolución cíclica, y si en el actual ciclo va saliendo apenas del arco inferior, algún día tendremos la prueba de que en época muy anterior a Pitágoras estuvo en el punto culminante del ciclo. Por de pronto, Pitágoras aprendió fisiología y anatomía de boca de los discípulos y sucesores del sidonio Mochus, que floreció muchísimos años antes que el filósofo de Samos, cuya solicitud por conservar las enseñanzas de la antigua ciencia del alma le hacen digno de vivir eternamente en la memoria de los hombres.

COMENTADORES DE PLATÓN

Las ciencias enseñads en los santuarios estaban veladas impenetrablemente por el más sigiloso arcano. Ésta es la causa del poco aprecio en que hoy se tiene a los filósofos antiguos, y más de un comentador acusó de incongruentes a Platón y Filo Judeo, por no advertir el propósito que se trasluce bajo el laberinto de contradicciones metafísicas cuya aparente absurdidad tan perplejos deja a los lectores del *Timeo.* Pero ¿qué comentador de los clásicos supo leer a Platón? Esto nos mueve a preguntar los juicios críticos que sobre el insigne filósofo encontramos en las obras de Stalbaüm, Schleiermacher, Ficino, Heindorf, Sydenham, Buttmann, Taylor y Burges, por no citar otros de menos autoridad. Las veladas alusiones de Platón a las enseñanzas esotéricas han puesto en extrema confusión a sus comentadores, cuya atrevida ignorancia llegó al punto de alterar muchos pasajes del texto, creídos de que estaban equivocadas las palabras. Así tenemos que respecto a la alusión órfica en que el autor exclama:

> Del canto el orden de la *sexta raza* cierra,

cuya interpretación sólo cabe dar en el sentido de la aparición de la *sexta raza* en la consecutiva evolución de las esferas (7), opina erróneamente Burges que el pasaje “está sin duda tomado de una cosmogonía, según la cual fue *el hombre el último ser creado*” (8). El que edita una obra ¿no tiene la obligación de por lo menos entender lo que dice el autor?

Es opinión general, aun entre los críticos más serenos, que los sabios de la antigüedad no tuvieron de las ciencias experimentales el profundo conocimiento que tanto engríe a nuestro siglo.

Algunos comentadores han sospechado que ignoraban el fundamental apotegma filosófico: *ex nihilo nihil fit*, y dicen que si algo sabían de la indestructibilidad de la materia, no era por deducción de principios firmemente establecidos, sino por intuición y analogía. Sin embargo, nosotros opinamos lo contrario, pues aunque las enseñanzas de los filósofos antiguos en lo concerniente a las cosas materiales fuesen públicas y estén sujetas a la crítica, sus doctrinas sobre las cosas espirituales fueron profundamente esotéricas, y movidos por el juramento de mantener en absoluto sigilo cuanto se refiriese a las relaciones entre el espíritu y

la materia, rivalizaban unos con otros en ingeniosas trazas para encubrir sus verdaderas opiniones.

La doctrina de la metempsícosis, tan acerbamente ridiculizada por los científicos y con no menos dureza combatida por los teólogos, es un concepto sublime para quienes desentrañan su esotérica adecuación a la indestructibilidad de la materia e inmortalidad del espíritu. ¿No sería justo mirar la cuestión desde el punto de vista en que los antiguos se colocaron, antes de burlarnos de ellos? Ni la superstición religiosa ni el escepticismo materialista pueden resolver el magno problema de la *eternidad*. lA armónica variedad en la matemática unidad de la dual evolución del espíritu y de la materia está comprendida tan sólo en los números universales de Pitágoras, enteramente idénticos al "lenguaje métrico" de los Vedas, según ha demostrado el celoso orientalista Martín Haug en su por desgracia demasiado tardía traducción del *Aitareya Brâhmana* del *Rig Veda*, hasta ahora desconocido de los occidentales. Tanto el sistema pitagórico como el brahmánico entrañan en el número el significado esotérico. En el primero depende de la mística relación entre los números y las cosas asequibles a la mente humana; en el segundo, del número de sílabas de cada versículo de los mantras.

Platón, ferviente discípulo de Pitágoras, siguió con tal fidelidad las enseñanzas de su maestro que sostuvo que el Demiurgos se valió del dodecaedro para construir el universo.

Algunas figuras geométricas tienen especial y profunda significación, como, por ejemplo, el cuadrado, emblema de la moral perfecta y la justicia absoluta, pues sus cuatro lados o límites son exactamente iguales. Todas las potestades y armonías de la naturaleza están inscritas en el cuadrado perfecto cuyo número 4 es la tercera parte del número 12 del dodecaedro, de suerte que el inefable nombre de Aquél se simboliza en la sagrada *Tetractys*, por quien juraban solemnemente los antiguos místicos.

EL SISTEMA HELIOCÉNTRICO EN LA INDIA

Si después de estudiarla como es debido comparáramos las enseñanzas pitagóricas de la metempsícosis con la moderna teoría de la evolución, hallaríamos en ella todos los eslabones perdidos en esta última; pero ¿qué sabio se avendría a desperdiciar el tiempo en lo que llaman quimeras de los antiguos? Porque, a pesar de las pruebas en contrario, dicen que, no ya las naciones de las épocas arcaicas, sino que ni siquiera los filósofos griegos tuvieron la más leve noción del sistema heliocéntrico. San Agustín, Lactancio y el venerable Beda desnaturalizaron con su ignorante dogmatismo las enseñanzas de los teólogos precristianos; pero la filología, apoyada en el exacto conocimiento del sánscrito, nos coloca en ventajosa situación para vindicarlos. Así, por ejemplo, en los Vedas encontramos la prueba de que 2.000 años antes de J. C., los sabios indos conocían la esfericidad de la tierra y el sistema heliocéntrico que tampoco ignoraba Pitágoras, por haberlo aprendido en la India, ni su discípulo Platón.

A este propósito copiaremos dos pasajes del *Aitareya Brâhmana* (9):

"El *Mantra-Serpiente* es uno de los que vio *Sarparâjni* (la reina de las serpientes). Porque la tierra (*iyam)* es la reina de las serpientes puesto que es madre y reina de todo cuanto se mueve (*sarpat).* En un principio, la tierra era una enorme cabeza calva (10).

"Entonces vio la tierra este *Mantra* que confiere a quien lo conoce la facultad de asumir la forma que desee. La tierra "entonó el Mantra", esto es, sacrificó a los dioses y por ello tomó jaspeado aspecto y fue capaz de producir diversidad de formas y *mudarlas unas en otras.*

"Este *Mantra* comienza con las palabras: *Ayam gaûh pris'nir akramît*" (X-189).

La descripción de la tierra en forma de cabeza calva, al principio dura y después blanda, cuando el dios del aire (Vayu) sopló en ella, demuestra que los autores de los Vedas, no sólo

conocían la esfericidad de la tierra, sino también que en un principio era una masa gelatinosa que con el tiempo se fue enfriando por la acción del aire. Veamos ahora la prueba de que los indos conocían perfectamente el sistema heliocéntrico unos 2.000 años por lo menos antes de J. C.

El *Aitareya Brâhmana* enseña cómo ha de recitar el sacerdote los *shâstras* y explica el fenómeno de la salida y puesta del sol. A este propósito dice: "Agnisthoma es el dios que abrasa. El sol *no sale ni se pone*. Las gentes creen que el sol se pone, pero se engañan, porque no hay tal, sino que llegado el fin del día, deja en noche lo que está debajo y en día lo del lado opuesto. Cuando las gentes se figuran que sale el sol, es que llegado el fin de la noche, deja en día lo que está debajo y en noche lo del lado opuesto. Verdaderamente, nunca se pone el sol para quien esto sabe" (11).

El pasaje transcrito es tan concluyente, que el mismo traductor del *Rig Veda* llama la atención sobre su texto diciendo que en él se *niega* la salida y la puesta del sol, como si el autor estuviese convencido de que el astro conserva constantemente su elevada posición (12).

En uno de los nividas más antiguos, el rishi Kutsa, que floreció en muy remotos tiempos, explica alegóricamente las leyes a que obedecen los cuerpos celestes. Dice que "por hacer lo que no debió" fue condenada Anâhit (13) a girar alrededor del sol. Los sattras, o sacrificios periódicos, prueban, sin dejar duda, que diecinueve siglos antes de la era cristiana estaban ya los indos muy adelantados en astronomía. Duraban estos sacrificios un año y correspondían a la aparente carrera del sol.

Según dice Haug "se dividían en dos períodos de seis meses de treinta días, con intervalo de un día llamado *vishuvan* (ecuador o día central) que partía el *sattras* en dos mitades" (14).

ANTIGUOS CÓMPUTOS ASTRONÓMICOS

Aunque Haug remonta la antigüedad de los *Brâhmanas* tan sólo a unos 1.200 ó 1.400 años antes de J. C., reconoce que los himnos más antiguos corresponden al comienzo de la literatura védica, entre los años 2.400 y 2.000 antes de J. C., pues no ve razón para considerar los Vedas menos antiguos que las Escrituras chinas. Sin embargo, como está probado de sobra que el *Shu-King* (Libro de la Historia) y los cantos sacrificiales del *Shi-King* (Libro de las Odas) datan de 2.200 años antes de J. C., los filólogos modernos se verán forzados a confesar la superioridad de los indos en conocimientos astronómicos.

De todos modos, estos hechos demuestran que ciertos cómputos astronómicos de los caldeos eran tan exactos en tiempo de Julio César como puedan serlo en nuestros días. Cuando el conquistador de las Galias reformó el calendario, las estaciones habían perdido toda correspondencia con el año civil, pues el verano se prolongaba a los meses de otoño y el otoño a los de invierno.

Las operaciones científicas de la corrección estuvieron a cargo del astrónomo caldeo Sosígenes, quien retrasó noventa días la fecha del 25 de Marzo para que coincidiese con el equinoccio de primavera y dividió el año en los doce meses distribuidos en días tal como aún subsisten.

El calendario de los aztecas mexicanos dividía el año en meses de igual número de días con tan escrupulosa exactitud calculados, que ningún error descubrieron las comprobaciones efectuadas posteriormente en la época de Moctezuma, al paso que al desembarcar los españoles el año 1519, advirtieron que el calendario Juliano, por el cual se regían, adelantaba once días con relación al tiempo exacto.

Gracias a las inestimables y fieles traducciones de los libros védicos y a los trabajos de investigación del doctor Haug, podemos corroborar las afirmaciones de los filósofos herméticos y reconocer la indecible antigüedad de la época en que floreció el primer Zoroastro. Los *Brâhmanas*, cuya fecha remonta Haug a 2.000 años, describen los combates entre los indos prevédicos simbolizados en los *devas* y los iranios en los *asuras*. ¿En qué época levantaría su voz el primer profeta iranio contra lo que llamaba la idolatría de los brahmanes a quienes calificó de *devas* o, según él, demonios?

A ello responde Haug que estas luchas debieron parecerles a los autores de los *Brâhmanas* tan legendarias como les parecen las proezas del rey Arturo a los historiadores ingleses del siglo XIX.

Los más conspicuos filósofos reconocen que tanto los brahmanes como los budistas y los pitagóricos enseñaron esotéricamente, en forma más o menos inteligible, la doctrina de la metempsícosis, profesada asimismo por Clemente de Alejandría, Orígenes, Sinesio, Calcidio y los agnósticos, a quienes la historia diputa por los hombres más exquisitamente cultos de su tiempo (15). Pitágoras y Sócrates sostuvieron las mismas ideas y ambos fueron condenados a muerte en pena de enseñarlas, porque el vulgo ha sido igualmente brutal en todo tiempo y el materialismo ofuscó siempre las verdades espirituales.

De acuerdo con los brahmanes, enseñaron a Pitágoras y Sócrates que el espíritu de Dios anima las partículas de la materia en que está infundido; que el hombre tiene *dos almas* de distinta naturaleza, pues una (alma astral o cuerpo fluidico) es corruptible y perecedera, mientras que la otra (*augoeides* o partícula del Espíritu divino) es incorruptible e imperecedera. El alma astral, aunque invisible para nuestros sentidos por ser de materia sublimada, perece y se renueva en los umbrales de cada nueva esfera, de suerte que va purificándose más y más en las sucesivas transmigraciones. Aristóteles, que por motivos políticos se muestra muy reservado al tratar cuestiones de índole esotérica, declara explícitamente su opinión en este punto, afirmando que el alma humana es emanación de Dios y a Dios ha de volver en último término. Zenón, fundador de la escuela estoica, distinguía en la naturaleza dos cualidades coeternas: una activa, masculina, pura y sutil, el Espíritu divino; otra pasiva, femenina, la materia que para actuar y vivir necesita del Espíritu, único principio eficiente cuyo soplo crea el fuego, el agua, la tierra y el aire. También los estoicos admitían como los indos la reabsorción final. San Justino creía en la emanación divina del alma humana, y su discípulo Taciano afirma que “el hombre es inmortal como el mismo Dios” (16).

EL ALMA DE LOS ANIMALES

Es muy importante advertir que el texto hebreo del *Génesis*, según saben los hebraístas, dice así: “A todos los animales de la tierra y a todas las aves del aire y a cuanto se arrastra por el suelo les di alma viviente” (17). Pero los traductores han adulterado el original substituyendo la frase subrayada por la de: “*allí en donde hay vida*”.

Demuestra Drummond que los traductores de las Escrituras hebreas han tergiversado el sentido del texto en todos los capítulos, falseando hasta la significación del nombre de Dios que traducen por Él cuando el original dice ... *Al* que, según Higgins, significa Mithra, el Sol conservador y salvador. Drummond prueba también que la verdadera traducción de *Beth-El* es *Casa del Sol* y no *Casa de Dios,* pues en la composición de estos nombres cananeos, la palabra *El* no significa *Dios*, sino *Sol* (18).

De esta manera ha desnaturalizado la teología a la teosofía antigua y la ciencia a la filosofía (19).

El desconocimiento de este capital principio filosófico invalida los métodos de la ciencia moderna por seguros que parezcan, pues no sirven para demostrar el origen y fin de las cosas. En lugar de deducir el efecto de la causa inducen la causa del efecto. Enseña la ciencia que los tipos superiores proceden evolutivamente de los inferiores, pero como en esta laberíntica escala va guiada por el hilo de la materia, en cuanto se rompe no puede adelantar un paso y retrocede con espanto, y se confiesa impotente ante el *Incomprensible*. No procedían así Platón y sus discípulos, para quienes los *tipos inferiores eran imágenes concretas de los abstractos superiores.* El alma inmortal tiene un principio aritmético y el cuerpo lo tiene geométrico. Este principio, como reflejo del *Arqueos* universal, es semoviente y desde el centro se difunde por todo el cuerpo del microcosmos.

La triste consideración de esta verdad mueve a Tyndall a confesar cuán impotente es la ciencia aun en el mismo mundo de la materia, diciendo: "El primario ordenamiento de los átomos a que toda acción subsiguiente está subordinada, escapa a la penetración del más potente microscopio. Después de prolongadas y complejas observaciones, sólo cabe afirmar que la inteligencia más privilegiada y la más sutil imaginación *retroceden confundidas ante la magnitud del problema*. no hay microscopio capaz de reponernos de nuestro asombro, y no sólo dudamos de la valía de este instrumento, sino de si en verdad la mente humana puede inquirir las más íntimas energías estructurales de la naturaleza".

La fundamental figura geométrica de la cábala, que según la tradición, de acuerdo con las doctrinas esotéricas recibió Moisés en el monte Sinaí (20) encierra en su grandiosamente sencilla combinación la clave del problema universal. Esta figura contiene todas las demás y los capaces de comprenderla no necesitan valerse de la imaginación ni del microcopio, porque ninguna lente óptica supera en agudeza a la percepción espiritual. Para los versados en la *magna ciencia*, la descripción que un niño psicómetra pueda dar de la génesis de un grano de arena, de un pedazo de cristal o de otro objeto cualquiera, es mucho más fidedigna que cuantas observaciones telescópicas y microscópicas aleguen las ciencias experimentales.

Más verdad encierra la atrevida pangenesia de Darwin, a quien llama Tyndall "especulador sublime", que las cautas y restringidas hipótesis de este otro sabio, quien, como todos los de su linaje, recluyen su imaginación entre las, según ellos, "firmes fronteras del raciocinio". La hipótesis de un germen microscópico con suficente vitalidad para contener un mundo de gérmenes menores, parece como si se remontara a lo infinito y trascendiendo al mundo material se internara en el espiritual.

Si consideramos la darwiniana teoría del origen de las especies, advertiremos que su punto de partida está situado como si dijéramos frente a una puerta abierta, con libertad de atravesar o no el dintel a cuyo otro lado vislumbramos lo infinito, lo incomprensible, o, por mejor decir, lo *inefable*. Si el lenguaje humano es insuficiente para expresar lo que vislumbramos en el *más allá*, algún día *habrá* de comprenderlo el hombre que ante sí tiene la inacabable eternidad.

EL PROTOPLASMA Y EL "MÁS ALLÁ"

No sucede lo propio en la hipótesis de Huxley acerca de los fundamentos fisiológicos de la vida. Contra las negaciones de sus colegas alemanes admite un *protoplasma* universal que al formar las células origina la *vida*. Este protoplasma es, según Huxley, idéntico en todo organismo viviente, y las células que constituye entrañan el principio vital, pero excluye de ellas el divino influjo y deja sin resolver el problema. Con habilísima táctica convierte las *leyes y hechos* en centinelas cuyo santo y seña es la palabra necesidad, aunque al fin y a la postre desbarata toda la hipótesis calificándola de "vano fantasma de mi imaginación". "Las doctrinas fundamentales del espiritualismo, continúa diciendo Huxley, trascienden toda investigación

filosófica" (21). Sin embargo, nos atreveremos a contradecir esta afirmación observando que mejor se avienen las doctrinas espiritualistas con las investigaciones filosóficas que con el protoplasma de Huxley, pues al menos ofrecen pruebas evidentes de la existencia del *espíritu*, mientras que *una vez muertas* las células protoplásmicas, no se advierte en ellas indicio alguno de que sean los orígenes de la vida, como pretende el eminente pensador contemporáneo.

Los cabalistas antiguos no formulaban hipótesis alguna hasta que podían establecerla sobre la firmísima roca de comprobadas experiencias.

Pero la exagerada subordinación a los hechos físicos ocasiona la pujanza del materialismo y la decadencia del espiritualismo. Tal era la orientación dominante del pensamiento humano en tiempos de Aristóteles, y aunque el precepto délfico no se había borrado de la mente de los filósofos griegos, pues todavía algunos afirmaban que para conocer lo que *es* el hombre se necesita saber lo que *fue*, ya empezaba el materialismo a corroer las raíces de la fe. Los mismos *Misterios* estaban adulterados hasta el punto de ser especulaciones sacerdotales y fraudes religiosos. Pocos eran los verdaderos adeptos e iniciados, legítimos sucesores de los que dispersara la espada conquistadora del antiguo Egipto.

Ciertamente había llegado ya la época vaticinada por el gran Hermes en su diálogo con Esculapio; la época en que impíos extraqnjeros reconvinieran a los egipcios de adorar monstruosos ídolos, sin que de ella quedara más que los jeroglíficos de sus monumentos como increíbles enigmas para la posteridad. Los hierofantes andaban dispersos por la faz de la tierra, buscando refugio en las comunidades herméticas llamadas más tarde *esenios*, donde sepultaron a mayor hondura que antes la ciencia esotérica. La triunfante espada del discípulo de Aristóteles no dejó vestigio de la un tiempo pura religión, y el mismo Aristóteles, típico hijo de su siglo, aunque instruido en la secreta ciencia de los egipcios, sabía muy poco de los resultados dimanantes de milenarios estudios esotéricos.

Lo mismo que los que florecieron en los días de Psamético, los filósofos contemporáneos "alzan el velo de Isis" porque Isis es el símbolo de la naturaleza; pero sólo ven formas físicas y el alma interna escapa a su penetración. La Divina Madre no les responde. Anatómicos hay que niegan la existencia del alma, porque no la descubren bajo las masas de músculos y redes de nervios y substancia gris que levantan con la punta del escalpelo. Tan miopes son estos en sus sofismas como el estudiante que bajo la letra muerta de la cábala no acierta a descubrir el vivificador espíritu. Para ver el hombre real que habitó en el cadáver extendido sobre la mesa de disección, necesita el anatómico ojos no corporales; y de la propia suerte, para descubrir la gloriosa verdad, cifrada en las escrituras hieráticas de los papiros antiguos, es preciso poseer la facultad de intuición, la vista del alma, como la razón lo es de la mente.

La ciencia moderna admite una fuerza suprema, un principio invisible, pero niega la existencia de un Ser supremo, de un Dios personal (22). Lógicamente es muy discutible la diferencia entre ambos conceptos, porque, en este caso, *fuerza y esencia* son idénticas. La raxzón humana no puede concebir una fuerza suprema e inteligente sin identificarla con un Ser también supremo e inteligente. Jamás el vulgo tendrá idea de la omnipotencia y omnipresencia de Dios sin atribuirle, en gigantescas proporciones, cualidades humanas; sin embargo, para los cabalistas, siempre fue el invisible *En-Soph* una Potestad.

DESCONOCIDOS, PERO PODEROSOS ADEPTOS

Vemos, por lo tanto, que los filósofos positivistas de nuestros días tuvieron sus precursores hace miles de años. El adepto hermético proclama que el simple sentido común excluye toda contingencia de que el universo sea obra del acaso, pues equivaldría este absurdo

a suponer que los postulados deEuclides los dedujo un mono entretenido en jugar con figuras geométricas.

Muy pocos cristianos comprenden la teología hebrea, si es que algo saben de ella. El *Talmud* es profundamente enigmático, aún para la mayor parte de los mismos judíos; pero los hebraístas que lo han descifrado, no se engríen de su erudición. Los libros cabalísticos son todavía menos comprensibles para los judíos, y a su estudio se dedican, con mayor asiduidad que estos, los hebraístas cristianos. Sin embargo, ¡cuán menos conocida todavía es la cábala universal de Oriente! Pocos son sus adeptos; pero estos privilegiados herederos de los sabios que "descubrieron las deslumbradoras verdades que centellean en la gran Shemaya del saber caldeos (23) han solucionado lo "absoluto" y descansan ahora de su fatigosa tarea. No pueden ir más allá de la línea trazada por el dedo del mismo Dios en este mundo, como límite del conocimiento humano. Sin darse cuenta, han topado algunos viajeros con estos adeptos en las orillas del sagrado Ganges, en las solitarias ruinas de Tebas, en los misteriosamente abandonados aposentos de Luxor, en las cámaras de azules y doradas bóvedas cuyos misteriosos signos atraen sin fruto posible la atención del vulgo. Por doquiera se les encuentra, lo mismo en las desoladas llanuras del Sahara y en las cavernas de Elefanta, que en los brillantes salones de la aristocracia europea; pero sólo se dan a conocer a los desinteresados estudiantes cuya perseverancia no les permite volver atrás. El insigne teólogo e historiador judío Maimónides, a quien sus compatriotas casi divinizaron, para después acusarle de herejía, afirma que lo en apariencia más absurdo y extravagante del *Talmud*, encubre precisamente lo más sublime de su significado esotérico. Este eruditísimo judío ha demostrado que la magia caldea profesada por Moisés y otros taumaturgos, se fundaba en amplios y profundos conocimientos de diversas y hoy olvidadas ramas de las ciencias naturales, pues conocían por completo los recursos de los reinos mineral, vegetal y animal, aparte de los secretos de la química y de la física, con añadidura de las verdades espirituales que les daban tanta idoneidad en psicología como tuvieron en fisiología. No es maravilla, pues, que los adeptos educados en los misteriosos santuarios de los templos, obraran portentos en cuya explicación fracasaría la infatuada ciencia contemporánea. Es denigrante para la dignidad humana motejar de imposturas la magia y las ciencias ocultas, pues si hubiera sido posible que durante miles de años fuesen unas gentes víctimas de los fraudes y supercherías amañados por otras gentes, necesario sería confesar que la mitad de los hombres son idiotas y la otra mitad bribones. ¿En qué país no se ha practicado la magia? ¿En qué época se olvidó por completo?

Los Vedas y las leyes de Manú, que son los documentos literarios más antiguos, describen muchos ritos mágicos de lícita práctica entre los brahmanes (24). Hoy mismo se enseña en el Japón y en China, sobre todo en el Tíbet, la magia cladea, y los sacerdotes de estos países corroboran con el ejemplo las enseñanzas relativas al desenvolvimiento de la clarividencia y actualización de las potencias espirituales, mediante la pureza y austeridad de cuerpo y mente, de que dimana la mágica superioridad sobre las entidades elementales, naturalmente inferiores al hombre. En los países occidentales es la magia tan antigua como en los orientales. Los druidas de la Gran Bretaña y de las Galias la ejercían en las reconditeces de sus profundas cavernas, donde enseñaban ciencias naturales y psicológicas, la armonía del universo, el movimiento de los astros, la formación de la tierra y la inmortalidad del alma (25). En las naturales academias edificadas por mano del invisible arquitecto, se congregaban los iniciados al filo de la media noche para meditar sobre lo que es y lo que ha de ser el hombre (26). No necesitaban de iluminación artificial en sus templos, porque la casta diosa de la noche hería con sus rayos las cabezas coronadas de roble y los sagrados bardos de blancas vestiduras sabían hablar con la solitaria reina de la bóveda estrellada (27).

ANTIGÜEDAD DE LA MAGIA

Pero aunque el ponzoñoso hálito del materialismo haya consumido las raíces de los sagrados bosques y secado la savia de su espiritual simbolismo, todavía medran con exuberante lozanía para el estudiante de ocultismo, que los sigue viendo cargados del fruto de la verdad tan frondosamente como cuando el archidruida sanaba mágicamente a los enfermos y tremolando el ramo de muérdago segaba con su dorada segur la rama del materno roble. *La magia es tan vieja como el hombre* y nadie acertaría en señalar su origen, de la propia suerte que no cabe computar el nacimiento del primer hombre. Siempre que los eruditos intentaron determinar históricamente los orígenes de la magia en algún país, desvanecieron sus cálculos investigaciones posteriores. Suponen algunos que el sacerdote y rey escandinavo Odín fue el fundador de la magia unos 70 años antes de J. C.; pero hay pruebas evidentes de que los misteriosos ritos de las sacerdotisas *valas* son muy anteriores a dicha época (28).

Otros eruditos modernos atribuyen a Zoroastro las primicias de la magia apoyados en que fue el fundador de la religión de los magos; pero Amiano Marcelino, Arnobio, Plinio y otros historiadores antiguos, prueban concluyentemente que tan sólo se le debe considerar como reformador de la magia, ya de muy antiguo profesada por los caldeos y egipcios (29).

Los más eminentes maestros de las cosas divinas convienen en que casi todos los libros antiguos están escritos en lenguaje sólo entendido de los iniciados, y ejemplo de ello nos da el bosquejo biográfico de Apolonio de Tyana, que, según saben los cabalistas, es un verdadero compendio de filosofía hermética con trasuntos de las tradiciones relativas al rey Salomón. Lo mismo que éstas, parece el bosquejo biográfico de Apolonio fantástica quimera, porque los acontecimientos históricos están cubiertos bajo el velo de la ficción. El viaje a la India, allí descrito, simboliza las pruebas del neófito, y sus detenidas conversaciones con los brahmanes, sus prudentes consejos y sus diálogos con el corintio Menipo, equivalen en conjunto, debidamente interpretados, a un catecismo esotérico. En su visita al país de los sabios, en la plática que sostuvo con el rey Hiarkas y en el oráculo de Anfiarao, se simbolizan muchos dogmas secretos de Hermes, cuya explicación revelaría no pocos misterios de la naturaleza. Eliphas Levi indica la sorprendente analogía entre el rey Hiarkas y el fabuloso Hiram, de quien recibió Salomón el cedro del Líbano y el oro de Ofir. Curioso fuera averiguar si los modernos masones, por mucha que sea su elocuencia y habilidad, saben quién es el *Hiram* cuya muerte juran vengar.

NADA HAY NUEVO BAJO EL SOL

Si prescindiendo de las enseñanzas puramente metafísicas de la cábala, atendiéramos tan sólo al ocultismo fisiológico, podríamos obtener resultados beneficiosos para algunas ramas de la moderna ciencia experimental, tales como la química y la medicina. A este propósito, dice Draper: “A menudo descubrimos *ideas que orgullosamente diputábamos por privativas de nuestra época*”. Esta observación a que dio pie el examen de los tratados científicos de los árabes, puede aplicarse con mucho mayor motivo a las obras esotéricas de los antiguos. La medicina moderna sabe de seguro más anatomía, fisiología y terpéutica, pero ha perdido el verdadero conocimiento por su encogido criterio, inflexible materialismo y dogmatismo sectario. Cada escuela médica desdeña saber lo que otras opinan y todas ellas desconocen el grandioso concepto que de la naturaleza y el hombre sugieren los fenómenos hipnóticos y los experimentos de los norteamericanos sobre el cerebro, cuyos resultados son la más acabada derrota del estúpido materialismo. Sería conveniente convocar a los médicos de las distintas escuelas para demostrarles que muchas veces se estrella su ciencia contra la rebeldía de

enfermedades, vencidas después por saludadores hipnóticos o mediumnímicos. Quienes estudien la antigua literatura médica, desde Hipócrates a Paracelso y Van Helmont, hallarán multitud de casos fisiológicos y psicológicos, perfectamente comprobados, con medicinas y tratamientos terapéuticos cuyo empleo desdeñan los médicos contemporáneos (30). De la propia manera, los cirujanos del día confiesan su inferioridad respecto de la admirable destreza de los antiguos en el arte de vendar. Los más notables cirujanos parisienses han examinado el vendaje de las momias egipcias, sin verse capaces de imitar el modelo que ante sí tenían.

En el museo Abbott, de Nueva York, hay numerosas pruebas de la habilidad de los antiguos en varias artes, entre ellas, la de blondas y encajes y postizos femeninos. El periódico de Nueva York, *La Tribuna*, en su crítica del *Papiro de Ebers*, dice: "... verdaderamente no hay nada nuevo bajo el sol... los capítulos 65, 66, 79 y 89 demuestran que los regeneradores del cabello, los tintes y polvoreras eran ya necesarios hace 3.400 años".

En su obra *Conflictos entre la religión y la ciencia*, reconoce el eminente filósofo Draper, que a los sabios antiguos corresponde legítimamente la paternidad de la mayoría de descubrimientos que los modernos se atribuyen, y al efecto cita unos cuantos hechos que admiraron a toda Grecia. Calístenes envió a Aristóteles una serie de observaciones astronómicas computadas por los babilonios, que se remontaban a mil novecientos tres años. Ptolomeo, rey de Egipto y notable astrónomo, tenía una tabla de eclipses, también computada en Babilonia, en la que se predecían los de más de siete siglos antes de la era cristiana. A este propósito, dice muy oportunamente Draper: "Pacientes y precisas observaciones se necesitaron para obtener estos resultados astronómicos, cuya valía han corroborado nuestros tiempos. Los babilonios computaron el año tropical con veintisiete segundos de error, y el sideral con dos minutos de exceso. Conocieron la precesión de los equinoccios y predijeron y calcularon los eclipses con auxilio de su ciclo llamado *saros*, que constaba de 6.585 día, con un error de diecinueve minutos y treinta segundos. Todos estos cálculos son prueba incontrovertible de la paciente habilidad de los astrónomos caldeos, pues con imperfectos instrumentos lograron tan precisos resultados. Habían catalogado las estrellas y dividido el zodíaco en doce signos, el día en doce horas y la noche en otras tantas. Durante mucho tiempo estudiaron las ocultaciones de las estrellas detrás de la luna, según frase de Aristóteles, conocieron la situación de los planetas respecto del sol, construyeron cuadrantes, clepsidras, astrolabios y horarios y rectificaron los erróneos conceptos que sobre la estructura del sistema solar predominaban por entonces. El mundo permanente de las verdades eternas que interpenetra el transitorio mundo de ilusiones y quimeras no ha de ser descubierto por las tradiciones de los hombres que vivieron en los albores de la civilización ni por los *ensueños de los místicos que presumían de inspiración, sino que han de descubrirlo las investigaciones de la geometría y la práctica interrogación de la naturaleza".*

Estamos del todo conformes con esta conclusión que no podía inferirse más acertadamente. Parte de la verdad nos dice Draper en el pasaje transcrito, pero no *toda,* porque desconoce la índole y extensión de los conocimientos que en los Misterios se enseñaban. Ningún pueblo tan profundamente versado en geometría como los constructores de las Pirámides y otros titánicos monumentos antediluvianos y postdiluvianos, y ninguno tampoco que tan prácticamente haya interrogado a la naturaleza. Prueba de ello nos da el significado de sus innumerables símbolos, *cada uno de los cuales es plasmada idea que combina lo divino e invisible con lo terreno y visible*, de suerte que de lo visible se infiere lo invisible por estricta analogía, según el aforismo hermético: "como lo de abajo es lo de arriba". Los símbolos egipcios denotan profundos conocimientos en ciencias naturales y muy prácticos estudios de las fuerzas cósmicas.

INVESTIGACIONES GEOMÉTRICAS

Respecto a la eficacia de las investigaciones geométricas, ya no han de contraerse los estudiantes de ocultismo a nuevas conjeturas, sino que pueden seguir la orientación señalada en nuestros días por el insigne geómetra norteamericano Jorge Felt, quien apoyado en los antecedentes sentados por los antiguos egipcios, ha inferido las siguientes consecuencias:

1ª Determinar el diagrama fundamental de la geometría plana y del espacio.

2ª Establecer proporciones aritméticas en forma geométrica.

3ª Inferir la norma geométrica que de tan maravillosa y exacta manera siguieron los egipcios en todas sus construcciones arquitectónicas y escultóricas.

4ª Comprobar que de esta misma norma geométrica se valieron los egipcios para los cómputos astronómicos sobre que fundaron casi todo su simbolismo religioso.

5ª Descubrir las huellas de la norma geométrica de los egipcios en el arte y arquitectura de Grecia y en las Escrituras hebreas, cuya derivación egipcia resulta de ello evidente.

6ª Demostrar que después de investigar durante miles de años las leyes de la naturaleza, llegaron los egipcios a conocer el sistema del universo.

7ª Determinar con toda precisión problemas de fisiología, hasta hoy tan sólo sospechados.

8ª Que la primitiva ciencia y la primitiva religión, que serán también las últimas, estuvieron comprendidas en la filosofía masónica.

A esto podemos añadir por testimonio ocular que los escultores y arquitectos egipcios no forjaban en el yunque de su fantasía las admirables estatuas de sus templos, sino que de modelo les servían las “invisibles entidades del aire” y otros reinos de la naturaleza, cuya visión atribuían ellos, como atribuye también Felt, a la eficacia de alquímicos y cabalísticos procedimientos. Schweigger demuestra el fundamento científico de todos los símbolos mitológicos (31).

El descubrimiento de las energías electromagnéticas ha permitido a hipnotólogos tan eminentes como Ennemoser, Schweigger y Bart, en Alemania, Du Potet, en Francia, y Regazzoni, en Italia, señalar casi exactamente la analogía entre los mitos divinos y las energías naturales. El dedo *ideico*, que tanta importancia tuvo en la magia médica, significa un dedo de hierro, atraído y repelido alternativamente por las fuerzas magnéticas. En Samotracia se empleó con admirables resultados en la curación de enfermedades orgánicas.

Bart aventaja a Schweigger en la interpretación de los mitos antiguos que estudia bajo el doble aspecto espiritual y físico. Trata extensamente de los teurgos, cabires y dáctilos, de Frigia, que fueron magos saludadores. A este propósito, dice: “Cuando tratamos de la estrecha relación entre los dáctilos y las fuerzas magnéticas, no nos referimos tan sólo a la piedra imán y a nuestro concepto de la naturaleza, sino que consideramos el magnetismo en conjunto. Así se comprende cómo los iniciados que se dieron el nombre de dáctilos asombraran a las gentes con sus artes mágicas y realizaran prodigiosas curaciones. A esto añadieron la preceptuación del cultivo de la tierra, la práctica de la moral, el fomento de las ciencias y de las artes, las enseñanzas de los Misterios y las consagraciones secretas. Si todo esto llevaron a cabo los sacerdotes cabires, *¿no recibirían auxilio y guía de los misteriosos espíritus de la naturaleza?* (32) De la misma opinión es Schweigger, quien demuestra que los antiguos fenómenos teúrgicos derivaban de fuerzas magnéticas “guiadas por los espíritus”.

No obstante su aparente politeísmo, los antiguos, por lo menos los de las clases ilustradas, eran ya monoteístas muchísimos siglos antes de Moisés. Así lo comprueba el siguiente pasaje entresacado de la primera hoja del *Papiro de Ebers*: “De Heliópolis vine con los magnates de Hetaat, los Señores de Protección, los dueños de la eternidad y de la salvación. De Sais vine con la Diosa-Madre que me otorgó su protección. El *Señor del Universo* me enseñó a librar a los dioses de toda enfermedad mortal”. Conviene advertir que los antiguos daban título de dioses a los hombres eminentes, y por lo tanto, la divinización de los mortales y considerarlos como dioses no prueba que fuesen politeístas, de la propia suerte que tampoco sería justo calificar de politeístas a los cristianos porque veneran las imágenes de sus santos. Los norteamericanos de hoy día no merecen ciertamente que de aquí a tres mil años les tilde la posteridad de idólatras, por haber levantado estatuas a Washington. Tan secreta era la filosofía hermética, que a Volney le pareció que los antiguos adoraban como divinidades los símbolos materiales y groseros, siendo así que eran meras representaciones de principios esótericos. También Dupuis, no obstante haber estudiado detenidamente este problema, equivoca la significación de los símbolos religiosos y los atribuye exclusivamente a la astronomía. Eberhart y otros autores alemanes de los siglos XVIII y XIX tratan de la magia con menores escrúpulos y la derivan de los mitos platónicos del *Timeo.* Pero ¿cómo era posible que estos eruditos, sin la agudísima intuición de un Champollión, descubrieran el significado esotérico de cuanto el velo de Isis no dejaba traslucir sino a los adeptos? Nadie regatea la valía de Champollión como egiptólogo. A su juicio, todo comprueba que los antiguos egipcios fueron esencialmente monoteístas, y gracias a sus indagaciones está demostrada en los más nimios pormenores la exactitud de los escritos de Hermes Trismegisto, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos. Sobre ello dice también Ennemoser: “Herodoto, Tales, Parménides, Empédocles, Orfeo y Pitágoras aprendieron en Egipto y demás países orientales filosofía natural y teología”. Por nuestra parte recordaremos que en Egipto se instruyó Moisés y pasó Jesús los años de su primera juventud.

En aquel país se daban cita todos los estudiantes del mundo conocido antes de la fundación de Alejandría. A este propósito, pregunta Ennemoser: ¿Por qué se sabe tan poco de los Misterios al cabo de tanto tiempo y a través de tantos países? Por el universal y riguroso sigilo de los iniciados, aunque igualmente puede atribuirse a la pérdida de las obras esotéricas de la más remota antigüedad. Los libros de Numa, encontrados en la tumba de este monarca y descritos por Tito Livio, trataban de filosofía natural, pero se mantuvieron en secreto a fin de no divulgar los misterios de la religión dominante. El senado romano y los tribunos del pueblo mandaron quemarlos en público” (33).

La magia era una ciencia divina cuyo conocimiento conducía a la participación en los atributos de la misma Divinidad. Dice Filo Judeo que “descubre los secretos de la naturaleza y facilita la contemplación de los poderes celestes” (34). Con el tiempo degeneró por abuso en hechicería y se atrajo la animadversión general; pero nosotros hemos de considerarla tal como fue en los tiempos de su pureza, cuando las religiones se fundaban en el conocimiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza. En Persia no introdujeron la magia los sacerdotes, como vulgarmente se cree, sino los magos, cuyo nombre indica la procedencia. Los mobedos o sacerdotes parsis, los antiguos géberes, se llaman hoy día *magois* en dialecto pehlvi (35). *La magia es coetánea de las primeras razas humanas*. Casiano menciona un tratado de magia

muy conocido en los siglos IV y V que, según tradición, lo recibió Cam, hijo de Noé, de manos de Jared, cuarto nieto de Seth, hijo de Adán (36).

Moisés fue deudor de sus conocimientos a la iniciada Batria, esposa del Faraón y madre de la princesa egipcia Termutis, que lo salvó de las aguas del Nilo (37). De él dicen las escrituras cristianas: “Y fue Moisés instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras” (38). Justino Mártir, apoyado en la autoridad de Trogo Pompeyo, afirma que José, hijo de Jacob, aprendió muchas artes mágicas de los sacerdotes egipcios (39).

SABIDURÍA DE LOS ANTIGUOS

En determinadas ramas de la ciencia, sabían los antiguos más de lo que hasta ahora han descubierto los modernos. Aunque muchos repugnen confesarlo, así lo reconocen algunos sabios. El doctor A. Todd Thomson, que publicó la obra *Ciencias ocultas*, escrita por Salverte, dice a este propósito: “Los conocimientos científicos de los primitivos tiempos de la sociedad humana eran mucho mayores de lo que los modernos suponen, pero estaban cuidadosamente velados en los templos a los ojos del vulgo y tan sólo a disposición de los sacerdotes”. Al tratar de la cábala, dice Baader que “no sólo debemos a los judíos la ciencia sagrada, sino también la profana”.

Orígenes, discípulo de escuela platónica de Alejandría, afirma que además de la doctrina enseñada por Moisés al pueblo en general, reveló a los setenta ancianos algunas “verdades ocultas de la ley” con mandato de no transmitirlas más que a los merecedores de conocerlas.

San Jerónimo dice que los judíos de Tiberíades y Lida eran singulares maestros en hermenéutica mística. Por último, Ennemoser se muestra firmemente convencido de que las obras del areopagita Dionisio están inspiradas en la cábala hebrea, lo cual nada tiene de extraño si consideramos que los agnósticos o cristianos primitivos fueron continuadores, con distinto nombre, de la escuela de los esenios. Molitor reivindica la cábala hebrea y dice sobre este punto: “Ha pasado ya el tiempo en que la teología y las ciencias eran esclavas de la vulgaridad y la incongruencia; pero como el racionalismo revolucionario no ha dejado otro rastro que su propia ineficacia con estropeamiento de las verdades positivas, hora es de reconvertir la mente a la misteriosa revelación de donde, como de vivo manantial, brota nuestra salvación... los antiguos misterios de Israel, que contienen todos los secretos de hoy, debieran servir para establecer la teología sobre profundos principios teosóficos y dar *base firme* a las ciencias especulativas. De esta suerte se abrirían nuevos caminos en el laberinto de mitos, símbolos y organización política de las sociedades primitivas. Las tradiciones antiguas encierran el método de enseñanza seguido en las escuelas de profetas que Samuel no fundó, sino que tan sólo restauró, y cuyo objeto era instruir a los candidatos en conocimientos que les hicieran dignos de la iniciación en los Misterios mayores, una de cuyas enseñanzas era la magia distintamente seprada en dos opuestos linajes: la blanca o divina y la negra o diabólica. Cada una de estas ramas se subdivide a su vez en dos modalidades: activa y contemplativa. Por la magia divina se relaciona el hombre con el mundo para conocer las cosas ocultas y realizar buenas obras. Por la magia diabólica se esfuerza el hombre en adquirir dominio sobre los espíritus y perpetrar diabólicas fechorías y delitos de lesa naturaleza” (40).

El clero de las tres principales iglesias cristianas, lagriega, la romana y la protestante, se desconcierta ante los fenómenos espiritistas producidos por los médiums. Todavía no hace mucho tiempo, papistas y protestantes condenaban a la hoguera y a la horca, o cuando no, mandaban asesinar a los infelices médiums por cuyo organismo se comunicaban las entidades astrales y a veces las desconocidas fuerzas de la naturaleza. En esta persecución sobresalía la

iglesia romana, cuyas manos están tintas en sangre de inocentes víctimas sacrificadas a un Moloch implacable, que tal parece el Dios de sus creencias. Ansía la iglesia romana reanudar tan cruenta labor, pero la ligan de pies y manos el espíritu del siglo y el universal sentimiento de libertad religiosa contra el que diariamente prorrumpe en invectivas. La iglesia griega es, por el contrario, de benigna condición y más conforme con las enseñanzas de Cristo por su sencilla aunque ciega fe; pero si bien hace muchos siglos que ocurrió el cisma de Oriente y no hay relación alguna entre las iglesias griega y latina, los pontífices romanos fingen ignorar este hecho y se arrogan audazmente la jurisdicción en todos los países de religión griega o protestante. A este propósito dice Draper: "La Iglesia insiste en que el Estado no debe inmiscuirse en la jurisdicción eclesiástica, y como el protestantismo es una rebeldía, no le cabe derecho alguno, ni siquiera en las diócesis de países protestantes donde *el prelado católico es el pastor legítimo y la única autoridad espiritual"* (41).

PRETENSIONES DE ROMA

A pesar de no haber hecho caso ninguno los protestantes de los decretos y encíclicas del papa ni de las invitaciones a los concilios ecuménicos ni de las excomuniones despectivamente recibidas, persiste la iglesia romana en su temeraria conducta, que llegó a grado máximo de insensatez cuando en 1864 excomulgó Pío IX con público anatema al emperador de Rusia por cismático indigno de pertenecer al gremio de la Iglesia católica (42). Sin embargo, desde la conversión de los eslavos al cristianismo, no han consentido ni los zares ni el pueblo ruso unirse a la iglesia de Roma. ¿Por qué no alega también el papa jurisdicción eclesiástica sobre los budistas tibetanos o sobre los espectros de los antiguos *hyk-sos*?

Los fenómenos mediumnímicos ocurren en todas partes sin distinción de religiones, nacionalidades e individuos, y la fuerza que los produce puede manifestarse, igualmente en el monarca y en el mendigo. Ni siquiera el vicario de Dios, el pontífice Pío IX, logró rehuir la visita del incómodo huésped, pues desde los cincuenta años de su edad se vio acometido de frecuentes arrebatos y transportes, que en el Vaticano atribuían a *visiones divinas* y los médicos diagnosticaban de ataques epilépticos, no faltando entre el pueblo quienes los achacasen a la obsesión espectral de Peruggia, Castelfidardo y Mentana.

Se le podía aplicar la famosa execración de Shakespeare:

> Brillan las azuladas luces. Ya es media noche y frío temblor estremece mis carnes. Hacia mí llegan las almas de mis víctimas (43).

El príncipe de Hohenlohe tuvo mucha fama a principios del siglo XIX por sus dotes saludadoras, y era muy notable médium. Ciertamente, las aptitudes mediumnímicas y los fenómenos por su virtud producidos, no son privativos de ninguna época ni país, sino cualidades inherentes a la naturaleza psicológica del microcosmos.

Los que en Rusia llaman *klikuchy* (energúmenos) y *yourodevoy* (semiidiotas) se ven asaltados frecuentemente por perturbaciones nerviosas que el clero y el populacho atribuyen a posesión diabólica. Estos infelices se agolpan a las puertas de las catedrales sin atreverse a entrar por temor de que el demonio que les posee no los derribe al suelo. En Voroneg, Kiew, Kazan y en todas las poblaciones donde se veneran reliquias de santos milagrosos, abundan este linaje de médiums inconscientes de repugnante aspecto, que se agrupan en los vestíbulos y atrios de los templos. Durante la celebración del oficio divino, en el acto de alzar, o cuando el coro entona el *Ejey Cheruvim*, todos aquellos maniáticos empiezan a dar voces semejantes a aullidos, cacareos, ladridos, rebuznos y rugidos entre espantosas convulsiones. El clero y el vulgo explican piadosamente este fenómeno diciendo que el *espíritu inmundo* no puede resistir

la santidad de la oración. Algunas almas caritativas acuden en socorro de aquellos infelices, con pócimas calmantes y oportunas limosnas. A menudo solicita el público la intervención de un sacerdote para exorcizar a los poseídos, y así lo hace aquél, unas veces por caridad y otras mediante el estipendio de unas cuantas monedas de plata. Sin embargo, entre los supuestos energúmenos hay tal o cual clarividente y vaticinador, aunque por lo general trafican con sus aptitudes, sin que nadie les moleste al ver el lastimero estado en que les pone el arrebato. mAs, por otra parte, ¿qué razón habría para que el clero concitase contra ellos los ánimos de las gentes diciendo que son brujos? Es de sentido común y al par de justicia, que en todo caso el culpable no es la víctima poseída, sino el demonio poseedor. Si el exorcismo no tiene otras consecuencias que proporcionar al paciente un fuerte resfriado, entonces se le abandona en manos de Dios y de la caridad pública. Sin embargo, por muy ciega y supersticiosa que sea la fe conducente a semejantes extravíos, no entraña ofensa para el hombre ni para el *verdadero* Dios. No sucede lo mismo en los cleros romano y protestante, de los que nos ocuparemos en el transcurso de esta obra, con excepción de algunos eminentes pensadores de ambas confesiones. Necesitamos saber en qué se fundan para tratar como infieles predestinados al infierno eterno a los indos, chinos, espiritistas y cabalistas.

EL CÉNTRICO SOL ESPIRITUAL

Lejos de nosotros el intento, no ya de blasfemia, sino ni siquiera de irreverencia contra el divino Poder, por el que existen todas las cosas visibles e invisibles y ante cuya majestad y perfección absoluta se abisma la mente. Nos basta el convencimiento de que Él existe y que Él es la sabiduría infinita. Nos basta tener como las demás criaturas una centella de su esencia. Reverenciamos al supremo infinito e ilimitado poder, al *céntrico* SOL ESPIRITUAL, cuya luz nos ilumina y cuya voluntad nos circunda. Es el Dios de los profetas antiguos y de los profetas modernos; el Dios cuya naturaleza sólo cabe vislumbrar en los mundos evocados a la existencia por su potente FIAT; el Dios cuya revelación está cifrada por su propia mano en los imperecederos símbolos de la armonía universal del Cosmos. Él es el único evangelio *infalible*.

Dice Plutarco en el *Teseo,* que los geógrafos antiguos llenaban las márgenes de sus mapas con el trazado de comarcas desconocidas cuyos epígrafes advertían que más allá sólo había arenales poblados de fieras y quebrados por ciénagas infranqueables. Poco menos hacen los modernos científicos y teólogos, pues mientras estos pueblan el mundo invisible de ángeles y demonios, aquéllos afirman sentenciosamente que *nada* hay más allá de la *materia*.

Sin embargo, muchos de nuestros empedernidos escépticos pertenecen a las logias masónicas. Todavía existen, aunque sólo de nombre, los rosacruces que tanto sobresalieron en las artes curativas durante la Edad Media. Podrán derramar lágrimas sobre la tumba de su respetable maestro Hiram Abiff, pero en vano buscarán el sitio donde estuvo la rama de acacia. Sólo queda la letra muerta; el espíritu se desvaneció. Parecen coristas ingleses o alemanes que en el cuarto acto de *Hernani* bajan a la cripta de Carlomagno para entonar el coro de la conspiración en lengua extraña. Así los modernos caballeros del sagrado Arco, aunque bajen todas las noches “por los nueve arcos a las entrañas de la tierra”, jamás descubrirán el sagrado delta de Enoch. Los caballeros del Valle del Norte y del Valle del Sur, tal vez se figuren que la iluminación despunta en su mente y que según adelanten en la masonería irá rasgándose el velo de la superstición, la tiranía y el despotismo; pero todo esto serán vanas palabras mientras renieguen de su madre la magia y desconozcan a su hermano gemelo el espiritismo. En verdad que podéis dejar vuestros sitiales, ¡oh Caballeros de Oriente!, y sentaros en el suelo con la cabeza entre las manos en apostura triste, porque valor os sobra para deplorar vuestra suerte. Desde que Felipe el Hermoso de Francia abolió la orden de los Templarios, nadie ha venido a

resolver vuestras dudas, no obstante tantas pretensiones en contrario. Verdaderamente, venís errantes de Jerusalén en busca del perdido tesoro del lugar santo. ¿Lo hallastéis? ¡Ay!, no; porque el lugar santo está profanado y abatidas cayeron las columnas de sabiduría, fuerza y belleza. En adelante vagaréis en tinieblas y caminaréis humildemente por selvas y montes en busca de la palabra perdida. ¡Andad! No la encontraréis mientras reduzcáis vuestras jornadas a *siete* ni aún a siete veces siete, porque camináis en tinieblas que sólo puede disipar la fulgurante antorcha de la verdad, sostenida por los legítimos descendientes de Ormazd. Tan sólo ellos pueden enseñaros a pronunciar correctamente el nombre revelado a Enoch, Jacob y Moisés. ¡Pasad! Hasta que vuestro R. S. W. Sepa multiplicar 333 de modo que resulten 666, el número de la bestia apocalíptica, debéis ser prudentes y manteneros *sub-rosa*.

Para demostrar que no estaban desprovistas de fundamento científico las nociones de los antiguos respecto de los ciclos humanos, concluiremos este capítulo con una de las más remotas tradiciones referentes a la evolución de nuestro planeta.

NEROSOS, YUGAS Y KALPAS

Al término de cada “año máximo”, como llamaron Censorino y Aristóteles al período de siete saros (44), sufre nuestro planeta una total revolución física. Las zonas glaciales y tórrida cambian gradualmente de sitio; las primeras se mueven poco a poco hacia el Ecuador y la segunda con su exuberante vegetación y su copiosa vida animal, reemplaza los helados desiertos polares. Esta alteración de climas va necesariamente acompañada de cataclismos, terremotos y otras perturbaciones cósmicas (45). Como quiera que cada diez milenios y cerca de un nero, se altera el lecho del océano, sobreviene un diluvio análogo al del tiempo de Noé. Los griegos daban a este año el sobrenombre de helíaco, pero únicamente los iniciados conocían su duración y demás condiciones astronómicas. Al invierno del año helíaco le llamaban *cataclismo* o *diluvio*, y al verano le denominaban *ecpirosis.* Según tradición popular, la tierra sufría alternativamente catástrofes plutónicas (por el agua) y volcánicas (por el fuego) en estas dos estaciones del año helíaco. Así consta en los fragmentos Astronómicos de Censorino y Séneca; pero tanta incertidumbre hay entre los comentadores acerca de la duración del año helíaco, que ninguno se aproxima a la verdad excepto Herodoto y Lino, quienes respectivamente lo computan en 10.800 y 13.984 años (46). En opinión de los sacerdotes babilonios, corroborada por Eupolemo (47), la ciudad de Babilonia fue fundada por los que se salvaron del diluvio, quienes eran hombres de gigantesca talla y edificaron la torre llamada de Babel (48). Estos gigantes, que eran expertos astrónomos y además habían recibido enseñanzas secretas de sus padres “los hijos del Dios”, instruyeron a su vez a los sacerdotes y dejaron en los templos recuerdos del cataclismo que habían presenciado. De este modo computaron los sacerdotes la duración de los años máximos. Por otra parte, según dice Platón en el *Timeo*, los sacerdotes helenos reconvinieron a Solón por ignorar que aparte del gran diluvio de Ogyges habían ocurrido otros igualmente copiosos, lo cual demuestra que en todos los países tenían los sacerdotes iniciados conocimiento del año helíaco.

Los períodos llamados *yugas, kalpas, nerosos y vrihaspatis* son arduos problemas de cronología que ponen cejijuntos a eminentes matemáticos. El *Sâtya-yuga* y los ciclos budistas nos asustan con sus cifras. El mahakalpa o edad máxima se remonta mucho más allá de la época antediluviana y su duración es de 4.320.000.000 de años solares, que se distribuyen como vamos a ver:

En primer lugar tenemos los cuatro yugas siguientes:

1º Sâtya-yuga ..... 1.728.000 años

2º Trêtya-yuga	1.296.000	“
3º Dvâpa-yuga	864.000	“
4º Kali-yuga	432.000	“
	4.320.000	“

EL AÑO MÁXIMO

Estos cuatro yugas constituyen un mahâ-yuga o yuga máximo y setenta y un mahâ-yugas comprenden, por lo tanto, 4.320.000 x 71 = 306.720.000 años. A este cómputo hay que añadir un *sandhyâ* o duración de los crepúsculos matutino y vespertino, en todo este tiempo, equivalente a un sâtya-yuga ó 1.728.000 años, con los que tendremos: 306.720.000 + 1.728.000 = 308.448.000 años o sea el período llamado *manvántara* (49). Catorce manvántaras componen 308.448.000 x 14 = 4.318.272.000 años y añadiendo un *sandhya* tendremos 4.318.272.000 + 1.728.000 = 4.320.000.000 años o sea el mahâkalpa o edad máxima, según vimos al principio de este cómputo. Como quiera que nos hallamos en el kali-yuga de la época vigésimo-octava del séptimo manvántara, aún nos falta algún trecho que recorrer antes de llegar siquiera a la mitad de la vida del planeta. Estos guarismos no son fantásticos, sino que, por el contrario, derivan de cálculos astronómicos según ha demostrado Davis (50). Muchos eruditos, entre ellos Higgins, no pudieron averiguar, no obstante sus indagaciones cuál era el *ciclo secreto.* Bunsen ha demostrado que los sacerdotes egipcios mantenían en el más profundo misterio las rotaciones cíclicas (51). Tal vez provenga la dificultad de que los antiguos lo mismo aplicaban el cálculo al progreso espiritual que al material de la humanidad, y así no será difícil descubrir la íntima relación establecida por los antiguos entre los ciclos cronológicos y los de la humanidad; si recordamos la suma importancia que daban a la constante y omnipotente influencia de los planetas en el destino de los hombres. Higgins acertó al suponer que el ciclo indo de 432.000 años es la verdadera clave del ciclo secreto, pero bien se echa de ver que no fue capaz de descifrarlo, pues este ciclo es el más impenetrable de todos, porque atañe al misterio de la creación. Está representado con guarismos simbólicos en el *Libro de los números* de los caldeos, cuyo texto original no se halla en biblioteca alguna, si acaso se conserva, ya que era uno de los tantos libros de Hermes (52).

Algunos cabalistas, matemáticos y arqueólogos, desconocedores de los cómputos secretos, amplían de 21.000 a 24.000 años la duración del año máximo, pues estaban creídos de que el último período de 6.000 años sólo debía aplicarse a la renovación de nuestro globo. Explica Higgins este error de cómputo, diciendo que la precesión de los equinoccios se efectuaba en 2.000 años y no en 2.160 para cada signo, de lo que suponían en 24.000 años la duración del año máximo dividido en cuatro períodos de 6.000. de aquí debieron proceder, en opinión de Higgins, los prolongadísimos ciclos de los antiguos astrónomos, porque el año máximo, como el año común, estaba trazado por la circunferencia de un inmenso círculo. Esto supuesto, computa Higgins los 24.000 años de la manera siguiente: “Si el ángulo que el plano de la eclíptica forma con el plano del ecudor fue decreciendo gradualmente, como se supone que ocurrió hasta hace poco, ambos planos hubieron de haber coincidido al cabo de 6.000 años. Transcurridos otros 6.000 años, el sol hubiera estado situado respecto del hemisferio sur como ahora lo está respecto del septentrional; después de 6.000 años más, volverían a coincidir los dos planos, y al término de otros 6.000 años se situaría el eje de la tierra en la posición actual. Todo este proceso representa un transcurso de 24.000 años. Cuando el sol llegó al

ecuador finalizaría el período de 6.000 años y el mundo quedaría destruido *por el fuego,* mientras que al llegar al punto meridional, lo habría sido por el agua. De esta suerte tendríamos un cataclismo total cada 6.000 años, o sean diez nerosos" (53).

Este sistema de computación, prescindiendo del secreto en que los sacerdotes tenían sus conocimientos, está expuesto a gravísimos errores y tal fue la causa de que los judíos y algunos cristianos neoplatónicos vaticinaran el fin del mundo a los 6.000 años. También se origina de ello que la ciencia moderna menosprecie las hipótesis de los antiguos, y que se formen algunas sectas, que, como la de los adventistas, viven en continua espera del fin del mundo.

Así como el movimiento de rotación de la tierra determina cierto número de ciclos comprendidos en el ciclo mayor del movimiento de traslación, análogamente cabe considerar los ciclos menores comprendidos en el saros máximo. La rotación cíclica del planeta es simultánea con las rotaciones intelectual y espiritual, igualmente cíclicas. Así vemos en la historia de la humanidad un movimiento de flujo y reflujo semejante a la marea del progreso. Los imperios políticos y sociales al pináculo de su grandeza y poderlo para descender de acuerdo con la misma ley de su ascensión, hasta que llegada la sociedad humana al punto ínfimo de su decadencia, se afirma de nuevo para escalar las próximas alturas que por ley progresiva de los ciclos son ya más elevadas que las que alcanzó en el ciclo anterior.

TIPOS Y PROTOTIPOS

Las edades de oro, plata, cobre y hierro no son ficción poética. La misma ley rige en la literatura de los diversos países. A una época de viva inspiración y espontánea labor literaria, sigue otra de crítica y raciocinio. La primera proporciona materiales al espíritu analítico de la segunda.

Así, todos aquellos caracteres que gigantescamente despuntan en la historia de la humanidad, como Buda y Jesús en el orden espiritual y Alejandro y Napoleón en el material, son reflejadas imágenes de tipos humanos que existieron miles de años antes, reproducidos por el misterioso poder regulador de los destinos del mundo, y por ello no hay personaje histórico eminente sin su respectivo antecesor en las tradiciones mitológicas y religiosas, entreveradas de ficción y verdad, correspondientes a pasados tiempos. Las imágenes de los genios que florecieron en épocas antediluvianas se reflejan en los períodos históricos, como en las serenas aguas del lago la luz de la estrella que centellea en la insondable profundidad del firmamento.

Como lo de arriba es lo de abajo. Como en el cielo, así en la tierra. Lo que fue, será.

Siempre ha sido el mundo ingrato con sus hombres insignes. Florencia ha levantado una estatua a Galileo, y apenas si se acuerda de Pitágoras. Al primero le sirvieron de segura guía las obras de Copérnico, que hubo de luchar contra la general preocupación del sistema de Ptolomeo; pero ni Galileo ni los astrónomos modernos han descubierto la verdadera posición de los planetas, porque miles de años antes la conocían los sabios del Asia central, de donde trajo Pitágoras el definido conocimiento de esta verdad demostrada. Dice Porfirio que los números de Pitágoras son símbolos jeroglíficos de que se valía el ilustre filósofo para explicar las ideas relativas a la naturaleza de las cosas (54). De esto se infiere que para investigar su origen, hemos de recurrir a la antigüedad. Así lo corrobora acertadamente Hargrave Jennings en el siguiente pasaje:

"¿Sería razonable deducir que los *apenas creíbles* fenómenos físicos llevados a cabo por los egipcios fueron efecto del error en una época de tan floreciente sabiduría y de facultades

prodigiosas en comparación de las nuestras? ¿Acaso cabe suponer que los numerosísimos pobladores de las márgenes del Nilo laboraron estúpidamente en tinieblas, que la magia de sus hombres eminentes era impostura y que sólo nosotros, los que, menospreciamos su poderío, somos los sabios? ¡No por cierto! Hay en aquellas antiguas religiones mucho más de lo que pudiera suponerse, a pesar de las audaces negaciones del escepticismo de estos descreídos tiempos... Así vemos que es posible conciliar las enseñanzas paganas con las clásicas, las de los gentiles con las de los hebreos y las cristianas con las mitológicas en la común creencia basada en la Magia, cuya posibilidad informa la moral de esta obra" (55).

Verdaderamente es posible la conciliación. Hace treinta años que los primeros fenómenos psíquicos de Rochester llamaron la dormida atención de las gentes hacia la realidad del mundo invisible, y cuando la menuda lluvia de golpes se convirtió en torrente cuya impetuosidad estremeció al mundo, los espiritistas hubieron de contender con dos adversarios: la teología y la ciencia. Pero los teósofos han de combatir con todas las preocupaciones del mundo, y más acerbamente todavía con la de los espiritistas.

Por una parte, los teólogos cristianos anatematizan a quien no cree en la existencia del Dios *personal* y del diablo también personal, mientras que para los materialistas no hay más Dios que la substancia gris del cerebro, y tienen por tres veces idiotas a cuantos creen en el diablo. Entretanto, los ocultistas y filósofos merecedores de este nombre perseveran en su labor sin hacer caso de unos ni de otros. Ninguno de ellos tiene de Dios el absurdo, pasional y veleidoso concepto que la superstición forjara, pero todos distinguen entre el bien y el mal. La razón humana, emanada de nuestra finita mente, no alcanza a comprender la infinita inteligencia de la ilimitada entidad divina, y como lógicamente no puede existir para nosotros lo que cae más allá de nuestro entendimiento, de aquí que la razón finita coincida con la ciencia en negar a Dios. Pero por otra parte, el *Ego* que piensa, siente y quyiere independientemente de la envoltura mortal en que alienta, no sólo *cree*, sino además *sabe* que existe Dios, la vida de nuestras vidas en Quien todos vivimos y Él vive en nosotros. Ni la fe dogmática es capaz de robustecer este convencimiento, ni las demostraciones físicas logran quebrantarlo una vez nacido en la recatada intimidad de la conciencia.

LA NATURALEZA HUMANA

La naturaleza humana tiene el mismo horror al vacío que los experimentadores del Renacimiento supusieron en la naturaleza física. La humanidad advierte instintivamente la presencia del Poder supremo, porque sin Dios poseería el universo un cuerpo sin alma. Como quiera que las multitudes desconocían el único camino donde hubieran podido hallar las huellas de Dios, llenaron el desolador vacío con el personal Dios plasmado de propósito por la teología con materiales exotéricamente entresacados de mitos y filosofías paganas. ¿Cómo, si no, se hubieran derivado tantas sectas, de las cuales llegaron algunas al último extremo del absurdo? El género humano anhela satisfacer sus necesidades espirituales con una religión que pueda relevar ventajosamente a la dogmática e indemostrable teología cristiana, y le dé pruebas de la inmortalidad del alma. A este propósito dice Sir Thomas Browne: "El más ponzoñoso dardo con que el escepticismo puede atravesar el corazón del hombre es decirle que no hay otra vida más allá de la presente ni otro estado, con posibilidades de ulterior progreso, que perfeccione su actual naturaleza". La religión que probara científicamente la inmortalidad del alma pondría a las dominantes en la alternativa de reformar sus dogmas en este sentido, o de perder la adhesión de sus prosélitos. Muchos teólogos cristianos se han visto en la precisión de reconocer que no hay ninguna *prueba auténtica* de la vida futura; y sin embargo, ¿cómo se explica la continuidad de esta creencia a través de los siglos y en todos los países civilizados o salvajes, sin *pruebas*

que la demostraran? ¿Acaso la universalidad de esta creencia, no es ya por sí misma una prueba de que tanto el eminente pensador como el inculto salvaje se han visto impulsados a reconocer el testimonio de sus sentidos? Si los fenómenos espectrales pudieron ser, en algunos casos aislados, ilusiones derivadas de causas físicas, ¿es justo achacar a mentes enfermizas los innumerables casos en que, no ya una sola, sino varias personas a la vez, vieron y hablaron a los aparecidos?

Los más eminentes pensadores de Grecia y Roma no dudaron de la realidad de las apariciones que clasificaban en *manes, ánima y umbra.* Los *manes* descendían al mundo inferior; el *ánima* o espíritu puro, subía a los cielos; y el *umbra* vagaba alrededor del sepulcro, atraído por su afinidad con el cuerpo físico.

> "Terra legit *carnem* tumulum circumvolet *umbra,*
> Orcus habet *manes, spiritus* astra petit".

Así dice Ovidio al tratar de la trina naturaleza del alma humana. Sin embargo, todas estas definiciones han de someterse al escrupuloso análisis de la filosofía, porque, por desgracia, muchos eruditos olvidan que la modificación de los idiomas y la terminología simbólica empleada por los antiguos místicos han inducido a error a gran número de traductores e intérpretes que leyeron literalmente las frases de los alquimistas medioevales, del mismo modo que los modernos eruditos no advierten el simbolismo de Platón. Algún día lo comprenderán debidamente y echarán de ver que la filosofía antigua, como también la moderna, se valió del método de extrema necesidad, y que desde los orígenes de la especie humana estuvo la verdad bajo la salvaguarda de los adeptos del santuario. Entonces se convencerán de que tan sólo eran aparentes las diferencias de credos y ceremonias, pues los depositarios de la primitiva revelación divina; que habían resuelto cuantos problemas caen bajo el dominio de la mente humana, formaban una comunidad universal, científica y religiosa, que en continua cadena circula el globo. A la filosofía y a la psicología les toca buscar los eslabones extremos, y luego de hallados, siquiera uno solo, seguir escrupulosamente el encadenamiento que nos eleve a desentrañar el misterio de las antiguas religiones.

POSIBILIDADES DEL PORVENIR

La negligencia en el examen de estas pruebas condujo a hombres de tan preclaro talento, como Hare y Wallace, al redil del moderno espiritismo, mientras que a otros les llevó, por falta de espiritual intuición, a las diversas modalidadesdel grosero materialismo. Pero ya no es necesario insistir en este punto, porque ni valor ni esperanza han de faltarnos, aunque la mayoría de los eruditos contemporáneos opinen que sólo ha habido en el mundo una época de florecimiento intelectual, a cuyos albores pertenecen los filósofos antiguos y en cuyo cenit brillan los modernos, y aunque los científicos del día pretendan invalidar el testimonio de los pensadores de otro tiempo, como si la humanidad hubiera empezado a existir el primer año de la era cristiana y todo cuanto sabemos fuese de época reciente. eL momento es más propicios que nunca para la restauración de la filosofía antigua, pues arqueólogos, fisiólogos, astrónomos, químicos y naturalistas se acercan al punto en que hayan de recurrir a ella. Las ciencias físicas tocan ya los límites de la investigación, y la teología dogmática ve agotadas las fuentes de que en otro tiempo bebiera. Si no mienten las señas, se acerca el día en que el mundo tenga pruebas de que únicamente las religiones antiguas estuvieron en armonía con la naturaleza, y de que la ciencia de los antiguos abarcaba todo conocimiento asequible a la mente humana. Se revelarán secretos durante largo tiempo velados; volverán a ver la luz del día olvidados libros de épocas remotas y perdidas artes de tiempos pretéritos; los pergaminos y

papiros arrancados de las tumbas egipcias andarán en manos de intérpretes que los descifren, junto con las inscripciones de columnas y planchas cuyo significado aterrorice a los teólogos y confunda a los sabios. ¿Quién conoce las posibilidades del porvenir?

Pronto ha de empezar, o mejor dicho, ha empezado ya la era restauradora. El ciclo está por terminar su carrera, y vamos a entrar en el siguiente. Las páginas de la historia futura contendrán pruebas evidentes de que si en algo hemos de creer a los antiguos es en que los espíritus descendieron de lo alto para conversar con los hombres y enseñarles los secretos del mundo oculto.

CAPÍTULO II

¡Orgullo! Cuando la razón desfallezca, acude en nuestro auxilio y llena hasta los bordes el enorme vacío de la mente.

POPE

Pero ¿a qué alterar las obras de la naturaleza? La filosofía Más profunda será la que nos revele los secretos de la Naturaleza y nos permita penetrar en ella sin trastornarla.

BULWER

¿Le basta al hombre con saber que existe? ¿Le basta tener forma humana para engalanarse con el título de hombre? Estamos en la firme convicción de que para llegar a ser una entidad genuinamente espiritual en el verdadero signficado de esta palabra, debe el hombre regenerarse eliminando de su mente todda impureza egoísta y con ellas la superstición y las preocupaciones, que conviene distinguir de las *simpatías y antipatía*s. Al principio nos vemos arrastrados dentro del negro círculo de la poderosa oleada magnética que emana así de los objetos materiales como de las ideas, y de esta suerte nos invaden los respetos humanos y el temor a la opinión de las gentes.

Raramente acepta el hombre una idea por la libre acción del propio juicio, sino que, al contrario, se inclina a la opinión dominante en la colectividad. Así tenemos, por ejemplo, que un devoto no pagará exorbitantemente un asiento cómodo en una función religiosa, ni un materialista irá dos veces a escuchar las conferencias de Huxley sobre la evolución porque tal sea su voluntad definida, sino porque tanto a uno como a otro acto asisten personas distinguidas en sociedad, con las que el buen ver exige alternar. Lo mismo sucede en todo lo demás. Si la psicología hubiese tenido su Darwin, de seguro considerara la descendencia moral del hombre invariablemente paralela a su descendencia orgánica, pues en sus serviles manías de remedo ofrece el hombre más semejanza con el mono que en los rasgos exteriores señalados por el insigne antropólogo. Las múltiples variedades de cuadrumanos, burlescas imitaciones del hombre, parecen haber evolucionado con objeto de proporcionar a las gentes de buena ropa los materiales necesarios para el trazado de su árbol genealógico.

La ciencia se enriquece de día en día con nuevos descubrimientos químicos, físicos, fisiológicos y antropológicos. Los eruditos y doctos han de estar libres de toda preocupación y prejuicio; pero no obstante la libertad que actualmente disfrutan el pensamiento y las opiniones, los científicos no han modificdo su temperamenteo intelectual. Utópico es presumir que el hombre cambie por la evolución y desenvolvimiento de nuevas ideas. Podemos abonar un campo para que cada año dé más copiosos y sazonados frutos; pero si cavamos en lo hondo, encontraremos la misma clase de tierra que al abrir el primer surco.

No hace todavía muchos años era anatematizado por hereje quien dudaba de los dogmas teológicos. La ciencia ha vencido *Vae victis*!... Pero el vencedor se atribuye a su vez la misma infalibilidad que develara en el vencido, si bien tampoco puede probar su derecho a ella. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis*, dijo Lotario con apropiada aplicación a este caso. Sin embargo, nos creemos con algún derecho para interrogar a los pontífices de la ciencia.

Durante muchos años hemos seguido de cerca la marcha del espiritismo moderno, familiarizándonos con sus dos literaturas, europea y norteamericana, presenciando sus interminables controversias y comparando sus contradictorias hipótesis. Muchos espiritistas disidentes, que quisieron profundizar las causas de los fenómenos, llegaron a la conclusión de que, ya fuese por ineptitud de los investigadores, ya por lo misterioso de las fuerzas actuantes, cuanto más frecuentes y diversas eran las manifestaciones psíquicas, más impenetrablemente oculta quedaba su causa.

VALÍA DE LAS PRUEBAS

Los fenómenos psíquicos, que erróneamente sin duda se llaman espiritistas, están hoy perfectamente comprobados y fuera inútil negarlos. Aun prescindiendo de los casos de fraude e impostura, todavía queda mucho para las investigaciones de la ciencia. No es necesario el valor de Galileo para lanzar al rostro de los académicos el famoso *e pur si muove*, porque los fenómenos psíquicos han tomado ya la ofensiva.

Opinan los modernos científicos que, si bien son para ellos un misterio los fenómenos mediumnímicos, nada prueba que no deriven de anormales condiciones nerviosas de los médiums, y hasta tanto que no se dilucide esta cuestión, es inadmisible atribuirlos a espíritus humanos. Verdaderamente, quienes afirman la intervención de los espíritus han de probar su afirmación; pero si los científicos quisieran estudiar el asunto de buena fe, con sincero deseo de esclarecer tan hondo misterio, en vez de desdeñarlo, no habrían de temer censura alguna. Ciertamente, la mayoría de las comunicaciones mediumnímicas parecen dadas a propósito para despertar recelos en los investigadores menos sagaces, porque, aun en los casos en que no hay impostura, suelen ser vulgares y chabacanas. En los últimos veinte años vimos escritas, de mano de distintos médiums, comunicaciones dictadas, al decir del comunicante, por Shakespeare, Byron, Franklin, Pedro el Grande, Napoleón, Josefina y Voltaire; pero nos causaron el efecto de que Napoleón y su esposa habían olvidado la ortografía, de que Shakespeare y Byron eran unos fatuos y Voltaire un imbécil. Disculpable es, por lo tanto, juzgar del aparente embaucamiento, que si tan palpable es el fraude en la superficie, no será fácil hallar la verdad en el fondo. La ridícula suplantación de personajes célebres,cuyos nombres aparecen al pie de vulgarísimas comunicaciones, ha empachado de tal modo a los científicos, que no pueden digerir la verdad subyacente en los fenómenos psíquicos, como si juzgaran del fondo del océano por la superficie de las aguas cubiertas de espuma y escorias. Pero si por una parte no cabe vituperar a quienes al primer indicio de falsedad entran en recelo, tenemos el derecho de censurarlos por no llevar adelante sus investigaciones. Tan neciamente proceden estos tales, como si un buzo repugnara tomar una concha al verla sucia y viscosa, sin tener en cuenta que con sólo abrirla encontraría la perla. Ni siquiera las negaciones de las eminencias científicas valen en este caso, pues la repugnancia que sienten hacia un asunto tan impopular, parece como si hubiera contagiado a la generalidad de las gentes. *Los fenómenos ahuyentan a los científicos y los científicos rehuyen los fenómenos*, dice Aksakof en un notable artículo sobre mediumnidad, de acuerdo con la comisión científica de San petersburgo, encargada de investigar los fenómenos psíquicos, cuyo informe estaba tan poco meditado y lleno de prejuicios, que aun los mismos escépticos protestaron despectivamente contra su notoria parcialidad.

El profesor Fisk delata en su obra *El Mundo invisible*, la falta de lógica de sus colegas científicos al criticar la filosofía genuinamente espiritualista, diciendo que según las exactas definiciones de los conceptos de *materia* y *espíritu*, la existencia del espíritu es indemostrable

por los sentidos, y que por lo tanto, no es posible fundamentar la filosofía espiritualista en *pruebas científicas*. A este propósito transcribiremos el siguiente pasaje de la citada obra:

"El testimonio de la existencia del espíritu es inasequible en las condiciones de la vida terrena, puesto que escapa a toda experimentación, y por numerosas que sean sus pruebas, no cabe esperanza de hallarlas. Por lo tanto, nuestro fracaso en este empeñao no es seguramente de valía contra la existencia del espíritu. En este concepto, la creencia en la vida futura carece de base científica, porque en manera alguna lo necesita ni es posible someterla a la crítica de los científicos. Los adelantos de la ciencia física, por rápidos que sean, no podrán en lo futuro impugnar esta creencia, que lejos de ser contraria a la razón, en nada afecta a la mentalidad científica ni para nada influye en las conclusiones de las ciencias experimentales.

JUICIO DE LOS CIENTÍFICOS

"Si los científicos reconocieran que el espíritu no es materia ni está regido por las leyes de la materia, y refrenaran las especulaciones a que les mueve su conocimiento de las cosas materiales, eliminarían la principal causa de disgusto que solivianta los sentimientos religiosos de las gentes".

Pero no harán tal, seguramente, porque por una parte les ha exasperado la noble, franca y leal rendición al espiritualismo de un hombre tan eminente como Wallace, y por otra repugnan adoptar una conducta de prudente expectativa como la de Crookes.

Contra las opiniones expuestas en la presente obra, se levanta la única objeción de que están basadas en el sostenido estudio de la magia antigua y de su moderna forma el espiritismo. Aun ahora que se han vulgarizado los fenómenos de análoga naturaleza, confunden muchos la magia con la prestidigitación y el ilusionismo. En cuanto a los fenómenos espiritistas, ya que no sea posible negarlos por su abrumadora evidencia, se los tiene por alucinación de cuantos los presencian. Al cabo de muchos años de fomentar el trato de magos, ocultistas, hipnotizadores y demás profesores del arte en sus dos modalidades blanca y negra, nos creemos con sobrada idoneidad en tan controvertido y complejo asunto. Nos hemos relacionado con los fakires de la India y hemos presenciado sus comunicaciones con los pitris. Hemos observado los procedimientos y actuaciones de los derviches de la danza aullante; hemos tenido amistoso trato con los marabutos o santones musulmanes y con los encantadores de serpientes de Damasco y Benares, cuyos secretos pudimos sorprender. Por consiguiente, nos apena que científicos desconocedores de todos estos fenómenos y sin oportunidad para estudiarlos, los achaquen a meras habilidades de prestidigitación. Debieran suspender todo juicio hasta analizar por completo las fuerzas de la naturaleza, pues resulta de manifiesta incongruencia, por no decir mala fe, desdeñar asuntos que al fin y al cabo son de índole psicológica o fisiológica y rechazar sin más ni más la posibilidad de tan sorprendentes fenómenos.

No cerjaremos en nuestro empeña, aunque hubiese de repetirse en nuestros días el insulto lanzado por Faraday, al decir con más espontaneidad que cultura cívica: "muchos perros aventajan en lógica a algunos espiritistas" (1). Los insultos no son argumentos y mucho menos pruebas. Porque hombres como Huxley y Tyndall califiquen el espiritismo de "creencia degradante" y la magia de "prestidigitación", no por ello dejará la verdad de serlo. El escepticismo, ya dimane de un ignorante o de un erudito, es incapaz de invalidar la inmortalidad del alma. "La razón está sujeta a error", dice Aristóteles, y así puede ocurrir que la opinión del más ilustre filósofo sea más equivocada que el vulgar sentido común de su analfabeto cocinero. En los *Cuentos del Califa impío*, el sabio, árabe Barrachias-Hassan-Oglu, dice prudentemente: "Guárdate, ¡oh hijo mío!, de la alabanza propia, porque embriaga con deleite. Aprovéchate de tu

saber, pero respeta asimismo la sabiduría de tus padres. Y acuérdate, ¡oh amado mío!, de que la luz divina de la verdad de Allah alumbra a veces más fácilmente una mente rasa que otra que, por estar repleta de conocimientos, no da cabida al argentino rayo... Tal es el caso de nuestro sapientísimo cadi".

Cuando Crookes emprendió en Londres la investigación de los fenómenos mediumnímicos, recrudecieron las acritudes y desdenes de los científicos europeos y americanos hacia tan misterioso problema. el insigne físico fue el primero en presentar al público uno de aquellos supuestos centinelas que guardaban las puertas cuyo dintel estaba prohibido atravesar. Después de Crookes, hubo otros científicos que tuvieron el heroico valor, dada la impopularidad del asunto, de ocuparse en serio de los fenómenos psíquicos.

Mas por desgracia la flaqueza de la carne no correspondió a la voluntad del espíritu, y retrocedieron ante la pesada carga del ridículo, que cayó por entero sobre los hombros de Crookes. En cuanto al provecho obtenido por este sabio de sus investigaciones y al agradecimiento de sus propios colegas, basta leer las *Investigaciones de los fenómenos espiritistas*.

CONCLUSIONES DE CROOKES

Al cabo de algún tiempo, los individuos designados para comprobar los experimentos de Crookes, hubieron de atestiguar, de acuerdo con éste, las siguientes conclusiones:

1ª Que los fenómenos presenciados personalmente por ellos mismos, eran auténticos y de imposible simulación, por lo que no había más remedio que admitir la actuación de una fuerza desconocida.

2ª Que no les era posible afirmar si los fenómenos tenían por causa la acción de espíritus desencarnados, o entidades análogas; pero que eran innegables y contrariaban muchas hipótesis establecidas, así como también las leyes naturales (2).

3ª Que no obstante la combinación de esfuerzos para invalidar los fenómenos, hubieron de cerciorarse de su indisputable realidad, vislumbrando en ellos una fuerza natural, de ley todavía ignorada (3).

Esto es precisamente lo que no satisfizo a los escépticos, porque antes de publicar el informe se había vaticinado la derrota de los espiritistas, y tal confesión por parte de los comisionados, hería en lo más vivo el amor propio de cuantos rehuyeron timoratamente las investigaciones. Era ya demasiado que burlasen las pesquisas de tan expertos físicos, unos vulgares y nefandos fenómenos tenidos hasta entonces, en opinión general de los doctos, por consejas de ayas o entretenimiento de criadas histéricas, y relegados al olvido por el Instituto de Francia. Una oleada de indignación cubrió el informe de los comisionados, según el mismo Crookes relata en su folleto *La fuerza psíquica*, encabezado muy hábilmente con la siguiente cita de Galvani: "Dos opuestas sectas me combaten: la de los que saben algo y la de los que no saben nada; pero estoy seguro de haber descubierto una de las mayores fuerzas naturales".

Después dice Crookes:

"Tenían por seguro que el resultado de mis experimentos coincidiría con sus prejuicios y no deseaban la *verdad*, sino la corroboración de sus preconcebidas afirmaciones; pero al ver que los hechos resultantes de mis experiencias diferían de su opinión, se retractaron de sus anteriores excitaciones para la investigación de los fenómenos, diciendo: "Home es un hábil hechicero que nos ha engañado a todos". "De la misma manera podía Crookes investigar las artimañas de un prestidigitador indo". "Crookes debiera presentar testigos más fidedignos para que le creyéramos". "La cosa es demasiado absurda para tomarla en serio". "Si es imposible, no puede ser". (Nunca declaré yo que fuera imposible, sino que era cierto). "A los investigadores se

les ha sugestionado y por ello imaginaron ver lo que jamás hubo". Así otros subterfugios por el estilo" (4).

Todos cuantos de este modo se expresaron, redarguyeron además con hipótesis tan pueriles como la "cerebración inconsciente", la contracción muscular involuntaria y la archiridícula del "chasquido de la rótula", ansiosos de quitar toda importancia a la aparición de la nueva fuerza, hasta que al cabo de ignominiosos tropiezos se resolvieron al silencio, envueltos en el manto de la dignidad, no sin sacrificar a sus colegas en el altar de la opinión pública; pero al salir del palenque de la investigación, donde quedan campeones no tan temerosos, es muy posible que no vuelvan a entrar en él estos infortunados experimentadores (5).

Es mucho más cómodo negar la realidad de los fenómenos psíquicos desde abrigadas posiciones, que señalarles lugar apropiado entre los fenómenos naturalesclasificados por las ciencias de observación. ¿Pero cómo podrán lograrlo si dichos fenómenos corresponden a la psicología que con sus ocultas y misteriosas fuerzas es país desconocido para la ciencia moderna? Así es que impotentes para explicar cuanto directamente procede de la naturaleza del alma humana, cuya existencia niegan los más de ellos, e incapaces por otra parte de confesar su ignorancia, arremeten vengativamente los científicos contra quienes sin presumir de sabios creen en el testimonio de sus sentidos.

"Un puntapié tuyo, ¡oh Júpiter!, es suave", dice el poeta Tretiakowsky en una antigua tragedia rusa. Lo mismo podemos decir respecto de los vastos conocimientos de los dioses mayores de la ciencia, en cuestiones menos abstrusas; mas aunque no imitemos su conducta, tampoco hemos de desconceptuarlos ante la opinión pública. Pero por desgracia, no son los dioses quienes más alto claman.

LOS MONOS DE LA CIENCIA

El elocuente Tertuliano llama a Satán y sus retoños "monos de Dios", porque remedan las obras del creador. Suerte tienen los filosofastros del día que no haya un nuevo Tertuliano para inmortalizarlos despectivamente como los "monos de la ciencia".

Pero volvamos a los verdaderos científicos. Dice Aksakof: "Los fenómenos de carácter meramente objetivo demandan la investigación de científicos que los expliquen; pero los pontífices de la ciencia quedan desconcertados ante una cuestión tan sencilla a primera vista, pues parece como si al tratar de ella se vieran en la precisión de faltar, no sólo a la suprema ley moral: la verdad, sino a la suprema ley científica: la experimentación... Advierten que algo muy importante hay en el fondo de todo ello, pues los casos de Hare, crookes, Morgan, Varley, Wallace y Butleroff sembraron entre ellos el pánico y temen que, de retroceder un paso, se vean precisados a abandonar todo el terreno. Los principios consagrados por el tiempo, las especulativas contemplaciones de toda una vida, de toda una generación, dependen de un sencillo vuelco de la suerte" (6). Ante experimentos tales como los de Crookes, Wallace, Hare y de la Sociedad Dialéctica, ¿qué cabe esperar de las lumbreras de erudición? La actitud respecto de fenómenos innegables es ya, por sí misma, otro fenómeno sencillamente incomprensible, a menos que admitamos una enfermedad psíquica tan contagiosa como la hidrofobia que, sin exigir nada por el descubrimiento, llamaríamos *psicofobia científica*. Deben de haber aprendido ya a estas horas en la amarga escuela de la experiencia, que las ciencias experimentales tienen su límite, pues mientras haya en la naturaleza un solo misterio inexplicado, es muy peligroso pronunciar la palabra *imposible*.

En su *Investigación de los fenómenos del espiritismo*, somete Crookes a sus lectores las ocho hipótesis siguientes, respecto de los fenómenos observados:

1ª Los fenómenos son resultado de tretas, fraudes, combinaciones mecánicas y juegos de manos. Los médiums son impostores, y los concurrentes imbéciles.

2ª Los concurrentes son víctimas de alucinación e imaginan presenciar fenómenos sin realidad objetiva.

3ª Los fenómenos son resultado de la acción cerebral, ya consciente, ya inconsciente.

4ª El espíritu del médium se compenetra con el de todos o parte de los concurrentes.

5ª El espíritu maligno asume la personalidad que le place, con propósito de perjudicar a la religión y perder las almas de los hombres (7).

6ª Los fenómenos resultan de la acción de entidades no pertenecientes a la especie humana, pero que viven en la tierra y son capaces de manifestar su presencia en algunas ocasiones. En todo tiempo, y según la época, recibieron estas entidades los diversos nombres de gnomos, hadas, salamandras, sílfides, ondinas, ogros, duendes, trasgos, genios, diablos, enanos, etc. (8).

7ª Los fenómenos se deben a la acción de las almas de los difuntos (9).

8ª La energía psíquica opera, por medio de las entidades aludidas, en las cuatro hipótesis inmediatamente precedentes.

La primera hipótesis sólo es válida en casos, por desgracia demasiado frecuentes, pero no tiene importancia alguna con relación a los fenómenos de por sí. Las segunda y tercera son los últimos reductos en que se guarecen los escépticos y materialistas, a quienes puede aplicarse el aforismo jurídico: *Adhuc sub judice lis est*. Por lo tanto, sólo hemos de analizar las otras cuatro hipótesis en las que podremos incluir la octava.

En prueba de lo muy expuesta a error que está toda opinión científica, compararemos los diversos artículos que sobre los fenómenos espiritistas escribió Crookes desde 1870 a 1875. De uno de ellos entresacamos el siguiente pasaje:

OPINIONES DE CROOKES

“El perfeccionamiento y difusión de los métodos científicos facilitarán la exactitud de las observaciones, con estímulos de mayores anhelos de verdad, en los investigadores futuros, cuyos descubrimientos lanzarán los vanos residuos del espiritismo al desconocido antro de la magia y de la nigromancia”.

Sin embargo, en 1875 describía el mismo crookes, con profusión de pormenores, los fenómenos producidos por el materializado espíritu llamado Catalina King (10). No cabe suponer que durante dos o tres años seguidos estuviera Crookes sujeto a algtuna sugestión extraña o alucinado por completo, pues la materializada forma de Catalina King se le aparecía en su propio despacho en circunstancias incompatibles con todo fraude, y la vieron y oyeron centenares de testigos. Sin embargo, dice Crookes que jamás creyó que Catalina King fuera un espíritu desencarnado. Aun admitiendo la afirmación de Crookes bajo su sola palabra, tendríamos que la materializada forma había de ser forzosamente una de las entidades enumeradas en la sexta hipótesis, según opina el mismo Crookes (11). Y por cierto, que tan sólo a un hada pudiera aplicarse la poética descripción del insigne físico cuando de ella dice:

“Aparece rodeada de un ambiente de vida, y sus dulces y serenos ojos, tan bellos como los pensamientos celestiales, acrecientan con su mirada la diafanidad del aire. Ante su avasalladora presencia, sentimos que no fuera idolatría hincarnos de rodillas” (12). Así es que después de haber escrito en 1870 tan acerbas frases contra el espiritismo y la magia, después de declarar que todo le parecía cosa de superstición, o por lo menos de inexplicable fraude o alucinación de los sentidos, dice Crookes cinco años más tarde:

“Mayor repugnancia siente mi razón, por contrario al sentido común, a creer que la Catalina King de estos tres pasados años, sea ilusorio efecto de fraudes e imposturas, que creer que sea lo que ella misma afirma ser” (13).

Esta observación demuestra concluyentemente:

1º Que si bien Crookes tenía el pleno convencimiento de que la forma materializada Catalina King era una entidad, no creía que fuese el médium, ni difunto alguno, sino, por el contrario, una desconocida fuerza de la naturaleza, propensa a las expansiones del amor y de la alegría retozona.

2º Que a pesar de su absoluta certeza de la existencia de aquella nueva fuerza, no variaba el eminente investigador su escéptica actitud respecto de la cuestión. En una palabra: creía firmemente en el fenómeno, pero negaba que lo produjera la acción del espíritu de un difunto.

Nos parece que por lo concerniente a los *prejuicios del vulgo*, esclarece Crookes un misterio para sumir a las gentes en otro todavía mayor, es decir, que le resulta el *obscurum per obscurius,* pues al rechazar *los despreciables residuos del espiritismo,* se sumerge temerariamente el audaz científico en el *desconocido limbo de la magia y la nigromancia.*

Las leyes hasta ahora conocidas de las ciencias físicas, apenas intervienen en los fenómenos espiritistas, por muy objetivos que sean, y aunque de ellos se infieran visiblemente los efectos de una fuerza desconocida, no han podido todavía los científicos comprobarlos a su sabor ni descubrir las condiciones necesarias y suficientes para su producción, porque ello requiere un estudio tan profundo de la trina naturaleza física, psíquica y espiritual del hombre, cual en otro tiempo lo hicieron los magos, teurgos y taumaturgos.

Hasta ahora, aun los mismos que, a ejemplo de Crookes, han investigado atenta e imparcialmente los fenómenos psíquicos, prescindieron de la causa como si de antemano la diputaran por investigable y les conturbase lo mismo que la causa primera de los fenómenos cósmicos, cuyos infinitos efectos tan cachazudamente observan y clasifican. Sus procedimientos de investigación igualan en insensatez a aquel que para encontrar las fuentes de un río, caminase hacia la desembocadura. Tan mezquino concepto tienen de la posible acción de las leyes naturales, que, o niegan aun las más sencillas modalidades de fenómenos psíquicos, o han de atribuirlos a milagros que la ciencia rechaza por absurdos, resultando de todo ello desprestigiados los científicos. Si estos hubieran estudiado los llamados “milagros”, en vez de negarlos, de seguro que ya conocerían muchas leyes naturales que los antiguos conocieron. Como dice Bacon: “El convencimiento no dimana de los argumentos, sino de la experimientación”.

AUTENTICIDAD DEL ALKAHEST

Los antiguos, y sobre todo los magos y astrólogos caldeos, se distinguieron siempre por su ardiente anhelo de inquirir la verdad en las diversas ramas de la ciencia, pues se esforzaban en penetrar los secretos de la naturaleza, por los mismos métodos de observación y experimentación a que recurren los modernos investigadores; y si estos se resisten a creer que aquéllos ahondaran mucho más en los misterios del universo, no por ello es justo negar que poseyeran vastos conocimientos, ni tampoco acusarles de superstici´on, pues lejos de haber prueba de estas imputaciones, cada nuevo descubrimiento arqueológico es un testimonio a su favor. Nadie les ha superado aún en conocimientos químicos, y a este propósito dice Wendell en su famosa conferencia acerca de *Las Artes perdidas*, que “la química llegó en tiempos antiguos a una altura *no alcanzada ni siquiera bordeada por nosotros*”. Conocieron el vidrio maleable que, suspendido de un extremo, se iba distendiendo por su propio peso, hasta

adelgazarse en forma de cinta flexible que podía arrollarse a la muñeca, y cuyo secreto de fabricación fuera para nosotros tan difícil como volar hasta la luna. Está históricamente comprobado, que un extranjero llevó a Roma, en tiempo de Tiberio, una copa de cristal que al caer sobre el pavimento de mármol no se rompía, sino que tan sólo se abollaba y era fácil restituirle su primitiva forma a martillazos. Si los modernos dudan de ello es porque no saben hacerlo. En Samarcanda y en algunos monasterios del Tíbet, pueden verse hoy día copas y otros objetos de cristal maleable, con añadidura de haber allí quienes afirman que pueden fabricarlos, gracias a su conocimiento del tan ridiculizado *alkahest* o disolvente universal que, según Paracelso y Van Helmont, es un agente natural "capaz de reducir todos los cuerpos sublunares, así homogéneos como heterogéneos, a su *ens primum* o substancia primaria, convirtiéndolos en un licor uniforme y potable, que aun mezclado con agua u otro zumo cualquiera no pierde su virtud, y si otra vez se mezcla consigo mismo se convierte en agua pura y elemental". ¿Qué inconveniente hay en admitir la posibilidad de todo esto? ¿Por qué ha de ser utópico este disolvente? ¿Acaso porque los químicos modernos no lo han descubierto? Sin mucho esfuerzo podemos concebir que todos los cuerpos dimanan de una substancia primaria que de acuerdo con la astornomía, geología y física, debió de ser fluida en su originario estado. ¿Por qué no puede el oro, cuya génesis desconocen los químicos modernos, haber sido primitivamente una *substancia básica del oro*, un fluido pesado que, como dice Van Helmont, "por su propia naturaleza y por la firme cohesión de sus partículas tomó el estado sólido"? No es, por lo tanto, despropósito creer que haya una *substancia universal* que reduzca todos los cuerpos a su *genérica substancia*. Van Helmont la califica de "la sal más poderosa y principal que en su grado máximo de simplicidad, pureza y sutilidad, no se altera al reaccionar sobre otras materias, y tiene suficiente energía para disolver el cuarzo, las piedras preciosas, el vidrio, la sílice, el azufre y los metales, formando una sal roja de peso equivalente al de las materias disueltas con tanta facilidad como el agua caliente disuelve la nieve".

Éste es el fluido que aún hoy se emplea para sumergir el vidrio común y darle maleabilidad.

Tenemos una prueba palpable de semejantes posibilidades. Un corresponsal extranjero de la Sociedad Teosófica, famoso médico que hace más de treinta años se dedica al estudio de las ciencias ocultas, ha obtenido el primario elemento del oro al que llama *legítimo aceite de oro*, que analizado por muchos químicos, se han visto precisados a confesar que no acertaban con el procedimiento de obtención. No debe extrañarnos que este médico se resista a publicar su nombre, pues el ridículo y las preocupaciones vulgares son a veces más peligrosas que la Inquisición antigua. La *tierra adámica* es de linaje emparentado con el *alkahest* y uno de los más importantes secretos alquímicos, que ningún cabalista divulgará, pues como dice muy bien en lenguaje simbólico: "daría explicación de las *águilas* de los alquimistas y las águilas tienen las alas cortadas". Es un secreto que Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), tardó veinte años en aprender.

ELOGIO DE PARACELSO

A medida que la aurora de las ciencias físicas fue acrecentándose en luz diurna, las ciencias espirituales se sumergieron en cada vez más densas sombras, hasta el punto de negarlas muchos muy rotundamente. A los eminentes psicólogos de otras épocas se les tiene hoy por ignoprantes y supersticiosos, cuando no por saltimbanquis y prestidigitadores, pues el sol de la ciencia brilla en nuestros días con tal esplendor, que parece axiomático que los antiguos nada sabían y estaban envueltos en las brumas de la superstición. Pero olvidan sus detractores que el sol de nuestro tiempo será obscura noche en comparación del luminar futuro,

uy que así como los científicos de nuestro siglo tildan de ignorantes a sus antepasados, tal vez sus descendientes digan de ellos que *nada sabían*.

La marcha del mundo es cíclica. Las razas futuras serán reproducción de otras hace siglos desaparecidas, mientras que la nuestra acaso reproduce la existente diez mil años atrás. Tiempo ha de llegar en que reciban su merecido cuantos hoy detractan úblicamente a los herméticos, pero que en privado consultan sus polvorientos volúmenes para plagiar sus ideas. A este propósito exclama honradamente Pfaff: "¿Quién ha tenido tan claro concepto de la naturaleza como Paracelso? Fue el audaz fundador de la química médica y de innovadoras escuelas, victoriosas en la controversia, y uno de los pensadores que dieron más acertada orientación al estudio de la naturaleza de las cosas. Lo que en sus obras dice acerca de la piedra filosofal, de los pigmeos y gnomos, de los homúnculos, del elixir de larga vida y demás temas hoy aducidos por sus detractores para regatearle méritos, no pude debilitar nuestro agradecimiento y admiración por sus obras y por su noble vida" (14).

Muchos médicos, químicos y magnetizadores nutrieron su mente en las obras de Paracelso. De él tomó Hufeland su teoría de las enfermedades infecciosas, a pesar de que Sprengel le llama "el charlatán de la Edad Media", si bien en cambio reivindica Hemman la memoria del insigne filósofo diputándole noblemente por el químico más ilustre de su época" (15). Lo mismo dicen Molitor (16) y el eminente psicólogo alemán Ennemoser (17), de cuyos estudios sobre Paracelso se infiere que este hermético fue "el más admirable talento de su tiempo". Pero las lumbreras modernas presumen de aventajarle en sabiduría, y han hundido en el "limbo de la magia" las ideas de los rosacruces acerca de los espíritus elementales, duendes y hadas como si fueran cuentos infantiles (18).

Concedemos de buen grado a los escépticos que en la mitad y más de los fenómenos psíquicos interviene el fraude más o menos hábilmente dispuesto, según prueban recientes manifestaciones de médiums materializados; pero quedan todavía muchísimos otros fenómenos perfectamente auténticos, en espera de comprobación por parte de los científicos que se verán precisados a efectuarla con toda sinceridad, cuando los espiritistas sean lo suficientemente razonables para no proporcionar armas a sus adversarios.

EL ESPIRITISMO CLERICAL

¿Qué concepto formarán los espiritistas sensibles del espíritu guía que después de haberse servido año tras año de un pobre médium, lo abandona de repente cuando más necesita de su auxilio? Tan sólo seres sin *alma ni conciencia* pueden hacerse reos de tamaña injusticia. ¿Es acaso por la fuerza de las circunstancias? Mero sofisma. ¿Qué espíritus son esos que no convocan si es necesario un ejército de espíritus amigos para salvar al inocente médium del abismo abierto bajo sus plantas? Lo que sucedió en pasados tiempos puede también suceder en los nuestros. *Apariciones hubo antes del espiritismo moderno y fenómenos análogos a los de hoy se produjeron en toda época*. Si las presentes manifestaciones psíquicas son ciertas e indudables, también debieron serlo los milagros y proezas taumatúrgicas de la antigüedad, porque los de ayer no tienen mejor testimonio que los de hoy. Pero aun cuando admitamos la impostura de los dos tercios de manifestaciones psíquicas que torrencialmente van derramándose de uno a otro extremo del globo, ¿qué decir de las indudablemente auténticas? Entre los fenómenos comprobados, hay sublimes, magnas y divinas comunicaciones dadas por médiums, ya profesionales, ya espontáneos. A veces son niños y personas sencillas de cuya boca recibimos enseñanzas, máximas filosóficas, poesías, oraciones inspiradísimas, composiciones musicales y obras pictóricas dignas de los comunicantes. Con frecuencia se han cumplido sus vaticinios, y a veces se elevaron a

disquisiciones morales de positiva eficacia. ¿Quiénes son estos espíritus, estas inteligentes potestades, externas sin duda alguna al médium, y con entidad *per se.* Verdaderamente, son *inteligencias* tan distintas de los trasgos y duendes, como el día de la noche.

Reconocemos la gravedad del caso. Cada vez va generalizándose más la sujeción de los médiums a esos "espíritus" falaces con *apariencia*, diabólica, cuyos efectos se multiplican perniciosamente. Algunos de los mejores médiums se han retirado de las sesiones públicas y el movimiento espiritista toma cariz de iglesia. Nos atrevemos a pronosticar que si los espiritistas no aprenden en la filosofía a distinguir de espíritus y precaverse de los de mala índole, antes de veinticinco años se habrán refugiado en la iglesia romana huyendo de los "guías y directores a que por tanto tiempo estuvieron aficionados". Ya empiezan a manifestarse las señales de esta catástrofe. En el reciente Congreso de Filadelfia hubo quienes propusieron fundar una secta de espiritistas *cristianos*. Esto se deriva de que, separados de la Iglesia e ignorantes de la filosofía de los fenómenos y de la naturaleza de las entidades espirituales, están sumidos en un mar de incertidumbres como buque sin timón ni brújula. No pueden substraerse al dilema: o con Porfirio o con Pío IX.

Aunque científicos tan legítimos como Wallace, Crookes, Wagner, Butlerof, Varley, Buchanan, Hare, Reichenbach, Thury, Perty, Morgan, Hoffmann, Goldschmidt, Gregory, Flammarion, Cox y algunos otros creen firmemente en los fenómenos psíquicos, hay entre ellos quienes rechazan la hipótesis de que tengan por causa los espíritus de los difuntos. Por lo tanto, es lógico suponer que si la Catalina King, de Londres, de tan notoria autenticidad, no es el espíritu de un difunto, había de ser forzosamente el condensado fantasma astral de alguna entidad, o bien uno de los duendes de los rosacruces o, en último término, una fuerza natural todavía desconocida. Pero poco importa que sea espíritu angélico o maligno desde el momento en que, según rigurosas comprobaciones, no era una forma sólida y densa, sino una aparición, un *aliento*, un espíritu. Es una inteligencia que actúa externamente al organismo del médium y, por lo tanto, forzoso es reconocerle existencia, aunque invisible. Pero ¿qué es este alguien impalpable que piensa y habla, si no es persona humana?; ¿cómo manifestaría emoción, remordimiento, temor, alegría y demás afectos anímicos si de por sí no sintiese?; ¿por qué algunas de estas misteriosas manifestaciones se gozan en burlar al investigador sincero y menosprecian los más nobles sentimientos humanos? Tan sólo el verdadero psicólogo es capaz de desentrañar este misterio si cuida de consultar las polvorientas obras de los desdeñados herméticos y teurgos.

Dice el famoso platonista (19) Enrique More al replicar a un escéptico de su época llamado Webster, que negaba los fenómenos psíquicos:

"Respecto a la opinión sustentada por la mayor parte de los predicadores reformados, de que el demonio tomó la figura de Samuel al aparecerse a Saúl, no merece tenerla en cuenta. Sin embargo, yo creo que en muchas de estas apariciones nigrománticas intervienen *espíritus burlones, pero de ningún modo se aparecen las almas de los difuntos.* Respecto de la aparición del alma de Samuel, y lo mismo en otros casos de nigromancia, creo que pueden ser debidos a espíritus como los que Porfirio describe, los cuales asumen las más variadas formas y aspectos, de modo que unos aparecen en figura de demonios y otros en la de ángel o en la de algún difunto. Un espíritu de este linaje pudo muy bien *personificar* a Samuel, por más que Webster lo niegue con burdos y endebles argumentos".

NOMBRES NUEVOS PARA IDEAS VIEJAS

Cuando tan insigne filósofo como Enrique More da semejante testimonio, bien vale decir que fundamos sólidamente nuestra opinión. Investigadores muy eruditos, pero también muy

escépticos en lo referente a los espíritus en general y a los de los difuntos en particular, se han devanado los sesos durante los últimos veinte años para dar nombres nuevos a una idea antiquísima. Según Crookes, Sergeant y Cox, la causa de los fenómenos es la "fuerza psíquica"; Thury la llama *psícoda* o fuerza *ectérnica*; Balfour Stuart, fuerza electro-biológica; Faraday, tan insigne físico como torpe psicólogo, "acción muscular inconsciente" y "cerebración inconsciente", con otras denominaciones por el estilo; Hamilton, un pensamiento latente; Carpenter, "idea motora capital". Tantos científicos, tantos nombres.

Hace años, el filósofo alemán Schopenhauer afirmó la coexistencia de la materia y de la fuerza, diciendo que el universo es la voluntad manifestada en fuerzas cuyas modalidades corresponden a los diferentes grados de objetividad. Esta doctrina aceptó Vallace al convertirse al espiritualismo, y fue precisamente la expuesta por Platón al decir que "todas las cosas visibles proceden de la invisible y eterna voluntad que las modela, y que los cielos están plasmados en el eterno modelo del "mundo ideal" contenido en el dodecaedro o arquetipo geométrico de la Divinidad" (20). Según Platón, la substancia primaria emanó de la mente demiúrgica (*nous)* donde desde la eternidad reside la *idea* del *mundo que ha de ser* y que *es* en cuanto la idea emana de la divina mente (21). Las leyes de la naturaleza no son ni más ni menos que las relaciones entre la idea demiúrgica y sus diversas formas de manifestación (22) cuyo número cambia de continuo dentro del tiempo y del espacio.

Sin embargo, distan mucho de ser estas enseñanzas originales de Platón, pues en los *Oráculos caldeos* se lee: "Las obras de la naturaleza coexisten con la intelectual (...) y espiritual luz del Padre. Porque el alma (...) adorna el inmenso cielo y lo embellece según voluntad del Padre" (23).

Por su parte dice Filón, a quien erróneamente se le supone discípulo de Platón: "El mundo incorpóreo estaba ya entonces fundamentado en la mente divina" (24).

La Teogonía de Mochus admite dos principios: el éter y el aire, de los que procede el Dios manifestado (...) el dios Ulom o universo material y visible (25).

En los *Himnos Órficos*, el *Eros-Phanes* nace del huevo espiritual fecundado por el viento etéreo, símbolo del "espíritu de Dios" que desde toda eternidad cobija la *ideación* divina (26).

En el *Kathopanishada,* el Espíritu divino (Purusha) es preexistente a la substancia primordial con la que se une para engendrar el *Mahâ-Atmâ* o *Brahmâ*, es decir, el *Espíritu de vida* (27), el *Anima Mundi*, equivalente a la *Luz Astral* de los teurgos y cabalistas.

Pitágoras aprendió sus doctrinas en los santuarios de Oriente, encubriéndolas bajo simbolismos numéricos; pero su discípulo Platón las expuso en forma más inteligible, de modo que las comprendieran los no iniciados, aunque manteniendo todavía las fórmulas esotéricas. Así dice que el *Pensamiento* divino es el padre, la *Materia* la madre y el *Cosmos* el hijo (28).

Según afirma Dunlap (29), en la religión egipcia había un Horus mayor, hermano de Osiris, y un Horus menor, hijo de Osiris y de Isis. El primero simbolizaba la *idea* del universo, contenida en la mente demiúrgica, la idea "surgida en la obscuridad antes de la creación del mundo"; y el segundo era la misma idea ya emanada del Logos, revestida de materia y actualizada en existencia (30).

FUERZA CONTRA FUERZA

Dicen los *Oráculos caldeos*: "El Dios del mundo es eterno, ilimitado, joven y viejo y de forma sinuosa" (31).

La frase "forma sinuosa" es símbolo de la vibración de la luz Astral que los sacerdotes de la antigüedad conocían perfectamente, aunque no tuvieran del éter el mismo concepto que

los modernos, pues por éter significaban la *Idea* eterna, compenetrada en el universo, es decir, la *Voluntad* que actualizada en *energía* organiza la *materia*.

Dice Van Helmont: “La voluntad es la potencia capital y superior de todas. La voluntad del creador puso en movimiento todas las cosas. La voluntad es atributo de todas las entidades espirituales y se desenvuelve con tanta mayor actividad cuanto más libre está de la materia”.

Y Paracelso, por sobrenombre “el divino”, añade: “La fe ha de ser la corroboradora de la imaginación, pues por la fe se establece la voluntad... en todas las obras mágicas, es requisito indispensable la firmeza de voluntad... Las artes no tienen reglas fijas y ciertas, porque los hombres no saben imaginar ni creer en el resultado eficaz de lo que imaginan”. La negativa energía de la incredulidad y el escepticismo, aplicada en la misma dirección, pero en sentido contrario y con igual intensidad, es la única potencia capaz de resistir a la positiva energía del espiritualismo y de equilibrarla dinámicamente. No les ha de maravillar, por lo tanto, a los espiritistas que la presencia de escépticos empedernidos o de quienes asistan a las sesiones con preconcebida animosidad, sea impedimento para la manifestación fenoménica, pues si no hay en la tierra ningún poder *consciente* sin otro opuesto a su acción, ¿qué tiene de extraño quje el poder *inconsciente* de un médium quede paralizado de pronto por otro poder opuesto y también inconscientemente ejercido? Tyndall y Faraday se engrieron de que no ocurriera fenómeno alguno mientras estuvieron presentes en las sesiones. Sin embargo, esto debiera haber demostrado a tan eminentes físicos la existencia de una fuerza merecedora de su atención, pues si las manifestaciones hubiesen sido fraudulentas en grado bastante para engañar a los concurrentes, no se librara del engaño ni el mismo Tyndall, a pesar de su valía científica, no acorde por cierto con su falta de maliciosa observación. Nadie ha superado en obras milagrosas a Jesús, y sin embargo, la corriente de su voluntad tropezó a veces con el escepticismo de las gentes, según corrobora aquel pasaje que dice: “Y no obró allí prodigios a causa de la incredulidad de las gentes”.

En la filosofía de Schopenhauer se vislumbran estos mismos conceptos, y no harían mal los modernos investigadores si la estudiaran, pues en ella encontrarían singulares hipótesis basadas en ideas antiguas, aparte de especulaciones acerca de los *nuevos* fenómenos psíquicos que les ahorraran el trabajo de pergeñar otras. Las fuerzas psíquica, ecténica y electro-biológica, el pensamiento latente, la cerebración inconsciente y todas las hipótesis forjadas por los modernos investigadores, pueden resumirse en dos palabras: la *luz astral* de los cabalistas.

OPINIONES DE SCHOPENHAUER

Los valientes conceptos de Schopenhauer difieren completamente de los de la mayoría de experimentadores. Dice el ilustre filósofo: “En realidad no cabe distinguir entre *materia* y *espíritu.* La gravitación de una piedra es tan inexplicable como el pensamiento en el cerebro humano. Si no sabemos *por qué* cae al suelo un objeto material, tampoco sabremos si este objeto es o no capaz de pensar... Aun en las mismas ciencias físicas, tan pronto como pasamos de lo experimental a lo especulativo, de lo físico a los metafísico, nos atajan el paso las enigmáticas fuerzas de cohesión, afinidad, gravitación, etc., cuyo misterio es para nuestros sentidos tan profundo como la voluntad y el pensamiento humanos. Entonces nos vemos frente a frente de las inescrutables fuerzas de la naturaleza. ¿Dónde está, pues, esa *materia* que presumís de conocer tan bien y con la que os creéis familiarizados hasta el punto de deducir de ella todas vuestras teorías y de atribuirle cuanto os parece? Nuestra razón y nuestros sentidos sólo son capaces de conocer lo superficial, pero jamás penetrarán en la íntima substancia de las cosas. Tal era la opinión de Kant. Si admitís algo *espiritual* en el hombre, forzosamente

habéis de admitirlo también en la piedra. Si vuestra muerta y pasiva materia tiene la propiedad de gravitar, atraer, repeler y fulgurar, no es razón negarle la de pensar como piensa el cerebro. En suma: cada partícular del llamado espíritu puede substituirse equivalentemente por otra de materia, y cada partícula de materia, por otra de espíritu... Así resulta que la cartesiana división de las cosas en materia y espíritu es filosóficamente inexacta, y conviene diferenciarlas en *voluntad* y *manifestación*, con la ventaja de espiritualizar todas las cosas, pues lo real y objetivo, los cuerpos y la materia de la división cartesiana, los consideramos como manifestación dimanante de la voluntad" (32).

Estas opiniones corroboran lo que ya dijimos acerca de las diversas denominaciones dadas a una misma cosa, como si los adversarios disputaran sobre palabras. Llámese fuerza, energía, electricidad, magnetismo, voluntad o potencia espiritual a la causa del fenómeno, siempre será la parcial manifestación del *alma*, encarnada o desencarnada, de una partícula de la inteligente, omnipotente e individual *Voluntad* que llena la naturaleza toda y a que, por insuficiencia de lenguaje humano para expresar los conceptos psicológicos, llamamos *Dios*.

Las ideas que sobre este punto exponen algunos filósofos modernos son erróneas en muchos aspectos, desde el punto de vista cabalístico. Hartmann califica sus propias opiniones de *prejuicio instintivo* y afirma que la experimentación no ha de tener por objeto la materia propiamente dicha, sino las fuerzas que en ella actúan, de lo cual infiere que la llamada materia es tan sólo agregación de fuerzas atómicas, pues de lo contrario sería la materia una palabra sin sentido científico. Mas a pesar de su sincera confesión, de que nada saben con seguridad acerca de ella (33), los experimentadores físicos, fisiólogos y químicos *divinizan la materia*. Todo fenómeno con cuya explicación no aciertan, sirve de incienso en el altar de la diosa predilecta de la ciencia.

Nadie trata tan magistralmente este asunto como Schopenhauer en su *Parerga*. Estudia detenidamente el magnetismo animal, la terapéutica simpática, la profecía, la magia, los agüeros, las apariciones espectrales y otros fenómenos psíquicos, respecto de lo cual dice: "Todas estas manifestaciones son ramas del mismo árbol y prueban irrefutablemente la existencia de una categoría de seres pertenecientes a un orden de la naturaleza muy distinto del que se basa en las leyes del espacio, del tiempo y de la adaptación. Este otro orden es mucho más profundo porque es el originario y directo, y de nada valen las comunes leyes de la naturaleza que tan sólo atañen a la forma. Por lo tanto, bajo el régimen de este orden superior, ni el tiempo ni el espacio pueden separar a las entidades individuales, y la separación determinada por las formas corpóreas no son barreras infranqueables para el intercambio de pensamientos y la inmediata acción de la voluntad. De este modo pueden ocurrir cambios por procedimientos completamente diferentes de la causalidad física, es decir, mediante la voluntad manifestada en acción, externamente al individuo. Así resulta que el carácter peculiar de las antedichas manifestaciones es la *visión y acción a distancia*, tanto respecto del tiempo como del espacio. Esta acción a distancia es precisamente la característica fundamental de la llamada magia, porque es la acción inmediata de nuestra voluntad, una acción independiente de las condiciones causales de la acción física, es decir, del contacto material.

"Además, estas manifestaciones contradicen lógica y esencialmente el materialismo, y aún el naturalismo, porque de ellas se infiere que el orden de cosas consideradas por estas dos últimas escuelas como absolutas y exclusivamente legítimas, resultan, por el contrario, superficiales y fenoménicas, en cuyo fondo hay algo *aparte* y del todo independiente de sus propias leyes. Por lo tanto, estas manifestaciones psíquicas son las más importantes de cuantas se han ofrecido al estudio de observación, por lo menos desde el punto de vista puramente filosófico, y todo científico está obligado a conocerlas" (34).

La comparación entre los filosóficos conceptos de Schopenhauer y las superficiales generalidades de algunos académicos franceses, nos servirá tan sólo para acreditar la valía

intelectual de ambas escuelas. Ya hemos visto que la alemana trata profundamente las cuestiones filosóficas y ahora podemos cotejarla con lo mejor de cuanto el astrónomo Babinet y el químico Boussingault nos dicen de los fenómenos psíquicos. En el curso de 1854 a 1855, presentaron estos dos distinguidos intelectuales a la Academia de Ciencias de París, una memoria en la que corroboraban y al mismo tiempo aclaraban la demasiado compleja hipótesis con que el doctor Chevreuil explicaba el fenómeno de las mesas rotatorias, investigado por la comisión científica de que formaba parte. Dice así:

LAS MESAS ROTATORIAS

"Respecto a los supuestos movimientos y oscilaciones de ciertas mesas, no puede atribuírseles otra causa que las *invisibles* e involuntarias vibraciones del sistema muscular del experimentador, de modo que la continuada contracción de los músculos acaba por establecer una serie de vibraciones que determinan un *temblor visible* cuyo efecto es la rotación de la mesa, con energía bastante para acelerar el movimiento y para transmutarlo en resistencia cuando se le quiere detener. De aquí que no ofrezca dificultad alguna la clara explicación física del fenómeno" (35).

Ciertamente que esta hipótesis resulta tan clara como una nebulosa de las observadas por el astrónomo Babinet en noche de niebla. Pero, no obstante su claridad, le falta la importantísima condición del sentido común. No sabemos si Babinet acepta o no como último recurso la afirmación de Hartmann respecto a que "*los visibles efectos de la* materia *son efectos de la fuerza"*, y que para tener claro concepto de la materia debemos tenerlo previamente de la fuerza. La escuela a que pertenece Harmann, cuyos principios aceptan en parte los sabios alemanes, enseña que el problema de la materia sólo puede resolverlo aquella fuerza a cuyo conocimiento llama Schopenhauer "ciencia mágica" o "acción de la voluntad". Por lo tanto, es preciso saber ante todo si las "vibraciones involuntarias del sistema muscular del experimentador" que al fin y al cabo son "efectos de la materia" están determinadas por una voluntad *externa* al experimentador o *propia* de él. Si lo primero, sería un epiléptico inconsciente, según Babinet; si lo segundo, atribuye las respuestas inteligentes de la mesa parlante a un "ventriloquismo inconsciente". Sabemos que, según la escuela alemana, toda acción de la voluntad se manifiesta en fuerza, y las manifestaciones de las fuerzas atómicas son acciones individuales de la voluntad, que dan por resultado la espontánea precipitación de los átomos en imágenes concretas, ya forjadas subjetivamente por la voluntad. De acuerdo con su maestro Leucipo, enseñaba Demócrito que los átomos en el *vacío* fueron el principio de todas las cosas existentes en el universo, entendiendo por *vacío*, en sentido cabalístico, la Divinidad *latente* cuya primera manifestación es la *voluntad* que comunica el primer impulso a los átomos que, al cohesionarse, constituyen la materia. Sin embargo, el nombre de *vacío* es menos apropiado que su sinónimo *caos*, porque, según los peripatéticos, "la naturaleza tiene horror al vacío".

Las alegorías, aparte de otros elementos de juicio, demuestran que, mucho antes de Demócrito, estaban yha familiarizados los antiguos con la idea de la indestructibilidad de la materia. Movers define el concepto fenicio de la ideal luz solar, diciendo que era la espiritual influencia emanada del supremo Dios, *Iao*, la luz tan sólo concebible por la mente, el principio así físico como espiritual de todas las cosas del cual emana el alma. Es la esencia masculina o sabiduría, mientras que el caos es la esencia femenina. Así tenemos, que la materia y el espíritu eran ya para los fenicios los dos principios coeternos e infinitos. Esta teoría es tan antigua como el mundo, y no fue Demócrito su autor, pues la intuición del hombre precedió al ulterior desenvolvimiento de su razón. Las escuelas materialistas son incapaces de explicar los

fenómenos ocultos, porque niegan a Dios, en quien reside la Voluntad. Su desconocimiento de los fenómenos psíquicos, y lo absurdo de las hipótesis con que pretenden explicarlos, dimanan de que *a priori* desdeñan cuanto puede empujarles a trasponer los límites de las ciencias experimentales y entrar en los dominios de la psicología o de la que no fuera incongruente llamar fisiología metafísica. Los filósofos antiguos afirmaban que todas las cosas visibles e invisibles surgían a la existencia por manifestación de la Voluntad, a que Platón llamó *Idea divina*, y que así como esta Idea da existencia objetiva a la materia con sólo enfocar su voluntad en un centro de fuerzas localizadas, así también el hombre, el microcosmos respecto del macrocosmos, da forma objetiva a la materia en proporción del vigor de su voluntad. Los átomos imaginarios (36) son como operarios movidos automáticamente a influjo de la Voluntad universal que en ellos se enfoca y, manifestada en fuerza, los pone en actividad. El proyecto del futuro edificio está en la mente del Arquitecto y es reflejo de su voluntad que, abstracta desde el momento de concebirlo, se concreta en cuanto los átomos imaginarios obedecen a los puntos, líneas y formas trazadas en la mente del divino geómetra.

LA ENERGÍA ATÓMICA

Como Dios crea, así crea el hombre. Dadle voluntad lo suficientemente vigorosa y subjetivará las formas mentales, que muchos llaman alucinaciones, aunque para quien las forja sean tan reales como los objetos tangibles. Si aumenta el vigor de la voluntad e inteligentemente la dirige, condensará las formas en objetos visibles. Este es el secreto de los secretos, y quien lo aprende, merece el título de *mago*.

Los materialistas nada pueden argüir contra esto, desde el punto en que para ellos es materia el pensamiento. Si tal supusiéramos, tendríamos que el ingenioso mecanismo proyectado por el inventor, las encantadoras escenas surgidas de la mente del poeta, los soberbios lienzos pintados por la viva imaginación del artista, la incomparable estatua cincelada en el pensamiento del escultor, los palacios y castillos planeados por el arquitecto, debieran existir objetivamente, a pesar de ser subjetivos e invisibles, porque el pensamiento, según los materialistas, es materia plasmada en forma. ¿Cómo negar entonces que haya hombres de voluntad lo bastante potente para transportar al mundo visible estas creaciones mentales y revestirlas de materia tangible?

Si los científicos franceses no han cosechado laureles en el nuevo campo de investigación, tampoco los cosecharon los científicos ingleses hasta que Crookes se ofreció en holocausto por los pecados del mundo científico. Al cabo de veinte años de desdenes, consiente Faraday en hablar un par de veces de este asunto, no obstante servir su nombre de conjuro contra los hechizos del espiritismo entre cuantos discuten los fenómenos psíquicos, y de ser ya notorio que en su vida vio una mesa giratoria el ilustre físico, que se avergonzaba de haber publicado sus investigaciones sobre tan degradante creencia. No tenemos más que desdoblar unos cuantos olvidados números del *Journal des Debats*, correspondientes a la época en que actuaba en Inglaterra un notable médium escocés, para restituir a pasados acontecimientos su primitiva lozanía. En uno de dichos números se erige Foucault en campeón del famoso físico inglés, diciendo: “No vaya a creerse que el insigne físico se ha olvidado de sí mismo hasta el extremo de sentarse prosaicamente junto a una mesa rotatorias. Entonces, ¿de qué se avergonzaba el caudillo de la filosofía experimental? Aprovecharemos esta coyuntura para hablar del indicador de Faraday, el famoso aparato que inventó para *atrapar a los médiums*, es decir, para sorprender los fraudes mediumnímicos, según describe el marqués de Mirville, en *La cuestión de los espíritus*, esta complicada máquina cuyo recuerdo turba el sueño de los médiums impostores.

Para comprobar la impulsión del médium, colocaba Faraday varios discos de cartón adheridos tangencialmente uno con otro por medio de cola, que se desprendían por efecto de una presión continuada. Ahora bien: luego de girar la mesa, si es que a tanto se había atrevido en presencia de Faraday, lo cual no deja de ser significativo, se examinaban los discos, y al ver que habían resbalado en la misma dirección que el giro de la mesa, resultaba de ello la prueba incontrovertible de que el médium había *empujado* el mueble.

Otro aparato de comprobación de los fenómenos psíquicos consistía en un pequeño dinamómetro que delataba el más leve impulso del médium, o, según decía el mismo Faraday, "indicaba el paso del estado pasivo al activo". Este dinamómetro, indicador del impulso, demostraba tan sólo la acción de una fuerza que emanaba de los observadores o los dominaba. Pero ¿quién ha negado jamás la existencia de una fuerza en estos fenómenos? Todos admitimos que esta fuerza pasa a través del médium, como generalmente sucede, o actúa con entera independencia del mismo, según ocurre bastantes veces. A este propósito, dice de Mirville: "El verdadero misterio está en la desproporción entre la fuerza desplegada por los médiums (que empujaban porque a ello se veían forzados) y los efectos de rotación cuya índole es realmente prodigiosa. En presencia de tan pasmosos efectos, ¿cómo suponer que las liliputienses experiencias de esta índole tengan valor alguno en la tierra de gigantes hace poco descubierta?" (37).

Con mayor mala fe procedió el profesor Agassiz, cuya reputación científica corría parejas en América con la de Faraday en Inglaterra. El notable antropólogo Buchanan, que ha tratado mejor que nadie en América del espiritismo, habla de Agassiz con justa indignación, pues no tenía motivo para escarnecer los fenómenos que en sí mismo había experimentado. Pero como Faraday y Agassiz están ya *desencarnados*, vale más ocuparnos de los vivos que de los muertos.

Resulta, por lo tanto, que los modernos escépticos niegan una fuerza del todo familiar a los antiguos tiempos. En épocas antediluvianas tal vez jugarían con esta fuerza los chiquillos, como los que describe Bulwer Lytton en *La raza futura*, juegan con el tremendo *vril* o *agua de Phtha.* Los antiguos llamaron a la antedicha fuerza *Anima mundi* y los herméticos medioevales le dieron los nombres de *luz sidérea, leche de la Virgen, magnes* y otros varios. Pero los modernos eruditos repudian tales denominaciones, porque tienen sabor de magia, que, según ellos, es grosera superstición.

Apolonio y Jámblico afirman que el poderío del hombre que anhela superar a los demás, "no consiste en el conocimiento de las cosas *externas*, sino en la perfección del alma interna" (38).

Así llegaron ellos al conocimiento de sus almas divinas cuyos poderes emplearon con toda la sabiduría alcanzada por el estudio esotérico del hermético saber heredado de sus antecesores. Pero los filósofos del día no pueden o no se atreven a llevar sus tímidas miradas más allá de lo *comprensible*. Para ellos no hay vida futura ni divinos ensueños, que desdeñan por contrarios a la ciencia. Para ellos los antiguos son "ignorantes antepasados", y miran con despectiva compasión a todo autor que crea inherentes al ser humano las misteriosas ansias de ciencia espiritual.

Dice un proverbio persa: "Cuanto más oscuro está el cielo, más brillan las estrellas". Así, en el negro firmamento de la Edad Media aparecieron los misteriosos Hermanos de la Rosa Cruz, que no organizaron asociaciones ni instituyeron colegios, porque, acosados por todas partes como fieras, los tostaba sin escrúpulo la iglesia católica en cuanto caían en sus manos. A este propósito dice Bayle: "Como la religión prohibe el derramamiento de sangre en su máxima

Ecclesia non novit sanguinem, quemaban a las víctimas, cual si al quemarlas no vertiesen su sangre".

Varios de estos místicos, guiados por las enseñanzas aprendidas en manuscritos secretamente conservados de generación en generación, llevaron a cabo descubrimientos que no desdeñarían hoy las ciencias experimentales. El monje Rogerio Bacon, vituperado de charlatán y tenido por aprendiz de artes mágicas, pertenece de derecho, sino de hecho, a la Fraternidad de los estudiantes de ocultismo. Floreció en el siglo XIII con Alberto el Magno y Tomás de Aquino, y sus descubrimientos de la pólvora, de las lentes ópticas y varios mecanismos, fueron atribuidos a hechicería por pacto demoníaco, y de ellos se aprovechan hoy mismo quienes más le escarnecen.

MILAGROS DE BACON

En un drama de la época de Isabel de Inglaterra, escrito por Roberto Green y basado en la historia legendaria de Rogerio Bacon, se dice, que habiendo sido presentado al rey, le pidió éste que demostrase algo de su saber ante la reina, y que él entonces movió la mano y oy´ñose al punto una música tan armoniosa como jamás la oyera ninguno de cuantos la escuchaban. Fue la música en crescendo y de pronto aparecieron cuatro figuras que danzaron un buen espacio, hasta desvanecerse en el aire. Movió de nuevo el monje la mano y súbitamente se difundió por la estancia tan exquisito perfume que parecía hábilmente preparado con los más finos y delicados aromas del mundo. Aseguró después Bacon a uno de los caballeros allí presentes, que iba a presentarle la mujer de quien andaba enamorado, y descorriendo las cortinas de la cámara regia, apareció a los ojos de los circunstantes una cocinera cucharón en mano que desapareció con igual presteza. Encolerizado el orgulloso caballero por aquella humillación, amenazó al monje con su venganza, pero él repuso tranquilamente: "No me amenace vuestra gracia, porque mayor pudiera ser su vergüenza, y ande alerta en decir otra vez que los letrados mienten".

Un historiador moderno (39) comenta esta relato, diciendo: "Puede considerarse esto como ejemplo de la clase de manifestaciones resultantes, sin duda, de un *conocimiento profundo* de las ciencias naturales". Nadie ha dudado nunca que resultaran de semejantes conocimientos, y no otra cosa dijeron los herméticos, magos, astrólogos y alquimistas. A la verdad, no es culpa suya que las masas ignorantes, excitadas sin escrúpulo por el clero fanático, hayan atribuido a diabólicas influencias los fenómenos psíquicos; y por otra parte, las terribles torturas inquisitoriales retrajeron de la manifestación de sus facultades a los filósofos ocultistas, quienes dijeron en sus obras esotéricas, que "la magia es la aplicación de causas naturales y activas a las cosas pasivas, para determinar efectos prodigiosos, pero completamente naturales".

El fenómeno de la música y de los aromas que Rogerio Bacon opero en la corte de Inglaterra, se ha repetido con frecuencia en nuestra época. Prescindiendo de nuestras personales experiencias, diremos que, según informes de los corresponsables ingleses de la Sociedad Teosófica, hubo casos en que oyeron músicas y percibieron fragancias, sin que nada señalase su procedencia, por cual motivo atribuyeron el fenómeno a la influencia de los espíritus. Uno de dichos corresponsales informó diciendo, que en cierta ocasión la casa donde se celebraban reuniones espiritistas de carácter íntimo quedó impregnada durante muchas semanas de intenso aroma de sándalo. Otro corresponsal describe el fenómeno que llama *toque musical*. Las mismas potencias capaces de producir hoy estos fenómenos debieron existir y tener idénticas facultades en la época de Bacon. Respecto a las apariciones espectrales,

baste decir que también hoy ocurren en las sesiones espiritistas y, por lo tanto, no cabe dudar de los prodigios atribuidos a Bacon en este punto.

En su tratado de *Magia Natural*, enumera Bautista Porta un catálogo de fórmulas secretas para obtener extraordinarios efectos de las fuerzas ocultas de la naturaleza, pues aunque los magos creían tan firmemente como los espiritistas de hoy en los espíritus invisibles, no fiaban las operaciones mágicas a su entera dirección y auxilio, pues de sobre sabían cuán difícil es ahuyentar a los elementales una vez que se les hayan abierto las puertas de par en par. Aun la misma magia de los antiguos caldeos consistía tan sólo en el profundo onocimiento de las propiedades químicas de las substancias minerales, y únicamente se comunicaban, mediante ceremonias religiosas, con las puras entidades espirituales, cuando el teurgo requería el divino auxilio en asuntos de moral o material interés. Pero tan sólo *subjetivamente* y por efecto de su pureza de vida y continuadas oraciones podían evocar los espíritus invisibles que despiertan los extáticos sentidos de clarividencia y clariaudiencia. Producían los fenómenos psíquicos mediante la aplicación de las fuerzas naturales y en modo alguno por las artes de prestidigitación de que se valen hoy día los hechiceros.

Quienes conocen las secretas fuerzas naturales y emplean con paciente parsimonia las facultades dimanantes de tal conocimiento, laboran por algo superior a la deleznable gloria de una fama efímera, pues sin apetecerla logran la inmortalidad reservada a cuantos olvidándose de sí mismos se entregan por entero al bien del género humano. Iluminados por la luz de la verdad eterna, aquellos rico-pobres alquimistas iban más allá de la común penetración, y sólo diputaban por inescrutable la Causa primera. Su norma constante estaba trazada de consuno por la intrepidez, el deseo de saber, la firme voluntad y el *absoluto sigilo*. Sus espontáneos impulsos eran la beneficencia, el altruismo y la moderación. La sabiduría era para ellos de mayor estima que el logro mercantil, el lujo, riqueza, pompa y poderío mundano, al paso que no les asustaban ni hambres ni pobrezas ni fatigas ni desprecios humanos, con tal de llevar a cabo su tarea. Pudieron haber reposado en blandos lechos de aterciopeladas colchas, y prefirieron morir en los hospitales y en las márgenes de los caminos, antes que envilecer sus almas cediendo a la nefanda concupiscencia de quienes intentaban hacerles quebrantar sus sagrados votos. Ejemplo de ello nos dan las vidas de Paracelso, Cornelio Agripa y Filaleteo.

EL ESPECTRO SIN ALMA

Si los espiritistas quieren mantener la recta noción del mundo espiritual, no deben consentir que los científicos investiguen fenómenos con estricto propósito de experimentación, pues seguramente daría por resultado un parcial redescubrimiento de la magia de Moisés y Paracelso. Bajo la engañosa belleza de sus apariciones espectrales, podrían encubrirse las sílfides y ondinas de los rosacruces, jugueteando en las corrientes de fuerza *psíquica* y de fuerza *ódica*.

Crookes reconoce que la aparición espectral de Catalina King es una *entidad*, pero recela que *no tenga alma* y esté animada aquella figura de hermoso cutis por el médium y los concurrentes. También los eruditos autores de *El universo invisible* dan de mano a su hipótesis electrobiológica y vislumbran la *posibilidad* de que el éter universal sea el álbum fotográfico de *En-Soph*, el infinito Ser.

Muy lejos estamos de asegurar que todos los espíritus comunicantes de las sesiones espiritistas pertenezcan a los órdenes de elementales y elementarios, pues muchos de ellos, sobre todo los que hablan por boca y escriben por mano del médium, aparte de otras operaciones, son espíritus de difuntos cuya bondad o malicia depende del carácter moral del médium, del ambiente colectivo de los circunstantes y, mucho más todavía, de la intensidad e

índole del propósito. Nada serio puede esperarse cuando la sesión no tiene otro objeto que satisfacer la curiosidad y pasar el tiempo; pero tampoco crea nadie que un espíritu sea capaz de materializarse en carne y hueso, pues lo más que pueden hacer es proyectar su imagen etérea en las ondas atmosféricas, de modo que tanto el cuerpo como el traje causarán al tacto una sensación semejante a la brisa y no la de un objeto densamente material. Es inútil atribuir naturaleza humana a los "espíritus materializados en quienes se advertían los latidos del corazón, y que hablaban con voz sonora, unas veces valiéndose de trompetilla y otras sin haber de recurrir a este instrumento. Difícilmente se olvidan una vez oídas las voces, si cabe darles este nombre, de las apariciones espectrales. La voz de los espíritus puros semeja el trémulo murmullo de una lejana arpa eólica. La voz de un espíritu en pena, y por lo tanto impuro, si no maligno, puede compararse a la voz humana que saliese del fondo de un tonel vacío.

Esta filosofía no es nuestra, sino la de muchísimas generaciones de magos y teurgos que la fundaron en la experiencia. El testimonio de la antigüedad es irrecusable en este punto: ... ... (40). Las voces de los espíritus son inarticuladas. La voz de los espíritus consiste en una serie de sonidos de efecto semejante al de una columna de aire comprimido que, ascendiendo de abajo arriba, se derramara en torno del oyente. En el caso de Isabel Eslinger, todos cuantos presenciaron la aparición (41), atestiguaron que habían visto *como una columna de nubes*. Durante once semanas seguidas observaron diariamente esta aparición, el doctor Kerner y sus hijos, varios sacerdotes luteranos, el abogado Fraas, el grabador Düttenhöfer, los dos médicos Siefer y Sicherer, el juez Heyd, el barón de Hugel y muchas otras personas. Mientras se manifestaba el espectro, permanecía Isabel en su celda orando sin cesar en voz alta, y como al propio tiempo hablaba la aparición, no podía ser un caso de ventriloquismo, aparte que, según los testigos, nada tenía aquella voz de humana ni nadie era capaz de imitar su timbre.

FORMAS MATERIALIZADAS

Más adelante daremos copiosas pruebas entresacadas de autores antiguos acerca de esta evidente verdad. Por ahora repetiremos que ningún espíritu de los llamados humanos por los espiritistas ha demostrado suficientemente su condición. Los espíritus *desencarnados* pueden comunicar su influencia *subjetivamente* a los médiums y producir manifestaciones *objetivas* a través de estos, pero no por sí mismos. Pueden disponer del cuerpo del médium y expresar sus conceptos y deseos por los diversos procedimientos del fenomenalismo psíquico, pero no *materializar* lo inmaterial, es decir, su *divina esencia*. Así es que toda materialización genuina está determinada o por la voluntad del espíritu aparecido, o por los espíritus duendísticos que son generalmente demasiado groseros para merecer el nombre de diablos. Rara vez son capaces los espíritus de dominar a estos seres sin alma, siempre dispuestos a tomar nombres pomposos; pero cuando los dominan, quedan sujetos como polichinelas a cuanto les dicta el alma inmortal. Sin embargo, este dominio requiere condiciones generalmente desconocidas aún de los espiritistas más asiduos concurrentes a las sesiones, pues no a todo el que quiere le es dable evocar espíritus humanos. Uno de los más poderosos estímulos de los difuntos, es el intenso amor a sus deudos en la tierra, que irresistiblemente los empuja hacia la corriente de luz astral, cuyas vibraciones enlazan el alma del ser amado con el alma universal. Otro requisito importantísimo es la armonía y pureza mental de los circunstantes.

Si este razonamiento es erróneo, si las formas materializadas que aparecen en oscuros aposentos, salidas de estancias aún más oscuras, fuesen espíritus de difuntos, ¿a qué establecer diferencias entre ellas y los fantasmas que de súbito aparecen sin gabinete de preparación ni médium comunicante? ¿Quién no ha oído hablar de las *almas en pena* que vagan por los lugares donde se perpetró algún crimen o vuelven movidas de irresistibles ansias

de necesidad no satisfecha y cuyas manos tienen el tacto de la *carne viva* de modo que apenas cabe distinguirlas de los vivos?

Conocemos casos auténticos de súbitas apariciones espectrales, sin analogía alguna con las incipientes materializaciones de nuestros días. El periódico *Medium and Day Break*, del 8 de Septiembre de 1876, publicó una carta de una señora que durante sus viajes por el continente presenció un fenómeno en una casa encantada. Dice uno de sus párrafos: “En el oscuro rincón de la biblioteca resonó un extraño ruido y al volver la vista eché de ver una nube de vapor luminoso... el espíritu apegado a la tierra vagaba por el lugar maldito de sus fechorías”.

Este espíritu era indudablemente un elemental auténtico que por espontánea determinación se hizo visible, como lo son todos los espectros, pero impalpable, o, a lo sumo, dando al tacto una sensación como si se metiera de pronto la mano en el agua o se palpara una nube de vapor acuoso. Según la descripción, era *luminoso y vaporoso*, por lo que bien podemos colegir que sería la *sombra* personal del espíritu apegado a la tierra por el remordimiento de crímenes propios, o a consecuencia de los ajenos. La muerte encierra profundos misterios y las modernas materializaciones sólo sirven para ridiculizarlos a los ojos de los indiferentes. A esto pueden replicar los espiritistas diciendo que, por declaración explícitamente pública, hemos presenciado personalmente dichas *formas materializadas*. No tenemos reparo en reiterar el testimonio y decir que en tales formas reconocimos la representación visible de conocidos, amigos y aun parientes, y escuchamos de ellos palabras en idiomas orientales desconocidos del médium y de todos los circunstantes, excepto de nosotros mismos. Nadie dejó de considerar este hecho como prueba concluyente de las facultades del médium, un zafio labriego llamado Vermont; pero aquellas formas no eran de las personalidades que aparentaban ser, sino sencillamente simulaciones suyas, plasmadas vívidamente por espíritus elementales y elementarios. No habíamos tocado hasta ahora este punto, porque la masa general de espiritistas no estaba preparada ni para escuchar siquiera, cuanto menos para creer en los espíritus elementales y elementarios. Desde entonces se ha discutido públicamente este punto y ya no resulta tan aventurado entregar a la voracidad de la crítica la canosa filosofía de los antiguos, porque la cultura general ha evolucionado lo bastante para tomarla en consideración y estudiarla sin apasionamiento. Dos años de agitación mental han mejorado notablemente la mentalidad colectiva.

Asegura Pausanias que cuatro siglos después de la batalla de Maratón, se oían en el campo los relinchos de los caballos y el vocerío de los combatientes. Suponiendo que vagasen por aquel lugar los espíritus de los soldados muertos en la batalla, resultaría que aparecieron en figura espectral o fantástica, y no en forma materializada. Pero ¿qué causa tenían los relinchos? ¿Eran los espíritus de los caballos? Si admitimos, contra toda verdad, que los caballos tienen alma, habremos de confesar que el alma inmortal de los soldados muertos relinchaba para reproducir con mayor y más dramática viveza la bélica escena. Repetidas veces se han visto aparecer fantasmas de animales domésticos, y el testimonio en este caso es tan fidedigno como el referente a las apariciones de espectros humanos. ¿Quién simula entonces la figura espectral de estos animales? ¿Los espíritus humanos? La cuestión está encerrada en un dilema: o los animales tienen alma y espíritu como el hombre, o forzosamente hemos de aceptar con Porfirio la existencia en el mundo invisible de una especie de demonios maliciosos y embusteros, una clase de seres intermedios entre el hombre y los dioses, que se complacen en asumir cuantas formas les viene bien remedar, desde la del hombre a la de los animales (42).

Pero antes de resolver la cuestión de si los espectros zoóticos, con tanta frecuencia aparecidos, están animados por el espíritu del animal, conviene examinar cuidadosamente su manera de conducirse. ¿Proceden estos espectros en armonía con las costumbres, instintos y características de sus congéneres en vida? ¿Muestran los fieros su natural acometividad y los mansos su peculiar timidez, o bien se descubre en estos contrariamente a su índole la maligna disposición de molestar al hombre en vez de rehuir su presencia? Muchas víctimas de estas obsesiones, como por ejemplo en el caso de Salem y otros hechizos igualmente comprobados, afirmaron haber visto entrar en sus aposentos fantasmasde perros, gatos, cerdos y otros animales, que se les subían a la cama y *les hablaban incitándoles al suicidio y otros crímenes*. En el auténtico caso de Isabel Eslinger, descrito por Kerner, el espectro del cura de Wimmenthal (43) iba acompañado de un enorme perro negro, que, según declaración de numerosos testigos, saltaba a las camas de los presos. En cierta ocasión se apareció el cura con un cordero y en otra con dos. Además, la mayor parte de los acusados en el proceso de Salem confesaron que por encargo de la hechicera habían hecho sortilegios y maquinado maldades valiéndose de unos pájaros amarillos que se les posaban en los hombros y en las vigas del techo (44).

Por lo tanto, so pena de invalidar los múltiples testimonios de todo país y época y atribuir el monopolio de la clarividencia a los modernos médiums, hemos de reconocer que los espectros de animales denotan los peores rasgos de la más depravada naturaleza humana, a pesar de no ser en modo alguno humanos. ¿Qué serán, entonces, sino elementales? Descartes fue uno de los pocos que se atrevieron a decir que a la medicina oculta se le deberían descubrimientos destinados a dilatar los dominios de la filosofía; y Brierre de Boismont, no sólo compartía esta esperanza, sino que explícitamente manifestaba sus simpatías por el supernaturalismo a que llamaba el “magno credo universal”. Dice a este propósito: “Creo, de acuerdo con Guizot, que la existencia de la sociedad está íntimamente ligada a lo sobrenatural y es inútil que el racionalismo moderno lo rechace por no saber explicar las íntimas causas de los fenómenos a pesar del *positivismo* de que alardea. Lo sobrenatural está universalmente arraigado en el fondo de todos los corazones. Los hombres de mayor talento son sus más ardorosos discípulos (45).

Colón descubrió el continente americano, y Américo Vespucio le usurpó la nombradía del descubrimiento. Paracelso redescubrió las secretas propiedades del imán (el hueso de Horus, como le llamaban los antiguos, que doce siglos atrás se valían de él en los Misterios teúrgicos) y fundó la escuela teúrgico-magnética de la Edad Media. Sin embargo, Mesmer, que tres siglos después de Paracelso continuó su escuela, usurpó la fama al insigne filósofo ígneo, que acabó sus días en un hospital. Tal es el mundo. Los nuevos descubrimientos son hijos de la ciencia antigua. Los hombres se suceden sin alteración de la naturaleza humana.

CAPÍTULO III

El espejo del alma no puede reflejar a la vez la tierra
Y el cielo. La tierra desaparece de la superficie tan luego
Como el cielo se retrata en el fondo.- ZANONI.

¿Quién te dio el encargo de anunciar al pueblo que no hay Dios? ¿Qué ventaja hallas en convencer a las gentes de que una fuerza ciega preside sus destinos y al azar igualmente flagela el crimen y la virtud?
ROBESPIERRE.-Discurso del 7 de Mayo de 1794.

Creemos que muy pocos de estos fenómenos, cuando son auténticos, pueden atribuirse a espíritus humanos, y aun los derivados de las ocultas fuerzas naturales a través de verdaderos médiums y de los fakires de la India y Egipto, requieren cuidadosa y detenida comprobación científica, sobre todo desde que respetables autoridades atestiguan la imposibilidad de fraude en muchos casos. Nadie niega que haya hechiceros de oficio cuya destreza alcance a producir fenómenos más estupendos que todos los "John King" habidos y por haber. Sirva de ejemplo Roberto Houdin, que tenía habilidad para ello y, no obstante, se burlaba luego en la misma cara de los académicos, porque le instaban a declarar con su firma en los periódicos que para hacer girar una mesa o que respondiera *sin contacto de manos*, era indispensble prepararla convenientemente para ello con la debida antelación (1). Prueba del erróneo juicio que atribuye a impostura todo fenómeno psíquico, nos la da el no haber aceptado un famoso prestidigitador londinense la apuesta de mil libras esterlinas con que Algernón Joy (2) le incitó a producir los fenómenos psíquicos en las mismas condiciones que los médiums, bajo la vigilancia de una comisión nombrada al efecto. Por hábil que sea un prestidigitador no podrá llevar a cabo en *igualdad de circunstancias* los fenómenos operados por los ma´s vulgares fakires indos. Entre los requisitos de prueba habrían de constar indispensablemente: por una parte, que la comisión investigadora designase el lugar del experimento, en el mismo instante de empezar el acto, sin que el fakir tuviera el más leve indicio de la designación; y por otra, que el experimento se efectuase en pleno día, sin otro ayudante que un chiquillo en cueros vivos, cuyo traje sería también, o poco más, el del fakir. En estas condiciones escogeríamos las tres suertes más repetidas por los fakires y presenciadas no hace mucho por varios personajes del séquito del príncipe de Gales, conviene a saber:

1º Convertir en serpiente cobra, de mordedura mortal, una rupia fuertemente retenida en la mano cerrada, por un circunstante escéptico.

2º Lograr que en menos de quince minutos brote, crezca, fructifique y madure una simiente escogida arbitrariamente por los espectadores y plantada en el tiesto que ellos mismos proporcionen.

3º Tenderse el fakir sobre tres espadas hincadas por el puño en el suelo, punta arriba, y al deshincarlas una tras otra, quedarse el fakir tendido en el aire a un metro del suelo. Cuando hagan lo mismo los prestidigitadores, empezando por Houdin y acabando por el último impostor que recabó éxitos con sus ataques al espiritismo, entonces, y sólo entonces, creeremos que el género humano procede la pezuña del *orohippus* eocénico de Huxley.

Nuevamente afirmamos con entera seguridad que no hay en los otros tres puntos cardinales hechicero profesional capaz de emular a los desastrados e incultos fakires de Oriente, que no necesitan estancias egipcias ni preparación ni ensauyo para realizar sus experimentos, pues siempre están prontos a invocar en su auxilio a las ocultas fuerzas de la naturaleza, que son libro de siete sellos tanto para los prestidigitadores como para los científicos europeos. Acertadamente dice Elihu: “No siempre son sabios los hombres eminentes, ni la edad es prueba de discernimiento” (3). Repetiremos a este propósito lo que dice el teólogo inglés More: “A la verdad, si los hombres no hubiesen perdido la modestia, los relatos bíblicos les probarían plenamente la existencia de espíritus y ángeles... Me parece providencial que los recientes casos de apariciones despierten en nuestras entorpecidas y aletargadas mentes el convencimiento de que hay otros seres inteligentes, además de los revestidos de grosera arcilla... Porque si estas pruebas nos demuestran la existencia de espíritus malignos, forzosamente hemos de creer en los espíritus buenos, y por lo tanto en Dios”. El ejemplo ya citado entraña una lección moral, no sólo para los científicos, sino también para los teólogos. Tanto los predicadores como los catedráticos delatan continuamente su incompetencia en psicología, menospreciando las coyunturas de estudio que se les ofrecen y poniéndose en ridículo a los ojos del estudiante sincero. La opinión pública, en este punto, está amañada por impostores e ignorantes indignos de consideración.

Tardíamente ha evolucionado la psicología, más bien por el ridículo en que se pusieron sus profesores, que por dificultades propias de su estudio. El huero desdén de los sabios en mantillas y de los necios a la moda ha contribuido a mantener al hombre en la ignorancia de sus latentes facultades, con mayor fuerza que las tenebrosidades, riesgos e impedimentos propios del asunto. Éste es precisamente el caso de los fenómenos espiritistas cuya investigación ha estado hasta ahora en manos profanas, a causa del temor que los científicos tenían de las burlas, dicterios y preocupaciones de gentes indignas de atarles la correa del zapato, pues también anida la poquedad de ánimo en las universidades.

La vitalidad del espiritismo moderno resiste victoriosamente al desprecio de la ciencia y a la bulliciosa jactancia de sus presumidos expositores. Desde los padres graves de la ciencia, como Faraday y Brewster, hasta los informes del afortunado imitador de los fenómenos de Londres, no encontramos ni el más leve argumento sólido contra la autenticidad de los fenómenos espiritistas. El imitador aludido dice en su titulado informe: “Mi opinión es que Williams simulaba las personalidades de John King y Peter. Nadie podrá demostrar lo contrario”. A pesar de la arrogancia de la afirmación, no pasa de ser una hipótesis, por lo que los espiritistas pueden exigir a su vez del informante la prueba de cuanto dice.

Pero los más inveterados y acerbos enemigos del espiritismo pertenecen a una clase por fortuna poco numerosa, pero que alzan mucho la voz para publicar sus opiniones con estrépito digno de mejor causa. Son los eruditos a la violeta que, en la América del Norte, presumen de sabios por tener una máquina eléctrica en su despacho o haber publicado tal o cual memoria pueril sobre la locura y la mediummanía. Se creen estos hombres pensadores profundos y fisiólogos eminentes, y desdeñan la para ellos absurda metafísica, porque son positivistas de la escuela de Augusto Comte, cuyo más vivo anhelo es levantar a la ilusa humanidad del negro abismo en que la superstición la tiene sumida, y reconstruir el Cosmos sobre mejores fundamentos. Su irascible psicofobia llega al extremo de considerar imperdonable ofensa que les supongan dotados de espíritu inmortal, y si les hubiéramos de hacer caso, los hombres sólo pueden tener alma *científica* o alma *anticientífica*, según su grado de mentalidad (4).

LA RELIGIÓN DE COMTE

Unos treinta o cuarenta años atrás, Augusto Comte, alumno de la *Escuela Politécnica* de París y auxiliar de las cátedras de Cálculo diferencial e integral y Mecánica racional en el mismo establecimiento docente, se despertó una mañana con la ventolera de ser profeta. En los Estados Unidos se encuentra un profeta en cada esquina, y en Europa escasean como cisnes negros; pero Francia es país de novedades y Comte fue profeta con tanto éxito, que aun la grave Inglaterra lo diputó durante algún tiempo por el Newton del siglo XIX. Difundióse el contagio mental hasta invadir cual devorador incendio Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. La flamante filosofía ganó algunos prosélitos en Francia, cuyo entusiasmo no fue duradero, porque se negaron a proporcionar los recursos que necesitaba el profeta, y el fervoroso entusiasmo despertado en un principio por aquella religión sin Dios se entibió con rapidez igual a su enfervoramiento. De los ardientes apóstoles del profeta sólo quedó uno notable: el famoso filólogo Littré, miembro del Instituto de Francia y candidato perpetuo a la Academia Imperial de Ciencias, cuya entrada le obstruía maliciosamente el obispo de Orleáns (5).

El matemático-filósofo, el sumo pontífice de la "religión" del porvenir, predicaba su doctrina al estilo de todos los profetas contemporáneos. Divinizaba a la mujer y la ponía sobre un altar, pero la "diosa" quedaba en la obligación de pagarse la peana. Los racionalistas que tanto se burlaron de las extravagancias de Fourier y de Saint Simón y con tanto desprecio ridiculizaron el espiritismo, se vieron presos como inacutos gorriones en la liga retórica del nuevo profeta. Como ni los más empedernidos ateos son extraños al anhelo congénito en el hombre de reconocer una Divinidad, al ansia de lo desconocido, los discípulos de Comte le siguieron atraídos por el aparente brillo de este fuego fatuo, hasta hundirse en un pantano sin fondo. Encubiertos bajo la máscara de una falsa erudición, los positivistas se propusieron acabar con el espiritismo, mientras por otra parte alardeaban de investigar sin prejuicio alguno los fenómenos psíquicos. Demasiado sin prejuicio alguno los fenómenos psíquicos. Demasiado tímidos para arremeter contra las iglesias cristianas, procuraron minar la fe del hombre en Dios y en la inmortalidad del alma, principios fundamentales de toda religión. Su táctica consiste en ridiculizar el espiritsmo fenoménico, que tantas pruebas suministra de la supervivencia del alma, y para atacarlo en su punto más flaco, se apoyan por un lado en la falta de método inductivo y en las exageraciones de las doctrinas espiritistas, y por otro en la prevención con que las gentes miran el fenomenalismo. De esta suerte se muestran quijotescos y benéficos debeladores de la tan, según el vulgo, monstruosa superstición.

Veamos hasta qué punto aventaja al espiritismo la ponderada religión del porvenir instituida por Comte, y nos percataremos de que con mayor motivo merecen sus prosélitos el manicomio, donde aconsejaban recluir a los médiums con quienes se habían mostrado tan solícitos. Ante todo conviene advertir que por lo menos las tres cuartas partes de los rasgos repulsivos del espiritismo moderno derivan de los materialistas que aventureramente se pasaron al campo contrario. Comte ha descrito repugnantemente la fecundación aritifical de la mujer del porvenir, hermana mayor del venusto ideal de los partidarios del amor libre. Las futuristas enseñanzas de los lunáticos discípulos de Comte han contagiado a algunos pseudo-espiritistas hasta el punto de inducirles a formar comunidades societarias, aunque ninguna duradera, pues su carácter distintivo era una especie de animismo materialista recubierto de una tenue capa de filosofía similor, esmaltada de enrevesados nombres griegos.

Propuso Platón (6) que para mejorar la especie humana se eliminaran los individuos enfermizos y deformes, y se fomentasen los matrimonios entre los más robustos ejemplares de la raza. No era de esperar que el "genio de nuestro siglo", no obstante sus presunciones de profeta, forjase nuevos planes en su cerebro y, como buen matemático, combinó hábilmente

unas cuantas utopías antiguas, dióles matiz plástico, y apoyado en el pensamiento de Platón, engendró la mayor monstruosidad nacida de cerebro humano.

Es preciso advertir que no atacamos a Comte como filósofo, sino tan sólo como innovador. En la notoria confusión de sus ideas sociales, filosóficas y religiosas, resplandecen con frecuencia algunas observaciones y juicios tan lógicos en el fondo, como brillantes en la forma, cuyo fulgor, parecido al del relámpago en noche tenebrosa, acrecienta las tinieblas luego de extinguido. De sus obras podría entresacarse un volumen de aforismos verdaderamente originales, que definen con sumo acierto la mayor parte de los males de la sociedad; pero ni en su pesado *Curso de filosofía* positiva ni en su paródico *Catecismo de la religión positivista* se encuentra la ma´s ligera insinuación del posible remedio. Los discípulos de Comte vienen a suponer que las doctrinas de su maestro son demasiado sublimes para que las comprenda el vulgo; pero comparando los dogmas del positivismo con la interpretación que les dan sus apóstoles, se echan de ver las contradicciones del fondo, pues mientras el pontífice dice que “la mujer ha de dejar de ser la *hembra* del hombre” (7) y los legisladores positivistas afirman que en el matrimonio y en la familia debe ser la mujer “consocia del hombre, dispensada de toda función materna” (8), a cuyo efecto proyectan una futura institución en que las funciones proyectan una futura institución en que las funciones de la maternidad queden substituidas por “la aplicación a la casta esposa de una fuerza latente” (9), no faltan sacerdotes laicos del positivismo que preconizan la poligamia y aseguran que sus doctrinas contienen la quinta esencia de la filosofía espiritualista.

NEGACIONES DEL POSITIVISMO

Según los teólogos católicos cuya eterna pesadilla es el demonio, la mujer futura, descrita por Comte, caerá en poder de los íncubos (10); pero a juicio de más zumbones autores, la *Divinidad* del positivismo será una yegua de dos patas. También Littré hace prudentes restricciones al aceptar el apostolado de tan maravillosa religión. Decía así en 1859:

“Asegura Comte que no sólo ha establecido los principios, trazado los perfiles y descubierto el método, sino también las consecuencias necesarias para levantar el edificio social y religioso del porvenir. En esta segunda parte nos reservamos la opinión, al propio tiempo que aceptamos sin reparo en herencia el conjunto de la primera” (11).

Pero más adelante añade:

“En su magistral obra: *Sistema de filosofía positiva*, establece Comte las bases de una filosofía que, con el tiempo, ha de suceder a la teología y a la metafísica. En esta obra expone, como no podía menos, su directa aplicación al gobierno de las sociedades. Como quiera que no advierto nada arbitrario en estas doctrinas, y en cambio encuentro verdadera ciencia, mi adhesión a los principios se extiende a sus esenciales consecuencias”.

Littré se ha mostrado digno discípulo del profeta, pues todo el sistema de Comte nos parece basado sobre equívocos. Donde dice *positivismo* se ha de leer *nihilismo*; donde *castidad*, leed *impudicia*, y así de lo demás. Como quiera que es una religión fundada sobre bases negativas, difícilmente pueden llevarla sus prosélitos a la práctica, sin decir que lo negro es blanco. Sigue Littré: “La filosofía positiva no acepta el ateísmo, porque el ateo no tiene la mente emancipada, sino que, a su modo, es un teólogo que explica como le place la esencia de las cosas, y presume conocer su origen... El ateísmo es sinónimo de panteísmo y este sistema también es todavía enteramente teológico y pertenece a la escuela antigua” (12).

Perderíamos el tiempo si prosiguiéramos citando más pasajes de estas paradójicas disertaciones. Comte llegó al colmo del absurdo al dar el nombre de religión a su nueva filosofía y, como suele acontecer en estos casos, sus discípulos sobrepujaron el absurdo. Filósofos

postizos que brillan en las academias positivistas de Norte América, como una luciérnaga en comparación de una estrella, delatan con toda amplitud sus opiniones al cotejar “el sistema de pensamiento y vida” planeado por el apóstol francés con “las necedades del espiritismo” que, por supuesto, sale malparado del cotejo. “Para destruir es necesario reedificar”, exclama Comte citando a Cassaudiere, sin conformarse con su pensamiento; y sus discípulos explanan el aborrecible sistema con que pretenden sustituir el cristianismo, el espiritismo y aun los métodos científicos. Uno de ellos dice: “El positivismo es una doctrina integral que repudia por completo toda creencia teológica y metafísica, toda modalidad sobrenatural y, por consiguiente, el espiritismo. El verdadero criterio positivista sustituye el estudio de las leyes invariables de los fenómenos por el de sus causas inmediatas. En este concepto también repudia el ateísmo, porque al fin y al cabo *el ateo es un teólogo en el fondo*, pues no difiere de los teólogos en el planteamiento, sino en la solución del problema, y por lo tanto, es inconsecuente. Los positivistas rechazamos todo problema inaccesible a la mente humana, pues de lo contrario malgastaríamos nuestras fuerzas en la imposible indagación de las causas primeras. Por lo tanto, el positivismo da satisfactoria explicación del mundo y de los deberes y destino del hombre" (13).

OPINIÓN DE HARE

Mitiguemos el brillo de este programa con el juicio crítico del insigne Hare, quien dice a este propósito: “La filosofía positivista de Comte es, en último término, puramente negativa, pues afirma la inutilidad de perder tiempo en indagar los inescrutables orígenes de las leyes de la naturaleza. Por considguiente, esta doctrina se funda en la ignorancia de las causas y medios de las leyes en que forzosamente ha de permanecer el hombre, a pesar de las pruebas referentes al mundo espiritual. Así es que, mientras el ateísmo queda recluido en los dominios de la materia, el espiritismo se mueve en un campo de tan dilatado espacio como la eternidad con relación a una vida humana y como las insondables regiones sidéreas respecto al área habitable de nuestro planeta” (14).

En suma, el positivismo arremete igualmente contra la teología, la metafísica, el espiritismo, el ateísmo, el materialismo y la ciencia, con amenaza de invalidarse a sí mismo. Opina De Mirville que, según la filosofía positivista, “la mente humana no logrará equilibrarse hasta que la psicología se considere como un *laxante cerebral* y la historia como un *laxante* social”. El Mahoma moderno empieza por despojar al hombre del alma y de la fe en Dios, para hundir después inadvertidamente en las entrañas de su propia doctrina la afiladísima espada de la metafísica, cuyos golpes presumiera evitar. De este modo no quedan en su sistema ni vestigios de filosofía.

De un discurso pronunciado en 1864 por Pablo Janet, miembro del Instituto de Francia, sobre el positivismo, entresacamos el siguiente párrafo:

“Hay algunos talentos educados y nutridos en las ciencias exactas y experimentales, que sienten instintiva inclinación a la filosofía, pero sin que puedan satisfacerla más que con elementos ajenos, y su ignorancia de las ciencias psicológicas les lleva precisamente a combatirlas, con lo cual presumen haber fundado una nueva filosofía positiva que, bien mirada, no es ni más ni menos que una incompleta y mutilada hipótesis metafísica. Se arrogan la infalible autoridad, propia tan sólo de las ciencias de experimentación y cálculo, siendo así que su defectuoso sistema es del mismo orden mental que los que combaten. De aquí lo deleznable de su posición y el descrédito de sus ideas, que muy luego serán esparcidas a cuatro vientos” (15).

Los positivistas norteamericanos se han esforzado incesantemente en derrumbar el espiritismo. Para que se vea hasta dónde llega su imparcialidad, recordaremos que preguntan si los dogmas de la Inmaculada Concepción, de la Trinidad y la Eucaristía, resisten al examen de la fisiología, de las matemáticas y de la química, para decir después que más absurdas todavía son las quimeras del espiritismo. Perfectamente. Pero ¿hay absurdo teológico ni quimera espiritista que aventaje en depravada imbecilidad al positivista concepto de la fecundación artificial? Por una parte declaran incognoscibles las causas primeras, y por otra suplantan en el porvenir la vívida e inmortal compañera del hombre con un tipo de mujer imposible, semejante al fetiche indio de Obeah, día tras día repleto de huevos de serpiente para que el sol los empolle.

En nombre del sentido común cabe preguntar por qué ha de motejar de supersticiosos a los místicos cristianos y de orates a los espiritistas una titulada religión que con tan repulsivos absurdos tiene partidarios entre los mismos académicos y pone en boca de su propio fundador, para admiración de sus discípulos, rapsodias tan extravagantes como la siguiente:

"Me admira cada día más la creciente coincidencia entre el advenimiento social del *misterio femenino* y la disminución de la fe en el sacramento de la Eucaristía. La Virgen ha suplantado a Dios en la mente de los católicos meridionales. El positivismo realizará la utopía medioeval que consideraba la raza humana nacida de una *virgen madre*". Después de exponer el modus operandi, prosigue Comte diciendo: "La difusión del nuevo procedimiento produciría muy luego una raza sin los inconvenientes de la herencia y más a propósito que la procreación vulgar para el nacimiento de caudillos espirituales y aun temporales, cuya autoridad dimanara de un origen verdaderamente superior *que no retrocedería ante ninguna investigación"* (16).

FECUNDACIÓN ARTIFICIAL

Cabe preguntar, después de leído esto, si en las "quimeras" del espiritismo, o en los "misterios" del cristianismo, hay algo tan descabellado como esa descripción de la humanidad futura. Si los positivistas que predican públicamente la poligamia no desmienten con su conducta la tendencia de la escuela al materialismo, mucho tememos que, haya o no haya una estirpe sacerdotal así engendrada, no veamos los vástagos de las vírgenes madres.

Natural es que una filosofía entre cuyos ideales está la procreación de semejante casta de doctores íncubos, mueva la pluma de uno de sus más gárrulos tratadistas, para escribir lo siguiente: "Estamos en una muy triste época abundante en creencias muertas o moribundas, y llena de frívolos devotos que en vano ruegan a los caídos dioses. Pero también es una época gloriosamente iluminada por los áureos rayos del naciente sol de la ciencia. ¿Qué tenemos que ver con quienes, *perdida la fe y extraviado el entendimiento,* se refugian en el *espejuelo del espiritismo,* en los engaños del trascendentalismo o en *las abulias* del hipnotismo"? (17).

El *fuego fatuo*, como se complacen hoy en llamar los filósofos pigmeos al fenomenalismo psíquico, ha tenido que luchar para darse a conocer. No hace mucho tiempo, los ya familiares fenómenos psíquicos tuvieron enérgica negativa en boca de un corresponsal de *The Times*, de Londres, cuya opinión subsistió como valedera hasta que dirimió la cuestión la obra de Phipson, apoyada en el testimonio de Beccaria y Humboldt (18).

Los positivistas debieron exigir otro símil más feliz y al mismo tiempo estar mejor enterados de los descubrimientos científicos, pues en cuanto al hipnotismo lo practican con éxito, en algunos hospitales de Alemania, eminencias médicas cuya fama y sabiduría está muy lejos de igualar el presuntuoso conferenciante sobre la mediumnidad y la locura. Pocas palabras diremos antes de acabar este enojoso asunto. Hay positivistas que se vanaglorian de contar por correligionarios a los más ilustres científicos de Europa. Sin embargo, no entran en

este número Huxley ni Mausley, de nombradía universal. Por lo que toca a Huxley, en una conferencia dada en 1868 en Edimburgo, sobre *Los fundamentos fisiológicos de la vida*, se muestra muy sorprendido de la ligereza con que el arzobispo de York le atribuyó filiación positivista, y dice: "Por lo que a mí toca, bien pudiera el respetable prelado desmenuzar polémicamente a Comte como un nuevo Agag, sin que yo le detenga la mano. Mi examen de la filosofía positivista me ha convencido de que poco o nada tiene de valía científica, pues en su mayor parte *es tan opuesta a la verdadera ciencia, como pueda serlo el catolicismo ultramontano*. En la práctica, la filosofía positivista *es un catolicismo despojado del espíritu del cristianismo"*. Más adelante se indigna Huxley con los filósofos escoceses, y les reconviene por haber consentido que el arzobispo de York atribuyese a Comte la fundación de la escuela filosófica de Hume, y a este propósito exclama: "Bastaba para remover en su tumba los huesos de David Hume, que, no lejos de ella, un auditorio parcial escuchara sin protesta cómo se atribuían sus doctrinas a un escritor francés de hace cincuenta años, en cuyas verbosas y áridas páginas se echa de menos el vigor de pensamiento y la claridad de expresión" (19).

¡Pobre Comte! Ahora resulta que, por lo menos en los Estados Unidos, sus más conspicuos discípulos quedan reducidos a un físico, un médico y un abogado, a quienes un crítico socarrón motejó de "triunvirato anómalo cuyas arduas tareas no les dejan tiempo para aprender a escribir" (20).

Los positivistas no perdonan medio de combatir al espiritismo en provecho de su religión. Sus prelados soplan sin cesar las trompetas como si a su estrépito hubieran de caer los muros de la nueva Jericó; pero ni con sus singularísimas paradojas ni con sus deleznables ataques al espiritismo lograrán su propósito. Para muestra de estos ataques, basta entresacar de una reciente conferencia (21) el párrafo que sigue: "La exclusiva satisfacción del instinto religioso es incentivo de lujuria. Sacerdotes, frailes, monjas, santos, *médiums*, místicos y devotos han sido siempre famosos por sus concupiscencias".

LOS MONOS DE LA CIENCIA

Nos complacemos en observar que mientras el positivismo se erige alborozadamente en religión, el espiritismo no ha pretendido jamás ser otra cosa que una ciencia, una filosofía incipiente o, más bien, el estudio indagativo de las fuerzas naturales. Los verdaderos científicos reconocen la realidad de los fenómenos psíquicos, que sólo se atreven a negar los monos remedadores de la ciencia. Los positivistas se burlan del fenomenalismo psíquico y en cambio no saben abrir la boca sin que, como el retórico Butler, no se les escape un tropo. Quisiéramos contraer las censuras al círculo de necios y pedantes que usurpan el título de científicos; pero es innegable que cuando las eminencias tratan algún nuevo punto, pasan sus decisiones sin réplica, aun cuando la merezcan. La cautela propia de los hábitos de investigación experimental, los prejuicios establecidos y el peso de la autoridad científica contribuyen paralelamente a petrificar el pensamiento en dogmas intangibles, y con demasiada frecuencia la ciencia progresa a costa del martirio o del ostracismo del innovador. Los experimentadores de laboratorio deben, por decirlo así, tomar a la bayoneta el reducto de la preocupación y la rutina, pues no será fácil que una mano amiga deje entornada la poterna. No han de hacer caso de las ruidosas protestas y la impertinente crítica de los publicistas de quinta fila que se arremolinan en la antesala de la ciencia, pues deben reservar sus fuerzas para dar en rostro a la hostilidad de los conspicuos y vencerla. La ciencia progresa rápidamente, pero los científicos no se percatan del progreso, pues casi siempre arremeten contra los nuevos inventos. El triunfo es de quien valerosa y perseverantemente resiste la embestida parapetado en su intuición. Pocas son las leyes naturales cuya primera enunciación no suscitara burlas y fuera generalmente tenida

por absurdamente contraria a la ciencia. Pero no obstante el orgullo de quienes nada descubren, no es posible desoír por mucho tiempo el clamoreo de los innovadores que, desgraciadamente para la pobre y egoísta humanidad, se convierten a su vez en rémoras de cuantos indagan nuevamente la acción de las leyes naturales. Así, poco a poco, va pasando la humanidad por sucesivos ciclos de conocimientos cuyos errores corrige de continuo la ciencia para rehabilitar hoy las hipótesis desechadas por erróneas ayer. Esto ha sucedido no sólo en cuestiones psicológicas, tales como el hipnotismo desde el doble punto de vista fisiológico y psíquico, sino también en descubrimientos relativos a las ciencias de observación.

¿Qué hemos de hacer? ¿Evocar un pasado desagradable? ¿Decir que los científicos medioevales negaban con el clero el sistema heliocéntrico por temor de oponerse a las enseñanzas de la Iglesia? ¿Recordaremos que algunos naturalistas del siglo XVIII negaron autenticidad zoológica a las conchas fósiles, diciendo que tan sólo eran simulaciones artificiosas, mientras otros sostenían acaloradamente lo contrario en discusiones salpicadas de insultos, hasta que Buffón sentenció el pleito con pureba plena a favor de los segundos? Seguramente que si tan discordes andan los científicos respecto al origen y naturaleza de las conchas fósiles, tan fácilmente observables, a duras penas cabe esperar que crean en las formas espectrales de las sesiones espiritistas, cuando el médium es genuinamente sincero.

Los escépticos podrían entretener provechosamente los ratos de ocio en la lectura de la obra de Flourens, secretario perpetuo de la Academia francesa, titulada: *Historia de las investigaciones de Buffón*, en la que describe cómo el insigne naturalista desbarató la hipótesis de la simulación artificial, cuyos partidarios persistieron en negar todo cuanto no comprendían y se mofaron sarcásticamente de los experimentos eléctricos de Franklin, de las tentativas de Fulton, de los proyectos ferroviarios de Perdonnet, de las nuevas orientaciones de Harvey y de las heroicas pruebas de Palissy.

EPIDEMIA DE NEGACIONES

En la ya citada obra: *Conflictos entre la religión y la ciencia*, se muestra Draper algo distanciado de la justicia, al achacar tan sólo al clero los impedimentos con que tropieza el progreso de las ciencias; pero sin menoscabo de la admiración debida al insigne escritor, observaremos que, aparte de la enemiga mostrada por el clero a los descubrimientos enumerados en la obra, no debió pasar por alto la oposición de todo inventor hubo de encontrar en los científicos. Dice bien Draper en pro de la ciencia, que “saber es poder”; pero los abusos del poder son igualmente perniciosos, ya provengan del extravío de la sabiduría, ya de las obcecaciones de la ignorancia. Además, el clero no tiene hoy la fuerza que tuvo en otras épocas, y sus protestas no harían mella en el mundo científico. Sin embargo, mientras los teólogos se mantienen tras cortina, los científicos han empuñado a dos manos el cetro del despotismo y lo blanden como espada del querubín puesto a la entrada del Edén, para alejar a los hombres del árbol de vida mortal, y retenerlos en el mundo de perecedera materia.

El periódico londinense *El Espiritista*, en su réplica a la crítica de Gully sobre la hipótesis de Tyndall, llamada de la neblina ígnea, dice que, gracias a la ciencia, no mueren hoy todos los espiritistas en las hogueras inquisitoriales. Admitamos esta gracia, aun teniendo en cuenta que ya pasaron de moda los autos de fe, y preguntemos si en el caso de que Faraday, Tryndall, Huxley, Agassiz y otros dispusieran del poder de la Inquisición, se encontrarían los espiritistas tan seguros como están hoy día; pues mueve a preguntarlo la actitud de dichos científicos respecto del espiritismo, ya que a falta de hogueras donde abrasar a quienes creen en el mundo de los espíritus, les llaman locos, maniáticos, alucinados, fetichistas y demás vituperios por el estilo.

A la verdad, no acertamos a descubrir las razones que habrá tenido el director de *El Espiritista*, de Londres, para mostrarse tan agradecido a la benevolencia de los científicos, pues el reciente proceso Lankester-Donkin-Slade, seguido en Londres, debiera haber abierto los ojos a los espiritistas demasiado confiados, para darles a entender que el materialismo pertinaz es mucho más refractario a la razón que el fanatismo religioso. Uno de los mejores escritos de Tyndall es el folleto titulado: *Martineau y el Materialismo*, aunque tal vez con el tiempo enmiende el autor algunos excesos de lenguaje. Pero dejando por de pronto esto aparte, fijémonos en lo que dice sobre la ciencia. En boca de Martineau pone la pregunta siguiente: "Cuando un hombre piensa, siente y quiere, ¿cómo actúa la conciencia?" Y responde: "No es posible concebir el transporte del funcionamiento cerebral a los correspondientes hechos de conciencia. Suponiendo que un pensamiento definido coincida simultáneamente con una acción molecular en el cerebro, no poseemos, ni rudimentariamente siquiera, el órgano intelectual que nos permita descubrir por el raciocinio el enlace entre el pensamiento y la acción cerebral que coinciden *sin que sepamos por qué*. Aun cuando nuestra mente y nuestros sentidos fuesen capaces de percibir las moléculas cerebrales, de atisbar todos sus movimientos, agrupaciones y descargas eléctricas, si acaso las hay; aunque conociéramos perfectamente su correspondencia con los pensamientos y emociones, no podríamos resolver el problema de cómo el proceso fisiológico se enlaza con los hechos de conciencia. La hondonada entre ambos fenómenos quedaría tan intelectualmente infranqueable como antes" (22).

LA CIENCIA ULTRAMONTANA

Esta hondonada, que a Tyndall le parece tan infranqueable como la neblina ígnea en que envuelve la causa agnoscible, no es obstáculo alguno para la intuición espiritual. El profesor Buchanan, en sus *Bosquejos de conferencias sobre el sistema neurológico en Antropología*, escritos en 1854, señala el modo de echar un puente sobre tan temerosa hondonada. Aquí tenemos una de aquellos trojes donde se almacena parcamente la semilla mental de futuras y copiosas cosechas. Pero el edificio del materialismo se basa enteramente sobre los toscos sótanos de la razón. *Cuando los maestros de la ciencia hayan llegado al límite extemo de su capacidad, podrán a lo sumo revelarnos un mundo de moléculas animadas por secreto impulso*. El más acertado diagnóstico de la enfermedad que aqueja a los científicos, lo encontraremos con sólo una ligera substitución de palabras, en la crítica a que Tyndall somete la mentalidad del clero ultramontano. En vez de "sacerdotes" pongamos "científicos"; en lugar de "pasado precientífico" leamos "presente materialista", y reemplacemos "ciencia" por "espíritu". El pasaje siguiente nos traza un vivo retrato, pintado por mano maestra, del científico moderno:

"... Sus sacerdotes viven tan apegados al precientífico pasado, que aun los más poderosos talentos son refractarios a las verdades recientes. Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen; porque ojos y oídos se convierten a visiones y sonidos de otros tiempos. Desde el punto de vista científico, el cerebro de los ultramontanos es poco menos que infantil. Pero no obstante ser tan niños en conocimiento científico, tienen suficiente poderío espiritual entre los ignorantes para inducirles a prácticas que sonrojan a los de más claro juicio" (23).

El ocultista les dice a los científicos que se miren en este espejo.

Desde los albores de la historia, todos los pueblos exigieron en su legislación el testimonio de, por lo menos, dos testigos para aplicar la pena de muerte. "Por boca de dos o tres testigos sea condenado el reo de muerte" (24) dice el legislador del pueblo hebreo. "Las leyes que condenan a un hombre a muerte por la declaración de un solo testigo son contrarias a la libertad. La razón exige, por lo menos, dos testigos" (25). Todos los pueblos han aceptado,

por lo tanto, el valor de la prueba, pero los científicos rechazarían un millón de testimonios contra uno. En vano doscientos mil testigos dan fe de los hechos. Los científicos tienen ojos y no ven, como si persistieran en ceguedad y sordera. Treinta años de pruebas irrecusables y el testimonio de algunos millones de creyentes en Europa y América tienen derecho a que se les considere y respete, sobre todo cuando el veredicto de un jurado compuesto de doce espiritistas, influido por las pruebas aducidas por los testigos, pudiera condenar a muerte a un científico que hubiere perpetrado un crimen por efecto de la conmoción de las moléculas cerebrales, no refrenadas por el convencimiento de una futura retribución moral.

La ciencia, en síntesis considerada como divina meta, es digna de que el mundo entero la respete y venere, porque sólo por la ciencia podemos comprender a Dios en sus obras.

Según Webster, “la ciencia es la comprensión de la verdad ante los hechos, la investigación de la verdad en sí misma, la adquisición del conocimiento puro”. Si la definición es exacta, tendremos que la mayoría de los científicos modernos han falseado a su diosa. ¡La verdad en sí misma! ¿Pues dónde hemos de buscar la clave de las verdades de la naturaleza sino en los inescrutados misterios de la psicología? Desgraciadamente muchos experimentadores sólo escogen los hechos más apropósito para cohonestar sus prejuicios.

La psicología no tiene peores enemigos que los médicos de la escuela alopática. No es preciso recordar que, entre las ciencias de experimentación, es la medicina la menos merecedora de este calificativo, pues prescinde del estudio de la psicología, que debiera ocupar gran parte de su atención para que el ejercicio de la medicina no degenere en tanteador empirismo de dudoso éxito. Todo cuanto discrepa de las doctrinas establecidas, se repudia por herético, y aunque un nuevo sistema terapéutico haya salvado miles de vidas, se aferran a las prescripciones tradicionales para condenar al innovador y la innovación, hasta que les place darle sello oficial. Entretanto, pueden morir miles de enfermos, con tal de que el honor profesional quede a salvo.

Teóricamente parece la medicina la ciencia más benéfica, pero ninguna otra ha dado tantas muestras de materialismo y obstinada preocupación. Pocas veces han patrocinado los médicos famosos un descubrimiento útil. La sangría, las ventosas y la lanceta tuvieron su época de popularidad, hasta caer en desuso. A los calenturientos se les deja beber hoy el agua que antes se les negara, los baños fríos han suplantado a los calientes, y durante algún tiempo fue la hidroterapia una verdadera manía. La corteza de quina que Warring, el defensor de la autoridad de la Biblia, identifica con el paradisíaco “árbol de la vida”, fue importada en España el año 1632 y estuvo en olvido durante mucho tiempo. La Iglesia demostró, por una vez al menos, más penetración que la ciencia, pues a instancias del cardenal de Lugo, patrocinó Inocencio X el nuevo medicamento.

PANACEAS Y ESPECÍFICOS

El autor de una obra antigua titulada: *Demonología*, cita muchas medicinas que volvieron a emplearse después de largos años de olvido, de suerte que la mayor parte de los descubrimientos terapéuticos vienen a ser sencillamente la rehabilitación de antiguos remedios. En el siglo XVIII, una curandera llamada Nouffleur encomiaba las virtudes que para la expulsión de la tenia posee la raíz del helecho macho, y vendió el secreto a Luis XV por una cuantiosa suma; pero los médicos averiguaron que ya lo había empleado Galeno en el tratamiento de la misma enfermedad. Los famosos polvos del duque de Portland, contra la gota, eran el *diacentaureón* de Celio Aureliano, y luego se vio que ya lo mencionaron los primitivos médicos en sus obras, tomándolo de los autores griegos. Lo mismo sucede con el agua medicinal de Husson, famoso remedio de la gota, que, no obstante su nuevo disfraz, es el *Colchicum*

autumnale, o villorita, muy semejante a una planta llamada *Hermodactylus*, cuyas propiedades antigotosas ponderaron Oribario, famoso médico del siglo IV y Etio Amideno, que floreció en el siglo V. Después cayó en desuso tan sólo porque era medicamento demasiado *antiguo* para ser tenido en cuenta por los médicos del siglo XVIII.

El sabio fisiólogo Magendie no descubrió nada que ya no conocieran los médicos de la antigüedad. Su específico contra la tisis, en que entraba como ingrediente el ácido prúsico, está descrito en las obras de Lumeo (26), donde afirma que la infusión de laurel se empleaba con excelentes resultados en el tratamiento de tan terrible enfermedad. Plinio asegura que el extracto de almendras y huesos de cereza curaba las toses más pertinaces. Concluye diciendo el autor de *Demonología*, que puede afirmarse con toda seguridad, que las diversas preparaciones secretas a base de opio, tenidas por descubrimientos de la moderna farmacopea, están descritas en las obras de los autores antiguos, tan desdeñados en nuestros días.

Nadie niega ya que, desde tiempo inmemorial, estuvo concentrada en el lejano Oriente la sabiduría humana, hasta el punto de que ni en Egipto se cultivaban las ciencias naturales tan asiduamente como en el Asia central. El mismo Sprengel, no obstante su cautelosa prevención contra todo indicio, lo reconoce así en su *Historia de la Medicina*, y cuando discute los puntos relacionados con la magia, deja a salvo la de la India por menos conocida que la de cualquier otro país de la antigüedad, pues entre los indios era más esotérica, si cabe, que entre los egipcios, y por tan sagrada se la tenía que el vulgo apenas sospechaba su existencia y sólo se ejercía públicamente en las graves crisis nacionales o en circunstancias de temerosa trascendencia. Era la magia una ciencia divina que más intensamente resplandecía en los ascetas gimnósofos, cuya austeridd de vida, pureza de costumbres y desprendimiento de las cosas mundanas aventajaba a la de los más ejemplares hierofantes egipcios y era tenidos en mayor veneración que los magos caldeos. Vivían solitarios (27) en yermo, mientras que los sacerdotes egipcios formaban comunidades y, no obstante las preocupaciones históricas contra magos y adivinos, poseían valiosos secretos médicos y sobresalían insuperablemente en el arte de curar, según se infiere de los numerosos tratados que todavía se conservan en los monasterios de la India. No nos detendremos a dilucidar si los gimnósofos fueron los primeros magos de la India o si recibieron este conocimiento en herencia de los *rishis* (28), porque los científicos experimentales lo tendrían por estéril especulación.

Un autor moderno dice al hablar de los gimnósofos: “Les honra sobremanera el celo con que educaban a los jóvenes en la virtud, despertando en sus corazones generosos sentimientos; y sus máximas y pláticas, transmitidas por los historiadores, demuestran lo muy versados que estaban en filosofía, astronomía, religión y moral. Mantuviéronse dignamente independientes de la soberanía temporal de los príncipes más poderosos, cuyo favor jamás solicitaban ni tampoco iban a lisonjearles con visitas de adulación, y cuando el príncipe necesitaba de sus oraciones o de consejos, no tenía más remedio que ir en persona a consultarles o enviar mensajeros en su busca. Conocían las propiedades útiles de minerales y plantas, pues estaban familiarizados con los secretos de la naturaleza, y tanto la fisiología como la psicología eran para ellos libros abiertos en que libaban la ciencia mágica llamada entonces *machagiotia.*

EL DEMIURGOS

Es muy extraño que los cristianos estén obligados a creer como artículo de fe los milagros bíblicos, y no sólo no crean, sino que se mofen de los prodigios relatados en el *Atharva Veda* y los atribuyan al demonio. Sin embargo, contra la malévola opinión de algunos

sanscritistas, podemos demostrar, bajo varios aspectos, la identidad esencial entre ambas taumaturgias, con la particularidad de que no pueden haber plagiado los Vedas a la Biblia, puesto que las escrituras hebreas son muy posteriores a las indas.

Primeramente, la cosmogonía induísta desvanece el error, durante tanto tiempo sustentado por los occidentales, de que Brahmâ era la divinidad suprema de los indos, cuando tan sólo es un aspecto inferior, análogo al Jehovah hebreo, "el espíritu semoviente sobre las aguas", el dios creador, el demiurgos, el arquitecto del mundo, cuya imagen simbólica tiene cuatro rostros correspondientes a los cuatro puntos cardinales.

A este propósito dice Poler:

"En el principio, el embrionario universo reposaba sumergido en las aguas, en el seno del Eterno. De las caóticas tinieblas surgió Brahmâ, el arquitecto del universo, y sobre una hoja de loto flotaba entre las aguas y las tinieblas" (29).

Idéntico es el relato de la cosmogonía egipcia, en que *Athor*, la *Madre Noche*, símbolo de las tinieblas, cubría en un principio la inmensidad del abismo de las aguas sobre las que flotaba el espíritu del Eterno. También las Escrituras hebreas hablan del espíritu de Dios, y de su emanación creadora simbolizada en otra divinidad (30).

Pero continuemos el relato de la cosmogonía inda: "Al ver el caótico estado de las cosas, se pregunta Brahmâ a sí mismo lleno de consternación: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? Entonces oye una voz que le dice: "Eleva tus plegarias a Bhagavad" (31). Brahmâ se sentó en la hoja de loto en actitud contemplativa, con la mente enfocada en el Eterno, quien, complacido de aquella muestra de piedad, disipa las tinieblas y descorre el velo de su mente. Al punto surge el radiante Brahmâ del huevo del universo, y henchido del divino espíritu que le ha despertado la mente, empieza a actuar y se *mueve* sobre las aguas. Es *Narayana*".

El loto, la flor sagrada de indos y egipcios, simboliza a Brahmâ entre los primeros y a Horus entre los segundos. Todos los templos del Tíbet y del Nepal ostentan la flor de loto, cuyo sugestivo significado es idéntico al del lirio que el arcángel Gabriel ofrece a María en las representaciones pictóricas de la Anunciación (32). Para los indos es el loto emblema de la potencia creadora de la naturaleza, por la compenetración del fuego (espíritu) con el agua (materia). Un versículo del *Bhagavad Gîtâ*, dice: "¡Oh Eterno! Entronizado en ti veo al creador Brahmâ sobre el loto". Según Jones, la simiente del loto contiene ya antes de germinar el embrión de las futuras hojas; y como dice Gross (33), la naturaleza nos da en el loto un ejemplo de la anteformación de sus productos, pues la simiente de todas las plantas fanerógamas contiene la futura planta con su propia configuración.

Lo mismo significa el loto para los budistas. El Bodhisat (Espíritu del Buddha) se aparece con el loto en la mano junto al lecho de Mahâmayâ o Mahâdeva, la madre de Gautama Buddha, y le anuncia el nacimiento de su hijo. De la propia suerte, la flor de loto estaba invariablemente unida en Egipto a todas las representaciones de Osiris y Horus.

EL LIRIO DE GABRIEL

Todo esto demuestra el común parentesco del símbolo en las religiones induísta, egipcia y judía, pues en todas ellas la flor de loto o lirio de agua simboliza el tránsito de lo subjetivo a lo objetivo, del pensamiento abstracto de la Divinidad desconocida a las formas concretas y visibles de la creación. Disipadas las tinieblas, surgió la luz y Brahmâ vio en el mundo ideal, hasta entonces sumido en la mente divina, los arquetipos de las coasas que habían de tomar forma visible en la manifestación del universo. Porque, como arquitecto del universo, ha de dar existencia objetiva a los tipos ideales ocultos en el seno del Eterno, del mismo modo que en la simiente del loto se ocultan las futuras hojas de la planta. A esto se refiere el versículo del

génesis que dice: “Produzca la tierra árbol de fruto que dé fruto, según su especie, y *cuya semilla esté en él”*. En todas las religiones antiguas el “Hijo del Padre” es el Dios creador, es decir, su manifiesto y visible pensamiento. Antes de la era cristiana, desde la Trimurti inda hasta la tríada de las Escrituras hebreas, según la interpretación cabalística, todas las naciones velaron simbólicamente la trina naturaleza de su Divinidad suprema. En la religión cristiana, el misterio de la trinidad no es ni más ni menos que el artificioso injerto de una rama nueva en tronco viejo, y el mismo significado simbólico que el loto tiene el lirio de la Anunciación en las iglesias latina y griega.

Por otra parte, como el loto se cría en el agua al calor del sol, los antiguos lo consideraron hijo del fuego y del agua; de aquí que simbolice también la dualidad de espíritu y materia. Brahmâ, Jehovah, Adam-Kadmon y Osiris o más bien Pymander, representan la segunda persona de la Trinidad. Por esta razón es Pymander, en la teogonía egipcia, el progenitor de todos los dioses solares. El Eterno es el espíritu ígneo que educe, plasma y desenvuelve todo cuanto al calor de Brahmâ nace en las aguas, de suerte que Brahmâ es el universo y el universo es Brahmâ. Tal es la filosofía de Spinoza aprendida de Pitágoras y también la de Giordano Bruno que, por sostenerla, murió en la hoguera. Para demostrar los extravíos de la teología cristiana, baste advertir que Giordano Bruno murió a manos del fanatismo intolerante por la explicación del mismo símbolo que expusieron los apóstoles y aceptaron los primitivos cristianos. El lirio del Bodhisat y de Gabriel, que simboliza el agua y el fuego o el concepto de la creación, se pone de manifiesto en el primitivo sacramento del bautismo.

ACUSACIÓN CONTRA BRUNO

Las doctrinas de Bruno y Spinoza son virtualmente idénticas, aunque éste las exponga de un modo más cauto y velado que el autor de *Causa Principio et Uno* o sea *Infinito Universo e Mondi*. Pero tanto Bruno, que declara haberse inspirado en Pitágoras, como Spinoza, que sin declararlo lo deja traslucir, tienen el mismo concepto de la Causa primera. Según ellos, Dios es entidad *per se*, el infinito Espíritu, el único Ser independiente de toda otra causa y efecto, que por su voluntad produjo todas las cosas y estableció las leyes del universo cuya ordenada existencia mantiene perpetuamente. De acuerdo con los *swâbhâvikas* indos, erróneamente tildados de ateos, quienes dicen que todas las cosas y todos los seres, hombres dioses y espíritus proceden del *Swabhâva* o su propia naturaleza (34), Spinoza y Bruno afirman que *es preciso buscar a Dios en la naturaleza y no fuera de ella*. Porque siendo la creación proporcional al poder del creador, el universo ha de ser tan infinito y eterno como el creador, y cada forma engendra de su propia esencia otra forma. Los críticos modernos afirman que Giordano Bruno prefirió dar la vida a ceder en sus convicciones, porque *no le sostenía la esperanza en otro mundo mejor*, de lo que parece inferirse que Giordano Bruno no creía en la inmortalidad del alma, y así lo asegura Draper al decir con referencia a la multitud de víctimas de la intolerancia clerical: “El tránsito de esta vida a la otra, aun en circunstancias aflictivas, era entonces el paso de temporánea pena a eterna felicidad... El mártir cree que una mano invisible le conduce a través del tenebroso valle... Bruno no cree en semejante auxilio. Las opiniones filosóficas de por qué sacrificó su vida no podían prestarle consuelo alguno” (35). Sin embargo, Draper demuestra conocer muy superficialmente la doctrina de Bruno, dejando de lado a Spinoza cuya cautelosa exposición de ideas las encubre a quien no sepa descifrar la metafísica pitagórica. Pero desde el momento en que Bruno declaraba explícitamente su conformidad con las doctrinas pitagóricas, por fuerza había de creer en la inmortalidad del alma y no verse privado de la consoladora esperanza de mejor vida. Su proceso, referido por Berti en la *Vida de*

Bruno, en vista de documentos originales recientemente publicados, no deja duda respecto de las verdaderas doctrinas del ilustre filósofo. De conformidad con los neoplatónicos y los cabalistas, sostenía que Jesús era mago, en el sentido que Porfirio, Cicerón y Filo Judeo dan a la palabra magia, o sea de sabiduría divina, capaz de investigar los secretos de la naturaleza. Según Filo Judeo, los magos son hombres de santidad que, apartados de las cosas de este mundo, contemplan las virtudes divinas, comprenden claramente la naturaleza de los dioses y los espíritus e inician a otros hombres en los misterios cuyo conocimiento les permite relacionarse continuamente en vida con los seres invisibles.

Pero mejor se inferirán las ideas de Giordano Bruno de la acusación entablada contra él por Mocenigo, que dice así:

"Yo, Zuanio Mocenigo, hijo del muy ilustre señor Marco Antonio, pongo en vuestro conocimiento, reverendísimos padres, por impulso de mi conciencia y mandato de mi confesor, que oí decir muchas veces a Giordano, conversando con él en mi casa, que era blasfemia afirmar la transubstanciación del pan en carne; que no le satisfacía ninguna religión; que era contrario a la misa; que Cristo era un pobre hombre cuyas perversas obras para seducir a las gentes justificaban su crucifixión; que en Dios no puede haber distinción de personas, so pena de tenerle por imperfecto; que el mundo es eterno y que hay infinitos mundos que Dios crea continuamente, porque puede hacer cuanto quiere; que Cristo hizo milagros tan sólo aparentes, pues era mago como lo fueron los apóstoles, y que él, es decir, Bruno, tiene poder sobrado para hacer más de cuanto ellos hicieron; que Cristo repugnaba la muerte e hizo cuanto pudo para evitarla; que no hay castigo para los pecados, y que las almas creadas por obra de la naturaleza pasan de un animal a otro; y que así como los brutos animales han nacido de la corrupción, así también los hombres han de nacer otra vez después de morir (36).

Ha expresado Bruno su deseo de propagar una secta con el título de *Nueva Filosofía*. Dice que la Virgen no pudo haber parido sin dejar de serlo y que la fe católica está llena de blasfemias contra la majestad de Dios; que los frailes han de ser despojados de sus bienes y del derecho de controversia, porque corrompen el mundo y son unos borricos en todas sus opiniones; que los católicos no tenemos prueba alguna de que nuestra fe sea meritoria a los ojos de Dios; que el no querer para los demás lo que no queremos para nosotros es suficiente a la buena conducta, y que se ríe de los demás pecados y se admira de que Dios consienta tantas herejías en los católicos. Dice que quiere dedicarse al arte de la adivinación y lograr que todo el mundo le siga; que Santo Tomás y todos los doctores de la Iglesia, nada saben comparados con él, pues podría preguntar a los más insignes teólogos del mundo cosas a que ninguno fuera capaz de responder".

A esta acusación respondió Giordano Bruno con la siguiente profesión de fe, idéntica a la de los antiguos maestros:

"Creo que el universo es infinito como obra del divino e infinito poder, porque hubiera sido indigno de la omnipotencia y de la bondad de Dios crear un solo mundo finito pudiendo crear, además de este mundo, infinitos otros. Por lo tanto, declaro que hay infinitos mundos parecidos al nuestro, el cual, de acuerdo con el sentir de Pitágoras, creo que es una estrella de naturaleza análoga a la luna, a los otros planetas y demás astros, cuyo número es infinito, y que todos estos cuerpos celestes son mundos innumerables que constityen el universo infinito en el espacio infinito, y esto es lo que llamo universo infinito con innumerables mundos; y así tenemos dos linajes de grandeza infinita en el universo y una multitud de mundos. Esto parece a primera vista contrario a la verdad, si se compulsa con la fe ortodoxa.

"Además, en este universo hay una providencia universal por cuya virtud todos los seres viven, se mueven y perseveran en su perfeccionamiento. Esto lo entiendo en dos sentidos: primero, a la manera como el alma está en todo el cuerpo y en cada una de sus partes, a lo que llamo la naturaleza, sombra o huella de la Divinidad; y segundo, a la manera como está Dios en todo y sobre todo, por esencia, presencia y potencia, no como parte ni como alma, sino de modo inefable.

"Además, creo que todos los atributos de Dios son uno solo y el mismo. De acuerdo con los más eminentes teólogos y filósofos concibo tres atributos principales: poder, sabiduría y bondad, o, mejor dicho, voluntad, conocimiento y amor. La voluntad engendra todas las cosas; el conocimiento las ordena; y el amor las concierta y armoniza. Así comprendo la existencia de todas las cosas, pues nada hay que no participe de la existencia ni ésta es posible sin esencia, de la propia manera que nada es bello sin belleza, y por lo tanto nada puedeescapar a la divina presencia. Así es que por raciocinio y no por verdad substancial entiendo distinción en Dios.

"Creo que el universo con todos sus seres procede de una Causa primera, por lo que no debe desecharse el nombre de creación a que, según colijo, se refiere Aristóteles al decir que Dios es aquello de que el universo y la naturaleza dependen. Así es que, según el sentir de Santo Tomás sea o no eterno el universo, considerado en razón de sus seres, depende de una Causa primera y nada hay en él independiente.

"Con respecto a la verdadera fe, prescindiendo de la filosofía, ha de creerse en la individualidad de las divinas personas, y que la sabiduría, el Hijo de la Mente, llamada por los filósofos inteligencia y por los teólogos Verbo, tomó carne humana. Pero a la luz de la filosofía, dudo de estas enseñanzas ortodoxas, aunque no recuerdo haberlo dado a entender explícitamente, ni de palabra ni por escrito, sino de un modo indirecto, al hablar de otras cosas que con toda sinceridad creo que pueden demostrarse por natural juicio. Así, en lo referente al Espíritu Santo o tercera persona, no lo comprendo de otra manera que como lo entendieron Salomón y Pitágoras, es decir, como Alma del universo compenetrado con el universo, pues según Salomón: "El espíritu de Dios llena toda la tierra y contiene todas las cosas". Y esto concuerda asimismo con la doctrina pitagórica expuesta por Virgilio en el texto de la *Eneida*, cuando dice:

> Principio coelum ac terras camposque liquentes,
> Lucentemque globum Lunae, Titaniaque astra
> Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
> Mens agitat molem...

"De este Espíritu, vida del universo, procede, a mi entender, la vida y el alma de todo cuanto tiene alma y vida. Además, creo en la inmortalidad del alma lo mismo que en la del cuerpo, pues en lo que a su substancia se refiere también el cuerpo es inmortal, ya que no hay otra muerte que la disgregación, según parece inferirse de la sentencia del *Ecclesiastes*, que dice: "Nada hay nuevo bajo el sol. Lo que es será".

Tenemos, por lo tanto, que Bruno no comprende el dogma de la Trinidad ni el de la Encarnación, según la fe ortodoxa, pero cree firmemente en los milagros de Cristo, de conformidad con las enseñanzas pitagóricas. Si bajo la implacable férula de la Inquisición se retractó como Galileo, implorando clemencia de sus verdugos, hemos de considerar que la naturaleza física flaquea en el tormento ante la perspectiva de la hoguera.

Sin la oportuna publicación del valioso trabajo de Berti, hubiésemos seguido venerando a Giordano Bruno como un mártir, cuyo busto, coronado de laureles por mano de Draper, había de ocupar preferente lugar en el panteón de la ciencia experimental; pero bien vemos que el héroe de una hora no fue ateo ni materialista ni positivista, sino sencillamente un filósofo de la escuela pitagórica, que profesaba las doctrinas del Asia Central y poseía las facultades mágicas tan menospreciadas por la escuela de Draper. Es verdaderamente jocoso que les haya sobrevenido a los científicos este contratiempo, después de haber descubierto arqueólogos poco reverentes, que la estatua de San Pedro era nada menos que la de Júpiter Capiolino, y que el Josafat de los católicos es el mismo Buda. Resulta, por lo tanto, que ni aun escudriñando los escondrijos de la historia, encontraremos ni un ápice de filosofía moderna, sea de Newton, Descartes o Huxley, que no esté entresacado de las antiguas enseñanzas orientales. El positivismo y el nihilismo tienen su prototipo en la filosofía exotérica de Kapila, según observa Max Müller. La inspiración de los sabios indos desentrañó los misterios del *Prajnâ Paramitâ* (perfecta sabiduría), y sus manos mecieron la cuna del progenitor de ese débil, pero bullicioso niño, a que llamamos *ciencia moderna*.

CAPÍTULO IV

Prefiero la noble conducta de Emerson cuando tras varios desengaños exclama: “Anhelo la verdad”. Quien realmente es capaz de hablar así, siente en su corazón el gozo del verdadero heroísmo.

TYNDALL.

Para que un testimonio sea suficiente se requieren las siguientes condiciones:

1ª Gran número de testigos muy perspicaces que convengan en haber visto bien lo que han visto.
2ª Que los testigos estén sanos de cuerpo y mente.
3ª Que sean imparciales y desinteresados.
4ª Que haya entre ellos asentimiento unánime.
5ª Que solemnemente atestigüen el hecho.

VOLTAIRE. – Diccionario filosófico.

El fervoroso protestante Agenor de Gasparín ha sostenido larga y porfiada lucha con Des Mousseaux, De Mirville y otros fanáticos que atribuyen todos los fenómenos espiritistas a la influencia de Satanás. El resultado de esta contienda han sido dos volúmenes de más de mil quinientas páginas, en que se prueban los *efectos* y se niega la causa de los fenómenos, tras sobrehumanos esfuerzos para explicarlos.

Toda Europa leyó la severa réplica enviada por Gasparín al *Journal des Débats* (1) cuando este periódico motejó de locos rematados a cuantos después de leer el estudio sobre las “alucinaciones espiritistas” publicado por Faraday, persistiesen en dar crédito a los fenómenos que Gasparín había descrito minuciosamente como testtigo presencial. Dice Gasparín en su réplica: “Hay que andar con cuidado, porque los representantes de las ciencias de experimentación van en camino de convertirse en *inquisidores* modernos. Los hechos son más poderosos que las academias y no dejan de ser hechos, aunque se les menosprecie, niegue y ridiculice” (2).

FENÓMENOS PSÍQUICOS

Además, en la misma obra da Gasparín la siguiente descripción de los fenómenos por él observados en compañía del profesor Thury. Dice así:

“Vimos con frecuencia que los pies de la mesa quedaban fuertemente pegados al suelo, sin que bastaran a levantarla los esfuerzos aunados de todos los circunstantes. En otras ocaciones presenciamos un fenómeno de vigorosa y perfectamente definida levitación, así como hemos oído golpes unas veces tan violentos que amenazaban romper la mesa en pedazos y otras tan tenues que era preciso escuchar con cuidado para percibirlos... Respecto a las *levitaciones sin contacto* hubo medio de obtenerlas fácilmente, con buen éxito, y no en casos aislados, sino unas *treinta* veces (3).

“En cierta ocasión la mesa continuó volteando y levantando los pies a pesar de haberse sentado encima un hombre que pesaba ochenta y siete kilogramos. Otra vez la mesa quedó

inmóvil, sin que nadie la pudiera menear, no obstante el poco peso de la persona, que apenas llegaba a dieciséis kilogramos (4). Un día volteó del revés con los pies al aire sin que nadie la tocara" (5).

A este propósito, dice De Mirville:

"Ciertamente que un hombre que repetidas veces ha presenciado el fenómeno, no puede aceptar el sutil análisis del físico inglés" (6).

Desde al año 1850, Des Mousseaux y De Mirville, católicos a macha martillo, han publicado muchas obras de títulos muy a propósito para llamar la atención pública, que revelan la no disimulada alarma de sus autores, pues si los fenómenos no hubiesen sido auténticos no se tomara de seguro la iglesia romana la pena de combatirlos.

La opinión pública, escépticos aparte, se dividió en la manera de apreciar los fenómenos. El solo hecho de que la teología temiese mucho más a las posibles revelaciones obtenidas por medio de este misterioso agente, que a cuantos conflictos pudieran suscitarle las negaciones de la ciencia, debiera haber abierto los ojos a los más escépticos. La iglesia romana no ha sido nunca crédula ni cobarde, como de sobras lo prueba el maquiavelismo peculiar de su política. Además, nunca le han preocupado los prestidigitadores, porque sabe hasta dónde pueden llegar sus artimañas, y así deja dormir tranquilos a Roberto Houdin, Comte, Hamilton y Bosco, mientras que persigue a los filósofos herméticos, a los místicos, a Paracelso, Cagliostro y Mesmer, y se deshace de los médiums para entorpecer manifestaciones que considera peligrosas.

Los incapaces de creer en Satanás y en los dognmas de la Iglesia deben recordar que el clero es lo suficientemente astuto para no comprometer su reputación ocupándose de manifestaciones fraudulentas. Pero uno de los más valiosos testimonios de la realidad de los fenómenos psíquicos es el del famoso pretidigitador Roberto Houdin, quien nombrado perito por la Academia de Ciencias para informar sobre las maravillosas facultades clarividentes que, entremezcladas de ocasionales equivocaciones, demostraban los movimientos de una mesa, dijo: "Los prestidigitadores no nos equivocamos nunca y hasta ahora no ha fallado mi segunda vista".

El distinguido astrónomo Babinet no tuvo mejor fortuna al elegir al célebre ventrílocuo Comte como perito para informar sobre un caso de voces y golpes, pues se echó a reír delante del mismo Babinet por haber éste supuesto que el fenómeno tenía por causa el *ventriloquismo inconsciente*, hipótesis dignamente gemela de la *cerebración inconsciente* que, por lo evidentemente absurda, sonrojó a académicos más escépticos.

A este propósito dice Gasparín:

"Nadie niega la suma importancia y magnitud del problema de lo sobrenatural, según se planteó en la Edad Media y está planteado hoy día... Todo en él es profundamente serio: el mal, el remedio, la recrudescencia de la superstición y el fenómeno físico que ha de extirparla" (7).

LA ENCICLOPEDIA DEL DIABLO

Más adelante expone su definición sobre la materia, convencido por las manifestaciones presenciadas, según él mismo afirma. Dice así:

"Son ya tan numerosos los hechos sacados a la luz de la verdad, que de hoy más se ha de dilatar el campo de las ciencias naturales o se extenderá el de lo sobrenatural más allá de todo límite" (8).

De las muchas obras escritas por los autores católicos y protestantes en contra del espiritismo, ningunas causaron tan tremeno efecto como las de De Mirville y Des Mousseaux (9) que constituyen una verdadera enciclopedia biográfica del diablo y sus retoños, para íntima

delectación de los buenos católicos desde los tiempos medioevales. Según estos dos autores, “el espíritu maligno, embustero y asesino desde un principio, es el instigador de los fenómenos espiritstas, que después de haber presidido durante miles de años la teurgia pagana, ha reaparecido en nuestro siglo a favor del incremento de las herejías, de la incredulidad y del ateísmo”. La Academia francesa lanzó al oír esto un grito de indignación y Gasparín lo tuvo por insulto personal, diciendo:

“Esto es una declaración de guerra, un llamamiento a las armas. La obra de De Mirville es un verdadero manifiesto. Me hubiera alegrado de ver en ella la expresión estricta de personales opiniones; pero es imposible, porque el éxito de la obra, las explícitas adhesiones recibidas por el autor, la reproducción de su tesis en los periódicos católicos, la solidaridad de los ultramontanos en esta materia, todo contribuye a dar a la obra el carácter de un acto y de una labor colectiva. Por consiguiente, me considero en el deber de recoger el guante e izar la bandera del protestantismo contra el estandarte ultramontano” (10).

Como era de esperar, los médicos, asumiendo el papel de los coros griegos, asentían a cuantas reconvenciones se lanzaban contra los dos escritores demonólogos. La revista *Anales Médico-Psicológicos*, dirigida por Brierre de Boismont y Cerise, publicó un artículo en el que se leía el siguiente párrafo: “Dejando aparte las luchas políticas, jamás se había atrevido un escritor en nuestro país a tan agresivas acometividades contra el sentido común. Entre ruidosas carcajadas por una parte y encogimiento de hombros por otra, el autor se presenta resueltamente ante los miembros de la Academia para entregarles lo que modestamente titula: *Memoria sobre el Diablo* (11).

No cabe duda de que esta *Memoria* era un punzante insulto a los académicos, ya acostumbrados desde 1850 a excesivas humillaciones. ¡Peregrina idea fue llamar la atención de los inmortales sobre las travesuras del diablo! Juraron vengarse unánimemente forjando una hipótesis que aventajase, en lo absurda, a la misma demonología de De Mirville. Dos médicos famosos, Royer y Jobart de Lamballe, presentaron al Instituto un alemán cuyas habilidades daban la clave de los fenómenos psíquicos.

A este propósito dice De Mirville:

“Nos sonroja decir que todo el fraude consistía en la dislocación de uno de los tendones de la pierna, según se demostró ante el Instituto de Francia en pleno, cuyos miembros agradecieron tan interesante comunicación, y pocos días después un catedrático de la Facultad de Medicina daba públicas seguridades (12) de que, puesto que los académicos habían expuesto su opinión, ya estaba descubierto el misterio (13).

Pero estas científicas explicaciones no entorpecían el curso de los fenómenos psíquicos ni embarazaban la pluma de los dos escritores católicos en la exposición de sus ortodoxas teorías demonológicas. Des Mousseaux dijo que la Iglesia nada tenía que ver con sus libros, y al propio tiempo presentaba a la Academia un trabajo (14) del que entresacamos el siguiente párrafo:

“El diablo es la principal columna de la fe. Su historia está íntimamente relacionada con la de la Iglesia y seguramente no hubiese caído el hombre sin las sugestivas palabras que pronunció por boca de su medianera la serpiente. De modo que a no ser por el diablo, el Salvador, el Redentor, el Crucificado, hubiese sido un ente ridículo y la cruz un agravio al sentido común”.

LA CIENCIA CONTRA LA TEOLOGÍA

Conviene advertir que este autor es eco fiel de la Iglesia, que igualmente anatematiza a quien niega la existencia de Dios que la del diablo.

Pero el marqués De Mirville lleva más allá las relaciones entre Dios y el diablo, considerándolas como una sociedad mercantil en que Dios accede resignadamente a cuanto el diablo le propone con miras de exclusivo provecho. Así parece inferirse del siguiente pasaje:

"Al sobrevenir la irrupción espiritista de 1853, con tanta indiferencia mirada, nos atrevemos a decir que era síntoma amenazador de una catástrofe. Bien es verdad que el mundo está en paz, pero no todos los desastres tienen los mismos antecedentes, y presentimos el cumplimiento de la ley expresada por Goërres al decir que "estas misteriosas apariciones han precedido invariablemente a los castigos de Dios" (15).

Estas escaramuzas entre los campeones del clero y la materialista Academia de Ciencias demuestran la poca eficacia de los esfuerzos de la docta corporación para desarraigar el fanatismo, aun de los mismos que presumen de cultos. *La ciencia no ha vencido, ni siquiera ha refrenado a la teología*, y tan sólo prevalecerá contra ella cuando reconozca en los fenómenos psíquicos algo más que alucinación y charlatanería. Pero ¿cómo lograrlo si no se los investiga? Si por ejemplo, hubiese padecido Oersted de *psicofobia* y receloso de que las gentes supersticiosas empleaban las agujas magnéticas para hablar con los espíritus, no se hubiera detenido a observar las variaciones de dichas agujas en sentido perpendicular a la corriente eléctrica que pasaba por un alambre colocado junto a ella, de seguro que no enriqueciera el sabio danés las ciencias experimentales con los principios referentes al electro-magnetismo. Babinet, Royer y Jobert de Lamballe son los tres miembros del Instituto que más se han distinguido, aunque sin lauro, en la contienda entre el escepticismo y el supernaturalismo. Babinet, el famoso astrónomo, se aventuró imprecavidamente en el campo de los fenómenos y quiso explicarlos científicamente; pero aferrado a la vana opinión, tan general en los científicos, de que las manifestaciones psíquicas no resistirían más allá de un año a un examen minucioso, cometió la imprudencia de exponerlo así en los artículos que, como acertadamente observa De Mirville, apenas llamaron la atención de sus colegas y en modo alguno la del público.

EL VENTRILOQUISMO DE BABINET

Babinet admite desde luego sin dudar en lo más mínimo la rotación de las mesas, que según dice "es capaz de manifestarse enérgicamente con movimiento velocísimo, que ofrece vigorosa resistencia cuando se intenta detenerlo" (16).

El insigne astrónomo explica el hecho del modo siguiente: "Los débiles y concordados impulsos de las manos puestas encima de la mesa la empujan suavemente hasta oscilar de derecha a izquierda... Cuando al cabo de un rato se inicia en las manos un estremecimiento nervioso y se armonizan los impulsos individuales de los experimentadores, empieza la mesa a moverse" (17).

Babinet considera esta explicación muy sencilla, "porque el esfuerzo muscular obra como en las palancas de tercer orden, en que el punto de apoyo está muy cerca de la potencia que comunica gran velocidad al objeto, a causa de la corta distancia que ha de recorrer la fuerza motora... Algunos se maravillan de que una mesa sujeta a la acción de varios individuos sea capaz de *vencer poderosos obstáculos* y que se rompan las patas cuando se la detiene bruscamente; pero esto nada de particular tiene en comparación de la energía desarrollada por la *armonía y concordancia de los impulsos individuales*... Repetimos que no ofrece dificultad alguna la explicación física del fenómeno" (18).

De este informe se infieren claramente dos conclusiones: la realidad del fenómeno y lo ridículo de su explicación. Babinet dio con ello motivo a que alguien se riera de él, pero como buen astrónomo sabe que también el sol tiene manchas.

Además, aunque Babinet lo niegue, hemos de tener en cuenta la levitación de la mesa sin contacto. De Mirville dice que la tal levitación es “sencillamente imposible, tan imposible como el movimiento continuo” (19). impo

¿Quién se atreverá después de esto a creer en las *imposibilidades* científicas?

Pero las mesas no se contentan con oscilar, bailar y voltear, sino que también resuenan con golpes, a veces tan fuertes como pistoletazos. Sin embargo, la explicación científica no llega más que a suponer *ventrílocuos* a los testigos y a los investigadores.

Babinet publicó a este propósito, en la *Revista de Ambos Mundos*, un soliloquio dialogado a la manera del En Soph de los cabalistas. Dice así:

-¿Qué podemos inferir en definitiva de los fenómenos sometidos a nuestra observación? ¿Se producen tales golpes?

-Sí.

-¿Responden a preguntas?

-Sí.

-¿Quién produce estos golpes?

-Los médiums.

-¿Cómo?

-Por el ordinario método acústico del ventriloquismo.

-¿Pero no podrían proceder estos golpes del crujido de los dedos de manos y pies?

-No, porque entonces procederían siempre del mismo punto, y no sucede así (20).

A este propósito dice De Mirville:

“Ahora bien, ¿qué pensar de los norteamericanos y de sus *millares de médiums*, que producen los mismos golpes ante millares de testigos? De seguro que Babinet lo achará a ventriloquismo. Pero ¿cómo explicar semejante imposibilidad? Oigamos a Babinet, para quien es la cosa más fácil del mundo: “La primera manifestación observada en los Estados Unidos, se debió en resumen a un muchacho callejero que golpeó la puerta de un vecino, atraído tal vez por una bala de plomo pendiente de un hilo; y si el señor Weekman, el primer creyente de América, al notar por tercera vez los golpes, no oyó risas en la calle, fue por la esencial diferencia entre un francés medio árabe y un inglés aquejado de lo que llamamos *alegría fúnebre*” (21)

en su famosa réplica a los ataques de Gasparín, Babinet y otros escritores, dice De Mirville: “Según los insignes físicos que han informado sobre el particular, las mesas voltean rápida y vigorosamente, ofrecen resistencia y, como ha demostrado Gasparín, *se levantan sin que nadie las toque*. Así como un juez decía que le bastaban tres palabras de puño y letra de un hombre para condenarlo a muerte, del mismo modo con las anteriores líneas nos empeñamos en confundir a los más famosos físicos del mundo y aun a revolucionar el globo, a menos que Babinet no hubiese tomado la precaución de indicar, como Gasparín, alguna ley o fuerza todavía desconocida. Porque esto zanjaría definitivamente la cuestión” (22).

Pero en las notas relativas a los fenómenos e hipótesis físicas llega a su colmo la insuficiencia de Babinet para explorar el campo del espiritismo.

Parece que De Mirville se muestra muy sorprendido de la maravillosa índole del fenómeno ocurrido en el *Presbiterio de Cideville* (23) hasta el punto de rehusar la responsabilidad de su publicación, no obstante haber sido presenciado por jueces y testigos. Consistió dicho fenómeno en que en el preciso instante pronosticado por un hechicero, se oyó un ruidoso trueno encima de la casa rectoral, y al punto penetró en ella un fluido a manera de rayo que derribó por el suelo a cuantos allí estaban al amor de la lumbre, tanto a los que creían como a los que no en el poder del hechicero. Después de llenar el aposento de animales fantásticos, subió por la chimenea y desapareció, no sin producir un estruendo tan espantoso

como el primero. Sin embargo, añade De Mirville que como ya tenía sobradas pruebas de los fenómenos psíquicos, no quiso añadir esta nueva enormidad a otras tantas" (24).

Pero Babinet, que con sus eruditos colegas tanto se había mofado de los dos demonólogos, y que por otra parte estaba resuelto a demostrar la falsedad de semejantes relatos, no puiso dar crédito al fenómeno de Cideville y en cambio relató otro mucho más inverosímil, según comunicación dirigida a la Acadamia de Ciencias, el 5 de Julio de 1852, reproducida sin comentario alguno y tan sólo como ejemplo de rayo esferoidal, en las obras de Arago (26).

EL METEORO FELINO

Dice así literalmente:

"Un aprendiz de sastre, que vivía en la calle de Saint-Jacques, estaba acabando de comer cuando oyó un fortísimo trueno y poco después vio que caía la pantalla de la chimenea como empujada por el viento, e inmediatamente salió pausadamente del interior de la chimenea un globo de fuego del tamaño de la cabeza de un niño, que dio la vuelta por la habitación sin tocar al suelo. El aspecto de este globo era como de un gato que anduviese sin patas, y parecía más bien brillante y luminoso que caliente e inflamado, porque el aprendiz no notaba sensación de calor. Se aproximó el globo a los pies del muchacho, a manera de los gatos cuando se restriegan contra las piernas de una persona; pero el aprendiz se apartó para evitar el contacto con aquel meteoro, aunque pudo examinarlo a su sabor mientras se fue moviendo alrededor de sus pies. Después de vacilar en opuestas direcciones, desde el centro de la habitación se elevó el globo hasta la altura de la cabeza del aprendiz, quien se echó hacia atrás para que no le diese en la cara. Al llegar a cosa de un metro del suelo, se dilató el globo ligeramente, tomando una dirección oblicua hacia un agujero de la pared, a un metro de altura sobre la campana de la chimenea, con la particularidad de que este agujero se había practicado para dar paso al cañón de la estufa en invierno, y como estaba entonces empapelado como el resto de la pared *no podía verlo el globo*, según dijo ingenuamente el aprendiz. Sin embargo, el globo se dirigió directamente al agujero, *despegó el papel sin estropearlo* y salióse por la chimenea, hasta que al cabo de buen rato llegó al extemo superior del tiro, a una altura de dieciocho metros sobre el nivel del suelo, y produjo un estallido todavía más espantoso que el primero, que derribó parte de la chimenea".

A este propósito, observa De Mirville en su crítica: "Podemos aplicar a Babinet lo que cierta señora muy mordaz le dijo en una ocasión a Raynal: Si no es usted cristiano no será por falta de fe" (26).

Aparte de los polemistas católicos, el doctor Boudin se maravillaba de la credulidad de Babinet en lo tocante al llamado meteoro que cita con toda seriedad en un estudio que sobre el rayo publicaba a la sazón, donde dice: "Si estos pormenores son exactos como parecen serlo, desde el momento en que los admiten Babinet y Arago, difícilmente podremos seguir llamando a dicho fenómeno rayo esférico. Sin embargo, dejaremos que otros expliquen, si pueden, la naturaleza de un globo de fuego que no da calor y tiene aspecto de un gato que se pasea tranquilamente por la habitación y halla medios de escapar por el tubo de la chimenea a través de un agujero tapado con el papel de la pared que despega sin estropearlo" (27).

Añade De Mirville: "Somos de la misma opinión que el erudito médico, en cuanto a la dificultad de definir exactamente el fenómeno, pues de la misma manera podríamos ver algún día rayos en forma de perro o de mono. Verdaderamente espeluzna la idea de toda una meteorológica colección de fieras que, gracias al rayo, se metieran sin más ni más en nuestras habitaciones para pasearse a su antojo".

Dice Gasparín en su enorme volumen de refutaciones: “En cuestiones de testimonio no puede haber certidumbre desde que atravesamos los límites de lo sobrenatural” (28).

Como quiera que no están suficientemente determinados estos límites, ¿cuál de ambos antagonistas reúne mejores condiciones para emprender tan difícil tarea?; ¿cuál de los dos ostenta mayores títulos para erigirse en árbitro público?; ¿no será acaso el bando de la llamada superstición, que cuenta con el apoyo de miles de testigos que durante dos años presenciaron los prodigiosos fenómenos de Cideville? ¿Daremos crédito a este múltiple testimonio o asentiremos a lo que dice la ciencia, representada por Babinet, quien, por el único testimonio del aprendiz de sastre, admite el rayo esférico, o *meteoro felino*, y lo considera como uno de tantos fenómenos naturales?

THURY CONTRA GASPARÍN

En un artículo periodístico (29), cita Crookes la obra de Gasparín titulada: *La ciencia hacia el espiritismo*, y dice a este propósito: “El autor concluye por afirmar que todos estos fenómenos derivan de causas naturales, sin que haya en ellos milagro alguno ni tampoco intervención de espíritus ni diabólicas influencias. Gasparín considera comprobado por sus experimentos, que en determinadas condiciones fisiológicas la voluntad puede actuar a distancia sobre la inerte materia, y la mayor parte de su obra está dedicada a determinar las leyes y condiciones bajo las cuales se manifiesta dicha acción

Ciertamente es así; pero en cambio, hay en la obra de Gasparín muchos otros puntos, como contestaciones, réplicas y memorias demostrativas de que, aunque pío calvinista, no cede en fanatismo religioso a Des Mousseaux ni a De Mirville, católicos ultramontanos. El mismo Gasparín denota su espíritu de partido al decir: “Me considero en el deber de izar la bandera protestante frente al estandarte ultramontano""(30). eN lo tocante a los fenómenos psíquicos, sólo pueden ser válidos los testigos serenos e imparciales y el dictamen de los científicos que no tengan determinado interés en el asunto. La verdad es una, e innumerables las sectas religiosas que presumen de poseerla por entero; y si para los ultramontanos el diablo es el más firme sostén de la iglesia católica, para Gasparín ya no ha vuelto a haber milagros desde el tiempo de los apóstoles. Pero Crookes cita asimismo a Thury, profesor de Historia Natural en la Universidad de Ginebra y colaborador de Gasparín en la investigación de los fenómenos de Valleyres, aunque contradice terminantemente las afirmaciones de su colega. Dice Gasparín que “la principal y más necesaria condición para producir el fenómeno es la voluntad del experimentador, pues sin voluntad nada podrá lograrse, aunque se mantenga formada la cadena durante veinticuatro horas seguidas” (31). Esto demuestra que Gasparín no distingue entre los fenómenos psíquicos y los simplemente magnéticos, dimanantes de la persistente voluntad de los experimentadores, entre quienes tal vez no haya uno solo con aptitudes mediumnísticas desenvueltas ni latentes. Los fenómenos magnéticos resultan siempre de la acción conscientemente voluntaria de quienes se esfuercen en obtenerlos, al paso que los fenómenos psíquicos obran sobre el sujeto receptivo independientemente de él y muchas veces contra su propia voluntad. El hipnotizador logra cuanto está al alcance de su fuerza volitiva. El médium, por el contrario, será instrumento tanto más a propósito para la producción del fenómeno cuanto menos ejercite su voluntad, y las probabilidades de logro estarán en razón inversa del ansia que sienta de producirlo. El hipnotizador requiere temperamento activo y el médium pasivo. Esto es el abecé del espiritismo y lo saben todos los médiums. Dijimos que Thury discrepaba de Gasparín en lo referente a la hipótesis de la voluntad, y así lo demuestra la siguiente carta dirigida a su colega en respuesta a la súplica que éste le hizo para que rectificara la última parte de su informe. Dice así: “Comprendo la justicia de vuestras

observaciones referentes a la última parte de mi informe, que acaso concite contra mí la animadversión de los científicos; pero no obstante lo mucho que deploro que mi resolución le haya disgustado tanto, persisto en ella porque la considero hija del deber a que sin traición no puedo faltar.

Por lo que a la ciencia se refiere, declaro que *todavía no está demostrada científicamente la imposibilidad de la intevención de los espíritus en estos fenómenos*, pues tal es la conclusión de mi informe, y si así no lo dijese me expondría a empujar por vías de múltiples y equívocas salidas, en el caso de que contra toda esperanza hubiese algo de verdad en el espiritismo, a cuantos después de leído mi informe quisieren estudiar estos fenómenos.

CONTRADICCIONES DE GASPARÍN

Sin salirme de los fenómenos de la ciencia, según yo la entiendo, cumpliré mi deber por completo sin segundas intenciones de amor propio, y como a vuestro juicio puede ocasionar esto un escándalo mayúsculo, no quiero avergonzarme de ello. Además, insisto en que *mi opinión es tan científica como otra cualquiera*. Aunque quisiera demostrar la hipótesis de la intervención de espíritus desencarnados no podría hacerlo por insuficiencia de los fenómenos observados; pero estoy en situación de resistir victoriosamente todas las objeciones. Quieran o no, han de aprender los científicos por experiencia propia y por sus propios errores a suspender su juicio en cosas que no hayan examinado suficientemente. Conviene que no se pierda la lección que les disteis sobre este particular".

Ginebra, 21 de Diciembre de 1854.

Analicemos esta carta para ver si descubrimos, no precisamente lo que el autor opina, sino lo que no opina acerca de la nueva fuerza. Por lo menos es indudable que el distinguido físico y naturalista demuestra científicamente la realidad de algunas manifestaciones psíquicas; pero, de acuerdo con Crookes, no las atribuye a los espíritus de los difuntos, pues no ve demostración de esta hipótesis, ni tampoco cree en los diablos del catolicismo (32).

Pena nos causa decir que Gasparín cae en muchas contradicciones y absurdos, pues mientras por una parte vitupera acerbamente a los adictos a Faraday, por otra atribuye a causas naturales fenómenos que llama mágicos. Dice a este propósito: "Si no hubiéramos de tener en cuenta otros fenómenos que los explicados por el ilustre físico, cerraríamos los labios; pero nosotros hemos ido aún más allá, y ¿de qué han de servirnos esos aparatos que todo lo explican por la *presión inconsciente*? Sin embargo, la mesa resiste a la presión y al impulso, y a pesar de que nadie la toca, sigue el movimiento de los dedos que hacia ella señalan, se levanta sin contacto alguno y gira de arriba abajo" (33).

Pasa después Gasparín a explicar los fenómenos por su cuenta y dice: "Las gentes los atribuirán a milagro y no faltará quien los crea obra de magia. Cada nueva ley les parece un prodigio. Pero yo me encargo de calmar los ánimos, porque en presencia de semejantes fenómenos no hemos de trasponer los límites de las leyes naturales" (34).

Por nuestra parte no los hemos traspuesto. ¿Pero están seguros los científicos de poseer la clave de estas leyes? Gasparín presume poseerla, como vamos a ver. Dice así:

"No me arriesgo a dar explicación alguna, porque no es asunto de mi incumbencia. Mi propósito no va más allá de atestiguar los hechos y sostener una verdad que la ciencia intenta sofocar. Sin embargo, no puedo resistir a la tentación de manifestar a quienes nos confunden con los iluminados o con los brujos, que las manifestaciones en cuestión pueden explicarse de acuerdo con los principios generales de la ciencia.

En efecto; si suponemos que de los experimentadores, y más particularmente de algunos de ellos, emana un fluido cuya dirección esté determinada por la voluntad del individuo,

no será difícil comprender cómo gira o se levanta la mesa por la acción del fluido acumulado sobre ella. Supongamos también que el vidrio es mal conductor de dicho fluido y tendremos explicado el por qué un vaso puesto en medio de la mesa interrumpe la rotación, mientras que si lo ponemos a un lado, se acumula todo el fluido en el opuesto, que por esta razón la levanta en alto".

Aparte de algunos pormenores no desdeñables, podríamos aceptar esta explicación si todos los circunsantes fuesen hábiles hpnotizadores, y mucho también pudiéramos admitir respecto a la intervención de la voluntad, de acuerdo con el erudito ministro de Luis Felipe; pero ¿qué decir de la inteligencia denotada por la mesa en sus respuestas? Con seguridad que estas respuestas no podían ser colectivo reflejo cerebral de los circunstantes, según opina Gasparín, porque las ideas de ellos discrepaban no poco de la en extremo liberal filosofía expuesta por la maravillosa mesa. Sobre esto nada dice Gasparín, como si a cualquier explicación recurriera con tal de no admitir la influencia de los espíritus, ni humanos, ni satánicos, ni elementales.

Resulta, por lo tanto, que la "simultánea concentración del pensamiento" y "la acumulación de fluidos" no son más satisfactorias explicaciones que la "fuerza psíquica" de otros científicos. Preciso es buscar nuevas soluciones que de antemano calificamos de insuficientes, por numerosas que sean, hasta que la ciencia reconozca por causa de los fenómenos psíquicos una fuerza externa a los circunstantes y más inteligente que todos ellos.

LA FUERZA ECTÉNICA

El profesor Thury rechaza a un tiempo la hipótesis de los espíritus desencarnados, la de las influencias diabólicas y la de los teurgos y herméticos sintetizada en la sexta de Crookes (35) y expone otra, a su entender, más prudente, con desconfianza respecto de las demás, si bien admite hasta cierto punto "la acción inconsciente de la voluntad", de acuerdo con Gasparín. A este propósito dice Thury: "Respecto a los fenómenos de levitación sin contacto y el empuje de la mesa de un sitio a otro por manos invisibles, no cabe demostrar *a priori* su imposibilidad, y en consecuencia, nadie tiene derecho a calificar de absurdas las pruebas efectuadas".

Por lo que toca a la hipótesis de Gasparín, la juzga Thury muy severamente, según puede colegirse del siguiente pasaje de De Mirville: "Admite Thury que en los fenómenos de Valleyres estaba la *fuerza* en el *individuo*, mientras que nosotros decimos que era a un tiempo intrínseca y extrínseca y que, por regla general, es precisa la acción de la voluntad. Después de todo repite Thury lo que ya había dicho en el prefacio de su obra, conviene a saber: "El barón de Gasparín nos presenta hechos escuetos de cuyas explicaciones no responde, tal vez por ser tan endebles que *se desvanecen de un soplo* sin que apenas quede nada de ellas. Respecto a los hechos *no es posible dudar en delante de su autenticidad*".

Según nos dice Cookes, el profesor Thury "refuta las explicaciones de Gasparín y atribuye los fenómenos psíquicos a una substancia fluídica, a un agente que, como el éter lumínico de los científicos, interpenetra todos los cuerpos materiales orgánicos e inorgánicos. A este agente le llama *psícodo*, y después de discutir las propiedades de este estado o forma de materia, propone que se denomine *fuerza ecténica* a la ejercida cuando la mente actúa a distancia por influencia del psícodo" (36). Más adelante observa Crookes que la fuerza ecténica de Thury es idéntica a la fuerza psíquica por él apuntada.

Fácilmente podríamos demostrar que tanto la fuerza ecténica como la fuerza psíquica, además de ser iguales entre sí, lo son a la luz astral o sidérea de los alquimistas (37) y al *akâsha* o principio de vida, la omnipenetrnte fuerza que desde hace miles de años conocieron los gimnósofos, los magos indos y los adeptos de todos los países, y aun hoy se valen de ella los lamas del Tíbet, los fakires taumaturgos y algunos prestidigitadores indos.

En muchos casos de rapto provocado artificialmente por sugestión hipnótica, es posible y aun probable que el “espíritu” del sujeto actúe influido por la voluntad del hipnotizador; pero cuando el médium permanece consciente mientras se producen fenómenos psíquicofísicos que denoten una dirección inteligente, el agotamiento físico se traducirá en postración nerviosa, a menos que el médium sea mago capaz de proyectar su doble. Por lo tanto, parece concluyente la prueba de que el médium es pasivo instrumento de entidades invisibles que disponen de fuerzas ocultas. Pero no obstante la identidad de la fuerza *ecténica* de Thury y la psíquica de Crookes, sus respectivos mantenedores discrepan en cuanto a las propiedades que les atribuyen, pues mientras Thury admite que los fenómenos son producidos con frecuencia por voluntades no humanas, corroborando con ello la sexta hipótesis de Crookes, éste se reserva su opinión respecto a la causa de los fenómenos, cuya autenticidad no pone en duda. Así vemos que ni Gasparín y Thury, que investigaron los fenómenos psíquicos en 1854, ni Crookes, que se convenció de su realidad en 1874, les han dado explicación definitiva, a pesar de sus conocimientos en ciencias físico-químicas y de haber dedicado toda su atención a tan arduo problema. el resultado es que en veinte años ningún científico ha dado ni un paso en la solución del enigma que sigue tan inexpugnable como castillo de hadas.

ATEÍSMO CIENTÍFICO

¿Sería impertinencia sospechar que los científicos modernos se mueven en un círculo vicioso? Agobiados sin duda por la pesadumbre del materialismo y la insuficiencia de las llamadas ciencias experimentales para demostrar tangiblemente la existencia del mundo espiritual, mucho más poblado que el visible, no tienen otro remedio que arrastrarse por el interior del círculo vicioso, sin querer, más bien que sin poder, salir del hechizado recinto para explorar lo que fuera de él existe. Sus preocupaciones son el único embarazo que les impide reconocer la causa de hechos innegables y relacionarse con hipnotizadores tan expertos como Du Potet y Regazzoni.

Preguntaba Sócrates: “¿Qué engendra la muerte? –La vida –le respondieron (38)... ¿Puede el alma, puesto que es inmortal, dejar de ser imperecedera?” (39). El profesor Lecomte dice: “La semilla no puede germinar sin que en parte consuma”. Y San Pablo exclama: “Para que la simiente se avive es preciso que muera”.

Se abre la flor, se marchita y muere; pero deja tras sí el aroma que perdura en el ambiente cuando ya sus pétalos están hechos polvo. Nuestros sentidos corporales no lo advierten y sin embargo existe. El eco de la nota emitida por un instrumento perdura eternamente. Jamás se extingue por completo la vibración de las invisibles ondas del mar sin orillas del espacio. Siempre viven las energías transportadas del mundo de la materia al mundo del espíritu. Y el hombre, preguntamos nosotros, el hombre, entidad que vive, piensa y razona, la divinidad residente en la obra maestra de la naturaleza, ¿habría de abandonar su estuche para no vivir jamás? ¿Cómo negar al hombre cuyas cualidades fundamentales son la conciencia, la mente y el amor, el principio de continuidad que reconocemos en la llamada inorgánica materia del flotante átomo? No cabe más descabellada idea. Cuanto mayor es nuestro conocimiento, mayor es también la dificultad de concebir el ateísmo científico. Se comprende que un hombre ignorante de las leyes de la naturaleza, sin noción alguna de las ciencias físico-químicas, pueda caer funestamente en el materialismo, empujado por la ignorancia o por la incapacidad de comprender la filosofía de la ciencia, ni de colegir ninguna analogía entre lo visible y lo invisible. Un metafísico por naturaleza, un soñador ignorante, pueden despertar bruscamente y atribuir a ilusión y ensueño todo cuanto imaginaron sin pruebas tangibles; pero un científico familiarizado con las modalidades de la energía universal

no puede sostener que la vida es tan sólo un fenómeno de la materia, so pena de confesar su incapacidad para analizar y debidamente comprender el alfa y el omega de la misma materia.

El escepticismo sincero respecto a la inmortalidad del alma es una enfermedad, una deformación cerebral, que ha existido en toda época. Así como algunas criaturas nacen envueltas en el omento, así también hay hombres incapaces de desprenderse durante toda su vida de la membrana que embota sus espirituales sentidos. Pero la *vanidad* es el verdadero sentimiento que les mueve a rechazar los fenómenos mágicos y espirituales, sin otro argumento que el siguiente: “Nosotros no podemos producir ni explicar estos fenómenos; por lo tanto, *no existen* ni *nunca han existido*. Hace unos treinta años, Salverte sorpendió a los “crédulos” con su obra: *Filosofía de la magia*, en la que pretendía explicar la causa operante de los milagros bíblicos y de los santuarios paganos. En resumen, los atribuye a largos años de observación, aparte de un profundo conocimiento de las ciencias físicas y metafísicas, en cuanto lo permitía la ignorancia de la época, con su secuela de imposturas, prestidigitación, ilusiones ópticas y fantasmagoría, que a fin de cuentas, convierten, según el autor, a los taumaturgos, profetas y magos, en pícaros y bribones, y al resto de los mortales en necios y bobos.

De la índole y valía de las pruebas podrá colegir el lector por la que aduce el pasaje siguiente: “Aseguraban los entusiastas discípulos de Jámblico, que al orar se levantaba a diez codos del suelo, y engañados por esta metáfora han tenido los cristianos la candidez de atribuir el mismo milagro a Santa Clara y a San Francisco de Asís” (40). Según Salverte, los centenares de viajeros que atestiguan haber visto idéntico fenómeno en los fakires, serían todos unos embusteros o estarían alucinados. Sin embargo, hace poco tiempo, el eminente Crookes atestiguó un fenómeno de esta índole en condiciones que imposibilitaban todo fraude; y de la propia suerte habían aseverado lo mismo mucho tiempo antes infinidad de testigos, a quienes sistemáticamente se les niega crédito.

CONFUSIONES DE LOS CIENTÍFICOS

Paz a tus científicas cenizas ¡oh crédulo Salverte! ¿Quién sabe si antes de concluir el presente siglo la sabiduría popular habrá inventado este nuevo proverbio: “Tan increíblemente crédulo como un científico”.

¿Por qué ha de parecer imposible que una vez separado el espíritu del cuerpo pueda animar una forma imperceptible, creada por la fuerza mágica, psíquica, ecténica o etérea, como quiera llamársela, con el auxilio de entidades elementarias que al efecto proporcionen la sublimada materia de un cuerpo? La única dificultad está en no darse cuenta de que el espacio no está vacío, sino repleto de los arquetipos de cuanto fue, es y será, y poblado de seres pertenecientes a diversas estirpes distintas de la nuestra.

Muchos científicos han reconocido la autenticidad de fenómenos en apariencia sobrenaturales, porque como el citado caso de levitación, contrarían la ley de la gravedad; pero al investigarlos, se enredaron en inextricables dificultades por su desgraciado intento de darles explicación con hipótesis basadas en las leyes conocidas de la naturaleza.

En el resumen de su obra, concreta De Mirville la argumentación de los científicos adversarios del espiritismo en cinco paradojas a que llama confusiones, conviene a saber:

Primera confusión. – La de Faraday, quien explica el fenómeno de la mesa diciendo que ésta *empuja* al experimentador a causa de la resistencia que *la hace retroceder*.

Segunda confusión. – La de Babinet, quien explica los golpes diciendo que de buena fe y con perfecta conciencia los producen *ventrílocuos*, cuya facultad implica necesariamente *mala fe.*

Tercera confusión. – La de Chevreuil, quien explica la facultad de mover los muebles sin tocarlos, por la previa adquisición de esta facultad.

Cuarta confusión. – La del Instituto de Francia, cuyos miembros aceptan los milagros con tal que no caontraríen las conocidas leyes de la naturaleza.

Quinta confusión. – La de Gasparín, que supone fenómenos sencillos y elementales, los que todos niegan porque nadie vio otros iguales (41).

Mientras los científicos de fama admiten tan fantásticas hipótesis, algunos neurópatas de menor cuantía explican los fenómenos psíquicos por medio de un efluvio anormal, dimanante de la epilepsia (42). Otro hay que quisiera tratar a los médiums (y suponemos que también a los poetas) con asafétida y amoníaco (43), y califica de lunáticos o de místicos alucindados a cuantos creen en las manifestaciones psíquicas. A este médico y conferenciante, se le podría aplicar la frase del Nuevo Testamento: “Sánate a ti mismo”; porque, en verdad, ningún hombre de cabal juicio se atrevería a tachar de locos a los cuatrocientos cuarenta y seis millones de personas que en las cinco partes del mundo creen en las relaciones de los espíritus con los hombres.

Considerando todo esto, maravilla la osadía de los presumidos pontífices de la ciencia al clasificar fenómenos que en absoluto desconocen. Seguramente, los millones de compatriotas a quienes de tal manera engañan, les merecen tanta consideración como si fueran gorgojos de patata o cigarrones, porque el Congreso norteamericano, a instancia de la Asociación americana para el progreso de las ciencias, promulga estatutos constituyentes de comisiones nacionales para el estudio de los insectos; los químicos se ocupan en cocer ranas y chinches; los geólogos entretienen el ocio en la observación de ganoides cónquidos y en discutir el sistema dentario de las diversas especies de dinictios; y los entomólogos llevan su entusiasmo hasta el extremo de cenarse saltamontes cocidos, fritos y en salsa (44). Entretanto, millones de americanos quedan abandonados “a la confusión de locas ilusiones”, según frase de los ilustres enciclopedistas, o sucumben a los “desórdenes nerviosos” dimanantes de la “diatesis” mediumnística”.

LOS CIENTÍFICOS RUSOS

Tiempo hubo en que cabía esperar que los científicos rusos en que cabía esperar que los científicos rusos se tomaran el trabajo de estudiar atenta e imparcialmente los fenómenos psíquicos. La Universidad de San Petersburgo nombró una comisión presidida por el insigne físico Mendeleyeff, con objeto de poner a prueba en cuarenta sesiones consecutivas a los médiums que quisieran someterse a experimentación. La mayor parte rehusaron la invitación temerosos de alguna celada, y al cabo de ocho sesiones, cuando los fenómenos iban siendo más interesantes, la comisión prejuzgó el caso con frívolos pretextos y dio informe contrario a los médiums. En vez de proceder digna y científicamente, se valieron de espías que atisbaban por los ojos de las cerraduras. El presidente de la comisión declaró en una conferencia pública que el espiritismo, como cualquiera otra creencia en la inmortalidad del alma, era una mezcolanza de superstición, alucinaciones e imposturas, y que las manifestaciones de esta índole, tales como la adivinación del pensamiento, el rapto y otros fenómenos psíquicos, se producían con el auxilio de ingeniosos aparatos y mecanismos que los médiums llevaban ocultos entre las ropas. Ante semejante prueba de ignorancia y prejuicio, el doctor Butlerof, catedrático de química de la Universidad de San Petersburgo, y el señor Aksakof, consejero de Estado, que habían sido invitados a las sesiones, evidenciaron su disgusto en la protesta publicada bajo su firma en los periódicos, cuya mayoría se puso en contra de Mendeleyeff y de

su oficiosa comisión, al paso que más de ciento treinta personas de la aristocracia sanpetersburguense, sin determinada filiación espiritista, avaloraron con su firma la protesta.

El resultado fue que la atención pública se convirtiera hacia el espiritismo, constituyéndose en todo el imperio numerosos círculos. La prensa liberal empezó a discutir el asunto, y se nombró otra comisión encargada de proseguir las interrumpidas investigaciones.

Pero tampoco es fácil que la nueva comisión cumpla con su deber, pues tiene oportunísimo pretexto en el informe dado por el profesor Lankester, de Londres, acerca del médium Slade, quien, contra las prejuiciosas y circunstanciales aseveraciones de Lankester y de un amigo de éste llamado Donkin, opuso el testimonio de gran número de investigadores entre los que se contaban Wallace y Crookes. A este propósito, el *London Spectator* publicó un artículo del que extractamos los siguientes párrafos:

"Es pura superstición el presumir de tan completo conocimiento de las leyes de la naturaleza, que hayamos de repudiar por falsos unos fenómenos cuidadosamente examinados por detenidas observaciones, sin otro fundamento que su aparente discrepancia con principios ya establecidos. Asegurar, como según parece asegura el profesor Lankester, que porque en algunos casos haya habido fraude y credulidad en estos fenómenos, como también los hay en las enfermedades nerviosas, forzosamente haya de haberlos contra toda escrupulosidad de las investigaciones, equivale a aserrar las ramas del árbol del conocimiento en que arraigan las ciencias inductivas y demoler toda la fábrica del edificio científico".

Pero ¿qué les importa esto a los doctores? El torrente de superstición que, a su decir, arrastra a millones de inteligencias claras, no puede alcanzarles; el nuevo diluvio llamado espiritismo, no es capaz de anegar sus robustas mentes; y las cenagosas oleadas de la corriente han de romper la furia sin ni siquiera mojar la correa de su zapato. Tal vez la tradicional terquedad del creador les impide confesar el poco éxito que sus milagros tienen en nuestros días contra la ceguera de los profesionales de la ciencia, aunque de seguro sabe que desde hace tiempo resolvieron poner en el frontispicio de sus colegios y universidades, el siguiente aviso:

> De orden de la ciencia se le prohibe a Dios hacer milagros en este sitio (45).

LA GRUTA-GABINETE DE LOURDES

Espiritistas y católicos parecen haberse coligado contra los iconoclásticos intentos del materialismo, y al incremento del número de escépticos ha correspondido otro incremento proporcional del número de creyentes. Los campeones de los milagros "divinos" de la Biblia emulan a los panegiristas de los fenómenos psíquicos, y la Edad Media revive en el siglo XIX. De nuevo vemos a la Virgen María ponerse en correspondencia epistolar con los fieles hijos de su iglesia, mientras que por conducto de los médiums garrapatean mensajes los espíritus amigos. El santuario de Lourdes se ha convertido en gabinete de materializaciones espiritistas, al paso que los gabinetes de los más famosos médiums norteamericanos parecen santuarios a donde Mahoma, el obispo Polk, Juana de Arco y otros espíritus de nota acuden desde la "negra orilla", para materializarse a la luz del día. Y si a la Virgen María se la ha visto pasear cotidianamente por las cercanías de Lourdes, ¿por qué no creer también al fundador del islamismo y al difunto prelado de la Luisiana? No cabe otro remedio que admitir o rechazar por igual la posibilidad o la impostura de entrambas manifestaciones milagrosas: las divinas y las espiritistas. Al tiempo ponemos por testigo. Pero mientras la ciencia no quiera alumbrar con su mágica lámpara la obscuridad del misterio, irán las gentes dando tropezones con riesgo de caer en el lodo.

A consecuencia de la desfavorable opinión sustentada por la prensa londinense acerca de los recientes “milagros” de Lourdes, monseñor Capel publicó en *The Times* el criterio de la Iglesia romana sobre el particular, en los siguientes términos:

“Por lo que toca a las curaciones milagrosas, pueden consultar los lectores la juiciosa obra: *La Gruta de Lourdes*, escrita por el doctor Dozous, eminente facultativo de la localidad, inspector de higiene del distrito y médico forense, quien enumera al pormenor varios casos de curaciones milagrosas estudiadas por él con cuidados detención, para concluir diciendo: “Declaro que todo hombre de buena fe ha reconocido el carácter sobrenatural de las curaciones logradas en el santuario de Lourdes, sin otra medicina que el agua de la fuente. Debo confesar que mi entendimiento, nada propenso a la credulidad en milagros deninguna clase, difícilmente se hubiese convencido de la verdad de una aparición tan notable bajo varios aspectos, a no ser por las curaciones que presencié personalmente y me dieron luz bastante para estimar la importancia de las visitas de Bernardita a la Gruta y la realidad de las apariciones con que se vio favorecida”.

“Digno de respetuosa consideración, por lo menos, es el testimonio del distinguido médico que desde un principio observó cuidadosamente a Bernardita y tuvo ocasión de presenciar las curaciones. A esto he de añadir que acuden a la gruta infinidad de gentes para arrepentirse de sus culpas, acrecentar su piedad, rogar por la regeneración de su patria y dar público testimonio de su fe en el Hijo de Dios y en su inmaculada Madre. Muchos van a curarse de sus dolencias corporales, y algunos vuelven curados según aseveran testigos oculares. El achacar falta de fe, como hace vuestro artículo, a los que después se van a tomar las aguas de los Pirineos, es tan poco razonable como si tacháramos de incrédulos a los magistrados que penen la negligencia en la prestación de auxilios médicos. Quebrantos de salud me forzaron a pasar en Pau el invierno durante los años de 1860 a 1867, y con ello tuve coyunturas de investigar minuciosamente cuanto se relacionaba con las apariciones de Lourdes. Después de haber observado con todo detenimiento a Bernardita y de estudiar algunos de los milagros ocurridos, me he convencido de que *si el testimonio humano es válido para comprobar la realidad de un hecho, forzosamente se ha de admitir la autenticidad de las apariciones de Lourdes*. Al fin y al cabo no es dogma de fe este punto, que cualquier católico puede aceptar o negar sin esperanza de elogio ni temor de censura”.

HUXLEY DEFINE LA PRUEBA

Si el lector se fija en las frases subrayadas, advertirá como al clero católico, a pesar de la infabilidad pontificia y de su franquicia postal con el cielo, le satisface el testimonio humano parra avalar los milagros *divinos*. Ahora bien, si atendemos a las conferencias dadas recientemente por Huxley, en Nueva York, acerca de la evolución, oiremos que dice: “La mayor parte de nuestro conocimiento de los hechos pasados se basa en las pruebas históricas del testimonio humano”. Y en otra conferencia sobre biología añade: “Todo hombre que de corazón anhele la verdad, no ha de temer, sino desear la crítica serena y justa; pero es esencial que el crítico sepa de qué habla”. Esto mismo debiera tener en cuenta su autor al tratar de asuntos psicológicos, pues si lo añadiese a sus antedichos conceptos ¿qué mejor pedestal sobre que alzarlo?

Vemos como el materialista Huxley y el prelado católico coinciden en considerar suficiente el testimonio humano para la comprobación de hechos que cada cual puede o no creer según sean sus preocupaciones. Por lo tanto, ¿no es razón que así el ocultista como el espiritista se encastillen en el argumento tan perseverantemente sostenido de que no cabe negar la autenticidad de los fenómenos psíquicos de los antiguos taumaturgos probados de

sobra por el testimonio humano? Si la Iglesia y las Academicas han aducido pruebas humanas, no pueden negar a los demás el mismo derecho. Uno de los frutos de la reciente agitación notada en Londres, con motivo de los fenómenos mediumnímicos, es que la prensa seglar ha expuesto ideas liberales. El *Daily News*, de Londres, decía en 1876: “En todo caso, nos parece que debemos considerar el espiritismo como una de tantas creencias tolerables, y dejarle, por lo tanto, en paz, pues tiene muchos prosélitos tan inteligentes como quien más, que hace tiempo hubiesen echado de ver cualquier superchería palpable y notoria. *Algunos hombres eminentes por su sabiduría han creído en las apariciones* y continuarían creyendo, aunque unos cuantos se entretuvieran en amedrentar a las gentes con fingidos fantasmas.

No es la primera vez en la historia que el mundo invisible ha tenido que luchar contra el materialista escepticismo de la cegueraespiritual de los saduceos. Platón deplora en sus obras y alude más de una vez a la incredulidad de ciertas gentes. Desde Kapila, el filósofo indo que muchos siglos antes de J. C. dudaba ya de que los yoguis en éxtasis pudiesen ver a Dios cara a cara y conversar con las más elevadas entidades, hasta los volterianos del siglo XVIII que se burlaban de lo más sagrado, en toda época hubo Tomases incrédulos. Pero ¿han conseguido atajar los pasos de la verdad? Tanto como los ignorantes e hipócritas jueces de Galileo lograron detener el movimiento de la tierra. No hay teoría capaz de influir decisivamente en la estabilidad e inestabilidad de una creencia heredada de las razas primitivas que, si tenemos en cuenta el paralelismo entre las evoluciones espiritual y física del hombre, recibieron la verdad de labios de sus antepasados, *los dioses de sus padres* que “estaban al otro lado de las aguas”. Algún día se demostrará la identidad de los relatos bíblicos con las leyendas indas y la cosmogonía de distintos países, para ver cómo *las fábulas de las edades míticas son alegorías de los fundamentales principios geológicos y antropológicos*. A esas fábulas de tan ridícula expresión habrá de recurrir la ciencia para encontrar los “eslabones perdidos”.

Por otra parte, ¿qué denotan las raras coincidencias observadas en la historia respectiva de pueblos tan distantes? ¿De dónde proviene la identidad de los conceptos primitivos que se advierten en las llamadas fábulas y leyendas, donde se encierra el meollo de los sucesos históricos, de una verdad profundamente encubierta bajo la capa de poéticas ficciones populares, pero que no deja de ser verdad? Comparemos, por ejemplo, el Génesis con los Vedas en los pasajes siguientes:

> Y habiendo comenzado los hombres a multiplicarse sobre la tierra y engendrado hijas, viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomáronse mujeres, las que escogieron entre todas... Y había *gigantes sobre la tierra en aquellos días* (46)...

> “El primer brahmán se queja de estar *solo* y sin mujer entre sus hermanos. A pesar de que el Eterno le aconseja que dedique sus días al estudio de la ciencia sagrada, el primer nacido insiste en la queja. Enojado por tamaña ingratitud, el Eterno da al brahmán una mujer de la estirpe de los *daityas* o *gigantes,* de quien todos los brahmanes descienden por generación materna"" así es que la casta sacerdotal desciende por una línea de las entidades *superiores*, los hijos de Dios, y por otra, de *Daintany*, la hija de los gigantes de la tierra, los hombres primitivos (47). "" ellas les dieron hijos a ellos y llegaron a ser hombres poderosos del tiempo viejo; varones de nombradía""(48).

La misma alegoría encierra el pasaje análogo de la cosmogonía del *Edda* escandinavo. Har, compañero de Jafuhar y Tredi, describe a Gangler la formación del primer hombre llamado Bur, padre de Bör, quien tomó por mujer a Besla, hija del gigante Bölthara, de la estirpe de los *primitivos* gigantes (49).

El mismo fundamento tienen las fábulas griegas de los titanes y la leyenda mexicana de las cuatro estirpes sucesivas del *Popol-Vuh*. Esta alegoría de los gigantes es uno de los cabos de la enredada y al parecer inextricable madeja de la psicología del género humano, pues de

otro modo no cupiera explicar la creencia en lo sobrenatural, ya que decir que ha brotado, crecido y desarrollado a través de las edades sin base de sustentación, cual frívola fantasía, fuera equiparable al absurdo teológico de que Dios creó el mundo de la nada.

PROTESTA DE UN PERIÓDICO CRISTIANO

Es demasiado tarde para negar la evidencia que se manifiesta con luz meridiana. Los periódicos, así religiosos como seglares, protestan ya unánimemente contra el dogmatismo y los estrechos prejuicios de la erudición apócrifa. El *Christian World* une su voz a la de sus escépticos colegs y dice:

"Aun cuando pudiera demostrarse que todos los médiums son impostores, todavía censuraríamos la propensión de algunas autoridades científicas a mofarse y estorbar las investigaciones de índole semejante a las expuestas por Barrett ante la Asociación Británica. Si los espiritistas han caído en muchos absurdos, no por ello deben diputarse por indignos de examen sus fenómenos. Sean hipnóticos, clarividentes o como quiera, que digan los científicos qué son en vez de tratarnos como a muchachos preguntones a quienes se les da la cómoda pero poco satisfactoria respuesta: "los niños no preguntan nada" (50).

Parece que en nuestra época no le cuadra a ningún científico aquel verso de Milton: "Oh! Tú que por atestiguar la verdad sufriste universal vituperio!" La decadencia presente trae a la memoria las palabras de aquel físico que después de escuchar la historia del tambor de Tedworth y de Ana Walker, exclamó: "*Si eso es cierto, estuve hasta ahora engañado y he de abrirme cuenta nueva (51)*

Pero en nuestro siglo, a pesar de la valía reconocida por Huxley al testimonio humano, hasta el mismo Enrique More se ha convertido en entusiasta visionario, cualidades que fuera desvarío ver reunidas en una persona (52).

No han faltado hechos, pues los hay en abundancia, para que la psicología pudiera dar a comprender sus misteriosas leyes y aplicarlas a los casos ordinarios y extraordinarios de la vida. Hubiera sido necesario que idóneos observadores científicos los ordenaran analíticamente. Desgracia fue para las gentes y baldón para la ciencia que el error prevaleciese y la superstición anduviera desenfrenada entre los pueblos cristianos durante tantos siglos. Las generaciones se suceden unas a otras con su tributo de mártires de la conciencia y del denuedo moral, de modo que ya se comprende la psicología algo mejor que cuando el férreo guante del vaticano sentenciaba inicuamente a los desgraciados héroes cuya memoria infamaba con el estigma de nigrománticos y herejes.

CAPÍTULO V

Yo soy el espíritu que siempre niega.

Mefistófeles, en FAUSTO.

El Espíritu de verdad a quien el mundo no pudo recibir porque no le vio ni conoció.

SAN JUAN, XIV-17.

Millones de seres espirituales recorren la tierra y no los vemos ni cuando estamos dormidos ni cuando despiertos.

MILTON.

La mente no basta por sí sola para abarcar lo espiritual. De la propia manera que el sol ofusca la luz de una llama, así el espíritu ofusca la luz de la mente.

W. HOWITT.

Infinidad de nombres se han dado a las manifestaciones o efectos de la misteriosa energía que anima la materia. Es el *caos* de los antiguos; el *antusbyrum* o fuego sagrado de los parsis; el *fuego* de Hermes; el *elmes* de los aniguos germanos; el *rayo* de Cibeles; la *antorcha* de Apolo; el *fuego sagrado* de los altares de Pan y Vesta; la *centella* (...) del yelmo de Plutón, del capacete de Dioscuri, de la cabeza de Gorgona, del casco de Palas y del caduceo de Mercurio; el *phtha* o *ra* egipcio; el (...) y el *Zeus cataibates* (el que desciende) (1) de los griegos; las *lenguas de fuego* de la Pentecostés; la *zarza ardiente* de Moisés; la *columna de fuego* del Éxodo; la *lámpara ardiente* de Abraham; el *fuego eterno* del abismo sin fondo; los *vapores* del oráculo délfico; la *luz sidérea* de los rosacruces; el *akâsha* de los adeptos indos; la *luz astral* de los cabalistas; el *fluido nervioso* de los magnetizadores; el *od* de Reichenbach; el *globo ígneo* de Babinet; el *psicodo* y la *fuerza étnica* de Thury; la *fuerza psíquica* de Cox y Crookes; el *magnetismo atmosférico* de algunos físicos; el *galvanismo*; y finalmente la *electricidad*.

Bulwer Lytton en su *Raza futura* le llama *vril* (2) y supone ficciosamente que se valían de ella las poblaciones subterráneas. Dice, al efecto, que estas gentes creen que el vril unifica y resume la energía de todos los agentes naturales y demuestra después como Faraday presintió ya la unidad de las fuerzas en el siguiente pasaje:

"Hace mucho tiempo que estoy convencido, y conmigo muchos otros amantes de la naturaleza, de que las diversas modalidades de las fuerzas de la materia *tienen origen común*, es decir, que están relacionadas con tan directa interdependencia que pueden transmutarse una en otra con equivalente potencia de actuación".

Por absurdo y anticientífico que parezca, sólo cabe, en verdadera definición de la energía primaria de Faraday y del vril de Lytton, identificarlos con la luz astral de los cabalistas, según van corroborando uno tras otro los descubrimientos de la ciencia.

Hace poco tiempo anunciaron los periódicos que Edison había descubierto una fuerza de modalidad distinta a la eléctrica, excepto en la conductibilidad. Si la noticia se confirma veremos cómo, no obstante las denominaciones científicas que se le den, resultará al fin y al

cabo uno de tantos hijos engendrados desde el origen del tiempo por nuestra cabalística madre la *Virgen Astral*. En efecto, el descubridor asegura que la nueva fuerza es tan distinta y obedece a tan regulares leyes como el calor, el magnetismo y la electricidad. El periódico que primeramente publicó la noticia añade que Édison supone la nueva fuerza relacionada con el calor, aunque también pudiera generarse por medios independientes y *no conocidos todavía*.

EL TELÉFONO DE BELL

Otro reciente y admirable descubrimiento es la posibilidad de hablar desde muy lejos por medio de un aparato llamado *teléfono* que acaba de inventar Graham Bell. La nueva invención tuvo por precedente los tubos acústicos, consistentes en dos pequeñas bocinas de estaño recubiertas de terciopelo y enlazadas por un bramante. Entre Boston y Cambridgeport se ha sostenido por teléfono una conversación durante la cual se oyeron distintamente todas las palabras con la peculiar modulación de voz. Las ondas sonoras recibidas por un imán, se transmiten eléctricamente a lo largo del alambre en cooperación con dicho imán. El buen funcionamiento dela aparato depende de la regularidad de la corriente eléctrica y de la potencia del imán que ha de cooperar a su acción.

"El aparato –dice un periódico- consiste en una especie de bocina con una membrana muy delicada en la que repercuten las ondas sonoras cuando se aplica el habla a la bocina. Al otro lado de la membrana hay una pieza metálica que al vibrar aquélla se pone en contacto con un imán y éste con el circuito eléctrico gobernado por el operador. No se sabe cómo, pero lo cierto es que la corriente eléctrica transmite con toda exactitud de uno a otro aparato la voz del que habla sin pérdida de la más leve modulación".

Ante los prodigiosos descubrimientos de nuestra época, tales como la nueva fuerza de Édison y el teléfono de Graham Bell, aparte de las psibilidades todavía latentes en el reino sin límites de la naturaleza, no será exagerado suplicar a cuantos intenten combatir nuestra afirmación que esperen a ver si los nuevos descubrimientos la invalidan o la corroboran.

La invención del teléfono dará tal vez alguna insinuación tocante a lo que las historias antiguas dicen del secreto poseído por los sacerdotes egipcios, quienes durante la celebración de los misterios podían comunicarse instantáneamente de un templo a otro, aunque fuese de ciudad distinta. La leyenda atribuye estos mensajes a las "invisibles tribus del aire". El autor de *El hombre preadámico* cita un ejemplo que no sabe a punto fijo si lo da Macrino u otro autor, pero que podemos considerar por lo que valga. Dice que "durante su estancia en Egipto, una de las Cleopatras mandó noticias por un alambre a todas las ciudades del alto Nilo, desde Heliópolis a Elefantina" (3).

No hace mucho tiempo nos reveló Tyndall un nuevo mundo poblado de hermosísimas figuras aéreas. Según dice, el descubrimiento consiste en "someter los vapores de ciertos líquidos volátiles a la concentrada acción de la luz solar o a los enfocados rayos de la eléctrica". Los vapores de algunos yoduros, nitratos y ciertos ácidos se sujetan a la acción de la luz en un tubo de ensayo colocado horizontalmente, de modo que su eje coincida con los rayos paralelos dimanantes de la lámpara. Los vapores forman nubes de soberbios matices y se agrupan en forma de vasos, botellas, conos, conchas, tulipanes, rosas, girasoles, hojas y volutas. Dice Tyndall que"la nubecita toma en breve rato la forma de cabeza de sierpe con su boca y lengua".

Por último, como remate de tantas maravillas, dice que en cierta ocasión tomaron los vapores figura de pez, con sus ojos, aletas y escamas, *tan estrictamente simétrico que no había señal en un lado que no estuviese también en el otro.*

Este fenómeno puede explicarse en parte por la acción de los rayos lumínicos, según Crookes ha demostrado recientemente, pues cabe suponer que el haz horizontal de rayos luminosos disgregue las moléculas de los vapores y vuelva a agruparlos en forma de globos y husos. Pero ¿cómo explicar la formación de vasos, flores y conchas? Esto es para la ciencia tan enigmático como el meteoro felino de Babinet, aunque no sospechamos que Tyndall dé a aquel fenómeno la absurda explicación que Babinet al suyo.

Quienes no hayan estudiado el asunto, tal vez se sorprendan de ver lo mucho que en la antigüedad se conocía del omnipenetrante y sutilísimo principio hace poco bautizado con el nombre de *éter universal*.

ETIMOLOGÍA DEL MAGNETISMO

Pero antes de pasar adelante, conviene enunciar, según insinuamos ya, dos categóricas proposiciones, que para los antiguos teurgos fueron leyes demostradas.

1.ª Los llamados milagros, empezando por los de Moisés y acabando por lo de Cagliostro, estuvieron en perfecta concordancia con las leyes naturales, como acertadamente dice Gasparín, y por lo tanto, no fueron tales milagros. La electricdad y el magnetismo intervinieron sin duda alguna en muchos de estos prodigios; pero tanto ahora como entonces cabe admitir que las personas suficientemente sensitivas sirvan de *conductores inconscientes* y actúen en virtud de estos fluidos tan poco conocidos todavía por las ciencias. Esta fuerza posee infinidad de atributos y propiedades en su mayor parte ignoradas de los físicos.

2.ª Los fenómenos de magia natural, presenciados en Siam, India, Egipto y otros países de Oriente, no tienen nada de común con la prestidigitación, pues los primeros son efecto de fuerzas naturales ocultas, y la segunda es artificio ilusionante obtenido por medio de hábiles manipulaciones en connivencia con otras personas (4).

Los taumaturgos de toda época obraban prodigios por estar familiarizados con las ondulaciones imponderables en sus efectos, pero perfectamente tangibles, de la luz astral, cuya corrientes guiaban con la fuerza de su voluntad. Los prodigios tenían doble carácter físico y psíquico, con sus correspondientes efectos materiales y mentales. Estos últimos son de índole análoga a los producidos por Mesmer y sus sucesores, entre quienes se cuentan en nuestros días dos hombres de no común cultura, Du Potet y Regazzoni, cuyas maravillosas facultades les dieron bien atestiguada nombradía en Francia y otros países. El hipnotismo es la más importante modalidad de la magia, cuyos efectos tienen por causa el agente universal propio de las obras mágicas que en todo tiempo se denominaron milagros.

Los antiguos llamaron caos a este agente; Platón y los pitagóricos el *alma del mundo*, y según los indos la Divinidad en forma de éter penetra todas las cosas. Es un fluido invisible, y sin embargo, sumamente tangible. A este universal Proteo, a que De Mirville llama burlonamente el *omnipotente nebuloso*, lo denominaron los teurgos *fuego viviente* (5), *espíritu de luz y magnes,* cuya denominación denota sus propiedades magnéticas y naturaleza mágica, porque, como dice uno de nuestros adversarios, (...) y (...) son dos ramas de un mismo tronco que dan iguales frutos.

Para averiguar la etimología de la palabra magnetismo, hemos de remontarnos a época inconcebiblemente remota. Muchos creen que la piedra imán deriva su nombre del de la ciudad de Magnesia, en Tesalia, donde abunda en extremo; pero diputamos por única acertada la opinión de los herméticos. La palabra mago se deriva del sánscrito *mahaji*, que significa *grande* o *sabio*, el ungido con la sabiduría divina. A este propósito dice Dunlap: “Eumolpo es el mítico fundador de los enmólpidos o sacerdotes que atribuían su saber a la inteligencia divina” (6). Las

cosmogonías de los diversos pueblos identificaban el *alma árquea universal* con la mente del Demiurgos, la *Sophia* de los agnósticos o el *Espíritu Santo* en su aspecto fenoménico; y como los magos derivaban su nombre de este principio, se llamó a la piedra imán *magnes,* en honor de los que primeramente descubrieron sus maravillosas propiedades. Los templos de los magos abundaban en todas partes y entre ellos había algunos dedicados a Hércules (7), por cual razón se le dio a la piedra imán el nombre de magnesiana o heráclea, cuando se supo que los sacerdotes la empleaban en sus operaciones terapéuticas y mágicas. Sobre este particular dice Sócrates: "Eurípides la denomina piedra magnesiana, pero el vulgo la llama heráclea" (8). De modo que los magos dieron nombre a la comarca tesaloniense de Magnesia y a la piedra imán que allí abundaba y no al contrario. Plinio dice que los sacerdotes romanos magnetizaban el anillo nupcial antes de la ceremonia. Los historiadores paganos guardan cuidadoso silencio acerca de los misterios mágicos, y Pausanias declara que en sueños le conminaron a no revelar los sagrados ritos del templo de Demetrio y Perséfona en Atenas (9).

EL PODER DE JESÚS

La ciencia moderna no ha tenido más remedio que admitir el magnetismo animal después de negarlo durante mucho tiempo; pero aunque nadie lo pone en duda como propiedad del organismo animal, todavía lo combaten las Academias más encarnizadamente que nunca, en cuanto a su secreta influencia psicológica. Es deplorablemente asombroso que las ciencias experimentales no acierten a dar una hipótesis razonable sobre la potencia magnética. Diariamente aparecen pruebas de que esta modalidad energética intervenía en los misterios teúrgicos y por su influencia se explican fácilmente las secretas facultades de los taumaturgos para realizar tantos prodigios. De esta índole fueron los dones otorgados por Jesús a sus discípulos, pues en el momento del milagro sentía el Nazareno una fuerza dimanante de él. En su diálogo con Theages (10), habla Sócrates de su *daimon* o dios familiar y de la facultad que poseía de transmitir o retener los conocimientos y virtudes de modo que las gentes de su trato recibiesen o no beneficio de su compañía, y al efecto cita el siguiente ejemplo, para corroborar sus palabras, con estas otras puestas en boca de Arístides: "He de declararte, Sócrates, una cosa increíble, pero que por los dioses te aseguro cierta. Allego mucho beneficio cuando estoy contigo en la misma casa; y el beneficio es todavía mayor si estamos *en el mismo aposento* y todavía más si *te veo a mi lado*, pero sube de punto cuando *me pongo en toque contigo".*

Éste es el moderno magnetismo e hipnotismo de Du Potet y otros experimentadores, que luego de someter al sujeto a su influencia fluídica pueden transmitirle el pensamiento desde cualquier distancia y moverle irresistiblemente a obedecer sus mandatos mentales. Sin embargo, los antiguos filósofos conocían mucho mejor esta energía psíquica, según se infiere de los informes bebidos sobre el particular en las primitivas fuentes. Pitágoras enseñaba que la *Mente* divina está difundida e infundida en todas las cosas, de modo que por su universalidad cabe transportarla de un obeto a otro y servir de instrumento a la voluntad para formar todas las cosas. Según Platón, la Mente divina o *Nous* es el *Kurios* de los griegos. A este propósito, dice: "Kurios simboliza la pura y simple naturaleza de la mente, la sabiduría" (11). Así tenemos que Kurios es Mercurio o sabiduría divina y Mercurio es el Sol (12), de quien Thot o Hermes recibió la sabiduría transmitida al mundo por mediación de sus obras. Hércules es también el Sol, considerado como depósito celeste del magnetismo universal (13) o, mejor dicho, Hércules es la luz magnética que transmitida a través del "ojo abierto en los cielos" penetra en las regiones de nuestro planeta para convertirse en el creador. El valeroso titán Hércules ha de sufrir doce pruebas. Se le llama "Padre de todas las cosas" "el nacido por sí mismo" (autophues) (14). El

diablo Tifón (15) mata a Hércules, identificado en este caso con Osiris, padre y hermano de Horus (16). Se le da el epíteto de *Invicto* cuando desciende al Hades (jardín subterráneo) y después de arrancar las “manzanas de oro” del “árbol de la vida”, mata al dragón (17). El rudo poder titánico, bajo el que se encubre el dios solar, se opone en forma de materia ciega al divino y magnético espíritu que propende a la armonía de la naturaleza.

Los dioses solares simbolizados en el sol visible son los creadores de la naturaleza *física,* pues la naturaleza *espiritual* es obra del Supremo Dios, del oculto y céntrico Sol espiritual, por mediación de su Demiurgo, la Mente divina de Platón, la Sabiduría divina de Hermes Trismegisto (18), la sabiduría dimanante de Ulom o Kronos. Según dice Anthon (19), en los Misterios de Samotracia, después de la distribución del fuego puro, empezaba una nueva vida. Éste era el nuevo nacimiento a que Jesús aludía en su plática con Nicodemo. Y sobre lo mismo, dice Platón: “Iniciaos en el más bendito misterio y sed puros... para llegar a ser justos y santos con sabiduría” (20). A lo cual añade el Evangelista: “Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (21).

EMBLEMA DE LA SERPIENTE

Este simple acto de la voluntad bastaba para transmitir el don de profecía en su más alta modalidad, si tanto el iniciador como el iniciado eran dignos de ello. A este propósito dice el reverendo Gross: “Sería tan injusto como antifilosófico menospreciar este don, cual si en su presente modalidad fuese corrompido retoño o consumida reliquia de una época de ignorante superstición. En todo tiempo intentó el hombre levantar el velo que oculta a sus ojos lo futuro y, por lo tanto, siempre se tuvo la profecía por don concedido por Dios a la mente humana... Zwinglio, el reformador suizo, daba por fundamento a su fe en la providencia del Ser Supremo, la cosmopolita enseñanza de que el Espíritu Santo inspiraba también a la más digna porción del mundo pagano. Admitida esta verdad, no es posible suponer que los paganos dignos de él no pudieran recibir el don de profecía” (22).

Ahora bien; ¿qué es esta mística y primordial substancia? El Génesis la simboliza en “la haz de las aguas sobre que flotaba el espíritu de Dios”. El libro de Job (23), dice que “debajo de las aguas fueron formadas las cosas sin alma que habitan allí”; pero en el texto original, en vez de “cosas inanimadas” se lee los “muertos *rephaim*” (24). En la mitología egipcia el Absoluto está simbolizado por una serpiente enroscada alrededor de una vasija, sobre cuyas aguas planea la cabeza en actitud de fecundarlas con su aliento. La serpiente es, en este caso, emblema de la eternidad y representa a *Agathodaimon* o espíritu del bien, cuyo opuesto aspecto es *Kakothodaimon* o espíritu del mal. Los *Eddas* escandinavos dicen que durante la noche, cuando el ambiente está impregnado de humedad, cae el rocío de miel, alimento de los dioses y de las creadoras abejas *yggdrasillas*. Esto simboliza el pasivo principio de la creación del universo *sacado de las aguas*, y el rocío de miel es una modalidad de la luz astral con propiedades creadoras y destructoras. En la leyenda caldea de Berosio, el hombre-pez, Oännes o Dagón, instruye a las gentes y les muestra el niño-mundo recién salido *de las aguas* con todos los seres procedentes de esta primera substancia. Moisés enseña que sólo la tierra y el agua pueden engendrar alma viviente, y en las Escrituras hebreas leemos que las hierbas no crecieron hasta que el Eterno derramó lluvia sobre la tierra. En el *Popol-Vuh* de los americanos, se dice que el hombre fue formado del limo de las aguas. Según los Vedas, Brahmâ sentado en el loto forma a Lomus (el gran muni o primer hombre) de agua, aire y tierra, después de dar existencia los *espíritus* que, por lo tanto, tienen prelación sobre los mortales. Los alquimistas enseñaban que la tierra primordial o preadámica (*alkahest)* (25) es como el agua clara, en la segunda etapa de su transmutación en substancia primaria, que contiene todos los elementos

constitutivos del hombre, no sólo por lo que atañe a su naturaleza orgánica, sino también el latente “soplo de vida” dispuesto a la actuación vital o, lo que es lo mismo, “el Espíritu de Dios flotante sobre las aguas” o “el caos”, que de este modo se identifica con la substancia primaria. Por esta razón aseguraba Paracelso que era capaz de formar homúnculos, y el insigne filósofo Tales decía que el agua es el principio de todas las cosas de la naturaleza.

¿Qué es el caos primordial sino el éter de los físicos modernos tal como lo conocieron los filósofos antiguos mucho antes de Moisés? El caos es el éter de ocultas y misteriosas propiedades que contiene en sí mismo los gérmenes de la creación universal; el éter es la virgen celeste, madre espiritual de todas las formas y seres existentes, de cuyo seno, fecundado por el Espíritu Santo, surgen a la existencia la materia y la fuerza, la vida y la acción.a pesar de los recientes descubrimientos que van ensanchando los límites del saber humano, todavía se conocen muy incompletamente la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz y la afinidad química. ¿Quién presume dónde termina la potencia o cuál es el origen de ese proteico gigante llamado éter? ¿Quién no echará de ver el espíritu que en él actúa y de él arranca las formas visibles?

LEYENDAS COSMOGÓNICAS

Fácil tarea es demostrar que todas las cosmogonías se fundan en los conocimientos de nuestros antepasados, en las ciencias que hoy día parecen haberse coligado en pro de la doctrina de la evolución; y tampoco es difícil demostrar que los antiguos conocían mucho mejor que nosotros la evolución en sus dos órdenes, físico y espiritual. Para los antiguos filósofos, la evolución era una doctrina axiomática, un principio que abarcaba el conjunto del universo, mientras que los científicos modernos aceptan la evolución bajo hipótesis especulativas de carácter particular cuando no negativo. Es inútil que los jerarcas de la ciencia moderna rehuyan el debate diciendo que la enigmática fraseología del relato mosaico no concuerda con la definida exégesis de las ciencias experimentales.

Por lo menos está fuera de duda que todas las cosmogonías contienen el símbolo de las aguas y del espíritu que las fecunda, cuyo significado está de acuerdo con el concepto científico de que el mundo no ha podido ser creado de la nada. Todas las leyendas cosmogónicas dicen que en el principio los vapores nacientes y las tinieblas cimerianas reposaban sobre las aguas dispuestas a ponerse en actividad apenas recibido el soplo del Irrevelado, a quien los sabios primitivos presentían, aunque no viesen, porque su espiritual intuición no estaba tan entenebrecida como ahora, por sutiles sofismas. Si no determinaban con toda precisión el tránsito del período silúrico al de los mamíferos, pongamos por caso, y si la época cenozoica estaba representada por las diversas alegorías del hombre primitivo, del Adán de nuestra raza, no por ello hemos de inferir que los sabios de entonces y los caudillos de pueblos no supieran tan bien como nosotros la sucesión de las épocas geológicas.

En los días de Demócrito y aristóteles, ya había comenzado el descenso del ciclo, por lo que si estos dos filósofos expusieron tan acertadamente la teoría atómica, y fijaron el punto físico del átomo, bien pudieron llegar sus antecesores más olejos todavía, y trasponer en la génesis del átomo los límites donde Tyndall y otros parecen haberse atascado sin atreverse a cruzar la frontera de lo incomprensible. Las *artes perdidas* prueban suficientemente que si cabe hoy duda respecto a los progresos de nuestros primitivos antepasados en ciencias naturales, a causa de lo deficiente de sus tratados, eran mucho más expertos que nosotros en el aprovechamiento útil de plantas y minerales. Además, es probable que en aquellos tiempos de misterios religiosos conocieran a fondo la física del globo y no divulgaran su saber entre las ignorantes muchedumbres.

Sin embargo, no sólo de los libros mosaicos podemos extraer pruebas en apoyo de ulteriores argumentos, porque los judíos tomaron su ciencia sagrada y profana de los pueblos con quienes desde un principio estuvieron en contacto. Su más antigua ciencia, la cábala o doctrina secreta, descubre en todos los pormenores su origen de la primitiva fuente del Turkestán, donde ya se cultivaba mucho antes de la época en que se deslindaron las naciones arias de las semitas. El rey Salomón, tan celebrado por su sabiduría y ciencia mágica (26), recibió este saber de la India por conducto de Hiram rey de Ofir y de la reina de Saba. Igualmente de origen indio es el anillo o "sello de Salomón", al que las leyendas populares atribuyen potísima influencia en los genios y demonios.

El reverendo Samuel Mateer, individuo de la "Sociedad Misionera de Londres", al tratar de la presuntuosa y abominable habilidad de los "adoradores del diablo", de Travancore, dice que posee un antiquísimo manuscrito en lengua malaya con infinidad de fórmulas e invocaciones mágicas para obtener gran variedad de resultados, en su mayoría de tenebrosa maldad. En la misma obra publica Mateer el facsímil de varios amuletos con trazos y figuras mágicas, uno de los cuales lleva inscrita la siguiente fórmula:

Para quitar el temblor de la posesión diabólica, dibuja esta figura en una planta que tenga jugo lechoso, atraviésale un clavo y cesará el temblor (27).

TEORÍA DE LAS ONDULACIONES

La figura de que se habla es idéntica al sello de Salomón o doble triángulo de los cabalistas, por lo que cabe preguntar si estos lo recibieron en herencia de Salomón, quien a su vez lo tomó de los indos, o si estos se lo apropiaron de los judíos cabalistas (28). Pero no emprendamos esta frívola discusión y continuemos tratando de la luz astral cuyas desconocidas propiedades revisten mucho mayor interés.

Admitiendo que este mítico agente es el éter, veamos que sabe de él la ciencia moderna.

Roberto Hunt, de la "Sociedad Real de Londres", dice a propósito de la acción de los rayos solares: "Los rayos amarillos y anaranjados, que son los de *mayor* potencia lumínica, no alteran el cloruro argéntico, mientras que los rayos azules y violetas, cuya potencia lumínica es *menor*, alteran dicha sal en poco tiempo... El cristal amarillo apenas se opone al paso de la luz; pero el azul, si la intensidad de color es mucha, sólo admite muy corta cantidad de rayos lumínicos" (29). Además, vemos que la vida se manifiesta lozana bajo la influencia de los rayos azules y languidece bajo la de los amarillos. Por lo tanto, no cabe explicar estos fenómenos sino por la hipótesis de que la vida orgánica queda diversametne modificada bajo la influencia electro-magnética, cuya índole aún desconoce la ciencia.

Hunt echa de ver que la teoría de las ondulaciones no concuerda con el resultado de sus experimentos. Sir David Brewster demuestra (30) que los colores de las plantas se deben a la específica atracción ejercida por las partículas del vegetal sobre los diversos rayos lumínicos y que la luz solar elabora los coloreados jugos de las plantas, así como también determina el

cambio de color de los cuerpos. Al propio tiempo expone el mismo autor que no es fácil admitir que estos efectos provengan tan sólo de las vibraciones del éter, y por lo tanto, se ve precisado a creer que la luz es *materia*. El profesor Cooke, de la Universidad de Harvard, disiente de los que aceptan definitivamente la teoría de las ondulaciones (31). Si es cierto el principio de Herschel, según el cual la intensidad de la luz en cada ondulación está en razón inversa del cuadrado de las distancias, contraría si acaso no invalida la teoría de las ondulaciones. La verdad de este principio se ha demostrado repetidas veces por medio del fotómetro, y sin embargo todavía subsiste la teoría de las ondulaciones, aunque algún tanto quebrantada.

El general Pleasanton, de Filadelfia, es uno de los más resueltos adversarios de esta anti-pitagórica teoría, según puede ver el lector en su obra *De los rayos azules*, contra cuya argumentación habrá de defenderse Tomás Young, quien, según refiere Tyndall, consideraba inmutablemente establecida la teoría de las ondulaciones.

Eliphas Levi, el mago moderno, concreta el concepto de la luz astral en la siguiente frase: “Para adquirir facultades mágicas se necesitan dos cosas: redimir la voluntad de toda servidumbre y ejercitarse en regularlas.

SÍMBOLOS DE LA FUERZA CIEGA

La voluntad soberana está simbolizada por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente y por el arcángel que mata bajo sus pies al dragón infernal. Las antiguas teogonías representaron en figura de serpiente con cabeza de toro, carnero o perro, el agente mágico, la doble corriente lumínica, el *fuego* viviente y astral de la tierra, cuyos símbolos diversos son: la doble serpiente del caduceo; la serpiente del paraíso; la serpiente de bronce de Moisés enroscada en el *tau* o *lingam* generador; el macho cabrío de los aquelarres sabatinos; el *bafomete* de los templarios; el *hylé* de los agnósticos; la doble cola de serpiente del gallo solar de Abraxas; y finalmente el diablo de los católicos. Pero en su verdadero significado es la fuerza ciega contra la cual ha de prevalecer el alma para libertarse de las ligaduras terrenas, porque si su voluntad no las libra de “esta *fatal atracción*, quedarán absorbidas en la corriente de fuerza que las produjo y *volverán al fuego central y eterno*”.

Esta cabalística figura de dicción, no obstante su extraño lenguaje, es la misma que empleaba Jesús, para quien no podía tener significado distinto del que le daban agnósticos y cabalistas; pero los teólogos cristianos lo desvirtuaron para forjar el dogma del infierno. Literalmente significa dicho fuego la luz astral o principio generador y destructor de las formas. A este propósito dice Levi:

“Todas las operaciones mágicas consisten en desprenderse de los anillos de la serpiente y ponerle el pie encima de la cabeza para dominarla a voluntad. En el mito evangélico dice la serpiente: “Te daré todos los reinos de la tierra si postrado me adoras”. A lo que responde el iniciado: “No me postraré, antes bien tú caerás a mis pies. Nada puedes darme y haré de ti lo que me plazca. *Porque yo soy tu señor y dueño*”. Éste es el verdadero significado de la ambigua respuesta de Jesús al tentador... Así, pues, el diablo no es una entidad, sino una fuerza errática como su nombre indica; una corriente *ódica* o *magnética* formada por una cadena de voluntades malignas, productora del espíritu diabólico, llamado *legión* en el Evangelio, que animaba a la piara de cerdos precipitados en el mar. Este pasaje es una alegoría de cómo las fuerzas ciegas del error y el pecado arrastran precipitadamente a la naturaleza inferior” (32).

El filósofo y naturalista alemán Maximiliano Perty ha dedicado a las modernas formas de la magia un capítulo entero de su extensa obra acerca de las manifestaciones místicas de la naturaleza humana. Dice en el prefacio: “Las manifestaciones de la magia tienen parcial

fundamento en un orden de cosas completamente distinto del que conocemos por el tiempo, espacio y causalidad. Estas manifestaciones apenas pueden someterse a experimentación, ni cabe provocarlas arbitrariamente, pero sí es posible observarlas con cuidadosa atención, siempre que ocurran en presencia nuestra, para agruparlas por analogía en determinadas clases e inducir de ellas sus leyes y principios generales.

LOS PRODIGIOS DEL FAKIR

Tenemos, por lo tanto, que para el profesor Perty, afiliado sin duda a la escuela de Schopenhauer, son perfectamente posibles y naturales, por ejemplo, los fenómenos producidos por el fakir Kavindasami y descritos por el orientalista Jacolliot. Este fakir era hombre que por el completo dominio de su naturaleza inferior había llegado a purificarse hasta aquel punto en que casi del todo libre de su prisión puede el espíritu obrar verdaderas maravillas (33). Su voluntad y aun su solo anhelo eran potencia creadora capaz de gobernar los elementos y fuerzas de la naturaleza. El cuerpo no le servía ya de estorbo para hablar de “espíritu a espíritu” y alentar de “vida a vida”. Este fakir, con sólo extender las manos hizo germinar una semilla (34), de la que brotó una planta que en menos de dos horas creció prodigiosamente en presencia de Jacolliot, contra todas las aceptadas leyes fitológicas, hasta una altura que en circunstancias ordinarias hubiese requerido algunas semanas. ¿Fue milagro? Ciertamente lo fuera con arreglo a la definición de Webster, según la cual es milagro todo suceso contrario a la *establecida* constitución y marcha de las cosas, en pugna con las leyes *conocidas* de la naturaleza. ¿Pero están seguros los naturalistas de que lo *establecido* por la observación es inmutable o de que conocen todas las leyes de la naturaleza? El caso del fakir resulta algo más notablemente milagroso que los experimentos llevados a cabo en Filadelfia por el general Pleasanton, pues si éste lograba acrecentar la lozanía y fertilidad de sus viñas hasta puntos increíbles, por los rayos violetas de luz artificial, el fluido magnético que emanaba de las manos del fakir estimuló el más rápido crecimiento de la semilla índica, concentrando en ella el *akâsa* o principio vital (35) cuya corriente pasaba en flujo continuo de las manos del fakir a la planta, cuyas células avivaba con estupenda actividad, hasta terminar su crecimiento.

El principio de vida es una fuerza ciega y sumisa a la influencia capaz de dominarla. Con arreglo al ordinario curso del crecimiento vegetal, el protoplasma hubiera concentrado este principio para desenvolverse, según la norma establecida, con sujeción a las circunstancias atmosféricas (luz, calor, humedad), de las cuales hubiesen dependido su más o menos rápido crecimiento y su mayor o menor altura. Pero el fakir, con su poderosa voluntad y su espíritu purificado de los contactos materiales (36), auxilia la acción de la naturaleza y condensando, por decirlo así, en el germen el principio de vida vegetal acelera su desenvolvimiento. Esta fuerza vital obedece ciegamente a la voluntad del fakir, quien hubiera podido convertir la planta en un monstruo con sólo forjarlo mentalmente, pues la forma plástica y concreta se ajusta con invariable exactitud al tipo subjetivamente trazado en la mente del fakir, de la propia suerte que la mano y el pincel del pintor reproducen la imagen ideada por el arista. La voluntad del fakir en éxtasis delinea una matriz invisible, pero perfectamente objetivsa, que sirve de necesario molde a la materia vegetal de la planta. La voluntad crea, porque, puesta en actuación, es *fuerza* que engendra *materia*.

Si alguien objetara diciendo que el fakir no podría trazar en su mente el modelo de la planta, pues ignoraba la especie de semilla escogida por Jacolliot, responderíamos que el espíritu humano es semejante al del Creador en omnisciencia. Por lo tanto, si bien el fakir en estado de vigilia no podía saber qué especie de semilla era, en estado de trance, o sea muerto corporalmente con relación al mundo exterior, no tuvo su espíritu dificultad alguna de espacio ni

de tiempo para conocer la especie de simiente plantada en la maceta o reflejada en la mente de Jacolliot. Las visiones, prodigios y demás fenómenos psíquicos existentes en la naturaleza corroboran nuestra afirmación.

Tal vez se arguya en otro sentido, contra el hecho de referencia, diciendo que lo mismo, y tan bien como el fakir, hacen los prestidigitadores indos, si hemos de creer a los informes de la prensa y a los relatos de los viajeros. Indudablemente hacen lo mismo los vagabundos prestidigitadores a pesar de sus licensiosas costumbres que no les dan reputación de santidad ni entre los naturales ni entre los extranjeros, antes al contrario, sus compatriotas les *temen* y menosprecian porque los miran como brujos y nigrománticos. Pero estos llaman en su auxilio a los espíritus elementales, mientras que los hombres de la santidad de Kavindasami tienen bastante con la valía de su espiritu divino, íntimamente unido al alma astral, para recibir auxilio de los puros y etéreos *pitris* que asisten a su encarnado hermano. Cada ser atrae a su semejante, y la sed de riquezas, los impuros deseos y las ambiciones egoístas sólo pueden atraer a los espíritus que los cabalistas hebreos llaman *klippoth*, pobladores del cuarto mundo (*Asiah*); y los magos orientales designaban con el nombre de *afrites* o *deus*, es decir, los espíritus elementarios del error.

EL CRECIMIENTO DE LA PLANTA

Oigamos cómo describe un periódico inglés la prodigiosa suerte del rápido crecimiento de una planta, llevada a cabo por los prestidigitadores indos:

“El prestidigitador colocó en el suelo una maceta vacía y pidió permiso para que su secretario fuese a buscar tierra de jardín. Volvió a poco el secretario con una porción de tierra envuelta en la punta de su capote, que puso en el tiesto comprimiéndola ligeramente. Tomó entonces una pepita de mango y, después de enseñarla a los circunstantes, la plantó en el tiesto cubriéndola cuidadosamente de tierra y regándola con un poco de agua. Hecho esto, tapó el tiesto con un lienzo tendido sobre un pequeño triángulo, y al poco rato, entre vocerío y redobles de tambor germinó la simiente, según pudieron ver los circunstantes al descorrer el lienzo, notando que habían brotado dos hojas de color gris oscuro. Vuelta a tapar la maceta con la sábana y levantada por segunda vez al cabo de poco, vieron todos que a las dos primeras hojas habían sucedido varias otras de color verde, de unos veinticinco centímetros de alto. La tercera vez apareció la planta con más frondoso follaje, hasta doble altura, y a la cuarta operación llevaba ya pendientes de sus ramas una docena de mangos, tamaños como nueces, con altura total de cuarenta y cinco centímetros. Al destapar por última vez la maceta aparecieron los frutos en completo desarrollo y cercanos a la madurez, pues muchos espectadores probaron su sabor agridulce”.

A esto añadiremos que hemos presenciado el mismo experimento en la India y en el Tíbet, con la particularidad de haber proporcionado un bote vacío de estracto de carne Liebig, que sirvió de maceta rellena de tierra con nuestras propias manos, en *nuestra misma habitación*, para plantar una raicilla que el fakir nos había dado al efecto, sin que apartáramos ni un instante la vista del bote idéntico al ya descrito. ¿Sería capaz un prestidigitador de hacer lo mismo en igualdad de circunstancias?

El ilustrado Orioli, miembro correspondiente del Instituto de Francia, cita muchos ejemplos en demostración de los maravillosos efectos de la voluntad cuando actúa sobre el invisible Proteo de los hipnotizadores. Dice a este propósito: “He visto algunas personas que con sólo pronunciar ciertas palabras paraban en seco la precipitada carrera de toros y caballos y detenían en su trayectoria la flecha que hendía los aires”. Lo mismo afirma Tomás Bartholini. Y Du Potet, dice: “Cuando trazo en el suelo un yeso o carbón esta figura..., se fija allí algo como

un *fuego* o una *luz* que atrae a la persona que se acerca y la detiene fascinada hasta el extremo de impedirle cruzar la línea. Un poder *mágico* la fuerza a quedarse parada hasta que al fin retrocede entre sollozos. La causa *no está en mí*, sino toda por completo en el signo cabalístico, contra el cual de nada vale la violencia" (37).

EXPERIMENTOS DE REGAZZONI

El 18 de Mayo de 1856 efectuó Regazzoni una serie de notables experimentos ante muy famosos médicos franceses. Trazó con el dedo en el pavimento de la estancia una imaginaria línea cabalística sobre la cual dio algunos pases. Se había convenido en que los mismos médicos escogerían los sujetos de experimentación y los introducirían en la estancia con los ojos vendados, guiándolos hacia la línea sin decirles ni una palabra de lo que de ellos se esperaba. Los sujetos echaron a andar sin el menor recelo, hasta que llegados a la invisible barrera quedaron como clavados en el suelo, mientras que por efecto del impulso adquirido caían de bruces sobre el pavimento, con rigidez semejante a si estuvieran helados (38).

En otro experimento se convino en que a una señal dada por uno de los médicos, el sujeto, que era una muchacha e iba vendada de ojos, debía caer al suelo como herida por un rayo en cuanto sintiea el fluido magnético emitido por la voluntad del magnetizador. Así ocurrió, apenas el médico guiñó el ojo, que era la señal convenida, y al ir uno de los circunstantes a sostener a la muchacha exclamó Regazzoni con voz de trueno: "No la toquéis, dejad que caiga, porque un sujeto magnetizado jamás se lastima en la caída". Des Mousseaux, al relatar este experimento, dice: "No es tan rígido el mármol como lo era su cuerpo; la cabeza no tocaba al suelo; tenía un brazo extendido al aire, una pierna levantada y la otra horizontal. En esta posición violenta permaneció indefinidamente como estatua de bronce (39).

Todos los resultados obtenidos en las sesiones públicas de hipnotismo, los producía Regazzoni a la perfección, sin pronunciar palabra para prevenir al sujeto de lo que había de hacer, pues silenciosamente determinaba con su voluntad pasmosos efectos en el organismo de personas que le eran del todo desconocidas. Las órdenes que los circunstantes comunicaban en voz baja al oído de Regazzoni tenían inmediato cumplimiento por parte de sujetos con los oídos algodonados y vendas en los ojos, y en algunas ocasiones ni siquiera era necesaria esta comunicación, porque las preguntas mentales de los propios circunstantes hallaban cumplida respuesta.

En Inglaterra llevó a cabo Regazzoni análogos experimentos a trescientos pasos de distancia del sujeto que al efecto se le proporcionaba.

El mal de ojo no es más que la emisión del fluido magnético cargado de odiosa malevolencia y dirigido con malignas intenciones a otra persona, aunque también puede dirigirse con buen propósito. En el primer caso es *hechicería* y en el segundo *magia.*

¿Qué es la *voluntad*? ¿Pueden responder a esta pregunta las ciencias experimentales? ¿Cuál es la naturaleza de ese algo inteligente, incoercible y poderoso que prevalece con augusta soberanía sobre la materia inerte? La Idea universal quiso y el Cosmos brotó a la existencia. Yo *quiero*, y mis miembros obedecen. Yo *quiero*, y mi pensamiento atraviesa el espacio que para él no existe, envuelve el cuerpo de otro individuo, que no es parte de mí mismo, penetra en sus poros y cohibiendo sus facultades, si son flacas, le determina a una acción preconcebida. Actúa de modo semejante al fluido de una batería galvánica sobre un cadáver. Los misteriosos efectos de atracción y repulsión son los agentes *inconscientes* de la voluntad. La fascinación, tal como la ejercen las serpientes con los pájaros, es una acción *consciente* que dimana del pensamiento. El lacre, el vidrio y el ámbar atraen por el roce cuerpos ligeros y actualizan de este modo, aunque inconscientemente, la *voluntad*, porque tanto la materia organizada como la inorgánica, poseen una partícula de la esencia divina por

indefinidamente pequeña que sea. ¿Y cómo no? Desde el momento en que, durante el proceso de su evolución, ha pasado del principio al fin por millones de formas diversas, debe retener el punto germinal de la *materia preexistente*, emanada en primera manifestación de la misma Divinidad. ¿Qué ha de ser entonces esta inexplicable fuerza atractiva sino una porción del *akâsa*, de aquella esencia en que tanto los sabios como los cabalistas reconocieron el "principio de vida"? Admitamos que la atracción ejercida por los cuerpos inorgánicos es ciega; pero según ascendemos en la escala de los seres, vemos que este principio de vida se desenvuelve a cada paso en más determinados atributos y facultades. El hombre, como ser más perfecto, en quien la materia y el espíritu, o sea la *voluntad*, alcanzan mayor desenvolvimiento, es el único capaz de comunicar impulso consciente al principio de vida que de él emana. Sólo el hombre puede comunicar al fluido magnético varios y opuestos impulsos de ilimitada dirección. Como dice Du Potet: "El hombre quiere y la materia organizada obedece. En él *no hay polos*".

Brierre de Boismont, en su tratado sobre *Alucinaciones*, examina una prodigiosa variedad de visiones, éxtasis y apariciones a que vulgarmente se llaman alucinaciones. Dice a este propósito: "No podemos negar que en ciertas enfermedades se sobreexcita extraordinariamente la sensibilidad que da prodigiosa agudeza de percepción a los sentidos, hasta el punto de que algunos individuos ven desde considerable distancia y otros anuncian la llegada de personas antes de que nadie pueda verlas ni oírlas" (40).

LA DOBLE VISTA

Bierre de Boismont llama *alucinación* a la facultad que algunos enfermos lúcidos tienen de *ver a través de las paredes* y anunciar la llegada de una persona cuya venida se desconoce. Nosotros creíamos cándidamente, tal vez por ignorancia, que las *alucinaciones* han de ser subjetivas y de quimérica existencia en el delirante cerebro del enfermo; pero si éste anuncia la llegada de una persona que se halla muy lejos, y la persona llega en el preciso momento vaticinado por el *profeta*, su visión no es *subjetiva*, sino perfectamente *objetiva*, puesto que ve como va viniendo la persona. Por lo tanto, resulta incontrovertible que para ver un objeto a través de cuerpos opacos y de distancias inaccesibles a la vista corporal, es preciso la visión espiritual, pues no cabe suponer coincidencia alguna de la casualidad.

Cabanis dice que en ciertos desórdenes nerviosos, los enfermos distinguen a simple vista los infusorios y microbios que las personas sanas no pueden ver sin auxilio del microscopio. Algunas personas, añade el mismo autor (41), entre ellas un respetable miembro del Congreso Legislativo de Nueva York, eran capaces de ver en las tinieblas tan distintamente como en un aposento iluminado; y otras seguían por el olfato el rastro de las gentes y acertaban quién había siquiera tocado un objeto con sólo lerlo. Así es en efecto; porque la razón, que según dice Cabanis, se vigoriza a expensas del instinto natural, es una especie de muralla de la China, lefvantada sobre sofismas, que acaba por embotar en el hombre la percepción espiritual cuya más importante modalidad es el instinto. Al llegar a cierto grado de debilidad orgánica, cuando las facultades mentales flaquean a causa de la depauperización corporal, el instinto, o sea la espiritual *unidad* que resume los cinco sentidos corporales, no halla obstáculo alguno, ni en tiempo ni en espacio. ¿Conocemos acaso los límites de la actividad mental? ¿Cómo es posible que un médico distinga las percepciones reales de las quiméricas en un enfermo cuyo enflaquecido y exhausto cuerpo deje escapar al alma de su cárcel para vivir tan sólo espiritualmente?

La divina luz que a despecho de la materia enfoca sus rayos de modo que el alma ve como en un espejo lo pasado, lo presente y lo futuro; la mortífera flecha disparada por la cólera o el odio reconcentrados; la bendición salida de benévolos y agradecidos corazones; la

maldición lanzada contra quienquiera que sea, víctima o verdugo; todo tiene su vibración en el agente universal que en determinada modalidad es el aliento de Dios y bajo la opuesta, la ponzoña del diablo (42).

El lector tal vez pregunte: ¿Qué es ese invisible *todo*? ¿Por qué los científicos, a pesar del perfeccionamiento de sus métodos, no han descubierto ninguna de sus propiedades mágicas? Responderemos a esto que si los científicos lo desconocen no es razón bastante para negar las propiedades reconocidas en dicho agente universal por los sabios antiguos. La ciencia repudia hoy muchas cosas que mañana se verá en la precisión de aceptar. Poco menos de un siglo ha transcurrido desde que el Instituto de Francia negaba posibilidad científica a los experimentos eléctricos de Franklin, y apenas hay hoy edificio de importancia sin su correspondiente pararrayos. Los modernos científicos, gracias a su pertinaz escepticismo, escupen muchas veces al cielo y así les cae la saliva en la cara.

Dice la cosmogonía egipcia:

"*Emepht,* el principio supremo engendró un huevo y después de incubarlo impregnándolo de su propia esencia, se desenvolvió el germen del cual nació Phtha, el activo y creador principio que dio comienzo a su obra. De esta ilimitada expansión de materia cósmica (43), que Él mismo había engendrado con su soplo (voluntad), puso en actividad las potencias latentes y formó los soles, planetas y satélites en armónica e inmutable ordenación y los pobló de todas y cada una de las formas y cualidades de vida".

El mito de las cosmogonías orientales dice que en el principio sólo había agua (el padre) y limo prolífico (*Ilus* o *Hylé*, la madre), del que surgió la mundana serpiente (materia), símbolo del dios *Phanes*, el manifestado, la Palabra o Logos.

SÍMBOLOS DE LOS EVANGELISTAS

Veamos ahora cuán fácilmente remedaron este mito los compiladores del Nuevo Testamento. *Phanes*, el dios manifiesto, está representado en el símbolo de la serpiente en forma de *protogonos*, es decir, con cuatro cabezas respectivas de hombre, águila, toro y león, y alas en ambos costados. Las cabezas aluden al zodíaco y simbolizan las cuatro estaciones, pues la serpiente mundanal es el año terrestre, mientras que la serpiente por sí misma simboliza a *Kneph*, el Dios inmanifestado, el Padre. La serpiente es alada como el tiempo, y todo este simbolismo nos explica la razón de que las iglesias latina y griega acostumbren a representar a los cuatro evangelistas con los respectivos animales simbólicos cuyas cabezas lleva el *protogonos,* así como también se ven dichos animales agrupados junto al sello de Salomón, en el pentágono de Ezequiel y en los querubines del Arca de la Alianza. También se explica la insistencia de Irenero, obispo de Lyon, en que necsariamente había de haber un cuarto evangelio, pues cuatro eran las zonas del mundo y cuatro los puntos cardinales (44). Dice un mito egipcio que la fantástica configuración de la isla de Chemmis (45), que flota en las etéreas ondas del empíreo, fue puesta en existencia por obra de Horus-Apolo, el dios-sol que la sacó del huevo del mundo.

En el poema cosmogónico de Völuspa (cántico de la profetisa), que contiene las leyendas escandinavas relativas a la aurora de los tiempos, el fantástico germen del universo yace en la *ginnungagap* (copa de ilusión), símbolo del abismo vacuo y sin límites, el *nebelheim* o paraje de las tinieblas. En esta tenebrosa y desolada matriz del mundo cae un rayo de cálida luz (éter), que llena la copa hasta los bordes y en ella se congela. Entonces el Invisible levantó con un soplo un viento abrasador que derribó las heladas aguas y disipó la niebla. Las aguas (corrientes de *Elivâgar*), cayeron en vivificantes gotas de que surgió la tierra con el gigante Imir (principio masculino), quien sólo tenía "semejanza de hombre". Al mismo tiempo nació la vaca

Audhumla (46) (principio femenino) de cuyas ubres fluyeron cuatro ríos de leche que se derramaron por el espacio (¡) (emanación pura de luz astral). La vaca Audhumla engendra un potente y bello ser superior, llamado *Bur*, que lamía las piedras cubiertas de *sales minerales*.

Comprenderemos con mayor facilidad el oculto sentido de la alegoría de la creación del hombre, si tenemos en cuenta que los antiguos filósofos consideraban universalmente la sal como uno de los más importantes principios constituyentes de la creación orgánica, y que los alquimistas la tenían por el ménstruo universal extraído del agua, aparte de que tanto la ciencia moderna como el concepto pupular la diputan por elemento indispensable para el hombre y los animales. Paracelso llama a la sal "centro de agua en quee han de morir los metales"; y Van Helmont dice que el alkahest es *summum et felicissimum omnium salium* (la sal más superior y afortunada).

Cuando Jesús dijo a sus discípulos:

> Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?... Vosotros sois la luz del mundo. (San Mateo, v. 14).

Con estas palabras significaba directa e inequívocamente la doble naturaleza del hombre físico y espiritual, demostrando por otra parte su conocimiento de la doctrina secreta cuyos vestigios se descubren en las más antiguas y populares tradiciones de ambos Testamentos, así como en las obras de los místicos y filósofos antiguos y medioevales. Pero volvamos a la cosmogonía escandinava expuesta en los *Eddas*. El gigante Imir se queda dormido y suda copiosamente. La transpiración engendra de su sobaco izquierdo un hombre y una mujer, a quienes del pie del gigante les nace un hijo. Así tenemos que mientras la mítica "vaca" produce una raza de hombres superiores y espirituales, el gigante Imir engendra una raza de hombres malos y depravados, los *hrimthursen* (gigantes helados. Salvo ligeras modificaciones, vemos la misma leyenda cosmogónica en los *Vedas* de la India. Tan luego como Brahmâ recibe de Bhagavâd, el Supremo dios, la potestad creadora, engendra seres animados puramente espirituales, los *dejotas*, que por residir en el Svarga (región celeste), no están dispuestos a morar en la tierra, y en consecuencia engendra Brahmâ a los *daityas*, de gigantesca estatura, que habitan en el Pâtala (región inferior del espacio) y tampoco están en condiciones de poblar el *Mirtloka* (la tierra). Para remediar este mal, Brahmâ engendra *de su boca* al primer brahmán, progenitor de nuestra raza; de su brazo derecho engendra a Raettris, el primer guerrero; de su brazo izquierdo a Shaterany, esposa de Raettris; del pie derecho nace su hijo Bais y del izquierdo su mujer Basany. Así como en la leyenda escandinava, Bur, el espiritual hijo de la vaca Audhumla, se casa con Besla, de la depravada estirpe de los gigantes, también en la leyenda inda el primer brahmán se casa con Daintary, de raza de gigantes. Igualmente nos dice el Génesis que los hijos de Dios tomaron por esposas a las hijas de los hombres, de cuya unión nacieron poderosos linajes. Resulta de ello evidente la originaria identidad entre el Génesis y las leyendas de la Escandinavia y el Indostán, a pesar de que se les niega a estos la inspiración atribuida al primero. Examinadas detenidamente, conducen a idéntico resultado las tradiciones de casi todos los demás países.

LA SERPIENTE EGIPCIA

¿Qué cosmólogo moderno sería capaz de resumir en símbolo tan sencillo como la serpiente egipcia tal cúmulo de significados? En la serpiente se compendia toda la filosofía del universo. La materia está vivificada por el espíritu y ambos elementos desenvuelven del caos (energía) cuanto ha de existir. El *nudo* en la cola de la serpiente simboliza la íntima latencia de los elementos en la materia cósmica.

Otro símbolo aún más importante es la muda de la piel de la serpiente, que según se nos alcanza no han acertado hasta ahora a interpretar los simbolistas. Así como el reptil al despojarse de la piel se libra de una envoltura de grosera materia, demasiado enojosa ya para su cuerpo, y entra en un nuevo período de actividad, así también *el hombre al desprenderse de su cuerpo grosero y material pasa a un nuevo estado de existencia con mayores facultades y más enérgica vitalidad*. Por el contrario, los cabalistas caldeos dicen que cuando el hombre primitivo (47) se despiritualizó por su contacto con la materia, le fue dado por vez primera *cuerpo carnal*, y así lo simboliza aquel significativo versículo: "Hizo también el señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió" (48). A menos que los intérpretes quieran convertir a Dios en sastre celeste, ¿qué otra cosa significan estas frases aparentemente absurdas, sino que el hombre espiritual en el curso de su involución había llegado al punto en que el predominio de la materia le transformó en hombre de carne? (49).

Esta cabalística doctrina está más acabadamente expuesta en el *Libro de Jasher* (50), donde se dice que Noé heredó estas túnicas de Matusalem y Enoch, quien a su vez las había recibido de manos de Adán y su mujer. Cam se las hurtó a su padre que las había puesto en el arca y las dio secretamente a Cus, quien, a escondidas de sus hermanos e hijos, las transmitió a Nemrod.

Algunos cabalistas y aun arqueólogos dicen que Adán, Enoch y Noé son nombres distintos de un mismo personaje (51); pero otros sostienen que entre Adán y Noé transcurrieron varios ciclos, lo que equivale a decir que cada patriarca antediluviano representaba una raza existente en la sucesión de los ciclos, y que cada una de estas razas fue menos espiritual que la precedente. Así tenemos, que si bien Noé fue varón justo, no podía parigualarse en bondad con su ascendiente Enoch, que fue arrebatado al cielo en vida. De aquí la alegoría de que Noé heredó del segundo Adán y de Enoch la túnica de piel, aunque no la llevaba puesta, pues de lo contrario no se la hurtara su hijo Cam. Pero como Noé y sus hijos se salvaron del diluvio, resulta que el primero pertenecía a la antediluviana raza espiritual y fue escogido de entre todos los hombres por su pureza, mientras que sus descendientes fueron postdiluvianos. La túnica de piel que Cus llevó en secreto, es decir, cuando la materia contaminó su naturaleza espiritual, pasó a Nemrod, el hombre más poderoso y fuerte de los posteriores al diluvio y último vástago de los gigantes antediluvianos (52).

Veamos de entresacar el oculto significado de la leyenda diluviana.

En la cosmogonía escandinava, los hijos de Bur matan al gigante Imir, y tan caudalosos ríos de sangre brotaron de sus heridas, que sumergieron a toda la raza de fríos y helados gigantes, salvándose únicamente Bergelmir y su mujer, refugiados en una barca, por lo que fueron padres de una nueva raza de gigantes, nacida del mismo tronco. Todos los hijos de Bur se salvaron del diluvio (53).

El gigante Imir simboliza la primitiva y ruda *materia* orgánica, las ciegas fuerzas cósmicas en estado caótico, antes de recibir el inteligente impulso del divino Espíritu que reguló su movimiento en leyes inmutables. La progenie de Bur son los "hijos de Dios" o los dioses menores a que alude Platón en su *Timeo*, a los cuales fue encomendada la creación del hombre, pues sacan del caótico abismo (*el ginnungagap*) los mutilados restos del gigante Imir y se sirven de ellos para crear el mundo. Su sangre forma los ríos y los mares; sus huesos las montañas; sus dientes las rocas y peñascos; sus cabellos los árboles; su cráneo la bóveda celeste sustentada en las cuatro columnas de los puntos cardinales, y sus cejas formaron el Edén, la futura morada del hombre. Para tener correcta idea de esta morada (la tierra), dicen los *Eddas* que es preciso concebirla *redonda como un anillo* o como un disco flotante en la neblina del océano celeste (éter). Está circuída por Yörmungand, el gigantesco Midgard o serpiente que

se muerde la cola, la culebra mundanal, símbolo de la materia dimanante de Imir, compenetrada con el espíritu de los hijos de Dios, que produjeron y modelaron todas las formas. Esta emanación es la luz astral de los cabalistas y el hipotético éter de los físicos modernos.

La misma leyenda escandinava de la creación del hombre nos da a entender cuán convencidos estaban los antiguos de la trínica naturaleza humana. Según el *Völuspa*, Odin, Hönir y Lodur, los progenitores de nuestra raza, mientras paseaban por la orilla del mar vieron dos palos que, inertes y sin utilidad alguna, flotaban en el agua. Odin les infundió el soplo de vida. Hönir dióles alma y movimiento. Lodur les dotó de belleza, palabra, vista y oído. Al hombre le llamaron *Askr* (fresno) (54) y a la mujer *Embla* (aliso). Pusieron a esta primera pareja en el Edén y recibieron de sus creadores materia o vida inorgánica, mente o alma y espíritu puro. La primera procedía de los restos del gigante Imir; la segunda de los *AEsire* (dioses descendientes de Bur) y el tercero de *Vanr* (representación del puro espíritu).

EL ÁRBOL MUNDANAL

Según otra versión del *Edda*, el universo visible surgió del centro de las frondosas ramas del *Iggdrasill* (árbol mundanal de tres raíces). Por debajo de la primera raíz corre el manantial de vida (*Urdar*) y debajo de la segunda está el famoso pozo de Mimer, en cuyo fondo se ocultan la inteligencia y la sabiduría. Odin pide un vaso de agua de este pozo y lo consigue con la condición de dejar un ojo en prenda. Este ojo es el símbolo de la Divinidad, porque Odin lo deja en el fondo del pozo. Del árbol mundanal cuidan tres doncellas (normas o parcas), llamadas, Urdhr, Verdandi y Skuld, símbolos del pasado, el presente y el futuro. Todas las mañanas, mientras computan la duración de las vidas humanas, sacan agua de la fuente de Urdar para regar las raíces del árbol mundanal. Las emanaciones del fresno (*Iggdrasill*), al condensarse y caer en suelo, dan existencia y forma a la materia inanimada. Este árbol simboliza la vida universal, así orgánica como inorgánica; sus emanaciones significan el espíritu que vivifica las formas de la creación; y de sus tres raíces, una se extiende hacia el cielo, otra hacia la morada de los magos (gigantes de las altas montañas), y la otra, bajo la cual mana la fuente Hvergelmir, la roe el monstruo Nidhögg, que constantemente induce a los hombres al mal.

También los tibetanos tienen su árbol mundanal en la antiquísima leyenda cosmogónica de su país. Le llaman *Zampun*, y tiene asimismo tres raíces, de las cuales la primera se extiende hacia el cielo hasta la cima de las más altas montañas, la segunda hacia las regiones inferiores y la tercera llega a Oriente.

Los indos llaman *Ashvatta* (55) al árbol mundanal. Sus ramas son los componentes del mundo visible, y sus hojas los himnos védicos que tanto bajo el aspecto intelectual como del moral simbolizan el universo.

Quien cuidadosamente estudie los mitos cosmogónicos de las religiones antiguas advertirá, sin duda, la sorprendente similitud de concepto esotérico y de forma exotérica, hasta el punto de que no puede resultar de meras coincidencias, sino de un plan único en demostración de que en aquellos primitivos tiempos, velados por la densa niebla de las tradiciones, el pensamiento religioso de la humanidad se desenvolvía acordemente en todas las comarcas del globo. Los cristianos llaman panteísmo a la veneración que inspiran las recónditas verdades de la naturaleza; pero entre el panteísmo adorador de Dios en la naturaleza que, como única manifestación objetiva de la divinidd, la revela y recuerda sin cesar al hombre, y una religión dogmática que encubre y vela el verdadero concepto de Dios, no es difícil discernir cuál de los dos satisface más cumplidamente las necesidades del género humano.

La ciencia moderna acepta la teoría de la evolución, de acuerdo en este punto con la doctrina secreta y el significado oculto de los mitos cosmogónicos de la antigüedad, sin excluir

la Biblia. Lentamente brota de la semilla el tallo y del tallo el capullo y del capullo la flor; pero ¿qué fueza *espiritual* preside todas estas transformaciones que acaban por dar a a la flor su forma, colores y perfume?

A esto responde la palabra *evolución*. El germen de la actual raza humana debió preexistir en su progenitor, como la semilla en que late la futura flor existe oculta en el ovario materno. La nueva planta podrá tener mucha semejanza con su progenitora, pero será algo distinta de ella. Si los antediluvianos predecesores del elefante y del lagarto fueron el mamut y el plesiosaurio, ¿por qué no ser progenitores de nuestra raza los gigantes a que aluden los *Vedas*, el *Völuspa* y el *Génesis*?

La transformación de las especies, tal como la exponen los materialistas, es tan absurda como lógica resulta la evolución sucesiva de las formas animales de un originario tipo inferior. Aun concediendo que las especies animales procedan tan sólo de cuatro o cinco tipos (56), y aunque todos los seres orgánicos que viven o han vivido en la tierra procedan de una forma primaria (57), no parece sino que únicamente los empedernidos materialistas y los faltos de intuición sean capaces de prever “el futuroestablecimiento de la psicología sobre las nuevas bases de la evolución gradual de las facultades y fuerzas mentales” (58).

El origen físico del hombre y todo cuanto se refiere a su evolución orgánica cae bajo el dominio de las ciencias experimentales; pero negamos a los materialistas toda competencia en lo concerniente a la evolución psíquica y espiritual del hombre, porque no hay ni mucho menos pruebas evidentes de que las facultades superiores del ser humano procedan de la evolución como la planta más humilde y el más miserable gusano (59).

Veamos ahora la teoría evolucionista de los antiguos brahmanes simbolizada en el árbol mundanal llamado Ashvatta, aunque de distinto modo que los escandinavos. El Ashvatta tiene las ramas hacia abajo y las raíces hacia arriba. Las raíces simbolizan el mundo físico, el universo vivisble, y las segundas el invisible mundo espiritual, porque las raíces arrancan de las celestes regiones en donde desde la creación del mundo colocó la humanidad a su invidisible Dios. Los símbolos religiosos de todo país son corroboraciones diversas de la doctrina, según la cual, la energía creadora emanó de un punto primario, y así lo enseñaron Pitágoras, Platón y otros filósofos. A este propósito, dice Filón: “Los caldeos opinaban que el Kosmos es punto entre las cosas existentes, bien que este punto sea el mismo Dios (*Theos*) o bien que en él esté Dios abarcando el alma de todas las cosas (60).

SÍMBOLO DE LAS PIRÁMIDES

Las pirámides de Egipto simbolizan la misma idea que el árbol mundanal. El vértice es el místico eslabón entre cielo y tierra, análogo a la raíz del árbol, mientras que la base representa las ramas extendidas hacia los cuatro puntos cardinales del universo material. La idea simbólica de las pirámides es que todas las cosas dimanan del espíritu por evolución descendente (al contrario de lo que supone la teoría darwiniana), es decir, que las formas han ido materializándose gradualmente hasta llegar al máximo de materialización. En este punto entra la moderna teoría evolutiva en el palenque de las hipótesis especulativas y no causa extrañeza que Haeckel trace en su *Antropogenia* la genealogía del hombre “desde la raíz protoplásmica existente en el limo oceánico, mucho antes de sedimentar las más antiguas rocas fosilíferas”, según expone Huxley. Podemos creer que el hombre descienda de un mamífero semejante al mono, sobre todo cuando, según afirma Berosio, esta misma teoría enseño, sino tan elegante, más comprensiblemente, el hombre pez, Oannes o Dagón, el semidemonio de Babilonia (61). Conviene advertir que esta antigua teoría de la evolución, no sólo se encierra en los símbolos y leyendas, sino que también se ve representada en pinturas murales de los templos indos y se

han encontrado fragmentos descriptivos en los templos egipcios y en las losas de Nimrod y Nínive excavadas por Layard. Pero ¿qué hay tras la descendencia del hombre según Darwin? Por muy allá que vaya nuestro examen, sólo encontramos hipótesis de imposible demostración, porque el famoso naturalista dice que "todas las especies descienden en línea recta de unos cuantos individuos existentes mucho tiempo antes de formarse la primera capa silúrica" (62). Aunque Darwin no se toma el trabajo de decirnos quiénes fueron estos "unos cuantos individuos", basta que para admitir su existencia haya de solicitar la corroboración de los antiguos, de modo que el concepto tenga carácter científico. En efecto, sería verdaderamente temerario afirmar que la ciencia moderna contradice la antigua hipótesis del hombre antediluviano, después de las modificaciones sufridas por nuestro globo en cuanto a temperatura, clima, suelo y aun nos atrevemos a decir que en sus condiciones electro-magnéticas. Las hachas de pedernal encontradas por Boucher de Perthes en el valle de Sômme son prueba de que la antigüedad del hombre sobre la tierra excede a todo cómputo. Según Büchner, el hombre existía ya en el período glacial correspondiente a la época cuaternaria y probablemente más allá todavía. Pero ¿quién es capaz de sospechar lo que nos tienen reservado los futuros descubrimientos?

Si hay pruebas incontrovertibles de que el hombre existió en tan remota antigüedad, forzosamente se ha de haber alterado su organismo de modo admirable, por razón de las mudanzas atmósfericas y climatológicas.

En consecuencia, también cabe suponer por analogía, remontándonos a esas lejanísimas épocas, que el organismo de los remotos ascendientes de los "helados gigantes", les permitiera convivir con los peces devónicos y los moluscos silúricos. Verdad que no han dejado sus huesos ni sus hachas de sílex en las cavernas; pero sí es fidedigno el testimonio de los antiguos, en los primitivos tiempos no sólo hubo gigantes u "hombres de famoso poderío", sino también "hijos de Dios". Si a cuantos creemos en la evolución del *espíritu*, tan firmemente como los materialistas en la de la *materia*, se nos acusa de sostener "hipótesis indemostrables", bien podemos echar en cara a los acusadores que, según ellos mismos confiesa, su teoría de la evolución física no está demostrada y tal vez sea indemostrable (63). Nosotros podemos por lo menos inferir pruebas de los mitos cosmogónicos cuya pasmosa antigüedad reconocen filólogos y arqueólogos, mientras que nuestros adversarios en nada pueden apoyarse, *a no ser que recurran a parte de las antiguas inscripciones con caracteres ideográficos y supriman el resto.*

Afortunadamente, mientras las obras de algunos reputados científicos parecen contradecir nuestras teorías, las corroboran por completo otros no menos eminentes, como Wallace, quien defiende la idea del "lento proceso evolutivo" de las especies a partir de una época remotísima en innumerable sucesión de ciclos (64). Y si esto admite en los animales, ¿por qué no admitirlo en el hombre cuyos lejanísimos ascendientes fueron los seres puramente espirituales llamados hijos de Dios?

MITOS BISEXUALES

Volvamos ahora al simbolismo antiguo con su mitología físico-religiosa. Más adelante esperamos demostar la íntima relación de estos mitos con los adelantos de las ciencias naturales, pues las emblemáticas imágenes y la peculiar fraseología de los sacerdotes antiguos encubren conocimientos todavía ignorados en nuestro ciclo.

Por muy experto que sea un erudito en las escrituras hierática y jeroglífica de los egipcios, ha de analizar cuidadosamente las inscripciones y no aventurarse a interpretarlas sin

estar antes seguro, compás y regla en mano, de que el jeroglífico se ajusta a las figuras y líneas geométricas que dan la clave.

Sin embargo, hay mitos de espontánea interpretación, como por ejemplo los bisexuales creadores en todas las cosmogonías. El griego Zeus-Zën (Éter) con sus esposas Chthonia (tierra caótica) y Metis (agua); Osiris (también el Éter) primera emanación de Amun, la Suprema Deidad y primaria fuente de luz, con Isis-Latona (tierra y agua); Mithras (65), el dios nacido de la roca, símbolo del fuego mundanal masculino o personificación de la luz primaria, y su a la par esposa y madre Mithra, la diosa del fuego, que representaban el puro elemento ígneo (principio activo masculino), considerado como luz y calor, en conjunción con la tierra y el agua (principios pasivos femeninos de la generación cósmica). Mithras es hijo de Bordj (la montaña mundanal de los persas) (66) de la que surge como resplandeciente rayo de luz. La cosmogonía inda nos habla de Brahmâ, el dios del fuego, y de su prolífica consorte Unghi, la refulgente deidad de cuyo cuerpo brotan mil rayos de gloria y siete lenguas de fuego (67). Siva, personificado en el Meru (los Himalayas o montaña mundanal de los indos), descendió del cielo, como el Jehovah judío, en una columna de fuego. Todas estas divinidades y otras tantas de ambos sexos que pudiéramos citar revelan claramente su significación esotérica. Y ¿qué otra cosa sino el principio físico-químico de la creación primordial significarían estos mitos duales? Son símbolo de la primera y trina manifestación de la Causa Suprema en espíritu, fuerza y materia; de la divina *correlatividad* en el punto inicial de la evolución representada por la cópula del fuego y del agua o unión del principio activo masculino con el pasivo femenino, emanados ambos del electrizante espíritu y procreadores de su telúrico hijo, la materia cósmica o *substancia primaria*, vivificada por el éter o luz astral.

Tenemos, por lo tanto, que las montañas, huevos, árboles, serpientes, columnas y demás símbolos mundanales encubren verdades de filosofía natural científicamente demostradas. Las montañas simbólicas describen con ligeras variantes la creación primaria; los árboles mundanales denotan la evolución del espíritu y de la materia; la serpiente y las columnas aluden a los diversos atributos de esta doble evolución en su interminable correlatividad de fuerzas cósmicas. En los misteriosos repliegues de la montaña, matriz del universo, las divinas potestades disponen los atómicos gérmenes de la vida orgánica y el licor de vida que despierta el espíritu humano en la materia humana.

Este sagrado licor es el Soma, la bebida sacrificial de los indos; porque las partículas más densas de la *substancia primera* formaron el mundo físico, y las más sutiles lo envolvieron en sus etéreas e invisibles ondulaciones, como a niño recién nacido, estimulando su actividad a medida que surgía lentamente del eterno caos.

LA SERPIENTE SATÁNICA

Los mitos cosmogónicos pasaron de la idea poéticamente abstracta al simbolismo plástico, tal como los halla hoy la arqueología. La serpiente, que tan importante papel representa en la pintura y escultura antiguas, perdió después su verdadera significación a causa de las absurdas interpretaciones del *Génesis*, que la identifican con Satanás, cuando por el contrario es el mito de más diversos e ingeniosos emblemas. Entre ellos se cuenta el de *agathodaimon* (arte de curar e inmortalidad del alma) y, por esta razón, es obligado atributo de todas las divinidades patronímicas de la salud y de la higiene. En los Misterios egipcios la copa de la salud estaba rodeada de serpientes. También es este reptil emblema de la materia, pues como el mal es la oposición al bien, cuanto más se aparte la materia de su espiritual fuente, tanto más quedará sujeta al mal. En las más antiguas imágenes de los egipcios y en las alegorías cosmogónicas de Kneph simboliza la materia una serpiente dentro de un círculo

hemisférico cuyo ecuador cruxza en línea recta para dar a entender que si el universo de luz astral envuelve al mundo físico que de él emanó, queda a su vez envuelto y limitado por *Emepht* (Causa Primera). *Phtha* engendra a *Ra* con las miríadas de formas que vivifica, y ambos salen del huevo mundanal porque el huevo es la más común modalidad generativa de los seres vivientes. La eternidad del tiempo y la inmortalidad del espíritu están simbolizadas en la serpiente que circuye el mundo y se muerde la cola sin dejar solución de continuidad. También simboliza entonces la luz astral.

Los filósofos de la escuela de Ferécides enseñaban que el éter (Zeus o Zën) es el cielo superior o empíreo donde está el mundo superior cuya luz (astral) es la concentración de la substancia primaria.

Tal es el símbolo de la serpiente identificada más tarde con Satán por los cristianos. Es el *Od, Ob* y *Aûr* de Moisés y de los cabalistas. Cuando la luz astral en estado pasivo actúa sobre quienes sin darse cuenta se ven arrastrados por su corriente es el *Ob* o pitón. Moisés se resolvió al exterminio de cuantos cedían a la influencia de las siniestras entidades que por todas partes nos rodean y se mueven en las ondas astrales como el pez en el agua, a las que Lytton llama “moradores del umbral”. Pero se transmuta en *Od* tan pronto como la vivifica el *flujo consciente* de un alma inmortal, porque entonces las corrientes astrales actúan bajo la dirección de un adepto o un hipnotizador cuya espiritual pureza les capacite para dominar las fuerzas ciegas. En este caso, desciende temporáneamente a nuestra esfera una elevada entidad planetaria de las que nunca encarnaron (aunque entre ellas las haya que han vivido en nuestro mundo) y purificando el ambiente circundante abre los ojos espirituales del sujeto y le infunde el don de profecía. Por lo que atañe al *Aûr* designa ciertas propiedades ocultas del agente universal, que únicamente interesan a los alquimistas y en modo alguno al público en general.

Anaxágoras de Clazomene, fundador del sistema filosófico homoiomeriano, creía firmemente que los elementos y arquetipos espirituales de todas las cosas procedían del éter sin límites, al cual se restituían desde la tierra. Los indos divinizaron el éter (*akâsha*) y los griegos y latinos lo identificaron con Zeus o Magnus, a quien Virgilio (68) llama *pater omnipotens aeter.*

Las entidades astrales o habitantes del umbral a que hemos aludido son los espíritus elementarios de los cabalistas (69) o los diablos de la iglesia cristiana.

Dice Des Mousseaux muy gravemente, al tratar de los diablos, que ya Tertuliano descubrió a las claras el secreto de sus astucias. ¡Precioso descubrimiento! Pero ahora que tanto conocemos de las tareas mentales de los Padres de la Iglesia y de sus descubrimientos en antropología astral, ¿habremos de extrañar que en su afán de exploraciones espirituales se hayan olvidado de nuestro planeta hasta el punto de negarle, no sólo movimiento, sino también esferoicidad?

Dice Langhorne en su traducción de Plutarco: “Opina Dionisio de Halicarnaso que Numa mandó edificar el templo de Vesta en forma de rotonda para representar la redondez de la tierra simbolizada en dicha diosa”. Además, Filolao, de acuerdo con los pitagóricos, sostiene que el elemento fuego está en el centro de la tierra; y Plutarco, al tratar de este asunto, atribuye a los pitagóricos la opinión de que “la tierra no está quieta ni situada en el centro del universo, sino que gira en torno de la esfera de fuego, sin ser la más valiosa ni la principal parte de la gran máquina”. De la misma manera opinaba Platón. Por lo tanto, no cabe duda de que los pitagóricos se anticiparon al *descubrimiento* de Galileo.

LA CIUDAD SILENCIOSA

Muchos fenómenos, hasta ahora misteriosos e inexplicables, serán fáciles de comprender una vez admitida la existencia del universo invisible (70) que satura el organismo

de los sujetos hipnotizados, ya por la poderosa voluntad de un magnetizador, ya por entidades invisibles cuya acción produce el mismo resultado. Una vez hipnotizado el sujeto, sale su cuerpo astral de la paralizada envoltura de carne y cruzando el espacio sin límites se detiene en el borde de la misteriosa frontera. Pero las puertas de entrada a la "ciudad silenciosa" tan sólo están entornadas y no se le abrirán de par en par hasta el día en que su alma, unida a la sublime e inmortal esencia, deje su cuerpo de carne. Entretanto, el vidente sólo puede atisbar por la mirilla, y de su agudeza perceptiva dependerá la extensión del campo visual.

Todas las religiones antiguas tuvieron el mismo concepto de la trinidad en la unidad simbolizada en los tres Dejotas de la Trimurti inda y en las tres cabezas de la cábala judía esculpidas una en otra y encima una de otra (71). La Trinidad de los egipcios y la de los griegos simbolizaban análogamente la emanación primaria y trina con sus dos principios: masculino y femenino. La unión del *Logos* (sabiduría, principio masculino, Dios manifestado) con el *Aura* (principio femenino, Anima mundi, Espíritu Santo, Sefira de los cabalistas y Sofía de los agnósticos) engendra todas las cosas visibles e invisibles. La verdadera interpretación metafísica de este dogma universal quedó reservada en el recinto de los santuarios; pero los griegos la personificaron en poéticos mitos. En las *Dionysíacas* de Nonnus aparece Baco enamorado de la suave y juguetona brisa *Aura Plácida* (Espíritu Santo o céfiro plácido). A este propósito dice Higgins: "El céfiro plácido dio origen a dos santos del calendario compuesto por los *ignorantes* Padres de la Iglesia: Santa Aura y San Plácido, con añadidura de convertir al jovial dios en San Baco, cuyo sepulcro y reliquias se enseñan todavía en Roma. La fiesta de San Aura y San Plácido se celebra el 5 de Octubre, poco antes de la de San Baco" (72). Mucho más sublime y poético es el espíritu religioso del mito escandinavo. En el insondable abismo del mundo (*Ginnungagap*) luchan con ciega y rabiosa furia la materia cósmica y las fuerzas primarias, cuando el Dios inmanifestado envía el benéfico soplo del deshielo desde la ígnea esfera del empíreo (*Muspellheim*), entre cuyos refulgentes rayos mora mucho más allá de los límites del mundo. El alma del Invisible, el Espíritu flotante sobre las negras aguas del abismo, hace surgir del caos el orden y después de dar el impulso a la creación toda, queda la CAUSA PRIMERA *instatu abscondito* (73).

EL RAYO DE THOR

La religión y la ciencia se hermanan en los cantos del paganismo escandinavo. Cuando Thor, el Hércules del Norte, hijo de Odin, ha de empuñar la terible maza de donde brota el rayo, se calza guanteletes de *hierro.* Lleva además el *cinto de fuerza* o cinturón mágico que acrecienta su celeste poderío. Monta un carro con lanza de hierro, cuyas ruedas giran sobre nubes preñadas de rayos, tirado por dos carneros con frenos de plata y su temerosa frente está coronada de estrellas. Esgrime Thor su clava con fuerza irresistible contra los rebeldes gigantes helados a fuerza irresistible contra los rebeldes gigantes helados a quienes vence, derrite y aniquila. Cuando los dioses han de celebrar asamblea en la fuente de Urdar para decidir los destinos de la humanidad, todos se encaminan allá montados menos Thor, que va por su pie, temeroso de que al atravesar el Bifrost (arco-iris) o puente AEsir de variados colores, lo incendie con su fulgurante carro y hiervan las aguas de Urdar.

Lisa y llanamente ¿qué interpretación cabe dar a este mito sino que el autor de la leyenda conocía no poco la electricidad? Thor, personificación de la energía eléctrica, para manejar el fluido se pone guantelestes de hierro, es decir, del metal conductor. El cinturón de fuerza es el circuito cerrado por donde fluye la corriente eléctrica. El carro cuyas chispeantes ruedas giran sobre las cargadas nubes simboliza la electricidad en actuación. La puntiaguda lanza sugiere la idea del pararrayos y el tiro de carneros representan el principio masculino con

el femenino en los frenos de plata, puesto que éste es el metal de Astarté o Diana (la luna). En el carnero y el freno vemos combinados en oposición los principios activo y pasivo de la naturaleza. El carnero impulsa y el freno retiene, pero ambos están sujetos a la omnipenetrante energía eléctrica que los mueve. De esta energía primaria y de las múltiples y sucesivas combinaciones de ambos principios masculino y femenino dimana la evolución del mundo visible, gloriosamente cifrado en el sistema planetario que simboliza el círculo de estrellas que ornan su frente. Los terribles rayos de Thor (electricidad activa) prevalecen contra las fuerzas titánicas representadas en los gigantes; pero al reunirse con los dioses menores, ha de atravesar a pie el Bifrost o puente del arco iris y bajar del carro (pasar al estado latente), pues de otro modo aniquilaría todas las cosas con su fuego. Respecto a que Thor teme poner en ebullición las aguas de la fuente Urdar, no comprenderán los físicos modernos el significado de este mito hasta que se determinen completamente las recíprocas relaciones electromagnéticas de los elementos del sistema planetario, que ahora tan sólo se presumen, según vemos en los recientes ensayos de Mayer y Hunt. Los filósofos antiguos creían que los volcanes y los manantiales de agua termal dimanaban de subterráneas corrientes eléctricas, que también eran causa de los sedimentos minerales de diversa índole que originan las fuentes medicinales. Si se objeta que los autores antiguos no expresan claramente estos hechos porque, según los modernos, nada sabían de electricidad, redargüiremos diciendo que nuestra época no conoce todas las obras de la sabiduría antigua. Las claras y frescas aguas de Urdar regaban diariamente el místico árbol del mundo, y si las hubiese enturbiado Thor (electricidad activa), las convirtiera de seguro en aguas minerales ineficaces para el riego.

Estos ejemplos corroboran la antigua afirmación de los filósofos de *en todo mito hay un Logos* y un fondo de verdad en toda ficción.

CAPÍTULO VI

Hermes, el portador de mis órdenes, tomó la varilla
con que a su arbitrio cierra los párpados de los mortales
Y a su arbitrio también despierta a los dormidos.
-*Odisea*, Libro V.

Yo vi saltar los anillos samotracios y bullir las
limaduras de acero en un plato de bronce,
apenas pusieron debajo la piedra imán. Y
con pánico terror parecía huir de ella el hierro
con acerbo odio.-LUCRECIO, Libro VI.

Pero lo que especialmente distingue a la Fraternidad,
es su maravilloso conocimiento de los recursos del arte
médico. Operan por medio de simples y no por hechizos.
-*Manuscrito. Informe sobre el origen y atributos de los verdaderos rosacruces).*

Pocas verdades tan profundas han dicho los científicos como la expuesta por Cooke en su obra *Nueva Química*, al decir: "La historia de la ciencia nos demuestra que para arraigar y desarrollarse una verdad científica, es preciso que la época esté debidamente dispuesta a recibirla, pues muchas ideas no dieron fruto por haber caído en suelo estéril; pero tan luego como el tiempo puso el abono, la simiente echó raíces y más tarde frutos...

"Todo estudiante se sorprende al ver el escaso número de verdades que aun los más preclaros talentos añadieron al acopio científico". La transformación operada recientemente en la química es muy a propósito para llamar la atención de los químicos sobre el particular, que no causaría extrañeza si antelativamente se hubiesen estudiado con imparcial criterio las enseñanzas alquímicas. El puente que salva el abismo abierto entre la *nueva* química y la *vieja* alquimia es pequeño en comparación del tendido más audazamente al pasar de la teoría dualística a la unitaria.

Así como Ampère fue fiador de Avogadro entre los químicos modernos, así también se verá algún día que la hipótesis del od, sustentada por Reichenbach, abre camino para estimar la valía de Paracelso. Hace tan sólo cincuenta años, se consideraba la molécula como el tipo unitario de las combinaciones químicas, y acaso no transcurra tanto tiempo sin que se reconozca el eminente mérito del místico suizo, quien dice en una de sus obras: "Conviene tener en cuenta que el imán es aquel espíritu de vida en el hombre sano, a quien el enfermo busca, y ambos están unidos al caos externo. De esta suerte, el enfermo inficiona al sano por atracción magnética".

Las obras de Paracelso describen las causas de las enfermedades que afligen a la humanidad, las ocultas relaciones entre la fisiología y la psicología, que en vano se esfuerza en descubrir especulativamente la ciencia moderna, y los específicos y remedios de cada una de las dolencias corporales. También conoció Paracelso el electro-magnetismo tres siglos antes de que OErsted presumiera haberlo descubierto, según puede inferirse del examen crítico de su peculiar terapéutica. En cuanto a sus descubrimientos químicos, no hay necesidad de enumerarlos, puesto que muchos autores imparciales le tienen por uno de los más insignes químicos de su época (1). Brierre de Boismont le llama genio, y de acuerdo con Deleuze dice que abrió una nueva era en la historia de la medicina. El secreto de sus felices y mágicas

curaciones (como las llamaron entonces), consistía en el soberano menosprecio con que miraba a las tituladas autoridades científicas de su tiempo. A este propósito, dice: “Al investigar la verdad, me he preguntado que de no haber en este mundo maestros de medicina, ¿cómo me las hubiera yo arreglado para aprender este arte? Pues en ningún otro libro que en el siempre abierto de la naturaleza, escrito por el dedo de Dios... Me acusan de no haber entrado en el templo del arte por la puerta principal; pero ¿quién tiene razón? ¿Galeno, Avicena, Mesue, Rhasis o la honrada naturaleza? Yo creo que la naturaleza, y por sus puertas entre guiado por la luz de la naturaleza sin necesidad de candiles de boticario”.

EL MAGNETISMO ANIMAL

Su desdén por la rutina docente y el formulismo científico, el anhelo de identificarse con el espíritu de la naturaleza, que era para él la única fuente de salud, el único sostén y luz de la verdad, concitaron contra el alquimista y filósofo del fuego, las implacables iras de los pigmeos de la época. No debe maravillarnos de que le acusaran de charlatán y aun de beodo, si bien Hemmann le defiende denodadamente de esta última imputación, demostrando que fue calumnia de un tal Oporino, quien estuvo con él durante algún tiempo para sorpender sus secretos, y al no lograr su intento, se desataron las malas lenguas de sus despechados discípulos, coreadas por los boticarios. Fundó Paracelso la escuela del magnetismo animal, y descubrió las propiedades del imán. Sus contemporáneos menoscabaron su reputación tachándole de hechicero, en vista de las maravillosas curas que obtenía, como tres siglos después se vio también acusado el barón Du Potet, de brujería y demonolatría, por la Iglesia romana, y de charlatanería por los académicos de Europa.

Según dijeron los filósofos del fuego, no hay químico capaz de considerar el “fuego viviente” distintamente de sus colegas, y a este propósito dice Fludd: “Olvidaste lo que tus padres te enseñaron sobre ello, o mejor dicho, nunca lo supiste porque es *demasiado elevado* para ti” (2).

Quedaría incompleta esta obra si no relatáramos, siquiera brevemente, la historia del magnetismo animal desde que Paracelso asombró con sus experimentos a los sabios de la segunda mitad del siglo XVI. Sucintamente expondremos algo relativo a los trabajos de Antonio Mesmer, que importó de Alemania el magnetismo animal, y al desvío con que lo recibieron los académicos, después de haber rechazado consecutivamente cuantos descubrimientos se hicieron de Galileo acá, según consta en los documentos casi convertidos en polvo de la Academia de Ciencias de París, cuyos miembros cerraban las puertas de entrada a los sublimes misterios de los mundos físico y psíquico. A su alcance estaba el alkahest, el gran disolvente universal, y lo menospreciaron para confesar al cabo de un siglo que, “más allá de los límites de la observación no es infalible la química, y aunque nuestras hipótesis y teorías puedan contener un fondo de verdad, sufren frecuentes alteraciones, que las revolucionan por completo” (3).

No es lícito afirmar sin pruebas que el magnetismo animal y el hipnotismo sean puras alucinaciones. Pero ¿en dónde están las pruebas que den el único valor posible a la afirmación? Miles de ocasiones desaprovechadas tuvieron los académicos para cerciorarse de la verdad, y en vano magnetizadores e hipnotizadores invocan el testimonio de los sordos, lisiados, enfermos y moribundos a quienes devolvieron la salud sin otra medicina que sencillísimas manipulaciones y la apostólica *imposición de manos*. Cuando el hecho es innegable por lo evidente, lo achacan a mera coincidencia, sino dicen nuestros numerosos Tomases que todo son visiones, charlatanería y exageración. El célebre saludador norteamericano Newton ha efectuado más curas instantáneas que enfermos tendrán en toda su

vida los más famosos médicos neoyorkinos, y el mismo éxito ha tenido en Francia el zuavo Jacobo. ¿Será posible entonces tachar de alucinaciones o de confabulación de charlatanes y lunáticos los testimonios acopiados durante los últimos cuarenta años? Quien tal hiciera se confesaría mentecato.

FENÓMENOS HIPNÓTICOS

A pesar de la reciente condena de Leymarie, de las mofas de los escépticos y de muchos médicos y científicos, de la impopularidad del asunto y de la tenaz persecución del clero romano que combate en el magnetismo al tradicional enemigo de la mujer, es tan evidente la verdad de los fenómenos psíquicos, que hasta los mismos tribunales franceses, si bien con repugnancia, no han tenido más remedio que reconocerlos. La famosa clarividente, señora Roger, y su hipnotizador el doctor Fortin, fueron acusados de estafa. La sujeto compareció el 18 de Mayo de 1876 ante el tribunal correccional del Sena, acompañada del barón Du Potet, en calidad de testigo, y del famoso abogado Julio Favre, en la de defensor. Por una vez al menos prevaleció la verdad, quedando desestimada la acusación. ¿Se debió este resultado a la vibrante elocuencia del defensor o a las incontrovertibles pruebas aducidas? Sin embargo, también Leymarie, editor de la *Revue Spirite*, adujo pruebas favorables, aparte de las declaraciones de un centenar de respetables testigos, entre los que se contaban reputaciones europeas de primer orden. Esta incongruencia no tiene otra explicación sino que los magistrados no se atrevieron a discutir los fenómenos hipnóticos. En las fotografías espiritistas, golpes, escrituras, levitaciones, voces y materializaciones, cabe simulación y difícilmente se hallará un fenómeno espiritista que no pueda remedar un hábil prestidigitador con sus artificios; pero las maravillas del hipnotismo y los fenómenos psíquicos de índole subjetiva desafían las imposturas de los médiums farsantes, las burlas de los escépticos y los rigorismos de la ciencia. No es posible fingir la catalepsia. Los espiritistas que anhelan ver sus ideas científicamente reconocidas, se dedican al fenomenismo hipnótico. Si colocamos en el tablado de la *Sala Egipcia* a un sujeto hipnotizado, el hipnotizador podrá transportarle el libre espíritu a cuantos parajes indique el público y poner a prueba su clarividencia y clariaudiencia. En las partes del cuerpo afectadas por los pases del hipnotizador, se le podrán clavar alfileres y agujas aunque sea en sitio tan delicado como los párpados, cauterizar sus carnes y herirle con armas de filo, sin que se le cause el menor daño ni siente el más leve dolor. Bien dicen Regazzoni, Du Potet, Teste, Pierrard, Puysegur y Dolgoruky, que *no es posible dañar* a un sujeto hipnotizado. Después de esto invitemos a someterse al mismo experimento a cualquier hechicero vulgar de los que rabian por cobrar celebridad y rpresumen de hábiles en el remedo de los fenómenos espiritistas. De seguro que rehusará poner *su* cuerpo en semejantes pruebas (4).

Cuentan que el alegato de Julio Favre mantuvo en suspenso durante hora y media a los magistrados y al público; pero sin regatearle méritos, que por haberle oído en otras ocasiones reconocemos, valga señalar que el último párrafo de su defensa encerraba una afirmación prematura y al propio tiempo errónea. Dijo así: “Estamos en presencia de fenómenos que la *ciencia admite*, aunque sin explicarlos. El vulgo *podrá reírse de ellos*, pero son la preocupación de físicos ilustres. La justicia no debe ignorar por más tiempo lo que *la ciencia reconoce*”.

El vulgo no se hubiera reído del hipnotismo si la gratuita afirmación del defensor se basara en numerosas investigaciones científicas de imparciales experimentadores, en vez de limitarse a una exigua minoría verdaderamente anhelosa de interrogar a la naturaleza. El vulgo es dócil y sumiso como un niño que va fácilmente adonde su aya le lleva. Escoge para la adoración los ídolos y fetiches que más le deslumbran y después se vuelve en redondo por ver con aduladora mirada si está satisfecha esa vieja aya que se llama opinión pública.

Aseguraba Lactancio, que ningún escéptico de su época se hubiera atrevido a negar la inmortalidad del alma delante de un mago, “porque éste le hubiera demostrado al punto lo contrario, evocando las almas de los muertos para que se manifestasen visiblemente a los vivos y predijesen acontecimientos futuros” (5). Cosa parecida ocurrió en la causa de la señora Roger, pues los magistrados se amedrentaron al ver que el barón Du Potet la hipnotizaba en su presencia, como prueba testifical a favor de la acusada.

Volviendo ahora a Paracelso, diremos que sus obras escritas en estilo enigmático, aunque vigoroso, han de leerse como los rollos de Ezequiel, *por dentro y por fuera*. Había en aquellos tiempos mucho riesgo en exponer doctrinas heterodoxas, pues la Iglesia estaba en toda su pujanza y menudeaban los autos de fe. Por esta razón vemos que Paracelso, Agrippa y Filaletes fueron tan notables por la piedad de sus declaraciones públicas, como famosos por sus hazañas alquímicas y mágicas. La opinión de Paracelso sobre las propiedades ocultas del imán se halla expuesta en sus obras: *Archidaxarum, De Ente Dei* y *De Ente Astrorum,* en la primera de las cuales describe la maravillosa tintura medicinal extraída del imán y denominada *magisterium magnetis*. Sin embargo, la exposición está en lenguaje no entendido de los profanos y a este propósito dice: “Cualquier campesino echa de ver que el imán atrae al hierro; pero el sabio debe preguntarse por qué... Yo he descubierto que además de esta notoria propiedad de atraer al hierro, tiene el imán otra propiedad oculta”.

LA FUERZA SIDÉREA

Más adelante demuestra Paracelso que en el hombre late una “fuerza sidérea” emanada de los astros, que constituye su forma astral. Esta fuerza sidérea, que pudiéramos llamar espíritu de la materia cometaria, permanece directamente relacionada con los astros de que procede y así quedan los hombres en mutua atracción magnética. Considera también Paracelso, que el cuerpo humano tiene la misma composición química que la tierra y los demás astros, y dice así: “El cuerpo procede de los elementos y el alma de los astros... De los elementos saca el hombre en comida y bebida lo necesario para sustentar su carne y sangre; pero de las estrellas le viene el sustento de la mente y pensamientos de su alma”. Vemos corroboradas hoy estas afirmaciones de Paracelso, por cuanto el espectroscopio demuestra la identidad química entre el cuerpo humano y el sistema planetario, y los físicos enseñan desde la cátedra la magnética atracción del sol y de los planetas (6).

Entre los elementos constitutivos del cuerpo humano, se han descubierto ya en el sol, el hidrógeno, sodio, calcio, magnesio y hierro; y en los centenares de estrellas observadas se ha encontrado el hidrógeno, excepto en dos. Por lo tanto, si el espectroscopio ha confirmado al menos una de las afirmaciones de Paracelso, es de esperar que con el tiempo queden corroboradas las demás, no obstante el menosprecio en que le han tenido astrónomos y químicos por sus teorías sobre la idéntica composición química del hombre y los astros, y por sus ideas acerca de las afinidades y atracciones entre unos y otros.

Pero ocurre preguntar: ¿cómo pudo Paracelso presumir la constitución de los astros, cuando hasta el descubrimiento del espectroscopio nada supieron las academias de química sidérea? Aún hoy día, a pesar de los novísimos procedimientos de observación, sólo se ha logrado indicar la presencia en el sol de unos cuantos elementos y de una cromoesfera hipotética, pues todo lo demás continúa en el misterio. ¿Hubiese podido Paracelso estar tan seguro de la constitución natural de los astros, si no dispusiera de medios como la filosofía hermética y la alquimia, no sólo desconocidos, sino menospreciados por la ciencia?

Además, conviene tener en cuenta que Paracelso descubrió el hidrógeno y conocía perfectamente su naturaleza y propiedades, mucho tiempo antes de que los científicos

ortodoxos sospecharan su existencia; que había estudiado astrología y astronomía, como todos los filósofos del fuego, y no se equivocaba al asegurar la directa afinidad del hombre con los astros.

También expuso Paracelso, y a los fisiólogos toca comprobarlo, que el cuerpo no sólo se alimenta por medio del estómago, “sino también, aunque imperceptiblemente, de la natural fuerza magnética de que cada individuo extrae su nutrición específica...; pues de los elementos en equilibrio atrae el hombre la salud y de los perturbados la enfermedad”. La ciencia admite que los organismos vivientes están sujetos a leyes de afinidad química, y la propiedad más notable de los tejidos orgánicos, según los fisiólogos, es la absorción. Por lo tanto, nada de extraño tiene la afirmación de Paracelso de que el cuerpo humano, a causa de su naturaleza química y magnética, absorbe las influencias siderales. ¿Qué puede objetar la ciencia a la afirmación de que los astros nos atraen y a nuestra vez los atraemos? Así lo prueba el descubrimiento del barón de Reichenbach, de que las emanaciones ódicas del hombre son idénticas a las de los minerales y vegetales.

Paracelso afirmó la unidad constitutiva del universo, al decir, que “el cuerpo humano contiene materia cósmica”, pues el espectroscopio no sólo ha demostrado la existencia en el sol y demás estrellas fijas de los mismos elementos químicos de la tierra, sino también que cada estrella es un sol de constitución similar al nuestro (7). Según Mayer (8), las condiciones magnéticas de la tierra dependen de las variaciones que sufre la superficie solar a cuyas emanaciones está sujeta, por lo que si las estrellas son soles, también han de influir proporcionalmente en la tierra

Sigue diciendo Paracelso: “Durante el sueño nos parecemos a las plantas que también tienen cuerpo elementario y vital, pero no espíritu. Entonces el cuerpo astral queda libre y gracias a su elástica índole puede vagar en torno del vehículo dormido o lanzarse al espacio y conversar con sus padres astrales y con sus hermanos, desde lejanas distancias. Los sueños proféticos, la presciencia y los presentimientos son facultades del cuerpo astral negadas al grosero cuerpo físico, que al morir se restituye a los elementos de la tierra, mientras que los distintos espíritus vuelven a los astros. También los animales tienen presentimientos, porque asimismo poseen cuerpo astral""

OPINIONES DE VAN HELMONT

Van Helmont, discípulo de Paracelso, repite en gran parte los conceptos de su maestro, aunque expone más acabadamente las teorías del magnetismo y atribuye el *magnale magnum* o propiedad de mutuo afecto entre dos personas a la simpatía universal entre todas las cosas de la naturaleza. La causa produce el efecto, el efecto reacciona sobre la causa y ambos se influyen recíprocamente. A este propósito dice: “El magnetismo es una fuerza desconocida, de naturaleza celeste, sumamente semejante a la de los astros, que no está impedida por límite alguno de espacio o tiempo... Toda criatura tiene su peculiar potencia celeste y está íntimamente relacionada con el cielo. Esta mágica potencia del hombre permanece latente en el interior hasta que se actualiza en el exterior. Esta sabiduría y poder mágicos están dormidos, pero la sugestión los pone en actividad y se acrecientan a medida que se reprimen las tenebrosas pasiones de la carne... Esto lo consigue el arte cabalístico, que devuelve al alma aquella mágica y sin embargo natural energía y la despierta del sueño en que se hallaba sumida” (9)

Paracelso y Van Helmont reconocen el gran poder de la voluntad durante los éxtasis y dicen que “el espíritu es el medio del magnetismo y está difundido por todas partes”, por lo que la pura y primieval magia no ha de consistir en prácticas supersticiosas ni ceremonias vanas,

sino en la imperiosa voluntad del hombre; pues "el alma y el espíritu que en él se ocultan, como el fuego en el pedernal, y no los espíritus celestes ni infernales, dominan la naturaleza física".

Todos los filósofos medioevales profesaron la teoría de la influencia sidérea en el hombre. A este propósito, dice Cornelio Agrippa: “Las estrellas constan de los mismos elementos que los cuerpos terrestres y por esta razón se atraen recíprocamente las ideas... Las influencias se ejercen tan sólo con auxilio del espíritu difundido por todo el universo en armonía con los espíritus humanos. El que anhele adquirir facultades sobrenaturales debe tener *fe, esperanza y amor*... En todas las cosas hay un oculto y secreto poder de que dependen las maravillosas facultades mágicas”.

Las modernas teorías del general Pleasanton (10) coinciden con las opiniones de los filósofos del fuego; sobre todo la referente a las electricidades positiva y negativa del hombre y de la mujer y a la atracción y repulsión mutuas de todas las cosas de la naturaleza, que parece tomada de Roberto Fludd, gran maestre de los rosacruces ingleses, quien dice a este propósito: “Cuando dos hombres se acercan uno a otro, su magnetismo es pasivo-negativo o activo-positivo. Si las emanaciones de ambos chocan y se repelen, nace la antipatía; pero cuando se interpenetran sin chocar, el magnetismo es positivo, porque los rayos proceden del centro de la circunferencia, y en este caso, no sólo influyen en las enfermedades, sino también en los sentimientos. Este magnetismo simpático se establece, además de entre los animales, entre estos y las plantas” (11).

LA ACADEMIA FRANCESA

Veamos ahora cómo acogieron los físicos el gran descubrimiento psicológico y fisiológico del magnetismo orgánico, cuando Mesmer llevó a Francia su sistema de cubeta, fundado totalmente en las doctrinas paracélsicas. Esto demostrará cuánta ignorancia, superficialidad y prejuicios puede haber en una corporación científica apegada a sus tradicionales teorías. Conviene insistir en el asunto porque a la negligencia de los académicos franceses de 1784, se debe la actual orientación materialista de las gentes y también los lunares que, según confiesan sus más fervorosos maestros, existen en la teoría atómica. La Junta académicaz encargada en 1784 de examinar los fenómenos mesméricos estaba constituida por eminencias tales como Borie, Sallin, D’Arcet, Guillotin, Franklin, Leroi, Bailly, De Borg y Lavoisier. Por muerte de Borie le sucedió Magault. No cabe duda de que la Junta estaba dominada de hondos prejuicios al comenzar sus tareas por apremiantes órdenes de Luis XVI, y que se colocó en actitud mezquina y parcial para el examen. En su informe, redactado por Bailly, se trataba de dar el golpe de gracia a la nueva teoría, y al efecto se repartió profusamente por los establecimientos de enseñanza y entre el público en general, logrando concitar contra Mesmer la animosidad de gran parte de la nobleza y de ricos comerciantes que antes le patrocinaban por haber presenciado sus admirables curaciones. El Distinguido académico Jussieu, que con el ilustre D’Eslon, médico de cámara, había observado cuidadosamente los fenómenos, publicó un minucioso contrainforme en que abogaba por la conveniencia de que la Facultad de Medicina estudiara los efectos terapéuticos del fluido magnético y publicase su parecer sobre el asunto. Esta moción determinó la salida de numerosas memorias, folletos, tratados didácticos y obras polémicas en que se exponían nuevos hechos, y entre todas aquellas publicaciones sobresalió la muy erudita obra de Thouret titulada: *Dudas e investigaciones sobre el magnetismo animal*, cuya lectura fue estímulo para la rebusca de antecedentes en la historia de todos los países, cuyos fenómenos magnéticos, desde la más remota antigüedad, llegaron a conocimiento del público.

Las teorías de Mesmer eran sencillamente las mismas de Paracelso, Van Helmont, Santanelli y Maxwell, hasta el punto de que no faltó quien acusara al famoso médico de haber plagiado trozos enteros de una obra de Bertrand (12). El profesor Stewart dice (13) que el universo está compuesto de átomos conectados entre sí como los órganos de una máquina accionada por las leyes de la energía, y aunque el profesor Youmans califique de "moderno" este concepto, lo vemos expuesto ya un siglo antes por Mesmer en sus *Cartas a un médico extranjero*, que entre otras proposiciones contienen las que siguen:

1.ª Hay recíproca influencia entre los astros, la tierra y los seres vivientes.

2.ª El medio transmisor de esta influencia es un fluido universal unitónicamente difundido por todas partes, de modo que no consiente vacío alguno, cuya sutilidad excede a toda ponderación y que por su naturaleza es capaz de recibir, propagar y transmitir todas las vibraciones de movimiento.

3.ª Esta influencia recíproca está sujeta a leyes dinámicas desconocidas por ahora.

Resulta, en consecuencia, que Stewart no dijo nada nuevo al decir que el universo era semejante a una enorme máquina.

El profesor Mayer corrobora la opinión de Gilbert acerca de que la tierra es un gigantesco imán, y supone que su potencial depende de las emanaciones del sol, pues varía misteriosamente en función de los movimientos terrestres de rotación y traslación y en simpatía con las inmensas oleadas ígneas que agitan la superficie del astro solar, añadiendo que entre el sol y la tierra hay un sucesivo flujo y reflujo de influencias.

Pero la obra citada nos da los mismos conceptos en las siguientes proposiciones de Mesmer:

4.ª De esta acción dimanan alternados efectos que pueden considerarse como flujo y reflujo.

6.ª Por este medio operante, el más universal de cuantos la naturaleza nos presenta, se establecen las relaciones de actividad entre los astros, la tierra y sus partes constituyentes.

7.ª De esta operación dependen las propiedades de la materia así inorgánica como organizada.

8.ª El cuerpo animal experimenta los alternados efectos de este agente por conducto de la substancia nerviosa que transmite su acción (14).

OPINIÓN DE LAPLACE

El eminente astrónomo Laplace, miembro del Instituto, que estudió por su cuenta los fenómenos mesméricos, dice a este propósito:

"Los nervios sobre todo cuando excepcionales influencias acrecientan su sensibilidad, son los más delicados instrumentos para conocer los imperceptibles agentes de la naturaleza... Los singulares fenómenos resultantes de la extraordinaria excitación nerviosa de ciertos individuos han suscitado diversas opiniones acerca de la existencia de un nuevo agente, al que se le denomina magnetismo animal... Estamos tan lejos de conocer todos los agentes naturales, que fuera ilógico negar sus fenómenos por la sola consideración de ser inexplicables en el actual estado de nuestros conocimientos. Tenemos el deber de examinarlos con tanta mayor escrupulosidad cuanto mayores dificultades se opongan a su admisión" (15).

El marqués de Puysegur realizó experimentos muy superiores a los de Mesmer, sin necesidad de aparato alguno, y llevó a cabo admirables curaciones entre los labriegos de sus tierras de Busancy. La fama de estos hechos estimuló a otros hombres ilustrados a la repetición de los experimentos con parecido éxito, y en 1825 propuso Foissac a la Academia de Medicina otra investigación sobre el particular. Se comisionó al efecto a los académicos Adelon, Parisey,

Marc, Burdin y Husson en calidad de ponente, quienes confesaron que “en cuestiones científicas no es posible dictar sentencias irrevocables” y reconocieron la escasa valía del informe de la comisión de 1784 al decir que “los experimentos de prueba en aquel entonces se llevaron a cabo sin estar presentes todos los comisionados y *con cierta predisposición de ánimo*, que, dada la índole de los fenómenos sometidos a su examen, *había de motivar el fracaso*”.

INFORME SINCERO

Respecto a las propiedades terapéuticas del magnetismo informó la comisión diciendo: “La Academia tiene el deber de estudiar experimentalmente el magnetismo y prohibir su empleo a personas que, por extrañas al arte, abusan de él y lo convierten en materia de especulación y lucro”. Igual criterio han sustentado los más respetables tratadistas del moderno espiritismo.

El informe de la Comisión promovió largos debates en el seno de la Academia, que dieron por resultado el nombramiento (Mayo 1826) de otra compuesta de médicos tan ilustres como Leroux, Bourdois de la Motte, Double, Magendie, Guersant, Husson, Thilaye, Marc, Itard, Fouquier y Guénau de Mussy. Durante cinco años prosiguió esta nueva comisión sus tareas, resumidas en un informe redactado por Husson. Decía el informe: “Ni el contacto de manos ni el roce ni los pases son necesarios en absoluto, pues bastan a veces la voluntad y la fijeza de mirada para producir el fenómeno magnético, aun sin el consentimiento de la persona magnetizada... Hemos comprobado que ciertos efectos terapéuticos dependen exclusivamente del magnetismo y no pueden obtenerse sin él... El estado sonambúlico es indudable y desenvuelve las nuevas facultades llamadas clarividencia, intuición y previsión íntima... El sueño magnético ha sobrevenido en circunstancias tales, que los magnetizados no podían ver absolutamente nada e ignoraban por completo los medios empleados para provocarlo... El magnetizador puede poner al sujeto en estado sonambúlico sin que lo sepa ni le vea, a determinada distancia y a través de puertas cerradas... Parece como si se embotaran los sentidos corporales del magnetizado y que actuara una segunda entidad... Los sujetos dormidos no se dan cuenta de los ruidos externos, aunque resuenen junto a ellos insólitamente y de tanto estrépito como el golpeteo de vasijas de cobre, caída de objetos pesados y golpes fortísimos... También se les puede inhalar ácido clorhídrico o amoníaco, sin daño alguno y sin que se percaten de ello... Pudimos cosquillearles con una pluma las plantas de los pies, las ventanas de la nariz y los ojos, sin la menor señal de sensación y fue posible, además, pellizcarles hasta acardenalar la piel y meterles astillas entre uña y carne sin el más leve estremecimiento. Cierto sujeto permaneció insensible a una dolorosa operación quirúrgica, sin que se le descompusiera el semblante ni se alterasen el pulso ni la respiración... Mientras el sujeto se halla en estado sonmbúlico conserva las mismas facultades que en el de vigilia y aun la memoria parece más fiel y amplia... Vimos dos sonámbulos que con los ojos cerrados distinguían cuantos objetos se les ponían delante y acertar sin tacto alguno el palo y valor de los naipes, leer palabras manuscritas y líneas enteras de libros abiertos al acaso, aun cuando para mejor comprobación se les oprimiesen los párpados con la mano... Uno predijo, con algunos meses de anticipación, el día, hora y minuto en que le sobrevendrían los ataques epilépticos y cuando habían de cesar; y otro vaticinó la época de su curación. Ambas previsiones tuvieron exacto cumplimiento... Hemos reunido y comunicado pruebas suficientes para que la Academia estimule las investigaciones sobre el magnetismo con rama curiosísima de la psicología y de las ciencias naturales... Los fenómenos son *tan extraordinarios* que tal vez la Academia repugne admitirlos, pero nos han guiado exclusivamente impulsos de tan elevado carácter como el amor a la ciencia y la necesidad de corresponder a las esperanzas que la Academia había fundado en nuestro celo y diligencia” (16).

Estos temores se vieron confirmados en parte, pues un individuo de la comisión, el fisiólogo Magendie, que no había presenciado los experimentos, se negó a firmar el informe y expuso una especie de voto particular en su tratado de *Fisiología Humana*, en que después de resumir los fenómenos a su manera, dice: "El respeto propio y la dignidad de la profesión demandan que se proceda muy circunspectamente en estos asuntos. Los médicos ilustrados recordarán con cuánta facilidad degenera lo misterioso en charlatanería y cuán propensa es la profesión a degradarse aun en manos de respetables titulares". Nada deja traslucir, en las cuatro páginas de su obra dedicadas al mesmerismo que Magendie formase parte de la comisión elegida por la Academia en 1826 ni que se hubiera excusado de asistir a sus reuniones, faltando así a su deber, pues no quiso inquirir la verdad de los fenómenos mesméricos, y, sin embargo, dio particular informe sobre ellos. El "respeto propio y la dignidad profesional" exigían por lo menos su silencio.

Treinta y ocho años más tarde, el ilustre físico Tyndall, cuya reputación iguala si no supera a la de Magendie, repugnó imitar tan insidiosa conducta y no quiso aprovechar la oportunidad de investigar los fenómenos espiritistas y arrebatarlos de entre manos de ignorantes o poco escrupulosos indagadores, aunque en su obra *Fragmentos de ciencia* incurre en las descortesías a que ya nos referimos. Sin embargo, algo intentó Tyndall, y ello basta. Dice en la citada obra que cierta noche se metió debajo del trípode para observar el fenómeno de los golpes y salió de allí con un sentimiento de compasión hacia la humanidad cual nunca hasta entonces lo sintiera. Para apreciar el valor del insigne físico al buscar a tientas la verdad en esta ocasión recurriremos al ejemplo de Israel Putnam, que se desliza a gatas para sorprender a la loba en su madriguera y matarla; pero Tyndall cayó entre los dietnes de su loba y bien pudiera ostentar por mote de su escudo: *Sub mensa desperatio*.

El doctor Alfonso Teste, distinguido científico contemporáneo, al tratar de la comisión de 1824, dice que su informe conmovió profundamente a todos los académicos, aunque pocos quedaron convencidos, y añade: "Nadie podía dudar de la veracidad de los comisionados cuya competencia y buena fe eran innegables, pero se sospechaba de que les hubieran engañado. Realmente hay verdades tan infortunadas que comprometen a quien las cre y más todavía a quien cándidamente las confiesa en público". Así lo corrobora la historia desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

DECLARACIONES DE HARE

Cuando Hare publicó los primeros resultados de su investigación de los fenómenos espiritistas, todos le tuvieron por víctima de un engaño, aunque era uno de los más insignes físico-químicos de su tiempo, y al demostrar que no había semejante engaño le calificaron los profesores de Harvard de "chocha y visionariamente adherido a la enorme patraña del espiritismo".

Al iniciar Hare sus investigaciones en 1853, declaró que le movía a ello el humanitario deber de oponerse con todas sus fuerzas al flujo de insanía popular que, a despecho de la razón y de la ciencia, acrecentaba rápidamente la *grosera ilusión* llamada espiritismo; y aunque esta declaración estaba en completa coincidencia con la hipótesis de la mesa giratoria de Faraday, tuvo la grandeza propia de los príncipes de la ciencia para investigar la cuestión y decir después toda la verdad. En una memoria publicada en Nueva York refiere el mismo Hare qué premio le dieron sus compañeros de profesión. Dice así: "Durante más de medio siglo me dediqué a investigaciones científicas cuya exactitud y precisión nadie puso en duda hasta que me convertí al espiritismo, y nadie tampoco atacó mi personal integridad hasta que los profesores de Harvard se declararon en contra de lo que *yo sabía que era verdad* y ellos *no sabían* que no lo fuese".

¡Cuán patética amargura encierran estas palabras! ¡Un anciano de setenta y seis años, con medio siglo de labor científica, vituperado por decir la verdad! Aún hoy mismo se trata con despectiva compasión al ilustre sabio inglés Wallace, por haberse manifestado favorable al espiritismo. También los científicos rusos menosprecian ofensivamente al eximio zoólogo Nicolás Wagner, de San Petersburgo, por la candorosa declaración de sus ideas psicológicas. Pero preciso es distinguir entre los sabios y los científicos, pues si las ciencias ocultas, y entre ellas el moderno espiritismo, sufren maliciosa persecución de los segundos, tienen y han tenido en toda época leales defensores entre los primeros. Ejemplo de ello nos da Newton, antorcha de la ciencia, que creía en el magnetismo según lo enseñaron Paracelso, Van Helmont y demás filósofos del fuego. Nadie negará que la teoría newtoniana de la gravitación universal tiene su raíz en el magnetismo, pues él mismo nos dice que fundaba todas sus especulaciones científicas en el "alma del mundo", en el universal y magnético agente a que denominó *divinum sensorium*. A este propósito añade: "Hay un espíritu sutilísimo que penetra todas las cosas, aun los cuerpos más duros, y está oculto en su substancia. Por virtud de la actividad y energía de este espíritu, se atraen recíprocamente los cuerpos y se adhieren al ponerse en contacto. Por él los cuerpos eléctricos se atraen y repelen desde lejanas distancias, y la luz se difunde, refleja, refracta y colora los cuerpos. Por él se mueven los animales y se excitan los sentidos. Pero esto no puede explicarse en pocas palabras, porque nos falta la necesaria experiencia para determinar las leyes que rigen la actividad operante de este agente" (17).

Dos linajes hay de magnetización: la simplemente *animal* y la trascendente. Esta última depende, por una parte, de la voluntad y aptitud del magnetizador, y por otra, de las cualidades espirituales del sujeto y de su receptabilidad a las vibraciones de la luz astral. Pero no se tardará en reconocer que la clarividencia requiere mucha mayor voluntad en el magnetizador que receptividad en el sujeto, ya que éste, por positivo que sea, habrá de rendirse al poder de un adepto (18).

Si el magnetizador, mago o entidad espiritual dirige hábilmente la vista del sujeto, la luz astral iluminará sus más hondos arcanos, pues si bien es libro cerrado para quienes miran y no ven, está en cambio siempre abierto para los que *quieran* leer en él. Allí está anotado cuanto fue, es y será, y aun los más insignificantes actos de nuestra vida y nuestros más escondidos pensamientos quedan fotografiados en sus páginas eternas. Es el libro abierto por mano del ángel del Apocalipsis, el "libro de la vida" que sirve para juzgar a los muertos según sus obras. Es la *memoria de Dios*.

Dice Zoroastro, que en el éter están figuradas las cosas sin figura y aparecen impresos los pensamientos y caracteres los hombres, con otras visiones divinas (19).

LA MEMORIA RETROACTIVA

Vemos, por lo tanto, que así la antigua como la moderna sabiduría, los vaticinios y la ciencia corroboran unánimemente las enseñanzas cabalísticas. En las indelebles páginas de la luz astral se estampan nuestros pensamientos y acciones y aparecen delineados con pictórica vividez, a los ojos del profeta y del vidente, los acontecimientos futuros y los efectos de causas echadas hace tiempo en olvido. La memoria, cuya naturaleza funcional es desesperación del materialista, enigma para el psicólogo y esfinge para el científico, es para el estudiante de filosofía antigua la potencia compartida con muchos animales inferiores, mediante la cual, inconscientemente, ve en su interior iluminadas por la luz astral las imágenes de pasados pensamientos, actos y sensaciones. El estudiante de ocultismo no ve en los ganglios cerebrales "micrógrafos de lo vivo y de lo muerto, de lugares en que hemos estado y de sucesos en que

hemos intervenido” (20), sino que acude al vasto receptáculo donde por toda la eternidad se almacenan las vibraciones del cosmos y los anales de las vidas humanas.

La ráfaga de memoria que según tradición representa a los náufragos las escenas de su vida pasadda, como el fulgor del relámpago descubre momentáneamente el paisaje a los ojos del viajero, no es más que la súbita ojeada que el alma, en lucha con el peligro, da a las silenciosas galerías en que está pintada su historia con impalidecibles colores.

Por la misma causa suelen sernos familiares ciertos parajes y comarcas en que hasta entonces no habíamos estado y recordar conversaciones que por vez primera oímos o escenas acabadas de ocurrir, según de ello hay noventa por ciento de testimonios. Los que creen en la reencarnación aducen estos hechos como otras tantas pruebas de anteriores existencias, cuya memoria se aviva repentinamente en semejantes circunstancias. Sin embargo, los filósofos de la antigüedad y de la Edad Media opinaban que si bien este fenómeno psicológico es uno de los más valiosos argumentos a favor de la inmortalidad y preexistencia del alma, no lo es en pro de la reencarnación, por cuanto la memoria anímica es distinta de la cerebral. Como elegantemente dice Eliphas Levi: “la naturaleza cierra las puertas después de pasar una cosa e impele la vida hacia delante”, en más perfeccionadas formas. La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero jamás vuelve a ser oruga. En el silencio de la noche, cuando el sueño embarga los corporales sentidos y reposa nuestro cuerpo físico, “queda libre el astral, según dice Paracelso, y deslizándose de su terrena cárcel, se encamina hacia sus progenitores y platica con las estrellas”. Los sueños, presentimientos, pronósticos, presagios y vaticinios son las impresiones del cuerpo astral en el cerebro físico, que las recibe más o menos profundamente, según la intensidad del riego sanguíneo durante el sueño. Cuanto más débil esté el cuerpo físico, más vívida será la memoria anímica y de mayor libertad gozará el espíritu. Cuando después de profundo y reposado sueño sin ensueños se restituye el hombre al estado de vigilia, no conserva recuerdo alguno de su existencia nocturna y, sin embargo, en su cerebro están grabadas, aunque latentes bajo la presión de la materia, las escenas y paisajes que vio durante su peregrinación en el cuerpo astral. Estas latentes imágenes pueden revelarse por los relámpagos de anímica memoria que establecen momentáneos intercambios de energía entre el universo vivible y el invisible, es decir, entre los ganglios micrográficos cerebrales y las películas escenográficas de la luz astral. Por lo tanto, un hombre que nunca haya estado personalmetne en un paraje ni visto a determinada persona, puede asegurar que ha estado y la ha visto, porque adquirió el conocimiento mientras actuaba en “espíritu”. Los fisiólogos sólo pueden objetar a esto diciendo que en el sueño natural y profundo está la voluntad inerte y es incapaz de actuar, tanto más cuanto no creen en el cuerpo astral y el alma les parece poco menos que un mito poético. Blumenbach afirma que durante el sueño queda en suspenso toda comunicación entre cuerpo y mente; pero Richardson, de la Sociedad Real de Londres, redarguye acertadametne al fisiólogo alemán, diciéndole que se ha excedido en sus afirmaciones, pues no se conocen todavía a punto fijo las relaciones entre cuerpo y mente. Añadamos a esta opinión la del fisiólogo francés Fournié y la del eminente médico inglés Allchin, quien confiesa con entera franqueza que no hay profesión científica de tan insegura base como la medicina, y veremos que no sin justicia deben oponerse las ideas de los sabios antiguos frente a las de la ciencia moderna.

ALMA Y ESPÍRITU

Nadie, por grosero y material que sea, deja de vivir en el universo invisible al par que en el visible. El principio vital que anima su organismo físico reside principalmente en el cuerpo astral, cuyas partículas densas quedan inertes, mientras las sutiles no reconocen límite ni

obstáculo. Bien sabemos que tanto los sabios como los ignorantes preferirán mantenerse en el prejuicio de que no es posible saber de donde dimana el agente vital, antes de conceder ni un momento de atención a lo que llaman rancias y desprestigiadas teorías. Algunos objetarán desde el punto de vista teológico que el alma de los brutos no es inmortal, pues tanto teólogos como legos *confunden erróneamente el alma con el espíritu*. Pero si estudiamos a Platón y otros filósofos antiguos, advertiremos que mientras el cuerpo astral (21) no pasa de tener una existencia más o menos larga después de la muerte física, el espíritu divino (impropiamente llamado *alma* por los teólogos) es esencialmente inmortal (22). Si el principio vital fuese algo independiente del cuerpo astral, no estaría de seguro la clarividencia en tan directa relación con la debilidad física del sujeto. Cuanto más profundo sea el sueño hipnótico y menos signos de vida se noten en el cuerpo físico, tanto más clara será la percepción espiritual, y tanto más penetrante la vista del alma que desprendida de los sentidos corporales actúa con incomparablemente mayor potencia que cuando le sirve de vehículo un cuerpo sano y vigoroso. Brierre de Boismont nos da repetidos ejemplos de ello en demostración de que los cinco sentidos son mucho más agudos en estado hipnótico que en el de vigilia. Estos fenómenos prueban incontrovertiblemente la continuidad de la vida siquiera por algún tiempo después de muerto el cuerpo físico.

Aunque durante nuestra breve estancia en la tierra pueda compararse el alma a una luz puesta debajo del celemín, no deja de brillar por ello y de recibir la influencia de espíritus afines, de modo que todo pensamiento bueno o malo atrae vibraciones de su misma naturaleza, tan irresistiblemente como el imán atrae las limaduras de hierro, en proporción a la intensidad de las vibraciones etéreas del pensamiento; y así se explica que un hombre se sobreponga imperiosamente a su tiempo y que su influencia se transmita de una a otra época por medio de las recíprocas corrientes de energía entre los mundos visible e invisible, hasta afectar a gran parte del género humano. Difícil sería determinar las lindes que en este punto han puesto a su pensamiento los autores de la famosa obra *El Universo invisible*, pero del siguiente pasaje podemos inferir que *no dijeron todo* cuanto pensaban. Dice así:

"Sea como quiera, no cabe duda de que las propiedades del éter son en el campo de la naturaleza muy superiores a las de la *materia tangible*. Y como la índole de ésta, salvo en algunos pormenores de poca importancia, se halla *mucho más allá* de la penetración de las lumbreras científicas, no llevaremos adelante nuestras disertaciones. Basta a nuestro propósito conocer los efectos del éter *cuya potencialidad supera a cuanto nadie ha osado decir*".

LA PSICOMETRÍA

Uno de los más notables descubrimientos de los tiempos modernos, es la facultad que algunas personas receptivas poseen de describir el carácter y aspecto de una persona o los sucesos ocurridos, con tal de retener en la mano y pasárselo por la frente un objeto cualquiera relacionado con la persona o el suceso, por mucho que sea el tiempo transcurrido. Así, una piedra ruinosa le representará la historia del edificio a que perteneciera, con las escenas ocurridas en su interior y alrededores; un pedazo de mineral despertará en su alma la visión retrospectiva de la época de su formación. Esta facultad fue descubierta por el profesor Buchanan de Louisville (Kentucky), quien le dio el nombre de psicometría. A este sabio debe el mundo tan importante complemento de las ciencias psicológicas, y de seguro que merecerá ser honrado en estatua cuando la frecuencia de los experimentos psicométricos acaben de una vez con el escepticismo. Al publicar su descubrimiento se contrajo Buchanan a la utilidad de la psicometría para bosquejar el carácter de las personas, y dice a este propósito: "Parece que es indeleble la influencia mental y fisiológica que recibe un manuscrito, pues los más antiguos

ejemplares de que me valí en las experiencias revelaban precisa y vigorosamente sus impresiones, apenas debilitadas por el tiempo. Por virtud de la psicometría fue posible leer, sin dificultad alguna, manuscritos antiguos cuya ordinaria interpretación hubiese requerido el auxilio de los paleólogos. Pero no únicamente los manuscritos retienen las impresiones mentales, sino que también los dibujos, pinturas y cualquier otro objeto que haya recibido el contacto mental y volitivo de una persona, le pueden servir a otra de medio de descripción psicométrica... Este descubrimiento tendrá incalculables consecuencias en su aplicación a las artes y a la historia" (23).

Los primeros experimentos de psicometría se llevaron a cabo en 1841, y desde entonces los han repetido muchísimos psicómetras en todo el mundo, demostrando con ellos que cuanto ocurre en la naturaleza mental, por mínimo e insignificante que sea, queda indeleblemente impreso en la naturaleza física, y como no se advierte alteración molecular en ella, forzosamente se infiere que las imágenes psicométricas provienen del éter o luz astral.

En su hermosa obra: *El alma de las cosas*, trata de esta cuestión el geólogo Denton y cita multitud de ejemplos de las notables facultades psicométricas de su esposa. Entre ellos refiere que, puesto sobre la frente un pedazo de piedra de la casa de Cicerón en Túsculo, pero sin saber de donde procedía, describió no sólo el ambiente físico del gran orador romano, sino el del dictador Sila, a quien antes había pertenecido aquella casa. Un trozo de mármol del primitivo templo cristiano de Smirna, le representó a los fieles en oración y a los sacerdotes oficiantes. Otros fragmentos de objetos procedentes de Asiria, Palestina, Grecia, el monte Ararat y otros puntos, le permitieron describir sucesos de la vida de personajes muertos miles de años antes. Un hueso o un diente de animales antediluvianos le daban a la psicómetra, por breves momentos, la visión del animal vivo con todas sus sensaciones. En muchos de estos casos, comprobó Denton las descripciones de su esposa, cotejándolas con los relatos históricos. La psicometría descubre los más recónditos secretos de la naturaleza y los acontecimientos remotos se reproducen con tan vívida impresión como los de ayer.

Añade Denton en la misma obra: "No se mueve una hoja ni se levanta una onda ni se arrastra un insecto, sin que registren sus movimientos mil fieles escribanos en infalibles e indelebles escrituras. Así ocurre con lo sucedido en pasados tiempos. Continuamente ha estado la naturaleza fotografiándolo todo, desde que brilló la luz sobre la tierra, cuando sobre la cuna del recién nacido planeta flotaban vaporosas cortinas, hasta el momento actual. ¡Y qué fotografías!"

Nos parece el colmo de la imposibilidad que en la materia atómica hayan quedado grabados los hechos ocurridos en la antigua Tebas o en algún templo prehistórico. Sin embargo, las imágenes de estos hechos están saturadas de aquel agente universal que todo lo penetra y todo lo retiene, llamado por los filósofos "alma del mundo" y por el geólogo Denton el "alma de las cosas". Al aplicarse el psicómetra a la frente un objeto determinado, relaciona su yo interno con el alma del objeto (24) y se pone en contacto con la corriente de luz astral que, relacionada con dicho objeto, retiene las descrpciones de los sucesos concernientes a su historia los cuales, según Denton, pasan ante la vista del psicómetra con la velocidad del rayo, en vertiginosa sucesión de escenas que tan sólo con mucha fuerza de voluntad es posible detenerlas en el campo visual para describirlas.

El psicómetra es clarividente, pues ve con la vista interna; pero su visión de personas, lugares y sucesos resultará confusa, a menos que con potente fuerza de voluntad haya educado la percepción visual. Sin embargo, en los casos de hipnotismo, la clarividencia del sujeto depende de la voluntad del hipnotizador, quien, por lo tanto, puede detener la atención de aquél en determinada imagen todo el tiempo necesario para describirlo en sus más prolijos pormenores. Por otra parte, el sujeto sometido a la influencia de un hábil hipnotizador aventaja al psicómetra espontáneo en la clara y distinta predicción del porvenir.

Si alguien objeta diciendo que no es posible ver lo que “todavía no existe”, le responderemos que tan posible es ver lo futuro como se ve lo pasado, que ya no existe. Según las enseñanzas cabalísticas, lo futuro está en embrión en la luz astral, como también lo presente estaba en embrión antes de serlo. El hombre es libre de obrar a su albedrío, pero desde el origen de los tiempos está previsto el uso que hará de este albedrío, sin que tal previsión suponga fatalismo ni hado, sino que resulta de la inmutable armonía del universo, así como de antemano se conocen las vibraciones peculiares de cada nota que se haya de pulsar. Además, la eternidad del tiempo no tiene pasado ni futuro, sino tan sólo presente, de la propia manera que la inmensidad del espacio no tiene en rigor puntos cercanos ni lejanos. En el mezquino campo de nuestras experiencias, nos esforzamos en concebir, si no el fin, por lo menos el principio del tiempo y del espacio, que en realidad no tienen principio ni fin, pues de tenerlo, ni el tiempo sería eterno ni ilimitado el espacio. Como hemos dicho, no hay pasado ni futuro; pero nuestra memoria refleja las imágenes grabadas en la luz astral, como el psicómetra las emanaciones astrales de los objetos palpados. Al tratar de la influencia de la luz en los cuerpos y de la formación de imágenes fotográficas, dice el profesor Hitchcock: “Parece como si esta influencia interpenetrara la naturaleza toda sin detenerse en puntos definidos. No sabemos si la luz puede retratar en los objetos circundantes nuestras facciones demudadas por la emoción y dejar de esta suerte fotografiadas en la naturaleza nuestras acciones... posible es también que haya procedimientos superiores a los del más hábil fotógrafo, por cuyo medio revele y fije la naturaleza estas fotografías de modo que, con sentidos *más agudos* que los nuestros, se vean como en un inmenso lienzo extentido sobre el universo material. *Quizás* no se borren nunca estas fotografías del lienzo, sino que perduren en el vasto museo pictórico de la eternidad (25).

La duda manifestada en el *quizás* de Hitchcock se ha trocado en triunfadora certeza por valimiento de la psicometría. Sin embargo, cuantos hayan observado la cualidad psíquica de clarividencia advertirán que Hitchcock no debiera haber supuesto la necesidad de más agudos sentidos para ver las imágenes, sino decir que habían de superar en penetración a los corporales, porque *para el esíritu humano, dimanante del inmortal y divino Espíritu, no hay pasado ni futuro, sino que todo lo tiene presente* (26).

De algún tiempo a esta parte han comenzado los científicos a estudiar este asunto hasta hoy difamado con nota de superstición. Discurrieron primero acerca de los hipotéticos mundos invisibles y a todos se adelantaron los autores de la obra *El Universo invisible*, a quienes siguió el profesor Fiske con la suya *El mundo invisible*. Esto prueba que el terreno del materialismo se hunde bajo los pies de los científicos, quienes se disponen a capitular honrosamente en caso de derrota. Jevons corrobora las opiniones de Babbage y ambos afirman que los pensamientos ponen en vibración las partículas del cerebro y las difunden por el univeso, de suerte que “cada partícula material es una placa registradora de cuanto ha sucedido” (27). Por otra parte el doctor Young, en sus conferencias sobre filosofía natural, apunta “la posibilidad de que haya mundos *invisibles y desconocidos* en aislada independencia unos, en *recíproca interpretación* otros, y algunos cuya existencia no requiera por modalidad el espacio”.

Si los científicos discurren de esta suerte, partiendo del principio de continuidad según el cual la energía se transmite al universo invisible, no se les ha de negar el mismo discurso a los ocultistas y espiritualistas. La ciencia admite hoy que las imágenes especulares quedan impresas indefinidamente sobre una superficie pulimentada, y a este propósito dice Draper: “La sombra proyectada sobre una pared deja allí una huella que puede revelarse mediante manipulaciones convenientes... Los retratos de nuestros amigos o las imágenes de la campiña

quedan ocultos bajo la superficie sensible de nuestros ojos, hasta que las revelamos por adecuados medios. Una imagen espectral está encubierta bajo una superficie de plata bruñida o de cristal pulido, hasta que la nigromancia la revela al mundo visible. En las paredes de nuestros más retirados aposentos, al abrigo de indiscretas miradas, en la soledad de nuestro apartamiento inaccesible a los extraños, están las huellas de nuestros actos y las siluetas de cuanto hicimos" (28).

MODALIDADES ENERGÉTICAS

Si tan indelebles impresiones puede recibir la materia inorgánica y nada se aniquila en el universo, no cabe rechazar la hipótesis de que "el pensamiento actúe en la materia de otro universo al par que en la del nuestro y prever de esta suerte lo futuro" (29).

A nuestro entender, si la psicometría es valiosa prueba de la indestructibilidad de la materia, que retiene eternamente las impresiones recibidas, también es la clarividencia psicométrica no menos valiosa prueba de la inmortalidad del espíritu humano. Puesto que la facultad psicométrica es capaz de describir sucesos ocurridos hace centenares de miles de años, ¿por qué no aplicar la misma facultad al conocimiento de un porvenir sumido en la eternidad, que no tiene pasado ni futuro, sino tan sólo el presente sin límites?

No obstante haber confesado los científicos su ignorancia en muchas cuestiones, todavía niegan la misteriosa fuerza espiritual que escapa a las leyes físicas y pretenden aplicar a los seres vivos las mismas que rigen la materia muerta. Han descubierto las energías de la luz, calor, electricidad y movimiento (30), cuyas vibraciones contaron en las vibraciones del espectro solar y engreídos con tan próspera fortuna, se niegan a seguir adelante. Algunos reflexionaron sobre la índole de este proteico agente que no podían pesar ni medir con sus aparatos, y dijeron que era "un medio *hipotético* sumamente elástico y sutil que se supone ocupa los espacios intersiderales e interatómicos y sirve de medio transmisor del calor y de la luz".

CONCEPTO DEL ÉTER

Otros, a quienes llamaríamos los fuegos fatuos o hijos espurios de la ciencia, se tomaron la molestia de observar el éter con lentes de mucho alcance, según nos dicen; pero al no ver espíritus ni espectros, ni descubrir entre sus aleves ondulaciones nada de más científica índole, viraron en redondo para tachar con lastimero acento de "mentecatos y lunáticos visionarios" (31), no sólo a los espiritistas en particular, sino a cuantos creen en la inmortalidad. Dicen sobre este particular los autores de *El Universo invisible*: "Han estudiado en el universo objetivo ese misterio que llamamos *vida*. El error consiste en creer que todo cuanto desaparece de la observación, desaparece también del universo. Sin embargo, no hay tal, porque únicamente desaparece del *pequeño círculo de luz* a que podemos llamar universo de *observsación científica*. Es un trínico misterio en la materia, en la vida y en Dios; pero los tres misterios son *uno* solo" (32). En otro pasaje añaden: "El universo visible debe seguramente tener un límite de energía transformable y probablemente el mismo límite en su materia; pero como el principio de continuidad repugna toda limitación, ha de haber sin duda *algo más allá* de lo visible, de modo que el mundo visible no es el universo total sino tan sólo una pequeña parte de él" (33). Además, atendiendo los autores al concepto del origen y fin del universo visible, dicen que si fuese *todo* cuanto existe, habría ruptura de continuidad tanto en la súbita manifestación primaria de él como en su ruina final... (34). Ahora bien; ¿no es lógico suponer que el universo invisible, en cuya existencia razonablemente creemos, esté en condiciones de recibir la energía del

visible?... Cabe, por lo tanto, considerar el éter o medio transmisor como un puente (35) entre ambos universos, que de esta manera quedan conglomerados en uno solo. En fin, lo que generalmente se llama éter puede ser, *además* de un medio transmisor, el orden de cosas invisibles, de modo que los movimientos del universo visible se comunican al éter y éste los transmite como por un puente al invisible, que los recibe, transforma y almacena. Podemos decir, por lo tanto, que cuando la energía se transmite de la materia al éter, pasa del mundo visible al invisible y cuando del éter va a la materia se transfiere del mundo invisible al visible" (36).

Precisamente es así. Cuando la ciencia adelante algunos pasos más en este camino y estudie detenidamente el "hipotético medio transmisor" podrá salvar sin peligro el abismo que Tyndall ve abierto entre el cerebro físico y la conciencia.

Algunos años antes, en 1856, el por entonces famoso doctor Jobard de París expuso acerca del éter el mismo concepto sustentado después por los autores de *El Universo invisible*. Con asombro del mundo científico, dijo el doctor Jobard a este propósito: "Acabo de hacer un descubrimiento que me asusta. Hay dos modalidades de electricidad: una ciega y ruda, dimanante del contacto de los metales con los ácidos (purga grosera), y otra racional y *clarividente*. La electricidad se ha bifurcado en manos de Galvani, Nobili y Matteuci. La corriente ruda tomó la dirección señalada por Jacobi, Bonelli y Moncal, mientras que la corriente lúcida quedó en manos de Bois-Robert, Thilorier y Duplanty. La esfera eléctrica o electricidad globular entraña un pensamiento que desobedece a Newton y a Mariotte para moverse a su antojo... En los anales de la Academia hay mil pruebas de la *inteligencia del rayo eléctrico*... Pero noto que voy siendo en demasía indiscreto. A poco más doy la clave que ha de llevarnos al descubrimiento del espíritu universal" (37).

Todas las citas iluminan con nueva luz la sabiduría de los antiguos. Ya vimos que los *Oráculos caldeos* (38) exponen en parecido lenguaje el mismo concepto del éter que los autores de *El Universo invisible*, pues dicen que "del éter proceden todas las cosas y a él han de volver y que en él están indeleblemente grabadas las imágenes de todas las cosas, porque es almacén de ideas y troj de los gérmenes y de los residuos de las formas visibles". Esto corrobora nuestra afirmación de que todo descubrimiento moderno tuvo su parigual hace miles de años entre nuestros *cándidos* antepasados. Vista, en el punto en que estamos, la actitud de los escépticos respecto de los fenómenos psíquicos, cabe asegurar que aunque la clave referida por Jobard estuviera en el borde del "abismo", no habría ningún Tyndall capaz de agacharse a recogerla.

¡Cuán limitadas han de parecerles a algunos cabalistas estas tentativas para escrutar el hondo misterio del éter universal! Porque por muy superiores que respecto a las de la ciencia contemporánea sean las ideas de los autores de *El Universo invisible*, resultan por demás familiares para los maestros de la filosofía hermética, quienes no sólo consideraban el éter como el puente tendido entre el universo vivisble y el invisible, sino que osadamente recorrían todos sus tramos hasta llegar a las misteriosas puertas que los científicos no quieren o tal vez no pueden abrir.

Cuanto más ahondan los investigadores modernos en sus observaciones, tanto más frecuentemente les dan en rostro los descubrimientos antiguos. Expone el geólogo francés Beaumont una teoría sobre los movimientos internos del globo en relación con la corteza terrestre, y echa de ver que se le habían adelantado los antiguos en la exposición. Preguntamos cuál es la más novísima hipótesis acerca de la formación de los yacimientos minerales, y nos dice Hunt que el agua es el *disolvente universal*, según ya afirmó Tales de Mileto veinticuatro siglos atrás al enseñar que el agua es el originario elemento de todas las cosas. El mismo Hunt, apoyado en la autoridad de Beaumont, trata de los movimientos del globo y de los fenómenos psíquicos del mundo material, diciendo por una parte que "no está dispuesto a conceder que los

espiritualistas posean *el secreto de la vida orgánica*", mientras que por otra confiesa, a nuestra completa satisfacción, lo que leemos en el pasaje siguiente: "Bajo muy diversos aspectos están relacionados los fenómenos del reino orgánico y los del reino mineral, cuya recíproca dependencia ofrece tan vivo interés que nos concita a vislumbrar la verdad subyacente en las opiniones de los filósofos antiguos que atribuían fuerza vital a los minerales y consideraban el globo terráqueo como organismo vivo, cuyo proceso biológico se manifestaba en las alteraciones de la atmósfera, de las aguas y de las rocas".

PREJUICIOS CIENTÍFICOS

Todo es empezar. Los prejuicios científicos han llegado últimamente a tales extremos que parece imposible la justicia hecha a la sabiduría antigua en el anterior pasaje. Hace tiempo que se arrinconaron los cuatro elementos, y los químicos del día acuden desolados en busca de nuevos cuerpos simples con que alargar la lista de los ya descubiertos, como polluelo aumentado a la cría pronta a salir del nido. Por su parte el químico Cooke (39) niega la denominación de elementos a los cuerpos simples, porque "no son principios primordiales o substancias existentes por sí mismas y distintas de la de que fue formado el universo... La antigua filosofía griega pudo tener el concepto que de los elementos tuvo, pero las ciencias experimentales no han de admitir otros elementos que los que pueda ver, oler o gustar". Según esto, la ciencia sólo acepta lo que le entra por ojos, narices y boca. Lo demás, para los metafísicos.

Así es que habríamos de tachar a Van Helmont de ignorante o por lo menos de estacionario discípulo de las escuelas griegas, porque nos dice que si artificialmente cabe convertir una porción de tierra en agua, no es posible que esta alteración la produzca la naturaleza por sí sola, pues los elementos permanecen siempre los mismos. Si Van Helmont y su maestro Paracelso vivieron y murieron en la bendita ignorancia de los futuros sesenta y tres cuerpos simples ¿qué podían hacer, según los científicos del día, sino ocuparse en *metafísicas* y quiméricas especulaciones expuestas en la ininteligible jerigonza de los alquimistas medioevales? Sin embargo, en su ya citada obra, dice Cooke: "El estudio de la química ha revelado cierto número de substancias de las cuales no ha sido posible extraer otras distintas por ninguno de los procedimientos conocidos. Así, por ejemplo, del hierro no es posible extraer más que hierro... Hace tres cuartos de siglo, no distinguían los químicos entre cuerpos simples y compuestos, porque los antiguos alquimistas no concibieron que *el peso es la medida de la materia* y que la materia no se aniquila en peso; antes al contrario, creyeron que en las manipulaciones se transformaban misteriosamente las substancias... En suma, se desperdiciaron algunos siglos en vanas tentativas para transmutar en oro los metales viles" (40).

No tenemos ni de mucho la seguridad de que el profesor Cooke, tan versado en química, lo esté igualmente en cuanto supieron o dejaron de saber los alquimistas, ni tampoco en la interpretación de su simbólico lenguaje. Pero comparemos sus anteriores opiniones con las de Paracelso y Van Helmont, según las traducciones inglesas de sus obras. Dicen que el *alkahest* determina los efectos siguientes:

1.º "Nunca extingue las propiedades virtuales de los cuerpos disueltos en él. Por ejemplo, si el oro se trata por el *alkahest* se forma una sal de oro; si el antimonio, una *sal* de antimonio, etc.

2.º El cuerpo manipulado se descompone en tres principios: sal, azufre y mercurio; pero después queda únicamente la sal volátil, que por último se convierte en agua clara.

3.º Todo cuanto el *alkahest* disuelve se puede convertir en volátil mediante el baño de arena, y si luego de volatilizado el disolvente se destila la substancia soluble, se convierte en agua pura e insípida, pero siempre en *cantidad equivalente al original*".

Por su parte dice Van Helmont que el *alkahest* disuelve los cuerpos más rebeldes en substancias de las mismas propiedades virtuales *de peso idéntico al cuerpo disuelto...* Destilada repetidas veces esta sal (a que Paracelso llama *sal circulatum*), pierde toda su fijeza y acaba por convertirse en un agua insípida en *cantidad equivalente* a la sal de que procede" (41).

PRINCIPIOS ALQUÍMICOS

Las alegaciones de Cooke en pro de la ciencia moderrna con respecto a la fraseología hermética, podrían aplicarse también a la escritura hierática de Egipto que encubre todo cuanto convenía encubrir. Si Cooke trata de aprovecharse de la labor del pasado, ha de de recurrir a la criptografía y no a la sátira. Paracelso, como los demás alquimistas, exprimía su ingenio en la transposición literal y abreviatura de palabras y frases; y así, por ejemplo, escribe *sufratur* en vez de tártaro, *mutrin* por nitro, etcétera. Son innumerables las interpretaciones supuestas de la palabra *alkahest.* Unos creen que era una doble sal de tártaro; otros le daban la misma significación que a la voz alemana antigua *algeist*, equivalente a *espirituoso*. Paracelso llama a la sal "centro de agua donde han de morir los metales"; de lo que algunos, como por ejemplo, Glauber, infieren que el *alkahest* era espíritu de sal. Se necesita mucha osadía para decir que Paracelso y sus colegas ignoraban la distinción entre los cuerpos simples y sus combinaciones, pues aunque no les diesen los mismos nombres que hoy les dan los químicos, obtenían resultados imposibles de lograr sin conocer la índole de las substancias manipuladas. Nada importa el nombre que Paracelso dio al gas resultante de la reacción del hierro y el ácido sulfúrico, si las autoridades en química reconocen que descurbió el hidrógeno (42). Su mérito es el mismo. Y nada tampoco importa que Van Helmont encubriera bajo la denominación de "virtudes seminales" las propiedades inherentes a los elementos químicos que, al combinarse, las modifican temporáneamente sin perderlas en modo alguno, pues no por su enigmático lenguaje dejó de ser el químico más ilustre de su época en parigualdad de mérito con los del día. Afirmaba Van Helmont, que el *aurum potabile* podía obtenerse por medio del *alkahest*, salificando el oro de suerte que sin perder sus "virtudes seminales" se disolviera en el agua. Cuando los químicos sepan, no lo que Van Helmont decía que entendía, ni lo que se supone entendía, sino lo que en realidad entendía por *aurum potabile*, alkahest, sal y virtudes seminales, podrán definir su actitud respecto a los filósofos del fuego y a los antiguos maestros cuyas místicas enseñanzas respetuosamente siguieron. De todos modos, este lenguaje de Van Helmont, aun tomado en sentido exotérico, demuestra que conocía la solubilidad de las combinaciones metálicas en el agua, en lo que basa Hunt su hipótesis acerca de los yacimientos metalíferos. A este propósito dice en una de sus conferencias: "Los alquimistas buscaron en vano el disolvente unviersal; pero nosotros sabemos hoy que el agua, a favor de la presión y la temperatura, y en presencia de ciertos cuerpos muy abundantes en la naturaleza, tales como el ácido carbónico y los carbonatos y sulfatos alcalinos, disuelve las substancias al parecer más insolubles y obra como el alkahest o menstruo universal durante tanto tiempo buscado" (43).

Esto tiene todo el aire de una paráfrasis de Van Helmont o Paracelso, pues ambos alquimistas conocían las propiedades disolventes del agua tan bien como los químicos modernos, y ni siquiera velaban esotéricamente este conocimiento, de lo cual se infiere que no era el agua el disolvente universal a que aludían. Entre las muchas obras de comentario y crítica que sobre la alquimia se conservan todavía, hay una de tonos satíricos de la que

entresacamos el siguiente pasaje: “Podrá darnos alguna luz sobre esto la observación de que, para Van Helmont y Paracelso, el agua era el instrumento universal de la química y la filosofía natural, y diputaban el fuego por causa eficiente de todas las cosas. Creían, además, que la tierra entrañaba virtudes seminales, y que el agua, al disolver y fermentar las substancias térreas, como sucede con el fuego, produce todas las cosas y origina los reinos mineral, vegetal y animal” (44).

Los alquimistas conocían por completo la universal potencia disolvente del agua, y en las obras de Paracelso, Van Helmont, Filaleteo, Pantatem, Taquenio y Boyle, se establece explícitamente la propiedad por excelencia del alkahest, ésta es, la de “disolver y transmutar todos los cuerpos sublunares *excepto el agua*”. No cabe suponer, por lo tanto, que hombre de tan irreprensible conducta y de tan vasto saber como Van Helmont, asegurara formalmente poseer el secreto si únicamente hubiese sido mera presunción de poseerlo (45).

EL TESTIMONIO HUMANO

Acerca de la validez del testimonio humano, que podremos aplicar a este caso, dijo Huxley en una conferencia dada no ha mucho en Nashville: “Forzosamente ha de estar nuestra conducta más o menos influida por las opiniones que nos sugiere el estudio de la historia. Una de estas influencias es el testimonio humano en sus varias modalidades de ocular, tradicional y escrito... Al leer, por ejemplo, los *Comentarios* de Julio César, daremos crédito a los relatos de sus batallas contra los galos y aceptaremos su testimonio en este punto, pues comprendemos que César no hubiera hecho tales afirmaciones de no ser ciertas”. En consecuencia, es lógico aplicar esta regla de investigación a los casos en que César habla de los augures, adivinos y otros fenómenos psíquicos. Lo mismo debemos decir de Herodoto y demás historiadores antiguos, pues si no fueron espontáneamente verídicos, tampoco se les ha de creer en asuntos meramente profanos, porque *falsus in uno, falsus in omnibus*. Y por igual razón, si se les da crédito en los asuntos mundanos, también se lo hemos de dar en los espirituales, pues, según dice Huxley, la naturaleza humana fue en la antigüedad lo mismo que es ahora. Los hombres de honrado talento no mienten por el placer de engañar o pervertir a la posteridad.

Una vez determinadas por Huxley las probabilidades de error en el testimonio humano, ya no hay necesidad de discutir la cuestión con respecto a Van Helmont y a su ilustre y calumniado maestro Paracelso. Su comentador Deleuze dice que las obras de Van Helmont tienen mucho de mítico e ilusorio (acaso porque no las entendió debidametne), pero en cambio reconoce que fue hombre de vasta cultura, penetrante juicio y descubridor de grandes verdades, pues dio por vez primera el nombre de *gases* a los fluidos aeriformes y dejó abierto el camino para las futuras aplicaciones del acero (46). No es posible, por lo tanto, suponer que los experimentadores al quimistas desconociesen los cuerpos simples desde el momento en que combinaban, recombinaba, disolvían y descomponían los ingredientes químicos tal como hoy día se sigue efectuando en los laboratorios. Si tan sólo hubiesen tenido fama de teóricos, nada valdrían nuestros argumentos; pero como ni sus mismos enemigos se atreven a negar los descubrimientos que hicieron, todavía cupiera emplear más enérgico lenguaje si no lo impidiera la imparcialidad. Y como quiera que las facultades morales e intelectuales del hombre han de aquilatarse psicológicamente, puesto que creemos en la elevada naturaleza espiritual, no vacilamos en afirmar que si Van Helmont aseguró formalmente que poseía el secreto del *alkahest*, nadie tiene derecho a tacharle de farsante ni de visionario sin saber cuál era su verdadero concepto del *menstruo universal*.

Habla Wallace (47) de la “obstinación de los hechos” y, por lo tanto, en los hechos hemos de apoyarnos para exponer los “milagros” de ayer y los de hoy. Los autores de *El*

Universo invisible han demostrado científicamente la posibilidad de ciertos fenómenos psíquicos mediante la acción del éter universal; y Wallace por su parte ha refutado con estricta lógica las objeciones que Hume, entre otros, levantó contra la posibilidad de dichos fenómenos (48). Crookes ofreció a los escépticos sus experiencias continuadas durante tres años, hasta que se convenció de la verdad por sí mismo. Flammarión, el popular astrónomo francés, añade su testimonio al de Wallace, Crookes y Hare, y corrobora nuestros asertos en el siguiente pasaje:

"Tengo la firme convicción, basada en personales experiencias, de que no saben de qué hablan cuantos niegan la posibilidad de los fenómenos magnéticos, sonambúlicos, mediumnímicos y otros no explicados todavía por la ciencia, pues todo científico habituado a la observación puede cerciorarse absolutamente de la realidad de dichos fenómenos, con tal de que su mente no esté velada por el prejuicio ni sumida en el engaño demasiado frecuente de que *conocemos todas las leyes de la naturaleza* y es imposible trasponer los límites actualmente establecidos".

HIPÓTESIS DE COX

Crookes nos refiere la explicación (49) que en los siguientes términos da Sergeant Cox de la fuerza psíquica: "Puesto que el organismo corporal está animado interiormente por una fuerza supeditada o no al espíritu, alma, mente o lo que quiera que constituya el ser individual llamado hombre, es lógico inferir que todo movimiento externo al cuerpo tiene por causa la *misma fuerza* que produce el movimiento en el interior del cuerpo. Y así como esta fuerza externa suele estar dirigida por la inteligencia, también esta inteligencia dirige la fuerza interna".

Para mejor comprender el pensamiento de Sergeant Cox en esta hipótesis, la dividiremos en cuatro proposiciones:

1.ª La fuerza productora de los fenómenos psíquicos procede del médium y por consiguiente dimana de él.

2.ª La inteligencia que dirige la fuerza productora del fenómeno podría ser distinta de la inteligencia del médium; pero como no hay prueba suficiente de ello, es muy probable que la inteligencia directora sea la del médium (50).

3.ª La fuerza que mueve la mesa es idéntica a la que mueve el cuerpo del médium.

4.ª Los espíritus de los difuntos para nada intervienen en la producción de los fenómenos psíquicos.

Antes de examinar estas opiniones de Cox conviene advertir que nos vemos situados entre dos opuestas parcialidades: los que creen y los que no creen en la intervención de los espíritus de los difuntos, pues mientras la masa vulgar de espiritistas atribuye con enormes tragaderas a los espíritus desencarnados el más leve ruido y el más ligero movimiento que notan en las sesiones del centro, los escépticos niegan toda manifestación de los espíritus, por la sencilla razón de que no creen en ellos. Así, pues, ni unos ni otros están dispuestos a estudiar el asunto con la serenidad que su importancia requiere.

Ciertamente, la fuerza productora de los movimientos internos es la misma que la productora de los movimientos externos; pero la identidad no pasa de aquí, como se advierte considerando, por ejemplo, que el principio vital que anima el cuerpo de Cox es el mismo que anima el del médium, y sin embargo, ni éste es aquél ni aquél es éste.

Esta fuerza que lo mismo da llamar psíquica como quieren Cox y Crookes, o darle cualquier otro nombre, no procede del médium, sino que se actualiza por mediación de él. Es imposible que dimane del médium en los casos de levitación sin contacto y demás fenómenos que denotan actuación inteligente. Saben los espiritistas que cuanto más pasivo es el médium más activas son las manifestaciones, y por lo tanto no cabe negar la intervención de una

deliberada y consciente voluntad en los casos en que la fuerza psíquica levanta del suelo masas inertes, las mueve en determinadas direcciones por el aire y las vuelve a dejar en el suelo, evitando todo obstáculo. Esta fuerza no puede dimanar del médium, que permanece en pasividad durante el experimento, pues si dimanase de él, sería éste un mago consciente y no pasivo instrumento de invisibles entidades inteligentes. Tan absurdo es suponer que la fuerza psíquica dimana del médium, como que el vapor encerrado en una marmita fuese capaz de levantarla, a menos de estallar, o que la electricidad acumulada en una botella de Leyden, la moviese de sitio. Todo indica que la fuerza operante sobre los objetos externos en presencia del médium tiene su fuente más allá de él. Podemos compararla con el hidrógeno que vence la inercia del aerostato. El gas acumulado en el interior del globo, por la inteligente dirección del aeronauta, llega a prevalecer sobre la gravedad de su masa. Análogamente produce la fuerza psíquica de los fenómenos de levitación, y aunque de naturaleza idéntica a la materia astral del médium, no es su misma materia astral, porque durante el experimento permanece aquél en sopor cataléptico, si tiene verdaderas facultades mediumnímicas. Por lo tanto, el primer extremo de la hipótesis de Cox es erróneo, porque se funda en un falso principio de mecánica, al paso que nuestros argumentos se apoyan en la observación de los fenómenos levitantes.

Para admitir la hipótesis de la fuerza psíquica, es preciso que explique satisfactoriamente los movimientos y levitaciones de los cuerpos sólidos.

Acerca del segundo extremo, negamos que no haya prueba suficiente de que la fuerza productora de los fenómenos esté dirigida algunas veces por inteligencia distinta de la del médium. Al contrario, hay multitud de testimonios comprobatorios de que en la mayoría de los casos ninguna influencia tiene la mente del médium en los fenómenos, por lo que no puede pasar sin reparo la temeraria afirmación de Cox en este punto.

También nos parece ilógico el tercer extremo; porque si el cuerpo del médium no genera, sino que tan sólo transmite la fuerza productora de los fenómenos dirigida por su espíritu, alma o mente (cuestión que no han dilucidado ni mucho menos las investigaciones de Cox), no hay razón para inferir que este mismo espíritu, alma o mente deba también levantar muebles y golpear el alfabeto. Del cuarto extremo, o sea que si los espíritus de los difuntos intervienen o no en las manifestaciones psíquicas, trataremos más extensamente en otro capítulo.

EL CUERPO ASTRAL

Los filósofos iniciados en los Misterios decían que el alma astral es el incoercible duplicado del cuerpo denso, el *periespíritu* de los espiritistas kardecianos, o la forma-espíritu de los no reencarnacionistas. Sobre este duplicado o molde interno, se cierne el espíritu divino que lo ilumina como el sol a la tierra y fecunda el germen de las cualidades latentes. El cuerpo astral está contenido en el físico, como el éter en una botella o el magnetismo en el imán. Es un mecanismo alimentado por el depósito universal de fuerza y sujeto a las mismas leyes que rigen todos los fenómenos de la naturaleza. Su inherente actividad produce las incesantes operaciones biológicas del organismo carnal, y cuando éste se desgasta por el uso, sale de él, porque es prisionero y no voluntario morador del cuerpo físico. La univesal fuerza externa le atrae tan poderosamente que al gastarse la cáscara escapa de ella. Cuanto más robusto, denso y grosero es el cuerpo físico, más largo es el encarcelamiento del astral; pero algunos nacen con organización a propósito para abrir la puerta que comunica con la luz astral, de modo que su alma se asome al mundo astral y se restituya después a su encierro. Los conscientes y voluntariamente capaces de ello, se llaman magos, hierofantes, videntes, profetas y adeptos, y los que sin voluntad ni conciencia propia tienen predisposición a actuar en el mundo astral por

la influencia de un hipnotizador o de una entidad espírita se llaman medianeros o médiums. Cuando el cuerpo astral se libra de obstáculos, queda tan poderosamente atraído por la imánica fuerza universal, que a veces levanta consigo el estuche de carne y lo mantiene suspendido en el aire hasta que recobra su acción la gravedad de la materia.

Todo movimiento, sea de un cuerpo vivo o de un cuerpo inorgánico, requiere tres condiciones: voluntad, fuerza y materia, que pueden transmutarse de conformidad con el principio de la conservación de la energía dirigida, o mejor dicho, cobijada por la Mente divina de que tan insidiosamente se empeñan los escépticos en prescindir, pero sin cuya presidencia no se moverían los gusanillos en la tierra ni al beso de la brisa las hojas del árbol. Los científicos llaman leyes cósmicas a las modalidades de energía y de materia y las consideran inmutables e invariables en su acción; pero más allá de estas leyes hemos de inquirir la causa inteligente que al establecer el régimen infundió en ellas su conciencia. nO es posible concebir una causa primera, una voluntad universal, Dios en suma, si no le atribuimos inteligencia.

Ahora bien: ¿cómo se manifestaría la voluntad a un tiempo consciente o inconscientemente, es decir, con inteligencia y sin ella? La mente no puede estar separada de la conciencia, entendiendo por tal, no la conciencia física, sino una cualidad del principio senciente del alma, que puede actuar aun cuando el cuerpo físico esté dormido o paralizado. Si, por ejemplo, levantamos mquinalmente el brazo, creemos que el movimiento es inconsciente porque los sentidos corporales no aprecian el intervalo entre el propósito y la ejecución. Sin embargo, la vigilante voluntad generó fuerza y puso el brazo en movimiento. Nada hay, ni siquiera en los más vulgares fenómenos mediumnímicos, que confirme la hipótesis de Cox; pues si la inteligencia denotada por la fuerza no prueba que lo sea de un espíritu desencarnado, menos todavía podrá serlo del inconsciente médium. Crookes refiere algunos casos en que la itneligencia manifestada en el fenómeno, no podía atribuirse a ninguno de los circunstantes. Por ejemplo, cuando después de tapar con el dedo una palabra impresa que ni él mismo sabía cuál era, apareció correctamente escrita en la tablilla (51). Si negamos la intervención de una entidad espírita, no cabe explicareste caso de otro modo que por clarividencia; pero como los científicos niegan esta facultad, han de verse cogidos en el otro término del dilema, so pena de admitir la clarividencia, según la entienden los cabalistas, a no ser que prefieran entercarse en el hasta hoy vano empeño de forjar una hipótesis que explique satisfactoriamente el fenómeno. Pero aun admitiendo que la palabra en cuestión hubiese sido leída por clarividencia, ¿cómo explicar las comunicaciones mediumnímicas de tan adivinatorio carácter? ¿Qué hipótesis esclarece el misterio de las facultades proféticas del médium que vaticina sucesos ignorados de él y de cuantos le escuchan? Verdaderamente habrá de recomenzar Cox sus investigaciones

FUERZA CIEGA O INTELIGENCIA

Según ya dijimos, la fuerza psíquica de los modernos, de naturaleza idéntica al fluido terrestre o sidéreo de los antiguos oráculos, es en sí una fuerza ciega. Cuando, por ejemplo, dos interlocutores sostienen un diálogo, su voz se transmite por las vibraciones de la misma masa de aire y en esto se conoce que están hablando. De la propia suerte, cuando el médium y la entidad espírita se comunican a través de un mismo agente, inferimos que hay allí una itneligencia en actuación, pues así como el aire es necesario para la transmisión del sonido, así también se necesitan corrientes etéreas o de luz astral, inteligentemente dirigidas, para la producción de los fenómenos psíquicos. En el vacío pneumático no podrían los interlocutores comunicarse sus pensamientos de viva voz, porque allí no hay aire que vibre. Análogamente tampoco podrá producirse manifestación alguna cuando un experto y potente hipnotizador haga el vacío psíquico en torno del médium, a no ser que otra inteligente voluntad, más poderosa

todavía, venza la inercia astral establecida por el hipnotizador. Los antiguos acertaron a distinguir entre la actuación ciega y la actuación itneligente de una misma fuerza.

Plutarco, sacerdote de Apolo, insinúa la dual modalidad del fluido oracular (gas subterráneo mezclado con substancias intoxicantes de propiedades magnéticas), en el siguiente apóstrofe: "¿Quién eres tú? Sin que Dios te hubiese creado y puesto en vigor; sin el espíritu que por orden de Dios te rige y gobierna serías impotente. Nada podrías hacer porque por ti mismo eres vano soplo" (52). Así también, sin la inteligencia dominante fuera vano soplo la fuerza psíquica.

Afirma Aristóteles, que las emanaciones astrales del interior de la tierra son *causa suficiente* para vivificar por intususcepción plantas y animales. A este mismo propósito, movido Cicerón de justa cólera contra los escépticos de su tiempo, les redarguye diciendo: "Hay algo más divino que las exhalaciones de la tierra, que conmueven el alma humana hasta el punto de consentirle la predicción del porvenir. ¿Podrá la mano del tiempo desvanecer tal virtud? ¿Creéis que os hablo de algún vino exquisito o de algún manar sabroso"? (53). No creemos que los modernos investigadores presuman de más sabios que Cicerón y aseguren que se ha desvanecido la fuerza eterna y agotado las funetes de la profecía.

Según parece, los profetas de la antigüedad explayaban su inspirada sensibilidad por el directo efluvio de la emanación astral, o bien por una especie de flujo húmedo que surgía de la tierra, con el que se daba a entender la materia astral de que en esta luz forman las almas su temporánea envoltura. El mismo concepto expresa Cornelio Agripa cuando dice que los fantasmas son de naturaleza vaporosa y húmeda: *"in spirito turbido humidoque"* (54).

Hay dos linajes de profecía: la consciente, propia de los magos, capaces de ver en la luz astral, y la inconsciente, debida a la inspiración. A esta segunda clase pertenecen los profetas bíblicos y los mediumnímicos. Sobre el parituclar dice Platón: "Ningún hombre tiene inspiración profética cuando está en sus propios sentidos, sino que es necesario para ello que su mente se halle poseída por algún espíritu... hay quien presume de profeta y no es más que repetidor, por lo que de ningún modo se le debe llamar profeta, sino transmirsor de visiones y profecías" (55).

Insistiendo en sus argumentos, dice Cox: "Los más ardientes espiritistas admiten la fuerza `síquica bajo la impropia denominación de magnetismo (con el cual no tiene analogía alguna), porque afirman que los espíritus de los difuntos sólo pueden realizar los actos que se atribuyen valiéndose del magnetismo (fuerza psíquica) del médium" (56).

EL MÉDIUM CONDUCTOR

Con otra mala inteligencia tropezamos aquí al dar nombres distintos a la misma energía. Si hasta el siglo XVIII no formaron cuerpo de ciencia los estudios sobre la electricidad, ¿diremos que esta energía no existió antes de entonces, cuando bien pudiera demostrarse que ya la conocieron los hebreos? Pues de la propia suerte han sido siempre idénticos el magnetismo y la electricidad, por más que las ciencias experimentales no advirtieran esta identidad hasta el año 1819. Si una barra de acero puede imanarse por la acción de una corriente eléctrica, cabe admitir también que en las sesiones espiritistas es el médium el *conductor* de una corriente, de modo que la inteligencia directora de la fuerza psíquica determina flujos eléctricos en las ondas etéreas, y valiéndose del médium, como conductor, actualiza el magnetismo latente en la atmósfera del salón de sesiones. La palabra *magnetismo* es tan propia como otra cualquiera, mientras la ciencia descubre algo más que un agente hipotético dotado de propiedades problemáticas.

A este propósito dice Cox: "La diferencia entre los partidarios de la fuerza psíquica y los espiritistas, consiste en que para nosotros no hay todavía suficiente prueba de un agente

director distinto de la inteligencia del médium, ni hay tampoco prueba alguna de la actuación de los espíritus de los muertos" (57).

De completo acuerdo estamos con Cox en uanto a la falta de pruebas de la intervención de los espíritus de los muertos, pero en lo que al otro extremo atañe no deja de ser extraña la negativa desde el momento en que abogan por la contraria un caudal de hechos, según se infiere de las siguientes palabras de Crookes: "En mis notas hallo tal superabundancia de pruebas y un sin fin de testimonios tan aplastantes, que podría llenar con ellos varios números de la revista trimestral" (58).

Pero veamos alguna de esas pruebas abrumadoras:

1.ª El movimiento de cuerpos muy pesados, sin contacto ni esfuerzo mecánico.
2.ª La percusión y otros sonidos.
3.ª Alteración del peso de los cuerpos.
4.ª Movimiento de los cuerpos pesados a distancia del médium.
5.ª Levitación de muebles sin contacto.
6.ª Levitación de personas (59).
7.ª Apariciones luminosas (60).
8.ª Aparición de manos luminosas o visibles a la luz astral.
9.ª Escritura directa por manos luminosas, aisladas y movidas inteligentemente.
10.ª Apariciones y figuras espectrales (61).

Todos estos fenómenos presenció y comprobó Crookes en su propia casa, con la suficiente escrupulosidad de observación para dar cuenta de ellos a la Sociedad Real de Londres, sin que el resultado correspondiera a sus convicciones, según confiesa en la citada obra.

Además de los fenómenos enumerados, refiere Crookes otros especiales en que le *parece* advertir la intervención de una *inteligencia externa*.

EL LÁPIZ Y LA REGLA

Dice a este propósito: "He visto a la médium, señorita Fox, dar una comunicación escrita y simultáneamente otra por golpes alfabéticos, mientras conversaba con un tercero sobre asuntos del todo distintos de los anteriores... En otra sesión en que médium era Home, estando la sala a toda luz, atravesó por el aire una regla de escritorio que se vino hacia mi derecha para darme una comunicación. Iba yo pronunciando una tras otra las letras del alfabeto y al llegar a la necesaria para componer la palabra, me golpeaba la regla en la mano sin que el médium pudiera moverla, pues se hallaba a bastante distancia. Entonces pregunté si la misma regla podría golpearme la mano para dar la comunicación según el alfabeto Morse, y en efecto, así lo hizo, con la particularidad de que nadie había allí que conociese el alfabeto Morse y aun yo no lo dominaba por completo. Esto me convenció de que forzosamente daba la comunicación un experto manipulador del aparato Morse, quienquiera que fuese... Poco después, en mi propio aposento y a plena luz, manifesté el deseo de que la misma regla diese otra comunicación. Había sobre la mesa un lápiz, una regla de madera y varias hojas de papel. De pronto, se mueve el lápiz a saltos inseguros hacia el papel y cae sobre éste. Nuevamente vuelve a levantarse y a caer por tres veces, hasta que la regla de madera se levantó unos cuantos centímetros sobre lamesa y se movió hacia el lápiz, que entonces se levantó de nuevo y advertí que regla y lápiz en recíproco apoyo se esforzaban en escribir sobre el papel sin conseguirlo; pero tras dos infructuosas tentativas, observé que la regla regresaba a su sitio y el lápiz caía sobre la mesa. Acto continuo recibí una comunicación alfabética que decía: "Hemos intentado hacer lo que pedíais, pero se nos han agotado las fuerzas". El plural *hemos* se refería

evidentemente a los aliados esfuerzos inteligentes del lápiz y la regla, de lo que se infiere la intervención de *dos* fuerzas psíquicas".

En este caso, nada denota que el agente director fuese la inteligencia del médium, antes al contrario, hay indicios de que espíritus de difuntos, o entidades inteligentes e invisibles, movían la regla y el lápiz. Ciertamente que tan impropio es llamar magnetismo como fuerza psíquica a la causa de este fenómeno, pero es más aplicable la primera denominación, porque los fenómenos del magnetismo o hipnotismo trascendental son de la misma índole que los espírtas. El *círculo encantado* del barón Du Potet y de Regazzoni está tan en pugna con la fisiología, como la levitación de objetos sin contacto pueda estarlo con la mecánica. En el círculo encantado, los experimentadores, entre los cuales había algunos académicos, no pudieron atravesar la curva trazada con yeso en el pavimento por el barón Du Potet; y un general ruso, famoso por su escepticismo, que quiso atravesarla, cayó presa de violentas convulsiones. Este fenómeno es análogo al de la mesa de poco peso que no pueden levantar varios hombres fornidos, y antes la rompen con sus esfuerzos. En ambos casos, el fluido magnético o fuerza psíquica de Cox opone resistencia a la incursión en el círculo limitado por la circunferencia de yeso, y comunica extraordinaria pesantez a la endeble mesa. Por lo tanto, de la analogía de efectos se infiere lógicamente la analogía de causas, sin que en buen juicio valga objeción alguna contra ello, pues aunque se negaran los hechos, subsistiría la verdad del principio. Tiempo hubo en que todas las corporaciones académicas de la cristiandad negaban la existencia de las montañas lunares, y de loco tacharan los académicos a quien se hubiese atrevido a decir que la vida alienta con mayor profusión en las profundidades oceánicas que en las alturas atmosféricas.

El piadoso abate Almignana solía decir en presencia de las mesas semovientes: "si el diablo afirma, de seguro miente". Tal vez podamos parafrasear el aforismo diciendo: "si los científicos niegan, verdad segura".

CAPÍTULO VII

¡Oh Tú, Causa primera, la menos comprendida!

POPE.

¿Por qué estra placentera esperanza, este hondo deseo, este ardiente anhelo de inmortalidad? ¿Por qué el secreto temor, el íntimo espanto de caer en la nada? ¿Por qué se encoge el alma en sí misma y tiembla a la sola idea de aniquilación? Es la divinidad que en nuestro interior se agita. Es el cielo que señala nuestro porvenir y revela la inmortalidad del hombre. ¡Oh eternidad! Encantadora y pavorosa Idea.

ADDISON.

Hay otro mundo mejor.

KOTZEBÜE. – *El Extranjero*.

Después de conceder espacio a las encontradas opiniones de los científicos respecto de los fenómenos psíquicos, justo es atender a las teorías de los alquimistas medioevales, quienes, salvo raras excepciones, profesaban en este punto las mismas doctrinas que los antiguos filósofos, resumidas en la alquimia; la cábala caldeo-hebraica, los sistemas esotéricos de los magos y de los pitagóricos, y posteriormente las enseñanzas de los neoplatónicos y teurgos. Más adelante examinaremos las ideas de los gimnósofos indos y de los astrólogos caldeos, sin descuidarnos de poner de manifiesto las capitales verdades subyacentes en las mal comprendidas religiones de la antigüedad. Los cuatro elementos de nuestros antepasados: tierra, aire, agua y fuego, significan para el estudiante de alquimia y magia o psicología antigua, algo que jamás sospecharon los filósofos modernos. Conviene advertir que la llamada *nigromancia* o *espiritismo,* en cuanto atañe a la evocación de los difuntos, es práctica universalmente difundida en todos los países desde la más remota antigüedad.

Enrique More, catedrático de la universidad de Cambridge, que no era alquimista ni mago ni astrólogo, sino sencillamente un insigne filósofo, gozaba de universal aprecio por su profundo saber y creía firmemente en sortilegios y hechicerías. Sus ingeniosos argumentos en pro de la inmortalidad del espíritu humano, se fundan en la filosofía pitagórica aceptada por Cardan, Van Helmont y otros místicos. Según sus enseñanzas, todas las cosas proceden del increado espíritu a que llamamos Dios, lasubstancia suprema, por *emanación causativa*. Dios es la substancia primaria y todo lo demás la secundaria. Dios emanó la materia dotándola de poder semoviente, por lo que si bien es Dios la causa de la materia y del movimiento, podemos decir, sin embargo, que la materia se mueve por sí misma. El espíritu de Dios es, por lo tanto, una substancia indiscernible que puede moverse, infundirse, contraerse, dilatarse y también penetrar, mover y alterar la materia, su tercera emanación (1). Creía More en las apariciones y afirmaba resueltamente la individualidad del alma humana cuya memoria y conciencia persisten

en la vida futura. Dice que “el cuerpo astral consta, al dejar el físico, de dos distintos vehículos: el aéreo y el etéreo. Mientras el espíritu desencarnado actúa en el vehículo aéreo está sujeto al hado, esto es, a la culpa y a la tentación, pues le queda el apego a los intereses terrenos y no es completamente puro hasta que desecha este vehículo, propio de las bajas esferas, y se eterifica, pues sólo entonces se convence de su inmortalidad, porque un cuerpo tan transparentemente luminoso como el etéreo, no proyecta sombra alguna. Cuando el alma llega a esta condición se substrae al hado y a la muerte. Esta trascendente condición de divina pureza era el único anhelo de los pitagóricos”.

A los escépticos de su tiempo los trata More con despectivo rigor. De Scot, Adie y Webster, dice que son “santos de nuevo cuño y fiscales jurados de las brujas que contra toda razón, a pesar de los intérpretes y de la misma Escritura, ven en Samuel un bribón redomado”. Y termina diciendo: “¿A quién hemos de creer? ¿A la Escritura o a esos payasos henchidos de orgullosa ignorancia y vanidosa y estúpida incredulidad? Que cada cual juzgue como le parezca” (2) .

¿Qué lenguaje hubiera empleado este eminente teólogo contra los escépticos de nuestros días?

OPINIÓN DE DESCARTES

Descartes, aunque adorador de la materia, era ardiente partidario de la teoría magnética y hasta cierto punto de la alquimia. Su concepto del universo tenía no poca semejanza con el de otros insignes filósofos. Según él, está lleno el infinito espacio de una materia fluida elemental, única fuente de toda vida, que envuelve a los astros y los mantiene en continuado movimiento. Los vórtices de Descartes entrañan el mismo concepto que las corrientes magnéticas de Mesmer, y sobre esto dice Ennemoser, que la semejanza entre ambas hipótesis es más notable de lo que presumen quienes no han estudiado cuidadosamente el asunto (3).

El conspicuo filósofo Poiret- Naudé profesó asimismo la teoría magnética y fue uno de sus primeros propagadores (4). En sus obras está plenamente vindicada la filosofía mágico-teosófica.

El conocido doctor Hufeland dejó escrita una obra sobre magia (5) en que expone la teoría de la atracción magnética entre los hombres, los animales, las plantas y los minerales, corroborando el testimonio de Campanella, Van Helmont y Servio, en lo referente a la simpatía entre las diversas partes de los cuerpos orgánicos e inorgánicos.

Estas mismas ideas declara Tenzel Wirdig en sus obras, con mayor claridad, lógica y vigor que cuantos místicos trataron del mismo asunto. En su famosa obra: *Nueva medicina espiritual*, demuestra que la naturaleza entera está *animada*, fundándose en la magnética atracción universal a que da el nombre de “armonía de los espíritus”. Según él, cada cosa atrae a su semejante y propende hacia las de índole simpática con la suya. De las mutuas simpatías y antipatías se origina el continuado movimiento del universo, y la incesante comunión entre cielos y tierra engendra la armonía universal. Todas las cosas viven y mueren por efecto del magnetismo y se influyen recíprocamente a pesar de la distancia, de modo que la fuerza de atracción y repulsión determina el estado normal o morboso de los congéneres (6).

Kepler, el precursor de Newton en el descubrimiento de fundamentales principios científicos, entre ellos el de la gravitación universal (7), aceptaba la enseñanza cabalística de que los espíritus planetarios son entidades inteligentes residentes en los planetas, que están habitados por seres espirituales cuya influencia se deja sentir en los moradores de los planetas más densamente groseros, y en particular de nuestro globo (8). Pero así como esta hipótesis de las planetarias influencias espirituales quedó suplantada por la de los vórtices del materialista

Descartes, algún día prevalecerán sobre esta última las de las corrientes magnéticas inteligentemente dirigidas por el *ánima mundi*.

El erudito filósofo italiano Juan Bautista Porta recibió de la crítica el mismo trato que sus colegas, no obstante haber demostrado el ningún fundamento de las imputaciones que de superstición y hechicería se lanzaban contra la magia. Este célebre alquimista dice en su obra: *Magia natural*, que los fenómenos de ocultismo tienen por fundamento el alma del mundo que solidariza todas las cosas. Añade que el espíritu humano es de la esencia de la luz astral, y que como ésta actúa en simpática armonía con la naturaleza toda, nuestros cuerpos sidéreos alcanzan a operar mágicas maravillas con tal de conocer los elementos a propósito. Declara que la piedra filosofal, de cuya posesión se han jactado muchos para asombrar a las gentes, *la encontraron felizmente unos pocos*, e insinúa algo de la significación espiritual de esta piedra.

MAGNETISMO UNIVERSAL

El monje Kircher, de la escuela mística, expuso en 1654 una completa teoría del magnetismo universal (9), basada en muchos puntos insinuados por Paracelso. Define el magnetismo en oposición al concepto de Gilbert, que considera la tierra como un enorme imán, y arguye en contra, diciendo que si bien toda partícula terrestre y toda fuerza invisible e incoercible son magnéticas, no es ello razón bastante para afirmar que la tierra sea un imán, pues en el universo sólo hay un imán, del que procede el magnetismo de cuanto existe. Este imán es, por supuesto, lo que los cabalistas llaman sol espiritual, esto es, Dios. Afirmaba Kircher que el sol, la luna, los planetas y las estrellas son sumamente magnéticos, pero por inducción, por efecto de moverse en el fluido magnético del universo o sea en la luz espiritual. Demuestra, además, la misteriosa simpatía entre los seres de los tres reinos de la naturaleza, con infinidad de ejemplos comprobados, algunos posteriormente, aunque la mayor parte no sólo no lo han sido, sino que se les ha negado posibilidad gracias a la tradicional dcautela y equívoca lógica de los científicos. Establece Kircher la distinción entre el magnetismo mineral y el animal o zoomagnetismo, diciendo que excepto en el caso de la piedra imán, todos los minerales han de estar magnetizados por la mayor potencia del magnetismo animal, que a su vez recibe esta virtud de la primera causa creadora. Por ejemplo, una aguja puede quedar magnetizada en la mano de un hombre de recia voluntad, y el ámbar adquiere esta potencia más por el frote de la mano humana que por otro medio cualquiera; y así es que el hombre puede comunicar su propia vida y animar hasta cierto punto los cuerpos inanimados. A esto llaman hechicería los necios. El sol es el cuerpo más magnético de todos (10) y así lo entendieron los filósofos antiguos, pues echaron de ver que las emanaciones del sol atraían todas las cosas que por su influencia reciben el poder de atracción. En prueba de ello cita algunas plantas que denotan mayor atracción hacia el sol y otras hacia la luna. Entre las primeras tenemos la llamada *githymal*, que sigue fielmente al sol aun cuando esté nublado. La flor de acacia abre los pétalos al salir el sol y los cierra a la puesta. Lo mismo hacen el loto egipcio y el girasol de Europa. La hierbamora ofrece análoga particularidad respecto de la luna.

Como ejemplo de las simpatías y antipatías entre los planetas, cita Kircher la aversión de la vid por las berzas y su amor al olivo; la simpatía del ranúnculo por el lirio y la de la ruda por la higuera. En prueba de antipatía cita los renuevos del granado mexicano, cuyos trozos, al cortarlos, se repelen como movidos de implacable hostilidad. Opina Kircher, por otra parte, que los sentimientos y emociones son mudanzas de la condición magnética del individuo, es decir, que la ira, los celos, la amistad, el amor y el odio provienen de la alteración del ambiente que constituye nuestro campo de emanaciones magnéticas. El amor es uno de los sentimientos que ofrecen tan diversos aspectos como el amor maternal y el del artista por su arte. Tanto el amor

como la amistad son manifestaciones de simpatía entre naturalezas congeniantes. Para Kircher, el magnetismo de amor puro es la causa eficiente de todas las cosas creadas. El amor sexual es de naturaleza eléctrica y lo llama *amor febris species*, la fiebre de la especie. Distingue Kircher dos clases de atracción magnética: la simpatía y la fascinación; una santa y natural; otra siniestra y artificiosa. A esta última atribuye el poder del sapo que sólo con abrir la boca atrae a la víctima que se precipita en sus fauces. El ciervo y otros rumiantes menores se ven impelidos irresistiblemente hacia la boa que los fascina, y el pez torpedo entorpece el brazo del pescador con sus descargas.

El provechoso ejercicio de la facultad magnética, requiere tres condiciones:

1.ª Nobleza de alma.

2.ª Voluntad robusta e imaginación intensa.

3.ª Un sujeto más débil que el magnetizador.

El hombre inmune a las tentaciones del mundo y de la carne puede curar magnéticamente enfermedades tenidas por incurables y adquirir clarividencia profética. Hasta aquí las teorías de Kircher.

INFLUENCIA DEL AMBIENTE

Un raro libro del siglo XVII nos da curioso ejemplo de la magnética atracción universal en las notas de viaje y relato oficial enviado al rey de Francia por su embajador el señor de Loubère, acerca de lo que había visto en el reino de Siam. Dice así: “En Siam hay dos peces de agua dulce, llamados *pal* y *cadi* que cuando se les pone a cocer en la olla siguen el movimiento de la marea subiendo y bajando en relación con el flujo y reflujos (11)”. Loubère hizo varios experimentos con estos peces, en compañía del ingeniero Vincent, cuyo testimonio da visos de certeza a este fenómeno que algunos tachan de patraña. Precisamente en los países incultos debemos interrogar con mayor solicitud a la naturaleza y observar los efectos de la sutilísima energía a que los antiguos llamaron alma del mundo. Tan sólo en las comarcas de Oriente, en las vastas e inexploradas regiones asiáticas, encontrará el estudiante de psicología alimento bastante para satisfacer su hambre de verdad; porque la atmósfera de las ciudades populosas está viciadísima por el humo de las fábricas, locomotoras y vapores, aparte de las miasmáticas exhalaciones de vivos y muertos. La naturaleza, lo mismo que el hombre, está influida en su actuación por el medio ambiente, y el poderoso aliento de la correlación de fuerzas puede ser aminorado, impedido y contrarrestado en determinadas ocasiones como si fuese un ser humano. No tan sólo el clima, sino las ocultas influencias que cotidianamente recibe, modifican la naturaleza psicolfísica del hombre, de la propia suerte que la constitución de la materia llamada inorgánica, hasta extremos no sospechados por la ciencia. Así resulta que el *Diario Médico-Quirúrgico* de Londres aconseja a los cirujanos que no llevan lancetas a Calcuta, pues se sabe por personales experiencias que el acero inglés no resiste el clima de la India. Análogamente, un manojo de llaves de fabricaión inglesa o norteamericana se enmohecen a las veinticuatro horas de estar en Egipto, al paso que los objetos de acero del país no se oxidan. También se ha visto que un samano de Siberia, que había ejercido notablemente sus facultades psíquicas entre sus compatriotas, las fue perdiendo hasta quedar sin ellas en el nebuloso y humeante Londres. Si el organismo humano no es menos sensible que un pedazo de acero a las influencias climatológicas, ¿a qué dudar del testimonio de los viajeros que vieron al samano realizar cotidianamente asombrosos fenómenos en su país natal, y a qué negar la posibilidad de estos fenómenos tan sólo porque no pudo realizarlos en París y Londres? Wendell demuestra en su conferencia sobre las *Artes perdidas*, que el cambio de clima influye en la naturaleza psíquica del hombre, y que los orientales superan en agudeza de sentidos a los europeos. Dice

Wendell que los tintoreros de Lyon, tan excelentes en su arte, sospechan que hay un delicado matiz azul, invisible para los europeos, al paso que en Cachemira elaboran las muchachas chales de 150.000 pesetas con trescientos matices distintos, que los europeos no sólo son incapaces de obtener, sino ni siquiera de distinguir. Si tan enorme es la diferencia entre la agudeza sensoria de ambas razas, bien pudiera ocurrir lo mismo en cuanto a facultades psíquicas. Además, las muchachas de Cachemira ven objetivamente matices que los europeos no pueden ver y, sin embargo, existen; por lo tanto, posible es también que las personas dotadas de la misteriosa facultad de la doble vista vean lo que ven, tan objetivamente como la muchacha de Cachemira, y en vez de ser sus visiones imaginativas quimeras, sean, por el contrario, reflejos de personas y cosas reales impresas en el éter astral, según enseñaron los antiguos filósofos y los *Oráculos Caldeos*, y lo sospecharon algunos investigadores modernos como Babbage, Jevons y los autores de *El Universo Invisible*. A este propósito, dice Paracelso: "Tres espíritus actúan en el hombre y tres mundos lanzan sobre él sus luminosos rayos; pero los tres son imagen y eco de un solo principio productor. El primer espíritu es el de los elementos (12); el segundo es el de las estrellas (13); el tercero es el espíritu divino (14)". Como nuestro cuerpo físico contiene "substancia terrestre primaria", según la denomina Paracelso, podemos convenir con los investigadores científicos, en que las vidas de los organismos vegetal y animal se contraen a un mero proceso físicoquímico. Esta opinión corrobora la de los antiguos filósofos y de la Biblia mosaica, según la cual, el cuerpo del hombre es de polvo y en polvo se ha de convertir, aunque el *memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris*, nada tiene que ver con el alma.

LA TRÍADA MICROCÓSMICA

El hombre es un mundo minúsculo, un microcosmos en el macrocosmos, de cuya matriz le tienen suspendido sus *tres espíritus*; pero mientras el cuerpo terrestre está en constante armonía con su madre tierra, el cuerpo astral actúa en consonancia con el alma del mundo. Uno está en otra como estotra en aquél, porque el omnipenetrante elemento universal llena el espacio y es el mismo espacio ilimitado e infinito. El tercer espíritu, el espíritu divino, es un rayo infinitesimal, una de las innumerables radiaciones de la Causa suprema, de la Luz espiritual del mundo. Tal es la trinidad de la naturaleza, así orgánica como inorgánica, espiritual y física, que son tres en una. A este propósito dice Proclo que la primera mónada es el Dios eterno; la segunda la eternidad, y la tercera el paradigma o modelo del universo. Las tres constituyen la Tríada inteligible. Todas las cosas del universo manifestado proceden de esta Tríada microcósmica en sí misma y se mueven en majestuosa procesión por los campos de la eternidad en torno del sol espiritual, como los planetas se mueven alrededor del sol visible. La Mónada pitagórica que "reside en soledad y tinieblas" es en este mundo, invisible, impalpable e indemostrable para la ciencia experimental. Sin embargo, el universo entero seguirá gravitando en su torno como desde el origen del tiempo, y a cada segundo que transcurre, el hombre y el átomo se acercan más y más al solemne momento de la eternidad en que la invisible Presencia aparezca clara a su vista espiritual. Cuando hasta la más sutil partícula de materia quede eliminada de la última forma constitutiva del postrer eslabón de la doble cadena que a través de millones de edades, en sucesivas transformaciones, impelió a la entidad evolucionante, y ésta se revista de su primordial esencia idéntica a la del Creador, entonces el impalpable átomo orgánico terminará su jornada, y los hijos de Dios prorrumpirán en exclamaciones de júbilo por la vuelta del peregrino.

Dice Van Helmont: "El hombre es el espejo del universo y su trina naturaleza está relacionada con todas las cosas. Todo ser viviente participa de la voluntad del Creador que dio

el primer impulso a lo creado; pero al hombre, por su adicional espiritualidad, le corresponde mayor participación, y de su grado de materialidad depende la conciencia o inconciencia en el ejercicio de sus facultades mágicas aplicadas a los demás seres que con él comparten la potencialidad divina. El consciente y pleno ejercicio de estas facultades le capacita para dominar y guiar el alma universal (*magnale magnum*); pero en la mayor parte de los hombres y en los animales, vegetales y minerales, obra por sí mismo el fluido etéreo qu en todo penetra y los mueve con directos impulsos. Las criaturas sublunares, formadas del *magnale magnum*, se mantienen en relación con este fluido. El hombre está aliado con los cielos y posee la virtud celeste que en menor grado poseen asimismo los animales y quizás todas las cosas del universo, pues todas están en relación recíproca o, lo que es lo mismo, que Dios está en todas las cosas, según acertadamente dijeron los antiguos. Es preciso que la potencia mágica se actualice, lo mismo en el hombre externo que en el interno... Y si llamamos a esto poder mágico, el ignorante se asustará de la denominación, por lo que podremos llamarle poder espiritual (*spirituale robur vocitaveris*). Este poder mágico late en el hombre interno, pero por la relación de éste con el externo, ha de difundirse a través del hombre completo" (15).

En su extensa descripción de los ritos y costumbres religiosas de los siameses, dice Loubère: "Los talopines o monjes budistas ejercen maravillosa influencia sobre las fieras, y pasan días seguidos en el bosque bajo una toldilla de ramas y hojas de palmera sin encender fuego por la noche, como es costumbre en el país para ahuyentar a las fieras; y las gentes tienen por milagro que nunca perezca devorado ningún talopín, sino que, al contrario, las fieras los respeten y aun se acerquen a lamerles cuando están dormidos, según observaron algunos viajeros desde parajes seguros. Todos los talopines ejercen la magia, y creen que la naturaleza toda está animada, así como también en la existencia de genios tutelares. Pero lo más notable es la opinión tan generalizada entre los siameses, de que tal como es el hombre en esta vida, así ha de ser después de la muerte. Cuando el tértaro que ahora reina en China mandó que todos los chinos se afeitaran el pelo a estilo tártaro, muchos prefirieron la muerte a la obediencia, por no comparecer rasurados ante sus ascendientes en el otro mundo. Sin embargo, me parece incongruente en esta absurda opinión, que los siameses atribuyan al alma figura humana. A pesar de su fama de sabios, hace tres o cuatro mil años que los chinos creen en la piedra filosofal, en cuya busca dilapidó el padre del actual rey de Siam sobre dos millones de libras, y además quieren encontrar el elixir de larga vida que les libre de la muerte. Se apoyan en que, según tradición, hubo quien logró hacer oro y vivió siglos; y aparte de esto, es opinión común entre los chinos siameses y otros orientales que algunos hombres, de quienes cuentan maravillas, hallaron medio de no morir sino de muerte violenta, y se escondieron del mundo para disfrutar de pacífica y libre vida" (16).

No es extraño que los orientales creyeran en el elixir de larga vida, cuando el mismo Descartes tuvo por cierto su descubrimiento y le atribuía virtud para prolongarla hasta quinientos años. Los fisiólogos occidentales no han resuelto aún el capital problema de la vida y de la muerte, pues ni siquiera en las causas del sueño concuerdan sus opiniones. ¿Cómo, entonces, se empeñan en poner límites a lo posible y definir lo imposible?

INFLUENCIA DE LA MÚSICA

Desde la más remota antigüedad se percataron los filósofos de la singular influencia de la músca en algunas enfermedades, sobre todo en las nerviosas. Kircher recomienda la música como medicina, pues en sí mismo experimentó sus curativos efectos valiéndose de un tímpano compuesto de cinco vasos de muy delgado cristal, dispuestos en fila y llenos de dos distintas clases de vino los dos primeros, de aguardiente el tercero, de aceite el cuarto y de agua el

quinto, con los que producía cinco notas golpeando los bordes con el dedo. Los sonidos musicales tienen una propiedad de atracción que expele y se lleva en sus vibraciones la dolencia. Veinte siglos atrás ya se valía Asclepiades del sonido de una trompeta para curar la ciática, cuyo dolor cesaba por la vibración de las fibras nerviosas. Análogamente afirma Demócrito, que muchas enfermedades se curan al son de la flauta, y Mesmer empleaba en sus curas magnéticas el tímpano de Kircher.

A este propósito acude espontánemante a la memoria aquel pasaje de la Biblia, en que David aliviaba al son del arpa la melancolía de Saúl. Dice así:

> Y con esto, cuando por permisión de Dios arrebataba a Saúl el espíritu maligno, tomaba David el arpa y la tañía con su mano, y Saúl se recobraba y se sentía mejor porque el espíritu maligno se iba de él (17).

El famoso filósofo escocés Maxwell se comprometió ante varias facultades de Medicina, a curar magnéticamente las más pertinaces calenturas, así como la epilepsia, impotencia, locura, lisiadura, hidropesía y otras enfermedades incurables.

Este mismo filósofo apunta en su *Medicina Magnética*, los siguientes aforismos entresacados de las enseñanzas cabalísticas y alquímicas.

"Lo que los hombres llaman alma del mundo es una vida tan ardiente, espiritual, veloz, brillante y etérea, como la misma luz. Es un espíritu vital que está en todas partes y por doquiera es el mismo... La materia no puede actuar si no está vivificada por este espíritu que mantiene todas las cosas en su peculiar condición. En la naturaleza está libre este espíritu de todo obstáculo, y quien sabe infundirlo en un cuerpo a propósito, posee un tesoro superior a toda riqueza.

"Este espíritu es el lazo común entre todos los ámbitos de la tierra y alienta en todo y a través de todo (*adest in mundo quid commune omnibus mextis, in quo ipsa permanent*).

"Quien conoce este universal espíritu de vida y sus aplicaciones evita todo daño.

"Si puedes aprovecharte de este espíritu e infundirlo en determinado cuerpo llevarás a cabo los misterios de la magia.

"Quien sepa actuar en los hombres por medio de este espíritu universal curará las enfermedades a la distancia que le plazca.

"Quien sepa vigorizar el espíritu particular, por medio del universal, podrá prolongar su vida hasta la eternidad.

"Los espíritus se comunican entre sí por sus emanaciones, aunque estén distantes unos de otros. Esta comunión recíproca es la aterna e incesante radiación de un cuerpo a otro. Pero no es posible hablar de esto sin peligro, porque motivaría abominables abusos".

Veamos ahora cómo abusan de las facultades magnéticas algunos médiums saludadores. Para que la curación merezca este nombre, requiere confianza en el enfermo o salud robusta y voluntad enérgica en el saludador. La esperanza fortalecida por la fe basta para que uno mismo venza toda condición morbosa. La tumba de un santo, una reliquia, un talismán, un pedazo de papel o una prenda de ropa que haya estado en manos del saludador, un remedio secreto, una penitencia o ceremonia, la imposición de manos o una fórmula pronunciada de intento, producen los mismos efectos curativos, pues todo depende del temperamento, de la imaginación y de la confianza en recobrar la salud. En infinidad de ocasiones el médico, el sacerdote o la reliquia cobraron la fama de curaciones debidas exclusivamente a la fe del paciente. A la enferma de flujo de sangre que tocó su túnica, le dijo Jesús: "Tu fe te ha salvado".

La influencia de la mente sobre el cuerpo físico es tan poderosa, que en todas épocas realizó prodigios. A este propósito dice Salverte: "¡Cuán inesperadas, súbitas y portentosas curaciones ha realizado la imaginación! Las obras de medicina rebosan de ejemplos de esta índole, que se diputarían por milagrosos" (18). Si el enfermo no tiene fe y es físicamente pasivo y negativo, pero en cambio el saludador es enérgico, sano, positivo y resuelto, la enfermedad puede quedar vencida por la imperiosa voluntad con que consciente o inconscientemente atrae el fluido universal de la naturaleza y restablece el perturbado equilibrio del aura del paciente. Para ello puede auxiliarse de un crucifijo, como hizo Gassner, o imponer las manos, como el zuavo Jacob y el norteamericano Newton, o dar el mandato de viva voz como Jesús y algunos apóstoles; pero el procedimiento es el mismo en todos los casos, y determina la curación efectiva sin dejar reliquias morbosas.

En cambio, cuando quien está físicamente enfermo intenta curar, no sólo fracasa en el empeño, sino que agrava la dolencia y le quita al paciente las pocas fuerzas que pueda tener. Gracias al saludable magnetismo de Abigail restauró su decaído vigor el anciano rey David (19) y los tratados de medicina refieren que una señora inglesa se vigorizó a expensas de dos jovencitas. Los sabios antiguos, cuyo ejemplo en este punto siguió Paracelso, según él mismo nos dice en sus obras, curaban las enfermedades aplicando un organismo sano a la parte afectada. Si una poderosa inferma intenta curar a otra, podrá tener suficiente fuerza para modificar, remover o transformar la dolencia en otra que aparecerá poco tiempo después de creerse curado el enfermo.

Pero si el saludador está moralmente enfermo, serán los resultados incomparablemente peores, porque mucho más fácil es curar las enfermedades del cuerpo que las del ánimo. Los misteriosos fenómenos de Morzine, Cevennes y de los jansenistas son todavía tan incomprensibles para los fisiólogos como para los psicólogos. Si el don de profecía, el histerismo y las convulsiones pueden comunicarse por contagio, otro tanto ocurre con los vicios, y en este caso el saludador comunica al paciente, o mejor dicho, a la víctima la ponzoña moral de que tiene inficionados corazón y mente, pues contamina con su fuerza magnética y profana con su mirada al infeliz sujeto pasivamente receptivo que está bajo el poder del saludador, como pajarillo fascinado por la serpiente. Incalculable es el daño que pueden acarrear tales médiums saludadores, cuyo número pasa de centenares.

Pero hay saludadores virtuosos que contra el malicioso escepticismo de sus adversarios allegaron histórica nombradía, como, entre otros, los clérigos de Ars, Lyon y Klorstele, Jacob, Newton, Gassner y el palurdo irlandés Valentín Greatrakes, protegido de Roberto Boyle, presidente de la Real Sociedad de Londres, en 1670 (20).

Indefinidamente podríamos prolongar la lista de testimonios que desde Pitágoras a Eliphas Levi, sin distinción de categorías, declaran que *el vicioso es incapaz de poderes mágicos*, pues únicamente "los limpios de corazón verán a Dios", o lo que tanto vale, recibirán el divino don de curar las dolencias corporales bajo la segura guía de las entidades invisibles para apaciguar el conturbado ánimo de sus hermanos, porque no pueden manar aguas salutíferas de emponzoñada fuente ni los dorados racimos maduran entre espinas ni los cardos dan regalado fruto. Para los limpios de corazón nada tiene de sobrenatural la magia, sino que es una ciencia de cuyas ramas no es la menor el exorcismo de malignos espíritus, tan cuidadosamente aprendido por los iniciados. A este propósito dice Josefo, que "la virtud de expeler los demonios del cuerpo humano es ciencia útil y saludable para los hombres" (21).

EL FENOMENISMO

Los precedentes bosquejos nos inducen a preferir las enseñanzas antiguas a las teorías modernas, respecto a las leyes de relación entre los mundos y de las facultades potenciales del hombre. Si bien los fenómenos de índole psíquicofísico despiertan el interés de los materialistas y dan, si no prueba plena, por lo menos vehemente indicio de la supervivencia del alma, es muy discutible la conveniencia o inconveniencia de dichos fenómenos en cuanto a sus beneficiosos o nocivos efectos, porque fanatizan a los ansiosos de comprobar la inmortalidad, y como dice Stow, los fanáticos están dominados por la imaginación y no por el juicio.

Indudablemente, los aficionados al fenomenismo pueden alabarse de no pocas dotes, pero carecen de discernimietno espiritual. El famoso clarividente norteamericano A. J. Davis descubrió en sus exploraciones por la *tierra vernal* unos seres llamados *diakas*, de quienes dice que se complacen extraordinariamente en las simulaciones, imposturas y trampas; que desconocen los sentimientos de justicia, filantropía, ternura y gratitud, y lo mismo son para ellos las palabras sagradas que las profanas, el amor que el odio, aparte de su loca afición a los lirismos y un egoísmo desenfrenadísimo que les mueve a considerar la aniquilación como el término de toda vida que no sea la suya. En reciente ocasión, uno de estos diakas se comunicó con el nombre de *Swedenborg* por mediación de una señora, y dijo: “Todo cuanto ha sido, es, será o puede ser, eso soy yo. La vida individual es tan sólo el conjunto de latidos pensantes que en su progresiva ascensión se precipitan en el corazón de la eterna muerte” (22).

Porfirio habla en sus obras (23) de estos seres, y dice: “Con el directo auxilio de estos malvados demonios se llevan a cabo toda clase de hechicerías, y los hombres que con hechicerías dañan a sus semejantes tributan mucho honor a esos malvados demonios y especialmente a su caudillo (24). Pasan estos espíritus el tiempo engañándonos con multitud de ilusorios prodigios, pues ambicionan que se les tenga por dioses y a su caudillo por el supremo dios” (25).

No pocos médiums degradan hoy la antigua teurgia por no advertir que, como dice Jámblico, no es lícito entregarse a operaciones fenoménicas sin previos y prolongados ejercicios de purificación moral y física bajo la guía de un experto teurgo, pues con rarísimas excepciones, siempre que una persona enflaquece o engruesa en demasía o se levanta en el aire, está de seguro obsesa por espíritus malignos (26).

Todo en este mundo tiene su coyuntura de lugar y tiempo, y aunque una verdad esté apoyada en las más incontrovertibles pruebas, no arraigará en las mentes a menos que se exponga en tiempo oportuno, como planta sembrada en la estación conveniente, y así dice con acierto Cooke que “la época ha de estar dispuesta”. Hace treinta años hubiera muerto esta modesta obra en el vacío, por la índole de las materias en ella tratadas; pero hoy merece alguna atención lo que entonces se consideraba absurdo, porque los modernos fenómenos están comprobados científicamente y se reproducen con cada día mayor frecuencia, no obstante sus deficiencias y las burlas de los materialistas. Por desgracia, si las manifestaciones psíquicas aumentan en su aspecto fenoménico, nada adelantan en el orden espiritual e intelectual, pues el discernimiento filosófico sigue siendo entre los amigos del fenómeno tan nulo como siempre.

LAS COMUNICACIONES

De los autores espiritistas contemporáneos, ninguno tan estimable porsu sinceridad y cultura como el norteamericano sargent, cuya monografía: *Prueba palpable de la inmortalidad*, sobresale entre las obras de su índole; mas no obstante su indulgencia y buena disposición

para con los médiums, se expresa en los siguientes términos: “La habilidad con que los espíritus suplantan en sus comunicaciones a personas difuntas, nos mueve a preguntar hasta qué punto podemos asegurarnos de la identidad del comunicante, cualesquiera que sean las pruebas aducidas. No tenemos el suficiente grado de conocimiento para responder con entera seguridad a esta pregunta... Muchos enigmas hay todavía en las palabras y actos de los espíritus materializados, cuya inmensa mayoría son de tan embotada inteligencia como sus congéneres de este mundo”.

Ahora preguntaremos nosotros cómo se explica esa falta de inteligencia si son espíritus humanos, pues o los espíritus humanos inteligentes *no pueden* materializarse, o los espíritus que se materializan no son humanos, sino, como insinúa Sargent, espíritus elementarios o aquellos demonios que, según Platón, de acuerdo con los magos persas, ocupan un lugar intermedio entre los dioses y los mortales. Buen número de testimonios, entre ellos el de Crookes, aseveran que los espíritus materializados hablan con voz perceptible al oído; pero los antiguos atestiguan que la voz de los espíritus humanos no es ni puede ser articulada, sino un profundo suspiro. Por lo tanto, más crédito merecen los antiguos con su secular experiencia en las prácticas teúrgicas, que los modernos espiritistas sin otra prueba para fundamentar su opinión, que las comunicaciones de espíritus difíciles de identificar. Algunos médiums han provocado la aparición de esas supuestas formas humanas, que ni una sola vez dejaron de expresar en sus comunicaciones ideas vulgarísimas, cual circunstancia debiera llamar la atención de aun los más incultos espiritistas. Si es posible que hablen los espíritus (y lo mismo pueden hablar los sabios que los ignorantes) ¿por qué no hay espíritu cuya comunicación oral se aproxime siquiera en valía a las comunicaciones recibidas por escritura directa? Bien dice Sargent que todavía no sabemos hasta qué punto está limitada la actuación del espíritu por las condiciones psíquico-físicas del médium (27).

Si los espíritus que se materializan fuesen los mismos que dan comunicaciones escritas, no desbarrarían como desbarran en el primer caso, mientras nos dan sublimes enseñanzas filosóficas en el segundo, pues en ambos se comunican por médiums cuyas condiciones psíquicas debieran influir igualmente en ellos. El nivel intelectual de los médiums materializantes no es mayor ni menor que el de los campesinos y obreros cuya congénita inspiración puso en sus labios sublimes y profundas ideas, como por ejemplo los casos de Boehme, Davis y los niños de Cevennes. Puesto que los espíritus se valen de los órganos vocales del médium para la comunicación oral, no les habría de ser difícil expresarse según conviene al talento, educación y cultura del personaje cuya personalidad se atribuyen, en vez de incurrir en vulgaridades y no pocas veces en despropósitos. Dice Sargent, alentado por la esperanza, que la ciencia espírita está todavía en mantillas, pero que promete esclarecer con el tiempo esta cuestión. Sin embargo, no creemos que la luz brote de las tinieblas de los gabinetes mediumnímicos (28).

Es ridículo exigirles a los investigadores psíquicos título de bachilleres en artes y ciencias, pues la experiencia enseña que los intelectuales científicos no siempre aciertan en cuestiones de franca sinceridad y buen sentido. Nada ciega tanto como el fanatismo, que todo lo mira unilateralmente, y ejemplo de ello tenemos en lo concerniente a los fenómenos psíquicos y mágicos de tiempos antiguos y modernos. Miles de testigos fidedignos llegados de Oriente afirman haber presenciado las maravillas obradas por rudos fakires, cheikos, derviches y lamas, sin valerse de aparato alguno ni estar en connivencia con nadie, cuales fenómenos contradecían los principios científicos de suerte que indicaban la existencia de muchas fuerzas naturales todavía ignoradas, pero indudablemente dirigidas por entidades superiores al hombre.

Sin embargo, los científicos contemporáneos, las inteligencias cultas, han repugnado tan numerosos testimonios y ni siquiera rindieron su escepticismo ante las investigaciones de Hare, Morgan, Crookes, Wallace, Gasparín, Thury, Wagner, Butlerof y otros. Las personales experiencias de Jacolliot en los fakires indos y las dilucidaciones psicológicas del profesor ginebrino Perty no quebrantaron su incredulidad, como tampoco les conmueve el anhelante clamoreo de las gentes en demanda de pruebas de la existencia de Dios, del alma y de la eternidad. A tan vehementes súplicas responden los científicos con el intento de borrar el menor vestigio de espiritualidad, pero nada levantan ni edifican. Dicen que puesto que no encuentran en sus retortas y crisoles huella alguna inmaterial, todo cuanto no sea materia forzosamente ha de ser ilusorio y quimérico. La misma iglesia cristiana se ve precisada a demandar auxilio a la ciencia en estos prejuiciosos tiempos de frío raciocinio. Credos edificados sobre arena y aparatosos dogmas sin fundamento sólido se derrumban arrastrando en su caída a la verdadera religión; pero el ansia de demostrar la existencia de dios y la vida futura sigue tan tenaz como siempre en el corazón del hombre. En vano intentarán los sofismas científicos acallar la voz de la naturaleza, aunque hayan emponzoñado las puras aguas de la fe sencilla y removido el fango del manantial en que como en un espejo se miraba la humanidad. Al Dios antropomórfico de nuestros antepasados han sucedido monstruos antropomórficos, y lo que todavía es peor, el reflejo de la humanidad en las cenagosas aguas cuyas ondas restituyen las falseadas imágenes de la verdad. Dice el reverendo Brooke Herford, que no necesitamos milagros, sino pruebas palpables del espíritu, y estas pruebas las pide más bien la humanidad a la ciencia que a los profetas, porque presiente como si con el tiempo hayan de descubrir los investigadores las señales de la Divinidad en los más recónditos escondrijos de la creación. Allí están las señales y, frente a ellas, los titanes científicos que han depuesto a Dios de su escondido trono para poner en su lugar un protoplasma.

En la Asamblea celebrada en Edimburgo por la Sociedad Birtánica el año 1871, dijo Sir William Thomson: “La ciencia está obligada por las eternas leyes del honor a afrontar sin miedo cuantos problemas demanden solución”. A su vez Huxley dice que “en lo concerniente a los milagros, la palabra imposible no tiene aplicación en los problemas filosóficos”. Por su parte, el insigne Humboldt opina que “más nocivo que la misma incredulidad es el presuntuoso escepticismo que rechaza los hechos sin detenerse a examinar si son o no verdaderos”.

Los científicos han delatado la falsedad de sus propias enseñanzas, al desdeñar la coyuntura que las comunicaciones con Oriente les deparaban de investigar personalmente los fenómenos aseverados por los viajeros. Jamás se atreverán los fisiólogos a resolver tan trascendental cuestión del pensamiento humano, observando en el Tíbet o la India las maravillas de los fakires; y si alguno se aventurase allá como solitario peregrino, para presenciar los más estupendos prodigios de la creación, de seguro que sus colegas no darían crédito a sus palabras.

Ocioso fuera enumerar de nuevo los hechos tan sólidamente establecidos por otros autores. Wallace y Howitt (29) han puesto repetidas veces los mil errores en que por su escepticismo incurrieron las sociedades científicas de Francia e Inglaterra. Así Cuvier no dio importancia al fósil exhumado en 1828 por el geólogo francés Boué, creído de que era imposible hallar esqueletos humanos a veinticinco metros de profundidad en el limo del Rhin. La Academia Francesa rechazó en 1846 las aserciones de Boucher de Perthes, respecto al hallazgo de armas de pedernal en los terrenos de aluvión del Norte de Francia, confirmado en 1860 por los geólogos. También se recusó en 1825 el testimonio de Mac Enery, referente al descubrimiento de instrumentos de sílex y fósiles en la caverna llamada *Agujero del Kent* (30).

En 1840 corrieron igual suerte las afirmaciones de Godwin Austen sobre el mismo punto. Todas estas burlonas demasías del escepticismo científico se revolvieron contra sus autores cuando en 1865 quedaron confirmados plenamente los testimonios de cuarenta años, demostrando que los hechos excedían en maravilla a la misma realidad. Después de esto, ¿quién será tan cándido que crea en la infabilidad de la ciencia? No hemos de maravillarnos de la falta de valor moral de algunos recalcitrantes miembros de la colectividad científica.

De este modo se fueron desacreditando uno tras otro los hechos aducidos. Por doquiera se escuchan quejumbrosas exclamaciones de los académicos que dicen: “Muy poco conocemos de psicología”. “Preciso es confesar que apenas sabemos nada, si acaso sabemos algo, de fisiología”. “No hay ciencia de tan incierta base como la medicina”. “Nada sabemos aún del supuesto fluido nervioso”. Entretanto se repudian por ilusorios o se desdeñan por inútiles los fenómenos más interesantes de la naturaleza, cuya explicación sólo puede darnos la psicofícia; y lo que todavía es peor, cuando un sujeto hipnótico ofrece los más culminantes caracteres de las naturales, aunque ocultas, facultades psíquicas, en vez de servir honradamente de experimentación y de estudio, tropieza con los obstáculos que le opone algún pseudo sabio para enredarle entre las mallas de la justicia. No es ciertamente este procedimiento el más a propósito para estimular las investigaciones.

LÁMPARAS ALQUÍMICAS

Así se explica, por ejemplo, que no tenga crédito en 1876 el testimonio dado en 1731 acerca de un hecho ocurrido durante el pontificado de Paulo III. Si a los científicos se les dice que los romanos mantenían encendidas por muchos años las lámparas sepulcrales, alimentadas con la *oleaginosidad del oro*, y que una de estas lámparas se encontró ardiendo todavía al cabo de mil quinientos cincuenta años (31) en la tumba de Julia, hija de Cicerón, no querrán creerlo hasta convencerse por sus propios ojos de la posibilidad del hecho, con lo que también pueden recusar el testimonio de los filósofos antiguos y medioevales. Les parecerá asimismo sospechosa la resurrección de los fakires después de treinta días de haber sido enterrados vivos, y tendrán por patraña el hecho de que algunos lamas se infieran heridas de mortal apariencia hasta el punto de enseñar las entrañas, y sin embargo, se las curen casi instantáneamente.

No es extraño que las gentes recelosas del testimonio de sus propios sentidos, en cuanto a fenómenos realizados en su mismo país, repugnen los relatos de los viajeros y las narraciones contenidas en obras clásicas; pero no se concibe la terquedad de las Academias, que después de las lecciones recibidas persisten en ofuscar sus dictámenes con palabras enemigas de la verdadera ciencia. La magia puede replicar a los científicos con la voz de Dios que le decía a Job desde el torbellino: “¿En dónde estabas tú cuando eché los cimientos de la tierra? Responde si comprendiste. Y ¿quién eres tú para atreverte a decir a la naturaleza: de aquí no pasarás?”

Pero nada importa que nieguen, porque ni aun cuando su escepticismo fuese mil veces más mordaz, impedirían la efectuación de fenómenos en todos los ámbitos del mundo, y seguirán los fakires levantándose de sus temporáneas tumbas y los lamas no tendrán reparo en herirse y mutilarse el cuerpo sin dolor y continuarán ardiendo perpetuamente las lámparas de los sepulcros indos, japoneses y tibetanos. Tampoco dejarán por ello de servir de testimonio las maravillas presenciadas en Egipto por el capitán Lane, los experimentos de Napier y Jacolliot, en Benarés, y las levitaciones de personas en pleno día (32).

DURACIÓN DE LAS LÁMPARAS

Entre las tachadas de quimeras alquimistas se encuentran las lámparas perpetuas (33) de cuya autenticidad podemos dar personal testimonio. Tal vez alguien pregunte en qué nos fundamos para afirmar la perpetua ardencia de estas lámparas, puesto que sólo nos fue posible examinarlas durante tiempo limitado; pero a esto responderemos que afianza nuestra afirmación el conocimiento de la ley natural aplicable a este caso, aparte de la manera de construirlas y de los ingredientes empleados en el combustible de alimentación. Por lo que toca a las explicaciones del lugar y modo de adquirir este conocimiento, será preciso que los críticos se tomen para ello el trabajo que nos tomamos nosotros. Conviene advertir, sin embargo, que ninguno de los ciento setenta y tres autores que trataron de este asunto afirmó la duración *eterna* de las lámparas, sino su duración por tiempo indefinido, que en algunos casos alcanzó a muchos siglos; pues si hay ley natural que permita la ardencia de una lámpara durante diez años, sin necesidad de alimentarla, asimismo, por virtud de la propia ley, puede seguir ardiendo cien mil años (34).

Los egipcios, padres de la química (35), se atribuyen la invención de estas lámparas, no sin fundamento, pues en dicho país fue mucho más frecuente su empleo a favor de su religiosa creencia en que el alma astral del difunto vagaba alrededor de la momia durante los tres mil años del ciclo de necesidad, ligada por el hilo magnético que sólo podía romper su propio esfuerzo, y así confiaban los supervivientes en que la siempre encendida lámpara, símbolo del incorruptible e inmortal espíritu, favorecería la ruptura de los lazos que sujetaban al alma astral a los mortales despojos y la impelería a reunirse con el divino Yo.

Generalmente se colocaban estas lámparas en los sepulcros de las familias acomodadas, y dice Liceto que en su época se encontraron encendidas al abrir las tumbas, pero se apagaban al punto a consecuencia de la *profanación.* Tito Livio, Buratino y Schatta (36) refieren el hallazgo de muchas lámparas en los subterráneos de Menfis. Por su parte nos dice Pausanias que en el templo de Minerva, de Atenas, había una lámpara, obra maestra de Calímaco, que ardía todo el año. Plutarco afirma (37) que en el templo de Júpiter Amón vio otra lámpara que, según le aseguraron los sacerdotes, ardía durante años enteros, a pesar del viento y de la lluvia. San Agustín menciona también otra lámpara existente en el templo de Venus, que ofrecía las mismas singularidades. Kedreno, dice a su vez que en Edessa se encontró una lámpara oculta en el vano de una puerta, que estuvo ardiendo durante quinientos años. Pero de todas estas lámparas, la más prodigiosa es la que, según refiere Olivio Máximo de Padua, se encontró cerca de Ateste y que Escardonio describe en los términos siguientes: “En una urna de alfarería estaba contenida otra menor y dentro de ésta ardía una lámpara que con un licor purísimo encerrado en dos frascos, uno de oro y otro de plata, por todo alimento, mantenía su luz durante 1.500 años. Los frascos pasaron para su custodia a manos de Francisco Maturancio, quien los estima de subidísimo precio""(38). Dando de mano a exageraciones y prescindiendo de la gratuita negación de la ciencia moderna acerca de la posibilidad de estas lámparas, cabe preguntar si en el caso de haberse conocido en la época de los “milagros”, debe distinguirse entre las encendidas ante los altares cristianos y las que ardían ante las imágenes de Júpiter, Minerva y otras divinidades paganas. Según algunos teólogos, las lámparas de los altares cristianos tenían virtud milagrosamente divina, al paso que las paganas debían su luz a los artificios del diablo, y en estas dos agrupaciones se clasificaban las lámparas, según dicen Kircher y Liceto. La de Antioquía, que durante 1.500 años ardió al aire libre en la plaza pública, sobre la puerta de una iglesia, se mantenía, al decir de los teólogos, por el *poder de Dios* que había dado perpetua luz a tan infinito número de estrellas, mientras que las lámparas paganas, según asevera San Agustín, eran obra del demonio que trata de engañar al hombre por diversidad de medios; como si nada fuese más fácil para Satanás que

deslumbrar con un relámpago de luz o una brillante llama a quienes entran por vez primera en una cripta sepulcral. Así lo aseguraba el vulgo de los cristianos cuando en el reinado de Paulo III, al abrir una tumba de la vía Apia, se encontró el cadáver de una doncella flotante sobre un terso licor que la había preservado de la corrupción hasta el punto de aparecer como dormida. A los pies del cadáver ardía una lámpara que se apagó al abrir la tumba, de cuya inscripción pudo colegirse que en enterramiento era de la hija de Cicerón, muerta 1.500 años antes (39).

COMBUSTIBLES PERPETUOS

Niegan los químicos la posibilidad de las lámparas perpetuas, alegando que toda combustión requiere consumo de combustible; pero los alquimistas replican diciendo que no siempre el fuego procede de las combustiones químicas, pues hay substancias que no sólo resisten la ardencia de la llama sin consumirse, sino que ni aire ni agua las extinguen. El autor de un tratado de química, impreso en 1700 con el título de NEKPOKHAEIA, refuta las afirmaciones de los alquimistas, y aunque niega la posibilidad de las lámparas perpetuas, se inclina a creer que ardan algunas durante siglos. Por otra parte, tenemos el testimonio de multitud de alquimistas cuya prolongada experiencia les convenció de la posibilidad del fuego perpetuo.

Conocieron los alquimistas preparaciones especiales de oro, plata y mercurio, de índole parecida a las de nafta, petróleo y otros minerales combustibles, así como los aceites de alcanfor y de ámbar, el amianto (*lapis asbestos*), el ciprio (*lapis carystius*) y el creto (*linum vivum*), que emplearon como combustibels de las lámparas perpetuas. Según los alquimistas, el oro es el mejor pábulo por su maravillosa llama, aparte de que entre todos los metales es el que menos se gasta al fundirse y reabsorbe su misma destilación aceitosa, según va ésta exhalándose, para alimentar de tal suerte su propia llama. Aseguran los cabalistas que Moisés aprendió este secreto de los egipcios y que la lámpara del tabernáculo era perpetua, según se infiere del siguiente pasaje:

> Manda a los hijos de Israel que te traigan el aceite más puro de los árboles de olivas, sacado a mortero, para que arda siempre la lámpara (40).

También niega Liceto que las lámparas perpetuas contuvieran preparaciones metálicas, pero en cambio dice en la misma obra que un compuesto de mercurio, filtrado siete veces por arena blanca puesta al fuego, sirvió para fabricar lámparas que ardían continuamente. Por otra parte, tanto Maturancio como Citesio afirman que este resultado puede obtenerse por procedimientos químicos, pues el licor de mercurio fue ya conocido de los alquimistas, que le dieron los nombres de *aqua mercurialis, materia metallorum, perpetua dispositio, materia prima artis* y *oleum vitri* (41).

TELAS DE ASBESTO

El asbesto llamado ... (inextinguible) por los griegos, es una piedra que, según dicen Plinio y Solino, no puede apagarse una vez encendida. Alberto el Magno la describe diciendo que es del color del hierro y se la encuentra principalmente en Arabia, cubierta de una capa oleaginosa apenas perceptible, que se inflama en cuanto se le acerca una luz. Los químicos han intentado en vano extraer dicho aceite del asbesto, pero de ello no cabe inferir que la operación sea imposible, y si se lograra no habría duda alguna de si dicho aceite puede dar llama continua. Justamente se vanagloriaron los antiguos de poseer este secreto, por cuanto en nuestros mismos días han obtenido el mismo resultado algunos experimentadores. Dicen unos

químicos que el líquido extraído de la piedra en sus pruebas es de consistencia acuosa más bien que oleaginosa, incapaz de combustión, al paso que otros aseguran que tan pronto como dicho líquido se exponía al aire libre quedaba tan espeso que difícilmente se liquidaba y al encenderlo otra vez se convertía en humo sin dar llama. En cambio, las lámparas de los antiguos ardían con pura y brillante llama sin la más mínima traza de humo. Kircher indica la posibilidad de extraer y purificar dicho aceite, aunque por lo difícil de la operación cree únicamente que pueden llevarla a cabo los adeptos superiores de la alquimia.

Luis Vives refuta la opinión de San Agustín en cuanto a los artificios del diablo y demuestra (42) que las operaciones mágicas, por estupendas y prodigiosas que parezcan, son resultado de la industria humana y del profundo estudio de los secretos de la naturaleza. Por otra parte, Podocataro (43) tenía una tela fabricada con otra especie de asbesto que Porcacio (44) dice haber visto en casa de aquél. Plinio llama a esta clase de tela *linum vinum*, y también lino de la India, diciendo que se fabrica con una especie de lino (asbeston o asbestinum), que una vez tejido puede limpiarse con sólo echarlo en el fuego. Añade este autor que el asbesto es tan valioso como las perlas y los diamantes, porque además de su escasez resulta de muy difícil textura a causa de sus cortas fibras. Una vez aplanado con un martillo se le macera en agua caliente, y luego de seco pueden hilarse y tejerse sus fibras como las del lino. Plinio asegura haber visto muchas telas fabricadas de esta materia y presenciado un experimento en que se las limpió por medio del fuego. También dice Porta que cierta señora cipriota, residente en Venecia, tenía una tela de esta clase y califica de *secretum optimum* estas manipulacioens alquímicas.

En su descripción de las curiosidades del Colegio Gresham, en el siglo XVII, dice el doctor Grew que se perdió el procedimiento textil de las telas de asbesto; pero esto no parece probable por cuanto en el Museo Septalio hay hilos, cuerdas, laminillas y otras labores de asbesto corresponidentes al año 1726, y algunos de dichos objetos los elaboró el mismo Septalio, según afirma Greenhill, quien dice a este propósito: “Parece opinión de Grew que el *lapis asbestinus* y el *amianthus* son una misma materia, y la llama piedra filamentosa porque su masa está compuesta de hilos paralelos, de un cuarto de pulgada a pulgada de longitud, tan lustrosos y finos como los del capullo de seda y tan flexibles como los del lino o del cáñamo (45). El secreto no se ha perdido enteramente, pues todavía se guarda en algunos monasterios budistas de la China y del Tíbet. En un convento de religiosas talapinas vimos una túnica amarilla, por el estilo de las de los monjes budistas, que al cabo de dos horas de estar en un gran brasero la sacaron tan limpia como si la hubiesen lavado con jabón.

Después de numerosos ensayos se le han podido dar a esta materia diversas aplicaciones industriales, entre ellas la de telas incombustibles, uno de cuyos principales centros de comercio es Nueva York, que suministra el mineral en haces parecidos a madera seca. La variedad más fina de asbesto es la que los antiguos llaman ..... (inmaculado) a causa de su blanco y sedoso lustre.

PABILOS DE AMIANTO

También hacían los antiguos el pabilo de las lámparas perpetuas con la piedra *lapis carystius*, muy abundante en la ciudad de Carystos, cuyos habitantes, según dice Mateo Radero (46), bataneaban e hilaban esta piedra filamentosa para tejer mantos, manteles y otras prendas por el estilo, que se echaban al fuego para limpiarlos cuando estaban sucios, en vez de lavarlos con agua. Pausanias (47) y Plutarco (48) aseguran que de esta iedra se fabricaban los pabilos de las lámparas; pero dice el segundo que en su tiempo ya no se encontraban piedras de

asbesto. Liceto opina que las lámparas perpetuas de los antiguos sepulcros carecían por lo general de pabilo, si bien Luis Vives afirma que, por el contrario, vio muchas con él.

Por otra parte, liceto se muestra firmemente convencido de que los pabilos pueden ser de tal naturaleza, que duren muchísimo tiempo y resistan el fuego, de modo que en vez de consumirse queden retenidos como por una cadena.

Tomás Brown, al hablar de las lámparas perpetuas (49), colocadas en angostísimos recintos, dice que deben su virtud a la pureza del aceite sin emanaciones fuliginosas capaces de sofocar la llama, pues si las hubiese alimentado el aire, de seguro se consumiera el comburente. A este propósito pregunta dicho autor: "¿se ha perdido el arte de preparar este aceite inconsumible?". No por cierto, y el tiempo lo probará, aunque todo cuanto sobre ello escribimos ahora desapareciera como otras muchas verdades.

Dice la ciencia que la observación y el experimento son sus únicos medios de investigación. Concedido. Pero ¿no son bastantes tres mil años de observación de hechos para demostrar las facultades ocultas del hombre? Y en cuanto a la experiencia, ¿qué mejor coyuntura que la deparada por los fenómenos modernos? En 1869, la Sociedad Dialéctica de Londres invitó a varias eminencias científicas a la investigación de los fenómenos. Véase cómo respondieron algunos de ellos:

Huxley.- "No tengo tiempo para semejante investigación, que me sería muy molesta y trabajosa, a menos que difiriese de las de su género. No me interesa el asunto, ni aun suponiendo que los fenómenos fuesen verdaderos".

Lowes.- "Quien diga que estos fenómenos dependen de leyes físicas desconocids, se confiesa desde luego conocedor de esa mismas leyes".

Tyndall.- "Dudo del éxito de los fenómenos en la sesión a que yo asistiese, pues mi presencia parece como si produjera confusión en todos.

Carpentier.- "Por experiencia personal estoy convencido de que entre los fenómenos espiritistas hay muchas imposturas y no pocas ilusiones, aunque también los hay del todo legítimos y dignos de estudio... Sin embargo, la causa de estos fenómenos no es externa, sino que depende de la condición subjetiva del individuo, quien actúa de acurdo con ciertas leyes fisiológicas ya conocidas. La modalidad a que llamo *cerebración inconsciente* interviene de manera muy principal en la producción de los fenómenos espiritistas" (50).

Esto por lo que a los sabios ingleses se refiere. Los norteamericanos no llegaron a más. En 1857, la Universidad de Harvard previno al público contra las investigaciones psíquicas, por corruptoras de la moralidad y degradantes de la mente, por su contaminadora influencia que menoscaba la veracidad en el hombre y la pureza en la mujer. Posteriormente, cuando el insigne químico Hare, arrostrando la preocupación general estudió el espiritismo y abrazó sus doctrinas, fue descalificado por sus colegas. En 1874 un periódico neoyorquino invitó a los más notables científicos del país a la investigación de los fenómenos espiritistas; pero todos se excusaron en connivencia, como visitante que rehusa quedarse a comer cuando el dueño de la casa le convida. Sin embargo, a pesar de la indiferencia de Huxley, de la socarronería de Tyndall y de la cerebración inconsciente de Carpenter, no faltaron científicos de igual valía que se rindieron a la evidencia de los testimonios en esta debatida materia de investigación. A este propósito, un autor tan distanciado del espiritismo como Draper, dice: "En todos los países y en todas las épocas creyeron no solamente los labriegos, sino también las personas cultas, que los espíritus de los difuntos vienen algunas veces a visitar a los vivos y a frecuentar sus antiguas moradas... Si de algo ha de valer el testimonio humano en este punto, tenemos desde los tiempos más remotos hasta nuestros días un cúmulo de pruebas tan numerosas e irrecusables cual pudieran apetecerse para invalidar todo intento de refutación" (51).

Desgraciadamente, el escepticismo científico tiene tal resistencia, que no le conmueven las pruebas por evidentes que sean, y a lo sumo admite únicamente las que convienen a su propósito. Digamos con el poeta:

"¡Oh vergüenza para la humanidad! Los diablos se entienden entre ellos. Tan sólo los hombres discrepan de las criaturas racionales" (52).

¿Cómo explicar tal divergencia de opiniones entre hombres que estudiaron en los mismos libros y bebieron en las mismas fuentes? Bien es verdad que no hay dos hombres que vean una misma cosa de igual manera, y así lo expone admirablemente el doctor Wilkinson en su carta a la Sociedad Dialéctica de Londres, cuando dice: "Mi experiencia en la investigación de varias doctrinas heterodoxas, que después se convirtieron en ortodoxas, me ha convencido de que casi todas las verdades dependen de nuestra disposición de ánimo, de nuestros afectos e íntimos sentimientos, por lo que la discusión y las investigaciones no dan otro resultado que alimentar dicha disposición de ánimo". A esto podría añadirse la famosa máxima de Bacon: "Poca ciencia aleja de Dios y mucha ciencia acerca a Dios.

Carpentier pondera los progresos de la filosofía en nuestros tiempos, diciendo que nada repudia, por extraño que parezca, si está apoyado en pruebas válidas, mientras que se muestra inclinado a negar toda competencia filosófica y científica a los antiguos, no obstante las pruebas que la abonan tan válidamente como las aducidas por los científicos contemporáneos en pro de su mayor conocimiento.

Si, por ejemplo, nos fijamos en la electricidad y magnetismo, que tan famosos hicieron los nombres de Franklin y Morse, veremos que, seiscientos años antes de nuestra era, descubrió Tales de Mileto las propiedades eléctricas del ámbar, sin contar con que las investigaciones de Schweigger sobre simbología demuestran plenamente que los mitos antiguos se apoyaban en la filosofía natural, y que ya conocían la electricidad y el magnetismo los teurgos de Samotracia, cuyos misterios eran los más antiguos de que hay noticia, según nos dicen Diodoro de Sicilia, Herodoto y Sanconiaton (53).

Demuestra Schweigger que las principales ceremonias religiosas de la antigüedad entrañaban conocimientos hoy perdidos de filosofía natural, y que la magia se entremezclaba en los misterios hasta el punto de que los milagros de los teurgos gentiles, judíos o cristianos, indistintamente, derivaban de sus secretos conocimientos físico-alquímicos (54).

Por otra parte, Schweigger y Ennemoser han descubierto la simbólica identidad de los gemelos *Dioskuris* con los polos eléctricos y magnéticos, demostrando con ello el conocimiento que de las propiedades magnéticas tenían los sacerdotes antiguos. Según Ennemoser (55), se ha demostrado que muchos mitos, cuya significación antes no se comprendía, son ingeniosas al par que profundas expresiones de principios genuinamente científicos.

Los modernos experimentadores se deshacen en alabanzas a nuestro siglo por sus descubrimientos, y poco les falta para emular en sus floridas lecciones de cátedra a los trovadores medioevales. Los Petrarcas, Dantes y Tassos del día, al glorificar la materia, cantan la amorosa unión de los errantes átomos y el afectuoso intercambio de protoplasmas,, y lamentan la casquivana veleidad de las fuerzas que tan provocativamente juegan al escondite con los científicos en su dramática correlación. Proclaman a la materia única y autocrática soberana del infinito universo y la elevan al trono de la naturaleza del que depusieron al espíritu, su divorciado consorte. Pero olvidan que, sin el legítimo monarca, es el trono de la naturaleza como sepulcro blanqueado donde la corrupción anida. lA materia, purgación grosera del espíritu que la vivifica, es de por sí masa inerte cuyo movimiento demanda un manipulador inteligente de esa batería galvánica llamada vida.

¿En qué rama de conocimientos aventajan los modernos a los antiguos? Conviene advertir que entendemos por conocimiento la acabada expresión de las verdades de la naturaleza y de ningún modo las brillantes definiciones de los científicos, ni los minuciosos pormenores que dan nombres particulares a los nervios, arterias, fibras y células de hombres, animales y plantas.

Los modernos echan en cara a los antiguos su ignorancia de estos pormenores, y así los comentadores de Platón dicen que carecía de conocimientos anatómicos y se entretuvo en especular vanamente sobre la fisiología del cuerpo humano, cuyas funciones ignoraba, sin saber ni una palabra respecto a la transmisión nerviosa de las sensaciones. La idea platónica de que el cuerpo humano es un microcosmos o universo en miniatura, y por lo tanto ha de estar formado como éste de triángulos, es en extremo trascendental para que la comprendan los científicos escépticos, y no es extraño que parezca ridículamente absurda a sus traductores, con excepción de Jowett, quien en el prólogo puesto al *Timeo* advierte sinceramente que los científicos modernos no tienen en cuenta que las ideas de Platón les han servido de apoyo para elevarse a superiores conocimientos, y además, olvidan lo mucho que la metafísica antigua ha contribuido al progreso de la física moderna (56).

Si en vez de disputar sobre la falta de precisión científica del lenguaje de Platón, analizáramos detenidamente sus obras, encontraríamos sin ir más allá del *Timeo* el germen de todos los descubrimientos modernos. Allí se vislumbran la circulación de la sangre y la ley de gravedad, pues sabía Platón que la sangre es un fluido en constante movimiento, aunque, como dice Jowett, ignorara que sale del corazón por las arterias para regresar a esta entraña por las venas. Platón empleó el método sintético cuyo más acabado modelo es la geometría. En vano la ciencia moderna busca entre las alteraciones moleculares aquella Causa primera que Platón infirió del majestuoso movimiento de los mundos que le revelaban el vasto plan de la creación. Apenas atendían los filósofos antiguos a los minuciosos pormenores que han agotado la paciencia de los científicos modernos; y de ello resulta que si un alumno de segunda enseñanza sabe más que Platón en los pormenores, en cambio el menos aprovechado discípulo de este filósofo dejaría tamañito al más sabihondo académico moderno en lo concerniente a las leyes cósmicas y las fuerzas que tras ellas laten.

No echan de ver esto los traductores de Platón, porq ue están demasiado engreídos los modernos a expensas de los antiguos, cuyos errores fisiológicos y anatómicos se exageran para lisonjear el amor propio de nuestra época, obscureciendo el esplendor mental de pasados tiempos, como si con la imaginación agrandáramos las manchas del sol para eclipsarlo.

La poca eficacia de las investigaciones modernas está comprobada por la circunstancia de que, no obstante la multitud de pormenorizadas denominaciones científicas en los mineales, vegetales, animales y en el mismo organismo humano, nada pueden decir en concreto los más eminentes fisiólogos acerca de la fuerza vital que ocasiona las transformaciones en los reinos de la naturaleza. Para ello es preciso beber en fuentes distintas de las que alimentan a los científicos contemporáneos. Mucho valor profesional necesita quien reconoce la profundidad de conocimiento de los antiguos, en contra del corriente prejuicio tan inclinado a regatearles méritos, y gustosamente laureamos a científicos como Jowett (57) quien en su traducción de las obras de Platón reconoce que en la filosofía natural de los antiguos, considerada en armónico conjunto, se echa de ver:

1.º Que los filósofos de la antigüedad aceptaban la teoría de las nebulosas. Por lo tanto, no puede derivarse, como asegfura Draper (58), de los descubrimientos astronómicos de Herschel.

2.º Que Anaxímenes sostuvo en el siglo VI antes de Jesucristo la teoría de la evolución, diciendo que los animales descendían de los primeros reptiles aparecidos en la tierra y que el hombre descendía de los animales, según enseñaban también los caldeos antes del diluvio

3.º Que los pitagóricos afirmaban la analogía de la tierra con los demás cuerpos celestes (59).

Así resulta que Galileo expuso unateoría astronómica ya conocida en la India desde la más remota antigüedad. Según ha demostrado Reuchlin, el astrónomo florentino estudió fragmentos de obras pitagóricas que todavía se conservaban en su época (60).

4.º Opinaban los antiguos que las plantas tienen sexo como los animales. Con ello vemos que los naturalistas modernos han seguido las huellas de sus predecesores.

5.º También enseñaban que las notas musicales están sujetas a número en dependencia de la tensión de la cuerda vibrante.

6.º Que las leyes matemáticas rigen el universo entero y aun suponían que del número se originaban las diferencias cualitativas.

7.º Negaban la aniquilación de la materia y sostenían que se transformaba en diversidad de aspectos (61).

Añade a esto Jowett que aunque algunos de los referidos descubrimientos no pasen de felices conjeturas, en modo alguno cabe atribuirlos a meras coincidenciasa (62).

En resumen, la filosofía platónica se distinguía por el orden, sistema y proporción de sus enseñanzas. Abarcaba la evolución de los mundos y de las especies, la transformación y conservación de la energía, la transmutación de las formas materiales y la eternidad de la materia y del espíritu. Desde este último punto de vista, la filosofía platónica supera de mucho a la ciencia moderna y corona la bóveda de su sistema con perfecta e inconmovible clave. Si tan cierto es que la ciencia ha progresado rápidamente en estos últimos tiempos, y si el moderno concepto de la naturaleza es más claro y preciso que el de los antiguos, ¿cómo quedan sin respuesta nuestras preguntas acerca del origen y condicionalidad de la vida? Si en los modernos laboratorios se acopia el fruto de la investigación experimental, que no conocieron los antiguos, ¿cómo no hemos adelantado un paso sino en caminos ya trillados antes de la era cristiana?; ¿cómo desde el punto culminante a que hemos llegado sólo vemos confusamente a lo lejos del alpino sendero del saber humano las gigantescas huellas de los primitivos exploradores?

Si tanto sobrepujan los modernos a los antiguos artífices, que nos devuelvan las perdidas artes de nuestros antepasados y con ellas los inalterables colores de Luxor y la púrpura de Tiro, el indestructible cemento de las Pirámides, las hojas de Damasco, las vidrieras de colores y el vidrio maleable. Y si la química industrial apenas rivaliza ni siquiera con los artífices de los comienzos de la Edad Media, ¿a qué alardear de descubrimientos que, según toda probabilidad, se conocían hace miles de años? Cuanto más progresan la arqueología y la filología, tanto más humillantes son para nuestra época sus descubrimientos y tanto más glorioso el testimonio a favor de los antiguos sabios, acusados hasta ahora de ignorantes y supersticiosos.

Muchísimo antes de que las carabelas del audaz genovés hendiesen las aguas del océano, ya habían dado las naves fenicias la vuelta al mundo para civilizar regiones hoy desiertas. La misma mano que trazó los planos de las pirámides de Egipto y otras obras hoy ruinosas en las márgenes del Nilo, erigió sin duda, según infieren los arqueólogos, el monumental Nagkon de Cambodge y grabó los jeroglíficos de los obeliscos y puertas de la población inda, recientemente descubierta en la Colombia británica por lord Dufferin, o en las ruinas de Palenque y Uxmal, en Centro América. Los restos que de las artes perdidas atesoramos en nuestros museos, hablan elocuentemente a favor de la civilización antigua y comprueban, vez tras vez, que las pasadas gentes enterraron con ellas diversidad de ciencias y artes no reavivadas en las retortas de la Edad Media ni en los crisoles de los laboratorios contemporáneos.

LA ÓPTICA DE LOS ANTIGUOS

Draper reconoce magnánimamente que los antiguos no dejaron de tener algunos conocimientos de óptica, y dice que las lentes convexas halladas en Nimrod prueban que conocían los instrumentos de amplificación (63). En cambio, otros escritores les niegan rotundamente este conocimiento. Sin embargo, el testimonio de los autores clásicos confirma la opinión de draper, pues Cicerón dice que vio toda la *Ilíada* escrita en una vitela que arrollada cabía en una cáscara de avellana. Además, Plinio asegura que Nerón llevaba un anillo con un cristalito a cuyo través veía desde lejos a los gladiadores. Mauricio poseía un instrumento llamado *nauscópito* con el cual columbraba las costas de África desde el promontorio de Sicilia. Wendell habla de un amigo suyo que tenía una sortija antiquísima con la imagen de Hércules tan minuciosamente esculpida, que con lentes de aumento se distingue el entrelace de los músculos y se pueden contar los pelos de las cejas. Rawlinson tenía una piedra de unos cinco centímetros de largo por dos de ancho, en que estaba grabado un tratado de matemáticas cuyo texto era imposible leer sin lentes. En el museo Abbott se conserva un anillo procedente de Cheops, que según cómputo de Bunsen data del año 500 antes de J. C., y cuyo sello, del tamaño de un cuarto de dólar, tiene un grabado imperceptible a simple vista. También hay en Parma la piedra de una sortija perteneciente a Miguel Ángel, con un grabado de dos mil años de antigüedad, en que valiéndose de poderosas lentes se distinguen siete figuras de mujer.

Todos estos hechos nos ponen en la alternativa de acusar de mendaces a los autores o reconocer que los antiguos conocían la óptica algo más de cuanto pudiera presumirse y que, como dice un notable crítico, el microscopio moderno es hermano menor del bíblico. Por lo tanto, en contra de la opinión que Fiske expone al criticar la ya citada obra de Draper, creemos que el único defecto de este autor estriba en mirar la historia a través de lentes inapropiadas, pues mientras echa mano de las convexas para descubrir el ateísmo del pitagórico Giordano Bruno, se vale de las cóncavas para explorar la sabiduría de los antiguos.

Es muy singular la escrupulosidad con que tanto los autores clericales como los ateos intentan trazar el límite entre lo que debemos aceptar y lo que debemos rehuir de los escritores antiguos o por lo menos ponerlo en duda. Si, por ejemplo, nos dice Estrabón que el perímetro de Nínive medía cuarenta y siete millas, y admitimos su testimonio en este punto, ¿por qué recusarlo cuando asevera el cumplimiento de las profecías sibilinas? No es de sentido común honrar a Herodoto con el título de padre de la historia y tachar después de necia jerigonza el relato de los maravillosos fenómenos que personalmente presenció. Acaso necesiten los científicos de toda su cautela en este particular para que las gentes no salgan de su engaño. Sin embargo, se sabe que siglos antes de nuestra era ya emplearon los chinos para desmontes y voladura de rocas la pólvora, cuya invención se había atribuido a Schwartz y Bacon. Según

dice Draper (64), en el museo de Alejandría se conservaba la máquina de vapor inventada por el matemático Hero, un siglo antes de J. C., cuya forma era parecida a la de las actuales colipilas, por lo que añade el mismo autor que nada tiene de casual la invención de las modernas máquinas de vapor. Se engríe Europa de los descubrimientos de Galileo y Copérnico, y sin embargo, las observaciones astronómicas de los caldeos datan de un siglo después del diluvio, cuya fecha computa Bunsen en 10.000 años antes de la era cristiana (65). Por otra parte se sabe que 2.000 años antes de J. C. un emperador chino sentenció a muerte a los dos astrónomos de la corte por no haber vaticinado un eclipse de sol.

CORRELACIÓN DE FUERZAS

Ejemplo de las presunciones científicas de nuestro siglo y del falso concepto de su valer, nos lo ofrecen las alharacas con que se recibió el descubrimiento de la transformación de la materia y la conservación de la energía, considerado como el más importante del siglo por Guillermo Armstrong, presidente de la Sociedad Británica. Sin embargo, no merece tal nombre de descubrimiento, porque desde tiempos remotísimos se conocía ya este principio, cuyos primeros vislumbres aparecen en la doctrina védica de la emanación y la absorción (66). El griego Demócrito expuso también la teoría de la indestructibilidad de la materia, que nuestros físicos se han visto precisados a extender a la fuerza, diciendo que así como no se aniquila ni un átomo de materia, tampoco se desvanece fuerza alguna de la naturaleza, porque la fuerza es igualmente indestructible y se manifiesta en reversibles aspectos, de cuya modalidad depende el movimiento de la materia. Tal es el principio de la conservación de la energía, según los modernos científicos que de nuevo la han descubierto. Ya el año 1842 sospechaba Grove la reversibilidad del calor, luz, electricidad y magnetismo, capaces de ser causa en determinado momento y efecto en el siguiente (67). Pero la ciencia nada dice ni sabe del origen de estas fuerzas ni de su modo de transformación; conoce los efectos e ignora la causa, porque no acierta a señalar el alfa y omegta del fenómeno. Difícil es superar en este punto a Platón cuando pone en boca de Timeo estas palabras: “Dios conoce las cualidades originales de las cosas, pero al hombre sólo le cabe la posibilidad de conocerlas” (68). Lo mismo dicen Tyndall y Huxley en sus obras, con la diferencia de no consentir que ni el mismo Dios les aventaje en sabiduría, y tal vez en esto fundan sus alardes de superioridad. Los antiguos induistas derivaron del principio de la conservación de la energía su doctrina de la emanación y la absorción, según la cual, el punto primario (.....) del inmenso círculo, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, emana de sí todas las cosas manifestadas en el universo visible bajo diversas formas que se transmutan y combinan recíprocamente en gradual transformación, desde el espíritu puro (*la nada* de los budistas) hasta la más densa materia, que se restituye a su primario estado o sea la absorción en el nirvana (69). ¿Qué significa esto sino la conservación de la energía?

Demuestra la ciencia que el calor puede transformarse en electricidad y la electricidad en magnetismo y recíprocamente, de modo que el movimiento engendra indefinidamente el movimiento (70). Para los científicos materialistas, queda resuelto el problema de la eternidad una vez demostrada la conservación de la materia y de la energía, como si con ella quedara también demostrada científicamente la inutilidad del espíritu.

Puede afirmarse, por lo tanto, que los modernos filósofos no han dado un paso más allá de los sacerdotes de Samotracia, los indos y los agnósticos cristianos. La parigualdad de la materia y de la fuerza está simbolizada en el mito samotraciense de los gemelos Dioskuros, hijos del cielo, a que alude Schweigger, que mueren y resucitan juntos, siendo absolutamente necesario que *uno muera para que el otro viva*. Conocían los sacerdotes de Samotracia, tan

bien como los físicos modernos, la transformación de la energía, y aunque los arqueólogos no hayan encontrado aparato alguno a propósito para esta transformación, se infiere fundadamente por analogía, que casi todas las religiones antiguas se apoyan en el principio de coeternidad de la materia y de la fuerza y en la doctrina según la cual todo emana del sol central y espiritual, del espíritu de Dios, en el conocimiento de cuya potencialidad se funda la magia teurgia. A este propósito dice Proclo: "De la propia manera que el amante se eleva poco a poco de la belleza plástica a la belleza divina, así los antiguos sacerdotes establecieron una ciencia basada en la mutua simpatía y semejanza que echaron de ver en las cosas subsistentes en el todo universal con las internas potencias que algunas de ellas manifiestan. De este modo descubrieron lo supremo en lo ínfimo y lo ínfimo en lo supremo, es decir, las cualidades terrenas en su celeste condición causal y las cualidades celestes adaptadas a la condición terrena" (71).

MUTUAS SIMPATÍAS

Señala después Proclo las misteriosas propiedades de algunos minerales, plantas y animales, conocidas pero no explicadas por los naturalistas modernos. Tales son los movimientos rotatorios del girasol, heliotropo y loto (72) y las particularidades observadas en las piedras solares y lunares, en el *helioselenio* y en el gallo, león y otros animales. Sobre el particular dice así: "Al observar los antiguos esta mutua simpatía entre las cosas celestes y las terrestres, aplicaron estas últimas a ocultos propósitos de naturaleza, tanto celestial como terrena, y en virtud de dicha simpatía, atrajeron cualidades divinas a esta miserable morada... Todas las cosas están llenas de divinas propiedades y las terrenas reciben su plenitud de las celestiales y éstas de las supercelestiales, pues la ordenación natural arranca de lo supremo para descender gradualmente hasta lo ínfimo (73). Porque cualesquiera que sean las cosas resumidas en otra de superior categoría se explayan al descener y quedan distribuidas varias almas bajo la acción de sus gobernadoras divinidades" (74). Proclo no aboga aquí por la superstición, sino por la ciencia, pues la magia no deja de ser ciencia que, aunque oculta y desconocida de los científicos contemporáneos, se funda ´solidamente en las misteriosas afinidades entre los seres orgánicos de los cautro reinos de la naturaleza, y en las invisibles potencias del universo. Los herméticos antiguos y medioevales llamaban magnetismo, atracción y afinidad a la fuerza que hoy la ciencia llama gravitación. Esta ley universal está enunciada por Platón en el *Timeo,* diciendo que los cuerpos mayores atraen a los menores y cada cual a su semejante (75). Los fundamentos de la magia *fueron* y *son* las cosas visibles e invisibles de la naturaleza y de sus mutuas atracciones, repulsiones y enlaces, cuya causa es el principio *espiritual* que todo lo penetra y anima, de suerte que dicho conocimiento permite establecer las condiciones necesarias y suficientes para la manifestación de ese principio. Todo esto encierra el profundo y completo conocimiento de las leyes naturales.

Refiriéndose Wallace a uno de los casos de apariciones que relata Owen, exclama: "¿Cómo es posible negar o repudiar prueba tan evidente? Centenares de casos análogos están igualmente comprobados sin que nadie se tome el trabajo de explicarlos". A lo cual replica Ricardo A. Proctor, diciendo que "como los filósofos aseguraron hace muchísimo tiempo que todas esas historias de aparecidos son puras ilusiones y no se ha de hacer caso de ellas, les sabe a rejalgar que se aduzcan ahora nuevas pruebas de apariciones que han determinado la conversión de algunos hasta el extemo de, como si hubieran perdido el juicio, pedir nueva información so pretexto de error en el primer veredicto. Todo esto evitará acaso el ridículo de los *conversos*; mas para que los filósofos se avengan a la demandada investigación, es preciso representarles que el *bienestar de la especie humana depende en gran parte de las*

condiciones materiales, mientras que los mismos conversos reconocen la frivolidad con que se conducen los aparecidos" (76). La señora Hardinge Britten ha entresacado de la prensa diaria y científica gran número de notas comprobatorias de la clase de asuntos con que los intelectuales reemplazan el, para ellos, tan desagradable de duendes y apariciones. Copia la señora Britten de un diario de Washington el acta de la solemne sesión de la Sociedad Científica Americana (77) celebrada el 29 de Abril de 1854, en la que el insigne químico Hare, profesor de la universidad de Filadelfia, tan venerado por su profunda ciencia como por su irreprensible conducta, no pudo hablar de los fenómenos espiritistas por oponerse a ello el profesor Henry con aquiescencia de la mayoría de socios (78).

UNA SESIÓN ACADÉMICA

El periódico *Spiritual Telegraph*, al extractar esta sesión académica la comenta como sigue: "Parece que el tema presentado por el profesor Hare hubiera debido considerarse del dominio de la ciencia, pero la Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias creyó, al contrario, que no era digno de su atención aquel tema y por mayoría de votos quedó sobre la mesa... No podemos desaprovechar la ocasión de advertir que la Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias discutió extensa, grave y profundamente en la misma sesión el tema de *¡por qué cantan los gallos a media noche!* Es una cuestión verdaderamente digna de filósofos, que sin duda afecta en grado superlativo al bienestar de la especie humana".

Aunque se expone al ridículo quien manifieste su creencia en la misteriosa simpatía entre el hombre y ciertas plantas, se ha comprobado en muchos casos. Se sabe de personas que murieron poco después del arranque de un árbol plantado el mismo día en que nacieron; y en cambio, han ocurrido casos en que un árbol plantado en análogas circunstancias enfermó y murió simultáneamente con la persona de quien, por decirlo así, era gemelo (79).

Max Müller refiere varios casos de la misma naturaleza (80) y demuestra que esta creencia popular se halla extendida por muchas comarcas de Europa, Centro América, India, Nueva Zelanda y Guyana inglesa. Por su parte, Tyler dice sobre el particular: "Si sólo echáramos de ver esta creencia en la India y en Alemania, podríamos atribuirle origen ario, pero al hallarla asimismo en la América Central no hay más remedio que admitir relaciones precolombinas entre los pobladores de Europa y América o averiguar si en efecto tiene fundamento racional esa supuesta simpatía entre la vida de las plantas y la de los hombres" (81).

La actual generación, que sólo cree en el superficial testimonio de sus sentidos, no admitirá la atracción simpática entre animales, vegetales y aun minerales, porque el velo que entorpece su visión interna únicamente les permite percibir lo que no pueden negar. A esta incrédula generación tal vez le convenga el siguiente pasaje de Plotino: "Los hombres se despojan lamentablemente de su divinidad desde el momento en que deseñan todo cuanto a los cielos se refiere y nada creen de lo que es digno del cielo. Así forzosamente enmudecen las voces divinas" (82). Esto mismo significa el emperador Juliano al decir: "el alma mezquina del escéptico es en verdad aguda, pero nada percibe con perfecta y sana visión".

Estamos a fines de un ciclo y en época notoriamente transitoria. Platón divide el progreso mental del universo en cada ciclo en dos períodos: fértil y estéril. Dice a este propósito que en las regiones sublunares permanecen los diversos elementos en perfecta armonía con la naturaleza divina, pero los seres que de dichos elementos participan, están unas veces en armonía y otras en discrepancia con la naturaleza divina, a causa de su entreveración con la materia terrena en los reinos del mal. Cuando las corrientes del éter universal (83), que en sí entraña los elementos de todas las cosas, están en armonía con el espíritu divino, nuestro

planeta y cuanto contiene disfrutan del período fértil. Las ocultas potencias de los animales, vegetales y minerales simpatizan mágicamente con las naturalezas superiores, y el yo inferior del hombre se armoniza perfectamente con el Yo superior. Pero durante el período estéril, el yo inferior agota su mágica simpatía y se entenebrece la visión espiritual de la mayoría de las gentes hasta el punto de perder toda noción de las elevadas potencias de su divino espíritu. Actualmente estamos en un período estéril. El siglo XVIII padeció altísima fiebre de escepticismo, cuya enfermedad heredó el siglo XIX. La mente divina está eclipsada en los hombres que razonan tan sólo con su cerebro físico.

IDENTIDAD DE TRADICIONES

Antiguamente era la magia una ciencia universal que tan sólo profesaban los sacerdotes ilustrados; pero aunque el foco de estaciencia estaba celosamente custodiado en el santuario, sus rayos iluminaban el mundo. Si así no fuera, ¿cómo explicar la sorprendente identidad de tradiciones, leyendas, costumbres, creencias y adagios populares, que lo mismo se encuentran entre los lapones y tártaros del norte, que en los pueblos meridionales de Europa, en las estepas rusas y en las pampas americanas? A este propósito dice Taylor que la máxima pitagórica “no remuevas fuego con espada”, es popular entre gentes sin relación alguna étnica ni geográfica; pues según refiere Carpini, ya en 1246 la observaban los tártaros que en modo alguno consentirían en remover el fuego con arma de filo, por temor de “cortar la cabeza del fuego”. Del mismo temor participan los kalmucos, y los abisinios preferirían meter los brazos desnudos hasta el codo entre brasas, antes que removerlas con hacha o cuchillo. Tyler dice que todos estos hechos son simples aunque curiosas coincidencias, y Max Müller opina, por el contrario, que entrañan en su fondo la doctrina pitagórica.

Las máximas de Pitágoras, como las de muchos autores antiguos, tienen doble significado, pues además del literal encubren un precepto, según explica Jámblico en su *Vida de Pitágoras*. La máxima: “no remuevas el fuego con espada” es el noveno símbolo de los *Protrépticos* que exhorta a la prudencia y enseña cuán conveniente es no avivar con duras palabras al encolerizado. También corrobora Heráclito la verdad de este símbolo diciendo que “es difícil luchar contra la cólera, pero todo debe hacerse para redimir el alma. Y ciertamente es así, porque muchos, por satisfacer su cólera, han transmutado la condición de su alma y preferido la muerte a la vida. En cambio, quien refrena la lengua y permanece tranquilo, trueca en amistad la contienda, extingue el fuego de la cólera y da pruebas de buen juicio” (84).

Habíamos dudado algunas veces de si nuestro juicio sería lo bastante imparcial y amplio para analizar respetuosamente las obras de filósofos tan insignes en nuestros tiempos como Tyndall, Huxley, Spencer, Carpenter y muchos otros. Nuestro vehemente amor a los hombres de la antigüedad, a los sabios primitivos, nos inspiraba el recelo de trasponer los límites de la justicia y negársela a quienes lo merecen; pero gradualmente se ha ido desvaneciendo toda duda y recelo al observar que somos eco débil de la opinión pública, manifestada en artículos periodísticos tan hábiles como el publicado en la *Revista Nacional*, correspondiente a Diciembre de 1875, con el título: *Los filósofos del día*, en el que se pone valientemente en tela de juicio la paternidad de los descubrimientos que los científicos modernos se atribuyen respecto a la naturaleza de la materia y del espíritu, a la formación del universo, a las peculiaridades de la mente y otros puntos igualmente interesantes. dIce a este propósito el autor del artículo que el mundo religioso se ha sorprendido y excitado ante las ideas de Spencer, Tyndall, Huxley, Proctor y otros de la misma escuela, quienes, no obstante sus innegables servicios a la ciencia, no han efectuado ningún descubrimiento, pues nada hay hasta ahora en sus más atrevidas especulaciones que no se haya enseñado en una u otra forma desde hace miles de años... los

científicos no exponen sus hipótesis como descubrimientos propios; pero dejan que así lo suponga la opinión pública que, alimentada por los periódicos, acepta como artículo de fe cuanto le dicen y se maravilla de las consecuencias. Pero cuando alguien ataca en la prensa a los presuntos autores de tan sorprendentes hipótesis, tratan estos de defenderse personalmente, sin que a ninguno se le ocurra decir: "Caballeros, no se incomoden ustedes, porque nosotros no hacemos otra cosa que remendar teorías tan viejas como los montes". Sin embargo, científicos y filósofos tienen la debilidad de dar importancia a cuanto creen que ha de allegarles nombradía inmortal. Huxley, Tyndall y aun el mismo Spencer se han erigido últimamente en infalibles pontífices y segruos oráculos de los dogmas de protoplasma, de las moléculas y formas y átomos primordiales, alcanzando con estos descubrimientos más palmas y alureles que pelos en la cabeza tuvieron Lucrecio, Cicerón, Plutarco y Séneca, no obstante el conocimiento que del protoplasma de los átomos primordiales y demás supuestas novedades se vislumbra en las obras de estos últimos autores. Precisamente a Demócrito se le llamó el *filósofo atómico* por su teoría de los átomos.

LOS PLAGIOS MODERNOS

De la misma *Revista Nacional* entresacamos la siguiente curiosa denuncia: "¿Qué cándido no se admiró hace un año de los sorprendentes efectos obtenidos del oxígeno? Con las mismas teorías que de Liebig hemos citado, Huxley y Tyndall lograron conmover los ánimos hasta la excitación... otro descubrimiento que no ha dejado de alarmar a los timoratos es que cada pensamiento va acompañado de una alteración de la substancia cerebral. Para estas cosas y otras por el estilo no han tenido las dos eminencias otro trabajo que hojear las páginas de Liebig, quien dice en una de sus obras (85): "La fisiología puede afirmar con suficientes indicios que *todo pensamiento* y *toda sensación* alteran constitutivamente la *substancia cerebral*; y que todo movimiento y manifestación de fuerza resulta de esa mudanza de la estructura o de la substancia del cerebro".

Así es que en las emocionantes conferencias de Tyndall echamos de ver las mismas ideas de Liebig, que a su vez son repetición de las de Demócrito y otros filósofos paganos. En suma, una mezcolanza de antiguas hipótesis expuestas con pariencias de formulas demostradas en la pintoresca, melosa e insinuante fraseología de este autor.

Análogamente, la citada *Revista Nacional* demuestra la coincidencia entre los descubrimientos de Tyndall y Huxley y las ideas expuestas por Priestley en sus *Disquisiciones sobre la materia y el espíritu* y por Herder en su *Filosofía de la Historia*. Dice a este propósito el articulista: "No sufrió Priestley persecución alguna, porque se abstuvo de alardear de sus opiniones ateas. Este químico, descubridor del oxígeno, escribió ochenta volúmenes donde expuso teorías idénticas a las que tan asombrosas y audaces se consideran en boca de los científicos modernos... Nuestros lectores recordarán la sensación producida por las opiniones de algunos filósofos contemporáneos respecto del origen y naturaleza de las ideas. No obstante, nada tienen de nuevo dichas opiniones, porque, como dice Plutarco (86), "las ideas son incorpóreas y sin subsistencia por sí mismas; pero dan figura y forma a la materia amorfa cuyas manifestaciones determinan". Verdaderamente que ningún ateo moderno, ni siquiera Huxley, superará en materialismo a Epicuro, sino que tan sólo podrán remedarle. Y el protoplasma de Huxley no es ni más ni menos que una repetición del concepto de los panteístas indos llamados *swâbhâvikas*, quienes afirman que todos los seres, dioses, hombres y animales nacen del *swâbhâva* o sea de su propia naturaleza" (87).

"En cuanto a Epicuro, escuchemos lo que en sus labios pone Lucrecio: "El alma así engendrada ha de ser material porque material es su origen y de alimentos materiales se nutre y con el cuerpo crece, madura y decae, de modo que, sea de hombre o de bruto, ha de morir con él" (88).

“Nuestro propósito es refrescar en el público inteligente y culto la memoria de los progresivos pensadores de la antigüedad, de modo que no se les eche en olvido. Deben recordarlos especialmente todos los que desde la cátedra, la tribuna y el púlpito aleccionan a las gentes. Si así lo hicieran, no habría tantas persecuciones infundadas ni tanta charlatanería ni, sobre todo, tanto plagio” (89).

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Acertadamente dice Cudworth que lo que más vituperan los cient´ficos de hoy en los sabios antiguos es su creencia en la inmortalidad del alma, pues les asusta pensar que de creer en los espíritus y las apariciones han de creer también en Dios, y nada hay para ellos tan absurdo como la existencia de Dios. Sin embargo, muy diversamente opinaban los materialistas antiguos a pesar de lo escépticos que nos parecen. Epicuro creía en Dios sin creer en la inmortalidad del alma y Demócrito no negaba en modo alguno las apariciones. La mayor parte de los antiguos sabios admitían la preexistencia del espíritu humano semejante a Dios, y en este conocimiento apoyaban los magos de Persia y Babilonia la doctrina de la machagistia atestiguada en los Oráculos caldeos que tanto comentaron Pletho y Psello. Entre los antiguos sabios que afirmaron rotundamente la inmortalidad del alma humana se cuentan Zoroastro, Pitágoras, Epicarmo, Empédocles, Kebes, Eurípides, Platón, Euclides, Filón, Boecio, Virgilio, Cicerón, Plotino, Jámblico, Proclo, Psello, Sinesio, Orígenes y Aristóteles (90).

Algunos años han pasado desde que el conde de Maistre escribió las siguientes frases que si oportunas en su volteriana época, no lo son menos en nuestros escépticos días: “He leído y escuchado mil chocarrerías sobre la ignorancia de los antiguos, porque en todas partes veían espíritus. Pero me parece que nosotros somos aún más imbéciles que nuestros antepasados, porque nunca vemos ninguno en parte alguna” (91).

CAPÍTULO VIII

No creas que en mis mágicas maravillas me ayuden los ángeles de la Estigia evocados del infierno y malditos por quienes quisieron dominar a los tenebrosos divis y afrites, sino que me ayuda la percepción de los secretos poderes de las fuentes minerales, de las íntimas células de la naturaleza, de las hierbas colgantes en verde cortina y de los astros que voltean sobre torres y montes.

TASSO, XIV, 13.

Como a las puertas del infierno, detesto a quien se atreve a pensar una cosa y decir otra.-POPE.

Si el hombre cesara de existir al bajar a la tumba, habríamos de confesar sin remedio que es la única criatura a quien la naturaleza o la providencia se han complacido en defraudar concediéndole cualidades que carecen de objeto de aplicación en la tierra.

BULWER LYTTON.-*Una historia singular*.

Del prefacio de la obra de Proctor titulada: *Nuestro lugar en el infinito*, entresacamos el siguiente párrafo: “La ignorancia en que los antiguos estaban del lugar de la tierra en el espacio les indujo a suponer influencias favorables o adversas de los astros en el destino de los individuos y de las naciones, así como a formar el grupo de siete días dedicados a los siete planetas de su sistema astrológico”.

LA FORMACIÓN DE LA TIERRA

Dos distintas afirmaciones sienta Proctor en el párrafo citado: 1.ª Que los antiguos ignoraban el verdadero lugar de la tierra en el espacio. 2.ª Que creían en la influencia favorable o adversa de los astros en el destino de los individuos y de los pueblos (1). Sin embargo, hay poderosos motivos para suponer que los sabios de la antigüedad conocían la posición, movimientos y relaciones de los astros, según se infiere del testimonio de Plutarco, ampliado con los de Draper y Jowett. Además, si tan ignorantes eran los antiguos astrónomos, ¿cómo es que en los fragmentos de sus obras se descubren bajo el enigmático lenguaje muchos conceptos corroborados por recientes descubrimientos? En su citada obra expone Proctor la teoría de la formación de la tierra y describe las sucesivas fases porque pasó antes de ofrecer morada al hombre, pintando con vivos colores el gradual agrupamiento de la materia cósmica en esferas gaseosas, rodeadas de una inconsistente capa líquida, que fueron condensándose hasta la solidificación de la corteza externa, seguida del lento, enfriamiento de la masa, con los

resultados químicos de la acción del intenso calor sobre la primitiva materia del globo, que determinaron la formación y distribución de las partes firmes, los cambios en la constitución de la atmósfera, la aparición de vegetales, animales y por último del hombre.

Pero veamos ahora el hermético *Libro de los Números* (2) escrito, según tradición caldea, por Hermes Trismegisto. Dice así: “En el principio del tiempo el gran Invisible tenía sus santas manos llenas de materia celeste que esparció por el infinito y, ¡oh pasmo!, se convirtió en esferas de fuego y en esferas de arcilla que, como el inquieto metal (3), se disgregaron en esferas menores que empezaron a voltear incesantemente. Y algunas, que eran esferas de fuego, se convirtieron en esferas de arcilla y las de arcilla en esferas de fuego, porque las de fuego esperaban a que llegase el tiempo de convertirse en de arcilla y las otras las envidiaban en espera de convertirse en de puro y divino fuego”.

No creemos que nadie se atreva a pedir más claro compendio de las fases cósmicas tan elegantemente descritas por Proctor.

Vemos en el pasaje de Hermes la difusión de la materia, su agrupamiento en esferas de las que se disgregan otras menores, la rotación axial, la paulatina transición de la materia incandescente a materia terrosa y por fin la pérdida de calor con que se inicia el período de la muerte planetaria.

El tránsito de las esferas de arcilla a esferas de fuego explicará a los materialistas algunos fenómenos astronómicos, tales como la súbita aparición de una estrella en la constelación de Casiopea el año 1572 y de otra en el serpentario en 1604, según observaciones de Kepler. Verdaderamente demuestran los caldeos en el citado pasaje más profunda filosofía que los astrónomos modernos, pues la confversión en esferas de “puro y divino fuego” simboliza la subsiguiente existencia planetaria análoga a la que más allá de la muerte corporal tiene el espíritu del hombre. Si, como ya admite la astronomía, nacen, crecen, se desarrollan, decaen y mueren los astros, ¿por qué no han de tener, como el hombre, la subsiguiente existencia etérea o espiritual? Así lo afirman los magos al decir que la fecunda madre tierra está sujeta a las mismas leyes que sus hijos y en oportunidad de tiempo engendra de su seno todas las cosas hasta que, llegada la plenitud de su tiempo, cae en la tumba de los mundos. La materia densa de la tierra se disgregará poco a poco en átomos que, con arreglo a la inexorable ley, formarán nuevas combinaciones; pero su espíritu quedará atraído por el céntrico sol espiritual de que originariamente emanara (4). Según dice Hermes: “Y el cielo era visible en siete círculos, y los planetas aparecieron con todos sus signos en forma de estrellas que quedaron separadas y numeradas con los gobernadores residentes en ellas, y su carrera giratoria está limitada por el aire en una órbita circular donde se mueven bajo la acción del divino *espíritu*” (5).

Nadie hallará en las obras de Hermes ni el más leve indicio del enorme absurdo sostenido después por la iglesia romana, diciendo que los astros habían sido creados para recreo del hombre, puesto que el unigénito Hijo de Dios bajó a este ínfimo mundo para redimir nuestras culpas.

LA TIERRA INVISIBLE

Proctor nos habla de una capa inconsistente de materia no condensada todavía, que recubre un océano de consistencia viscosa en el cual gira un núcleo sólido. Pero también esta hipótesis tiene su precedente en la siguiente referencia: “Asegura Hermes que *en el principio* era la tierra una especie de limo o gelatina temblorosa compuesta de agua condensada por la incubación y calor del divino espíritu o, según la letra del texto: *cum adhuc terra tremula esset, lucente sole compacta esto*” (6).

De la misma obra de Filaleteo entresacamos el siguiente pasaje: “Por mi alma afirmo que la tierra es invisible, y no sólo esto, sino que el *ojo* del hombre no *ve* jamás la *tierra* ni

puede ésta ser vista sin *arte*. El *mayor secreto* de la magia es hacer *invisible* este *elemento*... y este cuerpo *feculento* y grosero sobre que andamos, es un *compuesto*, y no la tierra, sino que en él está la *tierra.* En una palabra, que todos los elementos son visibles menos la tierra, y cuando alcancemos la necesaria *perfección* para saber por qué Dios ha puesto la tierra *in abscondito*, tendremos una excelente traza para conocer a *Dios* y saber cómo es *visible* y cómo *invisible*" (7).

Muchos siglos antes de nacer los científicos contemporáneos había ya dicho Salomón: "Tu poderosa mano hizo el mundo de *materia informe* (8). Esta frase encierra cuanto pudiéramos decir; pero añadiremos que tal vez la materia informe, la tierra preadámica entrañe una "potencia" cuyo hallazgo regocijaría a Tyndall y Huxley.

Al descender de lo universal o lo particular, de la antigua teoría de la evolución planetaria a la evolución de la vida vegetal y animal, tan opuesta a las creaciones individuales de los seres, vemos anticipada la moderna teoría de la transformación de las especies en el siguiente pasaje de Hermes: "Cuando Dios hubo llenado sus potentes manos de cuanto en la naturaleza existe y la limita, exclamó sin abrirlas: "¡Oh tierra bendita! Sé la madre de todo para que nada necesites. Entonces abrió las manos derramando de ellas todo lo necesario para la formación de las cosas". Aquí tenemos simbolizada la materia primaria en que laten potencialmente todas las futuras formas de vida y que la tierra es la madre de cuanto desde entonces brota de su seno.

Más explícito es todavía Marco Antonio en su *Soliloquio*: "La naturaleza se complace en mudar todas las cosas y revestirlas de nuevas formas. La materia es para ella como cera con que moldea toda clase de figuras, y si hace un *pájaro* lo *convierte* después en cuadrúpedo, o de una *flor* hace una *rana*, de suerte que se deleita en sus operaciones mágicas, como los hombres en las obras de su propia imaginación" (9).

Antes de que los modernos científicos pensaran en la teoría evolutiva, había dicho ya Hermes que nada hay truncado en la naturaleza, pues todas sus obras rebosan de suave armonía sin saltos ni transiciones violentas ni aun en las muertes súbitas.

Los rosacruces iluminados profesaban la doctrina del lento desenvolvimiento de las formas preexistentes. Las Tres Madres enseñaron a Hermes el misterioso proceso de sus obras antes de revelarlo a los alquimistas medioevales. En lenguaje hermético las Tres Madres significan la luz, el calor y el magnetismo, transmutables según el principio de la correlación de fuerzas o transformación de la energía. Dice Sinesio que en el templo de Menfis encontró unos libros de piedra con la siguiente máxima esculpida: "Una naturaleza se deleita en otra; una naturaleza vence a otra; una naturaleza prevalece contra otra; pero todas ellas son *una sola*".

LA EVOLUCIÓN SEGÚN HERMES

La continua actividad de la materia está expresada en el siguiente aforismo de Hermes: "La acción es la vida de Phta". Por su parte Orfeo llama a la naturaleza "la madre que hace muchas cosas" ..... o "madre ingeniosa que imagina e inventa".

En su ya citada obra dice Proctor: "Todo cuanto existe, así en la superficie como en el itnerior de la tierra, las formas vegetales y animales y nuestro organismo corporal, están constituidos por materia atraída de las profundidades del espacio que por todas partes nos rodea". Los herméticos y rosacruces sostuvieron que todas las cosas, así visibles como invisibles, dimanaban de la lucha entre la luz y las tinieblas y que toda partícula material entraña una chispa luminosa (*espíritu)* cuya propensión a volver a su divino origen, librándose del obstáculo impediente, determina el movimiento de los átomos que a su vez engendra las formas. Sobre el particular dice Hargrave Jennings con referencia a Roberto Fludd: "Todos los minerales tienen en esta centella de vida la potencialidad rudimentaria de las plantas y otros

organismos de más en más perfeccionados. Asimismo, todas las plantas tienen rudimentarias sensaciones que, con el tiempo, pueden ponerlas en estado de transformarse en otras criaturas capaces de moverse de acá para allá con funciones de orden más o menos elevado. De suerte que el reino vegetal ha de psar por ignorados caminos a otros más altos senderos por donde irse perfeccionando hasta el punto de que su divina luz se explaye con mayor y más impelente fuerza y con más pleno y consciente propósito, por la planetaria influencia de los invisibles operarios del gran Arquitecto" (10).

La luz (primera creación según el Génesis) es la *Sephira* de los cabalistas; la Mente divina, la madre de los Sefirotes cuyo padre es la *Sabiduría oculta*. La luz es la primera emanación del Supremo y luz es vida según el Evangelista. Luz y vida son electricidad, el principio vital, el *anima mundi* que interpenetra el universo y vivifica todas las cosas. La luz es el mágico Proteo cuyas diversas ondulaciones, movidas por la divina voluntad del Arquitecto, originan las formas vivientes. De su turgente y eléctrico seno brotan la *materia* y el *espíritu*. Sus rayos entrañan la virtud de las acciones físicoquímicas y de los fenómenos cósmicos y espirituales. La luz organiza y desorganiza; da y quita la vida; y de su punto primordial surgen gradualmente a la existencia miríadas de visibles e invisibles mundos. Dice Platón (11) que en un rayo de esta trina madre *primaria* encendió Dios el fuego que llamamos sol y no es *causa* de luz y calor, sino únicamente el foco, o mejor dicho la lente que concentra y enfoca sobre nuestros sistema solar los rayos de la luz primordial de cuyas diversas vibraciones dimana la correlación de fuerzas.

La obra de Proctor, que motiva estos comentarios, consta de doce tratados, de los cuales el último se titula: Ideas acerca de la Astrología. El autor estudia esta materia con mayor respeto del acostumbrado entre los científicos, en prueba de que puso en ella toda su atención. Dice a este propósito: "Si consideramos debidamente el asunto, hemos de convenir en que de cuantos errores sufrieron los hombres en su ansia de escrutar el porvenir, la astrología es el más digno de respeto y aun pudiéramos decir que el más razonable..., pues los cuerpos celestes regulan inequívocamente el destino de los individuos y de las naciones, ya que sin las benéficas y reguladoras influencias del sol, que es entre todos el principal, perecerían las criaturas vivientes sobre la tierra... También tiene influencia la luna, y no es extraño que los antiguos infiriesen por analogía que si estos dos astros influyen tan poderosamente en la tierra, también tengan su especial influencia los demás astros" (12).

ASTROLOGÍA Y ASTRONOMÍA

Por otra parte, no cree Proctor infundada su sospecha de que los planetas de más lento movimiento ejerzan influencia superior al mismo sol, y opina que "la astrología fue formándose tras repetidas tentativas en que los astrólogos se guiaron por la observada relación entre ciertos sucesos de monta en la vida de reyes, caudillos o magnates y la posición de los astros el día de su nacimiento. Sin embargo, también pudieron algunos astrólogos imaginar influencias en que creyeron las gentes por haberlas confirmado alguna *curiosa coincidencia*".

Conviene advertir que aun los tratadistas formales recurren a palabras de tan vago sentido como la de *coincidencia,* para encubrir lo que les repugna aceptar. Pero los sofismas no son axiomas ni mucho menos demostraciones matemáticas en que por lo menos los astrónomos debieran apoyar sus afirmaciones. La astrología es ciencia tan *exacta* como la astronomía, con tal de que las observaciones sean también exactas, pues sin esta condición sinecnanónica una y otra ciencia incurrirán en error. La astrología es a la astronomía como la psicología a la fisiología, y tanto en astrología como en psicología es preciso ir más allá del mundo visible y entrar en los dominios del trascendente espíritu. Tal fue la vieja lucha entre las escuelas platónica y aristotélica; pero en nuestro siglo de escepticismo saduceico no

prevalecerá aquélla contra ésta. Proctor parece como si viera la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, pues si apuntáramos los errores y despropósitos de los astrónomos, seguramente excederían de mucho a los de los astrólogos (13).

Sigue exponiendo Proctor en su obra cuanto de heterodoxo ha encontrado en sus investigaciones científicas y se asombra más de una vez de tan "curiosas coincidencias" como, por ejemplo, la que refiere en estos términos: "No me detendré en la curiosa coincidencia de si efectivamente conocían los astrólogos caldeos el anillo de Saturno, pues representaban al Dios de este nombre dentro de un *triple* anillo... Del hallazgo de algunos instrumentos ópticos en las ruinas asirias, se infiere que pudieron descubrir los anillos de Saturno y los satélites de Júpiter... Belo, el Júpiter asirio, estaba algunas veces representado con cuatro alas esmaltadas de estrellas; pero es muy posible que esto fuesen meras *coincidencias*".

Sin embargo, esta serie de coincidencias a que se refiere Proctor serían más milagrosas que la realidad de los hechos y no parece sino que los escépticos anden anhelosos de coincidencias. Bastantes pruebas dimos en el capítulo anterior de que los antiguos disponían de instrumentos ópticos tan excelentes como los del día. Según infiere Rawlinson de las inscripciones de los ladrillos asirios, el templo de Borsippa (Birs-Nimrud) tenía siete pisos dispuestos en círculos concéntricos de ladrillo y metal, del color correspondiente al planeta cuyas órbitas simbolizaban, y por lo tanto no cabe suponer que los instrumentos de Nabucodonosor fuesen de poco alcance ni de escasa monta los conocimientos de sus astrónomos. Tampoco es posible achacar a coincidencia que los caldeos diesen a cada planeta el color que en efecto han distinguido en ellos las recientes observaciones telescópicas (14). Asimismo, no puede ser coincidencia que Platón aludiera en el *Timeo* a la indestructibilidad de la materia, transmutación de fuerzas y conservación de la energía, de modo que su comentador Jowett dice a este propósito: "La última palabra de la filosofía moderna es continuación y desarrollo de los principios fundamentales de la ciencia que dejó sentados Platón" (15).

ALEGORÍAS ASTRONÓMICAS

Las antiguas religiones fueron esencialmente *sabeístas,* y cuando lleguen a interpretarse con exactitud sus mitos y alegorías, no sólo se verá que no discrepan lo más mínimo de los modernos conceptos astronómicos, sino que casi todos los principios de esta ciencia están encubiertos en las ingeniosas trazas de sus fábulas. Alegorizaban el movimiento de los astros, personificaban la índole de los fenómenos y en la conducta y temperamento de las divinidades olímpicas simbolizaban los principios de las ciencias físicoquímicas. La electricidad atmosférica en su estado latente está representada por los semidioses, cuya acción se limita a la tierra, pero que en sus eventuales vuelos a las regiones divinas despliegan energía eléctrica *estrictamente proporcionada a la distancia a que se elevan*. Las mazas de Hércules y Thor eran mucho más mortíferas cuando los dioses se cernían entre las nubes. Júpiter olímpico concentraba en su persona y atributos las fuerzas cósmicas antes de que el genio de Fidias le diese forma humana a propósito para que las multitudes le adorasen con el nombre de Máximus o Dios de los dioses. El mito de Júpiter, menos metafísico y complicado en un principio, era elocuentísima expresión de filosofía natural. Según dicen Porfirio y Proclo, al elemento masculino (*Zeus*) de la creación se le llamaba cabeza de los seres vivientes (*Zoon-ok-zoon*) cuyos femeninos principios eran Vesta (tierra) y Metis (agua). En la teoría órfica, que desde el punto de vista metafísico es la más antigua de todas, representa Zeus a la vez la *potencia* y el *acto*, la Causa inmanifestada y el Demiurgo o Creador, emanado de la invisible Potencia. Las esposas de Zeus, considerado como Demiurgo, simbolizan los agentes de la evolución cósmica, es decir, las afinidades químicas y las atracciones y repulsiones magnéticas y la electricidad atmosférica. De estos

simbolismos físicos se infiere cuán versados estaban los antiguos en las ciencias físicas tal como ahora se conocen.

Posteriormente, en tiempo de Pitágoras representa Zeus la metafísica trinidad o sea la *Mónada* que de sí misma educe la *Tetractis* de voluntad, mente y acción. Más adelante todavía, los neoplatónicos se abstienen de filosofar sobre la Mónada primaria, por inaccesible al entendimiento humano, y tratan tan sólo de la *Tríada demiúrgica* o manifestación visible y tangible de la Divinidad desconocida.

Plotino, Porfirio, Proclo y otros filósofos admitieron la misma Tríada de Zeus Padre, Zeus Hijo (*Poseidón* o *Dunamis*) y de Zeus Espíritu (*Nous*). Este mismo concepto siguió enseñándose durante el siglo II de la era cristiana en la escuela de Ireneo, pues no hubo entre los neoplatónicos y cristianos otra discrepancia que la violenta confusión establecida por los últimos entre la Mónada incomprensible y la *Tríada* creadora.

Desde el punto de vista astronómico, Zeus-Dionisio tiene su origen en el Zodíaco o antiguo año solar. En Libia lo representaban bajo forma de carnero y su concepto era idéntico el Amun egipcio que engendró a Osiris (dios-toro), quien a su vez es una personificada emanación del Padre-Sol o Sol en Tauro, mientras que el Padre-Sol del cual emana esta personificación es Sol en Aries. Según sabemos, el toro simboliza la potencia creadora; y precisamente uno de los principales expositores de la cábala, Simón-Ben-Iochai que floreció en el siglo I de la era cristiana, nos explica el origen de esta extraña adoración de toros y vacas. Más adelante nos referiremos a las enseñanzas de los cabalistas sobre este símbolo, según las expone Simón-Ben-Iochai, y veremos que ni Darwin ni Huxley, fundadores de la teoría de la evolución y transformación de las especies, encontrarían en él nada opuesto a la razón y sí tan sólo la contrariedad de ver que los antiguos se les hayan anticipado en el descubrimiento.

Sin dificultad puede probarse que Saturno o Kronos (cuyo anillo descubrieron con toda seguridad los astrólogos caldeos) estuvo considerado desde tiempo inmemorial como padre de Zeus, antes de que éste alcanzara la suprema categoría de padre de los dioses. Es Saturno el Belo o Baal de los caldeos, que tomaron su culto de los acadianos, y aunque Rawlinson insiste en que estos últimos procedían de Armenia, no cabe admitir esta hipótesis por cuanto Belo es la variedad babilónica del Siva o Bala indo, el destructor dios del fuego que en muchos aspectos sobrepuja al mismo Brahmâ.

A este propósito dice un himno órfico: “Zeus es el primero y el último, la cabeza y las extremidades. De él proceden todas las cosas. Es hombre y ninfa inmortal (16), alma de las cosas, motor principal del fuego, sol y luna, fuente del océano, demiurgo del universo, divina potestad creadora y gobernadora del cosmos. Zeus lo es todo. Es fuego, agua, tierra, éter, noche, cielos, Metis (la arquitecta primieval) (17). Eros y Cupido. Todo está comprendido en las vastísimas dimensiones de su glorioso cuerpo” (18).

SÍMBOLOS DE LA LUNA

Este breve himno laudatorio abarca el fundamento de todo concepto mítico. La imaginación de los antiguos era, según parece, tan inagotable como las visibles manifestaciones de la Divinidad que les deparaban los temas de sus alegorías siempre referentes, no obstante su copiosa variación, a las dos ideas capitales que bajo las sacras representaciones se ajustaban paralelamente a los aspectos físico y espiritual de las leyes naturales. Los metafísicos conceptos de los antiguos no estaban jamás en contradicción con las verdades científicas, y sus credos religiosos se basan en las ideas físicopsíquicas de los sacerdotes y filósofos, que las derivaron de las tradiciones primievales, confirmadas por la experiencia propia con auxilio de la sabiduría acopiada en épocas intermedias.

La misión de los rayos de Júpiter estaba simbolizada en Diana, la esplendente virgen Artemisa, llamada en antiquísimo tiempos *Diktynna* (19). La luna es opaca y su brillo es reflejo de la luz solar. Su símbolo era la diosa Astarté o Diana que, como la cretense Diktynna, está coronada de una guirnalda de la mágica y siempre verde planta *diktammon* o *dictamnus*, cuyo contacto, según se dice, provoca el sonambulismo en quien no lo tiene. Análogamente a Eilithya y Juno Pronuba, presidía Diana los nacimientos y se la consideraba como divinidad esculápica. La guirnalda de *dictamnus* en las figuras de Diana nos demuestra una vez más la profunda observación de los antiguos, pues por una parte esta planta tiene muy eficaces virtudes sedantes y medra abundantemente en el monte Dicte de la isla de Creta; y por otra parte, la luna, según las más notables autoridades en magnetología, influye en los humores del cuerpo y en las células nerviosas, que tan importante papel desempeñan en la hipnotización. Así es que los cretenses ponían manojos de esta planta sobre el cuerpo de las parturientas y con las raíces hacían un brebaje que aliviaba los dolores del parto y mitigaba la peligrosa irritabilidad del organismo en este período. También solían colocar a las parturientas en el recinto sagrado del templo de Diana, expuestas a los rayos de la esplendente hija de Júpiter, la brillante y serena luna del cielo oriental.

Los induístas y budistas tienen muy complejo concepto de la influencia del sol y de la luna considerados como elementos masculino y femenino, que son respectivamente los principios positivo y negativo de la polaridad magnética. Todos los autores indos que trataron del magnetismo reconocieron la influencia de la luna en las mujeres, y tanto Ennemoser como Du Potet corroboran acabadamente las teorías de los videntes indos.

En todos los países de la antigüedad estaba consagrado el zafiro a la Luna, y los budistas tenían esta preciosa piedra en muchísimo respeto, no derivado de la superstición, sino con sólido fundamento científico. Atribuyen los budistas al zafiro virtudes mágicas, por cuanto su color azul obscuro determina fenómenos sonambúlicos, según puede observar cualquier estudiante de hipnotismo. Esto se deriva de la hasta hace poco tiempo no advertida influencia de los colores del prisma y especialmente del azul en el crecimiento de las plantas. Según ha demostrado el general Pleasonton, después de muchas discusiones académicas sobre la potencia calorífica de los rayos solares, los azules son los más eléctricos y su influencia favorece en mágicas proporciones el crecimiento de plantas y animales. Por otra parte, las investigaciones de Amoretti sobre la polaridad eléctrica de las piedras preciosas demuestran que el diamante, el granate y la amatista son electro-negativos, al paso que el zafiro es electro-positivo (20). Todo esto nos mueve a reconocer que las modernas ciencias experimentales corroboran cuanto acerca del particular conocían los sabios de la India, muchísimo antes de la fundación de las academias europeas.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS

Dice una antiquísima leyenda inda, que enamorado Brahmâ Prajâpati de su propia hija Ushâs (21), tomó la forma de ciervo (*ris'ya*) y la convirtió a ella en cierva, de modo que así se cometió el primer pecado de que fue culpable el mismo Brahmâ. Ante tamaña profanación, se aterrorizaron de tal manera los dioses, que asumiendo su más horrible aspecto, pues los dioses pueden tomar cuantas figuras quieran, formaron a Bhûtavan, el espíritu del mal, con propósito de aniquilar la *encarnación* del primer pecado, cometido por el mismo Brahmâ. Al ver esto, Brahmâ-Hiranyagarbha (22) se arrepintió profundamente y empezó a recitar los mantras de purificación. De su llanto cayó una lágrima, la más ardiente de cuantas de ojos brotaron, que al tocar en el suelo se convirtió en el primer zafiro" (23). Esta semipopular y semisagrada leyenda denota que los indos, no sólo sabían que el azul era el color más eléctrico, sino que también

conocían la influencia del zafiro y de otros minerales. Aparte de esto, dice Orfeo que con una piedra imán es posible influir en muchas personas reunidas; Pitágoras atribuye secreta importancia al color y naturaleza de las piedras preciosas; y Apolonio de Tyana enseñaba a sus discípulos las ocultas virtudes de estas piedras, y cada día del mes llevaba una sortija de distinta piedra, con arreglo a las leyes de la astrología judiciaria. Según los budistas, el zafiro tranquiliza el espíritu, serena el ánimo, aleja los malos pensamientos y tonifica el cuerpo, que son precisamente los efectos atribuidos por la moderna electroterapia a la acción de una corriente eléctrica con acierto dirigida. A este propósito dicen los budistas: "El zafiro abre puertas y casas cerradas para el espíritu del hombre; despierta el deseo de orar y entraña mayor paz que cualquiera otra alhaja. Pero quien la lleve ha de vivir pura y santamente" (24).

Diana es hija de Zeus y Proserpina (25); pero Hesiodo la llama Diana Eilythia-Lucina y dice que es hija de Júpiter y Juno (26). En las frecuentes querellas conyugales entre Júpiter y Juno, su hija Diana se vuelve de espaldas a su madre y sonríe a su padre, aunque reconviniéndole por sus devaneos. Esto es símbolo de los eclipses de luna, durante los cuales, se dice que los magos de Tesalia y Babilonia convertían hacia la tierra sus hechizos y encantos hasta lograr que se reconciliase la irritada pareja. Entonces Juno sonreía orgullosa a la brillante Diana que, circuyéndose de su creciente, volvía al secreto retiro de las montañas.

Parece que esta fábula alude a las fases de la luna. Los habitantes de la tierra sólo vemos un hemisferio de la luna y esto significa que Diana *le vuelve la espalda* a su madre Juno.

Las posiciones respectivas del sol, la tierra y la luna cambian continuamente, y la fase de luna nueva coincide siempre con variaciones atmosféricas, aparte de que las tempestades pudieron muy bien sugerir la idea de una lucha entre el sol y la tierra, sobre todo cuando aquél está oculto por rugientes nubes. Además, la luna no brilla en su fase de nueva, porque el hemisferio visible desde la tierra no está iluminado por el sol; pero después de la *reconciliación*, va mostrándose gradualmente iluminado el disco de la luna, y de aquí que los astrólogos caldeos y los magos de Tesalia, cuyo conocimiento del curso de los astros igualaba al de cualquier astrónomo moderno, se esforzaran en aplacar las iras de la luna y moverla a mostrar de nuevo su semblante, después de haber recibido la "radiante sonrisa" de su madre la tierra, cuando a su vez se refleja la luz del sol en la luna. Por esto decía la fábula que tan luego como Diana se ciñe el creciente, se marcha otra vez a cazar a la montaña.

OBSERVATORIO DE BELO

No hemos de negar la intrínseca sabiduría de los antiguos juzgando por las, en apariencia, *supersticiosas* fábulas con que velaron la explicación de los fenómenos naturales, pues a tanto equivaldría que, por ejemplo, dentro de quinientos años nuestros descendientes tacharan de *antiguos* ignorantones a los discípulos del profesor Balfour Stewart y de filósofo superficial a su maestro, por haber llevado éste a cabo experimentos con propósito de averiguar, como en efecto averiguó, que las manchas del sol están relacionadas con las enfermedades de algunas plantas y que influyen poderosamente en las condiciones de la tierra (27). Si la ciencia moderna llega a este punto, no hay motivo para tratar de locos o de bellacos a los astrólogos de la antigüedad. Entre la astrología natural y la judiciaria hay la misma relación que entre la fisiología y la psicología o entre lo físico y lo moral. Si posteriormente decayeron estas ciencias en pura charlatanería, gracias a unos cuantos impostores ávidos de ganancia, no es justo acusar de ello a los insignes astólogos cuyo amor al estudio y santidad de vida inmortalizaron los nombres de Caldea y Babilonia. Seguramente que no merecen el dicterio de impostores quienes desde el observatorio de Belo, rodeado de nubes, como dice Draper, remontaron sus exactas observaciones astronómicas hasta cien años acá del diluvio. Aunque

se hayan ridiculizado los procedimientos que seguían los caldeos para divulgar las verdades astronómicas, cabe la duda de si aventajaban a los modernos procedimientos de enseñanza, pues en su tiempo la ciencia estaba hermanada con la religión y la idea del Creador era inseparable de las obras de la creación. El vulgo de Babilonia y de Grecia sabía que Urano (28) era el padre de Saturno y Saturno el de Júpiter, a quienes, así como a sus satélites, diputaban por divinidades; mientras que en nuestros tiempos apenas habrá entre las multitudes el uno por diez mil que conozca la respectiva posición y movimiento de los planetas del sistema solar.

Basta abrir cualquier tratado de astrología y comparar la *Fábula de las doce mansiones* con los modernos descubrimientos astronómicos respecto a la constitución de los planetas, para advertir que los antiguos la conocían perfectamente sin necesidad del espectroscopio, pues las simbólicas representaciones de los dioses del Olimpo y los doce signos del Zodíaco con sus especiales cualidades, nos indican hasta cierto punto las proporciones de calor y luz recibidas del sol por cada planeta. Las diosas que simbolizan la tierra son idénticas en naturaleza física a los demás dioses y diosas, dando a entender con ello que aquellos astrónomos que día y noche velaban en la cúspide de la torre de Belo, comunicándose continuamente con las divinidades personificadas, habían echado de ver la unidad física del universo y la analogía química entre la tierra y los demás planetas. La astrología representa al sol en Aries (Júpiter) como signo masculino, diurno, cardinal, equinoccial, oriental, cálido y seco, en pñerfecta correspondencia con el caráctrer atribuido al “Padre de los dioses”.

Cuando Zeus-Akrios arranca colérico de su ardiente cinto los rayos que desde los cielos fulmina, rasga las nubes y desciende convertido en Júpiter *Pluvius*, en torrentes de lluvia. Es el mayor y más encumbrado dios y se mueve con tanta velocidad como el mismo rayo. Ahora bien; el planeta Júpiter gira sobre su eje con velocidad ecuatorial de unos 720 kilómetros por minuto. Tan excesiva fuerza centrífuga ha sido al parecer la causa de su gran aplanamiento en los polos y sin duda por ello representaban los cretenses a Júpiter sin orejas. El disco del planeta está cruzado por fajas obscuras de amplitud variable, relacionadas, según parece, con la rotación sobre su eje y producidas por perturbaciones atmosféricas. De aquí que el rostro del padre Zeus se inflamara de ira al ver la rebelión de los titanes.

En la obra de Proctor aparecen los astrónomos como destinados por la Providencia a topar con toda suerte de curiosas coincidencias, porque entresaca muchos casos de los *miles* que pudiera citar. A esta lista podemos añadir el ejército de egiptólogos y arqueólogos favorecidos por la *señora casualidad*, que suele escoger a los “árabes complacientes” y otros caballeros orientales para representar el papel de genios benéficos en las dificultades con que tropiezan los orientalistas. Ebers fue uno de los recientemente favorecidos, y por otra parte se sabe que cuando Champollion necesitaba alguna malla en la cadena de sus investigaciones, no le era difícil encontrarla de singular e inesperada manera.

NO HAY CASUALIDAD

Voltaire, el “impío” mayor del siglo XVIII, decía que si no existiese Dios fuera preciso inventarlo. Volney, también tachado de materialista, no niega a Dios en ninguno de sus libros; antes al contrario, afirma repetidas veces que el universo es obra del *Omnisciente* y está convencido de la existencia de un agente supremo, un artífice universal llamado Dios (29).

Al fin de sus años admite Voltaire las doctrinas pitagóricas y concluye diciendo: “He consumido cuarenta años de mi peregrinación en busca de la piedra filosofal llamada verdad. Consulté con los filósofos desde Platón a Epicuro y desde Agustín a Malebranche y sigo en la misma ignorancia... Todo cuanto he podido inferir de la comparación y cotejo de los sistemas de

Platón, Aristóteles, Pitágoras y los orientales, es que la *casualidad es palabra sin sentido*, pues el mundo está regido por leyes matemáticas" (30).

Conviene advertir que Proctor tropieza con la misma piedra de escándalo que los autores materialistas, cuyas opiniones comparte, confundiendo las operaciones físicas con las espirituales de la naturaleza. Prueba de las orientaciones de su mente nos da la suposición por él mantenida de que tal vez los sabios de la antigüedad infirieron la influencia sutilísima de los astros por analogía con la ya conocida del sol y de la luna, pues dice que si según la ciencia el sol es manantial de calor y luz y la luna influye en las mareas, necesariamente habían de atribuir a los demás astros la misma influencia en el organismo y destino de los hombres (31).

Pero permítasenos ahora una digresión. Difícilmente descubrirá el concepto que de los astros tenían los antiguos, quien desconozca el significado esotérico de sus doctrinas, pues si bien la filología y la teología comparadas han emprendido una ardua tarea de análisis, sus resultados son hasta ahora de poca importancia, a causa de que las alegorías del lenguaje han extraviado a los comentadores hasta el punto de tomar los efectos por causas y las causas por efectos. En el complejo fenómeno de la correlación de fuerzas, no es capaz de señalar el sabio más eminente cuál de ellas es la causa y cuáles son los efectos, ya que todos son recíprocamente transmutables. Por lo tanto, al preguntar a los físicos si la luz engendra calor o si inversamente el calor engendra luz, responderían probablemente que la luz engendra calor. Pero ¿cómo?: ¿hizo el gran artífice primero la luz y después el sol, o formó desde luego el sol que, según se dice, es el único manantial de luz y por consiguiente de calor? Esa pregunta tal vez parezca pueril a primera vista, pero mudará de aspecto si detenidamente la examinamos. Según el *Génesis*, el Señor hizo la luz tres días antes de hacer el sol, la luna y las estrellas. Tan enorme despropósito científico ha regocijado a los materialistas, que en verdad podrían aprovecharse dialécticamente de él si fuera cierta su hipótesis de que la luz y el calor dimanan del sol. A falta de otra mejor, todo el mundo acepta esta hipótesis que, según expresión de un predicador, prevalecía soberanamente en el reino de las especulaciones. Los antiguos heliólatras identificaban el Supremo Espíritu con la naturaleza y veneraban al sol como divinidad "en quien reside el Señor de la vida". Según la teoría induista, Gama es el sol, la fuente de las almas y de *toda vida* (32). También la divinidad inda Agni, el *fuego divino*, está identificada con el sol (33); Ormazd es la luz, el dios-sol, donador de vida. Según la filosofía induista, las almas emanan del alma del mundo y a su origen vuelven como las chispas al fuego (34); y otro pasaje dice que el sol es el alma de todas las cosas, que todo salió del sol y al sol ha de volver (35), de lo cual se infiere que el sol físico es símbolo del invisible sol central y espiritual, es decir, de DIOS cuya primera manifestación es *Sephira*, la *Luz* emanada de *En-soph*.

Dice el profeta Ezequiel: "Y miré y he aquí que venía del Aquilón un viento de torbellino y una grande nube envuelta en *fuego* y en su torno un resplandor y de en medio de él, esto es, de en medio del fuego, como apariencia de *electro*" (36).

NATURALEZA DEL SOL

Y dice Daniel: "... sentóse el anciano de días... (37) en su trono de llamas de *fuego* con ruedas de fuego encendido... Un impetuoso río de fuego salía de su faz" (38). "Como el Saturno pagano que tenía su castillo de llamas en el séptimo cielo, así el Jehovah judío tiene su "castillo de fuego sobre el séptimo cielo" (39).

Si la falta de espacio no lo impidiese, fácilmente probaríamos que los antiguos heliólatras consideraban el sol visible como emblema del invisible y metafísico sol espiritual y *no* creían que, según dice la ciencia moderna, la luz y el calor dimanen del sol físico ni que este astro infunda la vida en la naturaleza visible. A este propósito dice el *Rig Veda*: "Su radiación es

perpetua. Los intensamente brillantes, continuos, inextinguibles y omnipenetrantes rayos de Agni no cesan de irradiar ni de día ni de noche". Esto se refiere sin duda alguna al sol central y espiritual, al eterno e infinito donador de vida cuyos rayos son omnipenetrantes y continuos. El sol espiritual es el *centro* (que está en todas partes) de la *circunferencia* (que no está en ninguna); es el fuego etéreo y espiritual; el alma y espíritu del omnipenetrante y misterioso éter; el desesperante enigma de los materialistas, quienes algún día se convencerán de que la electricidad o, mejor dicho, el *magnetismo* divino es causa de la diversidad de fuerzas cósmicas manifestadas en correlación perpetua y que el sol físico es uno de los miles y miles de *imanes* esparcidos por el espacio, un reflector (40) sin más luz propia que la de cualquier astro opaco. dÍa ha de llegar en que varíe el concepto científico de la gravitación según la entendía Newton y se eche de ver que los planetas giran atraídos por la potente fuerza magnética del sol y no por su peso o gravitación. Esto y mucho más podrán aprender algún día; pero entretanto démonos por satisfechos con que se burlen de nosotros en vez de tostarnos por herejes o recluirnos en un manicomio por orates.

Las leyes de Manu no son ni más ni menos que las doctrinas de Platón, Filo Judeo, Zoroaastro, Pitágoras y los cabalistas que explican el esoterismo de todas las religiones. El concepto cabalístico del Padre y del Hijo (..... y .....) es idéntico al de las enseñanzas fundamentales del budismo. Moisés no podía revelar al pueblo los sublimes secretos de las doctrinas religiosas y cosmogónicas veladas bajo la *Ilusión* induista, que encubría hábilmente el *Sancta Sanctorum* cuyo significado extravió a tantos comentadores (41).

Las heterodoxas teorías del general Pleasonton vienen a corroborar las enseñanzas cabalísticas. Según este experimentador (cuyas conclusiones se apoyan en hechos mucho más sólidos que los aducidos por la ciencia ortodoxa), el espacio comprendido entre el sol y la tierra está ocupado por un medio transmisor de naturaleza física (42). El enorme roce de la luz al atravesar este medio ha de producir necesariamente electricidad que, transmutada en magnetismo, engendra las enormes fuerzas naturales cuya acción determina las variaciones de la vida planetaria. Demuestra Pleasonton que el calor terrestre *no* deriva directamente del sol, porque el calor *asciende*. Dice que por ser la fuerza productora del calor repelente y electro-positiva, queda atraída por la electricidad negativa de las capas superiores de la atmósfera. Aduce en prueba de ello que cuando la nieve cubre el suelo y estorba la acción de los rayos del sol, está más caliente en los puntos donde mayor es la capa de nieve, a causa de que elcalor electro-positivo irradiante del interior del globo queda atraído por la electricidad negativa de la nieve.

De todo esto concluye Pleasonton que la luz es un elemento independiente del sol, creado por el divino *fiat,* cuyo *roce* con el medio de transmisión engendra el calor (43). Afirma por otra parte, contra la hipótesis de la constitución gaseosa e incandescente del sol, que las irradiaciones de la fotoesfera producen enormes cantidades de electricidad y magnetismo al atravesar el espacio, de suerte que la combinación de electricidades contrarias engendra calor y transmite el magnetismo a todas las substancias capaces de recibirlo. Así, cada astro y cada nebulosa es un imán.

Si Pleasonton evidenciara esta su hipótesis, no les quedarían a las futuras generaciones muchas ganas de burlarse de la luz sideral de Paracelso ni de su doctrina de las magnéticas influencias ejercidas por los astros en animales, vegetales y minerales (44).

INFLUENCIAS LUNARES

El prevalecimiento de tan revolucionarias ideas nos mueve a preguntar a los científicos si sabrían decirnos *por qué* el movimiento de las mareas está relacionado con el de la luna.

Seguramente que no acertarían a explicar este conocido fenómeno tan satisfactoriamente como lo hiciera un neófito en magia o alquimia, ni tampoco nos dirían por qué los rayos de la luna producen funestos efectos en determinadas personas hasta el punto de volverse loco quien a su luz se duerme en algunos parajes de la India y de África; ni por qué las crisis de ciertas enfermedades coinciden con las fases lunares y los sonámbulos están mucho más excitados en el plenilunio. Los jardineros, labradores y leñadores creen firmemente en la influencia de la luna en la vegetación, y entre otras pruebas de ello tenemos que diversas especies de mimosas abren y cierran sucesivametne los pétalos de sus flores, según la luna llena aparece o se oculta entre nubes (45).

Si la ciencia no sabe explicar estas influencias físicas, en mayor ignorancia estará todavía acerca de la influencia de los astros en el destino del hombre; y por lo tanto carecen los científicos de autoridad para contradecir lo que con pruebas no pueden impugnar. Desde el momento en que las fases de la luna influyen tan notoriamente en la tierra, que en todo tiempo estuvieron familiarizadas las gentes con sus efectos, no resulta irrazonable afirmar la posibilidad de que determinada combinación de influencias siderales produzca sus correspondientes efectos.

Si recordamos lo que dicen los ilustrados autores de *El Universo invisible*, acerca de los efectos resultantes en el éter universal de una causa tan nimia como la vibración del pensamiento en el cerebro humano, más lógico nos ha de parecer todavía que el tremendo impulso dado al éter por la rotación de millones de astros influya en la tierra y sus habitantes. Si los astrónomos desconocen la oculta ley de formación de los mundos que incesantemente voltean en torno de un punto céntrico de atracción, ¿cómo se atreven a decir que no puedan actuar en el espacio ciertas influencias cuya acción se deje sentir en los planetas? No se sabe apenas nada respecto a los agentes imponderables ni de sus efectos en el cuerpo y mente del hombre; y aun lo poco que se conoce por demostración, se achaca a la casualidad de curiosas coincidencias (46). Pero gracias a estas coincidencias sabemos que ciertas enfermedades, inclinaciones, dichas e infortunios de la humanidad son más intensas y prevalecientes según la época, pues hay epidemias tanto en lo físico como en lo moral. En unos tiempos la controversia religiosa excita las más acerbas pasiones de la animalidad humana, provocando enconadas persecuciones y sangrientas guerras, al paso que en otros el espíritu de rebelión se propaga por medio mundo como virulenta epidemia (47).

MÚSICA DE LAS ESFERAS

Además, el *pensamiento colectivo* va acompañado de anómalas condiciones psíquicas que invaden a millones de individuos hasta el punto de moverles a obrar automáticamente, corroborando con ello la vulgar opinión de las obsesiones diabólicas justificadas por las satánicas emociones y actos que dimanan de semejante estado mental. En ciertas épocas predomina la tendencia colectiva al retiro y la contemplación, y de aquí el incalculable número de postulantes a la vida ascética y monástica. Otras épocas propenden, por el contrario, a la *acción* manifestada en caballerescas aventuras que llevan a miles de gentes en busca de *Eldorados* o las empeñana en crueles guerras por la posesión de míseros y áridos territorios (48). Dice a este propósito Carlos Elam que “la semilla del vicio germina en el subsuelo social y brota y fructifica incesantemente con espantosa rapidez”.

En presencia de tan chocantes fenómenos, la ciencia permanece muda sin conjeturar siquiera su causa, y natural es que así proceda por cuanto no ve más allá de este globo de arcilla y de su pesada atmósfera, sin percatarse de las ocultas influencias que a cada instante recibimos. Pero los antiguos, a quienes también Proctor trata de ignorantes, sabían que las

relaciones interplanetarias son tan perfectas como las establecidas entre los glóbulos de la sangre que, flotantes en el mismo fluido, reciben las combinadas influencias de todos los demás, al par que cada uno de ellos influye en todos. Así como los planetas difieren en magnitud, distancia y movimiento, asimismo es distinto no sólo el impulso que cada cual comunica al éter o luz astral, sino también las sutiles fuerzas que irradian según su posición en el espacio. La música es combinación modulada de sonidos y el sonido es vibración etérea en el aire. Ahora bien; si los impulsos comunicados al éter por los astros pueden comparase a las notas de un instrumento musical, fácilmente concebiremos la realidad de la "música de las esferas" a que aludía Pitágoras, y que en determinadas posiciones puedan perturbar los astros el éter en que se baña la tierra, al paso que en otras posiciones puedan armonizarlo sosegadamente. Ciertas clases de música nos ponen frenéticos, mientras que otras hienchen nuestra alma de fervor religioso. Apenas hay creación humana que no responda a determinadas vibraciones de la atmósfera. Lo mismo ocurre con los colores, que unos nos excitan y otros nos sosiegan. La monja viste de negro para denotar el desaliento de una fe apesadumbrada por el pecado original; la desposada se atavía de blanco; el rojo aviva la furia de algunos animales. Y si vemos que tanto el hombre como los animales son sensibles a tandébiles vibraciones, ¿cómo no han de recibir también la potísima influencia de las combinadas vibraciones estelares?

Dice sobre ello el doctor Elam: "Sabemos que ciertas condiciones patológicas se convierten fácilmente en epidémicas bajo la influencia de *causas no investigadas todavía...* Vemos cuán poderoso es el contagio mental, pues no hay idea ni quimera alguna, por absurda que sea, que no asuma carácter de pensamiento colectivo. También observamos el notable fenómeno de que *reaparecen* en una época las ideas de otra ya pasada... y por horrendo que sea un crimen (homicidios, infanticidios, envenenamientos), toma a veces epidémicos caracteres de perpetración... La causa de la propagación de las epidemias *sigue envuelta en el misterio*".

Este pasaje traza en pocas líneas, de mano maestra, un innegable hecho psicológico, al par que una ingenua confesión de ignorancia, pues en vez de decir: *causas no investigadas todavía*, debiera agregar el autor con entera franqueza: de *imposible* investigación con los actuales métodos científicos.

A propósito de una epidemia de manía incendiaria, entresaca el doctor Elam de los *Anales de Higiene Pública* dos casos: el de una muchacha de diecisiete años convicta y confesa de haber prendido fuego a la casa por *irresistible impulso*; y el de un joven de la misma edad que cometió varias veces igual crimen, sin que pasión alguna le moviera a ello sino el deleite que experimentaba al ver surgir las llamas.

Continuamente encontramos en la prensa diaria relatos de crímenes sangrientos que los mismos culpables atribuyen a *irresistibles obsesiones*, diciendo que *alguien* les incitaba secretamente a perpetrarlos. Los médicos suelen achacar estos crímenes a trastornos cerebrales e impulsos transitorios de locura homicida; pero ¿qué psicólogo es capaz de definir la locura, ni acaso se ha establecido hipótresis alguna que la explique victoriosamente contra la investigación imparcial? Respondan las obras de los alienistas contemporáneos.

EL HOMBRE DUAL

Reconoce Platón que el hombre es juguete de la necesidad a que está sometido desde su entrada en el mundo de la materia; la externa influencia de las causas es semejante a la del *daimonia* de Sócrates.

Según Platón, feliz es el hombre corporalmente puro, pues la pureza del cuerpo físico determina la del astral (49) que si bien expuesta a extraviarse por su propio impulso, siempre

servirá a la razón en sus empeños contra las animálicas propensiones del cuerpo físico. La sensualidad y otras pasiones dimanan del cuerpo carnal; y aunque opina que crímenes *involuntarios*, porque provienen de causas externas, distingue Platón entre ella. El fatalismo no excluye la posibilidad de vencer dichas causas, porque si bien las pasiones son *necesarias* en el hombre, cabe deominarlas para vivir rectamente y quien no las domina vive en extravío (50). El hombre *dual*, es decir, aquél de quien se ha separado el divino e inmortal espíritu dejando tan sólo los cuerpos astral y físico, es presa de todos los vicios e instintos propios de la materia, por lo que se convierte en dócil instrumento de las invisibles entidades de materia sublimada que vagan por la atmósfera y están siempre en acecho de obsesionar a cuantos quedaron abandonados por su inmortal consejero, el divino espíritu a que Platón llama *genio* (51). Según este insigne filósofo e iniciado, quien haya vivido rectamente en la tierra volverá a morar en *su astro* para tener allí existencia de felicidad proporcionada a sus merecimientos; pero si no hubiese vivido rectamente será mujer (52) en la otra generación, y si aún así tampoco se aparta del mal, quedará convertido en bruto de índole ajustada a sus perversos instintos, sin que cesen sus penas y transmigraciones hasta que, identificándose con el divino principio en su interior existente y venciendo con auxilio de la razón a los turbadores e irracionales elementos (espíritus elementales) compuestos de agua, aire, fuego y tierra, asuma nuevamente su primaria y superior naturaleza (53).

Pero el doctor Elam opina diversamente y dice (54) que sigue siendo un misterio la causa de la propagación de las epidemias; en cambio nada misterioso encuentra en el incremento de la manía incendiaria. ¡Singular contradicción! Lo mismo ocurre con la manía homicida de que trata De Quincey (55), sin explicar la causa de aquella epidemia de asesinatos sobrevenida entre los años de 1588 a 1635, en que murieron a mano armada siete personajes de la época.

FENÓMENOS HISTÉRICOS

Si apremiáramos a estos presuntos filósofos para que nos explicaran estos fenómenos sociales, responderían que es mucho más *científico* atribuirlos a perturbaciones de la mente, excitaciones políticas, movimientos impulsivos, espíritu de imitación, ociosidad, neurastenia e histerismo, que darles por quimérico fundamento la absurda hipótesis de la luz astral. Sin embargo, creemos que si por designio providencial dejara de afligir a la especie humana el histerismo, se verían apuradísimos los médicos para explicar los fenómenos que ahora atribuyen a las condiciones patológicas de los centros nerviosos. El histerismo ha sido hasta ahora tabla de salvación para los patólogos escépticos. Histérica llaman a la ruda campesina que sin causa determinante habla idiomas extranjeros y compone poesías. A “desarreglo de los centros nerviosos seguido de alucinación histérica colectiva” atribuyó Littré (56) la levitación de un médium que en presencia de doce testigos salió por una ventana del tercer piso de la casa y volvió a entrar en el aposento por otra distinta. Des Mousseaux (57) califica de *alucinación canina* el caso de un perro de caza que acertó a entrar en la sala durante una manifestación y fue lanzado al aire por una mano invisible con tal empuje, que después de hacer pedazos al chocar con ella la araña pendiente del techo a cinco metros de altura, cayó muerto en el suelo.

Dice Bulwer Lytton, por boca del doctor Fenwick (58), que “la verdadera ciencia no se aferra a ninguna opinión, pues sólo admite tres estados mentales: negación, afirmación y la suspensión de juicio que media dilatadamente entre ambas”. Acaso fuese ésta la verdadera

ciencia en los días del doctor Fenwick; pero en nuestros tiempos, la ciencia, o niega rotundamente sin tomarse trabajo alguno de investigación preliminar, o bien colocándose a prudente distancia entre la afirmación y la negación recurre al diccionario greco-latino para inventar neologismos con que poner nombre a modalidades histéricas que jamás tuvieron realidad.

No es muy raro que poderosos videntes y expertos hipnotizadores hayan descrito las manifestaciones patológicas de carácter *físico* (aunque inaccesibles a la visión ordinaria) que la ciencia achaca a desórdenes epilépticos y hemático-nerviosos, pero que en modo alguno pueden tener origen *orgánico*, puesto que la lúcida visión las observaba en la luz astral, cuyas vibraciones eléctricas, según testimonio de videntes e hipnotizadores, estaban violentamente perturbadas con notoria influencia en la epidemia morbosa o mental a la sazón dominante. Pero la ciencia no ha hecho caso de ellos y ha proseguido en su tarea de dar nombres nuevos a cosas viejas.

Du Potet, el príncipe de los hipnotizadores franceses, dice a este propósito: “La historia mantiene demasiado vivo el recuerdo de la nigromancia, que se presta con harta facilidad a *monstruosos abusos*... Pero ¿cómo descubrí yo el arte hipnótico? ¿En dónde lo aprendí? ¿En mis pensamientos? No. La misma naturaleza me reveló el secreto. ¿Cómo? Ofreciendo a mi vista, sin necesidad de buscarlos, indisputables fenómenos de hechicería y magia. ¿Qué es, después de todo, el sueño sonambúlico? *Resultado del poder mágico*. ¿Qué determina esas atracciones, esos *impulsos repentinos*, esas epidemias asoladoras, pasiones, antipatías, esas crisis y convulsiones sociales, en fin, que *vosotros podéis hacer duraderas*? Pues las determina el *genuino principio* que nosotros empleamos, el agente que *sin duda alguna conocían también los antiguos.* Lo que vosotros llamáis fluido nervioso o *magnetismo* lo llamaron los antiguos potencia oculta del alma, yugo y MAGIA. La magia está fundada en la existencia de un complejo mundo situado *fuera* y no *dentro* de nosotros, con el cual nos ponemos en comunicación mediante ciertas prácticas y artes... Un elemento *natural*, pero desconocido pero desconocido de la mayoría de las gentes, invade a una persona y la doblega y abate como junco al soplo del huracán; dispersa a los hombres a largas distancias, los hiere *en mil puntos a un tiempo* sin que descubran al invisible enemigo ni puedan protegerse a sí mismos... Este elemento escoge amigos y *favoritos* a cuyo pensamiento obedece, responde a sus voces y comprende el significado de ciertos signos. Todo esto es incomprensible para muchas gentes que lo repudian en nombre de la razón; y sin embargo, está demostrado y yo *lo veo* y porque lo veo lo digo muy alto, pues ya es para mí verdad demostrada incontrovertiblemente... Si entrase en pormenores, se comprendería fácilmente que tanto a *nuestro alrededor* como en *nosotros mismos*, entidades misteriosas de *potencia* y *forma* entran y salen a voluntad, no obstante estar las puertas bien cerradas” (59). En otra de sus obras nos dice el gran hpnotizador: “La facultad de dirigir este fluido requiere determinada complexión fisiológica... Pasa este fluido a través de todos los cuerpos, pues todos son sus conductores y a la vez medios de actuación (60)... Ninguna fuerza química ni física es capaz de contrarrestarlo, pues hay muy poca analogía entre este fluido magnético animal y los que los físicos conocen con el nombre de imponderables” (61).

EL PODER DEL ALMA

Si volvemos la vista a la Edad Media encontraremos las mismas ideas en las obras de varios autores, entre ellos Cornelio Agripa que dice: “El alma del mundo es la fuerza universal siempre cambiante que puede fecundar un objeto cualquiera y comunicarle sus propiedades celestes, de modo que mediante las debidas preparaciones de la ciencia pueda transmitirnos su virtud. Basta llevar estos objetos encima para sentir inmediatamente su acción tanto en el

espíritu como en el cuerpo. El alma humana, esencialmente idéntica a toda la creación, tiene *maravilloso poder*. Quien este secreto conoce es capaz de alcanzar sabiduría superior a cuanto le quepa presumir, con la necesaria condición de permanecer unido a esta fuerza universal... La verdad y el porvenir pueden presentarse continuamente a la vista del alma, según demuestran las profecías y vaticinios rigurosamente cumplidos... El tiempo y el espacio se desvanecen ante la mirada de águila del alma inmortal...; su poder no tiene límites..., pues le cabe lanzarse a través del espacio y envolver con su presencia a un hombre *cualquiera que sea la distancia a que se halle* e infundirse en él y hablarle como si personalmente estuviese a su lado" (62).

Pero aún podemos remontarnos a tiempos más antiguos y escoger entre los filósofos precristianos a Cicerón, como menos sospechoso de superstición y credulidad. Dice el famoso orador: "Sabemos que de todos los seres vivientes, el hombre es el mejor formado y, como los dioses (63) también son seres vivientes, deben tener forma humana, aunque no quiero decir con esto que estén provistos de carne y sangre, sino que parece como si tuvieran cuerpo de carne y sangre..." Epicuro, paraquien las cosas ocultas eran tan palpables cual si las tocara con las manos, nos enseña que "los dioses no son ordinariamente visibles pero sí *inteligibles*, pues aunque carecen de cuerpo denso, podemos reconocerlos por sus *pasajeras* imágenes, ya que en el espacio infinito hay *átomos* suficientes para formar las ima´genes que al aparecerse nos dan idea de lo que son esos seres felices e inmortales" (64).

A su vez dice Eliphas Levi: "Un iniciado que posea completa *lucidez* puede dirigir y comunicar a voluntad las vibraciones magnéticas en la masa de la luz astral... En el momento de la concepción se transforma en luz humana, de que se reviste el alma como de primer envoltorio y, combinada con los más sutiles fluidos, forma el cuerpo etéreo o fantasma sideral, que ya no se desprende por completo del cuerpo de carne hasta el momento de la muerte". El gran secreto del adepto mágico consiste en proyectar este cuerpo etéreo a cualquier distancia y condensar en él oleadas del mismo fluido que lo constituye, a fin de hacerlo visible y tangible.

La magia teúrgica es la más acabada expresión de la psicología oculta. Los científicos la desdeñan como alucinación de cerebros calenturientos o la denigran con el estigma de charlatanería; pero nosotros les negamos el derecho de juzgar un asunto que jamás investigaron. Tanto valiera reconocerle a un indígena de las Islas Fiji el derecho de criticar las obras de Agassiz o Faraday. Todo lo más que pueden hacer los científicos es enmendar hoy su tarea de ayer. Tres mil años atrás, antes de la época de Pitágoras, afirmaban los filósofos que la luz era materia ponderable y al propio tiempo fuerza. La teoría corpuscular fue desechada a causa de los errores en que incurriera Newton al exponerla, pero en cambio aceptó el mundo científico la teoría de las ondulaciones lumínicas. Sin embargo, ahora se sorprenden los físicos al ver que Crookes *pesa* la luz en su radiómetro. Los pitagóricos sostenían, contrariamente a los modernos científicos, que la luz es un agente que no dimana directamente del sol ni de las estrellas. Lo mismo puede decirse respecto de la ley de gravedad. De acuerdo con las enseñanzas pitagóricas, sostenía Platón que la gravedad no era tan sólo la atracción magnética de las masas menores por las mayores, sino también la atracción de los cuerpos semejantes y la repulsión de los contrarios. A este propósito dice: "Si se ponen juntas cosas de naturaleza contraria, luchan y se repelen mutuamente" (65).

MAGNETISMO PLANETARIO

Esto no debe tomarse en el sentido de que se repelan los cuerpos de propiedades contrarias, sino tan sólo los que están juntos y son de naturaleza antagónica. Las investigaciones de Bart y Schweigger han disipado las dudas que pudieran caber acerca de si los antiguos conocían debidamente la atracción del hierro por el imán, así como las modalidades positiva y negativa de la electricidad, aunque dieran a todo ello distintos nombres.

Entre los antiguos era opinión general que los planetas estaban relacionados magnéticamente, porque todos son imanes, y así, no sólo llamaban piedras magnéticas a los aerolitos, sino que se valían de ellos en los Misterios para los mismos usos en que nosotros empleamos hoy el imán. A este propósito dice Mayer: “La tierra es un enorme imán y todo súbito trastorno de la superficie del sol altera profundamente el equilibrio magnético de la tierra, ocasionando el temblor de las brújulas de los observatorios con luces polares cuyas vaporosas llamas parecen danzar al compás de la inquieta aguja” (66).

Cuando esto enseñaba Mayer, no hacía más que repetir en inglés lo que se enseñó en lengua dórica muchos siglos antes de nacer el primer filósofo cristiano.

Los prodigios realizados por los sacerdotes teurgos son tan auténticos y se apoyan en tan sólidas pruebas (si de algo vale el testimonio humano), que Brewster les reconoce piadosamente profundos conocimientos de ciencias físicas y filosofía natural, por no confesar que sobrepujaron en maravilla a los taumaturgos cristianos. Los modernos científicos están enredados en los términos de un dilema: o confiesan que los antiguos sabían más física que ellos o han de admitir en la naturaleza algo más allá de las ciencias físicas, es decir, que el espíritu posee facultades no sospechadas por nuestros filósofos. Sobre esto dice Bulwer Lytton: “Los errores en que caemos respecto de la ciencia de nuestra especialidad, sólo los advertimos a la luz de otra ciencia especialmente cultivada por el estudio ajeno” (67).

Nada de más fácil explicación que las superiores posibilidades de la magia. La radiante luz del universal océano magnético, cuyas eléctricas ondulaciones interpenetran en su incesante movimiento los átomos de la creación entera, revelan a los estudiantes de hipnotismo el *alfa* y el *omega* del gran misterio, a pesar de la deficiencia de sus experimentos. Tan sólo el estudio de este agente, soplo divino, descubre los secretos de la psicología y de la fisiología y de los fenómenos cósmicos y espirituales.

A este propósito dice Psello: “La magia ea la parte superior de la ciencia sacerdotal y tenía por objeto investigar la naturaleza, potencias y cualidades de todas las cosas sublunares; de los elementos y sus compuestos; de los animales; de las plantas y sus frutos; de las piedras y hierbas; en una palabra, inquiría la esencia y potencia de todas las cosas. Los efectos de esta ciencia se resolvían en esculpir estatuas magnetizadas que tocaban los enfermos para recobrar la salud, y en fabricar figuras y talismanes que lo mismo servían para provocar la enfermedad que para curarla. También por medio de la magia se hace aparecer frecuentemente fuego celestial que enciende las lámparas y hace sonreír a las estatuas” (68).

No es extraño que los antiguos sacerdotes animaran mágicamente estatuas de piedra y metal, según aseguran fidedignos testimonios, cuando en nuestros tiempos es posible, gracias al descubrimiento de Galvani, mover las patas de una rana muerta y alterar los rasgos fisonómicos de un cadáver, de modo que sucesivamente denote alegría, ira, horror y las más variadas emociones.

El puro y celeste fuego del altar pagano era electricidad derivada de la luz astral, y por consiguiente, si las estatuas estaban preparadas al efecto, bien podían, sin sospecha de superstición, provocar la enfermedad o restituir la salud mediante contacto, como sucede hoy con los cinturones eléctricos.

RIDICULECES APARENTES

Los escépticos, así doctos como ignorantes, se han burlado a su sabor en estos dos últimos siglos de los absurdos atribuidos a Pitágoras por su biógrafo Jámblico. Dice éste que el filósofo de Samos disuadió a una osa de comer carne; logró que un águila bajara de las nubes a posarse sobre su cuerpo, de modo que pudo domesticarla acariciándola con la mano y

dirigiéndola suaves palabras; y por fin, persuadió a un buey a que no comiese habas, sin más exhortaciones que unas cuantas frases musitadas a la oreja. Todo esto parecen ridiculeces de ignorancia y superstición a los ojos de las cultísimas generaciones del día; pero si analizamos estos supuestos absurdos veremos que no lo son tanto como el en que incurren los detractores de Pitágoras al creer literalmente que Josué detuvo el sol en su carrera. Con frecuencia vemos hombres de escasa cultura y aun jovencitas de complexión delicada que a copia de paciencia y voluntad lograron domar los ferocísimos animales que exhiben sin temor alguno en sus colecciones zoológicas. El mismo resultado obtienen algunos hipnotizadores que, con su mágica sugestión, dominan no sólo a los animales, sino también a las personas, como hizo, por ejemplo, el famoso magnetizador Regazzoni, cuyos experimentos (mucho más increíbles que cuanto se haya podido atribuir a Pitágoras) tanta admiración causaron en París y Londres. No es justo, por lo tanto, acusar de inveraces o supersticiosos hasta el absurdo a los biógrafos de hombres tales como Pitágoras y Apolonio de Tyana. Al ver que la mayoría de quienes tan escépticos se muestran en lo tocante a las facultades mágicas de los antiguos y se burlan de sus míticas teogonías creen sin embargo firmemente en la *Biblia*, no podemos por menos de asentir al oportuno apóstrofe de Higgins, que dice: “Cuando encuentro hombres instruídos que toman el *Génesis* al pie de la letra, siendo así que los antiguos, no obstante sus defectos, tuvieron sobrado buen criterio para tomarlo en sentido alegórico, casi llego a dudar de si realmente ha progresado la mentalidad humana” (69).

Taylor es uno de los pocos comentadores que han reconocido con justicia el talento de los autores griegos y latinos. En su traducción de la *Vida de Pitágoras*, de Jámblico, dice Taylor: “Puesto que según nos informa Jámblico estuvo Pitágoras iniciado en los misterios de Byblus y Tiro, en las ceremonias religiosas de los sirios, en la sagrada ciencia de los magos de Babilonia y en los secretos de los santuarios egipcios, donde pasó veintidós años de su vida, nada tiene de maravilloso que conociera la teurgia y fuese capaz de operar prodigios superiores al ordinario alcance de la virtud humana, que al vulgo le parecen increíbles”.

El éter universal no era para los antiguos un desierto extendido por las inmensidades cerúleas, sino que lo consideraban como mar sin orillas, en cada una de cuyas moléculas latía un germen de vida, poblado, a semejanza de los mares terrenos, de diversidad de criaturas monstruosas unas y menores otras. Así como los animales de branquias se encuentran, según la especie, en mares altos o charcas bajas, así también cada linaje o casta de las entidades etéreas (*espíritus elementales*) moran habitualmente en los parajes más adecuados a su índole y unas se muestran amigas y otras enemigas del homrbe; cuáles son de agradable y cuáles de repulsivo aspecto; algunas se refugian en apacibles retiros y varias se complacen en planear sobre las aguas.

Si recordamos que el movimiento de los astros ha de perturbar el éter más hondamente todavía que los proyectiles el aire o las naves el agua, no será difícil inferir que determinadas posiciones respectivas de los astros puedan originar corrientes etéreas más caudalosas en una dirección que en otra y arrastrar, por lo tanto, en el mismo sentido grandes masas de elementales amigos o enemigos que, al ponerse en contacto con la atmósfera de la tierra, ocasionen efectos de notoria realidad.

LOS ELEMENTALES

Opinaron los antiguos que los espíritus elementales, no dotados de alma, emanaron del incesante movimiento de la luz astral, que es fuerza engendrada por la *voluntad.* Pero como esta voluntad procede de una inteligencia infalible (porque es purísima emanación del Padre y no está sujeta a los órganos físicos del pensamiento humano), desde el principio del tiempo

comenzó a desenvolver, con arreglo a leyes inmutables, la materia elementaria indispensable para la generación de las razas humanas que, ya pertenezcan a nuestro planeta, ya a cualquiera de los miles que voltean en el espacio, tienen todas sus cuerpos físicos formados según matriz de los cuerpos de cierta especie de entidades elementales que pasaron a los mundos invisibles. En el encadenamiento de la filosofía antigua no faltaba eslabón alguno de cuantos pudiera forjar una "imaginación experta", como dice Tyndall, ni quedaba la menor laguna que pudiera colmarse con hipótesis materialistas, pues nuestros "ignorantes" antepasados trazaban la línea de evolución de uno a otro extremo del universo, sin que, como absurdamente han hecho los modernos científicos, intentaran resolver ecuaciones de un solo miembro. De la propia suerte que en la serie de evolución física no falla término alguno desde la nebulosa estelar hasta el cuerpo humano, así tampoco dejaron los antiguos ningún punto interrumpido en la línea de evolución espiritual que abarca desde el éter cósmico hasta el encarnado espíritu del hombre.

Según los antiguos, la evolución procedía del mundo del espíritu al de la materia, para ascender desde éste al punto originario. La evolución de las especies era para ellos el descenso del espíritu a la materia y las entidades elementarias tienen en esta línea un punto tan señalado como el eslabón que Darwin juzga perdido entre el hombre y el mono.

Nadie ha descrito más poética y acabadamente los seres elementales que Bulwer Lytton, en su obra Zanoni, pues cuando los pinta como "algo inmaterial que da idea de alegría y luz", parecen sus palabras más bien eco fiel de la memoria que exuberante engendro de la imaginación. Dice uno de los personajes de la mencionada obra: "El hombre es tanto más presuntuoso cuanto más ignorante. Durante muchos siglos sólo vio lucecitas encendidas por Dios para alumbrarle por la noche en los innumerables mundos que centellean en el espacio como burbujas en un océano sin límites... La astronomía ha desvanecido esta ilusión de la vanidad humana, y, aunque con repugnancia, confiesa el hombre que los astros son otros tantos mundos mayores y mejores que el suyo... Por doquiera descubre la ciencia nuevas vidas en esta inmensa ordenación... Procediendo, pues, por rigurosa analogía, si no hay brizna de hierba ni gota de agua que no sea, como la estrella más lejana, un mundo palpitante de vida, y si el hombre es un mundo para los millones de seres vivientes que pueblan su carne y su sangre, basta el sentido común para inferir que los infinitos espacios interplanetarios están cuajados de entidades vivientes adaptadas a dicho medio. ¿No es absurdo admitir la vida en una brizna de hierba y negarla en las inmensidades del espacio? La ley reguladora del sistema universal no consiente el vacío ni en un punto siquiera, ni tampoco permite lugar alguno donde no aliente la vida. ¿Cómo cabe concebir, entonces, que el espacio esté vacío, inanimado, y tenga en el ordenamiento de la creación menor utilidad que la brizna de hierba o la gota de agua poblada de miles de infusorios? El microcospio descubre los parásitos que habitan en la brizna, pero no se ha inventado todavía un telescopio de suficiente alcance para descubrir los nobilísimos y superiores seres que pueblan los inmensos espacios etéreos. Sin embargo, entre estos seres y el hombre hay misteriosa y terrible afinidad... Mas para descorrer este velo es preciso que el alma rebose de vivo entusiasmo y se desprenda de todo deseo mundano... Dispuesto así el hombre, vendrá en su auxilio la ciencia para que su vista sea más aguda, su ingenio más vivo, su sensibilidad más exquisita y aun el mismo éter, por virtud de ciertos secretos de química sublime, será más tangible y manifiesto. Después de todo, esto no es magia como se figuran los crédulos, pues no hay magia contra naturaleza, sino que únicamente la ciencia es capaz de dominar a la naturaleza. Ahora bien: existen en el espacio millones de seres *no precisamente espirituales*, porque todos tienen, como los infusorios, ciertas formas de materia, si bien tan delicada, vaporosa y tenue, que es a manera de película o vello que envuelve el espíritu... A la verdad, estas razas difieren entre sí completamente, pues unas son de extrema sabiduría y otras de horrible malignidad; unas hostiles con enemiga implacable

hacia el hombre y otras benéficas como medianeras entre cielo y tierra... Entre los habitantes de los umbrales hay uno que excede en malicia y perversidad a todos los de su linaje; uno cuya mirada arredra al hombre más intrépido y cuyo poder se acrecienta en proporción del temor que inspira" (70).

EL MORADOR DEL UMBRAL

Tal es el esbozo que de los elementales no dotados de espíritu traza un autor, de quien se supone fundadamente que sabía mucho más de cuanto condescendiera a declarar ante un público escéptico.

Más adelante tratremos de explicar algunas enseñanzas esotéricas acerca del pasado, presente y porvenir del hombre. Estas enseñanzas son la fuente de que brotó el Antiguo y parte del Nuevo Testamento, y contienen los más sublimes conceptos de moral y de religión *revelada*. Las clases fanáticas e ignorantes de la sociedad tomaban la doctrina en sentido literal, pero las clases superiores, constituidas en su mayoría por iniciados, estudiaban en el solemne silencio de los santuarios y adoraban al único Dios del cielo.

Las enseñanzas que en el *Banquete* expone Platón acerca de la creación del hombre, y su teoría cosmogónica declarada en el *Timeo*, deben tomarse en sentido alegórico para aceptarlas por completo. Los neoplatónicos se aventuraron a exponer, sin violación de sigilo, las interpretaciones pitagóricas contenidas en el *Timeo, Cratylus, Parménides* y algunos otros diálogos y trilogías. Los conceptos capitales de estas enseñanzas, en apariencia incongruentes, son el de la inmortalidad del alma y el de Dios como *mente universal infundia en todas las cosas*. La piedad de Platón y el respeto con que siempre habla de los Misterios son prenda suficiente de su discreción para no quebrantar el profundo sentimiento de responsabilidad inherente a todo adepto. A este propósito dice el insigne filósofo: "El hombre sólo puede llegar a ser verdaderamente perfecto, perfeccionándose en los perfectos misterios" (71).

No disimulaba Platón su disgusto por la divulgación que en su tiempo empezaba ya a darse a las enseñanzas de los misterios, pues opinaba que en vez de profanarlos en oídos de la multitud, debían reservarse exclusivamente a los más dignos y celosos discípulos (72). Si bien menciona Platón frecuentemente a los dioses en sus obras, no cabe dudar de su fe monoteísta, pues por dioses entiende seres de jerarquía muy inferior a la divinidad y tan sólo superiores en un grado al hombre. El mismo Josefo, no obstante los prejuicios de raza, reconoce la creencia monoteísta de Platón, y a este propósito dice en su famosa diatriba contra Apión: "Los filósofos griegos que discurrían de acuerdo con la verdad no ignoraban cosa alguna... ni dejaban de notar la aparente frivolidad de las alegorías mitológicas que con justicia desdeñaban... Por este motivo se inclina Platón a creer que son inconvenientes los poetas en la república y, no obstante rendir homenaje a Homero, le inculpa de haber quebrantado con sus mitos la *ortodoxa creencia en un solo Dios*".

Quienes descubran el verdadero espíritu de la filosofía platónica, difícilmente se contentarán con los comentarios de Jowett, quien dice que la influencia ejercida en la posteridad por el *Timeo* deriva en parte de la equivocada interpretación que los neoplatónicos dieron a las doctrinas de su autor, hasta el punto de estar las aclaraciones neoplatónicas de los *Diálogos* en "completo desacuerdo con el espíritu de Platón". Esto equivaldría a suponer que Jowett ha penetrado acertadametne este espíritu; pero sus comentarios no lo denotan así. Dice Jowett que los cristianos encuentran en el *Timeo* las ideas de la Trinidad, el Verbo, la Creación y la Iglesia, aunque bajo el concepto judaico. Sin embargo, no es extraño que encuentren estas ideas, porque realmente están expuestas literalmente en dicha obra, aunque haya volado el espíritu que animaba las enseñanzas del insigne filósofo y fuera en vano que lo buscáramos en

los áridos dogmas de la teología cristiana. La esfinge es hoy la misma que cuatro siglos antes de nuestra era, pero Edipo murió de muerte violenta por haber revelado al mundo lo que el mundo no estaba en disposición de recibir. Platón encarnaba la verdad y necesario era que muriese como han de morir las verdades trascendentales antes de que renazcan cual Fénix de sus cenizas. Todos los comentadores de Platón han advertido la vvísima semejanza entre las esotéricas enseñanzas del ilustre filósofo y la doctrina cristiana; pero cada cual trató de explicar esta semejanza desde el punto de vista de sus personales creencias religiosas. Así, Cory (73) opina que la semejanza es tan sólo superficial y prefiere el Dios antropomórfico a la Mónada pitagórica. Taylor, por el contrario, encarama la Mónada muy por encima del Dios mosaico. Zeller ridiculiza el atrevimiento de los Padres de la Iglesia que, sin respeto a la historia ni a la cronología ni a la opinión pública, insisten en que la escuela platónica copió de la religión cristiana sus conceptos fundamentales (74).

LA MENTE UNIVERSAL

Todas las filosofías antiguas enseñan que Dios es la mente universal difundida en todas las cosas. Las religiones induista, budista (75) y cristiana se fundan en este concepto. En cuanto a la metempsícosis o proceso purificador de las transmigraciones, que tan groseramente se antropomorfizó más tarde, fue dogma subalterno que los sofismas teológicos adulteraron con intento de ridiculizarlo a los ojos de los fieles. Pero ni Gautama el Buddha ni Pitágoras tomaron al pie de la letra esta alegoría puramente metafísica, cuya explicación nos da el *Misterio de Kunbum* (según veremos más adelante), con referencia a las peregrinaciones espirituales del alma humana. No esperen los eruditos encontrar en la letra muerta de las Escrituras budistas la aclaración de estas sutilezas metafísicas que abisman el pensamiento en la insondable profundidad de su significado, hasta el punto de que nunca está el investigador más lejos de la verdad que cuando presume descubrirla. Las abstrusas enseñanzas budistas sólo pueden comprenderse con auxilio del método platónico, que procede de lo universal a lo particular y cuya clave hallamos en el sutilmente místico influjo espiritual de la vida divina. Así dice el Buddha: “Quien desconoce mi ley y muere en tal estado ha de volver a la tierra hasta que se convierta en perfecto samano. Para ello ha de sofocar en sí mismo la trinidad de *Maya* (76), extinguir sus pasiones, identificarse con la *Ley* (77) y comprender la religión del *aniquilamiento*” (78).

En este concepto budista se apoya la filosofía pitagórica, que en este punto concreto expone Whitelock Bulstrode, como sigue: “¿Puede convertirse en *no entidad* aquel Espíritu que da la vida e impulsa el movimiento y participa de la naturaleza de la luz? ¿Puede el espíritu senciente de los brutos volver a la nada, a pesar de tener memoria, que es facultad racional? Si decís que los brutos exhalan su espíritu en el aire y allí se desvanece, lo niego. Verdaderamente es el aire lugar a propósito para recibir el espíritu de los brutos, porque, según Laercio, está poblado de almas y, según Epicuro, lleno de átomos originarios de todas las cosas; porque hasta este lugar donde nos movemos y en donde vuelan las aves participa de la naturaleza espiritual de modo que es invisible, y por lo tanto, muy bien puede ser el receptor de las formas, puesto que en él están todas las formas. Nosotros tan sólo podemos conocer este lugar por sus efectos. Y si aun el mismo aire es demasiado sutil para comprender su naturaleza, ¿qué será el éter de las regiones superiores y qué formas e influencias descenderán de allí?”

EL NIRVANA

Opinaban los pitagóricos que los espíritus de las criaturas no son *formas* sino emanaciones del éter sublimado, es decir *soplos*. Todos los filósofos convienen en que el éter es incorruptible y por lo tanto inmortal y exento de aniquilación. Pero ¿qué es lo invisible e indivisible que no tiene cuerpo ni forma ni peso, que *es* y no *existe*? El nirvana, responden los budistas. La NADA, que no es un lugar, sino un estado. En el nirvana queda el hombre libre de los efectos de las "cuatro verdades", porque todas las causas engendradoras de efectos se *aniquilan* en el estado nirvánico. La doctrina budista del nirvana se funda en estas "cuatro verdades" que, según el libro de la sabiduría (*Prajnâ Paramitâ*), son las siguientes:

1.ª Existencia del dolor.
2.ª Causa del dolor.
3.ª Extinción del dolor.
4.ª Medio de extinguir el dolor.

¿De dónde dimana el dolor? De la existencia. Al nacimiento siguen decrepitud y muerte, porque doquiera hay *forma* hay *causa* de dolor. Tan sólo el *espíritu* no tiene forma alguna y por lo tanto no *existe* aunque *es.* El hombre interno que alcanza completamente la espiritualidad sin forma alguna, entra en la perfecta bienaventuranza. El hombre externo y objetivo se aniquila, pero la subjetiva espiritualidad vive eternamente, porque el espíritu es incorruptible e inmortal.

En el fondo de las enseñanzas de Buda y Pitágoras se descubre su identidad. La omnipenetrante *anima mundi* es el nirvana y la *mónada* encarnada de Pitágoras es el *buddha* de los budistas, que silenciosamente mora en los arcanos de la bienaventuranza final. También se identifican la *mónada* pitagórica y el *buddha* budista con el *Brahm* arúpico, la sublime e incognoscible Divinidad que llena el universo entero. Cuando el *buddha* se manifiesta en forma carnal es un *avatar, mesías, cristo, logos* o *verbo*, esto es, una *transmutación* del divino espíritu, el *Padre* que está en el *Hijo* y el *Hijo* que está en el *Padre*. El inmortal espíritu cobija al hombre mortal y desciende a infundirse en la morada de carne. Todo hombre es capaz de convertirse en *buddha,* dice la doctrina. Así es que en la interminable sucesión de los tiempos vemos de cuando en cuando hombres que alcanzaron más o menos completamente la unión con Dios, que equivale a la unión consigo mismos. Los budistas llaman *arhats* a estos hombres que están ya próximos a ser *buddhas* y nadie les aventaja en ciencia infusa y virtudes taumatúrgicas (79), la misma identidad con las doctrinas secretas de Pitágoras nos descubren los relatos, tenidos por *fabulosos*, de ciertos libros budistas, una vez desnudos de toda alegoría. Los *Jâtakâs*, escritos en lengua pâli, relatan las 550 encarnaciones o metempsícosis del Buddha y describen las formas que tuvo en cada vida, animal, psando del insecto al ave y al cuadrúpedo hasta llegar al hombre, imagen microscópica de Dios en la tierra. Sin embargo, no vale tomar estos relatos en sentido literal ni acomodarlos a las existencias de un solo espíritu que sucesivamente animó diversas formas de seres orgánicos. Sino entender, de acuerdo con la metafísica budista, que el sinnúmero de espíritus humanos individuales son colectivamente un solo espíritu, como las gotas de agua del océano constituyen una sola masa líquida, a esar de su posible separación. Cada espíritu humano es un destello de la Luz que penetra el universo todo, y por lo tanto, lógico es creer que el divino espíritu anima el grano de arena, la flor, al león y al hombre. Los hierofantes egipcios, los brahmanes, los budistas del Este y algunos filósofos griegos sostuvieron siempre que el mismo espíritu latente en el átomo de polvo, anima al hombre, en quien se manifiesta plenamente activo. También fue general en otro tiempo la doctrina de la gradual absorción del alma humana en la esencia del paterno espíritu; pero jamás

implicó esta doctrina la aniquilación del Ego, sino tan sólo la desintegración de las *formas* que al hombre verdadero envuelven en el mundo físico y después de la muerte. Nadie más a porpósito para revelarnos los misterios de ultratumba (tan equivocadamente tenidos por impenetrables), que aquellos hombres favorecidos de algunos vislumbres de la verdad suprema por haber logrado, mediante su firmeza de propósito y pureza de vida, la unión con Dios (80). Todos estos videntes nos dan singulares descripciones de las diversas formas asumidas por las entidades astrales que reflejan concretamente los pensamientos del hombre durante su vida terrena.

LA IMPERSONALIDAD

Es sencillamente absurdo tachar de atea y materialista la filosofía budista, porque el nirvana es *aniquilación* y el svabhâvat es la *nada* o la *impersonalidad*. También el *En* del En-soph judaico significa *nihil*, lo que no existe (quo ad nos), y sin embargo, a nadie se le ha ocurrido acusar de ateos a los judíos. En ambos casos la palabra *nada* o *aniquilación* expresa la idea de que Dios no es *cosa* ni *persona* visible y concreta a la cual pueda aplicarse propiamente el nombre de *algo* conocido en la tierra.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Prólogo 3
Prefacio 5
ANTE EL VELO 9

CAPÍTULO PRIMERO

EL VELO DE ISIS
Los libros de Hermes 32
Límites de las ciencias físicas 33
Números pitagóricos 34
Comentadores de Platón 35
El sistema heliocéntrico de la India 36
Antiguos cómputos astronómicos 37
El alma de los animales 38
El protoplasma y el “más allá” 39
Desconocidos, pero poderosos Adeptos 40
Antigüedad de la Magia 42
No hay nada nuevo bajo el Sol 42
Investigaciones geométricas 44
Significados de los símbolos 45
Sabiduría de los antiguos 46
Pretensiones de Roma 47
El céntrico Sol espiritual 48
Nerosos, Yugas y Kalpas 49
El año máximo 50
Tipos y prototipos 51
Anhelos de inmortalidad 52
Posibilidades del porvenir 53

CAPÍTULO II

Valía de las pruebas 56
Juicio de los científicos 57
Conclusiones de Crookes 58
Los monos de la Ciencia 59
Opiniones de Crookes 60
Autenticidad del Alcahest 61
Elogio de Paracelso 62
El espiritismo clerical 63
Nombres nuevos para ideas viejas 64
Fuerza contra fuerza 65
Opiniones de Schopenhauer 66
Las mesas rotatorias 68

La energía atómica 69
La fuerza mediumnímica 70
Milagros de Bacon 71
El espectro sin alma 72
Formas materializadas 73
Espíritus elementarios 75

CAPÍTULO III

Exposiciones erróneas 78
La religión de Comte 79
Negaciones del positivismo 80
Opinión de Hare 81
Fecundación artificial 82
Los monos de la ciencia 83
Epidemia de negaciones 84
La ciencia ultramontana 85
Panaceas y específicos 86
El Demiurgos 87
El lirio de Gabriel 88
Acusación contra Bruno 89
Ideas pitagóricas de Bruno 91
Enseñanzas orientales 92

CAPÍTULO IV

Fenómenos psíquicos 93
La enciclopedia del diablo 94
La Ciencia contra la Teología 95
El ventriloquismo de Babinet 96
El meteoro felino 98
Thury contra Gasparin 99
Contradicciones de Gasparin 100
La fuerza ecténica 101
Ateísmo científico 102
Confusiones de los científicos 103
Los científicos rusos 104
La gruta-gabinete de Lourdes 105
Huxley define la prueba 106
Protesta de un periódico cristiano 108

CAPÍTULO V

El teléfono de Bell 110
Etimología del magnetismo 111
El poder de Jesús 112
Emblema de la serpiente 113
Leyendas cosmogónicas 114
Teoría de las ondulaciones 115
Símbolos de la fuerza ciega 116
Los prodigios del fakir 117
El crecimiento de la planta 118
Experimentos de Regazzoni 119
La doble vista 120
Símbolos de los evangelistas 121
La serpiente egipcia 122
Las túnicas de piel 123
El árbol mundanal 124
Símbolo de las Pirámides 125
Mitos bisexuales 126
La serpiente satánica 127
La ciudad silenciosa 128
El rayo de Thor 129

CAPÍTULO VI

El magnetismo animal 132
Fenómenos hipnóticos 133
La fuerza sidérea 134
Opiniones de Van Helmont 135
La Academia francesa 136
Opinión de Laplace 137
Informe sincero 138
Declaraciones de Hare 139
La memoria retroactiva..... 140
Alma y espíritu 141
La psicometría 142
Lo presente y lo futuro 144
Modalidades energéticas 145
Concepto del éter 145
Prejuicios científicos 147
Principios alquímicos 148
El estimonio humano 149
Hipótesis de Cox 150
El cuerpo astral 151
Fuerza ciega e inteligencia 152
El médium conductor 153

El lápiz y la regla 154

CAPÍTULO VII

Opinión de Descartes 157
Magnetismo universal 158
Influencia del ambiente 159
La Tríada microcósmica 160
Influencia de la música 161
Influencia de la mente 163
El fenomenismo 164
Las comunicaciones 164
Obstinación escéptica 166
Lámparas alquímicas 167
Duración de las lámparas 168
Combustibles perpetuos 169
Telas de asbesto 169
Pabilos de amianto 170
Divergencia de opiniones 172
Sinceridad de Jowett 173
Filosofía antigua 174
La óptica de los antiguos 175
Correlación de fuerzas 176
Mutuas simpatías 177
Una sesión académica 178
Identidad de tradiciones 179
Los plagios modernos 180
La inmortalidad del alma 181

CAPÍTULO VIII

La formación de la tierra 182
La tierra invisible 183
La evolución según Hermes 184
Astrología y Astronomía 185
Alegorías astronómicas 186
Símbolos de la luna 187
Las piedras preciosas 188
Observatorio de Belo 189
No hay casualidad 190
Naturaleza del sol 191
Influencias lunares 192
Música de las esferas 193
El hombre dual 194
Fenómenos histéricos 195

El poder del alma 196
Magnetismo planetario 197
Ridiculeces aparentes 198
Los elementales 199
El morador del umbral 201
La mente universal 202
El nirvana 203
La impersonalidad 204

HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO

CLAVE DE
LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA Y TEOLOGÍA
ANTIGUA Y MODERNA

OBRA COMPLETA EN CUATRO TOMOS

TOMO II

CAPÍTULO PRIMERO

No califiques de locura aquello de que han probado no saber nada.

TERTULIANO.- *Apología*.

Esto no es cosa de hoy ni de ayer, sino de todo tiempo. Y nadie nos ha dicho todavía de dónde ni cómo viene.

SÓFOCLES.

La creencia en lo sobrenatural se ha manifestado espontáneamente desde un principio en todos los pueblos de la raza humana.La incredulidad en lo sobrenatural conduce al materialismo, el materialismo a la sensualidad y la sensualidad a las catástrofessociales entre cuyas convulsiones aprende el hombre otra vez a creer y orar.

GUIZOT.

Si alguien no cree en estas cosas, guarde para sí su opinión y no contradiga a quienes por ellas se ve inclinado a la práctica de la virtud.

JOSEFO.

De los pitagóricos y platónicos conceptos de la materia y de la fuerza, vayamos ahora a la cabalística teoría sobre el origen del hombre y comparémosla con la de la selección natural expuesta por Darwin y Wallace, pues tal vez hallemos tantas razones para atribuir a los antiguos la originalidad en este punto como en los que hasta aquí hemos considerado. A nuestro entender, la teoría de la evolución cíclica deriva su más valiosa prueba del cotejo entre las enseñanzas antiguas y las de los padres de la Iglesia respecto a la figura de la tierra y al movimiento del sistema planetario. Aun cuando no cupiera esperar otra prueba, la ignorancia de Agustín y Lactancio en estas materias, que extravió a la cristiandad hasta la época de Galileo, bastaría para evidenciar los eclipses que de tiempo en tiempo sufren los conocimientos humanos.

Algunos filósfos antiguos dicen que las “vestiduras de piel” que, según el Génesis (1) proporcionó Dios a Adán y Eva, significan los cuerpos carnales de que en la sucesión de los ciclos se vieron revestidos los progenitores de la raza humana. Sostenían dichos filósofos que la forma física, de semejanza divina al principio, se fue densificando gradualmente hasta que descendiendo al punto ínfimo del que pudiéramos llamar postrer ciclo espiritual, entró la humanidad en el arco ascendente del primer ciclo terreno. De entonces arranca una no interrumpida serie de ciclos (*yugas*) cuyo exacto número de años se mantuvo secreto en los

santuarios sin revelarlo más que a los iniciados. En cada ciclo, edad o yuga, el género humano alcanza la mayor perfección posible en aquel ciclo; pero después decae antes de entrar en el nuevo ciclo con todos los residuos de su precedente civilización social y mental. Así se suceden los ciclos en transiciones imperceptibles que llevan al pináculo el poderío de los imperios, para de allí decaer hasta extinguirse. En el límite del arco inferior de cada ciclo, la humanidad queda sumida de nuevo en la barbarie. Desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, cuenta la historia el poderío y decadencia de las naciones que ascendieron a la cumbre para hundirse en el llano. Draper observa que no cabe incluir en cada ciclo a toda la especie humana, sino que, por el contrario, mientras la humanidad decae en algunos países, progresa y asciende en otros.

Esta teoría de la evolución cíclica es muy semejante a la ley reguladora del movimiento de los astros, que además de girar sobre su eje voltean en diversidad de sistemas alrededor de sus respectivos soles.

Via y muerte, luz y tinieblas, día y noche se suceden alternativamente en el planeta mientras gira sobre su eje y recorre el círculo zodiacal, el menor de los ciclos máximos (2). Recordemos el axioma hermético: “Como es arriba así es abajo; así en la tierra como en el cielo”.

EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS

Con profunda lógica arguye Wallace diciendo que el hombre ha progresado mucho más en organización mental que en física, y opina que el hombre difiere de los animales en su fácil adaptación a los medios circundantes sin otables alteraciones en su forma y estructura corporal. Advierte Wallace que la variedad de climas está en correspondencia con la variedad de trajes, moradas, armas, aperos y utensilios. Según el clima, puede el cuerpo humano estar más erguido y menos cubierto de pelos con diversa proporcionalidad de miembros y pigmentación de la piel. “El cráneo y el rostro están íntimamente relacionados con el cerebro, que cambia al par de la evolución mental, puesto que es el medio de expresión de los más refinados impulsos de la naturaleza humana”. Continúa diciendo Wallace que “cuando el hombre tenía apariencia de tal, sin que apenas participara de la naturaleza humana, no poseía el don de la palabra ni sentimientos de moralidad y simpatía ni tampoco el cerebro tan maravillosamente dispuesto para órgano de la mente, que, aun en los más atrasados individuos, le da innegable superioridad sobre los brutos”. El hombre debió de constituir en otro tiempo una raza homogénea (sigue diciendo Wallace) y poco a poco ha casi desaparecido el pelo que cubría su cuerpo... “La anchura del rostro y el enorme desarrollo de la rama ascendente del maxilar inferior denotan en el hombre de las cavernas de Les Eyzies poderosa musculatura y costumbres brutalmente salvajes”.

Tales son los vislumbres de la antropología nos da acerca de unos hombres que llegados al término de un ciclo entraban en el siguiente. Veamos hasta qué punto los corrobora la psicometría clarividente. El profesor Denton dio a su esposa para que los psicometrizase un pedazo de hueso fósil sin advertirla de lo que era. Inmediatamente evocó aquel pedazo de hueso visiones de gentes y sucesos que Denton asigna a la Edad de piedra. Vio la psicómetra hombres muy parecidos al mono, con el cuerpo tan cubierto de pelo que parecía vestido. Preguntóle su marido si aquellos hombres tenían las caderas conformadas para mantenerse en posición bípeda, y respondió que no podían, pero que se echaba de ver en cierta parte del cuerpo menos pelo que en las otras, con la piel algo más coloreada. La cara parece achatada con mandíbulas salientes, la frente hundida en el centro y abultada por encima de las cejas. También vio la psicómetra un rostro muy semejante al del hombre, pero de líneas parecidas al

del mono. Todos aquellos seres le parecieron de una misma especie y todos tenían el cuerpo peludo y los brazos muy largos (3).

Acepten o no los científicos que la teoría hermética de la evolución atribuye al hombre origen espiritual, ellos mismos nos enseñan cómo ha ido progresando la raza desde el más bajo punto a que alcanza la observación antropológica, hasta su actual estado evolutivo. Y si por todas partes se descubren analogías en la naturaleza, ¿será improcedente afirmar que a la misma ley de evolución obedecen los pobladores del universo invisible? Si en nuestro mínúsculo e insignificante planeta la evolución derivó del mono el tipo humano dotado de intuición y raciocinio, ¿cómo es posible que en las regiones sin fin del espacio moren tan sólo las *angélicas* formas desencarnadas? ¿Por qué no señalar sitio en estas regiones a las formas astrales del simiesco hombre primitivo y de cuantas genraciones le han sucedido hasta nuestros días? Claro está que la forma astral de los hombres primievales sería tan grosera e imperfecta como la física.

Los científicos modernos no se toman el trabjo de computar la duración del "ciclo máximo"; pero los herméticos sostenían que por virtud de la ley cíclica, el género humano ha de ascender al mismo nivel del punto en que al descender tomara "vestiduras de piel", es decir, que con arreglo a la ley de evolución, el hombre ha de *espiritualizar* su cuerpo físico. No cabe impugnar tan lógica deducción, a menos que Darwin y Huxley demuestren que el astral *Homo sapiens* ha llegado al pináculo de su perfección física, intelectual y moral.

Dice Wallace a propósito de la selección natural: "Las razas superiores en inteligencia y moralidad han de prevalecer inevitablemente contra las razas inferiores y degeneradas, al paso que por la influencia de la selección en la mentalidad, evolucionarán las facultades psíquicas de modo que se adapten con mayor justeza a las condiciones del medio ambiente y a las exigencias del estado social. Aunque la forma externa tal vez no altere sus contornos, ganará, sin embargo, en nobleza y hermosura, por la incesante vigorización de las facultades mentales y el refinamiento de las emociones, hasta que todos los hombres formen una sola y homogénea raza, de cuyos individuos ninguno sea inferior a los más elevados tipos de la actual humanidad" (4).

En este pasaje del eminente antropólogo, se advierte por una parte sobriedad en el método científico y por otra circunspección en las hipótesis, de suerte que sus opiniones no chocan en manera alguna con las enseñanzas cabalísticas. Más allá del punto donde se detiene Wallace, veremos que la siempre progresiva naturaleza, obediente a la ley de adaptación, nos promete, o mejor dicho, nos asegura en el porvenir una raza semejante a la vrilya, descrita por Bulwer Lytton (5) como reproducción atávica de los "Hijos de Dios".

SIMBOLISMO DE LAS PIRÁMIDES

Conviene advertir que la teoría de los ciclos, simbolizada por los hierofantes egipcios en el "círculo de necesidad", explica al propio tiempo la alegoría de la "caída del hombre". Según la descripción que de las pirámides de Egipto (6) dan los autores arábigos, cada una de las siete cámaras de estos monumentos llevaba el nombre de un planeta. Su peculiar arquitectura denota ya de por sí la metafísica alteza del pensamiento de los constructores. La cúspide, perdida en el claro azul del cielo faraónico, simboliza el punto primordial, perdido en el universo invisible, de donde surgieron los espirituales tipos de la primera raza humana. En cuanto la momia quedaba embalsamada, perdía, por decirlo así, su individualidad física y simbolizaba la raza humana. Ponían los egipcios la momia en la actitud más favorable a la salida del "alma", que estaba obligada a pasar por las siete cámaras planetarias antes de recobrar su libertad por la simbólica cúspide. Las cámaras simbolizaban a un tiempo las siete esferas y los siete

superiores tipos físico-espirituales de la humanidad futura. De tres en tres mil años, el alma, símbolo de la raza, había de regresar al punto de partida para de allí emprender nueva peregrinación hacia un mayor perfeccionamiento físico y espiritual. Verdaderamente es preciso ahondar en la abstrusa metafísica de los místicos orientales para percatarnos de la multiplicidad de temas que a un tiempo abarcaba su majestuosa mente.

No satisfecha el Adán edénico (7) de las condiciones en que le puso el Demiurgos (8) intentó orgullosamente ser creador. Este segundo Adán, salido de manos del andrógino Kadmon, es también andrógino, pues según las antiquísimas enseñanzas encubiertas alegóricamente por Platón (9) los arquetipos de las razas humanas estaban contenidos en el árbol microcóspico que creció y se desarrolló dentro y debajo del gran árbol mundanal o macrocósmico. Por diversos e innumerables que sean los rayos del sol espiritual, todos emanan de la unidad divina en cuya lumínica fuente tuvieron su origen las formas orgánicas e inorgánicas y también la forma humana.

Aun cuando repudiáramos la primitiva androginidad del hombre en lo concerniente a su evolución física, no cambiaría el sentido espiritual de la alegoría. Mientras el Adán edénico, el primer dios-hombre, encarnación de los elementos masculino y femenino, se mantuvo en estado de inocencia sin idea del bien y del mal, no sintió apetencia de "mujer" porque ella estaba en él y él en ella (10). Adán asume la distinción masculina separada de la femenina cuando la maligna serpiente (11) mostró el fruto del árbol mundanal o árbol de la ciencia. En aquel punto cesa la integración andrógina y el hombre y la mujer se diferencian en dos distintas entidades con ruptura del enlace entre el espíritu puro y la materia pura.

Desde entonces dejó el hombre de *crear espiritualmente* por el poder de su voluntad, limitado en adelante al orden físico hasta reconquistar el reino espiritual tras larga prisión en la cárcel de carne. Tal es el significado del *Gogard*, el helénico árbol de la vida, el sagrado roble en cuyas frondosas ramas anida una serpiente que no es posible expulsar de allí (12). Esta serpiente mundana repta fuera del *ilus* primordial y a cada evolución acrecienta su corpulencia, fuerza y poderío.

LA CREACIÓN DEL HOMBRE

El primer Adán o Adán Kadmon, el Logos de los místicos judaicos, equivale tanto al Prometeo helénico que intentó parigualarse con la sabiduría divina como al Pimander (13) hermético. Los tres crearon hombres pero fracasaron en su obra (14). Prometeo quiere dotar al hombre de espíritu inmortal trino y uno, para que sin perder la individualidad pueda recobrar su primitivo estado espiritual; pero fracasa en su intento de robar el fuego del cielo y en castigo se ve encadenado a la roca Kazbeck.

Los griegos antiguos simbolizaban el *Logos* indistintamente en Prometeo y Heracles. El *Código de los Nazarenos* dice que Bahak-Zivo desertó del cielo de su padre confesando que aunque progenitor de genios no se ve capaz de plasmar criaturas porque no conoce el orco (15) ni tampoco el "fuego consumidor que no está en la luz". Entonces Fetahil, una de las potestades, se posa en el "barro" (16) y se maravilla de que así haya cambiado el fuego viviente.

Las mitologías antiguas representan castigados severamente por su osadía a los *Logos* que intentaron dotar al hombre de espíritu inmortal. Los Padres de la Iglesia que, como Orígenes y Clemente de Alejandría, fueron filósofos paganos antes de convertirse al cristianismo, no pudieron por menos de reconocer en los antiguos mitos el fundamento de sus nuevas doctrinas con arreglo a las cuales, el Verbo o Logos se había encarnado para señalar al

género humano la senda de la inmortalidad y, deseoso de infundir en el mundo la vida eterna por medio del paráclito fuego, sufrió castigo de muerte como sus predecesores.

Los teólogos cristianos esquivan la dificultad dimanante de estas analogías y cohonestan la semejanza de las figuras diciendo que la misericordia divina concedió aun a los mismos paganos el don de profetizar el drama del Calvario. Pero los filósofos redarguyen con inflexible lógica que los Padres de la Iglesia se aprovecharon de ya forjadas alegorías, para revestir de ellas sus nuevas doctrinas, de modo que las multitudes vulgares las hallaran semejantes, por lo menos en apariencia, a las paganas.

Los mitos de la caída del hombre y del fuego de Prometeo se refieren también a la rebelión del orgulloso Lucifer precipitado en el insondable orco. En la religión induísta, Mahâsura (el Lucifer indo), envidioso de la refulgente luz del Creador, se sublevó contra Brahmâ al frente de una cohorte de ángeles rebeldes. Pero así como en la mitología griega acude el fiel titán Hércules en defensa de Júpiter y le mantiene en el trono celeste, así en la mitología induísta vence Siva (la tercera persona de la Trimurti) a los rebeldes, y de la mansión celestial los precipita en el Honderah o abismo de eternas tinieblas, donde arrepentidos por fin de su culpa se les abre el camino de perfección.

En la fábula griega, el dios solar Hércules desciende al Hades y acaba con los sufrimientos de las almas, como también en el credo cristiano desciende Cristo a los infiernos para librar a las almas que esperaban el advenimiento. Los cabalistas, por su parte, explican más científicamente esta alegoría. El segundo Adán (17) no era de naturaleza trina, es decir, no estaba formado de cuerpo, alma y espíritu, sino que tan sólo tenía cuerpo astral sublimado y espíritu infundido en él por el Padre. El espíritu pugnaba por librarse de aquella sutil pero aprisionante envoltura, y los esfuerzos que en este sentido hicieron los “hijos de Dios” trazaron el bosquejo de la futura ley cíclica. Según Platón (18), la fábula refiere que “el Creador no quiso que el hombre fuera semejante a los elohim encargados de plasmar las formas de los animales inferiores”; y así, cuando los hombres de la primera raza llegaron al punto culminante del primer ciclo perdieron el equilibrio, y la densificación de su envoltura astral les hizo descender por el arco opuesto.

LOS ÁNGELES REBELDES

El *Código de los Nazarenos* da esta misma versión cabalística de los “Hijos de Dios” o “Hijos de la Luz”. Bahak-Zivo, “padre de los genios”, recibe el encargo de “formar criaturas”; pero como “nada sabe del orco”, fracasa en su empeño y solicita la ayuda de Fetahil, espíritu más puro, que todavía fue menos afortunado en la tarea emprendida. Entonces aparece en la escena de la creación el *anima mundi* (19) y al ver que por culpa de Fetahil (20) había menguado dañosamente el esplendor (la luz), despertó a Karabtanos (21) que estaba frenético y no tenía sentido ni juicio, y le dijo: “Levántate y mira cómo el esplendor (luz) del nuevo hombre (Fetahil) ha fracasado en la formación de hombres. El esplendor ha menguado. Levántate y ven con tu madre (22) para rebasar los límites que te rodean en mayor amplitud que el mundo entero”. Unida la frenética y ciega materia con el alma astral (no el soplo divino) nacieron “siete figuras” (23) y al verlas Fetahil extendió la mano hacia el abismo de materia y dijo: “Exista la tierra como existió la mansión de las fuerzas”. Y sumergiendo la mano en el caos lo condensa y crea la tierra (24).

Relata después el *Código* como Bahak-Zivo quedó separado del alma astral y los ángeles malos de los buenos (25). Entonces, el gran Mano (26), que mora con el gran *Ferho*, llama a Kebar-Zivo (27) y compadecido de los insensatos genios rebelados por su desmesurada ambición, le dice: “¡Señor de los genios! (28): mira lo que hacen los ángeles rebeldes y lo que

están maquinando (29). Dicen ellos: “Evoquemos el mundo y pongamos en existencia las fuerzas. Los genios son *príncipes*, hijos de la luz; pero tú eres el *Mensajero de Vida*” (30).

Para frustrar la influencia de la progenie del alma astral o siete principios malignos, el potente señor de la Luz (Kebar-Zivo) engendra otras siete figuras (31) que resplandecen “desde lo alto” (32) en su propia luz y forma y así se restablece el equilibrio entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Pero estas criaturas carecían del puro y divino soplo (33) y estaban formadas tan sólo de materia y luz astral (34). Tales fueron los animales precursores del hombre sobre la tierra. Los espíritus (hijos de la Luz) que se mantuvieron fieles al gran Ferho (causa primera) constituyen la jerarquía celestial de los *Adonim* y las legiones de hombres espirituales que no *encarnaron jamás.* Los esíritus rebeldes y sus secuaces, con los descendientes de las siete “necias” figuras engendradas por Karabtanos en su unión con el espíritu astral, constituyeron andando el tiempo los “hombres terrenos” (35) después de pasar por *todas* las creaciones de cada elemento. De este punto de la evolución arranca la teoría de Darwin que demuestra cómo las formas superiores proceden de las *inferiores*. Sin embargo, la antropología no se atreve a seguir el metafísico vuelo de la cábala más allá de nuestro planeta, y muy dudoso es que los antropólogos tengan el valor de buscar en los viejos manuscritos cabalísticos el eslabón perdido.

Puesto en movimiento el *primer ciclo*, su rotación *descendente* trajo a nuestro planeta de *barro* una porción infinitesimal de las criaturas *vivientes*. Llegada al punto inferior del arco cíclico, es decir, al punto inmediatamente precedente a la vida en la tierra, la chispa divina, suspensa todavía en el Adán, pugna por separarse del alma astral porque “el hombre iba cayendo poco a poco en la generación” y la vestidura de carne se densificaba paralelamente a la actividad.

Ahora se nos ofrece al estudio un *sod* (36) que el rabino Simeón (37) comunicó a muy pocos iniciados, pues sólo se revelaba de siete en siete años en los misterios de Samotracia y sus recuerdos están espontáneamente impresos en las hojas del misterioso *Kunbum*, el árbol sagrado de la comunidad de lamas adeptos (38).

LAS TRES LUCES

En el mar sin orillas sin orillas del espacio refulge el invisible y céntrico sol espiritual cuyo cuerpo es el universo en que infunde su alma y su espíritu. Todas las cosas están formadas según este ideal arquetipo. El cuerpo, alma y espíritu del invisible sol manifestado en el universo son las tres emanaciones, las tres vidas, los tres grados del *Pleroma* agnóstico, los tres rostros cabalísticos. El *Anciano de los Días,* el *Santo* de las edades, el supremo *En Soph* “tiene forma y después no tiene forma” (39). Así dice el Zohar (Libro del Esplendor): “El Invisible tomó forma al poner el universo en existencia” (40). El alma del Invisible es la *primera* luz, el infinito y eterno soplo que mueve el universo e infunde la vida inteligente en toda la creación. La *segunda* luz condensa la materia cometaria en formas que pueblan el círculo cósmico, ordena los innumerables mundos que flotan en el espacio etéreo en todas las formas e infunde vida *no inteligente*. La *tercera* luz produce el universo físico y según se aleja de la divina luz céntrica va palideciendo su brillo hasta convertirse en *tinieblas* y *mal,* es decir, en materia densa, a que los herméticos llamaron “purgaciones groseras del fuego celeste”.

Al ver el Señor Ferho (41) los esfuerzos de la chispa divina para recobrar su libertad y no hundirse todavía más en la materia, emanó de Sí mismo una *Mónada* a la que unida la chispa por sutilísimo hilo debía *vigilar* durante su continuada peregrinación de forma en forma. Así la mónada quedó infundida en la piedra (42); y al cabo de tiempo, por la combinada acción del

fuego y del *agua* viviente, que lanzaban a la par su brillante *reflejo* sobre la piedra, salió la mónada suavemente de su prisión convertida en liquen (43). A través de sucesivas transformaciones fue ascendiendo la mónada y asimilándose cada vez mayor brillo de la paterna chispa a la que va aproximándose a medida que pasa por las formas. Por este orden quiso proceder la Causa primera, de modo que la mónada vaya ascendiendo lentamente hasta que su forma física recobre el estado que tuvo en el Adán de *barro* a semejanza del Adán Kadmon; pero antes de llegar a esta última transformación terrestre, la envoltura externa de la mónada pasa de nuevo en el período embrionario de la gestación por las fases de los diversos reinos de la naturaleza y asume vagas configuraciones de planta, reptil, ave y cuadrúpedo hasta metamorfosearse en feto humano (44).

En el acto del nacimiento queda la mónada *inconsciente* (45), es decir, pierde todo recuerdo del pasado hasta que gradualmente recobra la conciencia cuando al instinto de la niñez sucede la razón y el juicio. Luego de separada la vida (alma astral) del cuerpo físico, la libertada mónada se reúne gozosa con su progenitor espíritu, el refulgente *augoeides*; e identificdos ambos, forman, con gloria proporcionada a la pureza espiritual de su pasada vida terrena, el Adán que ha recorrido por completo ya el "círculo de necesidad" y desechado hasta el último vestigio de su envoltura física. Desde entonces aumenta gradualmente su esplendor a cada paso que da en el brillante sendero cuyo punto terminal coincide con el del que partió para recorrer el ciclo máximo.

DIVINIDADES BISEXUALES

Los seis primeros capítulos del *Génesis* encierran toda la darwiniana teoría de la selección natural. El *hombre* mencionado en el capítulo primero es radicalmente distinto del *Adán* del capítulo segundo, porque el *hombre* fue creado a imagen de Dios, macho y hembra o sea bisexual, mientras que *Adán* fue formado del barro de la tierra y se convirtió en "ánima viviente" cuando el Señor le infundió por las ventanillas de la nariz el soplo de vida. Además, este *Adán* era masculino y no le encontraba Dios digna compañera. Los *adonai* son puras entidades espirituales y por lo tanto no tienen sexo o, mejor dicho, reúnen en sí los dos sexos como el Creador. Tan acertadamente comprendían los antiguos este concepto, que representaban a la par masculinas y femeninas a muchas divinidades. Quien lea detenidamente el texto del *Génesis* no tiene más remedio que interpretarlo según hemos expuesto, so pena de ver en ambos pasajes contradicciones absurdas.

El texto literal dio motivo a los escépticos para ridiculizar el relato mosaico, y precisamente de la letra muerta dimana el materialismo de nuestra época; pero no sólo alude el Génesis con toda claridad a las dos primeras razas humanas, sino que extiende la alusión a la tercera y cuarta simbolizadas en los "hijos de Dios" y en los gigantes (46).

El autor de la recién publicada obra: *Religión natural e investigación acerca de la realidad de la revelación divina*, se burla de la unión de los "hijos de Dios" con las "hijas de los hombres" que *eran hermosas*, según dice no sólo el *Génesis* sino también el maravilloso *Libro de Enoch.* Pero es lástima que los doctos librepensadores de nuestra época no empleen su implacable lógica en rectificar sus partidistas y unilaterales opiniones, desentrañando el verdadero espíritu de las antiguas alegorías, mucho más *científicas* de cuanto pudieran suponer los escépticos. Sin embargo, de año en año vendrán nuevos descubrimientos a corroborar el significado de estas alegorías, hasta que la antigüedad en peso quede vindicada.

Del texto hebreo se infiere claramente que hubo una raza de criaturas puramente carnales y otra de seres puramente espirituales. Dejemos a la competencia de los antropólogos la evolución y selección de las especies y limitémonos a repetir, de acuerdo con la filosofía antigua, que de la unión de estas dos razas nació la raza adámica, que por participar de la

naturaleza de sus progenitoras es igualmente apta para vivir en el mundo físico y en el espiritual. Con la naturaleza física está aliada la razón que le da señorío y predominio sobre los demás seres de la tierra, y con la naturaleza espiritual está aliada la *conciencia*, que le guía entre las falacias de los sentidos para discernir instantáneamente entre lo justo y lo injusto.

Este discernimiento es privativo del espíritu absoluto, puro y sabio por naturaleza, como emanación de la pureza y sabiduría divina. Las decisiones de la conciencia no dependen de la razón, pues sólo podrá manifestarse plenamente cuando se haya substraído a la servidumbre de la naturaleza inferior.

La razón no es facultad inherente al espíritu, porque tiene por instrumento el cerebro físico y sirve para deducir el consecuente del antecedente y la conclusión de las premisas, de conformidad con las pruebas suministradas por los sentidos. El espíritu *sabe* de por sí y no necesita argumentar ni discutir, pues como emanación del eterno espíritu de sabiduría, ha de poseer los mismos atributos esenciales que el todo de que procede. Por lo tanto, no discurrían desacertadamente los antiguos teurgos al decir que el elemento espiritual del hombre no se infundía plenamente en su cuerpo, sino que tan sólo cobijaba al alma astral, medianera entre el espíritu y el cuerpo. El hombre que ha subyugado su naturaleza inferior lo bastante para recibir directamente la esplendorosa luz de su *augeoeides*, conoce por intuición la verdad y no puede errar en sus juicios a pesar de cuantos sofismas arguya la fría razón. Entonces alcanza la ILUMINACIÓN, cuyos efectos son la profecía, clarividencia e inspiración divina.

INTERPRETACIÓN DEL GÉNESIS

De acuerdo con las místicas doctrinas de los filósofos herméticos, escribió Swedenborg varios volúmenes, deseoso de interpretar el sentido esotérico del *Génesis*. Era Swedenborg congénitamente mago iluminado, pero no *adepto*; y así, no obstante haber seguido el mismo método de interpretación empleado por los alquimistas, fracasó en su propósito, porque tomó por modelo a Eugenio Filaleteo, que, si bien eximio alquimista, no llegó jamás a la “suprema pirotecnia”, según la frase alegórica de los mismos filósofos místicos. Sin embargo, aunque ni uno ni otro lograron abarcar todos los pormenores de la verdad, dio Swedenborg al primer capítulo del *Génesis* esencialmente la misma interpretación que los filósofos herméticos, demostrando que en sus versículos se encubre la regeneración o nuevo nacimiento del hombre y en modo alguno la creación de nuestro universo con el hombre por remate y corona.

Que Swedenborg substituyera los términos *sal, azufre* y *mercurio*, que emplearon los alquimistas, por los de *fin, causa* y *efecto* (47), en nada se opone a la interpretación del texto mosaico por el único método posible, o sea el de las correspondencias, que emplearon los herméticos y fue también el de los pitagóricos y cabalistas, resumido en el famoso apotegma: “como arriba, así es abajo”.

Este mismo método siguen los filósfos budistas, que en su todavía más abstracta metafísica invierten la definición corriente entre los modernos científicos y consideran como única realidad los arquetipos invisibles y como *ilusión* los prototipos visibles o efectos de las causas.

Por muy contradictorias que parezcan las interpretaciones del *Pentateuco* en las obras de Swedenborg, demuestra con ellas que las literaturas sagradas de todos los países, sean los *Vedas*, la *Biblia* o las *Escrituras* budistas, sólo pueden interpretarse a la luz de la filosofía hermética. Los más eminentes sabios antiguos y medioevales fueron herméticos, como también lo son los místicos contemporáneos; y ya les ilumine la verdad por medio de su intuición, ya reciban esta luz en premio del estudio y de la ordinaria iniciación, todos aceptan el método y siguen el sendero trazado por instructores como Moisés, Gautama el Buddha y Jesús. El *rocío del cielo*, en que simbolizaban los alquimistas la verdad, baña su corazón, porque en *las*

cumbres de las montañas extendieron *limpias telas de lino* para recogerlo. De esta suerte, cada cual a su manera, se adueñaron del *disolvente universal*-

Muy distinta cuestión es inquirir hasta qué punto estaban facultados para divulgar las verdades poseídas. El Maestro no puede quitarse arbitrariamente aquel velo, que, según el *Éxodo*, cubría el rostro de Moisés al descender del Sinaí para comunicar al pueblo la palabra de Dios, sino que depende de si los oyentes quieren descorrer el velo que "encubre sus corazones". Así lo significa claramente el apóstol Pablo en su espístola a los corintios, cuando les dice que si sus entendimientos están cegados por el fulgor que rodea a la verdad divina, no podrán ver la luz hasta que descorran el velo de sus corazones y *vuelvan al Señor* (48), aunque el maestro descorra o no el que cubre su faz.

El eterno conflicto entre las diversas religiones del mundo, tales como la cristiana, judía, pagana, induísta y budista, proviene de que muy pocos de sus respectivos fieles conocen la verdad, y la mayoría se obstinan en no descorrer el velo de su corazón creyendo que el ciego es su prójimo. La divinidad exotérica de todas las religiones, incluso la cristiana, no obstante sus presunciones de misterio, es un ídolo, una ficción y no puede ser otra cosa. Cubierto el rostro con *tupido velo* habla Moisés a la muchedumbre y les representa al cruel y antropomórfico Jehovah como el Dios más sublime; pero oculta en lo más íntimo de su corazón aquella verdad que "no puede decirse ni revelarse". Kapila hiere con la punzante espada del sarcasmo a los yoguis que afirmaban ver a Dios en sus éxtasis. Gautama el Buddha encubre la verdad bajo impenetrable capa de sutilezas metafísicas y laq posteridad le tilda de ateo. A Pitágoras le tienen muchos por hábil impostor a causa de su alegórico misticismo y de la doctrina de la metempsícosis. Apolonio y Plotino sufren injusta acusación de visionarios y charlatanes. Muchos traductores y comentadores de Platón, cuyas obras tan sólo han leído superficialmente la mayor parte de nuestros *eminentes* eruditos, le echan en cara absurdos y puerilidades, con más el desconocimiento de su propio idioma (49).

OPINIÓN DE SPINOZA

Podría llenarse todo un libro con los nombres de sabios cuyas mal comprendidas obras se diputan por un tejido de absurdos místicos, tan sólo porque los críticos escépticos son incapaces de levantar el velo que encubre su verdadero significado. Esto deriva principalmente de que la mayoría de los lectores tienen la inveterada costumbre de juzgar de una obra por los aparentes conceptos del texto, sin detenerse a penetrar su espíritu. Aun hoy mismo, los filósofos de las distintas escuelas se valen de exposiciones diversamente figuradas y algunas obscuras y metafóricas, no obstante tratar del mismo asunto. A la manera como los rayos emanan todos de un foco central, así también los filósofos místicos, ya píos y devotos como Enrique More, ya irascibles y groseros como su contrincante Eugenio Filaleteo, o bien con apariencias de ateos como Spinoza, todos tienen por único punto de mira y objeto de estudio al HOMBRE.

Spinoza es tal vez el filósofo que nos da la más segura clave de este simbolismo, pues mientras Moisés se limita a prohibir al pueblo que esculpa imágenes de aquél cuyo nombre no debe tomarse en vano, Spinoza va más allá y declara terminantemente que nadie es capaz de describir a Dios ni es posible en lenguaje humano dar idea del único Ser. El lector juzgará si en esto estuvo más acertado Spinoza que los teólogos cristianos. Todo cuanto se aparte de la inefabilidad del concepto de Dios dará por resultado que el vulgo antropomorfice a la Divinidad, y así pudo decir Swedenborg que en vez de crear Dios al hombre a su imagen y semejanza, ha creado el hombre a Dios a la suya (50).

¿En qué consiste, pues, el secreto a que tanto aluden los herméticos? Jamás dudarán de este secreto los estudiantes sinceros de ocultismo, pues de seguro que hombres de talento como fueron los herméticos no se hubieran dejado llamar locos ni contagiar con su locura a otros durante miles de años. Siempre se ha sospechado que la "piedra filosofal" encubría secreta significación a un tiempo espiritual y física. El autor de la obra: *Observaciones sobre la alquimia y los alquimistas* dice muy acertadamente que el arte hermético tiene por sujeto al hombre y por objeto la perfección del hombre (51); pero no estamos de acuerdo con él cuando dice que aquellos a quienes llama "estúpidos avaros", no pensaron jamás en conciliar el aspecto moral con el físico, pues prueba de que en efecto consideraron también la cuestión desde el punto de vista físico es que dividieron la trinidad humana en tres elementos: *sol*, *mercurio* y *azufre* o *fuego oculto* que simbolizan respectivamente el *espíritu*, el *alma* y el *cuerpo*. Espiritualmente es el hombre la piedra filosofal o como dijo Filaleteo: una *trinidad*, esto es, *trino* en *uno*.

Pero el hombre físico tiene también por símbolo la piedra filosofal, ya que su causa es el divino espíritu o disolvente universal. El hombre es una correlación de fuerzas físico-químicas, paralela a otra correlación de fuerzas espirituales que reaccionan sobre aquéllas en proporción del desarrollo alcanzado por el hombre terreno. Así dijo un alquimista: "Se perfecciona la obra según la virtud de cuerpo, alma y espíritu, porque el cuerpo no es penetrable sino por el espíritu, ni persistiría el *tinte pluscuamperfecto* del espíritu si no fuese por el cuerpo, ni tampoco podrían comunicarse espíritu y cuerpo sin la relación del alma, porque el espíritu es invisible y necesita de la *vestidura* del alma para manifestarse".

Dice Roberto Fludd, jefe de los filósofos del fuego, que la luz engendra simpatía y las tinieblas antipatía. Enseñaban además estos filósofos, de conformidad con otros cabalistas, que "las antinomias de la naturaleza derivan de la esencia o raíz eterna de todas las cosas, con lo cual tendremos que de la causa primera dimanan igualmente el bien y el mal. El Creador (que conviene distinguir del supremo Dios) es el padre de la materia, vehículo del mal, y padre también del espíritu que emanado de la causa primera y agnoscible se difunde a través de Él por todo el universo. A este propósito dice Fludd: "Es indudable que así como en la máquina universal hay infinidad de seres *visibles,* también hay infinidad de seres *invisibles* de diversa naturaleza. Según el texto bíblico, Moisés ansiaba conocer el misterioso nombre de Dios, cuando Dios le dijo: *"Jehovah es mi sempiterno nombre*; pero ni con éste ni con ningún otro nombre es posible articular en lenguaje humano la simple y pura naturaleza de Dios, pues todo nombre está comprendido en Dios porque en Dios hay *voluntad* e i*nvoluntad*, negación y afirmación, muerte y vida, maldición y bendición, mal y bien (aunque idealmente nada malo hay en Dios), concordia y discordia, simpatía y antipatía" (52).

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS

Los seres invisibles que los cabalistas llaman espíritus elementarios ocupan el ínfimo peldaño en la escala de la creación. Hay tres clases de espíritus elementarios:

1.ª Espíritus terrestres que aventajan a las otras dos clases en sutileza e inteligencia. Son las sombras o larvas de cuantos durante la vida terrena repugnaron toda luz espiritual y vivieron y murieron tan profundamente hundidos en el cieno de la materia, que de sus almas pecadoras se fue separando poco a poco el espíritu inmortal (53).

2.ª Prototipos de hombres que todavía han de nacer. Ninguna forma, por elevada que sea, puede surgir a la existencia objetiva sin que la preceda la idea abstracta de la misma forma o lo que Aristóteles llama su *ideación*. Antes de pintar un cuadro es preciso que el pintor lo

bosqueje en su mente y antes de construir un reloj es indispensable que ya lo haya construido idealmente el relojero. Así sucede con los hombres.

Según Aristóteles, en los cuerpos físicos concurren tres elementos: ideación, materia y forma. Si aplicamos este principio al caso particular del cuerpo humano, tendremos que la ideación del niño por nacer está en la mente del Creador, pues aunque la ideación no es substancia ni forma ni cualidad ni especie, *es* algo abstracto que ha de existir en forma objetiva y concreta. En consecuencia, tan pronto como la ideación se enfoca en el éter universal queda plasmada etéreamente la forma. Si la ciencia moderna admite que el pensamiento *humano* puede actuar en la materia de otros sistemas planetarios al par que en la del nuestro, ¿cómo dudar de la actuación del pensamiento *divino* en el alma del mundo o éter universal? Por lo tanto, hemos de inferir que la energía de la mente divina plasma las ideaciones, pero no crea la materia en que se plasma, porque esta materia es coeterna con el espíritu y a impulsos de la evolución quedó preparada para formar un cuerpo humano. Las formas son transitorias; las ideas que crean las formas y la materia en que se plasman son permanentes. Los prototipos no provistos todavía de espíritu inmortal pueden considerarse como *embriones psíquicos* que, cuando les llega la hora, *mueren* en el mundo invisible y *nacen* al mundo visible en forma de fetos de término que reciben *in transitu* aquel divino soplo llamado espíritu que completa al hombre. Esta clase de elementales no pueden comunicarse objetivamente con los hombres.

3.ª Espíritus elementales que nunca alcanzan el reino humano, sino que ocupan un peldaño especial en la escala de los seres, es decir, que cada especie de esta clase está confinada a su propio elemento sin jamás incurrir en el de las demás especies. Son los espíritus o agentes de la naturaleza, llamados por Tertuliano “príncipes de las potestades aéreas”. Se cree que estos seres no tienen espíritu inmortal ni cuerpos físicos, sino tan sólo formas astrales en cuya etérea materia predomina la del elemento en que residen. Pueden considerarse estos espíritus elementales como la infusión de una inteligencia rudimentaria en un cuerpo sublimado. Algunos de ellos son inmutables, pero ninguno es capaz de actuar individualmente, sino en colectividad. Otros mudan de forma con arreglo a las leyes cuya explicación dan los cabalistas; y por más que aun los de más denso cuerpo escapan a nuestra ordinaria percepción visual, no se substraen a la clarividencia. Todos ellos viven en el éter y pueden, además, manipularlo para efectos físicos con tanta facilidad como nosotros comprimir el aire y el agua por medio de aparatos neumáticos o hidráulicos. En estas manipulaciones suelen ayudarles los elementales terrestres. Por otra parte pueden plasmar en el éter cuerpos objetivos para cuyas formas toman por modelo los retratos estampados en la memoria de las personas a que se acercan. No es necesario que el circunstante esté pensando en aquel momento en la persona cuyo retrato copia el elemental, pues lo mismo ocurre aunque su recuerdo se le haya borrado de la memoria, ya que la mente, semejante a placa fotográfica, recibe en pocos segundos de exposición la huella de cuanto se pone a su alcance, aun la fisonomía de las personas que sólo vemos una vez en la vida.

ESPÍRITUS PLANETARIOS

Según Proclo, de conformidad con el principio hermético de tipos y prototipos, que las esferas inferiores están igualmente pobladas por diversas jerarquías de seres subordinados a los de las esferas superiores y, de acuerdo con Aristóteles, sostiene que nada hay vacío en el universo, pues los cuatro elementos están poblados de demonios (espíritus) de naturaleza fluida, etérea y semicorpórea que desempeñan el papel de agentes medianeros entre los dioses y los hombres. Aunque estos seres son inferiores en inteligencia a la *sexta* jerarquía de espíritus elevados, influyen directamente en los elementos y en la vida orgánica, y presiden el

crecimiento, florescencia y variaciones de las plantas, además de personificar las propiedades virtuales infundidas desde el celeste *ulê* en la materia inorgánica. Pero como quiera que el reino vegetal es de un grado superior al mineral, las emanaciones de los dioses celestes asumen en los vegetales una condición peculiar que constituye el *alma* de la planta. Esto es lo que Aristóteles llama la *forma*, que con la ideación y la materia son los tres principios de los cuerpos naturales. Según la filosofía aristotélica, la naturaleza trina de los cuerpos requiere, además de la materia constituyente, otro principio invisible aunque substancial, en la acepción ontológica de la palabra, pero realmente distinto de la materia plasmada. Así tendremos que además de los huesos, músculos, sangre y nervios en los animales y de la celulosa y savia en los vegetales, ha de existir distintamente de la fuerza vital y de la energía química, una forma substantiva que Aristóteles llamaba *alma* y Proclo el demonio de minerales, plantas y animales, y los filósofos medioevales denominaban *espíritus elementarios* de los cuatro reinos.

Todo esto se diputa en nuestro siglo por grosera superstición metafísica; y sin embargo, si nos atenemos estrictamente a los principios ontológicos echaremos de ver en estas viejas hipótesis visos de probabilidad, con el hilo que nos permita hallar los “eslabones perdidos” que tan perpleja ponen a la ciencia clásica, cuyo dogmatismo tiene por ilusorio cuanto escapa a su inducción. Así dice el profesor Le Conte que algunas eminenciaqs científicas califican de “supersticiosa reminiscencia el concepto de la fuerza vital” (54). De Candolle propuso que se llamase “movimiento vital” a la “fuerza vital”(55) y con ello predispuso a la ciencia para convertir al hombre inmortal y pensante en autómata movido por un mecanismo de relojería. Sin embargo, a esto arguye Le Conte diciendo: “¿Pero es posible concebir movimiento sin fuerza? Y si el movimiento es peculiar al organismo también debe serlo la *modalidad de fuerza*”. La cábala judía llama shedim a los espíritus de la naturaleza y los divide en cuatro clases. Los persas les llamaban *devas,* los griegos *demonios*, los egipcios *afrites* y algunas tribus de África *yowahoos*. Según Kaiser, los antiguos mexicanos creían que los espíritus moraban en numerosas mansiones. Una de ellas para los niños muertos en estado de inocencia, que allí esperaban su definitivo destino; otra situada en el sol para los héroes; y los pecadores empedernidos quedaban condenados a vagar sin esperanza por cavernas hundidas en los confines de la atmósfera terrestre, de donde no les era posible salir y pasaban el tiempo comunicándose con los mortales e infundiendo terror en cuantos acertaban a verlos.

LOS HORÓSCOPOS

En el Panteón indo hay no menos de trescientos treinta millones de linajes de espíritus, incluyendo los elementales a que los brahmanes llaman daityas. Según aseguran los adeptos, estos espíritus elementales van atraídos hacia determinadas regiones celestes por una fuerza análoga a la que dirige la brújula hacia el norte y preside los movimientos de algunas plantas. También dicen que las diversas especies de elementales tienen respectiva preferencia por los hombres, según el temperamento fisiológico de estos, sea bilioso, linfático, nervioso o sanguíneo, por lo que las personas de cada uno de estos temperamentos se verá favorable o desfavorablemente afectada por ciertas condiciones de la luz astral en correspondencia con la relativa posición de los astros. Gracias a este principio fundamental, descubierto al cabo de larguísimos siglos de observaciones, pueden los adeptos astrólogos trazar muy aproximadamente el horóscopo de una persona, con sólo computar la posición de los astros en el instante de su nacimiento. La exactitud del horóscopo dependerá, por consiguiente, no tanto de la erudición del astrólogo como de su conocimiento de las fuerzas ocultas y seres invisibles de la naturaleza.

Eliphas Levi expone con muy racional fundamento la ley de las recíprocas influencias de los planetas y sus combinados efectos en los reinos mineral, vegetal, animal y humano. Afirma, además, que la atmósfera astral está en tan incesante movimiento como la aérea, y se muestra conforme con Paracelso en que todo hombre, animal y planta lleva señales externas e internas de las influencias predominantes en el momento de la concepción germinal. También admite con los cabalistas, que nada hay inútil o indiferente en la naturaleza, pues hasta un suceso al parecer tan insignificante como el nacimiento de un niño en nuestro diminuto planeta influye en el universo, al par que recíprocamente el universo influye en él. Dice a este propósito: "Los astros están solidarizados por atracciones que los mantienen en equilibrio y les impelen a moverse regularmente en el espacio. Los rayos de luz se intercambian y entrecruzan de globo a globo, sin que haya en ningún planeta punto alguno que no forme parte de esta sutilísima pero indestructible red. El adepto astrólogo ha de computar exactamente el lugar y hora del nacimiento e inferir luego de las influencias planetarias las facilidades u obstáculos que haya de encontrar el niño en la vida y las congénitas disposiciones para cumplir su destino. Asimismo ha de tener en cuenta la energía individual de la persona cuyo horóscopo se estudia, por cuando indica su potencialidad para vencer las dificultades y dominar las propensiones siniestras, de modo que con ello labre su ventura, o bien sufrir las consecuencias si no tiene energía bastante para mudar su destino" (56). Considerada esta materia desde el punto de vista de los antiguos, resulta muy distinta del concepto expuesto por Tyndall en el siguiente párrafo de su famoso discurso de Belfast: "El ordenamiento y gobierno de los fenómenos naturales está encomendado a ciertos seres, imperceptibles por los sentidos, que no obstante su poder son *criaturas humanas*, nacidas acaso del seno de la humanidad con todas las pasiones y concupiscencias propias del hombre (57).

Respecto al *humano* espíritu, coinciden en conjunto las opiniones de los filósofos antiguos y de los cabalistas medioevales, aunque difieran en los pormenores, y así podemos considerar la doctrina de cada uno de ellos como propia de todos. La discrepancia más notable estriba en cómo se infunde y reside el espíritu inmortal en el cuerpo humano. Los neoplatónicos sostenían que el augoeides no se une jamás hipostáticamente al ser humano, sino que cobija e ilumina con su resplandor al alma astral; pero los cabalistas medioevales afirmaban que el espíritu se separaba del océano de luz para infundirse en el alma astral del hombre, que como una cápsula lo envolvía durante la vida terrena.

CAÍDA EN LA GENERACIÓN

Dimanaba esta discrepancia de que los cabalistas cristianos tomaban al pie de la letra el relato de la caída del hombre. Decían a este propósito: "A consecuencia de la caída de Adán quedó el alma contaminada por el mundo de la materia, personificado en Satán, y era preciso que en las tinieblas eliminase toda impureza antes de comparecer en presencia del Eterno con el divino espíritu aprisionado. El espíritu está en la cárcel del alma como una gota de agua presa en una cápsula de gelatina en el seno del Océano; mientras no se rompa la cápsula permanecerá aislada la gota, pero en cuanto la envoltura se quiebre, se confundirá la gota con la masa total de agua perdiendo su existencia individual. Lo mismo sucede con el espíritu. Mientras está encarcelado en el alma, su medianero plástico, existe individualmente; pero si se desintegra la envoltura a consecuencia de las torturas de una conciencia marchita, de crímenes nefandos o enfermedades morales, el espíritu se restituye a su morada primera. La individualidad se separa".

Por otra parte, los filósofos que interpretaban genésicamente la "caída en la generación" creían que el espíritu era completamente distinto del alma a la que iluminaba con sus rayos. El

cuerpo y el alma habían de lograr la inmortalidad ascendiendo hacia la Unidad con la que al fin quedaban identificados y, por decirlo así, absorbidos. La individualización del hombre después de la muerte depende del espíritu y no del alma ni del cuerpo; y aunque en rigor el espíritu no tiene *personalidad*, es una entidad distinta, inmortal y eterna *per se*, aun en el caso de los criminales impenitentes de cuyo cuerpo y alma se aparta, dejando que la entidad inferior se desintegre gradualmente en el éter. Entonces el espíritu separado se convierte en ángel; porque los *dioses* de los paganos o los *arcángeles* de los cristianos, a pesar de la atrevida afirmación de Swedenborg, son emanaciones directas de la Causa primera y *nunca fueron ni serán hombres*, por lo menos en nuestro planeta.

Esta cuestión ha sido en todo tiempo piedra de escándalo para los metafísicos. En esta misteriosa enseñanza se basa todo el esoterismo de la filosofía budista, que tan pocos comprenden y que tantos científicos eminentes adulteraron. Aun los mismos metafísicos propenden a confundir el efecto con la causa. Un hombre puede haber alcanzado la inmortalidad y continuar siendo eternamente el mismo *yo interno* que era en la tierra; pero esto no supone que dicho hombre haya de conservar la *personalidad* que tuvo en la tierra, so pena de perder su *individualidad*. Por consiguiente, los cuerpos astral y físico del hombre pueden quedar absorbidos en sus respectivos receptáculos cósmicos de materia y cesar de ser residencia del *ego* si este *ego* no merecía ascender más allá; pero el divino espíritu continuará siendo entidad inmutable, aunque las experiencias terrestres se desvanezcan por completo en el instante de separarse de su indigno vehículo.

Si como enseñaron Orígenes, Sinesio y otros filósofos cristianos, es el espíritu individualmente persistente en la eternidad, por fuerza ha de ser eterno. Por lo tanto, nada importa que el hombre sea bueno o malo en la tierra, porque jamás puede perder su individualidad. Esta doctrina parece de tan perniciosas consecuencias como la de la redención por ajenos merecimientos; pero si el mundo desentrañara su verdadero significado, hubiese contribuido a mejorar a la humanidad apartándola del vicio y del crimen, no por temor a la justicia humana ni a un infierno ridículo, sino por el arraigadísimo e interno anhelo de la vida individual en el más allá, que sólo podemos alcanzar “conquistando a viva fuerza el reino de los cielos”, es decir, que ni por humanas oraciones ni por sacrificio ajeno podemos salvarnos del aniquilamiento de nuestra individualidad, sino tan sólo uniéndonos íntimamente durante la vida terrena con nuestro espíritu o sea con nuestro *Dios*.

Pitágoras, Platón, Timeo de Locris y los alejandrinos enseñaban que el alma humana deriva del alma del mundo o éter, que pos su naturaleza sutilísima sólo puede percibir la visión interna. Por consiguiente, el alma humana no es la esencia monádica de que como efecto dimana el anima mundi. El espíritu y el alma son preexistentes; pero el primero tiene ab eterno individualidad distinta, y la segunda preexiste como partícula material de un todo inteligente. Ambos dimanaron originariamente del eterno océano de Luz; pero, como dicen los teósofos, hay un espíritu de fuego vivible y otro invisible, que establecen la distinción entre el alma animal y el alma divina. Empédocles creía firmemente que los hombres y animales tienen dos almas, y de la misma opinión era Aristóteles, que las llamaba respectivamente alma animal (.....) y alma racional (.....).

LAS DOS ALMAS

Según estos filósofos, el alma racional procede de *fuera* y la animal de *dentro* del alma universal. La superior y divina región en que colocaban a la suprema e invisible Divinidad era

para ellos un quinto elemento puramente espiritual y divino, mientras que concebían el *anima mundi* de naturaleza sutil, ígnea y etérea, difundida por todo el universo.

Los estoicos, que en la antigüedad constituyeron la escuela materialista, abstraían al Dios invisible y al espíritu humano o alma divina de toda forma corpórea, y en esto se apoyan sus modernos comentadores para suponer que los estoicos negaban la existencia de Dios y del alma.

Sin embargo, el mismo Epicuro, que aventajaba en materialismo a los estoicos, pues no creía que los dioses intervinieran para nada en la creación y gobierno del mundo, enseña que el alma es de tenue y delicada esencia, constituida por los más sutiles, suaves y refinados átomos, o sean los átomos etéreos. Arnobio, Tertuliano, Ireneo y Orígenes, no obstante sus creencias cristianas, afirmaban que el alma es material, si bien de sutilísima naturaleza.

La doctrina de que el hombre puede perder su alma y por lo tanto la personalidad, está en pugna con las teorías de ininterrumpida progresión que profesan algunos espiritistas, aunque Swedenborg la acepta por completo. Se resisten a comprender la enseñanza cabalística, según la cual sólo cabe lograr en el más allá la vida individual por la observancia de la ley de armonía durante la vida terrena.

Pero mientras que los espiritistas y los teólogos cristianos cristianos no conciben la extinción de la personalidad humana por la disociación del espíritu, los discípulos de Swedenborg están conformes con esta doctrina. El reverendo Chauncey Giles, de Nueva York, la ha dilucidado no ha mucho en un discurso, del que extractamos el párrafo siguiente: La muerte del cuerpo es una ordenación divina para facilitar al hombre el logro de sus superiores destinos. Pero hay otra muerte que interrumpe la ordenación divina y destruye los elementos de la naturaleza humana con las posibilidades de su felicidad. Es la muerte espiritual que puede sobrevenir antes de la disolución del cuerpo físico. Cabe que la mente humana se desarrolle en alto grado sin que la acompañe la más leve chispa de amor a Dios ni de inegoísta amor al prójimo. El que se deja dominar por el egoísmo y el amor al mundo y sus placeres, sin amar a Dios ni al prójimo, se precipita de la vida en la muerte y desecha de sí los principios superiores de su naturaleza, de modo que aunque físicamente exista, está espiritualmente tan muerto para la vida superior como ha de estarlo su cuerpo para la terrena cuando deje de alentar. Esta muerte espiritual es el resultado de la desobediencia a las leyes de la vida espiritual, que acarrea el correspondiente castigo, ni más ni menos que si se tratara de las leyes de la vida social. Sin embargo, el hombre espiritualmente muerto no deja de tener sus goces ni pierde sus dotes intelectuales ni su poder y actividad. No hay placer animal del que no puedan participar y en su goce estriba para ellos el más elevado ideal de felicidad humana. El incesante afán con que los ricos apetecen las diversiones de la vida mundana, la elegancia en el vestir, los honores y distinciones sociales, trastorna a estas criaturas, que con todas sus gracias y atavíos están muertas a los ojos de Dios, sin más vida que los esqueletos cuya carne se hizo polvo. La poderosa inteligencia no es prueba de vida espiritual. Muchas eminencias científicas son cadáveres animados de donde huyó el espíritu. Por lejos que nos remontemos en la historia de la sociedad mundana, encontraremos siempre y en todas partes hombres *espiritualmente muertos*".

Enseñaba Pitágoras que el universo es en conjunto un vasto sistema de exactas combinaciones matemáticas y Platón ve en Dios el supremo geómetra. El mundo está regido por la misma ley de equilibrio y armonía que presidió a su formación. La fuerza centrípeta no podría actuar sin la centrífuga en las armoniosas revoluciones de las esferas, pues todas las formas requieren fuerzas duales. Así, para la mejor comprensión del caso de que vamos tratando, podemos considerar el espíritu como la fuerza centrífuga y el alma como la centrípeta en el sistema suprafísico. Cuando actúan armónicamente ambas fuerzas producen el mismo efecto; pero si se perturba el movimiento del alma que centrípetamente tiende al centro que la

atrae, o si se la abruma con mayor peso de materia del que puede soportar, quedará rota la armonía del conjunto y, por consiguiente, la vida espiritual cuya continuidad requiere el concurso de ambas fuerzas, que si se perturban dañan a la individualidad humana y si se destruyen la aniquilan.

LOS "HERMANOS DE LA SOMBRA"

Los perversos y depravados que durante la vida interceptaron con su grosera materialidad el rayo del divino espíritu y estorbaron su íntima unión con el alma, se encuentran al morir magnéticamente retenidos en la densa niebla de la atmósfera material, hasta que, recobrada la conciencia, se ve el alma en aquel lugar que llamaron *Hades* los antiguos. La aniquilación de estas entidades desprovistas de espíritus no es nunca instantánea, sino que a veces tarda siglos, pues la naturaleza nunca procede a saltos ni por bruscas transiciones, y los elementos constituyentes del alma requieren más o menos tiempo para desintegrarse. Entonces se cumple la temerosa ley de compensación a que llaman *yin-yan* los budistas. Estas entidades son los elementarios terrestres, que los orientales designan con el alegórico nombre de "hermanos de la sombra". Su índole es astuta, ruin y vengativa, hasta el punto de que no desperdician ocasión para mortificar a la humanidad en desquite de sus sufrimientos, y antes de aniquilarse se convierten en vampiros, larvas y simuladores (58) que desempeñan los principales papeles en el gran teatro de las materializaciones espiritistas, con ayuda de los elementales genuinos, quienes se complacen en prestársela.

El eminente cabalista alemán Enrique Kunrath representa, en una lámina de su hoy rarísima obra *Amphitheatri Sapienoe AEternae*, las cuatro variedades de "espíritus terrestres". El hombre está en riesgo de perder su espíritu y convertirse en una de estas entidades elementarias hasta que cruza el dintel del santuario de la iniciación y levanta el VELO DE ISIS. Entonces ya no ha de sentir temor.

Aristóteles atribuía a la mente humana naturaleza material, anticipándose con ello a los fisiólogos modernos; y aunque ridiculizaba a los hilozoicos (59), admitía la distinción entre alma y espíritu (60); pero discrepaba de Estrabón en no creer, como cree éste, que toda partícula de materia tiene en sí misma la suficiente energía vital para desenvolver gradativamente un mundo tan multiforme como el nuestro (61).

La sublime moral que campea en la *Ética Nicomaqueana* de Aristóteles está entresacada de los *Fragmentos Éticos* de Pitágoras, según se infiere de la lectura de ambos textos, aunque el filósofo de Estagira no "jurase por el fundador de la tetractys" (62). Después de todo, ¿qué sabemos en verdad de Aristóteles? Su filosofía es tan abstrusa, que continuamente ha de ir llenando la imaginación del lector las lagunas que interrumpen la ilación de sus deducciones. Además, nos consta que las obras de este filósofo no han llegado íntegras a manos de los eruditos que hoy se deleitan en los al parecer ateísticos argumentos en pro de la teoría del destino expuesta por el autor. Los manuscritos de Aristóteles quedaron en poder de Teofrasto, de quien los heredó Neleo, cuyos sucesores los tuvieron olvidados en unos sótanos (63) durante siglo y medio hasta que los copió Apellicón de Theos, sin reparo en completar a su arbitrio los párrafos medio borrados por el tiempo e interpolar otros que no estaban en el original. Los eruditos nonocentistas podrían observar hechos y fenómenos, tan cuidadosamente como Aristóteles, cuyo ejemplo anhelan seguir, en vez de ponderar su método inductivo y sus teorías materialistas frente a la filosofía platónica y de negar hechos que por completo desconocen.

EVOCACIÓN DE LAS ALMAS

Lo que en anteriores capítulos dijimos acerca de los médiums y de la mediumnidad, no se funda en conjeturas, llevadas a cabo durante los últimos veinticinco años en la India, Tibet, Borneo, Siam, Egipto, Asia Menor y ambas Américas, donde vimos variadísimos aspectos de los fenómenos mediumnímicos y mágicos. La experiencia nos ha convencido profundamente en diversas lecciones de dos importantísimas verdades: 1ª, que el ejercicio de los poderes mágicos requiere indispensablemente pureza personal y voluntad recia; 2ª, que los espiritistas jamás podrán esttar seguros de la autenticidad de los fenómenos mediumnímicos, a no ser que se produzcan en pleno día y en tan rigurosas condiciones de comprobación que no consientan la más mínima tentativa de fraude.

A mayor abundamiento, añadiremos que, si bien por regla general las manifestaciones mediumnímicas de orden físico son obra de los espíritus de la naturaleza, sin otra finalidad que satisfacer su capricho, hay casos en que espíritus desencarnados de bondadosa índole se manifiestan, aunque *nunca se materializan personalmente*, cuando un motivo excepcionalmente poderoso, como por ejemplo, el anhelo de un corazón puro o el remedio de una necesidad urgentísima, les impele a dejar su radiante mansión para volver a la pesadísima atmósfera de la tierra.

Los magos y los teurgos se oponían resueltamente a la evocación de las almas. A este propósito dice Psello: “No evoques las almas, no sea que al mancharse retengan algo, ni tampoco poséis en ellas los ojos antes de iniciaros, pues con repetidos halagos seducen a los profanos” (64),

Por su parte corrobora Jámblico esta opinión diciendo que “es sumamente difícil distinguir los demonios buenos de los malos”. Por otra parte, si un espíritu desencarnado penetra en la para él sofocante atmósfera terrestre, corre el riesgo de que “al salir *retenga* algo de ella”, es decir, que se mancille su pureza y le sobrevengan más o menos graves sufrimientos. Así, pues, el verdadero teurgo se guardará muy mucho de exponer a los espíritus desencarnados a nuevos sufrimientos, como no lo requieran en absoluto los intereses de la humanidad. Tan sólo los nigrománticos evocan a las impuras almas de cuantos, por haber llevado en la tierra una vida perversa, están prontos a ayudarles en sus egoístas propósitos.

Para ahuyentar a los espíritus malignos se valían los teurgos de ciertas substancias químico-minerales, entre las que sobresalía por su eficacia la piedra llamada *mnizurin* (...). dice un oráculo zoroastriano: “Cuando se te acerque algún espíritu terrestre, levanta el grito y sacrifica la piedra mnizurin” (65).

CARTA CURIOSA

Pero descendamos de las poéticas altezas de la magia teúrgica a la prosaica e inconsciente magia de nuestros días y oigamos a los modernos cabalistas. De una carta anónima inserta en un periódico parisiense (66), entresacamos el siguiente pasaje:

Crea usted que no hay espíritus ni duendes ni ángeles ni demonios *encerrados en la mesa*: pero unos y otros pueden estar allí por efecto de *nuestra voluntad* o de nuestra imaginación... Este *mensambulismo* (67) es fenómeno antiguo, que aunque mal comprendido por los modernos, no tiene nada de sobrenatural y cae bajo el doble dominio de la física y la psicología. Pero desgraciadamente no era posible comprenderlo mientras no se descubriesen la electricidad y la heliografía, pues para explicar un fenómeno de orden espiritual hemos de apoyarnos en otro análogo de orden físico. Como todos sabemos perfectamente, la placa fotográfica no sólo es sensible a los objetos, sino también a sus imágenes. Ahora bien: el fenómeno en cuestión, que pudiéramos llamar *fotografía mental*, reproduce,

además *realidades*, los sueños de la imaginación, con tal fidelidad, que solemos confundir la copia de un *objeto real* con el negativo obtenido de una *imagen*...

Lo mismo puede magnetizarse una mesa que a una persona, pues consiste en saturar un cuerpo extraño de electricidad vital e *inteligente,* o del pensamiento del magnetizador y de los circunstantes.

A este respecto nada puede dar más exacta idea que la comparación con una máquina eléctrica que acumula el fluido en el colector para transmutarlo en fueza ciega. La electricidad acumulada en un cuerpo aislado adquiere una potencia de reacción igual a la acción para emitir sus vibraciones en efectos visibles de la electricidad inconsciente, mediante un acumulador también inconsciente que, en el caso de que vamos tratando, es la mesa giratoria. Pero no cabe duda de que el cerebro humano es una pila productora de *electricidad anímica*, o sea el éter espiritual que es el medio ambiente del universo *metafísico* o, por mejor decir, del universo *incorpóreo*; y, por lo tanto, forzosamente ha de estudiar la ciencia esta modalidad eléctrica antes de admitirla y comprender el capital fenómeno de la vida.

Parece que la electricidad cerebral requiere para manifestarse el concurso de la ordinaria electricidad estática, de modo que cuando hay escasa electricidad atmosférica o el ambiente está muy húmedo, apenas puede obtenerse nada de las mesas ni de los médiums.

No hay necesidad de que el pensamiento se fije con mucha precisión en el cerebro de los circunstantes, pues la mesa lo revela y expresa exactamente por *sí misma*, unas veces en prosa y otras en verso, después de borrar, corregir y enmendar el escrito lo mismo que hacemos nosotros. Si entre los circunstantes reina cordialidad y simpatía, la mesa toma parte en sus juegos y regocijos, cual lo hiciera una persona de carne y hueso; pero en cuanto a las cosas del mundo exterior, se limita a meras conjeturas, lo mismo que nosotros, e inventa, discute y defiende sus teorías filosóficas como el más consumado retórico. En una palabra, adquiere conciencia y raciocinio con los elementos que de entre los circunstantes se asimila...

Los norteamericanos creen que los espíritus de los muertos producen estos fenómenos; pero otros opinan más razonablemente que son obras de espíritus no humanos, y algunos los atribuyen a los ángeles, sin faltar quienes los achaquen al diablo que remeda las opiniones e ideas de los circunstantes, como les sucedía a los iniciados de los templos de Serapis, Delfos y otros, cuyos sacerdotes, a un tiempo médicos y teurgos, nunca quedaban defraudados en sus esperanzas cuando de antemano estaban convencidos de que iban a ponerse en comunicación con sus dioses.

Pero conozco demasiado bien el fenómeno para no estar seguro de que, después de saturada la mesa de efluvios magnéticos, adquiere inteligencia humana y libre albedrío, hasta el punto de conversar y discutir con los circunstantes mucho más lúcidamente que cualquiera de ellos, pues siempre es el todo mayor que la parte y la resultante mayor que cada una de las componentes... No debemos acusar a Herodoto de embustería cuando relata hechos ocurridos en circunstancias extraordinarias, pues son tan ciertos y exactos como cuantos refieren los demás autores de la antigüedad pagana.

Sin embargo, este fenómeno es tan antiguo como el mundo... Los sacerdotes de India y China lo conocieron antes que los egipcios y griegos, y aun hoy en día lo practican algunos pueblos salvajes, entre ellos los esquimales. Es el fenómeno de la fe, única determinante de todo prodigio, que “os será concedido en proporción de vuestra fe”. Quien así habló era, en efecto, la encarnada palabra de Verdad que ni se engañaba ni podía engañar a los demás y exponía un axioma que nosotros repetimos ahora sin muchas esperanzas de aceptación.

El hombre es un microcosmos o mundo diminuto que lleva en sí un estado caótico, una partícular del *Todo* universal. La tarea de los semidioses consiste en ir sistematizando su partícula por medio de un continuo esfuerzo mental y físico. Han de producir sin cesar nuevos resultados, nuevos efectos morales para completar la obra de la creación, creando a su vez con los informes y caóticos elementos suministrados por el Creador a Su propia imagen. Cuando el todo se perfeccione hasta el punto de parecerse a Dios y se sobreviva a sí mismo, entonces quedará completada la obra de la creación. Pero todavía estamos muy lejos de este momento final, porque puede decirse que en nuestro mundo está todo por hacer: instituciones, instrumentos y resultados. *Mens non solum agitat sed creat molem*.

Vivimos en este mundo en un ambiente mental que mantiene necesaria y perpetua solidaridad entre todos los hombres y todas las cosas. Cada cerebro es un ganglio, una estación del universal *telégrafo neurológico*, relacionada con las demás estaciones y con la central por medio de las ondas del pensamiento. El sol espiritual ilumina las almas, así como el sol físico ilumina los cuerpos, porque el universo es dual y obedece a la ley de los pares. El telegrafista torpe no interpreta bien los telegramas

divinos y los transmite errónea y ridículamente. Así pues, la verdadera ciencia es el único medio a propósito para extirpar las supersticiones y desatinos divulgados por los ignorantes intérpretes de las enseñanzas en todos los pueblos de la tierra. Estos ciegos intérpretes del *Verbo*, de la PALABRA, han exigido siempre de sus discípulos juramento *in verba magistri* sin el más leve examen.

No desearíamos otra cosa si fuesen fidelísimo eco de las voces internas que sólo engañan a quienes están poseídos del *falaz espíritu*. Pero dicen: "nuestro deber es interpretar los oráculos, pues nadie más que nosotros recibió del cielo esta misión. *Spiritus flat ubi vult* y no sopla más que hacia nosotros". Sin embargo, el espíritu sopla en *todas* direcciones y los rayos del sol espiritual iluminan todas las conciencias. Cuando todos los cuerpos y todas las mentes reflejen por igual esta doble luz, el mundo verá mucho más claro (68).

El autor de esta carta demuestra conocer a fondo la índole versátil de las entidades actuantes en las sesiones espiritistas, que sin duda alguna son del mismo linaje de las descritas por los autores antiguos, como los hombres de hoy son de la misma raza que los coetáneos de Moisés. En circunstancias armónicas, las manifestaciones subjetivas proceden de los seres llamados en la antigüedad "demonios buenos". Algunas veces las producen los espíritus planetarios (que no pertenecen a la raza humana), otras los espíritus de los difuntos o bien elementales de toda categoría; pero por lo general son los elementarios terrestres o entidades anímicas de hombres perversos ya desencarnados (69).

ESPÍRITUS DE LA NATURALEZA

No olvidemos lo dicho acerca de los fenómenos mediumnímicos *subjetivos y objetivos* ni perdamos jamás de vista esta distinción. En ambos linajes de fenómenos los hay buenos y malos. Un médium impuro atraerá las influencias viciosas, depravadas y malignas tan inevitablemente como el puro atraiga las virtuosas y benéficas (70). Aunque los espiritistas no crean en ellos, es indudable la existencia de los espíritus de la naturaleza, pues si en tiempo de los rosacruces hubo gnomos, sílfides, salamandras y ondinas, también debe haberlos en nuestros días. El *morador en el umbral*, de Bulwer Lytton, es un concepto modernamente derivado del *sulanuth* de los hebreos y egipcios a que alude el *Libro de Jasher* (71).

Los cristianos llaman "diablos", "engendros de Satanás" y otros nombres por el estilo a los espíritus elementales que no son nada de esto, sino entidades de materia etérea, irresponsables y ni buenas ni malas a no ser que reciban la influencia de otra entidad superior. Extraño es que los devotos llamen diablos a los esíritus de la naturaleza, cuando uno de los más ilustres Padres de la Iglesia, San Clemente de Alejandría, neoplatónico y tal vez teurgo, afirma apoyado en fidedignas autoridades, que es un absurdo llamar diablos a estos espíritus (72) pues no pasan de ser ángeles inferiores o "potestades que moran en los elementos, mueven los vientos y distribuyen las lluvias como agentes de Dios a quien están sujetos" (73).

De la misma opinión era Orígenes, que había militado en la escuela neoplatónica antes de convertirse al cristianismo, y Porfirio describió estos espíritus más minuciosamente que ningún otro autor.

Cuando se estudie más a fondo la naturaleza de las entidades manifestadas fenoménicamente, que los científicos identifican con la "fuerza psíquica" y los espiritistas con los espíritus de los difuntos, entonces recurrirán unos y otros a los filósofos antiguos para saber a qué atenerse en este punto.

La prensa espiritista ha relatado casos de aparición de formas espectrales de perros y otros animales domésticos; pero aunque en nuestra opinión dichas apariciones no sean otra cosa que jugarretas de los espíritus elementales, admitiendo el testimonio espiritista de que se aparezcan los "espíritus" de animales, tendríamos por ejemplo, que un orangután desencarnado, una vez franqueada la puerta de comunicación entre el mundo terrestre y el

astral, podría producir sin dificultad fenómenos físicos análogos a los que produjeron las entidades humanas, con la posibilidad de que aventajaran en perfección y originalidad a muchos de los que se ven en las sesiones espiritistas.

El orangután de Borneo tiene el cerebro menos voluminoso que el tipo ínfimo de los salvajes; pero, no obstante, poco le falta para igualar a estos en inteligencia; y según afirman Wallace y otros eminentes naturalistas, está dotado de tan maravillosa perspicacia, que únicamente se echa en él de menos la palabra para entrar en la ínfima categoría de la especie humana. Estos orangutanes apostan centinelas alrededor de sus campametnos, edifican chozas para guarecerse, preven y evitan los peligros, eligen caudillos y en el ejercicio de sus facultades demuestran que bien pueden parigualarse con los australianos de cabeza achatada, pues como dice Wallace, “las necesidades de los salvajes y su potencia mental apenas superan a las de los orangutanes”.

SUPERVIVENCIA DE LOS ANIMALES

Ahora bien; es opinión común que en el otro mundo no puede haber orangutanes porque no tienen alma; pero si algunos orangutanes igualan en inteligencia a muchos hombres, ¿por qué han de tener estos y aquéllos no, espíritu inmortal? Los materialistas dirán que ni unos ni otros lo tienen, sino que toda vida acaba con la muerte; pero los espiritualistas han estado siempre conformes en afirmar que el hombre ocupa en la escala de los seres el peldaño inmediatamente superior al del animal, y que desde el más rudo salvaje al más profundo filósofo posee algo de que el animal carece. Según hemos visto, enseñaron los antiguos que el hombre consta trínicamente de cuerpo, alma y espíritu, mientras que el animal está dualmente constituido de cuerpo y alma; los fisiólogos no descubren diferencia alguna de constitución entre el cuerpo del hombre y el del bruto, y los cabalistas convienen con ellos al decir que el cuerpo astral (el principio vital de los fisiólogos), es esencialmente idéntico en el hombre y en los animales. El hombre físico no es ni más ni menos que la culminación de la vida animal; y si, como también afirman los materialistas, es materia el pensamiento que en opinión de los audaces autores de *El Universo Invisible* “afecta a la materia de otros universos simultáneamente a la del nuestro” y no hay sensación placentera o dolorosa ni deseo emocional que no ponga en vibración el éter, ¿por qué las groseras vibraciones mentales del animal no se han de transmitir al éter y asegurar la continuación de la vida después de la muerte del cuerpo?

Sostienen los cabalistas que no es lógico creer por una parte en la supervivencia del cuerpo astral del hombre y por otra en la desintegración inmediata del de los animales. Después de la muerte del cuerpo físico sobrevive como *entidad* el cuerpo astral llamado por Platón (41) *alma mortal*, porque según la filosofía hermética renueva sus partículas constituyentes en cada una de las etapas que recorre el hombre para alcanzar más elevada esfera. Pone Platón en boca de Sócrates, en su coloquio con Callicles (75), que “el alma mortal retiene todas las características del cuerpo físico luego de muerto éste, con tal exactitud, que si un hombre sufrió en vida la pena de azotes tendrá el cuerpo astral con las mismas equimosis y cicatrices”. El cuerpo astral es calcada reproducción del físico bajo todos sus aspectos, por lo que sería absurdo y blasfemo creer que recibe premio o castigo el espíritu inmortal, la llama encendida en la inagotable céntrica fuente de luz e idéntica a esta luz en atributos y naturaleza. El espíritu inmortaliza la entidad astral según las disposiciones en que ésta le reciba. Mientras el hombre dual, cuerpo y alma, observen la ley de continuidad espiritual y permanezca en ellos la chispa divina, por débilmente que resplandezca, estará el hombre en camino hacia la inmortalidad de la futura vida; pero si se apegan a la existencia puramente material y refractan el divino rayo emanante del espíritu desde los comienzos de su peregrinación y desoyen las inspiraciones de

la avizora conciencia donde se enfoca la luz espiritual, no tendrán más remedio que someterse a las leyes de la materia.

Ciertamente que la materia es tan eterna e indestructible como el mismo espíritu, pero solamente en esencia, no en sus formas. El cuerpo carnal de un hombre groseramente materialista queda abandonado por el espíritu aun antes de la muerte física, y al sobrevenir ésta, el cuerpo astral moldea su plástica materia, con arreglo a las leyes físicas, en el molde que se ha ido elaborando poco a poco durnte la vida terrena. Como dice Platón, “asume entonces la formadel animal con quien más le asemejó su mala conducta” (76). Dice además, que, “según antigua creencia, las almas van al Hades al salir de la tierra y vuelven de allí otra vez para ser *engendradas de los muertos*... (77). Pero quienes vivieron santamente llegan a la pura mansión superior y habitan en las más elevadas regiones de la tierra” (78). También dice Platón en el *Fedro* que al término de su primera vida (79) van algunos hombres a los lugares de castigo situados *debajo* de la tierra (80).

LA CHISPA ARGENTINA

De todos los modernos tratadistas acerca de las aparentes incongruencias del *Nuevo Testamento*, tan sólo los autores de *El Universo invisible* han percibido un vislumbre de la cabalística verdad encubierta en la palabra *gehenna* (81) con la cual significaban los ocultistas la *octava* esfera (82), o sea un planeta como la tierra y relacionado con ella de modo que le sigue en la *penumbra*. Es una especie de caverna sepulcral, un “sitio en donde se consume todo desperdicio e inmundicia” y se regeneran las escorias y residuos de materia cósmica procedente de la tierra.

Enseña la doctrina secreta que si el hombre logra la inmortalidad continuará siendo trino como era en vida y trino será en todas las esferas, porque el cuerpo astral que durante la vida física está envuelto por el físico, se convierte después de la muerte carnal en envoltura de otro cuerpo más etéreo, que empieza a desarrollarse en el momento de la muerte terrena y culmina su desarrollo cuando a su vez muere y se desintegra el cuerpo astral. eSte proceso se repite en cada nuevo tránsito de esfera; pero el espíritu inmortal, la “argentina chispa” que el *doctor Jenwich* halla en el cerebro de *Margrave* (83) y no en el de los animales, es inmutable y jamás se altera “aunque se desmorone su tabernáculo”. Muchos clarividentes, fidedignos por lo lúcidos, corroboran las descripciones que Porfirio, Jámblico y otros autores hacen de los espíritus de los animales. Algunas veces los espectros animales se densifican hasta el punto de hacerse visibles a los circunstantes de una sesión espiritista. El coronel Olcott (84) relata el caso del densificado espectro de una ardilla que acompañó a una forma de mujer a la vista de los espectadores, desapareciendo y reapareciendo varias veces hasta entrar con la forma mujeril en el gabinete.

Pero prosigamos la argumentación. Si después de la muerte del cuerpo persiste la vida, ha de obedecer necesariamente esta vida a la ley de evolución, que desde la cúspide de la materia eleva al hombre a superior esfera de existencia. Pero ¿cómo es posible que esta ley de elevación sólo rija para el hombre y no para los demás seres de la naturaleza? ¿Por qué habían de quedar eliminados de ella animales y plantas, puesto que en las formas de unos y otras alienta el principio vital hasta que, como a la forma humana, las destruye la muerte? ¿Por qué el cuerpo astral de los animales no habría de sutilizarse en las otras esferas lo mismo que el del hombre? También los animales proceden evolutivamente de la materia cósmica y ninguna diferencia encuentran los naturalistas entre los principios orgánicos de los reinos animal, vegetal y mineral a los que el profesor Le Conte añade el reino elemental.

La materia evoluciona continuamente de cada uno de estos reinos al inmediato superior y, de conformidad con Le Conte, no hay en la naturaleza fuerza capaz de transportar la materia del reino elemental al vegetal o del mineral al animal sin pasar por los intermedios.

Ahora bien; nadie se atreverá a suponer que de entre las moléculas primariamente homogéneas, animadas por la energía evolutiva, tan sólo unas cuantas alcancen en su progresivo desenvolvimiento los confines superiores del reino animal, donde culmina el hombre, y las demás moléculas, dotadas de la misma energía, no pasen más allá del reino vegetal. ¿Por qué razón no han de estar todas estas moléculas sujetas a la misma ley de modo que el mineral evolucione en vegetal, el vegetal en animal y el animal en hombre, ya que no en *este nuestro planeta* en alguno de los innumerables astros del espacio? No hubiera en el universo la armonía que descubre la matemática astronómica, si la evolución se contrajera al hombre sin extenderse a los reinos inferiores. La psicometría corrobora las deducciones de la lógica y tal vez llegue tiempo en que los científicos honren la memoria de Buchanan, el moderno expositor de aquella ciencia. Un troz de mineral, un fósil vegetal o animal, representan viva y exactamente sus condiciones pasadas a la vista de un psicómetra, como un hueso humano le sugiere determinadas peculiaridades del individuo al que perteneciera; y por lo tanto, es lógico inferir de todo esto que la naturaleza entera está animada del mismo espíritu que sutilmente anima así la materia orgánica como la inorgánica.

ARMONÍA Y JUSTICIA

Antropólogos, fisiólogos y psicólogos se ven perplejos ante las causas primarias y finales sin comprender la analogía de las diversas formas materiales en contraste con los abismos de diferencia que advierten en el espíritu. Sin embargo, esta perplejidad proviene de que sus investigaciones se contraen a nuestro globo visible y no se atreven o no pueden ir más allá. Cabe en lo posible que la mónada universal, vegetal o animal, empiece a tomar forma en la tierra y haya de llegar al término de su evolución al cabo de millones de siglos en otros planetas conocidos y visibles, o desconocidos e invisibles para los astrónomos. La misma tierra, según antes dijimos, después de su muerte cósmica y desintegración física se convertirá en eterificado planeta astral. La armonía es ley fundamental de la naturaleza. Como es arriba, así es abajo.

Pero la armonía en el universo material es *justicia* en el mundo espiritual. La justicia engendra armonía y la injusticia discordia, que en el orden cósmico equivale a caos y aniquilación.

Si el hombre tiene espíritu ya evolucionado, l mismo espíritu debe alentar, por lo menos potencialmente, en los demás seres, con promesa de ir tambiénevolucionando con el tiempo, pues fuera inconcebible injusticia que el depravado criminal pudiera redimirse por el arrepentimiento y gozar de felicidad eterna, mientras que el inocente caballo hubiese de sufrir y trabajar a latigazos para que la muerte aniquile su ser. Semejante absurdo sólo cabe entre quienes creen que el hombre es el absoluto soberano del universo, y para quien fueron creadas todas las cosas, no obstante haber sido necesario que en satisfacción de sus culpas muriese nada menos que el mismo Dios y creador del universo, cuya cólera no se hubiera aplacado con ningún otro sacrificio.

Si, por ejemplo, un filósofo ha tenido que pasar por sucesivas etapas de civilización para llegar a serlo, y el salvaje es en cuanto a organización cerebral no muy inferior al filósofo (85) ni tampoco muy superior al orangután, no será despropósito inferir que el salvaje en este planeta y el orangután en otro, poblado por seres también semejantes *a cualquier otra imagen de Dios*, hallarán su respectiva oportunidad de llegar a las altezas de la filosofía.

Al tratar del porvenir de la psicometría dice Denton: “La astronomía no desdeñará el concurso de este poder, pues así como a medida que nos remontamos a los primitivos períodos

geológicos, descubrimos diversas formas orgánicas, así también cuando la penetrante mirada del psicómetra explore los cielos de aquellas remotas edades, descubrirá que hubo constelaciones ya extinguidas. El exacto y minucioso mapa del firmamento en el período silúrico nos revelaría muchos arcanos imposibles hoy de escudriñar. Hay fundados motivos para creer que no han de faltar psicómetras lo bastante hábiles para leer la historia cósmica, y tal vez la humana, de los cuerpos celestes (86).

Cuenta Herodoto que en la octava torre de Belo, en Babilonia, residencia de los sacerdotes astrólogos, había un santuario donde las profetisas quedaban en trance para recibir las comunicaciones del dios. Junto al lecho de las profetisas paraba una mesa de oro y sobre ella varias piedras que, según refiere Maneto, eran aerolitos cuyo contacto despertaba la visión profética. Lo mismo sucedía en Tebas y Patara (87).

Esto parece indicar que los antiguos conocían y practicaban extensamente la psicometría hasta el punto de que los profundos conocimientos astronómicos que reconoce Draper en los sacerdotes caldeos, antes dimanaban de la psicometrización de los aerolitos que de directas observaciones con instrumentos a propósito. Estrabón, Plinio y Helancio aluden al poder electromagnético del *betylo* o piedra meteórica que desde la más remota antigüedad tuvieron en suma veneración los egipcios y samotracios, quienes creían que los aerolitos tenían alma caída con ellos del cielo. En Grecia, los sacerdotes de la diosa Cibeles llevaban siempre consigo un pedazo de aerolito.

Es verdaderamente curiosa la coincidencia entre las prácticas de los sacerdotes de Belo y los experimentos del profesor Denton. Observa muy acertadamente Buchanan que la psicometría facilitará el esclarecimiento de los crímenes misteriosos, pues ningún acto criminal, por oculto que esté, puede escapar a la investigación del psicómetra cuyas facultades hayan sido debidamente educidas (88).

ESPÍRITUS MALIGNOS

A propósito de los espíritus elementarios, dice Porfirio: “Estos seres invisibles han recibido de los hombres adoración de dioses, y la creencia vulgar los tiene por capaces de transmutarse en entidades maléficas cuyas iras descargan sobre cuantos no los adoran” (89).

Por su parte Homero describe como sigue a los espíritus elementarios: “Nuestros dioses se nos aparecen cuando les ofrecemos sacrificios y se sientan a la mesa con nosotros para tomar parte en nuestros festines. Si encuentran algún fenicio que viaje solo, le sirven de guía y de una u otra manera manifiestan su presencia. Puede afirmarse que nuestra piedad nos aproxima tanto a ellos como el crimen y la efusión de sangre unieron a los cíclopes con la feroz raza de los gigantes (90).

Esto demuestra que los dioses a que alude Homero eran entidades amables y benéficas, ya fuesen espíritus desencarnados o espíritus elementarios, pero en modo alguno *diablos*.

Porfirio, discípulo personal de Plotino, es todavía más explícito al tratar de la naturaleza de los espíritus elementarios y dice a este propósito: “Los demonios son invisibles pero saben *revestirse* de variadísimas formas y figuras, a causa de que su índole tiene mucho de corpórea. Moran cerca de la tierra, y cuando logran burlar la vigilancia de los demonios buenos, no hay maldad que no se atrevan a perpetrar, ya por fuerza, ya por astucia... Es para ellos juego de niños excitar en nosotros las malas pasiones, imbuir en las gentes doctrinas perturbadoras y promover guerras, sediciones y revueltas de que solemos culpar a los dioses... Pasan el tiempo engañando a los mortales y burlándose de ellos con toda suerte de ilusorios prodigios, pues su mayor ambición es que se les tenga por dioses o por espíritus desencarnados (91).

Jámblico, el insigne teurgo de la escuela neoplatónica, trata también de esta materia diciendo: “Los buenos demonios se nos aparecen en realidad, al paso que los malos sólo pueden manifestarse en *quiméricas y fantásticas formas*... Los buenos demonios *no temen la luz* mientras que los malos *necesitan tinieblas*... Las sensaciones que despiertan en nosotros nos hacen creer en la realidad de cosas verdaderamente ilusorias” (92). Aun los más expertos teurgos se exponen a error en su trato con los elementarios, y así nos lo demuestra el mismo Jámblico cuando dice:”Los dioses, los ángeles, los demonios y las almas de los muertos quedan obligados por medio de la evocación y las oraciones; pero es preciso tener mucho cuidado con no equivocarse en las prácticas teúrgicas, pues pudiera suceder que os figuraseis comunicar con divinidades benéficas que responden a vuestra fervorosa plegaria y ser, por el contrario, malignos demonios con apariencia de buenos. Porque los elementarios asumen frecuentemente semejanza de dioses y fingen categoría muy superior a la que realmente les corresponde. Sus mismas fanfarronadas los delatan” (93).

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

Veinte años atrás, el barón Du Potet desahogó su indignación contra los científicos que achacaban a superchería los fenómenos psíquicos, diciendo: “Sobradas razones tengo para asegurar que estoy en camino del país de las maravillas y pronto pasmaré a las gentes de modo que se muevan a risa los más encopetados científicos, porque tengo el convencimiento de que *externamente* a nosotros hay agentes de *incalculable potencia* que pueden *infundirse en nosotros* y disponer de nuestro cuerpo a su antojo. Así lo creyeron nuestros antepasados y todas las religiones admiten la existencia de *seres espirituales*... Al recordar los innumerables fenómenos que he producido a la vista de miles de personas y al ver la estúpida indiferencia de la ciencia oficial ante un descubrimiento que eleva la mente a regiones desconocidas, no sé si hubiera sido mejor para mí participar de la común ignorancia, pues ya me siento viejo, precisamente en la época en que debí haber nacido. Se me ha calumniado impunemente, porque unas veces hablaba la ignorancia presumida, a que respondía con el silencio, y otras fluctué entre si contestar o no a las bravatas de gentes vulgares. ¿Es ello desidia o indiferencia? ¿Tiene el temor fuerza bastante para amedrentar mi espíritu? Nada de esto mella mi ánimo, sino que reconozco la necesidad de probar mis afirmaciones y aquí me detengo porque, si tal hiciera, sacaría del recinto del templo la sagrada inscripción que ningún profano debe leer. ¿Dudáis de la hechicería y de la magia? ¡Oh verdad! Eres abrumadora carga” (94).

Con mojigatería que en vano buscáramos fuera de la iglesia a que sirve, cita Des Mousseaux el pasaje transcrito en prueba, según él, de que tanto Du Potet como cuantos comparten sus creencias están influidos por el espíritu maligno.

El engreimiento es el más grande obstáculo con que tropiezan los espiritistas modernos para estudiar y aprender, pues treinta años de experiencias fenoménicas le parecen suficientes para asentar sobre inconmovibles bases las relaciones intermundanas, por haberles convencido, no sólo de que los muertos se comunican en prueba de la inmortalidad del espíritu, sino de que todo cuanto del otro mundo puede saberse se sabe por intervención de los médiums.

Los espiritistas desdeñan los recuerdos de la historia por insignificantes en comparación de su personal experiencia; y sin embargo, los problemas que tanto les preocupan quedaron resueltos hace miles de años por los teurgos que pusieron la clave a disposición de cuantos debida y conscientemente deseen estudiarlos. No es posible que se haya alterado el ordenamiento de la naturaleza ni que los espíritus y las leyes de hoy en nada se parezcan a las leyes y espíritus de la antigüedad. Tampoco cabe que los espiritistas presuman conocer los

fenómenos mediumnímicos y la naturaleza de los espíritus, mejor que toda una casta sacerdotal cuyos individuos estudiaron y ejercieron la teurgia en innumerable sucesión de siglos. Si son fidedignos los relatos de Owen, Hare, Edmonds, Crookes y Wallace, ¿por qué no han de serlo los de Herodoto, padre de la historia, Jámblico, Porfirio y cien más autores antiguos? Si los espiritistas han observado los fenómenos en rigurosas condiciones de comprobación, también los observaron en igualdad de condiciones los antiguos teurgos, que podían producirlos y modificarlos a su albedrío. El día en que se esclarezca esta verdad y las estériles especulaciones de los investigadores modernos retrocedan ante el detenido estudio de las obras teúrgicas, despuntará la aurora de nuevos e importantes descubrimientos en el campo de la psicología.

CAPÍTULO II

... ...

TAY.: Lyd de Mens, 20.

Las más potentes almas perciben intuitivamente la verdad y son de más ingeniosa índole. Según el oráculo, estas almas se salvan por su propio esfuerzo.

PROCLO.

Puesto que el alma evoluciona perpetuamente y en determinado tiempo *pasa a través de todas las cosa*s, se ve luego precisada a retroceder por el mismo camino y a proceder por el mismo orden de generación en el mundo, porque tantas cuantas veces se repiten las causas, otras tantas han de repetirse los efectos.

FICIN: *Oráculos caldeos.*

Sin un fin peculiar es el estudio artificiosa frivolidad de la mente.

YOUNG.

La ciencia escolástica nada ha comprendido de cuanto precede al momento en que se forma el embrión ni de lo que sigue después que el hombre baja a la tumba, pues ignora las relaciones entre espíritu, alma y cuerpo antes y después de la muerte. El mismo principio vital es intrincado enigma en cuya solución agotó infructuosamente el materialismo sus energías mentales. Ante un cadáver enmudece el escéptico si su discípulo le pregunta de dónde vino y adónde fue el morador de aquel cuerpo inerte. Por lo tanto, no tiene el discípulo más remedio que satisfacerse con la explicación de que el hombre procede del protoplasma o abandonar escuela, libros y maestro, para encontrar la explicación del misterio.

En ciertas ocasiones resulta tan interesante como instructivo observar de cerca las frecuentes escaramuzas entre la ciencia y la teología. Pero no todos los hijos de la Iglesia son tan desdichados en defenderla como el abate Moigno de París, quien, a pesar de sus buenas intenciones, fracasó en el empeño de refutar los librepensadores argumentos de Huxley, Tyndall, Du Bois-Raymond y otros tantos, para recibir en recompensa la inclusión de su obra en el índice de libros prohibidos por Roma.

Es muy peligroso aventurarse sin ayuda en una polémica con los científicos sobre cuestiones evidenciadas por la experimentación, porque en los asuntos que conocen (mientras no los mudan por otros), son invulnerables como Aquiles, a menos que su contrincante les hiera en el talón. Sin embargo, ni aun en el talón se creen los científicos vulnerables.

CONFERENCIA DEL P. FÉLIX

Antes de entrar de lleno en la materia de este capítulo, demostraremos una vez más la incapacidad de la ciencia moderna para explicar cuanto no cae bajo el dominio de crisoles y

retortas. Al efecto entresacaremos algunos pasajes de las conferencias que con el título de *Misterio y ciencia* dio el P. Félix en Nuestra Señora de París (1), inspiradas en el mismo espíritu predominante en la presente obra. El ingenioso predicador hirió en el talón a los científicos modernos, según puede colegirse de estas sus mismas frases:

Una temerosa palabra, la palabra CIENCIA, se nos echa encima para poner en pugna el progreso con el cristianismo. Con esta formidable evocación se intenta aterrarnos. A todo cuanto podamos decir nosotros para fundamentar el progreso en el crisitanismo, replican ellos invariablemente diciendo: "esto no es *científico*". Si hablamos de revelación, la revelación no es científica; si de milagros, no es científico el milagro. Así pretende la impiedad, fiel a sus tradiciones, matarnos con el arma de la ciencia. Es principio de tinieblas y presume ser luz y promete iluminarnos...

Cien veces me pregunté qué viene a ser esa terrible ciencia que amenaza devorarnos. ¿Es la ciencia matemática? Pues nosotros también tenemos nuestros matemáticos. ¿Son la física, la astronomía, la fisiología y la geología? Pues también el catolicismo cuenta con físicos, astrónomos, fisiólogos y geólogos (2) que no desempeñan mal papel en el mundo científico, que tienen sillón en las academias y nombradía en la historia. Según parece, lo que ha de acabar con nosotros no es tal o cual ciencia sino la ciencia en general.

¿Y por qué vaticinan la debelación del cristianismo por la ciencia? Pues porque enseñamos misterios y los misterios cristianos están en oposición con la ciencia moderna... Según ellos, el misterio es la negación del sentido común; la ciencia lo repugna; la ciencia lo condena; la ciencia ha hablado: ¡anatema!

Si el misterio cristiano fuese como pensáis, tendriais razón, y en nombre de la ciencia habría de recibir vuestro anatema, pues nada tan incompatible como la ciencia con el absurdo y la contradicción. Pero en gloria y honor de la verdad, los misterios del cristianismo son cosa muy diferente de lo que suponéis, pues si lo fueran ¿cómo explicar que durante cerca de dos mil años los hayan venerado tantos y tan esclarecidos talentos y genios sin que se les ocurriera renegar de la ciencia ni abdicar de la razón (3)? Por mucho que encomiéis la ciencia moderna y el pensamiento moderno y el genio moderno, lo cierto es que antes de 1789 había ya sabios. Si tan manifiestamente absurdos y contradictorios fuesen nuestros misterios, ¿cómo se comprende que tan poderosos genios los aceptaran sin asomo de duda? Pero líbreme Dios de insistir en la demostración de que el misterio no contradice a la ciencia. ¿De qué serviría probar con abstracciones metafísicas que la ciencia puede conciliarse con el misterio, cuando la creación entera demuestra incontrovertiblemente que el misterio por doquiera confunde a la ciencia? Yo declaro resueltamente que la ciencia no puede eludir el misterio, porque el misterio es la fatalidad de la ciencia.

¿Qué pruebas aduciremos? Miremos primeramente en torno del mundo material, desde el diminuto átomo al sol inmenso; y para formular la ley de la unidad en la diversidad a que armónicamente obedecen los cuerpos y movimientos siderales, pronunciáis la palabra *atracción* que compendia la ciencia de los astros. Decís vosotros que estos astros se atraen unos a otros en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias. Hasta ahora todo confirma esta ley que impera soberanamente en *los dominios de la hipótesis* y ha entrado en la categoría de axioma. Con toda mi alma rindo científico homenaje a la soberanía de la atracción y no seré yo quien intente eclipsar en el mundo de la materia una luz que se refleja en el del espíritu. El imperio de la atracción es evidente; es soberano; nos da en rostro. Pero ¿qué es la atracción?; ¿quién la ha visto?; ¿quién la ha palpado? ¿Cómo es que estos cuerpos mudos, sin sensibilidad ni inteligencia, ejercen inconsciente y recíprocamente la acción y reacción que los mantiene en equilibrio y armonía? La fuerza que atrae un sol a otro sol y un átomo a otro átomo ¿es acaso un medianero invisible que va de unos a otros? Pero entonces ¿quién es este medianero?; ¿de dónde dimana esta fuerza intermediaria que todo lo abarca y cuya acción no pueden eludir ni el sol ni el átomo? ¿Es o no esta fuerza algo distinto de los elementos recíprocamente atraídos? ¡Misterio! ¡Misterio!

Sí señores; esa atracción que tan esplendorosamente se manifiesta a través del mundo material es para vosotros misterio impenetrable; y sin embargo, ¿negaréis por ello su palpable realidad y su imperioso dominio?...

Por otra parte, advertid que los principios fundamentales de toda ciencia son tan misteriosos, que si negáis el misterio habréis de negar la ciencia misma. Imaginad la ciencia que os plazca, seguid el majestuoso vuelo de sus inducciones y en cuanto lleguéis a sus orígenes os encontraréis frente a frente de lo *desconocido* (4).

¿Quién es capaz de sorprender el secreto de la formación de un cuerpo o de la generación de un simple átomo? ¿Qué hay, no ya en el centro de un sol, sino en el centro de un átomo? ¿Quién ha sondeado el abismo de un grano de arena? Sin embargo, la ciencia estudia desde hace cuatro mil años el grano de arena, le da mil vueltas, lo divide y lo subdivide, lo tortura en sus experimentos, lo agobia a preguntas y le dice: ¿podré dividirte hasta lo infinito? Entonces, suspendida sobre el abismo, la ciencia titubea, vacila, se turba y confunde y desesperadamente exclama: *nada sé*. Pues si tan ignorantes estáis de la génesis e íntima naturaleza de un grano de arena ¿cómo podréis tener ni siquiera un vislumbre del ser viviente? ¿De dónde dimana la vida? ¿Cuándo empieza? ¿Qué la engendra y qué la mantiene?

¿Pueden los científicos redargüir al elocuente clérigo? Sin duda alguna el misterio les cerca por todos lados y el último reducto de Spencer, Tyndall o Huxley tiene grabadas en el frontis las palabras INCOMPRENSIBLE, AGNOSCIBLE.

La ciencia es comparable a un astro de brillante luz cuyos rayos atraviesan por entre una capa de negras y densas nubes. Si los científicos no aciertan a definir la atracción que mantiene unidas en concreta masa las partículas materiales de un guijarro, ¿cómo serán capaces de deslindar lo posible de lo imposible?

Además, ¿por qué habría de haber atracción en la materia y no en el espíritu? Si del éter densificado proceden por el incesante movimiento de sus moléculas las formas materiales, no es despropósito suponer que del éter sublimado dimanen las entidades espirituales, desde la monádica hasta la humana, en sucesiva evolución de perfeccionamiento. Basta la lógica para inferirlo así, aun prescindiendo de toda prueba experimental.

UN DILEMA

Nada importa el nombre que los físicos den al principio que anima la materia, pues resulta algo distinto de la materia cuya sutileza escapa a la observación; y si admitimos que la materia está sujeta a la atracción, no es razonable substraer a la atracción el principio que la anima. Al colectivo testimonio de la humanidad en pro de la supervivencia del alma se añade el más valioso todavía de gran número de pensadores, en corroboración de que hay una ciencia del espíritu, no obstante la terquedad con que los escépticos le niegan dicho título. La ciencia del espíritu penetra los arcanos de la naturaleza mucho más hondamente que pueda presumir la filosofía moderna, nos enseña la manera de hacer visible lo invisible y nos revela la existencia de espíritus elementarios y la naturaleza y propiedades de la luz astral, por cuyo medio pueden comunicarse los hombres con dichos espíritus. Analicemos experimentalmente las pruebas y no podrán negarlas ni la ciencia ni la iglesia en uyo nombre tan persuasivamente hablaba el P. Félix.

La ciencia moderna está en el dilema de o reconocer la legitimidad de nuestras hipótesis o admitir la posibilidad del milagro. Pero el milagro supone, según los científicos, la infracción de las ordinarias leyes de la naturaleza, que si una vez se quebrantan, también pueden quebrantarse varias otras en sucesión indefinida, destruyendo la inmutabilidad de dichas leyes y el perfecto equilibrio del universo. Por lo tanto, no cabe negar, so culpa imperdonable de obstinación, la presencia entre nosotros de seres incorpóreos que en distintas épocas y países vieron no miles sino millones de personas, ni tampoco cabe achacar dichas apariciones a milagros, sin desbaratar los fundamentos de la ciencia. ¿Qué pueden hacer los científicos cuando despierten de su orgulloso ensimismamiento sino dilatar con nuevos hechos su campo de experimentación?

La ciencia niega la existencia del espíritu en el éter, al paso que la teología afirma la existencia de un Dios personal; pero los cabalistas sostienen que ni la ciencia ni la teología hablan con razón, sino que los elementos representan en el éter las fuerzas de la naturaleza y el espíritu es la inteligencia que las rige y gobierna. Las doctrinas cosmogónicas de Hermes, Orfeo, Pitágoras, Sankoniatón y Berocio, se fundan en el axioma de que el éter (inteligencia) y el caos (materia) son los primordiales y coeternos principios del universo. El éter es el principio mental que todo lo vivifica; el caos es un principio fluídico sin forma ni sensiblidad. De la unión de ambos nace la primera divinidad andrógina cuyo cuerpo es la materia caótica y cuya alma es el éter (5). Tal es la universal trinidad según el metafísico concepto de los antiguos que, discurriendo por analogía, vieron en el hombre, formado de materia e inteligencia, el microcosmos o minúscula reproducción del Cosmos.

Si comparamos esta doctrina con las especulaciones de la ciencia que se detiene en las lindes de lo desconocido y no tolera que nadie vaya más allá de sus pasos, o bien con el dogma teológico de que Dios creó el mundo de la nada como juego de prestidigitación, no podemos por menos de reconocer la superioridad lógica y metafísica de la doctrina hermética. El universo existe y existimos nosotros; pero ¿cómo apareció el universo y cómo aparecimos nosotros en él? Puesto que los científicos no responden a esta pregunta y los usurpadores del solio espiritual anatematizan por blasfema nuestra curiosidad, no tenemos más remedio que recurrir a los sabios cuya atención se empleó en este estudio siglos antes de que se condensaran las moléculas corporales de los filósofos modernos.

Dice la antigua sabiduría que el visible universo de espíritu y materia es la concreción plástica de la abstracción ideal, con arreglo al modelo trazado por la IDEA divina. Así pues, nuestro universo estaba latente de toda eternidad, animado por el céntrico sol espiritual o Divinidad suprema. Pero esta Divinidad suprema no plasmó su idea sino que la plasmó su primogénito (6).

EL LIBRO DE LA VIDA

Los antiguos sólo contaban cuatro elementos, pero consideraron el éter como el medio transmisor entre el mundo visible y el invisible y creyeron que su esencia estaba sutilizada por la presencia divina. Decían, además, que cuando las inteligencias directoras se apartaban del reino que respectivamente les correspondía gobernar, quedaba aquella porción de espacio en poder del *mal*. El adepto que se disponga a entrar en comunicación con los invisibles ha de conocer perfectamente el ritual y estar muy bien enterado de las condiciones requeridas por el equilibrio de los cuatro elementos de la luz astral. Ante todo ha de purificar la esencia y equilibrar los elementos en el círculo de omunicación, de modo que no puedan entrar allí los elementarios. Pero ¡ay del curioso impertinente que sin los debidos conocimientos ponga los pies en terreno vedado! El peligro le cercará en todo instante por haber evocado poderes que no es capaz de dominar y por haber despertado a centinelas que únicamente dejan pasar a sus superiores. A este propósito dice un famoso rosacruz: “Desde el momento en que resuelvas convertirte en cooperador del Dios *vivo*, cuida de no entorpecer su obra, porque si tu calor excede de la proporción natural, excitarás la cólera de las *naturalezas húmedas* (7), que se rebelarán contra el fuego central y éste contra ellas, de lo que provendría una terrible escisión en el caos (8). Tu mano temeraria perturbará la armonía y concordia de los elementos y las corrientes de fuerza quedarán infestadas de innumerables criaturas de materia e instinto (9). Los gnomos, salamandras, sílfides y ondinas te asaltarán, ¡oh imprudente experimentador!, y como son incapaces de inventar cosa alguna, escudriñarán las más íntimas reconditeces de tu memoria (58) para refrescar ideas, formas, imágenes, reminiscencias y frases olvidadas de

mucho tiempo, pero que se mantienen indelebles en las páginas astrales del indestructible LIBRO DE LA VIDA".

Todos los seres organizados, así del mundo visible como del invisible, existen en el elemento más apropiado a su naturaleza. El pez vive y respira en el agua; el vegetal aspira ácido carbónico que asfixia al animal. Unas aves se remontan hasta las más enrarecidas capas atmosféricas y otras no alzan su vuelo más allá de las densas. Ciertos seres necesitan la plena luz del sol y otros prefieren las penumbras crepusculares o las nocturnas sombras. De este modo, la sabia ordenación de la naturaleza adapta las formas vivientes a cada una de sus diversas condiciones y por analogía podemos inferir, no sólo que no hay en el universo punto alguno inhabitado y que cada ser viviente crece y vive en condiciones apropiadas a la índole y necesidades de su especialidad orgánica, sino además que también el universo invisible está poblado de seres adaptados a peculiares condiciones de existencia, pues desde el momento en que existen seres suprafísicos, forzoso es reconocer en ellos diversidad análoga a la que echamos de ver en los seres físicos y más distintamente entre los hombres encarnados, cuyas personalidades subsisten diferenciadas al desencarnar.

Suponer que todos los seres suprafísicos son iguales entre sí y actúan en un mismo ambiente y obedecen a las mismas atracciones magnéticas, fuera tan absurdo como pensar que todos los planetas tienen la misma topografía o que todos los animales pueden vivir anfibiamente y que a todos los hombres les conviene el mismo régimen dietético.

Muchísimo más razonable es creer que las entidades impuras moran en las capas inferiores de la atmósfera etérea cercanas a la tierra, mientras que las puras están a lejanísima distancia de nosotros. Así es que, a menos de contradecir lo que en ocultismo pudiéramos llamar *psicomática*, tan despropósito fuera suponer que todas las entidades extraterrenas están en las mismas condiciones de existencia, como que dos líquidos de diferente densidad indicaran el mismo grado en el hidrómetro de Baumé.

Dice Görres que durante su permanencia entre los indígenas de la costa de Malbar, les preguntó si se les aparecían fantasmas, a lo que ellos respondieron: "Sí se nos aparecen; pero sabemos que son espíritus malignos, pues los buenos sólo pueden aparecerse rarísimas veces. Los que se nos aparecen son espíritus de suicidas, asesinados y demás víctimas de muerte violenta, que constantemente revolotean a nuestro alrededor y aprovechan las sombras de la noche para aparecerse, embaucar a los tontos y tentar de mil maneras a todos" (11).

Porfirio relata algunos hechos repugnantes de autenticidad corroborada experimentalmente por los estudiantes de ocultismo. Dice así: "El alma (12) se apega después de la muerte al cuerpo en proporción a la mayor o menor violencia con que se separó de éste, y así vemos que muchas almas vagan desesperadamente en torno del cadáver y a veces buscan ansiosas los putrefactos restos de otros cadáveres y se recrean en la sangre recientemente vertida que parece infundirles por un momento vida material" (13).

Por su parte dice Jámblico: "Los dioses y los ángeles se nos aparecen en paz y armonía. Los demonios malignos lo revuelven todo sin orden ni concierto. En cuanto a las *almas ordinarias* se nos aparecen muy raramente" (14).

OPINIÓN DE APULEYO

A esto añadiremos el siguiente pasaje de Apuleyo: "El alma humana (15) es un demonio al que en nuestro lenguaje podemos llamar genio. Es un dios *inmortal*, aunque ha nacido en cierto modo al mismo tiempo que el cuerpo en que habita. Por consiguiente, podemos decir que muere en el mismo sentido que decimos que nace. El alma nace en este mundo después de salir de *otro mundo (anima mundi*) en que tuvo precedente existencia. Así los dioses juzgan de

su comportamiento en todas las fases de sus varias existencias y algunas veces la castigan por pecados cometidos en una vida anterior. Muere luego de separada del cuerpo en que ha cruzado la vida como en frágil barquichuelo y ésta es, según creo, la oculta significación de aquel epitafio tan comprensible para el iniciado: *A los dioses manes que vivieron*. Pero esta especie de muerte no aniquila al alma, sino que la transforma en *larva*, es decir, los manes o sombras llamados lares en quienes honramos a las divinidades protectoras de la familia cuando se mantienen en actitud benéfica; pero cuando sus crímenes los condenan a errar se convierten en larvas y son el azote de los malos y el *vano* terror de los buenos" (16).

Tan explícitamente se expresa Apuleyo en este punto, que los reencarnacionistas apoyan en su autoridad la doctrina de que el hombre pasa por sucesivas existencias en este mundo hasta eliminar todas las escorias de su naturaleza inferior. Dice Apuleyo claramente que el hombre viene a este mundo procedente de otro cuyo recuerdo se ha borrado de su memoria. Así como de conformidad con el principio exonómico de la división del trabajo pasa un reloj de operario en operario hasta completar todas las piezas de su máquina en acabado ajuste, según el plan previamente trazado en la mente del mecánico, así también nos dice la filosofía antigua que el hombre concebido en la mente divina va tomando forma poco a poco en los diversos talleres de la fábrica del universo hasta culminar su perfección.

La misma filosofía nos enseña que la naturaleza nunca deja nada imperfecto, y si fracasa en el primer intento, lo reitera hasta triunfar. Cuando se desenvuelve un embrión humano, el plan de la naturaleza es que produzca un hombre físico, intelectual y espiritualmente perfecto. El cuerpo ha de nacer, crecer y morir; la mente ha de educirse, robustecerse y equilibrarse; el espíritu ha de iluminar mente y cuerpo de modo que con él se identifiquen. Todo er humano ha de recorrer el "círculo de necesidad" para llegar al término de su perfección. Así como los rezagados en una carrera se afanan tan sólo al principio, mientras que el vencedor no para hasta alcanzar la meta, así también en la carrera del perfeccionamiento hay espíritus que se adelantan y llegan a la meta cuando los demás quedan detenidos por los obstáculos que les opone la materia. Algunos desdichados caen para no volverse a levantar y pierden toda esperanza de vencimiento, pero otros se levantan y empiezan de nuevo la carrera.

LOS ARHATES

Los indos temen sobremanera la transmigración y reencarnación en formas inferiores, pero contra esta contingencia les dio Buda remedio en el menosprecio de los bienes terrenos, la mortificación de los sentidos, el dominio de las pasiones y la contemplación espiritual o frecuente comunión con Atma. El hombre reencarna a causa de la concupiscencia y de la ilusión que nos mueve a tener por reales las cosas del mundo. De los sentidos proviene la alucinación que llamamos contacto, del contacto el deseo, del deseo la sensación (también ilusoria), de la sensación la concupiscencia, la generación, y de la generación la enfermedad, la cecrepitud y la muerte. Así, a la manera de las vueltas de una rueda se suceden alternativamente los nacimientos y las muertes cuya causa determinante es el apego a las cosas de la tierra y cuya causa eficiente es el karma o fuerza de acción moral en el universo de que deriva el mérito y demárito. Por esto dice Buda: "Quien anhele librarse de las molestias del nacimiento, mate el deseo para invalidar así la causa determinante o sea el apego a las cosas terrenas". A los que matan el deseo les llama Buda *arhates* (17) que en virtud de su liberación poseen facultades taumatúrgicas. Al morir el arhat ya no vuelve a reencarnar y entra en el nirvana (18) o mundo de las causas, la suprema esfera asequible, en que se desvanece toda ilusión sensoria. Los filósofos budistas creen que los pitris (19) están reencarnados en grado y

condiciones muy superiores a las del hombre terrestre, pero nada nos dicen acerca de las vicisitudes de sus cuerpos astrales.

La misma doctrina que enseñó Buda en India seis siglos antes de J. C., enseñó Pitágoras un siglo después en Grecia. Gibbon demuestra lo muy penetrados que los fariseos judíos estaban de esta doctrina de la transmigración de las almas (20). El círculo de necesidad de los egipcios está indeleblemente grabado en los antiquísimos monumentos de aquel país. Jesús, al sanar a los enfermos les decía siempre: "Tus pecados te son perdonados". Esta expresión enciera la doctrina del mérito y demérito, análoga al concepto budista de que el enfermo sana cuando se le perdonan los pecados (21). Los judíos le dijeron al ciego: "¿Naciste del todo cargado de culpas y pretendes enseñarnos?"

Las opiniones de Dupuis, Volney e Higgins sobre la significación secreta de los ciclos, kalpas y yugas de induístas y budistas no merecen tenerse en cuenta porque dichos autores carecían de la clave necesaria para desentrañarla. Ninguna filosofía consideróa a Dios en *abstracto*, sino en sus diversas manifestaciones. La "Causa Primera" de las escrituras hebreas, la Mónada pitagórica, la "Esencia Única" de los induístas y el "En Soph" de los cabalistas expresan idéntico concepto. El Bhagavad indo no es creador, sino que se infunde en el huevo del mundo y de allí emana bajo el aspecto de Brahm, del mismo modo que la Duada pitagórica procede de la única y suprema Mónada (22). El Monas del filósofo de Samos es idéntico al induísta Monas (mente) que no tiene *apûrva* (causa material) ni está sujeto a aniquilación (23). En calidad de Prajâpati se diversifica Brahmâ desde un principio en doce dioses manifestados, cuyos símbolos son:

DIOSES MANIFESTADOS

1º. Fuego.
2º. Sol.
3º. Soma (omnisciencia).
4º. Vida (conjunto de seres vivientes).
5º. Vâyu (aire; éter denso).
6º. Muerte (soplo destructor).
7º. Tierra.
8º. Cielo.
9º. Agni (fuego inmaterial).
10º. Aditi (aspecto femenino del sol invisible).
11º. Mente.
12º. Ciclo sin fin (cuya rotación jamás se detiene) (24).

Después de esta duodécupla diversificación, se infunde Brahmâ en el universo visible y se identifica con cada uno de sus átomos. Entonces la Mónada inmanifestada, indivisible e indefinida, se retrae en el majestuoso y sereno apartamiento de su unidad y se manifiesta primero en la Duada y después en la Tríada, de que sin cesar emanan fuerzas espirituales que se individualizan en dioses (almas) para constituir seres humanos cuya conciencia ha de desenvolverse en una serie de nacimientos y muertes.

Un artista oriental ha simbolizado la doctrina de los ciclos en una muy significativa pintura mural que se conserva en un templo subterráneo situado en las cercanías de una pagoda budista. Trataremos de describirla según la recordamos.

Un punto céntrico simboliza el punto primordial del espacio. Tomando por centro este punto, se traza a compás una circunferencia cuyos comienzo ytérmino simbolizan la coincidencia de la emanación y la reabsorción. La circunferencia está compuesta de multitud de

circulitos a estilo de los troces de una pulsera, cuyas circunferencias representan el cinturón de la diosa pictóricamente figurada en su respectivo circulito. El artista colocó la figura de nuestro planeta en el nadir del círculo máximo, y a medida que el arco se acerca a este punto, los rostros de las diosas van siendo más hoscos y horribles, como no fueran capaces de imaginar los europeos. Cada círculo está cubierto de figuras de planetas, animales y hombres representativos de la flora, fauna y étnica correspondiente a aquella esfera, y entre cada una de éstas hay una separación marcada de propósito para significar que después de recorrer los distintos círculos en sucesivas transmigraciones, tiene el alma un período de reposo o nirvana temporal en que *âtmâ* olvida los pasados sufrimientos. El espacio entre los círculos simboliza el éter y aparece poblado de seres extraños, de los cuales los que están entre el éter y la tierra son los de "naturaleza intermedia" o espíritus elementales o elementarios, como los cabalistas los llaman algunas veces.

Dejamos a la sagacidad de los arqueólogos la dilucidación de si esta pintura es copia o es el mismo original debido al pincel de Berosio, sacerdote del templo de Belo, en Babilonia; pero advertiremos que los seres figurados en ella son precisamente los mismos que Berosio describe por boca de Oannes, el hombre-pez caldeo, diciendo que son horribles criaturas engendradas por la luz astral y la materia grosera (25).

Hasta ahora los paleólogos desdeñaron el estudio de las ruinas arquitectónicas correspondientes a las razas primitivas y hasta hace muy poco tiempo no les llamaron la atención las cuevas de Ajunta que se abren en las montañas de Chandor, a doscientas millas de Bombay, y las ruinas de la ciudad de Aurungabad, cuyos derruídos palacios y curiosos sepulcros fueron durante muchos siglos guarida de fieras (26).

REENCARNACIÓN

Pero examinemos ahora la doctrina de la reencarnación como filosofía variante de la metempsícosis, según la expone una de las primeras autoridades en la materia. Estriba la reencarnación en la repetida existencia de una misma individualidad en sucesivas personalidades, en un mismo planeta. Esta reiteración de la existencia terrena es forzosamente ineludible cuando por una modalidad cualquiera, la muerte violenta o prematura, queda la individualidad descarrilada del círculo de necesidad. Así tenemos que en los casos de aborto, mortalidad infantil, locura, imbecilidad e idiotismo, se entorpece la evolución del ser humano, cuya individualidad ha de revestirse de nueva personalidad para continuar la interrumpida obra, de conformidad con la ley de la evolución o sea con el plan divino. También es necesaria la reencarnación mientras los tres aspectos de la mónada no alcancen la unidad, de suerte que se identifiquen definitivamente el alma y el espíritu al llegar al término de la evolución espiritual paralela a la física. Conviene tener presente que no hay en la naturaleza fuerza alguna espiritual ni material capaz de transportar a la mónada de un reino a otro no inmediatamente superior, y así resulta naturalmente imposible que después de trascender la mónada el reino animal y entrar en el humano, salte de súbito al espiritual. Ni la individualidad de un feto abortado que no respiró en este mundo ni el de un niño muerto antes del uso de razón ni el del idiota de nacimiento cuya anormalidad cerebral (27) le exime de toda culpa, pueden recibir premio o castigo en la otra vida. Esta conclusión no es, después de todo, tan ridícula como otras sancionadas por la ortodoxia, pues la fisiología no ha esclarecido aún estos misterios y no faltan médicos que, como Fournié, le nieguen a dicha ciencia la posibilidad de progresar fuera del campo de la hipótesis.

Por otra parte, dicen las enseñanzas ocultas de Oriente, que algunas aunque raras veces el desencarnado espíritu humano cuyos vicios, crímenes y pasiones le hayan sumido en

la octava esfera (28), puede por un relampagueante esfuerzo de su voluntad elevarse de aquel abismo, como náufrago que sube a la superficie del agua (29). El ardiente intento de eludir sus sufrimientos, un anhelo vehemente de cualquier índole podrán llevarle de nuevo a la atmósfera de la tierra, ansioso de ponerse en contacto con los hombres. Estas entidades astrales son los vampiros magnéticos, no perceptibles por la vista, pero sí por sus efectos; los *demonios* subjetivos de las monjas, frailes, clarividentes y hechiceros medioevales (30); los demonios sanguinarios de Porfirio; y las larvas de los autores antiguos. Obsesas por estas entidades penaron en el tormento y subieron al patíbulo débiles y desdichadas víctimas.

Afirma Orígenes, que los malignos espíritus de cuya posesión habla el *Nuevo Testamento* eran espíritus humanos. Moisés conocía perfectamente la índole de estas entidades y las funestas consecuencias a que se exponían cuantos se prestaban a su maligna influencia, por lo que promulgó severas leyes contra los endemoniados. Pero Jesús, henchido de divino amor al género humano, *curaba* a los poseídos en vez de *matarlos*, como más tarde, prefiriendo la ley de Moisés a la de Cristo, mató la intolerancia clerical en las hogueras inquisitoriales a un sinnúmero de estos infelices acusados de brujos y hechiceros.

LOS HECHICEROS

¡Hechicero! Nombre potente que en pasados tiempos fue segura sentencia de muerte ignominiosa y en los nuestros es promesa cierta de sarcasmo y ridículo. Sin embargo, en todo tiempo hubo varones doctos que, sin menoscabo de su honradez científica ni mengua de su dignidad personal, atestiguaron públicamente la posibilidad de que existiesen “hechiceros” en la recta acepción de esta palabra. Uno de estos intrépidos confesores de la verdad fue el erudito profesor de la Universidad de Cambridge, Enrique More, que floreció en siglo XVII y cuya ingeniosa manera de tratar este asunto demanda nuestra atención.

Según parece, allá por los años de 1678, el teólogo Juan Webster publicó una obra titulada: *Críticas e interpretaciones de la escritura en contra de la existencia de hechiceros y otras supersticiones*. Enrique More juzgó esta obra muy “endeble y no poco impertinente”, como así lo declaraba en una carta dirigida a Glanvil (31) a la que acompañó un tratado de hechicería (32) con aclaraciones y comentarios explicativos de la palabra hechicero, de cuya etimología inglesa infiere More su equivalencia con la palabra sabio (33), y añade que sin duda el uso dilataría su acepción a la clase de sabiduría que se aparta de los conocimientos comunes y tiene algo de extraordinario, pero sin significar con ello *nada en oposión a la ley*. Sin embargo, con el tiempo se restringió de tal modo el concepto de las palabras brujo y hechicero, que sirvieron para denominar respectivamente a la mujer y al hombre capaces de hacer cosas extraordinarias y fuera de lo común, en virtud de pacto expreso o convenio tácito con *los espíritus malignos*.

La ley promulgada por Moisés contra la hechicería enumera diversos linajes de hechiceros, según se colige del siguiente pasaje: “No haya entre vosotros quien practique la adivinación ni sea agorero, encantador o hechicero, ni haga sortilegios ni consulte a los espíritus familiares, ni sea brujo o nigromántico”.

Más adelante expondremos el motivo de tamaña severidad. Por ahora diremos que después de definir cada uno de los nombres enumerados en el anterior pasaje con su verdadera significación en la época de Moisés, señala More la profunda diferencia entre brujo y las demás modalidades comprendidas en la ley mosaica, cuya diversidad enumerativa requiere la precisa significación de cada nombre para no contradecirlos unos con otros. El brujo no es en modo alguno el vulgar prestidigitador que en ferias y mercados embauca con sus suertes a los lugareños, sino tan sólo quien evoca espectros ilusorios con ayuda del *maligno espíritu* de que

está poseído, por lo cual usaba la ley mosaica de extrema severidad con ellos hasta el punto de ordenar: “No consentirás que viva ningún brujo (... *macashephah *)”. Verdaderamente hubiera sido tiranía emplear tamaño rigor con los infelices prestidigitadores y así tenemos que la ley mosaica sólo condenaba a muerte a los brujos (... ..., *shoel obh *) (34), esto es, el que evoca y consulta a los espíritus familiares, pues respecto a los demás linajes de hechicería, la ley se limita a prohibir el trato y concierto con ellos por ser idólatras.

Esta ley era cruel e injusta sin duda alguna, y de su texto se infiere cuán desencaminados andaban los médiums de las sesiones espiritistas de la América del Norte al decir, en comunicación recibida, que la ley de Moisés no condenaba a muerte a los brujos, sino que el sehntido de las palabras “no consentirás que un brujo viva” se contrae a que no viva del producto de su arte. Esta interpretación es en extremo peregrina y denota la pobreza filológica de las entidades que la inspiraron (35).

LA OBSESIÓN

Dice la cábala: “Cierra la puerta a la faz del demonio y echará a correr huyendo de ti, como si le persiguieses”. Esto significa que no debemos consentir la influencia de los espíritus de obsesión, atrayéndolos a una atmósfera siniestra.

Estos espíritus obsesionantes procuran infundirse en los cuerpos de los mentecatos e idiotas, donde permanecen hasta que los desaloja una voluntad pura y potente. Jesús, Apolonio y algunos apóstoles tuvieron la virtud de expulsar los espíritus malignos, purificando la atmósfera interna y externa del poseído, de suerte que el molesto huésped se veía precisado a salir de allí. Ciertas sales volátiles les son muy nocivas, como lo demostró experimentalmente el electricista londinense Varley colocándolas en un plato puesto debajo de la cama para librarse de las molestias que por la noche le asaltaban (36).

Los espíritus humanos de placentera e inofensiva índole, nada han de temer de ewtas manipulaciones, pues como se han desembarazado ya de la materia terrena, no pueden afectarles en lo más mínimo las combinaciones químicas, como afectan a los espíritus elementales y a las entidades apegadas a la tierra.

Los cabalistas antiguos opinaban que las larvas o elementales humanos tienen probabilidad de reencarnación en el caso de que, por un impulso de arrepentimiento bastante poderoso, se liberten de la pesadumbre de sus culpas con auxilio de alguna voluntad compasiva que le infunda sentimientos de contrición. Pero cuando la mónada pierde por completo su conciencia ha de recomenzar la evolución terrestre y seguir paso a paso las etapas de los reinos inferiores hasta renacer en el humano. No es posible computar el tiempo necesario para que se cumpla este proceso, porque la eternidad desvanece toda noción de tiempo.

Algunos cabalistas y otros tantos astrólogos admitieron la doctrina de la reencarnación. Por lo que a los últimos se refiere observaron que la posición de los astros, al nacer ciertos personajes históricos, se correspondía perfectamente con los oráculos y vaticinios relativos a otros personajes nacidos en épocas anteriores. Aparte de estas observaciones astrológicas, corroboró la exactitud de esta correspondencia, por algunos atribuida a curiosas coincidencias, el “sagrado sueño” del neófito durante el cual se obtenía el oráculo, cuya trascendencia es tanta que aun muchos de cuantos conocen esta temerosa verdad, prefieren no hablar ni siquiera de ella, lo mismo que si la ignorasen. En la India llaman a esta sublime letargia “el sagrado sueño de ***” y resulta de provocar la suspensión de la vida fisiológica por medio de cietos procedimientos mágicos en que sirve de instrumento la bebida del soma. El cuerpo del letárgico permanece durante algunos días como muerto y por virtud del adepto queda purificado de sus

vicios e imperfecciones terrenas y en disposición de ser el temporal sagrario del inmortal y radiante augeoides. En esta situación el aletargado cuerpo refleja la gloria de las esferas superiores como los rayos del sol un espejo pulimentado. El letárgico pierde la noción del tiempo y al despertar se figura que tan sólo ha estado dormido breves instantes. Jamás sabrá qué han pronunciado sus labios, pero como los abrió el espíritu, no pudo salir de ellos más que la verdad divina. Durante algunos momentos el inerte cuerpo se convertirá en infalible oráculo de la sagrada Presencia, como jamás lo fueron las asfixiadas pitonisas de Delfos; y así como éstas exhibían públicamente su frenesí mántico, del sagrado sueño son tan sólo testigos los pocos adeptos dignos de permanecer en la manifestada presencia de ADONAI.

A este caso podemos aplicar la descripción que hace Isaías de cómo ha de purificarse un profeta antes de ser heraldo del cielo. Dice en su metafórico lenguaje: “Entonces voló hacia mí un serafín con un ascua que había tomado del altar y la puso en mi boca y dijo: He aquí que al tocar esto en tus labios se han borrado tus iniquidades”.

En *Zanoni* describe Bulwer Lytton, en estilo de incomparable belleza, la invocación del purificado adepto a su augoeides, que no responderá a ella mientras se interponga el más ligero vestigio de pasión terrena. No solamente son muy pocos los que logran éxito en esta invocación, sino que aun estos lo consiguen únicamente cuando han de instruir a los neófitos u obtener conocimientos de excepcional importancia.

LA CLASE DE LA “KABALA”

Sin embargo, la generalidad de las gentes no se percata de la valía de los conocimientos atesorados por los hierofantes, pues como dice un autor: “Hay una recopilación de tratados y tradiciones, llamado *Kabala*, que se atribuye a los sabios orientales; pero como para estimar el valor de esta obra sería necesario tener la clave *que sólo pueden proporcionar las Fraternidades orientales*, ninguna utilidad allegaría su traducción a la masa general de lectores” (37). Así se explica que cualquier viajante de comercio, de los que a caza de pedidos recorren la India, escriba sentenciosamente a *The Times* dando por única norma de sus observaciones sobre la magia oriental los artificiosos engaños de titiriteros y prestidigitadores.

A pesar de esta demostración de ignorancia o mala fe, los habilísimos prestidigitadores Roberto Houdin y Moreau-Cinti dieron público y honrado testimonio a favor de los médiums franceses, pues cuando la Academia les pidió informe sobre el particular declararon que únicamente los médiums podían producir los fenómenos de golpeteo y levitación sin preparación a propósito ni aparatos especiales. También aseveraron que la “levitación sin contacto era fenómeno muy superior a la habilidad de todos los prestidigitadores profesionales, a menos de disponer de mecanismos ocultos y espejos cóncavos en un aposento adecuado. Añadieron, por otra parte, que la aparición de una mano diáfana, con absoluta imposibilidad de fraude por el previo registro del médium, era prueba plena de la causa *no humana* del fenómeno” (38).

ESPECTROS FINGIDOS

El profesor Pepper, director del Instituto Politécnico de Londres, inventó un ingenioso aparato para producir apariciones espectrales en público (39). Los fantasmas parecían reales y se desvanecían a voluntad del operador, pues todo el artificio consistía en el reflejo de una figura intensamente iluminada, sobre un espejo plano, tan hábilmente dispuesto, que producía la ilusión óptica del fantasma con todos sus movimientos en el escenario del teatro. A veces el fantasma se sentaba en un banco y fingía arremeter contra él uno de los actores, hasta que

agarrando éste una pesada hacha forjaba en los espectadores la ilusión de que decapitaba al espectro o le partía el cuerpo de alto abajo. El artificio funcionó admirablemente, a pesar de que se necesitaba mucha tramoya escénica con sus correspondientes tramoyistas, y el espectáculo atrajo todas las noches numeroso público. Sin embargo, algunos periódicos se aprovecharon de estas exhibiciones para ridiculizar a los espiritistas, sin percatarse de que nada tenía que ver una cosa con otra. Lo efectuado ilusoriamente por los espectros de Pepper pueden efectuarlo también en realidad los espíritus humanos desencarnados, cuando los elementales materializan su reflejo, hasta el punto de que los atravesarán con una espada o con un proyectil de arma de fuego sin la más leve herida. Pero sucederá lo contrario cuando se trate de espíritus elementarios, tanto cósmicos como humanos, porque cualquier arma o instrumento cortante o punzante bastará para que el terror los desvanezca. Esto les parecerá increíble a quienes ignoren de qué clase de materia están constituidos dichos elementarios, pero los cabalistas lo saben perfectamente y está corroborado por los anales de la antigüedad y de la Edad Media, aparte del testimonio jurídico de los fenómenos de Cideville en nuestros días.

Los escépticos, y aun no pocos espiritistas desconfiados, han acusado, con tanta frecuencia como injusticia, de impostores a los médiums cuando no se les consintió comprobar por sí mismos la realidad de las apariciones. En cambio, en otros muchos casos los espiritistas han sido crédulas víctimas de charlatanes y farsantes, al paso que menospreciaban las legítimas manifestaciones mediumnímicas por ignorar que cuando un médium sincero está poseído de una entidad astral, humana o no, deja de ser dueño de sí mismo y mucho menos puede gobernar a su gusto las acciones de la entidad a que sirve de medianero convertido en fantoche movido por hilos invisibles. El médium impostor puede fingir éxtasis y, sin embargo, poner entretanto en juego todo linaje de fraudes, mientras que el médium sincero puede estar despierto en apariencia, cuando en realidad está automáticamente dirigido por su guía, o también quedarse extático en el gabinete en tanto que el cuerpo astral se manifiesta en la sala animado por otra entidad.

De todos los fenómenos psíquicos, el más notable es el de la repercusión, íntimamente relacionado con los de ubicuidad y traslación aérea que en tiempos medioevales se tuvieron por arte de brujería. Gasparín se ocupó extensamente en este asunto al refutar el carácter milagroso de los fenómenos de Cideville; pero De Mirville y Des Mousseaux rebatieron a su manera las explicaciones del conde atribuyendo dichos fenómenos al diablo, con lo que, después de todo, les reconocían origen espiritual.

Dice sobre este particular Des Mousseaux: “Ocurre el fenómeno de repercusión cuando el golpe inferido al cuerpo astral desdoblado de una persona viviente produce herida incisa o contusa, según el caso, en el cuerpo físico y en el mismo punto vulnerado en el astral. Debemos suponer, por lo tanto, que el golpe repercute como si rebotase del espectro (40) al cuerpo vivo de la persona en cualquier paraje donde ésta se halle. Así, por ejemplo, si una entidad se me aparece en actitud hostil o sin aparecerse me amenaza con obsesionarme, no tengo más que herir al fantasma, en el primer caso, o asestar el golpe hacia donde yo presuma que ha de estar el invisible obsesionador, para que brote sangre en aquel sitio y se oiga a veces el grito de angustia que la entidad profiere al sentirse mortalmente herida (41). Pero sin embargo de que en el momento de asestarle el golpe estaba en otro sitio la persona cuyo espectro herí, repercutió la herida en el mismo punto del cuerpo físico vulnerado en el espectro. Por lo tanto, resulta evidente el íntimo parentesco de los fenómenos de repercusión con los de ubicuidad y desdoblamiento”.

BRUJERÍAS DE SALEM

El caso de las brujerías de Salem, tal como lo refieren las obras de Cotton Mather, Calef, Upham y otros autores, corrobora de curiosa manera la realidad de los desdoblamientos, así como la inconveniencia de consentir la antojadiza acción de los elementarios. Sin embargo, este trágico capítulo de la historia de los Estados Unidos no se ha escrito verídicamente todavía. Hacia el año 1704, cinco muchachas norteamericanas que frecuentaban la compañía de una india dedicada al nefando culto del *Obeah*, adquirieron facultades mediumnímicas y empezaron a notar dolores en diversas partes del cuerpo con señales de pinchazos, golpes y mordiscos causados, al decir de las muchachas, por los fantasmas de ciertas personas cuyas señas dieron. Dio publicidad a este suceso el famoso relato de Deodato Lawson (Londres 1704), por quien se supo que, según confesaron algunos de los acusados, eran en efecto autores de las lesiones inferidas a las muchachas, y al preguntárseles de qué modo se valían para ello, respondieron que pinchaban, golpeaban y mordían unas figuras de cera con vehementísimo deseo de que la lesión se produjera en la correspondiente parte del cuerpo de las muchachas. Una de las brujas, llamada Abigail Bobbs, confesó que había hecho pacto con el diablo, quien se le aparecía en figura de hombre y le mandaba atormentar a las muchachas, y al efecto le traía imágenes de madera cuyas facciones eran parecidas a las de la víctima señalada. En estas imágenes clavaba la bruja alfileres y espinas cuyas punzadas repercutían en el mismo sitio del cuerpo de las muchachas" (42).

La autenticidad de estos hechos, evidenciada por el irrecusable testimonio de los tribunales de justicia, corrobora acabadamente la doctrina de Paracelso; y por otra parte resulta curioso que un científico tan escrupuloso como Upham no se diera cuenta de que, al recopilar en su obra tal número de pruebas jurídicas, demostraba la intervención en dichos fenómenos de los maliciosos espíritus elementarios y de las entidades humanas apegadas a la tierra.

Hace siglos puso Lucrecio en boca de Enio los versos siguientes:

> Bis duo sunt hominis, manes, caro, *spiritus* umbra;
> Quatuor ista loci bis duo suscipirent;
> Terra tegit carnem;-tumulum circumvolat umbra,
> Orcus habet manes.

Pero en este caso, lo mismo que en todos sus análogos, los sabios eluden la explicación diciendo que son completamente *imposible*s.

Sin embargo, no faltan ejemplos históricos en demostración de que los elementarios se intimidan a la vista de un arma cortante. No nos detendremos a explicar la razón de este fenómeno, por ser incumbencia de la fisiología y la psicología, aunque desgraciadamente los fisiólogos, desesperanzados de descubrir la relación entre el pensamiento y el lenguaje, dejaron el problema en manos de psicólogos que, según Fournié, tampoco lo han resuelto por más que lo presuman. Cuando los científicos se ven incapaces de explicar un fenómeno, lo arrinconan en la estantería, después de ponerle marbete con retumbante nombre griego del todo ajeno a la verdadera naturaleza del fenómeno.

Le decía el sabio Mufti a su hijo, que se atragantaba con una cabeza de pescado: "¡Ay, hijo mío! ¿Cuándo te convencerás de que tu estómago es más chico que el océano?" O como dice Catalina Crowe: "¿Cuándo se convencerán los científicos de que su talento no sirve de medida a los designios del Omnipotente?" (43).

En este particular es más sencilla tarea citar no los autores antiguos que refieren, sino los que no refieren casos de índole aparentemente sobrenatural. En la *Odisea* (44) evoca Ulises el espíritu de su amigo el adivino Tiresias para celebrar la fiesta de la sangre, y con la desnuda

espada ahuyenta a la multitud de espectros que acudían atraidos por el sacrificio. Su mismo amigo Tiresias no se atreve a acercarse mientras Ulises blande la cortante arma. En la *Eneida* se dispone Eneas a bajar al reino de las sombras, y tan luego como toca en los umbrales, la sibila que le guía le ordena desevainar la espada para abrirse paso a través de la compacta muchedumbre de espectros que a la entrada se agolpan (45). Glanvil relata maravillosamente el caso del tamborilero de Tedworth ocurrido en 1661. El doble del brujo tamborilero se amedrentaba de mala manera a la vista de una espada.

Psello refiere extensamente (46) cómo su cuñada fue poseída de un elementario y el horrible estado en que la sumió el poseedor hasta que la curó un exorcizador extranjero, llamado Anafalangis, expulsando al maligno espíritu a fuerza de amenazarle con una espada. A este propósito da Psello una curiosa información de demonología que, según recordamos, es como sigue:

VULNERABILIDAD ASTRAL

Los cuerpos de los espíritus son vulnerables con espada u otra arma cualquiera. Si les disparamos un objeto duro les causará dolor, y aunque la materia de sus cuerpos no sea sólida ni resistente, tienen sensibilidad, por más que no tengan nervios, pues también siente el espíritu que los anima; y así el cuerpo de un espíritu puede ser sensible tanto en conjunto como en cada una de sus partes, de suerte que sin necesidad de organismo fisiológico el espíritu ve, oye y siente todo contacto. Si partís por la mitad el cuerpo de un espíritu, sentirá dolor como si residiera en cuerpo de carne, porque dicho cuerpo no deja de ser material, si bien de tan sutil naturaleza que no lo perciben nuestros ojos... Sin embargo, cuando amputamos los miembros de un cuerpo carnal no es posible reponerlos en su prístina disposición, mientras que inmediatamente de hendir a un demonio de arriba abajo vuelve a quedar tan entero como antes, como sucede cuando un cuerpo sólido atraviesa el aire o el agua sin dejar la más leve lesión. Mas a pesar de ello, los rasguños, heridas o golpes con que se vulnera el cuerpo de un espíritu le ocasionan dolor, y ésta es la razón de que a los elementarios les intimide la vista de una espada o cualquier arma cortante. Quien desee ver cómo huyen estos espíritus no tiene más que probar lo que decimos.

El demonólogo Bodin, uno de los científicos más eruditos de nuestra época, es también de opinión que a los elementarios, así cósmicos como humanos, les aterroriza hondamente la vista de espadas y dagas. De igual parecer son Porfirio, Jámblico, Platón y Plutarco, quien trata repetidas veces de este particular. Los teurgos estaban perfectamente enterados de ello y obraban en consecuencia, pues sabían que el más leve rasguño lesionaba los cuerpos de los elementarios.

A este propósito refiere Bodin (47) que en 1557, un elementario de la clase de los *relampagueantes* entró *con un rayo* en casa del zapatero Poudot e inmediatamente empezaron a caer piedras en el aposento sin dañar a ninguno de los circunstantes. La dueña de la casa recogió tal cantidad de piedras que pudo llenar un arcón, y aunque tomó la providencia de cerrar herméticamente puertas y ventanas y el mismo arcón, no cesó por ello la lluvia de piedras. Avisado del caso el alcalde del distrito fue a ver lo que ocurría, pero apenas entró en la habitación, el trasgo le arrebató el sombrero sin que se pudiera averiguar su paradero. Seis días hacía que duraba el fenómeno, cuando el magistrado Morgnes invitó a Bodin a presenciarlo, y al entrar en la casa se enteró de que le habían aconsejado al dueño que, después de encomendarse a Dios de todo corazón, recorriese el aposento espada en mano. En efecto, desde aquel punto no se volvieron a oír los estrépitos que en los siete días precedentes no habían cesado ni un instante (48).

En cuanto a los autores antiguos, Proclo aventaja a todos en relatos de casos sorprendentes, apoyados en testimonios de nota y algunos de esclarecida fama. Refiere varios

casos en que la posición de los cadáveres en el sepulcro se había mudado de horizontal en bípeda unas veces y en sedente otras, lo cual atribuye a que estos difuntos eran *larvas* como, según dicen otros autores de la época, lo fueron Aristio, Epiménides y Hermodoro. Por su parte cita Proclo cinco casos de muerte aparente, tomados de la historia de Clearco, discípulo de Aristóteles y ocurridos en las siguientes personas:

1.º El ateniense Cleónimo.

2.º El conspicuo eolio Policrito quien, según testimonio de los historiadores Nomaquio y Hiero, resucitó a los nueve meses de fallecido.

3.º Un vecino de Nicópolis llamado Eurino, que resucitó a los quince días de su muerte y vivió todavía algún tiempo con ejemplar conducta.

4.º El sacerdote Rufo, de Tesalónica, que resucitó al tercer día de su muerte para cumplir la promesa de ciertas ceremonias sagradas, después de lo cual murió definitivamente.

5.º Una mujer llamada Filonea, hija de Demostrato y Carito, vecinos de Anfípolis, en tiempo del rey Filipo. Murió poco después de haberse casado a disgusto con un tal Krotero, y a los seis meses de su muerte resucitó movida por el amor al joven Macates quien, de paso en la ciudad, se hospedaba en casa de los padres de la resucitada, donde ésta, o mejor dicho, el elemental que había tomado en apariencia corporal, visitó durante algunas noches al joven hasta que, al verse sorprendida, cayó exánime su cuerpo diciendo que obraba de aquella manera por obediencia a los demonios humanos. Todos los habitantes de la ciudad acudieron a ver el cadáver de Filonea después de su segunda muerte en casa de los padres, y al abrir el sepulcro para enterrarla lo encontraron vacío (49).

SUSPENSIÓN DE LA VIDA

Dice textualmente Proclo:

> Muchos otros autores antiguos refieren también casos de muertes seguidas más o menos pronto de resurrección. El filósofo naturalista Demócrito, al tratar del Hades, afirma que la muerte no es en algunos casos el cese completo de la vida orgánica, sino una suspensión causada por algún golpe o herida, de modo que el alma continúa ligada al cuerpo y en el corazón subsiste el empireuma de la vida que puede reanimar al cuerpo... El alma se separa algunas veces del cuerpo para infundirse nuevamente en él o en otro distinto, según experimentó Clearco en un niño dormido cuya alma atrajo por virtud de una varilla mágica, conduciéndola hasta cierta distancia con propósito de demostrar que el cuerpo permanecía inmóvil sin sufrir daño alguno y que infundida de nuevo en él daba el niño al despertar razón de todo cuanto le había pasado. Con esta experiencia convenció Clearco a Aristóteles de que el alma puede separarse temporalmente del cuerpo.

Tal vez se tilde de absurda la insistencia, en pleno siglo XIX, en los fenómenos de brujería; pero el siglo es ya algo viejo y empieza a chochear, pues no sólo repudia la infinidad de casos de brujería perfectamente comprobados en la Edad Media, sino también los que durante los últimos treinta años han acaecido en el mundo entero. Tras un intervalo de muchos miles de años cabría dudar del mágico poder de los sacerdotes tesalonicenses y sus hechicerías, según las relata Plinio (50); podríamos poner en tela de juicio lo que Suidas nos dice acerca del viaje aéreo de Medea y echar en olvido que la magia era el superior conocimiento de la filosofía natural; pero ¿cómo negar los repetidos viajes aéreos que hemos presenciado y corroboró el testimonio de centenares de personas de cabal juicio? Si la universalidad de una creencia prueba su verdad, pocos fenómenos tienen fundamento tan sólido como los de hechicería.

Tomás Wright, miembro del Instituto de Francia y adscrito a la escuela escéptica, se maravilla del misterioso florecimiento de la magia en diversas partes de Europa, y distingue entre la hechicería y la magia, diciendo al efecto:

> En toda época y todos los pueblos, desde el más inculto al más refinado, han creído en la especie de agente sobrenatural conocido con el nombre de magia, fundada en la universalmente extendida creencia de que, además de nuestra visible vida, vivimos en un invisible mundo de seres espirituales que suelen guiar nuestras acciones y *aun nuestros pensamientos*, y que tienen cierto poder sobre los elementos y el ordinario curso de la vida orgánica. El mago se diferencia del brujo en que éste es ignorante instrumento de los demonios y aquél es señor y dueño de ellos, con el potente valimiento de la ciencia mágica, que muy pocos dominan (51).

Si no basta la opinión de este escéptico veamos lo que dice sobre el particular el anónimo autor del *Arte Mágico*:

> El lector podrá preguntar en qué se diferencia el mago del médium. Este último es el instrumento pasivo de que se valen las entidades astrales para manifestarse fenoménicamente, mientras que el mago, por el contrario, puede atraer y repeler a los espíritus según su voluntad y llevar a cabo por sí mismo muchos actos de oculta potencia, así como someter a su servicio a entidades de jerarquía inferior a la suya y efectuar transformaciones en los seres orgánicos e inorgánicos de la naturaleza (52).

LA MEDIUMNIDAD

Este erudito autor olvida un rasgo distintivo que de seguro no desconoce. Los fenómenos físicos resultan de la actuación de las fuerzas a través del organismo del médium, manipuladas por entidades invisibles de diversa especie; y por lo tanto, la mediumnidad es una aptitud dimanante del peculiar temperamento orgánico, así como la magia con sus fenómenos subjetivamente intelectuales depende del temperamento espiritual del mago. De la propia suerte que el alfarero fabrica con una masa de barro toscas vasijas o artísticos jarrones, así también la materia astral de unos médiums puede ser a propósito para fenómenos psíquicos de muy distinta índole que la de otros. Una vez afirmado el temperamento peculiar del médium, es tan difícil alterar sus características como lo fuera dar al hierro en frío forma distinta de la que se le dio en la fragua. Por regla general, los médiums cuyas aptitudes se desenvolvieron con aplicación a una clase de fenómenos no sirven para la manifestación de otros.

La psicografía o escritura directa de comunicaciones es común a las dos modalidades de mediumnidad. La escritura en sí misma es un fenómeno físico, pero las ideas expresadas por medio de este sistema gráfico pueden ser de elevadísimo carácter espiritual, cuyo grado dependerá del estado anímico del médium. No es preciso que tenga mucha cultura para transcribir conceptos filosóficos dignos de Aristóteles, ni que sea poeta para componer poesías emuladoras de las de Byron o Lamartine; tan sólo se requiere que, por lo pura, sirva el alma del médium de vehículo a la sublimidad conceptiva de los espíritus superiores.

El autor del *Arte Mágico* describe un muy curioso caso de mediumnidad, cuyo sujeto fue una muchacha que, sin pluma ni tinta ni lápiz, transcribió en un período de tres años cuatro volúmenes dictados por los espíritus en sánscrito antiguo. Bastaba colocar el papel en blanco sobre un trípode cuidadosamente resguardado de la luz y que la niña sentada en el suelo reclinara la cabeza sobre él y lo abrazara por el pie, para que fueran apareciendo los caracteres escritos en las hojas de papel. Este caso de mediumnidad es tan notable y corrobora tan acabadamente el principio antes expuesto, que no podemos resistir al deseo de extractar un pasaje de dichos manuscritos, sobre todo por tratarse en él del estado prenatal del hombre, a que ya nos hemos referido, aunque incompletamente. Dice así:

El hombre vive en muchas tierras antes de llegar a ésta. en el espacio hormiguean miríadas de mundos donde el alma embrionaria recorre las etapas de su peregrinación hasta que alcanza el vasto y luminoso planeta llamado Tierra, cuya gloriosa función es *despertar la egoencia* (53). Entonces adquiere el alma la característica humana, pues hasta entonces, en las precedentes etapas de su larguísima y trabajosa peregrinación, residió en fugaces formas de materia sin explayar más que tenues aspectos de su esencial naturaleza en sucesivas muertes y nacimientos de transitoria y rudimentaria existencia espiritual, pero siempre con más vehementes ansias de progreso, cual mariposa que rompe la crisálida para tejerse nuevo capullo y volver a romperlo en escabrosa y áspera serie de elaboraciones y vuelos hasta que despierta en cuerpo humano (54).

Diremos por nuestra parte que en la India fuimos testigos oculares de una porfía de habilidad psíquica entre un fakir y un prestidigitador. Se había discutido antes acerca de las facultades propias de los pitris (espíritus preadámicos) del fakir y los invisibles cooperadores del prestidigitador, y se convino en que ambos pusieran a prueba su habilidad respectiva, bajo nuestro juicio arbitral, por designación de los circunstantes. Era la hora del asueto meridiano y estábamos a orillas de un lago de la India Septentrional, sobre cuyas límpidas aguas flotaban multitud de flores acuáticas de anchas y brillantes hojas. Cada contendiente tomó una hoja. El fakir se la puso en el pecho con las manos cruzadas sobre ella, y tras breve éxtasis la colocó en el agua con el reverso hacia arriba. El prestidigitador al propio tiempo tomó su hoja, y después de algunas palabras de encantamiento la arrojó al lago, con intento de recabar del “espíritu de las aguas” que impidiera en su elemento toda acción de los pitris del fakir. La hoja del prestidigitador se agitó al punto violentamente, mientras que la del fakir permanecía quieta. Al cabo de pocos momentos uno y otro recogieron su hoja respectivamente, y en la del fakir apareció una especie de dibujo simétrico de caracteres blancos como la leche, cual si la savia de la hoja hubiese servido de corrosivo jugo para trazarlos. De esto se enojó airadamente el prestidigitador, y cuando la hoja del fakir estuvo seca pudimos ver todos que los caracteres eran sánscritos y expresaban una profunda máxima moral, con la particularidad de que el fakir era analfabeto. En la hoja del prestidigitador apareció dibujado un rostro de lo más horriblemente repulsivo. Así es que cada hoja quedó estigmatizada según el carácter respectivo de los contrincantes y la índole de las entidades espirituales que a uno y a otro servían.

Pero con profunda pena hemos de dejar la India de cielo azul y misterioso pasado, de místicos devotísimos y habilidosos prestidigitadores, para respirar de nuevo la pesada atmósfera de la Academia francesa.

FENÓMENOS DE CEVENNES

La obra de Figuier titulada: *Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos*, abunda en citas de las más conspicuas autoridades en fisiología, psicología y medicina (55), que denotan cuán tímida, prejuiciosa y superficialmente trataron las cuestiones psicológicas. Impelido el autor por el turbulento espíritu de la ciencia, forma el propósito de acabar con la superstición y el espiritismo, ofreciéndonos un resumen de los más notables fenómenos mediumnímicos ocurridos en los dos últimos siglos. Abarca este resumen los casos de los profetas de Cevennes, camisardos, jansenistas, abate París y otros ya descritos por cuantos autores se han ocupado en este asunto durante los pasados veinte años, por lo que en vez de discutir la verdad o falsía de los hechos, nos contraeremos a la crítica de las explicaciones que de ellos dieron los científicos que los examinaron. Así verá el lector cuán poco puede esperar el ocultismo de la ciencia oficial, pues si los más famosos fenómenos psíquicos de la historia se tratan con tanta ligereza, mucha menor atención prestarán los científicos a otros fenómenos igualmente interesantes, aunque no tan ruidosos. La obra de Figuier está basada en informes

académicos, procesos jurídicos y sentencias de tribunales que cualquiera puede consultar como documentos de comprobación; pero contra todo ello se revuelve el autor con peregrinos argumentos que merecen acerbos comentarios del demonólogo Des Mousseaux (56). El estudiante de ocultismo podrá escoger entre el escéptico y el mojigato.

Comencemos por los fenómenos ocurridos en Cevennes a fines de 1700. Una masa de dos mil personas, entre hombres, mujeres y niños, animados de espíritu profético resistieron año tras año a las tropas del rey que con las milicias del país llegaron a reunir un ejército de sesenta mil hombres. Esta inconcebible resistencia es ya de por sí un prodigio. Entre los informes oficiales que se dieron sobre el caso, se conserva el enviado a Roma por el abate Chayla, prior de Laval, quien declara en estos términos: "Es tan poderoso el espíritu maligno, que ni tortura ni exorcismo alguno bastan para expulsarlo del cuerpo de los cevenenses. Mandé que algunos poseídos pusieran las manos sobre ascuas y no sufrieron ni la más leve chamuscadura. A otros se les envolvió el cuerpo en algodones empapados de aceite y después se les prendió fuego sin levantar la más ligera ampolla. Otras veces los proyectiles de arma de fuego que contra ellos se disparaban se aplastaron entre ropa y piel sin ocasionarles el menor daño".

En este y otros informes se apoya Figuier para argumentar según vamos a ver:

> A fines del siglo XVII una vieja llevó a Cevennes el espíritu de profecía comunicándolo a unos cuantos jóvenes de ambos sexos que a su vez lo difundieron por todo el pueblo, siendo mujeres y niños los más fáciles al contagio, de suerte que todos los poseídos, aun las tiernas criaturas de un año hablaban por inspiración en correcto y puro francés desconocido de ordinario en aquella comarca cuya habla natural era el patués. Ocho mil profetas se derramaron por la comarca, y a presenciar tan maravilloso fenómeno acudieron muchos médicos de las Facultades de Francia, entre ellas la renombrada de Montpeller, quienes se admiraron de escuchar de labios de analfabetas criaturas discursos sobre materias de que no entendían ni una palabra. Sin embargo, los médicos no se daban cuenta de lo que veían, aunque muchos profetizantes comunicaban vigorosamente su espíritu a quienes intentaban romper el hechizo. Los discursos duraban a veces horas enteras, de modo que hubieran fatigado en estado normal a los diminutos oradores. Pero todos estos fenómenos no fueron ni más ni menos que efecto de una transitoria exaltación de las facultades intelectuales, según suele observarse en muchas afecciones del cerebro (57).

Escuchemos ahora los comentarios de Des Mousseaux:

> No se concibe cómo Figuier atribuye a exaltación momentánea una tan prodigiosa serie de fenómenos como los que refiere en su obra, pues semejante *exaltación momentánea* dura muchas horas en cerebros de criaturas de un año, no destetadas todavía, que hablan en correcto francés antes de aprender ni una sílaba de su nativo patués. ¡Oh milagro de la fisiología! Debiéramos llamarte prodigio.

TEOMANÍA E HISTERISMO

Dice Figuier en su ya citada obra que el doctor Calmeil, al ocuparse en su tratado sobre la locura de la *teomanía* extática de los calvinistas, afirma que esta enfermedad debe atribuirse en los casos más benignos al histerismo, y en los más graves a la epilepsia. Pero Figuier opina por su parte que era una enfemedad característica a la que llama *convulsión* de Cevennes (58).

Otra vez tropezamos con la *teomanía* y el *histerismo*, como si las corporaciones médicas estuviesen aquejadas de *atomomanía* incurable, pues de otro modo no se comprende que incurran en tamaños absurdos y esperen que haya de aceptarlos la ciencia.

Prosigue diciendo Figuier que tan furibunda era el ansia de exorcisar y achicharrar, que los frailes veían poseídos en todas partes para cohonestar milagros con que poner más en claro la omnipotencia del diablo o asegurar la pitanza monacal. (59).

Des Mousseaux agradece a Figuier este sarcasmo, en gracia a que es uno de los pocos tratadistas franceses que no niegan la autenticidad de fenómenos realmente innegables, y además desdeña el método empleado por sus predecesores, de cuyo camino declaradamente se aparta, diciendo a este propósito:

> No repudiaremos por indignos de crédito determinados hechos tan sólo porque se oponen a nuestro sistema. Antes al contrario, recopilaremos todos cuantos la historia compruebe y en ellos nos apoyaremos para darles *explicación natural* que añadiremos a las de los sabios que nos precedieron en el examen de esta cuestión (60).

Después dice Des Mousseaux (61) que Figuier pasa a ocuparse de los convulsionarios de San Medardo e invita a sus lectores a examinar bajo su dirección los prodigiosos fenómenos que, según él, son simples efectos de la naturaleza.

Pero antes de seguir analizando por nuestra parte las opiniones de Figuier, veamos en qué consistieron los milagros de los jansenistas, según comprobación histórica.

El año 1727 murió el abate jansenista París, en cuya tumba empezaron a observarse de allí a poco sorprendentes fenómenos que acudían a presenciar multitud de curiosos. Exasperados los jesuitas de que en el sepulcro de un hereje se operaran tales prodigios, recabaron de la autoridad la prohibición de acercarse a la tumba del abate; pero no obstante, continuaron repitiéndose los fenómenos durante unos veinte años, y el obispo Douglas pudo convencerse de ellos por sí mismo cuando con este solo propósito fue a París en 1749. En vista de lo infructuoso de sus tentativas para invalidar estos hechos, no tuvo el clero católico otro remedio que reconocerlos, aunque, como de costumbre, los achacó al diablo. A este propósito dice Hume:

> Seguramente no se habrán atribuido jamás a taumaturgo algunos tantos milagros como los que se dice ocurrieron últimamente en París, junto al sepulcro del abate París. Los sordos oyen, los ciegos ven y los enfermos sanan apenas tocan la tumba, según testimonio de personas ilustradas... Ni los mismos jesuitas, a pesar de su cultura, del apoyo que reciben del poder civil y de su enemiga a los jansenistas cuya doctrina profesaba el difunto abate, han sido capaces de negarlos ni de dar satisfactoria explicación de ellos (62).

FENÓMENOS INSÓLITOS

Pero escuchemos ahora el algún tanto minucioso extracto que de los procesos verbales levantados con ocasión de las insólitas ocurrencias de Cevennes hace Figuier en su ya citada obra. Dice así:

> Una convulsionaria se colocó pecho arriba, doblada en arco, sin otro apoyo que una estaca hincada en el suelo cuya punta libre sostenía el cuerpo por la región lumbar. Puesta de este modo la joven, en mitad del aposento, le dejan caer, a su misma instancia, sobre el abdomen, una piedra de cincuenta libras de peso, luego de levanta en alto por medio de una cuerda arrollada a una carrucha fija en el techo. Los circunstantes, entre quienes se contaba Montgerón, atestiguaron que la punta de la estaca no penetró en la carne ni siquiera dejó señal en la piel a pesar de la violencia del golpe que, por otra parte, no molestó en lo más mínimo a la muchacha, quien lejos de quejarse, decía gritando que la golpearan con más fuerza. Otro caso es el de Juana Maulet, joven de veinte años, que puesta de espaldas a la pared recibió en la boca del estómago cien martillazos descargados por un robusto

hombretón a cuyos golpes retemblaba la pared. Para comprobar la violencia percusora de los martillos, el mismo Montgerón golpeó con la maza de un jansenista la pared contra que se apoyaba la joven, y a los veinticinco golpes abrió un boquete de más de medio pie. También refiere Montgerón que en otras ocasiones se hizo la prueba golpeando una barrena apoyada sobre la boca del estómago de convulsionarios de uno y otro sexo, en cuyo semblante se reflejaba el deleite que, según confesión propia, les causaba una tortura capaz de atravesarles las entrañas hasta el espinazo... A mediados del siglo XIX, ocurrieron en Alemania fenómenos de posesión en la persona de unas monjas que daban saltos mortales, trepaban ágilmente por las paredes y hablaban sin dificultad idiomas extranjeros (63). Sin embargo, el remedio de todo ello consistía en que las poseídas recurriesen al matrimonio (64)... He de añadir que los fanáticos de San Medardo tan sólo recibían los golpes durante las crisis convulsivas y, por consiguiente, como indica el doctor Calmeil, el estado de turgencia, contracción, erotismo, espasmo o dilatación en que, según los casos, quedaba el organismo de los convulsos, pudo muy bien amortiguar y aun resistir la violencia de los golpes. La asombrosa insensibilidad de la piel y del tejido adiposo en casos que debieran haberlos desgarrado, se explica por la consideración de que en momentos de extrema emotividad, como los paroxismos de ira, temor y cólera, también queda insensible el organismo... Por otra parte, dice asimismo el doctor Calmeil, que para golpear los cuerpos de los convulsivos se empleaban instrumentos muy voluminosos de superficie plana y redondeada o bien de forma cilíndrica y punta roma, cuyo efecto vulnerante es muchísimo menor que si se hubieran empleado cordeles o instrumentos punzantes de mucha elasticidad. Así es que los golpes producían en el organismo de los convulsivos el mismo efecto que un saludable masaje, al paso que aminoraban los dolores propios del histerismo (65).

Conviene advertir ahora que cuanto precede no es burla socarrona, sino la explicación que de los fenómenos da por pluma de Figuier una de las eminencias médicas de Francia en aquel entonces, el doctor Calmeil, director del manicomio de Charentón, lo cual infunde la sospecha de si al cabo de tantos años de trato no le contagiarían sus pupilos. Además, no tiene en cuenta Figuier que en otro pasaje de su obra (66) describe gráficamente la resistencia que el cuerpo de la convulsa Elia Marión opuso, como si fuese de hierro, a la afilada punta de un cuchillo, así como también dice que en varias ocasiones se emplearon puntiagudas barras de hierro, espadas y hachas y otras armas punzantes y cortantes.

RETO ORIGINAL

Al comentar el pasaje que acabamos de transcribir exclama Des Mousseaux:

¿Estaba en sus cabales el ilustrado médico cuando escribió esto? Si los doctores Calmeil y Figuier quisieran sostener sus afirmaciones, les replicaríamos diciendo que ningún inconveniente tendríamos en creerles, con tal de que para demostrarlas más prácticamente nos permitieran despertar en su ánimo una violenta y terrible emoción de cólera o ira. Al efecto, en interés de la ciencia y con el previo consentimiento de ambos doctores, les diríamos, ante un concurso no sabedor de nuestro trato, que sus escritos son una asechanza a la verdad, un agravio al sentido común, una ignominia que tal vez soporte el papel, pero que no debe aguantar el público. Añadiremos que falsifican la ciencia y embaucan a los ignorantes bobalicones agrupados a su alrededor, como en gentío en torno de un frívolo sacamuelas... Y cuando henchidos de cólera, revuelta la bilis y encendido el rostro lleguéis al paroxismo de la ira, golpearemos vuestros *turgentes* músculos y descargaremos lluvias de piedras en las partes que como más insensibles nos indiquen vuestros amigos, pues el mismo trato recibieron los cuerpos de las convulsas mujeres que parecían complacerse en el dolor. Mas para que no os veáis privados de la saludable satisfacción de ese masaje a que aludís, contundiremos vuestros cuerpos con instrumentos cilíndricos de superficie lisa como, por ejemplo, rígidos garrotes y estacas primorosamente torneadas, si lo preferís... En todo caso podemos llevar nuestra generosidad al extremo de permitiros poner en substitución de vuestras personas, las de vuestras hermanas, esposas e hijas, pues habéis advertido que el sexo débil demuestra mayor fortaleza en estas desconcertadas pruebas.

Inútil es decir que el reto de Des Mousseaux no obtuvo respuesta.

CAPÍTULO III

De extraña condición es la inteligencia humana, pues antes de alcanzar la verdad parece como si necesitara obstinarse durante largo tiempo en el error.

MAGENDIE.

La verdad que proclamo está esculpida en los monumentos antiguos. Para comprender la historia es preciso estudiar el simbolismo de pasadas épocas, los sagrados signos del sacerdocio y el arte de curar de los tiempos primitivos, ya olvidado hoy en día.

BARÓN DU POTET

Es axiomático que todo cúmulo de hechos desordenados requieren una hipótesis para su ordenamiento.

SPENCER

Para encontrar fenómenos análogos a los expuestos en el capítulo precedente es preciso recurrir a la historia de la magia. En todas las épocas y países se ha conocido el fenómeno de la insensibilidad del cuerpo humano en grado suficiente para resistir sin dolor golpes, pinchazos y aun disparos de arma de fuego; pero si la ciencia no se ve capaz de explicar satisfactoriamente este fenómeno, con ninguna dificultad tropiezan para ello los hipnotizadores que conocen las propiedades del fluido. Poca admiración han de causar los milagros de los jansenistas a hombres que mediante unos cuantos pases magnéticos logran anestesiar determinadas partes del cuerpo hasta el punto de dejarlas insensibles a las quemaduras, incisiones y pinchazos. Los magos de Siam y de la India están sobradamente familiarizados con las propiedades del misterioso fluido vital (*akâsha *) para que les extrañe la insensibilidad de los convulsivos, porque saben comprimir dicho fluido alrededor del sujeto, de modo que forme como una coraza elástica absolutamente invulnerable a los contactos físicos, por violentos que sean.

En la India, Malabar y algunas comarcas del África central no tienen los magos inconveniente en que cualquier viajero les descerraje un tiro sin ninguna prevención por su parte. Según refiere Laing (1), el primer europeo que visitó la tribu de los sulimas, cerca de las fuentes del río Dalliba, pudo presenciar cómo unos soldados dispararon contra el jefe de la tribu sus bien cargadas armas, sin que le causaran daño alguno, a pesar de que por toda defensa sólo llevaba unos cuantos talismanes. Caso parecido relata Saverte (2) diciendo que en el año 1586 el príncipe de Orange mandó que arcabucearan a un prisionero español en Juliers. El piquete disparó contra el reo que previamente había sido atado a un árbol, pero resultó ileso, y en vista de tan sorprendente suceso le desnudaron por ver si llevaba alguna armadura oculta y tan sólo le descubrieron un amuleto, despojado del cual cayó muerto a la primera descarga.

HOUDIN EN ARGELIA

De muy diversa índole fue lo que el famoso prestidigitador Roberto Houdin llevó a cabo en Argelia, preparando unas balas de sebo, teñidas de negro de humo, que con imperceptible disimulo puso en vez de las balas con que unos indígenas habían cargado sus pistolas. cOmo aquellas sencillas gentes no conocían otra magia que la verdadera, heredada de sus antepasados, cuyos fenómenos realizan ingenuamente, creyeron que Houdin era un mago muy superior a ellos, al ver los aparentes prodigios que llevaba a cabo.

Muchos viajeros, entre cuyo número nos contamos, han presenciado casos de invulnerabilidad sin asomo de fraude. No hace muchos años vivía en cierta aldea de Abisinia un hombre con fama de hechicero, quien se prestó mediante un mezquino estipendio a que una partida de europeos, de paso para el Sudán, disparase sus armas contra él. uN francés llamado Langlois le disparó a quemarropa cinco tiros seguidos, cuyas balas caían sin fuerza en el suelo después de describir temblorosamente una corta parábola en el aire. Un alemán de la comitiva, que iba en busca de plumas de avestruz, ofreció al abisinio cinco francos si le permitía disparar tocándole el cuerpo con el cañón de la pistola. El hechicero rehusó de pronto, pero consintió después de hacer ademán de conversar brevemente con alguna invisible entidad que parecía estar junto a él. Entonces cargó el alemán cuidadosamente el arma y colocándola en la posición convenida disparó, no sin titubear algún tanto. El cañón se hizo pedazos y el abisinio no recibió el menor daño.

El don de invulnerabilidad pueden transmitirlo, ya los adeptos vivientes, ya las entidades espirituales. En nuestros días ha habido médiums que, en presencia de respetables testigos, no sólo manosearon ascuas de carbón y aplicaron la cara al fuego sin que se les chamuscase ni un pelo, sino que también pusieron las ascuas en cabeza y manos de los espectadores, como sucedió en el caso de lord Lindsay y lord Adair. De igual índole es el ocurrido a Washington en la batalla de Braddock, donde, según confesión de un jefe indio, disparó contra él diecisiete tiros de fusil sin tocarle. Ciertamente que muchos generales como, por ejemplo, el príncipe Emilio de Sayn-Wittgenstein, del ejército ruso, tuvieron en concepto de sus soldados el don de que “les respetasen las balas”.

El mismo poder por cuya virtud comprime un mago el fluido etéreo de modo que forme invulnerable coraza alrededor del sujeto, sirve para enfocar, por decirlo así, un rayo de dicho fluido en determinada persona o cosa con resultados indefectibles. Por este procedimiento se han llevado a cabo misteriosas venganzas en que las indagatorias forenses tan sólo vieron muertes súbitamente sobrevenidas a consecuencia de ataques cardíacos o apopléticos, sin atinar en la verdadera causa de la muerte. General es en todo el Mediodía de Europa la creencia en el mal de ojo (3) contra personas y animales, hasta el punto de que matan con la mirada, como rayo mortífero en que sus malignos deseos acumulan maléfica energía que se dispara cual si fuese un proyectil (4).

FASCINACIÓN DE SERPIENTES

Este mismo poder ejercen más enérgicamente todavía los domadores de fieras. Los indígenas ribereños del Nilo fascinan a los cocodrilos con un meliodoso y suave silbido que los amansa hasta el punto de dejarse manosear tranquilamente. Otros domadores fascinan de análoga manera a serpientes en extremo ponzoñosas, y no faltan viajeros que han visto a estos domadores rodeados de multitud de serpientes que gobiernan a su albedrío.

Bruce, Hasselquist y Lemprière (5) aseguran haber visto respectivamente en Egipto, Arabia y Marruecos que los indígenas no hacen caso alguno de las mordeduras de víboras ni de las picaduras de escorpiones, pues juegan con estos animales y los sumen a voluntad en sueño letárgico.

A este propósito dice Salverte:

> Aunque así lo aseguran autores griegos y latinos, no creían los escépticos que desde tiempo inmemorial tuviesen ciertas familias el hereditario don de fascinar a los reptiles ponzoñosos, según de ello dieron ejemplo los Psilas de Egipto, los Marsos de Italia y los Ofiózenos de Chipre. En el siglo XVI había en Italia algunos hombres que presumían descender de la familia de San Pablo y eran inmunes, como los Macos, a las mordeduras de las serpientes. Pero se desvanecieron las dudas sobre el particular cuando la expedición de Bonaparte a Egipto, pues según observaron varios testigos, los individuos de la familia de los Psilas iban de casa en casa para exterminar las serpientes de toda especie que anidaban en ellas, y con admirable instinto las sorprendían en el cubil y las despedazaban a dentelladas y arañazos, entre furiosos aullidos y espumarajos de ira. Aun dejando aparte como exageración del relato lo de los aullidos, preciso es convenir en que el instinto de los Psilas tiene fundamento real (6). Cuantos en Egipto gozan por herencia de este don descubren el paradero de las serpientes desde distancias a que nada percibiría un europeo. Por otra parte, está del todo averiguada la posibilidad de amansar a los animales dañinos con sólo tocarlos, pero tal vez no lleguemos nunca a descubrir la causa de este fenómeno ya conocido en la antigüedad y reiterado hasta nuestros días por gentes ignorantes (7).

La tonalidad musical produce efecto en todos los oídos, y por lo tanto, un silbidosuave, un canto melodioso o el toque de una flauta fascinarán seguramente a los reptiles, como así lo hemos comprobado repetidas veces. Durante nuestro viaje por Egipto, siempre que pasaba la caravana, uno de los viajeros nos divertía tañendo la flauta; pero los conductores de los camellos y los guías árabes se enojaban contra el músico porque con sus tañidos atraía a diversidad de serpientes que, por lo común, rehuyen todo encuentro con el hombre. Sucedió que topamos en el camino con otra caravana entre cuyos individuos había algunos encantadores de serpientes, quienes invitaron a nuestro falutista a que luciera su habilidad mientras ellos llevaban a cabo sus experimentos. Apenas empezó a tocar el instrumento, cuando estremecióse de horror al ver cerca de sí una enorme serpiente que, con la cabeza erguida y los ojos clavados en él, se le acercaba pausadamente con movimientos ondulantes que parecían seguir el compás de la tonada. Poco a poco fueron apareciendo, una tras otra, por diversos lados, buen número de serpientes cuya vista atemorizó a los profanos hasta el punto de que los más se encaramaron sobre los camellos y algunos se acogieron a la tienda del cantinero. Sin embargo, no tenía fundamento la alarma, porque los tres encantadores de serpientes hubieron recurso a sus encantos y hechizos, y muy luego los reptiles se les enroscaron mansamente de pies a cabeza alrededor del cuerpo, quedando en profunda catalepsia con los entreabiertos ojos vidriosos y las cabezas inertes. Una sola y corpulenta serpiente de lustrosa y negra piel con motas blancas quedó ajena al influjo de los encantadores, y como melómana del desierto bailaba derechamente empinada sobre la punta de la cola al compás de la flauta, y con cadenciosos movimientos se fue acercando al flautista que al verla junto a sí huyó despavorido. Entonces uno de los encantadores sacó del zurrón un manojo de hierbas mustias con fuerte olor a menta, y tan pronto como la serpiente lo notó fuése en derechura hacia el encantador, sin dejar de empinarse sobre la cola hasta que se enroscó al brazo del encantador, también aletargada. Por fin los encantadores decapitaron a las serpientes cuyos cuerpos echaron al río.

SERPIENTES DANZANTES

Muchos se figuran que los encantadores se valen de artificios con serpientes previamente amansadas por habérseles arrancado las glándulas ponzoñosas o cosídoles la boca; pero aunque algunos prestidigitadores de ínfima categoría hayan recurrido a este fraude, no cabe imputarlo a los verdaderos encantadores, cuya nombradía en todo el Oriente no necesita recurrir a tan burdo engaño. A favor de estos encantadores milita el testimonio de gran número de viajeros fidedignos y de algunos exploradores científicos que hubieran desdeñado hablar del asunto si no mereciera su atención. A este propósito dice Forbes: “Por haber cesado la música o por cualquier otra causa, la serpiente que hasta entonces había estado bailando dentro de un amplio corro de gente campesina, se abalanzó de pronto contra una mujer dándole un mordisco en la garganta, de cuyas resultas murió a la media hora” (8).

Según relatan varios viajeros, las negras de la Guayana holandesa y las de la secta del *Obeah* sobresalen por su habilidad en la domesticación de las serpientes llamadas *amodites* o *papas*, a las que a voces las fuerzan a bajar de los árboles y seguirlas dócilmente.

Hemos visto en la India un monasterio de fakires situado a orillas de un estanque repleto de enormes cocodrilos que, de cuando en cuando, salían del agua para tomar el sol casi a los pies de los fakires, quienes, no obstante, seguían absortos en la contemplación religiosa. Pero no aconsejaríamos a ningún extraño que se acercara a los enormes saurios, porque sin duda les sucedería lo que al francés Pradin, devorado por ellos (9).

Jámblico, Herodoto, Plinio y otros autores antiguos refieren que los sacerdotes de Isis atraían desde el ara a los áspides, y que los taumaturgos subyugaban con la mirada a las más feroces alimañas; pero en esto les tachan los críticos modernos de ignorantes, cuando no de impostores, y el mismo vituperio lanzan contra los viajeros que en nuestra época nos hablan de análogas maravillas llevadas a cabo en Oriente.

Mas a pesar del escepticismo materialista, el hombre tiene el poder demostrado en los anteriores ejemplos. Cuando la psicología y la fisiología merezcan verdaderamente el título de ciencias, se convencerán los occidentales de la formidable potencia mágica inherente a la voluntad y entendimiento del hombre, ya se actualicen consciente, ya inconscientemente. Fácil es convencerse de este poder por la sola consideración de que todo átomo de materia está animado por el espíritu cuya esencia es idéntica en todos ellos, pues la menor partícula del espíritu es al mismo tiempo el todo, y la materia no es al fin y al cabo más que la plasmación concreta de la idea abstracta. A mayor abundamiento daremos algunos ejemplos del poder de la voluntad, aun inconscientemente actualizada, para crear las formas forjadas en la imaginación (10).

Recordemos ante todo los estigmas (*noevi materni*) o señales congénitas que resultan de la sobreexcitada e inconsciente imaginación de la madre durante el embarazo. Este fenómeno psicofísico era ya tan conocido en la antigüedad, que las griegas de posición acomodada tenían la costumbre de colocar estatuas de singular belleza junto a su cama, para contemplar perfectos modelos de configuración humana. La vigencia de esta ley en los animales está comprobada por el ardid de que se valió Jacob para sacar las crías de las ovejas listadas o manchadas, según fuese lo que convenía a su tío Labán. Por otra parte, nos dice Aricante que en cuatro sucesivas camadas de gozquejos nacidos de perra sana, unos estaban bien conformados al par que otros tenían el hocico hendido y les faltaban las patas delanteras. Las obras de Geoffroi Saint-Hilaire, Burdach, Elam y Lucas (11), abundan en ejemplos de esta índole, entre ellos el que, citándolo de Pritchard, da Elam del hijo de un negro y una blanca

nacido con manchas blancas y negras en la piel (12). Análogos fenómenos relatan Empédocles, Aristóteles, Plinio, Hipócrates, Galeno, Marco Damasceno y otros autores de la antigüedad.

FENÓMENOS TERATOLÓGICOS

More (13) arguye poderosamente contra los materialistas diciendo que el poder de la mente humana sobre las fuerzas naturales está demostrado en que el feto es lo bastante plástico para recibir las impresiones mentales de la madre, de suerte que a ellas corresponda agradable o desagradablemente su configuración y parecido, aunque se grabe en él o se *astrografíe* cualquier objeto muy vivamente imaginado por ella. Estos efectos pueden ser voluntarios o involuntarios, conscientes o inconscientes, intensos o débiles, según el mayor o menor conocimiento que de los profundos misterios de la naturaleza tenga la madre. En general, los estigmas del feto son más bien eventuales que deliberados, y como el aura de toda madre está poblada de sus propias imágenes o las de sus cercanos parientes, la epidermis del feto, comparable a una placa fotográfica, puede quedar impresionada por la imagen de algún ascendiente desconocido de la madre, pero que en un instante propicio apareció enfocada en el aura.

Acerca de este particular dice Elam: “Cerca de mí está sentada una señora venida de su país. De la pared pende el retrato de una de sus antepasadas del siglo anterior. La fisonomía de mi visitante no puede tener más exacto parecido con la del retrato, a pesar de que la antepasada jamás salió de Inglaterra y la visitante es norteamericana”.

Muy diversamente cabe demostrar el poder de la imaginación en el organismo físico. Los médicos inteligentes atribuyen a este poder tanta eficacia terapéutica como a las medicinas, y le llaman vis medicatrix naturae, por lo que procuran ante todo inspirar confianza al enfermo, y a veces esta sola confianza basta para vencer la enfermedad. El miedo mata con frecuencia y el pesar influye de tal modo en los humores del cuerpo, que no sólo trastorna las funciones, sino que encanece súbitamente el cabello. Ficino menciona estigmas fetales en figura de cerezas y otras frutas, aparte de manchas coloradas, pelos y excrecencias, y afirma que la imaginación de la madre puede dar al feto apariencias fisonómicas de mono, cerdo, perro y otros cuadrúpedos. Marco Damasceno cita el caso de una niña nacida enteramente cubierta de pelo y, como la moderna Julia Pastrana, con barba poblada. Guillermo Paradino habla de un niño cuya piel y uñas eran como de oso. Balduino Ronseo alude a otro que nació con un colgajo nasal parecido a moco de pavo. Pareo nos dice que un feto de término tenía cabeza de rana; y Avicena refiere el caso de unos polluelos salidos del huevo con cabeza de halcón. En este último ejemplo, que demuestra la influencia de la imaginación en los animales, el feto debió quedar estigmatizado en el momento de la concepción, coincidente sin duda con la presencia de un halcón frente al gallinero. A este propósito, dice More que como el huevo en cuestión pudo muy bien empollarlo otra clueca en paraje lejano de la madre, la diminuta imagen del halcón, grabada en el feto, fue agrandándose según crecía el polluelo, sin que en ello influyera la madre.

Cornelio Gemma refiere el caso de un niño que nació con una herida en la frente chorreando sangre, a consecuencia de que durante el embarazo amenazó el marido a la madre con una espada dirigida a la misma parte del rostro. Senercio cuenta que una mujer encinta vio cómo un matarife separaba del tronco la cabeza de un cerdo, y al llegar el parto nació la criatura con una hendidura que abarcaba el paladar y la mandíbula y labio superiores hasta la nariz.

IMAGINACIÓN MATERNAL

Van Helmont refiere (14) algunos casos realmente asombrosos, de entre los cuales entresacamos los siguientes:

1.º En Mechlín, la mujer de un sastre estaba sentada a la puerta de su casa, cuando frente a ella sobrevino una reyerta entre varios soldados, uno de los cuales quedó con la mano amputada. Tan vivamente le impresionó este espectáculo, que dio a luz antes de tiempo un niño manco, de cuyo muñón manaba sangre.

2.º El año 1602, la esposa de un mercader de Amberes, llamado Marco Devogeler, vio cómo le cortaban el brazo a un soldado, y al punto le acometieron dolores de parto, dando a luz una niña con brazo cortado, cuya herida chorreaba sangre como en el caso anterior.

2.º Una mujer presenció la decapitación de treinta rebeldes flamencos por orden del duque de Alba, y de tal manera la sobrecogió el horroroso espectáculo, que en aquel mismo punto parió un niño acéfalo, pero con el cuello sangrante como si acabaran de decapitarlo.

Si en la naturaleza hubiere milagros, de tales pudieran diputarse los casos anteriores; pero los fisiólogos no aciertan a explicar satisfactoriamente estos fenómenos estigmáticos y o bien los atribuyen a lo que llaman “variaciones espontáneas del tipo” y a “curiosas coincidencias” por el estilo de las de Proctor, o bien delatan ingenuamente su ignorancia, como por ejemplo Magendie que confiesa cuán poco se sabe de la vida intra-uterina, a pesar de las investigaciones científicas, y dice sobre este punto:

En cierta ocasión se observó que el cordón umbilical, después de roto, se había cicatrizado de modo que no se comprendía cómo circulaba por él la sangre... Nada sabemos hasta ahora respecto de la función digestiva en el feto, ni tampoco de lo tocante a su nutrición, pues los tratados de fisiología sólo dan vagas conjeturas sobre este punto... Por alguna causa desconocida, los órganos del feto se desarrollan preternaturalmente...; pero no hay motivo alguno para admitir la influencia de la imaginación de la madre en el engendro de estas monstruosidades, pues los mismos fenómenos se observan a diario en animales y plantas (15).

Este extracto nos ofrece acabada muestra de los métodos empleados por los científicos, quienes en cuanto transponen el círculo de sus observaciones desvían el criterio y deducen consecuencias mucho menos lógicas que los argumentadores de segunda mano. La literatura científica nos depara continuas pruebas de cuán torcidamente discurren los materialists al observar fenómenos psicológicos, pues la mente obcecada es tan incapaz de distinguir entre las causas psíquicas y los efectos físicos como el ciego de colores.

Sin embargo, hay científicos sinceros como Elam, que aunque materialista, confiesa que es verdaderamente inexplicable la recíproca actuación de la inteligencia y la materia. Todos reconocen la imposibilidad de penetrar este misterio, que probablemente nadie será capaz de esclarecer en lo sucesivo.

Sobre este mismo punto dice Aitken:

Las patrañas y despropósitos a que hasta ahora se habían atribuido supersticiosamente los vicios de conformación, se van desvaneciendo ante las luminosas explicaciones de embriólogos como Muller, Rathke, Bischoff, St. Hilaire, Burdach, Allen Thompson, Vrolick, Wolff, Meckel, Simpson, Rokitansky y Ammon, cuyos estudios son suficiente promesa de que los esplendores de la ciencia disiparán las tinieblas de la ignorancia y la superstición (16).

Parece inferirse del tono de satisfacción en que se expresa tan eminente autoridad médica, que si no posee la clave del problema está en seguro camino de resolverlo; pero no obstante, manifiesta los mismos recelos y dudas que Magendie treinta años atrás, y en 1872 se expresaba en los siguientes términos:

A pesar de todo, la causa de los vicios de conformación continúa envuelta en un profundo misterio. Para investigarla conviene preguntar: ¿se debe a viciosa conformación original del germen, o por el contrario resulta la deformidad de accidentes sobrevenidos durante el desarrollo del embrión? Respecto al primer extremo se conjetura que la deformidad original del germen puede provenir de la *influencia del padre o de la madre*, cuyas deformaciones se transmiten en este caso por herencia... Sin embargo, no hay pruebas bastantes para admitir que las deformidades del feto provengan de excitaciones mentales de la madre durante el embarazo, y los lunares, las manchas cutáneas y demás estigmas se atribuyen a estados morbosos de las cubiertas del óvulo... Una de las más notorias deformaciones es el desarrollo cohibido del feto, *cuya causa queda oculta* las más de las veces... Las formas transitorias del embrión humano son análogas a las formas definitivas de los animales, y esto explica que cuando se suspende o cohibe el desarrollo del feto presente éste el aspecto de alguno de dichos animales.

CONDICIONES PRENATALES

Estamos conformes en el hecho; pero ¿por qué no lo explican los embriólogos? La observación basta para convencerse de que el embrión humano tiene, durante cierto período de la vida uterina, el mismo aspecto que un renacuajo; pero la investigación de los embriólogos no acierta a descubrir en este fenómeno la esotérica doctrina pitagórica de la metempsícosis, tan erróneamente interpretada por los comentadores.

Ya explicamos el significado del axioma cabalístico: “la piedra se convierte en planta, la planta en bruto y el bruto en hombre”, con respecto a las evoluciones física y espiritual de la humanidad terrestre. añadiremos ahora algo más para esclarecer el concepto.

Según algunos fisiólogos, la forma primitiva del embrión humano es la de una simiente, un óvulo, una molécula, y si pudiéramos examinarlo con el microscopio, veríamos, a juzgar por analogía, que está compuesto de un núcleo de materia inorgánica depositado por la circulación en la materia organizada del germen ovárico. En resumen, el núcleo del embrión está constituido por los mismos elementos que un mineral, es decir, de la tierra donde ha de habitar el hombre.

Los cabalistas se apoyan en la autoridad de Moisés para decir que la producción de todo ser viviente necesita del agua y de la tierra, lo cual viene a corroborar la forma mineral que originariamente asume el embrión humano. Al cabo de tres o cuatro semanas toma configuración vegetal, redondeado por un extremo y puntiagudo por el otro, a manera de raíz fusiforme, con finísimas capas superpuestas cuyo hueco interior llena un líquido. Las capas se aproximan convergentemente por el extremo inferior, y el embrión pende del filamento, como el fruto del pedúnculo. La piedra se ha convertido en planta por ley de metempsícosis. Después aparecen miembros y facciones. Los ojos son dos puntillos negros; las orejas, la nariz y la boca son depresiones parecidas a las de la piña, que más tarde se realzan, y en conjunto ofrece la forma branquial del renacuajo que respira en el agua (17). Sucesivamente va tomando el feto características humanas, hasta que se mueve impelido por el inmortal aliento que invade todo su ser. Las energías vitales le abren el camino y por fin le lanzan al mundo a punto que la esencia divina se infunde en la nueva forma humana donde ha de residir hasta que la muerte le separe de ella.

Los cabalistas llaman “ciclo individual de evolución” el misterioso proceso nonimensual del embarazo. Así como el feto se desenvuelve en el seño del líquido amniótico, en la matriz

femenina, así también la tierra germinó en el seno del éter, en la matriz del universo. Los gigantescos astros, al igual que sus pigmeos moradores, son primitivamente núcleos que, transformados en óvulos, poco a poco crecen y maduran hasta engendrar formas minerales, vegetales, animales y humanas. El sublime pensamiento de los cabalistas simboliza la evolución cósmica en infinidad de círculos concéntricos que, desde el centro, dilatan sus radios hacia lo infinito. El embrión se desenvuelve en el útero; el individuo en la familia; la familia en la nación; la nación en la humanidad; la humanidad en la tierra; la tierra en el sistema planetario; el sistema planetario en el Cosmos; el Cosmos en el Kosmos; y el Kosmos en la Causa primera, ilimitada, infinita, incognoscible. Tal es la teoría cablística de la evolución resumida en el siguiente aforismo:

> Todos los seres son parte de un todo admirable cuyo cuerpo es la naturaleza y cuya alma es Dios. Innumerables mundos descansan en su seno como niños en el regazo materno.

Mientras que unánimemente admiten los fisiólogos que en la vida y crecimiento del feto influyen causas físicas, como golpes, accidentes, alimentación inadecuada, etc., y causas morales, como miedo, terror súbito, pesar hondo, alegría extremada y otras emociones, muchos de ellos convienen con Magendie en que la imaginación de la madre no puede influir en los estigmas y vicios monstruosos de conformación, porque “estos mismos fenómenos se observan a diario en los animales y aun en las plantas”.

INFLUENCIA MATERNA

Aunque Geoffroi St. Hilaire dio el nombre de teratología a la ciencia de las monstruosidades uterinas, valióse para fundarla de los acabadísimos experimentos de Bichat, fundador de la anatomía analítica. Uno de los tratados más importantes de teratología es el del doctor Fisher (18) quien agrupa los monstruos fetales en géneros y especies y comenta algunos casos de particular interés científico. Parte Fisher del principio de que la mayoría de las monstruosidades pueden explicarse por la hipótesis de la suspensión y retardo del desarrollo, sin que en nada influyen las condiciones mentales de la madre, y dice a este propósito:

> El atento estudio de las leyes del desarrollo genético y del orden en que aparecen los distintos órganos del cuerpo en formación, nos da a conocer que los monstruos por suspensión o deficiencia de desarrollo son en cierto modo embriones inmetamorfoseables, pues los órganos monstruosos responden sencillamente a las originarias condiciones del embrión (19).

En vista del caótico estado en que hoy por hoy se halla la fisiología, no es fácil que ningún teratólogo, por muy versado que esté en anatomía, histología y embriología, se atreve a negar bajo su responsabilidad la influencia de la madre en el feto, pues aunque las observaciones microscópicas de Haller, Prolik, Dareste y Laraboulet hayan descubierto interesantes aspectos de la membrana vitelina, todavía queda mucho por estudiar en el embrión humano. Si admitimos que las monstruosidades resultan de la suspensión del desarrollo y que las trazas vitelinas permiten pronosticar la morfología del feto, ¿cómo indagarán los teratólogos la causa psicológica que *antecede* al fenómeno? Fisher pudo creerse con suficiente autoridad para agrupar en géneros y especies los centenares de casos que estudió minuciosamente; pero fuera del campo de la observación científica hay numerosos hechos comprobados por nuestra experiencia personal y al alcance de todos, por los cuales se demuestra que las violentas emociones de la madre ocasionan frecuentemente las deformaciones de la criatura. Por otra parte, los casos observados por Fisher parecen contradecir su afirmación de que los engendros

monstruosos derivan de las primitivas condiciones del embrión. Citaremos al efecto dos curiosos casos de estos.

El primero es el de un magistrado ruso de la Audiencia de Saratow (Rusia), que llevaba constantemente el rostro vendado para ocultar un estigma de relieve, sobre la mejilla izquierda, en forma de ratón cuya cola cruzaba la sien y se perdía en el cuero cabelludo. El cuerpo del ratón era lustroso y gris con toda apariencia de naturalidad. Según contaba el magistrado, su madre tenía invencible horror a los ratones, y el parto fue prematuro de resultas de haber visto saltar un ratón del costurero.

El otro caso, del que fuimos testigos oculares, se refiere a una señora que dos o tres semanas antes del alumbramiento vio un tarro de frambuesas de que no le permitieron comer. Excitada por la negativa se llevó la mano derecha al cuello en actitud un tanto dramática, diciendo que le era preciso probarlas. Tres semanas después nació la criatura con un estigma de frambuesa perfectamente dibujada en el mismo punto del cuello que su madre se había tocado, con la particularidad que en la época del año en que maduran las frambuesas tomaba el estigma un color carmesí obscuro, al paso que palidecía durante el invierno.

Muchos casos como estos que las madres conocen, ya por personal experiencia, ya por la de sus amigas, establecen el convencimiento de la influencia materna, a pesar de cuanto digan todos los teratólogos de Europa y América. La escuela de Magendie arguye contra esta influencia diciendo que si en los animales y plantas ocurren monstruosidades no debidas a la influencia materna, tampoco deben serlo en la especie humana, puesto que, para estos fisiólogos, las causas físicas que producen determinados efectos en plantas y animales han de producirlos también en el hombre.

HIPÓTESIS DE ARMOR

El profesor Armor, de la Escuela de Medicina de Long Island, expuso recientemente ante la Academia de Detroit una hipótesis muy original en la que, en oposición a Fisher, atribuye los vicios de conformación a defecto propio de la materia generativa en que se desenvuelve el feto, o bien a las influencias morbosas que pueda éste recibir. Sostiene Armor que la materia generativa consta de elementos de todos los tejidos y estructuras morfológicas, por lo que si estos elementos tienen originalmente tales o cuales peculiaridades morbosas, no será capaz la materia generativa de dar de sí un engendro sano y normalmente desarrollado. Pero por otra parte también cabe que la perfecta condición de la materia generativa quede adulterada por influencias morbosas durante la gestación y el engendro sea necesariamente monstruoso.

Sin embargo, esta hipótesis no basta para explicar los casos diploteratológicos (20), pues aunque admitiéramos que el defecto de constitución de la materia generativa consistiera en la falta o en el exceso de las partes correspondientes al carácter de la monstruosidad, parece lógico que toda la progenie habría de adolecer de los mismos vicios de conformación, mientras que por lo general la madre alumbra varios hijos bien conformados antes de concebir al monstruo. Fisher cita varios casos de esta índole (21) entre ellos el de una mujer llamada Cat<lina Corcoran, de treinta años de edad y complexión sana, que tuvo cinco hijos perfectamente conformados y ninguno mellizo, antes de dar a luz un monstruo de doble cabeza, tronco y extremidades, aunque la duplicidad no aparecía en todos los órganos, como en los casos de mellizos soldados durante la gestación. Otro ejemplo (22) es el de María Teresa Parodi, que después de ocho partos felices y normales, dio a luz una niña con el cuerpo doble de cintura para arriba.

Este orden de monstruosidades invalida la hipótesis de Armor, sobre todo si admitimos la identidad entre la célula ovárica del hombre y la de los demás mamíferos, de que resultan

análogas monstruosidades en los animales, como argumento contra la opinión popular que atribuye las humanas a la influencia mental de la madre.

Ya hemos visto que, para algunos teratólogos, tanto montan las monstruosidades en los brutos como en la especie humana, y así lo da a entender el doctor Mitchell en un artículo sobre las serpientes de dos cabezas, del que extractamos el siguiente párrafo:

> Los cazadores de serpientes mataron en cierta ocasión a una hembra con todo su nidal, en número de 120 crías, entre las que se encontraron tres monstruos: una con dos cabezas; otra con dos cabezas y tres ojos; y la tercera con doble cabeza, tres ojos y una sola mandíbula, la inferior dividida en dos porciones (23).

Seguramente que la materia generadora de estos tres monstruos era de origen idéntico a la de las demás serpientes del nidal, y así resulta la hipótesis de Armor tan insuficiente como la de sus colegas.

Estos errores provienen de emplear inapropiadametne el método de inducción, que no sirve para inferir consecuencias, pues tan sólo permite razonar dentro del limitado círculo de hechos y fenómenos experimentalmente observados, cuyas conclusiones han de ser forzosamente limitadas porque, como dice el autor de la *Investigación filosófica*, no pueden extenderse más allá del campo de experimentación. Sin embargo, los científicos rara vez confiesan la insuficiencia de sus observaciones, sino que sobre ellas levantan hipótesis con aires de axiomas matemáticos, cuando a lo sumo no pasan de simples conjeturas.

Pero el estudiante de filosofía oculta ha de repudiar por deficiente el método inductivo y valerse del deductivo apoyado en la platónica clasificación de las causas, conviene a saber: eficiente, formal, material y final. De este modo podrá analizar toda hipótesis desde el punto de vista de la escuela neoplatónica, cuyo principio fundamental se encierra en el dilema: la cosa *es* o *no es* como se supone.

Por lo tanto, podemos preguntar: "¿El éter universal a que los cabalistas llamaron luz astral, *es* o *no es* idéntico a la electricidad y, por consiguiente, al magnetismo?" la respuesta ha de ser afirmativa porque las mismas ciencias experimentales nos enseñan que la electricidad está diluida en el espacio y en determinadas condiciones se transmuta en magnetismo y recíprocamente.

EXPLICACIÓN LÓGICA

Presupuesta esta verdad, examinemos ahora los efectos de la energía eléctrica en sí misma y respecto de los objetos de actuadción, así como también las circunstancias que acompañan a estos efectos, y veremos:

1.º Que en favorables condiciones la electricidad, latente por doquiera, se actualiza unas veces bajo el aspecto eléctrico y otras bajo el magnético.

2.º Que unas substancias atraen y otras repelen la electricidad, según sean o no afines a este agente.

3.º Que la atracción eléctrica es directamente proporcional a la conductibilidad de la materia.

4.º Que la energía eléctrica altera en ciertos casos la disposición molecular de los cuerpos orgánicos e inorgánicos en que actúa, disgregándolos unas veces o restableciéndolos si están perturbados (como en los casos de electroterapia). También puede ser pasajera la perturbación producida por el agente eléctrico y dejar fotografiada en el objeto la imagen de otro en que previamente actuara.

Apliquemos ahora estas proposiciones al caso que vamos examinando. Según reconoce la patología tecológica, la mujer se halla durante el embarazo en estado sumamente emocionable, con las facultades mentales algo débiles, y por lo que toca al orden físico la transpiración cutánea difiere de la normal y pone a la embarazada en condiciones a propósito para recibir las influencias exteriores. Los discípulos de Reichenbach afirman que en tal estado es la mujer intensamente *ódica*, y Du Potet recomienda que no se la someta a experiencias hipnóticas. Las dolencias que aquejan a la embarazada afectan también al feto, y la misma influencia se advierte en lo tocante a las emociones, ya placenteras, ya dolorosas, que repercuten en el temperamento y complexión del futuro vástago. Por eso se dice con acierto que los hombres insignes tuvieron por madre a mujeres también insignes; y el mismo Magendie, no obstante negarlo en otro pasaje de su obra, confiesa que "la imaginación de la madre tiene cierta influencia sobre el feto y que el terror súbito puede ocasionar el aborto o retardar el proceso de la gestación (24).

Las imágenes mentales de la madre se transmiten al feto análogamente a las impresiones fotográficas producidas por la chispa eléctrica (25). Como quiera que la transpiración cutánea de la embarazada es muy activa, el fluido magnético sale por los poros de la piesl y se transmuta en electricidad, cuya corriente forma circuito con la electricidad etérea que, según admiten Jevons, Babbage y los autores de *El Universo invisible*, es la materia plasmante de toda forma e imagen mental. Las corrientes magnéticas de la madre atraen la electricidad etérea en que se ha plasmado instantáneamente la imagen del objeto que impresonó la mente de la madre, y como dicha corriente eléctrica, con la respectiva forma mental, penetra por los poros del cuerpo de la embarazada para cerrar el circuito, resulta afectado por ella el feto, según la misma ley que rige en las emociones y sensaciones.

Esta enseñanza cabalística es más científica y racional que la hipótesis teratológica de Geoffroi St. Hilaire calificada por Magendie de "cómoda y fácil por su misma vaguedad y confusión, pues pretende nada menos que fundar una nueva ciencia basada en leyes tan hipotéticas como la de la *suspensión y retardo*, la de la posición *similar y excéntrica* y especialmente de la que llama de los *congéneres*" (26).

El erudito cabalista Eliphas Levi, dice a este propósito:

> Las embarazadas están mucho más sujetas que las otras mujeres a la influencia de la luz astral, que coopera a la formación del feto y les presenta constantemente las reminiscencias de las formas que pueblan dicha luz astral. Así sucede que muchas mujeres virtuosas dan aparente motivo a la murmuración de los maliciosos, porque el hijo tiene parecido fisionómico con alguna persona extraña cuya imagen vio la madre en sueños. Así también se van reproduciendo los rasgos fisionómicos de siglo en siglo. Por lo tanto, mediante el empleo cabalístico del pentagrama, puede una embarazada determinar las facciones del hijo que ha de tener, de modo que según piense en uno u otro personaje, salga parecido a Nereo o Aquiles, a Luis XV o Napoleón (27).

No podrá quejarse Fisher si los hechos no corroborran su hipótesis, pues se contradice en el siguiente pasaje.

> Uno de los más formidables obstáculos en que tropieza el progreso de las ciencias es la ciega sumisión a la autoridad magistral, de cuyo yugo no hay más remedio que emanciparse para dar campo libre a la investigación de los fenómenos y leyes de la naturaleza, como indispensable antecedente de los descubrimientos científicos.

IMAGINACIÓN Y FANTASÍA

Si la imaginación de la madre puede influir en el crecimiento y aún en la vida del feto, igualmente podrá influir en su conformación corporal; pero aunque algunos cirujanos indagaron con ahinco la causa de las monstruosidades, concluyeron por atribuirlas a meras coincidencias. Por otra parte, no cabe lógicamente negar imaginación a los animales, y aunque parezca exagerado no faltan quienes también la conceden, rudimentariamente por supuesto, a ciertas plantas como las mimosas y las atrapamoscas (28). Porque si científicos de la valía de Tyndall se confiesan incapaces de salvar el abismo que en el hombre separa la inteligencia de la materia y de medir la potencia de la imaginación, mucho más misteriosa ha de ser la actuación cerebral de un bruto sin palabra.

Los materialistas confunden la imaginación con la fantasía; pero los psicólogos afirman que es la potencia creadora y plasmante del espíritu (29). Pitágoras la define diciendo que es el recuerdo de precedentes estados espirituales, mentales y físicos, mientras que considera la fantasía como el desordenado funcionamiento del cerebro físico. Desde cualquier punto de vista que examinemos el asunto, nos encontramos con el concepto que de la materia tuvieron los antiguos, quienes la consideraron fecundada por la ideación o imaginación eterna, que trazó en abstracto el modelo de las formas concretas. De no admitir esta enseñanza, resulta absurda la hipótesis de que el cosmos se fuera desenvolviendo gradualmente del caos, porque no cabe inferir en buen sentido, que la materia animada por la fuerza y dirigida por la inteligencia formara sin plan preconcebido un cosmos de tan admirable armonía. sI el alma humana es verdaderamente una emanación del alma universal, una partícula infinitesimal del primario principio creador, debe tener inherentes en mayor o menor grado los atributos del poder demiúrgico. Así como el Creador plasmó en formas concretas y objetivas la inactiva materia coósmica, también le cabe el mismo poder creativo al hombre que tenga conciencia de él. De la propia suerte que Fidias plasmó en la húmeda arcilla la sublime idea forjada por su facultad creadora, así también la madre consciente de su poder es capaz de modelar según su pensamiento y su voluntad el fruto de su vientre. Pero el escultor plasma una figura inanimada, aunque hermosamente artística, de materia inorgánica, mientras que la madre proyecta vigorosamente en la luz astral la imagen del objeto cuya sensación recibe y la refleja fotográficamente sobre el feto.

Respecto del particular dice Fournié:

> Admite la ciencia con arreglo a la ley de gravitación que cualquier trastorno sobrevenido en el centro de la tierra repercutiría en todo el universo, y lo mismo cabe suponer respecto de las vibraciones moleculares que acompañan al pensamiento... La energía se transmite por medio del éter en cuya masa quedan fotografiadas las escenas de cuanto sucede en el universo, y en esta reproducción se consume gran parte de dicha energía... Ni con el más potente microscopio es posible advertir la más leve diferencia entre la célula ovárica de un cuadrúpedo y la del hombre... La ciencia no conoce todavía la naturaleza esencial del óvulo humano ni echa de ver en él características que lo distingan de los demás óvulos, y sin pecar de pesimista presumo que nada se sabrá jamás de cierto sobre ello, pues hasta el día en que nuevos métodos de investigación le permitan descubrir la secreta intimidad entre la energía y la materia, no conocerá la ciencia la vida ni será capaz de producirla (30).

Si Fournié leyera la conferencia del P. Félix podría responder amén al doble epifonema de *¡misterio!, ¡misterio!,* con que el conferenciante epilogaba sus razonamientos.

Consideremos ahora el argumento contra la influencia de la imaginación de la madre en el feto, en que funda Magendie las monstruosidades animales. Si así fuera, ¿cómo explicar la cría de polluelos con cabeza de halcón, sino admitiendo que la presencia de esta rapaz hirió tan vivamente la imaginación de la clueca que reflejó la imagen del halcón en la materia germinativa del huevo? Otro caso análogo nos proporciona cierta señora de nuestro trato, una de cuyas palomas se espantaba siempre que veía al papagayo de la casa, y en la empolladura siguiente

al mayor espanto, salieron del cascarón dos palominos con cabeza y plumaje de papagayo. A mayor abundamiento podríamos alegar la autoridad de Columella, Youatt y otros tratadistas, aparte de la experiencia acopiada por cuantos se dedican a la avicultura, en prueba de que si se excita la imaginación de la madre puede modificarse en gran parte el aspecto de la cría. Estos ejemplos nada tiene que ver con la ley de la herencia, pues las modificaciones del tipo resultan de causas accidentales.

CASOS CURIOSOS

Catalina Crowe trata con mucha extensión de la influencia de la mente en la materia, y en apoyo de su tesis aduce varios casos de indudable autenticidad (31), entre ellos el de los estigmas o señales que aparecen en el cuerpo de las personas cuya imaginación se exalta superlativamente. La extática Catalina Emmerich mostraba con perfecta apariencia de naturalidad las llagas de la Crucifixión. Una señora cuyo nombre corresponde a las iniciales B. de N. soñó cierta noche que otra persona le ofrecía dos rosas, encarnada y blanca respectivamente, de las cuales escogió esta última. Al despertar sintió dolor de quemadura en el brazo, y poco a poco fue señalándose en la parte dolorida una rosa perfectamente configurada, con el blanco matiz de la corola cuyos pétalos se dibujaban con algo de relieve sobre la piel. Aumentó paulatinamente la intensidad de la señal, hasta que a los ocho días empezó a debilitarse y a los catorce había desaparecido por completo.

Otro caso es el de dos señoritas polacas que estando asomadas a una ventana en día de tempestad, cayó allí cerca un rayo que volatilizó el collar de oro de una de ellas, quedando indeleblemente la impresa en la piel la perfecta imagen de la alhaja. Al cabo de poco apareció en el cuello de su compañera una señal idéntica que tardó algunos años en desaparecer.

Todavía más sorprendente es el caso que el autor alemán Justino Kerner refiere como sigue:

> En la época de la invasión napoleónica, un cosaco que perseguía a un soldado francés lo acorraló en un callejón sin salida, y el perseguido revolvióse allí contra el perseguidor, trabándose una terrible lucha de la que resultó gravemente herido el francés. Una persona que a la sazón se hallaba en aquel paraje se sobrecogió de tal modo, que al llegar a su casa vio en su cuerpo la señal de las mismas heridas que el cosaco había inferido a su enemigo.

Verdaderamente se vería Magendie en aprieto para atribuir estos fenómenos a causa distinta de la imaginación; y si fuese ocultista, como Paracelso y Van Helmont, descubriría el misterio que encierran, por el poder consciente de la voluntad e inconsciente de la imaginación, para dañar no sólo deliberadamente a los demás, sino también a sí mismo. Porque según los principios fundamentales de la magia, cuando a una corriente magnética no se le da impulso suficiente para llegar al punto de alcance, reaccionará sobre quien la haya admitido, como al chocar contra la pared retrocede una pelota en la misma dirección pero en inverso sentido de su trayectoria. En apoyo de este principio pueden aducirse muchos casos de intrusos en hechicería que fueron víctimas de su atrevimiento, porque, según dice Van Helmont, la potencia imaginativa de una mujer vivamente excitada engendra una idea que sirve de enlace entre el cuerpo y el espíritu y se transfiere a la persona con quien aquella está más inmediatamente relacionada, sobre la cual queda impresa la imagen que la había excitado.

Deleuze ha recopilado (32) gran número de casos referidos por Van Helmont, entre los cuales tiene el siguiente mucha analogía con el ya expuesto del cazador Pelissier:

> Cuenta Rousseau que, durante su estancia en Egipto, mató varios sapos con sólo mirarlos fijamente durante un cuarto de hora. Sin embargo, la última vez que hizo en Lión esta prueba, se hinchó

el sapo y se quedó mirando de hito en hito a Rousseau de tan feroz manera, que el experimentador estuvo a punto de desmayarse de debilidad y creyó llegada su última hora.

Volviendo a las cuestiones teratológicas citaremos el caso, referido por Wierus (33), de una mujer a quien poco antes del parto amenazó su marido de muerte por creer que tenía los demonios en el cuerpo. Tan profundo fue el terror de la madre, que la criatura nació normalmente conformada de cintura abajo, pero de medio cuerpo arriba cubierta de manchas rojinegruzcas, los ojos en la frente, boca de sátiro, orejas de perro y cuernos de cabra.

En su tratado de *Demonología* cita Peramato el caso, corroborado por el duque de Medina Sidonia, de un niño nacido monstruosamente en San Lorenzo (Indias Occidentales), con boca, orejas y nariz deformes, cuernos de cabrito y piel velluda con una doble rugosidad carnosa en la cintura de la que pendía una masa a manera de bolsa. En la mano izquierda aparecía el estigma en relieve de una campanilla, como las que para bailar usan algunas tribus de indios americanos, y en las piernas llevaba unas botas también carnosas con dobleces hacia abajo. Ofrecía el niño un aspecto por demás horrible, y cabe achacar la monstruosidad a que la madre se asustaría tal vez al presenciar una danza india (34).

Pero no queremos fatigar al lector con más casos teratológicos que pudiéramos entresacar de las obras clásicas, pues bastan los expuestos para demostrar que las monstruosidades derivan de la acción de la mente materna en el éter universal, que a su vez reacciona sobre la madre.

EL PRINCIPIO VITAL

El principio vital o *arqueo* de Van Helmont (35) es idéntico a la luz astral de los cabalistas y al éter de la ciencia moderna. Si aun los más leves estigmas del feto no provinieran de la imaginación de la madre cuya influencia niega Magendie, ¿a qué causa atribuirá este fisiólogo la formación de excrecencias córneas y el pelaje de bestia que caracterizaba los monstruosos engendros antes referidos? Seguramente que el embrión no tenía latentes estas modalidades del reino animal, capaces de actualizarse por impulso de la fantasía materna, y así hemos de buscar la explicación del fenómeno en las ciencias ocultas.

Antes de terminar el examen de esta materia diremos algo respecto de los casos en que la cabeza, brazos o manos del feto se desintegran de repente, no obstante haber sido normalmente formados todos sus miembros. La química biológica nos dice que el cuerpo de un recién nacido se compone elementalmente de carbono, nitrógeno, agua, calcio, fósforo, sodio, magnesio y algún otro elemento. Pero ¿de dónde proceden y cómo se reúnen y combinan estos componentes? ¿Cómo moldean un ser humano estas partículas atraídas, según dice Proctor, de las profundidades del espacio circundante? Inútil fuera solicitar respuesta de la escuela materialista, uno de cuyos más conspicuos jefes, el ilustre Magendie, confiesa su ignorancia respecto de la fisiología embriológica. Sin embargo, sabemos experimentalmente que mientras el óvulo está contenido en la vesícula de Graaf, forma parte integrante del organismo materno; pero en cuanto se rompe la vesícula, el óvulo cobra, por lo que a su desenvolvimiento se refiere, tanta independencia como el huevo de la gallina después de la puesta. Casi todas las observaciones embriológicas corroboran la idea de que el embrión respecto de la madre está en la misma relación que el inquilino respecto de la morada que le resguarda de la intemperie.

Según Demócrito, el alma (36) está compuesta de átomos, y Plutarco dice al tratar de este asunto:

Hay infinito número de substancias indivisibles, imperturbadas, homogéneas, sin diferencias ni cualidades, que, diseminadas por el espacio, se atraen recíprocamente y se unen, combinan y forman

agua, fuego, una planta o un hombre. Estas substancias son los átomos, así llamados porque no pueden dividirse ni cambiarse ni alterarse. Pero nosotros no podemos lograr que el color sea incoloro ni convertir en substancia anímica lo que no tiene alma ni cualidad.

LÍMITES DE LA NATURALEZA

Dice Balfour Stewart que, apoyado en esta teoría, descubrió Dalton las leyes de las combinaciones químicas que permitieron forjar hipótesis de cuanto en ellas ocurre; y después de declararse conforme con Bacon respecto de que el perpetuo anhelo de los científicos es llegar a los límites extremos de la naturaleza, afirma que se ha de ir con mucha cautela antes de repudiar por inútil ningún orden de ideas (37).

¡Lástima que los colegas de Stewart no ajusten su conducta científica a tan excelente regla!

Los modernos astrónomos, de acuerdo con la teoría atómica expuesta por Demócrito de Abdera, nos enseñan que los átomos cohesionados forman los mundos y los seres que los pueblan. Si a este supuesto añadimos aquel otro según el cual puede la madre con la fuerza combinada de su voluntad y de su mente cohesionar los átomos etéreos y plasmar con ellos la concebida criatura, también cabe admitir que por reversible efecto de su voluntad disperse las corrientes atómicas antes concentradas y se desvanezca todo o parte del cuerpo ya formado del hijo todavía no nacido.

Estas consideraciones nos llevan a tratar de los falsos embarazos que tan en confusión ponen a los tocólogos como a las pacientes. Si en el caso citado por Van Helmont se desvanecieron la cabeza, brazo y mano de los tres niños por efecto de una terrible emoción, no será despropósito afirmar que la misma análoga causa determine la total disgregación del feto en los casos de falsa preñez que por su rareza burlan la capacidad de los fisiólogos, pues no hay disolvente ni corrosivo alguno que destruya el organismo del feto sin destruir también el de la madre. Recomendamos este asunto al estudio de las Facultades de Medicina que corporativamente no estarán conformes de seguro con la conclusión de Fournié, quien dice sobre el particular que “en esta sucesión de fenómenos, debemos contraernos al oficio de historiadores, pues tropezamos en ellos con los inescrutables misterios de la vida que ni siquiera intentaríamos explicar; y según avancemos en nuestra tarea, nos veremos en la precisión de reconocer que aquel terreno nos está *vedado*” (38). Sin embargo, el verdadero filósofo no ha de considerar ningún terreno vedado para él ni suponer inescrutable misterio alguno de la naturaleza.

Tanto los estudiantes de ocultismo como los espiritistas están de acuerdo con Hume en la imposibilidad del *milagro* que requiriría en el universo leyes especiales y no generales. Aquí tropezamos con una de las más graves contradicciones entre la ciencia y la teología, pues mientras la primera afirma la continuidad del orden de la naturaleza, la segunda supone que Dios puede suspender o derogar sus leyes vencido por las súplicas de quien impetra insólitos y extraordinarios favores. Dice a este propósito Stuart Mill:

> Si no creyéramos en potestades suprafísicas, no nos demostrarían los milagros en modo alguno su existencia. Considerado el milagro como un hecho insólito, podemos comprobarlo por testimonio propio o ajeno; pero ninguna prueba tendremos de que sea milagro. Aun cabe atribuir los milagros a una causa natural desconocida, y esta suposición no puede desecharse tan en absoluto que no quede otro remedio que admitir la intervención de un ser sobrenatural (39).

Sobre este punto hemos de llamar la atención de los científicos, pues como dice el mismo Stuart Mill, “o es posible admitir una ley de la naturaleza y creer al mismo tiempo en

hechos que la contradigan". En apoyo de su opinión aduce Hume "la firme e *inalterable* experiencia de la humanidad respecto de las leyes cuya actuación imposibilita todo milagro. Sin embargo, no estamos conformes con el calificativo de inalterable que da Hume a la experiencia humana, como si no hubiesen de mudar jamás elementos de observación de que se deriva y todos los filósofos se vieran precisados a reflexionar sobre unos mismos fenómenos. Asimismo equivaldría esta misma inalterabilidad a negar la conexión y enlace entre las especulaciones filosóficas y los experimentos científicos que durante tanto tiempo quedaron aislados. La destrucción de Nínive y el incendio de la biblioteca de Alejandría privaron al mundo durante muchos siglos de los necesarios documentos para estimar en su verdadero valor la sabiduría exotérica y esotérica de los antiguos. Pero desde hace algunos años, el descubrimiento de la piedra de Rosetta, de los papiros de Ebers, Aubigney y Anastasi, y de los volúmenes escritos en hojas de barro cocido, han dilatado el campo de las investigaciones arqueológicas, que sin duda prometen alterar los resultados de la experiencia humana, pues como muy acertadamente dice el autor de *La religión sobrenatural*, "quien cree en algo contrario a la inducción de los hechos, tan sólo porque así lo presuma sin que pueda probarlo, es sencillamente crédulo; pues tal presunción en nada prueba la realidad del hecho a que se refiere".

OPINIÓN DE CORSON

Hiram Corson se revuelve a este propósito gallardamente contra la ciencia diciendo:

> Hay algo que jamás podrá realizar la ciencia, aunque orgullosa lo intente. Tiempo hubo en que el dogmatismo religioso se extralimitó de sus naturales dominios para invadir el campo de la ciencia y someterla a oneroso vasallaje; pero en nuestros tiempos la ciencia parece haber tomado el desquite transponiendo sus propias fronteras para invadir el campo de la religión, de suerte que al sacudir el yugo del pontificado religioso, nos vemos en riesgo de caer bajo el del pontificado científico. Y así como en el siglo XVI se levantaron voces de protesta contra el despotismo eclesiástico y en pro de la libertad de pensamiento, así también los eternos intereses espirituales del hombre demandan en el siglo XIX otra protesta contra el avasallador despotismo científico, para que los experimentadores no sólo se mantengan en los límites de lo fenoménico, sino que examinen de nuevo sus acopiadas reservas, a fin de cerciorarse de que las barras de oro bajo cuya fianza tanto y tanto papel han emitido, son verdaderamente del oro puro de la Verdad. De lo contrario, los científicos podrían exagerar el valor de su capital e inducirnos a muy arriesgadas empresas.
>
> El discurso pronunciado por Tyndall en Belfast, que suscitó tantas réplicas, demuestra que el capital de la escuela evolucionista no es tan cuantioso como habían supuesto los intelectuales de afición, cuya sorpresa sube de punto al enterarse de que son puramente hipotéticas las conquistas de que tanto se envanecen los profesionales de la ciencia (40).

En verdad es así; pero todavía hay más, porque niegan a sus adversarios el mismo derecho que ellos se arrogan e igual desdén muestran por los milagros de la iglesia que por los fenómenos psíquicos. Ya es hora, por lo tanto, de que las gentes no juzguen imposible lo maravilloso porque a su parecer contradiga las leyes universales, sobre todo desde que autoridades como Youmans reconocen que la ciencia está en un período de transición. Hay en nuestra época no pocos hombres de buena voluntad que deseosos de vindicar la memoria de los mártires de la ciencia, de Agrippa, Palissy y Cardán, por ejemplo, fracasan en su propósito, faltos de medios para comprender sus ideas, pues creen que los neoplatónicos prestaban mayor atención a la filosofía trascendental que a las ciencias experimentales. Dice Draper sobre esto que "los frecuentes errores de Aristóteles no prueban falta de seguridad en su método, sino más bien su eficacia, pues dichos errores provienen de la insuficiencia de los hechos observados" (41).

Mas no cabe esperar que los científicos entresaquen estos hechos de la ciencia oculta, puesto que no creen en ella; sin embargo, el porvenir esclarecerá esta verdad. Aristóteles estableció el método inductivo; pero mientras los científicos del día no lo complementen con el deductivo de Platón incurrirán en errores todavía más graves que los del maestro de Alejandro. Los universales de la escuela platónica son materia de fe tan sólo mientras la razón no los demuestre y la experiencia no los confirme; ¿pero qué filósofo moderno podría probar por el método inductivo que los antiguos no sabían demostrar los universales a causa de sus conocimientos esotéricos? Las negaciones sin pruebas de los modernos evidencian que no siempre siguen el método inductivo del que tanto se ufanan; y como quieras que no han de basar sus hipótesis en las enseñanzas de la antigüedad, sus modernos descubrimientos son brotes nacidos de la simiente sembrada por los filósofos de aquellas épocas, y aun así resultan incompletos si no abortados, pues mientras la causa permanece envuelta en la obscuridad, nadie puede prever sus últimos efectos. Sobre este particular dice Youmans: “No debemos desdeñar las teorías antiguas como si fuesen desacreditados y risibles errores, ni tampoco admitir como definitivas las teorías modernas. El vivo y siempre creciente cuerpo de la verdad ha cubierto bajo los pliegues de un manto sus viejos tegumentos para proseguir el camino hacia un más alto y vigoroso estado” (42). Estas consideraciones, aplicadas a la química moderna por uno de los más conspicuos científicos del día, pueden extenderse a las demás ciencias en prueba de la transición porque todas ellas atraviesan.

DESPOTISMO CIENTÍFICO

Desde la aparición del espiritismo se muestran físicos y fisiólogos más inclinados que nunca a calificar de supersticiosos, embaucadores y charlatanes, a filósofos tan eminentes como Paracelso y Van Helmont (43), con escarnio de su concepto del arqueo o ánima mundi y de la importancia que dieron al conocimiento de la mecánica celeste. Sin embargo, pocos progresos positivos ha realizado la medicina desde que Bacon la clasificó entre las ciencias de observación.

Hubo autores antiguos, como Demócrito, Aristóteles, Eurípides, Epicuro, Lucrecio, Esquilo y otros a quienes los materialistas de hoy consideran adversarios de la escuela platónica, que fueron tan sólo especuladores teóricos, pero no adeptos, porque estos habían de escribir en lenguaje tan sólo entendido de los iniciados, so pena de ver sus obras quemadas por manos de las turbas. ¿Quién de sus modernos detractores puede vanagloriarse de saber lo que ellos sabían?

El emperador Diocleciano quemó bibliotecas enteras de obras ocultistas y alquímicas, sin dejar ni un solo manuscrito de los que trataban del arte de hacer oro y plata. La cultura de las épocas antiguas, según nos dan a entender las investigaciones de Champollión, había cobrado tanto esplendor, que Athothi, segundo monarca de la primera dinastía, escribió un tratado de anatomía, y el rey Neko otros dos de astronomía y astrología. Antes de Moisés florecieron los eruditos geógrafos Blantaso y Cincro, y según dice Eliano, perduró por muchos siglos la fama del egipcio Iaco, cuyos descubrimientos en medicina causaron general asombro, pues logró cortar varias enfermedades epidémicas por medio de fumigaciones desinfectantes. Teófilo, patriarca de Antioquía, menciona la obra titulada: *Libro divino* en que su autor Apolónides, llamado por sobrenombre Orapios, expone la biografía esotérica y el origen de los dioses de Egipto; y Amiano Marcelino alude a una obra ocultista en que se declaraba la *edad exacta del buey Apis*, o sea la clave numérica del cómputo cíclico y otros misterios ¿Quién fuera capaz de presumir los tesoros de sabiduría que guardaban tantos y tan valiosos libros? Sólo sabemos con seguridad que los paganos por una parte y los cristianos por otra destruían todo

libro de esta clase que daba en sus manos; y el emperador Alejandro Severo anduvo por Egipto saqueando los templos en busca de libros místicos y mitológicos.

A pesar de la antigüedad del pueblo egipcio en el estudio de las ciencias y en el ejercicio de las artes, todavía les aventajaron un tiempo los etíopes, que antes de pasar a África florecieron en la India desde muy primitivos tiempos. Se sabe también que Platón aprendió en Egipto muchos secretos no revelados jamás en sus obras, pero transmitidos oralmente a sus discípulos, entre los que se contaba Aristóteles, cuyos tratados deben lo bueno que tienen, según opina Champollión, a las enseñanzas de su divino maestro. Los secretos de escuela pasaron de una a otra generación de adeptos, de modo que estos sabían seguramente mucho más que los científicos modernos acerca de las fuerzas ocultas de la naturaleza.

LAS CIENCIAS ANTIGUAS Y MODERNAS

También podemos mencionar las obras de Hermes Trismegisto, que nadie ha tenido oportunidad de leer tal como se conservaban en los santuarios egipcios. Jámblico (44) atribuye a Hermes 1.100 obras, y Seleuco acrecienta este guarismo hasta 20.000, escritas antes de la época de Menes. Por su parte, dice Eusebio que en su tiempo quedaban todavía cuarenta y dos tratados de Hermes con seis libros de medicina, de los que el sexto exponía las reglas de este arte según se practicaba en remotísimas edades. Diodoro dice que Mnevis, el primer legislador de pueblos y tercer sucesor de Menes, recibió estos tratados de mano de Hermes. La mayor parte de los manuscritos que han llegado hasta nosotros son copias de traducciones latinas de otras traducciones griegas que los neoplatónicos hicieron de los originales conservados por algunos adeptos. mArcilio Ficino publicó el añ 1488, en Venecia, un extracto de estas copias con omisión de todo cuanto hubiera sido arriesgado dar a luz en aquella época de intolerancia inquisitorial. Y así tenemos hoy que cuando un cabalista que ha dedicado toda su vida al estudio del ocultismo y descubierto el hondo arcano, se aventura a declarar que únicamente la cábala da el conocimiento de lo Absoluto en el Infinito y lo Indefinido en lo Finito, se mofan de él cuantos convencidos de que en matemáticas es problema insoluble la cuadratura del círculo, creen que la misma imposibilidad debe oponerse a la solución metafísica.

No hay ciencia alguna entre las profanas que haya llegado a la perfección. La psicología es de ayer; la fisiología apenas sabe nada del cerebro ni del sistema nervioso, según confiesa el mismo Fournié (45); la química se ha reconstituido recientemente y no anda todavía muy segura; la geología no ha sabido averiguar aún la antigüedad del hombre; la astronomía, no obstante su exactitud, sigue embrollándose en la cuestión de la energía cósmica y otras no menos importantes; la antropología, según dice Wallace, fluctúa entre diversidad de opiniones sobre la naturaleza y origen del hombre; y la medicina es, según confesión de sus mismos profesores, un amasijo de conjeturas.

Al ver que los científicos buscan afanosos a tientas en la obscuridad los perdidos eslabones de la rota cadena, nos parece como si por diversos puntos bordearan todos el mismo abismo cuya profundidad son incapaces de sondear, no sólo por falta de medios, sino porque celosos guardianes les atajan el intento. Así es que están siempre en acecho de las fuerzas inferiores de la naturaleza para embobar de cuando en cuando a las gentes con sus *grandes* descubrimientos. Ahora mismo se ocupan en correlacionar la fuerza vital con las demás fuerzas físico-químicas; pero si les preguntamos de dónde dimana la fuerza vital, recurrirán, para responder, a la opinión sustentada hace veinticuatro siglos por Demócrito (46), a pesar de haber creído hasta no ha mucho en la aniquilación de la materia. Sobre este particular dice Le Conte que la ciencia se limita a los cambios y modificaciones de la materia, prescindiendo de su

creación y destrucción, que caen fuera del dominio científico (47). Cuando afirman que sólo puede aniquilarse una fuerza por la misma causa que la engendró, reconocen implícitamente la existencia de esta *causa* y, por lo tanto, no tienen derecho alguno a entorpecer el camino de quienes, más intrépidos, prosiguen adelante para descubrir lo que sólo puede verse al levantar el VELO DE ISIS. Pero entre las ramas de la ciencia tal vez haya alguna en pleno florecimiento, dirán los científicos. Ya nos parece oír aplausos fragorosos como rumor de aguas caudales con motivo del descubrimiento del protoplasma por Huxley, quien dice a este propósito: “En rigor, la investigación química nada o muy poco puede decirnos acerca de la composición de la materia viva, pues tampoco sabemos nada tocante a la constitución íntima de la materia”. Verdaderamente es ésta muy triste confesión y no parece sino que el método aristotélico fracase en algunas ocasiones, y así se explica que el famoso filósofo, no obstante su exquisita inducción, enseñara el sistema geocéntrico, mientras que Platón, a pesar de las fantasías pitagóricas que sus tetractores le echan en cara y de valerse del método deductivo, estaba perfectamente versado en el sistema heliocéntrico, aunque no lo enseñara en público por impedírselo el voto *sodaliano* de sigilo que guardaba todo iniciado en los misterios (48).

EL VOTO SODALIANO

Ciertamente, que considerados los científicos colectivamente, es decir, en *general* y no cada uno en particular, les vemos animados de mezquinos sentimientos contra los filósofos de la antigüedad, como si tuvieran empeño en eclipsar el sol para que brillen las estrellas.

A un académico francés, hombre de vastos conocimientos, le oímos decir que sacrificaría gustoso su reputación a trueque de borrar hasta el recuerdo de los errores y fracasos de sus colegas. Pero estos tropiezos no pueden sacarse a colación demasiadas veces en pro de la causa que defendemos. Tiempo vendrá en que la posteridad científica se avergüence del degradante materialismo y mezquino criterio de sus progenitores, quienes, como dice Howit, “odian toda nueva verdad como las lechuzas y los ladrones odian el sol, pues la inteligencia por sí sola no puede conocer lo espiritual, ya que así como el sol apaga el brillo de la llama, así también el espíritu ofusca la vista de la mera intelectualidad”.

Es ya muy antiguo vicio. Desde que el instructor dijo: “el ojo no se satisface con ver ni el oído con oír”, los científicos se han portado como si estas palabras expresaran su condición mental. El racionalista Lecky describe con toda fidelidad, aun a su pesar, la inclinación de los científicos a burlarse de las nuevas ideas y el desdén que muestran hacia los fenómenos llamados vulgarmente milagrosos, y dice a este propósito que su burlona incredulidad en tales casos les dispensa de toda comprobación. Por otra parte, tan saturados están del escepticismo dominante, que luego de sentarse en el sillón académico se convierten en perseguidores, como de ello nos cita Howit un ejemplo en el caso de Franklin, quien, después de sufrir el escarnio de sus compatriotas al demostrar la naturaleza eléctrica del rayo, formó parte de la comisión científica que el año 1778 calificó en París de imposturas los fenómenos hipnóticos de Mesmer.

Si los científicos se contrajeran a desdeñar únicamente los nuevos descubrimientos podría disculparles su temperamento conservador favorecido por el hábito; pero no sólo se arrogan una originalidad no corroborada por los hechos, sino que menosprecian todo argumento aducido en demostración de que los antiguos sabían tanto o más que ellos. En el testero de sus gabinetes debieran estar grabadas estas sentencias:

> No hay cosa nueva debajo del sol, ni puede decir alguno: Ved aquí, esta cosa es nueva; porque ya precedio en los siglos que fueron antes de nosotros. No hay memoria de las primeras cosas (49).

Podrá engreírse Meldrum de sus observaciones meteorológicas sobre los ciclones en la isla Mauricio; podrá tratar Baxendell, con sólido conocimiento, de las corrientes telúricas; podrán

carpenter y Maury diseñar el mapa de la corriente ecuatorial, y señalarnos Henry el ciclo del vapor acuoso que del río va al mar y del mar vuelve de nuevo a la montaña; pero escuchen lo que dice el rey sabio:

> El viento gira por el Mediodía y se revuelve hacia el Aquilón; andando alrededor en cerco por todas partes, vuelve a sus rodeos. Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa. Al lugar de donde salen tornan los ríos para correr de nuevo (50).

Ajenos como están a la observación de los fenómenos que ocurren en la más importante mitad del universo, los modernos científicos son incapaces de trazar un sistema filosófico en concordancia con dichos hechos. Son como los mineros que trabajan durante el día en las entrañas de la tierra y no pueden apreciar la gloria y la belleza de la luz solar. La vida terrena es para ellos el límite de la actividad humana y el porvenir abre ante sus percepción intelectual un tenebroso abismo.

RAREZAS ZOOLÓGICAS

No tienen esperanza en otra vida que con los goces del éxito mitigue las asperezas de la presente, y como única recompensa de sus afanes les satisface el pan cotidiano y la ilusión de perpetuar su nombre más allá de la tumba. Es para ellos la muerte la extinción de la llama vital cuya lámpara se esparce en fragmentos por el espacio sin límites. El ilustre químico Berzelius, exclamaba en su última hora: “No os maraville mi llanto ni me juzguéis débil ni creáis que me asuste la muerte. Estoy dispuesto a todo, pero me aflijo al *despedirme de la ciencia*” (51).

Verdaderamente debe apenar a cuantos como Berzelius estudian con ahinco la naturaleza, verse sorprendidos por la muerte cuando están engolfados en la ideación de un nuevo sistema o a punto de esclarecer algún misterio que durante siglos burló las investigaciones de los sabios.

Echad una mirada al mundo científico de hoy día y veréis cómo los partidarios de la teoría atómica remiendan las andrajosas vestimentas que delatan los defectos de su respectiva especialidad. Vedles restaurar los pedestales sobre que han de alzarse nuevamente los ídolos derribados antes de que dalton exhumase de la tumba de Demócrito esta revolucionaria teoría. Echan las redes en el mar de la ciencia materialista con riesgo de que algún pavoroso problema rompa las mallas, pues son sus aguas, como las del Mar Muerto, de sabor acre y tan densas que apenas les consienten la inmersión y mucho menos el sondeo, porque ni en fondo ni en orillas hay respiradero de vida. Es una soledad tétrica, repulsiva y árida que nada produce digno de estima.

Hubo época en que los científicos de las academias se burlaban regocijadamente de algunos prodigios de la naturaleza que los antiguos aseguraron haber observado por sí mismos. La cultura de nuestro siglo les tenía por necios si no les acusaba de embusteros, porque dijeron que había cierta especie de caballos con patas parecidas a los pies del hombre. Sin embargo, estas especies a que se refieren los autores antiguos, no son ni más ni menos que el *protohippus*, el *orohippus* y el *equus pedactyl*, cuyas analogías anatómicas con el hombre ha descrito sabiamente Huxley en nuestros días. La fábula se ha convertido en historia y la ficción en realidad. Los escépticos del siglo XIX no tienen más remedio que confirmar las *supersticiones* de la escuela platónica (52).

Otro ejemplo de estas tardías corroboraciones tenemos en la imputación de embusteros hecha durante largo tiempo a los autores antiguos que dieron por cierta la existencia de un pueblo de pigmeos en el interior de África, a pesar de lo cual se ha visto confirmada en nuestros días esta aseveración por los viajeros y exploradores del continente negro (53).

De lunático tacharon a Herodoto por decir que había oído hablar de unas gentes que dormían durante toda una noche de seis meses (54). Plinio relata en sus obras multitud de hechos que hasta hace poco tiempo se tuvieron por ficciones. Entre otros casos igualmente curiosos, cita el de una especie de roedores en que el *macho amamanta a los pequeñuelos*. De esta referencia hicieron no poca chacota los científicos; y sin embargo, Merriam describe (55) por vez primera una rarísima y admirable especie de conejo (*Lepus bairdi*) que habita en los bosques cercanos a las fuentes de los ríos Wind y Yellowstone, en Wyoming. Los cinco ejemplares presentados por Merriam ofrecían la particularidad de que las mamas de los machos tenían igual actividad glandular que las de las hembras, de modo que alternadamente con la madre amamantaba el padre a las crías. Uno de los machos cazados por Merriam tenía húmedos y pegajosos los pelos próximos al pezón, como indicio de que acababa de amamantar al hijuelo.

INVENTOS ANTIGUOS

El periplo de Hanón describe circunstanciadamente un pueblo salvaje de cuerpos muy pilosos que los intérpretes llamaban *gorillae* y Hanón denomina textualmente: ... ..., dando con ello a entender que eran los monos gorilas cuya autenticidad no reconoció la ciencia hasta estos últimos tiempos, pues todos los naturalistas tuvieron el relato por fabuloso y aun hubo quienes, como Dodwell, negaron la autenticidad del texto de Hanón (56).

La famosa *Atlántida* de Platón es una “noble mentira” a juicio de su moderno traductor y comentador Jowett, no obstante que el insigne filósofo alude en el *Timeo* a la tradición subsistente en la isla de Poseidonis, cuyos habitantes habían oído hablar a sus antepasados de otra isla de prodigioso tamaño llamada Atlántida.

De entre el vulgo de las gentes sumidas en la ignorancia medioeval sobresalieron tan sólo unos cuantos estudiantes a quienes la antigua filosofía hermética permitió columbrar descubrimientos cuya gloria se atribuye nuestra época, mientras que los científicos de entonces, los antecesores de cuantos hoy ofician de pontifical en el templo de *Santa Molécula*, creían ver la pezuña de Satanás en los más sencillos fenómenos de la naturaleza.

Dice Wilder (57) que el franciscano Rogerio Bacon dedica la primera parte de su obra: *Admirable poder del arte y de la naturaleza* al estudio de los fenómenos naturales e insinúa el uso de la pólvora como explosivo y el empleo del vapor de agua como fuerza motora, además de pergeñar la prensa hidráulica, la campana de buzos y el calidoscopio.

También hablaron los antiguos de aguas convertidas en sangre y de lluvias y nieves sanguinolentas formadas por corpúsculos carmesíes que, según la moderna observación, son fenómenos naturales que han ocurrido en toda época, pero cuya causa no se conoce todavía. Cuando en 1825 tomaron las aguas del lago Morat consistencia y color de sangre, uno de los más conspicuos botánicos de este siglo, el ilustre De Candolle atribuyó el fenómeno a la propagación por miríadas del infusorio Oscellatoria rubescens, cuyo organismo es como el anillo de tránsito de reino vegetal al reino animal (58). Muchos naturalistas han tratado de estos fenómenos y cada cual les da causa distinta, pues unos los atribuyen al poder de cierta especie de coníferas y otros a nubes de infusorios, sin faltar quien, como Agardt, confiese francamente su ignorancia sobre el particular (59).

Si el unánime testimonio del género humano es prueba de verdad, no puede aducirla mayor la magia en que durante miles de generaciones creyeron todos los pueblos así cultos como salvajes. La magia es para el ignorante una contravención de las leyes naturales; y si deplorable es tal ignorancia en las gentes incultas de toda época, lo es más todavía en las actuales naciones que de tan fervorosas cristianas y de tan exquisitamente cultas se precian.

Los misterios de la religión cristiana no son ni más ni menos incomprensibles que los milagros bíblicos, y únicamente la magia en la verdadera acepción de la palabra nos da la clave de los prodigios operados por Moisés y Aarón en presencia y en oposición a los que operaban los magos de la corte faraónica, sin que la virtud de estos fuese intrínsecamente distinta de la de aquéllos ni que en caso alguno hubiera milagrosa contravención de las leyes de la naturaleza. Entre los muchos fenómenos mágicos que relata el Éxodo, de cuya veracidad no cabe dudar, analizaremos el de la conversión del agua en sangre, según expresa el texto:

Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto... para que se conviertan en sangre (60).

AGUAS DE SANGRE

Repetidas veces hemos presenciado la operación de este fenómeno, aunque no con la amplitud propia de aguas fluviales. Desde Van Helmont que ya en el siglo XVII conocía el secreto de producir anguilas, ranas e infusorios de varias clases, de que tanto se burlaron sus contemporáneos, hasta los modernos campeones de la generación espontánea, todos admitieron la posibilidad de vivificar gérmenes de vida sin milagro alguno contra la ley natural. Los experimentos de Spallanzani y Pasteur y la controversia entre los panespermistas y los heterogenésicos, discípulos estos de Buffon, entre ellos Needham, no dejan duda de que hay gérmenes vivificables en determinadas circunstancias de aireación, luz, calor y humedad. Los anales de la Academia de Ciencias de París (61) mencionan diversos casos de lluvias y nieves rojosanguíneas, a cuyas gotas y copos llamaron *lepra vestuum* y estaban formadas por infusorios. Este fenómeno se observó por primera vez en los años 786 y 959, en que tuvo caracteres de plaga. No se ha podido averiguar todavía si los corpúsculos rojos son de naturaleza vegetal o animal, pero ningún químico moderno negará de seguro la posibilidad de avivarlos con increíble rapidez en apropiadas circunstancias. Por lo tanto, si la química cuenta hoy por una parte con medios para eterilizar el aire y por otra para avivar los gérmenes que en él flotan, lógico es suponer que lo mismo pudiesen hacer los magos con sus llamados encantamientos. Es mucho más racional creer que Moisés, iniciado en los misterios egipcios, según nos dice Manethon, operara fenómenos extraordinarios pero naturales, en virtud de la ciencia aprendida en el país de la *chemia*, que atribuir a Dios la violación de las leyes reguladoras del universo.

Por nuestra parte, repetimos que hemos visto operar a varios adeptos orientales la sanguificación del agua, de dos maneras distintas. En un caso, el experimentador se valía de una varilla intensamente magnetizada que sumergía en una vasija metálica llena de agua, siguiendo un procedimiento secreto cuya revelación nos está vedada. Al cabo de unas diez horas, se formó en la superficie del agua una especie de espuma rojiza, que dos horas después se convirtió en un liquen parecido al *Lepraria kermasina* de Wrangel, y luego en una gelatina, roja como sangre, que veinticuatro horas más tarde quedó saturada de infusorios.

En el segundo caso, el experimentador esparció abundantemente por la superficie de un arroyo de corriente mansa y fondo cenagoso, el polvo de una planta secada primero al sol y después molida. Aunque al parecer la corriente arrastró este polvo vegetal, parte del mismo quedaría sin duda depositado en el fondo, porque a la mañana siguiente apareció el agua cubierta de infinidad de infusorios (**Oscellatoria rubescens* *) que, en opinión de De Candolle, es el anillo de tránsito entre la forma vegetal y la animal.

Esto supuesto, no hay razón para negar a los químicos y físicos (62) de la época mosaica, el conocimiento y la facultad de vivificar en pocas horas miríadas de esos gérmenes que esporádicamente flotan en el aire, en el agua y en los tejidos orgánicos. La vara en manos

de Moisés y Aarón tenía tanta virtud como en la de los medioevales magos cabalistas a quienes se vitupera hoy de locos, supersticiosos y charlatanes. La vara o tridente cabalístico de Paracelso y las famosas varas mágicas de Alberto el Magno, Rogerio Bacon y Enrique Kunrath, no merecen mayor ridículo que la vaarilla graduadora de los modernos electroterapas. Cuanto necios y sabios del pasado siglo diputaron por imposible y absurdo, va tomando en nuestros tiempos visos de posibilidad y aun en algunos casos de innegable evidencia.

REGLA DE CRITERIO

Eusebio nos ha conservado un fragmento de la *Carta a Anebo*, de Porfirio, en que éste llama a Cheremón "hierogramático" para demostrar que las operaciones mágicas cuyos adeptos eran capaces de "infundir pavor en los dioses" estaban patrocinadas por los sabios egipcios (63). Ahora bien, según la regla de comprobación histórica expuesta por Huxley en su discurso de Nashville, inferimos de todo ello dos incontrovertibles conclusiones: 1.ª Que Porfirio era incapaz de mentir, pues gozaba fama de hombre veracísimo y honrado; 2.ª Que su erudición en todas las ramas del humano saber, le ponía a salvo de todo engaño y más particularmente en lo relativo a las artes mágicas (64). Por lo tanto, la misma regla de criterio de Huxley nos induce a creer en la realidad de las artes mágicas que profesaron los magos y sacerdotes egipcios (65).

CAPÍTULO IV

Los defensores verdaderamente filosóficos de la doctrina

de la uniformidad jamás hablan de las imposibilidades de la naturaleza ni dicen que el Constructor del universo no puede alterar su obra... Expónganse las más disolventes hipótesis con la corrección propia de caballeros y les darán en rostro.-TYNDALL: *Conferencia sobre el empleo científico de la imaginación*.

El mundo tendrá una religión de la especie que sea, aunque para ello haya de recurrir al lupanar intelectual del espiritismo.-TYNDALL: *Fragmentos de la ciencia*.

Pero como vampiro enviado a la tierra, arrancarán tu cadáver de la tumba y chuparán la sangre de toda tu raza.

LORD BYRON: *Giaour*.

Nos acercamos al santo recinto de aquel dios Jano que se llama el molecular de Tyndall. Entremos descalzos. Al atravesar el sagrado atrio del templo de la sabiduría, nos aproximamos al resplandeciente sol del sistema huxleyocéntrico. Volvamos la vista; no sea que ceguemos.

Hemos tratado con la mayor moderación posible los asuntos hasta ahora expuestos, teniendo en cuenta la actitud en que ciencia y teología se colocaron durante siglos respecto a aquellos de quienes recibieron los amplios fundamentos de su actual sabiduría. Cuando a manera de imparciales espectadores vemos lo mucho que los antiguos sabían y lo no menos que los modernos presumen saber, nos asombra que pase inadvertida la mala fe de los científicos contemporáneos, que diariamente admiten nuevas teorías bajo la crítica de observadores legos aunque bien informados.

En corroboración de lo que decimos, copiaremos el siguiente párrafo de un artículo periodístico:

LA AURORA BOREAL

"Es curiosa la diversidad de opiniones que entre los científicos prevalecen respecto de algunos de los más comunes fenómenos naturales, como, por ejemplo, la autora boreal. Descartes la consideraba un meteoro procedente de las regiones superiores de la atmósfera. Halley y Dalton la atribuían al magnetismo de la tierra. Coates la suponía resultado de la fermentación de una materia emanada de la superficie del globo. Marion afirmaba que provenía del contacto de la brillante atmósfera del sol con la de nuestro planeta. Euler sostenía que dimanaba de la vibración del éter entre las partículas de la atmósfera terrestre. canton y Franklin dicen que es un fenómeno puramente eléctrico, y Parrat le daba por causa la conflagración del hidrógeno carburado que la tierra exhala a consecuencia de la putrefacción de las materias vegetales, conflagración promovida por las estrellas fugaces. De la Rive y Oersted indujeron que era un fenómeno electro-magnético, pero simplemente terrestre. olmsted suponía que alrededor del sol giraba un astro de constitución nebulosa, que al ponerse periódicamente en vecindad con la tierra entremezclaba sus gases con los de nuestra atmósfera y producía la aurora boreal".

Análogas hipótesis encontramos en las demás ramas de la ciencia, de modo que ni aun en los más ordinarios fenómenos de la naturaleza están de acuerdo los científicos. Tanto estos como los teólogos inscriben las sutiles relaciones entre la mente y la materia en un círculo a

cuya área llaman *terreno vedado*. El teólogo llega hasta donde su fe le consiente, porque, como dice Tyndall: “no carece del amor a la verdad (elemento positivo), si bien le domina el miedo al error (elemento negativo). Pero el mal está en que los dogmas religiosos sujetan el entendimiento del teólogo como la cadena y el grillete al preso”.

En cuanto a los científicos, no adelantan como pudieran, por su consuetudinaria repugnancia al aspecto espiritual de la naturaleza y su temor a la opinión pública. Nadie ha flagelado tan airadamente a los científicos como el mismo Tyndall (1) al decir: “en verdad, no están los mayores cobardes de nuestros días entre el clero, sino en el gremio de la ciencia”. Si cupiera duda acerca de la justicia de tan deprimente epíteto, la desvanecería el mismo Tyndall cuando tras declarar (2) no sólo que la materia contiene potencialmente toda forma y cualidad de vida, sino que la ciencia ha expulsado a la teología de sus dominios cosmogónicos, se asustó de la hostilidad mostrada a su discurso por la opinión pública, y al imprimirlo de nuevo substituyó la frase: *toda forma y cualidad de vida* por la de: *toda vida terrestre*. más que cobardía supone esto la ignominiosa abjuración de la fe científica.

En el discurso de Belfast delata Tyndall su doble aversión a los teólogos y a los espiritistas. Respecto a los primeros, ya hemos visto cómo los trató; pero al verse acusados por ellos de ateísmo protestó de semejante imputación y quiso entablar la paz. Sin embargo, los centros “nerviosos” y “las moléculas cerebrales” del ilustre físico necesitaban calmar su agitación en demanda de equilibrio, y nada más a propósito que emprenderlas con los pobres espiritistas, ya pusilánimes de suyo, calificando de degradante su doctrina y diciendo que “el mundo habrá de profesar una religión de tal o cual especie, aunque para ello haya de caer en el *lupanar intelectual* del espiritismo” (3).

Ya vimos que Magendie y Fournié confiesan sin rebozo la ignorancia de los fisiólogos respecto a los capitales problemas de la vida, al par que Tyndall reconoce la insuficiencia de la evolución para esclarecer el misterio final. También hemos analizado, según nuestro leal entender, la famosa conferencia de Huxley sobre *Las bases fisiológicas de la vida*, a fin de hablar con fundamento de las modernas orientaciones científicas. La teoría de Huxley sobre este particular puede compendiarse en las siguientes conclusiones: “Todas las cosas han sido creadas de la materia cósmica, de cuyos cambios y combinaciones resultan las distintas formas.

BASES FISIOLÓGICAS DE LA VIDA

La materia ha eliminado al espíritu, pues no hay tal espíritu y el pensamiento es una propiedad de la materia. Las formas perecen y otras les suceden. Toda vida tiene un mismo protoplasma y la diferencia de los organismos proviene de la variable acción química de la materia viva”. Nada deja que desear esta teoría de Huxley en cuanto alcanzan las reacciones químicas y las observaciones microscópicas, por lo que se comprende la profunda emoción que despertó en el mundo científico; pero tiene el defecto de que no se echa de ver ni el comienzo ni el término de su ilación lógica. Se ha servido Huxley de la mejor manera posible de los materiales de que disponía; y dando por supuesto que el universo está henchido de moléculas dotadas de energía y latente en ellas el principio vital, resulta muy fácil deducir que su inherente energía las impele a cohesionarse para formar los mundos y los organismos vivientes. ¿Pero de dónde proviene la energía que mueve estas moléculas y les infunde el misterioso principio de vida? ¿Por qué secreta fuerza se diferencia el protoplasma para formar el organismo del hombre, del cuadrúpedo, del ave, del reptil, del pez o de la planta, de modo que cada cual engendra a su semejante y no a su diverso? Y cuando el organismo, sea hongo o roble, gusano u hombre, devuelve al receptáculo común sus elementos constitutivos ¿a dónde va la vida que animó

aquella forma? ¿Es la ley de evolución tan restrictiva que en cuanto las moléculas cósmicas llegan al punto de formar el cerebro humano ya no pueden constituir entidades más perfectas? No creemos que Huxley demuestre la imposibilidad de que después de la muerte pase el hombre a un estado de existencia en que vea a su alrededor otras formas animales y vegetales resultantes de nuevas combinaciones de la entonces sublimada materia (4). Confiesa que nada sabe acerca de la gravitación, sino que puesto las piedras faltas de apoyo caen al suelo, no habrá piedra alguna que deje de caer en igualdad de circunstancias. Pero esto es para Huxley una posibilidad, no una necesidad, y a este efecto dice: “Rechazo toda intrusión, porque conozco los hechos y conozco la ley. Por lo tanto, esta necesidad es una vana sombra del impulso de mi propia mente”.

Sin embargo, todo cuanto sucede en la naturaleza obedece a la ley de necesidad, y toda ley, desde el momento en que actúa, continuará actuando indefinidamente hasta que la neutralice otra ley opuesta de potencia equivalente. Así, es natural que la piedra caiga al suelo atraída por una fuerza y también es natural que no caiga, o que luego de caer se eleve, en obediencia a otra fuerza igualmente poderosa, aunque no la conozca Huxley. Es natural que una silla no se mueva del sitio donde esté, y también es natural que, según testimonio de centenares de personas fidedignas, se levante en el aire sin que visiblemente nadie la toque. Huxley debiera, en primer término, cerciorarse de la realidad de este fenómeno, para luego dar nuevo nombre científico a la fuerza que lo produce. Dice Huxley que conoce los hechos y conoce la ley; pero ¿de qué medios se ha valido para llegar a este conocimiento? Sin duda alguna de sus propios sentidos que, como celosos servidores, le permitieron descubrir suficientes verdades para trazar un sistema que, según él mismo confiesa, “parece como si chocara con el sentido común”. Si su testimonio, que al fin y al cabo queda en hipótesis, ha de servir de fundamento a la renovación de las creencias religiosas, igual respeto merece el testimonio de millones de personas respecto a la autenticidad de fenómenos que minan por su base esas mismas creencias. A huxley no le interesan estos fenómenos, pero sí a los millones de personas que han reconocido el carácter de letra de sus íntimos, trazado por manos espirituales, y han visto la espectral aparición de sus difuntos amigos y parientes, mientras Huxley digería el protoplasma para cobrar fuerzas con que remontarse a mayores alturas metafísicas, sin advertir que los desdeñados fenómenos desmentían su hipótesis predilecta.

La ciencia no tendr´ça derecho a dogmatizar mientras declare que sus dominios están limitados por las transformaciones de la materia, que al pasar del estado sólido al aeriforme pasa de la condición visible a la *invisible*, sin que se pierda ni un solo átomo. Entretanto, es la ciencia incompetente para afirmar y para negar, y debe ceder el campo a quienes tengan más intuición que sus representantes. Huxley inscribe en el panteón del nihilismo, con capitales caracteres, el nombre de David Hume, a quien agradece el gran servicio que prestó a la humanidad al fijar los límites de la investigación filosófica, fuera de los cuales están las básicas doctrinas “del espiritismo y otros ismos”. Lo cierto es que Hume pronosticó (5) que los “científicos y los eruditos se opondrían perpetuamente a toda falacia supersticiosa”, con lo que significaba la creencia en fenómenos desconocidos a que arbitrariamente llamaba milagros. Pero, como muy acertadamente observa Wallace, no se pone Hume en razón al afirmar que “el milagro es una transgresión de las leyes de la naturaleza”; pues equivale esto, por una parte, a suponer que las conocemos todas, y por otra, a considerar como milagroso todo fenómeno extraordinario. Según Wallace, es milagro el hecho que requiere necesariamente la intervención de inteligentes entidades sobrehumanas. Ahora bien, dice Hume que una experiencia continuada equivale a una prueba y Huxley añade, en su famoso ensayo sobre este punto, que todo cuanto podemos saber acerca de la ley de la gravedad es que puesto que la experiencia enseña que los cuerpos abandonados a sí mismos caen al suelo sin excepción alguna, no hay razón para dudar de que siempre ha de ocurrir lo mismo en idénticas circunstancias.

LA EXPERIENCIA HUMANA

Si fuera imposible ensanchar los límites de la humana experiencia, tendría visos de verdad la afirmación de Hume, según la cual conocía todo cuanto está sujeto a las leyes de la naturaleza, y no nos extrañaría el tono despectivo con que Huxley alude siempre al espiritismo; pero como de las obras de ambos filósofos se infiere notoriamente que desconocen la posibilidad de los fenómenos psíquicos, no conviene reconocer autoridad a sus dogmáticas afirmaciones. Cabe suponer que quien tan acerbamente arremete contra los espiritistas fundamente su crítica en detenidos estudios; pero lejos de ello, delata Huxley su ligereza en carta dirigida a la Sociedad Dialéctica de Londres, en que después de decir que le falta tiempo para un asunto que no despierta interés, añade: "El *único caso* de espiritismo que he tenido ocasión de presenciar era una impostura tan enorme cual no cabía otra mayor".

No sabemos qué pensaría este protoplásmico filósofo de un espiritista que tras una sola observación telescópica, malograda por mala intención de algún empleado del observatorio, calificase de "ciencia degradante" la astronomía. Esto demuestra que los científicos en general sólo sirven para recopilar hechos de experimentación física e inducir de ellos generalizaciones mucho más endebles e ilógicas que las de los profanos, a causa de su errónea interpretación de las enseñanzas antiguas.

Balfour Stewart rinde sincero tributo a la intuición de Heráclito (6), el audaz filósofo que consideró el fuego como la causa primera y dijo que "todas las cosas estaban en continua transformación"; y expone a este propósito que "Heráclito debió tener sin duda del continuado movimiento del universo animado por la energía, un concepto, si bien menos preciso, tan claro como el de los modernos filósofos que consideran la materia esencialmente dinámica". Añade Balfour Stewart, no tan escéptico como otros de sus colegas, que le parece muy vaga la expresión *fuego*, y muy natural es que así le parezca, pues los científicos contemporáneos ignoran el sentido que los antiguos dieron a la palabra fuego.

Opinaba Heráclito lo mismo que Hipócrates acerca del origen de las cosas y ambos admitían una potestad suprema (7), por lo que no cabe decidir si su concepto del fuego primordial, como energía de la materia, algo semejante al *dinamismo* de Leibnitz, era o no "menos preciso" que el de los filósofos modernos. Por el contrario, sus ideas metafísicas sobre el fuego eran mucho más racionales que las defectuosas y fragmentarias hipótesis de los científicos del día, pues coincidieron con las de los parsis, de los *filósofos del fuego* y de los rosacruces, quienes sin discrepancia afirmaban que el divino Espíritu, el Dios omnipotente y omnisciente alienta en el fuego del cual creó el universo. La ciencia ha venido a corroborar esta opinión en el aspecto físico.

EL FUEGO TRINO

La filosofía esotérica consideró en todo tiempo el fuego como elemento trínico. De la propia suerte que el agua es un fluido visible con gases invisiblemente disueltos en su masa y subyacente en ella el espiritual principio de la energía dinámica, así también reconocían los herméticos en el fuego tres principios: la llama visible, la llama invisible (8) y el espíritu. A todos los elementos aplicaban la misma regla y sostenían la trínica constitución de los compuestos inorgánicos y orgánicos, incluso el hombre. En opinión de los rosacruces, legítimos sucesores de los teurgos, es el fuego origen no sólo de los átomos materiales, sino también de las fuerzas dinámicas. Al extinguirse la visible llama del fuego, ya no la ve más el materialista; pero el filósofo hermético la sigue viendo más allá del mundo físico, de la propia suerte que sigue la

estela del espíritu desencarnado o “chispa vital de la llama celeste” en su tránsito al mundo etéreo a través de la tumba (9).

Tiene este punto demasiada importancia para dejarlo sin comentario. El grosero concepto que del fuego tienen las ciencias físicas revela su desdeñosa ignorancia de la espiritual mitad del universo. lAs mismas autoridades científicas, con sus humillantes confesiones, nos inducen a creer que la filosofía positiva se mueve sobre un tablado de tan carcomidos y endebles postes, que cualquier descubrimiento o invención puede dar al traste con los puntales del armatoste. Al afán que les domina de eliminar de sus conceptos todo elemento espiritual, podemos oponer la siguiente confesión de Balfour Stewart:

> Se advierte la tendencia a dejarse llevar hacia los extremos y atender en demasía al aspecto puramente material de los fenómenos. Hemos de ir con cuidado en este punto, no sea que al huir de Scila caigamos en Caribdis, porque el universo ofrece más de un aspecto y posible es que haya en él comarcas inexplorables para los físicos tan sólo armados de pesas y medidas..., pues nada o muy poco sabemos de la constitución y propiedades íntimas de la materia ya organizada ya inorgánica (10).

Respecto a la supervivencia del espíritu nos da Macaulay una todavía más explícita declaración en el siguiente pasaje:

> En cuanto al destino del hombre después de la muerte, no acierto a ver por qué el europeo culto, pero sin otro valimiento que su propia razón, ha de estar más en lo cierto que el indio salvaje, pues ni una sola de las muchas ciencias en que aventajamos a los salvajes da la más leve insinuación sobre el estado del alma después de extinguida la vida animal. Lo cierto es, según nos parece, que cuantos filósofos antiguos y modernos, desde Platón a Franklin, quisieron demostrar sin auxilio de la revelación la inmortalidad del hombre fracasaron deplorablemente en su intento.

Sin embargo, hay percepciones espirituales muchísimo más fáciles de probar que los sofismas del materialismo; pero lo que Platón y sus discípulos veían patentemente verdadero, es para los científicos modernos superfluo error de una filosofía espuria. Se han invertido los métodos científicos con menosprecio del testimonio y demostraciones de los antiguos filósofos, que estaban más cercanos a la verdad por su mayor conocimiento del espíritu de la naturaleza reveladora de la Divinidad. Para los modernos pensadores, la sabiduría antigua es un cúmulo heterogéneo de redundancias sin método ni sistema, a pesar de que contra tan despectivo juicio vemos que supeditaban la fisiología a la psicología, mientras que los modernos científicos posponen la psicología a la fisiología, en cuales ciencias no sobresalen gran cosa, según ellos mismos confiesan.

Por lo que toca al último extremo de la objeción de Macaulay, dióle ya anticipada réplica Hipócrates al decir hace muchos siglos:

> Todas las ciencias y todas las artes han de indagarse en la naturaleza que, si la interrogamos debidamente, nos revelará las verdades relativas, no sólo a ella, sino a nosotros mismos. lA naturaleza en acción no es ni más ni menos que la manifestada presencia de Dios. ¿Cómo hemos de interrogarla para que nos responda? Hemos de proceder con *fe*, firmemente convencidos de que al fin descubriremos la verdad completa. Entonces la naturaleza nos pondrá la respuesta en el *sentido íntimo* que, auxiliado por el conocimiento en ciencias y artes, nos revelará la verdad tan claramente, que sea imposible toda duda (11).

INSTINTO Y RAZÓN

Por lo tanto, en el caso de que tratamos está más en lo cierto el sentido íntimo del salvaje creyente en la inmortalidad, que el poderoso raciocinio del científico escéptico. Porque la intuición es universal dádiva del divino Espíritu y la razón deriva del lento desarrollo de nuestro cerebro físico. La intuición, que en su grado inferior e incipiente llamamos instinto, se oculta como chispa divina en el inconsciente centro nervioso del molusco, se manifiesta primariamente en las acciones reflejas del gran simpático, y se explaya en paridad con la dual evolución de la vida y la conciencia, hasta convertirse de automatismo en intuición. Pero aun en los animales cuyo instinto les mueve a la conservación del individuo y la propagación de la especie hay un algo inteligente que regula y preside los movimientos automáticos.

Lejos de estar en pugna esta teoría con la de la evolución, que tan eminentes defensores tiene hoy día, la simplifica y complementa, prescindiendo de si cada especie fue o no creada independientemente de las otras, porque la cuestión de materia y forma queda en lugar secundario cuando con preferencia se atiende al espíritu; y, por lo tanto, según vayan perfeccionándose las formas por evolución física, mejor instrumento de acción hallará en el sistema nervioso la mente directora, así como un pianista arranca de un magnífico piano armonías que no brotarían de una espineta. Por consiguiente, poco importa para el caso que el impulso instintivo quedara directamente infundido en el sistema nervioso del primer radiario o que, como opina más razonadamente Spencer, cada especie lo haya ido desarrollando poco a poco por sí misma. Lo importante es la evolución espiritual, sin la que no cabe concebir la física, pues ambas son igualmente indemostrables por experimentación y no es posible anteponer una a otra. De todos modos, hemos de volver a la antiquísima pregunta formulada en las *Symposiacas* de Plutarco sobre si fue primero el huevo o la gallina.

El método aristotélico ha cedido ya en toda la línea al platónico, y aunque los científicos no reconocen otra autoridad que la suya propia, la orientación mental de la humanidad se restituye al punto de partida de la filosofía antigua. Esta misma idea expresa acabadamente Osgood Mason en el siguiente pasaje:

> Los dioses mayores y menores de las diversas sectas y cultos van perdiendo la veneración de las gentes, pero en cambio empieza a iluminar el mundo, como aurora de más serena y suave luz, el concepto, aunque todavía impreciso, de una consciente, creadora y omnipresente Alma de las almas, la Divinidad causal, no revelada por la forma ni por la palabra, pero que se infunde en toda alma viviente del vasto universo, según la capacidad receptiva de cada cual. El templo de esta divinidad es la naturaleza y su culto la admiración (12).

Coincide este concepto con el de los primitivos arios, que deificaban la naturaleza, y concuerda con las enseñanzas budistas, platónicas, teosóficas, cabalísticas y ocultistas, así como con el pensamiento dominante en el ya citado pasaje de Hipócrates.

Pero volvamos al asunto. El niño no tiene todavía uso de razón, que está latente en él, y sin embargo, es en instinto muy inferior a los irracionales, pues se quemará o ahogará abandonado a sí mismo en cercanía del fuego o del agua, mientras que el gato cachorro huirá instintivamente de ambos riesgos. El débil instinto del niño se desvanece a medida que la razón se afirma gradualmente. Tal vez se objete contra la espiritualidad del instinto, diciendo que es más vigoroso en los animales porque no tienen alma; pero este argumento carece de valor lógico, pues no conocemos por experiencia la naturaleza íntima del animal que no posee, como el hombre, el don de la palabra ni puede actualizar sus potencias psicológicas.

EL ALMA DE LOS ANIMALES

Pero ¿qué pruebas hay, aparte de esa negación gratuita, de que los animales no tienen alma superviviente por no decir inmortal? Desde el punto de vista rigurosamente científico pueden aducirse tantos argumentos en pro como en contra, pues no hay prueba científica en que apoyar la afirmación ni la negación de la inmortalidad del alma del hombre, cuanto menos de la del bruto, desde el momento en que no cabe someter a observación experimental lo que carece de existencia objetiva. Descartes y Bois-Raymond agotaron su talento en el estudio de esta materia, y Agassiz confiesa que no podría concebir la vida futura sin dilatarla a los animales y aun a los mismos vegetales. Porque fuera motivo sobrado para rebelarse contra la injusticia divina si dotara de espíritu inmortal a un bellaco sin entrañas y condenase a la aniquilación al leal amigo del hombre, al noble perro que defiende a su amo con desprecio de la muerte y suele dejarse morir de hambre junto a su tumba en prueba de la abnegación de que son incapaces la generalidad de los humanos. ¡Mal haya la razón culta que abone tan nefanda parcialidad! Es preferible el instinto en semejantes casos y creer, con el indio de Pope, “en un cielo donde se vea acompañado de su perro”.

Nos faltan tiempo y espacio que dedicar a las especulaciones de algunos ocultistas antiguos y medioevales sobre este asunto. Baste decir que anticipándose a Darwin expusieron, aunque esbozadamente, la teoría de la selección natural y transformación de las especies y prolongaron por ambos extremos la cadena evolutiva. Además, exploraron tan intrépidamente el terreno de la psicología como el de la fisiología, sin desviarse jamás del sendero de paralelas vías que les trazara su insigtne maestro Hermes en el famoso apotegma: “Como es arriba, así es abajo”. De esta suerte simultanearon la evolución física con la espiritual.

Pero los biólogos modernos son al menos lógicos en este punto concreto, pues incapaces de demostrar que los animales tienen alma, se la niegan al hombre. La razón les lleva al borde del infranqueable abismo abierto, según Tyndall, entre la materia y la mente. Tan sólo la intuición podrá salvarlo, cuando se convenzan de que de otro modo han de fracasar siempre que intenten descubrir los misterios de la vida. A la intuición, es decir, al instinto consciente han recurrido Fiske, Wallace y los autores de El Universo invisible para atravesar intrépidamente el abismo. Perseveren sin temor en su propósito hasta advertir que el espíritu no reside forzosamente en la materia, sino que la materia se adhiere temporáneamente al espíritu que de eterna e imperecedera morada sirve a todas las cosas visibles e invisibles.

Según la filosofía esotérica, la materia es la densificación concreta y objetiva del espíritu. En la eterna Causa primera laten desde un principio el espíritu y la materia y esta idea expresan las palabras: “En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios” (13). Confiesan los esotéricos que el concepto absoluto de la Divinidad escapa a la razón humana; pero en cambio es asequible a la intuición como reminiscencia de una verdad inconcusa, aunque imperceptible por sensación física. La Causa primera, la Divinidad absoluta que, como tal, entrañaba potencialmente los principios masculino y femenino (activo y pasivo), se desdobla al emanar la primera idea y se manifiesta como energía creadora (principio activo o masculino) o, mejor dicho, impulsora de la objetivada materia (principio pasivo o femenino).

Desde el punto en que se desdobla y manifiesta la Divinidad, hasta entonces neutra y absoluta, vibra la energía eléctrica instantáneamente difundida por los ámbitos del espacio sin límites.

Pero el raciocinio humano es incapaz de fijar el cómo ni el cuándo ni el dónde de la manifestación, es decir, del nacimiento del universo visible o actualización del espíritu-materia que eternamente *era*, aunque latente. A la finita inteligencia humana se le muestra este principio de la manifestación tan remoto, que no puede computarlo con números ni expresarlo en palabras, sino que se confunde con la misma eternidad. Enseñaba Aristóteles que el universo era eterno, sin principio ni fin deslindables por nuestra inteligencia, y que las generaciones humanas se iban sucediendo sin interrupción unas a otras. Sobre esto decía: “Si ha existido un

primer hombre, debió nacer sin padre ni madre, lo cual es contrario a naturaleza, porque no pudo un huevo originario dar nacimiento al ave, sin ave que pusiera el huevo, puesto que el huevo nace del ave. El mismo razonamiento conviene a todas las especies, por lo que hemos de juzgar que antes de aparecer en la tierra, tuvieron forma mental todas las cosas".

COETERNIDAD DE LA MATERIA

Estas enseñanzas concuerdan esotéricamente con las de Platón, aunque esotéricamente parezcan contradictorias, según se ve en el siguiente pasaje del maestro: "Hubo un tiempo en que la humanidad no procreaba; pero después echaron los hombres en olvido las primievales enseñanzas y fueron degradándose más y ma´s profundamente".

Tan sólo la esotérica teoría antes expuesta esclarece el misterio de la creación primordial, que siempre fue pesadilla de la ciencia; pero la importancia del asunto requiere alguna mayor explicación. Al Decir que la materia es coeterna con el espíritu, no nos referimos a la materia objetiva y tangible, sino a la sublimación de la materia cuyo grado máximo e insuperable de sutilidad es el espíritu puro. No cabe concebir racionalmente otra hipótesis genésica de los seres animados, sino que el hombre emanó y ha ido evolucionando del primario espíritu-materia.

Darwin traza la evolución de las especies desde el organismo ínfimo hasta el hombre, donde inadvertidamentese detiene sin vislumbrar el mundo invisible que se dilata más allá del visible.

Los modernos filósofos positivists no han comprendido el verdadero significado de la filosofía platónica. Y así lo da a entender Draper al decir que "los griegos y romanos atribuían al espíritu la forma y semblante del cuerpo, cuyas alteraciones y crecimiento seguía" (14). A esto responderemos que poco importa la opinión del vulgo ignorante, aunque nos parece que no profesaban dicha creencia *al pie de la letra*; y que los filósofos platónicos, así griegos como romanos, atribuyeron semejanza de contornos, figura y semblante, no al espíritu, sino al cuerpo astral llamado por ellos alma animal (15).

Los jainos de la India opinan que el Ego, llamado por ellos *Jiva*, está identificado de toda eternidad con dos vehículos etéreos, uno de los cuales tiene por atributos las potencias de la mente superior y no está sujeto a mudanzas, al paso que el otro está constituido por las pasiones, emociones, deseos y afectos groseros y terrenales del hombre. Después de la muerte del cuerpo, prufica el Jiva su vehículo pasional y se une al *Vaycarica*, o divino espíritu, para convertirse en dios. La misma doctrina exponen los induistas en el *Vedanta*, que considera el Ego humano como partícula del universal espíritu divino o mente inmaterial, y, por lo tanto, capaz de identificarse con la esencia de la suprema entidad. Dice, además, explícitamente el *Vedanta* que quien llega al conocimiento de su interno *dios*, se convierte en dios, aunque viva en carne mortal, y tiene poderío sobre todas las cosas.

Opina Draper que las doctrinas budistas llegtaron a la Europa oriental por conducto de Aristóteles, y se apoya en la analogía de los conceptos capitales de este filósofo con el versículo de los Vedas que dice: "Verdaderamente hay una sola Divinidad: el supremo Espíritu. De su misma naturaleza es el alma del hombre". Sin embargo, juzgamos equivocada la opinión de Draper, pues antes de Aristóteles enseñaron la misma doctrina Pitágoras y Platón; y si posteriormente admitieron los platónicos las teorías aristotélicas de la emanación, fue porque coincidían con las ya de ellos conocidas enseñanzas budistas acerca de este punto. La doctrina pitagórica de los números armónicos y la platónica de la creación son gemelas de la teoría budista sobre la emanación. La filosofía pitagórica tuvo por último término liberar al Ego de las ilusiones de los sentidos y de los lazos de la materia, de suerte que se identifique con la

Divinidad. No puede ser más patente la coincidencia de esta doctrina con la del nirvana, cuyo verdadero significado vislumbran ya los modernos sanscritistas.

CONCEPTO DEL NIRVANA

Por lo demás, las doctrinas aristotélicas para nada influyeron en la escuela neoplatónica, como supone Draper; y ni Plotino ni Porfirio ni Proclo aceptaron la opinión de Aristóteles en punto a los sueños y visiones proféticas del alma, pues mientras el filósofo de Estagira afirma que la mayor parte de los vaticinadores adolecen de insanía (16) (de lo que se aprovechan algunos sofistas para tergiversar las ideas), la opinión de Porfirio y de Plotino era por completo opuesta. En las más importantes cuestiones metafísicas, las doctrinas neoplatónicas están en pugna con las aristotélicas. Por otra parte, el nirvana de los budistas no significa aniquilación ni los neoplatónicos lo tomaron jamás en este sentido; y si seguramente no se atrevería a decir Draper que los neoplatónicos negaban la inmortalidad del alma, tampoco debiera interpretar torcidamente sus doctrinas afirmando que consideraban el éxtasis como un anticipo de la final inmersión del alma humana en el alma del mundo. El nirvana no es, como a Draper y a la generalidad de sanscritistas les parece, la extinciín, la aniquilación, el desvanecimiento definitivo (17), sino el eterno descanso y la bienaventuranza eterna en el seno de la Divinidad. Tal como expone Draper el concepto en su obra, aparecen Plotino y Porfirio partidarios del *nihilismo*, lo cual denota que el erudito autor desconoce las genuinas opiniones de aquellos dos ilustres filósofos (18); pero como no cabe suponer este desconocimiento en filósofo tan culto, forzosamente, aunque con pena, nos inclinamos a creer que tuvo con ello el propósito de tergiversar las ideas religiosas de los neoplatónicos. Porque para los modernos filósofos que parecen empeñados en arrebatar de la mente humana las ideas de Dios y del espíritu inmortal, es muy violento juzgar con imparcialidad a los platónicos, pues se verían precisados a reconocer su sagaz penetración en las más arduas cuestiones filosóficas, su firmísima creencia en Dios, en los espíritus, en la inmortalidad del alma y en las apariciones; fenómenos todos de índole espiritual que repuganan a la idiosincarsia de los académicos.

La opinión expuesta por Lemprière (19) es todavía de traza más burda que la de Draper, aunque produce el mismo efecto. Acusa a los ahntiguos filósofos de falsedad deliberada, impostura y superstición, después de ponderar las dotes de cultura, talento y moralidad de Pitágoras, Plotino y Porfirio, cuya abnegación en el estudio de las verdades divinas encomia sobremanera, para venir a parar en que Pitágoras era un impostor y Porfirio supersticioso, mentecato y fraudulento. La incongruencia crítica no puede ser más patente, como si cupiera que un hombre fuese a la par sincero e impostor, sabio y supersticioso, honrado y farsante, discreto y mentecato.

Ya sabemos que la doctrina esotérica no concede a todos los hombres por igual las mismas condiciones de inmortalidad. Dice Plotino que “el ojo no vería nunca el sol si no fuese de la naturaleza del sol”; y Porfirio añade que “únicamente por medio de la más exquisita pureza y castidad podremos acercarnos a Dios y recibiren la contemplación de Dios el verdadero conocimiento y la visión interna”. Si el Ego negligencia durante la vida terrena la iluminación de su divino espíritu, del Dios interno, no sobrevivirá largo tiempo la entidad astral a la muerte del cuerpo físico, pues así como el deforme monstruo muere a poco de nacer, así también la entidad astral grosera y materializada en exceso se disgrega a poco de nacida al mundo suprafísico y queda abandonada por el Ego, por el glorioso augeoeides. Durante el período de desintegración, la entidad astral vaga en torno del cadáver físico, alimentándose vampíricamente de las víctimas que ceden a su maligna influencia. Cuando el hombre rechaza los rayos de la divina luz, queda en tinieblas y se apega a las cosas de la tierra.

Todo cuerpo astral, aun el del hombre justo y virtuoso, es perecedero, porque de los elementos fue formado y a los elementos se ha de restituir; pero mientras la entidad astral del hombre perverso se desintegra sin dejar rastro, la de los hombres, no precisamente santos, sino tan sólo buenos, se renueva por asimilación en partículas más sutiles y no perece mientras en él arde la chispa divina.

Sobre esto dice Proclo:

> Después de la muerte sigue el espíritu residiendo en el cuerpo aéreo (cuerpo astral) hasta que la desintegración le libra de él en una *segunda muerte* análoga a la del cuerpo físico. Por esto dijeron los antiguos que el espíritu está siempre unido a un cuerpo celeste, inmortal y luminoso como las estrellas.

ADÁN Y EVA

Pero dejemos aquí esta digresión y volvamos al examen paralelo de la razón y el instinto. Según los antiguos, el instinto es don divino y la razón facultad humana. El instinto (.....) es la íntima sagacidad propia de todos los animales, aun los más inferiores; la razón (.....) es resultado de las facultades reflexivas. Por lo tanto, el bruto, aunque carece de razón, está dotado del instinto que infaliblemente le guía y no es otra cosa que la divina chispa subyacente en toda partícula material que es a su vez espíritu densificado. La *Kabala* hebrea dice que cuando el segundo Adán fue formado del barro de la tierra, era tal la densificación de la materia que todo lo dominaba. De sus lascivos deseos nace la mujer y Lilith se lleva lo más sutil del espíritu. El Señor Dios se pasea por el Edén a la hora del crepúsculo (20), y no sólo les maldice a ellos por el pecado cometido, sino también a la tierra, a los seres vivientes y con ira mayor a la tentadora serpiente, símbolo de la materia. Ésta, en apariencia injusta maldición a las cosas creadas, inocentes de todo crimen, sólo puede explicarse cabalísticamente. La materia entraña en sí la maldición, puesto que está condenada a purificarse de sus groserías, impelida por el irresistible anhelo que hacia lo alto lleva a la chispa divina en ella subyacente. La purificación requiere dolor y esfuerzo. No cabe duda de que si toda modalidad de materia tiene origen común, también deben ser comunes sus propiedades, y si la chispa divina alienta en el cuerpo del hombre, lógico es que asimismo se oculte en los animales inferiores cuyo instinto resplandece mucho más vivo que en el reino humano donde la razón lo eclipsa; y así vemos que en gran número de casos el instinto del animal se sobrepone en sus efectos a la razón, cuyo atributo confiere al hombre el cetro de la creación terrestre. como quiera que el cerebro físico del hombre aventaja en perfección al de los animales, su funcionamiento mental, o sea la razón, ha de corresponder a esta superioridad; pero sólo en cuanto a la comprensión del mundo material objetivo y en modo alguno en lo tocante al conocimiento del espíritu. La razón es el alma grosera del científico; la intuición (21) s infalible guía del vidente. Por instinto procrean plantas y animales en la estación más favorable y por instinto busca y halla el bruto remedio a sus dolencias. En cambio, la razón no basta por sí sola para refrenar los ímpetus pasionales de la carne ni pone límites a los goces sensuales, y lejos de capacitar al hombre para ser su propio médico, frecuentemente le arrastra a la ruina con especiosas sofismas. No se necesita mucho esfuerzo para comprender que por obra del instinto va evolucioando la materia. El zoófito que pegado al arrecife abre la boca y sin otro movimiento se alimenta de las substancias a su alrededor flotantes en el agua, denota en proporción a su tamaño corporal mejor instinto que la ballena. La hormiga en su república subterránea, donde a la observación del entomólogo ofrece maravillas de arquitectura, sociología y política, ocupa virtualmente en la escala zoológica un peldaño muy superior al del artero tigre en acecho de su presa (22).

Como todos los arcanos psicológicos, el instinto estuvo durante largo tiempo desdeñado por los científicos con olvido de lo que sobre él dijo Hipócrates en el siguiente pasaje:

El instinto enseñaba a las primitivas razas humanas el camino para hallar remedio a sus dolencias físicas cuando la fría razón no había entenebrecido aún la vista interna del hombre... No hemos de desoír jamás la voz del instinto que nos insinúa los primeros remedios de la enfermedad (23).

INTUICIÓN Y ORACIÓN

Es la intuición (24) el espontáneo, súbito e infalible conocimiento resultante de la inteligencia omnisciente, y difiere, por lo tanto, de la finita razón cuyas tentativas y esfuerzos ensombrecen la naturaleza espiritual del hombre cuando no la acompaña aquella divina luz (25). La razón se arrastra; la intuición vuela; la razón es potencia en el hombre; la intuición es presciencia en la mujer.

Plotino, discípulo del insigne fundador de la escuela neoplatónica, Amonio Saccas, nos dice que "el conocimiento humano pasa por tres etapas: opinión, ciencia e iluminación. Las opioniones se forman por medio de la percepción sensoria; la ciencia tiene por instrumento la razón; y la iluminación es hija de la intuición o conocimiento absoluto en que el conocedor se identifica con el objeto de conocimiento".

La oración es poderoso estímulo de la intuición, porque es anhelo y todo anhelo actualiza voluntad. Por otra parte, las emanaciones magnéticas del cuerpo, durante los esfuerzos físicos y mentales, determinan la autosugestión y el éxtasis. Plotino aconseja orar en soledad y apartamiento para mejor conseguir lo que se pide. Platón daba también el mismo consejo, diciendo que "la oración había de ser silenciosa en presencia de los seres divinos, hasta que aparten estos la nube de los ojos del orante y le permitan ver con la luz que de ellos irradia". Apolonio de Tyana se retiraba en secreto para "conversar" con Dios, y siempre que sentía necesidad de contemplación se arrebujaba en su blanco manto de lana. También Jesucristo les dijo a sus discípulos:

> Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto (26).

Todo hombre viene a este mundo con el latente sentido interno (intuición) que por educación puede convertirse en la *segunda vista* de los filósofos escoceses. Plotino, Porfirio y Jámblico enseñaron esta misma doctrina cuya verdad conocían por experiencia, pues tuvieron viva intuición. A este propósito, dice Jámblico que "la facultad suprema de la mente humana nos permite unirnos a las inteligencias superiores, transportarnos más allá del escenario de este mundo y compartir la vida y potestad de los seres celestiales".

Sin la intuición no hubiesen tenido los hebreos su *Biblia* ni los cristianos su *Evangelio.* Moisés y Jesús dieron al mundo el fruto de su intuición; pero los teólogos que hasta el día les sucedieron, adulteraron dogmática y muchas veces blasfemamente su verdadera doctrina; porque creer que la Biblia es obra de la revelación divina e interpretar el texto al pie de la letra, es peor que un absurdo, es blasfemar de la divina majestad del "Invisible". Si hubiéramosde tener de Dios y del espíritu el concepto que les dan los humanos intérpretes de las Escrituras, seguramente que no tardaría la razón cien años en acabar con la creencia en lo espiritual, abatida por la intervención de la filología en el estudio comparado de las religiones; pero la sincera fe del hombre en Dios y en la vida futura se apoya en la intuición manifestadora del YO que noblemente desdeña las aparatosas e idolátricas ceremonias del sacerdote católico y del brahmán induista, tanto como las áridas jeremiadas del pastor luterano que a falta de ídolos fulmina amenazas de condenación eterna. Sin el sentido intuitivo, que jamás se pierde aunque emboten su agudeza las vibraciones materiales, fuera la vida una parodia y la humanidad una farándula. Esta inextinguible intuición de *algo* existente a la par *dentro y fuera* de nosotros, es

de tal naturaleza que ni los razonamientos de la ciencia ni los dogmas de la religión ni el externo culto de las iglesias son poderosos a extirparla de la intimidad del hombre, por mucho que en ello se empeñen científicos y teólogos. Movido de esta percepción interna de la infinita e impersonal Divinidad, exclamó Gautama el Buddha, el Cristo de la India:

> Así como los afluentes del Ganges pierden el nombre en cuanto sus aguas se juntan con las del río sagrado, así también cuantos creen en el Buddha dejan de ser al punto brahmanes, kshatriyas, vaisyas y sudras.

ECLIPSE DE LA VERDAD

El *Antiguo Testamento* es una recopilación de tradiciones orales cuyo verdadero significado no conocieron jamás las masas populares de Israel, porque Moisés recibió la orden de no comunicar las "verdades ocultas" más que a los setenta ancianos en 2quienes el "Señor" infundió el espíritu del legislador hebreo.

Maimónides, cuya autoridad y erudición en historia sagfrada no cabe recusar, dice a este propósito que "quienquiera descubra de por sí o con auxilio de otro el *verdadero significado del Génesis*, guárdese de divulgarlo, y cuando hable de ello sea obscura y enigmáticamente". Esto mismo declaran otros autores hebreos, como, por ejemplo, Josefo, quien dice que Moisés escribió el *Génesis* en estilo alegórico y figurado. Así resulta la ciencia cómplice del fanatismo clerical en consentir que la cristiandad en peso creyera en la letra muerta de la teología hebrea, sin cuidarse de interpretarla rectamente. No hay derecho para poner en ridículo el pensamiento de quienes compilaron las *Escrituras* muy ajenos a la errónea interpretación que con el tiempo habían de recibir. Triste distintivo del cristianismo es que haya revuelto los textos bíblicos contra sus propios autores, presentándolos como enemigos de la verdad. Los dioses existen –exclama Epicuro- aunque no son lo que el vulgo (.....) cree". Y sin embargo, los críticos superficiales califican a Epicuro de materialista.

Pero ni la Causa primera ni el humano espíritu emanado de ella han quedado sin testimonio. Los fenómenos hipnóticos por una parte y los espiritistas por otra atestiguan las eternas verdades espirituales, obscurecidas paulatinamente desde que las brutales persecuciones de Constantino y Justiniano engendraron la ignorancia y fanatismo clerical. Las obras pitagóricas que daban el "conocimiento de las cosas que son"; el vastísimo saber de los agnósticos; las enseñanzas de los filósofos antiguos, todo fue pasto de las llamas como nefando engendro del anticristiano paganismo. El reinado de la sabiduría acabó con la huída de los últimos neoplatónicos, Hermias, Prisciano, Diógenes, Eulalio, Damascio, Simplicio e Isidoro, que escaparon a Persia para eludir la persecución de Justiniano. Durante siglos quedaron en olvido y menosprecio los libros de Toth (Hermes Trismegisto) cuyas sagradas páginas encierran la historia espiritual y material de la creación y del progreso del mundo, porque no hubo en la Europa cristiana quien los interpretara con acierto. Ya no existían los filaleteos (amantes de la verdad) y ocupaban su lugar los monjes de la Roma pontificia que repugnan toda verdad contraria en lo más mínimo al dogma religioso.

En cuanto a los escépticos, oigamos lo que de ellos dice Wilder:

> Un siglo ha transcurrido desde que los enciclopedistas franceses inocularon el escepticismo en la sangre del mundo civilizado apartándole de toda creencia no demostrable en las retortas de laboratorio o por razonamientos críticos. Aun hoy día se necesita tanta candidez como atevimiento para tratar asuntos tenidos durante siglos en olvido y menosprecio por falta de acertada comprensión. Atrevido ha de ser en efecto quien, juzgando la filosofía hermética como algo más que un remedo de ciencia, reclame para su estudio los auxilios de una paciente investigación. Sin embargo, los profesores de esta ciencia descollaron en otro tiempo de entre el común de los hombres y fueron los príncipes del saber humano.

Por otra parte, nada de cuanto los hombres creyeron sinceramente merece menosprecio, pues sólo son capaces de menospreciarlo los ignorantes y ruines (27).

Animados ahora por esta opinión de un científico ni fanático ni conservador, relataremos algo de lo que presenciaron en el Tíbet uy la India los viajeros, y guardan los naturales celosamente como evidentes pruebas de las verdades filosóficas y científicas heredadas de sus antepasados.

En primer lugar examinaremos aquel notable fenómeno de que en los templos del Tíbet fueron testigos presenciales (28). Oigamos a un escéptico científico florentino, correspondiente del Instituto de Francia, que logró entrar a favor de un disfraz en el recinto sagrado de una pagoda, mientras se celebraba la más solemne ceremonia de aquel culto. Dice así:

REENCARNACIÓN DE BUDA

Había en el recinto un altar dispuesto para recibir a un niño recién nacido que, según juzgaban por ciertos signos secretos los sacerdotes iniciados, era una reencarnación de Buda. En presencia de los fieles colocan los sacerdotes al niño sobre el altar y al punto yergue el cuerpo, se sienta en el ara y con varonil y robusta voz exclama: "Soy el espíritu de Buda; soy vuestro Dalai Lama que abandoné mi decrépito cuerpo en el templo de... y escogí el cuerpo de este niño para morar de nuevo en la tierra". Los sacerdotes permitieron aue con el debido respeto tomara al niño en mis brazos y me lo llevara hasta suficiente distancia de ellos para convencerme de que no se habían valido de ningún artificio de ventriloquía. El niño me miró gravemente con estremecedora mirada y repitió las mismas palabras.

El científico florentino envió al Instituto un autorizado relato de este suceso; pero los individuos de dicha corporación, lejos de reconocer la veracidad del testimonio, dijeron que en aquella circunstancia estaría el científico *atacado de insolación* o habría sido víctima de alguna ilusión acústica.

Este hecho de la reencarnación de Buda es en extremo raro, pues sólo sucede muy de tarde en tarde, a la muerte del Dalai Lama cuya dilatada vida es proverbial entre los tibetanos. Por esta razón dice un texto chino:

Es tan difícil encontrar un Buddha como las flores del Udumbara y del Palâsa (29).

El abate Huc, cuyos viajes por la China y el Tíbet son tan conocidos, relata asimismo el hecho del renacimiento de Buda, con la curiosa circunstancia de que el niño-oráculo demostró plenamente ser un alma vieja en cuerpo joven, por cuanto a cuantos le conocieron en su anterior existencia les dio exactos pormenores de ella (30).

Si este prodigioso caso fuese el único de su índole habría fundamento para repudiarlo; pero, por el contrario, los hubo y los hay tan semejantes como el niño de quince meses (31) que "hablaba en correcto francés cual si tuviera a Dios en los labios" y los niños de Cevennes cuyos proféticos discursos atestiguaron los más ilustres sabios de Francia; y en nuestros propios tiempos el recién nacido de Saar Louis (Francia) que después de profetizar con voz clara y distinta los sangrientos sucesos históricos de 1876, quedó muerto en el acto (32), y el niño Jenken que a los tres meses dio muestras de admirable precocidad mediumnímica (33).

A la par que otros viajeros, el abate Huc describe el maravilloso árbol del Tíbet llamado *kunbum*, como sigue: "Todas las hojas de este árbol llevan escrita una máxima religiosa en caracteres sagrados, de tan acabada hechura, que no los trazarían mejores en la tipografía de Didot. Las hojas a punto de abrirse tienen ya a medio formar los admirables caracteres de este árbol único en su especie. Pero en la corteza de las ramas aparecen también otros caracteres y otros nuevos en las capas inferiores, de suerte que cada una de estas capas superpuestas

ofrece un tipo distinto sin que sea posible ni el más leve asomo de imposturas. Este árbol no medra en ninguna otra latitud, pues ha fracasado todo intento de aclimatación, ni tampoco puede reproducirse por vástagos. Dice la leyenda que brotó de la cabellera del Lama Son-Ka-pa, una de las reencarnaciones de Buda. Añadiremos al relato del abate Huc que los caracteres trazados por la naturaleza en las diversas partes del *kunbum* están compuestos en lengua senzar o idioma del sol (sánscrito antiguo) y relatan la historia de la creación y entrañan lo más substancial de la doctrina budista. Bajo este aspecto hay la misma relación entre los caracteres del *kunbum* y el budismo, que entre las pinturas del templo de Dendera y la religión faraónica.

PINTURAS DE DENDERA

Carpenter, presidente de la Sociedad Británica, dio en Manchester una conferencia sobre el antiguo Egipto en la que consideraba el *Génesis* como expresión de las primitivas creencias hebreas, derivadas de dichas pinturas entre las cuales convivieron. Sin embargo, nada dice acerca de si las pinturas de Dendera y, por lo tanto, el relato mosaico, son alegoría o narración histórica. No se concibe que un egiptólogo como Carpenter, sin más fuente de estudio que una superficial investigación del asunto, se atreva a sostener que los antiguos egipcios tuvieron de la creación del mundo el mismo concepto ridículo que los primitivos teólogos cristianos. Aunque las pinturas de Dendera alegoricen las enseñanzas cosmogónicas de los antiguos egipcios, ¿qué sabe él si la escena de la creación se supone ocurrida en seis minutos o en seis millones de años? Lo mismo puede expresar alegóricamente seis épocas indefinidas (evos) que seis días. Por otra parte, los *Libros de Hermes* no son explícitos en este punto; pero el *Avesta* declara teminantemente seis períodos de miles de años cada uno. Los jeroglíficos egipcios rebaten la teoría de Carpenter, según demuestran las investigaciones de Champollion, quien ha vindicado a los antiguos en muchas ocasiones. De todo esto inferirá el lector que a la filosofía egipcia se le achacan equivocadamente tan groseras especulaciones, pues la cosmogonía de los hebreos consideraba al hombre como resultado de la evolución en prolongadísimos ciclos. Pero volvamos a las maravillas del Tíbet.

Describe el abate Huc una pintura que se conserva en cierta lamasería y bien puede clasificarse entre las más admirables que en aquel país existen. Es una tela sin el más insignificante mecanismo (según puede comprobar a su sabor el visitante), que representa un paisaje de luna en que la figura de este astro reproduce el mismo aspecto, movimientos y fases del natural con tan pasmosa exactitud que sale, brilla tras las nubes, se pone y es, en suma, el más fiel trasunto de la pálida reina de la noche a que tanta gente adoraba en pasadas épocas.

En otros puntos del Tibet y en el Japón hay pinturas análogas que representan el aparente movimiento del sol; y en verdad que si alguno de nuestros infatuados académicos las viera, no se atrevería a declarar la verdad del caso a sus colegas, temeroso de que le arrojaran del sillón por farsante o lunático (34).

Ya en muy remotos tiempos se les reconocieron a los brahmanes profundos conocimientos en artes mágicas. Desde Pitágoras que aprendió en la escuela de los gimnósofos y Plotino que fue iniciado en los misterior del Yoga (35) hasta los adeptos de hoy día, todos buscaron en la India las fuentes de la sabiduría oculta. A las generaciones venideras corresponde restaurar esta capital verdad, que en nuestros tiempos está generalmente menospreciada como vil superstición.

Apenas tienen ni aun los más famosos orientalistas, noticias ciertas de la India, el Tíbet y la China, pues el más infatigable de todos ellos, Max Müller, confiesa que hasta hace cosa de un cuarto de siglo no había caído en manos de los investigadores europeos ni un solo documento auténtico de la religión budista, y que cincuenta años atrás no hubieran sido

capaces los filólogos de traducir una línea siquiera de los *Vedas* induistas, del *Zend-Avesta* zoroastriano ni del *Tripitâka* budista, sin contar otros textos en diversos idiomas y dialectos orientales. Pero aun hoy mismo, los textos sagrados que andan en manos de los eruditos occidentales son ediciones fragmentarias en que no consta *absolutamente nada* de la literatura esotérica del budismo, pero que sin embargo van esclareciendo poco a poco las lobregueces del que Max Müller calificó de "yermo religioso donde los lamas hallarían su más solitario retiro", añadiendo que todo cuanto en el intrincado laberinto de las religiones del mundo parecía obscuro, erróneo o frívolo, empieza a variar de aspecto a los ojos de la investigación comparada. Dice a este propósito el ilustre sanscritista que los alborotados desvaríos de los yoguis indos y las desconcertadas blasfemias de los budistas chinos tienen deshonrosa traza para el nombre de religión; pero según el investigador adelanta por entre aquellas lóbregas galerías vislumbra un tenue rayo de luz que promete disipar las tinieblas (36). Tiempo vendrá en que cuanto hoy se califica de salvaje y pagana jerigonza, suministre la clave de todas las religiones, porque, como dice San Agustín, tantas veces citado por Max Müller, "no hay religión falsa que no contenga algo de verdad".

EL FILÓSOFO AMONIO

Sin embargo, el obispo de Hipona tomó esta máxima de las obras de Amonio Saccas, el insigne maestro alejandrino apellidado *Theodidaktos* (aleccionado por Dios) que floreció unos 140 años antes de San Agustín. Consideraba Amonio Saccas a Jesús como un superhombre amigo de Dios, que jamás se propuso abolir la comunicación con los dioses y los espíritus, sino sencillamente perfeccionar las antiguas religiones, pues los sentimientos religiosos de las multitudes habían ido par a par con las enseñanzas de los filósofos, que los habían corrompido y extraviado con supersticiones, falsedades y conceptos puramente humanos, por lo que convenía devolver a las religiones su original pureza, expurgándolas de escorias y armonizándolas con la verdadera filosofía. Así es que, según Amonio Saccas, sólo se propuso Cristo restaurar íntegramente la sabiduría antigua.

Amonio fue el primero en enseñar que todas las religiones tenían por común fundamento la verdad contenida en los *Libros de Toth* o *Hermes* (37), de que Pitágoras y Platón derivaron su filosofía. Puso también Amonio de manifiesto la identidad entre las enseñanzas pitagóricas y las de los primitivos brahmanes recopiladas en los *Vedas*.

Se sabe positivamente que antes de pronunciar Pitágoras por vez primera en la corte del rey de los filiasianos la palabra "filósofo", era idéntica la "doctrina secreta" en todos los países. Por lo tanto, hemos de buscar la verdad en los textos cuya antigüedad les salvó de adulteración, y compulsarlos con la Biblia hebrea para que los filósofos decidan con estricta imparcialidad exenta de prejuicios científicos y teológicos, si la *sruti* (revelación primitiva) está en los *Vedas* o en el *Antiguo Testamento* y cuál de ambas *Escrituras* es la *smriti* (tradición).

Orígenes (38) dice que los brahmanes fueron siempre famosos por las maravillosas curas que realizaban por medio de palabras mágicas.

Lo mismo atestigua Leonardo de Vair, autor del siglo XVI, al decir: "Hay personas que mediante ciertas frases de *encanto*, andan con los pies desnudos sobre ascuas y sobre cuchillos de punta, de modo que, sosteniéndose con un solo dedo del pie, levantan en el aire a un hombre o muy pesados objetos. Asimismo doman caballos salvajes y toros furiosos con una sola palabra" (39). Estas opiniones están corroboradas en nuestros días por Orioli (40), miembro correspondiente del Instituto de Francia.

La mágica palabra por cuya virtud se operan tales maravillas está en los *mantras* (himnos) de los *Vedas*, según afirman algunos adeptos; pero aunque el testimonio humano demuestre la realidad de dicha palabra, a los eruditos les toca indagarla en los *Vedas*.

LA PRUEBA DEL FUEGO

Parece que los misioneros jesuitas presenciaron muchas de estas operaciones mágicas a cuya referencia presta Baldinger entero crédito. Entre ellas se cuenta la llamada *tschamping* (41) o manipulación del fuego, que los jesuitas aprendieron de los hechiceros indígenas, quienes la efectúan todavía con éxito (42).

Sin embargo, la misma operación llevan a cabo los médiums en estado de trance, según el respetabilísimo y fidedigno testimonio de lord Adair y S. C. Hall. Los espiritistas atribuirán el fenómeno a los espíritus; pero conviene advertir que ni los magos conscientes ni los inconscientes o juglares tienen necesidad de ponerse en trance para manipular el fuego y objetos candentes, mientras que los médiums no son capaces de la misma operación en estado de vigilia. Hemos visto a un juglar indo tener las manos sobre el fuego de un horno hasta quedar las brasas en ceniza. Durante la ceremonia religiosa de Siva-Râtri (víspera de Siva), cuando el pueblo pasa la noche en vela y oración, un juglar de raza tamil operó ante los sivaitas muy prodigiosos fenómenos con auxilio de un gnomo a que llaman *kutti sâttan* (demonio chico); mas para que las gentes no pensaran que el gnomo le dominaba, como pretendía un misionero católico allí presente, quien aprovechó la oportunidad para decir a los espectadores que “aquel mísero pecador había vendido el alma al diablo”, metió las manos en el fuego como en refrigerante baño, y dirigiendo la vista al misionero exclamó con arrogante voz: “Mi padre y mi abuelo tuvieron a este espíritu a sus órdenes y desde hace dos siglos es el servidor de mi estirpe. ¿Cómo queréis que las gentes le crean mi amo? Pero todos saben muy bien a qué atenerse”. Dicho esto sacó las manos del fuego e hizo otras habilidades no menos sorprendentes.

Todos los europeos residentes en la India saben de oídas que algunos brahmanes poseen maravillosas facultades proféticas y clarividentes, no obstante de que esos mismos europeos al regresar a sus “civilizados países” asienten a las incrédulas burlas con que se reciben sus relatos y aun llegan a desmentir su veracidad. Porque los brahmanes a que nos referimos moran hacia las costas occidentales de la India, en apartados lugares o en recintos de población cuya entrada está prohibida a los europeos, quienes, por esta circunstancia, es muy raro que logren trabar amistad con los videntes. Se supone como causa de este apartamiento la escrupulosa observancia de las leyes de casta; pero estamos firmemente convencidos de que muy otro es el verdadero motivo, cuyo esclarecimiento tardará muchísimos años y tal vez siglos.

En cuanto a las castas inferiores o masas populares de la India, no tienen del diablo el concepto dominante entre los cristianos, a pesar de que tanto los misioneros católicos como los protestantes acusan a la plebe inda de estar vendida al “tradicional y astuto enemigo del género humano”. Sin embargo, las gentes de la India creen en la existencia de espíritus benéficos y malignos, pero no adoran ni temen al diablo, pues su culto religioso se contrae en este punto a la práctica de ceremonias a propósito para ahuyentar a los espíritus terrestres (43), que les infunden más temor que los elementales. A tal propósito entonan himnos, tañen instrumentos y queman perfumes cuyas vibraciones y emanaciones son pernicioso ambiente para los elementarios. Estas prácticas datan de miles de años entre aquellas gentes que las heredan y transmiten de generación en generación (44); y para demostrar que el intento va dirigido contra las entidades elementarias, valga la consideración de que cuando una familia inda infiere de la conducta de alguno de sus individuos que al morir se ha convertido en larva o entidad

elementaria (45), se esfuerzan en mantenerla propicia ofreciéndole tortas, frutas y los manjares de que más gustó en vida, pues conocen por experiencia cuán terrible es la persecución de estas entidades. Así es que, generalizando la práctica, depositan en los sepulcros o cerca de las urnas cinerarias de los malvados, diversidad de manjares y bebidas con intento de retenerlos en el lugar de su enterramiento o incineración, según el caso, e impedir con ello que regresen a sus hogares. Hasta hace unos quince años, en que fue prohibida por el gobierno, subsistió en la India la costumbre de amputar los pies a los ajusticiados, pues creía el vulgo que de este modo no podría el alma del criminal cometer nuevas maldades.

Varios misioneros, entre ellos el reverendo Lewis (46), han referido circunstanciadamente este hecho, aunque, como de costumbre, lo achaquen todo a la adoración del diablo, cuando nada hay en ello que ni por asomo se le parezca.

Otra prueba de que los indos no adoran al diablo, es que carecen de palabra expresiva de este concepto, pues a las entidades elementarias suelen designarlas, según su índole, con los nombres de *pûttâm* (fantasma persecutorio), *pey* (espectro) y *pishâcha* (duende). Los más temibles para los induistas son los *pûttâm*, pues creen que vuelven a la tierra para atormentar a los vivos y frecuentan el lugar de su enterramiento o incineración. Los espíritus del fuego o espíritus de Siva son entre los indos lo mismo que los gnomos y las salamandras de los rosacruces y, como estos, los representan en figura de enanos de cuerpo ígneo, que moran en los abismos terrestres y entre las llamas del fuego (47).

DRAGONES LEGENDARIOS

Observa Warton muy acertadamente que los dragones de las leyendas y fábulas son de puro origen oriental, pues encontramos este elemento simbólico en todas las tradiciones de la época primieval. Pero en documento alguno aparece tan definido el dragón como en los textos budistas que nos hablan de las *nâgas* o sierpes regias que habitan en cavernas subterráneas (48), entre cuyas misteriosas tinieblas flota el espíritu adivinatorio (49). Pero tampoco los budistas creen en el diablo según el concepto cristiano que lo considera como entidad distinta y enemiga eterna de Dios, sino que, análogamente a los induistas, admiten la existencia de entidades inferiores que vivieron en la tierra o en otros planetas, pero que todavía *no han transpuesto el reino humano*. En cuanto a los nâgas creen que han sido en la tierra *brujos de índole ruin* que comunican a los hombres perversos el poder de secar los frutos con su mirada y aun el de herir de muerte a cuantos ceden a su influencia. Por esto se dice que un cingalés tiene la nâga en el cuerpo cuando con la mirada es capaz de secar un árbol y matar a una persona. vemos, en consecuencia, que los espíritus malignos no son para los budistas lo que el demonio para los cristianos, sino más bien la encarnación de los diversos vicios, crímenes y pasiones humanas. Los devas azules, verdes, amarillos y escarlatas que, según las creencias budistas moran en el monte Jugandere, son genios tutelares de tan benéfica índole algunos como las divinidades llamadas *natas*, en cuyo número también se entremezclan gigantes y genios maléficos que moran igualmente en dicho monte.

Según las enseñanzas budistas, los espíritus malignos eran seres humanos cuando la naturaleza produjo el sol, la luna y las estrellas, pero que al pecar perdieron su estado de felicidad. Si persisten en el pecado, se agrava su castigo, y de este linaje son los condenados; pero aquellos *demonios que mueren* para nacer o encarnar en cuerpo humano y no vuelven a pecar, alcanzan la felicidad celeste. Según observa Upham (50) esta creencia demuestra que, para los budistas, todos los seres así humanos como divinos están sujetos a la ley de la transmigración, en correspondencia con los actos morales de cada cual, de donde se deriva un código de ética muy digno de llamar la atrención del filósofo.

EL VAMPIRISMO

Creen los indos en la existencia de las entidades llamadas vampiros, y la misma creencia está generalizada entre los servios y los húngaros. El famoso espiritista e hipnotizador francés Pierart expuso hace cosa de doce años en forma doctrinal esta opinión popular, diciendo que “no es tan inexplicable como parece el hecho de que un espectro se alimente de sangre humana como los vampiros, pues según saben los espiritistas, la bicorporeidad o desdoblamiento de la personalidad es prueba evidente de lo mucho que pueden hacer los espectros astrales en circunstancias favorables (51).

Pero Pierart funda su teoría en la de los cabalistas, quienes llamaban *shadim* a las entidades de ínfimo orden espiritual. Dice Maimónides que las gentes de su país se veían forzadas a mantener íntimas relaciones con los difuntos en la fiesta de sangre que al efecto celebraban, cavando un hoyo donde vertían *sangre fresca* para colocar encima una mesa por cuyo medio respondían los espíritus a todas las preguntas (52).

Pierart se indigna contra la superticiosa costumbre que tenía el clero de atravesar con un puntiagudo palitroque el corazón de todo cadáver sospechoso de vampirismo, pues mientras el cuerpo astral no se haya desprendido por completo del físico, hay probabilidad de que vuelvan a unirse en virtud de la atracción magnética entre ambos. Algunas veces el cuerpo astral está todavía a medio salir del físico que ofrece apariencias cadavéricas, y en este caso vuelve el astral bruscamente a su envoltura de carne, determinando la asfixia del aparente difunto; o si éste estuvo en vida muy apegado a la materia, se convertirá en vampiro que desde entonces vivirá bicorporalmente, alimentándose de la sangre que en cuerpo astral absorba de las personas vivientes, pues mientras no se rompa el lazo que lo mantiene al cuerpo físico, podrá vagar de un lado a otro en acecho de su presa. Añade Pierart que, según todos los indicios, esta entidad, por un misterioso e invisible nexo, que tal vez se descubra algún día, transmite el producto de la absorción al sepulto cadáver, con lo que perpetúa el estado cataléptico. Brierre de Boismont cita algunos ejemplos, indudablemente auténticos, de vampirismo, aunque los califica, sin fundamento, de alucinaciones. A propósito de este asunto dice un periódico francés:

> Según recientes investigaciones, se sabe que, el año 1871, por instigación del clero fueron sometidos dos cadáveres al nefando tratamiento de la superstición popular...; ¡oh ciega preocupación!

Pero a esto replica Pierart con valiente lógica:

> ¿Ciega decís? Tanto como queráis. Pero ¿de dónde derivan estas preocupaciones? ¿Por qué se han perpetuado en tantísimos países a través del tiempo? Después de la infinidad de casos de vampirismo tan a menudo observados, ¿cabe suponer que no tuvieron fundamento? De la nada no sale nada. Las creencias y costumbres dimanan de una causa originaria. Si nunca hubiese ocurrido que los espectro chuparan sangre humana hasta matar a la víctima por extenuación, nadie hubiera desenterrado cadáveres ni fuera posible encontrar, como se encontraron varias veces, cadáveres todavía con las carnes blandas, los ojos abiertos, la tez sonrosada, la boca y narices llenas de sangre que también manaba de las heridas que, por asesinato o ajusticiamiento, les produjeron la muerte (53).

El obispo Huet dice por su parte:

> No quiero examinar si los casos de vampirismo de que tanto se habla son auténticos o resultado de alguna superstición popular; pero como quiera que los atestiguan autores competentes y fidedignos, aparte de numerosos testigos oculares, no es prudente dirimir esta cuestión sin antes estudiar detenidamente sus términos (54).

También Des Mousseaux trata de este particular, y después de tomarse la molestia de recoger materiales con que forjar su teoría demonológica, cita varios casos notables de vampirismo para atribuirlos en conclusión a las mañas del diablo infundido en los cadáveres de los cementerios para chupar la sangre de personas vivas. Sin embargo, nos parece que podemos explicar este fenómeno sin necesidad de que intervenga tan siniestro personaje, pues bastan para substituirlo la multitud de concupiscentes pecadores de todo linaje, cuya malicia iguala, si no supera, a la achacada al diablo en los mejores días de su quimérica dominación. Lógico es creer en las apariciones espectrales de entidades psíquicas, pero no en la personificación del diablo, a quien nadie vio nunca.

De todos modos, la universalidad de la creencia en el vampirismo nos ofrece pàrticularidades dignas de tenerse en cuenta. Los naturales de los países balcánicos y también los griegos dudarían antes de la existencia de los turcos, sus tradicionales enemigos, que de la de los vampiros, a quienes llaman *brucolâk* o *vurdalak* y son huéspedes demasiado frecuentes del hogar eslavo. Autores prestigiosos por su integridad y talento confiesan que el vampirismo no es conseja ni superstición, sino hecho cierto cuya más valiosa prueba está en el testimonio unánime de pueblos sin enlace étnico que, no obstante, coinciden en la descripción de este fenómeno tanto como discrepan en los pormenores de otras creencias igualmente tachadas de supersticiosas.

El escéptico benedictino Dom Calmet, que floreció en el siglo XVIII, dice a este propósito:

> Dos medios hay de extirpar la creencia en esos presuntos fantasmas... O bien *explicar* los fenómenos del vampirismo por medio de causas puramente físicas, o bien, y esto fuera lo más prudente, *negar* en absoluto semejantes relatos (55).

El primer medio, o sea la explicación del fenómeno por causas físicas, aunque desconocidas, lo empleó la escuela hipnótica de Pierart y no debieran acogerlo hostilmente los espiritistas. El segundo medio es el seguido por los científicos escépticos que niegan rotundamente el hecho, con aplauso de Des Mousseaux, para quien no hay medio más expedito que la negativa ni que requiera menos saber.

Según refiere Dom Calmet, un pastor de Kodom (Baviera) se apareció varias veces a algunos vecinos del lugar en que había muerto; y ya fuese a consecuencia del susto recibido, ya por otra causa cualquiera, lo cierto es que todos cuantos vieron el espectro fallecieron a los pocos días. Escamados por ello los lugareños desenterraron el cadáver y lo clavaron en el suelo con una estaca que le atravesaba el corazón; pero aquella misma noche volvió a aparecerse el espectro, de cuya visión cayeron en congoja no pocos lugareños y se aterrorizaron todos. En vista de ello, el gobernador del distrito mandó que po mano del verdugo fuese quemado el cadáver, y en el acto de la quema echaron de ver cuantos se atrevieron a presenciarla que pateaba entre lágrimas y aullidos, como si estuviera vivo, y al clavarle con otras estacas sobre la hoguera, manó abundante sangre de las heridas. Desde entonces no volvió a verse el espectro.

Siempre que por mandamiento judicial se desenterraron los cadáveres de personas cuyos espectros veían las gentes, se observó que el cuerpo sospechoso de vampirismo estaba más bien como dormido que como muerto, y que todos los objetos de uso personal del difunto se movían por la casa sin que nadie los tocara. No obstante, en todos los casos se procedió con el más riguroso formulismo legal, y únicamente después de oír a los testigos, cuando los cadáveres presentaban señales inequívocas de vampirismo, los quemaba el verdugo.

Respecto a la naturaleza del fenómeno, dice Dom Calmet que la principal dificultad está en saber cómo los vampiros pueden salir del sepulcro y volver a él sin dejar señales de remoción en el enterramiento, aparte de que se aparecen con los mismos vestidos que llevaban en vida y se mueven y aun *comen* cual si estuvieran vivos. Añade el benedictino que si todo esto fuera ilusión de quienes aseguran haber visto los espectros, no se encontrarían los cadáveres enteros, bien conservados y rebosando sangre, ni, lo que es más concluyente, tendrían *los pies manchados de barro* después de su aparición, sin que nada de esto se note en los demás cadáveres del mismo cementerio (56). Por otra parte, continúa Calmet, es muy significativo que una vez quemado el cadáver no vuelva a verse el espectro, y que estos casos ocurran *con tanta frecuencia en este país* que no sea posible desarraigar la superstición, sino, por el contrario, afirmarla más y más en las gentes (57).

MUERTE APARENTE

La muerte aparente es un fenómeno de naturaleza desconocida que, por esta circunstancia, niegan de consuno fisiólogos y psicólogos. Consiste en que a veces está ya muerto el cuerpo físico sin que el astral se haya separado de él; pero si por lo malvado perdió el difunto su individualidad, irá el astral separándose poco a poco hasta desligarse por completo del organismo en descomposición. Así resulta que la verdadera muerte, o sea el definitivo abandono del cuerpo físico, no ocurre precisamente cuando la declaran médicos que no creen o no comprenden la verdadera naturaleza del espíritu.

Pierart opina que es muy arriesgado enterrar apresuradamente a los difuntos, aun cuando el cuerpo presente indicios de descomposición, y dice a este propósito que “cuando se entierra a un cataléptico en lugar fresco y seco, donde el aparente cadáver no sufra influencias morbosas, el cuerpo astral, envuelto en el doble etéreo, sale del sepulcro con objeto de alimentar al físico a expensas de las personas vivas. La asimilación se efectúa por un medio transmisor que algún día descubrirán las ciencias psicológicas” (58). Hay numerosos testimonios judiciales de la aparición de estos espectros vampíricos que chupaban la sangre de sus víctimas hasta matarlas por consunción. En consecuencia, no hay más remedio que o negar de plano estos fenómenos, según piadosamente aconseja Calmet, o admitir la única explicación que satisfactoriamente les cabe.

Dice Glanvil que “hombres tan eminentes como Enrique More aseveran que las almas de los difuntos actúan en vehículos etéreos, según opinaron los filósofos de la antigüedad” (59). Sobre este mismo particular observa el filósofo alemán Görres que “Dios no formó al hombre con cuerpo muerto, sino con organismo animado, lleno de vida y dispuesto a recibir el divino soplo por cuya virtud salió de las creadoras manos como doble obra maestra. El misterioso soplo penetró en la misma entraña de la vida orgánica del primer hombre (de la primera raza) y desde aquel instante quedaron unidos el *alma animal* procedente de la evolución terrena y el *espíritu* emanado del cielo” (60).

Des Mousseaux repudia esta doctrina por opuesta a la católica; pero esto no es obstáculo para que esclarezca con la luz de la lógica muchos enigmas psicológicos. El sol de la filosofía brilla para todos, y si a los católicos, que forman escasamente la séptima parte de la población total del globo, no les satisface dicha teoría, tal vez satisfaga a los millones de gentes que profesan otras religiones (61).

ENTIDADES ESPIRITUALES

Volúmenes enteros podríamos llenar con la descripción de los fenómenos que ocurren entre los adeptos de todos los países; pero baste considerar los que guardan relación con los modernos fenómenos oficialmente atestiguados.

Horst trató de dar idea de algunas entidades espirituales de la religión persa; pero no logró su intento por lo muy embrollado de la nomenclatura, en que figuran las numerosas clases de devas, los darvandas, sadimos, dijinos, duendes, elfos, etc., aparte de los serafines, querubines, iredas, amashpendas, sefirotes, malaquimes y elohimes de la religión judía, con los millones de entidades astrales y elementarias, espíritus intermedios y seres quiméricos de toda clase y coloración (62).

Sin embargo, la mayoría de estas entidades nada tienen que ver con los fenómenos deliberada y conscientemente producidos por los magos orientales que protestan contra la imputación de hechiceros, pues estos reciben ayuda de las entidades elementales y elementarias sobre las que el adepto tiene ilimitado poder, aunque raras veces hace uso de él, ya que en los fenómenos psíquicos le sirven los espíritus de la naturaleza, no como inteligencias, sino como *fuerzas* sumisas y obedientes.

En corroboración de nuestros asertos transcribiremos el juicio que respecto de los fenómenos en general y de los médiums en particular expuso en *El Herado* de Boston un articulista, engañado por impostores sin conciencia. Dice así:

> El médium de nuestros días tiene mucha más analogía con el hechicero medioeval que con ninguna otra modalidad del arte mágico, pues como luego veremos no difiere mucho de sus peculiares características. En 1615 una delegación de la compañía de Indias fue a cumplimentar al emperador Jehangire, y en aquella coyuntura presenciaron fenómenos tan prodigiosos que apenas creían lo que veían, ni remotamente siquiera acertaban a explicárselo. Una tropa de hechiceros y prestidigitadores bengaleses lucía sus habilidades ante el emperador, cuando éste les pidió que plantasen en el suelo diez simientes de morera, de modo que brotaran los árboles. Así lo hicieron los hechiceros con maravilla de todos los circunstantes que, sin apartar los ojos del sitio, vieron cómo aparecían los cotiledones y después los tallos, que en pocos minutos crecieron rápidamente hasta dar ramas, yemas, hojas, flores y frutos de exquisito sabor. De la propia suerte medraron una higuera, un almendro, un mango y un nogal con sus respectivos frutos. Pero no pararon aquí los prodigios, porque las ramas de todos aquellos árboles se vieron a poco pobladas de aves de hermoso plumaje que de una a otra saltaban cantando melódicamente, hasta que al cabo de una hora se desvaneció todo aquel encanto sin dejar la señal más leve.
>
> Otro hechicero llevaba un arco y cincuenta flechas con punta de acero. Disparó una y ¡oh maravilla! Quedó como clavada en el aire a considerable altura, y las que sucesivamente disparó fueron clavándose en la varilla de la precedente, formando una cadena de flechas, hasta que la última deshizo el enlace y cayeron todas una tras otra.
>
> Después levantaron los bengaleses dos tiendas iguales frente por frente a la distancia de un tiro de flecha. Los circunstantes examinaron a su sabor ambas tiendas para convencerse de que no había nadie en ellas, y después les invitaron los bengaleses a decir qué clase de cuadrúpedos o aves querían que saliesen de las tiendas para combatir en el espacio intermedio. El emperador respondió con aire de incredulidad que le gustaría ver una pelea de avestruces, y a los pocos momentos salieron dos de estas zancudas, una de cada tienda, y tan encarnizadamente se acometieron que muy luego corrió la sangre en abundancia, aunque sin declararse la victoria por ninguno de los avestruces, pues eran muy iguales en ardor y denuedo. Por último los mismos encantadores separaron a los combatientes y los condujeron al interior de las tiendas. No satisfecha con esto, los hechiceros cumplieron el deseo de cuantos espectadores les pedían la salida de aves y cuadrúpedos.
>
> Consistió otro prodigio en que trajeron un gran caldero lleno de arroz, que se coció sin lumbre alguna, y de él se colmaron un centenar de fuentes con un ave asada por remate. Los fakires subalternos llevan hoy a cabo el mismo fenómeno, aunque en menores proporciones. Pero nos falta espacio para demostrar cómo la actuación de los médiums contemporáneos es mezquina y endeble si se compara con la de los hechiceros y encantadores de Oriente. No hay en las manifestaciones mediumnímicas ni una

sola modalidad que no haya tenido y tenga reduplicada ventaja en las de los habilísimos manipuladores cuyas virtudes mágicas no cabe poner en duda.

ÍNCUBOS Y SÚCUBOS

No es cierto que los fakires y prestidigitadores indos recaben siempre el auxilio de los espíritus, pues si bien a veces evocan religiosamente a los pitris (antepasados) y otros espíritus puros (63), en cambio hay muchísimos fenómenos debidos tan sólo a la voluntad del fakir (64).

Los caldeos, a quienes Cicerón diputa por los más antiguos magos del mundo, fundaban la magia en las internas facultades anímicas del hombre y en el conocimiento de las propiedades secretas de minerales, vegetales y animales con cuyo auxilio llevaban a cabo asombrosos prodigios. La magia era entre los caldeos equivalente a religión o ciencia; pero los Padres de la Iglesia y otros expositores adulteraron los mitos mazdeístas en la repulsiva forma descrita por autores ultramontanos, como Des Mousseaux, quien afirma en una de sus obras la existencia de los demonios íncubos y súcubos de la Edad Media, cuya abominable superstición, engendrada por el fanatismo epiléptico, tantas vidas humanas costó en aquella época. Estas quimeras no pueden tener realidad objetiva ni cabe atribuirlas a la perversidad del diablo, so pena de suponer blasfemamente que Dios permite las malignidades del demonio.

En último término, la autenticidad de los fenómenos del vampirismo está apoyada en dos proposiciones fundamentales de la psicología esotérica, conviene a saber:

1.ª El cuerpo astral es un vehículo o entidad distinta y completamente separable del Ego, de modo que puede moverse a gran distancia del cuerpo físico sin que se rompa el hilo de la vida.

2.ª Mientras el cuerpo físico no muera del todo y pueda volver a infundirse en él su habitador, le será fácil a éste substraer del aparente cadáver los elementos suficientes para materializar en lo posible su cuerpo astral y manifestarse en forma casi terrena. Pero hay muchísima distancia de estos lógicos conceptos a la sacrílega y mentecata creencia sostenida por Des Monsseaux y De Mirville, de que el diablo asume figuras de lobo, serpiente y perro para satisfacer su lujuria y procrear monstruos, atribuyéndole potestad equivalente a la de Dios. Estas supersticiones encubren gérmenes de demonolotría, y si la iglesia católica las admite como dogma de fe que sus misioneros enseñan, no ha de escandalizarse de que algunas sectas parsis e induistas tributen culto al demonio (65).

Por consiguiente, el diablo y sus metamorfosis son pura quimera, y quien imagine verle y oírle, oye y ve el eco y reflejo de su perversa, depravada e impura naturaleza inferior. Como quiera que cada cosa atrae a su semejante, el cuerpo astral atraerá (cuando durante las horas de sueño se separe del cuerpo físico) entidades de condición análoga a los pensamientos, obras y trabajos de aquel día. De aquí la índole brutal y siniestra de unos ensueños al paso que otros son placenteros y agradables. Según el temperamento religioso de la persona que tuvo el mal ensueño, acudirá presurosa al confesionario o se reirá de ello con la mayor indiferencia. En el primer caso se le promete la salvación eterna mediante la compra de unas cuantas indulgencias o de algunos años de purgatorio. Pero ¿qué importa? ¿No está seguro el creyente de su inmortalidad? Ahuyentemos al diablo con el hisopo, la campanilla y el misal. Sin embargo, el diablo vuelve a la carga y el sincero creyente pierde la fe en Dios al ver que el diablo le aventaja en poderío, y al diablo se entrega por completo. Al morir, ya explicamos en capítulos precedentes cuáles son las consecuencias.

OPINIÓN DE ENNEMOSER

Ennemoser ha expresado acabadamente este concepto en el siguiente pasaje:

La religión no está en Europa y China tan profundamente arraigada como en la India... El espíritu de los griegos y persas era más voluble... El concepto filosófico de los principios del bien y del mal, así como del mundo espiritual, contribuyó en la tradición a forjar figuras celestes e infernales horriblemente contorsionadas... En la India el fanatismo entusiasta forjaba estas visiones mucho más apaciblemente, pues el vidente *recibía de cerca la luz divina*, mientras que en los países occidentales, identificaba la visión con multitud de objetos exteriores. Así es que en estos países fueron más frecuentes los convulsionarios, porque la mente era menos vigorosa y sobre todo menos espiritual.

También influyen en estas diferencias las causas externas del medio ambiente, situación geográfica, género de vida y otras circunstancias artificiales. El género de vida ha sido muy variable en Occidente y, por lo tanto, excitó la actividad de los sentidos de modo que en los sueños se reflejó la vida externa... Así es que los espíritus asumen infinidad de formas e incitan a los hombres a satisfacer sus pasiones, mostrándoles los medios más a propósito para ello con toda clase de pormenores, lo cual *está muy por debajo* de las elevadas naturalezas de los iluminados de la India.

Purifique el estudiante de ocultismo su naturaleza inferior de modo que sus pensamientos sean tan elevados como los de los videntes indos, y podrá dormir tranquilamente sin que le molesten vampiros ni demonios íncubos o súcubos. En torno del dormido cuerpo del hombre puro, el espíritu inmortal se escuda contra las malignas asechanzas tan poderosamente como tras un muro de cristal.

Hoec murus oeneus esto; nihil conscire sibi, nulla pallascere culpa.

CAPÍTULO V

ALQUIMISTA.-Siempre hablas por enigmas. Dime si eres aquella fuente de que habla Bernardo Trevigán.
MERCURIO.-No soy la fuente, sino el agua. La fuente me rodea.-SANDIVOGIO: *Nueva luz de Alquimia*

Todo cuando nos vanagloriamos de hacer es descubrir los secretos del organismo humano, saber por qué las partes se osifican y la sangre se cuaja y aplicar continuos remedios contra los efectos del tiempo. Esto no es magia, sino el arte de curar debidamente comprendido.-BULWER LYTTON.

Contempla, ¡oh guerrero! La roja cruz señala la tumba del poderoso muerto. Dentro arde maravillosa luz que ahuyenta a los espíritus de tinieblas. Esta lámpara arderá sin consumirse hasta que se haya cumplido la eterna sentencia... No hay llama terrena que tan brillante arda.-WALTER SCOTT.

Hay gentes incapaces de apreciar la grandeza mental de los antiguos, aun en lo referente a las ciencias físicas, por más que se les demuestre con toda evidencia su profundo saber y admirables descubrimientos. A pesar de que la experiencia de insospechados inventos les debiera haber hecho más cautos, persisten en negar y, lo que todavía es peor, en ridiculizar cuanto no pueden probar. Así, por ejemplo, se burlarán de la eficacia de los talismanes y no sólo les parecerá incomprensible que los siete Espíritus del apocalipsis simbolicen las siete ocultas potestades de la naturaleza, sino que se reirán convulsivamente si algún mago promete obrar prodigios mediante ciertos ritos cabalísticos. No conciben que nadie dotado de buen juicio atribuya secretas virtudes a una figura geométrica trazada en un papel o grabada en un pedazo de metal u otra materia. Pero quienes se tomaron el trabajo de informarse de estos particulares saben que los antiguos llevaron a cabo notables descubrimientos en ciencias psíquicas y físicas, dejando poco por descubrir en sus investigaciones.

SIMBOLISMO ANTIGUO

Por nuestra parte, cuando vemos que el pentáculo sintetiza una profunda verdad de la naturaleza, nos parece tan apropiada representación como en su caso las figuras de Euclides o las notaciones químicas. El profano tendrá por abnsurdo que la fórmula Na_2CO, simbolice el carbonato sódico y la $C_2 H_6 O$ el alcohol. Los alquimistas simbolizaban el *Azoth* o principio creador de la naturaleza (luz astral en la figura

que abarca tres conceptos: 1.º, la hipótesis divina; 2.º, la síntesis filosófica; 3.º, la síntesis física; lo que tanto vale: una creencia, una idea y una fuerza. Pero si este símbolo les parece estrambótico a los científicos, en cambio tienen por muy natural que la química moderna exprese, por ejemplo, la reacción del ácido fosforoso con el nitrato argéntico, en la fórmula siguiente:

$$PhO_3H_2 + 2NO_3Ag + H_2O = PhO_4H_3 + 2NO_3H + Ag_2.$$

Si al profano se le puede dispensar que se quede con la boca abierta ante este abracadabra químico, bien valdría que los científicos reprimiesen la risa hasta conocer el significado filosófico del simbolismo antiguo. aL menos habrían de evitar la ridiculez en que incurrió De Mirville al confundir el Azoth de ls herméticos con el ázoe de los químicos, diciendo muy formalmente que aquéllos adoraban al gas nitrógeno (1) .

Si ponemos un trozo de acero en contacto con un imán natural quedará imanado de modo que sin alteración de peso ni mudanza de aspecto comunique la imanación a otro pedazo de acero, porque en su masa habrá penetrado una de las más sutiles fuerzas de la naturaleza. De la propia suerte un talismán, que intrínsecamente es tan sólo un trozo de metal, un pedazo de papel o un fragmento de cualquier otra materia, recibe la influencia del imán superior a todos los imanes, de la voluntad humana, con energía para el bien o para el mal de tan reales efectos como la propiedad adquirida por el acero en su contactocon el imán natural. Dejad que el sabueso olfatee una prenda de ropa perteneciente a un fugado y seguirá su rastro a través de las quebraduras del terreno hasta descubrirle en el paraje donde se oculte. Dad al psicómetra un manuscrito por antiguo que sea y os describirá el carácter del autor y aun tal vez sus rasgos fisonómicos. Entregad al clarividente un rizo de pelo o cualquier objeto de la persona de quien se deseen informes, y podrá por virtud de la simpatía establecida seguir las huellas del ausente durante toda su vida.

Saben los ganaderos que las reses jóvenes no deben juntarse con las viejas y los médicos expertos prohiben a los padres dormir con sus hijos. Cuando David era de edad provecta y se hallaba extenuado y débil, cobró nuevas fuerzas por el vigor de la doncella Abigail que compartía su lecho. La difunta emperatriz de Rusia, hermana de Guillermo I de Alemania, quedó tan débil en los últimos años de su vida que los médicos le aconsejaron formalmente que durmiese con una sana y robusta campesina. Según el doctor Kerner, la señora Hauffe, la vidente de Prevost, aseguraba que vivía gracias a las emanaciones magnéticas de las personas que la rodeaban. Esta vidente era sin duda un *vampiro* magnético que absorbía la vitalidad de cuantos eran lo suficientemente robustos para cedérsela en forma de *sangre volatilizada*. Kerner afirma que la sola presencia de la vidente de Prevost, avivaba las emanaciones magnéticas de los circunstantes, quienes se resentían de la pérdida de fuerzas.

Estos ejemplos de la transmisión fluídica de una a otra persona o a los objetos tocados por ellas, facilitan la comprensión de que concentrando la voluntad en un objeto adquiera éste potencia benéfica o maligna, según el propósito del concentrador.

FOTOGRAFÍAS AKÂSICAS

Las emanaciones magnéticas, inconscientemente producidas, quedan dominadas por otra de mayor intensidad y opuesto sentido; pero cuando la voluntad dirige conscientemente la fuerza magnética y la aplica a determinado punto, prevalece contra otra más intensa. El mismo efecto produce la humana voluntad en el *akâsa*, con resultados físicamente objetivos (2) que se dilatan hasta la curación de las enfermedades por medio de objetos magnetizados puestos en contacto con el enfermo. Sin embargo, en nuestra época parece como si la erudición fuese compañera de mezquinas filosofías, y así vemos que psicólogos de la talla de Maudsley (3) al relatar las maravillosas curas realizadas por el padre de Swedenborg (análogas a las mil que llevaron a cabo saludadores a quienes Maudsley llama fanáticos), se burla de la firmeza de su fe, sin detenerse a examinar si precisamente en la influencia de esta fe en las fuerzas ocultas estaba el secreto de su virtud saludadora.

Ciertamente no acertamos a ver que el moderno químico se diferencie en punto a facultades mágicas del teurgo antiguo sino en que, por conocer el dualismo de la naturaleza,

disponía el segundo de un campo de observación doblemente vasto que el del primero. Los antiguos animaban las estatuas y los herméticos hacían visibles, en determinadas condiciones, los espíritus elementales en sus cuatro formas de gnomos, ondinas, sílfides y salamandras. De la combinación del oxígeno con el hidrógeno obtiene el químico agua cuyas diáfanas gotas sirven de ambiente a la vida orgánica y en cuyos intersticios moleculares se diluyen el calor, la electricidad y la luz lo mismo que en el cuerpo humano. Pero ¿de dónde dimana la vida atómica de la gota de agua?, ¿se han aniquilado las peculiares propiedades del oxígeno y del hidrógeno al transmutar su forma en la del agua? A esto responde la química moderna diciendo que ignora si los gases componentes del agua conservan o no su misma substancia en el compuesto, y por lo tanto, bien podrían los científicos escépticos aplicarse lo que dice Maudsley de “permanecer tranquilamente resignados en la ignorancia hasta que brote la luz” (4).

LOS HOMÚNCULOS

Los modernos investigadores tienen por patraña la aseveración de que Paracelso formó *homúnculos* mediante ciertas combinaciones desconocidas aún de las ciencias experimentales; pero aun suponiendo que Paracelso no los formara, se sabe que mil años atrás hubo adeptos versados en este linaje de magia que los formaron por análogos procedimientos a los que hoy emplean los químicos para producir animálculos.

Hece pocos años, el inglés Crosse llegó a obtener algunos acarias (5) y otro experimentador afirmaba la posibilidad de fecundar los huevos inertes por medio de una corriente de electricidad negativa que pase a su través.

A pesar de las contrarias opiniones, el fruto del amor que, según la Biblia, halló Rubén en el campo y excitó la imaginación de Raquel era la mandrágora cabalística (6), que ofrece el aspecto de feto humano con cabeza, brazos y piernas, figuradas éstas por las raíces. Cree el vulgo que al arrancarla del suelo exhala un grito y esta superstición no carece de fundamento, pues en efecto, la substancia resinosa que cubre sus raíces produce al resquebrajarse por el arranque un sonido semejante al del grito humano (7). La mandrágora es la planta terrestre que parece formar el anillo de tránsito entre los reinos vegetal y animal, análogamente a lo que en la vida acuática sucede con los pólipos y zoófitos que confusamente participan de los caracteres del vegetal y del animal. A pesar de todo, tal vez haya quien no crea en la producción de homúnculos; pero ningún naturalista enterado de los progresos de las ciencias lo tendrá por imposible, pues, como dice Bain, nadie es capaz de limitar las posibilidades de la existencia.

Quedan todavía por escrutar muchos misterios de la naturaleza, y aun de aquellos que se presumen descubiertos, ni uno solo está perfectamente comprendido, pues no hay planta ni mineral cuyas propiedades todas conozcan los naturalistas. ¿Saben por ventura algo de la íntima naturaleza de los minerales y vegetales? ¿Están seguros de que además de sus descubiertas propiedades no haya otras ocultas en la constitución *íntima* de la planta o de la piedra, que únicamente se manifiesten en relación con otra planta o piedra de la manera que se llama “sobrenatural”? sin embargo, los modernos escépticos desdeñan por absurdas las aseveraciones en que Plinio, Eliano y Diodoro de Sicilia, deslindando la verdad científica de la ficción supersticiosa, atribuyen a determinados vegetales y minerales virtudes desconocidas de los botánicos y mineralogistas contemporáneos.

Desde remotísimos tiempos se aplicaron los sabios a descubrir la naturaleza de la fuerza vital; pero a nuestro entender, tan sólo la doctrina secreta puede darnos la clave de este misterio. Las ciencias experimentales sólo ven cinco fuerzas en la naturaleza: una relativa a la masa y cuatro a la constitución molecular. En cambio los cabalistas reconocen *siete* fuerzas y en las dos adicionales subyace el secreto de la vida. Una de estas otras dos fuerzas es el

espíritu inmortal invisiblemente reflejado en toda partícula de materia, así orgánica como inorgánica. En cuanto a la séptima fuerza, sólo cabe decirle al lector que procure descubrirla.

Sobre el particular dice Le Conte:

> ¿Cuál es la diferencia esencial entre un organismo vivo y un organismo muerto? En el orden físico-químico no echamos de ver *ninguna*, pues todas las fuerzas físicas y químicas entresacadas del común depósito para accionar el organismo vivo, subsisten en el muerto hasta la desintegración. Y sin embargo, la diferencia entre ambos es incalculable. ¿Qué fórmulatiene la ciencia experimental para expresar esta inmensa diferencia? ¿Qué se marchó del organismo y adónde fue? Algo hay aquí no averiguado todavía por la ciencia; y precisamente esto que del organismo vivo se escapa en el momento de la muerte es en su más elevada significación la fuerza vital (8).

Por imposible que le parezca a la ciencia explicar la naturaleza de la vida orgánica ni aun exponer una hipótesis razonable sobre ella, no hay tal imposibilidad para los adeptos y clarividentes, ni siquiera para quien, sin haber llegado a las alturas desde donde se contempla el universo visible reflejado como en límpido espejo en el invisible, tiene no obstante la divina *f*e arraigada en su íntimo sentido que le da el infalible convencimiento que no es capaz de darle la razón fría; porque entre las contradicciones de los falaces dogmas inventados por el hombre y la mutua repulsión de los sofismas teológicos con que cada credo rebate los argumentos del contrario, surge prevaleciente y triunfante la única verdad común a todas las religiones: Dios y el espíritu inmortal.

Por otra parte, también los irracionales alcanzan a percibir algo de lo que en la especie humana está reservado a los clarividentes. A este propósito hemos realizado numerosos experimentos con gatos, perros, monos y cierta vez con un tigre domesticado, cuyas circunstancias no será ocioso referir. Un caballero indo, que residía por entonces en Dindigul y hoy en apartado lugar de las montañas del Ghaut occidental, hipnotizó intensamente un espejo mágico de figura redonda y luna relucientemente negra, y lo puso frente a la vista de un tigre que desde muy cachorro tenía domesticado y era tan sumiso y manso como un perro, hasta el punto de que los chiquillos le importunaban tirándole de las orejas sin más consecuencia que un quejumbroso gruñido. Pero al ponerle el espejo delante clavaba la vista en él como fascinado magnéticamente y daba frenéticos aullidos mientras en sus ojos se reflejaba el mismo terror que pudiera mover a un hombre, hasta dejarse caer por fin en el suelo presa de convulsivo terror, como si viese algo invisible para el ojo humano. Al apartar el espejo quedaba el tigre jadeante y caía en un estado de postración del que se recobraba pasadas dos horas. ¿Qué veía el tigre? ¿Qué fantástica visión del invisible mundo animal aterrorizaba a un bruto de índole naturalmente tan fiera? Quizás sólo pueda responder quien operó el fenómeno.

SESIÓN DE MAGIA

Los mismos efectos se observaron en una sesión espiritista a la que asistían varios mendicantes indos y un hechicero sirio semipagano, semicristiano, de Kunankulam. Éramos en suma nueve circunstantes, siete hombres y dos mujeres, indígena una de ellas. En el aposento estaba también el tigre del caso anterior, muy entretenido en roer un hueso, y además había un mono leonino de negro pelaje, perilla y patillas blancas y ojos chispeantes de penetrante mirada, en que se reflejaba la malicia cuya personificación poseía el ladino cuadrumano. Cerca de él se restregaba tranquilamente una oropéndola su dorada cola en una pértiga dispuesta junto al ventanal de la galería. La luz del día (9) penetraba a raudales por las aberturas de la estancia, y de las selvas y bosques vecinos llegaba hasta nosotros el rumoroso eco de miríadas de insectos, aves y cuadrúpedos. Mas para no sofocarnos en el cerrado ambiente de la sala de

sesiones, nos acomodamos en el jardín entre los racimos de la erythrina (árbol del coral), como el fuego rojos, y las flores de begonia, como la nieve blancas. Estábamos rodeados de luz, color y perfumes. Para adornar las paredes, cortamos diversidad de ramos de flores y hojas de plantas sagradas, como la suave albahaca, la flor de Vishnú (10) y las ramas de la higuera santa (*Ficus religiosa*), con cuyas hojas se entrelazaban las del loto sagrado y de la tuberosa indostánica.

Comenzada la sesión, uno de los mendicantes, muy sucio de ropas, pero verdaderamente santo, se puso en contemplación y operó algunos prodigios por su propia voluntad, sin que ni el mono ni la oropéndola mostrasen inquietud alguna, pues tan sólo el tigre temblaba de cuando en cuando y dirigía la vista de uno a otro lado, como si con los fosforescentes ojos siguiera los movimientos de algún ser invisible que se le apareciera objetivamente. El mono perdió su primitiva vivacidad y quedóse acurrucado e inmóvil, mientras la oropéndola se mostraba del todo indiferente. Oíase en la estancia como suave batir de alas y las flores cruzaban el espacio cual si manos invisibles las moviesen. Una de ellas, de azulada corola, cayó encima del mono, que asustado fue a refugiarse bajo la blanca túnica de su amo. Una hora duraron estas manifestaciones, hasta que habiéndose quejado alguien del calor, nos obsequiaron las entidades con una copiosa llovizna deliciosamente perfumada que nos refrigeró sin mojarnos.

FENÓMENOS MÁGICOS

Terminadas por el fakir las operaciones de magia blanca, el hechicero sirio se dispuso a manifestar su poder en aquel linaje de maravillas que los viajeros han divulgado por Occidente. Nos dijo que iba a demostrar la clarividencia de los animales con suficiente acierto para distinguir los buenos de los malos espíritus. Antes de comenzar sus operaciones quemó el hechicero un montón de ramaje resinoso, cuyos humos se levantaron en nube, y poco después observamos todos manifiestas señales de indescriptible terror en el tigre, el mono y la oropéndola. Pusimos nosotros el reparo de que bien podían haberse asustado los animales a la vista de los tizones, por la costumbre tan frecuente en aquel país de encender hogueras para ahuyentar a las alimañas; pero el hichicero se adelantó entonces hacia el amedrentado tigre con una rama de bael (11) en la mano y se la pasó varias veces por la cabeza, mientras musitaba las fórmulas de encantamiento. El tigre dio al punto señales de profundo terror, pues los ojos se le salían de las órbitas como encendidos carbones, echaba espumarajos por la boca, aullaba horriblemente y empezó a dar brincos como si buscase un agujero donde meterse, con la curiosa particularidad de que desde los bosques y selvas vecinos respondían infinidad de ecos a su aullido. Por fin miró más fijamente al punto en que tenía clavados los ojos y, rompiendo de un salto la cadena que lo sujetaba, se lanzó al campo a través de la ventana de la galería, arrastrando tras sí un pedazo de bastidor. El mono se había escapado ya mucho antes y la oropéndola cayó inerte de la pértiga.

No les preguntamos ni al fakir ni al hechicero el secreto de sus operaciones, porque de fijo nos hubieran respondido poco más o menos como respondió cierto fakir a un viajero francés, según relata éste como sigue en un periódico neoyorquino. Dice así:

Muchos prestidigitadores indos que viven retirados en el silencio de las pagodas dejan tamañitos los juegos de Houdin, pues los hay que efectúan curiosos fenómenos de magnetismo en el primer hombre o animal con quien topan. Esto me ha movido a preguntar si la oculta ciencia de los brahmanes habrá resuelto muchos de los problemas que agitan a la Europa contemporánea.

En cierta ocasión estaba yo tomando café con otros invitados en casa de Maxwell, cuando éste ordenó a su criado que introdujera en el salón al hechicero. Era un indo flaco, de rostro macilento y tez

broncínea que iba casi desnudo y llevaba enroscadas por todo el cuerpo hasta una docena de serpientes de diversos tamaños, todas ellas de la ponzoñosa especie del cobra indostánico. Al entrar nos saludó diciendo: “Dios sea con vosotros. Soy Chibh-Chondor, hijo de Chibh-Gontnalh-Mava”.

Nuestro anfitrión exclamó entonces:

-Queremos ver qué sabéis hacer.

-Obedezco las órdenes de Siva que me envió aquí –respondió el hechicero sentándose a estilo oriental sobre el pavimento. Al punto irguieron las serpientes la cabeza y silbaron sin señal alguna de irritación. Después tomó el hechiero una especie de caramillo que llevaba pendiente del cabello e imitó con su tañido el canto del tailapaca (12), a cuyo son desenroscáronse las serpientes y una tras otra se deslizaron por el pavimento con un tercio del cuerpo erguido, de modo que se balanceaban al compás de la tocata de su amo. De pronto dejó el caramillo e hizo varios pases sobre las serpientes, cuya mirada cobró tan extraña expresión que todos los circunstantes nos sentimos molestos hasta el punto de apartar de ellas la vista. El *chokra* (13), que en aquel momento llevaba un braserillo con lumbre para encender los cigarros, cayó al suelo sin fuerzas, quedándose dormido, y lo mismo nos hubiera pasado a todos si el encanto hubiese proseguido algunos minutos más. Pero el hechicero hizo entonces unos cuantos pases sobre el muchacho y en cuanto le dijo: “la lumbre a tu amo”, levantóse rápidamente para, sin la menor vacilación, cumplir lo que se le había ordenado, a pesar de que continuaba dormido, según comprobaron los pellizcos, golpes y estirones que al efecto le dieron los circunstntes. Una vez servida la lumbre, no fue posible apartarle del lado de su amo hasta que se lo mandó el hechicero.

Entonces echamos de ver que, paralizadas por los efluvios magnéticos, yacían las serpientes en el suelo, rígidas como bastones, en completa catalepsia hasta que, despertadas por el hechicero, se le volvieron a enroscar por el cuerpo.

Le preguntamos si sería capaz de influir en nosotros, y por toda respuesta nos hizo pases en las piernas, que se nos quedaron paralizadas hasta que con la misma facilidad las repuso en su normal estado de movimiento.

Chibh-Chondor terminó la sesión apagando las luces con sólo dirigir hacia ellas las manos desde su asiento, moviendo los muebles incluso los divanes en que nos sentábamos, abriendo y cerrando puertas y por último deteniendo y volviendo a soltar la cuerda de un pozo del que en aquel instante sacaba agua el jardinero.

Por mi parte, le pregunté al magnetizador si empleaba el mismo procedimiento respecto de los objetos inanimados que de los seres animados, a lo cual me respondió diciendo que su único procedimiento era la voluntad, pues con ella puede el hombre dominar las fuerzas físicas y mentales, ya que es culminación y resumen de todas ellas. Añadió que ni los mismos brahmanes acertarían a responder más concretamente sobre el particular (14).

A mayor abundamiento refiere el coronel Yule (15) que, según testimonio de Sanang Setzen, los encantadores indos son capaces de operar con su *dharani* (encanto místico) maravillas tales como clavar estacas en la dura peña; resucitar muertos; transmutar en oro los más bajos metales; filtrarse a través de puertas y paredes; volar por los aires; tocar con la mano a las bestias feroces; adivinar el pensamiento; remontar el curso de las aguas; sentarse en el aire a pierna cruzada; tragarse ladrillos enteros y otros prodigios no menos inexplicables.

Análogos portentos atribuyen los escritores de la época a Simón el Mago, de quien dicen que animaba estatuas; se metía en el fuego sin quemarse; volaba como un pájaro; convertía las piedras en pan; mudaba de forma; presentaba dos caras al mismo tiempo; movía los objetos sin tocarlos; abría de lejos las puertas cerradas, etc. El jesuita Delrío se lamenta de que muy piadosos, pero en demasía crédulos príncipes, hubiesen permitido ejecutar en su presencia *diabólicas* habilidades, como, por ejemplo, “hacer saltar objetos pesados de uno a otro extremo de la mesa sin valerse para ello de imán alguno ni otro medio de contacto” (16).

FENÓMENO DEL TRÍPODE

En la ya citada obra (17) refiere Yule por testimonio de un monje llamado Ricold, que "los tártaros honran sobremanera a los *baxitas* o sacerdotes de los ídolos, que proceden de la India y son varones de pronfundo saber, austera vida y rígida moralidad, muy versados en artes mágicas y hábiles en tramar ilusiones y predecir los sucesos hasta el punto de que, según se asegura, uno de ellos llegó a volar, aunque la verdad del caso es que no volaba sino que andaba con los pies levantados muy cerca del suelo y hacía ademán de sentarse sin apoyo ni asiento alguno donde sostenerse. De esto fue testigo ocular Ibn Batuta en presencia del sultán Mahomed Tughlak, quien a la sazón tenía la corte en Delhi".

No hace muchos años operaba públicamente este mismo fenómeno un brahman de Madrás, descendiente acaso de aquellos a quienes Apolonio vio andar a dos codos sobre el suelo. Igual prodigio describe Francisco Valentyn, diciendo que en sus días era cosa corriente en la India. Refiere a este propósito que el operante se sienta primeramente sobre tres pértigas dispuestas en forma de trípode, que se van quitando luego una tras otra de modo que el sujeto se quede sentado en el aire. En cierta ocasión, un amigo mío que presenció este fenómeno y no podía creerlo a pesar de verlo, quiso asegurarse de que no había fraude y, al efecto, tanteó en varias direcciones con un palitroque muy largo todo el espacio comprendido entre el cuerpo y el suelo sin encontrar el más leve obstáculo" (18).

En la ya referida obra da cuenta Yule de lo que vio en sus viajes y dice a este propósito:

> Todo cuanto hemos relatado no es nada en comparación de lo que llevan a cabo los prestidigitadores de oficio, y ciertamente que podría tomarse por patraña si no lo atestiguaran tan gran número de autores de muy distintas épocas y diferentes lugares. Uno de estos testigos es el viajero árabe Ibn Batuta que asistió en cierta ocasión a una fiesta de la corte del emir de Khansa. Reunidos los invitados en el patio de palacio, llamó el emir a un esclavo del emperador y le mandó que hiciera sus habilidades. Tomó entonces el hombre una bola de madera con muchos agujeros, por los cuales pasaban largas correas, y asiendo una de ellas lanzó la bola al aire con tal fuerza que la perdimos de vista. En manos del prestidigitador quedó tan sólo el extremo de la correa a la que, agarrándose uno de los muchachos ayudantes, desapareció también de nuestra vista. Llamóle entonces el prestidigitador por tres veces, y como nadie respondiese fingió encolerizarse y desapareció asimismo con ademán de encaramarse por la correa en busca del muchacho. A poco rato fueron cayendo al suelo, desde invisible altura, primero una mano, luego un pie, después la otra mano y sucesivamente el otro pie, el tronco y la cabeza del ayudante. Por fin el prestidigitador acalorado y jadeante, con las ropas tintas en sangre, y postrándose ante el emir hasta besar el suelo, díjole en lengua china algo a que el soberano pareció responder con una orden, pues al punto recogió el hechicero los esparcidos miembros, y después de colocarlos en su lugar respectivo dio un puntapié en el suelo, a cuya señal enderezóse el muchacho tan vivo, sano y entero como antes. Fue tal la emoción que despertó en mí este fenómeno, que me sobrecogieron palpitaciones y se me hubo de administrar un cordial. El kaji Afkharuddin, que estaba cerca de mí, exclamó: "¡Vaya! Creo que aquí no ha subido ni bajado nadie por la correa ni tampoco se ha descuartizado ni recompuesto a nadie. Todo esto es juego de manos".

No hay duda de que todo aquello fue juego de manos, ilusión o *maya* como dicen los indos; pero cuando miles de personas son víctimas de semejante ilusión no debe desatender la ciencia el examen de los medios por los cuales se produce. Seguramente que ni Huxley ni Carpenter han de desdeñar por indigno de su atención el arte por cuyas misteriosas reglas desaparece un hombre de nuestra vista en un aposento de cuya cerrada puerta tenéis la llave y a pesar de no verle en parte alguna oís su voz que sale de diversos puntos de la estancia y la risa con que se burla de vuestra sorpresa. Este misterio es, por lo menos, tan digno de investigación como la causa de que los gallos canten a media noche. Yule copia asimismo el relato de Eduardo Melton, viajero holandés que hacia los años 1670 presenció en Batavia fenómenos análogos a los de que Ibn Batuta fue testigo en 1348. Dice así el relato:

Uno de los hechiceros tomó un ovillo de bramante y sosteniéndolo en la mano por un cabo lo lanzó al aire con tal violencia que se perdió de vista. Entonces trepó por el cordel con rapidez asombrosa, y aún estaba yo pensando en cómo habría desaparecido, cuando uno tras otro fueron cayendo todos los miembros de su cuerpo, que otro hechicero de la cuadrilla recogía en un cesto que volcado después los dejó revueltos. Sin embargo, en aquel mismo instante vimos todos con nuestros propios ojos que los miembros se reunían de nuevo para formar el cuerpo del prestidigitador, tan vivo, sano y entero como si no hubiese sufrido el menor daño. Nunca en mi vida me maravillé como entonces, y no me cabe duda de que aquellos pervertidos hombres están ayudados por el diablo (19).

En las Memorias del emperador Jahangire se relatan las habilidades de siete prestidigitadores bengaleses que actuaron en presencia de este monarca. Dice así el texto:

Decapitaron y descuartizaron los prestidigitadores a un hombre cuyos miembros quedaron esparcidos por el suelo, hasta que a los pocos minutos los cubrió con una sábana uno de los prestidigitadores que, metiéndose por debajo, salió luego seguido del mismo sujeto a quien había visto descuartizar.

En otra ocasión tomaron una cadena de cincuenta codos de longitud y lanzándola al aire quedó como sujeta por el extremo opuesto a alguna anilla o gancho invisible. Trajeron luego un perro que se encaramó rápidamente por la cadena hasta desaparecer en los aires. El mismo camino siguieron un cerdo, una pantera, un león y un tigre, sin que nadie supiera cómo desaparecían, pues los prestidigitadores guardaron por fin la cadena en una saco (20).

Por nuestra parte hemos presenciado varias veces y en distintos países las suertes de estos prestidigitadores y tenemos el grabado representativo de la escena en que uno de nacionalidad persa tiene ante sí los esparcidos miembros de un hombre recién descuartizado.

Tratando ahora de fenómenos mucho más serios y sin olvidar que repugnamos el calificativo de “milagro”, podríamos preguntar si cabe rebatir lógicamente la afirmación de que algunos taumaturgos devolvieron la vida a los muertos. La voluntad del hombre alcanza a veces suficiente poder para reanimar un cuerpo del que todavía no se haya separado por completo el alma. Muchos fakires consintieron en que los enterraran vivos ante miles de testigos, para resucitar algún tiempo después. Si los fakires poseen el secreto de este fenómeno biológico, análogo al aletargamiento de los animales e invernación de las plantas, no hay razón para dudar de que también lo poseyeran sus antecesores los gimnósofos indos y taumaturgos como Eliseo, Apolonio de Tyana, Jesús, Pablo y otros profetas e iluminados cuyo conocimiento de ese *algo* (que confiesa Le Conte no comprende la ciencia todavía) de los misterios de vida y muerte inescrutables para los modernos científicos, les capacitaba para devolver la vida a los muertos cuyo cuerpo astral no se había separado por completo del físico.

Si, como afirma un fisiólogo (21), en las moléculas del cadáver están remanentes las fuerzas físico-químicas del organismo vivo, nada impide ponerlas nuevamente en acción, con tal de conocer la naturaleza de la fuerza vital y el modo de dirigirla y dominarla. Prescindimos en este argumento de los materialistas, porque para ellos es el cuerpo humano una locomotora que se paraliza en cuanto le faltan el calor y fuerza que la impulsan. Por otra parte, para los teólogos ofrece mayor dificultad el caso, porque a su entender la muerte rompe la unión de cuerpo y alma, de modo que un muerto sólo puede volver a la vida por operación milagrosa, así como tampoco es posible que una vez cortado el cordón umbilical regrese el recién nacido a la vida uterina. Pero el filósofo hermético se interpone victoriosamente entre los irreconciliables bandos de materialistas y teólogos, con su conocimiento de los vehículos sutiles del espíritu y

de la fuerza vital que, dirigida por la voluntad, puede aplicarse en sentido positivo o negativo mientras no se desintegren los órganos vitales del cuerpo físico.

LA VIDA EN LA MUERTE

Hace dos siglos se tuvieron por absurdas las aseveraciones de Gaffarilo (22), que posteriormente corroboró el insigne químico Duchesne, respecto a la persistencia de la forma en las cenizas y subsiguiente renacimiento de todo cuerpo natural luego de quemado. Kircher, Digby y Vallemont demostraron que las plantas conservan su forma en las cenizas y esto mismo afirma Oetinger (23) en el siguiente pasaje:

> Al calentar en una redoma cenizas vegetales se formaba una nube oscura que según ascendía tomaba definidamente la forma de la planta cuyas cenizas estaban en la redoma. La envoltura terrena queda en el fondo, mientras que la esencia sutil asciende como un *espíritu* que asume forma concreta, pero desprovista de substancia (24).

Por lo tanto, si en las cenizas de una planta persiste la forma astral luego de muerto su organismo, no tienen los escépticos motivo para decir que el *Ego* humano se desvanezca con la muerte del cuerpo físico.

El mismo filósofo dice en otro pasaje de su obra:

> En el momento de la muerte, el alma se exhala porósmosis del cuerpo a través del cerebro y por efecto de la atracción psíquicofísica flota alrededor del cadáver hasta que éste se desintegra; pero si antes se establecen condiciones favorables, puede el alma infundirse de nuevo en el cuerpo y reanudar la vida física. Esto es lo que ocurre durante el sueño y más definidamente en los éxtasis y con mayor maravilla aún al mandato de un adepto. Jámblico declara que está lleno de Dios quien puede resucitar a un muerto, pues le obedecen los espíritus subalternos de las esferas superiores y tiene más de Dios que de hombre. Por otra parte, San Pablo, en su *Epístola a los Corintios*, dice que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas.

Hay quienes por congénita o adquirida facultad pueden dejar a su albedrío el cuerpo físico y actuar y moverse en el astral hasta largas distancias y aparecerse visiblemente a otros. Numerosos e irrecusables testigos refieren multitud de casos de esta índole en que vieron y hablaron con el *duplicado* de personas residentes en lugares apartadísimos del en que ocurría el fenómeno. Según refieren Plinio (25) y Plutarco (26), un tal Hermotina quedaba en éxtasis cuando quería y se trasladaba en su *segunda alma* a los sitios más distantes.

El abate Fretheim, que floreció en el siglo XVII, dice en su obra *Esteganografía*:

> Puedo transmitir mis pensamientos a los iniciados, aunque se hallen a centenares de millas, sin palabras ni cartas ni cifras, valiéndome de cierto mensajero incapaz de traición, porque nada sabe y en caso necesario prescindo de él. Si alguno de los con quienes mantengo correspondencia estuviera encerrado en la más profunda mazmorra, podría comunicarle mis pensamientos tan clara y frecuentemente como yo quisiera, de la manera para mí más sencilla, sin supercherías ni auxilio de espíritus.

Cordano actuaba también a voluntad fuera del cuerpo y entonces, según él mismo dice, “parecía como si se abriera una puerta y pasara yo sin obstáculo por ella dejando el cuerpo tras mí” (27).

Refiere una revista científica (28) que el consejero de Estado, Wesermann, podía sugerir a otros que soñaran en lo que él quisiera o que viesen a un ausente desde lejanísimas

distancias. Todo esto lo comprobaron en varias ocasiones científicos de valía, algunos de ellos materialistas a quienes les acertó una frase convenida entre ellos de antemano. Además, muchos vieron el doble de Wasermann en punto muy distante de donde a la sazón se hallaba. Afirman diversos testigos (29) que mediante el conveniente entrenamiento de dieta y reposo se ponen los fakires el cuerpo en condición tal, que pueden permanecer enterrados por tiempo indefinido. El capitán Osborne refiere que durante la estancia de Sir Claudio Wade en la corte de Rundjit Singh, estuvo un fakir metido por tiempo de seis días en un ataúd colocado en una sepultura a un metro bajo el suelo de la estancia, con cuatro centinelas de vista que se relevaban cada dos horas día y noche, para evitar toda superchería. Según testimonio de Sir Claudio Wade, al abrir el ataúd apareció el cuerpo envuelto en un sudario de lino blanco atado con un cordón por la cabeza inclinada sobre el hombro. Tenía los miembros encogidos y el rostro natural. El sirviente roció el cuerpo con agua, y según reconocimiento del médico, no se movía el pulso en parte alguna, pues todo él estaba frío, notándose tan sólo *algo de calor en el cerebro.*

RESURRECCIÓN DE FAKIRES

La falta de espacio nos impide pormenorizar las circunstancias de este caso, y así nos limitaremos a decir que el procedimiento de resurrección consistió en baños y fricciones de agua caliente, en quitar los tapones de algodón y cera que obstruían los oídos y ventanillas de la nariz, después de lo cual frotaron los párpados con manteca clarificada y, lo que parece más extraño, le aplicaron por tres veces una torta de trigo caliente en la coronilla. A la tercera aplicación de la torta estremecióse el cuerpo violentamente, se dilataron las ventanas de la nariz, restablecióse la respiración y los miembros recobraron su natural elasticidad, aunque las pulsaciones eran todavía muy débiles. Untaron entonces de grasa la lengua que la tenía vuelta hacia atrás de modo que obturase la garganta, se dilataron las pupilas con su natural brillo y el fakir reconoció a todos los circunstantes y rompió a hablar.

Durante nuestra permanencia en la India nos dijo un fakir que la obturación de los orificios tenía por objeto, no sólo evitar la acción del aire en los tejidos, sino también la entrada de gérmenes de putrefacción que, por estar en suspenso la vitalidad, descompondrían el organismo como sucede con la carne expuesta al aire. Por este motivo no se prestan los fakires a este experimento en aquellos puntos de la India meridional donde abundan las perniciosas hormigas blancas que lo devoran todo menos los metales. Así es que, por muy sólido que fuese el ataúd, quedaría expuesto a la voracidad de dichos insectos que pacientemente horadan toda clase de madera por densa que sea y aun los ladrillos y la argamasa.

En vista de tantos y tan bien atestiguados casos, la ciencia experimental no tiene más remedio que o recusar por inveraz el múltiple testimonio de personas incapaces de faltar a la verdad, o reconocer que si un fakir puede resucitar al cabo de cuarenta días de enterrado, lo mismo podrá hacer otro fakir; y no cabe, por lo tanto, poner en tela de juicio las resurrecciones de Lázaro, del hijo de la sunamita y de la hija de Jairo (30).

No será ocioso preguntar ahora qué pruebas, aparte de las aparentes, pueden tener los médicos de que un cadáver lo es en realidad. Los más eminentes biólogos convienen en afirmar que la única segura es el estado de descomposición. El doctor Thomson (31) dice que la inmovilidad, la rigidez, la falta de respiración y el pulso, la vidriación de los ojos y la frigidez no son signos inequívocos de muerte real. En la antigüedad, Demócrito (32) y Plinio (33) opinaron que no hay prueba infalible de si un cuerpo está o no muerto. Asclepiades afirmaba que la duda podía ser mayor en cuerpo de mujer que de hombre.

El ya citado doctor Thomson refiere varios casos de muerte aparente, entre ellos el del caballero normando Francisco de Neville, a quien por dos veces le tuvieron por muerto y estuvo a punto de que le interraran vivo, pues volvió en sí en el momento de colocar el ataúd en la sepultura.

Otro caso es el de la señora Rusell, que al doblar las campanas en sus exequias, se levantó del ataúd exclamando: "Ya es hora de ir a la iglesia".

Diemerbroese refiere que un labriego estuvo tres días de cuerpo presente, pero al ir a enterrarlo volvió en su sentido y tuvo larga vida.

En 1836 un respetable ciudadano bruselense cayó en catalepsia y, creyéndole muerto, le amortajaron para enterrarlo; mas al atornilla la tapa del ataúd se incorporó el supuesto difunto y, como si despertara de dormir, pidió tranquilamente una taza de café y el periódico (34).

LA MUERTE REAL

La fisiología considera el cuerpo humano como un conjunto de moléculas temporalmente agregadas por la misteriosa fuerza vital. Para el materialista no hay entre un cuerpo vivo y otro muerto más diferencia que en el primer caso la fuerza vital es activa y en el segundo queda latente y las moléculas obedecen entonces a una fuerza mayor que las disgrega. Este fenómeno de disgregación es la muerte, si tal puede llamarse la continuación de la vida en las disgregadas moléculas, pues si la muerte es la paralización de la máquina funcional del organismo corpóreo, la muerte real no sobrevendrá hasta que la máquina se destruya y se descompongan sus partes, ya que mientras los órganos estén íntegros, la centrípeta fuerza vital prevalecerá contra la centrífuga fuerza de disgregación. Dice a este propósito Eliphas Levi:

> El cambio supone movimiento y el movimiento es vida. El cuerpo no se descompondría si no hubiese vida en él. Las moléculas que lo constituyen están vivas y tienden a disgregarse. Por lo tanto, no es posible que el pensamiento, el amor, el espíritu se aniquilen cuando periste la vida en la más grosera modalidad de la materia (35).

Dicen los cabalistas que un muerto no lo está del todo en el momento del entierro, pues nada hay de transición violenta en la naturaleza y así no puede ser repentina la muerte, sino gradual; porque del mismo modo que necesita preparación el nacimiento, ha de requerir cierto período la muerte, que, según dice Eliphas Levi, "no puede ser término definitivo como tampoco el nacimiento es principio originario. El nacimiento demuestra la preexistencia del ser, como la muerte es prueba de inmortalidad" los cristianos no vulgares creen por una parte en la resurrección de la hija de Jairo, sin temer por ello la nota de supersticiosos, y en cambio califican de imposturas las resurrecciones de una mujer por Empédocles y de una doncella corintia por Apolonio de Tyana, según refieren respectivamente Diógenes Laercio y Filostrato, como si los taumaturgos paganos hubiesen de ser forzosamente impostores. Al menos los científicos escépticos son más lógicos, pues lo mismo los taumaturgos cristianos que los gentiles son para ellos o mentecatos o charlatanes.

Pero tanto fanáticos como escépticos debieran reflexionar en las circunstancias de los casos referidos y advertir que en el de la hija de Jairo dice Jesús que *no está muerta sino dormida*; y en el de la doncella corintia escribe Filostrato que "*parecía muerta* y como había llovido copiosamente al conducir el cuerpo a la pira, pudo muy bien el refrigerio devolverle en sentido" (36). Este pasaje demuestra claramente que Filostrato *no* consideró milagrosa aquella resurrección, sino como efecto de la sabiduría de Apolonio, quien, lo mismo que Asclepiades, era capaz de distinguir a primera vista la muerte real de la aparente (37).

Una vez rota la unión del espíritu y del alma con el cuerpo, es la resurrección tan imposible como la reencarnación en circunstancias distintas de las requeridas. Como dice Eliphas Levi: “La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero no la mariposa en crisálida. La naturaleza impele la vida hacia delante y cierra las puertas tras cuanto por ella pasa. Perecen las formas y persiste el pensamiento sin recordar lo extinto” (38).

No hay en nuestros días ninguna Facultad de Medicina capaz de comunicar a sus alumnos el conocimiento que del estado de muerte poseían Asclepiades y Apolonio sin necesidad de dotes excepcionales. Además, las resurrecciones operadas por Jesús y Apolonio tienen en pro de su autenticidad testimonios irrecusables, y aunque en uno y en otro caso estuviese la vida en suspenso, resulta probado que ambos taumaturgos la reanudaron instantáneamente por su propia virtud a los en apariencia muertos (39).

ANIMACIÓN SUSPENSA

¿Acaso niegan los médicos la posibilidad de estas resurrecciones porque no han dado todavía con el secreto que poseyeron los antiguos teurgos? El atraso de la psicología y la confusión dominante en la fisiología, según confiesan los más sinceros científicos, no son ciertamente muy favorables al redescubrimiento de las ciencias perdidas. Cuando nadie tenía a los profetas por charlatanes ni a los taumaturgos por impostores hubo colegios de vates donde se enseñaban las ciencias ocultas (40). La magia abonaba a la sazón todas las ciencias físicas y metafísicas, con el estudio alquímico del doble aspecto de la naturaleza; y, por lo tanto, no es maravilla que los antiguos llevaran a cabo descubrimientos insospechados de los físicos modernos, atentos únicamente a la letra muerta.

Así es que el toque no está en si es posible resucitar a un muerto, que equivaldría a un milagro de por sí absurdo, sino en saber si la biología tiene medios de puntualizar el momento de la muerte. Los cabalistas opinan que el cuerpo muere al separarse de él definitivamente el Ego con sus vehículos sutiles. Los fisiólogos materialistas, que niegan el espíritu y no admiten otra fuerza que la vital, dicen que la muerte sobreviene al punto de cesar aparentemente la vida, esto es, cuando el corazón cesa de latir y los pulmones de respirar y el cuerpo toma rigidez cadavérica. Sin embargo, los anales médicos abundan en casos de asfixia, catalepsia y letargo que presentan todos los signos aparentes de la muerte (41) y prueban que ni el médico más experto es capaz de certificar la defunción con absoluta certeza. En dichos casos el cuerpo astral no se ha separado definitivamente del físico y puede volver a infundirse en éste mediante un esfuerzo propio o una influencia extraña que desentorpezca y reanude el funcionalismo orgánico. En resumen, mientras no se consume la separación de los cuerpos astral y físico, cabe dar cuerda al reloj y poner de nuevo en movimiento la máquina; pero cuando la separación es definitiva, entonces el organismo se desintegra y antes fuera posible el desquiciamiento del universo que la resurrección del cadáver. En el primer caso, la fuerza de vida está latente como el fuego en el pedernal; en el segundo, se ha extinguido la fuerza.

El hipnotizador Du Potet obtuvo casos de profunda clarividencia cataléptica (42) en que el alma estaba ya tan alejada del cuerpo que le hubiera sido imposible reinfundirse en él sin un poderoso esfuerzo volitivo del hipnotizador; y aun así es preciso que no se haya roto el cordón magnético que liga el cuerpo astral con el físico (43). Refiriéndose Plutarco al caso de un tal Tespesio que cayó desde muy alto y estuvo tres días como muerto, dice que al volver en sí dio cuenta el accidentado de que se había visto durante aquel intervalo muy diferente de los demás difuntos, pues estos estaban envueltos en un nimbo resplandeciente mientras que él llevaba tras de sí una estela de sombra. La minuciosa y puntualizada descripción que Plutarco pone en

boca de Tespesio está corroborada por los clarividentes de toda época, lo que da mayor importancia al testimonio.

La opinión de los cabalistas en este punto aparece concretada en el siguiente pasaje de Eliphas Levi:

> Cuando una persona cae en el último sueño queda como aletargada antes de tener conciencia de su nuevo estado. Al despertar se le presenta la hermosísima visión del cielo o la horrible pesadilla del infierno, según sus creencias durante la vida terrena. En el segundo caso, retrocede el alma impelida por el terror hacia el cuerpo de que acaba de salir, y éste es el motivo de que, algunas veces, vuelvan a la vida después de enterrado su cadáver.

A este propósito recordaremos el caso de un caballero que al morir dejó algunas mandas a favor de unos sobrinos huérfanos. El hijo, heredero y albacea del difunto, movido por el egoísmo, quemó el testamento la misma noche en que velaba el cadáver de su padre. El alma del muerto, que todavía flotaba alrededor del cuerpo, sintió tan intensamente los efectos de aquella felonía que se infundió nuevamente en su desechada envoltura y levantándose el muerto del túmulo maldijo a su heredero y volvió a caer para no levantarse más.

LOS HUESOS DE ELISEO

Dion Boucicault se vale de un incidente de esta naturaleza en su tremebundo drama *Luis onceno*, cuyo protagonista representaba el actor Carlos Kean con profunda realidad, sobre todo en la escena en que el difunto monarca vuelve a la vida por un instante para asir la corona cuando va a ceñírsela el falso heredero.

Eliphas Levi opina que la resurrección no es imposible mientras el organismo esté íntegro y no se haya roto el cordón de enlace entre el cuerpo astral y el físico. Dice sobre este particular que como la naturaleza nunca procede a saltos, la muerte real ha de ir precedida de una especie de letargo o entorpecimiento del que puede sacar a la personalidad una violenta conmoción o el magnetismo de una voluntad poderosa. A esto atribuye levi la resurrección de un muerto al contacto de los huesos de Eliseo (44), diciendo sobre ello que “el alma del difunto se sobrecogería de terror cuando los ladrones arremetieron contra la fúnebre comitiva de su cadáver cuya profanación quiso evitar reinfundiéndose en él. Nada de sobrenatural hallarán en este fenómeno cuantos crean en la supervivencia del alma; pero los materialistas dirán que es patraña a pesar de cuantos testimonios lo avalen; y en cambio, los teólogos que en todo ven la mano de la Providencia, lo diputan por milagro y atribuyen la resurrección del muerto al contacto con los huesos de Eliseo. Indudablemente data de esta época la veneración de las reliquias.

Razón tiene Balfour Stewart al decir que la ciencia apenas sabe nada de la estructura íntima ni de las propiedades de la materia tanto organizada como inorgánica.

Puesto que estamos en terreno firme, adelantaremos otro paso diciendo que el mismo conocimiento y dominio de las fuerzas ocultas, por cuya virtud deja el fakir su cuerpo para volver después a él y dio a Jesús, Apolonio y Eliseo el poder de resucitar muertos, facultaba a los hierofantes para infundir vida, movimiento y palabra en una estatua. Por este mismo conocimiento de las fuerzas ocultas en cuyo número entra la vital, pudo Paracelso formar homúnculos y Aarón convertir su vara, ya en serpiente, ya en vástago florido, y Moisés afligir con plagas a Egipto y el teurgo egipcio de hoy vivificar la pigmea mandrágora. Los cínifes y las ranas de Moisés no son ni más ni menos maravillosas que las bacterias de los biólogos modernos.

Pero comparemos ahora la actuación de los antiguos taumaturgos y profetas con la de los modernos médiums que pretenden reproducir cuantas modalidades fenoménicas registra la historia de la psicología. Si nos fijamos en la levitación y sus condiciones manifestativas, echaremos de ver que en todo tiempo y país hubo teurgos, paganos, místicos, cristianos, fakires, indos, magos, adeptos y médiums espiritistas que en estado de trance o éxtasis permanecieron durante mucho rato suspendidos en el aire. Tan incontrovertiblemente está atestiguado este hecho, que no hay necesidad de nuevas pruebas, tanto de las manifestaciones inconscientes de los médiums irresponsables, como de las conscientes de los hierofantes y adeptos de magia superior. Cuando aun apuntaba la actual civilización eruopea, ya era antigua la filosofía oculta y los herméticos habían inferido los atributos del hombre por analogía con los del Creador. Posteriormente, algunos hombres eminentes cuyo nombre fulgura en la historia espiritual de la humanidad, dieron pruebas personales de la inconcebible alteza a que en su educción pueden llegar las divinas facultades del microcosmos.

Dice sobre esto Wilder:

> Enseñaba Plotino que el amor impele al alma hacia la intimidad de su origen y centro, el eterno Bien. Los ignorantes no aciertan a descubrir la belleza que por sí misma atesora el alma, y la buscan en el mundo exterior; pero el sabio siente la belleza en lo íntimo de su ser, concentra la atención en sí mismo, y desenvolviendo la idea de belleza de dentro a fuera, se eleva hasta la divina fuente de su interno raudal. Lo infinito no puede comprenderse por la razón, sino por otra facultad superior cuyo ejercicio nos transporta a un estado en que dejando de ser hombres finitos, participamos directamente de la esencia divina. Tal es el estado de éxtasis (45).
>
> ... Apolonio de Tyana veía lo pasado, presente y futuro como ante un límpido espejo, y esta facultad es la que pudiéramos llamar *fotografía espiritual*, pues el alma es la cámara que registra los sucesos pasados, presentes y futuros, de modo que todos por igual los abarque la mente. Más allá de nuestro limitado mundo, no hay sucesión de días, porque todo es como un solo día, y lo pasado y lo futuro coinciden con lo presente (46).

MEDIACIÓN Y MEDIUMNIDAD

Estos hombres divinos ¿eran médiums como pretenden los espiritistas de escuela? No por cierto, si se entiende por médium la persona cuyo organismo morbosamente receptivo facilita el desarrollo de condiciones subordinadas a la influencia de los espíritus elementarios y elementales.

En cambio era médiums si entendemos por tales a cuantos cuya magnética aura sirve de medio actuante a las entidades espirituales de las esferas superiores. En este sentido toda persona humana puede ser médium (47).

La verdadera mediumnidad se educe en unos individuos espontáneamente, en otros necesita influencias extrañas que la eduzcan y en la mayoría de los casos queda en estado potencial. El aura del individuo está en función recíproca de sus facultades mediumnímicas. Todo depende del carácter moral del médium. El aura puede ser densa, turbia y mefítica de modo que repela a las entidades superiores para atraer únicamente a las de ínfima condición que allí se gocen como el cerdo entre inmundicias; o por el contrario puede ser sutil, diáfana, pura y reverberante como el rocío de la mañana. Estos celestiales nimbos circuían a hombres tales como Apolonio, Jámblico, Plotino y Porfirio cuyas almas, en perfecta identidad con sus espíritus por efecto de la santidad de vida, atraían las influencias benéficas e irradiaban efluvios de bondad que repelían las malignas. No sólo se asfixian las entidades inferiores en el aura de un taumaturgo, sino en las de cuantos reciben la influencia de él, sea por cercanía eventual o por voluntad deliberada. Esto es *mediación* y no *mediumnidad*. Un hombre tal no es *médium* sino *medianero* y templo del Dios vivo; pero si la pasión o los malos pensamientos y deseos

profanan el templo, se convierte el *medianero* en *nigromántico*, porque se etiran entonces las entidades puras y acuden las malignas. Sin embargo, también en este caso hay *mediación* y no *mediumnidad*, pues tanto el *mago negro* como el *mago blanco* determinan conscientemente su aura y por su propio albedrío atraen a las entidades afines.

La mediumnidad, por el contrario, es inconsciente, es inconsciente, pues el aura del médium puede modificarse por circunstancias independientes de su voluntad, de modo que provoque, favorezca o determine manifestaciones psíquico-físicas de carácter ya benéfico, ya maligno. La mediación y la mediumnidad son tan antiguas como el hombre. La segunda es sinónima de *obsesión* y *posesión,* pues el cuerpo del médium se somete al dominio de entidades distintas del Ego inmortal. Así lo demuestran los mismo médiums, que se enorgullecen de ser fieles esclavos de sus guías y rechazan indignados la idea de normalizar las manifestaciones. Esta mediumnidad está simbolizada en el mito de Eva, que cede a la sugestión de la serpiente; en el de Pandora, que abre la caja misteriosa y derrama los males sobre el mundo; en el bíblico episodio de la Magdalena, que después de haber estado poseída de siete espíritus malignos, se redime al triunfar de ellos por mediación de un adepto. La mediumnidad, benéfica o maléfica, es siempre *pasiva*, y felices, por lo tanto, los puros de corazón que gracias a su natural bondad repelen espontáneamente los espíritus malignos. La mediumnidad, tal como se practica en nuestros días, es un don menos apetecible que la túnica de Neso.

Por el fruto se conoce el árbol. En todo tiempo hubo pasivos médiums y activos medianeros. Los hechiceros, las brujas, los prestidigitadores y encantadores de serpientes, los adivinos y cuantos están poseídos de espíritu familiar hacen de sus facultades mercadería vendible, como, por ejemplo, la famosa pitonisa de Endor que, según la describe Enrique More, recibía estipendio de los consultantes (48).

DESINTERÉS DE LOS MEDIANEROS

En cambio, los medianeros y hierofantes dan pruebas de absoluto desinterés en el ejercicio de sus poderes. Gautama renunció a la herencia del trono para vivir de limosnas; el “Hijo del hombre” no tenía donde reclinar la cabeza; los discípulos del Cristo no habían de llevar oro ni plata encima; Apolonio de Tyana distribuyó su hacienda por mitad entre sus pareitnes y los pobres; Jámblico y Plotino tuvieron nombradía de caritativos y abnegados; los fakires indos viven de limosna (49); los pitagóricos, esenios y terpeutas temían mancharse las manos con el contacto de las monedas; y finalmente, cuando al apóstol Pedro le ofrecen dinero en cambio de la potestad de infundir el Espíritu Santo por la imposición de manos, responde: “Tu dinero sea contigo en perdición porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tu parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios” (50). Así vemos que los mediadores fueron hombres identificados con su Yo superior, que recibían auxilio de los espíritus angélicos.

Muy lejos estamos de vituperar rigurosamente a los infelices médiums que, por efecto de las avasalladoras influencias que los dominan, se ven incapacitados física y mentalmente de dedicar su actividad a ocupaciones útiles y no tienen más remedio que convertir su mediumnidad en oficio retribuido y nada envidiable por cierto, según ha demostrado la experiencia de estos últimos años (51).

Se cuenta de Plotino que habiéndosele pedido que tributara pública adoración a los dioses respondió muy dignamente: “Los dioses (52) han de venir a mí”. Jámblico afirmaba, con la corroboración del personal ejemplo, que el alma humana puede comunicarse directamente con entidades espirituales de superior jerarquía; y ahuyentaba cuidadosamente de sus

ceremonias teúrgicas (53) a los espíritus malignos cuya característica enseñaba a sus discípulos. Proclo (54) creía también en que por la actualización de sus divinas potencias era capaz el hombre de subyugar su naturaleza inferior y convertirse en instrumento de la Divinidad mediante la "mística palabra" que abría la comunicación con las diversas jerarquías espirituales hasta llegar a la unión con Dios. Apolonio de Tyana tenía en menosprecio a los hechiceros y adivinos nigrománticos y afirmaba que la vida austera sutilizaba agudamente los sentidos y educía superiores facultades por cuyo medio era capaz de realizar maravillas. Jesús dijo que el hombre era *señor del sábado*, y a su voz huían despavoridos los espíritus elementarios que obsesionaban a sus víctimas (55).

Indudablemente tuvieron los antiguos poderosas razones para perseguir a los médiums de oficio. Así se explica que en tiempo de Moisés y posteriormente en las épocas de Samuel y David fomentaran los israelitas el ejercicio de las legítimas profecías y adivinación, la astrología y el vaticinio en colegios a propósito para educir estas facultades, y en cambio desterraran del país o condenaran a muerte, según los casos, a los brujos, nigrománticos y pitonisas, y aun en tiempo de Jesús los médiums maléficos estaban desterrados de las ciudades. ¿Por qué perseguir y matar a los médiums pasivos y por qué consentir y respetar las comunidades de taumaturgos? Porque los antiguos supieron distinguir entre los espíritus angélicos y los diabólicos, entre los elementales y los elementarios, y además estaban seguros de que toda comunicación espiritual, no sujeta a las debidas condiciones, determinaba la ruina del comunicante y de la comunidad a que éste perteneciera.

El análisis que de la mediumnidad vamos haciendo podrá parecer extraño y aun repulsivo a muchos espiritistas contemporáneos; pero nada decimos que no enseñara la filosofía antigua con la inmemorial corroboración de la experiencia.

EL MÉDIUM PASIVO

Es impropio decir que un médium ha educido sus facultades, pues el médium pasivo no tiene facultad ninguna, sino a lo sumo cierta condición psíquico-física que engendra un aura a propósito para servir de vehículo a las entidades que de él se valen para manifestarse. Esta aura se muda con fecuencia dependiente de las causas internas que determinan su variación, según el estado moral del médium, cuyos sentimientos y emociones atraen inconscientemente entidades de naturaleza semejante, las cuales influyen a su vez física, mental y moralmente en el médium. Así es que la potencia mediumnímica está siempre en razón directa de la pasividad y de ésta depende consiguientemente el tanto del peligro. Si el médium es totalmente pasivo (56) cabe en lo posible que le fuercen al temporáneo abandono de su cuerpo físico, del que de esta suerte se apodera y en él se infunde un elemental, o, lo que es todavía peor, un elementario de horrible malignidad. En estas obsesiones deben inquirirse los motivos de los crímenes trágicamente pasionales.

Como quiera que la mediumnidad inconsciente está en función de la pasividad, el único remedio eficaz contra ella es que el médium *deje de ser pasivo* y revierta su disposición de ánimo a la positiva actividad que resiste toda influencia extraña y contra cuya energía nada pueden las entidades obsesionantes, siempre en acecho de víctimas flacas de cuerpo y mente para arrastrarlas al vicio. Si los elementales milagreros y los demoníacos elementarios fuesen verdaderamente ángeles custodios (57) ¿cómo no concedieron a sus fieles médiums la dicha terrena o, por lo menos, la salud que pretendieron devolver a los demás en sus papeles de saludadores y curanderos? Los taumaturgos, apóstoles y profetas de la antigüedad eran hombres que por lo regular disfrutaban de robusta salud y su magnético influjo no envolvía

jamás gérmenes morbosos de índole moral o física con que agravar la dolencia del enfermo ni tampoco les pudo poner nadie la nefanda nota de vampiros (58).

Si relacionamos ahora los fenómenos de levitación con la mediumnidad por una parte y con la mediación por otra, veremos que en las sesiones espiritistas el pasivo médium queda levantado en alto, o sea levitado, por las entidades que lo dominan, mientras que el activo medianero se levanta en alto durante el éxtasis o el rapto por virtud de su propio anhelo.

Acaso se nos objete que hay fenómenos igualmente posibles de producir en presencia de un médium que de un medianero. Así parece inferirse de lo ocurrido con Moisés y los magos de la corte faraónica, pues aunque el caudillo hebreo se atribuya el vencimiento, lo más probable es que sus poderes y los de los magos egipcios fuesen de índole análoga, pero aplicados en sentido respectivamente opuesto que diferenció su eficacia.

La tutelar divinidad de los hebreos (59) prohibió estrictamente toda práctica de magia negra según estaba en boga entre gentiles (60). ¿Qué diferencia había, pues, entre las abominaciones de "aquellas gentes" y las otras de los profetas? Claramente nos la representa el apóstol San Juan cuando dice: "Carísimos, no queráis creer a todo espíritu; mas probad si los espíritus son de Dios, porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo" (61). Los espiritistas en general y particularmente los médiums no tienen a su alcance otro procedimiento de prueba de los espíritus, que juzgar de su índole:

1.º Por sus palabras y acciones.
2.º Por su prontitud o tardanza en manifestarse.
3.º Por el motivo determinante de la manifestación (62).

APARICIONES ESPECTRALES

Un periódico espiritista (63) publicó un largo artículo cuyo autor trataba de probar que "los prodigios del espiritismo moderno son de carácter idéntico al de las manifestaciones de los patriarcas y apóstoles de la antigüedad". No podemos por menos de comentar esta afirmación diciendo que dicha identidad se refiere únicamente a la naturaleza de las ocultas fuerzas productoras de los fenómenos; pero en modo alguno a la dirección y sentido en que las apliquen las diversas entidades que de ellas se valgan para manifestarse (64).

Excepto la aparición de Samuel a Saúl por arte de la pitonisa de Endor, no hay en la *Biblia* ningún otro caso de "evocación de los difuntos", pues esta práctica estaba condenada por los pueblos antiguos, y así tenemos que tanto el *Antiguo Testamento* como los poetas Homero y Virgilio la consideran arte nigromántico (65). Era opinión general entre los antiguos que las "almas bienaventuradas" sólo vuelven a la tierra en rarísimas ocasiones, cuando demandan su aparición motivos poderosísimos en beneficio de la humanidad; pero ni aun en este caso excepcional hay necesidad de evocarla, pues espontáneamente se manifiesta ya por espectración fantástica de sí misma, ya por medio de mensajeros cuyo aspecto objetivo reproduce fielmente la personalidad del difunto. En los demás casos tenían los antiguos por nocivo y peligroso el comunicarse con almas que acudieran fácilmente a la evocación, pues solían ser larvas (entidades elementarias o moradores del umbral) del *sheol* (66). Horacio describe la ceremonia de la evocación de los espíritus entre los romanos (67) y Maimónides la análoga entre los judíos; pero siempre se celebraban en parajes elevados y se vertía sangre humana para aplacar la vampírica voracidad de las larvas (68).

En cuanto a materializaciones sin evocación, hay muchos casos en el *Antiguo Testamento*, aunque no se efectuaban en las mismas circunstancias que hoy día en las sesiones espiritistas, pues por lo visto no era indispensable la obscuridad en aquellos tiempos para la realización del fenómeno. Los tres ángeles se le aparecieron a Abraham en plena luz del

día (69) y en igualdad de circunstancias se aparecieron en el Tabor Moisés y Elías, pues no es probable que Jesús y los apóstoles subieran al monte por la noche. También Jesús se apareció a la Magdalena en el jardín a primera hora de la mañana y lo mismo la tercera vez que se mostró a los apóstoles (70).

Estamos de acuerdo con el autor del artículo referido, que en la vida de Jesús, y aun añadiríamos en el *Antiguo Testamento*, se echan de ver una serie de manifestaciones psíquicas, pero ninguna de ellas mediumnímica, exepto la aparición de Samuel evocado por la pitonisa de Endor (71).

Cuando Jesús vaticinó a sus discípulos diciéndoles: "Mayores obras que éstas haréis vosotros", se refería indudablemente a las obras por mediación y el mismo significado tiene la profecía de Joel al decir: "Tiempo vendrá en que se difunda el espíritu divino y profeticen vuestros hijos e hijas y vuestros padres tengan ensueños y vuestros mozos vean cosas de visión". Parece que este tiempo ha llegado, pues aparte de la mediumnidad mal empleada, tiene el espiritismo sus videntes, sus mártires, sus profetas y sus saludadores que, como Moisés, David y Jeohram, reciben directas comunicaciones gráficas de los espíritus planetarios y desencarnados sin mira alguna de lucro (72).

DISTINCIONES FENOMÉNICAS

En cambio hay muy pocos médiums parlantes que hablen por inspiración, y a la mayoría de ellos se les pueden aplicar aquellas palabras del profeta Daniel:

> Y habiendo quedado yo solo, vi esta gran visión, y *no quedó fuerza en mí*... y oí la voz de sus palabras y oyéndola yacía postrado sobre mi rostro y mi cara estaba pegada con la tierra (73).

Sin embargo, también hay médiums a quienes se les puede cecir como le dijo Samuel a Saúl:

> Y vendrá sobre ti el Espíritu del Señor y profetizarás con ellos (74) y serás mudado en otro hombre (75).

Pero en ningún pasaje de las escrituras hebreo-cristianas se lee nada referente a guitarras voladoras, tamboriles redoblantes y sonoras campanas que en tenebrosos gabinetes se nos presentan como pruebas irrecusables de la inmortalidad del alma. Cuando los judíos vituperaban a Jesús diciendo: "¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes demonio?"; les respondió Jesús: "Yo no tengo demonio; mas honro a mi Padre y vosotros me habéis deshonrado" (76). En otro pasaje se lee que después de lanzar Jesús un demonio del cuerpo de un mudo y de recobrar éste el habla dijeron los judíos: "En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios". A lo que respondió Jesús: "Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos por quién los lanzan? (77)".

El autor del citado artículo equipara también los vuelos o levitaciones de Ezequiel y Felipe con los de la señora Guppy y otros médiums modernos; pero ignora u olvida que siendo uno mismo el efecto era distinta la causa en cada caso, según explicamos anteriormente. El sujeto puede determinar consciente o inconscientemente la levitación. El prestidigitador determina de antemano la altura a que han de levantarlo y el tiempo que durará la levitación, y con arreglo a este cálculo gradúa las fuerzas ocultas de que se vale. El fakir produce el mismo efecto por la acción de su voluntad y conserva el dominio de sus movimientos, excepto cuando cae en éxtasis. Tal es el fenómeno de los sacerdotes siameses que en la pagoda se elevan

hasta quince metros de altura cirio en mano y van de imagen en imagen encendiendo las lámparas de las hornacinas con tanta seguridad como si anduviesen por el suelo (78).

Los oficiales de la escuadra rusa que recientemente realizó un viaje de circunavegación y estuvo anclada largo tiempo en puertos japoneses, vieron cómo unos prestidigitadores del país volaban de árbol en árbol sin apoyo ni artificio alguno (79); y también vieron las suertes de la cucaña y de la escala de cinta (80).

En la India, Japón, Tíbet, Siam y otros países llamados paganos en Europa, a nadie se le ocurre atribuir estos fenómenos a espíritus desencarnados, pues para los orientales nada tienen que ver los pitris (antepasados) con semejantes manifestaciones. Prueba de ello nos dan los nombres con que designan a las entidades elementales productoras de esta clase de fenómenos; y así llaman *madanes* (81) a los arteros elementales, mezcla de brutos y monstruos, de maliciosa índole, que infunden en los hechiceros el siniestro poder de herir a personas y animales domésticos con repentinas enfermedades seguidas muchas veces de muerte.

LOS MADANES DE ORIENTE

El *mâdán shudâla* es el *vampiro* de los occidentales y vaga por los cementerios, por los lugares donde se han perpetrado crímenes y por los gólgotas (82) de las poblaciones. Dicen los orientales que el *mâdán shudâla* tiene el cuerpo mitad de fuego, mitad de agua, por lo que actúa indistintamente en ambos elementos y por consentimiento de Siva puede asumir la forma que desee y metamorfosear las cosas. Por esta razón ayuda al prestidigitador en todos los fenómenos de ilusionismo en que interviene el fuego y anubla la vista de los espectadores para que *vean* lo que en realidad *no hay* (83).

El *mâdán shûla* es un trasgo malévolo, muy hábil en obras de alfarería y fumistería. A sus amigos no les hace daño alguno, pero persigue sañudamente a quien provoca su cólera. Gustan los *shûlas* de lisonjas y elogios, y como su habitual morada son las cavidades subterráneas, deellos ha de valerse el prestidigitador en las suertes de plantaciones y crecimientos rápidos de los vegetales. El *mâdán kumil* (84) es la *ondina* de los cabalistas o espíritu elemental del agua, de carácter alegre, que ayuda solícitamente a sus amigos en cuanto se relaciona con las lluvias y la hidromancia (85).

El *mâdán poruthû* es el elemental atléticamente forzudo que interviene en los fenómenos de levitación, en la doma de fieras y en todos los que requieren esfuerzo muscular.

Resulta, por lo tanto, que cada modalidad de manifestación psíquico-física está presidida por un orden de entidades elementales.

Reanudando ahora el examen de las levitaciones producidas en los modernos círculos espiritistas (86), recordaremos que al tratar de Simón el Mago nos referimos a la explicación que de esta clase de fenómenos dieron los antiguos. Veamos, pues, cuál es la hipótesis más admisible respecto de los médiums que, según los espiritistas fenoménicos, actúan inconscientemente por intervención de los espíritus desencarnados. La etrobacia consciente, en condiciones electromagnéticas, es facultad primitiva de los adeptos cuya potente voluntad repele toda influencia extraña.

Así tenemos que la levitación ha de efectuarse siempre con arreglo a una ley tan inexorable como la de gravedad, pero que también deriva de la atracción molecular. Supone la ciencia que la energía eléctrica condensó primordialmente en torbellino la nebulosa materia todavía indiferenciada; y por otra parte la teoría unitaria de la química moderna se funda en las polaridades eléctricas de los átomos (87).

Los tifones, remolinos, tornados, ciclones y huracanes son meteoros causados indudablemente por la energía eléctrica (88) que favorecida por la sequedad del suelo y de la atmósfera puede acumularse en cantidad e intensidad suficientes para elevar enormes masas de agua y comprimir simultáneamente grandes masas atmosféricas con ímpetu más que poderoso para abatir bosques enteros, descuajar rocas, pulverizar edificios y asolar dilatadas comarcas (89).

Hay ya cerca de tres siglos expuso Gilbert (90) la opinión de que la tierra es un enorme imán. Hoy amplían algunos físicos esta opinión diciendo que también el hombre es un imán y que esta propiedad encubre el secreto de las mutuas atracciones y repulsiones personales. Prueba de ello tenemos entre los concurrentes a las sesiones espiritistas, y a este propósito dice Nicolás Wagner, catedrático de la universidad de San Petersburgo:

> El calor o tal vez la *electricidad* de los concurrentes situados alrededor de la mesa debe concentrarse en el mueble y determinar el movimiento con el concurso de la fuerza psíquica, es decir, la resultante de todas las fuerzas del organismo, cuya magnitud e intensidad está en función de la índole de cada persona... Las condiciones de temperatura y humedad influyen en las manifestaciones fenoménicas cuyo poder de producción reside en el médium.

Esto supuesto y recordando que según los herméticos hay en la naturaleza modalidades todavía más sutiles de energía, cabe comparar al médium con el sistema de imágenes de la máquina eléctrica de Wild y suponerlo, por lo tanto, capaz de engendrar una corriente astral bastante poderosa para levantar en su vórtice el peso de un cuerpo humano, aunque sin comunicarle movimiento giratorio, pues en este caso, al contrario de lo que sucede en los remolinos, la fuerza dirigida por la inteligencia impele al cuerpo rectilíneamente.

LEVITACIONES DEL MÉDIUM Y DEL ADEPTO

La levitación del médium es, según se ve, un fenómeno puramente mecánico, pues su inerte cuerpo queda impelido en ascenso por el vórtice que engendran las entidades elementales y a veces las elementarias, aunque también puede tener el fenómeno causas morbosas como en el caso de los sonámbulos del doctor Perty.

Por el contrario, la levitación del adepto es un fenómeno electromagnético dimanante del cambio de polaridad de su cuerpo, de modo que sea de signo igual a la de la tierra y contrario a la de la atmósfera, que lo elevará por atracción sin que el adepto pierda la conciencia (91).

Seguramente dirán los científicos que las levitaciones producidas por los torbellinos (92) no tienen punto de comparación con las levitaciones de personas, pues en un aposento no pueden formarse vórtices, sino que si un médium se levanta en el aire es por efecto de las leyes dinámicas de la naturaleza y del espíritu. Cuantos conocen estas leyes afirman que de una reunión de personas cuya excitación mental reaccione sobre el organismo físico se desprenden emanaciones electromagnéticas que, cuando suficientemente intensas, llegan a perturbar el ambiente circundante hasta el punto de producir un vórtice eléctrico de intensidad bastante para que ocurran fenómenos insólitos. Así se comprende que las vueltas de los derviches y las danzas salvajes, estremecimientos, gesticulaciones, músicas y gritería de los devotos tengan por finalidad la producción de fenómenos psíquico-físicos. También explica esta circunstancia la exacerbación del sentimiento religioso.

Pero todavía conviene examinar otro punto. Si el médium es un núcleo magnético al par que un conductor eléctrico, estará sujeto a las mismas leyes que los conductores metálicos y le atraerá el imán de donde deriva la fuerza. Por lo tanto, si las invisibles entidades que presiden las manifestaciones espiritistas concentran por encima del médium un núcleo magnético de

potencia conveniente, fácil será que se vea atraído hacia dicho núcleo a pesar de la gravedad terrestre. sabido es que cuando el médium no se da cuenta del proceso fenoménico es preciso admitir la intervención de una entidad directora que actúa según dejamos dicho. Huelgan mayores pruebas de ello que las suministradas, no sólo en nuestras personales investigaciones a que no damos autoridad alguna, sino en las que Crookes y otros científicos desapasionados llevaron a cabo en distintas épocas y países, aunque los escépticos se resistan a reconocer la autenticidad de sus resultados.

No hace muchos años, el de 1836, llegaron a noticia del público ciertos fenómenos tan singulares si no más que las manifestaciones ocurridas en nuestros días. La publicación de la correspondencia entre los famosos hipnotizadores franceses Deleuze y Billot suscitó animadas discusiones en todos los círculos sociales. Billot creía firmemente en la aparición de espíritus porque los había visto, oído y tocado. Deleuze estaba tanto o más convencido de ello que el mismo Billot y aseguraba que no había verdad tan inconcusamente demostrada como la inmortalidad del alma y el retorno de los difuntos, pues en varias ocasiones le trajeron objetos materiales desde largas distancias y recibió comunicaciones sobre asuntos de excepcional importancia. Se extrañaba Deleuze de que los seres espirituales pudieran transportar objetos materiales, y aunque menos intuitivo que Billot, convenía con éste en que la cuestión del espiritismo no es de razones sino de hechos.

OPINIÓN DEL PROFESOR WAGNER

A esta misma conclusión vino a parar el profesor Wagner de San Petersburgo (93), quien dice al refutar a su contrincante Shkliarevsky:

> Mientras las manifestaciones espiritistas fueron esporádicas y de poca importancia, pudimos engañarnos los científicos con las hipótesis de la acción muscular inconsciente o de la cerebración también inconsciente, y desdeñar todo lo demás como si fuesen artificios de prestidigitación... Pero los fenómenos son ya demasiado sorprendentes y los espíritus se muestran en formas materializadas que, cualquier escéptico como vos mismo, puede palpar a su gusto y aún pesarlas y medirlas. No es posible resistirnos a la evidencia por más tiempo, so pena de frisar con la locura. Procurad, pues, convenceros humildemente de la posibilidad de hechos que parecen imposibles.

El médium es un sujeto magnetizado por el flujo de la luz astral, y de la intensidad de este flujo y de las condiciones orgánicas del médium dependerá la receptividad magnética de éste y su remanencia magnética, de la propia suerte que el acero conserva la imanación por mucho más tiempo que el hierro, a pesar de que el acero no es ni más ni menos que hierro carburizado. La receptividad magnética del médium puede ser congénita o haberse educido por procedimientos hipnóticos, por influencia de entidades psíquicas o también por esfuerzos de la propia voluntad. Además, dicha receptividad parece tan hereditaria como otras cualidades psíquicofísicas, pues los padres de la mayoría de los médiums famosos manifestaron indicios de mediumnidad. Los sujetos hipnóticos se transportan fácilmente a las más altas modalidades de clarividencia y mediumnidad, según afirman de consuno los expertos hipnotizadores Gregory, Deleuze, Puysegur, Du Potet y otros.

Respecto de la saturación magnética por esfuerzo de la propia voluntad, basta atender a los relatos de los sacerdotes japoneses, chinos, siameses, indos, tibetanos y egipcios, así como de los místicos y ascetas del cristianismo, para convencernos de su realidad. La dilatada persistencia en el propósito de subyugar la materia determina una condición psíquicofísica enque, no sólo se anulan las sensaciones externas, sino que puede quedar el cuerpo con apariencias de muerte. El éxtasis fortalece de tal modo la voluntad, que el extático atrae a sí

con la fuerza absorbente de los vórtices las entidades moradoras en la luz astral, que acrecientan todavía más su energía psíquica.

Los fenómenos hipnóticos no admiten otra hipótesis explicativa que la proyección de una corriente magnética desde el hipnotizador al sujeto; y por lo tanto, si la voluntad del primero es lo suficientemente poderosa para proyectar dicha corriente, no le será difícil invertir el sentido en que la dirige y atraerla hacia sí del depósito universal como algunos suponen. Pero aun admitiendo que la corriente magnética tenga por originario manantial el mismo cuerpo del hipnotizador, sin que pueda en consecuencia atraerla de ningún punto externo, resultará que si es capaz de engendrar fluido bastante para saturar al sujeto o el objeto sobre que lo proyecte, tampoco ha de serle difícil proyectarla sobre sí mismo. Buchanan (94) echa de ver que los movimientos del cuerpo están orientados por los órganos frenológicos, y así la agresividad tiende a bajar y retroceder, mientras que la firmeza retrocede elevándose y la esperanza se eleva adelantándose. Los ocultistas conocen tan bien este principio, que explican la involuntaria levitación de sus cuerpos diciendo que al fijar el pensamiento en muy alto punto, se satura el cuerpo de luz astral y sigue entonces la aspiración de la mente y se eleva en el aire con tanta facilidad como un corcho retenido en el fondo flota, una vez suelto, en la superficie del agua. La misma explicación conviene al vértigo de las alturas y a la atracción del abismo, pues en estos casos imaginamos temerosamente la caída, y el cuerpo propende a seguir la dirección del pensamiento, a menos que se rompa el hechizo fascinador. Por esto los niños cuya mente no está vigorizada todavía ni tienen experiencia de semejantes accidentes, no muestran emoción alguna en igualdad de circunstancias (95).

EL MOVIMIENTO CONTINUO

Tan por imposible como el movimiento continuo tienen los científicos el elixir de larga vida que aseguraron los filósofos herméticos haber descubierto, aprovechándose de él para prolongar su existencia más allá de los ordinarios términos, e igualmente les parece quimera la transmutación de los metales en oro y la eficacia del disolvente universal. El movimiento continuo es para ellos una *imposibilidad física* (96); el elixir de larga vida, una extravagancia fisiológica; y el disolvente universal, un absurdo químico. A tanto llega el escepticismo de un siglo que ha coronado con la cúpula del protoplasma el edificio de la filosofía positivista.

Balfour Stewart considera “imposible el movimiento continuo mientras la ciencia no conozca acabadamente las leyes naturales de que todavía apenas sabe lo necesario para escudriñar el plan y sentir el espíritu de la naturaleza” (97). Si esta negación de Stewart no tiene mejor fundamento que la de su colega Babinet, fácil será rebatirla con sólo considerar que el universo es prueba convincente del movimiento continuo y no lo es menor la teoría atómica que ha venido a vigorizar las agotadas mentes de los investigadores científicos. El telescopio, al dilatar el espacio, y el microscopio, al revelar el diminuto mundo contenido en una gota de agua, han demostrado igualmente la continuidad del movimiento, y si como es arriba es también abajo, nadie se atreverá a negar la posibilidad de que cuando los científicos comprendan mejor la conservación de la energía y admitan las dos modalidades energéticas de los cabalistas, sean capaces de construir un mecanismo sin rozamientos, que por sí mismo resarza el consumo de energía (98).

Lo cierto es que el mecánico a quien se deba el hallazgo del movimiento continuo será capaz de comprender por analogía todos los secretos de la naturaleza, porque el progreso está en razón directa de la resistencia.

Lo mismo podemos decir del elixir de larga vida, de la vida física se entiende; pues el alma debe la inmortalidad a su divina unión con el inmortal espíritu. Pero el concepto de

continuo o *perpetuo* no es equivalente al de *infinito*. Los cabalistas nunca afirmaron la posibilidad del movimiento interminable ni de la vida física sin fin. Según el axioma hermético, únicamente la Causa primera y sus directas emanaciones, nuestros espíritus (99) son incorruptibles y eternos; pero por el conocimiento de algunas fuerzas naturales, todavía ocultas a las miradas de los materialistas, aseguran los herméticos que es posible prolongar indefinidamente el movimiento mecánico y la vida física.

La piedra filosofal tiene más de una significación relacionada con su misterioso origen. Dice sobre esto el profesor Wilder:

> El estudio de la alquimia era más universal de lo que suponen algunos tratadistas y auxiliaba si acaso no se identificaba con las ocultas ciencias de magia, necromancia (100) y astrología, tal vez porque en su origen todas eran modalidades del espiritualismo que siempre existió en la historia del género humano.

Lo más sorprendente es que los mismos que consideran el cuerpo humano como una "máquina de digerir" pongan objeciones a la idea de que esta máquina funcionaría sin rozamientos si fuera posible lubrificar sus moléculas con un equivalente de la metalina. Según el *Génesis*, el cuerpo del hombre fue formado de barro o polvo de la tierra; pero esta alegoría contradice a los modernos investigadores que afirman haber descubierto los constituyentes inorgánicos del cuerpo humano. Si el autor del *Génesis* sabía esto y Aristóteles enseñó la identidad del principio vital de plantas, animales y hombres, parece que nuestra filiación de la madre tierra se estableció hace largo tiempo.

ELIXIR DE LARGA VIDA

Elie de Beaumont ha reafirmado recientemente la antigua doctrina de Hermes, según la cual tiene la tierra circulación análoga a la de la sangre en el cuerpo humano. Pues si tan antigua como el tiempo es la enseñanza de que la naturaleza absorbe continuamente del depósito universal de energía la necesaria para reparar la consumida, ¿por qué ha de ser el hijo diferente del padre?; ¿por qué no ha de poder el hombre, por el descubrimiento de la fuente y naturaleza de esta restauradora energía, extraer de la misma tierra el elixir o quintiesenciado jugo con que reparar sus fuerzas? Tal *pudo* haber sido el secreto de los alquimistas. Si se detiene la circulación de los fluidos terrestres resultará estancamiento, podredumbre y muerte; si se detiene la circulación de los humores en el cuerpo humano resultará la parálisis y demás dolencias propias de la edad senil seguidas de muerte. Si los alquimistas hubiesen descubierto alguna mixtura química de bastante eficacia para mantener expeditos los sistemas vasculares ¿no lograran fácilmente todo lo demás? Por otra parte, si las aguas que a flor de tierra manan de ciertas fuentes minerales tienen virtud curativa y restaurente, no será despropósito decir que si en las entrañas de la tierra pudiéramos recoger las primeras gotas destiladas en el alambique de la naturaleza, nos convenceríamos de que después de todo no era un mito la fuente de juventud. Afirma Jennings que algunos adeptos extraían el elixir de larga vida de los secretos laboratorios químicos de la naturaleza; y Roberto Boyle menciona un vino medicinal de propiedades cordiales, que el doctor Lefevre ensayó con admirable éxito en una anciana. *La alquimia es tan antigua como la tradición*. "El primer documento histórico que sobre el particular tenemos, dice Guillermo Godwin, es un edicto de Diocleciano (año 300 de la era cristiana), en el que mandaba entregar a las llamas cuantos tratados del arte de hacer oro y plata se encontraran en Egipto. Este edicto demuestra la antigüedad de dicho arte, entre cuyos más conspicuos adeptos cita la *fábula* de Salomón, Pitágoras y Hermes". Respecto al segundo agente alquímico, es decir el *alkahest* o disolvente universal, por cuya virtud se operaban las

transmutaciones, ¿es idea tan absurda que no merezca la menor consideración en esta época de químicos descubrimiento? ¿Y qué valor daremos al histórico testimonio de alquimistas que fabricaron oro y lo pusieron en circulación? Prueba de ello nos dan Libavio, Gebero, Arnaldo, Tomás de Aquino, Bernardo Comes, Joannes, Penoto, el árabe Geber, patriarca de la alquimia europea, Eugenio Filaletes, Porta, Rubeo, Dornesio, Vogelio, Ireneo Filaletes y muchos otros alquimistas y herméticos medievales. ¿Habremos de tener por locos y visionarios a tan insignes eruditos, filósofos y sabios?

Pico de la Mirándola, en su tratado: *De Auro* cita dieciocho casos en que personalmente presenció la obtención artificial de oro. Tomás Vaughan (101) fue una vez a la tienda de un orfebre para vender oro por valor de 1.200 marcos; pero como el orfebre advirtiera suspicazmente que el oro era demasiado puro para proceder de una mina, huyó despavorido sin recoger siquiera el dinero que ya tenía dispuesto para el pago (102).

Según Marco Polo, en unas montañas del Tíbet, a las que llama *Chingintalas*, hay vetas de la misma substancia constitutiva de las salamandras. Dice sobre el particular:

> Porque en verdad, la salamandra no es ningún animal como se figuran las gentes, sino una substancia que se encuentra en la tierra... Un turco llamado Zurficar me dijo que durante tres años había estado en aquella comarca buscando salamandras para el gran Khan, y que para cogerlas cavaba en la montaña hasta encontrar cierta veta cuya substancia se dividía al machacarla en una especie de fibras por el estilo de las de la lana, que después de secas pueden batanearse, lavarse e hilarse para fabricar tejidos no muy blancos al principio, pero que después de echados al fuego y tenidos allí un rato aventajan a la misma nieve (103).

Esta substancia mineral es el *asbestos* (104), según atestiguan varios autores, entre ellos el Rdo. A. Williamson, quien dice que la hay en Shantung. Pero no tan sólo es materia textil, sino que también se extrae de él un aceite de propiedades verdaderamente extraordinarias cuyo secreto poseen algunos lamas tibetanos y adeptos indos. Al frotar el cuerpo con este aceite no deja señal ni mancha alguna, y aunque la parte frotada se friegue después con jabón y agua fría o caliente, no por ello pierde su virtud la untura, de modo que la persona así ungida puede permanecer impunemente entre el fuego más violento sin que, a menos de sofocarse, sufra daño alguno. Asimismo tiene dicho aceite la propiedad de que combinado con otra substancia (cuyo nombre no podemos revelar) y puesto después al relente de la luna en ciertas noches designadas por los astrólogos, engendra extraños seres que al principio parecen infusorios, pero que luego crecen y se desarrollan. Hoy día es Cachemira la comarca en donde hay mayor número de magos místicos (105). Las diversas sectas religiosas de este país son plantel de sabios y adeptos y siempre se les atribuyeron sobrenaturales poderes (106).

Pero no todos los químicos modernos son tan dogmáticos que nieguen la posibilidad de transmutar los metales en oro. Peisse, Desprez y el mismo Luis Figuier que lo niega todo, están, según parece, muy lejos de tenerla por absurda. Sobre este particular dice Wilder:

> No consideran los físicos tan absurda como se ha querido inferir la posibilidad de transmutar los elementos en la primaria forma que se supone tuvieron en la masa ígnea, de cuyo enfriamiento resultó, según los geólogos, la corteza terrestre. hay entre los metales analogías a veces tan íntimas, que parecen señalarles idéntico origen. Por lo tanto, bien pudieron los alquimistas haber dedicado su actividad a investigaciones de esta índole, así como Lavoisier, Davy, Faraday y otros contemporáneos se han aplicado a descubrir los misterios de la química (107).

TIERRA PREADÁMICA

Un erudito teósofo norteamericano que ejerce la medicina y ha estudiado ciencias ocultas y alquimia durante treinta años, logró reducir los elementos a su forma originaria, obteniendo lo que llama “tierra preadámica”, porque da precipitado térreo en el agua destilada que, cuando se agita, presenta vivos y opalescentes colores.

Como si los alquimistas se divirtiesen con la ignorancia de los profanos, dicen que “el secreto de la obtención consiste en una amalgama de sal y azufre en triple combinación con el azoth (108) después de sublimar y fijar por tres veces.

¡Qué ridículo absurdo!, exclamarán los químicos modernos. Pero los discípulos del insigne Hermes comprenden el significado de esta fórmula tan perfectamente como un alumno de química de la Universidad de Harvard entiende al catedrático, cuando por ejemplo éste le dice:

> Con un grupo hidroxílico obtendremos únicamente compuestos monoatómicos, con dos grupos hidroxílicos podremos formar en el mismo núcleo combinaciones diatónicas; con tres grupos hidroílicos obtendremos cuerpos triatómicos, entre los cuales se cuenta una substancia muy conocida, la glicerina:

Él alquimista dice por su parte:

> Únete a las cuatro letras del tetragrama dispuestas de la manera siguiente: Las letras del nombre inefable están allí, aunque no las descubras a primera vista. Contienen, cabalísticamente, el incomunicable axioma. A esto llaman mágico arcano los maestros.

El arcano es la cuarta emanación del akâsha, el principio de *vida*, que en su tercera transmutación está representado por el ardiente sol, el ojo del mundo o de Osiris, como le llamaron los egipcios, que vigila celosamente a su joven hija, esposa y hermana Isis, nuestra madre tierra, de la que dice Hermes Trismegisto que “su padre es el sol y su madre la luna”. Primero la atrae y acaricia y después la repele con proyectora fuerza. Al estudiante hermético le toca vigilar sus movimientos y adueñarse de sus corrientes sutiles para guiarlas y dirigirlas con auxilio del *athanor* o palanca de Arquímedes de los alquimistas. ¿Qué es este misterioso *athanor*? ¿Pueden decírnoslo los físicos que diariamente lo ven y examinan? En verdad lo ven; ¿pero entienden los secretos y cifrados caracteres que el divino dedo trazó en las conchas del mar, en las hojas que tiemblan al beso de la brisa, en el resplandeciente astro cuyos rayos son para ellos rayas más o menos luminosas de hidrógeno?

EL SAGRADO TETRAGRAMA

“Dios es el gran geómetra” decía Platón (109). Dos mil años más tarde ha dicho Oersted que “las leyes de la naturaleza son los pensamientos de Dios”. Y el solitario estudiante de filosofía hermética sigue repitiendo: “Sus pensamientos son inmutables y, por lo tanto, hemos de buscar la verdad en la perfecta armonía y equilibrio de todas las cosas”. Partiendo de la indivisible Unidad, advierte el estudiante hermético que de ella emanan dos fuerzas contrarias que por medio de la primera actúan equilibradamente de modo que las tres se resumen en una:

la eterna Mónada pitagórica. El punto primordial es un círculo que se transforma en cuaternario o cuadrado perfecto, en uno de cuyos cardinales ángulos aparece una letra del mirífico nombre, el sagrado TETRAGRAMA. Son los cuatro *Buddhas* que llegan y se van; la *Tetractys* pitagórica absorbida por el único y eterno *No-Ser*.

Según tradición, el iniciado Isarim encontró en Hebrón sobre el cadáver de Hermes la llamada *Tabla Esmeraldina*, que comprendía en pocas máximas la substancia de la sabiduría hermética. Nada de nuevo ni de extraordinario dirán estas máximas a quienes las lea tan sólo con los ojos del cuerpo, pues empiezan por decir que no tratan de ficciones, sino de cosas ciertas y verdaderas. A continuación transcribimos algunas de dichas máximas:

Lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que está arriba es como lo que está abajo para realizar las maravillas de una sola cosa. Así como todas las cosas han sido producidas por mediación de un solo ser, así también este ser produjo todas las cosas por *adaptación*.

Su padre es el sol; su madre, la luna.

Es causa de perfección en el universo mundo. Su poder es perfecto *si se transmuta en tierra*. Prudente y juiciosamente separa la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero.

Sube sagazmente de la tierra al cielo y baja después del cielo a la tierra para unir el poder de las cosas superiores al de las inferiores. De este modo tendrás la luz del mundo entero y las tinieblas se alejarán de ti.

Esta cosa es más fuerte en la misma fortaleza, porque *sobrepuja a las sutiles y penetra en las sólidas.*

De ella fue formado el mundo.

Esta cosa a que misteriosamente aluden las máximas herméticas es el mágico agente del universo, la luz astral cuya correlación de fuerzas produce el alkahest, la piedra filosofal y el elixir de larga vida. Los filósofos herméticos daban a este mágico agente los nombres de: *Azoth, Virgen Celeste, Magnes, Máximo* y *Anima Mundi*. Las ciencias físicas lo conocen tan sólo por sus vibratorias modalidades de *calor, luz, electricidad* y *magnetismo*; pero como los científicos ignoran las propiedades espirituales y la oculta potencia que el éter entraña, niegan todo cuanto no comprenden. La ciencia explica al pormenor las cristalinas formas de los copos de nieve en variadísimos prismas exagonales de que nacen infinidad de tenuísimas agujas divergentes recíprocamente en ángulos de 60º; pero ¿es capaz la ciencia de explicar la causa de esa infinita variedad de formas delicadamente exquisitas (110) cada una de las cuales es de por sí una perfectísima figura geométrica? Estas níveas formas que parecen flores y estrellas cuajadas, tal vez son (sépalo la ciencia materialista) lluvia de mensajes que desde los mundos superiores dejan caer manos espirituales para que aquí abajo los lean los ojos del espíritu.

La cruz filosófica extiende opuestamente sus brazos en las respectivas direcciones horizontal y perpendicular; esto es: la anchura y altura divididas por el divino geómetra en el punto de intersección. Esta cruz es a un tiempo mágico y científico cuaternario que el ocultista toma por base cuando está inscrita en el cuadrado perfecto. En su mística área se halla la clave de todas las ciencias así naturales como metafísicas. Es símbolo de la existencia humana porque los puntos de la cruz inscrita en el círculo señalan el nacimiento, la vida, la muerte y la INMORTALIDAD. Todas las cosas de este mundo son una trinidad complementada por el cuaternario y todo elemento es divisible con arreglo a este principio. La fisiología podrá dividir al hombre *ad infinitum*, como las ciencias físicas han subdividido los cuatro elementos primordiales en varios otros, pero no jamás podrá alterar ninguno de ellos. eL nacimiento, la vida y la muerte serán siempre una trinidad no completada hasta el término del ciclo. Aun cuando la ciencia llegase a mudar en aniquilación la ansiada inmortalidad, subsistiría el cuaternario, porque Dios *geometriza*. Y algún día podrá la alquimia hablar desembarazadamente de su sal, mercurio, azufre y azoth, así como de sus símbolos y miríficos caracteres, y decir con un químico moderno que “las fórmulas no son juego de la fantasía, pues en ellas está poderosamente justificada la posición de cada letra” (111).

TRANSMUTACIÓN DE METALES

Sobre la materia de que vamos tratando, dice Peisse:

Dos palabras acerca de la alquimia. ¿Qué debemos pensar del arte hermético? ¿Cabe creer en la transmutación de los metales en oro? Los positivistas, los despreocupados del siglo XIX saben muy bien que Luis Figuier, doctor en ciencias y en medicina y catedrático de análisis químico de la Escuela de Farmacia de París, vacila, duda y está indeciso en esta cuestión. Conoce a varios alquimistas (pues sin duda los hay) que, apoyados en los modernos descubrimientos de la química, y sobre todo en la teoría de los equivalentes atómicos expuesta por Dumas, afirman que los metales no son cuerpos simples o elementos en el riguroso sentido de la palabra y que en consecuencia pueden obtenerse por descomposiciones químicas... Esto me mueve a dar un paso adelante y a confesar ingenuamente que no me sorprendería de que alguien hiciese oro. Una sola pero suficiente razón daré de ello, y es que el oro no ha existido siempre, pues sin duda debió su formación a algún proceso químico o de otra índole en el seno de la materia ígnea del globo (112) y quizás hay actualmente oro en vías de formación. Los supuestos elementos químicos son, con toda probabilidad, productos secundarios en la formación de la masa terrestre. así se ha demostrado respecto del agua que para los antiguos era uno de los más importantes elementos. Hoy día podemos hacer agua. ¿Por qué no podríamos hacer oro? El eminente experimentador Desprez ha logrado fabricar el diamante, y aunque este diamante sea un diamante científico, un diamante filosófico sin valor comercial acaso, no por ello flaquea mi posición dialéctica. Por

otra parte, no se trata de simples conjeturas, pues todavía vive el adepto alquimista Teodoro Tiffereau, ex preparador de química en la *Escuela Profesional Superior* de Nantes, quien el año 1853 envió a las corporaciones científicas una comunicación en que subrayando las palabras decía: “He descubierto el procedimiento para obtener oro artificial. He obtenido oro” (113).

El cardenal de Rohán, la famosa víctima de la conspiración llamada del collar de diamantes, aseguró que había visto cómo el conde de Cagliostro fabricaba oro y diamantes. Suponemos que los partidarios de la hipótesis de Hunt no aceptarán la de Peisse, pues opinan que los yacimientos metalíferos son efecto de la vida orgánica. En consecuencia, nos atendremos a las enseñanzas de los filósofos antiguos dejando que unos y otros disputen hasta conciliar sus divergencias de modo que nos revelen la verdadera naturaleza del oro, diciéndonos si es producto de la interna alquimia volcánica o filtrada secreción de la superficie terrestre.

El profesor Balfour Stewart, a quien nadie se atreverá a calificar de retrógrado pues más fácil y frecuentemente que sus colegas admite los errores de la ciencia moderna, se muestra tan indeciso como otros en esta cuestión, diciendo que “la luz perpetua es tan sólo un nombre más del movimiento continuo y tan quimérica como éste, pues no disponemos de medio alguno para restaurar el consumo de combustible” (114). Añade Stewart que una luz perpetua ha de ser obra de mágico poder y, por lo tanto, no de esta tierra, en donde las modalidades de energía son transitorias; y al argumentar de esta suerte parece como si supusiera que los filósofos heméticos hubiesen afirmado que la luz perpetua fuese una de tantas luces terrestres producidas por la combustión de materias lucíferas. En este punto se han interpretado siempre torcidamente las ideas de los antiguos filósofos.

JUICIO SOBRE LOS ANTIGUOS

Muchos hombres de talento, que en un principio se aferraron a la incredulidad, advirtieron su error y mudaron de opinión después de estudiar la doctrina secreta. Pero resulta evidente la contradicción en que incurre Balfour Stewart cuando al comentar las máximas filósoficas de Bacon, a quien llama patriarca de las ciencias experimentales, dice que “es preciso ir con cautela *antes de menospreciar por inútil ninguna rama de conocimientos o modalidades de pensar*”, para salir después desechando por *absolutamente imposibles* las afirmaciones de los alquimistas. Según Stewart, opinaba Aristóteles que la luz no es corpórea ni emanación de cuerpo alguno, sino energía actual; y aunque reconoce la poderosa mentalidad de los antiguos y su notorio genio, dice que flaqueaban en el conocimiento de las ciencias físicas y, por consiguiente, no fueron prolíficas sus ideas (115). Pero Stewart olvida que Demócrito estableció la teoría atómica muchos siglos antes de que la expusiera Dalton y que los antiquísimos Oráculos caldeos y posteriormente Pitágoras enseñaron que el éter es el agente universal.

Toda esta nuestra obra es una protesta contra el inicuo modo de juzgar a los antiguos cuyas ideas es preciso tener examinadas muy a fondo antes de criticarlas y convencerse por personal juicio de si se “acomodaban a los hechos”.

No hay necesidad de repetir, por haberlo dicho muchas veces, lo que todo científico debe saber, esto es, que la esencia de los conocimientos antiguos estaba en poder de los sacerdotes, quienes nunca confiaban su ciencia a la escritura, sino que la transmitían oralmente a los iniciados (116). Así pues, lo poco que referente al universo material y espiritual expusieron en sus tratados, no es bastante para que la posteridad pueda formar exacto juicio de su saber (117).

Por lo tanto, ¿quién de cuantos menosprecian la doctrina secreta por contraria a la filosofía e indigna de análisis científico, se atreverá a decir que ha estudiado a los antiguos y está al corriente de cuanto sabían? ¿Quién será capaz de afirmar con fundamento que sabe más que los antiguos porque los antiguos sabían muy poco si acaso sabían algo? La doctrina secreta abarca el *alpha* y el *omega* de la ciencia universal y en ella está la piedra angular y la clave de odos los conocimientos antiguos y modernos. Tan sólo esta doctrina, tildada de *antifilosófica*, encubre lo absoluto en la filosofía de los misteriosos problemas de la vida y de la muerte.

Dice Paley que únicamente por sus efectos conocemos las fuerzas de la naturaleza. Parafraseando este enunciado, diremos que únicamente por sus efectos conoce la posteridad los capitales descubrimientos de los antiguos. Si un profano lee en un tratado de alquimia las especulaciones de los rosacruces relativas al oro y a la luz, le causarán sorpresa, por no entender poco ni mucho pasajes tan en apariencia confusos como el siguiente:

> El oro hermético es el producto de los rayos del sol o de luz invisible, mágicamente difundida por el cuerpo del mundo. La luz es oro sublimado y mágicamente extraído, por la imperceptible atracción estelar, de las profundidades de la materia. El oro es el depósito de la luz que de él mismo brota. La luz del mundo celeste es sutil, vaporosa, oro mágicamente sublimado o el espíritu de la llama. El oro atrae las naturalezas inferiores de los metales y con él las identifica por intensificación y multiplicación (118).

Sin embargo, los hechos son hechos y podemos aplicar al ocultismo en general y a la alquimia en particular lo que Billot dice respecto del espiritismo, conviene a saber, que no es cuestión de *opiniones* sino de *hecho*. Los cintíficos afirman la *imposibilidad* de las lámparas inextinguibles; pero no obstante, en toda época hubo y también hay en la nuestra quienes encontraron brillantes lámparas perpetuas en bóvedas cerradas hacía ya muchos siglos; y no falta quien posea el secreto de mantener vivas estas luces por centenares de años. También los científicos califican de charlatanería y farse el espiritismo antiguo y moderno, la magia y el hipnotismo. Sin embargo, hay en el haz de la tierra ochocientos millones de personas en su cabal juicio que creen en dichos fenómenos. ¿Quiénes son más fidedignos? Dice Luciano (119) que Demócrito no creía en milagros, pero se esforzaba en descubrir el procedimiento empleado por los teurgos para operarlos. Esta opinión del “filósofo optimista” es de la mayor importancia para nosotros, puesto que fue discípulo de los magos establecidos en Abdera por Jerjes y además estudió durante muchos años magia entre los sacerdotes egipcios (120). De los ciento nueve años que vivió este filósofo, empleó noventa en experimentos, cuyos resultados fue anotando en un libro que, según Petronio (121), *trataba de la naturaleza*. Y además de negar Demócrito los *milagros*, afirmaba que cuantos fenómenos había presenciado personalmente, aun los más *increíbles*, eran efecto de *ocultas leyes naturales* (122).

LOS LIBROS DE EUCLIDES

Draper (123) encomia a los aristotélicos en menoscabo de los pitagóricos y platónicos, diciendo que nunca se atreverá a negar nadie las proposiciones de Euclides. Sin embargo, verídicos autores, entre ellos Lemprière, afirman que no todos los quince libros de los *Elementos* son de Euclides, sino que éste, no obstante su talento geométrico, fue el *primero* que compiló en ordenación científica los teoremas y demostraciones debidos a Pitágoras, Thales y Eudoxio, interpolando algunos postulados de su invención. Si estos autores están en lo cierto, mayor gratitud han de sentir los modernos hacia aquel sol de la ciencia metafísica que se llamó Pitágoras, por haber salido de su escuela hombres como el universalmente famoso geómetra y cosmógrafo Eratóstenes, el no menos célebre Arquímedes y aun el mismo

Ptolomeo, no obstante sus pertinaces errores. Sin la experimentación científica de estos sabios y sin los fragmentos de sus obras que sirvieron de base a las teorías de Galileo, los pontífices del siglo XIX tal vez se hallaran todavía sujetos al yugo de la Iglesia y supeditados a la cosmogonía de San Agustín y el venerable Beda, que consideraba la tierra como una majestuosa llanura en cuyo torno volteaba la bóveda celeste.

Nuestro siglo parece condenado a humillantes confesiones. La ciudad italiana de Feltre erige un monumento en memoria de Pánfilo Castaldi, *ilustre inventor de los caracteres movibles de imprenta*, a quien, según reza la inscripción, *rinde Italia este honroso tributo por largo tiempo diferido*. Mas apenas levantada la estatua, aconseja el coronel Yule a los feltranos que la conviertan en *honrosa cal*, demostrándoles que, además de Marco Polo, muchos viajeros habían traído de China caracteres movibles de madera y libros impresos con ellos (124). En las imprentas de las lamacerías tibetanas hemos visto estos caracteres movibles que allí se conservan por curiosidad, pues son antiquísimos y se emplearon hasta los primeros tiempos del budismo tibetano, por lo que debieron conocerse en China mucho antes de la era cristiana.

Digno de meditación es el siguiente pasaje del profesor Roscoe:

> Es preciso desarrollar con fruto las verdades incipientes. No sabemos *cómo ni cuándo*, pero ningún científico duda de que ha de llegar día en que la humanidad pueda aprovecharse de los más recónditos secretos de la naturaleza. ¿Quién hubiera vaticinado que el movimiento de las patas del cadáver de una rana al contacto de dos metales distintos habría de llevarnos en pocos años al descubrimiento de la telegrafía eléctrica?

EL RAYO VIOLADO

Dice el mismo Roscoe que hallándose en compañía de Kirchhoff y Bunsen, cuando estos dos insignes físicos investigaban la naturaleza de las rayas de Fraunhoffer, les pasó a los tres como un *relámpago* la idea de que hay hierro en el sol. Esta es una prueba más que añadir a las muchas en pro de que la mayor parte de los descubrimientos no son hijos del raciocinio, sino de la intuición. El porvenir nos reserva no pocos relámpagos de esta índole. Advirtamos que uno de los últimos descubrimientos de la ciencia moderna, el magnífico espectro verde de la plata, no tiene nada de nuevo, pues no obstante “la escasez e inferioridad de sus instrumentos ópticos” ya lo conocían los antiguos químicos y físicos. Desde la época de Hermes estuvieron siempre asociados el metal plata y el color verde. La luna o Astarté (plata hermética) es uno de los símbolos capitales de los rosacruces. Dice un axioma hermético que “las afinidades de la naturaleza son causa eficiente del esplendor y variedad de los colores que están misteriosamente relacionados con los sonidos” los cabalistas colocan la “naturaleza media” en directa conexión con la luna; y precisamente la raya verde de la plata ocupa en el espectro el punto *medio* entre las demás. Los sacerdotes egipcios cantaban en honor de Serapis (125) un himno compuesto de las *siete* vocales, y al son de la *séptima* vocal y al *séptimo* rayo del sol naciente respondía la estatua de Memnon. Con esto coincide el naciente descubrimiento de las maravillosas propiedades del rayo violado, el *séptimo* del espectro prismático, que a todos supera en potencia química y corresponde a la *séptima* nota de la escala musical. La teoría de los rosacruces, que compara el universo con un instrumento musical, es análoga a la enseñanza pitagórica de la música de las esferas. Sonidos y colores son números espirituales; y así como los siete rayos prismáticos proceden de un punto de los cielos, así también las siete potestades de la naturaleza son cada una un número y las siete radiaciones de la Unidad o SOL céntrico y espiritual. ¡Feliz quien comprende los números espirituales y advierte su influencia!, exclama Platón. Y feliz, añadiríamos nosotros, quien en medio del laberinto de fuerzas correlacionadas descubre su origen en el invisible sol.

Los experimentadores futuros lograrán la honra de demostrar que los sonidos musicales influyen maravillosamente en la lozanía de la vegetación. Y terminando el capítulo con esta quimera científica, pasaremos a recordarle al paciente lector algo que los antiguos sabían y que los modernos *presumen* saber.

CAPÍTULO VI

Las sagradas escrituras contienen las crónicas de esta nuestra ciudad de Sais durante un período de 8.000 años.
PLATÓN: *Timeo.*

Aseguran los egipcios que desde el reinado de Heracles al de Amasis transcurrieron 17.000 años.
HERODOTO, lib. II, cap. 43.

.
¿Dejará el teólogo de vislumbrar la luz que de los jerogíficos egipcios brota para evidencia la inmortalidad del alma? ¿Echará de ver el historiador que las artes y ciencias florecieron en Egipto mil años antes de que los pelasgos tachonasen de templos y fortalezas las islas y cabos del Archipiélago?
GLIDDON.

¿Cómo llegó a Egipto la ciencia? ¿Cuándo despuntó la aurora de aquella civilización cuya maravillosa pujanza nos revela la arqueología? ¡Ay! mudos están los labios de Memnon y ya de ellos no salen oráculos. El silencio de la Esfinge es enigma todavía mayor que el propuesto a Edipo.

No aprendió ciertamente el antiguo Egipto cuanto a los demás pueblos enseñara, por intercambio de ideas y descubrimientos con los vecinos semitas. A este propósito dice el autor de un artículo publicado recientemente:

> Cuando mejor conocemos a los egipcios tanto más los admiramos. ¿De quién aprenderían aquellas artes pasmosas que con ellos murieron?... Nada prueba que la civilización y la ciencia naciesen y se desenvolvieran allí de modo semejante a como en los demás pueblos, sino que todo parece derivarse en continuado perfeccionamiento de *las más remotas épocas*. La historia demuestra que ningún pueblo aventajó al egipcio en sabiduría (1).

No comisionaba el Egipto a la juventud escolar para aprender novedades en las demás naciones, antes al contrario, de todas partes acudían los estudiantes a Egipto ansiosos de conocimientos. La hermosa reina del desierto se recluía arrogantemente en sus encantados dominios y forjaba maravillas como si se prevaliera de mágica varilla.

HIDRÁULICA EGIPCIA

Dice Salverte que “la mecánica llegó entre los antiguos a un grado de perfección desconocido todavía entre los modernos; y ciertamente que tampoco los ha sobrepujado nuestra época en punto a invenciones, pues a pesar de cuantos medios han puesto en manos del mecánico los progresos científicos, hemos tropezado con insuperables dificultades en el intento de erigir sobre su pedestal uno de aquellos monolitos que cuarenta siglos ha erigían los egipcios numerosamente ante sus edificios sagrados”.

El reinado de Menes, el rey más antiguo de que nos habla la historia, ofrece diversas pruebas de que los egipcios conocían la hidráulica mucho mejor que nosotros. Durante el reinado de aquel monarca, cuya época se hunde en los abismos del tiempo como lejanísima estrella en las profundidades de la bóveda celeste, se llevó a cabo la gigantesca empresa de

desviar el curso del Nilo o, mejor dicho, de sus tres brazos principales, de modo que bañase la ciudad de Menfis. A este propósito, dice Wilkinson que “Menes calculó exactamente la resistencia que era preciso vencer y construyó un dique cuya imponente fábrica y enormes muros de contención desviaron las aguas hacia el Este, dejando el río encauzado en su nuevo lecho”

Herodoto nos ha legado una poética y fiel descripción del lago Moeris, así llamado por el monarca egipcio a quien se debió aquella artificial sabana de agua. Dice el famoso historiador que el lago medía 450 millas de circuito por 300 pies de profundidad y lo alimentaba el Nilo mediante canales que derramaban parte de las aguas procedentes de las inundaciones anuales, con objeto de aprovecharlas para el riego en muchas millas a la redonda. Había en el lago, muy hábilmente construídas, sus correspondientes compuertas, presas, esclusas y máquinas hidráulicas.

Los romanos aprendieron posteriormente de los egipcios el arte de las construcciones hidráulicas; pero nuestros progresos en esta rama de la mecánica han revelado las muchas deficiencias de que adolecieron en varios pormenores, pues si bien conocían los principios y leyes generales de la hidrostática e hidrodinámica, no estaban tan familiarizados como los ingenieros modernos, con los enchufes y junturas de los tubos de conducción, según lo prueba que construyeran muy largos acueductos a flor de tierra, en vez de cañerías subterráneas de hierro.

Sin embargo, los egipcios emplearon indudablemente procedimientos de mayor perfección en sus canales y demás obras hidráulicas; y aunque los ingeneros encargados por Lesseps de las obras del canal de Suez habían aprendido su ciencia de los romanos, como estos de los egipcios, recibieron con burlas la indicación de que tal vez en los museos del país hallarían medio de corregir algunas imperfecciones del proyecto. No obstante, los ingenieros lograron dar a aquella “larga y horrible zanja”, como llamó Carpenter al canal de Suez, la suficiente resistencia para convertir en vía navegable lo que al principio parecía cenagosa trampa para aprisionar buques.

Los aluviones del Nilo han alterado por completo en treinta siglos el área de su delta, que paulatinamente se adelanta mar adentro y extiende con ello los dominios del Kedive. En la antigüedad, la boca principal del Nilo se llamaba *Pelusiana* y hasta ella llegaba desde Suez el canal de Necho, abierto por el rey de este nombre. Después de la derrota de Antonio y Cleopatra en Accio, una parte de la flota pasó al mar Rojo por este canal, lo que denota la profundidad que le dieron aquellos primitivos ingenieros.

Los colonos del Colorado y Arizona han fertilizado recientemente vastos terrenos, antes estériles, mediante un ingenioso sistema de riegos que mereció calurosos elogios de la prensa; pero no es tanto su mérito si consideramos que a unas 500 millas más arriba de El Cairo se extiende una faja de tierra que substraída a la aridez del desierto es, según Carpenter, el país más feraz del mundo. Dice sobre el particular este autor que “durante miles de años condujeron estos ramificados canales el agua dulce del Nilo para fertilizar aquella larga y angosta faja de tierra de la misma suerte que el delta, cuya peculiar red de canales data de los primitivos tiempos de la monarquía egipcia”. La comarca francesa de Artois ha dado su nombre al pozo artesiano, como si allí se hubiese empleado por vez primera este procedimiento; pero los anales chinos dicen que estos pozos eran ya de aprovechamiento común algunos siglos antes de la era cristiana.

ARQUITECTURA EGIPCIA

Si pasamos a la arquitectura, se despliegan a nuestra vista maravillas indescriptibles. Con referencia a los templos de Filoe, Abu-Simbel, Dendera, Edfu y Karnak, dice Carpenter:

> Estas hermosas y estupendas construcciones..., estos gigantescos templos y pirámides admiran profundamente por su magnificencia y belleza a pesar de los miles de años transcurridos... Es sorprendente su fábrica arquitectónica, pues las piedras están sobrepuestas con tan pasmosa exactitud, que no dejan intersticio bastante para una hoja de cuchillo... Es sumamente notable que no sólo la creencia en la inmortalidad del alma, sino también la forma de expresión que los egipcios le dieron es anterior al cristianismo, pues en el *Libro de los Muertos*, esculpido en antiquísimos monumentos, se leen las mismas frases que en el *Nuevo Testamento* (2) en lo concerniente al Juicio final. Este hierograma data probablemente de 2.000 años antes de J. C.

Según Bunsen, cuyos cómputos se consideran los más exactos, la fábrica de la gran pirámide de Cheops mide 82.111.000 pies cúbicos con peso de 6.530.000 toneladas. La infinidad de piedras talladas que entraron en esta obra demuestran la incomparable habilidad de los canteros egipcios. Dice Kenrich al tratar de la pirámide de Cheops:

> Apenas son perceptibles las junturas, no más anchas que el grueso de tu papel de estaño, y el cemento es tan sumamente duro que aún permanecen en su primitiva posición los trozos de piedras de revestimiento, no obstante los siglos transcurridos y la violencia con que fueron arrancados los trozos que faltan.

¿Qué químico, qué arquitecto moderno descubrirá el secreto del inalterable cemento de los constructores egipcios?

Por su parte dice Bunsen:

> La habilidad de los antiguos canteros se echa de ver más declaradamente en los obeliscos de noventa pies de altura y colosales estatuas de cuarenta, talladas en monolitos o enormes bloques de piedra.

Tanto las estatuas como los obelisco monolíticos abundaron en el antiguo Egipto, y para arrancar los bloques en que habían de tallarlos no emplearon barrenos de voladura ni pesdas cuñas de hierro, que hubiesen resquebrajado la piedra, sino que hacían en el bloque una ranura de unos 100 pies de longitud y ponían en ella, muy cerca unas de otras, gran número de cuñas de madera seca. Hecho esto, vertían agua en la ranura, y al aumentar con ello de volumen las cuñas, partían la mole tan nítidamente como el cristal queda partido por el diamante.

Varios geógrafos y geólogos modernos han demostrado que los egipcios transportaban estos monolitos a lejanísimas distancias, pero todos se han perdido en conjeturas acerca de cómo pudieron efectuar el transporte. Según dicen antiguos manuscritos, se valían para ello de carriles portátiles apoyados sobre unos cojinetes de cuero llenos de aire e inalterablemente curtidos por el mismo procedimiento empleado para la conservación de las momias. Estos ingeniosos cojinetes impedían que los carriles se hundieran en la arena (3).

La ciencia moderna no es capaz de computar la antigüedad de los centenares de pirámides erigidas en el valle del Nilo. Según Herodoto, cada rey construía una en conmemoración de su reinado, para que le sirviese de sepulcro; pero el famoso historiador pasa en silencio el verdadero objeto de las pirámides, y a no impedírselo sus escrúpulos religiosos,

hubiera podido decir que exteriormente simbolizaban el principio creador de la naturaleza y ponían de manifiesto las verdades geométricas, astrológicas y astronómicas. Interiormente eran las pirámides majestuosos templos en cuyo sombrío recinto se celebraban los Misterios en que con frecuencia eran iniciados algunos individuos de la familia real. Los cuencos de pórfido que el astrónomo escocés Piazzi Smyth toma despectivamente por graneros, eran las *fuentes bautismales* de cuyas aguas salía el neófito nacido de nuevo para llegar a ser un adepto. Sin embargo, Herodoto nos da exacta idea del enorme trabajo empleado en transportar una de aquellas colosales moles graníticas que medía 32 pies de largo, 21 de ancho y 12 de alto, con peso de 625 toneladas (4) y se necesitaron para ello dos mil hombres que siguiendo el curso del Nilo tardaron tres años en llevarlo desde Siena al Delta.

TRANSLACIÓN DE OBELISCOS

Gliddon (5) copia la descripción que Plinio da de las operaciones efectuadas para el transporte del obelisco levantado en Alejandría por Tolomeo Filadelfo. Desde el Nilo hasta el punto en que estaba situado el obelisco se construyó un canal en el que se dispusieron dos embarcaciones lastradas con piedras de un pie de volumen, cuyo peso total era exactamente el mismo que el del obelisco, calculado de antemano por los ingenieros. Las embarcaciones calaban lo suficiente para estacionarse debajo del obelisco, que estaba tendido a través del canal, y una vez allí, se fue arrojando poco a poco el lastre, con lo que subió la línea de flotación de las embarcaciones hasta cargar sin dificultad el obelisco, que de este modo fue transportado por el río.

En la sección egipcia, no recordamos a punto fijo si del museo de Berlín o de Dresde, hay un dibujo que representa un operario en actitud de subir a una pirámide en construcción con un cesto de arena a cuestas, y de ello han inferido algunos egiptólogos que los bloques empleados en las pirámides se fabricaban químicamente en el mismo lugar de la obra. No faltan arquitectos modernos para quienes el inalterable cemento de los egipcios era el mismo Portland (6) de hoy día; pero carpenter opina que, excepto el revestimiento granítico, la mole de las pirámides es de lo que los geólogos llaman *caliza nummulítica*, de formación más reciente que la creta y constituida por las conchas fósiles de los deminutos moluscos denominados *nummulites*, del tamaño de un chelín. Sea de ello lo que quiera, resulta indudable que desde Herodoto y Plinio hasta el último arquitecto cuya mirada se haya posado en aquellos imperiales monumentos de dinastías hace siglos extinguidas, nadie ha podido explicarnos los medios de transporte y colocación de piedras tan enormes.

Bunsen computa en 20.000 años la antigüedad de Egipto; pero ni aun en este punto sacaríamos nada en claro si nos apoyásemos únicamente en las modernas autoridades incapaces de decirnos con qué ni para qué fueron construidas las pirámides ni fijar la dinastía en cuya época se erigió la primera de ellas.

A Smyth debemos la más acabada descripción matemática de la pirámide de Cheops; pero si bien acierta al señalar la orientación astronómica del monumento, se desvía en la interpretación del pensamiento de los egipcios, hasta el punto de suponer que el sarcófago de la cámara faraónica está trazado con las mismas medidas lineales que hoy rigen en Inglaterra y los Estados Unidos.

Uno de los *Libros de Hermes* dice que había algunas pirámides situadas a orillas del mar “cuyas olas se estrellaban furiosamente contra su base”. De esta cita se infiere que la topografía del país ha sufrido alteración y que, por lo tanto, aquellos “graneros antiguos”, “observatorios mágico-astrológicos” o “regios panteones”, como según su gusto les llaman nuestros eruditos,

son anteriores a la desecación del mar de Sahara. Esto denotaría una antigüedad algo mayor que los contados millares de años generosmente concedidos a las pirámides por los egiptólogos.

El arqueólogo francés Rebold da un vislumbre de la cultura dominante unos cinco mil años antes de la era cristiana, diciendo que a la sazón "había no menos de treinta o cuarenta colegios sacerdotales dedicados al estudio de las ciencias ocultas y al ejercicio de la magia".

Otro escritor añade:

> Las excavaciones recientemente practicadas en las ruinas de Cartago han puesto al descubierto vestigios de una civilazión cuyo refinamiento artístico y lujo social debieron eclipsar a los de Roma antigua; y cuando se pronunción el delenda est Carthago, bien sabía la señora del mundo que iba a destruir a su única émula, pues si una estremecía la tierra con el peso de sus armas, la otra era la postrer y perfeccionada representante de una raza que muchos siglos antes de Roma tuvo la hegemonía de la civilización, el saber y la mentalidad del género humano (7).

CÓMPUTO ASTRONÓMICO

Aquí hallamos otra prueba de la doctrina de los ciclos. Las afirmaciones de Draper, respecto a los conocimientos astronómicos de los antiguos egipcios, están corroboradas por un dato que J. M. Peebles cita del discurso pronunciado en Filadelfia por el astrónomo O. M. Mitchell. Sobre el ataúd de una momia existente en el museo Británico se ve dibujado el zodíaco con las exactas posiciones de los planetas en el equinoccio de otoño del año 1722 antes de J. C. El astrónomo Mitchell calculó la posición exacta que los astros de nuestro sistema solar debieron tener en dicha época y, según dice el mismo Peebles, "dio el cómputo por resultado que el 7 de Octubre de 1722 antes de J. C. la posición celeste de la luna y los planetas era precisamente la señalada en el ataúd del Museo Británico" (8).

Al impugnar la obra de Draper titulada: *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, arremete Fiske contra la doctrina de los ciclos, diciendo que "nunca hemos conocido ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, por lo que no hay ninguna garantía para inferir que en la actualidad estemos pasando por un ciclo" (9). Además, atribuye origen egipcio a lo mejor de la cultura griega y encarama las civilizaciones europeas sobre las europeas. Pero opinamos nosotros que los más notables historiadores griegos corroboran el juicio de Draper; y bien podría Fiske leer de nuevo con mayor provecho a Herodoto para enterarse de que el padre de la historia reconoce repetidamente que Grecia lo debe todo a Egipto.

Respecto a la afirmación de Fiske de que los hombres no han conocido jamás ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, basta para rebatirla echar una ojeada retrospectiva a las un tiempo gloriosas naciones que desaparecieron al llegar al término de su ciclo histórico. Comparemos el antiguo Egipto de refinada cultura artística, religiosa y científica, hermosas ciudades, magníficos monumentos y numerosos pobladores, con el actual Egipto donde los extranjeros predominan sobre una minoría de coptos que, entre ruinas guarecedoras de murciélagos y serpientes, son prueba superviviente de la pasada grandeza. Esta comparación demuestra axiomáticamente la teoría de los ciclos.

Sobre esta materia dice Gliddon (10).

> Filólogos, astrónomos, químicos, pintores, arquitectos y médicos debieran ir a Egipto para hallar el origen del lenguaje y de la escritura; del calendario y del movimiento solar; del arte de tallar el granito con cinceles de cobre y templar espadas de este metal; de fabricar vidrios de colores; de transportar por vía terrestre o marítima, a cualquier distancia, bloques de sienita pulimentada de *novecientas toneladas*; de construir con dos mil años de anteriordad a la *Cloaca Magna* de Roma, arcos redondos y punteados cuya exactitud no han sobrepujado los modernos; de labrar columnas dóricas, mil años antes de que los

dorios aparecieran en la historia; de pintar frescos inalterables; de conocer prácticamente la anatomía; y de construir pirámides que se burlan del tiempo.

Artífices y artesanos pueden descubrir en los monumentos egipcios el perfeccionamiento de su respectivo oficio cuatro mil años atrás. Los grabados de Rossellini nos representan al carretero construyendo un carro; al zapatero tirando del bramante; al curtidor que empuña una cuchilla de modelo tenido hoy por inmejorable; al tejedor que mueve nuestra misma lanzadera; al herrero junto a la misma fragua que los nuestros tienen por la más útil; al grabador que esculpía en jeroglíficos el nombre de *Schooho* hace 4.300 años. Todo ello son asombrosas pruebas de la supremacía egipcia (11).

EL LABERINTO DE LOS DOCE SEÑORES

Pero, a pesar de todo, la inexorable mano del tiempo descargó sobre los monumentos egipcios tan pesadamente que algunos de ellos hubieran quedado en eterno olvido a no ser por los *Libros de Hermes*. Monarca tras monarca y dinastía tras dinastía, desfilaron con ostentosa brillantez ante la posteridad, llenando el mundo con su nombre. Pero lo mismo que a los monumentos, los había cubierto el velo del olvido antes de que Herodoto nos conservara en minuciosa descripción el recuerdo del maravilloso Laberinto (12) ya arruinado en la época del famoso historiador cuya admiración por el genio de sus constructores llegaba al punto de diputarlo por superior a las Pirámides.

Los egiptólogos han aceptado la situación que Herodoto señala al Laberinto y están conformes en la identificación de sus nobles ruinas, corroborando con ello la descripción que del monumento hizo el historiador griego, según el siguiente extracto:

> Constaba de tresm il cámaras, mitad subterráneas, mitad a ras del suelo. Yo mismo pasé por estas últimas y pude examinarlas al pormenor; pero los guardianes del edificio no me permitieron entrar en las subterráneas (13) porque contenían los sepulcros de los reyes que mandaron construir el Laberinto, y también los de los cocodrilos sagrados. Vi y examiné con mis propios ojos las cámaras superiores y pude convencerme de que aventajaban en mérito a toda otra construcción humana... Los corredores a través de los edificios y las intrincadas revueltas entre los patios despertaron en mí admiración infinita, según pasaba de los patios a las cámaras y de las cámaras a las columnatas y de las columnatas a otros cuerpos de edificio que daban a nuevos patios. El techo era todo de piedra, así como las paredes, y uno y otras aparecían decorados con figuras primorosamente esculpidas. Los patios estaban circuídos de claustros con columnatas de piedra blanca de muy delicada escultura. En un ángulo de este Laberinto se alzaba una pirámide de 74 metros de altura con figuras colosales talladas en su mole, a la que se entraba por un amplio corredor subterráneo (14).

Si tal era el Laberinto cuando lo visitó Herodoto, ¿qué sería la antigua Tebas, destruida mucho antes de la época de Psamético que reinó 530 años antes de la caída de Troya? Por entonces era Menfis la capital de Egipto, pues la gloriosa Tebas estaba ya en ruinas. Ahora bien; si nosotros sólo podemos juzgar por las ruinas de lo que ya lo eran tantos siglos antes de J. C. y sin embargo nos dejan atónitos de admiración, ¿cuál no sería el aspecto de Tebas en la época de su esplendor? Sólo quedan de ella las ruinas de Karnak (15) que, no obstante su solitario abandono y secular olvido, atestigua como fiel emblema de mayestático señorío el arte habilísimo de los antiguos. Verdaderamente ha de estar falto de la espiritual percepción del genio quien no advierta la grandiosidad mental de la raza que levantó este monumento.

Champolión, el ilustre egiptólogo que ha pasado la mayor parte de su vida explorando restos arqueológico, explana sus emociones en la siguiente descripción de Karnak:

> El área ocupada por las ruinas es un cuadrado de 1.800 pies de lado. El explorador queda asombrado y *sobrecogido* por la grandiosidad de aquellas sublimes ruinas y la pródiga magnificencia que se advierte en todas las partes de la fábrica. Ningún pueblo antiguo ni moderno tuvo del arte

arquitectónico tan sublime concepto como lo tuvo el pueblo egipcio; y la imaginación que se cierne sobre los pórticos europeos *cae desmayada* al pie de las ciento cuarenta columnas del hipostilo de Karnak, en una de cuyas salas cabría como un adorno central, sin tocar el techo, la iglesia de Nuestra Señora de París.

RUINAS DE KARNAK Y DENDERA

Un periódico inglés, del año 1870, publicó el relato de un viajero, del que entresacamos el siguiente párrafo:

> Patios, salas, galerías, columnas, obeliscos, monolitos, estatuas y esfinges abundan de tal modo en Karnak, que su vista no es bastante para que la mente los abarque.

Por su parte, dice el viajero francés Denton:

> Difícilmente puede creerse, ni aun viéndolos, que haya adosados en un solo paraje tantos edificios de colosales proporciones cuya construcción supone infatigable perseverancia y cuya magnificencia exigió incalculable dispendio, de modo que el espectador duda de si está despierto o si sueña al contemplar tanta grandeza... En el *recinto del Santuario* hay lagos y montañas. Escogemos estos dos edificios como ejemplo entre una lista *poco menos que interminable*. Todo el valle del Nilo y la comarca del Delta, desde las cataratas al mar, estaba cubierto de templos, palacios, sepulcros, pirámides, obeliscos y monumentos con esculturas cuyo mérito excede a toda ponderación. Los entendidos en el arte diputan por maravillosa la perfección con que los artistas egipcios labraban el granito, la serpentina, el mármol y el basalto... Los animales y plantas parecen arrancados del natural y los objetos de artificio están primorosamente esculpidos. En los bajos relieves predominan escenas de batallas, combates navales y asuntos de la vida doméstica.

Savary añade sobre el particular:

> La vista de los monumentos sugiere elevadas ideas a la mente del viajero que, ante los soberbios y colosales obeliscos cuya grandiosidad parece transponer los límites de la potencia humana, no puede por menos de exclamar con ennoblecedora satisfacción: ¡*Esto fue obra de hombres!* (16).

A su vez, el doctor Richardson habla del templo de Dendera diciendo:

> Las figuras femeninas están labradas con perfección tan exquisita, que únicamente les falta el don de la palabra, pues la dulce expresión de su rostro no ha sido aventajada hasta ahora por artista alguno.

Todas las piedras están cubiertas de jeroglíficos *cuyo cincelado es más primoroso cuanto más antiguo*, en prueba de que las primeras noticias históricas de los egipcios corresponden a época en que ya las artes decaían rápidamente entre ellos.

Las inscripciones jeroglíficas de los obeliscos están grabadas con perfección insuperable hasta una profundidad de cincuenta milímetros y a veces todavía mayor (17). No cabe duda de que todas estas obras, cuya solidez iguala a su belleza, se construyeron en época anterior al *Éxodo* de los hebreos, y casi todos los arqueólogos convienen en que cuanto más nos remontamos en la historia, más perfecto y delicado aparece el arte egipcio. Sin embargo, Fiske disiente de la opinión general y se aventura a decir que “las esculturas de los monumentos del Egipto, Indostán y Asiria, denotan al fin y al cabo *escasas facultades artísticas*” (18). Pero este erudito va todavía más allá en su empeño de negar la sabiduría de los antiguos (que de derecho corresponde a la casta sacerdotal) y dice despectivamente:

Lewis (19) ha refutado completamente la extravagante opinión de que los sacerdotes egipcios poseyeran desde la más remota antigüedad profundos conocimientos científicos que comunicaron a los filósofos griegos... Respecto a Egipto, India y Asiria, puede afirmarse que los colosales monumentos que desde los tiempos prehistóricos embellecieron estos países, atestiguan la primitiva influencia de un bárbaro despotismo incompatible con la elevación de la vida social y, por lo tanto, con el verdadero progreso (20).

No deja de ser peregrino el argumento. Porque si de la magnitud y proporciones de los monumentos públicos hubiera de inferir la posteridad el "atraso de la civilización", bien podrían los estados Unidos de Norte América, que de tan cultos y libres presumen, reducir desde luego sus arañacielos a un solo piso; pues de lo contrario, con arreglo al criterio de Lewis, los arqueólogos del año 3877 al tratar de la "antigua América" de 1877 dirán que el país norteamericano fue un desmedido latifundio cultivado por los esclavos del presidente de la república. ¿Acaso la raza aria carece de aptitudes para la edificación y no pudo competir con los etíopes orientales (21) o caucásicos de tez obscura? ¿Habremos de inferir de ello que los grandiosos templos y pirámides fueron forzosamente erigidos bajo el látigo de un déspota inhumano? ¡Extraña lógica! Sería *sin* duda mucho más prudente atenernos a los "rigurosos cánones de la crítica" promulgados por Lewis y Grote, confesando sinceramente de una vez que sabemos muy poco acerca de las naciones antiguas y no será posible salir de especulativas hipótesis hasta que nos orientemos en la dirección seguida por los sacerdotes antiguos. Los modernos eruditos sólo saben lo que se les permitía saber a los no iniciados; pero esto debiera bastar para convencerles de que, no obstante vivir en el siglo XIX con su presumida supremacía en ciencias y artes, serían completamente incapaces, no ya de construir algo semejante a los monumentos de Egipto, India y Asiria, sino ni siquiera de redescubrir la menor de las artes perdidas.

CIVILIZACIÓN ANTIGUA

Por otra parte, Wilkinson insiste en que en los exhumados tesoros de la antigüedad no descubrió jamás vestigios de *vida primitiva* ni de costumbres bárbaras, sino una especie de estacionaria civilización que se remonta a remotísimas épocas. Así tenemos que la arqueología discrepa de la geología, pues atribuye esta última mayor barbarie al hombre cuanto más antiguas son las huellas que de él descubre. Es dudoso que la geología haya explorado ya el campo de investigación ofrecido por las cavernas, y así es posible que las opiniones de los geólogos, derivadas de sus actuales experiencias se modifiquen radicalmente cuando lleguen a descubrir los restos de los antepasados del hombre de las cavernas.

Acabada demostración de la teoría de los ciclos btenemos en que 700 años de la era cristiana enseñaban las escuelas de Tales y Pitágoras el movimiento y figura de la tierra con todo el sistema heliocéntrico; y 317 años después de J. C. vemos que Lactancio, preceptor de Crispo César, hijo de Constantino el Magno, enseña a su discípulo que la tierra es una llanura rodeada por el cielo, que a su vez está compuesto de fuego y agua, y le previene contra la *herética* doctrina de la esferoicidad de la tierra.

Siempre que engreídos de un nuevo descubrimiento dirigimos la vista al pasado, encontramos para nuestro desencanto ciertos vestigios indicadores de la posibilidad, si no de la certidumbre, de que el presunto descubrimiento no era completamente desconocido de los antiguos.

Se afirma como indudable que ni los hebreos de la época mosaica ni las naciones más civilizadas del tiempo de los Ptolomeos conocían la electricidad; pero quien se aferre a esta opinión no será por falta de pruebas en contrario, y aunque desdeñemos indagar el profundo

significado de algunos pasajes de Servio y otros autores, no podremos olvidarlos hasta el punto de que un día se nos revele toda la expresiva verdad de su real significado. Así dice:

> Los primitivos habitantes de la tierra no ponían nunca fuego en los altares, sino que con sus preces atraían el fuego del cielo (22)... Prometeo descubrió y reveló a los hombres el arte de atraer el rayo. Por este método atraían el fuego de la región superior.

Si después de reflexionar sobre estas palabras, persistimos en considerarlas como fraseología de fábula mitológica, será mayor aún nuestra confusión al volver la vista a Numa, el rey filósofo tan renombrado por sus conocimientos esotéricos. No podemos acusarle de ignorancia ni de superstición ni de credulidad; porque, según atestigua la historia, estaba firmemente resuelto a extinguir el politeísmo idolátrico, de cuyo culto había disuadido tan bien a los romanos, que durante algunos siglos no se vieron imágenes ni estatuas en sus templos.

Por otra parte, los historiadores antiguos nos dicen que Numa poseía notables conocimientos de física y, según tradición, los sacerdotes etruscos le iniciaron e instruyeron en el secreto de obligar a Júpiter Tonante a que descendiese a la tierra (23). Ovidio dice también que por aquel tiempo empezaron los romanos a adorar a Júpiter Elicio. Por su parte opina Salverte que muchos siglos antes de los experimentos de Franklin, los había ya llevado a cabo Numa con excelente éxito, y que Tulio Hostilio fue la primera víctima del peligroso "huésped celeste". Tito Livio y Plinio cuentan el caso diciendo que como Tulio Hostilio encontrara en los Libros de Numa las instrucciones necesarias para ofrecer sacrificios a Júpiter Elicio, se equivocó al seguirlas y fue "herido por el rayo y consumido en su propio palacio" (24).

Observa Salverte que en la exposición de los secretos científicos de Numa se vale Plinio de "excepciones que parecen indicar dos distintos procedimientos: uno para provocar el rayo (*impetrare*) y otro para obligarle a caer (*cogere*) (25).

EL PARARRAYOS EN LA ANTIGÜEDAD

Remontándonos a los conocimientos que del trueno y del rayo tenían los sacerdotes etruscos, vemos que Tarchon (26), el introductor de la teurgia entre ellos, deseoso de resguardar su casa del rayo, la rodeó de un seto de brionia blanca (27), planta trepadora que tiene la propiedad de alejar el rayo, por lo tanto, el pararrayos de punta metálica que al parecer debemos a Franklin, es, según todo indicio, un *redescubrimiento*, pues se conservan muchas medallas que demuestran muy claramente el conocimiento de este principio por los antiguos. El templo de Junio tenía la techumbre erizada de agudas hojas de espada (28).

Aunque haya muy pocas pruebas de que los antiguos conocían *todos* los efectos de la electricidad, bastan para demostrar que estaban familiarizados con esta modalidad de la energía. Sobre el particular, dice el autor de *Las ciencias ocultas* que, según Ben David, Moisés sabía algo referente a los fenómenos eléctricos, y de la misma opinión es el profesor berlinés Hirt. Por su parte, Michaelis expone las siguientes observaciones:

1.ª Que no hay noticia de que durante mil años cayera rayo alguno en el templo de Jerusalén.

2.ª Que según Josefo (29) estaba la techumbre cubierta de multitud de afiladas puntas de oro.

3.ª Que esta techumbre comunicaba con el interior de la colina sobre que estaba edificado el templo, por medio de tubos conectados con la armadura exterior, por lo que las puntas servirían de conductores (30).

Amiano Marcelino, historiador del siglo IV, famoso por la veracidad y exactitud de sus relatos, dice que "los magos conservaban perpetuamente en sus hogares el fuego que

milagrosamente habían arrebatado del cielo (31). En el *Upnek-hat* indo se lee la siguiente máxima:

> Quien conoce el fuego, el sol, la luna y el rayo, conoce las tres cuartas partes de la ciencia de Dios (32).

Por último, Salverte nos informa de que en tiempo de tesias "se conocía en la India el empleo de los pararrayos", pues dice este historiador que "el hierro colocado en el fondo de un pozo con la punta hacia arriba, aguzada en forma de espada, adquiría tan pronto como se la clavaba en el suelo la propiedad de alejar las tormentas y los rayos" (33). ¿Cabe hablar más explícitamente?

Algunos autores modernos niegan que en el faro de Alejandría hubiese un gran espejo a propósito para descubrir las naves desde muy lejos; pero el célebre naturalista Buffon creía firmemente que hubo tal espejo en el faro, y por ello atribuía a los antiguos el honor de la invención del telescopio (34).

En su obra acerca de los países de Oriente, asegura Stevens que en el alto Egipto vio caminos con ranuras paralelas cubiertas de hierro a manera de carriles. Canova, Powers y otros famosos escultores contemporáneos tienen a mucha honra que se les compare con los Fidias de la antigüedad, aunque la justicia no consentiría tan extremada lisonja.

Jowet no cree lo que Platón dice en el *Timeo* acerca de la Atlántida y le parecen patraña los cómputos de 8.000 y 9.000 años; pero Bunsen dice sobre el particular que "no es exagerada la fecha de 9.000 años en los anales de Egipto, porque precisamente a esta época se remontan los orígenes de este país" (35). Así, pues ¿de qué tiempo datarán las ciclópeas construcciones de la antigua Grecia? ¿Serían las mur<llas de Tiro (36) anteriores a las Pirámides? No es posible atribuir a las razas históricas estas murallas de sólida mampostería de ocho metros de ancho por doce de alto formadas con bloques de roca de seis pies de arista (37), algunos de ellos, y en su mayoría lo bastante pesados para que no pudiese transportarlos una yunta de bueyes.

Las investigaciones de Wilkinson han demostrado que los antiguos conocían mucho de cuanto los modernos se engríen de haber descubierto. El papiro recientemente hallado por el egiptólogo alemán Ebers, revela que no eran un secreto para los efipcios las pelucas, añadidos y postizos, ni los polvos para suavizar el cutis ni los dentífricos para conservar la dentadura. Más de un médico moderno, aun de entre los neurópatas, podría consultar provechosamente los herméticos Libros de Medicina que contienen prescripciones terapéuticas de indudable eficacia.

Según hemos visto, los egipcios sobresalían en todas las artes. Fabricaban un papel de tan excelente calidad que resistía la destructora acción del tiempo. Según dice un autor anónimo, para fabricarlo, "extraían la médula del papiro, cortaban en pedazos la fibra y, machacándola luego por un procedimiento secreto, obtenían una pasta tan fina como la de nuestro papel vegetal, pero mucho más duradero. Algunas veces pegaban unas tiras con otras, según se ve en los papiros que en esta disposición se conservan". El papiro hallado en la "cámara de la reina" de la pirámide de Ghizeh y otros junto a las momias regias son blancos y finos como la muselina, al par que consistentes como el más duradero pergamino.

Añade el mismo anónimo autor que "durante mucho tiempo creyeron los eruditos (como también se equivocaron en otras cosas) que el papiro fue introducido en Egipto por Alejandro Magno; pero Lepsio encontró rollos de papiro en tumbas y monumentos de la duodécima dinastía y representaciones escultóricas de papiro en los de la cuarta. Hoy día está probado que los egipcios conocían ya la escultura en los remotísimos tiempos de Menes, su primer monarca histórico" (38).

CLAVE JEROGLÍFICA

A Champollión debemos la clave de la escritura jeroglífica (39), sin cuyo hallazgo seguirían los modernos calificando de ignorantes a los antiguos, no obstante aventajarlos estos en el conocimiento de las artes y ciencias.

"Champollión fue el primero en conocer la maravillosa historia que los egipcios dejaron archivada en sus manuscritos y en la infinidad de inscripciones grabadas sobre toda superficie capaz de recibir los acracteres jeroglíficos que cincelaron y esculpieron en monumentos, rocas, piedras, paredes, tumbas y ataúdes y trazaron en papiros... A nuestra admirada vista revelan hoy día las pinturas hasta los más insignificantes pormenores de la vida doméstica de los egipcios, pues nada parece haberles pasado por alto... La historia de Sesostris nos demuestra lo muy versdos que tanto él como su pueblo estaban en el arte de la guerra... Las pinturas revelan cuán animosos eran los soldados egipcios en la pelea. Construían también máquinas de guerra y, según refiere Horner, en cierta ocasión salieron por cada una de las cien puertas de Tebas doscientos hombres en carros de guerra muy hábilmente construidos y no tan pesados como nuestros feos e incómodos armones de artillería".

Kenrich dice al describir estos carros de guerra que en ellos se echan de ver cuantos principios esenciales regulan la construcción y arrastre de carruajes, así como tampoco deja de hallarse en los monumentos de la décimo-octava dinastía cuanto el gusto moderno aplica a la lujosa decoración de los vehículos. Los carros egipcios tenían muelles *metálicos* para evitar las bruscas sacudidas en sus rápidas carreras (40). Los bajorrelieves representan batallas en todo su fragor y empeñadas peleas donde se advierten hasta en sus más leves pormenores las costumbres guerreras de los egipcios. Los combatientes llevaban cotas de malla y los infantes iban vestidos de túnicas acolchadas con yelmos de fieltro chapeado de metal para mejor resguardarse de los golpes (41).

La química había alcanzado notable perfección entre los antiguos, según se infiere de un pasaje de las Disertaciones de Virrey, en que este autor refiere que Asclepiadoto, general de Mitrídates, obtenía químicamente las emanaciones deletéreas de la gruta sagrada (42).

ARTE MILITAR DE LOS EGIPCIOS

Las armas de los egipcios eran espadas de dos filos, dagas, dardos, lanzas y picos. La infantería llevaba dardos y hondas; los carreros mazas y hachas. En las operaciones de sitio eran consumados tácticos, pues según dice el ya referido autor anónimo, "los asaltantes avanzaban formados en larga y compacta fila, protegida por una especie de catapulta de tres caras, que se movía merced a un rodillo impulsado por un grupo de hombres ocultos, conocían también los caminos cubiertos y las escalas, en cuyo manejo para el asalto eran muy expertos, así como en el empleo del ariete y otras máquinas de guerra. Su pericia en el arte de la cantería les capacitaba para minar los cimientos de las murallas... Nos es mucho más fácil enumerar lo que los egipcios *sabían* que lo que *ignoraban*, pues diariamente se van hallando nuevas pruebas de sus maravillosos conocimientos, y si nos encontráramos con que ya empleaban cañones por el estilo de los de Armstrong, no sería ello más asombroso que gran parte de lo hasta ahora descubierto.

La excelencia de los egipcios en ciencias exactas se revela en que los griegos, a quienes consideramos como fundadores de la matemática y en particular de la geometría, aprendieron en Egipto. Dice Smyth, citado por Peebles, que los "conocimientos geométricos de los constructores de las Pirámides principian donde los de Euclides acaban". Antes de que la historia engendrase a Grecia, ya eran viejas y perfectas las artes egipcias. La agrimensura,

derivada de la geometría, se conocía prácticamente en aquel pueblo, pues, según dice la *Biblia*, Josué distribuyó proporcionalmente entre los hijos de Israel la recién conquistada tierra de Canaán. ¿Y cómo hubiera sido posible que los egipcios, tan versados en filosofía natural, no lo estuvieran igualmente en psicología y filosofía espiritual? El templo era plantel de la más refinada civilización y en él se guardaba el altísimo conocimiento de la magia que constituía la quinta esencia de la filosofía natural. Con celoso sigilo se enseñaba allí el empleo de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y durante la celebración de los Misterios operaban los sacerdotes prodigiosas curas. Herodoto (43) reconoce que los griegos aprendieron de los egipcios cuanto sabían, incluso las ceremonias religiosas y el servicio de los templos, que por esta razón estaban principalmente dedicados a divinidades egipcias. El famoso Melampo, saludador y adivino de Argos, recetaba según el arte de los egipcios, de quienes lo había aprendido, siempre que deseaba que la cura fuese eficaz; y así curó a Ificlo de impotencia y debilidad por medio del *orín de hierro*, que al efecto le había indicado Mantis (44).

Dice Diodoro (45) que la diosa Isis ha merecido la inmortalidad porque todas las naciones de la tierra tienen pruebas de su poder para curar las enfermedades, “según está demostrado, no por fábulas, como entre los griegos, sino por hechos auténticos”. Por su parte Galeno menciona varias medicinas que se confeccionaban en los templos y alude a una panacea llamada *Isis* (46).

Las enseñanzas de los filósofos griegos que aprendieron en Egipto revelan el profundo saber de sus maestros. Orfeo (47), Pitágoras, Herodoto, Platón y Solón estudiaron en los mismos templos, de boca de los mismos sacerdotes. Refiere Plinio (48) que, según testimonio de Antíclides, las letras del alfaberto fueron inventadas por el egipcio Menon, medio siglo antes de la época de Foroneo, el más antiguo rey griego. Jablonski demuestra que Pitágoras tomó de los sacerdotes egipcios el sistema heliocéntrico y la esferoicidad de la tierra, pues lo conocían desde tiempo inmemorial por haberlo aprendido de los brahmanes de la India (49). También Fenelón, el ilustre arzobispo de Cambray, afirma que Pitágoras tuvo estos conocimientos (50) y enseñó a sus discípulos, no sólo la redondez de la tierra, sino la existencia de las antípodas, siendo además el primero en descubrir la identidad de la estrella matutina y vespertina (51).

LAS ETAPAS DE LA CIENCIA

Según Wilkinson, a quien posteriormente corroboran varios autores, dice que los egipcios la división del tiempo, la verdadera duración del año y la precesión de los equinoccios. Del movimiento aparente de los astros infirieron las influencias dimanantes de su situación y conjunciones, de suerte que los sacerdotes, no tan sólo vaticinaban con igual acierto que los modernos metereólogos los cambios atmosféricos, sino que también pudieron dar predicciones. astrológicas. Así, pues, hemos de convenir en que los cómputos modernos no aciertan a determinar con exactitud la época en que la astronomía llegó al grado máximo de perfección, por más que el austero y elocuente Cicerón no deje de tener motivo para indignarse contra las exageraciones de los sacerdotes babilonios, que “afirmaban haber perpetuado en algunos monumentos las observaciones astronómicas correspondientes a un período de 470.000 años” (52).

Dice un articulista científico:

> Toda ciencia pasa por tres etapas evolutivas: 1.ª la de observación, en que diversos investigadores observan y anotan los hechos en distintos puntos a la vez. 2.ª la de generalización, en que las observaciones cuidadosamente comprobadas se ordenan, generalizan y clasifican metódicamente con objeto de inducir las leyes reguladoras. 3.ª la de vaticinio, en que el conocimiento de las leyes permite predecir con infalible exactitud los acontecimientos futuros.

Si los astrónomos chinos y caldeos pronosticaban los eclipses algunos miles de años antes de nuestra era, poco importa que se valiesen para ello del ciclo de Saros o de cualquier otro medio, pues lo cierto es que habían llegado a la tercera etapa de la ciencia astronómica y, por lo tanto, *pronosticaban*. El astrónomo Mitchell ha demostrado que en el año 1722 antes de J. C. trazaron los caldeos el zodíaco con las exactas posiciones de los planetas en el equinoccio de otoño, y de ello cabe inferir que conocían perfectamente las leyes reguladoras de los hechos "cuidadosamente comprobados" y las aplicaban con tanta seguridad como los modernos astrónomos.

Por otra parte, según dice un periódico profesional, "la astronomía es la única ciencia que en nuestro siglo ha llegado a la *última etapa*. Las demás ciencias están todavía en período de desenvolvimiento; y aunque, por ejemplo, la electricidad haya alcanzado en alguna de sus ramas la tercera etapa, en otras muchas está todavía en la infancia" (53). Así lo corroboran las dolorosas confesiones de los mismos científicos en el siglo a que pertenecemos; pero no les sucedía tal a quienes vieron los gloriosos días de Caldea, Asiria y Babilonia. Respecto de los progresos que habían realizado en las ciencias *nada sabemos*, sino que en astronomía se hallaban a la altura de nuestra época, puesto que habían llegado también a la *tercera* etapa. Con mucho arte describe Wendell Phillips tal estado diciendo:

> Parece como si nos figurásemos que la ciencia ha empezado con nosotros... y miramos compasivamente la mezquindad, ignorancia y obscurantismo de las épocas pasadas (54).

EL SABRISMO CALDEO

Oigamos ahora lo que dice Draper de un pueblo que, según Albrecht Müller (55), acababa de salir de la edad de bronce para entrar en la de hierro:

> Si Caldea, Asiria y Babilonia nos ofrecen *estupendas y venerables antigüedades cuyo origen se pierde en las sombras del tiempo*, no le faltan a Persia maravillas de épocas posteriores. Los pórticos de Persépolis abundaban en portentosas esculturas, tallas, esmaltes, obeliscos, esfinges, toros colosales, anaqueles de alabastro y otras bellezas artísticas. Ecbatana, capital de los medos y residencia vernal de los monarcas persas, estaba defendida por siete muros circulares cuya altura aumentaba de exterior a interior y cuyas piedras talladas y pulidas eran de colores armonizados astrológicamente con los de los siete planetas. El palacio real tenía el *tejado de plata*, las vigas forradas de oro y a media noche multitud de lámparas de nafta emulaban en los patios la luz del sol. Parecía un paraíso plantado por el fausto de los monarcas orientales en el centro de la ciudad. El imperio persa era verdaderamente el jardín del mundo... Tras los estragos del tiempo y de los saqueos de tres conquistadores, todavía estaban en pie las murallas de Babilonia de sesenta millas de circuito y ochenta pies de altura (56) y se veían las ruinas del templo de Belo en cuya cúpula, que parecía hendir las nubes, se encontraba el observatorio en donde los sabios astrónomos caldeos se comunicaron nocturnamente con los astros. Aun quedaban vestigios de los palacios de jardines colgantes en que medraban plantas aéreas y se veían restos de la máquina elevadora de las aguas del río. También hubo un lago artificial en el que mediante una vasta red de acueductos y presas se recogía el agua procedente de la fusión de las nieves de las montañas de Armenia y la llevaban a la ciudad por entre los diques del Eufrates. Pero lo más admirable de todo era sin duda el túnel construido bajo el lecho del río (57).

Los comentadores y críticos contemporáneos juzgan de la sabiduría de los antiguos tan sólo por el exoterismo de los templos y no quieren o no saben penetrar en el solemne adyta de la antigüedad, donde el hierofante enseñaba al neófito la verdadera significación del culto

público. Ningún sabio antiguo pensó que el hombre fuese el rey de la creación ni que para él hubiesen sido creadas las estrellas del cielo y nuestra madre tierra. Prueba de ello nos da el siguiente pasaje:

> No pongas tu atención en las vastas dimensiones de la tierra porque en su suelo no medra la planta de la verdad. Ni midas tampoco el tamaño del sol con sujeción a reglas, porque la voluntad del Padre lo mueve y *no para tu provecho*. No te fijes en el impetuoso curso de la luna, porque la necesidad la impele. El movimiento de los astros *no se ordenó para ti* (58).

Esta enseñanza es demasiado elevada para atribuir a sus autores la divina adoración del sol, de la luna y las estrellas; pero como la sublime profundidad de los conceptos mágicos trasciende a cuanto pueda alcanzar el moderno pensamiento materialista, cae sobre los filósofos caldeos la acusación de sabeísmo supersticioso, tan sólo imputable al vulgo de aquellas gentes, pues había enorme diferencia entre el culto público y oficial del Estado y el *verdadero* culto que únicamente se enseñaba a los dignos de aprenderlo.

Citaremos otro pasaje para demostrar lo infundado de la acusación de supersticiosos levantada contra los magos caldeos. Dice así:

> *No es verdad* el amplio vuelo de las aves ni la disección de las entrañas de las víctimas. Todo ello son chucherías en que se apoya el *fraude venal*. Huye de estas cosas si quieres que para ti se abra el sagrado paraíso de la piedad donde están hermanadas la virtud, la sabiduría y la justicia (59).

Ciertamente, que no merecen inculpación de fraude venal quienes contra este riesgo precaven a las gentes; y si operaban hechos al parecer milagrosos ¿quién negará con justicia que eran capaces de tales obras porque sus conocimientos de filosofía natural y psicología aventajaban a los de las escuelas contemporáneas? ¿Qué no sabían los magos caldeos? Está probado que determinaron correctamente el meridiano terrestre antes de la construcción de las pirámides. Se valían de relojes y cuadrantes para medir el tiempo y empleaban por unidad de longitud el codo (60). También tenían unidad ponderal, según dice Herodoto, y en cuanto a monedas se servían de anillos de oro y plata evaluados a peso. Desde tiempos muy remotos emplearon los sistemas de numeración decimal y duodecimal y estaban muy adelantados en álgebra. A este propósito dice un autor anónimo: "¿cómo hubieran podido aplicar tan enormes fuerzas de no comprender perfectamente el secreto de lo que hoy llamamos energía mecánica?"

EL LINO EGIPCIO

Según testimonio de la *Biblia*, también conocieron los egipcios el arte de tejer el lino y otras telas de sutil urdimbre. Cuando José compareció en presencia del Faraón, vestía una túnica de lino finísimo con cadena de oro y muchos otros aderezos. El lino de Egipto era famoso en todo el mundo y los lienzos de esta tela en que aparecen envueltas las momias se conserva admirablemente. Plinio refiere que 600 años de la era cristiana, el rey Amasis envió a Lindo una vestidura cuyos hilos constaban de 360 cabos. Al hablar Herodoto (61) de los misterios de Isis nos da idea de la "admirable suavidad de las vestiduras de lino que llevaban los sacerdotes" (62).

Basta consultar el *Éxodo* para convencerse de la habilidad que suponían en los israelitas (discípulos de los egipcios), las labores del tabernáculo y el Arca de la Alianza. Josefo encomia la incomparable belleza y maravillosa labor de las vestiduras sacerdotales adornadas "con granadas y campanillas de oro" y la pedrería del *thummim* o pectoral del sumo pontífice; pero

está ya fuera de duda que los hebreos tomaron de los egipcios los ritos y ceremonias del culto religioso, así como el traje de los levitas. Clemente de Alejandría confiesa, aunque con repugnancia, este remedo de los hebreos, y lo mismo reconocen Orígenes y otros Padres de la Iglesia, sin que, como es natural, falten de entre ellos quienes atribuyan la semejanza a estratagemas de Satanás cuya astucia preveía los acontecimientos. El astrónomo Proctor dice en una de sus obras que el pectoral de los pontífices israelitas era joya de directa procedencia egipcia, pues la misma palabra *thummim* es de notorio origen egipcio y se la apropió Moisés con todo lo demás de sus ritos, porque en las representaciones pictóricas del juicio de los muertos, el dios Horus (63) guía al difunto mientras que Anubis coloca en uno de los platillos de la balanza el vaso de las buenas acciones, por ver si equilibra el peso de la diosa de la verdad (*Thmèi*) figurada en el otro platillo, así como también en el pectoral del juez" (64).

Los egipcios conocieron todas las artes decorativas. Labraban admirablemente el oro, la plata y las piedras preciosas que los lapidarios tallaban, pulían y engarzaban con primoroso estilo (65). Las imitaciones en vidrio de toda clase de piedras preciosas y más particularmente de la esmeralda, superaban a cuanto en este artículo se hace hoy día.

Dice Wendell Phillips que en las ruinas de Pompeya se descubrió un aposento donde había vidrios opalinos, tallados, planos y de todos colores. Unos misioneros católicos que fueron a China hace dos siglos tuvieron ocasión de ver un vaso de cristal incoloro y diáfano, lleno de un licor acuoso fabricado por los chinos. "Mirando el vaso al través, parecía como si estuviese lleno de peces y lo mismo sucedía al volver a llenar el vaso cuantas veces se vaciaba". En Roma era objeto de curiosidad un trozo de vidrio transparente que, levantado en alto, no se notaba nada oculto en su interior, pero en el centro había una gota de vidrio del tamaño de un guisante, con vetas y motas de tan varidos colores que no la hubiera excedido en perfección el más hábil miniaturista. Era evidnte que "aquella gota de vidrio líquido se introdujo en el interior del trozo sólido" mediante una temperatura más elevada que la requerida por el temple del vidrio, pues el procedimiento empleado indica la presencia de un hueco, sin que se advierta juntura alguna. Respecto al maravilloso arte de los egipcios para imitar las piedras preciosas, dice Phillips que el "famoso cáliz de la catedral de Génova fue considerado durante muchos siglos como una esmeralda maciza que, según tradición, formó parte de los tesoros regalados a Salomón por la reina de Saba y en él bebió el Salvador la noche de la cena". Posteriormente se descubrió que era una esmeralda hábilmente imitada, pues cuando Napoleón se la llevó a París para someterla al examen de los miembros del Instituto, declararaon estos que no era esmeralda, aunque sin acertar cuál fuese la materia empleada en la imitación.

SIDERURGIA EGIPCIA

El mismo Phillips refiere, al tratar de la destreza de los antiguos en la elaboración de metales, que "cuando los ingleses saquearon el palacio de verano del emperador de China, se sorprendieron los artistas europeos al ver vasos de metal, tan exquisitamente labrados, que dejaban muy atrás la ponderada habilidad de los orfebres occidentales. Por otra parte, los viajeros han recibido de manos de las tribus del interior de África *mejores navajas* de las que ellos llevaban. Añade el mismo autor, que Jorge Thompson le refirió "haber visto en calcuta cómo un hombre echaba al aire un puñado de seda en rama que un indio cortó con un sable fabricado en el país, a pesar de que los europeos consideran su acero como el mayor triunfo de la metalurgia y ésta como la gloria de la química".

Así vemos que las razas semíticas, a que pertenecían los antiguos egipcios, extrajeron el oro de la tierra y lo separaron de la escoria con asombrosa destreza. En las cercanías del mar Rojo se encontró abundancia de cobre, plomo y hierro.

Bajo el testimonio de algunos egiptólogos, afirma Pengelly (66) que el primer hierro empleado por los egipcios fue el *meteórico*, llamado *piedra del cielo* en un documento egipcio que por vez primera lo menciona. Esto inclina a suponer que en la antigüedad se empleó únicamente el hierro meteórico; pero aunque así ocurriera en los comienzos del período a que alcanzan las actuales investigaciones geológicas, nadie puede asegurar que no haya error de algunos centenares de miles de años, mientras no se compute, siquiera aproximadamente, la antigüedad de los restos arqueológicos. El coronel Howard Vyse ha demostrado en parte la ligereza con que los eruditos aseguraron que los caldeos y egipcios *nada sabían* en punto a minería y metalurgia, pues Homero y la Biblia hebrea mencionan piedras preciosas que únicamente se hallan en yacimientos muy profundos. ¿Acaso han averiguado los científicos la fecha exacta en que el hombre abrió la primera galería de mina?

Según el doctor Hamlin, las artes del orfebre y lapidario se conocieron en la India desde incomputable antigüedad. Por otra parte, los arqueólogos no tienen más remedio que admitir el temple del acero entre los egipcios desde los tiempos más remotos, o reconocer que poseían útiles más perfectos que los nuestros para la talla y cincelado de los materiales, pues, de lo contrario, ¿cómo hubieran podido cincelar y esculpir tan artísticas obras escultóricas? Si no emplearon para ello herramientas de acero exquisitamente templado, forzosamente habrían de valerse de algún otro medio para tallar la sienita, el granito y el basalto, con lo que tendríamos un nuevo arte que añadir al catálogo de los perdidos.

Dice Albrecht Müller sobre este asunto:

> Podemos atribuir la introducción del bronce labrado a la poderosa raza aria que emigró del Asia hace unos seis mil años... La civilización oriental precedió de muchos siglos a la occidental y hay pruebas de que ya desde un principio alcanzó notable grado de cultura, pues además del bronce *conocían también el hierro.* Empleaban el barro cocido, al que después daban en el torno las diversas formas propias de la alfarería. Se han encontrado objetos de vidrio, plata y oro correspondientes a épocas muy primitivas y en algunas montañas se descubrieron montones de escorias y restos de hornos siderúrgicos... Cierto es que los montones de escorias se han atribuido a la acción volcánica; pero esta hipótesis queda sin fundamento al advertir que precisametne no son aquellos terrenos de origen volcánico.

VENDAJE DE LAS MOMIAS

Pero la ciencia del admirable pueblo egipcio se manifiesta más esplendorosamente en el embalsamamiento y momificación de los cadáveres, aunque tan sólo quienes hayan estudiado especialmente este punto pueden apreciar la habilidad, paciencia y conocimientos químicos y anatómicos necesarios para llevar a cabo la incorruptible obra cuyo procedimiento requería algunos meses de labor. Las momias resisten indestructiblemente el seco clima de Egipto y aún persisten inalterables cuando se las remueve de los sepulcros donde durante milenios reposaron. Dice un autor anónimo que “primero inyectaban en el cadáver mirra, casia y otras resinas aromáticas, y después de saturarlo de natrón (67), lo vendaban con tan insuperable destreza y artística perfección que maravilla a los modernos cirujanos”.

Por su parte, añade Grandville que “la cirugía moderna no tiene forma alguna de vendaje que supere y exceda en ingeniosa habilidad al fajado de las momias egipcias, pues no se advierte añadido alguno en las vendas de lino que a veces miden *mil yardas* (68) de longitud”.

Rosellini atestigua (69) la maravillosa variedad y destreza del entrelace y aplicación de los vendados, hasta el punto de que los sacerdotes y al par médicos de aquellas remotas épocas trataban con éxito toda clase de fracturas del cuerpo humano.

¿Quién no recuerda la emoción que despertó unos veinticinco años atrás el descubrimiento de la anestesia? El éter sulfúrico, el éter clórico, el cloroformo y el óxido nitroso (gas hilarante) con otras combinaciones derivadas de estas substancias fueron acogidas como bendición del cielo por la humanidad doliente y todos consideraron la anestesia como el más grande descubrimiento (70), a pesar de los fatales resultados que en ocasiones dieron el famoso *letheon* (71) de Morton y Jackson, el cloroformo de Simpson y el óxido nitroso aplicado por Colton, Dunham y Smith, pues hubo enfermos que perdieron el conocimiento para no recobrarlo más. Pero ¿qué importaban estos fracasos en comparación de los éxitos? Los médicos aseguran que son ya rarísimos los accidentes mortales causados por la anestesia, acaso porque aplican los anestésicos con tanta parsimonia, que en la mitad de los casos no producen efecto alguno y el paciente queda impedido durante unos cuantos minutos en sus movimientos externos, pero tan sensible al dolor como en estado normal. Sin embargo, aunque generalmente considerado haya sido el descubrimiento de los anestésicos beneficioso para la humanidad, ¿no tuvo precedentes este descubrimiento?

Dioscórides nos describe la piedra de Menfis (*lapis menphiticus),* como una especie de guijarro redondo, pulimentado y muy brillante, que reducido a polvo y aplicado a manera de untura sobre la parte del cuerpo en que, ya con bisturí, ya con canterio, había de operar el cirujano, anestesiaba *aquella parte tan sólo*, de suerte que el enfermo no sentía dolor alguno, con la ventaja de conservar el conocimiento sin ulteriores perjuicios. Desleído el polvo de esta piedra en vino o agua, curaba toda clase de dolor (72).

Desde tiempo inmemorial poseyeron los brahmanes el secreto de la anestesia. Las viudas que por costumbre estaban obligadas al sacrificio del *sahamaranya* (73) no habían de temer el más leve sufrimiento entre las llamas, porque previamente se las ungía con óleo sagrado de efectos anestésicos (74).

LA QUÍMICA DE LOS COLORES

Egipto fue la cuna de la química. Kenrick demuestra que esta palabra se deriva de *Chemi* o *Chem*, nombre primitivo del país (75), cuyos habitantes conocieron perfectamente la fabricación de colores. Los hechos, hechos son. ¿Qué pintor contemporáneo podría decorar las paredes de nuestros edificios con inalterables colores? Cuando nuestras deleznables construcciones se hayan convertido en montones de polvo y las ciudades en informes ruinas de mortero y ladrillos, sin que nadie se acuerde de sus nombres, todavía permanecerán en pie las piedras de Karnak y Luxor, y las espléndidas pinturas murales de este último monumento serán indudablemente tan vivas y brillantes dentro de cuatro mil años, como lo son hoy día y lo fueron cuatro mil años atrás. Dice el ya citado autor anónimo que “el embalsamiento de las momias y la pintura al fresco no eran entre los egipcios artes debidas a la casualidad, sino que las establecieron por preceptos fijos y reglas tan definidas como cualquier inducción de Faraday”.

Los museos italianos se enorgullecen hoy de sus pinturas y vasos etruscos, y las orlas decorativas de los vasos griegos admiran a los anticuarios, que las atribuyen a los artistas helénicos, cuando en rigor “son meras copias de las que ostentan los vasos egipcios”, según se colige de los dibujos existentes en una tumba de la época de Amenoph I, antes de la población de Grecia.

¿Qué hay en nuestros días comparable a los templos de Ipsambul (Baja Nubia) abiertos en la roca? Allí se ven estatuas sedentes de setenta pies de alto (76) talladas en la peña viva.

El torso de la estatua de Ramsés II en Tebas mide sesenta pies de contorno (77) en proporción de las demás partes de la figura, con la que comparada nuestra estatuaria parece de pigmeos.

Los egipcios conocieron el hierro mucho antes de la construcción de la primera Pirámide, o sea hace unos 20.000 años, según cómputo de Bunsen, como lo prueba el hallazgo, por el coronel Howard Vyse, de *una pieza de hierro* oculta en un intersticio de la pirámide de Cheops, donde *sin duda alguna la colocaron los constructores*. Los egiptólogos han encontrado copiosos indicios de que ya en tiempos prehistóricos conocían los antiguos con mucha perfección la metalurgia, y aun hoy se ven en el Sinaí grandes montones de escorias procedentes de las fundiciones (78). La práctica de la metalurgia y de la química se resumía en aquellos tiempos en la alquimia y formaba parte de la magia prehistórica (79).

En cuanto a navegación podemos probar, bajo testimonio de fidedignas autoridades, que Necho II armó en el mar Rojo una flota de exploración que navegó durante dos años, saliendo por el estrecho de Bab-el-Mandel y regresando por el de Gibraltar, aunque Herodoto no se muestra muy dispuesto a reconocerles esta proeza marítima, pues "le parece increíble la afirmación de aquellos navegantes respecto de que al volver a su país se levantaba el sol a su derecha".

Sin embargo, el autor a que estamos comentando dice sobre el particular:

> No obstante, quienquiera que haya doblado el cabo de Buena Esperanza tendrá por incontrovertible la afirmación de los navegantes egipcios que tan inverosímil le parecía a Herodoto, quedando con ello demostrado que los egipcios realizaron la hazaña marítima repetida por Vasco de Gama muchos siglos después. De los navegantes egipcios se refiere que durante su viaje desembarcaron en dos puntos sucesivos de la costa donde, tras sembrar y cosechar trigo, se hicieron de nuevo a la vela para cruzar triunfantes por entre las columnas de Hércules en demanda de Egipto... Este pueblo mereció la denominación de *veteres* con mayor justicia que los griegos y romanos. La joven Grecia, neófita en conocimientos, los voceaba a cuatro vientos para llamar la atención del mundo entero. El viejo Egipto, encanecido en la sabiduría, confiaba tanto en su ciencia, que sin empeño alguno en excitar la admiración hacia el mismo caso de los petulantes griegos como el que hoy hacemos nosotros de un salvaje de las islas Fidji.

Un venerable sacerdote egipcio le dijo cierta vez a Solón: "¡Ah Solón, Solón! Los griegos seréis siempre niños, porque desconocéis la sabiduría antigua y estáis faltos de duradera disciplina".

En efecto, quedó Solón en extremo sorprendido cuando los sacerdotes egipcios le dieron a entender que la mayor parte de las divinidades griegas eran remedo y copia disimulada de las egipcias. Así decía con mucha razón Zonaras: "Todas estas cosas vinieron de Caldea a Egipto y de aquí pasaron a los griegos".

David Brewster describe acabadamente la construcción de varios autómatas, por el estilo del *flautista de Vaucanson*, obra maestra de mecánica de que se enorgulleció el siglo XVIII; pero los pocos datos fidedignos que sobre el asunto proporcionan los autores antiguos, nos confirman en la opinión de que los mecánicos del tiempo de Arquímedes y aun algunos de sus antecesores, no eran ni más ignorantes ni menos ingeniosos que los modernos inventores. Archytas, natural de Tarento, preceptor de Platón y eminente filósofo, al par que profundo matemático y habilísimo mecánico, construyó una paloma de madera que volaba y se mantenía por no poco tiempo en el aire (80).

Los egipcios sabían prensar la uva para convertir el zumo en vino por fermentación; y aunque esto nada tenga de particular, más notable es que, 2.000 años antes de J. C., fabricaran cerveza en grande escala, según demuestra el papiro de Ebers (81).

También sabían fabricar vidrios de toda clase, pues muchos relieves escultóricos representan escenas en que figuran botellas y sopletes de vidriero. Además, en las

excavaciones arqueológicas se han encontrado pedazos de vidrio de magnífico aspecto. Según dice Wilkinson, los egipcios sabían cortar, pulir, deslustrar y grabar el vidrio, con el arte de interponer laminillas de oro entre las dos superficies de la masa. También se valían del vidrio para imitar a la perfección perlas, esmeraldas y todas las piedras preciosas.

ARTE MUSICAL

Asimismo cultivaron los egipcios el arte musical y conocieron los secretos de la armonía y su influencia en el ánimo, por lo que en los sanatorios de los templos se empleaba la música para la curación de ciertas enfermedades (82). La música de los egipcios abarcaba tres géneros principales: religiosa, cívica y militar. En los conciertos sacros tenían la lira, el arpa y la flauta; en las fiestas cívicas, la guitarra, las gaitas sencilla y doble y las castañuelas; en los ejercicios militares, la trompeta, tamboril, tambor y címbalo (83). Pitágoras aprendió música en Egipto para establecer en Grecia el estudio metodizado de este arte, cuyos profesores más notables fueron egipcios, pues conocían la combinación de las cuerdas y la multiplicidad de tonalidades determinadas por su longitud (84).

En cuanto al conocimiento de la medicina, basta leer uno de los *Libros de Hermes* hallado en estos últimos tiempos y traducido por Ebers. Parece seguro que conocían la circulación de la sangre, pues de las *manipulaciones curativas* de los sacerdotes se infiere que sangraban a los enfermos y sabían contener las hemorragias (85).

Había entre ellos dentistas y oculistas, sin que a ningún médico le estuviera permitido ejercer más de una especialidad, lo cual induce a suponer que se les morían menos enfermos que a los médicos contemporáneos (86).

Pero no fueron los egipcios el único pueblo antiguo cuya civilización merezca alto concepto de la posteridad. Aparte de otros cuya historia encubren las neblinas del tiempo (87), tenemos que las hazañas de los fenicios les dan carácter poco menos que de semidioses.

NAVEGANTES EGIPCIOS

Según dice un escritor (88), los fenicios fueron los primitivos navegantes del mundo y, además de fundar la mayor parte de las colonias mediterráneas en el litoral español, visitaron con preferencia las regiones árticas, de donde trajeron el relato de los *días sin noche* a que Homero alude en la *Odisea* (89). La descripción de Caribdis concuerda tan acabadamente con el maelstrón (90) que, en opinión de un autor, “es muy difícil suponer que haya tenido otro prototipo”. Parece que los fenicios exploraron las costas en todos rumbos, pues sus quillas hendieron las aguas desde el Océano Índico hasta las acantiladas abras de Noruega (91).

Algunos autores suponen que estos audaces navegantes de los mares árticos fueron los ascendientes de las razas que más tarde edificaron los templos y palacios de Palenque, Uxmal, Copán y Arica; pero *no* es tal nuestra opinión, pues con toda probabilidad los construyeron los atlantes.

Brasseur de Bourbourg nos proporciona muchos datos de los usos, costumbres, arquitectura, artes y especialmente de la magia y los magos de los antiguos mexicanos. Dice que el fabuloso héroe Votán (92), el mago más eminente entre ellos, visitó al rey Salomón, de regreso de un largo viaje, mientras se estaba construyendo el templo de Jerusalén. Es muy curiosa la semejanza de las leyendas mexicanas en lo referente a los viajes y hazañas de los *hitim* con las narraciones bíblicas acerca de los *hivitas* o descendientes de Heth, hijo de Canaán. Cuenta la tradición que Votán proporcionó a Salomón operarios, maderas preciosas de

occidente, oro, plantas y animales de mucho valor; pero que rehusó en absoluto dar indicio alguno tocante al derrotero que había seguido ni al camino del misterioso continente. El mismo Salomón relata esta entrevista en su *Historia de las maravillas del universo*, en que Votán aparece bajo la alegoría de la *sierpe navegante*.

Stephens conjetura que "llegará a descubrirse una clave más segura que la piedra de Roseta para interpretar los jeroglíficos americanos y dice que los descendientes de los caciques aztecas habitan todavía, según parece, en las fragosidades de los Andes no holladas por los blancos, con las mismas costumbres de sus antepasados, en edificios adornados con esculturas de yeso, de vastos patios y altas torres a que dan acceso escaleras de largos tramos, y continúan grabando en tablas de piedra los misteriosos jeroglíficos... Vuelvo a la vasta y desconocidad comarca no cruzada por camino alguno, donde la imaginación se representa la misteriosa ciudad vista desde la cumbre de la cordillera con sus ignorados pobladores aborígenes" (93).

Aparte de que viajeros audaces han visto esta ciudad desde largas distancias, no resulta intrínsecamente improbable su existencia; porque, ¿quién puede decir qué se hizo aquel pueblo primitivo que huyó ante las rapaces huestes de Cortés y Pizarro? (94).

Dicen Tschuddi, Prescott y otros historiadores, que los indios peruanos conservan todavía sus antiguas tradiciones y su casta sacerdotal con secreta obediencia al jerarca religioso, aunque aparentemente profesen la religión católica y reconozcan la autoridad del gobierno peruano. Siguen practicando ceremonias mágicas y producen muchos fenómenos de esta índole con tan perseverante lealtad hacia el pasado, que a menos de recibir alientos de una autoridad superior en el orden espiritual, no se comprende cómo mantienen viva su fe. ¿No fuera posible que esta autoridad residiera en la misteriosa ciudad con la que se comunican en secreto? ¿O acaso todo cuanto dejamos dicho no pasaría de ser otra "curiosa coincidencia"? (95).

ALEGORÍAS IDÉNTICAS

Aun el erudito y grave Max Müller no se puede librar a veces de las "coincidencias" cuando se le presentan en forma de inesperados descubrimientos. Por ejemplo, los mexicanos, cuyo misterioso origen, según las leyes de probabilidad, no tiene relación alguna con los arios, representan los eclipses de luna en alegoría idéntica a la de los indios, esto es, el satélite devorado por un dragón (96). Y aunque Müller considera posible la conjetura de Humboldt acerca de que entre mexicanos e indos hubieron de haber relaciones históricas, añade que "la identidad entre ambas alegorías no ha de dimanar precisamente de relaciones históricas, pues el origen de los primeros pobladores de América es una cuestión en extremo ardua para cuantos estudian las corrientes migratorias de los pueblos". El mismo Brasseur de Bourbourg, a pesar de su erudita labor y esmerada traducción del *Popol-Vuh*, cuyo texto se atribuye a Ixtlilxochitl, queda confuso después de analizar el contenido de este poema mexicano.

Hemos leído la traducción del texto original y los comentarios de Max Müller. De la primera brota una luz de tan refulgente brillo, que no es extraño haya cegado a los científicos escépticos; pero Max Müller no lo es de mala fe, y raramente escapan a su atención los puntos de capital importancia. ¿Cómo explicar, por lo tanto, que un erudito de tal valía y tan acostumbrado a descubrir con su mirada de águila las costumbres, leyendas y supersticiones de los pueblos hasta en sus más ligeras analogías y leves pormenores, no advirtiera ni siquiera sospechara lo que, falta de erudición científica, echó de ver a primer examen la humilde autora de esta obra? Nos parece que la ciencia moderna pierde más que gana al desdeñar los restos de la literatura antigua y medioeval; pero quienes sinceramente se dedican al estudio de la

arqueología, ven que muchas veces lo que parecen coincidencias son efectos naturales de causas demostrables. No se nos escapa el motivo de que al comentar Müller el texto del *Popol-Vuh* confiese que “de cuando en cuando hay pasajes inteligibles, pero que en la página siguiente todo vuelve a quedar caótico” (97); porque la mayor parte de los eruditos tan sólo se fijan en los hechos que les parecen históricos y desechan todo cuanto se les antoja vago, contradictorio, milagroso y absurdo. Por esto compara Müller la aparente incongruencia del *Popol-Vuh* a los cuentos de *Las Mil y una noches*, no obstante reconocer que existe “un sedimento de conceptos elevados bajo la superposición de quimeras sin sentido”.

Lejos de nosotros el ridículo intento de vituperar al profundo erudito Max Müller; pero no podemos por menos de decir que aun en los fantásticos relatos de *Las mil y una noches* hallaríamos algo digno de atención di lo comparásemos con algún hecho histórico. La *Odisea* de Homero supera en lo quimérica y fantástica a los famosos cuentos árabes, y sin embargo, muchos de sus mitos no son engendro de la fantasía del poeta. Los lestrigones que devoraron a los compañeros de Ulises se refieren a la gigantesca raza de caníbales (98) que en primitivos tiempos habitó en las cuevas de Noruega. Los descubrimientos geológicos han validado algunas aseveraciones de Homero que durante siglos se tuvieron por alucinaciones poéticas. El día perpetuo de que disfrutaban los lestrigones, según la *Odisea*, demuestra que este pueblo habitaba en las regiones árticas, donde durante el verano no se pone el sol. El mismo poema homérico (99) describe las acantiladas abras de Escandinavia (100).

COSMOGONÍA QUICHÉ

Es verdaderamente extraño que las alegorías de la creación del hombre expuestas en la *Cosmogonía Quiché* no hayan sugerido la comparación debida con las escrituras hebreas, las enseñanzas cabalísticas y los libros tenidos por apócrifos, pues aun el mismo *Libro de Jasher*, condenado por considerársele grosera impostura del siglo XII, puede proporcionar diversas claves para descubrir las relaciones entre la ciudad de Ur de los caldeos, donde ya florecía la magia antes del nacimiento de Abraham, y las poblaciones precolombianas de América. Los divinos seres, rebajados al nivel de la naturaleza humana, operan prodigios parecidos y tan admirables como los de Moisés y los magos de Faraón. Además, la notabilísima semejanza entre los términos cabalísticos de ambos hemisferios debe tener por determinante algo más que la pura coincidencia, pues varios fenómenos tienen parentesco común. En muchos países del antiguo continente hallamos la leyenda americana de los dos hermanos que antes de emprender el viaje a Xibalba, plantan cada uno de ellos un vástago que según florezca o se marvhite indicará si los hermanos viven o han muerto (101).

Muy poco debe sorprendernos la identidad entre las divinidades de Stonehenge y las de Delfos y Babilonia. Belo y el Dragón, Apolo y Pitón, Osiris y Tifón son diversos nombres del mismo par de divinidades opuestas. El *Both-al* de Irlanda tiene estrecha semejanza con el *Batylos* griego y el *Beth-el* hebreo. A este propósito dice Villemar que:

> La historia puede alegar ignorancia, porque no caen bajo su dominio épocas tan distantes; pero la lingüística ha soldado la rota cadena entre Oriente y Occidente (102).

No menos natural es la semejanza entre los mitos orientales y las leyendas y tradiciones rusas, pues por su propia índole deriva de la analogía entre las creencias de los arios y de los semitas; pero llama la atención y no cabe atribuir a mera coincidencia la evidente paridad, aun en los más leves pormenores, entre los personajes de las leyendas mexicanas y el *Zarevna Militrissa* (tipo común de los cuentos rusos), que lleva la *luna* en la frente y siempre está en riesgo de que lo devore el *Zmey Gorenetch* (serpiente o dragón).

La leyenda del Dragón y del Sol (algunas veces substituido por la Luna) está difundida por todo el mundo y puede considerarse como el símbolo común de la heliolatría universal. Hubo un tiempo en que Asia, Europa, África y América estuvieron cubiertas de templos dedicados al Sol y al Dragón, cuyos sacerdotes tomaron el nombre de la divinidad a que servían (103). Pero aunque, como supone Müller, sea el concepto originario tan natural e inteligible que no requiera relaciones históricas, la identidad de los símbolos y la extraordinaria semejanza de los pormenores exigen la acabada resolución del enigma. Desde el momento en que el origen de la heliolatría universal se pierde en la noche de los tiempos, fuera más fácil descubrirlo remontándonos hasta la misma fuente de las tradiciones. Pero ¿dónde hallarla? Kircher atribuye al egipcio Hermes Trismegisto el establecimiento del culto ofita, así como la forma cónica de los monumentos y obeliscos (104). Por lo tanto, ¿dónde sino en los libros herméticos encontraremos los necesarios datos? ¿Acaso los modernos pueden saber acerca de los cultos y mitos antiguos tanto o más que los hombres que los enseñaron a sus coetáneos? Evidentemente se requieren dos condiciones: encontrar los perdidos *Libros de Hermes* y después la clave para interpretarlos, puesto que no basta leerlos. Faltos los científicos modernos de ambas condiciones, se embrollan en estériles conceptualismos, de la propia suerte que los geógrafos malgastan sus energías en investigar sin resultado las fuentes del Nilo. Verdaderamente es el Egipto la mansión del misterio.

ABORÍGENES AMERICANOS

Sin detenernos a discutir si Hermes fue el príncipe de la magia postdiluviana, como le llama Des Mousseaux, o de la antediluviana como es mucho más probable, no cabe duda de que Champollión el menor reconoce y Champollión-Figeac corrobora la autenticidad de los fragmentos que se conservan de las treinta y sies obras atribuidas al mago egipcio, de cuyo universal depósito de sabiduría esotérica derivan los tratados cabalísticos en que encontramos los prototipos de muchos prodigios mágicos que operaron los quichés. Por otra parte, el texto original del *Popol Vuh* nos proporciona suficientes pruebas de la casi identidad de las costumbres religiosas de México, Perú y otros pueblos precolombianos y las de los fenicios, babilonios y egipcios, pues la terminología religiosa descubre las mismas raíces etimológicas. Por lo tanto ¿cómo no creer que sean descendientes de los que “huyeron ante el bandido Josué hijo de Nun” (105).

Por el testimonio de los antiguos, corroborado por los descubrimientos modernos, sabemos que en Egipto y Caldea hubo numerosas catacumbas o criptas, muy vastas algunas de ellas, entre las cuales gozaban de mayor fama las de Tebas y Menfis. Las de Tebas se abrían en la margen occidental del Nilo, dilatándose hacia el desierto de Libia y se las llamaba: *catacumbas de la Sierpe*. Allí tenían efecto los Misterios del *kúklos ànágkés* (ciclo ineludible o ciclo de necesidad), esto es, la inexorable sentencia de toda alma después de haber sido juzgada, al morir el cuerpo, en la región del Amenti.

Según Bourbourg (106), el héroe o semidiós mexicano Votán, al relatar su expedición describe un pasaje subterráneo que terminaba en la raíz de los cielos y añade que este pasaje es un agujero de culebra (*ahugero de colubra*) y que le permitieron entrar en él porque “era hijo de las culebras” o, lo que es lo mismo, una serpiente.

Esto es verdaderamente muy significativo, porque el *agujero de culebra* se refiere a la cripta o catacumba egipcia ya antes mencionada. Además, los hierofantes egipcios y babilonios se llamaban “hijos de la divina Sierpe” o “hijos del Dragón”, no porque, como apunta erróneamente Des Mousseaux, fuesen la progenie del íncubo Satán o serpiente del Paraíso, sino porque la serpiente simbolizaba en los Misterios la SABIDURÍA y la inmortalidad.

Dice Movers que los sacerdotes asirios tomaban siempre el nombre de su dios (107). Los druidas celto-británicos se daban también el nombre de serpientes y exclamaban: “Soy una serpiente, soy un druida”. El Karnak egipcio es gemelo del Karnak celta y este último significaba la montaña de la serpiente. En tiempos antiguos abundaron en todo el mundo conocido los templos de Dragón, símbolo del sol, idéntico al Elón o Elión fenicio que Abraham llamó El Elión (108). Además de “serpientes” se les dieron a los sacerdotes los nombres de “constructores” y “arquitectos” porque sus templos y monumentos era*n* de tan abrumadora magnificencia que, como dice Taliesin (109), sus desmoronados restos “desafían el cálculo matemático de los arquitectos modernos”.

FILIACIÓN DE LOS HEVITAS

Insinúa Bourbourg que los caudillos aztecas que llevaban los nombres de Votán o de Quetzocohuatl eran descendientes de Cam y Canaán y se titulaban “hivimes”, pues decían: “Soy hivim y pertenezco a la excelsa raza del Dragón. Soy serpiente porque soy hivim” (110).

Por otra parte, Des Mousseaux, ingenuamente creído de que la serpiente es el demonio, exclama con alborozo: “Según los más eruditos comentadores de las Sagradas Escrituras, los chivimes, hivimes o hevitas descienden de Seth, hijo de Canaán y nieto de Cam el *maldito*” (111).

Pero las modernas investigaciones han demostrado incontrovertiblemente que la tabla genealógica del capítulo décimo del *Génesis* se refiere a héroes imaginarios, y que los últimos versículos del capítulo nono son sencillamente un fragmento de la alegoría caldea de Sisuthrus y el diluvio, acomodado a la narración noética. Pero suponiendo que los descendientes de Canaán se ofendieran por el inmerecido epíteto que de *malditos* se les aplica sin más fundamento que la *fábula*, nada más fácil para ellos que responder al vituperio con un *hecho* comprobado por arqueólogos y simbologistas; esto es, que Seth, tercer hijo de Adán y progenitor del pueblo escogido por línea de Noé y Abraham, no es más ni menos que Hermes, el dios de la sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Seth, Set y Sat-an (112). Poca importancia tiene este descubrimiento para los autores judíos que, excepto Filón y Josefo, consideran alegórico el texto bíblico; pero muy distinto es el caso por lo que toca a los autores cristianos que como Des Mousseaux lo toman al pie de la letra.

Respecto a la filiación de los hevitas estamos conformes con este pío escritor y tenemos la seguridad de que, según transcurra el tiempo, habrá más pruebas de que algunos indígenas de la América central descienden de los fenicios y de los israelitas que profesaron después la heliolatría tan ardorosamente como los mexicanos. La *Biblia* nos proporciona una prueba de ello en que tres de los doce hijos de Jacob (Judá, Leví y Dan) contrajeron matrimonio con mujeres cananeas cuya religión aceptaron. Además, el patriarca Jacob en su lecho de muerte bendice a sus hijos y al llegar a Dan exclama:

> Sea Dan serpiente en el camino, ceraste (113) en la senda, que muerde las pezuñas del caballo para que caiga atrás su jinete (114).

De Simeón y Leví dice el patriarca:

> Simeón y Leví hermanos, instrumentos guerreadores de iniquidad. No entre mi alma en el secreto de ellos (115).

Ahora bien: el texto original dice *sod* (116) en vez de *secreto*; y *sod* era en los Misterios mayores el nombre común de los dioses solares de Baal, Adonis y Baco, que tenían la

serpiente por símbolo. Los cabalistas explican la alegoría de las *serpientes de fuego* diciendo que este nombre era común a todos los levitas y que Moisés fue el jefe de los *sodales* (117).

Veamos ahora de probar nuestras afirmaciones.

Aseguran varios historiadores antiguos que Moisés fue sacerdote egipcio. Según Maneto ejercía la dignidad de hierofante en Hierópolis con el sacerdocio del dios solar Osiris. Su nombre entre los egipcios fue el de Osarsiph. Los comentadores modernos que sin reparo aceptan que Moisés estaba instruido en la sabiduría de los egipcios, han de aceptar asimismo la legítima interpretación de la palabra sabiduría, que siempre se tuvo por sinónima de *iniciación* en los sagrados misterios de los *magos*. ¿No se les ha ocurrido alguna vez a los lectores de la *Biblia* la idea de que un extranjero no pudo ser admitido, no ya a la iniciación en los Misterios mayores, sino ni siquiera a la en los menores? Cuando los hermanos de José fueron a Egipto, ningún egipcio podía sentarse a comer pan con ellos, pues lo hubieran tenido por abominación, y así comían aparte con José (118). Esto demuestra que José, al menos en apariencia, había aceptado la religión egipcia al casarse con la hija de un sacerdote, pues de lo contrario no hubieran consentido los egipcios comer con él.

LA SERPIENTE DE BRONCE

Demuestra asimismo que si posteriormente no fue Moisés egipcio, se naturalizó como tal desde el momento en que le admitieron en la sodalía o colegio sacerdotal. El episodio de la "serpiente de bronce" (119) resulta lógico, pues, según Josefo, la princesa que salvó a Moisés de las aguas y le prohijó en el palacio real se llamaba *Thermuthis*, nombre que en opinión de Wilkinson es el del *áspid* consagrado a Isis (120); y por otra parte se dice que Moisés pertenecía a la tribu de Leví (121).

Si tanto empeño tenían Brasseur de Bourbourg y Des Mousseaux en demostrar la identidad de mexicanos y cananeos, bien pudieran haber hallado pruebas más convincentes que la de presentar a uno y otro pueblo en común descendencia del "maldito" Cam. Por ejemplo, hubieran podido aducir la semejanza entre Nargal, jefe (*Rab-Mag*) de los magos caldeos y asirios, y Nagal, jefe de los hechiceros mexicanos, pues ambos nombres derivan del de la divinidad asiria Nergal-Sarezer y ambos tienen a sus órdenes un *demonio* con el que se identifican por completo. El Nargal asirio-caldeo guarda su *demonio* dentro del templo bajo la forma de algún animal sagrado. El Nargal mexicano guarda su demonio en donde mejor le conviene, en el lago vecino, en el bosque o en la casa bajo la figura de un animal doméstico (122).

El periódico titulado: *Mundo Católico* se dolía amargamente en uno de sus últimos números de que no parece haber muerto aún el sentimiento pagano entre los indígenas de América, pues hasta las tribus influidas desde hace muchos años por misioneros cristianos practican secretamente las ceremonias paganas, de modo que el rito de Nagal está hoy tan floreciente como en los días de Moctezuma. A este propósito, el citado periódico dice que el nagualismo y el voodismo (como llama a estas dos extrañas sectas) son el *culto directo del diablo.* En corroboración de ello transcribe el informe presentado a las cortes de Cádiz de 1812 por don Pedro Bautista Pino, del que entresaca los siguientes párrafos:

> En todas las poblaciones hay *artufas* o sean criptas de una sola puerta donde se congregan para celebrar sus fiestas y asambleas religiosas, sin que jamás hayan podido entrar en ellas los españoles.
>
> A pesar del influjo de la religión cristiana, no han olvidado estos indígenas la que heredaron de sus antepasados y cuidan de transmitir a sus descendientes. De aquí el culto que tributan al sol, la luna y las estrellas, el respeto que les infunde el fuego, etc.

Los jefes parecen ser al propio tiempo sacerdotes, pues practican varios ritos sencillos por los cuales se reconoce el poder del sol y de Moctezuma, así como, según algunos relatos, el de la *Gran Sierpe* a quien por orden de Moctezuma, han de adorar durante toda su vida. También ofician en las ceremonias para impetrar lluvia. Hay representaciones pictóricas en que la Gran Serpiente aparece junto a la figura de un hombre deforme y pelirrojo que representa a Moctezuma. En el pueblo de Laguna había en 1845 una grosera efigie idolátrica del emperador, que representaba la cabeza de la divinidad (123).

La perfecta identidad entre los ritos, ceremonias, tradiciones y terminología religiosa de los mexicanos y los de Asiria y Egipto es prueba suficiente de que la América fue poblada por una colonia que misteriosamente encontró la ruta del Atlántico. Pero ¿en qué época? Aunque la historia calla en este punto, todos cuantos descubren un fondo de verdad en toda tradición santificada por los siglos recuerdan la leyenda de *Atlantis*. Esparcidos por el mundo hay un puñado de sabios y solitarios pensadores que pasan la vida dedicados al estudio de los arduos problemas de los universos físico y espiritual.

LAS ORILLAS DEL ATLÁNTICO

Tienen estos sabios archivos secretos en que conservan el fruto de los trabajos de una larga serie de eremitas sus antecesores, los sabios indos, asirios, caldeos y egipcios, cuyas leyendas y tradiciones comentaron los maestros de Solón, Pitágoras y Platón en los marmóreos patios de Heliópolis y Sais, aunque ya en aquel tiempo brillaban muy débilmente a través del nebuloso velo del pasado. Todo esto y mucho más conservan indestructibles pergaminos que con cuidadoso celo pasan de adepto en adepto. Estos sabios creen que la Atlántida no es fabulosa, sino que un tiempo hubo vastas islas y continentes donde ahora se dilata el Océano Atlántico. Si el arqueólogo pudiese escudriñar aquellos sumergidos templos, encontraría en sus bibliotecas documentos bastantes para llenar las páginas en blanco del libro *a que llamamos historia*. Dicen estos sabios que en época muy remota podía atravesar el viajero a pie firme lo que hoy es Océano Atlántico, con sólo cruzar en bote los angostos estrechos que separaban unas islas de otras.

Nuestras presunciones respecto del trato entre las razas de ambas orillas del Atlántico, se robustecen al leer los prodigios realizados por el mago mexicano Quetzocohualt, cuya varita debió tener mucha analogía con la varita de zafiro de Moisés, que floreció en el jardín de su suegro Raguel-Jethro y sobre la cual estaba grabado el inefable nombre.

También ofrecen algunos puntos de semejanza con las enseñanzas esotéricas de la filosofía hermética, los “cuatro hombres” o “cuatro hijos de Dios” según la teogonía egipcia, a quienes se atribuye la procreación de la raza humana, pues “no fueron engendrados por los dioses ni nacieron de mujer”, sino que “su creación fue una maravilla del Creador”, porque fueron creados después de tres fracasadas tentativas en la formación del hombre (124). La semejanza de este mito con la narración del *Génesis* no escapa ni al observador más superficial. Estos cuatro progenitores “podían razonar y hablar, su vista era ilimitada y sabían todas las cosas a un tiempo... Pero cuando hubieron dado gracias al Creador por haberles traído a la existencia, se *atemorizaron los dioses* y pusieron una nube en los ojos de los hombres para que sólo pudiesen ver hasta cierta distancia y *no fueran semejantes a ellos*... Mientras *estaban dormidos*, Dios les dio esposas” (125).

Este pasaje es notoriamente análogo al del Génesis que dice: “He aquí que el hombre *ha llegado a ser como uno de nosotros* y a conocer el bien y el mal; y ahora para que no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, etc.”.

Lejos de nosotros la intención de sugerir irrespetuosamente idea alguna a quienes por lo bastante sabios no las necesitan; pero conviene advertir que los tratados auténticos sobre la

magia caldea y egipcia no están en las bibliotecas públicas ni se venden en las almonedas, aunque muchos estudiantes de filosofía hermética los han visto. ¿No sería importantísimo para los arqueólogos conocer siquiera superficialmente su contenido? Añade Max Müller:

> Los cuatro progenitores de la raza tuvieron, al parecer, larga vida y, en vez de morir, desaparecieron misteriosamente, dejando a sus hijos la *majestad oculta* que nunca pueden abrir manos humanas. No sabemos qué era esta majestad.

Necesario sería negar toda otra prueba sobre ello si no descubriéramos relación alguna entre esta *majestad oculta* y la *oculta gloria* que, según la cábala caldea, dejó Enoch tras sí cuando fue arrebatado también misteriosamente. Pero ¿en sentido esotérico no simbolizarían estos “cuatro progenitores de la raza quiché los cuatro sucesivos progenitores de hombres que menciona el Génesis (126)?

Teniendo en cuenta que entre los mexicanos hubo magos desde los tiempos más remotos; que también los hubo en todas las regiones del mundo antiguo; que se advierte extraordinaria analogía, no sólo entre las formas del culto eterno, sino en la misma terminología mágica; y, por último, que han fracasado en la investigación todos los indicios basados en las inducciones científicas (tal vez por haber caído en el insondable abismo de las coincidencias), ¿por qué no recurrir a eminentes autoridades en magia por ver si bajo esta costra de insensata fantasía hay un fondo de verdad? No quisiéramos que se nos interpretara mal en este punto. No remitimos a los científicos a la cábala y obras herméticas, sino a los tratadistas de magia para encontrar materiales aprovechables en los estudios históricos y científicos. No deseamos incurrir en los iracundos anatemas de la Academia por una indiscreción como la del inacuto Des Mousseaux, cuando presenteó su demonológica Memoria con intento de que los académicos investigaran la existencia del diablo.

RELIGIÓN UNIVERSAL

La *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, por Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés, nos da idea del extraordinario refinamiento y la vigorosa mentalidad de los aztecas; pero como las descripciones del historiador son demasiado extensas, diremos en extracto que los aztecas tenían algunos puntos de semejanza con los egipcios en punto a lo refinado de su civilización, pues ambos pueblos cultivaron superlativamente la magia. Si añadimos a esto que también la cultivó Grecia, considerada por los eruditos occidentales como cuna de las artes y de las ciencias y que todavía se cultiva en la India, cuna de las religiones, ¿quién se atreverá a negar la profundidad de esta ciencia ni a desconocer la digna importancia de su estudio?

Nunca hubo ni puede haber más que una religión universal, porque sólo una puede ser la verdad referente a Dios. Esta religión universal es a manera de inmensa cadena cuyo eslabón superior (alfa) emana de la inmanifestada Divinidad (*in statu abscondito*, como dicen las primitivas teología) y dilatándose por lasuperficie de la tierra, toca en todos sus puntos antes de que el último eslabón (omega) se enlace con el inicial en el punto de emanación. Esta divina cadena engarza todos los simbolismos exotéricos cuya variedad de formas en nada afecta a la substancia y sobre cuyos diversos conceptos del universo material y de sus vivificantes principios permanece inalterable la inmaterial imagen del esencial Espíritu.

Hace muchos siglos que se dijo cuanto cabe decir acerca de lo que a la mente humana le es posible alcanzar en la interpretación del universo espiritual con sus fuerzas y leyes. Podrá el metafísico simplificar las *ideas* de Platón para mejor comprenderlas, pero no podrá alterar ni remover su espíritu substancial sin menoscabo de la verdad indestructible y eterna, por más

que los humanos cerebros se torturen durante miles de años; aunque la teología embrolle y mutile la fe con dogmas metafísicamente incomprensibles; y a pesar de que la ciencia fomente el escepticismo y apague los últimos y vacilantes destellos de la intuirción espiritual del género humano. La suprema expresión de la verdad en lenguaje hablado es el Logos persa, el *Honover* o viva y manifestada Palabra de Dios. El zoroastriano *Enoch-Verhe* es idéntico al hebreo *Yo soy quien soy*, y el *Gran Espíritu* del vulgo inculto de la India es el *Brahmâ* de los filósofos induistas.

El médico y filósofo indo Tcharaka, que, según referencias, floreció 5.000 años antes de J. C., dice en su tratado *Usa* sobre el origen de las cosas:

> Nuestra tierra es, como todos los cuerpos luminosos, un átomo del inmenso todo del que daríamos ligera idea llamándole *Infinito*.

Dice un proverbio siamés que “no hay más que una luz y una sola obscuridad”: y según el apotegma cabalístico: *Doemon est Deus inversus* (el demonio es la inversión o sombra de Dios). ¿Hubiera existido la luz sin las tinieblas primitivas? El radiante universo tendió por vez primera sus infantiles brazos de entre los pañales del tenebroso y lúgubre caos. Si según la revelación cristiana es cierta la *plenitud de Aquél que todo lo llena en todo*, forzoso será admitir que en caso de que el diablo exista ha de estar incluído en esta *plenitud* y ha de ser una parte del que “todo lo llena en todo”. Desde tiempo inmemorial se ha intentado justificar la existencia de Dios con entera separación del diablo, y así lo hizo la antigua filosofía oriental en su *theodiké*; pero este metafísico concepto del *espíritu caído* no estuvo jamás desfigurado por la antropomórfica representación del diablo, como hicieron posteriormente las lumbreras de la teología cristiana; porque en la tierra, entre los hombres, y no en el cielo, ha de buscarse ese eterno enemigo de dios que embaraza los caminos de perfección.

MONUMENTOS RELIGIOSOS

Así es que todos los monumentos religiosos de la antigüedad, sin distinción de país ni clima, expresan idéntico pensamiento cuya clave da la doctrina secreta que es necesario estudiar para comprender los misterios ocultos durante largos siglos en los templos y ruinas de Egipto, Asiria, América Central, Colombia británica y Cambodge, todos los cuales fueron proyectados y construidos por los sacerdotes de su respectiva nación, aunque éstas no se relacionaran unas con otras. Pero no obstante la diversidad de ritos y ceremonias, todos los sacerdotes, fuesen del país que fuesen, habían sido iniciados en los Misterios que se enseñaban en todo el mundo.

Valiosos documentos ofrecen a la arqueología comparada las ruinas de Ellora en el Deccan (India), las de Chichen-Itza en el Yucatán, las de Copán en Guatemala y las de Nagkon-Wat en Cambodge, pues son de tan semejantes características que sugieren al convencimiento de la identidad de ideas religiosas y de nivel civilizador en artes y ciencias de los pueblos que construyeron estos monumentos.

No hay tal vez en el mundo entero ruinas (127) tan grandiosas como las de Nagkon-Wat que maravillan y confunden a los arqueólogos europeos. Dice el viajero Vincent:

> En lo más apartado de la comarca de Siamrap (Siam oriental) en medio de lujuriosa vegetación tropical, de palmeras, cocoteros y beteles se yergue el sorpendente templo de romántica belleza.
>
> Los que tenemos la dicha de vivir en el siglo XIX estamos acostumbrados a alardear de la superioridad de nuestra moderna civilización y de la rapidez de nuestros adelantos científicos, artísticos y literarios en comparación de los pueblos antiguos; pero no obstante, nos vemos en la precisión de

reconocer que nos sobrepujaron en muchos aspectos y especialmente en pintura, arquitectura y escultura. Ejemplo de la superioridad de estas dos últimas artes entre los antiguos, nos da el incomparable Nagkon-Wat que en solidez, magnificencia y belleza aventaja a todas las modernas obras arquitectónicas. La vista de estas ruinas sobrecoge a quien por vez primera las contempla (128).

Así vemos que la opinión de este viajero robustece la de sus predecesores, entre quienes se cuentan arqueólogos competentes que equiparan las ruinas de Nagkon-Wat a las más grandiosas de la civilización egipcia.

Pero fieles a nuestro sistema, dejaremos que el mismo Vincent describa el monumento de Nagkon-Wat, pues aunque lo visitamos en circunstancias excepcionalmente favorables, podría parecer nuestro testimonio algún tanto tendencioso a favor de los antiguos, cuya entusiasta vindicación es el principal objeto de la presente obra.

Dice así Vincent:

Entramos en una calzada de 725 pies de longitud (129) cuyas baldosas miden cuatro de largo por dos de ancho (130) escalonada en rellanos flanqueados por seis enormes grifos monolíticos. A uno y otro lado se ven lagos artificiales de unos cinco acres de extensión (131) alimentados por fuentes naturales. La muralla exterior de Nagkon-Wat (132) tiene diez pies de profundidad y abarca una milla cuadrada y en sus portales aparecen hermosas esculturas de dioses y dragones... Todo el edificio es de sillería, pero *sin mortero entre las piedras, cuyo ajuste es tan exacto que apenas se distingue*. La planta es cuadrilonga y mide 796 pies de largo (245 metros) por 588 de ancho (181 metros). En cada ángulo se alza una pagoda de 150 pies de altura (46 metros) y en el centro otra de 250 pies de elevación (77 metros) (133).

Prosiguiendo nuestra visita, subimos a una plataforma... y entramos en el recinto del templo por un atrio columnario cuyo frontis ostenta un admirable bajorrelieve de asunto mitológico. A uno y otro lado del pórtico se extiende a lo largo de la pared exterior del templo una galería de doble fila de columnas monolíticas, con techo abovedado en el que campean relieves escultóricos continuados en la pared, representando asuntos de la mitología inda y de la epopeya del *Ramayana*, entre ellos las hazañas del dios Râma, hijo del rey de Ayodhya, así como los altercados entre el rey de Ceilán y el dios-mono Hanumâ (134). El total de figuras en estos relieves llega a cien mil una sola escena del *Ramayana* ocupa un lienzo de pared de setenta metros de largo. La bóveda de estas galerías *carece de clave* y el número de columnas es de mil quinientas treinta y dos que, añadidas a las de las ruinas de Angkor, suman seis mil, casi todas ellas monolíticas y artísticamente esculpidas.

Pero ¿quién edificó el *Nagkon-Wat* y en qué época? Los arqueólogos no han acertado en el cómputo y aunque los historiadores indígenas le atribuyen 2.400 años de antigüedad, parece ser mucho más antiguo, pues habiéndole preguntado a un natural del país cuánto tiempo hacía que estaba construido el *Nagkon-Wat*, me respondió: “Nadie lo sabe. Debe de haber brotado de la tierra o lo construyeron los gigantes o tal vez los ángeles”.

EL CINECÉFALO EGIPCIO

También cuando Stephens preguntaba a los indios de Guatemala quién había edificado el templo de Copán y trazado sus jeroglíficos y esculpido aquellos relieves emblemáticos, respondían invariablemente: *¡Quién sabe!* Por esto dice dicho viajero que todo es allí misterio más impenetrable todavía que en Egipto, donde las colosales ruinas de los templos aparecen en toda la desnudez de su desolación; pero en la América Central una selva inmensa encubre las ruinas a la vista de los exploradores (135).

Con todo, muchos pormenores han escapado a la observación de los arqueólogos desconocedores de las “necias y quiméricas leyendas antiguas”, pues de lo contrario discurrirían de muy distinta suerte. Uno de estos detalle, al parecer frívolos, es la inevitable figura del mono en los templos de Egipto, México y Siam. El cinocéfalo egipcio está representado en las mismas actitudes que el Hanuma de India y Siam (136). En casi todos los

templos budistas hay ídolos colosales en figura de mono y algunos indos tienen en sus casas un mono blanco con objeto de “ahuyentar a los espíritus malignos”.

Pero volviendo a la antigüedad del Nagkon-Wat, dice Vincent que debe atribuirse su erección a un pueblo distinto de los antiguos siameses, aunque no hay tradición *digna de crédito* (pues todas son *absurdas fábulas o leyendas*) de la cual pueda inferirse quiénes fueron sus constructores. Por su parte pregunta Luis de Carné (137) si la civilización de aquel pueblo correspondería en sus demás aspectos al nivel señalado por tales prodigios de arquitectura, considerando que la época de Fidias fue la de Sófocles, Sócrates y Platón y que al Dante sucedieron Miguel Ángel y Rafael, pues hay en la historia luminosos períodos en que la mentalidad humana se diversifica en multiplicidad de orientaciones y, triunfante en todo, crea obras maestras *al calor de una misma inspiración*.

Los viajeros y exploradores se descorazonan al no hallar en las leyendas populares de Siam clave alguna para el estudio de estas ruinas “tan imponentes pero más misteriosas todavía que las de Tebas”, según dice un escritor citado por Vincent. Otro arqueólogo, Mouhot, opina que “Nagkon-Wat fue construido por algún Miguel Ángel de la antigüedad, pues sus ruinas superan en magnificencia a cuanto nos legaron Grecia y Roma”. también cree Mouhot que pudo ser obra de alguna de las *diseminadas tribus de Israel* y en esta opinión le acompaña Miche, obispo de Cambodge, quien confiesa lo mucho que le sorpendieron los rasgos hebreos de no pocos salvajes del país. Añade Mouhot que, sin exageración, cabe computar en dos mil años la antigüedad de las primeras construcciones de Angkor.

ORIGEN DEL NAGKON-WAT

Si admitiéramos este cómputo resultarían estas ruinas muy posteriores a las Pirámides; pero no es admisible en modo alguno, porque el decorado de las paredes pertenece a la antiquísima época en que Poseidón y los kabires eran adorados en todo el continente. Si, como supone Bastian (138), hubiese sido construido el Nagkon-Wat para recibir al sabio patriarca Buddhaghosha cuando desde Ceilán trajo los sagrados libros del *Trai-Pidok*; o si, como opina el obispo Pallegoix, se remontara su construcción al reinado de Phra Pathum Suriving, quien mandó traer de Ceilán los libros sagrados del budismo y estableció esta religión en el país, no fuera posible justificar la siguiente descripción:

> Vemos en este mismo temploesculturas de Buda con cuatro y aun treinta y dos brazos, y divinidades con dos y aun dieciseis cabezas. También se ve el Vishnú induista, dioses *alados*, cabezas birmanas, figuras indas y personajes de la mitología ceilana... Allí aparecen guerreros a lomos de elefantes o montados en carros, soldados de a pie con lanza y escudo, barcos, tigres, grifos, sierpes, peces, cocodrilos, novillos castrados..., fornidos guerreros con yelmos y hombres barbudos, probablemente negros. Las figuras están en posición algo parecida a la de los monumentos egipcios, con el costado un poco vuelto hacia delante, aunque también observé cinco jinetes armados de lanza y espada que cabalgaban de frente, como los que se ven en las tablillas asirias del Museo Británico (139).

Por nuestra parte diremos que las paredes del templo ostentan repetidas figuras de Dagón (el hombre-pez de los babilonios) y de los kabires de Samotracia con su padre Vulcano provisto de rayos y herramientas, cerca del cual aparece la figura de un rey con cetro análogo al de Queronea que Vulcano regaló al rey Agamenón. oTra escultura representa también a Vulcano con martillo y tenazas, pero en figura de mono, como solían representarle los egipcios.

Ahora bien; si el templo de Nagkon-Wat fuese esencialmente budista ¿cómo hay en sus muros bajorrelieves de carácter asirio?; ¿cómo están representados los dioses kabires, cuyo antiquísimo culto se había perdido 200 años de la era cristiana con la tergiversación de los

misterios de Samotracia?; ¿de dónde proviene la tradición popular en Cambodge relativa al príncipe Rama, a quien los historiadores del país atribuyen la fundación del templo?; ¿no sería posible que, según opinan algunos críticos, la famosa epopeya *Râmâyana* hubiese servido de modelo a la *Ilíada* de Homero? El rapto de Helena por Paris tiene muchísima semejanza con el de Sîtâ por Râvana. La guerra de Troya es remedo de la guerra del Râmâyana. Además, asegura Herodoto que los dioses y héroes troyanos no se conocieron en Grecia hasta la época de la *Ilíada*. Por lo tanto, el dios-mono Hanumâ sería el tipo de Vulcano, sobre todo si se tiene en cuenta que, según la tradición cambodgiana, el fundador de Angkor vino de Roma, sita en el extremo occidental del mundo, y que el indo Râma da el occidente en heredad a la estirpe de Hanumâ.

Por hipotética que pueda parecer esta indicación, conviene tenerla en cuenta, aunque sólo sea para refutarla. El abate Jaquenet, de las misiones católicas de Conchinchina, en su deseo de relacionar el menor destello de luz histórica con la revelación cristiana, dice a este propósito:

> Ora consideremos las relaciones comerciales de los judíos, cuando, en el apogeo de su poder, las combinadas flotas de Hiram y Salomón iban en busca de los tesoros de Ofir; ora nos transportemos a época más moderna, cuando las diez tribus cautivas se dispersaron de las márgenes del Éufrates hasta las riberas del Océano..., no es menos incontrovertible el esplendor de la luz de la revelación en el remoto Oriente.

ORIGEN DE LOS JUDÍOS

Verdaderamente parecerá “incontrovertible” si por inversión de términos admitimos que de ese “remoto Oriente” brotó la luz que iluminó a los israelitas después de pasar por Caldea y Egipto. Lo importante es averiguar primero quiénes fueron los israelitas. Muchos historiadores, apoyados en sólidas razones, los asimilan a los fenicios; pero está fuera de duda que estos eran de raza etíope, pues aun hoy la raza del Punjab está mezclada con etíopes asiáticos. Herodoto coloca en el golfo Pérsico la cuna de los hebreos, vecinos por el sur de los hymaritas (árabes), y más lejos moraban los caldeos y susinianos, expertos en el arte de la construcción. Esto parece demostrar su filiación etíope. Megastenes dice que los israelitas eran una secta inda llamada de los *kalani*, cuya teología se asemejaba a la induista. Otros autores suponen que los judíos (140) eran los *yadus* del Afghanistán o India antigua (141). Eusebio dice que “los etíopes vinieron del río Indo a establecerse cerca de Egipto”. Nuevas investigaciones podrían demostrar que los indos tamiles, a quienes los misioneros acusan de adorar al diablo (*Kutti-Sattan*), se limitan a rendir culto al *Seth* o *Satán* de los hetheos de la *Biblia*.

Pero si en los albores de la historia fueron los judíos fenicios, a estos se les puede seguir la huella hasta llegar a las antiguas naciones de lengua sánscrita. Cartago era una ciudad fenicia como lo indica su nombre, pues a Tiro se le llamaba también *Kartha* (142). Su dios tutelar era *Melkarta* (Baal o Mel) (143).

Por otra parte, todas las razas ciclópeas fueron fenicias. En la *Odisea* los *kuklopes* (cíclopes) fueron pastores del Líbano, de quienes dice Herodoto que supieron abrir minas y levantar edificios. Según Hesíodo, forjaban los rayos de Júpiter, y la *Biblia* les llama *zamzumimes*, de Anakim o país de los gigantes.

De lo dicho se echa de ver fácilmente que si los constructores de Ellora, Copán, Nagkon-Wat y de los monumentos egipcios no fueron de una misma raza, profesaron al menos la misma religión o sea la que de muy antiguo se enseñó en los Misterios. Aparte de esto, notamos que las figuras de Angkor son arcaicas y nada tienen que ver con las imágenes e ídolos de Buda, cuya fecha es indudablemente más moderna. Sobre el asunto dice Bastian:

Sube de punto el interés de esta parte del monumento al considerar que el artífice representó tipos de diferentes naciones con sus rasgos característicos, desde el salvaje *pnom* de achatada nariz con atavío de borlas y el *lao* de pelo ralo hasta el *rajput* de aguileña nariz armado de escudo y espada y el *negro* de largas barbas, en acabado conjunto de nacionalidades por el estilo del de la *columna de Trajano*, con la peculiar conformación física de cada raza, predominando los rasgos de la *helénica* en las facciones y perfiles de las figuras y en las elegantes actitudes de los jinetes, como si Jenócrates, después de terminada su labor en Bombay, hubiese hecho una excursión a Oriente.

Pero si admitimos que las tribus de Israel tuvieron parte en la construcción del Nagkon-Wat, no hemos de tomar por tales las que cruzaron al desierto en demanda de la tierra de Canaán, sino a sus primitivos antepasados que nada supieron de la revelación mosaica. Pero ¿dónde está la prueba documental de que las tribus de Israel hayan tenido personalidad histórica antes de la compilación del *Antiguo Testamento* por Esdras?

Algunos arqueólogos, y no les falta razón para ello, tienen por míticas a las doce tribus de Israel, pues los levitas eran casta y no tribu. Queda también pendiente de resolución el problema de si los hebreos habitaron en Palestina antes de Ciro. Todos los hijos de Jacob se casaron con cananeas excepto José, que tomó por esposa a la hija de un sacerdote egipcio; y con arreglo a esta costumbre, estuvo consentido entre los hebreos el matrimonio con extranjeras (144).

La influencia asiria alteró en sentido semita el idioma de Palestina, porque los fenicios habían ya perdido la independencia en tiempo de Hiram y trocado su idioma camítico por el semítico.

Asiria es el país de Nemrod (145), equivalente a Baco, con su manchada piel de leopardo que, como accesorio ritualístico, se empleaba en los Misterios (146).

Los kabires eran ambién dioses asirios, en número indeterminado, conocidos por el vulgo con los nombres de Júpiter, Baco, Aquioquerso, Asquieros, Aquioquersa y Cadmilo; pero en el “lenguaje sagrado” tenían otros nombres tan sólo conocidos de los sacerdotes. ¿Cómo explicar, entonces, que en Nagkon-Wat aparezcan en las mismas actitudes con que se les representaba en los Misterios de Samotracia, y que en Siam, Tíbet e India se les denomine, salvo ligeras modificaciones de pronunciación, tal como se les llamaba en lengua sagrada (147)?

HEBREOS Y FENICIOS

El nombre de *Kabir* puede derivarse indistintamente de las palabras ..... (*abir,* grande), ... (*ebir*, astrólogo) o ..... (*chabir*, asociado).

Según Wilder, el nombre de Abraham tiene mucho de cabírico, y por otra parte la palabra *heber* o *gheber* aplicada a Nemrod y a los gigantes, citados en el sexto capítulo del *Génesis*, puede ser la raíz etimológica de *hebreo*, aunque de todos modos es preciso buscar su origen en fecha muy anterior a Moisés. Prueba de ello es que los *fenicios*, a quienes Maneto llama ..... o *Ph’anakes*, eran los *anakes* o *anakimes* de la tierra de Canaán con quienes los israelitas, aunque de raza distinta, entroncaron por medio de matrimonios. Opina también Maneto que los fenicios no son ni más ni menos que los problemáticos *hyk-sos* a quienes Josefo nos presenta como directos antecesores de los israelitas. Por lo tanto, en esta mezcolanza de autoridades y opiniones contradictorias, en este revoltijo histórico, hemos de buscar el esclarecimiento de tan misterioso punto. Mientras no se precise el origen de os *hyk-sos*, nada podremos saber de cierto en lo tocante al pueblo de Israel que voluntaria o involuntariamente enmarañó con tales confusiones su origen y cronología; pero si pudiera probarse que los *hyk-sos* fueron los pastores palis de las riberas del Indo, que segregados de

las tribus nómadas de la India emigraron más hacia Oriente, tal vez hallaríamos la explicación de la entremezclada analogía de los mitos bíblicos y las divinidades de los Misterios asiáticos.

Dice Dunlap sobre este punto:

> Los hebreos salieron de Egipto rodeados de cananeos y no hay necesidad de remontarnos más allá del Éxodo para descubrir sus *orígenes históricos*. Era muy fácil anteponer a este remoto suceso narraciones míticas que atribuyesen el origen del pueblo a los dioses bajo la figurade patriarcas.

Sin embargo, lo de más vital importancia para la ciencia y la teología, no es el origen *histórico*, sino el *religioso* del pueblo hebreo; y si podemos descubrirlo entre los *hyk-sos* (148), fácil será descubrir también el de las supuestas *revelaciones* dogmáticas de la *Biblia* en los albores de la historia, antes de la separación de las familias aria y semita. Para ello no hay medios más a propósito que los suministrados por la arqueología. La escritura ideográfica salvada de la destrucción no puede mentir; y si en todos los monumentos del mundo antiguo encontramos los mismos mitos, ideas y símbolos esotéricos, muy anteriores al "pueblo escogido", podremos inferir, sin temor de equivocarnos, que en vez de ser el texto bíblico obra directa de la *revelación* divina, es incompleta tradición de una tribu que, desde siglos antes de Abraham, se había fundido con las razas aria, semítica y turania, si así hemos de llamar a las tres principales del mundo.

Los *terafines de Terah* (constructor de imágenes), padre de Abraham, eran los dioses kabires, adorados por Micah, los danitas y otros pueblos (149). Los *terafines* eran idénticos a los *serafines* o imágenes de serpientes (150), el símbolo de inmortalidad en todas las divinidades. *Kiyun* (Kivan) adorado por los hebreos en el desierto es el Siva indo (151) equivalente a Saturno (152). La historia de Grecia nos dice que el arcadio Dardano recibió en herencia los kabires, cuyo culto introdujo en Samotracia y Troya mucho antes de que floreciesen Tiro y Sidón (153). ¿De quién los recibiría Dardano? Es muy fácil fijar arbitrariamente la antigüedad de las ruinas sin más guía que el cálculo de las probabilidades, pero es mucho más difícil acertar en el cómputo. Lo cierto es que las obras roquizas de Ruad, Perytus y Marathos ofrecen alaogías externas con las de Petra, Baalbek y otras de procedencia etíope. Además, al simbologista familiarizado con la interpretación de los jeroglíficos le importan muy poco las afirmaciones de ciertos arqueólogos que no descubren parecido alguno entre los templos centro-americanos y los egipcios y siameses, porque sabe leer la historia y filiación de estos monumentos y la misma doctrina en los signos misteriosos y caracteres indescifrables para el no iniciado (154).

LA CLAVE ARQUITECTÓNICA

Uno de estos signos misteriosos se descubre en la peculiar estructura de ciertos arcos de los templos. El autor de *El país del elefante blanco* observa como pormenor curioso "la falta de clave en los arcos del edificio y las inscripciones indescifrables que campean en los muros". En las ruinas de Santa Cruz de Quiché encontró Stephens una galería abovedada sin clave y lo mismo echó de ver en las desoladas ruinas de Palenque, por lo que supuso que "los constructores ignoraban evidentemente los principios constructivos del arco y así colocaban las dovelas en posición imbricada, según las iban montando, como en Ocosingo y en los restos ciclópeos de Grecia e Italia (155).

Tal vez nos diera el manual masónico la solución de este enigma, porque la clave tiene un significado esotérico que si no comprenden deben comprender los masones de grado superior. La historia de la masonería nos dice que Enoch fue el constructor del más importante edificio subterráneo. En una visión que tuvo este patriarca le guió Dios por el interior de *nueve*

bóvedas y, en consecuencia, construyó con ayuda de su hijo Matusalén en las entrañas de un monte del país de Canaán nueve aposentos según la traza que la visión le mostrara. Cada aposento tenía su correspondiente bóveda con *clave*, en que estaban inscritos los caracteres miríficos que representaban los nueve nombres atributivos que a la Divinidad dieron los masones anteriores al diluvio. Después construyó Enoch dos deltas de oro purísimo, en cada uno de los cuales trazó dos caracteres misteriosos, colocando un delta en la bóveda más profunda y confiando el otro a Matusalén, a quien al mismo tiempo comunicó importantes secretos, *hoy perdidos para la masonería*. Estos secretos, desconocidos de los modernos masones, nos explicarían que las claves se empleaban tan sólo en ciertos arcos de los templos, en las partes destinadas a determinado objeto.

Los monumentos religiosos de todos los países ofrecen otro punto de semejanza en la estructura y dimensiones de las piezas arquitectónicas. Todos estos edificios corresponden a la época de Hermes Trismegisto, y aunque la obra parezca más o menos antigua o más o menos moderna, se advierte en sus proporciones matemática analogía con patios, galerías, atrios, corredores y pasadizos subterráneos, de los que se infiere la identidad de ritos religiosos allí celebrados, aunque discrepase el estilo arquitectónico de los templos. Al tratar del de Stonehenge dice Stukely:

> Este edificio no fue construido con arreglo a medidas latinas, como lo demuestran la multitud de fracciones resultantes al aplicar las escalas europeas, al paso que la medición es exacta si se emplea por unidad lineal el codo que empleaban los hebreos hijos de Sem y los fenicios y egipcios hijos de Cam (156) quienes imitaron los monumentos de piedra sin labrar y los litos oraculares.

EL ENIGMA DE LA ESFINGE

También son un dato muy importante los lagos artificiales y su peculiar disposición en los recintos sagrados, pues aparte de la analogía constructiva que ofrecen los de Karnak, Nagkon-Wat, Copán y Santa Cruz de Quiché, el área de todos ellos está computada con arreglo a cálculos cíclicos, por el estilo de los empleados en las construcciones druídicas cuyos circuitos constan generalmente de doce, veintiuna o treinta y seis piedras y el punto céntrico corresponde a Assar o Azón, esto es, el nombre genérico de la divinidad del círculo, cualquiera que sea su nombre individual. Los trece dioses-sierpes de los mexicanos tienen remoto parentesco con las trece piedras de las ruinas druídicas. La (tau) y la (cruz astronómica de Egipto) aparecen visiblemente en las ruinas de Palenque. En el jeroglífico de un bajorrelieve del palacio de Palenque, se ve una (tau) debajo de la figura sedente sobre cuya cabeza extiende con la mano izquierda el velo de la iniciación otra figura en pie que señala al cielo con los dedos índice y medio de la derecha, o sea la actitud benedicente de los obispos cristianos y la en que suele representarse a Jesús en la Cena. También se encuentra en las ruinas de Palenque la figura de estuco, con cabeza de elefante, de Ganesha, el dios indo de la sabiduría o ciencia mágica. ¿Qué explicación pueden darnos de estas analogías los arqueólogos, los filólogos y, en suma, la lucida hueste de académicos? Ninguna absolutamente. Todo lo más podrán forjar hipótesis que se sucedan infructuosamente unas a otras. Los “eslabones perdidos” que tan perplejos ponen a los científicos, así como la clave de los milagros antiguos y de los fenómenos modernos y la solución de los problemas psicológicos y fisiológicos está en manos de las Fraternidades secretas.algún día se *descubrirá* este misterio. Pero hasta entonces, el tenebroso escepticismo eclipsará con sus horribles sombras la verdad divina y anublará la visión espiritual de la humanidad. La multitud contagiada por la mortífera epidemia de nuestro siglo, el desesperante materialismo, dudarán angustiosamente de la supervivencia del hombre, aunque este punto haya sido resuelto por generaciones de sabios. Respuesta a toda pregunta

nos dan las graníticas páginas de las criptas, las esfinges, los propileos y los obeliscos cuyas inscripciones no lograron borrar las injurias del tiempo ni los agravios recibidos de manos cristianas. En estos monumentos dejaron sus constructores la solución que, ¿quién es capaz de decirlo?, tal vez sus antepasados dieron a problemas que tanto conturban hoy a los no iniciados. La clave de la interpretación estuvo custodiada por quienes saben comunicarse con la invisible Presencia y escucharon la verdad de los propios labios de la Naturaleza. De esta suerte son los monumentos antiguos a manera de silenciosos guardianes de las puertas del mundo *invisible* que sólo se abren para los elegidos.

A despecho del tiempo, de las estériles investigaciones de la ciencia profana y de las injurias de las religiones *reveladas*, sólo descifrarán estos monumentos sus enigmas a los herederos de los iniciados en los *Misterios*. Los fríos y pétreos labios del un tiempo parlante Memnon y de las intrépidas esfinges guardan rigurosamente sus secretos. ¿Quién romperá el sello que los cierra? ¿Qué pigmeo materialista moderno o qué saduceo incrédulo se atreverá a levantar el VELO DE ISIS?

CAPÍTULO VII

STE.-¿Hay diablos aquí? ¿Venís a burlaros de nosotros con indios y salvajes?

La Tempestad, acto II, escena II.

Hemos considerado la naturaleza y funciones del alma hasta donde era necesario para nuestro propósito, y hemos demostrado claramente que es una substancia distinta del cuerpo.

ENRIQUE MORE: *Inmortalidad del alma*, edi. De 1659.

El conocimiento es poder; la ignorancia, imbecilidad.

Arte Mágico: el país de los espectros.

Durante muchos siglos ha tenido la "doctrina secreta" notable semejanza con el "hombre de las aflicciones" a que alude el profeta Isaías. "¿Quién creyó nuestras palabras?", fueron repitiendo sus mártires de generación en generación. La doctrina se ha robustecido ante sus perseguidores "como tierna planta o raíz en tierra árida; no tiene forma ni belleza...; los hombres la rechazan y menosprecian y apartan de ella sus rostros... No la tienen en estima".

No es necesario discutir si esta doctrina concuerda o no con la iconoclasta tendencia de los escépticos contemporáneos. Concuerda con la verdad, y esto basta. Inútil fuera esperar que sus detractores creyesen en ella. Pero la tenaz vitalidad de que da muestras en cualquier parte del mundo donde haya un grupo de hombres dispuestos a luchar en su favor, es la mejor prueba de que la semilla plantada por nuestros padres "al otro lado de las aguas" era de vigoroso roble y no esporo de teológico hongo. Ninguna salpicadura de la ridiculez humana puede caer en su campo, ni rayo alguno, aun forjado por los vulcanos de la ciencia, es bastante poderoso para abatir el tronco ni siquiera para chamuscar las ramas de este árbol mundanal del CONOCIMIENTO.

Si prescindimos de la letra que mata y penetramos el sutil espíritu que vivifica, hallaremos ocultas en los *Libros de Hermes* (modelo y dechado de los demás) las pruebas de una verdad y de una filosofía que *debe* estar basada en leyes eternas. Intuitivamente comprenderemos que por finitas que sean las facultades del hombre encarnado, han de estar en íntima relación con los atributos de la Deidad infinita y apreciaremos mejor el oculto significado del don concedido por los *Elohim* o Adán cuando le dijeron: "He aquí que os he dado cuanto hay sobre la faz de la tierra. *Subyudadlo y tened dominio* sobre TODO".

No hubiera sido rechazada durante tanto tiempo la verdadera interpretación que al *Génesis* dieron los cabalistas, si se hubiesen comprendido mejor las alegorías de los primeros capítulos, siquiera en su sentido geográfico e histórico, que nada tiene de esotérico. Quien estudie la *Biblia* ha de tener presente que los capítulos I y II del *Génesis* no son de un mismo autor, pues las alegorías y parábolas (1) que forman el texto en lo referente a la creación y población de la tierra se contradicen opuestamente en lo relativo al orden, tiempo, lugar y método de la llamada *creación*. Quien tomara literalmente los relatos del *Génesis* rebajaría la dignidad de Dios al nivel del hombre, como si Dios tuviese necesidad de "descansar de sus labores", solazarse en la "frescura del día", sentir cólera y deseos de venganza y precaverse contra Adán "para que no pruebe el fruto del árbol de la ciencia" (2). Pero en cuanto

reconocemos el sentido alegórico de la narración de los que pudiéramos llamar hechos históricos, nos encontramos en terreno firme.

EL EDÉN DE LA BIBLIA

El Edén no es mito, topográficamente considerado (3), porque así se llamaba (4) de muy antiguo la comarca regada por el Éufrates y sus afluentes, que abarcaba desde la Armenia hasta el mar Eritreo. El *Libro de los Números* de Caldea señala numéricamente la posición topográfica del edén, cuya acabada descripción está en el cifrado manuscrito rosacruz que legó el conde de San Germain. Las *Tablillas* asirias llaman al Edén *Gan-Duniyas* (5).

Los ..... (*Elohim*) del Génesis dicen: “He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros”. Los *Elohim* pueden considerarse en un sentido como *dioses* o potestades, y en otro como *aleímes* o sacerdotes iniciados en todo lo bueno y malo de este mundo, porque había un colegio de sacerdotes llamados *aleímes*, cuyo jerarca supremo era el *Java-Aleim*. En vez de empezar por la categoría de neófito para obtener gradualmente por medio de regular iniciación los conocimientos esotéricos, el *Adán* (símbolo del hombre) ejerce sus facultades intuitivas, e instigado por la serpiente (la materia y la *mujer*) come indebidamente del fruto del árbol de la ciencia y del bien y del mal (doctrina esotérica). Los sacerdotes de Hércules (*Mel-Karth* o señor del Edén) llevaban “vestiduras de piel! (6).

Las *Escrituras* hebreas delatan su doble origen, a pesar de que en el fondo contienen tanta verdad como las demás cosmogonías primitivas. El *Génesis* es sencillamente una reminiscencia de la cautividad de Babilonia, pues los nombres de lugares, personajes y aun de cosas coinciden con los empleados por los caldeos y por sus antecesores y maestros, los acadianos de raza aria. Mucho se ha discutido acerca de si los acadianos de Caldea y Asiria tuvieron o no parentesco con los brahmanes del Indostán; pero hay más pruebas en pro de la afirmativa. Los asirios debieran llamarse con mayor propiedad turanios, y los mogoles, escitas; pero si, en efecto, existieron los acadianos, y no tan sólo en la imaginación de unos cuantos filólogos y etnólogos, no serían en modo alguno una tribu turania, como suponen varios asiriólogos, sino sencillamente emigrantes que de la India, cuna de la humanidad, pasaron al Asia Menor, donde sus adeptos civilizaron a un pueblo bárbaro. Halevy ha demostrado que los acadianos, cuyo nombre se alteró muchas veces, no pudieron pertenecer a la raza turania, y otros orientalistas han demostrado que la civilización asiria no brotó en aquel país, sino que de la India la importaron los brahmanes.

Opina Wilder que de ser los asirios turanios y los mogoles escitas, las guerras de Irán y Turán y de Zohak y Jemshid o Yima hubieran sido tan notorias como la entre Persia y Asiria, que terminó con la destrucción de Nínive, ""“uyo palacio de Afrasiab quedó en poder de las telarañas""(7).

Añade Wilder que los turanios calificados de tales por Müller y su escuela son evidentemente los salvajes nómadas del Cáucaso, de quienes procedieron primero los constructores etíopes o camitas; después los semitas (mezcla tal vez de camita y ario); más tarde los arios (medos, persas e indos); y finalmente los pueblos góticos y eslavos de Europa. Supone también que los celtas eran, como los asirios, un pueblo cruzado de los arios que invadieron la Europa y los habitantes ibéricos (acaso etíopes) de esta parte del mundo.

Si así es, resulta válida nuestra afirmación de que los acadianos fueron una tribu de los primitivos indos; pero dejaremos a que los filólogos del porvenir diluciden si pertenecieron a los brahmanes de la región propiamente brahmánica (40º latitud Norte), o del Indostán, o bien del Asia Central.

Por un procedimiento inductivo de nuestra especialidad, que a los científicos les parecerá deleznable y basado en una prueba que desdeñarían por circunstancial, hemos formado una opinión que para nosotros equivale a certidumbre. Durante muchos años estamos observando que en países sin la menor filiación histórica, en apariencia, hay idénticos símbolos y alegorías de una misma verdad. Hemos advertido que la *Kábala* y la *Biblia* remedan los "mitos" (8) babilónicos, y que las alegorías caldeas e índicas se reproducen formal y substancialmente en los antiquísimos manuscritos de los monjes talapines de Siam y en las no menos antiguas tradiciones populares de Ceilán.

RELIQUIAS CEILANESAS

En esta isla tenemos un antiguo, fiel y muy sabio amigo pali que posee una curiosa hoja de palmera (incorruptible gracias a ciertas manipulaciones químicas) y una enorme media concha. En la hoja de palmera está la figura del ciego gigante Somona el Menor (9) de cabellera larga hasta el suelo, que abrazado a las cuatro columnas centrales de una pagoda, la derriba sobre el numeroso concurso acudido a la fiesta. La concha ostentaba en su nacarada superficie un grabado díptico de labor y composición múchísimo más artística que los crucifijos y otras piadosas bagatelas del mismo material que se elaboran hoy en Jaffa y Jerusalén. En la primera división del grabado está representado el Siva indo con todos sus atributos, en actitud de sacrificar a su hijo (10), colocado sobre una pira. El padre aparece suspendido en el aire, con el arma levantada a punto de herir a la víctima, pero con el rostro vuelto hacia un árbol en cuyo tronco ha clavado profundamente los cuernos un rinoceronte, quedando allí preso. La otra división del díptico representa el mismo rinoceronte sobre la pira con el arma hundida en el costado, y el ya libre hijo de Siva ayudando a su padre a encender el fuego del sacrificio.

Para remontarnos al origen de este mito bíblico hemos de recordar que Siva, Baal, Moloch y Saturno son idénticos; que aun hoy mismo los árabes mahometanos consideran a Abraham como a Saturno en la Kaaba (11); que Abraham e Israel eran distintos nombres de Saturno (12); y que Saturno ofreció su hijo unigénito en sacrificio a su padre Urano y que se circuncidó a sí mismo y obligó a la circuncisión a sus parientes y aliados (13). Pero este mito no es de origen fenicio ni caldeo, sino puramente indo, porque su modelo se halla en el *Mahâ-Bhârata*, y aunque fuese budista, remontaría su antigüedad más allá del *Pentateuco* hebreo, compilado por Esdras (14) después de la cautividad de Babilonia y revisado por los rabinos de la Sinagoga Mayor.

Por consiguiente, nos atrevemos a discrepar en estos puntos del criterio de muchos científicos cuya superior erudición reconocemos. Una cosa es la inducción científica y otra el *conocimiento de hechos*, por muy contrarios a la ciencia que a primera vista parezcan. Pero las indagaciones científicas han bastado para demostrar que los originales sánscritos de Nepal fueron traducidos por los misioneros budistas a casi todas las lenguas asiáticas. Asimismo tradujeron al siamés los manuscritos palis que llevaron a Birmania y Siam, por lo que es muy fácil explicar la divulgación de las mismas leyendas y mitos religiosos en estos países.

Maneto nos habla de los pastores palis que emigraron a occidente; y así, las tradiciones ceilanesas que encontramos en la *Kábala* caldea y en la *Biblia* judaica nos inducen a sospechar que, o bien los caldeos y babilonios estuvieron en Ceilán y la India, o bien que las tradiciones de los palis fueron gemelas de las de los acadianos, cuyo origen tantas dudas envuelven, aunque Rawlinson acierte al decir que vinieron de Armenia. Como el campo está actualmente abierto a todas las hipótesis, podemos admitir que los acadianos llegaron a Armenia por las orillas del mar Caspio (15) y del Ponto Euxino, procedentes de allende el Indo o bien de Ceilán. Es imposible descubrir con seguridad las huellas de los arios nómadas, y por lo tanto, no cabe otro

recurso que juzgar por inducción, previo el cotejo de sus mitos esotéricos. Tal vez, como sin duda no ignorarán los eruditos, el mismo Abraham fue uno de los pastores palis que emigraron a Occidente, pues le vemos salir con su padre de Terah de Ur de los caldeos (16).

EL GÉNESIS Y LA KÁBALA

Aunque el estilo del *Génesis* no denote procedencia brahmánica, hay poderosas razones en pro de que sus alegorías derivan de las tradiciones acadianas, cuyo nombre tiene por raíz *ak-ad*, con morfología idéntica a la de *Ad-am*, *Ha-va* y *Ed-en* (17).

Pero si los tres primeros capítulos del *Génesis* no son sino desfigurados remedos de otras cosmogonías, el capítulo IV desde el versículo 16, y todo el capítulo V, refieren hechos rigurosamente históricos, aunque mal interpretados, y recogidos palabra por palabra del *Libro de los Número* de la *Kábala* oriental. Enoch, el patriarca de la masonería, da comienzo a la genealogía de las familias turania, aria y semítica, si así pueden llamarse, en que cada mujer personifica un país o una ciudad, y cada patriarca una raza o subraza. Las mujeres de Lamech dan la clave del enigma que los verdaderos eruditos pudieran desentrañar aun sin auxilio de la ciencia esotérica, pues cada palabra tiene un sentido propio sin que entrañe *revelación* alguna (18), sino que todo el texto es una compilación de hechos *históricos*, aunque la historia no se decida a darles la importancia que merecen.

En el Euxino, Cachemira y allende estas comarcas, hemos de buscar la cuna de la humanidad y de los hijos de *Ad-ah*, dejando el *Ed-en* de las riberas del Éufrates al colegio de los sabios astrólogos y magos *aleímes* (19). No es, pues, maravilla que Swedenborg, el vidente del Norte, aconsejara buscar la *palabra perdida* entre los hierofantes de Tartaria, China y Tíbet, porque únicamente allí se conserva en la actualidad, aunque la hallemos inscrita en los monumentos de las primitivas dinastías egipcias. Un mismo fundamento tienen los *Vedas* con su grandiosa poesía; los *Libros de Hermes*; el caldeo *Libro de los Números*; el *Código de los Nazarenos*; la *Kábala* de los tanaímes; el *Sepher Jezira*; el *Libro de la Sabiduría* de Salomón; el tratado secreto sobre *Muhta y Badha* (20) (atribuido por la cábala budista a Kapila, fundador del sistema filosofía sankhya); los Brahmanas (21) y el *Stan-gyur* de los tibetanos (22). Todos estos libros enseñan, bajo diversidad de alegorías, la misma doctrina secreta, que cuando acabe de pasar por el tamiz del estudio, aparecerá como el último término de la verdadera filosofía. Entonces se nos revelará la PALABRA PERDIDA.

No cabe esperar que los eruditos hallen en estas obras nada interesante, a no ser lo que directamente se relacione con la filología y mitología comparadas, pues aun el mismo Max Müller sólo ve “absurdos teológicos” y “desatinos quiméricos” en cuanto se refiere al misticismo y metafísica de la literatura sánscrita. Al hablar de los *Brahmanas*, cuyos misterios le parecen absurdos, dice Max Müller:

> La mayor parte de estos libros son pura charlatanería, y lo que es peor, *charlatanería teológica*. Nadie que de antemano conozca el lugar que los *Brahmanas* ocupan en la historia del pensamiento indo, puede leer más de diez páginas sin aburrirse (23).

No nos sorpende la severa crítica de este erudito orientalista, porque sin la clave de esa *charlatanería teológica*, ¿cómo juzgar de lo esotérico por lo exotérico?

Hallaremos respuesta a esta pregunta en otra de las interesantísimas conferencias del erudito alemán, que dice así:

> Ni los judíos ni los romanos ni los brahmanes intentaron jamás propagar sus creencias religiosas entre los pueblos vecinos, pues para ellos era la religión algo inherente y privativo de la nacionalidad, que

debía resguardarse de toda influencia extraña, y así mantenían en el mayor secreto los sacratísimos nombres de los dioses y las plegarias con que impetraban el favor divino. Ninguna religión era tan exclusivista como la brahmánica (24).

LA LITERATURA ÍNDICA

Por esta misma razón, nos maravilla el engreimiento de los eruditos, que en cuanto aprenden de boca de un *sratriya* (25) la significación de unos cuantos ritos esotéricos, ya se forjan la ilusión de interpretar todos los símbolos y de escudriñar las religiones de la India. Y is, como el mismo Müller reconoce, no sólo los brahmanes *dos veces nacidos*, sino ni siquiera la ínfima casta de los sudras, podía admitir en su seno a un extraño, mucho menos posible sería que revelaran los sagrados misterios de su religión, cuyo secreto tan celosamente preservaron de profanos oídos durante siglos sin cuento.

No; los eruditos no comprenden, o mejor dicho, no pueden comprender debidamente la literatura índica, pues para ello tropiezan con la misma dificultad que los escépticos para compartir los sentimientos de un iluminado o de un místico entregado de por vida a la contemplación. Tienen los eruditos perfecto derecho de embelesarse con el suave arrullo de la propia admiración y ufanarse de su saber, pero no de engañar a las gentes diciendo que han descifrado el enigma de las literaturas antiguas, y que, tras su externa “charlatanería”, nada hay que no conozcan los filósofos modernos, ni que el sentido literal de las voces y frases sánscritas encubran profundos pensamientos, obscuros para el profano e inteligibles para los descendientes de aquellos que lo velaron en los primitivos días del mundo.

No es maravilla que los escépticos y aun los mismos cristianos repugnen el licencioso lenguaje de las obras brahmánicas y sus derivantes: la *Kábala*, el *Codex* de Bardesanes y las *Escrituras* hebreas, que el lector profano juzga reñidas con el “sentido común”. Pero si por ello no cabe vituperarles, pues, como dice Fichte, “indicio es de sabiduría no satisfacerse con pruebas incompletas”, debieran tener en cambio la sinceridad de confesar su ignorancia en cuestiones que ofrecen dos aspectos y en cuya resolución tan fácilmente puede errar el erudito como el ignorante.

En su obra: *Desarrollo intelectual de Europa*, llama Draper “edad de fe” al tiempo transcurrido desde Sócrates, precursor de Platón, hasta Carneades; y “edad decrépita”, al tiempo que media entre Filo Judeo y la disolución de las escuelas neoplatónicas por Justiniano. Pero esto demuestra, precisamente, que Draper conoce tan poco la verdadera tendencia de la filosofía griega, como el verdadero carácter de Giordano Bruno. Así es que cuando Müller declara por su propia autoridad que la mayor parte de los *Brahmanas* son pura “charlatanería teológica”, suponemos con profunda pena que el erudito orientalista debe de estar mejor enterado del valor gramatical de los verbos y nombres sánscritos que del pensamiento indo, y deploramos que un erudito tan bien dispuesto siempre a hacer justicia a las religiones y sabios de la antigüedad, estimule en esta ocasión la hostilidad de los teólogos cristianos. Sin el significado esotérico de los textos, tendría razón Jacquemont (26) al preguntar con aire de duda para qué sirve el sánscrito, porque si hemos de poner un cadáver en vez de otro, tanto da disecar la letra muerta de la *Biblia* hebrea como la de los *Vedas* indos. Quien no esté intuitivamente vivificado por el espíritu de la antigüedad, nada descubrirá más allá del “charlatanismo exotérico”.

Al leer por vez primera que “en la cavidad craneal del Macroprosopos (la Gran Faz) se oculta la SABIDURÍA aérea que en parte alguna está abierta ni descubiera”, o bien que “la nariz del *Anciano de los Días* es *vida* en todas partes”, nos sentimos inclinados a diputar estas frases por incoherentes extravagancias de un orate. Y al leer en el *Codex Nazar oeus* que “Ella (el *Espíritu*) incitó a su frenético y mentecato hijo Karabtanos a cometer un pecado contra

naturaleza con su propia madre", cerraríamos disgustados el libro. Pero ¿no hay en ello más que fruslerías sin sentido expresadas en lenguaje burdo y aun obsceno? En apariencia, no cabe juzgarlo ni más ni menos que, como en apariencia también, se juzgan profanamente los símbolos sexuales de las religiones induísta y egipcia, la licenciosa expresión de la misma *Biblia*, llamada "santa", o la alegoría de la serpiente tentadora de Eva. El inquieto y siempre insinuante espíritu, luego de "caído en la materia", tienta a Eva o Hava (símbolo de la materia caótica "frenética y sin juicio"). De la propia suerte, Karabtanos (*materia*) es el hijo de *Sophia-Achamoth* (el *Spiritus*, según los nazarenos), que a su vez es hija del espíritu puro y mental, o aliento divino. Cuando la ciencia descubra plenamente el origen de la materia y demuestre que tanto los ocultistas y filósofos antiguos como sus actuales sucesores se equivocan al considerar la materia correlativa del espíritu, entonces podrán los escépticos menospreciar la sabiduría antigua y acusar de obscenidad a las antiguas religiones.

SÍMBOLO DE SIVA

Dice a este propósito la escritora Lidia María Child:

> Desde tiempo inmemorial ha sido adorado en el Indostán el emblema de la creadora potencia originaria de la vida. Es el símbolo más frecuente de Siva (Bala o Mahâdeva), con cuyo culto está universalmente relacionado... Siva no es tan sólo entre los induistas el reproductor de la forma humana, sino que representa el principio fructificante y la potencia creadora que penetra el universo...
>
> Hay pequeñas imágenes de este emblema talladas en marfil, oro o cristal, que se llevan colgantes del cuello a manera de adorno... El emblema maternal tiene asimismo carácter religioso, y los devotos de Vishnú se lo marcan en la frente en sentido horizontal... ¿Qué extraño es que miren con reverencia el profundo misterio de la generación? ¿Eran ellos los obscenos al hacerlo así, o lo somos nosotros por no hacerlo? Mucho camino hemos andado, y seguido senderos muy sucios desde que los antiguos anacoretas hablaron por primera vez de Dios y del alma en las solemnes profundidades de sus primitivos santuarios, no nos riamos de su manera de indagar la Causa infinita e incomprensible a través de los misterios de la Naturaleza, pues acaso proyectaríamos la sombra de nuestra rudeza sobre su patriarcal sencillez (27).

Muchos eruditos intentaron con buena voluntad hacer justicia a la antigua India. Colebrooke, William Jones, Barthelemy St.-Hilaire, Lassen, Weber, Strange, Burnouff, Hardy y Jacolliot han aportado su testimonio en pro de los adelantos de la India en jurisprudencia, ética, filosofía y religión. Nadie en el mundo aventajó todavía a los teólogos y metafísicos sánscritos en sus conceptos de Dios y el hombre. Jacolliot, que gracias a su larga residencia en la India y al estudio de la literatura del país, es testimonio de superior competencia, nos dice acerca del particular:

> Al paso que admiro el profundo saber de muchos orientalistas y traductores, me quejo de ellos, porque *como no han vivido en la India*, no aciertan con la expresión exacta ni comprenden el *simbólico* sentido de los himnos, plegarias y ceremonias, por lo que frecuentemente caen en deplorables errores de traducción o de interpretación... la vida de varias generaciónes apenas bastaría para leer siquiera las obras que la antigua India nos legó sobre historia, ética, poesía, filosofía, religión y ciencias (28).

Sin embargo, Jacolliot sólo podía juzgar por los escasos fragmentos que en sus manos puso la complacencia de unos cuantos brahmanes con quienes contrajo estrecha amistad. Pero ¿le enseñaron *todo* lo que atesoraban? ¿Le explicaron *todo* cuanto deseaba saber? Lo dudamos, porque de otra suerte no hubiese juzgado sus ceremonias religiosas con la ligereza en que incurre algunas veces, sin otro apoyo que lo que eventualmente pudo ver. Sin embargo,

es Jacolliot el viajero más justo e imparcial en sus apreciaciones sobre India. La severidad que muestra respecto a la actual degradación del país, sube de punto cuando la descarga contra la casta sacerdotal que la determinó durante estos últimos siglos; pero sus apóstrofes están en relación con la intensidad en estimar las pasadas grandezas. Señala Jacolliot las fuentes de que manaron las antiguas creencias reveladas, incluso los *Libros de Moisés*, y considera la India como cuna de la humanidad, madre de las demás naciones y semillero de las artes y las ciencias, ya envueltas de mucho antes en las cimerianas tinieblas de las edades arcaicas. Sigue diciendo Jacolliot:

> Estudiar la India es inquirir los orígenes de la humanidad... La sociedad moderna tropieza a cada paso con la antigua. Nuestros poetas imitan a Homero, Virgilio, Sófocles, Eurípides, Plauto y Terencio; nuestros filósofos se inspiran en Sócrates, Pitáoras, Platón y Aristóteles; nuestros historiadores toman por modelo a Tito Livio, Salustio y Tácito; nuestros oradores remedan a Demóstenes y Cicerón; nuestros médicos estudian a Hipócrates, y nuestros jurisperitos transcriben a Justiniano. Pero también la antigüedad tuvo a su vez otra anterior que le sirvió de dechado. ¿Hay algo más lógico y sencillo? ¿No se suceden los pueblos unos a otros? ¿Acaso la sabiduría penosamente adquirida por una nación ha de quedar recluida en su propio territorio y morir con la generación que la engendrara? ¿No cabe afirmar sin absurdo que la esplendente, culta y populosa India de hace seis mil años estampó en Egipto, Persia, India, grecia y Roma tan indeleble sello y tan profundas huellas como en Occidente estamparon estas otras naciones? Hora es ya de desechar el prejuicio que nos representa a los antiguos como si espontáneamente hubiesen nacido en su entendimiento las más sublimes ideas filosóficas, religiosas y morales, o como si a la intuición de unos cuantos sabios se debiera todo en los dominios de la ciencia, del arte y de la literatura, y a la revelación se debiese remitir todo cuanto aparece en el orden religioso (29).

EL MUNDO ORIENTAL

Parece que no está lejano el día en que los adversarios de este sagaz erudito se vean confundidos por la irresistible fuerza de las pruebas; y cuando los *hechos* hayan confirmado cuanto dice, verá el mundo que a la desconocida e inexplorada India le debe sus idiomas, sus artes, leyes y civilización. El progreso de este país se atascó siglos antes de nuestra era (30), hasta paralizarse por completo en los siguientes; pero en su literatura hallamos la prueba irrefragable de sus pasadas glorias. Si no fuera tan espinoso el estudio del ´sanscrito, de seguro que se despertara la afición a la literatura índica, incomparablemente más rica y copiosa que ninguna otra. Hasta ahora, la generalidad de los intelectuales se ha relacionado incompletamente con el antiguo mundo oriental por mediación de unos cuantos eruditos que, no obstante su gran cultura y honrada sinceridad, discrepan en la interpretación y comento de las pocas obras llegadas a sus manos de entre el sinnúmero de las que, no obstante el vandalismo de los misioneros, integran todavía la enorme masa de la literatura índica (31).

No ha mucho, en la ceremonia de la cremación del cadáver del barón de Palm, un teósofo pronunció un discurso diciendo que el *Código de Manú* se conocía ya mil años antes de Moisés. Contra esta afirmación, arguyó el reverendo Dunlop Moore, de Nueva Brighton, replicando en un periódico (32) que “todos los orientalistas de alguna importancia convienen hoy en atribuir a distintas épocas las *Instituciones de Manú*, cuya parte *más antigua* data probablemente del *siglo VI antes de la Era cristiana*”. Pero el alarde de piedad e ingenio que supone esta discrepancia, no invalida la opinión de orientalistas tan doctos como William Jones y Jacolliot:

> Resulta evidente que las *Leyes de Manú*, según las conocemos con sólo 680 dísticos, no pueden ser la obra atribuida a Sumati (el *Vriddha Mânava* o *Antiguo Código de Manú*, según toda probabilidad),

no reconstruida aún enteramente, si bien la tradición ha conservado muchos fragmentos que con frecuencia citan los comentadores.

Por su parte, dice Jacolliot:

En el prefacio de un tratado sobre legislación, de Nârada, escrito por uno de sus adeptos, copartícipe del poder brahmánico, leemos que Manú escribió las leyes de Brahma en cien mil dísticos que formaban veinticuatro libros con mil capítulos, y entregó después esta obra a Nârada, el sabio entre los sabios, quien, para que las gentes pudieran aprovecharse de ella, la compendió en doce mil dísticos, que Sumati, hijo de Brighu, redujo a cuatro mil para su mejor comprensión... Entiendo, pues, que las leyes indas fueron codificadas por Manú *más de tres mil años antes de la Era cristiana*, y de ellas derivaron su legislación los pueblos antiguos y especialmente Roma, la única que nos ha legado un código escrito, el de Justiniano, sobre el cual se basan las legislaciones modernas (33).

El mismo autor añade en otra de sus obras (34), al discutir con Textor de Ravisi (35):

Ningún orientalista se atrevería a negarle a Manú el título de primer legislador del mundo, pues floreció en época que se pierde en la prehistoria de la India.

LA ÉPOCA DE MANÚ

Pero Jacolliot no ha oído hablar del reverendo Dunlop Moore, sin duda porque con otros orientalistas está disponiéndose a demostrar que los textos védicos y los de Manú enviados a Europa por la "Sociedad Asiática de Calcuta", *no son auténticos*, sino amañados hábilmente por algunos misioneros jesuitas con deliberado propósito de extraviar a los comentadores y cubrir la historia de la India con una nube de incertidumbre que envuelva sospechas de superchería contra los modernos brahmanes. Termina diciendo Jacolliot que Europa debe conocer estos hechos, sobre los cuales ya ni siquiera se discute en la India (36).

Además, el *Código de Manú*, que los orientalistas europeos consideran como el comentado por Brighu, no forma parte del *Vriddha-Mânava*, que se conserva completo en los templos, aunque los eruditos sólo hayan descubierto de él pequeños fragmentos. Jacolliot demuestra que las copias enviadas a Europa difieren del original existente en las pagodas del Sur de la India. También podemos aducir el testimonio de William Jones, quien lamenta que Callouca no haya tenido en cuenta en sus comentarios, que "las leyes de Manú *se contraen a las tres primeras épocas* (37).

Según los cómputos, estamos en el *Kali Yuga*, o tercera época a contar desde la Satya o Kritayuga, en que, conforme asegura la tradición, se establecieron las *Leyes de Manú*, cuya autenticidad acepta implícitamente William Jones. Aun admitiendo todo cuanto se diga acerca de la cronología inda (38), tendremos que como han transcurrido unos 4.500 años desde que comenzó la cuarta edad del mundo, o sea el *Kali Yuga*, hay razón para que uno de los más insignes orientalistas, y cristiano por añadidura, afirme que Manú es de muchos miles de años más antiguo que Moisés. Verdaderamente, nos encontramos ante un dilema: o bien se ha de reformar la historia de la India para uso exclusivo de quienes niegan la precedencia de Manú sobre todos los legisladores, o bien han de estudiar la literatura inda antes de arremeter en este punto contra los teósofos.

Pero dejando de lado la opinión de los reverendos redactores de *La Bandera Presbiteriana*, cuyo objeto muy poco nos importa, atendamos a lo que dice la *Nueva Enciclopedia Americana* respecto de la antigüedad e importancia de la literatura inda. Afirma uno de los articulistas, que las *Leyes de Manú* no datan más allá del siglo III antes de J. C. Esta afirmación es muy elástica, porque pudiera parecer verosímil si por *Leyes de Manú* se entiende

el *compendio* que hicieron los últimos brahmanes en apoyo de sus ambiciosos proyectos; pero tan ilógico es equiparar dicho compendio al verdadero código de Manú, como si alguien afirmase que la *Biblia* no data más allá del siglo X de la Era cristiana, porque no hay ningún manuscrito anterior a esta época; o bien suponer que la *Ilíada* no es anterior al hallazgo de su texto original. No conocen los eruditos europeos ningún manuscrito sánscrito que se remonte a más de cuatro o cinco siglos (39); y sin embargo, no vacilan en asignar a los Vedas cuatro o cinco mil años de antigüedad. Hay valiosas pruebas de la antigüedad de las *Leyes de Manú*; pero prescindiendo de las opiniones de los eruditos, por no haber dos que coincidan, aduciremos la nuestra en lo concerniente a la incomprobada afirmación de la *Nueva Enciclopedia*.

Si, como Jacolliot demuestra texto en mano, el *Código de Justiniano* es copia del de Manú, conviene indagar ante todo la antigüedad de aquél, no ya como código perfecto de leyes escritas, sino en su primitivo origen. Nos parece que la tarea no es difícil.

EL CÓDIGO DE MANÚ

Según Varrón, Roma fue fundada el año 3961 de la Era juliana (754 años antes de J. C.). la recopilación que Justiniano hizo con el nombre de *Corpus Juris Civilis*, no era un código, sino un digesto de costumbres seculares. Aunque nada sabemos en la actualidad acerca de las primeras autoridades romanas en jurisprudencia, es indudable que la fuente principal del *jus scriptum* o ley escrita, fue el *jus non scriptum* o ley consuetudinaria, en la que precisamente hemos de apoyar nuestra argumentación sobre el caso. La *Ley de las Doce Tablas* se promulgó hacia el año 300 de la fundación de Roma; pero derivándola los legisladores de *fuentes aun más primitivas* que coinciden con las *Leyes de Manú*, cuya codificación remontan los brahmanes al *Kritayuga*, o sea la edad anterior a la actual *Kaliyuga*. Por lo tanto, es lógico inferir que las leyes consuetudinarias y tradicionales de que derivaron las *Doce Tablas*, son unos cuantos siglos anteriores a la promulgación de esta ley escrita, con lo que llegamos, por lo menos, a mil años antes de J. C.

El *Mânava Dharma Sâstra*, que contiene la cosmogonía inda, es en opinión general la obra más antigua después de los *Vedas*, cuyo origen remonta Colebrooke al siglo XV antes de J. C.; por lo que las *Leyes de Manú* han de datar de mucho más allá del siglo III antes de nuestra Era (40).

Los brahmanes jamás pretendieron atribuir a revelación divina el *Código de Manú*, según lo demuestra la distinción establecida entre los *Vedas* y los demás libros sagrados. Al paso que todas las sectas induístas consideran los *Vedas* como la palabra directa de Dios o revelación divina (*shruti*), el *Código de Manú* es tan sólo una recopilación de tradiciones orales (*smriti*), que todavía subsisten entre las más antiguas y veneradas de la India. Pero el argumento de mayor valía en pro de la antigüedad de las *Leyes de Manú* estriba tal vez en que los brahmanes refundieron estas tradiciones hace muchos siglos e interpolaron más tarde otras leyes con ambiciosas miras. Por consiguiente, esta interpolación debió ya efectuarse 2.500 años atrás, *cuando todavía no se practicaba la cremación de las viudas (sutti)*, ni había barruntos de tan atroz costumbre, no estatuida en los *Vedas* ni en el *Código de Manú* (41).

Los brahmanes aducían, en apoyo de esta práctica, un versículo del *Rig Veda*, pero recientemente se ha comprobado que era apócrifo (42). Si los brahmanes hubiesen sido los autores del *Código de Manú*, en lugar de adulterarlo con interpolaciones tendenciosas, no descuidaran de seguro un punto cuya omisión ponía en tan grave riesgo su autoridad. Esto es prueba suficiente de la remota antigüedad del *Código de Manú*.

La lógica y racional virtualidad de esta prueba nos mueve a afirmar que si Roma recibió la civilización de Grecia y Grecia de Egipto, el Egipto a su vez, en los ignotos tiempos de Menes (43), recibió de la India prevédica leyes, instituciones, artes y ciencias (44); y por consiguiente, en la antigua iniciadora de los sacerdotes y adeptos de todos los demás países, hemos de buscar la clave de los misterios de la humanidad. Pero no nos referimos a la India contemporánea, sino a la India arcaica (45), la reconocida cuna del género humano, sobre la cual vamos a referir una curiosa leyenda.

Según tradición explicada en los anales del *Gran Libro*, mucho antes de los días de Adam y de su curiosa mujer Heva, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilataba por el Asia central un vasto mar interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los "hijos de Dios"; pero no los que se prendaron de las "hijas de los hombres", sino los verdaderos *Elohim*, aunque la *Kábala* oriental les dé otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra "inefable", hoy día *perdida*. Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales (46) conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim*, o presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor.

Ya vimos que, según tradición aceptada por todos los pueblos antiguos, existieron otras razas humanas anteriormente a la nuestra. Cada una de ellas fue distinta de la precedente, e iban desapareciendo al aparecer la que había de sucederla. En los *Libros de Manú* se habla explícitamente de seis sucesivas razas. Dice así:

> De este Manú Swayambhuva (el menor, correspondiente a Adam Kadmon), emanado de Swayambhuva o Ser existente por sí mismo, descendieron otros seis Manús (hombres símbolos de progenitores), cada uno de los cuales engendró *una raza* de hombres... Estos Manús todopoderosos, entre quienes Swayambhuva es el primero, han producido y gobernado, *cada cual en su respectivo período* (antara), este mundo compuesto de seres inmóviles y semovientes (47).

En el *Siva Purana* (48), leemos*:*

> ¡Oh Siva!, ¡dios del fuego! Consume mis pecados como consume el fuego la hierba seca de los yermos. Tu potente soplo dio vida a Adhima (el primer hombre) y a Heva (complemento de vida), los *antecesores de esta raza de hombres*, que poblaron el mundo con su descendencia.

LA ISLA TRANSHIMALÁYICA

La hermosa isla de que hemos hablado no tenía comunicación marítima con el continente sino por medio de pasadizos submarinos, conocidos únicamente de los jefes. La tradición señala entre el número de colegios sacerdotales, las majestuosas ruinas de Ellora, Elephanta y las cuevas de Ajunta (en la cordillera de Chandor), que comunicaban con los pasadizos submarinos (49). ¿Quién puede decir si la desaparecida Atlántida (también mencionada en el *Libro Secreto*, aunque con el nombre sagrado), existía ya en aquella época? ¿No fuera acaso posible que el continente atlante se hubiese dilatado por el Sur de Asia, desde la India a la Tasmania (50)? Si algún día llega a comprobarse la existencia de la Atlántida, que unos autores ponen en duda y otros niegan resueltamente, considerando esta hipótesis como una extravagancia de Platón, tal vez se convenzan entonces los eruditos de que no fue

fabuloso el continente habitado por los “hijos de Dios”, y de que la cautela de Platón al aludir a la Atlántida con supuesta atribución del informe a Solón y los sacerdotes egipcios, tenía por objeto comunicar prudentemente esta verdad al mundo, de modo que, combinando la verdad con la ficción, no quebrantase el sigilo a que le obligaba la iniciación. Por otra parte, Platón no pudo inventar el nombre de *Atlanta*, porque en la etimología de este nombre no entra ningún elemento griego (51).

DEPRAVACIÓN DE LOS ATLANTES

Pero, siguiendo nuestro relato, diremos que los hierofantes se clasificaban en dos categorías: los que instruidos directamente por los “hijos de Dios”, residentes en la referida isla, estaban iniciados en la divina doctrina de la pura revelación, y los que pertenecientes a distinta raza habitaban en la desaparecida Atlántida y poseían la facultad de clarividencia a cualquier distancia y a pesar de los obstáculos materiales. Eran, en suma, la *cuarta* raza de hombres a que alude el *Popol Vuh*, y sin duda tenían congénitas cualidades mediumnímicas, como ahora se dice, que les permitían adquirir los conocimientos sin sacrificio alguno; mientras que los hierofantes de la primera categoría hollaban el sendero trazado por sus divinos instructores y adquirían gradualmente los conocimientos hasta distinguir entre el bien y el mal. Los adeptos nativos de la Atlántida obedecían ciegamente las insinuaciones del invisible *Dragón* o rey *Thevetat* (52), quien no había aprendido ciencia alguna, pero que, según dice Wilder, era “una especie de Sócrates que *sabía* sin haber sido iniciado”. Así que, influida por las malignas insinuaciones de Thevetat, la raza atlante se convirtió en una nación de magos negros, por lo que se encendió una guerra, cuyo relato nos llevaría demasiado lejos (53). El conflicto terminó con la sumersión de la Atlántida, que las tradiciones babilónica y mosaica simbolizaron en el diluvio. “Murió toda carne y todo hombre...”, “los gigantes y los magos...”; todos, excepto Xisthrus y Noé, equivalentes típicamente al Padre de los thlinkithianos del *Popol Vuh*, quien, como Vaisvasvata, el Noé indo, se salvó en un espacioso buque.

Si damos crédito a esta tradición, hemos de admitir también el posterior relato, según el cual, del enlace entre la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé atlante, nació una raza mixta de justos y de malvados. Por una parte, tiene el mundo a Enoch, Moisés, Buda, los salvadores y hierofantes insignes, y por otra parte, los magos *naturales*, que por no restringir su iluminación espiritual, y a causa de su debilidad física y mental, pervirtieron inadvertidamente sus dotes. Moisés no tiene ni una sola palabra de vituperio para los videntes y profetas educados en los colegios de sabiduría esotérica que menciona la Biblia (53), sino que guarda su enojo contra quienes, con intención o sin ella, degradaban los poderes recibidos de sus antecesores los atlantes, poniéndolos al servicio de espíritus malignos en perjuicio de la humanidad. Las iras de Moisés se encendían contra el espíritu de *Ob*, pero no contra el de *Od* (54).

EL TESORO DE LOS INCAS

Las ruinas de que está sembrado el suelo americano y muchas islas adyacentes a la India occidental fueron obra de los sumergidos atlantes. Así como los hierofantes del continente antiguo podían comunicarse submarinamente con el nuevo, así también los magos atlantes dispusieron de análogas comunicaciones. A propósito de estas misteriosas catacumbas, referiremos una curiosa narración oída de labios de un peruano con quien íbamos de viaje, y que murió hace tiempo (55). Trata la narración de los famosos tesoros del último inca, y es como sigue:

Desde el célebre y miserable asesinato perpetrado por Pizarro en la persona del último inca, todos los indios conocían el paraje donde estaba escondido el tesoro, pero no así los mestizos, en quienes era imposible confiar. Al caer prisionero el inca, ofreció su esposa en rescate todo el oro que cupiese en una sala hasta la altura donde alcanzase el conquistador, debiendo efectuarse la entrega antes de la puesta de sol del tercer día. La esposa del inca cumplió su palabra, pero Pizarro faltó a ella, según costumbre en los aventureros españoles, porque maravillado a la vista de tan enorme riqueza, declaró que en modo alguno devolvería la libertad al prisionero, sino que le quitaría la vida, a menos que la reina revelase la procedencia del tesoro. Había oído decir Pizarro que los incas guardaban incalculables riquezas en un túnel o galería subterránea de muchas millas de largo. La infortunada reina pidió una prórroga y fuése a consultar el oráculo. Durante el sacrificio, el sacerdote mayor le mostró en el sagrado espejo negro (56) la inevitable muerte de su esposo, tanto si entregaba como si no a Pizarro los tesoros de la corona. Entonces, la reina mandó tapiar la entrada del subterráneo que se abría en la rocosa margen de un barranco. El sacerdote mayor, acompañado de los magos, después de tapiar la abertura, llenaron el barranco de enormes piedras sobre las que extendieron una capa de tierra para disimular la obra. Los españoles asesinaron al inca y la desdichada reina se suicidó, burlando así la codicia de los conquistadores, sin que nadie, excepto unos cuantos peruanos fieles, tuviese noticia del paraje donde el tesoro quedaba oculto.

A consecuencia de algunas indiscreciones, los gobiernos de distintos países enviaron agentes en busca del tesoro bajo pretexto de exploraciones científicas, pero no tuvieron éxito alguno en su propósito.

Los informes de Tschuddi y otros historiadores del Perú confirman esta narración, aunque hay algunos pormenores desconocidos del público antes de ahora.

Varios años después volvimos al Perú, y en un viaje por mar desde Lima a las costas meridionales, llegamos cuando ya se ponía el sol a un punto cercano a Arica, donde nos llamó la atención una enorme y solitaria roca cortada casi a pico y sin visible enlace con la cordillera de los Andes. Era la tumba de los incas. Con el auxilio de unos gemelos de teatro, distinguimos a los reflejos del sol poniente algunos curiosos jeroglíficos grabados en la superficie de la volcánica roca.

SUBTERRÁNEOS DEL PERÚ

En Cuzco, capital del Perú, se alzaba el templo del Sol, famoso en todo el país por su magnificencia. Techo, paredes yt cornisas estaban revestidas de planchas de oro, y en el muro occidental habían practicado los arquitectos una abertura dispuesta de tal modo, que enfocaba los rayos solares hacia el interior del edificio, en donde se difundían como dorada cadena alrededor de las paredes e iluminaban los torvos ídolos y descubrían ciertos signos místicos (57), de ordinario invisibles, en que se cifraba el secreto de las entradas a la galería subterránea. Una de estas entradas se abre en las inmediaciones del Cuzco (actualmente es imposible de descubrir), y da acceso a un larguísimo subterráneo que conduce a Lima, y de esta ciudad tuerce hacia el Sur hasta Bolivia. En cierto punto del túnel hay un sepulcro regio a cuya cámara dan acceso dos puertas ingeniosamente dispuestas, o mejor dicho, dos enormes losas, que al girar sobre sus goznes cierran con tan perfecto ajuste, que sólo por medio de ciertas señales secretas pueden descubrir la juntura los fieles guardianes.

Una de estas losas intercepta la galería por la parte de Lima, y la otra por la de Bolivia. Esta última rama se dirige hacia el Sur y pasa por Trapaca y Cobijo, porque Arica no está muy lejos del riachuelo Payquina (58) que separa Perú de Bolivia.

No lejos de allí se yerguen tres picachos andinos, distanciados en forma de triángulo. Según tradición, en uno de estos picos se abre la única entrada expedita de la galería que va al Norte; pero sin conocer los puntos de referencia que a la entrada encaminan, fuera en vano que un ejército de titanes apartara las rocas con intento de descubrirla. Y aun suponiendo que

alguien diese con ella y llegara por la galería hasta la losa que cierra la cámara sepulcral, resuelto a derribarla, nada conseguiría, porque las rocas de la bóveda están asentadas de modo que, en tal caso, cegarían la tumba con todos sus tesoros (59). La cámara de Arica no tiene otra entrada que la abierta en la montaña inmediata al río Payquina. A lo largo de la galería que desde el Cuzco pasa por Lima hasta llegar a Bolivia, hay pequeños escondrijos, donde durnte muchas generaciones acumularon los incas incalculables riquezas en oro y piedras preciosas (60).

Los tesoros descubiertos en las excavaciones de Micenas por Schliemann despertaron la codicia de los aventureros, que desde entonces ponen la mira en las ruinas donde sospechan ha de haber criptas o cuevas subterráneas con escondidos tesoros. No hay paraje alguno, ni siquiera el Perú, del que se refieran tantas tradiciones como del desierto de Gobi, en la Tartaria independiente. Esta desolada extensión de movediza arena fue, si la voz popular no miente, uno de los más poderosos imperios del mundo. Se dice que el subsuelo esconde oro, joyas, estatuas, armas, utensilios y cuanto supone civilización, lujo y arte en cantidad y calidad superior a lo que pueda hoy hallarse en cualquier capital de la cristiandad. Las arenas del desierto de Gobi se mueven regularmente de Este a Oeste, impelidas por el huracanado viento que de continuo sopla. De cuando en cuando, dejan las arenas al descubierto parte de los tesoros ocultos, pero ningún indígena se atreve a echarles mano porque le herirían de muerte los *bahti*, espantosos gnomos a cuya fidelidad está confiada la custodia de aquellas riquezas, en espera de que la sucesión de los períodos cíclicos permita revelar la existencia de aquel pueblo prehistórico para enseñanza de la humanidad.

Según tradicional local, en las cercanías del lago Tabasun Nor está todavía la tumba del khan Ghengiz, donde el Alejandro mogol duerme para despertar dentro de tres siglos y conducir a su pueblo a nuevas victorias y más verdes laureles (61).

El desierto de Gobi, así como toda la Tartaria independiente y el Tíbet, están celosamente guardados contra la intrusión de los extranjeros. Quienes obtienen licencia para atravesar dichos territorios, quedan sujetos a la vigilancia de los agentes de la suprema autoridad del país, con la restricción de no divulgar nada de lo referente a lugares y personas (62).

EL EJERCICIO DE LA MAGIA

Marco Polo, el audaz viajero del siglo XIII, dice que “las gentes de Pashai están muy versadas en brujería y *diabólicas* artes” (63). Pero los tiempos antiguos son exactamente como los modernos en lo tocante al ejercicio de la magia, sin más diferencia que la reserva de los adeptos y el secreto de las prácticas aumenta en proporción de la curiosidad de los viajeros.

Hiuen-Thsang dice de los habitantes de dichos países que “los hombres son aficionados al estudio, aunque no se entregan a él con mucho ardor, y *la ciencia mágica es entre ellos una profesión ordinariamente mercantil*” (64). No queremos contradecir en este punto al venerable peregrino chino, y admitiremos sin reparo que en el siglo VII hubo quienes *lucraron* con la magia como también lucran algunos hoy día, aunque no seguramente los verdaderos adeptos. El piadoso e intrépido Hiuen-Thsang, que arriesgó cien veces la vida para contemplar la sombra de Buda en la cueva de Peshawur, no se atrevería a acusar de mercaderes de magia a los santos lamas y monjes taumaturgos. Hiuen-Thsang debió tener presente la respuesta de Gautama a su protector el rey Prasenagit, que le había llamado para que obrase milagros. Díjole Buda: “¡Oh príncipe! Yo no enseño la ley a mis discípulos diciéndoles que a la vista de los brahmanes y de los padres de familia operen por sobrenatural poder milagros mayores que hombre alguno, sino que cuando les enseño la ley, les digo: Vivid de modo *que ocultéis*

vuestras buenas obras y mostréis vuestros pecados". Sorprendido el coronel Yule por los relatos que de las manifestaciones mágicas hicieron los viajeros que en toda época visitaron la Tartaria y el Tíbet, dedujo que "los naturales debieron tener a su disposición laenciclopedia completa de los modernos espiritistas". Duhalde menciona, entre las diversas hechicerías de estas gentes, el arte de evocar la sombra espectral de Lao-Tsé (65) y de las divinidades aéreas, así como el fenómeno de que *un lápiz escriba, sin tocarlo nadie, las respuestas a varias preguntas* (66).

Las evocaciones formaban parte de los misterios religiosos del santuario; pero estaban rigurosamente prohibidas, por hechiceras y nigrománticas, las de propósitos profanos o lucrativos.

Cuando Hiuen-Thsang deseaba adorar la sombra de Buda no recurría a los magos profesionales, sino que le bastaba el invocativo poder de su propia alma acrecentado por la fe, la plegaria y la contemplación. Pavorosas tinieblas rodeaban la cueva donde se dice que de cuando en cuando aparece la sombra de Buda. En ella entró Hiuen-Thsang y comenzó sus rezos con cien jaculatorias; pero como nada veía ni oía, creyóse demasiado pecador para recibir la suspirada merced y prorrumpió en dolientes y desesperadas voces. Iba ya a desalentarse, cuando advirtió en la pared oriental de la cueva un débil resplandor muy luego desvanecido. Recobrada con ello la esperanza, volvió a ver por un instante el resplandor, y entonces hizo voto solemne de que no saldría de la cueva sin la inefable dicha de ver la sombra del "Venerbale de los Tiempos". No hubo de esperar mucho rato, porque apenas rezadas doscientas plegarias, iluminóse de repente la tenebrosa cueva, en cuyo muro oriental apareció blanco, majestuoso y resplandeciente, el espectro de Buda como *Montaña de Luz* tras desgarradas nubes. El rostro de la divina aparición deslumbraba con su brillo. Hiuen-Thsang, extático y absorto ante el prodigio que contemplaban sus maravillados ojos, no podía apartarlos de la sublime e incomparable visión. Añade Hiuen-Thsang en su diario *Si-yu-ki*, que sólo puede ver claramente el espectro de Buda, aunque sin gozar de su vista mucho tiempo, quien ora con sincera fe y recibe misterioso influjo de lo algo (67).

LEYENDAS CHINAS

A los que tan fácilmente acusan de irreligiosos a los chinos, les recomendamos la lectura del siguiente pasaje:

Por los años *Yuan-ye* del *Sung* (68), una piadosa matrona y sus dos criadas vivían en todo y por todo en el *País de la Iluminación*. Cierto día, una de las criadas le dijo a la otra: "Esta noche iré al reino de Amita (69)". Aquella misma noche llenóse la casa de balsámicos olores y la muchacha murió, sin que cupiera achacar a enfermedad su muerte. Al día siguiente, la otra criada le dijo a su ama: "Ayer se me apareció en sueños mi compañera declarándome estas palabras: -Gracias a las reiteradas súplicas de nuestra querida ama, estoy en el Paraíso con inefable bienaventuranza". La señora repuso: "Si se me apareciese también a mí, creería cuanto me dices". A la noche siguiente aparecióse la difunta a la señora, y ésta le preguntó: "¿Podría yo visitar por una vez siquiera el País de la Iluminación? –Sí- respondió el alma bienaventurada; -sígueme". La señora siguió en sueños a la aparecida, y muy luego descubrió un vastísimo lago cubierto de multitud de lotos blancos y rojos de varios tamaños, unos lozanos y otros ya marchitos. Preguntó la señora qué significaban aquellas flores, y la aparición respondió diciendo: "Son los moradores de la tierra cuyo pensamiento se convierte al País de la Iluminación. El primer anhelo sincero por el paraíso de Amita, engendra en el celeste lago una flor, que crece más bella según adelanta en su perfeccionamiento quien la engendró. dE lo contrario, se aja y marchita (70)". Quiso entonces la señora saber el nombre de un iluminado que reposaba en un loto con ondulantes y resplandecientes vestiduras. La aparecida respondió: "Es Yang-Kie". Preguntó el nombre de otro, y la criada le dijo: "Es Mahu". Volvió a preguntar la señora: "¿Dónde naceré en mi venidera

existencia?" entonces, el alma bienaventurada condujo a la señora más lejos todavía, y mostrándole una colina resplandeciente de oro y azul, le dijo: "He ahí vuestra morada futura. Seréis del primer coro de bienaventurados".

Al despertar de aquel sueño, mandó la señora inquirir noticias de Yang-Kie y Mahu. El primero había ya muerto. El otro gozaba aún de perfecta salud. Y así supo la señora que el alma del que adelanta en santidad sin retroceder en el camino, puede morar en el País de la Iluminación, aunque su cuerpo resida todavía en este transitorio mundo (71).

En la misma obra traduce Schott otra leyenda china de índole análoga, que dice así:

Un hombre mató durante su vida a muchos seres vivientes, hasta que por fin murió de un ataque apoplético. Los sufrimientos que aguardaban a esta alma pecadora conmovieron mi corazón. Fui a verle y le exhorté a que invocase a Amita, pero no quiso en modo alguno. La perversidad le cegaba el entendimiento, pues las malas acciones le habían empedernido el corazón. ¿Qué porvenir esperaba a este hombre después de la muerte? Todos sabemos que en esta vida tras el día viene la noche y el invierno sigue al verano; pero, ¡oh ciega obstinación!, nadie repara en que después de la vida viene la muerte.

Estos dos modelos de la literatura china bastan para rebatir el cargo que de irreligiosidad y materialismo suele hacerse contra dicha nación. La primera leyenda rebosa encanto espiritual, y bien podría hallar lugar propio en cualquier devocionario cristiano. La segunda es digna de todo elogio, y sólo fuera necesario poner *Jesús* en vez de *Amita*, para darle carácter ortodoxo con respecto al sentimiento religioso y al código de la filosofía moral.

La leyenda siguiente es todavía más interesante, y la copiamos en beneficio de los cristianos restauradores:

Hoang-ta-tie era un herrero que vivía en T'anchen en la época del Sung. En el trabajo acostumbraba a invocar incesantemente el nombre de Amita Buda. Un día repartió entre sus vecinos para que los divulgasen, unos versos que decían:

¡Ding, dong! Vigorosos y rápidos martillazos caen sobre el hierro, que al fin se convierte en duro acero. Pronto amanecerá el larguísimo día del reposo. La mansión de la bienaventuranza eterna me llama a sí.

El herrero murió en aquel punto, pero sus versos se divulgaron por todo el Honan, y muchos aprendieron a invocar el nombre de Buda.

ESPÍRITUS DEL DESIERTO

Es del todo ridículo negar a los chinos y demás pueblos asiáticos el conocimiento y percepción de las cosas espirituales. De uno a otro confín abundan en aquellos países los místicos, los filósofos religiosos, los santos budistas y los magos. Es universal allí la creencia en un mundo espiritual poblado de seres invisibles, que en ciertas ocasiones se manifiestan objetivamente a los mortales. A este propósito dice I. J. Schmidt:

Creen los pueblos del Asia Central que las entrañas de la tierra, así como su atmósfera, están pobladas de seres espirituales que influyen, en parte benéfica, en parte maléficamente, sobre la naturaleza orgánica e inorgánica. Creen también que los malignos espíritus prefieren por morada o punto de reunión los desiertos y comarcas despobladas, donde son terriblemente intensas las influencias de la Naturaleza. De aquí, que desde la más remota antigüedad se hayan considerado las estepas de Turán, y más particularmente el desierto de Gobi, como morada de seres maléficos.

En el relato de sus viajes alude repetidamente Marco Polo a los falaces espíritus de los desiertos. Durante muchos años, y más todavía en estos últimos, se tuvieron por fantásticas las narraciones del famoso explorador acerca de los prodigios que afirmó haber visto operar varias veces a los súbditos del khan Kublai y a los adeptos de otros países. En sus últimos momentos le pidieron con ahínco sus familiares a Marco Polo que se retractara de las supuestas falsedades, pero él juró solemnemente que, no sólo era verdad cuanto había dicho, sino que "únicamente refirió la mitad de lo que viera" (72).

Dice Marco Polo al describir su paso por el desierto de Lop:

> Cuando los viajeros caminan durante la noche, oyen las voces de los espíritus que algunas veces les llaman por su propio nombre. También de día se oyen las voces de estos espíritus, y en ocasiones el son de instrumentos músicos y más frecuentemente el de tambores.

El traductor de la obra aduce, en apoyo de este relato, el siguiente pasaje del historiador chino Matwanlin:

> Al atravesar este desierto se oyen unas veces cantos y otras gemidos. Con frecuencia se han extraviado o del todo perdido los viajeros que por curiosidad quisieron saber de dónde salían las voces, que de cierto eran de espíritus y duendes.

Añade Yule por su parte, que estos duendes no son privativos del desierto de Gobi, y aunque parece que aquél es un lugar preferido, *se congregan en otros desiertos al amparo del pavor que infunden las vastas soledades.*

Sin embargo, si aceptáramos con Yule que las misteriosas voces del desierto de Gobi tienen por causa el *pavor* que infunde el vasto desierto, ¿por qué han de ser de mejor condición los duendes del país de los gadarenos (73), y por qué no sería alucinación de Jesús el demonio que le tentó durante los cuarenta días de prueba en el desierto? Además, sea o no cierta la hipótesis de Yule, conviene aquí referirla por su imparcial aplicación a todos los casos. Plinio habla de fantasmas que aparecen y desaparecen en los desiertos de África (74); Etico, cosmógrafo cristiano de los primeros tiempos, menciona, aunque sin darles crédito, los relatos acerca de los cantos y algazara que se oían en el desierto; Mas'udi alude a los espectros que en altas horas de la noche se aparecen a los viajeros que cruzan el desierto, y refiere que en cierta ocasión Apolonio de Tyana y sus compañeros vieron a la luz de la luna, en el desierto cercano al río Indo, un espectro (*empusa o ghûl*) que tomaba infinidad de formas y se desvaneció entre agudos chillidos en cuanto le increparon (75); y por último, Ibn Batruta relata parecidos casos respecto al Sahara occidental, diciendo que "si el viajero va solo, los demonios juegan con él y le fascinan para que se extravíe y perezca (76).

Ahora bien: si estos fenómenos admiten "explicación racional", como así nos parece en la mayoría de los casos, también han de entrar en la misma regla los demonios tentadores del desierto, según la Biblia, que serían asimismo efecto de *supersticiosos temores*, y por lo tanto, hubiéramos de diputar por falsos los relatos bíblicos, con lo que, habiendo falsedad siquiera en un solo versículo, pierden los demás el derecho a que se les considere de *revelación divina*. Y una vez admitido esto, los libros canónicos caen bajo el dominio de la crítica tan cumplidamente como cualquier colección de fábulas (77).

LA ARENA MUSICAL

Hay en el globo muchos parajes donde ocurren fenómenos acústicos que, según se ha comprobado últimamente, son efecto de causas naturales. En varios puntos de la costa

meridional de California, cuando se mueve la arena produce un ruido semejante al de campanas, que llaman allí *arena musical* y cuya causa se atribuye a la electricidad.

Sobre el particular, dice el coronel Yule:

> Otra clase de fenómenos es el son de instrumentos músicos, principalmente de tambores, que se producen al agitar los montículos de arena... El monje Odoric relata un fenómeno de esta clase que atribuye a causas *sobrenaturales*, y he podido experimentar en el *Reg Ruwán* o arenas movedizas de Kabul. Además de este notable caso, observé igualmente el no menos famoso de la "Cuesta de la Campana" (*Jibal Nakies*) (78) en el desierto de Sinaí... Una narración china del siglo X menciona este fenómeno y lo da por generalmente conocido con el nombre de "arenas cantoras" en las cercanías de Kwachau, en el límite oriental del desierto de Lop (79).

No cabe duda de que estos fenómenos proceden de causas naturales; pero ¿qué decir de las preguntas y respuestas clara y distintamente dadas y recibidas?, ¿qué de las conversaciones de algunos viajeros con los *invisibles* espíritus o desconocidas entidades que suelen manifestarse objetivamente a toda una caravana? Si tantos millones de personas creen en la posibilidad de que los espíritus se materialicen tras la cortina de un médium y aparezcan en el *círculo*, no ha de negarse igual posibilidad en los espíritus elementales del desierto. Aquí del *ser* o *no ser* de Hamlet. Si los espíritus son capaces de llevar a cabo cuanto alegan los espiritistas, ¿por qué no han de poder aparecerse a los viajeros en las soledades del desierto (80)?

¡Qué de incrédulas burlas debieron provocar durante siglos las tildadas de absurdas y supersticiosas narraciones de Marco Polo acerca de las facultades "sobrenaturales" de los *abraiamanes* (81)!

Al describir la pesca de perlas en Ceilán, según se efectuaba en su época, dice el famoso viajero:

> Los mercaderes están obligados a pagar la vigésima parte de la pesca a los hombres que *encantan* a los peces grandes con objeto de que no devoren a los buzos. Estos encantadores de peces se llaman abraiamanes (82), cuya influencia sólo duraba mientras la pesca, pues por la noche rompían el hechizo y los peces recobraban su actividad. Estos abraiamanes saben también encantar cuadrúpedos, aves y todo ser viviente.

En las notas aclaratorias sobre esta llamada "degradante superstición" asiática, dice el coronel Yule:

> El relato de Marco Polo en lo referente a las pesquerías de Ceilán, es exacto en el fondo... En las minas de diamantes del país de los circares, están los brahmanes encargados de mantener propicios a los genios tutelares. En lengua tamil, los encantadores de tiburones se llaman *kadal-katti* (atadores de mar), y en lengua indostánica *hai-banda* (atadores de tiburones). En Aripo estos encantadores son todos de una misma familia, en cuyos individuos se vinculan las facultades hechiceras. El jefe de los encantadores está, o por lo menos no hace muchos años estaba retribuido por el gobierno inglés, y recibía además diez madréporas diarias por cada embarcación que tomaba parte en la pesca. Al visitar Tennent aquellos lugares echó de ver que el jefe de los encantadores era católico de religión, sin que esta circunstancia afectase al ejercicio y validez de sus funciones. Es digno de notar que, desde la ocupación británica, *no haya ocurrido más que un solo accidente debido a los tiburones* (83).

LOS TIBURONES DE CEILÁN

Conviene considerar dos puntos del pasaje anterior: 1.º Que las autoridades británicas retribuyen a los encantadores de tiburones por el ejercicio de su profesión; 2.º Que desde el

establecimiento oficial del régimen británico sólo haya habido que deplorar una víctima devorada por los tiburones (84).

Podrá objetar alguien que el gobierno inglés se aviene a retribuir al hechicero por no romper con una "degradante superstición" arraigadísima en el país; pero aunque así fuera, ¿también están los tiburones subvencionados por el gobierno con el fondo de gastos secretos? Cuantos han estado en Ceilán saben que en la costa perlera abundan los tiburones hasta el punto de ser muy peligroso bañarse en aquel paraje, y mucho más todavía bucear en sus aguas.

A mayor abundamiento podríamos nombrar a varios oficiales de graduación del ejército inglés de la India, que después de valerse de la influencia de los magos y hechiceros indígenas para encontrar objetos perdidos y resolver asuntos de índole escabrosa, se contentaron con manifestar *en secreto* su agradecimiento, y para colmo de villanía despotricaron a más y mejor en los areópagos mundanos contra las "supersticiones" indas, negando públicamente la verdad de la magia.

No hace muchos años tenían los científicos por *superstición* de la peor especie la creencia de que la imagen del asesino quedaba grabada en los ojos del asesinado, por lo que era posible descubrir al criminal previo atento examen de las retinas de la víctima, sobre todo si se sometía el cadáver a ciertas fumigaciones y fórmulas de hechicería. Pero he aquí que contra los prejuicios científicos, dice un periódico americano:

> Desde hace algunos años llama la atención una hipótesis según la cual se materializa el postrer esfuerzo de la visión, de modo que la imagen del objeto queda grabada en el ojo después de la muerte. Así lo han comprobado las experiencias llevadas a cabo ante el profesor Bunsen y el doctor Gamgee, de la Real Sociedad de Birmingham. Sirvió de sujeto de experimentación un conejo colocado junto al agujero de una cerradura, de modo que forzosamente hubiera de fijar la vista en ella. Muerto al punto el conejo, quedó grabada en sus ojos la imagen de la cerradura (85).

Si del país de la ignorancia, la idolatría y la superstición, como algunos misioneros llaman a la India, nos trasladamos a París, el presuntuoso foco de la civilización, encontraremos la magia disimulada en forma de espiritismo oculto, según demuestra la siguiente carta del honorable John L. O'Sullivan, ex ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Lisboa, quien relata los curiosos incidentes de una sesión entremágica a que asistió no ha mucho tiempo en París con otras conspicuas personas. Dice así:

SESIÓN DE MAGIA

Nueva York, 7 de Febrero de 1877.

Con muchísimo gusto defiero a su deseo de poseer un informe escrito acerca de lo que, según ya expuse a usted de palabra, presencié en París el verano pasado en casa de un médico muy respetable cuyo nombre no debo revelar, pero a quien llamaré el doctor X.

Me presentó en la casa mi amigo el señor Gledstanes, un inglés muy conocido en los círculos espiritistas de Londres. Había en aquella ocasión unas diez o doce visitas más entre señoras y caballeros, acomodados todos en butacas que ocupaban la mitad del salón, cuya capacidad agrandaba un espacioso jardín contiguo. En la otra parte del salón había un magnífico piano de cola, y entre éste y los circunstantes un par de butacas en espera de ocupante. Cerca de ambos sitiales se abría la puerta de comunicación con los aposentos interiores.

Entró en el salón el doctor X y con fácil palabra nos estuvo hablando veinte minutos. Según colegí de lo que dijo, el doctor se había dedicado durante veinticinco años a la investigación ocultista,

sobre que tiempo ha pensaba escribir un libro, y se disponía a provocar algunos fenómenos con el principal intento de que los presenciaran sus colegas científicos, aunque pocos o ninguno concurrían.

Acabado el discurso entraron en el salón dos señoras. La de menos edad era su esposa, y la otra (a quien llamaré señora Y) una médium en quien el doctor X había experimentado durante sus veinte años de estudios, gracias a la abnegación y espíritu de sacrificio con que ella se puso a su servicio para el caso.

Ambas señoras tenían los ojos cerrados como si estuvieran en trance. Colocólas el doctor X de pie a uno y otro lado del piano, cuya tapa estaba caída, y apenas puso él encima las manos de ellas, cuando resonaron en batalladora confusión las notas de marchas, galopes, tambores, cornetas, descargas de fusilería y artillería,, gritos y gemidos. Esto duró de cinco a diez minutos.

Se me olvidaba decir que por indicación del señor Gledstanes, ya conocedor de estos fenómenos había yo escrito con lápiz en un papel sin que nadie lo supiera tres nombres de un *músico* difunto, de una *flor* y de una *torta*. Escogí por músico a *Beethoven*, por flor la *margarita* y por torta la que los franceses llaman *plombières*. Anotados los tres nombres en el papel sin que nadie, ni aun mi amigo, supiese cuáles eran, hice con el papel una pelotilla que guardé en la mano. Terminada la tocata, el doctor X hizo sentar a la médium en una de las butacas desocupadas, mientras que su esposa se acomodaba en el otro extremo del salón. Me dijo entonces el doctor que entregase el arrugado papel a la médium, quien lo tomó, dejándolo sin abrir sobre la falda del vestido de merino blanco, cuyos amplios pliegues reverberaban a la luz de los candelabros. A poco, echó el papel al suelo, de donde yo lo recogí. El doctor mandó a la médium que se levantase para “evocar al muerto”. Levantada que estuvo, apartó el doctor las dos butacas y puso en la mano de la señora Y una varilla de acero, cosa de metro y medio de larga, rematada por un extremo en una *tau* egipcia. Con esta varilla trazó la médium en torno suyo un círculo de unos dos metros de diámetro por el extremo de la cruz, y en seguida se la devolvió al doctor. Quedóse la médium todavía algún rato de pie, con las manos colgantemente cruzadas sobre el inmóvil cuerpo y la vista dirigida en alto hacia uno de los ángulos fronterizos del salón. Después empezó a mover los labios con leve murmullo al principio, y luego en frases brevemente entrecortadas a manera de letanía, pues reiteraba a intervalos algunas palabras con inflexión de nombres. Me sonaba aquello a lengua oriental. El rostro de la médium aparecía vivamente agitado, y de cuando en cuando ceñudo. De quince a veinte minutos duró esta misteriosa escena que todos los circunstantes presenciábamos con religioso silencio. De pronto, sus palabras fueron más vehementes y rápidas, hasta que extendiendo un brazo en dirección al punto donde tenía fija la vista, exclamó con voz que más bien semejaba alarido que grito: ¡BEETHOVEN!; y cayó postrada en el suelo.

Acudió presuroso el doctor X en socorro de la señora Y, dándole enérgicos pases después de acomodarle la cabeza sobre almohadones. Así quedó como si estuviera enferma, gimiendo y ladeándose de postura a cada punto, de suerte que parecía pasar por todas las fases de una dolencia de muerte; y así era en efecto, pues según después supe, reproducía la médium exactamente todas las incidencias de la muerte de Beethoven. Prolijo fuera describir los pormenores de esta escena, y así diré únicamente que cesó el pulso y fue enfriándosele gradualmente el cuerpo de extremidades a vísceras, e hinchándosele horriblemente pies y piernas.

El doctor nos invitó a todos a ver de cerca el fenómeno. Empezaron los estertores de la agonía en intervalos cada vez más largos y desmayados, hasta que en los últimos momentos inclinó la cabeza y dejó caer las manos con que arrugaba los pliegues del vestido. El doctor nos dijo que “estaba muerta”, y en efecto lo parecía. Rápidamente sacó no sé de dónde dos áspides, que muy de prisa puso uno en el cuello y otro en el seno de la médium, a la que dio después enérgicos pases. Al cabo de un rato fue la médium recobrando gradualmente el sentido, y entonces el doctor y sus criados la trasladaron al gabinete, de donde no tardó en regresar aquél diciéndonos que el momento era verdaderamente crítico y que la menor tardanza daría lugar a que la muerte aparente se convirtiese en real.

No hay para qué decir el efecto que la descrita escena causó en los circunstantes ni necesito advertir que no fue artificio de prestidigitador contratado para ilusionar al público, pues la reunión era privada sin que nadie hubiera podido entrar en la casa a espaldas del dueño, aparte de que infinidad de pormenores de lenguaje, modales, actitud y expresión denotaban con entera independencia del fenómeno en sí, aquella formalidad y buena fe que llevan el convencimiento al ánimo de los circunstantes con suficiente firmeza para transmitirlo de palabra o por escrito a otras personas.

Al poco rato entró de nuevo en el salón la señora Y, y sentada que estuvo en una de las butacas, me invitó el doctor a que ocupara la contigua. Guardaba yo todavía en mi mano el arrugado papel en que secretamente escribiera las tres palabras aludidas, de las cuales era “Beethoven” la primera. Permaneció la médium unos minutos con las manos apoyadas en la falda hasta que empezó a moverlas agitadamente, al punto que sus facciones se contraían con dolorosa expresión y exclamaba: “Me abraso, me abraso”. A los pocos momentos levantó la mano mostrando una lozana y fresca *margarita*, esto es, la flor cuyo nombre había yo escrito en el papel. Me la dio, y la enseñé a los circunstantes antes de guardármela. Dijo el doctor que aquella margarita era de una variedad desconocida en París, pero se equivocaba en ello, porque días después vi la misma variedad en el mercado de flores de la Magdalena. No sé si la médium materializó la flor en sus manos o si fue un fenómeno de aporte como los de las sesiones espiritistas; pero forzosamente había de ser una de dos, porque la señora Y no tenía la flor cuando a plena luz del salón se sentó a mi lado.

La tercera palabra escrita en el papel era, según queda dicho, la de una torta de repostería llamada *plombières*. La médium hizo ademán de comer, aunque no había manjar alguno a la vista, y me preguntó si quería acompañarla a Plombières (86). Esto pudo ser muy bien un caso de lectura del pensamiento.

EL ESPÍRITU DE BEETHOVEN

Después de esto nos dijo el doctor que su señora estaba en aquel momento poseída del espíritu de Beethoven, y a ella se dirigió él como si en efecto hablara con el insigne compositor. La señora X no oyó lo que su marido le decía hasta que éste hubo levantado la voz, y este pormenor daba verosimilitud a la escena, pues ya sabemos que Beethoven era muy sordo. Entonces la médium respondióle con exquisita cortesía, y después de un rato de conversación instó el doctor a su mujer a que tocase el piano, y aunque, según supe después, era en estado de vigilia menos que mediana pianista, interpretó magistralmente algunas obras de Beethoven e improvisó otras piezas de estilo inconfundiblemente beethoviano.

Al cabo de media hora pasada en música y conversación con el espíritu de Beethoven infundido en el cuerpo de la señora X, cuyo rostro tomó notable parecido con el del famoso maestro, su marido el doctor le puso en las manos papel y lápiz, rogándole que dibujase las facciones de la entidad espectral a quien ante sí veía. La médium bosquejó rápidamente de perfil una cabeza parecida a los bustos de Beethoven, aunque más joven, y trazó debajo a manera de firma el nombre del compositor, sin que me sea posible decir hasta qué punto se parece al autógrafo. De todos modos, conservo este dibujo.

Ya muy tarde empezaron a despedirse los concurrentes, y como no era oportuno interrogar al doctor acerca de cuanto acababa de presenciar, fui a verle pocos días después en compañía del señor Gledstanes, y me dijo que admitía la actuación de los espíritus, pero que era algo más que espiritista, pues había estudiado a fondo durante mucho tiempo los misterios de Oriente. Sin embargo, me pareció que el doctor eludía hablar de este punto, pues declaróme que aquel mismo año iba a publicar un libro sobre la materia. Eché de ver encima de la mesa unas cuantas hojas sueltas con caracteres orientales, que yo no conocía, trazados por la señora X en estado de trance, según me dijo su marido, añadiendo que en tales casos se convertía en *una sacerdotisa egipcia*, o sea, a mi entender, que quedaba poseída del espíritu de la sacerdotisa. Ocurría esto porque un erudito amigo del doctor le había regalado unas cuantas vendas de lino de la momia de una sacerdotisa, adquiridas en Egipto, y el contacto de esta tela, avalorada por tres mil años de antigüedad y por la abnegación con que estudiaba las relaciones ocultas, fue causa eficiente de las facultades de ambas médiums.

A la señora Y le oí hablar el sagrado idioma de los templos, no tanto por inspiración como por los repetidos ejercicios con que solemos aprender un idioma extranjero, hasta el punto de que la reprendían y aun castigaban cuando se mostraba desaplicada o perezosa. Me dijo el doctor que entre quienes la habían oído hablar en el sagrado idioma se contaba Jacolliot, cuya opinión fue de que, en efecto, pronunciaba palabras con la fonética propia del antiquísimo lenguaje sagrado que en los templos de la India se conserva desde época anterior, si mal no recuero, a la del sánscrito.

Respecto a los áspides o culebras de que el doctor se había valido para reanimar a la señora Y, o mejor dicho, tal vez para impedir que de veras muriese, me dijo que había en ello un profundo misterio

relacionado con los fenómenos de vida y muerte; pero comprendí que los reptiles eran indispensables en la operación, aunque nada dejó traslucir el doctor sobre el particular, sino que por el contrario rechazaba enojado toda insinuación y me exigió profunda reserva de aquel pormenor. Únicamente podía explicar algo de los fenómenos durante la sesión, en lo cual hermanaba la elocuencia con la cultura, siendo inútil que fuera de este caso apuntáramos la conversación, pues nos remitía al libro cuando se publicara.

Me proponía concurrir alguna que otra tarde a estas sesiones, pero supe por mi amigo Gledstanes que el doctor X las había suspendido en vista del poco interés de médicos y científicos por aquellos fenómenos.

Aparte de otros pormenores de escaso interés, esto es cuanto recuerdo de la extraña y misteriosa velada. lE he comunicado a usted confidencialmente el nombre y dirección del doctor X porque creo que también va por los mismos caminos de estudio que la Sociedad Teosófica; pero no estoy autorizado para publicarlos.

De usted, respetuoso amigo y obediente servidor,

J. L. O'Sullivan

En este interesante caso traspone el simple espiritismo los límites de su rutina e invade el terreno de la magia. Se advierten los rasgos característicos de la mediumnidad, en que la señora Y cae en trance y actúa distintamente de su estado normal, subordinando la suya a una voluntad ajena para personificar el espíritu de Beethoven y de la sacerdotisa egipcia. En cambio, son fenómenos mágicos la influencia del doctor X en la médium, la forma de la varilla con que traza el místico círculo, la evocación del espíritu, la materialización de la flor y de los áspides y el aprendizaje idiomático de la señora Y. Esta clase de fenómenos son de interés y valía para la ciencia, pero expustos al abuso cuando caen en manos de experimentadores menos escrupulosos que el conspicuo doctor X. Un verdadero cablista oriental no aconsejaría la repetición de estos fenómenos.

Mundos desconocidos gravitan bajo nuestros pies y otros mundos más desconocidos todavía planean sobre nuestras cabezas. Entre unos y otros, un puñado de topos, ciegos a la brillante luz de Dios y sordos a los rumores del mundo invisible, presumen de guías de la humanidad. ¿Hacia dónde la guían? "Hacia delante", responden ellos; pero nosotros tenemos motivos para dudarlo. El más eminente fisiólogo europeo quedaría frente a un analfabeto fakir indo, tan atontado como un escolar que no supiese la lección. Ni los vivisectores experimentos en pobres animales ni la hoja del escalpelo podrán demostrar jamás la existencia del alma. A este propósito pregunta Sergeant Cox, presidente de la Sociedad Psicológica de Londres:

¿Quién será tan mentecato que, sin saber nada de magnetismo ni de fisiología, ni haber presenciado jamás un fenómeno ni estudiado sus principios, niegue los hechos e impugne su teoría?

Podríamos responder cumplidamente a la pregunta diciendo que las dos terceras partes de los científicos modernos. Y si alguien calificara de impertinente la respuesta, creído de que en la verdad cabe impertinencia, le replicaríamos advirtiéndole que así respondió uno de los pocos científicos con suficiente valor y sinceridad para declarar las verdades por amargas que sean, quien añadió muy atinadamente:

El químico aprende electrotecnia del electricista; el fisiólogo aprende geología de los geólogos, y cada cual consideraría impertinencia de los demás que dogmatizaran en cuestiones de la especialidad ajena. Pero es tan extraño como cierto que no se tiene en cuenta tan razonable regla cuando se trata de psicología. *Los médicos se consideran competentes para juzgar sentenciosamente sobre psicología y sus derivados, sin haber presenciado ningún fenómeno psíquico ni conocer los principios de su experimentación* (87).

ESTATUAS ANIMADAS

La universalidad de una creencia debe de basarse forzosamente en una abrumadora acumulación de hechos que la robustezcan de generación en generación. La más arraigada creencia universal es la magia o psicología oculta. Los que en nuestro tiempo se percatan de las formidables virtudes mágicas, aunque en los países cultos sean débiles sus efectos, ¿se atreverán a desmentir a Porfirio y Proclo que afirman la posibilidad de animar durante algunos momentos las estatuas de los dioses? No serán capaces de negarlo quienes bajo su firma aseguran haber visto moverse mesas y sillas y escribir lápices sin que nadie los toque. Cuenta Diógenes Laercio que el Areópago ateniense desterró al filósofo Estilpo por haberse atrevido a decir en público que la imagen de Minerva esculpida por Fidias no era más que un trozo de mármol; pero nuestro siglo, no obstante remedar a los antiguos en todo (88), presume aventajarles en conocimientos psicológicos, hasta el extremo de que encerraría en un manicomio a cuantos creen en el fenómeno de las “mesas semovientes”.

De todos modos, *la religión de los antiguos será la religión del porvenir*. Dentro de algunos siglos ya no habrá creencias dogmáticas en las religiones culminantes de la humanidad. Induísmo y budismo, cristianismo e islamismo desparecerán sepultados bajo el pujante alud de los *hechos*. “Infundiré mi espíritu en toda carne”, dice el profeta Joel. “En verdad os digo que mayores obras que éstas haréis vosotros”, prometió Jesús, mas para ello es preciso que el mundo se reconvierta a la capital religión del pasado, al *conocimiento* de los majestuosos sistemas precedentes de mucho al brahmanismo y aun al monoteísmo de los antiguos caldeos.

Entretanto, hemos de recordar los efectos consiguientes a la revelación de los misterios. Para infundir en la obtusa mente del vulgo la idea de la CAUSA PRIMERA, de la omnipotente VOLUNTAD creadora, los sabios sacerdotes de la antigüedad no disponían de otro medio que el transporte aéreo de cuerpos pesados, la animación divina de la materia inerte, el alma en ella infundida por la potencial voluntad del hombre, imagen microcósmica del gran Arquitecto. ¿Por qué el católico piadoso ha de repugnar, por ejemplo, las prácticas, que llama paganas, de los indios tamiles? El milagro de sangre de San Genaro, en Nápoles, lo hemos presenciado también en la población inda de Nârgercoil. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro prodigio? La coagulada sangre de un santo del catolicismo hierve y humea en la redoma para satisfacción de rapazuelos devotos, y desde su magnífica hornacina lanza la imagen del mártir radiantes sonrisas de bendición sobre el concurso de fieles cristianos. El sacerdote católico sacude la redoma y se opera el milagro de la sangre. Por otra parte; el sacerdote indo introduce una redoma de arcilla llena de agua en el abierto pecho del dios Suran y después le clava una flecha, a cuyo golpe brota la sangre en que se convertido el agua. Y tanto cristianos como indos quedan extasiados a la vista de semejantes prodigios. No hay entre ambos fenómenos la más leve diferencia; ¿y no pudiera ser que el mismo San Generao les hubiese enseñado la impostura a los indos?

Dice Hermes:

-Sabe, ¡oh Asclepio!, que así como el altísimo es el padre de los dioses celestiales, del mismo modo es el hombre el *artífice de los dioses que están en los templos* y se complacen en la compañía de las gentes. Fiel a su origen y naturaleza, la humanidad persevera en esta imitación de los poderes divinos. Si el Pare creador hizo a su propia imagen los *dioses inmortales*, el hombre hace a los dioses a su propia imagen.

-¿Y hablas tú de las imágenes de los dioses?, ¡oh Trismegisto!

-Cierto que sí, Asclepio; y por mucha que sea tu desconfianza, ¿no adviertes que estas imágenes están dotadas de *razón*, animadas por un alma, y que pueden obrar los mayores prodigios? ¿Cómo

negaríamos la evidencia, cuando estos dioses tienen don profético y vaticinan lo futuro, siempre que a ello les mueven las fórmulas mágicas de los sacerdotes?... Maravilla de maravillas es que el hombre haya inventado dioses... Verdaderamente, la fe de nuestros antepasados anduvo extraviada, y en su orgullo no supieron descubrir la real naturaleza de estos dioses..., sino que los identificaron consigo mismos. Impotentes para crear almas y espíritus, evocan los de ángeles y demonios para animar las imágenes sagradas de modo que presidan los Misterios, y comunican a los ídolos su propia facultad *de obrar bien o mal.*

LOS MILAGROS DE LOURDES

Pero no únicamente los antiguos creyeron que las imágenes de los dioses manifiestan a veces inteligencia y se mueven de su lugar. En pleno siglo XIX nos informa la prensa periódica de los brincos que da la imagen de Nuestra Señora de Lourdes al escaparse de cuando en cuando a los bosques contiguos al templo, de suerte que más de una vez se ha visto el sacristán precisado a correr tras la fugitiva para restituirla a su altar. Además, se refieren multitud de "milagros", curas repentinas, profecías, cartas llovidas del cielo y otros muchos por el estilo. Millones de católicos, no pocos de las clases cultas, creen implícitamente en estos "milagros"; y por lo tanto, no hay razón para repugnar el testimonio que de fenómenos de la misma índole dan historiadores tan fidedignos como Tito Livio en el pasaje siguiente:

> Después de la toma de Veii le pregunta un soldado romano a la diosa Junio: "¡Oh Juno! ¿Tendrás a bien salir de los muros de Veii y trocar esta morada por la de Roma?" La imagen mueve la cabeza en señal de asentimiento y responde: "Sí quiero". Además, al trasladarla a Roma pareció como si instantáneamente *perdiera su mucho peso* y siguiese a los portantes (89).

Con ingenua fe rayana en lo sublime se atreve Des Mousseaux a peligrosas comparaciones en numerosos ejemplos de *milagros*, así cristianos como "paganos". Da una relación de imágenes de la Virgen y de santos que perdieron el peso y se movieron como pudiera hacerlo una persona viva, y aduce en pro de ello irrecusables pruebas entresacadas de los autores clásicos que describen tales *milagros* (90). Este autor lo pospone todo al capital pensamiento de demostrar la realidad de la magia, y que el cristianismo la rindió por completo, aunque no porque los milagros de los taumaturgos cristianos sean más numerosos, sorprendentes y significativos que los de los paganos. En lo referente a hechos y pruebas no cabe dudar de la fidelidad de Des Mousseaux como historiador; pero no ocurre lo mismo por lo que toca a comentarios y argumentos, pues, según él, unos milagros son obra de Dios y otros del diablo, de modo que Dios y Satán se encuentran frente a frente en porfiada lucha. Por lo demás, no expone ningún argumento valiosos para demostrar la diferencia esencial entre ambas clases de prodigios.

¿Queremos saber la razón de que Des Mousseaux vea en unos milagros la mano de Dios y en otros los cuernos y pezuñas del diablo? He aquí la respuesta:

> La santa Iglesia católica, apostólica, romana declara que los milagros obrados por sus fieles hijos son efecto de la voluntad de Dios, y que todos los demás lo son de espíritus infernales.

Pero ¿en qué se funda esta declaración? A la vista tenemos un larguísimo catálogo de santos doctores que durante toda su vida lucharon contra el demonio, y a cuya palabra da la misma Iglesia tanta autoridad como a la de Dios. Dice a este propósito San Cipriano:

> Vuestros ídolos e imágenes sagradas son habitación de *demonios*. Sí; estos espíritus inspiran a vuestro sacerdotes, animan las entrañas de vuestras víctimas, gobiernan el vuelo de las aves, y

entremezclando continuamente lo verdadero con lo falso, dan oráculos y obran prodigios con intento de arrastraros invenciblemente a su adoración (91).

El fanatismo en religión, ciencia o cualquiera otra modalidad, degenera en manía y no puede por menos de obcecar los sentidos. Siempre será inútil discutir con un fanático. Al llegar a este punto, hemos de admirar una vez más el profundo conocimiento que demuestra Sergeant Cox en el siguiente pasaje del discurso a que antes aludimos:

No hay error más fatal que creer en el prevalecimiento de la verdad por sí misma o de que basta evidenciarla para recibirla. Muy pocas mentes anhelan la verdad real, y muchas menos todavía son capaces de discernirla. Cuando los hombres dicen que indagan la verdad, no hacen más que buscar una prueba evidente de tal o cual preocupación o prejuicio. Sus creencias se amoldan a sus deseos. Ven cuanto les parece estar de acuerdo con sus anhelos; pero son tan ciegos como topos respecto de lo que se oponga a su modo de pensar. Los científicos no están libres de este defecto.

LA PAVOROSA THEOPOEA

Sabemos que desde remotísimas épocas la temible y pavorosa ciencia llamada *theopoea* enseñó a infundir temporánea vida inteligente en las imágenes de los dioses, cuya inerte materia vivificaba la poderosa voluntad del hierofante. El fuego robado del cielo por Prometeo cayó en la tierra durante la lucha para abarcar las regiones inferiores del firmamento y condensarse en las oleadas del éter cósmico. Era el potencial *akâsha* de los ritos induístas. Al respirar aire puro, se esponja en este fuego celeste todo nuestro organismo, que de él está saturado desde el instante de nuestro nacimiento, aunque sólo cabe actualizarlo por influjo de la VOLUNTAD y del ESPÍRITU.

Por espontáneo impulso, este fuego o principio vital obedece ciegamente las leyes de la Naturaleza, y según las circunstancias, engendra salud y exuberancia de vida o determina la muerte y disgregación. Pero cuando está dirigido por la voluntad del adepto, la obedece para restablecer el equilibrio del organismo, y sus corrientes llenan el espacio y operan los milagros psíquico-físicos perfectamente conocidos de los hipnitizadores. Infundido el principio akásico en la materia inorgánica, le da apariencias de vida, y por lo tanto de movimiento; pero como le falta inteligencia personal, el operador puede transmitirle su propio cuerpo astral (*scin-lecca*) o bien prevalecerse de su influencia en los espíritus de la Naturaleza para que uno de ellos se infunda en la imagen de mármol, madera o metal. También puede valerse de espíritus elementarios por la identificación que entre *estas* entidades y las elementales establece la afinidad psíquica; pero estos seres (92) inferiores sólo son capaces de dar apariencias de vida y movimiento a los objetos inanimados y no de infundir en ellos su esencia pasional cuando es de índole armónica y elevada el propósito del operador, quien entonces envía su influencia como rayo de luz divina, a través de las entidades interventoras. La condición necesaria para ello, según ley de la naturaleza espiritual, es la sinceridad del motivo, la pureza de la atmósfera magnética circundante y la pureza personal del operador. De este modo, un “milagro” pagano puede ser mucho más santo que otro cristiano.

Cuantos han presenciado los fenómenos de los fakires indos no dudan de que la *theopoea* se conoció ya en antiguos tiempos. Un escéptico tan empedernido como Jacolliot, que no desaprovecha ocasión de atribuir estos fenómenos a tretas de prestidigitadores, no puede menos de atestiguar los hechos (93), diciendo a propósito del fakir Chibh-Chondor de Jaffnapatnam:

No me atrevo a describir todas las suertes que hizo. Hay cosas que uno *no se atreve* a referir aun después de presenciarlas, por recelo de que le tilden de iluso. Sin embargo, diez y hasta veinte veces he

visto y vuelto a ver cómo producía el fakir los mismos efectos en la materia inerte. Era para nuestro *hechicero* juego de chiquillos, que la luz de una vela colocada en un rincón de la estancia palideciese o se apagase a su albedrío; mover los muebles y aun el mismo sofá en que estábamos sentados; abrir y cerrar repetidas veces las puertas, y todo esto sin moverse de la esterilla sobre que se sentaba en el suelo.

Tal vez diga alguien que padecí ilusión. Es posible. Pero centenares y miles de personas vieron y ven lo que yo, y aun todavía más sorprendentes fenómenos. No obstante, ¿ha descubierto alguien el secreto ni logrado reproducirlos? Nunca me cansaré de repetir que esto no ocurría en el escenario de un teatro con tramoyas dispuestas para el servicio del operador, sino que un mendigo acurrucado en el suelo se burla de vuestra razón, de vuestros sentidos y de las que llamamos leyes inmutables de la Naturaleza que, según parece, domina a su antojo.

¿Altera el fakir estas leyes? No. Según dicen los creyentes, las actualiza mediante fuerzas que todavía no conocemos. Sea como fuere, asistí en persona a veinte sesiones de esta índole en compañía de profesores, médicos y oficiales del ejército, y todos convinieron en que los fenómenos eran abrumadores para la inteligencia humana. Cada vez que presencié el experimento de sumir a las serpientes en catalepsia de modo que parecían secas ramas de árbol, se convirtió mi pensamiento a la narración bíblica que atribuye a Moisés y a los magos de Faraón los mismos poderes (94).

Seguramente que los músculos del hombre, del cuadrúpedo y del ave son tan susceptibles del magnético principio vital como la inerte mesa del médium moderno. O ambos fenómenos se han de admitir como verdaderamente posibles, o entrambos deben desecharse junto con los milagros de los tiempos apostólicos y los más recientes de la Roma pontificia.

SIXTO V Y LOS TALISMANES

Toda una biblioteca podría llenarse con las fehacientes pruebas de que disponemos en pro de nuestras aseveraciones. Si el papa Sixto V amenazó con excomulgar a quienes practicaran el arte de hechizar los talismanes a que estaban adscritos una legión de espíritus, cabe suponer que su propósito fuese recluir este conocimiento en el recinto de la Iglesia católica. ¿Cómo podía ver con buenos ojos que cualquier hombre dotado de perseverancia y enérgico y positivo poder magnético, reprodujera con éxito los milagros *divinos*? Los recientes sucesos de Lourdes, si como es de suponer no hay exageración en el relato, demuestran que no se ha perdido totalmente el secreto, y a menos que haya algún poderoso hipnotizador oculto bajo sobrepelliz y sotana, la imagen de la Virgen se moverá a impulsos de la misma fuerza que mueve las mesas en las sesiones espiritistas, dependiendo de varias condiciones que la entidad interventora en la producción del fenómeno sea humana, elemental o elementaria. Quien sepa algo de hipnotismo y al mismo tiempo conozca el caritativo espíritu de la Iglesia católica, comprenderá fácilmente que las incesantes maldiciones de frailes y sacerdotes, así como los anatemas de Pío IX (95), han acumulado legiones de elemntarios y elementales bajo el poder de los desencarnados inquisidores. Precisamente, estos son los “ángeles” que juguetean con la imagen de la Reina del Cielo. Quienquiera que acepte el “milagro” y opine de manera distinta, blasfema.

Aunque parezca que ya hemos aducido pruebas suficientes en demostración del poco fundamento con que la ciencia moderna presume de originalidad, no estará de más añadir algunas con objeto de desvanecer toda duda en este punto. Para ello recapitularemos los supuestos inventos y novedades que tanto conmovieron al mundo en los dos últimos siglos. Ya señalamos los descubrimientos que en artes, ciencias y filosofía efectuaron los egipcios, griegos, caldeos y asirios. Citaremos ahora un pasaje de Jacolliot, que durante largos años estudió en la India la filosofía de este país, y en su obra: *Khrisna y el Cristo* expone la siguiente tabla analítica:

PROGRESOS DE LA INDIA ANTIGUA

Filosofía.- A los antiguos indos se debe la fundación de las dos escuelas espiritualista y materialista, o sean la filosofía metafísica y la filosofía positiva. Fundó la primera Vyâsa, jefe de la escuela vedantina. Fundó la segunda Kapila, jefe de la escuela sankya.

Astronomía.- Los indos trazaron el calendario y el zodíaco, calcularon la precesión de los equinoccios, descubrieron las leyes generales de la mecánica celeste y predijeron y observaron los eclipses.

Matemáticas.- Inventaron el sistema décuplo, el álgebra y el cálculo infinitesimal. Metodizaron la geometría y la trigonometría con demostración de teoremas *no conocidos en Europa hasta los siglos XVII y XVIII.* Los brahmanes fueron, indudablemente, los primeros en determinar el área del triángulo y establecer la relación entre la circunferencia y el diámetro. Tambuién se les debe el teorema y la tabla erróneamente atribuidos a Pitágoras. La tabla de multiplicaar está esculpida en el *gôparama* de las principales pagodas.

Física.- Enunciaron el concepto del universo como un todo armónico sujeto a leyes determinables por la observación y la experiencia. Fundaron la hidrostática y descubrieron el famoso principio (96), también erróneamente atribuido a Arquímedes. Los físicos de las pagodas calcularon la velocidad de la luz y descubrieron las leyes de reflexión. A juzgar por los trabajos de Surya-Sidhenta, conocieron y calcularon la potencia expansiva del vapor de agua.

Química.- Conocieron la composición del agua y enunciaron la ley de los volúmenes (97), que en Europa *hace muy poco* que se conoce. Sabían preparar los ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico; los óxidos de cobre, hierro, plomo, estaño y cinc; los sulfuros de hierro, cobre, mercurio, antimonio y arsénico; los sulfatos de cinc y de hierro; los carbonatos de hierro, plomo y sodio; el nitrato de plata y la pólvora.

Medicina.- En esta ciencia fueron de todo punto asombrosos los conocimientos de los antiguos indos. Tcharaka y Susruta, los dos príncipes de la medicina indostánica, expusieron los aforismos que más tarde se asimiló Hipócrates. Susruta establece admirablemente los principios de la higiene o medicina preventiva, cuya importancia encomia sobre la medicina curativa, que califica de empírica en muchos casos. ¿Estamos hoy día más adelantados? No deja de ser interesante que los médicos árabes, tan famosos en la Edad Media, Averroes entre ellos, citan continuamente a los médicos indos, considerándolos como maestros de ellos y de los mismos griegos.

Farmacopea.- Conocían los simples con todas sus propiedades y usos, de modo que todavía están dando lecciones a Europa en este punto. Hace poco tiempo que de ellos aprendimos el tratamiento del asma por medio del estramonio.

Cirugía.- No fueron menos excelentes en este arte. Supieron extraer los cálculos urinarios, operaron las cataratas y tuvieron suma habilidad en obstetricia quirúrgica. Tcharaka describe los casos anormales y peligrosos con notable precisión científica.

Gramática.- Cultivaron el sánscrito, que aventaja admirablemente a todo idioma humano, y del que derivan las lenguas indoeuropeas y la mayor parte de las orientales.

Poesía.- Fueron consumados maestros en todos los géneros. Los dramas *Sakuntala, Avrita, Fedro, Saranga* y otros muchos superan a los de Sófocles, Eurípides, Corneille y Shakespeare. Nadie les ha igualado en poesía lírica. Para formar concepto del esplendor alcanzado por este género en la India, es preciso leer en el pasaje del *Megadata*, las lamentaciones del desterrado que suplica a una nube que lleve su recuerdo a la cabaña donde moran sus parientes y amigos a quienes nunca más verá. Las fábulas indas han suministrado en toda época argumento a todas las literaturas del mundo, sin que ni siquiera se hayan tomado el trabajo de darles alguna variedad modificativa.

Música.- Inventaron la escala musical con tonos y semitonos mucho antes que Guido de Arezzo (98).

Arquitectura.- En este arte parece como si hubiesen agotado los indos cuanto puede concebir el genio del hombre. Cimborios de insuperable audacia; cúpulas cónicas; marmóreos minaretes; torres góticas; hemiciclos griegos; policromías; todos los estilos y todas las épocas tienen allí su cuna indicadora del origen y huellas de las colonias que al emigrar llevaron consigo los testimonios del arte indígena.

Tales fueron los frutos de la antigua e imponente civilización brahmánica. ¿Qué podemos nosotros presentar en equivalencia? Frente a la majestad de tales obras y de los descubrimientos del pasado, ¿qué pruebas podemos aducir de nuestras pretensiones de superioridad sobre una antigüedad que calificamos de ignorante? Comparados con los descubridores del álgebra y de la geometría, con los constructores del lenguaje hablado, con los patriarcas de la filosofía, con los primeros expositores de religión y los fundadores de las ciencias físicas y psíquicas, ¡cuán desmedrados parecen aún nuestros más eminentes científicos, filósofos y teólogos! No hay descubrimiento moderno sin su correspondiente prototipo en la civilización inda. La ciencia occidental está en el promedio de su período de transición, y todas nuestras ideas gravitan en torno de las hipótesis de correlación de fuerzas, selección natural, polaridad atómica y evolución de las especies. Mas, para baldón de nuestro orgullo, de nuestros plagios y de nuestras infidencias, oigamos lo que dijo Manú diez mil años antes del nacimiento de Cristo:

El agua y el calor desarrollaron el primer germen de vida (99).

El agua sube hasta el cielo en forma de vapor. Del sol desciende en lluvia. De la lluvia nacen las plantas y de las plantas los animales (100).

Todo ser adquiere las cualidades del que inmediatamente le precede. Así es que cuanto más se asimila un ser del primitivo átomo de su serie, tantas más cualidades y perfecciones reúne (101).

El hombre ha de recorrer todo el universo en progresión ascendente, pasando por las piedras, plantas, gusanos, insectos, peces, serpientes, tortugas, fieras, seres pecuarios y animales superiores... Tal es el *grado inferior* (102).

Éstas son las metamorfosis que desde la planta hasta Brahmâ han de sucederse en este mundo (103).

VELEIDADES DE LOS CIENTÍFICOS

Según opina Jacolliot, el griego es un dialecto del sánscrito. Fidias y Praxiteles estudiaron en la India las obras maestras de Daonthia, Ramana y Aryavosta. Platón copia literalmente la filosofía de Dgeminy y Veda-Vyâsa. En el *Purva-Mîmânsâ* y el *Uttara-Mîmânsâ* está toda la filosofía aristotélica con diversidad de otras escuelas, desde el espiritualismo socrático y el escepticismo de Pirrón, Montaigne y Kant hasta el positivismo de Littré. Si alguien dudara de ello, atienda al siguiente pasaje textual del *Vedanta* de Vyâsa, quien, según la cronología brahmánica, floreció unos 10.400 años antes de la Era cristiana.

Dice así:

Podemos estudiar los fenómenos, comprobarlos e inferir su certeza; pero como ni la percepción ni la inducción ni los sentidos ni el raciocinio son capaces de demostrar la existencia de una Causa suprema creadora del universo, no debe la ciencia discutir la posibilidad ni la imposibilidad de esta Causa primera.

Poco a poco, pero seguramente, quedarán los antiguos vindicados por completo y la verdad limpia de toda exageración. Se demostrará la realidad de lo que hoy se tiene por ficción, al paso que los “hechos y leyes” de la ciencia moderna se verán encubiertos bajo menospreciados mitos. Algunos siglos antes de nuestra era, el astrónomo indo Bramaheupto afirmó que la bóveda celeste estaba fija y que el aparente movimiento de las estrellas confirmaba el de la tierra sobre su eje. Las mismas ideas sostuvieron Aristarco de Samos, 267 años antes de J. C., y el filósofo pitagórico Nicetas de Siracusa. No obstante, ¿quién admitió estas teorías hasta la época de Galileo y Copérnico? ¿Prevalecerá intangiblemente el sistema expuesto por estas dos eminencias científicas? Precisamente en estos momentos el profesor

Shoëpfer ha dado en Berlín una conferencia pública con intento de restaurar el sistema de Tycho-Brahe en oposición al de Copérnico, diciendo que “alrededor de la tierra, fija en el centro del universo, voltea la bóveda estrellada en rotaciones de veinticuatro horas, y que el sol (cuyo verdadero tamaño es poco mayor del aparente) y la luna describen en torno de la tierra órbitas circulares, mientras que las de los planetas son epicicloidales” (104).

Pero no nos detendremos en analizar esta *novedad* que tanto parecido tiene con las *viejas* teorías astronómicas de Aristóteles y del venerable Beda. Dejaremos el pleito en manos de los científicos, para que laven en casa la ropa sucia, aunque hemos querido aprovechar la oportunidad ofrecida por la defección del conferenciante alemán para exigirle una vez más a la ciencia moderna el diploma de su infalibilidad. ¿Son estos, ¡ay!, los frutos de su tan ponderado progreso?

Muy recientemente, la evidencia de algunos fenómenos observados por nosotros mismos y corroborados por multitud de testigos nos determinó a afirmar la posibilidad de la levitación de cosas y personas, añadiendo que siquiera ocurriese este fenómeno una vez cada siglo, sin visible causa mecánica a qué atribuirlo, demostraría la actuación de una ley natural desconocida de la ciencia. Por ello se nos calificó de iconoclastas y de ignorantes de las leyes de gravedad. Sin embargo, jamás se nos hubiera ocurrido que la ciencia llegase a negar el movimiento de la tierra sobre su eje y alrededor del sol. Creíamos que por lo menos aquellos dos luminares habrían seguido ardiendo sin novedad en el fanal de las academias hasta la consumación de los siglos; pero he ahí que un profesor berlinés desvanece nuestra esperanza de que siquiera en un punto demostraría la ciencia su exactitud. El ciclo está verdaderamente en su punto ínfimo y empieza una nueva era. ¡Curioso sería que la tierra estuviese fija para reivindicar a Josué!

UN CIENTÍFICO DISIDENTE

El profesor Shoëpfer no admite la fuerza centrífuga ni la hipótesis de Newton que explica el achatamiento de los polos por el movimiento de rotación de la tierra, en que se fundan los geógrafos para creer que la mayor parte de la masa terrestre gravita hacia el ecuador, al paso que la fuerza centrífuga determina el abultamiento de la masa en dicha línea. Considera el profesor alemán que una de las pruebas más corrientes de la rotación terrestre ha sido la de la fuerza centrífuga, porque alegan sus defensores que sin ella no habría gravitación en las latitudes ecuatoriales, y esto es precisamente lo que dicho profesor niega, diciendo en conclusión:

> ¿No es redículo que, confiados en lo que aprendimos en la escuela, hayamos admitido el movimiento de rotación de la tierra como verdad demostrada, cuando nada absolutamente hay que lo demuestre ni *puede* demostrarse (105)? ¿No es maravilla que desde Copérnico y Kepler, los sabios de todo el orbe civilizado hayan aceptado apriorísticamente el movimiento de la tierra, y que tres siglos después se estén buscando todavía las pruebas? Pero ¡ay!, por más que busquemos, nada encontramos como era de esperar. ¡Todo es en vano!

¡Así, de golpe y porrazo, pierde la tierra su movimiento de rotación y el universo se ve abandonado de sus guardianes y protectores, las fuerzas centrífuga y centrípeta! Pero aún hay más. El mismo éter, arrebatado del espacio, es una quimera, un mito nacido de la mala costumbre de emplear palabras huecas; el sol presume de magnitudes que jamás le correspondieron; las estrellas son puntos centelleantes “dispuestos a considerable distancia unos de otros por el Creador del universo, probablemente con la intención de que iluminaran

simultáneamente los vastos espacios en que se mira nuestro globo", según dice el profesor Shoëpfer (106).

Si tres siglos y medio no han bastado para que los científicos establecieran una hipótesis inatacable por ellos mismos; si la astronomía, la única ciencia asentada sobre los diamantinos fundamentos de las matemáticas, sufre tan rudos ataques a pesar de que las demás ciencias la consideran infalible e invulnerable como la verdad misma, ¿qué hemos logrado con denigrar a Platón en provecho de los Babinet? ¿Cómo osan mofarse del modesto experimentador que sinceramente atestigua la realidad de los fenómenos mediumnímicos y mágicos? ¿Cómo se atreven a fijar infranqueables límites a la investigación filosófica? A pesar de todo, los pendencieros partidarios de las hipótesis persisten en acusar de ignorantes y supersticiosos a los eminentes sabios de la antigüedad que manejaban las fuerzas naturales como titanes constructores de mundos y realzaban a la humanidad hasta el nivel de los dioses. ¡Extraño destino el de un siglo que, después de vanagloriarse de haber puesto a la ciencia en la *cumbre de la fama,* se ve conminado a retroceder para empezar de nuevo el abecedario!

Recapitulando cuanto llevamos expuesto en esta primera parte de nuestra obra, vemos que, desde los arcaicos e ignotos tiempos del hermético Pymander hasta la época presente (107), existió siempre la universal creencia en la magia. Hemos expuesto las ideas de Trismegisto en su diálogo con Asclepio; y prescindiendo de las mil pruebas del predominio de esta creencia en los primeros siglos del cristianismo, extractaremos para nuestro propósito citas paralelas de un autor antiguo y otro moderno.

Algunos miles de años después de la época de Hermes, decía el insigne filósofo Porfirio con respecto al escepticismo dominante en su siglo:

> No es maravilla que el vulgo (.....) vea en las imágenes tan sólo pedazos de piedra o madera. Lo mismo les sucede a quienes por desconocer los caracteres no ven más que piedra en las inscripciones estilísticas y tejido de papiro en los manuscritos.

Quince siglos después, declara Sergeant Cox a propósito del proceso incoado contra un médium:

> Sea o no culpable el médium, resulta evidente que el proceso ha producido el inesperado efecto de llamar la atención pública hacia fenómenos cuya *realidad* han atestiguado gran número de competentes investigadores. Quienquiera puede convencerse personalmente de dicha realidad para desarraigar de una vez para siempre *las tristes y denigrantes doctrinas* materialistas.

De acuerdo con Porfirio y otros teurgos que distinguieron entre la naturaleza de las entidades manifestadas y la del espíritu humano, añade Sergeant Cox como opinión personal:

> Verdaderamente hay y habrá siempre discrepancia de opiniones respecto a la causa eficiente de estos fenómenos; pero tanto si son efecto de la fuerza psíquica de los circunstantes como si son espíritus de difuntos, según otros afirman, o bien espíritus elementales, como asegura una tercera opinión, resulta evidente que el hombre no es del todo material, sino que su organismo está animado y movido por algo no material, esto es, no molecular, que además de tener inteligencia *puede actuar como fuerza sobre la materia*. A este algo le hemos llamado alma a falta de mejor nombre. Gracias al proceso de que vamos tratando, se han enterado de tan buenas nuevas miles de gentes cuya dicha en la vida presente y cuya esperanza en la futura habían tronchado los materialistas con sus insistentes predicaciones de que el alma era una superstición, el hombre un autómata, el pensamiento una secreción, la vida terrena una mera serie de funciones fisiológicas y la futura... lo desconocido.

EL DIVINO PYMANDER

Por su parte, dice Pymander:

Únicamente la verdad es eterna e inmutable y el supremo bien. Pero la verdad no existe ni puede existir en la tierra. Cabe en lo posible que Dios conceda a unos pocos hombres la facultad de entender rectamente la verdad además de la de comprender las cosas divinas; pero nada hay verdadero en este mundo, porque todo contiene materia y está revestido de forma corpórea sujeta a mudnzas, alteraciones y corrupción. El hombre no es *la* verdad, porqueúnicamente es verdadero lo que de sí mismo toma la esencia y permanece inmutable. ¿Cómo puede ser verdadero lo que varía y cambia radicalmente? Por lo tanto, la verdad es únicamente lo inmaterial, lo que no está encerrado en corpórea envoltura, lo que no tiene color ni forma ni está sujeto a mudanza ni alteración, en una palabra: lo ETERNO. Todo cuando perece es ilusorio. En la tierra no hay más que disolución y generación. Toda generación procede de disolución. Las cosas de la tierra son *apariencias* y remedos de la verdad, como lo pintado respecto de lo vivo. La muerte es para muchas personas un mal, puesto que la temen profundamente. Esto es ignorancia. La muerte es la disgregación del cuerpo, pero el ser que mora en él *no muere*... El cuerpo material pierde su forma. Los sentidos que lo animaban se restituyen a su origen y recobran sus funciones; pero van desprendiéndose gradualmente las pasiones y deseos y el espíritu asciende a los cielos para convertirse en ARMONÍA. En la primera zona desecha la facultad de crecer y menguar; en la segunda, la malignidad y los fraudes de la pereza; en la tercera, los desengaños y la concupiscencia; en la cuarta, la ambición insaciable; en la quinta, la arrogancia, la osadía y la temeridad; en la sexta, la codicia; y en la séptima, la mendacidad. Purificado así el espíritu por influencia de las armonías celestes, vuelve de nuevo a su primitivo estado fortalecido por el mérito y la fuerza que adquirió por sí mismo y que legítimamente le pertenecen. Entonces empieza a convivir con los que eternamente loan al PADRE. Desde aquel punto mora entre las Potestades y alcanza, por lo tanto, la suprema bienaventuranza del conocimiento. Se ha convertido en DIOS... No; las cosas de la tierra no son la verdad.

Después de emplear toda su vida en la egiptología, los hermanos Champollión declararon públicamente, contra los preconcebidos juicios de ciertos críticos superficiales e ignorantes, que los *Libros de Hermes* “acopian gran número de tradiciones egipcias continuamente corroboradas por los más antiguos y auténticos documentos egipcios” (108).

Al resumir las doctrinas psicológicas de los egipcios, las sublimes enseñanzas de los sagrados libros herméticos y los progresos en metafísica y filosofía práctica de los sacerdotes iniciados, pregunta Champollión en presencia de las pruebas logradas:

¿Existió jamás en el mundo otra corporación o casta de hombres que les hayan igualado en fama, poder, sabiduría y capacidad, tanto para el bien como para el mal? ¡Nunca! Y posteriormente fue esta casta *maldita* y anatematizada por quienes, supeditados a no sé qué clase de influencias modernas, la declararon enemiga de la humanidad y de la ciencia.

JUICIO DE CHAMPOLLIÓN

Cuando esto decía Champollión, el sánscrito era poco menos que desconocido en Europa, y por consiguiente no cabía comparar los méritos de los filósofos egipcios con los de los brahmanes. Pero posteriormente se ha descubierto que las doctrinas de los sacerdotes egipcios están entresacadas de las literaturas induísta y budista. El sistema filosófico basado en nuestros días por los metafísicos alemanes sobre el principio de la ilusión de los sentidos y de la irrealidad de las cosas mundana, es una derivación de las doctrinas de Kapila y Vyâsa, así como de los dogmas cardinales de la filosofía budista expuestos por Buda en las *Cuatro*

verdades. La expresión de Pymander “se convierte en Dios”, está resumida en la palabra *nirvana*, que los eruditos orientalistas confunden lastimosamente con *aniquilación*.

El juicio crítico de los hermanos Champollión es valiosísimo para nosotros, aunque no sea más que en réplica a nuestros adversarios. Los hermanos Champollión fueron los primeros orientalistas europeos que, tomando de la mano al estudiante de arqueología, le condujeron a las silenciosas criptas para demostrarle que la civilización no tuvo su cuna en Occidente, pues “aunque sean desconocidos los orígenes de Egipto, ha llegado la investigación histórica a estudiar sus leyes y costumbres, a reconstruir sus ciudades y catalogar sus reyes y dioses”. Y yendo todavía más lejos, encontramos ruinas pertenecientes a cilizaciones de mayor esplendor en épocas de indecible antigüedad, pues como dice Champollión:

> En Tebas hay ruinas que delatan restos de construcciones aún más antiguas, cuyos materiales sirvieron posteriormente para levantar los edificios que han permanecido en pie durante treinta y seis siglos... Todo cuanto refieren Herodoto y los sacerdotes egipcios ha sido corroborado por los arqueólogos contemporáneos (109).

Pero despidámonos ya de la taumatofobia y sus corifeos para considerar la taumatomanía en sus múltiples aspectos. Vamos a revisar los “milagros” del paganismo y pesarlos con los del cristianismo en la misma balanza. No ya inminente sino iniciado está el doble conflicto entre el materialismo científico y el espiritualismo trascendente, por una parte, y entre la teología y la antiquísima ciencia mágica, por otra. Hemos expuesto multitud de razonadas pruebas en pro de la magia, pero todavía no está agotada su defensa (110). Psicománticos y psicófobos han de chocar necesariamente en fiero conflicto. A la ansiedad que los primeros mostraban de ver sancionados sus fenómenos por la investigación científica, ha sucedido glacial indiferencia. Disgustados de tanto prejuicio y mala fe, pierden todo miramiento a los segundos, quienes a su vez les responden con dicterios reñidos con la cortesía. El tiempo dirá cuál de ambos bandos tiene razón; pero por de pronto podemos predecir que el último reducto de los misterios de Dios con la clave para descifrarlos, no deben buscarse en el torbellino de las moléculas de Avogadro.

Los que juzgan superficialmente, o llevados de la impaciencia quisieran mirar el sol deslumbrador antes de que sus ojos puedan resistir la luz de una lámpara, tildan de ininteligibles las obras de los herméticos antiguos y sus sucesores por el obscuro lenguaje en que están escritas. Respecto a los de superficial criterio, no vale la pena de perder el tiempo; pero a los impacientes les rogamos que moderen su ansiedad y recuerden la frase de Espagnet:

> La verdad se esconde entre tinieblas... Nuncsa escriben los filósofos más engañosamente que cuando parecen claros, ni con más verdad que cuando se valen de enigmas.

Por otra parte, también hay quienes resultarían demasiado favorecidos si les dijéramos que no forman juicio alguno del asunto, sino que se contraen a anatematizar *ex cathedra*. Son los postivistas taumatófobos que presumen de monopolizar nada menos que la sabiduría espiritual y tidan de locos y soñadores a los antiguos sabios.

Responda por nosotros Eugenio Filaletes a este linaje de escépticos, diciendo:

> Nuestros escritos serán entre el público como un cuchillo cuidadosamente afilado, que a unos sirve de buril en primorosas tallas y a otros no les vale más que para cortarse los dedos. Sin embargo, no merecemos vituperio, pues de antemano advertimos seriamente a cuantos intentaron esta tarea que es la de mayor empeño entre todas las de filosofía natural. Aunque escribimos en el nativo idioma, resultará nuestro tratado de tan difícil comprensión como si estuviera en griego para algunos que, no obstante

interpretar pésimamente nuestros conceptos, se figurarán que nos comprenden muy bien. Porque ¿cómo es posible que los locos en la naturaleza sean cuerdos en los libros que de testimonio sirven a la naturaleza?

EL APOTEGMA DE NÂRADA

A las pocas mentes elevadas que interrogan a la naturaleza en vez de señalar leyes para su ordenamiento, que no encierran toda posibilidad en los límites de sus facultades personales y que no identifican la incredulidad con la ignorancia, les recordaremos el apotegma del antiguo filósofo Nârada.

Nunca digas: yo ignoro esto, luego es falso. Para saber es preciso estudiar y saber para comprender y comprender para juzgar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre de las cavernas 3
Simbolismo de las pirámides 4
La creación del Hombre 5
Los ángeles rebeldes 6
Las tres luces 7
Divinidades bisexuales 8
Interpretación del Génesis 9
Opinión de Spinoza 10
Espíritus elementarios 11
Espíritus planetarios 12
Los horóscopos 13
Caída en la generación 14
Las dos almas 15
Los “hermanos de la sombra” 17
Revocación de las almas 18
Carta curiosa 18
Espíritus de la naturaleza 20
Supervivencia de los animales 21
La chispa argentina 22
Armonía y justicia 23
Espíritus malignos 24
Nuevos descubrimientos 25

CAPÍTULO II

Conferencia del P. Félix 27
Un dilema 29
El libro de la vida 30
Opinión de Apuleyo 31
Los arhates 32
Dioses manifestados 33
Reencarnación 34
Los hechiceros 35
La obsesión 36
La clase de la “Kábala” 37
Espectros fingidos 37
Brujerías de Salem 39
Vulnerabilidad astral 40
Suspensión de la vida 41
La mediumnidad 42
Fenómenos de Cevennes 43
Teomanía e histerismo 44
Fenómenos insólitos 45
Reto original 46

CAPÍTULO III

Houdin en Argelia 48
Fascinación de serpientes 49
Serpientes danzantes 51
Fenómenos teratológicos 52
Imaginación maternal 53
Condiciones prenatales 54
Influencia materna 55
Hipótesis de Armor 56
Explicación lógica 57
Imaginación y fantasía 59
Casos curiosos 60
El principio vital 61
Límites de la naturaleza 62
Opinión de Corson 63
Despotismo científico 64
Las ciencias antiguas y modernas 65
El voto sodaliano 66
Rarezas zoológicas 67
Inventos antiguos 68
Aguas de sangre 69
Regla de criterio 70

CAPÍTULO IV

La aurora boreal 71
Bases fisiológicas de la vida 72
La experiencia humana 74
El fuego trino 74
Instinto y razón 76
El alma de los animales 77
Coeternidad de la materia 78
Concepto del nirvana 79
Adán y Eva 80
Intuición y oración 81
Eclipse de la verdad 82
Reencarnación de Buda 83
Pinturas de Dendera 84
El filósofo Amonio 85
La prueba del fuego 86
Dragones legendarios 87
El vampirismo 88
Casos de vampirismo 89
Muerte aparente 90
Entidades espirituales 91
Íncubos y súcubos 92
Opinión de Ennemoser 93

CAPÍTULO V

Simbolismo antiguo 94
Fotografías akásicas 95
Los homúnculos 96
Sesión de magia 97
Fenómenos mágicos 98
Fenómeno del trípode 100
Pináculo de ilusión 101
La vida en la muerte 102
Resurrección de fakires 103
La muerte real 104
Animación suspensa 105
Los huesos de Eliseo 106
Mediación y mediumnidad 107
Desinterés de los medianeros 108
El médium pasivo 109
Apariciones espectrales 110
Distinciones fenoménicas 111
Los madanes de Oriente 112
Levitaciones del médium y del adepto 113
Opinión del profesor Wagner 114
El movimiento continuo 115
Elixir de larga vida 116
Tierra preadámica 117
El sagrado tetragrama 118
Transmutación de metales 120
Juicio sobre los antiguos 121
Los libros de Euclides 122
El rayo violado 123

CAPÍTULO VI

Hidráulica egipcia 125
Arquitectura egipcia 127
Traslación de obeliscos 128
Cómputo astronómico 129
El Laberinto de los doce señores 130
Ruinas de Karnak y Dendera 131
Civilización antigua 132
El pararrayos en la antigüedad 133
Clave jeroglífica 135
Arte militar de los egipcios 135
Las etapas de la ciencia 136
El sabeísmo caldeo 137
El lino egipcio 138
Siderurgia egipcia 139
Vendaje de las momias 140
La química de los colores 141
Arte musical 143
Navegantes egipcios 143

Alegorías idénticas 144
Cosmogonía Quiché 145
Aborígenes americanos 146
Filiación de los hevitas 147
La serpiente de bronce 148
Las orillas del Atlántico 149
Religión universal 150
Monumentos religiosos 151
El cinocéfalo egipcio 152
Origen del Nagkon-Wat 153
Origen de los judíos 154
Hebreos y fenicios 155
La clave arquitectónica 156
El enigma de la esfinge 157

CAPÍTULO VII

El Edén de la Biblia 160
Reliquias ceilanesas 161
El Génesis y la Kábala 162
La literatura índica 163
Símbolo de Siva 164
El mundo oriental 165
La época de Manú 166
El Código de Manú 167
La isla transhimaláyica 168
Depravación de los atlantes 169
El tesoro de los incas 169
Subterráneos del Perú 170
El ejercicio de la magia 171
Leyendas chinas 172
Espíritus del desierto 173
La arena musical 174
Los tiburones de Ceilán 175
Sesión de magia 176
El espíritu de Beethoven 178
Estatuas animadas 180
Los milagros de Lourdes 181
La pavorosa theopoea 182
Sixto V y los talismanes 183
Progresos de la India antigua 184
Veleidades de los científicos 185
Un científico disidente 186
El divino Pymander 188
Juicio de Champollión 188
El apotegma de Nârada 190

HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO

CLAVE DE LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA Y TEOLOGÍA ANTIGUA Y MODERNA

OBRA COMPLETA EN CUATRO TOMOS

TOMO III

PREFACIO

Si en nuestra mano estuviese, impediríamos que leyeran este libro los cristianos de pura y sincera fe e intachable conducta en quienes resplandece el glorioso ejemplo del profeta de Nazareth, por cuya boca habló tan alto a los hombres el Espíritu de Verdad. No lo escribimos para ellos. Siempre hubo creyentes de profunda fe a quienes la historia venera como héroes, filósofos, filántropos, mártires y santos; pero, aparte de los nombres perpetuados por la fama, ¡cuántos y cuántos vivieron y murieron ignorados del mundo y conocidos tan sólo de sus amigos íntimos y bendecidos únicamente por quienes de sus manos recibieron beneficio! Los que con su virtud glorificaron el cristaianismo hubieran también sido, de seguro, ornamento de cualquiera otra fe que hubiesen profesado, porque su espiritualidad prevalecía sobre sus creencias. La bondad de Pedro Cooper e Isabel Thompson que no comulgan en la religión cristiana es, sin embargo, tan cristiana como la de la baronesa de Burdett-Coutts que pertenece a ella.

Pero los verdaderos cristianos fueron siempre exigua minoría entre los millones que nominalmente ostentan este título, y todavía los podemos descubrir en los púlpitos y en los bancos de las iglesias, en los palacios y en las chozas, aunque por la pujanza del materialismo, los intereses mundanos y la hipocresía social decrezca su número de día en día.

La ingenua fe con que el cristiano devoto cree en la infalibilidad de la Biblia, en los dogmas religiosos y en las predicaciones sacerdotales actualizaz en toda su plenitud las virtudes que laten en lo íntimo de la naturaleza humana. Hemos conocido personalmente a clérigos temerosos de Dios, y siempre eludimos toda discusión con ellos por no lastimar sus sentimientos religiosos, ni tampoco quisiéramos quebrantar la ciega fe de un solo laico si le basta para vivir y morir santamente con ánimo sereno. Vamos a analizar todas las creencias religiosas en general, pero más particularmente la cristiana teología dogmática, que es el principal enemigo de la libertad del pensamiento. No diremos ni una sola palabra contraria a las puras doctrinas de Jesús, pero combatiremos inexorablemente su adulteración en perniciosos sistemas eclesiásticos que rompen todo freno moral y extinguen la fe en Dios y en la inmortalidad.

Arrojamos el guante a los dogmatizantes teólogos que pretenden esclavizar la historia y la ciencia. Arrojamos el guante con más firme determinación al Vaticano, cuyas despóticas arrogancias repugnan a la mayoría de cristianos cultos.

Aparte de los clérigos, sólo los polemistas e investigadores debieran leer este libro, porque, como zapadores de la verdad, tienen el valor de sus opiniones.

CAPÍTULO I

Y aun llegará tiempo en que cualquiera que os matare crea servir a Dios.- SAN JUAN, XVI, 2.

Anatema sea quien diga que las verdades científicas han de admitirse con entero espíritu de libertad, aunque se opongan a la verdad revelada.- *Concilio Ecuménico del Vaticano*.

¡La Iglesia! ¿En dónde está?
GLOUC: *Rey Enrique VI*, acto I, escena I.

En los Estados Unidos de América hay sesenta mil clérigos que reciben estipendio por enseñar la ciencia de Dios y sus relaciones con la criatura. A estos hombres está encomendada la tarea de definir la existencia, carácter y atributos del Creador, las leyes y gobierno del mundo, las doctrinas en que hemos de creer y los deberes que hemos de cumplir. Hay cinco mil profesores de teología que con mil doscientos setenta y tres auxiliares (1) enseñan esta ciencia a cinco millones de personas, según la fórmula prescrita por el obispo de Roma. cincuenta y cinco mil pastores y misioneros de quince sectas distintas (2), en contradicción unas con otras respecto a puntos teológicos de mayor o menor importancia, instruyen en sus respectivas doctrinas a treinta y tres millones de fieles.

Aparte de estas sectas, se cuentan centenares de miles de judíos, algunos millares de fieles de diversas religiones orientales y escaso número de cismáticos griegos. Los mormones, noventa mil, tan politeístas como polígamos, creen que el jefe supremo de todos los dioses reside en un planeta llamado Colob, y reconocen por legislador espiritual a una especie de pontífice asentado en la ciudad del Lago Salado, a quien suponen en frecuente comunicación con los dioses, no obstante sus diecinueve mujeres y más de cien hijos y nietos.

El Dios de los hermanos unitarios es célibe; el de los presbiterianos, metodistas, congregacionistas y otras sectas cristianas es un Padre sin esposa y con un Hijo idéntico a Él. Todo esto sin contar la infinidad de sectas menores y comunidades extravagantemente heréticas que brotan como hongos y mueren apenas nacidas. Tampoco nos detendremos a considerar los millones de espiritistas que hay, según se dice, porque la mayoría no tienen valor para romper con su secta religiosa. Estos son los Nicodemus de puerta trasera.

Y ahora, preguntemos con Pilatos: ¿Qué es la verdad? ¿Dónde hallarla entre tan diversas y opuestas sectas? Todas pretenden fundarse en la revelación divina y poseer las llaves del cielo. ¿Cuál de ellas asume la verdad? ¿O acaso habremos de confesar con el filósofo budista, que la única e inmutable verdad en la tierra es que la verdad *no está* en la tierra?

Aunque no intentamos merodear en el campo ya escrupulosamente espigado por los eruditos que demostraron la filiación pagana de los dogmas cristianos, bueno será exponer nuevamente los hechos investigados desde la emancipación de la ciencia, con objeto de analizarlos desde el distinto o más bien nuevo punto de vista de las antiguas filosofías esotéricas, que hasta ahora tan sólo hemos ojeado rápidamente, y de ellas nos serviremos de tipo para comparar los dogmas y milagros del cristianismo con las doctrinas y fenómenos de la magia antigua y del espiritismo moderno. Por lo tanto, el estudio de los antiguos teurgos nos ayudará a esclarecer tan obscuro asunto desde el momento en que los materialistas niegan de

plano los fenómenos sin tomarse la molestia de investigarlos, y que los teólogos, si bien los admiten, contraen su explicación a la desmedrada y absurda alternativa del milagro o el diablo.

Dice Butlerof a este propósito:

> No es de nuestra incumbencia que los fenómenos espiritistas sean o no verdaderos ni de índole idéntica a los que en otro tiempo se atribuyeron a los sacerdotes egipcios y a los augures romanos, y que hoy operan los hechiceros samanos de Siberia. Lo cierto es que todo fenómeno natural cae bajo el dominio de la ciencia, que con su examen se enriquece en vez de empobrecerse. Si la humanidad aceptó en algún tiempo una verdad para después negarla obcecadamente, no es retroceso sino progreso el volver a reconocerla y aceptarla (3).

CRISTIANOS NOMINALES

Desde que la ciencia hirió mortalmente a la teología diciendo que la religión se basa en el misterio y que el misterio es incompatible con la ciencia, ha variado en curioso aspecto la mentalidad de las clases cultas, que parece como si se sostuviesen sobre un pie en una maroma tendida del universo visible al invisible, con el continuo temor de que el cabo prendido en la fe se soltara de pronto y cayeran todos en el abismo de la aniquilación.

La muchedumbre de cristianos nominales se puede clasificar en tres grupos: materialistas, espiritistas y clericales. Los dos primeros se oponen conjuntamente a las pretensiones dogmáticas del clero, que en desquite combate a unos y a otros con la misma acritud.

Los materialistas están en tan poca armonía como las sectas cristianas, pues los positivistas (4) se ven atacados acerbamente por la escuela inglesa de Maudsley, quien dice de ellos lo que se lee en el siguiente pasaje:

> No es maravilla que los científicos rechacen enérgicamente la autoridad de Comte, que los entusiastas discípulos de este filósofo tratan de imponerles infaliblemente, hasta el punto de que la opinión común calificaba ya de positivista a todo científico, sin advertir que Comte adulteró en muchos puntos el espíritu y la finalidad de la ciencia. Hacen muy bien los científicos en afirmar desde luego su independencia, porque más tarde les sería muy difícil obtenerla (5).

Cuando dos materialistas tan conspicuos como Huxley y Maudsley rechazan con tal firmeza el positivismo de Comte, ciertamente hemos de tenerlo por absurdo.

Más hondas todavía son las disensiones entre los cristianos, cuyas diversas sectas nos muestran todos los grados de la fe religiosa, desde la omnívora credulidad de la fe ciega hasta la devoción elegante, que accede a creer en Dios por encubrir de algún modo su presunción de sabiduría. Todas las sectas creen en la inmortalidad del alma humana; algunas admiten la real comunicación entre los mundos visible e invisible; otras restringen esta comunicación al sentimiento; las más la niegan en absoluto; y unas cuantas se mantienen, respecto de esta creencia, en dudosa expectación.

La Iglesia romana, en su afán de censura y en su anhelo por la vuelta del obscurantismo, frunce el ceño ante los fenómenos que califica de *diabólicos*, y da a entender lo que haría con sus patrocinadores si tuviese el poderío de otro tiempo; pues a no ser porque se ve maniatada bajo el juicio de la ciencia, repetiría en el siglo XIX las irritantes y escandalosas escenas de pasados siglos. En cuanto al clero protestante, odia tan vivamente el espiritismo que, como dice un periódico profano, “socavaría gustoso la fe del pueblo en los milagros bíblicos, con tal de extirpar la pestilente herejía espiritista” (6).

La Iglesia romana reverdece el recuerdo de la hace largo tiempo olvidada ley mosaica, y se declara su legítima y directa heredera para monopolizar los milagros y discernir su autenticidad. El *Antiguo Testamento,* desterrado por Colenso, sus predecesores y coetáneos, vuelve del ostracismo y se desempolvan y limpian los profetas, a quienes el Papa ha consentido ponerse, si no a su mismo nivel, por lo menos a respetuosa distancia (7). De nuevo se renueva la memoria de los diabólicos abracadabras y se equiparan los fenómenos psíquicos a los *impíos horrores* del paganismo con su culto fálico, sus satánicos prodigios, sacrificios humanos, encantos, hechicerías y magias. Sin embargo, los modernos demonólogos descuidan algunos leves pormenores, entre los cuales se cuenta la presencia del falicismo pagano en los símbolos del cristianismo, como por ejemplo, en el misterio de la Encarnación que entraña un elemento fálico espiritual, así como el elemento fálico material aparece en el fetichista culto de los santos *miembros* de San Cosme y san Damián en Isernia, cerca de Nápoles (8).

No proceden muy cuerdamente los autores católicos al vaciar sus redomas de cólera sobre la antigüedad, diciendo que “en multitud de pagodas, la piedra fálica, a semejanza del *batylos* griego, toma la forma brutalmente obscena del *lingham* o mahadeva” (9). Antes de desprestigiar un símbolo cuyo profundo significado metafísico no alcanzan a comprender, debieran los modernos campeones de la religión sensual por excelencia (el catolicismo romano), destruir sus iglesias y modificar las cúpulas de sus templos. El Mahody de Elefanta, la Torre redonda de Bhangulpore, los minaretes musulmanes, romos o puntiagudos, sirvieron de modelo al *Campanile* de Venecia, la catedral de Rochester y el *Duomo* de Milán. Los campanarios y cúpulas de los templos cristianos son diversificados remedos del primitivo *lithos* o falo erecto y, como dice Jennings, “la torre occidental de la catedral de San Pablo en Londres es uno de los dobles *lithos* que siempre fue costumbre colocar delante de todos los templos, así paganos como cristianos” (10). Además, en todos los templos cristianos, y más visiblemente en las capillas protestantes, aparecen las tablas de la ley mosaica sobre el altar dispuestas en díptico de bordes redondeados. La piedra de la derecha es *masculina*, y la de la izquierda, *femenina*. Por lo tanto, ni católicos ni protestantes pueden tachar de obscena la configuración arquitectónica de los templos paganos mientras adornen los suyos con los símbolos del *lingham* y del *yoni* y ostenten en ellos las tablas de Moisés.

Otro desdoro del clero cristiano es el recuerdo del Santo Oficio, que vertió torrentes de sangre en sacrificios humanos sin igual en los anales del paganismo. Tampoco habla muy en honor del clero el ejercicio de la magia negra, que en ningún templo gentil fue tan amplio como en el Vaticano (11). Sin embargo, la iglesia ha anatematizado públicamente toda manifestación de la naturaleza oculta, que atribuyó a influencias diabólicas y artimañas de Stanás y de los ángeles caídos que se revuelven en el “abismo sin fondo”, del que, según el *Apocalipsis* de San Juan, “se levanta un humo como el de un enorme horno”.

Así dice Des Mousseaux (12), que en “embriagados por este humo se congregan diariamente millones de espiritistas en torno del abismo para tributar culto a Baal”. Pero aunque la iglesia latina haya aparentado tener la magia tan en poco como a los paganos, conservó la práctica ritual del exorcismo por el pingüe lucro que le allegaba.

A pesar del vigoroso empuje con que las investigaciones modernas han tambaleado a la iglesia romana, se muestra más arrogante, obstinada y despótica que nunca y, no atreviéndose con los esforzados campeones de la ciencia, arremete en desquite contra los fenómenos espiritistas, porque el verdugo no lo es sin víctima ni puede mantener su prestigio quien no lo asegura con estudiados efectos. La iglesia romana se resiste a caer en el olvido en que cayeron los mitos antiguos, y no consiente que se discuta muy de cerca su autoridad. De aquí que

persista, en cuanto se lo consienten los tiempos, en su política tradicional y deplore la forzosa extinción del Santo Oficio, haciendo de la necesidad virtud. Las únicas víctimas que hoy tiene a su alcance son los espiritistas franceses (13) por la influencia solapadamente ejercida en los tribunales, que no tuvieron reparo en deshonrarse a favor de ella. Las mesas giratorias y los lápices semovientes del profano espiritismo sirven de púlpito a la iglesia para exhortar al mundo cristiano a que vuelva la vista hacia los "milagros" de Lourdes, y, entretanto, las autoridades eclesiásticas preparan más fáciles éxitos con que sorberles el sentido a los supersticiosos. Obedientes a órdenes superiores, los obispos anatematizan, excomulgan y maldicen; pero al ver que el efecto de sus rayos en las testas coronadas es tan nulo como el de los que fulmina Júpiter en el *Calchas* de Offenbach, se revuelve Roma en imptente furia contra los infortunados búlgaros y servios, *protegidas víctimas* del emperador de Rusia. Sin que le conturben razones ni sarcasmos, el "cordero del Vaticano" reparte equitativamente sus iras entre los liberales italianos ("esos impíos de aliento hediondo como un sepulcro") (14), los cismáticos griegos, los herejes y los espiritistas que "practican su culto junto al abismo sin fondo en donde acecha el Dragón".

DICTERIOS PONTIFICIOS

El reverendo Gladstone se tomó el trabajo de enmanojar las "flores retóricas" diseminadas en las alocuciones del vicario de Aquél que dijo: "Quien te llamare *loco* estará en peligro de caer en el fuego del infierno". Veamos algunas de ellas. Los adversarios del Papado son "lobos, fariseos, ladrones, embusteros, hipócritas, engendros hidrópicos de Satanás, hijos de perdición y del pecado, sicarios del demonio, monstruos del averno, demonios en carne y hueso, cadáveres pestilentes, abortos del infierno, traidores, Judas endemoniados, etc." (15).

Puesto que Su Santidad el papa dispone de tan rico arsenal de dicterios, no es extraño que el obispo de Tolosa se desate sin escrúpulo en falsedades contra protestantes y espiritistas en las pastorales dirigidas a sus diocesanos, según vemos en este pasaje:

> Nada más propio de una época de incredulidad que *la falsa revelación suplante a la verdadera*, y que los detractores de las enseñanzas de la Iglesia se entreguen a la práctica de la adivinación y al estudio de las ciencias ocultas... El espiritismo ha motivado en los Estados Unidos la sexta parte de casos de suicidio y locura... (16), pues no es posible que de los mentirosos demonios salga palabra de verdad ni que enseñen ciencia de provecho, porque toda palabra de Satán es estéril como el mismo Satán.
>
> Está prohibida la lectura de todo escrito en defensa del espiritismo y quien frecuenta los círculos espiritistas con intención de aceptar semejantes doctrinas apostata de la santa Iglesia e incurre en excomunión... Las enseñanzas de los espíritus no prevalecerán contra la cátedra de San Pedro, que expone las verdades reveladas por el mismo Dios.

Sin embargo, las muchas falsas enseñanzas que la Iglesia romana atribuye a palabra de Dios invalidan esta última aserción de la extractada pastoral. El famoso teólogo católico Tillemont asegura que "los paganos ilustres de la antigüedad están en el infierno, porque vivieron antes de la venida de Cristo y no pudo alcanzarles el beneficio de la redención". También afirma dicho autor que la misma Virgen María corroboró esta verdad en una carta dirigida de su propia letra y firma a un santo. ¿Habremos de considerar también esto como enseñanza revelada por el mismo Dios?

Igualmente sugestiva es la descripción topográfica que del infierno y purgatorio explana, favorecido por visión divina, el cardenal Belarmino, de quien dice un crítico que "parece un

experto agrimensor al deslindar los ocultos senderos y formidables estancias del “insondable abismo”.

En una de sus obras, se aventuró San Justino mártir a opinar que Sócrates no podía estar en el infierno; pero un benedictino comentador suyo le vitupera severamente por su excesiva benevolencia (17).

En la primera parte de esta obra procuramos demostrar con ejemplos históricos que los científicos, según decía de ellos el profesor Morgan, “se han puesto las vestiduras de que despojaron a los sacerdotes, pero tiñéndolas antes de otro color”. Análogamente, el clero cristiano se ha revestido con el ropaje de que despojó al sacerdocio pagano, y aunque su conducta es diametralmente opuesta a la ley de Dios, se ha erigido en tribunal competente para juzgar al mundo entero.

EL CULTO DE LA VIRGEN

El “Varón de las tristezas” perdonó desde la cruz a sus verdugos y enseñó a sus discípulos el amor al enemigo; pero los sucesores de San Pedro, que se arrogan en la tierra la representación del dulce Jesús, maldicen sin reparo a cuantos se resisten a sus despóticos caprichos. Además, desde hace mucho tiempo han pospuesto el Hijo a la Madre porque, según enseñanzas también reveladas por “el mismo Dios”, es la única mediadora entre cielo y tierra (18).

Bien pudiéramos afirmar que con el último apóstol de Jesús murió el último cristiano *verdadero.* Pregunta a este punto Max Müller:

> ¿Cómo podrá un misionero desvanecer las dudas de sus catecúmenos a no ser que les represente el verdadero espíritu del cristianismo y les diga que, como las demás religiones, también tiene su historia, y que el del siglo XIX no es el de la Edad Media, y que el de la Edad Media no fue el de los primeros concilios, y que el de los concilios no fue tampoco el de los apóstoles, y que únicamente lo que Cristo dijo estuvo bien dicho? (19).

De esto cabe inferir que entre el cristianismo moderno y el paganismo antiguo no hay otra característica diferencial que la creencia en el diablo y en el infierno, imbuidas por el dogma cristiano.

Y añade Müller:

> Las naciones arias no tienen diablo. Plutón, aunque de carácter sombrío, era personaje muy respetable, y el escandinavo Loki no era divinidad infernal, a pesar de su maligno temperamento. La diosa teutona Hell, como su equivalente Proserpina, vieron mejores días. Así es que cuando a los germanos se les hablaba del semítico Seth, Satán o el diablo, no les infundía temor ninguno.

EL INFIERNO CRISTIANO

Lo mismo cabe decir del infierno. El *hades* pagano era un lugar completamente distinto del infierno cristiano, pues lo consideraban los antiguos como un estado intermedio de purificación. El *hela* o *hel* tampoco era entre los escandinavos un lugar de eterno castigo (20).

Tampoco pueden equipararse con el infierno cristiano el *amenti* egipcio, que era lugar de juicio y purificación, ni el *onderâh* o abismo de tinieblas de los indos, porque a los rebeldes ángeles sumidos en él por Siva les ofrece Parabrahma la posibilidad de redimirse por el arrepentimiento y la purificación.

El *gehenna* a que repetidas veces alude el Nuevo Testamento era un paraje extramuros de Jerusalén (21), al que Jesús se refería valiéndose de una metáfora muy corriente entre los judíos de aquella época. ¿Cuál es, pues, el origen del terrorífico dogma del infierno, de esa arquímeda palanca de la teología cristiana que durante diecinueve siglos ha esclavizado el ánimo de millones de millones de cristianos? Seguramente no deriva de las *Escrituras hebreas*, como podría corroborar cualquier hebraísta idóneo. Conocen tan bien los teólogos las condiciones y circunstancias del infierno, que han clasificado las penas allí sufridas en dos clases: pena de daño o privación de la beatífica vista de Dios y pena de sentido o tormento eterno en un hirviente lago de azufre.

Tal vez aduzcan los teólogos en pro de este dogma aquel pasaje de San Juan que dice:

> Y el diablo que les engañó fue precipitado en un lago de fuego y azufre, en donde la bestia y el falso profeta son y serán atormentados por los siglos de los siglos (22).

Pero aun prescindiendo de que el diablo o demonio tentador simboliza esotéricamente nuestro propio cuerpo físico, que después de la muerte se desintegrará en los elementos *ígneos* o etéreos (23), tenemos que en lengua hebrea no hay palabra de significado equivalente a *eternidad* en el sentido de por los siglos de los siglos que le dan los teólogos, pues la voz ... (*ulam*), según afirma Le Clerc, expresa tan sólo un período de tiempo sin principio ni fin conocidos. El arzobispo Tillotson confiesa por una parte que la palabra *ulam* no significa duración *infinita*, y que la frase *por siempre jamás* del *Antiguo Testamento* indica tan sólo un larguísimo período; pero por otra parte ha adulterado su verdadero sentido con respecto a la idea de los tormentos eternos, pues, en su opinión, si bien cuando decimos que Sodoma y Gomorra ardieron en fuego eterno, se sobreentiende que este fuego no se extinguió hasta consumir ambas ciudades, cuando nos referimos al fuego del infierno, tiene la palabra “eterno” el significado de perdurable, pues la pena del malvado ha de durar lo que dure el gozo del justo. Así lo ha dispuesto el sabio teólogo (24).

El reverendo Surnden (25) comenta las teorías de sus predecesores y aduce argumentos, según él irrefutables, en demostración de que el infierno está situado en el sol. Esto nos lleva a sospechar que el reverendo Surnden habrá leído el Apocalipsis en la cama y le ocasionaría una pesadilla que distrajo de su mente la pitagórica y cabalística alegoría que entraña el siguiente pasaje:

> Y el cuarto ángel derramó su redoma sobre el sol y le fue dado afligir a los hombres con ardor de fuego. Y los hombres estaban enardecidos por el gran calor y blasfemaban del nombre de Dios (26).

La idea no es original del apóstol San Juan ni del reverendo Surnden, pues ya Pitágoras situaba la “esfera de purificación” en el sol, centro del universo (27). Esta alegoría tiene doble significado. Por una parte, el sol físico simboliza la Divinidad suprema o céntrico sol espiritual; y en consecuencia, al llegar a esta región quedan las almas purificadas de sus culpas y se unen para siempre con el espíritu después de los sufrimientos pasados a través de las esferas inferiores. Por otra parte, al fijar Pitágoras la situación del sol visible en el centro del universo, insinuaba la enseñanza del sistema heliocéntrico, que era privativa de los Misterios y sólo se comunicaba en el grado superior de iniciación. El apóstol San Juan tiene del Verbo un concepto puramente cabalístico, que sólo comprendieron los Padres de la Iglesia versados en las doctrinas neoplatónicas. Orígenes lo comprendió perfectamente por haber sido discípulo de Ammonio Saccas, y así niega en absoluto la eternidad de los tormentos del infierno, diciendo que no sólo los pecadores, sino también los diablos (28) alcanzarán remisión después de un castigo más o menos largo (29).

HIPOTÉTICA SITUACIÓN DEL INFIERNO

Muchas y muy ingeniosas hipótesis se han expuesto sobre la situación del infierno, pero la más conocida es la que lo coloca en el centro de la tierra. Sin embargo, la intromisión de los científicos en este punto suscitó algunas dudas que turbaron la plácida fe en tan consoladora creencia, pues, como advierte Swinden, contra ella se oponen tres principales razones, conviene a saber:

1.ª Que no es posible que en el centro de la tierra haya suficiente combustible para mantener un fuego siempre vivo.

2.ª Que se necesitaría abundancia de oxígeno para alimentar la combustión.

3.ª Que puesto la tierra ha de tener fin como astro, no puede ser eterno el fuego que ha de consumirla (30).

Pero tal vez Swinden ha olvidado en su escepticismo, que hace siglos resolvió San Agustín esta dificultad diciendo que, no obstante las apariencias en contra, el infierno está situado en el centro de la tierra, pues Dios provee *milagrosamente* el aire necesario para mantener el fuego siempre vivo (31).

Los cristianos fueron los primeros en dar carácter de dogma religioso a la creencia en el diablo, y desde entonces se ha visto precisada la Iglesia a luchar contra la misteriosa fuerza que, por conveniencia propia, achacaba al diablo. Pero las manifestaciones de esta fuerza propenden a quebrantar la creencia en el diablo, gracias a la incompatibilidad entre los efectos y la supuesta causa, porque si el clero no ha podido medir debidamente el verdadero poder del diablo, forzoso es confesar que este archienemigo de Dios encubre muy hábilmente su carácter de príncipe de las tinieblas, cuya perpetua ocupación es poner asechanzas a los hombres (32).

No obstante, lo que más teme el clero es verse precisado a soltar la argolla con que viene agarrotando a la humanidad. No consiente que por el fruto se conozca el árbol, porque habría de someterse a enojosos dilemas, ni tampoco quiere confesar, como confiesan las mentes libres de prejuicios, que los fenómenos psíquicos han convertido y mejorado a más de un escéptico empedernido. Pero, según el mismo clero reconoce, ¿de qué serviría el Papa si no existiera el diablo?

Sin duda, por esto envía Roma a sus más hábiles plumas y lenguas en socorro de los que están en peligro de hundirse en el “insondable abismo”, aunque nadie declara explícitamente el mandato (33).

LOS BIÓGRAFOS DE SATANÁS

Sin percatarse de que trabajaba a favor de sus enemigos, los espiritualistas y espiritistas, permitió la Iglesia unos veinte años atrás que Des Mousseaux y De Mirville hiciesen la biografía del diablo, confesando tácitamente con ello su colaboración en la tarea (34). Sin embargo, los espiritistas franceses han de quedar eternamente agradecidos por una parte a estos dos escritores católicos que, tomando por prueba los fenómenos psíquicos, tratan de demostrar la existencia del diablo, y por otra parte al ex ministro de Luis Felipe, el conde de Gasparin, que basado en las mismas pruebas se propone evidenciar lo contrario. Con ello tendremos demostrada por unos y otros, sin lugar a duda, la existencia de un invisible universo espiritual poblado también de invisibles entidades. De los documentos históricos escudriñados en las bibliotecas, destiló la quinta esencia de las pruebas incontrovertibles. Desde Homero hasta nuestros días, todas las épocas han brindado selectos materiales de investigación a estos infatigables escritores que, al afirmar la autenticidad de los prodigios operados por Satán

inmediatamente antes de la era cristiana y durante la Edad Media, dieron sólida base al estudio de los fenómenos psíquicos en los tiempos modernos.

A pesar de su apasionado e irreductible entusiasmo, representa Des Mousseaux el papel de demonio tentador o "serpiente del Génesis", como gusta de llamar al diablo, pues en su afán de achacar al espíritu maligno toda manifestación psíquica, concluye por demostrar que el espiritismo y la magia no son nuevos en el mundo, sino antiquísimos gemelos, cuya cuna mecieron los primitivos tiempos de India, Caldea, Babilonia, Egipto, Persia y Grecia. Demuestra Des Mousseaux la existencia de los espíritus angélicos y diabólicos con tan auténticas e irrefutables pruebas históricas, que muy pocas podrán añadir los autores que le sucedan (35). Seguramente que Des Mousseaux y De Mirville tuvieron a su libre disposición los inagotables recursos literarios de la biblioteca del Vaticano y otras no menos nutridas (36), donde se conservan centenares de valiosísimos tratados de ciencias ocultas, que tan sólo pueden consultar los privilegiados concurrentes a la biblioteca del Vaticano. De todos modos, las leyes de la Naturaleza lo mismo rigen para el hechicero pagano que para el taumaturgo católico, quienes, sin la menor intervención de Dios ni del diablo pueden operar los llamados "milagros".

Apenas empezaron los fenómenos psíquicos a llamar la atención de Europa, cuando el clero clamó diciendo que el eterno enemigo reaparecía en ellos con nombre distinto. Al propio tiempo, se oía hablar también de milagros o fenómenos "divinos" en oposición a los diabólicos. Al principio, los milagros fueron obra de individuos de condición humilde, que a su decir los efectuaban por obra de la Virgen María, de los santos o de los ángeles. En cambio, también hubo quienes, según el clero, quedaron *obsesos* y *poseídos* del demonio, con quien, por lo visto, ha de compartir Dios la fama de su poder. Pero al advertir que, no obstante todas estas precauciones, iban en aumento los fenómenos psíquicos con amenaza de quebrantar los tan cuidadosamente forjados dogmas teológicos, quedaron las gentes sobrecogidas de asombro (37).

MILAGROS APÓCRIFOS

Por extraño que parezca, repetidas veces han preguntado los observadores: "¿Por qué, desde la Reforma acá, no ha ocurrido ni un solo milagro en los países protestantes?". Tal vez respondan los clericales que Dios ha dejado de su mano a los herejes; pero ¿por qué tampoco ocurren milagros en Rusia que no es hereje, sino tan sólo cismática? (38). ¿No es lógico suponer que si en Rusia es posible prohibir los milagros por decreto imperial y jamás ocurren en otros países, han de atribuirse los fenómenos taumatúrgicos a causas naturales y en modo alguno a Dios ni al diablo? A nuestro entender, todo el secreto de la respuesta se reduce a que el clero ruso sabe muy bien cuán fácilmente quebrantarían los milagros apócrifos la sincera piedad y robusta fe del campesino ruso, en cuyo ánimo cualquier desengaño despertaría primero la desconfianza y después la duda y el ateísmo. Además, ni el clima del país ni el carácter de las gentes, *positivo* y sano, son propicios a la operación de fenómenos fraudulentos. En cuanto al clero de las otras naciones no católicas, como Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, no puede disponer de las obras secretamente conservadas en la biblioteca del Vaticano, y por este motivo nada saben de la magia de Alberto el Magno.

Por lo referente a la infinidad de médiums y sensitivos que hay en la América del Norte, cabe atribuirla a la influencia del clima y a la idiosincrasia de la población. Desde la época de las brujerías de Salem, cuando los inmigrantes conservaban pura su sangre, hace dos siglos, hasta el año 1840, apenas se oyó hablar de "espíritus" ni de "médiums" en los Estados Unidos (39). Los primeros fenómenos se observaron en individuos de la secta llamada de los temblones, cuyo entusiasmo religioso, género de vida, pureza de alma y castidad de cuerpo

favorecían la operación de fenómenos psíquico-físicos. Desde 1692, millones de inmigrantes de diversas razas, países, temperamento y costumbres, han invadido la América del Norte y determinado por el cruce la alteración del primitivo tipo étnico (40).

Permítasenos aducir otro argumento en pro de nuestra opinión. ¿En qué países abundaron más y causaron mayor asombro los milagros? Sin duda, que en la católica España y en la Italia pontificia. ¿Y qué otra nación, aparte de estas dos, tuvo mejores coyunturas de iniciarse en las letras antiguas? Famosas fueron las bibliotecas españolas y de gran celebridad gozaron los árabes por sus profundos conocimientos en alquimia y otras ciencias. Por su parte, el Vaticano archiva incalculable número de manuscritos antiguos que, durante cerca de mil quinientos años, fueron acopiando los pontífices por confiscación de los bienes de las víctimas sentenciadas (41).

LA MAGIA CLERICAL

Los anales de la magia señalan en las misteriosas soledades del claustro los más hábiles hechiceros, como Alberto el Magno, obispo de Ratisbona, insuperable en este arte, y su discípulo Tomás de Aquino, el franciscano Rogerio Bacon y el benedictino Trithemio, abad del monasterio de Spenheim y maestro, amigo y confidente de Cornelio Agrippa. Durante la época en que por toda Alemania florecieron las mancomunadas hermandades de teósofos, con el fin de adquirir conocimientos esotéricos, bastaba captarse el favor de ciertos monjes para adelantar en las más importantes ciencias ocultas.

Todo esto nos lo dice la historia y no puede negarse fácilmente. Hasta la época de la Reforma practicó el clero sin mucho rebozo las diversas modalidades de la magia, y aun también fue cabalista y ocultista el famoso Juan Reuchlin (42). Tanto el clero regular como el secular practicaron extensamente el sortilegio de que ahora abominan (43).

Refiere Gregorio de Tours que para practicar los sortilegios ponía el sacerdote la *Biblia* sobre el altar, y suplicaba al Señor que se dignase descubrir su voluntad y revelar lo futuro por medio de un versículo del texto. Gilberto de Nogent, autor del siglo XII, dice que en su época era costumbre recurrir al sortilegio de *sortes sanctorum* en la consagración de los obispos para conocer el porvenir del consagrado. En cambio, según otros escritores, el concilio de Agda, celebrado el año 506, condenó el sortilegio de *sortes sanctorum*, con lo que vemos quebrantado el infalible magisterio de la Iglesia; pues no se sabe si erró al prohibir una práctica ejercida nada menos que por San Agustín, o si el error estuvo en practicar públicamente el sortilegio en la consagración de los obispos, a no ser que en ambos casos, a pesar de lo contradictorio, recibiera el Vaticano la inspiración directa de Dios.

En prueba de que Gregorio de Topurs practicó el sortilegio, entresacamos el siguiente pasaje de su *Vida*:

> Noticioso de que Lendasto, conde de Tours, empeñado en indisponerme con la reina Fredegunda, venía a la ciudad con malas intenciones respecto de mi persona, me encerré en mi oratorio con el ánimo inquieto, y al abrir los *Salmos* tropezó mi vista con el versículo del LXXVII, que dice: “El Señor hizo que marcharan confiados, mientras el mar se tragaba a sus enemigos”. De acuerdo con el espíritu del texto, nada resolvió contra mí el conde al entrar en la ciudad, de la que salió el mismo día para un puerto de embarque. La nave en que iba naufragó durante una tempestad; pero el conde salvó la vida a nado.

Confiesa el santo obispo en este pasaje haber practicado algún tanto la hechicería, y como *todo hipnotizador sabe cuán poderosa es la voluntad concentrada en determinado propósito*, el versículo del Salmo le sugirió el deseo de que su enemigo muriese ahogado.

Poseído de este deseo, lo enfocó, acaso inconscientemente, sobre la persona del conde que a duras penas salvó la vida. Si, como por error creía el santo, hubiese sido voluntad de Dios el percance, de seguro que se ahogara el conde; pues un sencillo baño no podía modificar su animosidad contra San Gregorio si tan malévola fuese.

A mayor abundamiento, vemos que el concilio de Varres prohibe a todos los eclesiásticos, bajo pena de excomunión, las suertes adivinatorias por medio de libros o escritos de cualquier índole. La misma prohibición decretaron los concilios de Agda (506), Orleáns (511), Auxerre (595) y por último el de Aenham (1110), que anatematizaba a los brujos, hechiceros y adivinos que ocasionaban la muerte por medio de operaciones mágicas y vaticinaban el porvenir sobre pasajes de la Escritura señalados a la suerte. Además, el clero de la diócesis de Orleáns elevó al pontífice Alejandro III una queja contra su obispo Garlande, que terminaba como sigue:

> Que vuestras apostólicas manos tengan fuerza para poner de manifiesto la iniquidad de este hombre, de modo que le alcance la desgracia pronosticada el día de su consagración, cuando al abrir las Escrituras, *según costumbre*, salió por suerte aquel pasaje que dice: ...*y despojándose el joven de sus vestiduras de lino se les escapó desnudo* (44).

MILAGROS LAICOS

¿Por qué, pues, achicharraba la Iglesia a los seglares que ejercían el sortilegio y canonizaba a los eclesiásticos con igual ejercicio? Sencillamente, porque todo fenómeno psíquico, sea cual sea su método operante, rebate por una parte la afirmación católica de que únicamente los santos pueden obrar milagros en nombre de Dios y por mediación de los ángeles; y por otra parte, la aserción protestante de que desde los tiempos apostólicos no han vuelto a operarse milagros. Pero tanto si son como si no son de la misma naturaleza, los modernos fenómenos psíquicos denotan íntimo parentesco con los milagros bíblicos, hasta el punto de que los hipnotizadores y saludadores de nuestra época emulan francamente a los apóstoles del cristianismo. El zuavo Jacob ha sobrepujado al profeta Elías en la resurrección de personas difuntas en apariencia, y el sonámbulo Alexis (45) demostraba incomparablemente mayor lucidez que los apóstoles, profetas y sibilas de la antigüedad. Desde la quema del último brujo, la grandiosa revolución francesa, cuidadosamente preparada por los agentes de la liga de sociedades secretas, sembró el terror en el seno de la clerecía europea, y cual devastador huracán arrastró en su empuje a la católica aristocracia romana, el más valioso aliado de la Iglesia, dejando firmemente establecida la individual libertad de opiniones contra la derrocada tiranía eclesiástica, y abriendo desembarazado paso a Napoléon el Magno, que dio el golpe de gracia a la Inquisición, aquel vasto matadero en que la Iglesia cristiana degollaba en nombre del Cordero a cuantas ovejas le parecían antojadizamente sarnosas. Desde entonces, quedó la Iglesia abandonada a su responsabilidad y sus recursos.

Mientras los fenómenos aparecieron esporádicamente, se sintió la Iglesia con fuerzas bastantes para reprimir las consecuencias. La supersticiosa creencia en el diablo estaba por entonces tan arraigada como siempre, y la ciencia no se había atrevido aún a medir públicamente sus fuerzas con la teología, que, entretanto, iba ganando terreno de un modo lento y seguro, hasta que, de repente, se manifestó con inopinada violencia. De su mística reclusión empezaron a salir los “milagros” a plena luz diurna, en donde la profana mano de la ciencia, sostenida por las leyes naturales, se disponía a arrancarles su clerical antifaz. Por algún tiempo se mantuvo la Iglesia todavía en sus posiciones, y con el potente auxilio del terror supersticioso logró detener los progresos del invasor; pero cuando más tarde reprodujeron hipnotizadores y sonámbulos el fenómeno psicofísico del éxtasis, hasta entonces atribuido

exclusivamente a los santos; cuando las mesas giratorias exaltaron la curiosidad del mundo entero y la psicolgrafía, tenida por espiritual, se convirtió de aliciente de curiosidad en misticismo religioso; cuando el eco de los golpes de Rochester repercutió a través de los mares por todos los ámbitos del mundo; entonces, y sólo entonces despertó la Iglesia latina al advertir la cercanía del peligro. Se derramó la voz de prodigios ocurridos en los círculos espiritistas y en los salones de los hipnotizadores. Sanaban los enfermos, veían los ciegos, andaban los lisiados y oían los sordos. En América J. R. Newton y en Francia el barón Du Potet curaban a las gentes sin haber recurso a la intervención divina. El gran descubrimiento de Mesmer reveló a los solícitos investigadores el mecanismo de la naturaleza y dominó como por mágico poder la materia inorgánica y orgánica.

Pero no fue esto lo peor, porque una adversidad más calamitosa todavía cayó sobre la Iglesia con la evocación de multitud de espíritus, tanto del mundo superior como del inferior, cuyas comunicaciones y procedimientos desmentían las más intencionadas y lucrativas enseñanas de la Iglesia. Estos espíritus se manifestaban como las desencarnadas personalidades de parientes, amigos y conocidos de los concurrentes a las sesiones, desvaneciendo de esta suerte la existencia objetiva del diablo, con hondo quebranto de los cimientos de la cátedra de San Pedro (46).

LA SILLA DE SAN PEDRO

Ninguna entidad psíquica, a no ser los llamados espíritus burlones, se manifestarán en relación con Satanás ni concederán a este mito ni un palmo de soberanía. El clero siente quebrantado de día en día su prestigio y ve que las gentes rasgan la venda que durante tantos siglos les cegara. La fortuna se ha pasado al bando enemigo en el conflicto entre la teología y la ciencia. Pero si la ciencia ha contribuido inadvertidamente a la comprensión de los fenómenos psíquicos, estos, por su parte, han favorecido los progresos de la ciencia, pues hasta que la renovada filosofía reclamó su lugar en el mundo, muy pocos científicos acometieron el difícil estudio de la teología comparada, en cuyos dominios han penetrado escasos exploradores por la necesidad de conocer para ello muy a fondo las lenguas muertas. Además, no se sentía imperiosamente la utilidad de este estudio, porque no era posible por entonces substituir la ortodoxia cristiana con más satisfactorias doctrinas; pues, según demuestra innegablemente la psicología, la generalidad de las gentes no pueden vivir sin religión formal, sea la que fuere, como no puede vivir el pez fuera del agua. Pero la verdad, con voz más poderosa que el trueno, habla al hombre de nuestro siglo como habló al del siglo XIX antes de Cristo. Entre la vida futura y la nada después de la muerte, no vacila la humanidad en la elección. Quienes, movidos de su amor al progreso humano, quisieran expurgar la fe de toda maleza supersticiosa y dogmática, han de repetir aquellas palabras de Josué:

> Pero si os parece malo servir al Señor, se os da a escoger. Elegid hoy lo que os agrada, a quien principalmente debáis servir: si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; que yo y mi casa serviremos al señor (47).

El orientalista Max Müller escribía en 1860:

LIBROS ANTIGUOS

> La ciencia de la religión apenas está en su infancia... Durante los últimos cincuenta años se han descubierto, de *extraordinaria y casi milagrosa manera*, documentos auténticos de las principales religiones del mundo (48). Tenemos ya los libros canónicos del budismo, el Zend-Avesta de Zoroastro y

los himnos del Rig-veda, que han revelado la existencia de religiones anteriores a la mitología que en Homero y Hesíodo aparece como desmoronada ruina (49).

En su vehemente deseo de dilatar los dominios de la fe ciega, los primeros teólogos cristianos ocultaron tanto como les fue posible las fuentes de su ciencia, y al efecto se dice que entregaron a las llamas cuantos tratados de cábala, magia y ocultismo hallaban a mano, creyendo equivocadamente que con los últimos gnósticos habían desaparecido los manuscritos más peligrosos de esta índole; pero algún día se echará de ver el error, y de "extraordinaria y casi milagrosa manera" aparecerán otros importantes documentos auténticos.

Los monjes de algunos puntos de Oriente, como por ejemplo los del monte Athos y del desierto de Nitria, así como los rabinos que en Palestina se pasan la vida comentando el Talmud, conservan una curiosa tradición, según la cual de los tres incendios de la biblioteca de Alejandría (el de Julio César, el de las turbas cristianas y el del general árabe Omar) se salvaron muchísimo volúmenes, como puede inferirse del siguiente relato:

En el año 51 antes de J. C., cuando se disputaban el trono la princesa Cleopatra y su hermano Dionisio Ptolomeo, estalló fortuitamente en la biblioteca de Alejandría un incendio que consumió unos cuantos volúmenes, por lo que fue preciso hacer algunas reparaciones en el edificio (*Bruckión*), que a la sazón contenía unos 700.000 volúmenes, encuadernados en madera o pergamino a *prueba de fuego*. Con motivo de las reparaciones, fueron trasladados a casa de un empleado de la biblioteca los más valiosos manuscritos de ejemplar único que afortunadamente se libraron de las llamas. Cuando después de la batalla de Farsalia, quiso César deponer del trono de Egipto a Ptolomeo y colocar en él a Cleopatra, hubo de sitiar a Alejandría y durante el sitio mandó incendiar la flota egipcia fondeada en el puerto. El incendio se propagó a los edificios vecinos al muelle, y de allí a la parte de la ciudad donde estaba la famosa biblioteca. Pero como el fuego tardó algunas horas en prender en este edificio, pudieron entretanto los bibliotecarios, con ayuda de centenares de esclavos, poner en lugar seguro los más valiosos volúmenes. Además se salvaron de las llamas muchos manuscritos encuadernados en pergamino incombustible, al paso que se quemaron casi todos los encuadernados en madera. Un erudito oficinista de la biblioteca, llamado Theodas, dejó escritos en griego, latín y caldeo-siriaco todos los pormenores del suceso. Se dice que todavía se conserva en un monasterio griego una copia de este manuscrito, según pudo comprobar por sí misma la persona que nos refirió esta tradición, quien asegura, además, que cuando se cumpla cierta profecía, otros muchos podrán ver dicha copia y enterarse por ella de en dónde hallar importantísimos documentos de la antigüedad, que la mayor parte se conservan en Tartaria e India (50).

Un monje del referido monasterio griego nos enseñó una copia del manuscrito, que apenas entendimos por no estar muy fuertes en lenguas muertas; pero el monje nos lo tradujo con tal fidelidad que recordamos perfectamente el siguiente pasaje: "Cuando la reina del sol (Cleopatra) regresó a la casi destruida ciudad donde el fuego había devorado la *gloria del mundo* y vio los montones de volúmenes de carbonizado foliaje e intacta encuadernación, lloró de rabiosa furia y maldijo la mezquindad de sus antepasados, que escatimaron en el texto de los manuscritos el pergamino que tan sólo emplearon en las encuadernaciones". Más adelante se burla delicadamente de la reina porque cree que se han quemado casi todos los volúmenes de la biblioteca, siendo así que cientos y aun miles de los más valiosos estaban seguros en casa de los empleados, bibliotecarios, estudiantes y filósofos.

Muchos y muy ilustrados coptos que residen en el Asia Menor, Egipto y Palestina están seguros de que tampoco se han perdido los volúmenes de otras bibliotecas posteriores a la famosa de Alejandría, y dicen sobre ello que se salvaron todos los de la de Atalo III de Pérgamo, regalada por Antonio a Cleopatra. Afirman también que cuando en el siglo IV empezaron los cristianos a preponderar en Alejandría, y Anatolio, obispo de Laodicea, se desató en invectivas contra la religión del país, los filósofos paganos y los teurgos expertos tomaron exquisitas precauciones para conservar el depósito de la sabiduría sagrada. El famoso teurgo y filósfo Antonino acusó al obispo Teófilo (hombre de villana y miserable reputarción) de

sobornar a los esclavos del Serapión (51) para que substrajeran volúmenes que él vendía después muy caros a los forasteros. La historia nos enseña que en el año 389 este obispo Teófilo prevaleció contra los filósofos paganos, y que su no menos indigno sucesor Cirilo mandó asesinar a Hypatia.

Aunque el historiador Suidas da algunos pormenores acerca de Antonino (a quien llama Antonio) y de su elocuente amigo Olimpio, el defensor del serapión, es muy deficiente la historia en lo tocante a los poquísimos libros que de siglo en siglo han llegado hasta el nuestro, ni tampoco se muestra explícita por lo que se refiere a lo acaecido durante los cinco primeros siglos del cristianismo, según relatan numerosas tradiciones populares de Oriente, que, no obstante su aparente inverosimilitud, descubren mucho y buen grano entre la paja del relato. No es extraño que los naturales repugnen comunicar estas tradiciones, pues fácilmente se revuelven contra ellos los viajeros, tanto escépticos como fanáticos.

LAS GALERÍAS DE ISHMONIA

Cuando algún arqueólogo que supo captarse la confianza de los indígenas adquirió documentos de inestimable valor, atribuyeron los comentadores el caso a pura “coincidencia”. Sin embargo, es tradición muy generalizada que en las cercanías de Ishmonia (la ciudad petrificada) hay vastas galerías subterráneas donde se conservan infinidad de manuscritos antiguos. Ni por todo el oro del mundo se acercaría un árabe a aquel paraje, pues dicen que de las grietas y hendeduras de aquellas desoladas ruinas sepultadas entre la arena del desierto, se ven salir por la noche luces que de un lado a otro llevan manos no humanas. Creen los árabes que los afrites ocupados en el estudio de la literatura antediluviana, y los dijinos que en los antiquísimos manuscritos aprenden la lección del porvenir (52).

A imitación de los fanáticos adoradores de la Virgen en el siglo IV, los modernos clericales, en su afán de perseguir el liberalismo y cuantas llaman herejías, encerrarían a todos los herejes con sus libros en algún moderno Serapión para quemarlos vivos (53).

Este odio es muy natural desde que las investigaciones científicas han revelado muchos secretos. Hace algunos años dijo ya el obispo Newton:

> La adoración de los ángeles y santos es actualmente en todos conceptos de igual índole que la adoración de los demonios en tiempos primitivos. El nombre difiere, pero la cosa es exactamente la misma, con los mismos templos y las mismas imágenes que en otro tiempo fueron de Júpiter y demás demonios y son de la Virgen y los santos. El paganismo se metamorfoseó en papismo.

A fuer de imparciales, hemos de añadir a esto que las sectas protestantes han conservado también buena parte de ritos y ceremonias paganas.

El apostólico nombre de *Pedro* deriva de los Misterios, cuyo hierofante llevaba el título caldeo de *Peter* (...), que significa intérprete (54). Jesús dijo:

> Sobre esta *piedra* edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno (55) no prevalecerán contra ella.

Con la palabra piedra o *petra* significaba metafóricamente los Misterios cristianos, cuyos oponentes eran los dioses del mundo inferior adorados en los misterios de Isis, Adonis, Atys, Sabazio, Dionisio y Eleusis. El apóstol Pedro no estuvo nunca en Roma; pero los papas cristianos tomaron el cetro del *pontifex maximus*, las llaves de Jano y Kubelé y la tiara de la *Magna Mater* (56), convirtiéndose de esta suerte en sucesores del sumo sacerdote pagano llamado *Petroma* o sea *Pedro Roma*.

Enemigos más poderosos de la Iglesia romana que los “infieles” y “herejes” son la mitología y filología comparadas (57). El cúmulo de pruebas ha ido aumentando recientemente de tal modo que no da ocasión a nuevas controversias. El juicio de los críticos es demasiado concluyente para dudar de que la India es la cuna no sólo de la civilización, del arte y de la ciencia, sino también de las principales religiones de la antigüedad, incluso el judaísmo y, por consiguiente, el cristianismo. Herder afirma que la India es la casa solariega del género humano y que Moisés fue un hábil y relativamente moderno compilador de las tradiciones brahmánicas. Dice a este propósito:

El sagrado Ganges que baña la India es para Asia entera el río paradisíaco. También allí fluye el bíblico Gihon, que no es ni más ni menos que el Indo. Los árabes le llaman así en nuestros días; y los nombres de las comarcas regadas por sus aguas se conservan todavía entre los indos.

LAS LLAVES DE SAN PEDRO

Jacolliot tradujo los antiguos manuscritos de hojas de palmera que por fortuna le permitieron examinar los brahmanes de las pagodas; y una de dichas traducciones nos revela el *indudable origen de las llaves de San Pedro* y su simbólica adopción por los romanos pontífices. Apoyado en la autoridad del *Agruchada Parikshai* (Libro de los Pitris) demuestra Jacolliot que siglos antes de nuestra era los iniciados del templo elegían un Consejo Supremo presidido por el brahmâtma, cuya dignidad recaía tan sólo en los brahmanes mayores de ochenta años (58) y estaba encargado de custodiar la mística fórmula:

A
U M

en que se cifraba toda la ciencia y significaba

CREACIÓN

CONSERVACIÓN **TRANSFORMACIÓN**

Únicamente el brahmâtma podía revelar esta fórmula a los iniciados del tercero y superior grado, y si alguno de estos comunicaba a un profano el más insignificante secreto era condenado a muerte junto con quien había recibido la revelación.

Por último dice Jacolliot:

Coronaba tan hábil sistema una palabra todavía superior al misterioso monosílabo AUM, y quien poseía su clave llegaba casi a igualarse con el mismo Brahma. Pero esta clave sólo la conocía el brahmâtma, quien al morir la legaba en una caja sellada a su sucesor.

Esta desconocida palabra, cuya revelación ningún poder humano fuera capaz de arrancar ni aun hoy día en que, a pesar de que la autoridad brahmánica padece bajo la dominación inglesa, cada pagoda tiene su brahmâtma (59), estaba grabada en un triángulo de oro y se conservaba en el sagrario del templo de Asgartha, cuyo brahmâtma tenía las llaves. Por esta razón este brahmâtma llevaba en la tiara dos llaves entrecruzadas, que de rodillas sostenían dos brahmanes, como símbolo del precioso depósito confiado a su custodia... Triángulo y palabra aparecían reproducidos en la piedra del anillo que el brahmâtma llevaba en insignia de su autoridad, y también estaban grabados en un sol de oro puesto sobre el altar donde todas las mañanas ofrecía el brahmâtma el *sarvameda* o sacrificio en honor de las fuerzas de la naturaleza (60).

Este pasaje es bastante claro para que los tratadistas católicos se atrevan todavía a sostener que los brahmanes de cuatro mil años atrás remedaron el ritual, símbolos y vestiduras de los romanos pontífices. Sin embargo, no nos sorprendería que persistieran en su error.

Sin ir muy atrás en las comparaciones, basta detenernos en los siglos IV y V de nuestra era para establecer entre el llamado paganismo de la tercera escuela neoplatónica y el entonces ya creciente cristianismo un paralelo del que no saldría muy bien librado este último, pues aun en aquellos primeros tiempos sobrepujaban los cristianos a los paganos en crueldad e intolerancia, a pesar de que, por una parte, la nueva religión no había definido aún sus vacilantes dogmas ni los discípulos del sanguinario Cirilo sabían si adorar a María como "madre de Dioa" o abominar de ella como demonio compañero de Isis; y por otra parte subsistía amorosamente en todo corazón de veras cristiano el recuerdo del dulce y humilde Jesús, cuyas palabras de misericordia y compasión vibraban todavía en los oídos de las gentes.

VIRTUDES PAGANAS

Pero si buscamos ejemplos de verdadero *cristismo* en tiempos más remotos, cuando el budismo apenas prevalecía contra el induismo y el nombre de Jesús había de tardar aún tres siglos en pronunciarse, encontraremos paganos cuya hermosa tolerancia y noble sencillez aventaja incomparablemente a los más famosos ornamentos de la iglesia. Comparemos al indo Asoka, que floreció 400 años a. J. C., con el cartaginés San Agustín, que vivió en el siglo III de J. C.

He aquí la inscripción que, según descubrió Max Müller, está grabada en las rocas de Girnar, Dhanli y Kapurdigiri:

> Piyadasi, el rey amado de los dioses, desea que los ascetas *de toda creencia* puedan residir libremente por doquiera; pues, como todo hombre debiera conseguir, se dominan a sí mismos con pureza de alma. Pero el vulgo de las gentes tienen distintas opiniones y gustos diversos.

En cambio, veamos lo que San agustín escribió después de su conversión:

> ¡Oh mi Dios! Maravillosa es la profundidad de esas tus palabras con que invitas a los humildes. Me amedrenta tanta honra y me estremezco de amor ante profundidad tan maravillosa. A tus enemigos (61), ¡oh mi Dios!, les *odio* vehementemente. Dígnate atravesarlos con tu espada de dos filos para que dejen de ser tus enemigos, porque *me complacería su muerte* (62).

No cabe mayor contradicción entre el espíritu del cristianismo y el que en el precedente pasaje denota un maniqueo convertido a la religión de quien desde la cruz perdonó a sus verdugos. Desde luego que para los cristianos al estilo de San agustín eran enemigos de Dios cuantos no profesaban la fe de los que como nuevos hijos predilectos habían suplantado en el afecto del Señor al pueblo escogido. El resto de la humanidad era, según ellos, combustible del infierno, al paso que los pocos fieles de la comunión cristiana eran los únicos "herederos del cielo".

Pero si era justo abominar de los paganos, cuya sangre "olía suavemente en presencia del Señor", ¿por qué no abominar también de sus ritos y enseñanzas, en vez de beber en los pozos de sabiduría que abrieron y hasta el brocal llenaron los gentiles? ¿Acaso los Padres de la Iglesia, en su afán de imitar al pueblo escogido, cuyas gastadas sandalias se calzaban, se proponían repetir las expoliaciones del *Éxodo* y llevarse al salir del paganismo la rica simbología religiosa, como al salir de Egipto se llevó el pueblo escogido los ornamentos de oro y plata?

Verdaderamente, parece como si los primeros siglos del cristianismo reflejaran los sucesos relatados en el *Éxodo*. Durante los borrascosos tiempos de Ireneo, la filosofía platónica, con su mística absorción en la Divinidad, no se opuso a la nueva doctrina hasta el punto de impedir que los cristianos aceptaran en todos respectos su abstrusa metafísica; pues en unión de los ascetas saludadores (63) fundaron en Alejandría la escuela neoplatónica trinitaria, a que sucedió la neoplatónica filoniana, tal como ha llegado a nuestros días. Platón consideraba la naturaleza divina en el trino aspecto de *Causa primera, Logos y Anima mundi*, y como dice Gibbon (64): "la filosofía platónica simbolizaba los tres principios primarios en tres dioses, procedentes uno de otro por misteriosa e inefable generación". Los cristianos entremezclaron este concepto de la Trinidad con el cabalístico que Filón expuso del *Logos*, considerándolo como *Mesías, Enviado de Dios, Verbo encarnado y Medianero*, individualmente distinto del *Anciano de los Días* (65). Los cristianos invistieron con la mítica representación de mediador o redentor de la caída estirpe de Adán a Jesús, hijo de María, cuya personalidad desapareció casi por completo bajo este inopinado aspecto. El moderno Jesús de la Iglesia cristiana es figura forjada por la viva imaginación de Ireneo, pero no es el adepto esenio ni el obscuro reformador de Galilea. Ven los cristianos hoy a Jesús bajo el desfigurante disfraz filoniano; no como sus discípulos le oyeron predicar en la montaña.

ASTUCIA CLERICAL

Tenemos, pues, que de la filosofía pagana derivó el dogma fundamental del cristianismo; pero cuando abolidos los antiguos Misterios quisieron los teurgos de la tercera escuela neoplatónica conciliar las doctrinas de Platón y las de Aristóteles con añadidura de la cábala oriental, los cristianos se convirtieron de rivales en perseguidores. Porque en cuanto las místicas alegorías de Platón se hubiesen puesto a pública controversia bajo la dialéctica propia de los griegos, quedara seguramente desbaratada la sutil trama del dogma cristiano de la Trinidad, con notorio quebranto de los prestigios divinos. La escuela ecléctica substituyó el método inductivo al deductivo, y esto precisamente fue su mortaja, pues la nueva religión del misterio, odiaba sobre todo los razonamientos lógicos que amenazaban descorrer el velo de la Trinidad y revelar a las gentes la doctrina de las emanaciones. No era posible consentirlo, y no se consintió. La historia refiere los *cristianos* medios de que para ello se valieron los Padres de la Iglesia al ver que la doctrina de las emanaciones, aceptada por las escuelas cabalística, neoplatónica y oriental, amenazaba destruir la unidad del sistema filosófico cristiano. En aquellos días de lucha contra la agonizante escuela neoplatónica, surgió el jesuítico espíritu de astucia clerical, que siglos después indujo a Parkhurst a suprimir en su *Léxicon hebreo* el verdadero significado de las primeras palabras del *Génesis*. Los Padres de la Iglesia resolvieron adulterar el sentido de las palabras *daimon (*66*), rait y asdt* (67), por temor de que en cuanto las gentes llegasen a comprender su verdadero significado se derrumbara el misterio de la Trinidad, arrastrando en su caída a la nueva religión y arrinconándola junto a los antiguos Misterios. Tal es el motivo de que la teología cristiana haya mirado siempre con malos ojos a los dialécticos, sin excepción del mismo Aristóteles, el filósofo observador que siglos después se atrajo también la aversión de Lutero, no obstante haber este reformista reducido los dogmas a su más sencilla expresión (68). Por supuesto, que el clero cristiano jamás podrá aceptar una doctrina basada en razonamientos rigurosamente lógicos, y es incalculable el número de clérigos que por esta razón dieron de mano a la teología, pues no se les toleraba objeción alguna, y de aquí las abjuraciones que precipitaban a algunos en la sima del ateísmo.

De la propia suerte fueron condenadas las enseñ-anzas órficas que consideraban el éter como el principal *medianero* entre Dios y la materia objetivada, pues el éter órfico se parecía

demasiado al *arqueo* o *anima mundi*, que a su vez denotaba mucha semejanza con las emanaciones, ya que *Sephira* o *Luz divina* fue la primera emanación. ¿Y cuándo más temible que entonces la divina Luz?

Orígenes, Clemente de Alejandría, Calcidio, Methodio y Maimónides, apoyados en la mayor autoridad del Targum de Jerusalén, sostienen que las dos primeras palabras del *Génesis*: B-RASIT significan o *sabiduría* o *principio;* pero Beausobre y Godofredo Higgins han demostrado que la acepción de *en el principio* quedó para los profanos, a quienes no les fue permitido desentrañar el esotérico sentido de la frase.

Dice la *Kábala*:

> Todas las cosas proceden del gran Principio, de la Divinidad *desconocida e invisible*. De Dios procede inmediatamente el poder substancial, imagen Suya y fuente de todas las demás emanaciones. De este principio subalterno emanan por *energía* o *voluntad* otras naturalezas más o menos perfectas, según el peldaño que ocupan en la escala de la emanación, a partir de la Fuente primaria de existencia, y las cuales constituyen diversos mundos o jerarquías de seres relacionados con la eterna Potestad de que proceden. Así, pues, la *materia es el último término de la serie de emanaciones energéticas de la Divinidad*. El mundo material está modelado en formas por obra de Potestades muy inferiores a la Causa primera (69).

Beausobre (70) cita el siguiente pasaje de San Agustín:

> Si entendemos por *rasit* el *principio activo* de la creación, resulta claramente que Moisés jamás quiso significar con ello que los cielos y la tierra fuesen la primera obra de Dios, sino que Dios creó los cielos y la tierra por medio del *Principio*, o sea su Hijo. Por lo tanto, no se refiere allí Moisés al *tiempo*, sino al inmediato autor de la creación.

Según San Agustín, los ángeles fueron creados antes que el firmamento y según la interpretación esotérica, los cielos y la tierra, posteriores al firmamento, se desenvolvieron del *Principio* secundario, *Logos* o *Creador*.

A este propósito dice Beausobre:

> La palabra *principio* no significa que los cielos y la tierra fuesen creados con anterioridad a cosa alguna, pues precedieron los ángeles, sino que Dios lo hizo todo por medio de su *Sabiduría*, de su *Verbo*, que la *Biblia* llama *Principio* (71).

Tanto la *Kábala* oriental como la hebrea enseñan que de la Causa primera o primer Principio emanaron cierto número de principios secundarios (72) presididos por la *Sabiduría* (73). Por lo tanto, no hubieron de torturar mucho su imaginación los Padres de la Iglesia para apropiarse una doctrina ya enseñada por todas las teogonías desde miles de años antes de nuestra era. La Trinidad cristiana es idéntica a los tres *Sephirotes* de los hebreos o a las tres *Luces* de los cabalistas (74).

El primero y eterno número es el *Padre* (75) ininteligible, de quien emana por desdoblamiento el *Hijo* inteligible (76), y de esta dual entidad emana ternariamente la *Mente* o *Binah* (77).

LA TETRAKTYS

Así, pues, tenemos en rigor la *Tetraktys* o cuaternario constituido por la agnoscible *Causa* o Mónada primera y las tres emanaciones componentes de la Trinidad simbólica. De esto se infiere, desde luego, que si los Padres de la Iglesia no hubiesen traducido e interpretado

tendenciosamente el texto del *Génesis*, carecerían de fundamento, ni siquiera ficticio, los dogmas prevalecientes en la religión cristiana. Porque sabido que la palabra *rasit* significa *principio* en la acepción de *eficiencia* y no de *tiempo*, y comprendida también la anatematizada doctrina de las emanaciones, se desvanece el falso concepto que de la segunda Persona de la Trinidad expone la teología cristiana; porque si los *ángeles* fuesen las *primeras* emanaciones de la Esencia divina y hubieran existido *antes* del segundo *Principio,* tendríamos que el antropomorfizado Hijo fuera a los sumo una emanación como los ángeles y no podría ser *hipostáticamente* Dios, de la propia suerte que nuestras obras visibles no son nosotros mismos.

Por supuesto que las metafísicas sutilezas del dogma cristiano jamás rindieron la honrada mente del sincero Pablo, quien, como todos los judíos cultos, conocía la doctrina de las emanaciones sin pensar en adulterarla. No cabe que Pablo identificase al *Hijo* con el *Padre*, pues dice que Dios hizo a Jesús "algo inferior a los ángeles" (78) y algo superior Moisés: "Porque este HOMBRE ha sido estimado digno de más gloria que Moisés" (79). Ignoramos el número y calidad de las falsedades interpoladas posteriormente por los Padres de la Iglesia; pero es evidente que Pablo consideró siempre a Jesús como un hombre "lleno del espíritu de Dios". "En el *Arqueo* era el *Logos* y el *Logos* era consanguíneo del *Theos*".

Tenemos, por lo tanto, que la palabra rasit (...) del *Génesis* significa la *Sabiduría* (80) o primera emanación de *En Soph*. Así, debidamente interpretada, esta palabra cambia por completo, según hemos dicho, el artificioso sistema de la teología cristiana, pues se demuestra con ello que el *Creador* es el agente ejecutivo, la *Potestad* delegada por la *Suprema* Divinidad, que trazó arquitectónicamente el plan de la Creación. Sin embargo, los teólogos cristianos persiguieron a los gnósticos, asesinaron a filósofos y quemaron a cabalistas y masones. Pero cuando suene la hora de las supremas justicias y la luz disipe las tinieblas, ¿qué responderán al Creador esos supuestos monoteístas, falsos siervos y adoradores del único Dios vivo? ¿Cómo cohonestarán el haber perseguido durante tanto tiempo a los verdaderos discípulos del Megalistor o gran Maestro de los rsacruces y jerarca supremo de los masones? "Porque él es el Constructor y Arquitecto del templo del Universo. El *Verbum Sapienti*" (81).

Dice Fausto, el conspicuo maniqueo del siglo III:

> Sabido es que ni Jesús ni los apóstoles escribieron los Evangelios, sino que mucho tiempo después de su tiempo llevaron a cabo esta tarea algunos autores desconocidos que, recelosos con motivo del escaso crédito que iban a dar las gentes a relatos no presenciados por ellos, los encabezaron con el nombre de un apóstol o de un discípulo coetáneo de Jesucristo.

LA CIENCIA DE LAS CIENCIAS

El erudito hebraísta Franck, miembro del Instituto y traductor de la *Kábala*, comenta en análogo sentido esta cuestión y dice:

> Hay poderosas razones para considerar la Kábala como valioso resto de la filosofía religiosa de Oriente, cuya entremezcla en Alejandría con la neoplatónica formó un sistema que, atribuido fraudulentamente al areopagita Dionisio, obispo de Atenas, convertido y consagrado por San Pablo, influyó poderosamente en el misticismo medioeval (82).

Por su parte dice Jacolliot:

> ¿Qué es, entonces, esa filosofía religiosa de Oriente que nutrió el místico simbolismo cristiano? A esto responderemos que esta filosofía religiosa, cuyas huellas descubrimos entre los parsis, caldeos, egipcios, hebreos y cristianos, es la de los brahmanes de la India, discípulos de los *Pitris* o espíritus residentes en los invisibles mundos que nos rodean (83).

Pero si las persecuciones acabaron con los gnósticos, todavía perdura la *Gnosis,* fundada en la secreta ciencia de las ciencias, y que como la simbólica mujer apoyada en la tierra, ha de abrir algún día las fauces para devorar al cristianismo medioeval, usurpador y falsario de las enseñanzas del gran Maestro. La antigua *Kábala, Gnosis* o tradicional doctrina *secreta*, ha tenido sus representantes en todo tiempo y época (84).

Nadie que haya estudiado las filosofías antiguas y comprenda por intuición el grandioso y sublime concepto que tuvieron de la desconocida Divinidad, titubeará ni un instante en preferirlas a la enmarañada, dogmatizante y contradictoria teología de las cien ramas desgajadas del cristianismo. Quien haya leído a Platón y reflexionado sobre su concepto del ..... (a quien nadie ha visto sino el Hijo), no puede dudar de que Jesús compartía los secretos conocimientos de Platón derivados de las mismas enseñanzas (85). Como los demás iniciados, se esfuerza Platón en encubrir el verdadero significado de sus alegorías, y recurre a enigmáticas expresiones siempre que trata de asuntos relacionados con los secretos cabalísticos acerca de la verdadera constitución del universo y del preexistente mundo de las i*deas*. El texto del *Timeo* es tan sumamente confuso, que sólo pueden comprenderlo los iniciados (86).

Pero ¿de dónde derivan el concepto de la Trinidad y la doctrina de las emanaciones? Pues disponemos de todas las pruebas, fácil es responder que de la más sublime y profunda filosofía, de la universal "Religión de la sabiduría", cuyas primeras huellas descubre hoy la investigación histórica en las creencias prevédicas de la India (87).

Dice Manú:

> La sagrada y primaria sílaba compuesta de las tres letras A-U-M en que cifra la Trimurti védica, ha de mantenerse tan secreta como los tres Vedas (88).

LOS SEPHIROTES CABALÍSTICOS

Swayambhuva es la Divinidad inmanifestada, el Ser existente *por Sí* mismo y *de Sí* mismo, el germen céntrico e inmortal de todo cuanto en el universo existe. De Swayambhuva emanan tres tríadas (la trina Trimurti) que en Él forman la suprema *Unidad*, y son:

1.ª Tríada inicial: *Nara, Nari y Viradyi*.

2.ª Tríada manifestada: *Agni, Vaya y Surya*.

3.ª Tríada creadora: *Brahma, Vishnu y Siva*.

El concepto de cada una de estas tríadas va siendo sucesivamente menos metafísico y más asequible a la comprensión vulgar, de modo que la tercera es la más concreta y necesaria expresión del símbolo. Emanaciones de Swayambhuva son los diez *Sephirotes* de la cábala hebrea, equiv alentes a los diez *Prajâpatis* induistas (89).

Dice Franck, el traductor de la *Kábala*:

> Los diez Sephirotes se clasifican en tres categorías que respectivamente representan un aspecto distinto de la Divinidad, aunque en conjunto formen la *indivisible Trinidad*.
>
> Los tres primeros Sephirotes son metafísicamente intelectuales, representan la absoluta identidad de la existencia y el pensamiento y forman lo que los modernos cabalistas llaman el mundo intelectual o primera manifestación de Dios.
>
> El segundo grupo o categoría de Sephirotes representa en un aspecto la identidad del bien y de la sabiduría y en otro aspecto nos muestran la magnificente belleza de la Creación. Por esto se les llama *virtudes* y constituyen el *mundo sensible*.
>
> El tercer grupo de Sephirotes identifica la *Providencia* universal del supremo Artífice con la *Fuerza* absoluta que genera cuanto existe. Constituye este grupo el *mundo natural*, o sea la naturaleza en su esencia y principio *activo*. *Natura naturans*.

Vemos, pues, que este concepto cabalístico es idéntico al de la filosofía induista, y quien lea el *Timeo* de Platón advertirá que este filósofo repite el mismo concepto (90).

Verdaderamente, pendió de un hilo el destino de la posteridad durante los siglos III y IV; porque si el año 389 no hubiese el emperador Teodosio publicado un edicto (a instigación de los cristianos) ordenando la destrucción de todos los ídolos de la ciudad de Alejandría, no hubiese tenido el Occidente su propio panteón mitológico cristiano. Jamás había alcanzado la escuela neoplatónica tanto esplendor como en sus postrimerías, pues armonizaba la mística teosofía del antiguo Egipto y la Kábala oriental con la exquisita filosofía griega; de modo que nunca como entonces estuvieron los neoplatónicos tan cercanos a los misterios de Tebas y Menfis por su excelencia en la profecía, adivinación y terpéutica, aparte de sus amistosas relaciones con los judíos más eminentes que conocían muy a los hondo las doctrinas de Zoroastro (91).

Si el conocimiento de las fuerzas ocultas de la Naturaleza despierta la percepción espiritual del hombre, educe sus facultades intelectuales y le infunde más profunda veneración hacia el Creador, en cambio la ignorancia, el dogmatismo y el pueril temor de ahondar en las cosas, engendra inevitablemente el fetichismo y la superstición. Cuando Cirilo, obispo de Alejandría, transmutó la Isis egipcia en la Virgen María y empezaron las polémicas sobre el concepto de la Trinidad, dieron los cristianos mil interpretaciones a la doctrina egipcia según la cual el Creador era la primera emanación de *Emepht* (92), hasta que los concilios definieron el dogma en su concepto actual, que viene a ser la adulterada tríada cabalística de Salomón y dieron el nombre de Cristo al *Hombre celeste*, al *Adam Kadmón*, al *Verbo*, al *Logos,* identificándole en esencia y existencia con el *Padre* o *Anciano de los Días.* La *oculta* SABIDURÍA fue, según el dogma cristiano, idéntica y coeterna con su emanación la *Mente divina.*

EL DOGMA DE LA REDENCIÓN

Con la misma facilidad podemos descubrir en el paganismo la raíz del dogma cristiano de la redención, pues las últimas investigaciones científicas declaran el origen gnóstico de esta fundamental enseñanza de una Iglesia que durante siglos se creyó edificada sobre inconmovible roca. Sin embargo, aunque Draper (93) afirme que el dogma de la redención apenas se conocía en tiempo de Tertuliano, pues lo definieron los herejes gnósticos, conviene advertir que no fue éste su primitivo origen, como tampoco cabe atribuirles la paternidad de los conceptos de *Christos* y *Sophia*, ya que el primero lo copiaron del *Rey Mesías* (94) y la segunda del tercer sephirote de la *Kábala* caldea (95). Además, los gnósticos compartían muchas ideas de los esenios, quienes tuvieron sus Misterios mayores y menores dos siglos por lo menos antes de nuestra era. Se denominaban también los esenios *isarim* (iniciados), y descendían de los hierofantes de Egipto, donde florecieron durante algunos siglos hasta que los misioneros del rey Asoka les persuadieron a adoptar el monaquismo budista. Últimamente se incorporaron a los primitivos cristianos; pero sin duda fueron anteriores a la profanación y ruina de los templos egipcios en las sucesivas invasiones de persas y griegos. Ahora bien; muchos siglos antes de los gnósticos y aun de los esenios, profesaban los hierofantes egipcios el dogma de la redención, simbolizada en el *bautismo de sangre*, cuya virtud no consistía en reparar la “caída del hombre” en el Edén, sino que era sencillamente expiatorio de las culpas pasadas, presentes y futuras de la ignorante y, sin embargo, mancillada humanidad. Al arbitrio del hierofante estaba ofrecerse él mismo en holocausto por la raza humana en el altar de los dioses con quienes esperaba reunirse, o bien sacrificar una víctima animal. En el primer caso, dependiente por

completo de la libérrima voluntad del hierofante, transmitía éste en el supremo trance del ¡nuevo nacimiento" la "palabra sagrada" al iniciado, quien al recibirla había de *herir* con su espada de sacrificador al hierofante (96). Tal es el origen del dogma cristiano de la redención.

En verdad que muchos Cristos hubo antes del que recibió este nombre; pero murieron desconocidos del mundo tan sigilosamente como Moisés en la cumbre del Nebo (sabiduría oracular) después de la imposición de manos en Josué, que de este modo quedó "henchido del espíritu de sabiduría" o, lo que es lo mismo, iniciado.

ANTIGÜEDAD DE LA EUCARISTÍA

Tampoco es privativo del cristianismo el dogma de la Eucaristía, pues, según demuestra Higgins, es anterior de muchos siglos a la "Cena pascual", ya que las naciones antiguas practicaron el sacrificio de pan y vino (97) que Cicerón menciona en sus obras como rito cuya extrañeza le maravilla. En efecto, la Eucaristía es una de las más primitivas ceremonias de la antigüedad, pues desde el establecimiento de los Misterios tuvo su simbolismo, muy semejante al que posteriormente le dieron los cristianos. Ceres era el *pan*, símbolo de la vida regenerada en la simiente, y Baco era el *vino*, la acumulación de conocimiento simbolizada en el racimo, con la fuerza y vigor que el conocimiento daba luego de la fermentación mental, alegorizada en la del vino. Este misterio estaba relacionado con el drama del Edén, y según se dice, lo enseñó por vez primera Jano, quien también introdujo en los templos el sacrificio de pan y vino en memoria de la "caída en la generación" como símbolo de la "semilla" (98).

Las fiestas de los Misterios eleusinos duraban siete días (99), del 15 al 22 del mes de Boedromion (Septiembre), en la época de la vendimia. La fiesta hebrea de los Tabernáculos duraba del 15 al 22 del mes de Ethanim (100), y el *Éxodo* (101) la llamada también *fiesta de las mieses* o de las *cabañuelas*. Plutarco opina que la fiesta de los Tabernáculos pertenecía al rito báquico y no al eleusino, porque dice que "se invocaba directamente a Baco" (102).

Dice el rey David:

> ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién permanecerá en el lugar de su *kadesh* (103)?

La danza de David delante del arca era la "danza cíclica" que, según se dice, establecieron las amazonas en los Misterios, y también la de las hijas de Silo (104), así como los saltos de los sacerdotes de Baal (105). Era esta danza un rito característico del culto sabeísta, pues simbolizaba el movimiento de los planetas alrededor del sol y tenía evidentes trazas de frenesí báquico (106); porque como David había vivido entre los sirios y los filisteos, cuyos ritos religiosos eran comunes, y en su empresa de conquistar el trono de Israel le ayudaron mercenarios de aquellos países, parece muy natural que introdujera en su reino el pagano rito de la danza. No tuvo en cuenta David la legislación mosaica, segfún se desprende de su conducta, sino que para él fue Jehovah una divinidad tutelar preferida, sin carácter monoteísta, a los demás dioses de las naciones vecinas.

Volviendo al juicio crítico del dogma cristiano de la Trinidad, que tan violentas polémicas suscitó hasta su definición, descubrimos sus huellas en las comarcas del Nordeste del río Indo y en todos los pueblos que profesaron religión estatuida. Las más antiguas escuelas caldeas reconocían la naturaleza trina de Mithra, su dios solar, y la tomaron de los acadios a cuya raza pertenecían, según afirma Rawlinson, aunque otros autores les dan filiación turania. Pero los acadios, sea cual sea su origen (107), instruyeron a los babilonios en los Misterios, cuyo lenguaje sagrado les enseñaron. Los acadios eran una tribu aria de la casta de los brahmanes que hablaban el sáscrito védico (108), y empleaban en los Misterios el mismo idioma sagrado que hoy usan los fakires e iniciados indos en sus evocaciones mágicas (109).

Este es el idioma que, desde tiempo inmemorial y aun hoy en día, emplearon los iniciados de todos los países (110).

Dice sobre ello Jacoliot:

> Aseguran también los brahmanes, sin que nos haya sido posible comprobar la aserción, que las evocaciones mágicas se pronunciaban en un idioma secreto que estaba prohibido traducir a las lenguas vulgares. Pudimos tomar al vuelo algunas palabras, tales como *l'rhom, h'hom, sh'hrúm*, que son en efecto muy raras y no descubren parentesco con ningún idioma conocido (111).

Quienes han visto a los fakires y lamas en el rezo de himnos y evocaciones, saben que no se les entiende ni siquiera la pronunciación de lo que dicen, sobre todo cuando se disponen a realizar algún fenómeno. Se les ve mover los labios sin oír palabra, y aun en el interior de los templos tan sólo dejan escapar un cauteloso cuchicheo (112).

LOS SANSCRITISTAS

No están de acuerdo los sanscritistas en la interpretación del texto védico (113). El eminente orientalista americano Whitney dice que las observaciones de Müller sobre el *Rig Veda Sânhita* "distan mucho del profundo, equilibrado y sobrio juicio que debe resplandecer en todo exégetta". En cambio, Müller se revuelve airado contra sus censores, diciéndoles que "el egoísmo, la malicia y aun la falsedad, no sólo acibaran el goce de toda obra llevada a cabo de buena fe, sino que entorpecen el verdadero progreso de las ciencias". Müller discrepa de la acepción que en su *Diccionario sánscrito* da Roth a muchas palabras sánscritas, y por su parte opina Whitney que "el tiempo enmendará el significado que uno y otro orientalista dan a buen número de frases y palabras".

Müller (114) califica los *Vedas* (excepto el *Rig)* de logomaquia teológica, mientras que Whitney encomia sobremanera el *Atharva* y lo coloca en mérito inmediatamente después del *Rig*.

Respecto a Jacolliot, se vio acusado por Whitney de embustero y falsario con asentimiento general de los críticos; pero el orientalista Ravisi juzgó favorablemente *La Biblia en la India* (115). Basta con este juicio para que Jacolliot goce del beneficio de la duda, sobre todo cuando tan conspicuas autoridades se declaran unas a otras incompetentes e ineptas (116).

Babilonia estaba situada en plena vía de la copiosa corriente emigratoria de la India, y por ello recibieron los babilonios las primicias del saber ario (117). Aquellos caldeos (*khaldi*) adoraban a la Luna (*Deus Lunus*), y de esto cabe inferir que los acadios eran de la estirpe de los reyes de la Luna que, según tradición, reinaron en Pruyay, hoy Allhabad. Simbolizaban la naturaleza trina del *Deus Lunus* en las tres primeras fases lunares, y completaban el cuaternario con la cuarta fase. El intervalo comprendido entre el cuarto menguante y el nuevo ciclo lunar simbolizaba la muerte del dios Luna, ocasionada por el prevalecimiento del genio del mal contra el dios de la Luz (118).

LA TRINIDAD EN LAS RELIGIONES

Los *Oráculos caldeos* tratan explícita y acabadamente de la Trinidad, diciendo a este propósito:

> Desde esta Tríada, en los profundos senos, están gobernadas todas las cosas.

El reverendo Maurice admite la expresión oracular, según la que “la divina Tríada, cuya cabeza es la Mónada, brilla en toda la extensión del mundo”. El *Phos, Pur* y *Phlox* a que alude Sanchoniathon (119), significan *Luz, Fuego* y *Llama*. La Trinidad caldea está formada por Bel-Saturno, Bel-Júpiter y Bel-Chom, tres manifestaciones de Bel o el Sol uno y trino (120). Por su parte, dice Dunlap:

> Los caldeos consideraban al dios Bel en el trínico aspecto de Belitan, Bel-Zeus (mediador) y Bel-Chom (Apolo chomeo). Éste era el trínico aspecto del supremo Dios, el Padre (121).

En el templo de Gharipuri se ven representaciones de Brahma, Vishnu y Siva (122) correspondientes al Poder, Sabiduría y Justicia, que a su vez se relacionan con el Espíritu, la Materia y el Tiempo y con el Pasado, Presente y Futuro. Millares de bahmanes adoran estos atributos de la Divinidad védica, mientras que los austeros monjes y monjas budistas del Tíbet reconocen tan sólo la sagrada trinidad de las tres virtudes monásticas: *pobreza, castidad y obediencia* (123).

Las personas del Trinidad persa son: Ormazd, Mithra y Ahriman. Sobre esto, dice Porfirio que es “aquel principio al que, según el autor del *Sumario caldeo*, llaman los parsis *principio de todas las cosas* y le declaran *uno* y *bueno*” (124).

El dios chino Sanpao está representado en triple imagen idolátrica (125), y los peruanos, según dice Faber (126), creían que su dios *Tanga-tanga* era uno en tres y tres en uno. La Trinidad egipcia constaba de las tres personas Emepht, Eicton y Phta (127).

De todos los dogmas teológicos que en estos últimos años hubieron de quebrantarse a los golpes de la crítica orientalista, ninguno quedó tan al ddescubierto como el de la Trinidad, pues conocidos sus precursores y antecedentes, no cabe ya en modo alguno creer que fuese exclusivamente revelado a los cristianos por voluntad divina. Los orientalistas han señalado, mucho más precisamente de lo que convenía al Vaticano, las semejanzas entre el induismo, budismo y cristianismo. De día en día se va comprobando cuanto Draper dice en el pasaje siguiente:

> El paganismo quedó modificado por el cristianismo y éste por aquél en mutua influencia. Los dioses del Olimpo tomaron distintos nombres y las provincias más poderosas del imperio recabaron de Constantino la intangibilidad de los tradicionales principios religiosos. Así aceptó el cristianismo el dogma de la Trinidad según el concepto egipcio, y prosiguió el culto de Isis, metamorfoseada su imagen de pie sobre la media luna y con el niño Horus en brazos, en la conocida imagen de la Virgen y el Niño, que ha servido de asunto a tantas y tan hermosas creaciones artísticas (128).

Pero la figura de la Virgen como madre de Dios y reina del cielo tiene origen todavía más antiguo que el egipcio y caldeo, pues aunque también Isis era reina del cielo y se la representa generalmente con la cruz ansata (129) en la mano, es muy posterior a Neith, la virgen celeste (130).

En el *Libro de Hermes*, expone *Pymander* inequívocamente el dogma cristiano de la Trinidad, según puede inferirse del siguiente pasaje:

> Yo soy la luz; el pensamiento divino. Yo soy el *Nous*; la mente. Yo soy tu Dios. Soy muy anterior al principio humano que elude la sombra. Soy el germen del pensamiento; el *Verbo* resplandeciente; el *Hijo de Dios*. Sabe que lo que así ves y oyes en ti es la *Palabra* del Maestro, es el Pensamiento, es el Dios Padre... El AETHER, océano celestial que fluye de Oriente a Occidente, es el aliento del Padre, el Principio donador de vida, el *Espíritu Santo*... Porque no están separados en modo alguno y su unión es VIDA.

Mas, por muy remoto que sea el origen de Hermes, cuyo nombre se pierde entre las brumas de la colonización de Egipto, tenemos otra profecía mucho más antigua en el Khristna indo. Resulta sumamente curioso que los cristianos fundamenten su religión en la supuesta promesa que de enviar un Salvador del género humano hizo Dios a Adán y Eva (131), pues en el pasaje anotado, ni la más aguda penetración es capaz de encontrar el más leve asomo de lo que han supuesto los cristianos. En cambio, según las tradiciones indas y los *Libros de Manú*, Brahma prometió a la primera pareja humana que les enviaría un Redentor para mostrarles el camino de salvación, según se declara en este pasaje:

Un mensajero de Brahma anunció que en Kurukshetra, en el país de Pantchola llamado también Kanya-Cubja (132), nacería Matsya, de quien todos los hombres aprenderán a cumplir con su deber (133).

TRINIDAD MEXICANA

Según Kingsborough (134), las personas de la Trinidad mexicana son: *Izona* (Padre); *Bacab* (Hijo), y *Echvah* (Espíritu Santo). Añade el mismo autor que los mexicanos declaran haber recibido esta doctrina de sus antepasados.

En las naciones semíticas se remonta el dogma de la Trinidad a los fabulosos tiempos de Sesostris, que algunos asiriólogos identifican con Nemrod, el “esforzado cazador”. A este propósito refiere Manetho que el rey Sesostris consultó al oráculo, preguntándole:

Dime, Tú, ¡oh poderoso en el fuego! ¿Quién antes de mí subyugó todas las cosas y quyién las subyugará después de mí?

Y el oráculo respondió:

Primero *Dios*; luego el *Verbo*, y después el *Espíritu* (135)

En las citas que hasta aquí hemos ido entresacando, se trasluce el motivo del enconado odio con que desde un principio miraron los teólogos cristianos a los teurgos y paganos, pues todos sus dogmas derivan de las antiguas religiones y de la escuela neoplatónica, hasta el punto de que durante muchos siglos anduvo en esto muy perpleja la crítica. Si no hubiesen quedado tan pronto olvidadas las antiguas creencias, de seguro que fuera imposible dar a la religión cristiana el carácter de nueva Ley revelada por el Padre mediante el Hijo y al influjo del Espíritu Santo.

Por conveniencias sociales transmutaron los Padres de la Iglesia en festividad cristiana la pagana del dios Pan (divinidad de los campos) con las mismas ceremonias hasta entonces celebradas, pues tal fue el deseo de los patricios conversos (136). Pero llegó el tiempo de romper todo miramiento al paganismo y abrogarlo para siempre con la teurgia neoplatónica, so pena de que los cristianos acabaran por identificarse con los neoplatónicos. No hay necesidad de insistir, por demasiado conocidas, en las violentísimas polémicas entre Ireneo y los gnósticos, que prosiguieron hasta dos siglos después de haber proferido el desahogado obispo de Lyón su última paradoja teológica. El neoplatónico Celso sembró la discordia entre los cristianos y aun les detuvo durante algún tiempo los pasos, demostrando que el concepto metafísico de sus dogmas estaba tomado de la filosofía platónica. Por otra parte, les acusaba Celso de admitir las más groseras supersticiones paganas y de interpolar en sus obras pasajes enteros de los libros sibilinos sin comprender su significado. Tan contundentes eran las

acusaciones y tan notorios los hechos, que ningún autor cristiano se aventuró a la réplica hasta que apremiado Orígenes por las reiteradas instancias de su amigo Ambrosio, se encargó de la defensa como el más a propósito para ella, por haber pertenecido a la escuela neoplatónica. Sin embargo, la elocuencia de Orígenes fracasó en el empeño, y entonces no vieron los cristianos otro recurso que destruir las obras de Celso (137), aunque ya entonces eran muchísimos los que las habían leído y estudiado (138).

DISPERSIÓN DE LOS NEOPLATÓNICOS

Los cristianos anhelaban vehementemente la dispersión de la escuela neoplatónica, que por fin lograron los obispos de Alejandría Teófilo y su sobrino Cirilo, el asesino de la erudita e inocente joven Hipatia (139). Muerta la hija del matemático Theon, no pudieron los neoplatónicos mantener su escuela en Alejandría, pues perdieron la influencia que la mártir gozaba con Orestes, el gobernador de la ciudad, quien por ello les había protegido contra sus encarnizados enemigos (140).

No hay en el mundo religión de tan sangrientos anales como el cristianismo. Aun las mismas luchas intestinas del “pueblo escogido” palidecen ante el cruel fanatismo de los supuestos discípulos de Jesús. La rápida propagación del islamismo debióse al fin y al cabo a las enconadas luchas entre ortodoxos y nestorianos, pues en el monasterio de Bozrah sembró el monje nestoriano Bahira la simiente que más tarde había de germinar y convertirse en árbol que regado por ríos de sangre cobija a doscientos millones de creyentes (141).

Como repulsivos ejemplos de la justicia humana, vemos glorificado con aureola de santidad al astuto, cruel e intrigante obispo de Alejandría, y en cambio proscritos y perseguidos a los gnósticos. Por una parte impetra el clero cristiano la maldición divina contra la teurgia y por otra practica durante siglos la nigromancia y hechicería (142). Vemos a Hipatia, la gloriosa filósofa, despedazada por las turbas cristianas, y frente a ella se alza triunfante el fanatismo o la impudicia de Catalina de Médicis, Lucrecia Borgia, Juana de Nápoles e Isabel de España, presentadas a la vista del mundo como fieles hijas de la Iglesia (143). Verdaderamente impío es el idolátrico culto de María como diosa inmaculada cuando le acompañan semejantes ejemplos. Más valiera abolir el culto idolátrico y fomentar en su vez el de la virtud.

CAPÍTULO II

Quieren eñalar a medida los límites, extensión y capacidad del infierno, donde las entumecidas almas cuelgan de tenebrosa mazmorra como jamones de Westfalia o lenguas de vaca, en espera de misas y responsos que las rediman.
OLDHAM: *Sátiras contra los jesuitas*.

YORK.-¡Pero sois diez veces más inhumanos y crueles que un tigre de Hircania!-SHAKESPEARE: *Rey Enrique VI*. Parte tercera, acto I, escena IV.

WAR.-Escuchad, señores. Puesto que es doncella, no escatiméis los haces de leña. Que haya bastantes. Y poned barriles de pez en la fatal hoguera. SHAKESPEARE *Rey Enrique VI*. Parte primera, acto V, escena IV.

Refiere Bodin (1) un espantoso sucedido de que fue protagonista Catalina de Médicis, la piadosa cristiana que tantos méritos había contraído a los ojos de la Inglesia con la horrenda e inolvidable matanza de San Bartolomé. Tenía esta reina a su servicio un apóstata ex dominico, que por lo muy versado en nigromancia se aquistó el favor de su señora, en cuyo provecho practicaba el nefando arte contra las víctimas a que desde lejos mataba, valido de imágenes de cera (2). Estaba a la sazón gravemente enfermo el rey Carlos IX, hijo de Catalina, y temía ésta perder su influencia de reina madre si moría su hijo, por lo que determinóse a consultar el oráculo de la “cabeza cortada” (3).

HECHICERÍAS CLERICALES

Sabido es que el cardenal Benno inculpó públicamente de hechicería al papa Silvestre II por haber mandado construir una cabeza parlante por el estilo de la que poseyó Alberto el Magno e hizo pedazos Tomás de Aquino (4). Se comprobó la acusación, así como también que siempre andaba en compañía de entidades diabólicas (5).

Demasiado conocidos son los fenómenos operados por el obispo de Ratisbona y el “doctor an´gelico” Tomás de aquino para que nos detengamos a describirlos. Baste decir que si el prelado católico tuvo suficiente habilidad para sugerir en cruda noche de invierno la sensación de un caluroso día de verano y la idea de que los carámbanos colgantes de los árboles del jardín eran frutos tropicales, también los magos indos operan hoy en día parecidos portentos sin necesidad de auxilio divino ni ayuda diabólica, pues tanto unos como otros son actualización de la potencia inherente a todos los hombres.

Poco antes de estallar la Reforma se promovieron entre el clero escandalosos incidentes con motivo de su mucha afición a las prácticas mágicas y alquímicas. El cardenal Wolsey fue procesado por complicidad con el hechicero Wood, quien declaró explícitamente contra él (6).

El sacerdote Guillermo Stapleton fue procesado por hechicería en el reinado de Enrique VIII (7).

Bienvenido Cellini alude a un sacerdote nigromántico, natural de Sicilia, que cobró fama por sus afortunadas hechicerías, sin que nadie le molestara en el ejercicio de este arte; y según saben los eruditos, refiere Cellini a este propósito que dicho sacerdote conjuró a toda una legión

de diablos en el coliseo de Roma; y además, tuvo exacto cumplimiento el vaticinio de que pronto encontraría a su amante en el tiempo y lugar prefijados (8).

A últimos del siglo XVI apenas había clérigo que no se aficionara al estudio de la magia y alquimia, movidos por el deseo de imitar a Cristo en el exorcismo contra los malignos espíritus (9), de modo que consideraron "sagradas" sus prácticas, al paso que acusaban de nigromancia a los magos laicos. Los ocultos conocimientos espigados siglos atrás en los feraces campos de la teurgia, se los reservaba la Iglesia romana como por privilegio exclusivo y enviaba al suplicio a cuantos se atrevían a cazar furtivamente en el coto de la teología, para ellos la *scientia scientiarum* (la ciencia de las ciencias), o bien a cuantos no podían encubrir sus culpas bajo el hábito monacal (10).

La historia nos ofrece en prueba varios datos estadísticos, pues, según dice Tomás Wright (11), en los quince años transcurridos entre 1580 y 1595, el inquisidor Remigio, presidente del tribunal de Lorena, sentenció a la hoguera a novecientos brujos (12).

Así es que mientras el clero practicaba la hechicería y el arte de evocar legiones de "demonios" sin que el poder civil le molestase en lo más mínimo, se perseguía cruelmente a infelices extraviados y monomaníacos (13). *Ecclesia non novit sanguinem*, exclaman melosamente los teólogos, y en justificación de este aforismo se instituyó sin duda la Santa Inquisición, bajo cuyo estandarte (14) el asesor de la reina Isabel I de Castilla e inquisidor general Tomás de Torquemada sentenció a la hoguera a diez mil reos y puso en el tormento a ochenta mil (15). En ningún país como en España y Portugal estuvieron tan difundidas entre el clero las artes de magia y hechicería, tal vez porque los árabes eran muy entendidos en ciencias ocultas, y en Toledo, Sevilla y Salamanca hubo escuelas superiores de magia. Los cabalistas salmantinos sobresalían en el dominio del saber abstruso, pues conocían las virtudes de las piedras preciosas y otros minerales y los más hondos secretos de la alquimia.

PROCESOS INQUISITORIALES

Entresaquemos ahora algunos casos demostrativos de la conducta del Santo Oficio en aquellos tiempos:

De los documentos originales del proceso incoado contra la mariscala D'Ancre, durante la regencia de María de Médicis, se infiere que murió en la hoguera por culpa de los clérigos, cuya compañía deseaba como buena italiana. En la iglesia de los agustinos de París se exorcisó a sí misma por creerse embrujada, y como se sintiera con mucho quebranto de salud y violentos dolores de cabeza, le aconsejaron los clérigos italianos y el médico judío de la reina que se aplicara al cuerpo un gallo blanco recién matado. Por todo esto el pueblo de París la acusó de hechicera, y como a tal la procesaron y sentenciaron.

El párroco de Barjota, diócesis de Calahorra (España), que vivió en el siglo XVI, fue maravilla de todo el mundo por sus mágicos poderes, y, según aseguraba la voz pública, llegó a trasladarse a lejanos países para presenciar acontecimientos de importancia que sabía que iban a ocurrir y luego los vaticinaba en el pueblo. Cuentan las crónicas de este caso que el cura de Barjota tuvo muchos años a su servicio un demonio familiar, con quien últimamente se mostró ingrato y falaz, pues habiéndole revelado una conjuración que se estaba tramando contra la vida del papa, a consecuencia de una aventura de éste con cierta hermosa dama, transportóse el cura a Roma (en cuerpo astral, por supuesto) y descubrió la trama, salvando así la vida del pontífice. Arrepintióse entonces de cuanto hasta allí hiciera y confesóse con el galante papa, que le *absolvió* de toda culpa. De vuelta en su curato, fue preso por pura fórmula en la cárcel de la Inquisición de Logroño, de la que salió rehabilitado al poco tiempo.

En los archivos de la Inquisición de Cuenca está el proceso seguido en el siglo XIV contra el famoso doctor Eugenio Torralba, médico de la casa del almirante de Castilla. Del proceso resulta que un dominico llamado fray Pedro regaló al doctor un *demonio* llamado Zequiel, a quien vieron y hablaron los

cardenales Volterra y Santa Cruz, pudiendo convencerse de que el tal demonio era un benéfico elemental que sirvió fielmente a Torralba hasta la muerte de éste. El tribunal de la Inquisición tuvo en cuenta todas estas circunstancias, y absolvió a Torralba en la vista del proceso, celebrada en Cuenca el 29 de Enero de 1530.

En Alemania, el odio entre católicos y protestantes motivó numerosas acusaciones de hechicería contra estos últimos, sin otro fundamento muchas veces que la enemistad personal o política. En Bamberg y Wurzburgo, donde predominaban los jesuitas, eran más frecuentes los casos de hechicería, y los dignos hijos de Loyola mostraron su astuta labor en aquellas sangrientas tragedias, entre cuyas víctimas se contaron niños de edad temprana (16).

Sobre este asunto dice Wright:

> El crimen de muchos de los sentenciados a la hoguera en Alemania por inculpación de hechicería, durante la primera mitad del siglo XVII, no fue otro que su adhesión a las doctrinas de Lutero... Los príncipes alemanes aprovechaban cualquier pretexto para procesar a gente rica, cuyos bienes confiscaban en personal provecho... Los obispos de Bamberg y Wurzburgo eran al propio tiempo soberanos temporales de sus diócesis. El de Bamberg, llamado Juan Jorge II, después de infructuosas tentativas para desarraigar el luteranismo, deshonró su reinado con una serie de sangrientos procesos por hechicería, de cuya sustanciación estuvo encargado el vicario general y canciller Federico Forner (17). Entre los años 1625 y 1630 los tribunales de Bamberg y de Zeil vieron unos novecientos procesos, y según las estadísticas oficiales, en la sola ciudad de Wurzburgo murieron en la hoguera seiscientas personas acusadas de hechicería.
>
> Había entre los hechiceros niñas de siete a diez años, de las que *veintisiete* murieron en la hoguera. Tantos fueron los reos y tan escasa consideración merecían al tribunal, que en vez de por sus nombres los designaban por números. Los jesuitas recibían en secreto las declaraciones de los acusados (18).

PALABRAS DE JESÚS

Mal se concilian con semejantes abominaciones perpetradas para satisfacer los apetitos del clero, aquellas dulces palabras de Jesús:

> "Dejad a los niños y no los estorbéis de venir a mí, porque de ellos es el reino de los cielos".-"Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor fuera que le colgasen del cuello una piedra de molino y lo echasen al mar".-"Así no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que perezca uno de estos pequeñitos" (19).

Pero aquellos sacrificios en el altar de su Moloch no eran obstáculo para que los codiciosos de riquezas practicasen el negro arte, pues en ninguna clase social abundaron tanto como entre el clero los consultores de "espíritus familiares" durante los siglos XV, XVI y XVII. Cierto es que entre las víctimas se contaron algunos sacerdotes católicos; pero si bien se les acusaba de "prácticas nefandas" (20), no había tal, sino que, según testimonio de los cronistas de la época, consistía su culpa en herejía anatematizable y, por lo tanto, más punible que el crimen de hechicería (21).

Eliphas Levi, en su *Dogma y ritual de la alta magia*, tan menospreciado por Des Mousseaux, sólo revela de las ceremonias secretas lo que los clérigos medioevales practicaban con el consentimiento tácito, ya que no expreso, de la Iglesia. El exorcista penetraba en el círculo de actuación a media noche, revestido de sobrepelliz nuevo, estola sembrada de caracteres sagrados y gorro puntiagudo, en cuyo frente estaba escrito en hebreo, con una pluma nueva mojada en la sangre de una paloma blanca, el inefable nombre *Tetragrámmaton.*

Anheloso el exorcista de ahuyentar a los miserables espíritus que *frecuentan los lugares donde hay tesoros escondidos*, rocía el círculo de actuación con las sangres de un cordero negro y de un pichón blanco, y después conjura a las potestades infernales (22) y almas condenadas, en los poderosos nombres de Jehovah, Adonai, Elohah y Sabaoth (23). Los malignos espíritus se resistían al conjuro, diciéndole al exorcista que era pecador y por lo tanto no podía contar con ellos para apoderarse del tesoro; pero él replicaba que, como "la sangre de Cristo había lavado todas sus culpas" (24), les conjuraba de nuevo a salir de allí, porque eran fantasmas malditos y ángeles protervos. Una vez ahuyentados los espíritus malignos, el exorcista confortaba a la pobre alma en nombre del Salvador y la dejaba al cuidado de los *ángeles buenos* que, según parece, eran menos poderosos que el exorcista, pues el rescatado tesoro quedaba en manos del clero. Añade Howit que el calendario eclesiástico señalaba los días más favorables para la práctica del exorcismo, y en caso de que los demonios se resistiesen al conjuro, recurría el exorcista a sahumerios de azufre, asafétida, ruda y hiel de oso (25).

LAS SIETE ABOMINACIONES

Tal es el clero y tal la Iglesia que en el siglo XIX sostiene en los Estados Unidos cinco mil sacerdotes para enseñar a las gentes la falibilidad de la ciencia y la infalibilidad del obispo de Roma. ya dijimos que, según confesión de un eminente prelado, no es posible eliminar de los dogmas teológicos el concepto de Satanás, sin menoscabo de la perpetuidad de la Iglesia, pero aunque desapareciera el príncipe del pecado no desaparecería el pecado, pues quedarían la *Biblia* y los *Artículos de la fe*, es decir, la supuesta revelación divina y la necesidad de intérpretes que presuman de inspirados. Conviene, por lo tanto, investigar la autenticidad de la *Biblia* y analizar sus páginas, por ver si en efecto contienen la palabra de Dios o si son simple compendio de antiguas tradiciones y rancios mitos. Hemos de interpretarlas con nuestro propio criterio, a ser posible, y aplicar a los presuntuosos maestros de hermenéutica aquellas palabras de Salomón:

> Seis cosas aborrece el Señor y la séptima la detesta su alma: ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que maquina designios pésimos, pies ligeros para correr al mal, testigo falso que profiere mentiras y aquel que siembra discordias entre los hermanos (26).

¿Cuál de estas acusaciones pueden rechazar los hombres que dejaron sus huellas en el Vaticano?

Dice San Agustín:

> Cuando los demonios quieren insinuarse en las criaturas, comienzan por ceder a los deseos de ellas, pues con propósito de atraer a los hombres les fingen obediencia para seducirlos... Porque ¿cómo es posible saber, si los mismos demonios no lo dicen, qué les gusta y qué les disgusta, y qué evocación puede reducirlos a la obediencia; en una palabra, toda esa ciencia de los magos (27).

A esta expresiva disertación replicaremos que ningún mago negó jamás que hubiese aprendido su arte de los "espíritus", ya fuera un agente por cuyo medio actuaran, ya por haber sido iniciado en la ciencia por quienes la conocieron antes de él. Pero ¿de quién aprendía el exorcista?, ¿de quién aprende el sacerdote que autocráticamente se inviste de autoridad, no sólo sobre los magos sino también sobre los "espíritus", a quienes califica de demonios o diablos cuando obedecen a otro? En alguna parte debe de haber aprendido el arte de exorcizar, y de alguien recibido los poderes de que alardea. Sin duda responderán los teólogos que, en

cuanto se refiere a los seglares, es preciso convenir con San Agustín que los mismos demonios han de enseñarles la evocación a propósito para someterlos a obediencia; pero que en cuanto a los clérigos, reciben el conocimiento por revelación y por el don del Espíritu Santo que descendió sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, infundiéndoles a ellos y a sus sucesores la virtud del exorcismo, aunque lo practiquen por anhelo de fama o apetencia de lucro (28).

HECHICERÍA EN LA INDIA

Sin embargo, el concepto que de la hechicería difundieron los romanos pontífices por los países cristianos de tan ponderada cultura, no es ni más ni menos que el vulgar en la India, donde la gente inculta cree firmemente en las diabólicas artes de los brujos (kangalines) y hechiceros (juglares), quienes no obstante les inspiran profundo terror (29).

Sobre esto, observa con mucho acierto Jacolliot:

> En la India vemos la magia vulgar extendida por el opuesto extremo de las nobilísimas creencias de los adoradores de los *pitris*. Este linaje de magia fue un tiempo ejercicio favorito del ínfimo clero, que de este modo mantenía al pueblo en perpetuo temor. Así ocurre que en toda época y en todo país, se contrapone *la religión de la chusma* a los más elevados conceptos filosóficos (30).

En la India era la hechicería oficio del *ínfimo* clero, y en Roma lo fue de los *sumos* pontífices. De todos modos, para cohonestar las prácticas nigrománticas pueden alegar la autoridad de San Agustín, cuando dice que “quien no cree en los espíritus malignos, tampoco cree en la Sagrada Escritura” (31).

Alentado Des Mousseaux por la aprobación eclesiástica (32), discurre acerca de la necesidad del exorcismo sacerdotal, y *apoyándose en la fe*, como de costumbre, intenta demostrar que el poder de los espíritus malignos depende de ciertos ritos, fórmulas y signos externos. Dice sobre esto:

> En el catolicismo diabólico, como en el catolicismo divino, la eficacia potencial depende de ciertos signos... El diablo *no se atreve a mentir* ante los santos ministros de Dios, y se ve forzado a someterse (33).

Parece con esto como si los poderes del sacerdote católico viniesen de Dios y los del pagano del diablo. Sin embargo, si nos fijamos en la frase subrayada veremos que hay multitud de casos, debidamente comprobados y de autenticidad reconocida por la misma Iglesia romana, en que los “espíritus” mintieron del principio al fin en cuestiones relativas a dogmas de capital importancia. Por otra parte, tenemos las apócrifas reliquias que se suponen legimitadas por apariciones de la Virgen y de los santos (34).

Dice Stephens:

> Durante su estancia en Jerusalén vio un monje de San Antonio varias reliquias, entre las cuales había: *un pedazo de dedo del Espíritu Santo* que se conservaba incorrupto; la jeta del serafín que se le apareció a San Francisco; una uña de querubín; una costilla del *Verbo hecho carne*; unos cuantos rayos de la estrella de Belén; una redoma llena del sudor de San Miguel en su lucha con el diablo. Todo lo cual, dijo el monje que se lo había llevado a su hospedaje muy devotamente.

RELIQUIAS APÓCRIFAS

Y si por acaso alguien supusiera esto invenciones de protestantes, la historia de Inglaterra nos demostrará documentalmente la existencia de reliquias no menos apócrifas. El gran maestre de los templarios dio a Enrique III una redoma con sangre de Cristo, cuya autenticidad declaraban los sellos del patriarca de Jerusalén, que fue trasladada procesionalmente desde la catedral de San Pablo a la abadía de Westminster, donde, según refiere el historiador, "la recibieron dos monjes y desde entonces resplandeció de gloria la nación inglesa, dedicada a Dios y a San Eduardo".

Conocida es la historia del príncipe Radzivil, el noble polaco que, al verse engañado por los frailes y monjas que le rodeaban, así como por su propio confesor, se convirtió a la fe luterana, no obstante haber sido uno de los personajes que más se indignaron contra la difusión de la Reforma por la Lituania, hasta el punto de trasladarse a Roma con objeto de rendir homenaje de simpatía y veneración al papa, quien le regaló una preciosa caja de reliquias. De vuelta en Polonia, su confesor le dijo que en sueños había visto cómo la Virgen bajaba del cielo para bendecir aquellas reliquias, en prueba de que eran auténticas. El prior de un monasterio vecino y la abadesa de otro tuvieron la misma visión, con añadidura de varios santos que, llenos del "Espíritu Santo", surgían de la caja de reliquias para proteger al príncipe. Con propósito de evidenciar la virtud de las reliquias, el clero exorcizó a un endemoniado, que apenas hubo tocado la caja quedó libre de la posesión y dio por ello gracias al Espíritu Santo y al papa. Pero al terminar la ceremonia, el tesorero del príncipe le confesó que al volver de Roma había perdido la caja de reliquias regalada por el papa, substituyéndola por otra semejante en que puso unos cuantos huesos de perro y gato, sin atreverse a decir nada, hasta entonces que prefería confesar su descuido antes de consentir que siguiesen engañando a su amo de tan burda manera. Por de pronto disimuló el príncipe, pues quiso ver en qué paraba aquella farsa, y convencido al fin de las groseras imposturas de los frailes y las monjas, se convirtió a la Iglesia reformada. Así lo relata la historia.

Dice Bayle que para cohonestar la Iglesia romana la existencia de reliquias apócrifas, recurre al sofisma, diciendo que estas reliquias pueden haber obrado milagros por virtud de la buena intención de los fieles, cuya fe premiaba Dios de esta suerte. El mismo Bayle demuestra con numerosos ejemplos que la Iglesia tiene por legítimos los múltiples brazos, piernas y cabezas que de un mismo santo se veneran en distintos puntos, pues asegura que Dios los multiplicaba milagrosamente para gloria de su santa Iglesia. Esto equivale a creer que el cuerpo de un santo adquiere después de la muerte las características fisiológicas del cangrejo.

Difícil fuera probar que las visiones y profecías de los santos han sido alguna vez más dignas de crédito que las de los modernos médiums. Las visiones de Andrés Jackson Davis, aunque los críticos escépticos se rían de ellas, son incomparablemente más lógicas y verosímiles que las especulaciones de San Agustín; y por otra parte, las visiones de Swedenborg, el más lúcido de los iluminados modernos, tienen mayor parentesco con la teología en los puntos en que más se apartan de la verdad científica. En modo alguno son las visiones de los seglares más inútiles a la ciencia y a la humanidad que las de los santos del catolicismo (35), por lo que debemos inferir que la mayor parte de las visiones referidas por los hagiógrafos, y los mismo puede afirmarse de las de los perseguidos videntes, son obra de ignorantes y poco evolucionados espíritus, pero con desmedida afición a simular personajes históricos. Estamos de acuerdo con Des Mousseaux y demás adversarios de la magia y el espiritismo, en que las entidades comunicantes son con frecuencia espíritus mendaces, siempre dispuestos a lisonjear falazmente los gustos e ideas de los concurrentes a las sesiones; pero ¿cabe creer que Dios haya concedido al sacerdote los exorcizantes *poderes divinos* de que

alardea? ¿Cómo admitir por cierto que al conjuro del exorcista se rinda el diablo, no para declarar *la verdad*, sino únicamente lo que *convenga a la comunión religiosa del exorcista*? Y esto es lo que sucede siempre.

SANTO DOMINGO Y LOS DEMONIOS

Compárense, por ejemplo, las respuestas que el diablo dio a Lutero con las que dio a Santo Domingo de Guzmán, y se verá que mientras en las primeras arguye contra la misa rezada y reconviene al reformador por haber antepuesto la Virgen y los santos a Cristo, postergando así al Hijo de Dios (36), los demonios exorcizados por Santo Domingo, al ver a la Virgen que había acudido en auxilio del santo, exclaman rugientes:

> ¡Oh enemiga nuestra! ¡Oh nuestra condenadora! ¿Por qué bajas del cielo para atormentarnos? ¿Por qué eres tan poderosa intercesora con los pecadores? ¡Oh tú, *el más seguro camino del cielo*!. Tú mandas, y nos vemos forzados a confesar que no se condena quien persevera en tu santa devoción (36)...

Por otra parte, Satán le dice a Lutero que había estado adorando pan y vino mientras creyó en la transubstanciación; al paso que los diablos que se aparecen a los santos, aseguran la *condenación eterna* de quienes tan siquiera duden de ese dogma.

Pudiéramos llenar tomos enteros con pruebas innegables de la confabulación de exorcistas y demonios, cuya verdadera naturaleza descubre el engaño; pues en vez de ser independientes y astutas entidades que sólo se ocupan en perder a los hombres, son sencillamente los elementales de los cabalistas o criaturas sin mente, pero que reflejan el pensamiento y *voluntad* de quienes los evocan, dominan y dirigen.

No dejaremos este asunto sin extractar de la *Leyenda de Oro* (38), plenamente aceptada por la Iglesia, el caso ocurrido a Santo Domingo de Guzmán, uno de los principales santos del catolicismo y fundador de la orden dominica, una de las primeras que confirmó la sede pontificia (39). Fue Domingo de Guzmán aliado y consejero del infame Simón de Montfort, general pontificio que mandaba las tropas enviadas contra los albigenses, a quienes derrotó con espantosa matanza en las cercanías de Tolosa. Dice este santo, y la Iglesia lo aprueba, que recibió de la propia mano de la Virgen un rosario de tan estupenda virtud, que operaba milagros muy superiores a los de los apóstoles y aun del mismo Jesús, ocurrió que cierto incrédulo puso en duda la eficacia del rosario dominico, y en castigo de su impiedad quedó desde luego poseído de quince mil espíritus malignos; pero compadecido el santo de los atroces sufrimientos del endemoniado, echó en olvido la injuria y determinóse a exorcizarle. De la ceremonia tomamos la siguiente plática entre el exorcista y los demonios:

> Domingo.- ¿Cuántos sois y por qué os poseisteis de este hombre?
> Demonios.-Somos quince mil, y le poseímos por haber hablado irreverentemente del rosario.
> Dom.- ¿Por qué entrasteis tantos?
> Dem.-porque el rosario de que se mofaba tiene quince decenas.
> Dom.-¡Si, sí! (*Los demonios hacen salir llamaradas por las narices del poseído*). Sabed ¡oh cristianos! Que nunca dijo Domingo sobre el rosario ni una palabra que no fuese verdad. Sabed también que si no le creéis os sobrevendrán grandes calamidades.
> Dom.-¿Quién es el hombre más aborrecido del demonio?
> Dem.- Tú. (*Aquí colman los demonios de cumplidos al santo*).
> Dom.- ¿De qué clase son la mayoría de cristianos condenados?
> Dem.- Tenemos en el infierno mercaderes, prestamistas, usureros, judíos, boticarios, tenderos, etc.

Dom.- ¿Hay frailes y sacerdotes en el infierno?

Dem.- Sacerdotes muchos; pero frailes tan sólo los que quebrantaron la regla de su orden.

Dom.- ¿Hay dominicos?

Dem.- Desgraciadamente no tenemos todavía ninguno, pero esperamos una buena partida en cuanto se les entibie algún tanto la devoción (40).

MÉDIUMS Y SANTOS

Fácilmente se infiere de cuanto llevamos dicho, que la única diferencia esencial entre los médiums y los santos está en la relativa utilidad de los demonios, si así pueden llamarse, pues mientras el demonio apoya fielmente al exorcista cristiano en su *ortodoxas* opiniones, las entidades espíritas dejan a su médium en el atolladero, porque al mentir van contra sus propios intereses, ya que suscitan sospechas sobre la legitimidad de las comunicaciones. Si las entidades espíritas fuesen *diablos*, demostrarían algo más talento y astucia, e imitarían a los *demonios* del santo, que, forzados por éste merced a la eficacia "del nombre que les reduce a la obediencia", *mienten de conformidad con el interés personal* del exorcista y su comunión religiosa. Dejamos al sagaz juicio del lector la ejemplaridad de esta comparación.

Dice sobre esto Des Mousseaux:

> Conviene advertir que algunos demonios dicen a veces la verdad. El exorcista debe ordenar al demonio que le diga si está retenido por arte mágica o por signos u objetos especiales en el cuerpo del endemoniado. Si el poseído se ha tragado estos objetos ha de vomitarlos, y si no, indicar el sitio en donde están para quemarlos (41).
>
> ...Así descubren algunos demonios que hay embrujamiento y delatan al autor e indican los medios de romper el maleficio. Pero guardaos de recurrir en semejantes casos a magos, hechiceros o médiums, sino tan sólo a un sacerdote de vuestra Iglesia que, como podéis ver, cree en la magia desde el momento en que tan explícitamente la declara. Y cuantos *no creen en la magia* ¿cómo han de compartir la fe de la Iglesia? Nadie puede aleccionarles mejor que aquellos a quienes cristo dijo: "Id y enseñad a todas las gentes... Con vosotros estaré hasta el fin" (42).

Pero no hemos de creer que Jesús dirigiera estas palabras tan sólo a quienes visten las negras o purpúreas libreas de Roma, pues entonces resultaría la incongruencia de que Cristo confiriese, por ejemplo, este poder a San Simeón el Estilita (43) con el único objeto de que sanase a un dragón, o bien a San Francisco de Asís para que predicase a los pájaros (44). Estos dos episodios, entresacados sin rebusca de centenares de otros análogos, aventajan en patrañería a las más extravagantes consejas relativas a los teurgos paganos, magos y espiritistas. Sin embargo, la mayoría de católicos diputarán por impostura que Pitágoras domesticara animales salvajes con sólo su hipnótica influencia (45), mientras que admiten sin reparo cuantas fábulas inventaron piadosamente los hagiógrafos.

Pero si se objeta que la Iglesia no tiene por artículo de fe cuanto aparece en la *Leyenda de Oro*, cuyo compilador aprovechó para ello vidas apócrifas de santos (46), redargüiremos negando valor a la objeción, por lo menos en los casos que hemos referido; pues San Benito floreció en el siglo XII y Santo Domingo en el primer cuarto del XIII, por lo que fue casi coetáneo de Veragine, compilador de la *Leyenda* y vicario general de la orden dominica, que murió en 1298, y tuvo por lo tanto a mano recientes y sobrados testimonios de los sucesos de la vida del fundador de su orden. No obstante, en algunos pasajes (47) demuestra escasa escrupulosidad de comprobación y poquísimo respeto a la verdad, que tampoco tuvo muy en cuenta la Iglesia al aprobar el libro y atribuirle especial virtud de santidad, cuando la quintaesencia del *Decamerón* de Bocaccio resulta gazmoñería en comparación del nauseabundo naturalismo de la *Leyenda de Oro*.

LA LEYENDA DE ORO

No nos asombra demasiado el empeño que ponen los misioneros católicos en convertir al cristianismo a los induistas y budistas, a quienes llaman “paganos”, sin tener en cuenta que por lo menos resplandece en ellos la hermosa cualidad de no abjurar de su heredada fe por el capricho de trocar unos ídolos por otros. Tal vez fuera para ellos una novedad el protestantismo, que reduce a la más sencilla expresión las creencias religiosas; pero ninguna necesidad tiene de apostatar el budista, a quien en vez del zapato de Dagón le enseñan la sandalia del Vaticano, o le prometen cambiar los ocho pelos y el diente milagroso de Buda por el mechón de pelo de cualquier santo y el diente de Jedús, no tan hábilmente taumatúrgicos (48).

Apenas hay misionero residente en la India, Tíbet y China que no deplore la “obscenidad” de los ritos paganos, que, según Des Mousseaux, son “vehementes indicios del culto diabólico”; pero seguramente que la moralidad de los paganos mejoraría algún tanto si libremente pudiesen escudriñar la vida del rey poetta, autor de aquellos salmos que con tanta devoción repiten los cristianos. Entre la danza fálica de David delante del arca (símbolo del principio femenino) y el Vishnavita indo con el signo fálico en la frente, sólo podrán declararse a favor del primero quienes no conozcan las religiones antiguas ni la que dicen profesar. Bien harían los cristianos en no acusar de obscenidad a los gentiles desde el momento en que aceptan por modelo una religión cuya letra le consentía a David la entrega de doscientos prepucios de filisteos para ser yerno del rey Saúl (49). Han de acordarse del significativo aforismo de Jesús, y quitarse la viga del ojo antes de soplar la mota en el ajeno. El elemento sexual predomina en el cristianismo tanto como en cualquiera de las religiones llamadas “paganas”, y de seguro que en ningún pasaje de los *Vedas* se encontraría la descocada obscenidad de lenguaje que los hebraístas contemporáneos descubren en la *Biblia*.

Todos estos puntos están magistralmente expuestos por el anónimo autor de *La religión sobrenatural*, que tantísimo éxito logró en Alemania e Inglaterra al publicarse hace un año; en la del doctor Inman (50), quien arremete contra las formas exotéricas del cristianismo y desentraña el significado de los símbolos sin atacar a la religión de Cristo, sino al artificioso sistema teológico que la desnaturaliza. Pero escuchemos las propias palabras del autor:

> Cuando la sagacidad de algún observador descubrió la existencia de los vampiros, se trató de acabar con ellos atravesando el cadáver con una estaca puntiaguda; pero la práctica demostró que su extremada vitalidad les consentía reaparecer una y otra vez no obstante los reiterados empalamientos, hasta que se arrojaba el cadáver a una hoguera. De igual modo, el paganismo predominante entre los creyentes en Jesús de Nazareth reaparece una y otra vez, a pesar de haberle atravesado otras tantas de parte a parte. Muchos lo miman y pocos lo repudian. Entre otros, yo levanto mi voz contra el paganismo prevaleciente en el cristianismo clerical, y haré cuanto me sea posible para poner de manifiesto semejante impostura... En una narración de asunto vampírico que se lee en el *Thalaba* de Southey, el vampiro toma la figura de una joven de la que se enamora tiernamente el héroe del relato, quien se ve precisado a matarla por su propia mano, aunque en el momento de herir se convence de que no es tal joven, sino un demonio. Asimismo, al atacar yo al paganismo revestido de ropaje cristiano, *no ataco a la verdadera* religión (51). Nadie vituperaría a un operario que limpiase una hermosa estatua. Habrá gentes demasiado pulcras para tocar inmundicias, pero que se alegrarán de que alguien las barra. Se necesita el barrendero (52).

EL PAPA Y LOS MUSULMANES

Pero no son únicamente los paganos quienes sufren la persecución de los católicos, que con San Agustín exclaman:”¡Oh mi Dios! Así deseo que tus enemigos sean exterminados”. Su

odio se desata caínicamente contra sus próximos deudos en fe religiosa y contra sus cismáticos hermanos. La conspiración se fragua entre los mismos muros que albergaron a los Borgias asesinos. Las sombras de los pontífices infanticidas, fratricidas y parricidas han sido dignas consejeras de los caínes de Catelfidardo y Mentana. Ahora les llega la vez a los cristianos de raza eslava, a los cismáticos de Oriente, que son como los filisteos de la Iglesia griega.

Después de haber agotado Pío IX el caudal de epítetos laudatorios en alabanza propia para compararse con los profetas mayores, ha querido extender el símil al patriarca Jacob en "su lucha con el ángel del Señor". Y ciertamente que no le falta razón para ello, pues en estos momentos corona el edificio de la piedad católica simpatizando a rostro abierto con los turcos. El vicario de Cristo inaugura su infalibilidad alentando con espíritu verdaderamente cristiano al David musulmán, al moderno Bashi Bazuk, de quien sin duda recibiría gustoso algunos miles de prepucios búlgaros o servios. Fiel a su propósito de sacrificarlo todo en interés de la Iglesia romana, mira benévolamente las matanzas de búgaros y servios, y tal vez maniobra en secreto con Turquía contra Rusia, como si antes de consentir que la Iglesia griega se establezca oficialmente en Constantinopla y en Jerusalén, prefiriera ver la un tiempo odiada media luna sobre el sepulcro de Cristo. A manera de achacoso y decrépito ex tirano en el destierro, está dispuesto el pontífice a contraer cualquier alianza que le asegure, si no la restauración del poder temporal, por lo menos el menoscabo de sus rivales. Secretamente se complace en el hacha que un tiempo blandieron los inquisidores, y prueba su filo contra toda esperanza. En sus buenos tiempos se había aliado la Santa Sede con príncipes heterodoxos, pero nunca se degradó como ahora hasta el punto de apoyar moralmente a quienes durante doce siglos le han estado escupiendo a la cara los dicterios de "infieles" y "perros cristianos" con que repugnaban la fe católica (53).

El mundo civilizado puede esperar todavía que en el recinto del Vaticano se aparezca la Virgen en carne mortal, pues si la milagrosa aparición, tantas veces repetida en tiempos medioevales, se ha renovado hace poco en Lourdes, ¿por qué no repetirla una vez más para dar el golpe de gracia a los herejes, cismáticos e infieles? Preciso es que una religión se haya degradado hasta el último extremo para que sus clérigos se valgan de tan sacrílegas imposturas (54) y el pueblo las acepte sin reparo o finja aceptarlas.

DOCTRINAS DE PABLO

Semejante concepto de la religión es incompatible con las íntimas aspiraciones del espíritu inmortal. Así lo entendieron siempre los verdaderos filósofos, gentiles o cristianos o judíos. Las enseñanzas de Buda se reflejan en las de Cristo. Las del apóstol Pablo y de Filo Judeo son difelísimo eco de las de Platón. Unas y otras hermanaron Amonio y Plotino con inmortal fama de su nombre (55). No sucede así con los intérpretes de la *Biblia*. La simiente de la Reforma quedó sembrada el día en que se echaron de ver las contradicciones entre el segundo capítulo de la Epístola del apóstol Santiago y el onceno de la de San Pablo a los hebreos. Quien siga las enseñanzas de Pablo ha de repudiar las de Santiago, Pedro y Juan. Para mantener su fe cristiana han de dar en rostro los partidarios de Pablo a las enseñanzas de Pedro, quien si merecía vituperio y le faltaba razón, no podía ser infalible ni tampoco pueden sus sucesores alardear de infalibilidad. Todo reino dividido perecerá y toda casa minada se derrumbará. La pluralidad de maestros es tan funesta en religión como en política. Las doctrinas de Pablo eran las de los filósofos místicos, y por esto decía:

> Permaneced firmes en la libertad que os dio Cristo, y no caigáis de nuevo en el yugo de la servidumbre... Pero si os mordéis unos a otros, cuidad de no devoraros (56).

Es evidentemente gratuita la acusación de demonolatría lanzada a veces contra los neoplatónicos, por cuanto la Iglesia romana adoptó sus mismas ceremonias teúrgicas palabra por palabra; de modo que el exorcista cristiano emplea hoy idénticas evocaciones y conjuros que el sacerdote pagano y el cabilista judío. Sobre esto dice Wilder:

> A pesar de las diferencias entre los neoplatónicos y los cristianos de Pablo, muchos catequistas de la nueva fe conservaban muy en lo hondo la levadura filosófica. Sinesio, obispo de Cirene, era discípulo de Hipatia. San Antonio reprodujo la teurgia de Jámblico. El *Logos* o *Verbo* del Evangelio de San Juan es concepto gnóstico. Clemente de Alejandría, Orígenes y otros Padres de la Iglesia bebieron copiosamente en los manantiales de la filosofía neoplatónica. El ascetismo aconsejado por la primitiva Iglesia era idéntico al de Plotino... Durante la Edad Media hubo filósofos que aceptaron las doctrinas enseñadas por el famoso maestro de la Academia.

En prueba de que la Iglesia romana se apropió los ritos y ceremonias mágicas de los mismos cabalistas y teurgos a quienes anatematizaba, cotejaremos las fórmulas de exorcismos empleadas por los cabalistas y por los cristianos, para inferir de su identidad que éste fue uno de los motivos por los cuales mantuvo siempre la Iglesia a sus fieles en la ignorancia del ritual, de modo que tan sólo los directamente interesados en el engaño tuvieron oportunidad de cotejar ambas fórmulas. El vulgo no entendía el latín, y aunque lo hubiese entendido estaba prohibida la lectura de los tratados de magia, so pena de excomunión. La ingeniosa estratagema de la confesión auricular imposibilitaba la consulta, siquier clandestina, de lo que el clero llamaba “garabatos del diablo” o rituales de magia. Para mayor seguridad, la Iglesia empezó por ocultar todo cuanto referente al arte mágico pudo haber a mano.

He aquí el cotejo:

ORIGEN PAGANO DEL RITUAL CATÓLICO

RITUAL CABALÍSTICO (judío y pagano)	RITUAL CATÓLICO
Exorcismo de la sal	*Exorcismo de la sal*
El sacerdote bendice la sal y exclama: “*Criatura de sal* (58), en ti permanezca la SABIDURÍA (Dios) y preserve de toda corrupción nuestra mente y nuestro cuerpo. Por *Hochmael* (..., Dios de Sabiduría) y el poder de *Ruach-Hochmael* (Espíritu Santo), se alejen ante ti los espíritus de la Materia (espíritus malignos). Amén”.	El sacerdote bendice la sal y exclama: “*Criatura de sal*, yo te exorcizo en nombre del Dios vivo... Sé salud del Alma y del cuerpo. Doquiera que seas esparcida, ahuyentaal inmundo espíritu... Amén”.
Exorcismo del agua y cenizas	*Exorcismo del agua*
“Criatura del agua, yo te exorcizo en el nombre de Netsah, Hod y Jerod (Trinidad cabalística), en el principio y el fin, en el alfa y el omega que entran en el Espíritu Azoth (Espíritu Santo o Alma universal). Te exorcizo y conjuro. ¡Águila Errante!, el Señor tenga poder sobre ti por las Alas del toro y su flamígera espada” (59).	“Criatura del agua, en nombre de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te exorcizo. Te conjuro en nombre del cordero (60) que aplastó al basilisco y al áspid y tiene a sus pies el león y el dragón”.

Exorcismo de un elemental

"Serpiente, en nombre del Tetragrámaton, el Señor que tiene poder sobre ti por el ángel y el león. Ángel de tinieblas, obedece y ahuyéntate por virtud de esta bendita agua. Águila encadenada, obedece a esta señal y aléjate ante el soplo. Movible serpiente, arrástrate a mis pies o te atormentará este fuego sagrado y te aniquilará este bendito incienso. Que el agua vuelva al agua (62). Que el fuego queme y el aire oree. Que la tierra vuelva a la tierra por virtud del Pentagrama, la Estrella matutina, y en nombre del Tetragrámaton grabado en el centro de la *Cruz lumínica*. Amén" (63).

Exorcismo del diablo

. . . . . .

"¡Oh Señor! Haz que aquel que lleva consigo el terror huya herido por el terror y quede vencido. ¡Oh tú, vieja serpiente!.. tiembla ante la mano del que, triunfante de los tormentos del infierno (61) devolvió la luz a las almas. Cuanto más te perviertas, más terribles serán tus torturas... por Aquel que reina sobre vivos y muertos y que juzgará el mundo por Fuego (64)... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén". (65).

Crueldad parece echar en cara a Roma la usurpada propiedad de sus símbolos; pero preciso es hacer justicia a los despojados hierofantes. Mucho tiempo antes de que los cristianos adoptaran la cruz por símbolo, la empleaban neófitos y adeptos como secreto signo de reconocimiento. A este propósito dice Eliphas Levi:

El signo de la cruz, adoptado por los cristianos, no es privativo de esta religión, pues ya con anterioridad era cabalístico y simbolizaba el cuaternario equilibrio de opuestos elementos. Por el versículo esotérico del *Pater* (del que tratamos en otra obra) vemos que primitivamente hubo dos maneras de hacer el signo de la cruz, o por lo menos dos fórmulas muy distintas de significación: una exclusiva de sacerdotes e iniciados; otra común a neófitos y profanos. El iniciado hacía la señal de la cruz con la mano derecha extendida desde la frente al pecho y del hombro izquierdo al derecho, diciendo: *a ti-pertenece-el reino-de justicia-y misericordia*. Después, con las manos juntas, añadía: *En los ciclos generadores: "Tibi sunt Malchut et Geburah et Chassed per oeonas".* Tal era el signo de la cruz, *absoluta* y hermosamente cabalístico, que la Iglesia oficial y militante perdió por completo al profanar el gnosticismo (66).

INFLUENCIA DE SAN AGUSTÍN

De esto podemos inferir cuán gratuitas son las siguientes afirmaciones del P. Ventura:

Mientras San Agustín fue maniqueo y estuvo ignorante de la augusta revelación cristiana, cuya sublimidad orgullosamente menospreciaba, nada supo ni comprendió acerca de Dios, del hombre y del universo, y permaneció ignorado, obscuro e inactivo, hasta que apenas convertido al cristianismo, se remontó a las cimas sublimes de la filosofía y la teología en alas de su mente iluminada por la antorcha de la fe... Así el genio de Agustín se explayó en toda su prodigiosa fecundidad y grandeza, y su entendimiento resplandeció con el vivísimo fulgor que, reflejado en sus obras inmortales, no ha cesado ni por un momento de iluminar durante catorce siglos a la Iglesia del mundo (67).

Dejemos al P. Ventura el cuidado de averiguar lo que Agustín fuese como maniqueo; pero no cabe duda de que su ingreso en el cristianismo engendró perpetua enemistad entre la teología y la ciencia, pues mientras por una parte se veía precisado a confesar la posibilidad de que hubiese "algo de divino y verdadero en las doctrinas de los gentiles", declaraba por otra parte que estos eran "abominables por lo supersticiosos, idólatras y soberbios; y que, a menos de arrepentirse, les había de castigar la justicia divina". Aquí tenemos explicada la conducta que

la Iglesia cristiana ha seguido desde entonces hasta nuestros días, negando validez a cuanto de divino y verdadero puedan tener las doctrinas de quienes no pertenecen a su comunión, merecedores tan sólo por ello de las iras celestes. Sobre el particular, dice Draper:

> Nadie contribuyó tanto como este padre a suscitar el antagonismo entre la ciencia y la religión, pues desviando la Biblia de su verdadero objeto, que era una guía para la pureza de vida, la colocó en la arriesgada posición de árbitra del saber humano y tirana de la mente. Dado el ejemplo, no faltaron imitadores. Las obras de los filósofos griegos fueron repudiadas por profanas, y los timbres de gloria del Museo alejandrino quedaron obscurecidos por la nube de ignorancia y jerigonza mística, de cuyo seno brotaban con demasiada frecuencia los destructores rayos de la venganza eclesiástica (68).

Agustín y Cipriano (69) reconocen que Hermes y Hostanes creían en el único y verdadero Dios invisible, incomprensible por la mente y tan sólo comprensible por el espíritu (70). En consecuencia, todo hombre de criterio no perturbado por el fanatismo religioso inferirá de las ideas de Agustín y Hermes acerca de la Divinidad, que el segundo aventajaba al primero en la exposición filosófica del concepto (71).

El P. Ventura coloca a San Agustín en las más “sublimes alturas de la filosofía”, pavoneándose ante el asombrado mundo; pero draper le sale al paso con las siguientes consideraciones críticas sobre la filosofía agustina:

> ¿Era posible desechar las obras de los filósofos griegos a cambio de un sistema descabelladamente engendrado por la ignorancia y la osadía? Mucho más pronto debieron de haber venido los eminentes críticos de la Reforma a colocar las obras de San agustín en su propio nivel, y enseñarnos a mirarlas con desprecio (72).

En cuanto a la acusación levantada contra Plotino, Porfirio, Jámblico, Apolonio y Smón el Mago (73) de que tenían hecho pacto con el diablo, no merece por absurda los honores de la refutación ni aun suponiendo cierta la existencia del precito personaje. La diferencia de opiniones religiosas, por grande que sea, no alcanza *per se* a que unos vayan al cielo y otros al infierno. Semejantes dogmas, incompatibles con la caridad, pudieron prevalecer en tiempos medioevales; pero ya es demasiado tarde para que nos intimide el tradicional espantajo (74).

El erudito autor de la *Religión sobrenatural* se esfuerza en demostrar la identidad de Simón el Mago con el apóstol San Pablo, cuyas Epístolas condenó públicamente San Pedro por contener enseñanzas heréticas. El apóstol de los gentiles era franco, elocuente, sincero y sabio. El apóstol de la circuncisión era por el contrario cobarde, receloso, falaz e ignorante. No cabe duda de que Pablo estaba iniciado, al menos parcialmente, en los misterios teúrgicos, como lo denotan su estilo con la terminología peculiar de los filósofos griegos y ciertas frases que únicamente empleaban los iniciados (75). A mayor abundamiento, tenemos el siguiente pasaje del apóstol:

> ...entre los perfectos hablamos sabiduría; mas no sabiduría de este mundo ni de los arcontes de este mundo, sino que hablamos Sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los arcontes de este mundo (76).

EL MAESTRO CONSTRUCTOR

Inequívocamente da a entender el apóstol en estas palabras que estaba iniciado (que era de los mystae), y aludía a enseñanzas propias de los Misterios (77). Pero si no bastara esta prueba, tendremos otra en que al apótol “le cortaron el cabello a punta de tijera en Cencrea (78) porque había hecho un voto” (79).

Dice Pablo:

Según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento como sabio maestro constructor (80).

La frase maestro constructor, que tan sólo se lee *una sola vez* en toda la *Biblia*, puede considerarse como prueba incontrovertible, pues la tercera parte de los sagrados ritos se llamaba en los Misterios *epopteia* o revelación, esto es, el acto de comunicar el secreto, durante el cual se transportaba el iniciado a la divina clarividencia en que, suspendida la visión terrena, se unía con su Dios la ya libre y pura alma. Pero en su significado etimológico, la palabra *epopteia* (81) equivale a vigilante o inspector, y también tiene la acepción de maestro constructor o arquitecto, de donde más tarde derivó el nombre francés de masón en el mismo sentido empleado en los Misterios. Así, pues, al llamarse Pablo "maestro constuctor" emplea una frase genuinamente cabalística, teúrgica y masónica que ningún otro apóstol emplea, y se declara *iniciado* con derecho de iniciar a otros.

Si proseguimos por este camino con tan seguros guías como los *Misterios* y la *Kábala*, descubriremos la secreta razón de que Pedro, Juan y Santiago persiguiesen odiosamente a Pablo. El autor del *Apocalipsis* era cabalista judío de legítima estirpe, que como sus antepasados odiaba por juro de heredad los Misterios (82). Su recelo se extendió durante la vida de Jesús hasta el mismo Pedro (83), con quien se reconcilió después de la muerte de su común Maestro para predicar celosamente el rito de la circuncisión. Pedro reconocía no obstante la superioridad de Pablo en conocimientos de literatura y filosofía griega, por lo que debió de parecerle experto en artes mágicas y versado en la gnosis o sabiduría de los Misterios, o sea que tal vez le tuvo por Simón el Mago (84).

SIGNIFICADO DE "PETRUM"

En cuanto a Pedro, la exégesis ha demostrado hace tiempo que en la fundación de la Iglesia romana no tuvo más parte que proporcionar el pretexto, tan hábilmente aprovechado por el astuto Ireneo, para cimentar la nueva Iglesia sobre la *Petra* o *Kiffa*, que mediante un sencillo juego de palabras se relacionaba con *Petroma* o doble tabla de piedra que el hierofante empleaba en el misterio final de la iniciación. Aquí se encierra acaso todo el secreto de las alegaciones del Vaticano. Sobre el particular, dice muy oportunamente Wilder:

En los países orientales se designaba al hierofante con el título de ... (Pedro) que en caldeo y fenicio significa intérprete. Hay en todo esto reminiscencias de la ley mosaica, así como respecto de las atribuciones que el papa se arroga para ser el hierofante o intérprete de la religión cristiana (85).

Hasta cierto punto hemos de concederle el derecho de interpretación, pues la Iglesia latina incorporó en sus ceremonias, símbolos, ritos, templos y vestiduras sacerdotales, las tradiciones del culto pagano y aun su culto público y externo. De lo contrario, sus dogmas serían más lógicos y no tan ofensivos a la majestad del supremo e invisible Dios.

En el sarcófago de la reina Mentuhept, de la oncena dinastía (86), se encontró una inscripción jeroglífica copiada del *Libro de los muertos* (87), cuya interpretación es como sigue:

PTR	**RF**	**SU**
Peter-	ref-	su.

Bunsen entremezcla este sagrado formulario con toda una serie de interpretaciones glosadas de un monumento de cuarenta siglos de antigüedad, y dice sobre el caso:

Esto equivale a creer que la verdadera interpretación ya no era inteligible en aquella época... Conviene, por lo tanto, advertir que el sagrado texto de un himno compuesto por el espíritu de un difunto era, hace 4.000 años, del todo ininteligible para los copistas del rey (88).

Cierto es que era ininteligible para los copistas profanos, como lo demuestran las confusas y contradictorias interpretaciones de los comentadores, pues la palabra PTR (89) la conocían únicamente los hierofantes de los santuarios, y la escogió Jesús para designar el cargo conferido a uno de sus apóstoles.

Sobre el significado de esta palabra, dice Bunsen:

Opino que PTR es literalmente el angituo arameo y hebreo *Patar* que encontramos en la historia de José en significación específica de *interpretar.* De aquí que *pitrum* equivalga a interpretación de un texto o de un sueño (90).

En varios pasajes de un manuscrito cuyo texto es en parte griego y en parte demótico (91), tuvimos ocasión de leer frases que bien pudieran esclarecer la materia de que vamos tratando. Uno de los personajes de la narración, el *judío iluminador Telciotes*, se comunica con su *Patar* (92). Algunos pasajes representan al *iluminador* en una ... (cueva, donde sólo interrumpe su contemplativo aislamiento para enseñar a los discípulos de afuera, no personalmente, sino por mediación del *patar*, que recibe las lecciones de sabiduría aplicando el oído a un agujero circular abierto en la cortina que oculta al maestro de la vista de los discípulos, a quienes el *patar* transmite oralmente las enseñanzas. Tal era, con leves variantes, el procedimiento seguido por Pitágoras, quien, según sabemos, jamás permitía que le vieran los neófitos sino que les aleccionaba tras la cortina de separación entre la cueva y el auditorio.

No sabemos si el *judío iluminador* del manuscrito greco-demótico alude o no a Jesús; pero sea como fuese, subsiste la misteriosa denominación que más tarde aplicó la Igflesia católica al portero del cielo e intérprete de la voluntad de Jesucristo. La palabra *patar* o *peter* coloca a maestro y discípulo en la esfera de iniciación en la doctrina secreta. El sumo hierofante de los Misterios no permitía jamás que le viesen ni oyesen los candidatos, para quienes era el *Deus ex machina*, la invisible Divinidad, que presidía las ceremonias por medio de su vicario. Al cabo de dos mil años vemos que los Dalai-Lamasdel Tíbet siguen todavía el mismo procedimiento en los misterios de su religión. Si Jesús conocía el secreto significado del nuevo nombre que dio a Simón, debió de ser iniciado, pues de lo contrario lo ignorara; y, por lo tanto, ya hubiese recibido la iniciación de los pitagóricos esenios, de los magos caldeos o de los sacerdotes egipcios, su doctrina no pudo ser ni más ni menos que una parte de la secreta enseñada por los hierofantes paganos a los pocos y escogidos adeptos que entraban en el sagrado adyta.

RITOS PAGANOS Y CRISTIANOS

Más adelante discutiremos esta materia. Por ahora nos limitaremos a indicar someramente la extraordinaria semejanza o, mejor dicho, identidad de los ritos religiosos y vestiduras sacerdotales del clero cristiano con los de los asirios, fenicios, egipcios y otros pueblos de la antigüedad.

Las tablillas asirias nos muestran el modelo de la tiara pontificia, sobre la cual dice Inman:

Podemos decir de paso que así como papas adoptaron la tiara de la maldita raza de Cam, así también adoptaron la cruz episcopal de los augures de Etruria y las representaciones angélicas de los pintores y escultores de Grecia e Italia (93).

Los nimbos de los santos y las tonsuras de los sacerdotes y monjes católicos (94) son emblemas solares, a juzgar por las irrefutables pruebas que de ello encontramos. Knight (95) reproduce un dibujo de San Agustín con la figura de un primitivo obispo cristiano en traje probablemente idéntico al que él llevara. El palio episcopal es el signo femenino en las ceremonias del culto religioso, y en el dibujo de San Agustín está dicho palio adornado con cruces budistas y tiene la misma configuración de la T egipcia, aunque levemente desviada en forma de $_{Y.}$ Sobre el particular dice Inman:

El palo inferior de esta letra simboliza la tríada masculina. La figura del obispo aparece con la mano derecha levantada y el índice extendido, en la misma actitud de los sacerdotes asirios cuando tributaban homenaje al bosque sagrado... Cuando el obispo lleva el palio en las ceremonias del culto, representa la Tinidad en la Unidad, esto es, el *Arba* o místico cuaternario (96).

El culto de la Virgen María es a todas luces la sucesiva continuación del de Isis, cuyos sacerdotes al convertirse al cristianismo conservaron las vestiduras con el sobrepelliz, la tonsura y el celibato obligatorio, aunque por desgracia prescindieron de las frecuentes abluciones.

King (97) describe el letrero que circuye una doble imagen de Serapis e Isis, que aparece como sigue:

‘H KIPIA ICIC AI’NH

y significa:

INMACULADA ES NUESTRA SEÑORA ISIS

La misma advocación se aplicó después a la Virgen María.

Dice también King:

Las *Vírgenes Negras* que se veneran en algunas catedrales francesas (98) no son ni más ni menos que imágenes basálticas de Isis, según ha demostrado su detenido examen (99).

ICONOGRAFÍA CRISTIANA

Ante el altar de Júpiter Ammón colgaban los sacerdotes sonoras campanas de cuyo timbre colegían sus augurios (100). También los sacerdotes budistas invocan a los dioses a toque de campana para que desciendan sobre el altar (101). Por lo tanto, los cristianos aprendieron el uso de las campanas (102) de los budistas tibetanos y chinos. El mismo origen tienen los rosarios de cuentas que desde hace veintitrés siglos siguen usando los monjes budistas (103).

Los egipcios tenían el sinónimo de nuestra palabra *monja* con la misma significación actual, y todavía se conserva intraducida la voz *nonna* en la terminología cristiana.

Los artistas prenoicos (104) de Babilonia circuían de una aureola o nimbo la cabeza de las figuras humanas a quienes querían tributar honores divinos, y este mismo nimbo reapareció siglos más tarde en la iconografía cristiana. Las representaciones pictóricas de Isis y Krishna, transmutadas después en María y Jesús (105), no son puramente astronómicas, sino que

simbolizan las divinidades masculina y femenina en conjunción análoga a la del sol y la luna. Es la unión de la Tríada y la Unidad (106).

Y como es arriba, así es abajo y fuera y dentro del simbolismo de la Iglesia cristiana, en cuyos ritos y ornamentos se descubre el sello del exoterismo pagano. En el vasto campo de los conocimientos humanos no hubo punto más ignorado de las gentes, o de propósito encubierto a sus miradas, como el que señala cuanto a la antigüedad se refiere con su pasado venerable y sus creencias religiosas estropeadas bajo los pies de la posteridad, cuya ceguera confunde a los hierofantes y profetas, iniciados (*mistoe*) y videntes (*epoploe*) con los adoradores del diablo. El sacerdote cristiano, después de ataviarse con los despojos del vencido, le anatematiza valiéndose de las mismas fórmulas, ritos y ceremonias aprendidos de labios del anatematizado. La *Biblia* sirve de arma contra el pueblo cuya sagrada Escritura fue durante siglos. El adepto pagano escucha maldiciones bajo el mismo techo que presenció su iniciación, y el mono de Dios (107) recibe exocista aspersión de agua bendita (108) de las manos que empuñan el mismo *lituus* (109) de los antiguos augures.

Por parte del clero y vulgo de los cristianos se advierte vergonzosa ignorancia y la despectiva soberbia que tan valerosamente flageló el clérigo Gross contra el prejuicio de sus colegas al decir:

> La investigación es tarea inútil o criminosa cuando hay deliberado intento de menoscabar las religiones antiguas... Tan sólo este lamentable prejuicio pudo adulterar de tal manera la teología del paganismo y contrahacer o, mejor dicho, caricaturizar su culto religioso. Hora es ya de levantar la voz en vindicación de la verdad ultrajada y de que los contemporáneos tengan más sentido común para no vanagloriarse hasta el punto de creer que la razón es privilegio exclusivo de los tiempos modernos (110).

TAUMATURGIA PAGANA

Todo esto denota la verdadera causa del odio que los cristianos primitivos y medioevales sintieron hacia sus hermanos y peligrosos émulos gentiles. Únicamente se odia lo que se teme. Los taumaturgos cristianos, una vez rota toda relación con los Misterios de los templos y las renombradas escuelas de magia a que San Hilarión alude (111), podían tener muy pocas esperanzas de rivalizar con los taumaturgos paganos. Ningún apóstol igualó en poder teúrgico a Apolonio de Tyana, excepto en las curaciones hipnóticas (112). A este propósito, pregunta San Justino Mártir con evidente zozobra:

> ¿Cómo es que los talismanes (...) de Apolonio tienen poder sobre los elementos, pues, según vemos, aplacan la furia de las olas y la violencia del viento y repelen las acometidas de las fieras? Mientras que los milagros de Nuestro Señor Jesucristo se conocen tan sólo por tradición, los de Apolonio son muy numerosos y tan evidentes que extravían a cuantos los presencian (113).

A pesar de su perplejidad, acierta este autor al atribuir la virtud taumatúrgica de Apolonio a su profundo conocimiento de la ley reguladora de las simpatías y antipatías de la Naturaleza.

Incapaces los Padres de la Iglesia de negar la evidente superioridad taumatúrgica de sus émulos, recurrieron al viejo pero siempre eficaz procedimiento de la clumnia, y echaron en cara a los teurgos la misma imputación de los fariseos a Jesús cuando le decían: *Demonio tienes*. Los Padres repitieron *Demonio tienes*, frente a los teurgos paganos, logrando que como artículo de fe prevaleciese acusación tan calumniosa. Los actuales herederos de aquellos sofisticadores eclesiásticos achacan también a obra del demonio la magia, el espiritismo y aun el hipnotismo, sin tomarse el trabajo de leer a los autores antiguos. Ningún mojigato contemporáneo aventaja a los iniciados de la antigüedad en abominar de los *abusos* a la magia.

No hubo ley medioeval ni la hay moderna más rigurosa en este punto que la de los hierofantes, cuya justicia se mantenía inflexible contra los hechiceros que *conscientemente* empleaban sus facultades en daño de la humanidad, al paso que si bien expulsaban del sagrado recinto al hechicero *inconsciente*, al poseído y al obseso, le cuidaban en los hospitales anexos al templo hasta que recobraba la salud. Con arreglo a la ley, quedaban excluídos de los Misterios el criminal convicto y el mago negro (114).

No necesita comentarios esta ley, que mencionan cuantos autores trataron de la antigua iniciación. Es absurdo suponer, como supuso San Agustín, que los neoplatónicos inventaran la explicación de su doctrina, porque el mismo Platón, más o menos encubiertamente, expone casi todas las ceremonias en su verdadero y sucesivo orden. Los Misterios son tan antiguos como el mundo, y quienquiera que esté versado en simbología puede seguir sus huellas hasta llegar a la época prevédica de la India. En este país se le exige al candidato (*vatu*) la virtud y pureza más excelentes antes de ser admitido a la iniciación, ya como mero fakir, ya como *purohita* (sacerdote secular) o como *sannyâsi* (115). Después de triunfar de las tremendas pruebas que preceden a la admisión en el círculo interno de las criptas, el *sannyâsi* pasa su vida en el templo entregado a la observancia de las ochenta y cuatro reglas y diez virtudes prescritas a los yoguis. Dicen los libros indos de iniciación que “sin practicar durante toda la vida las diez virtudes ordenadas por el divino Manú, nadie puede ser iniciado en los misterios del consejo"" estas virtudes son resignación (116), templanza, probidad, castidad, continencia (117), veracidad, paciencia, conocimiento (118), sabiduría (119) y caridad. Estas virtudes han de resplandecer en el verdadero yogui, y ningún adepto indigno (120) debe deshonrar las filas de los iniciados ni un día siquiera. Verdaderamente es preciso reconocer que el ejercicio de estas virtudes es de todo punto incompatible con las obscenidades del culto diabólico y con cualquier finalidad lasciva.

Uno de los principales objetos de la presente obra es demostrar que en todas las religiones populares subyace la antiquísima doctrina de sabiduría, una e idéntica, profesada prácticamente por los iniciados de todos los países, únicos que comprendían su importancia. Por ahora cae fuera de la posibilidad humana averiguar el origen de esta doctrina de sabiduría, ni tampoco colegir la época de su plenitud. Sin embargo, basta el simple examen para convencerse que fueron necesarios largos siglos para que alcanzara la maravillosa perfección que revelan los remanentes de los distintos sistemas esotéricos. Tan profunda filosofía, tan sublime código de moral y tan concluyentes resultados prácticos no han podido derivarse de una sola generación ni de una sola época.

EL SECRETO DE LA INICIACIÓN

Fue preciso que multitud de preclaros entendimientos observaran fenómeno tras fenómeno en sucesivas inducciones para eslabonar las verdades conocidas y sistematizar esta antigua doctrina, cuya identidad en todas las religiones del pasado demuestra el común ritual de iniciación, las castas sacerdotales bajo cuya custodia estuvieron las místicas palabras de poder y las manifestaciones fenoménicas que, por su dominio sobre las fuerzas naturales, denotaban la intervención de seres superiores al hombre. Todo lo referente a los Misterios se celaba con riguroso sigilo en todas las naciones, y todas castigaban con pena de muerte al iniciado de cualquier categoría que divulgase los secretos recibidos. Así ocurría en los Misterios báquicos, eleusinos, caldeos, egipcios y aun en los indos, de donde derivaron los demás (121). También regía la misma pena en la diversidad de comunidades desgajadas del común tronco en diferentes épocas. La vemos prescrita entre los esenios, gnósticos, neoplatónicos y rosacruces (122).

Más adelante aduciremos otras pruebas de esta identidad de votos, fórmulas, ritos y doctrinas de las antiguas religiones, y echaremos de ver que perdura hoy tan floreciente y activa como en todo tiempo la secreta Fraternidad, cuyo sumo pontífice y hierofante (*brahmâtma*) está todavía visible para quienes *saben*, aunque se le dé otro nombre, y que su influencia se ramifica por el mundo entero.

Pero entretanto, volvamos a tratar del primitivo período del cristianismo.

Clemente de Alejandría, con el rencoroso fanatismo peculiar a los neoplatónicos renegados, pero muy extraño en tan culto y sincero Padre de la Iglesia, tilda los Misterios de obscenos y diabólicos, como si no supiera que todos los ritos y ceremonias externas tenían significado esotérico (123).

Fuera absurdo juzgar a los antiguos desde el punto de vista de la civilización contemporánea, y no es precisamente la Iglesia la más indicada para arrojar contra ellos la primera piedra, pues según afirman los simbologistas, sin que nadie pueda refutarlos, se apropió los emblemas religiosos de la antigüedad en su aspecto más grosero. Si hombres tan austeros como Pitágoras, Platón y Jámblico tomaban parte en los Misterios de que con tanta veneración hablaron, cuadra muy mal que los críticos modernos los juzguen a la ligera por sus manifestaciones exotéricas. Jámblico dice a este propósito:

> Las representaciones de los Misterios acompañadas de *pavorosa santidad*, tenían por objeto deleitar la vista para distraer de la mente todo mal pensamiento y librarnos así de pasiones licenciosas (124).

Esta explicación basta para satisfacer a los entendimientos no esclavos del prejuicio, según lo comprende Warburton al añadir:

> Los hombres más sabios y virtuosos del mundo pagano afirman unánimemente que la institución de los Misterios, siempre pura desde un principio, se proponía los más nobles fines por los medios más dignos (125).

Aunque en las manifestaciones públicas de los Misterios tomaban parte personas de toda condición y de ambos sexos, pues era obligatoria la asistencia, muy pocos llegaban a recibir la primera iniciación y menos todavía la final.

GRADOS DE INICIACIÓN

Proclo (126) nos informa de los diversos grados de iniciación, diciendo:

> El rito purificador (...) precede en orden al de la primera iniciación (*muesis*), y ésta a la iniciación final (*epopteia, apocalipsis o revelación).*

Theon de Esmirna (127) divide la iniciación en cinco grados y dice sobre el particular:

> El primer grado es el de previa purificación, porque los Misterios no se comunican a cuantos desean conocerlos, pues hay algunos a quienes el voceador (...) niega la admisión. Los admitidos han de purificarse mediante ciertas prácticas que preceden a la iniciación... El tercer grado es la epopteia o revelación. El cuarto confiere la dignidad sacerdotal o hierofántica, cuyo símbolo es la coronación (128). El quinto grado, consecuencia de los cuatro anteriores, es la amistad e íntima comunicación con Dios (129).

Algunos autores dudan y los cristianos niegan que los “paganos” pudieran lograr semejante “amistad y comunicación con Dios”, pues afirman que únicamente los santos de la Iglesia católica son capaces de elevarse a tan excelso estado. En cambio, los escépticos extienden la negación a paganos y cristianos. Al cabo de largos siglos de materialismo religioso y parálisis espiritual, es muy difícil si no imposible esclarecer este punto. Ya no existen los atenienses que un tiempo se congregaban en la plaza pública de Atenas ante el altar dedicado al “desconocido Dios”, y sus descendientes creen que la desconocida Divinidad es el Jehovah hebreo. A los divinos éxtasis de los primitivos cristianos han sucedido visiones de índole más adecuada a la civilización y progreso de los tiempos. La figura de Jesús es hoy menos fulgurante (130) que la del “Hijo del Hombre”, a quien los primitivos cristianos representaban descendiendo del séptimo cielo sobre nubes de gloria, rodeado de ángeles y serafines.

Desde el grandioso concepto que de la Divinidad inmanifestada tuvieron los antiguos adeptos, hasta las grotescas representaciones de Aquel que murió en la cruz por amor a los hombres, han transcurrido largos siglos, cuya pesadumbre parece haber extinguido en el corazón de los cristianos todo sentimiento religioso puramente espiritual. No es maravilla, pues, que los cristianos nieguen a los paganos la posibilidad de “unirse y comunicarse amistosamente con Dios”, según nos dice Proclo, y que por otra parte tengan los materialistas por quimérica esta aseveración, aunque, no obstante negarla, denotan menos impiedad y ateísmo que muchos clérigos.

Pero si bien ya no existen los Misterios eleusinos, todavía hay un pueblo muy anterior a los orígenes de Grecia donde perdura el ejercicio de las facultades llamadas sobrehumanas, tal como las ejercitaron sus antepasados siglos antes de la guerra de Troya. Este pueblo es la India, hacia la que debieran convertir su atención los filósofos y psicólogos occidentales, que en su mayor parte ni sospechan siquiera las profundidades de la secreta filosofía indica. Los orientalistas tratan con petulante aire de superioridad cuanto se refiere a la metafísica de los indos, como si la mente europea fuese la única capaz de pulir el bruto diamante de las antiguas obras sánscritas y separar lo bueno de lo malo en provecho de la posteridad. Así disputan los orientalistas unos con otros acerca de las externas formas de expresión, sin la menor idea de las supremas y vitalísimas verdades que encubren a la comprensión de los profanos.

Dice sobre esto Jacolliot:

> Por regla general, los brahmanes pertenecen a la categoría de *grihasthas* (131) o purohitas (132), es decir, del primer grado de iniciación, que no obstante poseen facultades educidas hasta un punto desconocido en Europa. En cuanto a los iniciados de segundo y tercer grado, afirman que no tienen limitación de tiempo ni espacio, y ejercen dominio sobre la vida y la muerte... Pero a estos iniciados no se les ve jamás ni siquiera en el interior de los templos, excepto en la solemne fiesta lustral del fuego. Entonces aparecen a media noche sobre una tribuna levantada en el centro del sagrado estanque, como espectros que con sus conjuros iluminan el espacio. En su torno se eleva una refulgente columna de luz que abarca de la tierra al cielo, mientras extraños sonidos cruzan el aire y seiscientos mil indos llegados de todos los ámbitos del país se tienden de bruces en el suelo e invocan los espíritus de sus antepasados (133).

La racionalista filiación de Jacolliot nos asegura que no dice en su obra ni más ni menos de lo que vio por sí mismo, y así lo corroboran otros escépticos. En cambio, los misioneros, después de pasar media vida en el país del “culto diabólico”, como llaman a la India, o bien niegan maliciosamente cuanto no les conviene, aunque les conste su certeza, o bien atribuyen ridículamente al “diablo” la operación de fenómenos más prodigiosos todavía que los “milagros” de la época de los apóstoles.

SINCERIDAD DE LOS FAKIRES

No obstante su “empedernido racionalismo”, según él lo llama, se ve precisado Jacolliot a confesar la autenticidad de cuantos prodigios describe, y la sincera actuación de los fakires a cubierto de toda impostura, diciendo (134):

> Jamás eché de ver en los fakires ni el más leve intento de fraude... Sin titubear confieso que ni en la India ni en Ceilán encontré a un solo europeo, por larga que fuese su permanencia en el país, capaz de explicar el procedimiento empleado por los fakires en la operación de estos fenómenos... A pesar de mis diligentes indagaciones entre los purohitas, muy poco pude averiguar respecto de los invisibles iniciados de los templos..., y aun al leer los libros religiosos, tropecé con misteriosas fórmulas y combinaciones de letras mágicas cuyo sentido me fue imposible descubrir.

No es extraño que ningún europeo residente en India fuese capaz de explicarle a Jacolliot el procedimiento empleado por los fakires, cuando él mismo fracasó en el empeño, no obstante las favorables coyunturas que se le ofrecieron para conocer de primera mano los ritos y doctrinas de los brahmanes.

Aunque los fakires no pueden pasar más allá del primer grado de iniciación, son los únicos intermediarios entre los profanos y los iniciados de categoría superior, que rarísimas veces cruzan los dinteles de sus sagradas viviendas. Estos “silenciosos hermanos” se llaman yoguis *fukara*; y ¿quién sabe si tienen mayor intervención que los mismo pitris en los fenómenos psíquicos de los fakires tan gráficamente descritos por Jacolliot? ¿Quién sabe si el fluídico espectro del brahmán visto por Jacolliot era el doble etéreo de uno de estos misteriosos sannyâsis?

Pero oigamos al mismo Jacolliot en el siguiente relato:

> Un momento después de la desaparición de las manos, prosiguió el fakir recitando con mayor fervor los mantras, cuando una nube parecida a la primera, pero de tinte más intenso y más opaca, vino a cernerse sobre el brasero que a instancias del indo había yo alimentado constantemente con ascuas de carbón. Poco a poco fue tomando la nube forma humana, y distinguí el espectro o fantasma, no sé cómo llamarlo, de un viejo brahmán que se arrodilló junto al brasero. Llevaba en la frente los atributos de Vishnú y ceñía el triple cordón privativo de los iniciados de la casta sacerdotal. Juntaba las manos sobre la cabeza como durante el sacrificio, y movía los labios cual si orase. A poco, tomó una pizca de polvo perfumado y lo echó en las brasas. Debía de ser un compuesto de mucha eficacia, porque al instante se levantó una espesa humareda que llenó los dos aposentos.
>
> Luego de disipado el humo advertí que el espectro me tendía su vaporosa mano, y al estrecharla a modo de saludo, noté con asombro que daba la sensación de caliente y viva aunque ósea y dura. Entonces exclamé: ¿Fuiste verdaderamente habitante de este mundo? Apenas hecha la pregunta, apareció y desapareció alternativamente en el pecho del espectro la palabra AM (sí), escrita en caracteres luminosos de aspecto fosforescente.
>
> -¿Me dejarás algo en recuerdo de tu visita?- volví a preguntarle.
>
> El espectro se desciñó el triple cordón y me lo dio, al propio tiempo que se desvanecía de mi vista (135).

En apoyo de este fenómeno, tenemos el pasaje siguiente:

> ¡Oh Brahma! ¿Qué misterio es éste que ocurre todas las noches?... Echado en la estera, con los ojos cerrados, el cuerpo se pierde de vista y el alma vuela a conversar con los pitris. Vela por ella, ¡oh Brahma!, cuando abandona el yacente cuerpo y se cierne sobre las aguas para cruzar la inmensidad de los cielos y penetrar en los obscuros y misteriosos rincones de los valles y selvas del Hymavat (136).

CARACTERÍSTICAS DE LOS FAKIRES

Los fakires adscritos a un templo particular obran siempre por mandato. Ninguno, excepto los que han alcanzado extraordinaria santidad, está libre de la dirección del *gurú* o maestro que le inició en las ciencias ocultas, a cuya influencia no puede substraerse por completo, como les sucede a los sujetos de hipnotizadores europeos. Después de dos o tres horas de solitaria oración y meditación en el recinto interno del templo, queda el fakir psíquicamente fortalecido y dispuesto a operar maravillas mucho más variadas y sorprendentes, porque el maestro *ha puesto las manos en él* y se siente fuerte.

La autoridad de los libros sagrados induistas y budistas demuestra que siempre hubo honda diferencia entre los adeptos superiores y los sujetos puramente psíquicos, como por la mayor parte son los fakires, a quienes hasta cierto punto se les puede tener por médiums, pues aunque estén hablando siempre de los pitris, por ser sus divinidades protectoras, conviene dilucidar, según luego veremos, la cuestión de si los pitris son o no son espíritus desencarnados pertenecientes a nuestra actual raza humana.

Decimos que el fakir tiene determinadas características del médium, porque está bajo la directa influencia hipnótica de un adepto encarnado, o sea de su sannyâsi o gurú, y cuando éste muere pierde el fakir todo su poder, a menos que le haya transmitido antes de morir el necesario acopio de energía psíquica. Si los fakires no fuesen sujetos hipnóticos de los adeptos, ¿por qué habría de negárseles el derecho de recibir el segundo y tercer grados de iniciación? En el transcurso de su vida dan prueba muchos fakires de abnegación personal y rectitud de conducta hasta puntos del todo inconcebibles para los europeos, que tiemblan al solo pensamiento de las horribles torturas que por su propia mano se infligen. Pero por muy abroquelado que esté el fakir contra la humillante influencia de las entidades ligadas a la tierra, y por mucha que sea la eficacia del bambú de siete nudos recibido de su gurú, vive en el mundo de la materia y el pecado y es posible que las magnéticas emanaciones del vulgo contaminen su alma, todavía no dueña de sí misma, facilitando con ello la actuación de entidades extrañas. No es posible, por lo tanto, comunicar los pavorosos misterios e inestimables secretos de la iniciación a quien no esté seguro de dominarse a sí mismo en toda circunstancia, pues no sólo arriesgaría la seguridad de lo que a toda costa debe librarse de la profanación, sino que su mediumnímica irresponsabilidad pudiera quitarle la vida por cualquiera indiscreción involuntaria.

La misma ley vigente en los Misterios eleusinos antes de la era cristiana prevalece hoy en la India. Además de dominarse a sí mismo, debe el adepto dominar también a las entidades inferiores, es decir, a los elementales y entidades ligadas a la tierra que pudieran ejercer influencia en el fakir. Algunos arguyen en contra, diciendo que ni los adeptos ni los fakires tienen de por sí poder ninguno, sino que operan por virtud de espíritus desencarnados. Pero cabe redargüir en este caso, apoyados en la autoridad del *Código de Manú*, el *Atharva Veda* y otros libros sagrados cuyo texto no desconocen los adeptos ni los fakires, así como tampoco ignoran el significado de la palabra pitris.

Dice el *Atharva Veda*:

> Todo cuanto existe está bajo el poder de los dioses. Los dioses están bajo el poder de los conjuros mágicos. Los conjuros mágicos están bajo el poder de los brahmanes. Así, los dioses están bajo el poder de los brahmanes.

Por paradójico que esto parezca, tal resulta en la realidad de los hechos para explicar a cuantos no posean la clave (137) por qué el fakir queda relegado a la primera e ínfima iniciación, cuya superior categoría corresponde a los sannyâsis, adeptos o hierofantes del antiguo Consejo supremo de los Setenta.

NATURALEZA DE LOS PITRIS

Además, el Libro de la creación de Manú o Génesis índico, dice que los pitris son los antecesores lunares de la actual raza humana, que difieren de nosotros y no se les puede llamar “espíritus desencarnados” en el sentido que los espiritistas dan a esta frase. Prueba de ello tenemos en el siguiente pasaje:

> Después los dioses crearon a los yakshas, rakshasas, pishâchas (138), gandharvas (139), apsaras, asuras (140), nagas, sarpas, suparnas (141) y pitris o antecesores lunares de la raza humana (142).

Por lo tanto, tenemos que los pitris son espíritus de linaje correspondiente a la jerarquía mitológica, o mejor dicho, a la nomenclatura cabalística, y deben quedar comprendidos entre los genios benéficos (143) o dioses menores. Cuando el fakir atribuye al poder de los pitris los fenómenos que opera, da a entender con ello lo mismo que los antiguos teurgos al atribuir sus prodigios a la intervención de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza subordinados a la voluntad *del que sabe* (144).

Tanto los brahmanes como los fakires tendrían por blasfemia que alguien les supusiera en comunicación con los difuntos, pues esta suprema dicha está reservada a los sannyâsis, gurús y yoguis, según vemos en el siguiente pasaje:

> Mucho antes de que finalmente desechen sus mortales vestiduras, las almas de quienes practicaron austeramente el bien, como las de los sannyâsis y vanaprasthas, adquieren la facultad de conversar con las almas que las precedieeron en el Swarga (145).

En este solo caso se entiende por pitris los egos residentes en el plano mental que únicamente podrán comunicarse con los mortales cuya aura sea tan pura como la suya, y respondan por ello a piadosas invocaciones (*kalassa*) sin riesgo de mancillar su pureza. Cuando el adepto logra el estado de *sayadyam* (146) y subyuga por completo la materia, puede comunicar libremente a todas horas con los espíritus desencarnados que progresivamente se encaminan hacia el Paramâtma.

No es extraño que los Padres de la Iglesia se enojen al oír hablar de los ritos paganos, por cuanto se arrogan para sí y para los suyos el título de amigos de Dios, equivalente al de santos, que tomaron de la terminología de los templos. Su ignorancia no les permitió describir sus visiones beatíficas con la galana belleza de los clásicos del paganismo, como, por ejemplo, Proclo y Apuleyo al relatar lo poco que pudieron de la iniciación final con tan brillantes imágenes que ofuscan las narraciones relativas a los ascetas cristianos, cuyo plagio es notorio, no obstante sus pretensiones de originalidad (147).

Prescindiendo de que la Iglesia cristiana y más particularmente los católicos irlandeses, han conservado muchos ritos y costumbres antiguos de aparente obscenidad, examinemos las obras de Taylor, el denodado campeón de las religiones antecristianas (148), que empleó su vida en la rebusca de antiguos manuscritos originales de iniciados, para corroborar en ellos su concepto personal de los Misterios.

Por la confianza que los autores del paganismo clásico nos merecen, podemos asegurar que no debió de parecer a los cristianos tan ridículamente licencioso el culto pagano como les parece a los críticos modernos, pues durante la Edad Media y algún tiempo después, adoptaron los ritos y ceremonias de las antiguas religiones sin comprender su interno significado, y satisfaciéndose con las incongruentes o más bien fantásticas interpretaciones del clero, que admitía la forma exotérica y adulteraba el sentido esotérico de las ceremonias culturales. Justo

es reconocer que, desde hace muchos siglos, el bajo clero cristiano, *a quien no le está permitido escudriñar los misterios del reino de Dios ni interpretar las enseñanzas de la Iglesia,* no tiene ni la más remota idea del simbolismo religioso; pero no sucede lo mismo respecto del Sumo Pontífice y de los magnates eclesiásticos, pues si bien estamos de acuerdo con Inman en que difícilmente cabe creer que los clérigos con cuya licencia se publicaron ciertas obras (149), fuesen tan ignorantes como los modernos ritualistas, en cambio, no convenimos con el mismo autor en que si los clérigos hubiesen conocido el verdadero significado de los símbolos, *no* los hubiesen adoptado, pues al eliminar del culto católico todo lo referente al sexo y al culto de la Naturaleza, suprimiríamos el de las imágenes y nos aceercaríamos a la reforma protestante.

EL DOGMA DE LA INMACULADA

Este secreto motivo tuvo la declaración del dogma de la Inmaculada. La simbología comparada progresaba rápidamente por entonces, y era preciso que la fe en la infalibilidad del Papa y en la pureza original de la Virgen y *de sus antepasados en línea femenina hasta cierto grado de parentesco*, resguardasen a la Iglesia de las indiscretas revelaciones de la ciencia. La definición de este dogma fue un hábil ardid del Vicario de Cristo, que al "conferir tal honor" a la Virgen, como ingenuamente dice Pascale de Franciscis, la ha convertido en olímpica diosa que, incapaz de pecar por naturaleza, carece del mérito de la virtud personal; y precisamente por esta carencia de merecimiento fue escogida entre todas las mujeres, según nos enseñaron a creer en la infancia. Pero si el Papa desposeyó a María de todo merecimiento personal por su pureza, en cambio, presume haberla dotado con un atributo físico del que no participan las demás diosas vírgenes. Con todo, este nuevo dogma, al que posteriormente se añadió el de la infalibilidad pontificia y que ha revolucionado el mundo cristiano, tampoco es privativo de la Iglesia de Roma, sino que es un retroceso a la ya casi olvidada herejía de los coliridianos, que en los primeros tiempos del cristianismo ofrecían a María *sacrificios de tortas* por creer que había nacido *sin mancha de pecado* (150). Por lo tanto, la nueva jaculatoria: "¡Oh María!, sin pecado concebida", es póstuma aceptación de la *blasfema* herejía condenada en un principio por la ortodoxia de los Padres.

Fuera inferir agravio a la erudición y maquiavelismo de los papas y sus dignatarios suponerles ignorantes del significado de los símbolos religiosos. Fuera olvidar que los agentes de Roma salvaron por medios de jesuítico artificio cuantos obstáculos les embarazaban el camino. Los misioneros de Ceilán sobresalieron en la política de adaptación al medio ambiente; pues, según afirma el erudito e idóneo abate Dubois (151), sacaban procesionalmente las imágenes de Jesús y la Virgen en la misma carroza del Juggernauth (152), en la que los "perversos paganos" llevan el *lingham* de Siva, e introdujeron las danzas brahmánicas en las ceremonias culturales, al propio tiempo que daban representación cristiana a los conceptos induistas de *Nara* (padre), *Nari* (madre) y *Viradj* (hijo).

Dice Manú:

> El Soberano Señor que existe por sí mismo divide su cuerpo en dos mitades, masculina y femenina. De la unión de estos dos principios nació Viradj, el Hijo (153).

Los Padres de la Iglesia no ignoraron de seguro el significado material de estos símbolos, pues bajo este aspecto los pusieron al alcance del inculto vulgo; pero como ninguno de ellos, excepto el apóstol Pablo, estuvo iniciado en los Misterios, nada sabían de cierto en lo concerniente al verdadero significado de los ritos (154), aunque todos tuvieron motivo de sospechar su oculto simbolismo.

CAÍDA DEL ALMA

Aun dando por supuesto que en los Misterios menores o iniciación preliminar (*aporreta*) se llevasen a cabo algunas ceremonias (155) ofensivas al pudor de los cristianos recién conversos, su m´çistico simbolismo hubiera bastado a desvanecer toda sospecha de obscenidad (156).

Dice Píndaro:

> Bienaventurado el que ha visto los ordinarios negocios del mundo inferior, pues así sabe cuál es el fin de la vida que en Júpiter tiene su origen.

Prevalido de la autoridad de varios iniciados, dice Taylor:

> Las representaciones dramáticas de los Misterios menores tuvieron desde un principio por objeto significar encubiertamente la condición del alma encarnada en el cuerpo físico, donde sufre la muerte hasta que la liberta la sabiduría.

El cuerpo es cárcel y sepulcro del alma, pues, como afirma Platón, y con él algunos Padres de la Iglesia, el alma recibe su *castigo* en la unión con el cuerpo. Tal es la doctrina básica de los budistas y también de muchos induístas.

Sobre esto dice Plotino:

> Cuando el alma cae en la generación desde su estado casi divino, participa del mal y desciende a una condición distantemente opuesta a su primitiva integridad y pureza, hasta quedar completamente sumida en el negro lodazal (157).

Esta misma enseñanza dio Gautama el Buddha.

Si hemos de creer a los antiguos iniciados, forzoso nos será admitir la interpretación que dieron a los símbolos, sobre todo si vemos que coincide con las enseñanzas de los más preclaros filósofos hasta el punto de representar la misma idea que los actuales Misterios de Oriente.

Demeter era el símbolo del vehículo astral que, no obstante su naturaleza sutil, se contaminaba con la materia a través de sucesivas evoluciones espirituales. De este símbolo podemos inferir el de la matrona Baubo, la hechicera que para adaptar el alma (Demeter) a su nueva situación se ve precisada a tomar forma infantil. Baubo es el cuerpo físico que proporciona al alma el único medio capaz de acostumbrarla a su terrena cárcel, previo el paso por la inocencia infantil. Hasta el momento de encarnar, Demeter o *Magna mater* (el alma) duda, vacila y se acongoja; pero en cuanto prueba el bebedizo preparado por la hechicera Baubo, calma su ansiedad y se infunde en el infantil cuerpo, donde durante algún tiempo pierde la conciencia de su precedente estado mental, que ha de recobrar tras nueva lucha iniciada con el uso de razón. El alma se halla entonces entre la materia (cuerpo físico) y el âtma o espíritu inmortal (*nous*). ¿Quién vencerá? La tríada superior recibirá el resultado de la batalla de la vida. Si prevalecen los placeres materiales con sus correspondientes abusos, a la muerte del cuerpo físico seguirá la desintegración del astral; pero, en caso contrario, si prevalece la naturaleza superior, en vez de desintegrarse el cuerpo astral se unirá con el supremo principio de la tríada superior, único capaz de conferirle la inmortalidad. Entonces conoce el hombre las divinas verdades del más allá de la vida antes de la muerte del cuerpo. Los semidioses abajo; los dioses arriba.

Tal era el principal objeto de los Misterios que algunos simbologistas modernos ridiculizan y la teología nos representa de índole diabólica. La imputación de falsedad y locura

contra puros y sabios hombres de la antigüedad y la Edad Media proviene de ignorar o no creer en las potenciales facultades que todo hombre lleva inherentes y que puede educir en muy superior grado, hasta llegar a ser un hierofante, para educirlas después en cuantos se sometan al mismo régimen disciplinario. Los hierofantes apenas insinuaron lo que vieron en su última hora terrena; pero Pitágoras, Platón, Plotino, Proclo y muchos otros aseveraron la insinuación.

Ya en el recinto interno del templo, ya por el particular estudio de la teurgia o por la austera espiritualidad de su vida, todos los iniciados adujeron en sí mismos evidente prueba de la posibilidad que tiene todo hombre de ganar la vida eterna tras ruda pelea en la vida temporal.

SUBLIMIDAD DE LA EPOPTEIA

Platón alude vagamente a la *epopteia* o revelación final, diciendo:

> Una vez iniciado en los Misterios que a todos superan por lo sagrados, me vi libre de males a que de otro modo hubiera estado expuesto en lo futuro. También por esta divina iniciación pude contemplar benditas visiones en el seno de la pura luz (158).

Este pasaje demuestra que los iniciados poseían la facultad de ver entidades espirituales; y según acertadamente observa Taylor, se colige de otros pasajes análogos de las obras escritas por los iniciados, que lo más sublime de la *epopteia* consistía en la contemplación de los dioses (159) rodeados de refulgente luz. Inequívoca prueba de ello nos da el siguiente pasaje de Proclo:

> En todas las iniciaciones y ceremonias de los Misterios se aparecen los dioses en diversidad de formas y variedad de aspectos, todos ellos luminosos, con resplandor que de la propia figura emana, y toma unas veces contornos humanos y otras asume configuraci´çon distinta (160).

Para demostrar de nuevo la identidad de las doctrinas esotéricas del mazdeísmo con las de los filósofos griego, citaremos el siguiente pasaje del *Desatir* o *Libro de Seth*:

> Todo cuanto en la tierra existe es *sombra* y semejanza de lo que en la esfera existe. Mientras el resplandeciente prototipo espiritual *no muda de condición*, tampoco muda su sombra. Pero cuando el resplandeciente se aleja de su sombra, también la vida se aleja a igual distancia de la sombra. Sin embargo, el resplandeciente no es sino la sombra de algo todavía más resplandeciente (161).

Las afirmaciones de Platón corroboran nuestra creencia de que los Misterios de la antigüedad pagana eran idénticos a la actual iniciación de los adeptos, induistas y budistas, cuyas beatíficas y verdaderas *visiones* no son resultado de trances o éxtasis mediumnímicos, sino de la disciplinada y gradual educción de las internas facultades a través de sucesivas iniciaciones. Los *mystoe* (iniciados) intimaban con los “dioses resplandecientes” o “místicas naturalezas”, según Proclo los llama. Así lo confirma Platón al decir:

> Me veía puro e inmaculado en cuanto quedaba libre de esta vestidura que nos envuelve, llamada cuerpo, a la que estamos en la tierra adheridos como la ostra a la concha (162).

Tenemos, por lo tanto, que la enseñanza de los pitris planetarios y terrestres sólo se revelaba enteramente en la antigua India, lo mismo que ahora, en el último grado de iniciación. Muchos fakires de irreprensible conducta y pura abnegada vida no han podido ver la forma astral de un *pitar* humano o antepasado terrestre, sino en el supremo instante de la iniciación cuando el gurú le entrega el bambú de siete nudos como insignia de su nueva dignidad.

Entonces ve cara a cara a la desconocida entidad, a cuyos pies se postra; pero no recibe el poder de evocación, porque éste es el supremo misterio de la sagrada sílaba AUM (163), símbolo de la trínica individualidad humana, además de serlo también de la abstracta *Trinidad* védica. Cuando el Ego o trínica individualidad anticipa transitoriamente en el momento de la iniciación aquella *unidad* que ha de lograr al vencer a la muerte, entonces se le permite al iniciado vislumbrar su Ego futuro (164).

GRADOS DE COMUNICACIÓN

Dice Vrihaspati que en la antigua India estaba prohibido, bajo pena de muerte, revelar al vulgo el misterio de la Tríada. Tampoco era lícito revelarlo en Eleusis y Samotracia, ni *en la actualidad*, pues debe seguir siendo un misterio confiado a los adeptos, mientras la ciencia materialista lo tenga por quimérico y la teología dogmática por diabólico.

La comunicación subjetiva con las entidades humanas de índole divina que nos han precedido en el logro de la bienaventuranza, comprende en la India tres grados; conviene a saber: *presenciente, auditivo* y *volitivo*.

Bajo la dirección espiritual del *gurú* o *sannyâsi*, el neófito (*vatu)* acaba por tener el incipiente *presentimiento* de las entidades espirituales. Si no estuviese dirigido por un adepto, quedaría a merced de las entidades inferiores por no saber distinguirlas de las superiores. ¡Felix el sensitivo que sabe espiritualizar su ambiente!

Al cabo de algún tiempo progresa el neófito hasta el segundo grado de comunicación en que adquiere la clariaudiencia (165) y oye las voces del mundo superior; pero como todavía no es capaz de discernir, necesita quien le enseñe a precaverse de las astutas entidades maléficas del aire, que tratarían de engañarle con falaces voces si no estuviera protegido por la influencia del gurú, que le pone en condiciones de consagrarse a los puros y celestiales pitris humanos.

En el tercer grado, el candidato presiente, oye y ve al mismo tiempo y puede determinar a voluntad el *reflejo* de los pitris en la luz astral. Todo dependen de sus facultades psíquicas e hipnóticas, que a su vez están en función de la voluntad. Sin embargo, el fakir nunca llegará a dominar el *akâsa* (el principio de vida espiritual y omnipotente agencia de todo fenómeno) en el mismo grado que los adeptos, pues los fenómenos operados por la voluntad de estos últimos no sirven para embobar a los mirones en la plaza pública.

Los dogmas fundamentales de la religión de Sabiduría, que constituyen la base de todas las religiones culturales son: unidad de Dios, inmortalidad del espíritu y salvación por los personales merecimientos de las buenas obras. Estos dogmas alientan en el induismo, budismo y mazdeísmo, así como también en el antiguo sabeísmo, pues si dejamos la adoración del sol a la ignorancia del vulgo, veremos que dicen los *Libros de Hermes*:

> El pensamiento se ocultaba tras el silencio y obscuridad del mundo... Después, el Señor que existe por Sí mismo y no puede percibir los sentidos externos del hombre, disipó las tinieblas y puso de manifiesto el mundo objetivo.

Por otra parte, corroboran esta enseñanza los siguientes pasajes:

> Aquel que sólo el espíritu puede percibir y nadie puede comprender, que escapa a los órganos del sentido y no tiene partes visibles y es eterno y el alma de todos los seres, desplegó su propio esplendor (166).

Tal es el concepto que de la suprema Divinidad tuvieron siempre los filósofos indos.

En cuanto a la inmortalidad del espíritu, nos dice Manú:

El principal deber es adquirir la ciencia del alma suprema (el espíritu), porque es la única ciencia capaz de conferir la inmortalidad (167).

Después de esto, ya no pueden afirmar los eruditos que el *nirvana* de los budistas y el *moksha* de los induistas equivalgan a la total aniquilación, interpretando torcidamente este pasaje:

Quien reconoce el alma suprema en su propia alma y en la de todos los seres, y con todos obra en justicia sean hombres o animales, alcanza la suprema felicidad de quedar absorbido en el seno de Brahma (168).

El concepto que del *moksha* y el *nirvana* tiene la escuela de Max Müller no resiste la confrontación con los numerosos textos que lo refutan, aparte de la documentación escultórica de muchas pagodas que abiertamente lo contradice. Si le preguntáis a un brahmán el significado de *moksha* a un budista el del *nirvana*, ambos responderán que simbolizan la inmortalidad del espíritu, o sea aquel estado en que el espíritu individual se identifica con el Espíritu universal (169), de suerte que se convierte en *parte* integrante del *Todo*, pero sin perder su conciencia individual. En tan inefable estado, el espíritu del hombre que lo alcanza vive exento del temor a las modificaciones de la forma, pues queda definitivamente emancipado aun de las más sutiles formas de la materia.

ÍNDOLE DE LAS VISIONES

La palabra *absorción* debe tomarse, por lo tanto, en el sentido de *unión íntima* o *identificación* y no como aniquilación, puesto que induistas y budistas creen en la *inmortalidad* del espíritu. Vemos, pues, cuán sin razón les llaman idólatras los cristianos, a pesar de las recientes versiones de los libros sagrados de la India, y la manifiesta injusticia que cometen al tildar de disparatada la filosofía oriental y de orates a sus expositores. Con mayor razón podríamos acusar de *nihilistas* a los hebreos, pues ni en el *Pentateuco* ni en profeta alguno hay pasaje ni versículo de cuyo sentido literal se infiera con toda evidencia la inmortalidad del espíritu; y sin embargo, todo fervoroso judío espera reposar después de la muerte en el *seno de Abraham*.

Se inculpa a los hierofantes de administrar a los candidatos en el acto de la iniciación ciertas pócimas o bebedizos anestésicos, que producen visiones anteriormente referidas. Ciertamente, emplearon y aun emplean bebidas sagradas como el *Soma*, con eficacia bastante para permitirle al candidato la temporánea actuación en el cuerpo astral; pero en estas visiones no hay ni más ni menos falacia que la que pueda haber en la observación del mundo infinitesimal con auxilio del microscopio. No es posible comunicarse conscientemente ni conversar con un espíritu puro mediante los sentidos físicos, pues sólo de espíritu a espíritu cabe la comunicación espiritual, de modo que se vean y hablen los espíritus; y aun el mismo cuerpo astral es demasiado grosero y tan contaminado está de materia física, que no puede percibir ni vislumbrar al espíritu.

El ejemplo de Sócrates nos representa los peligros de la mediumnidad ineducada. El célebre filósfo era médium de nacimiento y tenía por consejero a un espíritu familiar (daimonia) que al fin causó la muerte de su poseído (170). Es común sentir que Sócrates no solicitó jamás la iniciación en los Misterios pero los *Anales sagrados* nos dicen que no se le pudo admitir en los ritos por impedírselo su mediumnidad, pues la regla de los Misterios prohibía la admisión de cuantos deliberadamente profesaran la hechicería (171) o tuviesen espíritu familiar. Esta regla

era justa y lógica, porque todo médium es más o menos irresponsable (172) y forzosamente pasivo, que se deja gobernar por su guía sin atender a ninguna otra regla ni autoridad. Todo médium cae en trance al antojo de la entidad posesora, y por lo tanto no era posible confiar a un médium los secretos de la epopteia, cuya revelación estaba penada de muerte. El viejo filósofo dejóse arrebatar en un momento de descuido por la inspiración de su familiar, y reveló inaprendidos conceptos que sus compatriotas creyeron ateísticos y, en consecuencia, le condenaron a muerte.

Ante el ejemplo de Sócrates no cabe afirmar con verdad que los videntes y taumaturgos iniciados en los Misterios del recinto interior fuesen médiums por el estilo de los espiritistas. No lo fueron Pitágoras ni Platón ni Jámblico ni Longino ni Proclo ni Apolonio de Tyana, porque, de serlo, no se les hubiera admitido a la iniciación en los Misterios (173). Las facultades espirituales de los iniciados eran propias de su ministerio sacerdotal, y la inquebrantable creencia de toda la antigüedad en estas facultades, muchísimo antes de aparecer la escuela neoplatónica, demuestra que, en contraposición de las mediumnímicas, puede educir el hombre facultades muy superiores con auxilio de una misteriosa ciencia que muchos discuten y pocos conocen.

El uso de estas facultades aviva en el hombre el anhelo de morar en su verdadera patria y de alcanzar la vida futura, con la vehemente aspiración de identificarse con el Yo superior. El abuso de las mismas facultades extravía al hombre por los yermos de la hechicería, brujería o magia negra.

Equidistante del adepto y el hechicero está el médium, cuyos inconsistentes vehículos dan materia a propósito para que de ellos se valgan como de instrumentos fenoménicos, ya los adeptos, ya los hechiceros, según el ambiente de atracción que hay formado por las circunstancias de su vida o por las condiciones de su herencia física y mental. En el primer caso será su destino una bendición, pero en el segundo será un precito hasta que se purifique de la terrena escoria.

El sigilo en que siempre se mantuvieron los Misterios (174) obedecía a dos razones principales: la pena de muerte infligida a quien los quebrantara y las dificilísimas pruebas que tenía que sufrir el candidato antes de la iniciación final, con riesgo de perder el juicio. Pero a ninguno se exponía, quien, por haber espiritualizado su mente, estaba prevenido contra todo linaje de visiones terroríficas. Nada ha de temer quien esté plenamente convencido del poder de su inmortal espíritu y ni por un momento dude de su omnímoda protección; pero ¡ay del candidato que por el más leve temor, hijo enfermizo de la materia, pierda la fe en la invulnerabilidad de su espíritu! Sentenciado está quien carezca de la suficiente preparación moral para recibir la carga de tan terribles secretos.

LOS TANAÍMES DEL TALMUD

El Talmud relata la leyenda de los cuatro tanaímes que entraron en el jardín de delicias (175). Dice así:

> Según nos enseñan nuestros santos maestros, los cuatro que entraron en el jardín de delicias fueron: Ben Asai, Ben Zoma, Acher y el rabino Akiba.
>
> Ben Asai miró y cegó.
>
> Ben Zoma miró enloqueció.
>
> Acher estropeó las plantaciones (176).
>
> Pero Akiba que había entrado en paz, salió también en paz, porque el Santo, cuyo nombre sea bendito, dijo: "Este anciano es digno de servirme con gloria".

Según apunta Franck en su *Kábala*, los rabinos de la sinagoga, eruditos comentadores del *Talmud*, interpretan el jardín de delicias como la misteriosa ciencia de tan abstrusa profundidad que *debilita la mente con riesgo de llevar a la locura*.

Nada ha de temer el puro corazón que emprende el estudio de esta ciencia con propósito de perfeccionarse y alcanzar más rápidamente la prometida inmortalidad. Quien ha de temblar es el que toma dicho estudio con el deseo puesto en logros mundanos. *Este último nunca podrá resistir las cabalísticas invocaciones de la suprema iniciación*.

De la propia manera que los comentadores tendenciosos vituperan las ceremonias de los Misterios antiguos, podrían vituperar las licenciosas ceremonias de las mil y una sectas del primitivo cristianismo. Pero no merecen los Misterios antiguos tal vituperio de los teólogos cristianos, si se tiene en cuenta que en España y Mediodía de Francia estuvieron siglos atrás muy en boga las representaciones teatrales de los misterios religiosos (177), entre ellos el de la Encarnación, cuyos personajes eran María, José y el arcángel Gabriel (178).

LOS SÍMBOLOS DEL CRISTIANISMO

Por mucho que disientan de nuestra opinión, aplaudimos calurosamente a comentadores como Higgins, Inman, Knight, King, Dunlap y Newton por haber acopiado nuevas y numerosas pruebas de la filiación pagana de los símbolos cristianos. Sin embargo, la tarea de estos investigadores resulta infructuosa por lo incompleta, pues faltos de la verdadera clave de interpretación, sólo ven el aspecto material de los símbolos y es para ellos libro sellado el espiritualismo de la filosofía antigua, por desconocer la contraseña que pudiera abrirles las puertas del misterio. Aunque a su juicio respecto de las antiguas enseñanzas sea diametralmente opuesto al de los clericales (179), no satisface las ansias de quienes buscan la verdad. Al contrario, sus trabajos de investigación favorecen el materialismo, así como las enseñanzas clericales fomentan la supersticiosa creencia en el diablo.

Aunque el estudio de la filosofía hermética no allegase otra ventaja, bastaría la de mostrarnos la perfecta justicia que gobierna el mundo. Cada página de la historia equivale a un discurso sobre este tema, y ninguno de tan profunda enseñanza moral como el caso de la Iglesia romana, que por singular imperio de la divina ley de compensación se ha visto privada de la clave de sus propios misterios religiosos (180), y en modo alguno pueden compararse sus sacerdotes con los antiguos hierofantes en el conocimiento de las fuerzas naturales.

Al quemar las obras de los teurgos, proscribir a cuantos se dedicaban a su estudio y tildar de demoníacas las operaciones mágicas, dio Roma motivo para que los librepensadores interpreten arbitrariamente los símbolos religiosos, que se tengan por obscenos los emblemas sexuales y que los sacerdotes, sin darse de ello cuenta, conviertan los exorcismos en invocaciones nigrom´çanticas. La crueldad, hipocresía e injusticia del clero romano han sido las armas suicidas en que se manifestó la sanción de la divina ley distributiva.

La verdad divina es sinónima de la verdadera filosofía. Una forma religiosa enemiga de la luz no puede fundarse en la verdad divina ni en la filosofía verdadera, y por lo tanto, ha de ser forzosamente falsa. Los antiguos Misterios sólo eran tales para los profanos, pero no para los iniciados, pero a ningún hombre del talento de Pitágoras y Platón le hubieran satisfech los no explicados misterios del dogma cristiano. La verdad no puede ser más que una, y si sobre un mismo asunto hay contradictorias opiniones, por entre ellas anda el error; pero vemos que, no obstante los opuestos cultos de las mil religiones exotéricas que unas con otras lucharon desde que los hombres pùdieron comunicarse sus ideas, no hay una sola, ni la de la tribu más salvaje, que deje de creer en el alma inmortal del hombre y en el invisible Dios, Causa primera de las inmutables leyes de la Naturaleza. Ni opinión ni escuela ni fanatismo alguno han podido

desvanecer esta universal creencia que, por lo tanto, ha de estar apoyada en la verdad absoluta. Por otra parte, las religiones exotéricas y las numerosas sectas de ellas desgajadas inculcan a sus fieles un concepto falso e incompleto de la Divinidad bajo un cúmulo de especulaciones teológicas a que llaman revelación; y como los dogmas definidos de cada religión por ser distintos no pueden ser verdaderos, ¿qué valor tienen si son falsos?

OPINIÓN DE INMAN

Dice a este propósito Inman:

> Lo peor para un pueblo no es tener una religión defectuosa, sino los obstáculos opuestos a la libre investigación y examen. Todo país dominado en la antigüedad por la teocracia cayó al fin bajo la espada de los conquistadores, que no paraban mientes en jerarquías... El mayor peligro está en los clérigos, que toleran y estimulan los vicios como medio de mantener su predominio sobre los fieles... Si cada cual se portase con los demás como quiere que los demás se porten con él, y nadie permitiese interposiciones de otro hombre entre él y Dios, habría de sobra para que todo fuese bien en el mundo (181).

CAPÍTULO III

EL REY.-Oigamos este relato del principio al fin.-
SHAKESPEARE: *Todo es bien si bien acaba*.
Acto V, escena III.

Él es el Uno egendrado por Sí mismo, de Quien todas las cosas proceden y en ellas actúa. Ningún mortal le ve, pero Él lo ve todo.- *Himnos órficos*.

Tuya es atenas, ¡oh Atenea! Escucha, ¡oh gran diosa!, y en mi obscurecida mente derrama tu pura luz con ilimitada abundancia. Derrama, ¡oh Reina perfectísima!, aquella luz sagrada que eternamente irradia de tu serena faz. Con tu bendito e impelente fuego inspira a mi alma mientras vaga por la tierra.
PROCLO; TRAYLOR: *A Minerva*.

La fe es la substancia de las cosas... Por su fe no pereció con los incrédulos la ramera Rahab, que había ocultado compasivamente a los espías.- *Hebreos*, XI, i, 31.

¿De qué aprovecharía, ¡oh hermanos míos!, la fe sin las obras? ¿Podrá la fe salvarle? La ramera Rahab quedó justificada por las obras al recibir a los espías y despedirlos después por seguro camino.-*Santiago*, ii, 14, 25.

Clemente de Alejandría nos presenta al gnóstico Basílides "dedicado a la contemplación de las cosas divinas". Esto mismo puede decirse de los fundadores de las primitivas sectas que acabaron por fundirse en la estupenda amalgama de intrincados dogmas con que Ireneo, Tertuliano y otros doctores definieron el actual cristianismo. Si se califican de *heréticas* aquellas sects, también habríamos de considerar herético el primitivo cristianismo. Basiílides y Valentino fueron anteriores a Ireneo y tertuliano, quienes todavía tienen menos motivo que aquéllos para cohonestar sus heréticas doctrinas, cuyo triunfo se debió a la propicia suerte y no al derecho divino ni a la eficacia de la verdad. Cabe asegurar con todo fundamento que el judaísmo, la cábala y el cristianismo son brinquiños de las dos recias ramas (induísmo y budismo) del robusto tronco de la prevédica religión universal a que pudiéramos llamar budismo prehistórico, posteriormente dogmatizado en el induísmo para rebrotar más tarde en el budismo de Gautama.

LA SUCESIÓN APOSTÓLICA

Con esta última religión tiene íntimo parentesco la predicada por Jesús y difundida por los apóstoles. El buddha Gautama restauró la prístina pureza del sentimiento religioso estableciendo su doctrina ética sobre tres principios fundamentales, conviene a saber:

1.º El origen natural de todas las cosas.
2.º Que la virtud lleva en sí misma el premio, y el vicio el castigo.
3.º Que la vida terrena es de prueba para el hombre.

En estos tres principios se fundan todas las creencias religiosas, que pueden resumirse en Dios y la inmortalidad del espíritu. Por confusos que fueran los subsiguientes dogmas

teológicos y por incomprensibles las metafísicas abstracciones que embarullaron las teologías de las diversas religiones, todas éstas, si exceptuamos el actual cristianismo (1), vivifican su filosofía con aquellos tres principios que resplandecieron múltiplemente en las doctrinas de Zoroastro, Pitágoras, Moisés (2), Platón y Jesús.

Examinemos, pues, siquiera brevemente, las numerosas sectas que se llamaron cristianas por creer en un *Christos* (3), y veamos hasta qué punto coincidieron los apóstoles Pedro y Pablo en la predicación de la nueva doctrina.

Otra vez hemos de referirnos al fraude capital de los doctores de la Iglesia, quienes con propósito de validar la supremacía de Roma, afirmaron contra toda prueba histórica que el apóstol Pedro sufrió el martirio en la ciudad eterna. Muy natural es que el clero romano se obstine en defender esta falsedad, porque una vez descubierta, quedaría sin apoyo alguno el dogma de la sucesión apostólica.

Recientemente se han publicado notables obras para refutar el supuesto martirio de Pedro en Roma, entre ellas *El Cristo de Pablo*, escrita por Reber, quien muy ingeniosamente demuestra:

1.º Que la Iglesia de Roma no se estableció hasta el reinado de Antonino Pío.

2.º Que si fuese cierto, como afirman Eusebio e Ireneo, que los apóstoles Pedro y Pablo nombraron por sucesor en el gobierno de la Iglesia a Lino, esta sucesión correspondería precisamente a los años 64 al 68 de la Era cristiana.

3.º Que este período cae dentro del reinado de Nerón (4).

Apoyado en estas tres demostraciones, prueba Reber con sólido fundamento que el año 69 no podía estar San Pedro en Roma porque estaba en Babilonia, donde escribió su primera epístola, cuya fecha fijan Lardner y otros investigadores en aquel mismo año (5).

Acaso la Iglesia romana quiso denotar desde luego su índole al elegir por fundador titular al apóstol que negó tres veces a su Maestro en el momento del peligro, y el único (excepto Judas) que con sus provocaciones dio motivo a que le reprendiese, diciendo:

> Mas él, volviéndose y mirando a sus discípulos, amenazó a Pedro, diciendo: Quítateme de delante, Satanás, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres (6).

La Iglesia griega conserva una tradición, cuyo origen atribuye a Basílides (7), según la cual, cuando el canto del gallo representó a Pedro la cobardía de su triple negación, atravesaba Jesús entre soldados el patio de Anás y encarándose con Pedro le dijo: “En verdad te digo, Pedro, que me negarás en los siglos venideros hasta que pases de viejo y extenderás tus manos y otro te escarnecerá”.

Dicen los griegos que este vaticinio se refiere a la Iglesia romana, que constantemente está renegando de Cristo bajo el disfraz de falsa religión (8).

ADULTERACIÓN DE LOS EVANGELIOS

El anónimo autor de la *Religión Sobrenatural* (9) prueba concluyentemente la adulteración de los cuatro Evangelios por mano de Ireneo y sus secuaces, quienes tergiversaron maliciosamente el cuarto, aparte de las falsificaciones llevadas a cabo por los doctores de la Iglesia, de suerte que resultan de muy dudosa autenticidad.

Con insuperable lógica y profundo convencimiento trata el autor de este punto en su obra, según puede colegirse del siguiente pasaje:

> Ganamos muchísimo más que perdemos al no creer en la revelación divina, pues al paso que conservamos íntegro el tesoro de la moral cristiana, prescindimos de toda superstición de adulterados

elementos. No estamos ya sujetos a una teología contraria a la razón y al sentido moral, ni tenemos de Dios y de su gobierno del universo absurdos remedos antropológicos, pues de la mitología hebrea nos remontamos al elevadísimo concepto del Ser de bondad y sabiduría infinitas, cuya impenetrable gloria le encubre a la percepción de la mente humana; pero, no obstante, le conocemos por la perfecta y maravillosa operación de sus leyes... Ningún valor tiene el argumento tantas veces aducido por los teólogos de que la revelación le es necesaria al hombre para robustecer su conciencia moral. Lo único necesario para el hombre es la VERDAD, y sólo con ella debe conformarse nuestra conciencia moral (10).

Muy elocuente es el hecho de que el apóstol Pedro defendiera durante toda su vida el rito de la circuncisión; y por lo tanto, cabe inferir que a *quienquiera, menos a Pedro*, se le puede considerar como fundador de la Iglesia romana, pues si lo hubiera sido, de seguro que sus sucesores se sometieran a esta operación, siquiera por respeto al fundador (11).

El manuscrito hebreo: *Sepher Toldoth Jeschu* (12) da muy distinta versión referente a Pedro, de quien dice que, en efecto, era discípulo de Cristo, aunque algo disidente, pero sin que los judíos le persiguiesen, como han supuesto los historiadores eclesiásticos. El manuscrito habla con mucho respeto de Pedro, y le llama “siervo fiel del Dios vivo”, añadiendo que pasó austeramente el resto de sus días en lo alto de una torre de Babilonia entregado a la meditación, predicando la caridad y componiendo himnos religiosos. Dice también dicho tratado que Pedro recomendaba constantemente a los cristianos la paz y concordia con los judíos; pero luego de su muerte apareció en Roma otro apóstol diciendo que Pedro había adulterado las enseñanzas del Maestro y amenazó con los tormentos eternos de un infierno inventado por él a cuantos no creyeran en sus predicaciones, sin operar en apoyo de ellas milagro alguno de los prometidos (13)

Las relaciones entre el apóstol Pedro y sus ex correligionarios judíos están apoyadas en el siguiente pasaje de Teodoreto:

> Los nazarenos son judíos que veneran al ungido (Jesús) como a un justo y siguen el Evangelio según Pedro (14).

Según se infiere de los documentos históricos, las primeras sectas cristianas (15), fueron: nazarenos (16), ebionitas (17) y esenios o terpeutas, de los que eran una rama los nazarios. Todas estas sectas profesaban más o menos abiertamente la cábala, creían en la expulsión de los demonios por medio de conjuros mágicos, y hasta la época de Ireneo nadie las tuvo por heréticas (18).

Todas las sectas gnósticas creían igualmente en la magia, como comprueba el mismo Ireneo al hablar de los discípulos de Basílides diciendo:

> Emplean imágenes, evocaciones, conjuros y todo lo referente a la magia.

LA PALABRA NAZARENO

Por otra parte, Dunlap, apoyado en la autoridad de Lightfoot, dice que a Jesús le llamaron por sobrenombre *Nazaraios*, aludiendo a la humildad de su condición social, pues dicha palabra significa “alejamiento de los hombres” (19).

Sin embargo, el verdadero significado de la palabra *nazar* (...) es “consagrado al servicio de Dios”, aunque en el gramatical sentido del lenguaje vulgar significaba *diadema*, y por figura de dicción se aplicó alegóricamente este nombre a los consagrados a Dios en cuya cabeza no tocaba filo de tijera (20).

A José, hijo de Jacob, le llaman *nazareno* las Escrituras (21), y el mismo título reciben Sansón (Semes-on ...) y Samuel (Sem-va-el ...). porfirio dice que a Pitágoras le inició en Babilonia el hierofante Zar-adas, y de esto cabe inferir que el nombre de *Zoroastro* o *Zoro Aster* equivale a *Nazar de Ishtar, Zar-adas* o *Na-Zar-Ad* (22), cuyas leves diferencias proceden de la diversidad de idiomas. De la propia suerte el escriba Esdras (...) era hierofante y Zorobabel o Zeru Babel (...) fue el *zoro* o *nazar* que acaudilló a los israelitas al salir de la cautividad de Babilonia.

Las Escrituras hebreas aluden a dos distintos cultos religiosos dominantes entre los isaraelitas: el exotérico de Baco bajo el nombre de Jehovah y el esotérico de los iniciados caldeos, nazares, teurgos y algunos profetas cuya metrópoli era Babilonia, donde había dos escuelas rivales de magia (23), una exotérica y otra esotérica que, satisfecha de sus impenetrables conocimientos, no tuvo reparo en someterse aparentemente al poder secular del reformador Darío. La misma conducta siguieron los gnósticos al acomodarse exotéricamente a la religión dominante en cada país, sin menoscabo especial de sus creencias esotéricas.

También cabe suponer que Zero-Ishtar fuese nombre común a los sumos sacerdotes o supremos hierofantes de la religión caldea, y que cuando los arios persas, en el reinado de Darío Hystaspes, vencieron al mago Gomates y restauraron el culto mazdeísta, sobrevino una confusión por la cual el Zero-Ishtar se convirtió en el Zara-tushra del *Vendidad*, que no aceptaron los demás arios, fieles a la religión védica.

No cabe duda de que Moisés estuvo iniciado, pues la religión mosaica viene a ser una entremezcla de heliolatría y sarpolatría (24) con ligeros toques monoteísticos que Esdras elevó a concepto fundamental en las Escrituras recopiladas al regreso de la cautividad. De todos modos, el libro de los *Números* es posterior a Moisés, y sin embargo, en él se ve con toda claridad el culto pagano del sol y de la serpiente (25).

Los nazares o profetas, los nazarenos y los iniciados eran abiertamente contrarios al culto exotérico de Baco bajo el nombre de Jehovah, y se atenían estrictamente al espíritu de las religiones simbólicas, sin parar mientes en las idolátricas ceremonias de la letra muerta. Por esto, los sacerdotes, que en la superstición tenían su lucro, concitaban frecuentemente las iras del populacho contra los profetas, hasta el punto de morir algunos de ellos lapidados.

LA FÁBULA DE EURÍDICE

Otfriedo Müller nos descubre las diferencias entre los *Misterios órficos* y el culto exotérico de Baco (26), aunque los iniciados en ellos profesaban públicamente la religión báquica; pero la austera moralidad y el riguroso ascetismo de las doctrinas de Orfeo, que tan escrupulosamente seguían sus discípulos, eran de todo punto incompatibles con la grosera obscenidad y torpeza de lasceremonias populares.

La fábula de Aristeo que persigue a Eurídice por los bosques, donde la mata una serpiente, es clarísima alegoría de la fuerza bruta (Aristeo) que persigue a la doctrina esotérica (Eurídice), muerta por acometida de los dioses solares (la serpiente), que la sepultan en el mundo subterráneo o lugar inferior, muy distinto del infierno teológico. Además, cuando las bacantes despedazan a Orfeo, la alegoría da con ello a entender la profunda diferencia entre la religión esotérica y el culto exotérico, y que los groseros ritos populares tienen siempre entre el vulgo mejor acogida que la sencilla y divina verdad.

Difícil resulta determinar con precisión los ritos del esoterismo órfico, pues los himnos originales se perdieron desde un principio, y ni Platón ni Aristóteles tuvieron por auténticas las copias existentes en su tiempo. Sin embargo, la tradición oral indica que Orfeo aprendió sus

doctrinas en la India de boca de los magos, o sean las mismas que profesaban los iniciados de todos los países (27).

Los esenios pertenecían a la escuela pitagórica, antes de que alteraran más bien que perfeccionaran su organización bajo el influjo de aquellos misioneros budistas establecidos *per saeculorum millia* en las riberas del mar Muerto, según nos dice Plinio. Pero si por una parte los misioneros budistas disciplinaron monacalmente a los esenios con estricta observancia de las reglas conventuales, también dieron vivo ejemplo de las austeras virtudes que en grado heroico practicó Sakya, a quien precedieron en ejemplaridad algunos filósofos antiguos con sus discípulos y siguieron siglos después Jesús y los ascetas cristianos, hasta que, relajándose poco a poco, las olvidó por completo la Iglesia romana.

Los nazares iniciados se habían mantenido siempre fieles a las enseñanzas esotéricas que antes de ellos profesaron los primitivos adeptos. Los discípulos de Juan el Bautista formaban una rama desgajada de los esenios y por tanto no debemos confundirlos con los otros nazares a quienes Oseas inculpó de haberse entregado a *Bosheth* (...), que era el máximo de la abominación (28).

La secta de los nazarenos era muy anterior a la ley de Moisés, y nació en la comarca de Galilea, secularmente enemistada con el resto de Israel y compuesta en otro tiempo de una confusa mezcolanza de gentes idólatras, cuya capital era Nazara, después Nazareth, donde los primitivos nazarenos celebraban los *Misterios de vida* o asambleas de iniciación, cuyos ritos religiosos diferían opuestamente de los del culto popular de Adonis en Biblos.

Mienstras los menospreciados galileos adoraban al verdadero Dios con el don de clarividencia trascendental, los israelitas, que presumían de pueblo escogido, se entregaban a cultos idolátricos, según demuestra el siguiente pasaje:

> Y saliendo una forma de mano, me asió de una guedeja de mi cabeza y me elevó el Espíritu entre la tierra y el cielo y me llevó a Jerusalén en visión de Dios... Y habiendo entrado, miré, y he aquí toda semejanza de reptiles y de animales y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared por todo el rededor. Y a setenta hombres de los ancianos de la casa de Israel que estaban en pie delante de las pinturas... Y me dijo: Hijo de Israel en las tinieblas, porque dicen: No nos ve el Señor... Y me introdujo por la puerta de la casa del Señor que miraba al Norte, y he aquí mujeres que estaban allí sentadas llorando a Tammuz (Adonis) (29).

NAZARENOS Y NAZARES

Seguramente que los pueblos paganos no superaron jamás al escogido en las abominables obscenidades que sus mismos profetas les echan en cara con tanta frecuencia (30).

Así se explica la hostilidad, recrudecida posteriormente, entre los nazarenos y los judíos carnales (31), a quienes acusaban los primeros de adorar a Baco o Iurbo-Adonai (32).

Dice el *Código de los Nazarenos*:

> No adores al sol que llaman *Adonai, Kadush* (33) y *El-El*. Este Adonai escogerá una nación y la congregará en asambleas (34)... Jerusalén llegará a ser el refugio de los *abortivos*, que se perfeccionarán (se circuncidarán) con espada y adorarán a Adonai (35).

Descendían los nazarenos de los *nazares* de la *Biblia*, y su postrer caudillo de nota fue Juan el Bautista. Los escribas y fariseos de Jerusalén no les molestaban, a pesar de su heterodoxia, y aun el mismo Herodes temía un motín popular, porque las gentes consideraban a Juan como profeta (36).

Los discípulos de Jesús estaban en su mayor parte afiliados a la secta de los esenios, que era un desprendimiento de la de los nazarenos, o como si dijéramos, una *herejía de herejía* a los ojos de los fariseos, quienes miraban aviesamente a Jesús por sus innovadoras predicaciones.

Así se explica fácilmente la notable analogía entre el ritual de los primitivos cristianos y el de los esenios, que, según hemos dicho, habían sido catequizados por los misioneros budistas repartidos por Egipto, Grecia y Judea desde el reinado del celoso monarca Asoka; pero si bien es cierto que a los esenios cabe la honra de haber contado a Jesús entre los suyos, disentía de la comunidad en algunos puntos de observancia externa, por lo que en rigor no fue esenio, según veremos más adelante, ni tampoco nazar de los primitivos. El *Código de los nazarenos* y las injustas acusaciones de los gnósticos bardesanianos nos dicen *lo que fue* Jesús, según vemos en el siguiente pasaje:

> Jesús es *Nebo*, el falso Mesías, el debelador de la antigua religión ortodoxa (37).

Fundó Jesús la secta de los nazares disidentes, de acuerdo con las enseñanzas budistas, como claramente se infiere de la palabra ... (*Nebo*, dios de la sabiduría) pues ... (*naba*) en hebreo significa hablar por inspiración. Pero *Nebo* es equivalente a *Mercurio*, y éste a *Buddha* en el monograma planetario de los indos. Además, los talmudistas sostenían que Jesús estaba inspirado por el genio de Mercurio (38).

Por lo tanto, el reformador nazareno pertenecía a una de dichas sectas, aunque no sea posible dilucidar cuál de ellas; pero está fuera de duda que predicó la filosofía de Sakya el Buddha. Denunciados los nazares por los últimos profetas y malditos por el Sanhedrín, que los persiguió solapadamente, quedaron confundidos en el concepto público con los otros nazares, de quienes dijo Oseas:

> ... y se enagenaron para su confusión y se hicieron abominables como aquellas cosas que amaron (39).

Así se comprende que los fariseos menospreciaran de tal modo a Jesús y le llamaran despectivamente el “Galileo”. Así se comprende también la pregunta de Nathaniel:

> Pues qué, ¿puede salir de Nazareth cosa buena (40)?

tan sólo porque sabía que Jesús era natural de esta ciudad galilea. Esto nos lleva a suponer con fundamento que los primitivos nazares no profesaban la religión mosaica como los judíos, sino más bien la de los teurgos caldeos. Por otra parte, la notoria tergiversación del texto original de los *Evangelios* substituyó la palabra *nozari* (nazareno o nazar) por la de Nazareth, de modo que el original decía:

> ¿Puede venir de un nazareno cosa buena (41)?

ERRORES BÍBLICOS

Los errores de la *Biblia* son leves en comparación de los que se echan de ver en los *Evangelios*, y no hay más valiosa prueba del sistema de piadosos fraudes sobre que se funda el armazón del mesianismo.

El evangelista San Mateo dice al hablar de Juan:

Éste es Elías que había de venir (42).

En esto se descubre una antigua tradición cabalística; pero cuando le preguntan al Bautista: "¿Eres tú Elías) (43)" y responde: "No lo soy", ¿a quién hemos de creer?, ¿al Bautista o al Evangelista? ¿Y dónde queda la revelación divina?

Evidentemente, el propósito de Jesús fue idéntico al de Buda, esto es, baneficiar ampliamente al género humano por medio de una reforma religiosa que restableciese la ética en toda su pureza, pues hasta entonces el verdadero concepto de Dios y de la Naturaleza había sido privativo de los adeptos a las escuelas esotéricas (44).

Pero aunque Jesús no se abstuviese de beber vino podía ser nazareno, pues según el *Libro de los Números* (45), luego que el sacerdote agita ante el altar la cabellera de un nazareno, ya puede éste beber vino. La amarga lamentación de Jesús al ver que nada bastaba para satisfacer al pueblo, está concretada en el siguiente pasaje:

Juan vino sin comer ni beber y dijeron de él: "Tiene demonio". El Hijo del Hombre vino comiendo y bebiendo y dicen: "He aquí un glotón y beodo". (San Mateo, XI, 19).

Sin embargo, participaba Jesús de las costumbres de los esenios y de los nazarenos, pues no sólo le oímos mandar un mensajero a Herodes diciéndole que lanzaba demonios y curaba enfermos, sino que se titula profeta y se declara igual a los demás profetas (46).

El bautismo es uno de los ritos más antiguos, y todas las naciones lo practicaban en los Misterios a manera de ablución sagrada. Dunlap opina que el nombre de nazar deriva del verbo *nazah* (rociar), a lo cual se añade que, según los nazarenos, Bahak-Zivo creó el universo del "agua obscura", y por otra parte afirma Richardson (47) que la palabra *bahak* significa llover.

Sin embargo, no es fácil identificar el *Bahak-Zivo* de los nazarenos con el dios Baco, aunque éste fuese "el dios de la lluvia", pues los nazarenos eran acérrimos adversarios del culto de Baco. Dice Preller (48) que las hyadas o ninfas de las lluvias educaron a Baco, y que al terminar los Misterios los sacerdotes rociaban los altares y los ungían con aceite; pero todo esto es muy deleznable prueba.

El bautismo en el Jordán nada tenía que ver con los ritos exotéricos del culto de Baco ni con las libaciones en honor de Adonai o Adonis, tan aborrecido de los nazarenos, pues no es necesario suponer semejante analogía para probar que la pública ceremonia bautismal derivaba de los Misterios, cuyos ritos en modo alguno deben confundirse con los supersticiosos e idolátricos de la plebe pagana. Juan fue el profeta de los nazarenos y recibió en Galilea el nombre de Salvador; pero no fundó la secta que derivaba sus doctrinas de la antiquísima teurgia caldeo-acadiana.

Las clases inferiores de los primitivos hebreos, de procedencia cananea y fenicia, conservaron el culto de los dioses fálicos (49); pero, no obstante, también hubo iniciados entre ellos. Posteriormente, la influencia de los asirios modificó el carácter de la plebe hebrea, y por último, los persas difundieron las costumbres y conceptos farisaicos de que derivaron el *Antiguo Testamento* y las instituciones mosaicas. Los asmoneos, que a un tiempo eran reyes y sacerdotes, publicaron los cánones del *Antiguo Testamento* en contraposición a los *Libros secretos (Apocrypha*) de los judíos cabalistas alejandrinos (50). Hasta el pontificado de Juan Hircano, los jefes de Judea fueron asideanos (*chasidim*) o fariseos (*parsis*); pero después se convirtieron en saduceos o zadokitas, que mantenían la regla sacerdotal en opuesta distinción de la rabínica. Los fariseos eran benévolos y cultos; los saduceos, fanáticos y crueles.

MODALIDADES DEL BAUTISMO

Dice el *Código de los nazarenos*:

Juan, hijo del abasaba Zacarías y concebido por su madre Anasabet a los cien años, hacía ya cuarenta y dos (51) que bautizaba cuando bautizó a Jesús el Mesías... Pero Jesús alterará la doctrina de Juan y mudará su bautismo y dará otros aforismos de justicia (52).

El bautismo de *agua* quedó substituido por el del *Espíritu Santo*, tal vez a causa del empeño que mostraron los Padres de la Iglesia en establecer una reforma que distinguiese a los cristianos de los nazarenos, nabateanos y ebionitas con propósito de cohonestar nuevos dogmas. Los Evangelios sinópticos no solamente nos dicen que Jesús bautizaba como Juan, sino que los discípulos de éste se enojaron por ello, aunque nadie pueda acusar a Jesús de culto báquico.

El versículo 2 del capítulo IV de San Juan, que está puesto entre paréntesis y dice: "(Aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos)", tiene todas las trazas de una interpolación. Según Mateo, Juan el Bautista dice que el que viene tras él no bautizará con agua, sino "con fuego y Espíritu Santo". Marcos, Lucas y Juan corroboran estas palabras. Más adelante demostraremos que los símbolos del agua, fuego y Espíritu Santo, proceden de la India. Pero es muy particular que los *Hechos de los apóstoles* nieguen el bautismo de fuego, según se infiere del siguiente pasaje:

Y aconteció que estando Apolo en Corinto (53) vino Pablo a Efeso y halló algunos discípulos. Y les dijo: ¿Cuándo abrazásteis la fe, recibisteis el Espíritu Santo? Y ellos le respondieron: Antes, ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo. Y él les dijo: ¿Pues en qué habéis sido bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Oídas estas cosas, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús... y vino sobre ellos el Esp´çiritu Santo y hablaban en lenguas y profetizaban (54).

Vemos que San Juan Bautista, el precursor, profeta y mártir, según el cumplimiento de las profecías anuncia públicamente el bautismo de fuego y del Espíritu Santo (55); y sin embargo, sus discípulos, que tan convencidos debieran estar de las palabras de su maestro, declaran que *nunca han oído hablar del Espíritu Santo*.

Verdaderamente, tenían razón los autores del *Codex Nazareus*; pero no a Jesús, sino a los que posteriormente tergiversaron el *Nuevo Testamento* con tendenciosas miras, debemos culpar de haber adulterado la doctrina de Juan, la significación del bautismo y el sentido de las palabras de justicia.

No cabe objetar que el *Codex*, tal como lo conocemos, fue escrito siglos después de la predicación de los inmediatos discípulos de Juan, pues lo mismo ocurrió con los *Evangelios*. Cuando Pablo habló con los bautistas, no había aparecido aún entre ellos Bardesanes, y por lo tanto nadie tildaba de herética a dicha secta. Además, la rivalidad suscitada desde un principio entre los discípulos de Jesús y de Juan nos da a entender que los de este último no tomaron en consideración la promesa del "Espíritu Santo"; y por otra parte, tan poco seguro estaba Juan de que Jesús fuese el Mesías prometido, que después del bautismo y no obstante la voz que desde el cielo dijo: *Éste es mi Hijo el amado* (56), envía desde la cárcel a dos discípulos para que le pregunten a Jesús: "¿Eres tú aquel que ha de venir o hemos de esperar a otro (57)?"

EL NAZARENO REFORMADOR

Tan flagrante contradicción bastaría para desvanecer toda hipótesis respecto a la divina inspiración del *Nuevo Testamento*; pero todavía cabe pregunta: Si el bautismo simboliza regeneración en un sacramento instituido por Jesús, ¿cómo no bautizan hoy los cristianos en

fuego y Espíritu Santo en vez de seguir el rito de los nazarenos? Las interpolaciones llevadas a cabo por Ireneo no tuvieron, según se ve, otro fin que presentar el sobrenombre de nazareno dado a Jesús como dimanante de su larga residencia en Nazareth, y no de su filiación en la secta de los nazarenos.

El fraude de Ireneo fue muy poco afortunado, porque desde tiempo inmemorial tronaron los profetas contra el bautismo de fuego que practicaban los países vecinos para comunicar el "don de profecías" o sea el Espíritu Santo. Pero Ireneo se vio en situación comprometida, pues a los cristianos les llamaban las gentes nazarenos e iesaenos, según dice Epifanio, y a Jesús se le tenía, en opinión general aun de sus mismos discípulos, por uno de tantos profetas y saludadores judíos. Por lo tanto, no había en esto fundamento apropiado para proclamar la divinidad de Jesucristo ni para estatuir una nueva jerarquía, y así hubo Ireneo de inventar los elementos que requería su intencionado propósito.

Las pruebas de que Jesús pertenecía a la secta de los nazarenos no hemos de buscarlas en las traducciones de los *Evangelios*, sino en los textos originales. Tischendorf traduce por *Iesu Nazarene* (58) el nombre griego que en el texto siriaco dice: *Iasua el nazaria*. De modo que, dada la incomprensible confusión d los cuatro Evangelios, según aparecen hoy después de revisados, fácilmente colegiremos que el genuino cristianismo predicado por Jesús está contenido en las llamadas herejías siriacas. Tal era el convencimiento de Pablo cuando el abogado Tértulo le acusó ante el gobernador Félix de "promover sediciones como jefe de la secta de los nazarenos" (59); a lo que el acusado replica:

> ... ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan. Pero confieso... que según la secta que ellos dicen herejía, sirvo yo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que están escritas en la Ley y en los profetas (60).

Esta confesión demuestra concluyentemente:

1.º Que Pablo pertenecía a la secta de los nazarenos.

2.º Que adoraba al Dios de sus padres, no al Dios trino, cuyo concepto se dogmatizó después de su muerte.

Además, explica el motivo de que durante largo tiempo no fueran tenidos por canónicos los *Hechos de los apóstoles* ni el *Apocalipsis de San Juan.*

Tanto los neófitos como los hierofantes de Biblos estaban obligados a ayunar y permanecer en soledad durante algún tiempo después de la celebración de los Misterios. Iguales prácticas se requerían antes y después de los ritos báquicos, adonisíacos y eleusinos. Herodoto insinúa con temor y respeto algo referente al *lago* de Baco, donde "los sacerdotes efectuaban por la noche escenas de la vida y pasión de dios" (61). En los misterios de Mithra el neófito simulaba la escena de la muerte antes de "nacer de nuevo" por virtud del bautismo (62).

Los sacerdotes de los Misterios estaban circuncidados, y el neófito no podía recibir la iniciación sin haber asistido de antemano a los Misterios del Lago. Los nazarenos recibían el bautismo en el río Jordán y no en otras aguas; también estaban circuncidados y ayunaban antes y después de la ceremonia bautismal (63).

LA SECTA NAZARENA

La secta nazarena existía ya unos ciento cincuenta años antes de J. C., y sus prosélitos habitaban a orillas del Jordán y en la ribera oriental del mar Muerto, según Plinio y Josefo (64).

Dice Munk que *galileo* es casi equivalente a *nazareno*, y que los naturales de dicha comarca de Judea mantenían muy íntimo trato con los gentiles, hasta el punto de que la plebe

se había asimilado algunos ritos y ceremonias religiosas del paganismo, por lo que los judíos ortodoxos miraban despectivamente a los galileos (65).

Añade Munk que "los nazarenos formaban ya comunidad regular antes de la promulgación de las leyes de Musah" (66); y así lo demuestra el pasaje del *Libro de los Números* (67) que minuciosamente describe esta secta, hasta el punto de que en las órdenes dadas por el Señor a Moisés se reconocen sin dificultad los ritos, ceremonias y reglas de los sacerdotes de Adonis (68), pues como estos se obligaban los esenios a la pureza y abstinencia y se dejaban crecer el cabello (69). Del profeta Elías, también nazareno, dicen las *Escrituras* que era "hombre peludo, que lleva ceñido a sus lomos un cinto de cuero" (70).

Los autores antiguos aplicaron las denominaciones *nazar* y *nazareth* indistintamente a los adeptos indios y paganos (71). De seguro nos concitaríamos las iras clericales con sólo apuntar la idea, muy verosímil por otra parte, de que los nazarenos de Judea y sobre todo los "profetas del Señor", estaban iniciados en los Misterios paganos y pertenecían en su mayor parte a una misma confraternidad internacional de adeptos. Recordemos a este propósito que según refieren Amiano Marcelino y otros historiadores, al penetrar Darío Hystaspes en la Bactriana (India septentrional), aprendió de los brahmanes la ciencia astrológica y cosmológica con ritos de purísima significación que comunicó a los magos. En cambio, también dice la historia que Darío acabó con los magos y restableció el culto de Ormuzd y la religión pura de Zoroastro, lo cual parece oponerse al epitafio puesto en la tumba de Darío diciendo que fue hierofante o maestro de magia. El error histórico resulta evidente, de modo que en esta confusión de nombres, el Zoroastro instructor de Pitágoras no pudo ser el fundador de la religión parsi ni el reformador Zarathustra ni el profeta de la corte de Vistaspa (72) ni tampoco el que sobrepuso la autoridad de los magos a la de los mismos reyes. En el *Avesta*, que es el más antiguo texto sagrado parsi, no se descubre ni el más ligero indicio de que el reformador hubiese tenido relación alguna con los países que posteriormente adoptaron el culto mazdeísta, pues ni siquiera menciona a los iranios, medos, asirios y persas. Por lo tanto, es muy natural que el nombre de Zoroastro no fuese propio de una sola personalidad, sino común a todos los jerarcas de la religión mazdeísta (73).

EL NOMBRE DE ZOROASTRO

Según el cómputo de Aristóteles, Zoroastro florecería 6000 años antes de J. C. Hermipo de Alejandría, de quien se dice que leyó los libros de Zoroastro (aunque se acuse a Alejandro Magno de haberlos destruido), afirma que este instructor fue discípulo de Azonach (*Azon-ach* o *el dios Azon*) y vivió 5000 años antes de la toma de troya. Por otra parte, Clemente de Alejandría identifica a *Zordusth* con el *Er* o *Eros* cuya visión relata Platón en su *República*; y mientras unos historiadores dicen que el mago que destronó a Cambises era de nacionalidad meda y que Darío abolió los ritos mágicos para restablecer el culto de Ormazd, tenemos que Janto de Lidia señala a Zoroastro como el jerarca de los magos. ¿Quién está equivocado? ¿O todos tienen razón menos los modernos investigadores que no aciertan a descubrir la diferencia entre el reformador y sus apóstoles y discípulos? El error de los comentadores contemporáneos nos recuerda el en que Suetonio cayó al confundir a los cristianos en colectividad con la persona de un *Christo* o *Crestos*, a quien dice que desterró el emperador Claudio por perturbador del país.

Reanudando la disquisición de la palabra *nazar*, vemos que Plinio dice de Zaratus que "era zoroastro y nazaret". Puesto que a Zoroastro se le llama príncipe de los magos y *nazar* significa consagrado, podemos inferir que la palabra *nazar* no es ni más ni menos, como opina Volney, que la expresión hebrea del concepto de mago. La voz persa *na-zaruan* significa

“millones de años” y servía para designar al “Anciano de los Días”. De aquí que se denominaran *nazares* y *nazarenos* los consagrados al servicio del único y supremo Dios (74).

Pero también encontramos en lengua indostánica la palabra *nazar*, que significa visión interna o sobrenatural (75). Opina Wilder que la palabra *zeruana* procede de los magos (76), pues no se encuentra en el *Avesta*, y sí únicamente en los textos parsis de la última época. Según Wilder, el Turan de los poetas es Aturia o asiria, y el rey-sierpe Zohak (77) fue adorado en asiria y Media durante la unión de ambos imperios.

Sin embargo, esta opinión no invalida en modo alguno la aseverada identidad original de las doctrinas secretas de los budistas prevédicos (78), magos parsis, hierofantes egipcios, cabalistas caldeos, nazarenos judíos y adeptos de toda época y nacionalidad.

Zoroastro se limitó a exponer en público, esto es, a predicar, *parte* de las monoteísticas enseñanzas religiosas hasta entonces privativas de los santuarios, donde las comunicaban sigilosamente los brahmanes. Por lo tanto, no cabe decir que Zoroastro suscitara cisma alguno ni que fuese el primero en proclamar la unidad de Dios entrevelada en el sistema dualista, pues su tarea se redujo a establecer el culto del sol y enseñar lo que había aprendido de los brahmanes.

Max Müller afirma en el siguiente pasaje que Zarathustra y sus discípulos se establecieron en la India antes de emigrar a Persia.

Dice así:

> Tan evidentemente como que los habitantes de Massilia vinieron de Grecia, puede probarse que los zoroastrianos salieron de la India en el período védico... Muchas divinidades de la religión zoroastriana son meros remedos y variaciones de las védicas (79).

Pero estaremos en más firme terreno si apoyados en la *Kábala* y las antiquísimas tradiciones de la religión de sabiduría, podemos probar que tanto las divinidades zoroastrianas como las védicas no son ni más ni menos que la personificación de las *fuerzas de la Naturaleza,* fieles servidoras de los iniciados en la magia o sabiduría oculta. Por lo tanto, podemos afirmar que el cabalismo y el gnosticismo procedieron indistintamente del mazdeísmo esotérico (en modo alguno del exotérico), o bien, como dicen King y otros arqueólogos, de la sabiduría ocualta o religión universal. Es pura cuestión de cronología decidir cuál de estas religiones es la más antigua y la menos adulterada, pues sólo difieren en su forma externa.

AFINIDAD DE DOCTRINAS

Sin embargo, poca relación tiene esto con el asunto de que vamos tratando. Algunos años antes de la era cristiana, los iniciados ya no constituían comunidades numerosas, excepto en la India; pero todas las sectas, desde los esenios hasta los neoplatónicos, por efímera que fuese su existencia, siguieron las mismas doctrinas fundamentales, aunque se diferenciasen en la forma externa. Esta identidad substancial de la doctrina constituye lo que llamamos la religión de sabiduría, mucho más antigua aun que la filosofía de Siddhârtha Sakya.

Tras diecinueve siglos de intencionadas expurgaciones para borrar de los textos sagrados toda frase que pudiese poner al investigador en el verdadero camino, resulta muy ardua tarea probar a los ojos de las ciencias experimentales que los adonitas, nazarenos, esenios, terpeutas (80), ebionitas y otras sectas profesaban, con levísimas diferencias, las mismas doctrinas enseñadas en los misterios teúrgicos. Sin embargo, procediendo por analogía y examinando la *oculta* significación de los ritos y ceremonias, podemos descubrir la íntima afinidad que los emparenta.

El judío Filón (81), contemporáneo de Jesús y muy versado en las filosofías de Platón y aristóteles, interpretó la antiquísima literatura hebrea hasta el punto de probar la coincidencia de la esotérica doctrina cabalística con la de los filósofos griegos, cuyo espíritu descubre en los libros mosaicos. Por esto dice Kingsley que Filón fue el patriarca del neoplatonismo. Es evidente que los terapeutas de Filón eran esenios, aunque no todos los esenios fuesen terapeutas (82).

Tanto este autor como Josefo han descrito la secta de los esenios con suficientes pormenores para evidenciar que el reformador Jesús, después de pasar la mocedad en los monasterios del desierto y de haber sido iniciado en los Misterios, prefirió la vida independiente de la predicación, convirtiéndose en terapeuta errante. Lo mismo Jesús que Juan el Bautista anunciaron el fin de los tiempos (83), lo cual demuestra que conocían los cómputos secretos de hierofantes y cabalistas, quienes con los priores de las comunidades esenias poseían el secreto (84),dunlap, cuyas investigaciones fueron muy felices en este punto, remonta el origen de los esenios, nazarenos, dositeanos y otras sectas a una época anterior a Jesucristo, y dice de ellos:

> Renunciaban a los placeres terrenales, menospreciaban las riquezas, se amaban unos a otros y se mantenían célibes, por considerar eminente virtud el dominio de la carne (85).

Precisamente, éstas fueron las virtudes predicadas por Jesús. Si atendemos al espíritu de los *Evangelios*, resultará que Jesús profesaba la doctrina de la reencarnación como los esenios, que la habían aprendido de los pitagóricos, pues según afirma Jámblico, Pitágoras residió algún tiempo con los esenios en el monte Carmelo (86). En sus pláticas y sermones solía hablar Jesús en parábolas y metáforas, según costumbre de los esenios y nazarenos, sin que jamás se tuviera noticia de que así lo hicieran los galileos, pues estos se admiraban de oír a su compatriota expresarse de aquel modo, y así le decían:

> ¿Por qué les hablas por parábolas (87)?

Y responde como verdadero inciado:

> Porque a vosotros es dado saber los Misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden (88).

FRASES PITAGÓRICAS

Además, en algunas ocasiones se valió de frases evidentemente pitagóricas, como cuando aconseja:

> No déis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies y revolviéndose contra vosotros os despedacen (89).

Wilder dice a este propósito:

> Se advierte en Jesús y en Pablo la misma propensión a clasificar sus doctrinas en esotéricas y exotéricas. Jesús comunicaba los Misterios del reino de los cielos a los apóstoles, y hablaba en parábolas a la multitud. Pablo dice por su parte: “Nosotros hablamos sabiduría entre los *perfectos* o iniciados (90)”.

Los asistentes a los Misterios se clasificaban en *neófitos* y *perfectos*. Los primeros eran admitidos algunas veces a las dramáticas representaciones de Ceres, o sea el alma que desciende al hades (91); pero únicamente los perfectos podían conocer los misterios del *elysium* o morada de los bienaventurados, evidentemente idéntica al "reino de los cielos" (92).

Dice el apóstol Pablo:

> Y conozco a este tal hombre; si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe. Que fue arrebatado al paraíso y oyó palabras secretas (...) que al hombre no le es lícito repetir (93).

Este pasaje ha sorprendido a varios comentadores versados en los ritos de la iniciación, porque alude claramente a la *epopteia* o revelación final; y aunque pocos de ellos lo han relacionado con las beatíficas visiones de los iniciados, la terminología empleada desvanece toda duda, pues *las cosas que no es lícito repetir* se encubren en la misma frase, y la razón del secreto es la misma que vemos expuesta en Platón, Proclo, Jámblico, Herodoto y otros autores.

El pasaje de San Pablo, que dice:

> Hablamos sabiduría entre los perfectos,

debe explicarse diciendo:

> Hablamos de las más profundas doctrinas de los Misterios únicamente entre los iniciados en ellas (94).

Resulta, por lo tanto, que en la frase: "el hombre arrebatado al paraíso", y que sin duda fue el mismo Pablo (95), está substituida la palabra pagana *elysium* por la cristiana *paraíso.* De que este pasaje alude a las visiones de los iniciados, tenemos prueba en que, según ya dijimos en otro lugar de esta obra, asegura Platón que antes de que un iniciado pueda ver a los dioses ha de libertarse del cuerpo astral (96). Análogamente describe Apuleyo su iniciación en los Misterios, diciendo:

> Me aproximé a los confines de la muerte, y después de pisar los umbrales de Proserpina volví transportado a través de los elementos. En medio de la noche brillaba el sol con luz esplendorosa, y vi los dioses infernales y celestes (97) a quienes pagué tributo de adoración (98).

Así, pues, como Pitágoras y otros hierofantes reformadores, Jesús dividió sus enseñanzas en esotéricas y exotéricas, y según costumbre de los esenios, jamás se sentó a la mesa sin que precediera la acción de gracias (99). También clasificó a sus discípulos en *neófitos, hermanos* y *perfectos*, aunque su magisterio público no duró lo bastante para formar escuela; y no parece que iniciara a ningún apóstol excepto Juan, pues el autor del *Apocalipsis* fue cabalista iniciado, según se infiere evidentemente de que intercaló en su obra pasajes enteros del *Libro de Enoch* y de su compendiado remedo la *Profecía de Daniel*. Además, los ofitas gnósticos repudiaban el *Antiguo Testamento* por "emanar de un ser inferior" (Jehovah), y en cambio admitían el *Libro de Enoch*, en cuyo texto apoyaban sus dogmas religiosos (100). Otra prueba de que Juan era cabalista, la tenemos en que fue desterrado a la isla de Patmos cuando la persecución emprendida por el emperador Domiciano contra los astrólogos y cabalistas (101).

CABALISMO DEL APOCALIPSIS

En todas las poblaciones adonde iba Jesús a predicar le acusaban los fariseos de ejercer la magia egipcia (102) y de lanzar los demonios en nombre de Beelzebú (103). Por otra parte, San Justino Mártir no sólo afirma con toda autoridad que los gentiles de su tiempo atribuían los milagros de Jesús a operaciones mágicas (...) idénticas a las de los taumaturgos paganos, sino que deplora que le llamaran embaucador del pueblo (104).

Según el *Evangelio de Nicodemus*, los judíos acusaron de mago a Jesús ante Pilatos diciendo: "¿No te hemos dicho que era mago?" Celso alude a la misma acusación, y como neoplatónico cree en ella (105). El rabino Iochan refiere que a Jesús le era tan fácil volar por los aires como al común de las gentes andar por el suelo (106). San Agustín asegura que, en opinión general de los contemporáneos, Jesús había sido iniciado en Egipto y escribió tratados de magia que legó a Juan (107). En las *Clementinae Recognitionis* se acusa a Jesús de haber operado milagros no como profeta judío, sino como mago pagano (108).

Entonces, igual que ahora, el clero fanático, la plebe ínfima y la aristocracia no iniciada en los Misterios solían acusar de hechicería a los hierofantes y adeptos de mayor nota (109). Una de las pruebas más valiosas de que a Jesús le tuvieron por mago sus coetáneos, nos la ofrece el sacófago del *Museo Gregoriano*, cuyos bajorrelieves representan los milagros de Jesús y entre ellos el de la resurrección de Lázaro, donde figura Jesús con el rostro lampiño y una varita en la mano, como los nigrománticos, mientras que el cuerpo de Lázaro está vendado exactamente como las momias egipcias.

De seguro que el mundo cristiano se parecería más a Cristo y la humanidad no tendría más que una religión y un solo Dios, sin las complicadas y absurdas disquisiciones acerca del "Hijo del Hombre", si dispusiéramos de un retrato auténtico de Jesús, trazado como la figura del sarcófago en los albores del cristianismo, cuando todavía las gentes conservaban vivo el recuerdo de las circunstancias personales de fisonomía e indumentaria del Reformador. Las dudas y perplejidades religiosas proceden de la falta de datos positivamente personales de la figura divinizada por el cristianismo, pues mientras predominó en la nueva religión el elemento judío no hubo imagen alguna de Jesús, por el horror que inspiraba toda representación plástica, según enseñaron los caldeos. Así es que hubieran tenido por sacrílega irreverencia cualquier representación de su Maestro.

En los días de Tertuliano, la única efigie válida de Jesús era una alegoría del Buen Pastor, que, sin embargo, no lo representaba fisonómicamente, pues se reducía a una figura de hombre con cabeza de chacal, como Anubis, y con la rescatada oveja al hombro (110).

LA FIGURA DE JESÚS

Esta figura, según dice King, tenía dos significaciones: una exotérica, para el vulgo, y otra esotérica, para el iniciado, y tal vez sería el sello de algún apóstol o adepto de superior categoría (111). Esto es una nueva prueba de que la doctrina de los primitivos cristianos no difería mucho de la de los gnósticos. Epifanio (112) acusa a los carpocracianos de adorar pinturas y esculturas de oro, plata y otros materiales, que, según ellos, eran efigies de Jesús trazadas por Pilatos, a los que secretamente tributaban culto y ofrecían sacrificios al uso de los gentiles, como también a las imágenes de Pitágoras, Platón y Aristóteles (113). De esto infiere King que en el año 400 de nuestra era todavía se tenía por pecado abominable la representación figurada de la persona de Jesucristo. También San Ambrosio se indigna contra la afirmación de Lampridio de que Alejandro Severo tenía en su oratorio particular una imagen de Jesucristo entre las de eminentes filósofos, y a este propósito exclama:

> La mente se conturba y se resiste a la idea de que los paganos hayan conservado la efigie de Cristo y los cristianos no hayan cuidado de tenerla.

De esto se colige que, excepto el núcleo de cristianos más tarde triunfantes, la aristocracia intelectual del paganismo honró a Jesús como un filósofo adepto de la misma categoría que Pitágoras y Apolonio. Si hubiese sido, según pretenden los Evangelios sinópticos, un obscuro carpintero de Nazareth, no le tributaran de seguro tales honras los paganos. No hay de la divinidad de Jesús, es decir, considerado como encarnación del Hijo de Dios, ni una sola prueba que resista a la crítica exegética. En cambio, cuando se le mira como reformador radical, acérrimo adversario del dogmatismo teológico, debelador de la hipocresía y promulgador de uno de los más sublimes códigos de moral, es Jesucristo una de las más colosales y mejor definidas figuras de la historia, que irá tomando mayor relieve a medida que transcurran los siglos, aunque los teológicos dogmas forjados por la fantasía humana vayan perdiendo de día en día su inmerecido prestigio. Jesucristo reinará universalmente el día en que todos los hombres se amen como hermanos con el amor del incognoscible Padre común de la raza humana.

Es una carta atribuida apócrifamente al senador Léntulo, escrita en latín horrible y dirigida al Senado romano, hallamos una descripción de la persona de Jesús, que se ajusta a las usanzas de la época, pues dice que “Jesús llevaba la cabellera suelta en ondas que le caían sobre los hombros, pero partida en raya por la mitad, a estilo de los nazarenos”. Este pasaje de la descripción nos inclina a considerar concluyentemente:

1.º Que, en efecto, los nazarenos, por observancia de su regla, llevaban la cabellera tal como la descrita y según aparece en la figura bíblica de Juan el Bautista.

2.º Que si el senador Léntulo hubiese escrito la carta que se le atribuye, seguramente la conociera San Pablo y no dijera como dijo, con ofensa de Cristo su Señor, que es vergonzoso para un hombre llevar el pelo largo.

3.º Que si Jesús llevaba el pelo a usanza de los nazarenos, debió recibir este sobrenombre, no por ser vecino de Nazareth, pues estos no llevaban así el pelo, sino por pertenecer a la secta de los nazarenos, que en la época de Juan el Bautista era ya herética a los ojos del Sanhedrín (114).

El Talmud dice que los nazarenos eran saludadores y exorcistas errantes, y así lo atestigua Jervis (115) al declarar que “los nazarenos iban de pueblo en pueblo curando enfermos y vivían de limosna”. Por su parte, Epifanio dice incongruentemente que “los nazarenos seguían en gradación herética a los corintios, ya fuesen anteriores o posteriores a estos, no obstante ser coetáneos”, y añade que “en aquel tiempo a todos los cristianos se les conocía con el nombre de nazarenos (116).

TRANSMIGRACIONES DEL ALMA

Al hablar Jesús de Juan dice que éste es el “Elías que había de venir”. Si este pasaje no se interpoló posteriormente para simular el cumplimiento de una profecía, da a entender que Jesús, además de nazareno, también era cabalista y creía en la reencarnación, pues en esta doctrina sólo estaban iniciados los esenios, nazarenos y discípulos de Simeón ben Iochai y de Hillel, sin que nada supieran de ella los judíos ortodoxos ni los galileos (117).

Sobre el particular dice la *Kábala*:

> Pero el autor de esta *restitución* fue nuestro maestro Mosah, la paz sea con él, quien era la *reevolución* (transmigración) de Seth y de Hebel, para que pudiese cubrir la desnudez de su primer padre Adán (118).

Por lo tanto, al decir implícitamente Jesús que Juan era la *reevolución* o transmigración de Elías, denotaba claramente a qué escuela pertenecía.

Los cabalistas y masones no iniciados confunden el concepto de la reevolución con el de la metempsícosis; pero se equivocan tan gravemente respecto a las verdaderas doctrinas cabalistas como respecto de las genuinas enseñanzas budistas.

Dice el *Zohar*:

> Toda alma está sujeta a la transmigración...; los hombres no conocen los designios del Santo, ¡bendito sea!, ni saben que comparecen ante el tribunal, tanto al entrar como al salir de este mundo.

La misma doctrina profesaban los fariseos, como dice Josefo (119); y según enseñaba Gilgul en su teoría de la "rotación del alma", los cadáveres de los judíos enterrados lejos de Palestina conservan una partícula del alma, que no puede salir del cadáver ni gozar de reposo hasta enterrarlo en el suelo patrio. También enseñaba que la rotación del alma se efectuaba a través de las formas, desde el más diminuto insecto hasta el más corpulento cuadrúpedo.

Sin embargo, todos estos pasajes y citas exponen la doctrina exotérica (120), sin que la *reevolución* pueda confundirse con la *metempsícosis* o transmigración.

Aunque los cabalistas consideraran a Moisés como una transmigración de Abel y Seth, no se infiere de ello que los iniciados creyeran que el espíritu de Abel y el de Seth se hubiesen infundido en el cuerpo de Moisés, sino que tal expresión era el medio de traslucir uno de los más profundos misteriow de la sabiduría oculta, es decir, que Moisés había llegado a la más elevada etapa de evolución aquí en la tierra, o sea la íntima unión de la duada terrena en perfecta trinidad con el espíritu inmortal. Es el concepto del dios-hombre, del hombre-dios o del dios encarnado, de que tan rarísimos ejemplos ofrece la raza humana. Las palabras de Jesús "vosotros sois dioses", que a los exégetas les parece mera abstracción, tiene para los cabalistas profundísimo significado, porque un dios es el espíritu inmortal que ilumina al ser humano desde el momento en que emana directamente de la Causa primera, del incognoscible Dios de que es partícula, el microcosmos del macrocosmos. El espíritu humano tiene en potencia todos los atributos del Espíritu de que procede, y entre ellos la omnisciencia y la omnipotencia. Cuando el hombre logra actualizar en todo y por todo estos atributos, aunque durante la vida terrena estén velados por la naturaleza física, superará a los demás hombres y podrá mostrar en sus palabras la sabiduría y en sus obras el poder de Dios, pues mientras los demás hombres están únicamente *cobijados* por su divino *Yo* con la *posibilidad* de alcanzar la trina unión mediante su propio esfuerzo, el hombre evolucionado goza ya de la inmortalidad aun durante su estancia en la tierra. Ha recibido el premio, y de allí en adelante vivirá para siempre en la vida eterna. No sólo dominará las obras de la creación por virtud del inefable NOMBRE, sino que aun en esta vida será superior a los ángeles (121).

EL HOMBRE DIVINO

Los antiguos no tuvieron jamás la temeraria idea de que los hombres perfectos fuesen encarnaciones del supremo e invisible Dios, pues Moisés y otros instructores de su índole eran para ellos hombres perfectos, dioses en la tierra, entendiendo por dioses los divinos espíritus infundidos en los puros cuerpos materiales como en tabernáculos sagrados. Los antiguos tributaban honores divinos y llamaban dioses a los desencarnados espíritus de los sabios y de los héroes, por lo que les acusaron de politeístas e idólatras precisamente quienes antropomorfizaron los más puros conceptos metafísicos.

Todos los iniciados conocían el verdadero sentido esotérico de esta enseñanza (122), que los *tanaímes* comunicaban a sus discípulos predilectos los *isarimes* en las solemnes

soledades de las criptas y de los yermos. Era éste uno de los puntos más sigilosamente velados, porque la condición humana era entonces la misma que ahora, y la casta sacerdotal estaba tan engreída de su intelectual superioridad como el clero de nuestros días y tan afanosa de avasallar a las muchedumbres ignaras, con la diferencia de que los hierofantes podían demostrar la verdad de sus enseñanzas, y el clero contemporáneo se apoya en la ciega fe de las gentes.

Los primitivos nazarenos pertenecientes a la escuela gnóstica, creían que Jesús era un profeta *enviado* por Dios para enderezar los pasos de las gentes por el camino de la justicia. A este propósito dice el *Código de los nazarenos*:

> La mente divina es eterna. Es pura luz derramada espléndidamente por el pleroma (123). Es madre de los eones. Un eón agitó turbulentamente la materia (caos) y con una porción de luz celeste le dio forma apropiada para la manifestación objetiva y tangible; pero de ella dimanó todo mal. El Demiurgo pretendió honores divinos (124), y en consecuencia fue enviado Cristo (el ungido), el príncipe de los eones (125), quien se infundió dominadoramente en la persona del piadosísimo Jesús, hasta que le abandonó para ascender a lo alto (126).

Para la mejor comprensión de este pasaje y otros igualmente enigmáticos, daremos una sumaria explicación de los dogmas comunes, salvo levísimas diferencias, a todas las sectas gnósticas. Por entonces el principal colegio gnóstico estaba en Efeso, donde se aunaba la enseñanza de la filosofía oriental con la de la platónica. Era uno de los focos de la universal doctrina secreta, el laboratorio donde la elegante terminología griega alquitaraba las filosofías buditas, zoroastriana y caldea.

Pablo venció a Artemis (127); pero aunque los conversos quemaron gran número de tratados acerca de ... (artes curiosas), todavía quedaron los suficientes para reanudar los estudios una vez se hubo entibiado el primitivo celo. De Efeso brotó la gnosis en antitética oposición a los dogmas de Ireneo, y en Efeso estuvo el semillero de cuantas especulaciones trajeron de la cautividad los tanaímes. Sobre este particular dice Matter:

> Las doctrinas de la escuela hebreo-egipcia y los conceptos semiparsis de los cabalistas habían acrecentado por entonces en Efeso la copiosa afluencia de enseñanzas griegas y asiáticas, por lo que no es extraño que salieran de allí instructores deseosos de conciliar las doctrinas tradicionales de la escuela gnóstica con la nueva religión predicada por el apóstol Pablo.

Si los cristianos no se hubiesen echado encima la carga de la revelación mosaica ni aceptado el Jehovah bíblico, nadie se atreviera a tildar de herejes a los gnósticos; porque exento el cristianismo de exageraciones dogmáticas, hubiese tenido el mundo para su mayor bien una religión fundada en la pura filosofía platónica.

EL CREDO DE BASÍLIDES

Veamos ahora cuáles eran las ideas básicas de los gnósticos y si merecen el calificativo de heréticas. Tomaremos a Basílides como dechado de gnósticos, pues todos los demás expositores de esta escuela se agrupan en torno de él como planetas que reciben la luz del sol.

Afirmaba Basílides que había aprendido sus doctrinas de labios de Glauco, discípulo del apóstol Pedro, y del mismo apóstol Mateo (128). Según Eusebio (129), escribió Basílides la obra Interpretaciones de los Evangelios (130), compuesta de veinticuatro tomos, que los cristianos arrojaron a las llamas (131). El credo de Basílides puede resumirse en los siguientes conceptos:

El Eterno Padre, increado e incognoscible, engendró desde un principio la Mente (*Nous*), de la que emanó el *Logos* (132), y de éste, a su vez, emanaron los espíritus humanos (*Phronesis* o inteligencias). De *Phronesis* emanaron *Sophia* (sabiduría femenina) y *Dynamis* (la fuerza).

Tales eran las cinco emanaciones (133) de la Divinidad o cinco substancias espirituales, equivalentes a las cinco virtudes ontológicas o entidades externas al Dios inmanifestado. Esta enseñanza es eminentemente cabalista, y más todavía búdica (134), pues el antiquísimo sistema de la religión de sabiduría, muy anterior a Gautama, está fundado precisamente en el concepto de la substancia increada de *Adi-Buddha* o Divinidad incognoscible (135).

La eterna e infinita Mónada tiene inherentes a su esencia cinco actualizaciones de la sabiduría, que se manifiestan separadametne en los cinco *Dhyani-Buddhas*, que de por sí son inactivos como *Adi-Buddha*, pues ninguno de ellos encarnó jamás sino que encarnaron sus respectivas emanaciones.

Al tratar de la doctrina de los gnósticos expuesta por Basílides, dice Ireneo:

Cuando el increado e innominado Padre vio la corrupción del género humano, envió a la tierra a su primogénito *Nous* en figura de Cristo para redimir a cuantos creyesen en él por el poder de los que construyeron el mundo (136). Apareció Cristo entre los hombres en el cuerpo de Jesús e hizo milagros. Pero la entidad Cristo no sufrió en la pñersona de Jesús, sino que sufrió Simón Cireneo, a quien prestó su forma corporal. Porque la divina Potestad, el *Nous* del Eterno Padre, no tiene cuerpo y no puede morir. Por lo tanto quien sostenga que Cristo murió es todavía esclavo de la ignorancia. Quien niegue la muerte de Cristo está libre de error y comprende los designios del Padre (137).

En conjunto y en su abstracto sentido, no se advierte blasfemia alguna en esta exposición de ideas que podrán ser heréticas respecto de la teología dogmática de Ireneo y Tertuliano (138), pero que en nada adulteran el puro concepto religioso, mucho más conciliable con la majestad divina que el actual antropomorfismo cristiano. Los discípulos de Ireneo aplicaron a los gnósticos el sobrenombre de *docetoe* o ilusionistas, porque creían que Cristo no padeció ni murió en cuerpo físico (139).

EL UNIVERSO ILUSORIO

Muy difícil es que las naciones occidentales, que de tan civilizadas presumen y sin embargo desdeñan el examen de los fenómenos psíquicos tan familiares en Oriente, comprendan ni siquiera estimen los conceptos religiosos del pueblo índico, cuyos metafísicos basaron sus más profundas y trascendentales especulaciones en el capital principio, a la par induísta y budista, de que todo lo finito es ilusorio y que sólo es real lo infinito y eterno (140). Los accidentes y cualidades de los objetos (forma, color, olor, sabor, tactilidad y sonoridad) existen para nosotros en proporción a la agudeza receptiva de los sentidos corporales. El ciego de nacimiento no puede tener idea de la forma ni del color (141); pero no obstante, los objetos existen para él aun sin estas cualidades, y los percibe por los sentidos suprafísicos. Todos vivimos en este mundo sujetos a la influencia de la ilusión que nos muestra más o menos correctamente, según nuestro temperamento físico y mental, el reflejo de los originarios arquetipos emanados de la Mente absoluta. Tan sólo estos arquetipos son manifestaciones reales y permanentes.

Hace muchísimos siglos, el místico filósofo indo Kapila (142) expuso magistralmente este concepto, diciendo.

Tan poca importancia tiene la condición física del hombre, que difícilmente puede comprobar su propia existencia ni la de la Naturaleza. Tal vez lo que llamamos universo, con cuantos seres lo pueblan, no tiene nada de real, y es tan sólo el producto de la continuada ilusión (*maya*) de nuestros sentidos.

Al cabo de diez mil años, repite Schopenhauer el mismo concepto, diciendo:

La naturaleza no existe per se. Es la indefinida ilusión de nuestros sentidos (143).

Si los objetos de sensación son ilusorios y fluctuantes, no pueden ser reales. Únicamente el Espíritu es real porque es inmutable. Así lo enseñó primero la filosofía búdica y después los gnósticos que de ella derivaron su doctrina. La entidad *Cristo* sufrió *espiritualmente* mucho más de lo que sufrió *corporalmente* la personalidad ilusoria de Jesús clavado en el leño.

Según el concepto cristiano, Jesús equivale a Cristo; pero los gnósticos y los iniciados distinguían entre ambas entidades (144). El *Christos* de los griegos significaba ungido con aceite puro (*chrism*), aparte de otras acepciones, entre las cuales tenemos la equivalente a la que en todas las lenguas significa la pura y sagrada esencia de la primera emanación del Absoluto que se manifiesta en espíritu perceptible. El *Logos* griego, el *Mesías* hebreo, el *Verbo* latino y el *Viradj* sánscrito expresan el idéntico concepto de la primera emanación, el *Hijo del Padre*, la llama desprendida del eterno e inextinguible foco de Luz.

Dice Manú:

El hombre que obra piadosamente con la interesada mira de su propia salvación, puede alcanzar la dignidad de los devas; pero el que obra piadosa y al mismo tiempo desinteresadamente, se libra para siempre de los cinco elementos (materia)... Quien ve el supremo Ser en todos los seres y todos los seres en el supremo Ser y ofrece su propio ser en sacrificio, se identifica con el Ser que brilla por su propio esplendor (145).

Así tenemos que el verdadero significado de la palabra *Christos* es el colectivo concepto de los espíritus individuales de los hombres, erróneamente llamados almas. Son los divinos Hijos de Dios, algunos de los cuales cobijan a las entidades humanas, aunque en su mayoría permenecen en la condición de espíritus planetarios, y en su mínima parte quedan temporalmente unidos en la tierra a hombres como Gautama, Jesús, Tissu, Krishna, que por virtud de esta unión fueron dioses-hombres en la tierra. Otros como Moisés, Pitágoras, Apolonio, Plotino, Confucio, Platón, Jámblico y algunos santos del cristianismo, se unieron de cuando en cuando con el *Christo* o *Hijo de Dios*, y merced a esta interválica unión se elevaron a la categoría de semi-dioses instructores de la humanidad. Luego de separados de sus tabernáculos terrestres y unidos para siempre con el espíritu inmortal, se restituyen a la luminosa hueste de los ungidos en solidaridad de pensamiento y de acción. De aquí que al decir los gnósticos que Christo sufrió espiritualmente por la humanidad daban a entender con ello que sufrió su divino Espíritu.

EL NOBLE HERESIARCA MARCIÓN

Así opinaba también Marción, “el gran heresiarca del siglo II”, como le llamaron los titulados ortodoxos. Floreció Marción en Roma por los años de 139 a 142 (146). Muy poderosa debió de ser su influencia, porque dos siglos después todavía se queja Epifanio de la multitud de discípulos de Marción repartidos por todo el mundo (147). Por otra parte, delatan la magnitud del peligro los dicterios e infamantes epítetos derramados sobre Marción por el “gran africano”, aquel cancerbero de los doctores de la Iglesia, que siempre estaba vociferando en guarda de los dogmas de Ireneo (148). No hay más que leer su célebre refutación de las *Antítesis* de

Marción para advertir las sutilezas del odio monástico de la escuela cristiana, que a través de los tiempos medioevales ha renovado en los nuestros el Vaticano.

Para muestra, basta el pasaje que dice:

> Seguid, sabuesos, ladrando al Dios de la verdad y disputaos por roer los huesos que os arrojan los apóstoles (149).

El autor de la *Religión sobrenatural* dice sobre este punto:

> La pobreza de los argumentos que emplea el "gran africano" guarda proporción directa con la acritud de sus dicterios. Las controversias religiosas de los Padres de la Iglesia están erizadas de supercherías y henchidas de piadosos insultos. Tertuliano era maestro en este linaje de dialéctica, y los acerbos vituperios que lanza contra Marción, a quien llama impío y sacrílego, no tienen absolutamente nada de imparcial y sincera crítica... Tertuliano y Epifanio motejaban de "bestia" a Marción, y le imputaban haber eliminado del Evagelio según San Lucas pasajes que jamás estuvieron en él... Prueba de la obcecación y parcialidad de Tertuliano tenemos en que, no sólo imputa falsamente a Marción (*Contra Marción*, IV, 9, 36) el haber mutilado el texto, sino que *explica los motivos que tuvo para mutilarlo*. También le acusan Tertuliano y Epifanio de haber suprimido el pasaje en que Cristo dice que no vino a abrogar la ley sino a cumplirla, siendo así que esta frase aparece en el texto de Mateo (cap. V, vers. 7) sin que jamás haya estado en el de Lucas (150).

Vemos, por lo tanto, cuán poca confianza merecen las obras de los Padres de la Iglesia, quienes, como aseguran la mayoría de exégetas, no expusieron la verdad, sino deleznables y personalísimas opiniones sin fundamento lógico (151).

El autor de la *Religión sobrenatural* dice al hablar de Marción:

> Mucha desgracia fue para Marción vivir en época en que el cristianismo, perdida ya la pura moral de su infancia, estaba conturbado por espinosas cuestiones dogmáticas. La sencilla fe y el pío entusiasmo que cimentaron la confraternidad cristiana iban degenerando rápidamente en las teológicas controversias que acabaron en cismas, persecuciones y enconadas luchas. Siglos más tarde hubiera sido honrado Marción como reformador; en su tiempo no podía por menos de ser condenado por hereje, aunque no dejara de influir intensamente entre sus coetáneos con su irreprensible conducta. Aspiraba Marción a una pureza angelical en el hombre, y mantenía opiniones austerísimas respecto del matrimonio y de la subyugación de la carne; pero aunque sus adversarios se burlaran de esta manera de pensar, no cabe duda de que estaba de acuerdo con la estricta práctica de la virtud y que los mismo sostuvieron después los más eminentes santos de la Iglesia (152).

Veamos ahora si las opiniones de Marción merecían que Tertuliano le combatiera como el más peligroso hereje de su tiempo. Para ello recurriremos al autor de *Religión sobrenatural*, quien, a su vez, corrobora sus propias investigaciones en la autoridad de críticos eminentes. Dice a este propósito

DUALIDAD DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

> En la época de Marción pugnaban en el seno del cristianismo dos orientaciones: la que consideraba la doctrina de Jesús como mera continuación de la ley de Moisés y reducía el carácter de la Iglesia a una secta del judaísmo, y la que miraba la nueva religión como campo abierto a todas las gentes, en donde la ley de Moisés quedaba ventajosamente subrogada por la ley de gracia. Estas dos orientaciones empezaron a dibujarse desde un principio en los opuestos temperamentos de los apóstoles Pedro y Pablo, cuyo antagonismo se echa de ver en la *Epístola a los gálatas*.

También se advierte, acaso con mayor intensidad, este antagonismo en las *Homilías clementinas,* donde Pedro repudia inequívocamente a Pablo, le apellida Simón el Mago, le trata de "enemigo" y le echa en cara que jamás ha tenido la *visión* de Cristo. Westcott dice sobre esto que "sin duda alguna fue considerado San Pablo como enemigo" (153). Pero el antagonismo entre ambas tendencias, que perdura en nuestros días, se delata asimismo en las *Epístolas* de San Pablo, según colegimos de la contundente expresión de los siguientes pasajes:

> Mas entiendo que no hice yo menos que los grandes apóstoles...
> Porque los tales falsos apóstoles son obreros engañosos que se transfiguran en apóstoles de Cristo (154).
> Pablo apóstol, no de los hombres ni por hombre, mas por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de entre los muertos...
> Porque no hay otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren trastornar el Evangelio de Cristo... (155).
> Ni aun por los falsos hermanos que se entremetieron a escudriñar nuestra libertad...
> Y cuando vino Cephas a Antioquía, le resistí en su cara porque merecía reprensión.
> Por cuanto antes de que viniesen algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; mas después que vinieron, se retiraba temeroso de los de la circuncisión.
> Y los otros judíos consintieron en su disimulación, tal, que aun Bernabé fue inducido por ellos en aquella disimulación (156).

A esto parecen responder las quejas que, según las Homilías, dirigió San Pedro a Simón el Mago, pero que iban sin duda alguna contra Pablo, como se infiere de estotros pasajes:

> Pues de entre los gentiles, algunos han rechazado mis legítimas predicaciones y aceptado enseñanzas bastardas y quiméricas de hombres hostiles... Simón (Pablo) vino antes que yo a los gentiles..., y le he seguido como la luz a la sombra, como el conocimiento a la ignorancia, como la salud a la enfermedad... Nuestro Señor y profeta Jesús nos advirtió que se levantarían falsos profetas, por lo cual rehuid las palabras de todo apóstol, instructor o profeta que desde un principio no acomode sus enseñanzas a las de Jaime, llamado el hermano de Nuestro señor... Porque el espíritu maligno pudiera enviaros un falso apóstol como nos ha enviado a Simón, que predica en nombre de Nuestro Señor la verdad falseada y propaga el erro... Por lo tanto, si Jesús se te apareció (157) verdaderamente en visión, sería como irritado adversario. Pero ¿cómo es posible ser maestro de enseñanzas por medio de visiones? Y si dijeres que es posible, preguntaré que ¿dónde estuvo el Maestro un año entero para hablar a quienes le escuchaban? Ahora te revuelves contra mí que soy la *firmísima piedra angular de la Iglesia*. Si no fueses mi enemigo no me calumniarías ni menospreciarías mis enseñanzas (158) para que no me crean, como si estuviese condenado, a pesar de que enseño lo que oí de boca del Señor... Y si dices que estoy condenado, blasfemas de Dios que me reveló a Cristo (159).

El autor de la *Religión sobrenatural* dice a este propósito:

> La frase "si dices que estoy condenado" alude claramente al pasaje: "le resistí en su cara porque merecía reprensión" (160).
> No cabe duda de que Pedro ataca a Pablo porque le considera formidable enemigo de la verdadera fe, y le designa con el odioso sobrenombre de Simón el Mago, y le sigue a todas partes para desenmascararle y confundirle (161).

JESÚS NO ALUDÍA A JEHOVAH

Marción no admitía otro *Evangelio* que las *Epístolas* de San Pablo (no en conjunto), repudiaba el antropomorfismo del *Antiguo Testamento* y distinguía divisoriamente entre el judaísmo y el cristianismo, considerando a Jesús no como el Mesías prometido ni como hijo de

David ni como profeta ni como doctor de la ley, sino como un ser divino, enviado para revelar a los hombres una nueva religión espiritual que hermanase a todas las gentes, y declararles el concepto, hasta entonces desconocido, de un Dios de bondad y misericordia, tan distinto del Jehovah o Demiurgos de los judíos, como el espíritu de la materia y la corrupción de la pureza.

¿Se quivocaba Marción en esto? ¿Era blasfemo o intuitivo aquel concepto de Dios que late en toda mente ansiosa de verdad? El sincero deseo que Marción sentía de espiritualizar el cristianismo con entera separación de la ley mosaica, estaba apoyado en las mismas palabras de Cristo cuando decía:

> Y ninguno echa remiendo de paño recio en vestido viejo, porque se lleva cuanto alcanza del vestido y se hace peor la rotura.
>
> Ni echa vino nuevo en odres viejos. De otra manera se rompen los odres, y si vierte el vino y se pierden los odres. Mas echan vino nuevo en odres nuevos, y a sí se conserva lo uno y lo otro (163).

El vengativo, iracundo y celoso Dios de Israel no tiene ningún parecido psicológico con el misericordioso Dios de Jesús, el Padre común de todos los hombres, que está en los cielos, es un error comparar el puramente espiritual concepto del Padre con la caprichosa y subalterna deidad sinaítica. Jamás pronunció Jesús el nombre de Jehovah ni puso en parangón este juez implacable, cruel y vengativo con el Dios de misericordia, amor y justicia. Desde el memorable día en que predicó el Sermón de la Montaña, quedó abierto un abismo infranqueable entre el Dios de Jesús y la deidad que desde el Sinaí fulminó los mandamientos de la antigua ley. Las palabras de Jesús demuestran inequívocamente no sólo rectificación sino enmienda a los preceptos del “Señor Dios” de Israel, según se infiere de los siguientes pasajes:

> Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente.
>
> Mas yo os digo que no resistáis al mal; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, párale también la otra.
>
> Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.
>
> Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian (163).

Estos principios morales tienen su precedente en aquellos otros expuestos siglos antes por Manú, quien dijo:

> En estas diez virtudes consiste el deber: resignación, templanza, probidad, pureza, continencia, veracidad, paciencia, conocimiento del supremo Espíritu, conocimiento de las sagradas Escrituras y devolución de bien por mal. Quienes mediten estas virtudes y a ellas ajusten su conducta, alcanzarán la condición suprema (164).

Análoga moral resplandece en los diez mandamientos de la religión budista:

> 1.º No matarás.
> 2.º No hurtarás.
> 3.º No fornicarás.
> 4.º No mentirás.
> 5.º No descubrirás los secretos del prójimo.
> 6.º No desearás la muerte de tus enemigos.
> 7.º No codiciarás los bienes ajenos.
> 8.º No dirás palabras torpes e injuriosas.
> 9.º No te entregarás a la ociosidad ni a la molicie.
> 10.º No recibirás en dádiva oro ni plata (165).

Otro motivo de cotejo nos ofrecen los dos pasajes siguientes:

Y vino uno y le dijo: Maestro bueno; ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna?
Él le dijo:... guarda los mandamientos.
Él le dijo: ¿Cuáles?... No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio (166).

-¿Qué haré yo para conocer la verdad eterna (*bodhi)?* ¿Cómo llegaré a ser *upasaka*?
-Guarda los mandamientos.
-¿Qué mandamientos?
-No mates, no robes, no forniques, no mientas (167).

Resulta evidente la identidad de ambos sistemas preceptivos, cuya práctica mejoraría a la humanidad. No son más divinos estos preceptos cuando salen de unos que de otros labios. El precepto de devolver bien por mal es tan sublime cuando lo predica un nazareno que si lo pregona un indo o un tibetano.

Ciertamente, no arranca de Jesús la Ley de Oro, sino de la India, pues no es posible negar que el buda o iluminado Sakya floreció muchos siglos antes de Jesucristo, cuya doctrina es continuación de la de aquél, pues el Fundador del cristianismo no buscó su modelo al pie del Sinaí sino al pie de los Himalayas. Su doctrina armoniza con las de Manú y Gautama, al paso que difiere de la de Moisés. Los induístas preceptuaban la devolución de bien por mal. Los hebreos decían: “Ojo por ojo y diente por diente”.

JEHOVAH Y BACO

No es posible que los cristianos sostengan la identidad entre el Padre de Jesús y el Jehovah de Moisés, desde el punto en que está demostrado que el Dios de los judíos era ni más ni menos que el pagano Baco o Dionysos. El nombre ... (Yava o Iao) es, según Teodoreto, el que secretamente se aplicaba al dios de los misterios fenicios (168) y al Creador de la cosmogonía caldea. En todos los países que adoraban a Baco había una tradición relativa a Nysa y a la cueva donde fue criado. En Palestina esta cueva estaba en Beth-San o Seythopolis, y era análoga a la del monte Parnaso.

Diodoro declara que la cueva de Nysa estaba situada entre Fenicia y Egipto. Por otra parte, dice Eurípides que Dionysos fue de India a Grecia; y Diodoro añade:

Osiris fue llevado a Nysa, en la Arabia Feliz. Era hijos de Zeus y se le llamó Dionysos (169).

Los griegos consideraban a Dionysos como el lugarteniente de Zeus, según se colige de este verso de Píndaro:

Así el padre Zeus gobierna todas las cosas y también las gobierna Baco.

Pero fuera de Grecia, Baco era el Todopoderoso “Zagreus, el supremo Dios”. Aunque Moisés le adoró conjuntamente con el pueblo en el monte Sinaí, es lógico suponer que, como iniciado en la sabiduría oculta, guardaba el secreto que encubren todos los cultos exotéricos. Una de las pruebas más concluyentes de la equivalencia de Baco, Osiris y Jehovah nos la ofrece aquel pasaje que dice:

Y edificó Moisés un altar y llamó su nombre Jehovah-Nissi (170).

Sharpe corrobora esta aserción diciendo que Osiris nació en el monte Sinaí, llamado monte Nysa por los egipcios (171).

Si el Dios de los judíos hubiese sido el único Dios vivo y Jesús su único Hijo, no viéramos como éste subroga la ley judía del talión por la de caridad y sacrificio. Si el *Antiguo Testamento* está inspirado por Dios, no puede estarlo el *Nuevo Testamento* o recíprocamente. No es posible creer que Dios se contradiga en el relativamente corto tiempo de unos cuantos siglos, y forzosamente habrán de confesar los teólogos que o estuvo inspirado Moisés o no era Jesús el Hijo de Dios. eN este dilema prendieron los gnósticos al naciente cristianismo.

Durante diecinueve siglos ha estado esperando la justicia que los comentadores de sano criterio advirtiesen la diferencia entre el ortodoxo Tertuliano y el gnóstico Marción. La brutal violencia, doblez y mojigatería del "insigne africano" repugna aun a los mismos cristianos.

Oportunamente pregunta Marción:

> ¿Cómo puede Dios quebrantar sus propios mandamientos? ¿Cómo prohibir por una parte la idolatría y el culto de las imágenes, y ordenar por otra la adoración de la serpiente de bronce? ¿Cómo prohibir el robo y mandar después a los israelitas que roben el oro y la plata de los egipcios?

EL EMMANUEL DE ISAÍAS

Anticipándose Marción a las conclusiones de la crítica moderna, rechaza el mesianismo atribuido a Jesús. Sobre esto dice el autor de la *Religión sobrenatural*:

> El Emmanuel (172) profetizado por Isaías no es cristo, pues la virgen su madre es un *alma* del templo; ni los sufrimientos del siervo de Dios (*Isaías*, LII, 13, y LIII, 3) vaticinan la muerte de Jesús (173).

CAPÍTULO IV

Nada supera a estos Misterios, que de la grosería y rudeza transportan nuestra conducta a la amabilidad, benevolencia y ternura.-CICERÓN: *De Legibus*, II, 14.

Desciende, ¡oh Soma!, en aquella esplendorosa corriente que eclipsó la luz del sol... ¡Oh Soma!, eres el océano de vida, por todas partes difundido, que infundes potencia creadora en los rayos del sol- *Rig Veda*, II, 143.

... Aparece la hermosa Virgen de abundosa cabellera con dos espigas en la mano, y se sienta para amamantar a su Niño – AVENAR.

Se atribuye el *Pentateuco* a Moisés, no obstante la circunstancia de que relata su propia muerte (1) y de que, por otra parte, el *Génesis* (2) llama Dan a una ciudad que, según el libro de los *Jueces* (3), se llamaba en un principio Laish, y no tomó el nombre de Dan hasta muy posteriormente. Bien pudo Josías rasgar sus vestiduras (4) al oír las palabras del *Libro de la Ley*, porque había en él de Moisés tanto como de Jesús en el *Evangelio de San Juan*.

Los teólogos están encerrados en la alternativa de confesar o que Moisés era un impostor o que los libros a él atribuidos son una compilación de textos escritos en diferentes épocas por distintos autores. En ambos casos pierde el *Pentateuco* todo derecho a que se le considere fruto de la revelación divina. Está, por lo tanto, sin resolver en la *Biblia* el problema de la *palabra del Dios de verdad*, pues, según el texto, dijo Dios a Moisés:

CONTRADICCIONES BÍBLICAS

Yo el señor, que aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob en Dios omnipotente. Y mi nombre de JEHOVAH no lo manifesté a ellos (5).

En cambio, tenemos contradictoriamente aquel otro pasaje que dice:

Y llamó el nombre de aquel lugar, Jehovah-jireh (el Señor ve) (6).

¿Qué pasaje es el verdadero e inspirado? ¿Cuál el mentiroso y falso (7)?

Marción y los gnósticos tenían por engañosa la idea del Dios encarnado, y negaban, en consecuencia, la realidad física del cuerpo de Cristo, que decían era pura ilusión, pues no estaba formado de carne y sangre humanas, ni había nacido de mujer, ni su naturaleza divina pudo contaminarse por el contacto de la pecadora carne. No admitía Marción más autoridad apostólica que la de Pablo, cuya predicación se ajustaba al puro evangelio de verdad, sofisticado por los demás apóstoles con mezcolanzas de la ley mosaica (8).

Podemos añadir, por último, que la exégesis moderna, cuya escrupulosidad data de fines del siglo XVIII, considera que el texto ordenado por Marción sobre el Evangelio de San Lucas, único del que supo algo, es mucho más fiel y exacto que el correspondiente de los sinópticos, y así dice muy bien el autor de Religión Sobrenatural que “a Marción le debemos el verdadero texto de la oración dominical” (9).

Si de las sectas cristianas pasamos a la de los ofitas, que estaba en su apogeo en tiempo de Marción y los basilideanos, hallaremos en ella el fundamento de las *herejías* de todas las otras. Como los demás gnósticos, repudiaban por completo los textos mosaicos y no

obstante algunos toques originales, su filosofía derivaba de la tradición cabalística de Caldea, basada en los libros herméticos, en las enseñanzas de Manú y en las prevédicas doctrinas de la religión de sabiduría; pues aunque muy eminentes orientalistas descubran en la filosofía gnóstica semejanzas con la religión gbudista, no invalidan con ello nuestra afirmación, porque el budismo es, al fin y al cabo, la fuente originaria del induísmo, ya que Gautama no se declaró contra los *Vedas*, sino contra las amañadas interpolaciones y la superposición de dísticos para simular la prueba de que las castas eran de ordenación divina por haber salido cada una de ellas de los respectivos miembros de Brahma. Gautama restauró en espíritu y en verdad la doctrina que de tiempos primievales se enseñaba en el impenetrable secreto de los internos recintos de las pagodas; y por lo tanto, no es maravilla que los dogmas fundamentales de los gnósticos coincidan con los del induísmo y budismo.

Sostenían los gnósticos que el *Antiguo Testamento* estaba inspirado por una divinidad subalterna, sin la más mínima frase de *Sophia* o sabiduría, y que el *Nuevo Testamento* había perdido su prístina pureza por vicio de las interpolaciones, enmiendas y añadiduras de los compiladores, que pospusieron la divina verdad al logro de sus egoístas y pendencieros propósitos.

Enseñaban los ofitas la doctrina de las emanaciones, tan odiosa para quienes tan sólo conciben la unidad en la trinidad y la trinidad en la unidad. No designaban con nombre alguno al Absoluto, cuya primera emanación femenina era *Bythos* o el *Abismo* (10), de concepto análogo al de la *Shekinah* con que los cabalistas simbolizaban el *velo* encubridor de la *sabiduría* en la principal de las *tres* cabezas. La Sabiduría absoluta e innominada de los ofitas equivale a la Mónada de los pitagóricos, y al igual que estos la consideraban manantial de que emanaba la Luz (*Ennoia* o Mente) (11).

TEOGONÍA COMPARADA

Tenemos, por lo tanto, según la doctrina ofita, una Tríada constituida por el *Absoluto* y sus dos emanaciones: *Abrasax* (masculina) y *Bythos* (femenina), análoga a la primordial Tríada caldea y la abstracta Trimurti induísta.

Si comparamos sinópticamente los tres sistemas, tendremos:

	SISTEMAS		
Conceptos	INDUÍSTA	CALDEO	OFITA
El Absoluto es	*Brahma Zyaus.*	*En-Soph.*	Innominado.
La Divinidad manifestada (12) y andrógina, masculino femenina, es	*Brahmâ-Nara (m), Nari (f).*	*Eikon-Anu (m), Anata (f).*	Innominado, *Abrasax (m), Bythos (f).*
De la unión de ambas emanaciones surge el tercer principio (13), que es	*Viradj.*	*Bel.*	*Ophis.*
La trinidad masculina, dimanante del primordial femenino , es	*Brahmâ-Vishn-Siva* (14)	*Sin-Samas-Bin (15)*	*Sigé – Bythos - Ennoia (16.*

El sistema caldeo puede también exponerse con algunas variantes que no alteran la esencia. El Absoluto es *Ad-ad* (17), de quien por emanación procede Anu (18) y de éste Bel

(19) y de éste Hea (20). Sus respectivos principios femeninos o místicas esposas, son: Anata, Belta y Davkina unificadas en Mylitta (21), que con la Tríada masculina constituía el *Arba* (22) o raíz de toda potencia y perfección.

Este sistema puede resumirse sinópticamente como sigue:

	Anu	
Tríada	Bel	Mylitta. Arba o deidad cuaternaria.
	Hoa	

La equivalencia en el sistema cristiano es:

	Padre	
Trinidad	Hijo	María (23). Tetraktys cristina.
	Espíritu Santo.	

Aquí vemos por qué se llamó Kirjath-Arba o ciudad de los Cuatro, la ciudad de los kabiris (axieros, eros, axiokersos) simbolizados en Axiokersa, Demetrio, Kadmiel Hoa, etc.

La década pitagórica se descompone simbólicamente en la equivalencia de

Anu = 1; Bel = 2; Hoa = 3; en suma, 6
Anu-Bel-Hoa + Mylitta = 4
Tríada Década = 10

Ennoia u Ofis equivale al Hombre primitivo, al Pymander de los egipcios, al Unigénito del Padre, o sea la *Potencia de la divina Mente* o primera manifestación formal e inteligible del divino Espíritu. Simboliza la primordial aparición de la presencia divina en el mundo objetivo.

El Absoluto (Divinidad inmanifestada o Dios de misterio) fecunda con su voluntad a *Bythos* (abismo infinito e insondable), símbolo abstracto del Cosmos, incomprensible antes de su manifestación para la inteligencia humana. Pero como el común de las gentes no hubieran entendido el concepto de una Divinidad andrógina que en sí asumiera los principios masculino y femenino, la teología dogmática se vio precisada a idear un Logos o Verbo, es decir, la actualizante manifestación del Absoluto.

EL TERCER PRINCIPIO

Los ofitas, de acuerdo con las tradiciones caldeas, consideraban el tercer principio, Ennoia u Ofis, procedente generativamente del principio masculino (*Sigé*) y del femenino (*Bythos*) desdoblados del Absoluto. De la Tríada Sigé-Bythos-Ennoia procede *Sophia* (24), constituyéndose así la Tetraktys de que, a su vez, emana el *Christos* latente desde toda eternidad en la esencia del Absoluto, como latente también estuvo el Logos. Así, pues, Christos es *uno en esencia* con todos los demás principios emanados del Absoluto; pero ontológicamente considerado es una entidad andrógina constituida por los dos elementos *Christos* y *Sophia*, que se infundieron en la persona de Jesús.

Ireneo (25) dice que el Padre y el Hijo se enamoraron de la belleza de *Sophia* (mujer arquetípica), lo cual significa que la Luz, Ennoia, procedente del Padre y del Hijo fecundó a Sophia para emanar otros dos principios: el *Christos* perfecto y *Achamoth* (sabiduría inferior o ....). tenemos, por lo tanto, que Christos es el medianero y guía entre el Padre y el hombre

espiritual (26), así como Achamoth (o más correctamente Hakhamoth) es la medianera entre el mundo mental y el mundo físico (27).

Por otra parte, *Ophis* y *Sophia* son los desdoblados principios de una entidad andrógina, o sean respectivamente la sabiduría masculina y la sabiduría femenina, o de otro modo, la *Sophia mayor*, *Sophia Pneuma* (Espíritu Santo inmanifestado o Mente arquetrípica de todas las cosas) y la *Sophia menor (Ophis*) o Espíritu Santo manifestado en la persona de Jesús, a quien por esta razón representaban los ofitas con el atributo de la serpiente Ophis.

El reverendo Preston, sacerdote católico de Nueva York, en un sermón predicado en las funciones del "Mes de María" expuso con toda claridad, análogamente a los filósofos paganos, el concepto del principio femenino en sus relaciones con la Trinidad. Dijo el predicador:

> La obra de la Redención exigía que mediase en ella una madre, y la única mujer valedera para que por su mediación se cumpliera la obra de Dios, era María, cuya virginal pureza dispuso Dios al efecto, porque no era posible que una mujer contaminada fuese madre de Dios. Aun en su niñez fue la Santa Virgen más adorable que los serafines y querubines, y según iba creciendo era más pura. Por su misma santidad reinaba en el corazón de Dios, y llegada la hora, *toda la corte celestial quedó en silencio para que la Trinidad escuchara la respuesta de María, sin cuyo consentimiento no hubiera sido posible la redención del mundo...* en este mes de Mayo comienza la época de la Pascua, y pues la Naturaleza se engalana con flores y frutos que prometen copiosa cosecha, esperemos también nosotros la recolección del dorado fruto. En este mes despierta la mortecina tierra a nueva vida como símbolo de resurrección; y así, al postrarnos ante la imagen de la bendita e inmaculada virgen María, brotará de nosotros el vástago del buen propósito, la flor de la esperanza y el fruto de la santidad.

Al comentar este pasaje nos permitiremos contradecir en algunos puntos al predicador, advirtiendo en primer lugar que no es privativo del cristianismo, sino de muchos siglos anterior, el concepto del principio femenino materno, unido al trínico principio masculino, con la ventaja de ser más filosófico y muchísimo menos antropomórfico que el concepto cristiano de la madre de Dios.

Por lo demás, parece como si oyéramos decir a Ireneo en su exposición de la llamada herejía gnóstica, que el Padre y el Hijo se enamoraron de la celeste virgen Sophia, o como si recordáramos el símbolo egipcio de Isis, a un tiempo esposa, hermana y madre de Osiris-Horus.

Los gnósticos sólo consideraban *dos* entidades; pero los cristianos paganizaron el concepto, asimilándolo a la Tríada caldea Anu-Bel-Hoa identificada con Mylitta.

Por lo concerniente al símbolo de la resurrección en la primavera, también lo tuvieron los paganos en la resurrección de Osiris, Adonis, Baco y otros dioses solares muertos a manos de sus enemigos. La primaveral renovación de la naturaleza, cuando germinan las simientes adormecidas en el invierno (que se suponían conservadas en el mundo inferior o Hades), está simbolizada en los tres días que antes de su resurrección pasan en el infierno Cristo, Orfeo, Hércules y otros personajes teogónicos.

EQUIVALENCIAS TEOGÓNICAS

Precisamente lo que los cristianos califican de herejía es la doctrina induísta en toda su pureza. Vishnu, la segunda persona de la Trimurti, equivale al Logos (pues encarna voluntariamente en Krishna), y su a la par esposa, hermana e hija Lakmy o Lakshmy representa el mismo concepto que Isis respecto de Osiris, sephira respecto de En Soph y Ennoia de Bythos. Krishna es el redentor prometido por Brahma a la humanidad, y equivale al Christos de los gnósticos. Lakmy, esposa o aspecto femenino de Vishnu, es el símbolo de la naturaleza

física, la madre de todas las formas objetivas, la mediadora (como la Achamoth de los gnósticos) entre el mundo mental y el mundo físico. Krishna, en equivalencia de Christos, es el medianero entre el Absoluto y el hombre espiritual.

Este dogma gnóstico-induísta es más lógico y admisible que el expuesto en las alegorías del *Génesis* acerca de la caída del primer hombre. El Dios de Moisés no sólo maldice a Adán y Eva, sino a la tierra entera con todo cuanto en ella existe; y aunque les promete un Redentor de la humanidad castigada por el pecado de los primeros padres, nada nos dice el *Nuevo Testamento* sobre la redención de la tierra y los seres vivientes malditos por Dios sin haber cometido pecado alguno. Por lo tanto, la alegoría gnóstica denota mayor sentido de justicia y razón que la cristiana.

En el sistema ofita, la sabiduría andrógina (Sophia) equivale al principio femenino Nari o Narayana que flota sobre las aguas (28), pero que no puede vivificarlas inmediatamente porque se lo impide su pura naturaleza intelectual; ni tampoco puede Sophia vivificar la materia por intervención del Padre supremo ni de Ennoia, cuya naturaleza es todavía más espiritual, sino que para vivificarlas ha de valerse de Achamoth, su propia emanación, cuya naturaleza, entre espiritual y material, la capacita para relacionarse afinemente con la materia caótica.

El sistema ofita sólo se diferencia del nazareno de San Juan en el cambio de nombres (29). Dice el *Codex Nazaroeus* (30) que *Mano,* el supremo rey de Luz, es el "gran primero", lo cual significa que es la primera emanación de *Ferho* (el Absoluto, la Divinidad desconocida, la Vida sin forma). Es Mano el príncipe de los eones, y de él emanan cinco refulgentes rayos de la Luz divina (31). Por esto le llamaban los nazarenos *Rex Lucis*, según se ve en este pasaje:

> Unus est Rex Lucis in suo regno, nec ullus qui eo altior, nullus qui ejus similitudinem retulerit, nuilus qui sublatis oculis, viderit Coronam quoe in ejus capite est.

Por otra parte, simboliza Mano la Sabiduría oculta en la Luz manifestada en torno de la principal de las tres cabezas cabalísticas. De Mano proceden por emanación tres principios de vida: *Ebel Zivo* (Logos), el *Apóstol Gabriel* (Christos) y el primer *Mensajero de Luz*. La *Fetahi*l de los nazarenos equivale al aspecto espiritual de la Achamoth ofita y el *Spiritus* equivale al aspecto material de la misma Achamoth.

Fetahil es, según los nazarenos, el reflejo del señor Abatur, su padre (32), y le llaman también "el hombre novísimo". Viendo el Spiritus sus vanos intentos para crear un perfecto mundo material, demanda auxilio al desjuicioso e insensato Karabtanos (33), y con él se une para engendrar los siete astros (34) y definir, ayudados de estos, las formas del mundo objetivo, modeladas en la turbulenta materia caótica.

LOS PRIMITIVOS CRISTIANOS

Volviendo al sistema ofita, vemos análogos símbolos. Incapaz Sophía de crear por sí misma el mundo objetivo, emana de su propio ser a Achamoth, quien desciende al caos, y sobrecogida por la densidad de la materia, se desorienta y extravía; pero resuelta, no obstante, a formar un mundo objetivo, se mueve sobre el caos para vencer la inercia de los elementos, hasta que empapada, por decirlo así, de materia (35), y no pudiendo desembarazarse de ella, emana de sí misma el *Creador* (36) del mundo objetivo, que unas sectas consideraban como progenitor de Jehovah y otras como el mismo Jehovah. Precisamente este punto de la cosmogonía gnóstico-cabalística es el punto inicial del sistema mosaico, que aceptaron después los cristianos primitivos, cuya incultura (pues pertenecían a las ínfimas clases de la sociedad) no les permitía conocer las filosóficas doctrinas de los neoplatónicos ni siquiera los fundamentos metafísicos de la nueva religión que habían abrazado. Tanto los cristianos

procedentes del judaísmo, sometidos hasta entonces a la tiranía dogmática de las sinagogas, como los procedentes del paganismo, cuya plebe fue siempre profana a los Misterios, confundieron en sus ineducadas mentes el concepto de Jehovah con el del *Padre* de Jesús, por lo que muerto éste se suscitaron deplorables contiendas entre los partidarios de Pedro y los de Pablo, pues lo que uno afirmaba, el otro invariablemente lo negaba (37).

En su vano intento de presentar como heréticas las doctrinas de los gnósticos, confunde tan lastimosamente Ireneo los conceptos y tergiversa las ideas de tal manera, sea por ignorancia o por malicia, que no es posible desenmarañar el enredo sin cuidadosa compulsa de la *Kábala* y del *Codex*. Así, por ejemplo, no establece Ireneo diferencia alguna entre los setianitas y los ofitas, y dice que llamaban *Hominem* al Supremo Dios e *Hijo del Hombre* a la Mente divina (38), cuando ni los setianitas (39) ni los ofitas (40) tuvieron jamás semejantes conceptos de la Divinidad. Pero Ireneo se contradice al exponer en otro pasaje de sus obras las doctrinas de Cerinto, discípulo de Simón el Mago, pues dice que, según Cerinto, el mundo no fue creado por el supremo Dios, sino por un Eón, Virtud o Potestad de tan inferior grado que no concebía a Aquél que está *sobre todas las cosas.* Este Eón se valió de José para engendrar en las entrañas de su esposa María el cuerpo de Jesús e infundirse en él (41). Por lo tanto, Jesús era, en cuanto hombre, como los demás hombres, y como ellos engendrado y nacido, por lo que se le llamó el Hijo del Hombre.

Tenemos, pues, que si, según los gnósticos, era Jesús físicamente hijo de hombre y espiritualmente era el Christos infundido en su cuerpo, ¿cómo podían llamar *Hombre* al Padre, e Hijo del Hombre a la Mente divina (Ennoia)?

Ni los cabalistas ni los gnósticos antropomorfizaron jamás la Divinidad suprema e incognoscible, sino que denominaron “Hombre arquetípico” a la segunda emanación del principio femenino desdoblado del Absoluto y conocido también con los diversos nombres propios de Shekinah, Sephira, Depth, etc. Por lo tanto, Adam Kadmon, Ennoia y demás denominaciones del *Logos*, son Unigénitos pero no Hijos del Hombre, pues este calificativo es peculiar del Christos procedente del Hombre arquetípico y Sophía la Mayor por virtud de la vivificante luz emanada del Padre, foco de toda luz, y por consiguiente de la luz del Christos.

La filosofía gnóstica distingue entre el Logos inmanifestado o Primer Logos, y el Logos manifestado y ungido o Christos. En opinión de Filo Judeo puede llamársele a Ennoia el Segundo Dios, pero en manera alguna el Segundo Hombre, como pretenden Ireneo y Teodoreto, pues siempre fue Ennoia para los gnósticos el “Hombre arquetípico”. Ambos autores cristianos tergiversan la filosofía gnóstica con empeño de identificar de todos modos, por heréticos que sean, a Jesús con el supremo Dios, cuando precisamente nunca se les ocurrió a los gnósticos (42) ecuacionar con el Absoluto, no ya la persona de Jesús, sino ni siquiera la entidad de Cristo.

VERSÍCULO APÓCRIFO

Podemos comprobar las adulteraciones de Ireneo, Teodoreto y otros sectarios mediante el cotejo de los manuscritos originales con las copias posteriores. El artículo del credo que dice: *descendió a los infiernos*, no aparece en los manuscritos de los siglos IV y VI, de lo que se colige que fue una interpolación tomada de las leyendas de Baco y Hércules. Sobre el particular, dice el autor del *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Real* (43):

> La interpolación en el credo apostólico del artículo: *descendió a los infiernos* es, a mi juicio, tan evidente como la del versículo séptimo de la primera epístola del apóstol San Juan.

Ahora bien; este versículo dice así:

Porque tres son los que llevan los archivos (44) en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. Y los tres son uno.

Sin embargo, después de haber figurado en los textos canónicos se le tuvo por apócrifo, porque no aparece en ningún manuscrito griego (45). Las dos primeras ediciones de Erasmo impresas en 1516 y 1519 omiten este versículo, que no consta en ningún manuscrito anterior al siglo XV (46) ni mencionan los exégetas griegos ni los doctores latinos (47), tan afanosos de pruebas a favor de la Trinidad. También lo omite Lutero en la edición alemana del *Nuevo Testamento*.

Eduardo Gibbon fue el primero en descubrir la interpolación del versículo apócrifo, y por tal lo tuvieron el arzobispo Newcome y el obispo Lincoln (48). Dice Parson sobre este punto:

Desde luego, que si el versículo de los tres archiveros celestes fuese auténtico, lo hubieran conocido los primeros autores cristianos y de seguro lo aprovecharan como argumento de valía en pro del dogma de la Trinidad y en contra de los herejes (49).

Isaac Newton (50) dice:

Lo mismo que hicieron los latinos con el versículo en cuestión, hicieron los griegos con el versículo 16 del capítulo III de la *Epístola de San Pablo a Timoteo*, pues alteraron de ... en ... la abreviatura de la palabra ..... que aparece en el original manuscrito alejandrino. Con esta modificación quedó alterado el texto, de modo que se lee: *Grande es el misterio de santidad; Dios manifiesto en la carne*, en vez de leer como en el original: *Grande es el misterio de la santidad manifiesta en la carne...* Pero ahora que ya concluyeron las discusiones sobre esta adulteración, cuantos leen el pasaje: *Dios manifiesto en la carne*, hallan en él una prueba evidente del dogma relativo a este punto.

Preguntemos otra vez: ¿quiénes fueron los primitivos cristianos? Los con vertidos por la sencilla elocuencia de Pablo, que en nombre de Jesús prometía libertarlos de las ligaduras del dogmatismo. Sabían que eran los “hijos de la promesa” (51), y no estaba velada para ellos la bíblica alegoría en que Agar (52) simboliza la Sinagoga judía, que convirtió en esclavitud la alianza del Sinaí y puso en cautiverio a los hijos de Jerusalén. Gran número de judíos conversos injertaron en el cristianismo la persecutoria intolerancia desatada contra todo el que abominaba de la mojigatería y el dogmatismo; pero, por otra parte, se afiliaron a la nueva religión muchos gentiles pertenecientes al vulgo del paganismo (53), que por ignorancia de las verdades religiosas enseñadas en los Misterios estaban ansiosas de saber cuál era el único y verdadero Dios en aquel confuso panteón de dioses mayores y menores.

ANTAGONISMO ENTRE PEDRO Y PABLO

A su vez, el apóstol Pedro, no desligado de las prácticas judías y partidario de la circuncisión, prometía a sus catecúmenos la resurrección a una vida futura, si observaban la ley, aunque ninguno de ellos tenía más idea de la resurrección que la expuesta por los fariseos, pero negada por los saduceos.

La animosidad de Pedro (54) contra Pablo dificultó su apostolado, siendo así que hubiera podido convertir a gran número de paganos sin noción alguna de la vida futura, y a no pocos judíos, tanto de los que creían en la resurrección predicada por los fariseos, como de los pertenecientes a la escuela escéptica y materialista de los saduceos. Esto explica el escaso éxito que el cristianismo obtuvo entre las clases cultas y aristocráticas, según demuestra la historia eclesiástica, pues oían de labios de Pedro lo contrario de lo que decía Pablo, y vacilaban entre uno y otro, sin saber de qué parte estaba la verdad y la inspiración divina.

Decía Pablo:

Echa fuera a la sierva y a su hijo, porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la libre.

Y así, hermanos, no somos hijos de la sierva sino de la libre, con cuya libertad Cristo nos hizo libres.

Mirad que os digo yo, Pablo: que si os circundidareis, Cristo no os aprovechará de nada (55).

En cambio, Pedro exclamaba:

Porque hablando palabras arrogantes de vanidad...

Prometiéndoles *libertad* siendo ellos mismos esclavos de la corrupción, porque todo aquel que fue vencido queda esclavo del que lo venció.

Y si después de haberse apartado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador, enredados de nuevo en ellas son vencidos... *mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia* que después de conocerlo volver las espaldas a aquel mandamiento santo que les fue dado (56).

¿Qué quiso significar Pedro con esto?

No podía aludir a los gnósticos, pues no les había sido comunicado el santo mandamiento, como a Pablo, ni como éste habían prometido el término de la esclavitud. Por otra parte, Pablo repudia la antigua alianza simbolizada en Agar, y Pedro la confirma. Pablo previene a las gentes contra las *potestades* y *dignidades* (57), mientras que Pedro las acata y amenaza a quienes las desacaten. Por último, Pedro prescribe la circuncisión, y Pablo la proscribe.

Con el tiempo, el episcopado de la nueva religión fundió en un molde artificiosamente dispuesto todas estas contradicciones, falsedades, amaños, supercherías e invenciones, cuyo caótico conglomerado se puso a cubierto de todo análisis y escrutinio merced a los terribles anatemas que contenían la curiosidad del lego so pretexto de sacrilegio y profanación de los Misterios divinos. Desde entonces se sacrificaron millones de vidas humanas en nombre del Dios de las misericordias, hasta que la Reforma se declaró contra Pedro a favor de Pablo. Pero por una extraña paradoja, el apóstol que abominó de la antigua ley de esclavitud, que dejó a la discreción individual observar o no el sábado y que repudió el dogmatismo anterior a San Juan Bautista, sirve de modelo y guía al protestantismo, que apoyado en la antigua ley con más tesón que los mismos judíos, mostró mayor intolerancia, fanatismo y espíritu persecutorio que la sinagoga rabínica.

Pues entonces, podemos preguntar nuevamente, ¿quiénes fueron los primitivos cristianos? Indudablemente los ebionitas, según opinan los más sagaces críticos, entre ellos el autor de la *Religión sobrenatural*, quien dice:

No cabe duda de que las *Homilías clementinas* fueron escritas por un gnóstico de la secta de los ebionitas, cuyas doctrinas asumieron un tiempo la más pura forma del cristianismo (58).

Y precisamente los ebionitas eran discípulos y continuadores de los primitivos nazarenos o gnósticos cabalistas, como se colige de los siguientes pasajes:

Es natural que los nazarenos admitieran también la doctrina de los eones, pues fueron instructores de los ebionitas y estos conocían dicha doctrina (59).

Ebión tenía las ideas de los nazarenos, las fórmulas de los corintios (quienes atribuían a los ángeles la creación del mundo) y el nombre de cristianos...

Nazarenos y ebionitas se unificaron por último, y contagiándose recíprocamente su malicia, decidieron que Cristo era de semilla de hombre (60).

JESÚS Y LOS EBIONITAS

Renán dice que los parientes de Jesús eran ebionitas, y que los nazarenos consideraban como salvador y profeta a su primo y precursor Juan el Bautista, cuyos discípulos moraban en la parte opuesta del Jordán.

Dunlap demuestra que Juan bautizó a Jesús en un paraje del río donde se adoraba a Adonis, y dice a este propósito:

> A orillas del Jordán, más allá del lago, moraban los nazarenos, secta anterior al nacimiento de Jesús, quien perteneció a ella. Seguramente, se dilataron por el Oriente del Jordán y por el Sudeste hacia tierras de loa árabes y sabeanos (61), en la dirección de Bosra. También debieron propagarse por el Norte hasta el Líbano y Antioquía y por el Nordeste hasta la colonia de Bercea, donde aún estaban en tiempo de San Jerónimo. En el desierto tal vez subsistían a la sazón los Misterios de Adonis, y se invocaba en las montañas el nombre de *Adonai* (62).

Según ya hemos visto, dice Teodoreto que los judíos nazarenos veneraban al Ungido como un hombre justo y seguían el *Evangelio* llamado de *Pedro*. Por otra parte, San Jerónimo encontró en la biblioteca de Cesárea, coleccionada por el mártir Panfilio, el original hebreo del apóstol Mateo el publicano, y dice sobre el particular:

> Los nazarenos de Beroea de Siria me dieron licencia para traducir el original del *Evangelio de San Mateo* que la mayoría tienen por verdadero y he traducido recientemente al griego (63). Es el *Evangelio* seguido por los nazarenos y ebionitas (64), y el apóstol lo escribió en lengua caldea pero con caracteres griegos.

Es evidente que los apóstoles recibieron de Jesús enseñanzas secretas, pues el mismo San Jerónimo, tal vez en un momento de descuido, declara:

> Muy trabajosa es la traducción que vuestras reverencias me han encomendado, pues el propio evangelista San Mateo no quiso escribir *abiertamente*, y si no hubiese sido enseñanza secreta hubiera añadido al *Evangelio* algún comentario suyo; pero como era cosa secreta, encubrió de su propio puño el texto con caracteres hebreos de modo que sólo pudieran comprenderlo los varones más religiosos, quienes recibían la explicación de sus antecesores y maestros. Así, no permitieron sacar copia alguna de este libro, y unos lo interpretaron en un sentido y otros en otro... Y sucedió que como Seleuco, discípulo de Maniqueo, publicara este libro después de haber publicado un texto apócrifo de los *Hechos de los apóstoles*, dio con ello motivo de escándalo y no de edificación, ya que los oídos de la Iglesia se mostraron sordos al sínodo que aprobó dicho libro (65).

Añade San Jerónimo que, no obstante haber traducido dos veces el texto hebreo escrito por San Mateo de su propio puño y letra, le costaba mucho trabajo comprenderlo, porque estaba en lenguaje enigmático. Sin embargo, tiene San Jerónimo el suficiente desahogo para condenar por herético todo comentario no suyo, aunque sabía muy bien que el texto original de San Mateo encerraba la verdadera doctrina de Jesús, de cuyas predicaciones fue testigo el evangelista, y que de los dos textos no era ciertamente apócrifo el de los nazarenos, sino el griego.

No obstante, San Jerónimo se declara a sabiendas defensor del texto adulterado en contra del auténtico, pues la aceptación de este último hubiera entrañado la muerte del

dogmatismo cristiano, ya que el texto hebreo, seguido durante cuatro siglos por los nazarenos y ebionitas, no proclamaba la divinidad de Jesucristo (66).

¿A qué maravillarse de los misterios del cristianismo, desde el momento en que es religión puramente humana? Oigamos lo que uno de los más ilustres doctores de la Iglesia, San Gregorio Nacianceno, dice a su amigo y confidente San Jerónimo:

> Nada tan a propósito para alucinar a las gentes como la palabrería, porque cuanto menos comprenden más admiran. Nuestros antecesores y maestros dijeron con frecuencia, no lo que pensaban, sino lo que las circunstancias les movían a decir.

PRIMITIVA COSMOGONÍA CRISTIANA

Pero volvamos al sistema cosmogónico de los genuinos cristianos primitivos.

Después de haber producido a Ilda-Baoth (67) sufrió muchísimo Achamoth por su contacto con la materia, hasta que, al cabo de vigorosos esfuerzos, escapó del cenagoso caos. Como no conocía el Pleroma, o región materna, llegó al espacio intermedio y desprendióse de las partículas materiales adheridas a su naturaleza espiritual. Entonces levanta una recia muralla entre el mundo mental y el mundo físico, por lo que Ilda-Baoth resulta ser el "hijo de las tinieblas", el creador del mundo pecaminoso o aspecto físico del mundo. A ejemplo de Bythos, emana Ilda-Baoth de sí mismo, y a su propia imagen, seis entidades astrales reflejo una de otra, pero más tenebrosas a medida que se distancian de su progenitor, con el cual se distribuyen las siete regiones dispuestas escalonadamente a partir del espacio intermedio, donde está la región de su madre, Achamoth, hasta la tierra o séptima región. Así tenemos que Ilda-Baoth y sus seis emanaciones son los espíritus de las siete esferas planetarias, en cuyo último término está la tierra. Los nombres de los siete espíritus planetarios son: Ilda-Baoth, Jove o Jehovah, Sabaoth, Adonai, Eloi, Uraios y Astaphaios (68). Los cuatro primeros (sin contar el de Ilda-Baoth) corresponden indistintamente al "Señor Dios" de los hebreos (69); y los dos últimos son los genios del fuego y del agua en la cosmogonía nazareno-ebionítica.

Pero Ilda-Baoth (70) no era entidad puramente espiritual, sino que, ambicioso y soberbio, desdeñó la espiritual luz del espacio intermedio que su madre Achamoth le ofrecía, y quiso crear un mundo a su semejanza. Auxiliado por sus seis hijos, los genios planetarios, creó al hombre; pero fracasó en su obra, porque el hombre aquél era un monstruo sin alma, ignorante, que se arrastraba por el suelo como una bestia. Entonces Ilda-Baoth implora el auxilio de su madre espiritual, quien le transmite un rayo de divina luz, con el que anima al hombre material. Dotado así de alma, obedece al impulso de la luz divina y se eleva más y más, hasta trascender la imagen de su creador Hilda-Baoth y mostrar semejanza con Ennoia, el Hombre arquetípico. Henchido por ello de rabiosa envidia, Ilda-Baoth estalla en animosidad contra su criatura, y clavando la emponzoñada vista en el abismo de la materia, reflejóse la pasión en ella como en un espejo, con tal intensidad que del abismo surgió Satán (71), cuya espiritual inteligencia está entremezclada de odio, envidia, falacia y lo más vicioso, ruin y grosero de la materia (72).

Más y más despechado Ilda-Baoth al ver la progresiva perfección del hombre, crea los reinos mineral, vegetal y animal con todos sus malos instintos y viciosas cualidades; pero impotente para abatir el árbol del conocimiento, que medra en cada una de las regiones planetarias, se resuelve a separar al hombre espiritual protectora, y le prohibe comer el fruto del árbol por temor de que descubra los misterios del mundo superior. Pero Achamoth, que protegía y amaba al hombre por haberle animado, envió a su propio hijo Ofis en forma de serpiente para inducir al hombre a comer del fruto del árbol. Y en cuanto el hombre quebrantó

tan injusto y egoísta mandato, se capacitó súbitamente para comprender y abarcar los misterios de la creación.

Gracias a este conocimiento, formóse el hombre de su propia mitad espiritual y material una compañera. Ilda-Baoth se vengó de la primera pareja humana encerrándolos en una mazmorra de carne, indigna de su naturaleza, donde todavía están esclavizados. Pero Achamoth, que seguía protegiendo al hombre, estableció entre él y la mansión celeste una corriente de divina luz para su iluminación espiritual.

TIPOS DUALÍSTICOS

También se encuentran en el sistema nazareno-ebionítico las alegorías del batallador dualismo entre el bien y el mal, el espíritu y la materia, cuyo origen se descubre en la India, de donde lo tomaron todas las cosmogonías. Los opuestos tipos dualísticos del sistema gnóstico son remedo y copia de otros antiquísimos en las primitivas concepciones míticas. Ofis y Ofiomorfos, Sofía y Achamoth, Kadmon y Adam, los genios y los eones, los ángeles, arcángeles, virtudes y potestades aparecen con otros nombres en los sistemas induísta, budista y mazdeísta, al paso que sirvieron de modelo a las personificaciones bíblicas. El "Zeroana" o "Tiempo sin límites" de los mazdeístas es el prototipo del "Abismo" y de la "Corona" de los gnósticos, así como del "En Soph" cabalístico. Los seis "Amshaspendas" creados por la "palabra" de Ormazd el "primogénito", tienen sus copias reflejas en "Bythos" y sus emanaciones, así como el tipo dualístico Ormazd-Ahriman y sus *devas* ofrece analogía con Ilda-Baoth y sus seis genios planetarios, contaminados de materia.

Conmovida Achamoth por los males que no obstante su protección afligen a la humanidad, suplica a su celeste madre Sofía que recabe del desconocido *Abismo* el envío de Christos, hijo y emanación de la Virgen celeste, en auxilio de la decaída humanidad, pues Ilda-Baoth y sus seis hijos materiales desvían de ella la divina luz. Achamoth dice entonces a su hijo Ilda-Baoth que el reino de Christos sería tan sólo temporal, y fiado en ello manda Ilda-Baoth a su propio mensajero y protegido el profeta Juan el Bautista, de la estirpe de Seth; pero únicamente escucharon su palabra los nazarenos que adoraban a Iurbo-Adonai (73). Además, Achamoth indujo a Ilda-Baoth a que engendrase al *hombre* Jesús en la Virgen María para que fuese su reflejo en la tierra, pues la formación de una entidad física correspondía por naturaleza a Ilda-Baoth, por no estar en las funciones de una potestad más elevada. En cuanto nació Jesús, unióse el perfecto *Christos* a *Sophía* (sabiduría y espiritualidad) y fue descendiendo a través de las siete regiones planetarias, de cuya respectiva forma se iba revistiendo para encubrir su verdadera naturaleza a los genios de los planetas, al paso que absorbía de estos las chispas de divina luz que retenían en su esencia. Así pudo infundirse Christos en el cuerpo de Jesús en el momento del bautismo en el Jordán. Desde entonces operó Jesús milagros, pues hasta allí había estado del todo ignorante de su misión (74).

Al percatarse Ilda-Baoth de que Christos amenazaba derrocar el reinado de la materia, concitó en su contra a los judíos que le condenaron a muerte (75). Poco antes de morir Jesús en la cruz, abandonó su cuerpo la duada Christos-Sophía y se restituyó a su propia esfera. El cuerpo físico de Jesús quedó en la tierra, pero él siguió actuando en un cuerpo formado de éter (76).

Dice King acerca del particular:

> Desde entonces sólo tuvo Jesús alma y espíritu, y por esto no le reconocieron sus discípulos cuando se les apareció después de resucitado. En cuerpo sutil permaneció en la tierra año y medio, y durante este tiempo recibió de Sophía la ciencia perfecta, la verdadera gnosis, que comunicó a los pocos discípulos capaces de recibirla y comprenderla.

Por fin ascendió Jesús al espacio intermedio donde se sienta a la diestra de Ilda-Baoth sin que éste lo advierta, y allí acoge a las almas purificadas por el conocimiento de Cristo. Cuando haya absorbido toda la luz espiritual retenida entre la materia del reino de Ilda-Baoth, quedará cumplida la obra de la redención y destituido el mundo. Tal es el significado de la reabsorción de toda luz espiritual en el pleroma de plenitud del que en un principio descendiera (77).

TEOGONÍA OFITA

Pero Teodoreto, de quien toma King esta exposición doctrinal, apoya en los informes de Ireneo sus propias observaciones, muy imperfectas por cierto en lo concerniente a los ofitas del siglo III, cuando ya se habían entremezclado con otras sectas. Por su parte, también Ireneo los juzga deficientemente, y ni uno ni otro aciertan en la exposición de la verdadera teogonía de los ofitas, que con sólo tal o cual variación de nombres es la misma de los gnósticos y nazarenos. *Ophis* equivale al egipcio *Chnuphis* (serpiente del Bien), con majestuosa cabeza de león, símbolo antiquísimo de *Thoth*, el "Hijo de Dios" y Salvador de la humanidad. Dice Hermes Trismegisto:

¡Oh humanos! Vivid sobriamente y conquistad la inmortalidad. Yo soy vuestro instructor y guía y os conduciré a la salvación.

Así es que los primitivos gnósticos identificaban al *Christos* con *Ophis* (el Agathodaemon), y representaban a éste en figura de serpiente, como doble símbolo de la eternidad y de la sabiduría divina, análogamente a la significación del *Chnuphis* egipcio.

Decían los ofitas:

El supremo Eón emanó de sí mismo otros eones, entre ellos a *Prunnikos* (78) de naturaleza femenina, la cual se sumió en el caos, quedando impregnada de materia, hasta el punto de que no le era posible escapar de ella ni tampoco caer más abajo, donde nada había afín con su naturaleza (79). Así permaneció suspendida en el espacio intermedio y emanó de su ser a Ilda-Baoth (80), quien, a su vez, emanó siete eones o ángeles, que formaron los siete cielos (81).

Ilda-Baoth encubrió a estos siete genios cuanto estaba por encima de él, a fin de que nada supieran de lo que le fuese superior (82). Después los genios (83) crearon al hombre a imagen de su padre, pero de modo que se arrastraba encorvado por el suelo como los gusanos. Deseosa entonces Prunnikos de quitarle a Ilda-Baoth el poder de que inadvertidamente le había dotado, infundió en la forma humana un destello celeste: el espíritu. Al recibirlo, se alzó el hombre sobre sus pies, remontó su mente más allá de las siete esferas y glorificó al supremo Padre que está *por encima* de Ilda-Baoth. Envidioso éste, posó su mirada en los ínfimos sedimentos de la materia y engendró una potestad en figura de serpiente, que indujo a Eva a probar el fruto del árbol de la ciencia (84).

Resulta, por lo tanto, que la serpiente del Génesis, aparecida en escena sin previo aviso, es remedada copia del *archideva*, cuya cabeza de sierpe llaman los persas *ash-mogh* (85). Si la serpiente bíblica quedó privada de sus extremidades antes de tentar a la mujer, ¿cómo la condena Dios a arrastrarse sobre su vientre? No es posible suponer que anduviese apoyada en la cola.

Los Padres y doctores de la Iglesia sostuvieron la supremacía de Jehovah contra la opinión contraria de las escuelas gnósticas, que en último recurso fueron anatematizadas por heterodoxas. Esta controversia duró hasta algún tiempo después de Constantino, si bien en un principio hubo cristianos, como por ejemplo Tertuliano, que tuvieron de Jehovah el mismo concepto que los gnósticos, sin que San Clemente de Alejandría, defensor de la opinión contraria, viese nada de herético ni censurable en las doctrinas de Basílides.

Sobre este punto dice King:

A juicio de Clemente de Alejandría no era Basílides un hereje, esto es, un innovador contrario a las enseñanzas de la iglesia, sino sencillamente un filósofo teosófico que trataba de dar *nuevas formas a verdades antiguas*, con intento tal vez de conciliarlas con la nueva fe, cuya aceptación entrañaba necesariamente la renuncia a la antigua, como sucede en nuestros días con los indos ilustrados (86).

TERTULIANO CONTRA BASÍLIDES

Ireneo y Tertuliano no opinaron lo mismo que Clemente. Las principales obras de Tertuliano contra los herejes rebosan de fanática animosidad y mala fe, aunque las escribió afiliado ya a la secta de Montano (87), desfigurando en ellas el sistema gnóstico, hasta convertirlo en absurda monstruosidad, sin más fundamento que la obcecación del fanatismo sectario. De Basílides (88), dice Tertuliano:

El hereje (89) Basílides pierde el tino al decir que Abraxas es el Supremo Dios de quien emanó la Mente, llamada Nous por los griegos, y que de la Mente emanó el Verbo y del Verbo la Providencia y de la Providencia la Virtud y la Sabiduría y de estas dos los Principados y Potestades (90) con infinidad de emanaciones angélicas, en cuya inferior categoría coloca a los que formaron el mundo, y el último de todos ellos a Jehovah, que según Basílides no es Dios sino uno de los ángeles (91).

Inútil es aducir la argumentación de las *Homilías clementinas* (92) en prueba de que Jesús no distinguió jamás entre su "Padre" y el "Señor Dios" de Moisés, pues está demostrado que no fueron escritas por el autor a quien se atribuyen sino por un ebionita, en opinión de algunos comentadores (93), y en tal caso dataría de mucho antes de la época de San Pablo, so pena de que se interpolaran posteriormente los pasajes relativos a la identidad de *Jehovah* y el *Padre* de Jesús; pues los ebionitas, que según ha demostrado Epifanio, eran discípulos inmediatos de los nazarenos, nunca consideraron a Jehovah como el supremo Dios, sino que le llamaron *Adonai-Iurbo* (94).

Pero tan cuidadosamente celaban sus doctrinas los nazarenos, que el mismo Epifanio, no obstante escribir a últimos del siglo IV, no está seguro de cuáles fuesen sus dogmas, pues dice a este propósito:

Prescinden del nombre de Jesús y no se llaman *iesaenos* ni judíos ni cristianos, sino nazarenos. Creen en la resurrección de los muertos..., pero respecto de Cristo, *no sé* si lo consideran *tan sólo como hombre* o si creen, cual debieran creer, que nació de la Virgen María por obra del *Santo Pneuma* (95).

El autor de las *Homilías* pone en boca de Simón el Mago argumentos de índole gnóstica, mientras que Pedro trata de conciliar la ley mosaica y el rito de la circuncisión con la divinidad de Jesucristo, sin menoscabo de su fe en el "Señor Dios" que había dejado de "proteger" al "pueblo escogido".

Según demuestra el autor de la *Religión sobrenatural*, el Epítome de las *Homilías* refunde la doctrina del texto con la conjeturable intención de eliminar los puntos heréticos (96). Simón el Mago opina, según las *Homilías*, que el Demiurgo, el constructor o Arquitecto del universo, no es el supremo Dios, y se apoya para ello en las palabras del mismo Jesús, que dice: "Ningún hombre conoció al Padre". La misma obra nos representa a Pedro muy indignado contra la opinión de que los patriarcas no hubiesen podido "conocer al Padre", pero Simón le replica, aduciendo en prueba de su aserto aquel pasaje en que Jesús da gracias al Señor de cielos y tierra por "haber revelado a los niños lo que encubrió a los sabios", y a esto redarguye Pedro que lo *encubierto a los sabios* se refiere a los *misterios* de la creación (97).

Pero aunque en vez de supuesta por el autor de las *Homilías* hubiese sido real esta argumentación de Pedro, no demostraría la identidad de Jehovah con el "Padre" de Jesús, sino a lo sumo la adhesión de Pedro a la ley mosaica, al rito de la circunsición y a la letra del *Antiguo Testamento* sin que, no obstante su íntimo trato con Jesús, pueda aducir pruebas convincentes de que el misericordioso y omnipotente Padre fuese el colérico, vengativo y tonante Dios del Sinaí.

ESOTERISMO CRISTIANO

Lo que plenamente demuestran las *Homilías* es que, aparte de la predicación pública, enseñaba Jesús secretamente a los contados discípulos merecedores de recibirla. Así pone el autor en boca de Pedro estas palabras:

> Recordamos que nuestro señor y Maestro nos mandó diciendo: "Guardad los misterios para mí y los hijos de mi casa". Por lo que también explicaba secretamente a sus discípulos los *misterios del reino de los cielos* (98).

Fácil es de comprender el sentido de la frase: "guardad los misterios para mí y los hijos de mi casa", si por misterio entendemos la doctrina secreta que, según el original del Evangelio de San Mateo (99), enseñaba Jesús en la logia (100), análogamente a los ... (*aporrheta)* o lecciones secretas de los Misterios paganos, que tan sólo podían recibir los discípulos del círculo interno, elegidos para ejercer el sacerdocio. De esto cabe inferir que la doctrina secreta de Jesús, con toda su terminología, era substancialmente idéntica a la de los neoplatónicos y se apoyaba en la gnosis oriental, como todas las religiones primitivas. Posteriormente el fanatismo sacerdotal adulteró esta doctrina con interpolaciones y amaños contradictorios para conciliar los progresos de cada siglo con los errores del precedente. En algunos manuscritos hay conceptos tan groseros, que se delatan por sí mismos y demuestran la ignorancia en que los Padres de la Iglesia estaban del Evangelio que pretendían defender. Ejemplo de ello tenemos en que, según ya dijimos, Tertuliano y Epifanio acusaron a Marción de haber eliminado del *Evangelio* de San Lucas un pasaje que nunca estuvo en el texto original.

Uno de los errores más notorios es el de atribuir al profeta Isaías el vaticinio de que Jesús se valdría de parábolas al predicar a las gentes. Sobre esto, ponen las *Homilías* en labios de Pedro las siguientes palabras:

> Pues Isaías dijo: Abriré mi boca con parábolas y revelaré lo que estuvo secreto desde el principio del mundo (101).

El autor de *Religión sobrenatural* dice a este propósito:

> En el siglo III echó Porfirio en cara a los cristianos el error de atribuir a Isaías una frase de los Salmos, que puso en grave aprieto a los Padres de la Iglesia (102).
>
> Eusebio y Jerónimo intentaron salir del paso achacando el error a torpeza del copista. Jerónimo va más allá y dice que en los primeros manuscritos no aparecía el nombre de Isaías en dicho pasaje, sino el de Asaph, que la ignorancia de los copistas substituyó por aquél... Pero contra esto vale advertir que en ningún manuscrito de los conocidos se ve el nombre de Asaph, aunque el de Isaías se ha ido borrando de todos ellos, excepto de algunos que escaparon a la rectificación. En el *Código sinaítico*, que probablemente es el manuscrito más antiguo de todos ellos, pues data del siglo IV, hay una nota que dice: "El profeta Isaías figuró en el texto por haberlo puesto la primera mano, pero lo borró la segunda" (103).

Es muy significativo que nada pruebe en el *Nuevo Testamento* la divinidad de Jesucristo a los ojos de sus discípulos, quienes ni antes ni después de su muerte le tributaron honores divinos, sino que sencillamente le llamaban “maestro”, o sea el mismo título con que a Pitágoras y Platón honraban los suyos.

En cuantas palabras se han puesto en boca de Jesús y los apóstoles no se advierte en estos la más leve señal de adoración divina ni Jesús se proclamó jamás idéntico a su Padre (104) y, aunque se llamaba hijo de Dios, añadía que “todos los hombres eran hijos del Padre celestial”. Esta doctrina derivaba legítimamente de la enseñada muchos siglos antes por Hermes, Platón y otros filósofos.

HUMANIDAD DE JESÚS

Nueva prueba de que Jesús no se arrogó la identidad con el Padre nos la da el pasaje siguiente:

> ...No me toques, porque aun no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios y vuestro dios (105).

La frase *mi* Padre y *vuestro* Padre, *mi* Dios y *vuestro* Dios denota igualdad de condición, aunque superioridad de evolución respecto de sus discípulos. Dice Teodoreto sobre este punto:

> Los herejes coinciden con nosotros en el concepto de la Causa inicial de todas las cosas; pero dicen que no hay un solo Cristo-Dios, sino dos entidades, una superior y otra inferior, que precedentemente *moró en varios*. En cuanto a Jesús, unas veces dicen que procede de Dios y otras le llaman *espíritu* (106).

Este espíritu es el *Christos*, el mensajero de vida, que algunos llaman también arcángel Gabriel (107), equivalente al *Logos* de los neoplatónicos; pero no se le debe confundir con el Espíritu Santo o *Vida* (108), considerado como Potestad femenina (109) por las escuelas gnósticas, excepto la nazarena, para quien era el aspecto femenino del Espíritu, la luz astral generadora de todas las cosas materiales, o sea el caos contrarrevuelto por el Demiurgo.

Sobre esto dice el Zohar:

> Al crear al hombre había luz (espiritual) junto al Padre y había luz (material) junto a la Madre. Tal es el hombre dual (110).

Por su parte dice el *Código de los nazarenos.*

> El último día perecerán los siete astros mal ordenados y también los hijos del hombre que confesaron al *Spiritus*, al falso Mesías, al Deus. Perecerá también la *madre* del *Spiritus* (111).

Jesús acompañó sus predicaciones de señales y obras maravillosas; pero contra el excesivo entusiasmo de quienes lo divinizan, se opone la consideración de que no hizo ni más ni menos que lo que hicieron otros cabalistas en aquella época en que, por haberse agotado las fuentes de profecía, no estaban acostumbradas las gentes a los fenómenos mágicos y el escepticismo culminaba en la secta de los saduceos.

Dice Teodoreto:

> Los gnósticos afirman que el mensajero o delegado de Dios cambia periódicamente de cuerpo de suerte que va de uno en otro y cada vez se manifiesta de distinto modo... Y los profetas iluminados usan

conjuros e invocan a los demonios y practican la ceremonia del bautismo en la confesión de sus doctrinas... Profesan la astrología, la magia y los errores matemáticos (112).

El don de sanar a los enfermos y de operar prodigios, que Jesús comunicaba a sus discípulos, demuestra que estos iban aprendiendo a su lado la teoría y la práctica de la nueva ética, al paso que fortalecían su fe a medida que acrecentaban sus conocimientos (113). De esta gradación en el adelanto de los discípulos nos da ejemplo el caso de Pedro, quien, no obstante su débil fe al principio (114), llegó por fin a sobresalir en la taumaturgia, hasta el punto de que, según dicen los *Hechos*, le ofreció dinero Simón el Mago para que le comunicara el don de obrar milagros. Por otra parte, el apóstol Felipe fue un etrobático tan excelente como el pitagórico Abaris, aunque menos experto que Simón el Mago.

Ni en las *Homilías* ni en el texto original de los *Evangelios* ni en los *Hechos de los Apóstoles* hay prueba alguna de que los discípulos de Jesús viesen en su Maestro algo más que un profeta superior a todos los profetas. Las *Homilías* son un alegato en pro del monoteísmo, aparte de la disquisición puesta en boca de Pedro con intento de probar la identidad del Dios de Moisés con el "Padre" de Jesús. El autor de las *Homilías* parece tan opuesto al paganismo como a la divinidad de Jesucristo (115), y como si desconociera el concepto del Logos, trata únicamente de *Sophía,* la Sabiduría según los gnósticos, diciendo que la dualidad *Christos-Sophía* se infundió en Jesús como antes se había infundido en Adán, Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés (116), a quienes coloca a un mismo nivel de espiritualidad y les llama "verdaderos profetas" y las "siete columnas del mundo". Por otra parte, el autor niega resueltamente por boca de Pedro la caída de Adán, y en consecuencia el dogma de la redención según lo expone la teología cristiana, cuyos conceptos en este punto tilda de *blasfemos*, aceptando en cambio la doctrina cabalística y en cierto modo platónica de la permutación. De acuerdo con ella, dice el autor de las *Homilías* por boca de Pedro, que Adán no sólo no pecó sino que *era incapaz de pecar*, porque, como verdadero profeta, estaba poseído del mismo espíritu de Dios que después se infundió en Jesús (117).

LA REENCARNACIÓN SEGÚN LAS HOMILÍAS

El "Hijo de Dios" simboliza el espíritu inmortal del hombre, la entidad divina u hombre verdadero, pues los vehículos inferiores son entidades imperfectas que, privadas de la luz del espíritu, quedan reducidos a una *duada* animal (118). El hombre verdadero es trino y no pierde la inmortalidad en los sucesivos renacimientos a través de las esferas que cada vez le acercan más y más al esplendente reino de la eterna y *absoluta* Luz.

Dice la Kábala:

> El Primogénito de Dios, el santo Velo, la Luz de luces, envía la *revolución* del *Delegado,* porque es la primera Potestad (119).

A lo que arguye un doctor de la Iglesia:

> No hay más pneuma (espíritu) ni más dunamis (poder) de Dios que el *Logos*, el primogénito de Dios... Ángeles y potestades hay en los cielos (120).

Sin embargo, esta doctrina es puramente cabalística y la tomaron los cristianos del *Zohar* y de las sectas gnósticas, pues Jesús no la aprendió en las sinagogas judías sino en las escuelas cabalísticas. El texto mosaico apenas habla de los ángeles y potestades celestes, no obstante las directas comunicaciones de Moisés con el "Señor Dios de Israel", y de aquí la

enseñanza relativa a los ángeles se mantuviera secreta y la condenara por herética la sinagoga. Tal es la razón de que Josefo tilde de herejes a los esenios, diciendo:

> Los que se afilian a la secta de los esenios juran conservar en toda su pureza las doctrinas recibidas y transmitirlas en tiempo oportuno tal como las recibieron y mantener secretos los libros de la secta y los nombres de los ángeles (121).

Los saduceos no creían en los ángeles ni tampoco los iniciados griegos, quienes sólo reconocían los dioses y semidioses del Olimpo. Únicamente los cabalistas y teurgos sostuvieron desde tiempo inmemorial la creencia en los ángeles, que posteriormente adoptaron Platón y Filo Judeo, más tarde los gnósticos y por último los cristianos.

Josefo no dijo respecto de Jesús lo que Eusebio le atribuye en su amañada interpolación, sino que, por el contrario, señala en los esenios las características culminantes en la doctrina de Jesús. Así dice de ellos:

> Para orar se retiraban a lugares solitarios... Su palabra es más valedera que un juramento y esquivan siempre el jurar... Entran en las casas de gentes desconocidas y las tratan como si fuesen íntimos amigos (122).

Estos rasgos distintivos coinciden con los consejos que Jesús dio, según los siguientes pasajes:

> Mas tú cuando orares, entra en tu aposento y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Pero yo os digo que de ningún modo juréis ni por el cielo, porque es el trono de Dios...; mas vuestro hablar sea sí, sí, no, no; porque lo que excede de esto, de mal procede (123).

LOS NABATEANOS DE AYER Y DE HOY

Los nazarenos, lo mismo que los esenios y los terapeutas, interpretaban esotéricamente las *Escrituras* prescindiendo de la fórmula externa de la ley mosaica, que el mismo Jesús tuvo en poco, a pesar de los esfuerzos de Ireneo en presentarle de perfecto acuerdo con Moisés (124),

Dice Munk (125) que en el desierto moraban sobre cuatro mil esenios que tenían libros místicos y vaticinaban el porvenir. Los nabateanos profesaban con levísimas diferencias las mismas doctrinas que los nazarenos y sabeanos, y todos ellos veneraban mayormente a Juan el Bautista que a Jesús. El historiador persa Iezidi dice:

> Los nabateanos llegaron a Siria procedentes de Busrah. Observan el bautismo y creen en siete arcángeles, aunque al mismo tiempo veneran a Satán. Su profeta Iezed, que floreció muchísimo antes de Mahoma, enseñaba que Dios le enviaría un mensajero para revelarle el significado de un libro escrito en los cielos desde la eternidad (126)

Los nabateanos moraban en el Líbano, donde todavía están sus descendientes, y su sistema religioso era puramente cabalístico. Maimónides los identifica con los sabeanos, según se infiere de este pasaje:

> Te diré cuáles son las obras que tratan de las creencias e instituciones de los sabeanos. La más famosa es la titulada: Agricultura de los nabateanos, que tradujo Ibn Wahohijah y rebosa de quimeras

paganas... Habla de la preparación de talismanes para contrastar el poder de los espíritus, magos, demonios y trasgos que moran en el desierto (127).

Hoy día, las tribus diseminadas más allá del Jordán y los samaritanos de Damasco, Gaza y Naplosa, la antigua Siquem, conservan tradicionalmente, en toda su primitiva sencillez, la fe de sus padres, no obstante las persecuciones sufridas durante dieciocho siglos. Entre ellos hemos de buscar las tradiciones verídicas, por mucho que las hayan desfigurado superposiciones posteriores, y compararlas con las leyendas forjadas por los Padres de la Iglesia so capa de revelación. Dice Eusebio que antes del sitio de Jerusalén, la naciente comunidad cristiana, la mayoría de cuyos individuos habían conocido personalmente a Jesús y los apóstoles, se refugiaron en la ciudad de Pella, sita al otro lado del Jordán. Es, por lo tanto, muy natural que esta primitiva colonia, durante tantos siglos apartada del resto del mundo, haya conservado íntegra la doctrina del Fundador, y allí debemos buscar la fuente originaria del cristianismo. Después de la muerte de Jesús, todos los cristianos, fuesen ebionitas, nazarenos o gnósticos, se refundieron bajo la común creencia de que Jesús había sido un hombre justo (128), un profeta poseído de la entidad *Christos-Sophía* manifestada por su mediación. Los primitivos cristianos se mantuvieron unidos contra la fanática intolerancia de la sinagoga y el tiránico tecnicismo de los fariseos, hasta que de este común tronco se desgajaron dos ramas: los tanaímes y los gnósticos (129). Entre los primeros se agruparon los partidarios de Pedro y Juan Evangelista; entre los segundos, los que siguieron a Pablo, y a fines del siglo II absorbieron a las escuelas gnósticas, cuya mística simbología se incorporó a la Iglesia romana.

Entre estas contradicciones hermenéuticas y dogmáticas, ¿qué cristiano se atreverá a definir su fe? El texto siriaco del *Evangelio de San Lucas* dice:

> Jesua, lleno del Santo Espíritu, volvió del Jordán y el Espíritu le condujo al desierto (130).

Añade el mismo texto que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en figura de paloma.

Sobre el particular dice Dunlap:

> La dificultad está en que el *Evangelio* declara que Juan Bautista vio descender el Espíritu (Poder de Dios) sobre Jesús en el momento del bautismo, es decir, en plena virilidad; y por lo tanto, tiene fundamento la creencia de los ebionitas y nazarenos de que antes del bautismo no es posible admitir en Jesús los atributos del Logos. Por otra parte, los gnósticos creían que Jesús era el Logos manifestado en la carne (131).

El *Apocalipsis* de San Juan y las opiniones del sincero obispo Sinesio, que por fin abrazó las doctrinas neoplatónicas, corroboran la sencilla fe de los primeros cristianos. Sinesio, discípulo de Hipatia, exclama en un arrebato de inspiración:

> ¡Oh! Padre de los mundos... Padre de los eones... Artífice de los dioses, santa es tu alabanza (132).

Y dice Hermes:

> Santo es Dios, el Padre de todos los seres. Santo es Dios, cuyo poder se manifiesta en la Sabiduría. Bendito eres Tú, que todo lo creaste con tu palabra. Creo en Ti y de Ti doy testimonio, y voy a la VIDA y a la LUZ (133).

¿Qué obispo cristiano se ha expresado tan ortodoxamente como el divino pagano?

DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

Las evidentes discrepancias de los Evangelios sinópticos y las adulteraciones que los desfiguran encubren un fondo de verdad que posteriormente falsearon las exigencias de la Iglesia, hasta convertir las superposiciones en dogmas, tanto por pruebas ficticias como por la ciega fe del vulgo. La supuesta degollación de los inocentes por el rey Herodes tiene algún fundamento alegórico, pues el relato está tomado de las tradiciones induístas, en que el rey Kansa, tirano de Madura, ordena la muerte del niño Krishna, hijo de su sobrina Devaki, porque los astrólogos le pronosticaron que el recién nacido llegaría a arrebatarle la corona. Pero Krishna se libra de la furia de Kansa por la protección de Mahadeva, quien sugiere a la madre la idea de escapar a país extraño, mientras que el rey Kansa, con objeto de asegurar la muerte de su presunto rival, manda degollar a todos los niños menores de dos años (134).

Aunque es sorprendente el parecido entre el relato induísta y el del Nuevo Testamento, opinan algunos comentadores, Gaffarel entre ellos, que la degollación de los inocentes, tal como aparece en los Evangelios, alude a las persecuciones emprendidas durante el reinado de Herodes contra los cabalistas y varones doctos que se habían apartado de la ortodoxia judía, y se les llamaba “niños inocentes” a causa de su pureza de vida. Por otra parte, como sucede en algunos grados de la moderna masonería, los iniciados computaban por años simbólicos su grado de iniciación (135).

De no aceptar la interpretación de los cabalistas, forzosamente hemos de reconocer que el relato evangélico del degüello de los inocentes es copia de la leyenda inda.

La mayor parte de comentadores advierten que la historia no menciona ésta ni ninguna otra matanza de niños, y en verdad que un suceso de tan horrenda magnitud no hubiera pasado por alto a los historiadores de la época. El tetrarca de Jerusalén era vasallo de Roma, que sin duda no dejara impune tan monstruoso crimen. En cambio, los textos judíos dan copiosas pruebas de la persecución emprendida contra los iniciados. El *Sepher Toldoth Jeschu* dice a este propósito:

JESÚS SEGÚN LAS TRADICIONES HEBREAS

María fue madre de un niño llamado Jeschu, y ya crecido lo puso al cuidado del rabino Elhanan. Y el niño adelantaba en conocimientos porque estaba dotado de aguda comprensión. Después de Elhanan educó a Jeschu el rabino Joshua, hijo de Perchiah, quien le *inició* en el conocimiento *secreto*; pero como el rey Janeo mandase matar a todos los iniciados, el rabino Joshua huyó a Alejandría con el niño.

Durante su permanencia en Alejandría se hospedaron en casa de una muy principal y docta señora (136), a quien el joven Jesús diputó por bella no obstante un *defecto que en los ojos tenía*, y así se lo declaró a su maestro. Encolerizado éste al escuchar que su discípulo encontrara algo bueno en el país de la esclavitud, le maldijo y apartóle de su presencia.

Relata a continuación el texto en estilo alegórico una serie de aventuras, de las que se colige que Jesús completó su iniciación en las escuelas cabalistas de la India, después de instruido en la ciencia de los egipcios. Muerto el rey Janeo regresó Jesús a Judea (137).

El erudito autor de *Tela ígnea Satanae* dice que se levantaron contra Jesús dos cargos substanciales: 1.º Que prevalido de su iniciación en Egipto había descubierto los secretos del templo. 2.º Que los había profanado al divulgarlos entre gentes que, incapaces de comprenderlos rectamente, los desnaturalizaron. Pero copiemos la traducción del texto hebreo sobre el particular, que dice así:

Hay en el santuario del Dios vivo una piedra cúbica en que están esculpidos los sagrados caracteres cuya combinación revela los atributos y poderes del Nombre inefable que dan la clave del conocimiento de las ocultas fuerzas de la Naturaleza.

Llaman los hebreos a esta piedra *Scham hamphorash*, y está custodiada por dos leones (138) de oro que rugen cuando alguien se acerca. Siempre había guardias de vista en las puertas del templo, y en el santuario sólo entraba una vez al año el sumo pontífice. Pero Jesús, que conocía el secreto por haberlo aprendido en Egipto, forjó una clave invisible con la que pudo entrar en el santuario sin que nadie le viese... Cogió los caracteres de la piedra cúbica escondiéndoselos en el muslo (139), y en seguida salió del templo para asombrar al pueblo con sus milagros. Resucitaba muertos, sanaba leprosos y endemoniados, y a su voz emergían del fondo del mar las piedras para formar una montaña desde cuya cumbre predicaba su doctrina; pero como no pudiera mover la piedra cúbica del santuario, modeló otra de arcilla y la enseñaba a las gentes por verdadera.

Por fin, prendieron a Jesús y estuvo cuarenta días en la cárcel donde le azotaron por sedicioso, le lapidaron después por blasfemo en un paraje llamado Sud, y finalmente le crucificaron (140).

Este relato, como todos los de los libros hebreos, tiene doble significado: el literal y el esotérico, cuya explicación dan los libros cabalísticos. Sin embargo, por mucha cautela que se haya de tener para aceptar los relatos judíos referentes a Jesús, son algo más verídicos que los de los demasiado celosos Padres de la Iglesia. Lo cierto es que Jaime, el "hermano del Señor" como le apellidan los textos, nada dice acerca de la resurrección, y en ningún pasaje de sus *Epístolas* llama a Jesús "Hijo de Dios" ni siquiera "Cristo Dios", sino tan sólo una vez el "Señor gloriosísimo", como también llamaban los nazarenos a Juan el Bautista.

Así vemos en el siguiente pasaje:

Hermanos míos, no queráis poner la fe del señor gloriosísimo Jesucristo en acepción de personas (141).

Las expresiones usuales de los nazarenos al hablar de Juan el Bautista son las mismas que emplea Santiago o Jaime al referirse a Jesús, y así le llama "hombre de semilla de hombre", "Mensajero de Vida", "Mensajero de Luz", "mi Señor Apóstol", "Rey brotado de la Luz", etc.

Dice el *Código de los nazarenos*.

Paz a ti, mi Señor Juan Abo Sabo, Señor de gloria (142).

Además tenemos estos otros dos pasajes:

Condenasteis y matasteis al justo (143).
Porque Juan el justo vino a vosotros en camino de *justicia* (144).

CONCEPTOS DEL APÓSTOL SANTIAGO

El apóstol Santiago no confiere a Jesús el título de Mesías en el sentido que le dan los cristianos, sino que alude al cabalístico Rey Mesías, el Señor de Sabaoth (145), y repite varias veces que vendrá el Señor; pero sin que en pasaje alguno lo identifique con Jesús.

Así dice:

Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor... Esperad, pues, también, vosotros, con paciencia..., porque se ha acercado la venida del señor... Tomad, hermanos, por ejemplo del fin que tiene la aflicción, el trabajo y la paciencia al profeta (Jesús) *que habló en nombre del Señor* (146).

Si bien en el texto actual de la Biblia aparezca el plural “profetas” en vez del singular, se trata de una evidente adulteración, cuyo propósito no hay necesidad de indicar. En el versículo siguiente añade Santiago:

> Ved que tenemos por bienaventurados a los que sufrieron. Visteis el sufrimiento de Job y visteis el fin del Señor, porque el Señor es misericordioso y piadoso (147).

En este pasaje equipara en perfecta igualdad el ejemplo de Jesús con el de Job.

Pero ¿a qué aducir más argumentos? El mismo Jesús glorifica al profeta del Jordán diciendo:

> ¿Mas qué salisteis a ver?, ¿un profeta? Ciertamente os digo y aun más que un profeta... En verdad os digo que entre los nacidos de *mujer* no se levantó mayor que Juan el Bautista (148).

¿Y de quién había nacido el que así hablaba? La Iglesia romana convirtió en *diosa* a María, la Madre de Jesús; pero a los ojos de los demás cristianos era una mujer, concebida o no sin mancilla. Por lo tanto, el mismo Jesús confesaba que Juan era *mayor* que él al decir que no había otro mayor entre los nacidos de mujer. Lo mismo se colige de las palabras del arcángel Gabriel: “Bendita eres entre todas las mujeres”. No la llama “diosa” ni la titula “madre de Dios” ni siquiera “virgen”, sino tan sólo “mujer”, aunque la distingue entre todas las de su sexo en razón de su pureza.

Los nazarenos tenían también los nombres de bautistas, sabeanos y cristianos de Juan. No creían que el Mesías fuese el Hijo de Dios, sino sencillamente un profeta que había abrazado las doctrinas de Juan, el hijo del Abosabo Zacarías, quien le dijo:

> El que crea en mi justicia y en mi bautismo entrará en mi asociación y compartirá conmigo el solio, asentado en la mansión de vida del supremo Mano y del fuego viviente (149).

Expone Orígenes sobre el particular:

> Algunos dicen que Juan el Bautista fue el Cristo. El ángel Rasiel de los cabalistas equivale al arcángel Gabriel de los nazarenos y al Mensajero enviado por Dios, según los cristianos, para anunciar a María la Encarnación del Verbo (150).

Pablo adoptó la terminología de los nazarenos en aquel pasaje que dice:

> Y el postrero de todos, como a un aborto, me apareció también a mí (151).

Además, Pablo no repara en decir que pertenece a los herejes, como se infiere de este pasaje:

> ... según la secta que ellos dicen herejía sirvo yo a mi Padre y Dios (152).

Cuando empezó a prevalecer la doctrina gnóstica que consideraba a Jesús como el Verbo hecho carne, hubo una escisión entre cristianos y nazarenos, pues estos acusaban a aquéllos de pervertir las doctrinas de Juan y no practicar el bautismo en el Jordán (153).

Sobre esto dice Milman:

> A medida que el Evangelio transponía las fronteras de Palestina, el nombre de Cristo, santificado y venerado en las ciudades orientales, se convirtió en una especie de *abstracción metafísica*, al paso que la religión iba encubriendo su puro aspecto moral bajo la forma de *teogonía* especulativa (154).

El único documento originalmente auténtico que de los tiempos apostólicos ha llegado hasta nosotros, es el *Evangelio de San Mateo,* seguido por los nazarenos, que contiene la doctrina secreta y las parábolas de Jesús a que alude Papias. Estas parábolas o proverbios eran análogos a los compendios (*aporretha)* que servían de texto al neófito y explicaban algunos ritos y símbolos necesarios para la iniciación. Si no hubiese sido así, ¿cómo se comprendería el secreto de Mateo).

ANTONOMASÍAS DEL LOGOS

Los primitivos cristianos tenían diversos grados de iniciación, y el reconocimiento entre ellos se practicaba por medio del apretón de manos y de ciertas palabras convenidas a modo de santo y seña, como de ello nos ofrecen pruebas evidentes la infinidad de joyas y amuletos de procedencia gnóstica, cuya significación es toda una simbología. Adoptaron además los cristianos los sobrenombres aplicados por los cabalistas al Logos, tales como *Luz de Luz* (155), Mensajero de *Vida y Luz* (156), así como casi toda la terminología gnóstica (157) en que abundan los *Hechos de los apóstoles* y el *Evangelio de San Juan.*

Hay un pasaje cabalístico que dice:

> El Unigénito de Dios, emanado del Altísimo, con aquel que es el Espíritu del Ungido.

En otro pasaje llaman los cabalistas al Unigénito el ungido del Altísimo, todo lo cual concuerda substancialmente con las expresiones del Evangelio de San Juan:

> Era la luz verdadera. Y la luz en las tinieblas resplandece. Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre (158).

Resulta, por lo tanto, que los conceptos del *Logos* y del *Christos* eran ya conocidos siglos antes del cristianismo, pues la gnosis oriental precedió de muchísimo a Moisés, y así hemos de buscar su origen en la primieval filosofía asiática. En las epístolas de Pedro y Judas Tadeo también se advierte la terminología de la cábala oriental, según aparece en los siguientes pasajes:

> Y mayormente aquellos (los ofitas)... osados, pagados de sí mismos, desprecian las potestades.
> Tornóse el perro a lo que vomitó y la puerca lavada a revolcarse en el cieno (159).

Así habla Pedro, sirviendo con ello de modelo al posterior lenguaje de Tertuliano e Ireneo.

Por su parte dice Judas, repitiendo las frases de Pedro y empleando términos cabalísticos:

> Así como Sodoma y Gomorra... fueron puestas por escarmiento..., de la misma manera estos también contaminan su carne y desprecian la dominación y blasfeman de la potestad (160).

PRINCIPADOS Y POTESTADES

La *Dominación* es, según la Kábala, el *Empíreo* o décmo Sephirote (161). Las *Potestades* y *Dignidades* son los *Arcángeles* y *Ángeles* del Zohar (162). Estas emanaciones son el dogma capital de la religión mazdeísta, de cuyo *Zendavesta* tomó el *Talmud* prestada la doctrina; y así resulta que por haber prevalecido entre los cristianos las opiniones del elemento

judaico acaudillado por Pedro, viene a ser el cristianismo como una secta disidente del mazdeísmo, pues se apartan del verdadero concepto cabalístico de las *Potestades*. La enseñanza de Pablo, contraria a la adoración de los ángeles, demuestra que este apóstol advertía ya el peligro de divulgar entre su grey una filosofía que sólo eran capaces de comprender debidamente los magos y tanaímes. Dice Pablo a este propósito, contra la opinión de Pedro y sus secuaces:

> Nadie os extravíe afectando en humildad dar culto a los ángeles que nunca vio, andando hinchado vanamente en el sentido de su carne (163).

En el *Talmud* es Miguel el príncipe de las Aguas, a cuyas órdenes militan *siete* espíritus subalternos. Los judíos consideraban a Miguel como su patrono y ángel tutelar (164), y así tenían por herejes y blasfemos a los ofitas que identificaban a Miguel con su Ofiomorfos o Demiurgos, el creador del mundo *material* y personificación de la envidia y la malicia, príncipe de los malignos espíritus, equivalentes a los devas zoroastrianos. Sin embargo, Jesús no aludió jamás a los ángeles sino en el sentido de mensajeros y enviados de Dios; por lo que puede afirmarse que los adoradores de los ángeles fueron los primeros herejes del cristianismo y los causantes de las posteriores herejías.

Dice Pablo sobre las potestades del mundo invisible, pero siempre presente:

> Porque nosotros no tenemos que luchar contra la carne y la sangre sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los aires (165).

Esto nos da a entender inequívocamente que, no obstante las discrepancias de Pablo en algunos puntos de la doctrina gnóstica, estaba de acuerdo con la de las emanaciones; y por otra parte, que sabía distinguir entre el Jehovah de los judíos o Demiurgo, y el Dios predicado por Juan. En cambio, Pedro, Judas y los partidarios del culto de los ángeles, no sólo adoraban a Miguel sino también a Satán, que fue ángel antes de su caída, pues denostan a los gnósticos (166) por hablar mal de Satán, según se colige de los siguientes pasajes:

> Como quiera que los ángeles que son mayores en fortaleza y virtud no pronuncian contra sí juicio delante del Señor (167).
>
> Cuando el arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo, mas dijo: Rechácete el señor (168).

Si esto no resultara suficientemente claro, podríamos recurrir a la *Kábala* para determinar el verdadero concepto de las dignidades.

Dice el *Deuteronomio:*

> Y murió allí Moisés en tierra de Moab mandándolo el Señor y enterróle enfrente de Phogor y no supo hombre alguno su sepulcro hasta el día de hoy (169).

Resulta evidente, por lo tanto, la contradicción de este pasaje con el de Judas, que viene a corroborar las aserciones de los gnósticos respecto a que el supremo Dios era incognoscible (170); que Ilda-Baoth era el Demiurgo; y que Iao, Adonai, Sabaoth y Elohi eran la cuaternaria emanación que unitariamente constituía a Jehovah, llamado también por los gnósticos Miguel o Samael, o sea un ángel muy distante de la Divinidad. En esto coincidían los gnósticos con el eminente doctor judío Hillel y varios teólogos de Babilonia; pues, según nos dice Josefo, las sinagogas judías estaban muy deferentes con las escuelas del asia central cuyas doctrinas

seguían, hasta el punto de considerar como metrópolis de sus enseñanzas los colegios de Sora, Pumbiditha y Nahaidea. La versión caldea del *Pentateuco*, debida al famoso teólogo babilónico Onkelos, aventajaba en autoridad a toda otra, y de acuerdo con este erudito rabino sostuvieron después Hillel y otros tanaímes que la entidad de la zarza ardiente, del monte Sinaí y del monte Nebo no fue el mismo Dios, sino Memro, el ángel del Señor; así como la entidad que el *Nuevo Testamento* confunde con *Iahoh* era una de sus emanaciones, hijos o mensajeros.

LOS GNÓSTICOS Y LOS APÓSTOLES

De todo esto se infiere que los gnósticos eran mucho más cultos que los apóstoles y estaban mejor versados en la doctrina caldea y aun en los mismos dogmas de la religión judía; al paso que la ruda ignorancia de los apóstoles les llevaba a valerse en las discusiones de dicterios tan soeces como “bestias brutas”, “marranos”, “perros” y otros denuestos tan prodigados por Pedro.

De entonces a ahora esta agresividad ha llegado a las cumbres de la jerarquía sacerdotal, pues no obstante haber dicho el Fundador del cristianismo que todo aquél que llamare “raca” a su hermano, reo es de pecado, todos los jerarcas romanos, desde el pescador de Galilea hasta los opulentos pontífices del día, porfiaron en zaherir cáusticamente a sus adversarios de tal modo que, por último, se revuelve Lutero contra ellos exclamando:

> Todos los papistas son borricos. Tanto da que estén cocidos, asados, fritos, desollados o en jigote. Siempre serán borricos.

Por su parte, Calvino calificaba a los católicos de “perros malignos, cuyos insolentes ladridos corrompen el sentido de las Escrituras”. El doctor Warburton tilda de “farsa impía” la religión papista, y en cambio, Dupanloup asegura que el culto sabatino protestante es la “misa del diablo”, de la que todos los clérigos de la secta son “ministros ladrones.

La misma ignorancia y torcido espíritu de investigación movió a la Iglesia cristiana a conferir a sus lumbreras títulos pertenecientes a los gnósticos, como por ejemplo, cuando a Pablo le llaman *vaso de elección*, sobrenombre propio del heterodoxo Manes (171).

Lo mismo ocurre con las invocaciones a la Virgen María, copiadas de las religiones egipcia e induísta, según demuestra el siguiente cuadro sinóptico:

LETANÍAS COMPARADAS

RITUAL INDUÍSTA	RITUAL EGIPCIO	RITUAL CATÓLICO
Letanía de la Virgen Nari o Devanaki	Letanía de la Virgen Isis	Letanía lauretana
1. Santa Nari – Mariama, Madre perpetua fecundidad.	1. Santa Isis, Madre Universal (185).	1. Santa María.
2. Madre de Dios encarnado (172).	2. Madre de los dioses (186).	2. Mater Dei.
3. Madre de Krishna.	3. Madre de Horus.	3. Mater Christi.
4. Eterna Virgen (173).	4. Virgen generadora (187).	4. Virgo virginis.
5. Madre Purísima (174).	5. Alma madre del Universo (188).	5. Materdivinae gratiae.
6. Virgen Castísima (175).	6. Sagrada virgen tierra (189).	6. Virgo christianísima.

7. Madre taumatra (176)	7. Madre de toda virtud (190).	7. Mater purísima. Mater inmaculata. Mater inviolata. Mater amabilis. Mater admirabilis.
8. Virgen trigana (177)	8. Ilustre Isis, potísima, misericordiosa y justa (191).	8. Virgo potens. Virgo clemens. Virgo fidelis.
9. Espejo de la suprema). conciencia (178).	9. Espejo de Justicia y Verdad (192).	9. Speculum justitiae.
10. Madre sapientísima (179).	10. Misteriosa Madre del Mundo (193).	10. Sedes sapientiae.
11,Virgen del loto blanco (180).	11. Loto sagrado.	11. Rosa mística.
12. Matriz áurea (181).	12. Sistro áureo.	12. Domus aurea.
13. Luz celeste (182).	13. Astarté.	13. Stella matutina.
14. (La misma invocación).	14. Nimbo de la luna.	14. Foederis arca.
15. Reina de cielos y tierra (183).	15. Reina de cielos y tierra.	15. Regina coeli.
16. Alma madre de todos los seres (184).	16. Dechado de madres (194).	16. Mater dolorosa.
17. Concebida sin mancha de pecado.	17. Virgen madre.	17. Regina sine labe originale concepta (195).

Las monjas del catolicismo, con el voto de castidad, tuvieron su precedente en las consagradas a Isis, en Egipto, a Vesta en roma y a Nari en la India, donde todavía subsisten las *devadasis* o religiosas consagradas al culto de la virgen Nari, que viven conventualmente en riguroso celibato (196).

Pero volviendo a nuestro tema, echamos de ver que si bien la teología cristiana toma la doctrina de los ángeles y arcángeles de la *Kábala* oriental, de que la *Biblia* mosaica es a modo de alegórica pantalla, olvida en el remedo el orden jerárquico de las emanaciones, pues los querubines y serafines de que aparecen rodeadas las imágenes pictóricas de la Virgen María son entidades equivalentes a los elohimes y benielohimes de los hebreos y pertenecen al Jezirah o tercer mundo, según la *Kábala* inmediatamente superior al *Asiah* o cuarto e ínfimo mundo donde moran los clipotes (197) presididos por Belial.

Dice Ireneo, al explicar a su modo las herejías de los dos primeros siglos, que “según los herejes, únicamente el Hijo unigénito, el *Nous* puede conocer al *Propator*”, como así llamaban los valentinianos (198) al perfecto Eon preexistente a Bythos (199). Este concepto del Propator es también cabalístico, según se infiere del siguiente pasaje:

> Senior occultatus est et absconditus. Microprosopus manifestus est et non manifestus (200).

La teogonía hebrea considera la suprema Divinidad como una abstracción, “sin forma ni existencia ni semejanza con cosa alguna” (201). Por su parte Filo Judeo llama al creador el “Logos cercano a Dios” o “segundo Dios” que es la “Sabiduría de Dios” (202). Según el esoterismo hebreo, Dios es NADA y no tiene nombre, por lo que se le llama *En-Soph* (203). Por otra parte, el *Evangelio* atribuido a San Juan se muestra acorde con los valentinianos al decir:

> No porque alguno ha visto al Padre, sino aquél que vino de Dios, éste ha visto al Padre (204).

De este pasaje se infiere la ligereza con que la Iglesia cristiana condenó a los gnósticos por negar que Jehovah fuese el mismo Dios manifestado a Moisés y los profetas. Además

invalida este pasaje cuantos argumentos levantó Pedro contra Simón el Mago, pues, según las *Homilías*, dice éste:

> Nadie ha visto al Padre sino Jesús que de Dios es.

De esto se colige que o bien el autor del cuarto Evangelio nada supo de las *Homilías* o que no fue Juan el amigo y compañero de Pedro a quien tan palmariamente contradice en este punto. De todos modos, el citado pasaje, como otros varios que pudieran añadirse, descubre las relaciones del cristianismo con la Gnosis y la *Kábala*.

PLAGIOS DEL CRISTIANISMO

El dogma, la moral y el ritualismo de la religión cristiana están tomados del induísmo y budismo, al paso que las ceremonias, ornamentos sacerdotales y pompa cultual derivan del lamaísmo o budismo tibetano. Los monasterios católicos son remedos serviles de los del Tíbet y de la Mongolia, aunque los exploradores y misioneros que visitaron los países budistas achacaron el plagio a los tibetanos y mongoles, que son precisamente los plagiados, según nos dirá la página histórica que sobre el particular ha llegado el tiempo de escribir.

CAPÍTULO V

Apréndelo todo, pero resérvalo para ti.
MÁXIMA GNÓSTICA.

Hay un Dios superior a los demás dioses y más divino que los mortales, cuya forma no es humana ni tampoco su naturaleza es semejante a la del hombre. En vano imaginan los mortales que los dioses tienen sensaciones, voz y cuerpo humanos.-XENÓFANES (citado por Clemente de Alejandría en su *Stromateis,* V, 14, 110).

TICHIADES.-¿Quieres decirme, ¡oh Filocles!, por qué la generalidad de los hombres se complacen en mentir y además se afanan en husmear lo que otros hacen?
FILOCLES.-Muchas razones, ¡oh Tichiades!, mueven a los hombres a mentir cuando la mentira les allega provecho.
Diálogo de Luciano.

ESPARTANO.- ¿A quién he de confesar? ¿A ti o a Dios?
SACERDOTE.- A Dios.
ESPARTANO.- Pues entonces retírate.

PLUTARCO: (*Aforismos notables de los lacedemonios)*.

Examinaremos ahora algunos de los más importantes misterios de la Kábala para señalar su relación con los mitos filosóficos de varias naciones.

LA ESENCIA SUPREMA

Representa la Kábala oriental a la Divinidad bajo el símbolo de tres círculos envueltos en uno con el vaho de la exhalación caótica. Según el *Zohar,* los tres círculos se transmutan en *tres cabezas* circundadas de un aura incolora inscrita en un círculo, que simboliza la esencia desconocida (1). Este símbolo tiene tal vez su precedente en el hermético Pymander o Logos egipcio, representado dentro de fuliginosa nube (2). Ya hemos visto en el capítulo precedente que, según el *Zohar*, el supremo Dios es una abstracción tal como lo inconciben las teogonías induístas y budistas (3). Es *Hakama* o Suprema Sabiduría incomprensible por reflejo y subyacente dentro y fuera del *Cráneo de Larga Faz* (Sephira), la superior de las tres cabezas. Es el infinito e ilimitado En *Soph*, el *No-Cosa*.

Desde luego, que las tres cabezas superpuestas están tomadas de los tres induístas triángulos también superpuestos. La cabeza superior simboliza la *Trinidad en el Caos*, del cual surge la *Trinidad manifestada*. El eternamente inmanifestado, ilimitado e incondicionado *En* Soph, no debe confundirse con el Creador, como suelen confundirlo los intérpretes. Todas las cosmogonías consideran *pasiva* la Esencia suprema; pues por ser ilimitada, infinita e incondicionada no tiene *pensamiento* ni *idea*, sino que actúa de conformidad a su propia naturaleza y de acuerdo con la necesidad de la ley o sea de sí misma. Por esta razón dicen los cabalistas hebreos que *En Soph* es *no existente* (...), pues como el finito entendimiento del hombre no alcanza a comprenderle, es como si no existiera para la mente humana.

La primera emanación de *En Soph* es *Sephira* o la *Corona* (...). al llegar la hora del período de actividad, la suprema Esencia divina, cuya luz es para el hombre obscuridad, se explayó de dentro afuera, según la inmutable y eterna ley, para emanar de sí misma una inteligente entidad espiritual (4), la *Corona* o primer sephirote, que contiene en su ser los otros nueve sephirotes (...) o entidades inteligentes, cuya totalidad está simbolizada en Adam Kadmon o *Protogonos* andrógino o bisexual (*Didumos*), arquetipo de la humanidad. Esta entidad colectiva de los nueve sephirotes se descompone en tres tríadas contenidas respectivamente en cada una de las tres Cabezas primordiales o Trimurti trifácea de los induístas. La primera cabeza contiene a *Sephira* (la primera emanación), de la que a su vez emanan *Hackama* (Sabiduría) (5), principio activo masculino, y *Binah* (...) (Inteligencia), principio pasivo femenino (6). Tenemos así la primera Tríada *Sephira-Hackama-Binah*, de cuyo trino conjunto emana *Hesed* (..) (Misericordia), principio activo masculino (7) del que emana a su vez *Geburah* (...) (Justicia), principio pasivo femenino (8) de cuya unión con el masculino nace *Tiphereth* (...) (Belleza) (9). Así tenemos la segunda tríada o cabeza constituida por *Hesed-Geburah-Tiphereth* que colectivamente emanan a *Netzah* (...) (Firmeza), principio activo masculino (10) del que a su vez emana *Hod* (..) (Esplendor), principio pasivo femenino (11) de cuya unión con el masculino nace *Jesod* (..) (Fundación) (12). Así tenemos la tercera tríada o cabeza constituida por *Netzah-Hod-Jesod*. La primera tríada simboliza el mundo mental; la segunda, el mundo perceptivo; la tercera, el mundo material.

El décimo sephirote, representado en el diagrama del *Zohar* por el círculo ínfimo, está constituido por la duada *Malchuth* (...) (Reino) y *Shekinah* (...) Adonai (13).

Dice la *Kábala*:

> Antes de dar forma al universo estaba Aquél sin forma alguna ni semejanza con ninguna cosa. ¿Quién podrá comprender cómo era Aquél antes de la creación si no tenía forma? Por eso está prohibido representarle por forma ni semejanza alguna ni designarle por su sagrado nombre ni aun simbolizarle en una letra o en un simple punto... El Antiquísimo entre lo antiquísimo, el Desconocido entre lo desconocido tiene forma y, sin embargo, no tiene forma. Tiene la forma en que conserva al universo y, no obstante, carece de forma porque no es posible concebirlo. Cuando por primera vez tomó forma en su primera emanación (*Sephira*) hizo que nueve espléndidas luces emanaran a su vez de ella (14).

Veamos ahora la cosmogonía induísta:

> De Aquél que es y sin embargo no es, del inmortal Principio que subyace en nuestras mentes y no pueden percibirlo nuestros sentidos, nació *Purusha*, el divino andrógino, convertido después en Narayana (15).

IDENTIDAD DE TODAS LAS RELIGIONES

Swayambhuva es para los brahmanes lo que *En Soph* para los cabalistas: la Esencia desconocida. Ni los induístas ni los cabalistas podían pronunciar el nombre inefable so pena de muerte. En las enseñanzas prevédicas de la India la primera emanación de la esencia primordial es *Nara* (16) o principio fecundante (17) del huevo mundanal, matriz del universo. *Nara* equivale, por lo tanto, a *Sephira.*

En los Libros de *Hermes* se lee:

> En el principio del tiempo nada existía en el caos; pero a su tiempo surgió el Verbo del vacío, a manera de “humo incoloro”, y empezó a moverse sobre el principio húmedo (18).

Por su parte dice el *Génesis*:

Y la tierra estaba desnuda y vacía y las tinieblas estaban sobre el haz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (19).

Según la *Kábala*, la primera emanación (*Sephira*) de la desconocida Esencia (*En Soph*) (20) se desdobla en dos elementos secundarios: *Chochma* (Sabiduría), activo masculino y *Binah* (Inteligencia), pasivo femenino. La tríada *Sephira-Chochma-Binah* constituye la entidad creadora del mundo abstracto (21).

Análogamente, en la teogonía induísta, *Swayambhuva* también se desdobla en dos elementos secundarios: *Nara* masculino y *Nari* femenino, que fecundaron el huevo mundanal de donde surgió Viradj en su aspecto de Creador.

Por otra parte dice Champollión:

El punto inicial de la mitología egipcia es la tríada *Kneph-Neith-Phtah*, a la que sigue la de *Ammon* (elemento masculino), *Muth* (elemento femenino) y *Khon* (el Hijo).

Los diez Sephirotes equivalen a los diez Prajapatis emanados de Viradj, y que, conocidos con el nombre de "Señores de todos los Seres" corresponden a los patriarcas bíblicos.

Justino Mártir explica, muy incompletamente por cierto, algunas herejías de su época; pero reconoce *la identidad fundamental de todas las religiones*, que invariablemente admiten como punto inicial la Divinidad desconocida e inactiva que emana de sí misma una Potestad virtualmente racional, llamada por unos *Sabiduría*, por otros el *Hijo* y por algunos Dios, Ángel, Señor y Logos (22). Esta última denominación la aplican ciertas religiones a la emanación primaria, pero otros sistemas consideran el Logos como entidad procedente de aquélla. Filo supone en la Sabiduría los aspectos masculino y femenino, y aunque procede por emanación del Padre a través del supremo Eon (23), es consubstancial con Él desde antes de todas las creaciones. Por esto Filo identifica a Adam Kadmon con la Mente (24) y dice: "Llamemos Adam a la Mente" (25).

LAS RELIGIONES CULTUALES

En rigor no cabe considerar el *Génesis* más que como una rama desgajada del árbol de la cosmogonía universal en forma de alegorías orientales. Así como en la sucesión de los ciclos cada pueblo representa en el escenario del mundo el papel que le está asignado en el drama de la evolución humana, así también forja con las tradiciones de sus antepasados una religión nacional matizada con sus peculiares características. Cada religión cultual ofrece rasgos distintivos que denotan, sin otro vestigio, el temperamento psíquico de sus respectivos fundadores, sin menoscabo del común parentesco que a todas las enlaza con la arquetípica religión de sabiduría. Las *Escrituras* hebreas no quedan exceptuadas de esta filiación. La historia de Israel no puede remontarse ni un día más allá de la época de Moisés (26) que de sacerdote egipcio se convirtió en legislador hebreo, de suerte que el pueblo judío nació con aquel niño recogido por la hija del rey de entre los juncales del lago Moeris (27).

Desde el primero al último versículo, nada tiene que ver el *Génesis* con el pueblo escogido, sino que corresponde a la historia del mundo, y no es prueba en contrario que los escritores judíos se lo apropiaran cuando Esdras mandó recopilar los esparcidos textos sagrados que hasta hoy se han atribuido a revelación divina y son compendio de las universales leyendas de la humanidad.

Sobre esto dice Bunsen que las tradiciones caldeas de la tribu natal de Abraham se remontan lo menos a tres mil años antes del abuelo de Jacob, y en ellas se descubren reminiscencias de fechas desfiguradas y mal comprendidas para señalar la genealogía de

algunos personajes e indicar las épocas (28). Por su parte, afirma Alejandro Polyhistor que Abraham nació en Kamarina o *Uria (*ciudad de adivinos) y fue el inventor de la astronomía. La torre de Babel la construyeron mancomunadamente los hijos de Sem y de Cam, pues en aquel entonces las gentes se consideraban de una misma raza y hablaban una sola lengua. Sin embargo, Babel era sencillamente un observatorio astronómico construido por los adeptos de la primitiva religión de sabiduría o doctrina secreta.

Dice la sibila berociana:

> Antes de la torre, Zeru-an, Titán y Yapetosthe gobernaban la tierra. Zeru-an quiso sobreponerse a sus dos hermanos, pero estos se resistieron y entonces intervino su hermana Astlik para apaciguarlos, conviniendo los cuatro en que gobernara Zeru-an bajo condición de que sus hijos varones pereciesen a manos de los titanes escogidos de propósito para darles muerte.

Sar (29) es el dios del firmamento en la teogonía babilónica. De aquí que la primera providencia tomada por Zoroastro al establecer la nueva religión mazdeísta fue dar en el *Zend-Avesta* nombres de espíritus malignos a las divinidades védicas y prescindir de algunas de ellas, por lo que no echamos de ver en dicho libro sagrado el menor vestigio de *Chakkra* o ciclo simbólico del firmamento.

Elam, uno de los hijos de Sem, simboliza un ciclo de acontecimientos. Se le llama también a este ciclo *Ulam* (...), *Mundo* (30), *Tiempo viejo* (31), *Sempiterno* (32), *Gigante* (33), *Ras* (34). Cuando el sabio y cabalista rey Salomón dijo: “Fui difundido desde *Ras*” aludía al misterio de la trina naturaleza del espíritu humano; pero interpretado cabalísticamente significa que el Yo superior, el Ego eterno e inmortal, fue efundido desde la eternidad por medio de la creadora sabiduría del desconocido Dios.

PASAJES DE SALOMÓN

La traducción canónica de dicho pasaje dice así:

> El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, desde el principio, antes de que criase cosa alguna... Caundo Él preparaba los cielos estaba yo presente... con Él estaba yo concertándolo todo... (35).

Estos pasajes carecen de sentido sin explicación cabalística.

Con el *Yo* de la citada sentencia significa el rey sabio su propio Ego o divino espíritu efundido del eterno manantial de luz y sabiduría, el universal espíritu de la Divinidad.

El hilo de la gloria que deshilvana En Soph desde la suprema cabeza cabalística por medio del Adam primitivo al través del cual “relucen todas las cosas”, simboliza el Ego humano. Así dice Salomón:

> ... me deleitaba cada día en su presencia... Regocijándome en la redondez de la tierra; y mis delicias estar con los hijos de los hombres (36).

El Ego se regocija en los *hijos de los hombres* porque sin el espíritu no habría más que la dualidad vida-forma en que cuando en demasía grosera y material no puede infundirse el ego. Por esto mismo dice Salomón:

> Hijo mío (el hombre dual), guarda mis palabras y esconde dentro de ti mis preceptos. Guarda mis mandamientos y vivirás (37).

Tal como suelen los teólogos interpretar este capítulo parece como si se refiriera a Cristo el Hijo de Dios cuando dice que quien le sigue alcanza la vida eterna y vence a la muerte; pero aun desde el punto de vista de esta errónea interpretación, se advierte, desde luego, que no hay en dicho pasaje la menor referencia a Cristo, so pena de someterse la teología cristiana a la doctrina de la emanación, puesto que el rey sabio dice:

> "Desde la eternidad fue efundida", refiriéndose a la Sabiduría.

Por lo tanto, Cristo no sería el mismo Dios, como la teología católica supone, sino emanación de Dios como creyeron los gnósticos. De aquí que estos diesen a la palabra *con* el significado de ciclo o período indefinido de tiempo y además el de jerarquía espiritual. Así suelen llamar los gnósticos eterno Eon al Christos, si bien el calificativo de eterno no es aplicable a los eones, porque por eterno se entiende lo que no tiene principio ni fin, y los eones o emanaciones tienen principio, desde el instante en que adquieren individualidad, aunque hayan estado eternamente absorbidos en la Unidad. Así es que su existencia individual tuvo *principio*, pero no tendrá fin.

La fantasía popular transformó a las emanaciones en dioses, espíritus, ángeles y demonios, no ciertamente inmortales, sino de existencia sujeta a la duración de los ciclos, lo que prueba no sólo el motivo de identificar el eon (tiempo) con el eon (emanación espiritual), sino además el irrefutable monoteísmo de las antiguas religiones, pues de esta creencia en la finitud de los eones participaron igualmente caldeos, egipcios, induístas y budistas, que aun hoy en día la mantienen.

Según la teoría de los ciclos, las emanaciones de la causa primera viven "un día de Brahmâ", equivalente a 14.320 millones de años terrestres. Al término de este ciclo dejarán de existir las divinidades inferiores y aun la misma Trimurti (38) y cesará el universo. Después surgirá gradualmente del pralaya (39) un nuevo universo y los hombres de la tierra podrán comprender a *Swayambhuva* tal cual es. Porque únicamente *Swayambhuva*, la Causa primera, llena de continuo el infinito espacio de su eterna gloria.

No cabe mejor prueba de la profunda reverencia que los injustamente llamados "gentiles" sentían hacia la única y suprema Causa de todas las cosas visibles e invisibles. Por otra parte, de esta antiquísima doctrina derivaron los cabalistas sus enseñanzas y en ella aprendieron los tanímes a interpretar el *Génesis* en sentido coincidente con las enseñanzas de los *svâbhâvikas* o budistas de Nepal; y como estos, creyeron en la *eternidad e indestructibilidad de la materia* y en muchas creaciones y destrucciones de universos que existieron antes del nuestro (40), según se infiere de este pasaje:

> Así vemos que el Santo, cuyo nombre bendito sea, creó y destruyó sucesivamente varios mundos antes de crear el nuestro y al crearlo dijo: "Éste es bueno, los otros no me complacieron" (41).

Además, también coinciden cabalistas y svâbhâvikas (a quienes injustamente se les tilda de ateos) en creer que a favor del impulso inicial dado a la materia por *Sephira* o potestad creadora inherente a la Esencia suprema, cada ser engendra a su semejante, sin necesidad de creaciones individuales, con arreglo al tipo que le precede inmediatamente en la gradación del universo. Así lo da a entender el siguiente pasaje:

> El ilimitado, incomprensible y absoluto punto surgió de sí mismo y su resplandor sirvió de vestidura a los puntos indivisibles que también se dilataron por sí mismos... De este modo todas las cosas nacieron de una perpetua agitación hasta que finalmente apareció el mundo (42).

TEOGONÍA ZOROASTRIANA

Los libros zoroatrianos correspondientes a la época en que el hierofante y rey Darío restauró el cualto de Ormazd con las puras enseñanzas de la primitiva *sabiduría oculta* (...) hablan del *Zeru-ana*, o tiempo sin límites, equivalente al *chakkra* o ciclo de los brahmanes simbolizado en el dedo con que al cielo señalan las imágenes de los dioses mayores (43). La identidad de este símbolo en todas las religiones antiguas basta para demostrar su común procedencia de una misma fe primitiva (44). Tan sólo es posible llamar *Tiempo sin límites* al Ser eterno sin principio ni fin, designado por los mazdeístas con el nombre de *Zeruana Akarene* (45) cuya gloria es demasiado intensa y cuya luz demasiado brillante para que la mente humana le comprenda y los ojos lo contemplen.

Según la teogonía zoroastriana o mazdeísta, la primera emanación de Zeruana Akarene es Ormazd, el Rey de vida, la Luz eterna que del seno de las tinieblas donde se ocultaba desde toda la eternidad se manifestó al exterior. Por su *Palabra* o *Logos* creó Ormazd el mundo intelectual arquetípico y transcurridos tres ciclos mayores (46) creó el mundo material en seis períodos. Ormuzd emanó de sí los seis *Amshaspendas* o *primarios* hombres espirituales, intermediarios entre Él y su universo. De Ormazd (47), considerado como Logos, emanó Mithras, jefe de los veintiocho izedas o ángeles tutelares de las almas humanas. Los *ferueres* son las ideas abstractas de todas las cosas, concebidas en la mente de Ormazd antes de asumir forma concreta. Equivalen a las “privaciones” de Aristóteles, o sean las cosas sin forma ni substancia (48).

La *Kábala* rabínica adoptó la teogonía mazdeísta sin otra alteración que el cambio de nombres, y más tarde se la incorporaron los gnósticos con algunas adiciones del semi-mago, semi-gnóstico Manes. De los calumniosos y parciales tratados de los Padres de la Iglesia, no es posible inferir las verdaderas doctrinas de los basilideanos, valentinianos y marcionitas, sino que es preciso descubrirlas en los restos de las obras de los nazarenos bardesanesianos, ya que no existe ningún manuscrito original de aquellos heresiarcas. Sin embargo, aunque el mundo lo ignore, todavía subsisten en el Líbano y Palestina comunidades religiosas que conservan secretamente libros y tradiciones de los ofitas. Durante más de mil años ha estado la verdad encubierta en estos parajes, y resulta de ello que el verdadero sistema ofita difiere notablemente del que exponen Orígenes en la antigüedad y Matter en los tiempos modernos (49).

LA TRINIDAD CABALÍSTICA

La trinidad cabalística sirvió de modelo a la cristiana, pues ya dijeron los cabalistas:

El Anciano, cuyo nombre sea bendito, tiene tres cabezas, pero las tres son una sola (50).

Tria capita exsculpta sunt unum intra alterum et alterum supra alterum. Tres cabezas están una dentro de otra y una sobre otra.

La primera cabeza simboliza la sabiduría oculta (*sapientia abscondita*) y en ella se esconde el Anciano (51) en impenetrable misterio. Es una cabeza que no es cabeza (*caput quod non est caput*), pues nadie puede saber lo que esta cabeza encierra. No hay mente capaz de abarcar esta sabiduría (52). El *Senior Sanctissimus* está rodeado por las tres cabezas. Es la eterna *Luz* de sabiduría y la sabiduría es el manantial de toda manifestación. Las tres cabezas se incluyen en la cabeza que no es cabeza y las tres cobijan la *Faz corta* (53) de modo que iluminan con su luz todas las cosas (54).

En Soph emite un hilo desde *Al* (55) y la luz sigue la dirección del hilo hasta explayarse por medio de Adam Kadmon (*Adam primario*) que permanece *oculto* mientras el plan de la manifestación no está dispuesto (*statum dispositionis*). El hilo atraviesa de cabeza a pies al oculto Adam donde se encubre la

figura del *hombre* (56). La idea de la unidad trina puede compararse para su mejor comprensión a la naturaleza química de la llama, que quien la observe verá como dos luces: una blanca y brillante hacia *arriba* y otra azulada obscura hacia *abajo*. La blanca se eleva a lo alto y la azulada parece como el asiento de la primera; y sin embargo, las dos son una sola y única llama. El asiento azulado está, no obstante, en relación directa con la materia combustible, situada todavía más *abajo*. La llama brillante nunca muda de color y permanece siempre blanca; pero en la llama azulada se notan diversos matices, y mientras su parte superior se enlaza con la brillante, su inferior está en contacto con la materia combustible que, al consumirse, va ascendiendo a la superior unidad de la llama brillante (57).

Tales fueron las abstractas ideas de los antiguos acerca de la Trinidad en la unidad. El hombre terreno, microcosmos del macrocosmos o reflejo del celeste arquetipo humano (Adam Kadmon) es también trino, pues tiene *cuerpo, alma y espíritu.*

Dice el *Zohar*:

Todo cuanto creó el Anciano de los Ancianos ha de vivir necesariamente por relación de macho y hembra... Al Increado nadie puede llamarle *Tú* porque es el espíritu de la *cabeza blanca* en quien se unen las *tres cabezas*. Del fuego sutil en una lado de la cabeza blanca y del aire sutil en el otro lado emanó *Shekinah*, su velo. El Anciano de los Ancianos es el misterio de los misterios (58).

Por su parte dice Idra Rabba:

Este aire es el más oculto atributo del Anciano de los Días... Todas las cosas están en Él y en todas las cosas está Él oculto... El cráneo de la cabeza blanca no tiene principio, pero tiene su fin reflejado en la redondez de nuestro universo (59).

Observa Klenker (60) que los cabalistas consideran la primera emanación de naturaleza andrógina, es decir, que su luz sintetiza todas las luces y su espíritu resume todos los demás espíritus.

La *Shekinah* de los cabalistas equivale a la *Sophia* de los ofitas y el *Adam Kadmon* o *Bythos*; pero con intento de ocultar su sistema de emanaciones a la curiosidad de los profanos, identificaron a Kadmon, “hombre arquetípico”, *Fuente de luz* o Pymander, con *Ennoia* o Mente de Bythos o el Abismo.

Tanto los nazarenos como los gnósticos se valieron de personificadas alegorías para expresar sus conceptos, y así dijeron que el *Primero* y *Segundo* hombres se enamoraron de la belleza de *Sophia* o *Sephira*, la primera mujer, que por ellos fecundada concibió al *Christos* (61) o Adam de carne que antes de su caída estaba cobijado por el espíritu de Adam Kadmon (62) su padre y de Shekinah su madre.

LA CABALÍSTICA SHEKINAH

La Esencia primaria se manifiesta por medio de su sabiduría y emana el Logos inteligible cuyo cuerpo es el universo visible. Los ofitas simbolizaban la sabiduría en figura de serpiente. Vemos, por lo tanto, que el primero y segundo hombre, o sean los dos Adanes, personifican la primera y segunda vida. Adam Kadmon es andrógino y en él subyace la *Eva* espiritual no nacida todavía, así como en el segundo Adam está la Eva de carne a que el *Génesis* llama madre de todos los vivientes.

Desde el instante de su primera manifestación, desaparece de la escena activa la Sabiduría incomprensible (63) y queda tan sólo Shekinah (64), la novena emanación de Sephira (65) correspondiente a la tercera serie de sephirotes y aspecto femenino de Malchuth o Reino. Es superior a sus compañeros si se le considera como la “divina gloria”, “velo” o “vestidura” de

En-Soph. El *Targum* de los judíos la llama gloria de Jehovah que se manifestaba en forma de nube sobre el propiciatorio del *Sancta Sanctorum*.

En la teogonía de los nazarenos bardesanianos, que podemos considerar como una Kábala dentro de otra Kábala, el Anciano de los Días (*Antiquus Altus*) lleva el nombre de *Abatur* (66) (Segunda vida) y es padre de *Fetahil* (Tercera vida), el Demiurgo o arquitecto del universo visible, quien para crearlo se vale de los genios auxiliares que actúan bajo las órdenes de su jefe supremo. Estas dos vidas superiores son la morada de *Ferho* (67), la Primera vida, invisible y sin forma, "existente desde antes de que criatura alguna viniese a la existencia" (68) y en quien reside el viviente espíritu de suprema gracia. Los dos son UNO desde la eternidad y son también la Luz y la causa de la Luz. Por lo tanto equivalen a la sabiduría oculta y a la oculta Shekinah o Espíritu Santo de los cabalistas.

"La Luz manifestada es la vestidura del Oculto en los cielos", dice Idra Suta.

Nadie conoce sus senderos excepto el *Macroprosopus* (Larga Faz), el supremo Dios activo (69).

Por su parte dicen los rabinos:

No quiero que me lean como estoy escrito. En este mundo escribirán mi nombre Jehovah y lo leerán Adonai (70).

Por mediación de la andrógina naturaleza de Adam Kadmon, a un tiempo padre y madre, el Espíritu del Anciano de los Ancianos se infunde en el *Microprosopus* (Faz Corta) o Adam del Edén (71).

Cuando se desdoblan de Adam Kadmon los dos aspectos masculino y femenino en las dos distintas personalidades de Adam y Eva, se repite la alegoría, pues ambos Adanes se enamoran de su belleza y de aquí el mito de la tentación y la caída. Coinciden cabalistas y ofitas en este punto. Los ofitas representan a *Ophis* y *Ophiomorphos* en figura de serpientes y simbolizan en el primero la Eternidad, la Sabiduría y el Espíritu (72), mientras que el segundo personifica la astucia, la envidia y la materia. Espíritu y materia están simbolizados en serpientes. Adam Kadmon equivale al Ophis que incita al hombre y a la mujer a que prueben el fruto del "Árbol del Bien y del Mal" con propósito de enseñarles los misterios de la sabiduría oculta. La Luz tienta a las tinieblas y las tinieblas atraen a la Luz, porque las tinieblas son la materia y "la suprema Luz no brilla en sus tinieblas". Con el conocimiento sobreviene la tentación del Ophiomorphos que al fin prevalece. La caída del hombre simboliza el dualismo de todas las religiones, según se advierte en el siguiente pasaje:

Y Adán conoció a Eva, su mujer, la cual concibió y parió a Caín diciendo: ... ... (*Kiniti ais Yava*). He adquirido un *hombre* por Dios (73). *Cum arbore peccati Deus creavit seculum*.

COTEJO DE SISTEMAS

Cotejemos ahora este sistema con el de los nazarenos y otras escuelas.

Según los nazarenos, *Ish Amon*, el *Pleroma* o ilimitado círculo donde están todas las formas, es la *Mente* divina que opera en el silencio. De pronto la luz brota de las tinieblas y aparece la segunda vida que a su vez engendra la tercera, el Padre de todo ser viviente, el creador que con su espíritu vivifica la materia inerte. Por esto se le llama el Anciano del mundo.

Análogamente, Abatur es el padre del primer Adán de quien procede el segundo Adán. Abatur abre la puerta y se encamina hacia las negras aguas (caos) en cuyo fondo se refleja su imagen y engendra el Hijo, el Logos o Demiurgo. El constructor del universo *material*, Fetahil,

surge a la existencia. Según los gnósticos, Fetahil equivale al Metatron o arcángel Gabriel, mensajero de vida, que la alegoría bíblica llama Adam Kadmon, el Hijo que por virtud del espíritu del Padre engendra al *Ungido* o sea el Adam antes de la caída.

Las Escrituras induístas describen como sigue la manifestación de Swayambhuva, el Señor existente por Sí mismo:

> Movido a emanar seres de su propia substancia divina, manifestó primeramente las aguas de cuyo seno brotó una simiente germinativa, brillante como el oro y refulgente como luminar de mil rayos. De aquella simiente nació el mismo Swayambhuva en forma de BRAHMA principio de todas las cosas (74).

Por lo que toca a la cosmogonía egipcia, *Kneph* o *Chnuphis* (Sabiduría divina) representado en figura de serpiente, tiene en la boca un huevo del que brota *Phtha*, equivalente en la simbología cosmogónica al *Brahmâ* induísta, símbolo del germen universal de todas las cosas (75).

El huevo simboliza la materia primordial o indiferenciada que sirvió de tegumento al universo visible y en él estaban contenidos (76) el hombre y la mujer, el espíritu de vida en cuya luz se resumen todas las demás luces o espíritus de vida. La manifestación primaria está representada por la serpiente simbólica de la sabiduría, en un principio divina, pero que se adultera cuando *Phtha* (equivalente al Adam Kadmon de los cabalistas y al Christos de los gnósticos) cae en la materia. Es el hombre celeste que, unido a *Zoe* (el Espíritu Santo de la teogonía egipcia), engendra los cinco elementos: aire, agua, fuego, tierra y éter (77).

También en la teogonía induísta Swayambhuva-Nara desenvuelve de sí mismo el elemento femenino contenido en su propia esencia divina. Este elemento femenino es Nari, la virgen inmortal, que cuando fecundada por el espíritu recibe el nombre de *Tanmâtra*, la madre de los cinco elementos: aire, agua, fuego, tierra y éter (78).

Knorr de Rosenroth, en sus estudios de interpretación de la *Kábala*, se expresa como sigue:

> En el concepto de Sabiduría oculta puede considerarse la Divinidad infinita equivalente al *Padre* mencionado en el *Nuevo Testamento*. La *Luz* que del Infinito fluye sobre el Adán primario o *Mesías*, y en él se infunde, corresponde al *Hijo* de los cristianos. Y la influencia o efluvio del Hijo en el universo material equivale al *Espíritu Santo* (79).

Achamoth, el principio entre espiritual y material que vivifica la materia caótica es el Espíritu Santo de los gnósticos y el *Spiritus* de los nazarenos. Es Achamoth la *hermana* de Christos y ambos son hijos de *Sophía* (80), emanación de Bythos.

Dice Movers a este propósito:

> El *Hijo* (Zeus-Belo o Sol-Mithra) es emanación de la Suprema Luz, imagen del Padre. Supónesele Creador (81).

Por otra parte tenemos el siguiente pasaje:

> Dicen los filósofos que el aire primordial es el *Anima mundi*. Pero la vestidura (Shekinah) es superior al aire primordial, puesto que está íntimamente unida al ilimitado En Soph (82).

Así resulta *Sophía* equivalente a *Shekinah*, y *Achamoth* equivalente al *Anima mundi* o *Luz astral* de los cabalistas, que contiene el germen espiritual y material de *todo cuanto es*. Achamoth, como la *Eva* bíblica, es la *madre de todo lo viviente*.

El sistema nazareno admite tres trinidades análogas a las tres del sistema prevédico (83) según nos muestra el siguiente cuadro sinóptico:

Trinidad induísta

Nara (Para-Purusha)	Agni	Brahma (Padre).
Nari (Mariatmâ)	Vayu	Vishnu (Madre).
Viradj (Brahmâ)	Surya	Siva (Hijo).

Trinidad egipcia

Kneph (Amon)	Osiris	Ra (Padre).
Maut (Mut)	Isis	Isis (Madre).
Khons	Horus	Maluli (Horus) (Hijo) (84).

Trinidad nazarena

Ferho (Ish-Amon)	Mano	Abatur (Padre).
Bythos (caos)	Spiritus	Netubto (Madre).
Fetahil	Ledhaio	Jordán (Hijo).

La primera, prototipo espiritual, es la Trinidad oculta abstracta e inmanifestada; la segunda procede de la primera y es la Trinidad activa o manifestada en el universo visible; la tercera es la borrosa imagen de las precedentes y cristaliza en humanos dogmas que varían según la fantasía religiosa de cada país.

Los nazarenos (85) simbolizaban la Trinidad inmanifestada en *Ferho-Bythos-Fetahil*. Ferho es el supremo Señor de esplendor y luz, antes de quien nada existe; Bythos la vida inmanifestada e inmanente desde toda eternidad, en el Señor supremo; Fetahil, el espíritu de vivificante gracia. La segunda Trinidad está formada por *Mano-Spiritus-Ledhaio*. Mano corresponde emanativamente a Ferho y es la primera luz y vida celeste (*Rex lucis*); Spiritus es la segunda vida y contiene el pensamiento que se manifiesta en Ledhaio o Señor de Justicia, tercera persona de la segunda Trinidad, correspondiente a Fetahil, símbolo del creador. La tercera Trinidad está formada por *Abatur-Netubto-Jordán*, emanados en sucesiva correspondencia de las dos trinidades precedentes. Abatur es el Padre, el Anciano de los Ancianos (86) de quien procede Netubto y ambos engendran a Jordán equivalente al Christos (87).

Según las alegorías nazarénicas, en el arcano o asamblea de esplendor iluminada por *Mano*, de quien emanan las chispas de esplendor, se levantaron los genios que moran en la luz y fueron al visible Jordán de fluyentes aguas para reunirse en consejo y evocar al Hijo unigénito (Lehdaio), el Señor de Justicia de imagen imperecedera que no puede concebirse por reflejo.

Mano es el príncipe de los siete eones cuyos nombres apuntan los nazarenos como sigue:

Mano (*Rex lucis*), Aiar-Zivo, Ignis-Vivus, Lux, Vita, Aqua-Viva (88) e Ipsa-Vita. El Mano de los nazarenos es, después de todo, copia calcada del primario Manú de los induístas (emanación de Swayambhuva), de quien sucesivamente proceden los otros seis Manúes o prototipos de las razas humanas, simbolizados en las siete lámparas ardientes, que son los siete Espíritus de Dios (89).

De nuevo reconocemos en Fetahil el origen de la doctrina cristiana.

ALEGORÍAS APOCALÍPTICAS

Dice el Evangelista:

> Y vuelto, vi siete candelabros de oro. Y en medio de los siete candelabros de oro, a uno semejante al Hijo del Hombre... y su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana blanca y como nieve y sus ojos como llama de fuego. Y sus pies semejantes a latón fino cuando está en un horno ardiente (90).

Aquí repite el apóstol cabalista las palabras de Ezequiel y Daniel:

> Y sobre el firmamento... había una semejanza de trono... y encima una semejanza como aspecto de hombre. Y vi como apariencia de electro, a manera de aspecto de fuego (91).
>
> Y sentóse el Anciano de los Días. Su vestidura blanca como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana limpia, su trono de llama de fuego... (92).

Las visiones apocalípticas derivan de la *Cabeza blanca* en que según el *Zohar* se resume unitariamente la trinidad cabalística y que “encubre el espíritu en su cráneo” circuido de sutilísimo fuego. La “figura de hombre” a que alude Daniel equivale al Adam Kadmon a cuyo través pasa el hilo de luz representado por el fuego. Fetahil, la tercera vida de la Trinidad primaria, es el *Vir novisimus* a quien el evangelista Juan ve “que tenía en su diestra siete estrellas en medio de siete candelabros de oro” (93).

Obediente a la voluntad de su Padre el supremo Eón de siete cetros y siete genios (94), se coloca Fetahil en el más alto lugar para servir de agente a su Padre en la creación del universo visible (95) y permanece “brillando en la vestidura del Señor resplandeciente por obra de los genios” (96). Es Fetahil el Hijo del Padre (Vida) y de la Madre (Luz) (97).

Según San Juan:

> En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres (98).

Según San Pablo:

> ... Dios lo creó todo por Jesucristo (99).

Según el *Codex*, el Padre de toda vida exclama:

> Levántate ¡oh Primogénito!, ve y ordena todas las criaturas (100).

Análogamente dice Cristo:

Así como el Padre viviente me ha enviado, así Dios envió a su Hijo unigénito para darnos vida (101).

Por otra parte, según los nazarenos, Fetahil reasciende al seno del Padre luego de terminada su obra (102) y esto mismo confirma Jesús al decir:

... porque yo voy al Padre (103).

En contra de la errónea interpretación de la teología cristiana que identifica a *Jehovah* con el *Padre* mencionado en el *Nuevo Testamento*, aduciremos que cuando Jesús habla del Padre que está *en secreto* seguramente no dijera tal si hubiese aludido al Jehovah bíblico que se apareció primero a los patriarcas, luego a Moisés y por último a todos los ancianos de Israel (104). Cuando Jesús dice que el templo es la "casa de su Padre" y que pudiera destruirlo y reedificarlo en tres días, no se refiere a la fábrica arquitectónica de sillería, sino al cuerpo físico que según el sabio cabalista Salomón es en todo hombre el templo de Dios, es decir, de su individual espíritu.

Análogas expresiones a la de "el Padre que está en el secreto" aparecen en la *Kábala*, el *Codex* y otras Escrituras, según vemos en los siguientes pasajes:

Nadie ha visto la Sabiduría oculta en el cráneo ni nadie ha contemplado el Abismo (105).

Además, la *Kábala* dice:

El Hijo del *oculto* Padre, que mora en luz y gloria, es el Ungido (*Seir-Anpin*) que sintetiza en sí los diez Sephirotes. Es el Christos, el Hombre celeste por cuya mediación creó el Espíritu de Dios todas las cosas (*Efesios* III, 9) y produjo los cuatro elementos: aire, agua, fuego y tierra.

QUERUBINES Y SERAFINES

Precisamente en este simbolismo funda Ireneo su más poderoso argumento para demostrar la necesidad de que hayan de ser cuatro los evangelios y dice:

No pueden ser ni más ni menos que cuatro, porque así como hay cuatro partes del mundo y cuatro vientos generales (... ...) justo es que la Iglesia tenga cuatro columnas. Además, los querubines también son cuatrifáceos y sus rostros cuádruples son símbolo de las obras del Hijo de Dios, del Verbo, del Hacedor de todas las cosas que se sienta más arriba de los querubines (106).

No nos detendremos a discutir la peculiar santidad de los cuatrifáceos querubines, aunque tal vez descubiréramos su origen en las antiguas pagodas de la India como *vâhanes* o vehículos de los dioses mayores, así como también pudiéramos inquirir en la sabiduría cabalista, tan repugnada por la Iglesia, la veneración en que el catolicismo los tiene, según advertimos en el siguiente pasaje:

Al salir de su morada, se presentan las almas una por una ante el sagrado rey, en forma sublime con cuyo semblante ha de aparecer en el mundo. De esta forma sublime procede la imagen. Los tipos de estos semblantes son cuatro: ángel, león, toro y águila (107).

Estos cuatro semblantes son los querubines a que alude David al impetrar el advenimiento del Mesías en esta invocación: “¡oh Tú! Que estás sentado entre los querubines, envíanos tu resplandor”. Así se infiere que para representar Ezequiel en los cuatro animales los cuatro seres que sostienen el trono de Jehovah, tomó por modelo los cuatro genios llamados Kirub (toro) Nirgal (león), Ustur (esfinge) y Nathga (águila), todos ellos con rostro humano. En esto tenemos otra prueba no menos fehaciente de que durante la cautividad de Babilonia se asimilaron los hebreos las creencias religiosas de sus dominadores y las trasladaron a las recopiladas Escrituras, de donde se infundieron más tarde en el cristianismo. Además, vemos que admirado Ezequiel de la gloria del Señor le da repetidamente el título de “Hijo del Hombre”, en lo que se advierte la filiación cabalista de este profeta cuyo libro está escrito esotérica (108) y exotéricamente, con significado idéntico al del *Apocalipsis*. Los cabalistas conferían el título de “Hijo del Hombre” a todos los profetas y a sí mismo se lo aplicó Jesús. Además, la descripción que de Cristo nos da Ireneo, presentándolo como el Hacedor de todas las cosas, sentado sobre los querubines, es idéntica al Shekinah cuyo trono ponían los hebreos sobre los querubines del propiciatorio. Por otra parte, el simbolismo cabalista llama serafín o querubín al décimo sephirote apellidado *Gloria*, cuyo símbolo es la columna de la izquierda (*Booz*) del templo de Salomón, mientras que el noveno sephirote *Victoria* corresponde a la columna de la derecha (*Jachin*). La denominación “Hijo del Hombre” sólo pueden emplearla los cabalistas y así es Ezequiel el único profeta que la usa porque los demás no estuvieron tan versados en la ciencia cabalista.

Representa la *Kábala* colectivamente los sephirotes en figura de un hombre (*Seir-Anpin*) formado por multitud de círculos dispuestos en 243 números correspondientes a las distintas jerarquías celestes (109).

La descripción que da Ezequiel de la figura de cuatro criaturas vivientes con cuatro rostros cada una y las manos de un hombre bajo sus alas (110) ofrece notable analogía con la imagen escultórica de Vishvakarma hijo de Brahma, existente en una de las sagradas cuevas de Ellora. A Brahma y Júpiter se les daba el título de “padre de los hombres”.

LOS SEPHIROTES Y EL MONTE MERU

En las representaciones budistas del monte Meru, llamado por los birmanos *Myé-nmo* y por los siameses *Sineru* vemos el simbolismo original de Adam Kadmon o Seir Anpin (el hombre celeste) en quien se sintetizan los eones en sus diversas jerarquías de sephirotes, potestades, tronos, virtudes y dominaciones que de él derivó posteriormente la *Kábala*. La representación budista del monte Meru consiste en dos columnas unidas por un arco cuya bóveda en forma de media luna es la morada de A’di Buddha, la suprema Sabiduría o invisible Divinidad. Bajo el punto culminante de esta bóveda se extiende el círculo representativo de la primera emanación del Absoluto (111) que corresponde al Adam Kadmon con los diez sephirotes inmanentes en él. Del círculo de Brahmâ emanan otros nueve, circuidos por el décimo, que algunas veces están figurados en la representación por pagodas cuyos nombres expresan atributos de la divinidad manifestada. Siguen más abajo los siete planos o esferas celestes, cada una de ellas rodeada por un mar. Son las mansiones de los *devatas* o dioses, cuya pureza y espiritualidad decrece en proporción de su cercanía a la tierra. Después se ve el monte Meru formado por tres grandes círculos, símbolo de la Trinidad del hombre, con infinidad de otros menores en su interior.

Quienes conozcan el valor numérico de las letras de los nombres bíblicos, como el de la Gran Bestia del *Apocalipsis*, el de Mithra (... ...) y otros, podrán inferir fácilmente la identidad de las divinidades del monte Meru y de las emanaciones de los cabalistas. También cabe

equiparar unos y otras a los genios que, según los nazarenos, tenían asignadas funciones peculiares en perfecta correspondencia con el simbolismo de la doctrina secreta, tal como se enseñaba en los tiempos arcaicos.

Apoyado en las reglas dadas por el obispo Newton para interpretar el significado de los textos por el valor numérico de las letras, da King en su obra: *Los gnósticos y sus huellas*, vagas insinuaciones sobre el particular que, sin embargo, corroboran nuestra aserción. Este eminente arqueólogo, que tanto tiempo empleó en el estudio de las joyas gnósticas, demuestra que toda dicha teoría está copiada de la índica. El *durga* o aspecto femenino de las divinidades orientales corresponde al concepto que los cabalistas simbolizan en la celeste jerarquía de las *Virtudes*, aceptada rutinariamente por los Padres de la Iglesia y desfigurada más tarde por los teólogos cristianos.

Dice King:

> Aunque la interpretación numérica se tenga por ciencia exclusiva de los judíos talmudistas, no hay duda de que la aprendieron de los caldeos, fundadores del arte mágico. Los nombres de *Iao*, *Abraxas*, etc., no fueron invención gnóstica, sino sagrados nombres ya conocidos en las más antiguas fórmulas de Oriente. A estos nombres alude seguramente Plinio cuando enumera las virtudes atribuidas a las amatistas en que estaban grabados los del sol y la luna sin traducción definida en las lenguas latina y griega. En los nombres: *Sol eterno, Abraxas y Adonai*, que aparecen grabados en estas joyas, echamos de ver los amuletos ridiculizados por Plinio (112).

Volviendo a la representación del monte Meru vemos que el conjunto está rodeado por el mar Mayor (*Mahasamut)* equivalente a la luz astral o éter de los cabalistas. En el círculo céntrico de la representación aparece la figura de Seir Anpin, el hombre celeste (113), que muchas lamaserías tibetanas identifican hoy día con la imagen de Gautama, última encarnación del Buddha.

Debajo del monte Meru está la morada de la Naga máxima, la reina de las sierpes (*Rajah Naga*) (114) y diosa de la tierra (115), que está en recelo del gran dragón (116). Más abajo todavía está la octava esfera o región infernal. Los nazarenos admitían siete demonios impostores que engañan a los hijos de Adán (117) pero en contraposición consideran siete *Vidas* o benéficos *Espíritus planetarios* emanados de *Cabar-Zio* que brillan y resplandecen por su propia virtud en el seno de la luz que fluye de lo alto.

LOS ATRIBUTOS DE SIVA

Junto a la puerta de la *Mansión de Vida* está dispuesto el trono para el señor del Esplendor con tres tabernáculos (118). Análogamente, los tabernáculos de la Trinidad induísta están colocados debajo de la bóveda de media luna en la representación del monte Meru, y figuran el cielo de Brahma empedrado de zafiros (119). El paraíso de Indra resplandece con mil soles; el de Siva (120) está en el Nordeste y su trono es de lapislázuli y el pavimento de los cielos de ascuas de oro. “Cuando se sienta en el trono arde en fuego hasta los lomos”. En las fiestas religiosas de Hurdwar se tributa culto de suprema divinidad a Siva, cuyos atributos coinciden con los que después confirieron los judíos a Jehovah. La piedra binlanga (121) consagrada a Siva es de la misma especie mineralógica que la empleada por Jacob para edificar un altar (*Bethtel)* al Señor en forma de columna, por el estilo de *linga* dedicado a Siva; y en verdad que aun hoy día podrían llevarse estos patriarcales litos en las procesiones sivaíticas de Calcuta sin que nadie les atribuyera origen hebreo. La imagen de Siva suele tener cuatro cabezas (122) con cuatro brazos alados, tres ojos de configuración natural y el cuarto en forma de media luna, para simbolizar las agitaciones del Océano.

La profecía de Ezequiel concuerda con los atributos de Siva, según vemos en los siguientes pasajes:

Y en medio de él había semejanza de cuatro animales... y en ellos había semejanza de un hombre... Cuatro caras tenía cada uno y cuatro alas cada uno...; sus pies, pies derechos..., con aspecto de cobre encendido... y tenían caras y alas por los cuatro lados.

Y sobre el firmamento... había una semejanza de trono como piedra de zafiro... Y vi como apariencia de electro, como aspecto de fuego por lo interior de él al contorno; desde sus lomos arriba y de sus lomos abajo vi como apariencia de fuego.

Y era la semejanza del rostro de ellos cara de hombre... y de león... y de buey... y de águila.

Y cada uno tenía cuatro caras: la una cara de querubín y la segunda cara, cara de hombre, y en el tercero cara de león y en el cuarto cara de águila (123).

Y sus pies semejantes a latón fino cuando está en un horno ardiente (124).

También echamos de ver este cuádruple aspecto en los dos querubines de oro colocados a uno y otro extremo del Arca de la Alianza. Además, estas cuatro faces simbólicas las adoptaron los cuatro evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan a quienes respectivamente representan con *el ángel, el león, el toro y el águila* las Biblias latinas y griegas (125).

Dice Sanchoniathon al hablar de la mitología antigua:

Tarot, la suprema Divinidad de los egipcios, equivalía simbológicamente a Saturno o Kronos y estaba representada con cuatro ojos, dos delante y dos detrás, abiertos y cerrados, y cuatro alas, dos extendidas y dos plegadas. Los ojos denotaban que el dios ve dormido y duerme despierto; la posición de las alas da a entender que vuela en reposo y reposa volando.

La identidad de Saturno y Siva está corroborada por el emblema del *damara* o reloj de arena que simboliza el curso del tiempo personificado en la potencia destructora del dios. El buey Nardi, vehículo (*vâhan*) de Siva y su más sagrado emblema, se reproduce en el Apis egipcio y en el toro que crea Ormazd y mata Ahriman. El pueblo de Eritene profesaba la religión zoroastriana dericada de la doctrina secreta, pues era la religión de los persas cuando conquistaron la Asiria. Desde entonces pasa de sistema en sistema religioso el emblema de Vida figurado en el toro. Los magos lo aceptaron al advenimiento de la dinastía persa (126) y de Daniel se dice que fue adivino principal de los magos y astrólogos de Babilonia (127). Así vemos en los querubes de los judíos talmudistas una leve modificación de los becerros y otros atributos de Siva, como también el buey Apis en las esfinges o querubes del Arca de la Alianza, para encontrarlo algunos miles de años más tarde en compañía del evangelista San Lucas. Quien haya estado en la India el tiempo suficiente para conocer siquiera a la ligera las divinidades induístas, advertirá desde luego la semejanza entre Jehovah y otros dioses de la India además de Siva. Los talmudistas judíos tenían en mucho respeto a Siva bajo el aspecto de Saturno, y los cabalistas alejandrinos le consideraron como el directo inspirador de la ley y de los profetas. uNo de los diversos nombres de Saturno era Israel, y en determinado aspecto coincide míticamente con Abraham, según insinuaron hace tiempo Movers y otros orientalistas. Por este motivo, los valentinianos, basilídeos y ofitas colocaron en el planeta Saturno la morada de Ilda-Baoth, la divinidad a la par creadora y destructora que dictó la ley en el desierto y habló por boca de los profetas. La *Biblia* nos ofrece nuevas pruebas en corroboración de este comentario, según vemos en el pasaje siguiente:

¿Por ventura me ofrecisteis hostias y sacrificios en el desierto, en cuarenta años, casa de Israel?

Y llevasteis la tienda para vuestro Moloch y la imagen de vuestros ídolos (chiun), la estrella de vuestro Dios, cosas todas que os hicisteis (128).

Ciertamente que Moloch y Chiun eran diversas expresiones nominativas del concepto de Saturno, idéntico a Baal, Kivan y Siva, cuyos símbolos se apropiaron los hebreos.

EL SOSIOSH ZOROASTRIANO

Lo mismo sucede con los numerosos Logos menores. El Sosiosh zoroastriano es análogo al décimo Avatar de los induístas, al quinto Buddha de los budistas, al Mesías de los cabalistas, al Gabriel (129) de los nazarenos, al Christo de los gnósticos, al Logos de Filo Judeo y al Verbo del evangelista. El cristianismo hilvana y zurce todos estos conceptos para engalanarse con el remiendo.

En el *Avesta* encontramos la doctrina dualista que después prevaleció entre los cristianos. La lucha entre Ormazd (espíritu de luz o principio del bien) y Ahriman (130) (espíritu de tinieblas o principio del mal) subsiste en el mundo desde los orígenes del tiempo; y según la doctrina zoroastriana, cuando esta lucha llegue al punto culminante y el mundo esté a punto de sucumbir, degenerado y corrompido, bajo el poderío de Ahriman, aparecerá Sosiosh, el Salvador de la humanidad, quien, seguido de lucida hueste de genios benéficos, vendrá caballero en un corcel blanco como la leche (131).

Esto mismo nos dice el siguiente pasaje del *Apocalipsis*:

> Y vi el cielo abierto y apareció un *caballo blanco* y el que estaba sentado sobre él, era llamado Fiel y Veraz... Y le seguían las huestes que hay en el cielo, en caballos blancos (132).

El Sosiosh zoroastriano no es ni más ni menos que una *transmutación* del Vishnú induísta que aun hoy día aparece en el templo de Rama representado en figura del Salvador o Conservador correspondiente a su futura décima encarnación (*Kalki-Avatar*). Es un guerrero armado de todas armas, que cabalga en un caballo blanco (133) y blande sobre su cabeza la cortante espada mientras que con la izquierda sostiene un escudo formado de anillos concéntricos (134). La misma alegoría reproducen estos pasajes:

> Y sus ojos eran como llamas de fuego y en su cabeza muchas coronas... Y salía de su boca una espada de dos filos... Y vi un ángel que estaba en el sol (135).

Según las Escrituras zoroastrianas, Sosiosh nació de una virgen (136) y al fin de los tiempos vendrá a redimir y regenerar a la humanidad, precedido de dos profetas que anunciarán su venida (137).

Después habla el texto zoroastriano de la *resurrección* general, en que los buenos irán al cielo y los malos con Ahriman al infierno para purificarse allí en un lago de metal derretido... después de purificados gozarán todos de felicidad eterna y acaudillados por Sosiosh cantarán las alabanzas del Eterno (138). Es evidente el remedo de las Escrituras induístas, porque también a Vishnú se le representa con varias coronas en la cabeza y en su décimo avatar arrojará a los malvados a las regiones infernales donde luego de purificados alcanzarán la remisión de sus culpas; y aun los mismos ángeles protervos que se rebelaron contra Brahmâ y fueron lanzados por Siva al abismo sin fondo (139) irán a reunirse con los dioses en el monte Meru.

JESÚS HABLA COMO HOMBRE

Cotejados los conceptos cabalístico, nazareno y gnóstico acerca del Logos, Metatron o Mediador, fácilmente echaremos de ver el error de los Padres de la Iglesia al concretar un

símbolo puramente metafísico en la personalidad de Jesús, que nos presentan como único sujeto de las profecías de todos los tiempos. Confundieron a Jesús con el mito teomítico para simbolizar la época inmediata a la terminación del círculo máximo en que “la buena nueva”, desde el cielo anunciada, proclamaría la regeneración humana en el sentimiento de la fraternidad universal.

Dice Jesús:

> ¿Por qué me llamas bueno? Sólo uno es bueno que es Dios (140).

No son estas palabras propias de la segunda persona de la Trinidad idéntica a la primera. No es el lenguaje de un Dios. Por otra parte, si el Espíritu Santo de las Trinidades paganas y gnósticas estaba encarnado en la persona de Jesús, no se comprende qué quiso dar a entender al distinguir entre el “Hijo del Hombre” y el “Espíritu Santo” en las siguientes palabras:

> Y todo el que profiera una palabra contra el Hijo del Hombre, perdonado le será; mas a quien blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado (141).

Es verdaderamente admirable la identidad entre algunas frases de Jesús y las que siglos antes enunciaron cabalistas y paganos, como se infiere de los siguientes pasajes:

> Ni Dios ni hombre ni señor puede ser bueno. Tan sólo Dios es bueno (142).
> El hombre no puede ser bueno. Únicamente Dios es bondad (143).
> Mi doctrina es sencilla y de fácil comprensión (144).
> La doctrina de nuestro maestro estriba en la invariable rectitud de corazón y en hacer a los demás lo que quisiéramos que hicieran con nosotros (145).
> A Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros por virtudes y prodigios (146).
> Fue un hombre enviado de Dios que tenía por nombre Juan (147).

En este pasaje se equipara a Juan en dignidad con Jesús.

Juan el Bautista, en la solemne ocasión de bautizar a Jesús, no le trata como Dios sino como hombre, diciendo:

> Éste es aquél de quien yo dije: en pos de mí viene un varón... (148).

Al hablar de sí mismo dice Jesús:

> Mas ahora me queréis matar siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios (149).

El ciego de Jerusalén, curado de su ceguera por el insigne taumaturgo, al relatar lleno de gratitud y admiración el milagro, no llama Dios a Jesús sino que sencillamente dice:

> Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo y ungió mis ojos... (150).

No hay necesidad de añadir más ejemplos en comprobación de una verdad aseverada antes de ahora por otros comentadores. No hay peor mal que el fanatismo obcecado, y pocos hombres tienen el valor de decir, como Priestley:

> No encontramos prueba alguna de la divinidad de Jesucristo antes del año 141, época de San Justino Mártir, quien del paganismo se convirtió al cristianismo (151).

CRISTIANOS Y BUDISTAS

Cerca de seiscientos años después de la muerte de Jesucristo, calificada de deicidio, apareció Mahoma (152) cuando el mundo greco-romano era todavía presa de turbulencias religiosas y se resistía a consolidar en las costumbres el cristianismo impuesto por los edictos imperiales. Mientras los concilios discutían el texto bíblico, la unidad de Dios prevalecía contra el concepto de la Trinidad y el número de musulmanes sobrepujaba al de cristianos, porque Mahoma no pretendió jamás igualarse con Dios, pues de lo contrario no hubiese difundido tan rápidamente su religión. Aun hoy los creyentes en Mahoma superan en número a los creyentes en Cristo. Gautama predicó como simple mortal siglos antes de Cristo y, sin embargo, su ética religiosa aventaja inmensamente en belleza moral a cuanto pudieron soñar Tertuliano y San Agustín.

El verdadero espíritu del cristianismo se echa de ver por entero en el budismo y parcialmente en las demás religiones calificadas de paganas. Gautama no se atribuyó naturaleza divina ni tampoco le divinizaron sus discípulos; y a pesar de ello, el budismo tiene hoy muchísimos más prosélitos que el cristianismo (153). pOcos son los induístas, budistas, mahometanos y judíos que apostatan de su fe, al paso que por los países occidentales se extiende de día en día la lepra del materialismo que amenaza corroer el propio corazón del cristianismo. En las naciones tan erróneamente llamadas paganas apenas hay ateos, y los pocos inficionados de materialismo pertenecen a las clases acomodadas de las ciudades populosas, donde abundan los europeos. Con mucha razón dice el obispo Kidder:

> Si un sabio se viese precisado a elegir entre todas las religiones que se profesan en el mundo, seguramente dejaría en último término el cristianismo.

En un folleto copia Peebles del *Athenoeum* de Londres un artículo en que se describe el dichoso estado de los virtuosos habitantes de Yarkand y Kashgar, y a manera de comentario exclama:

> ¡Benignos cielos! ¡No permitáis que los misioneros cristianos se acerquen a los felices y paganos tártaros! (154).

Desde los primeros tiempos del cristianismo, el nombre de cristiano ha sido siempre más bien simulación que prueba de santidad. Véase cómo fustiga San Pablo a los fieles de Corinto en este pasaje:

> Por cosa cierta se dice que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación, cual ni aun entre los gentiles; tanto, que alguno abusa de la mujer de su padre (155).

San Pablo es el único apóstol digno de este título por el claro concepto que del incomparable filósofo y mártir de Galilea resplandece en sus *Epístolas*, no obstante las adulteraciones perpetradas en su texto por los canonistas (156).

Respecto a los demás apóstoles y en particular a los evangelistas, no es posible fiar mucho en ellos desde el momento en que atribuyen a su maestro milagros relatados en los libros indos en iguales términos y circunstancias, como vemos, por ejemplo, en el conmovedor episodio de la resurrección de la hija de Jairo, que está copiado de análogo prodigio de Krishna, según demuestra el siguiente pasaje:

RESURRECCIÓN DE KALAVATTI

Quiso el rey Angashuna que se celebraran con gran pompa los desposorios de su hija, la hermosa Kalavatti, con Govinda, hijo de Vamadeva, el poderoso rey de Antarvédi. Pero mientras Kalavatti se solazaba en el bosque con sus compañeras, la mordió una culebra y murió de la mordedura. Angashuna rasgó sus vestiduras, cubrió de ceniza su cabeza y maldijo el día en que naciera.

De repente llegó a palacio el rumor de voces que repetían mil veces: *¡Pacya pitaram! ¡Pacya gurum!* (¡El Padre! ¡El Maestro!). Entonces acercóse Krishna sonriente, apoyado en el brazo de Arjuna... ¡Maestro! –exclamó Angashuna arrojándose a sus pies y regándolos con sus lágrimas, -¡mira mi pobre hija!- Y le mostró el cuerpo de Kalavatti tendido sobre una estera.

-¿Por qué lloras? –preguntó entonces Krishna con suave acento. -¿No ves que duerme? Escucha el rumor de su hálito parecido al suspiro del viento de la noche que acaricia las hojas de los árboles. Mira cómo se colorean sus mejillas; cómo tiemblan sus párpados a punto de abrirse; cómo se estremecen sus labios prontos a soltar la palabra. Está dormida. Yo te lo digo. ¡Mira!, ya se mueve. *¡Kalavatti! ¡Levántate y anda!*

Al punto recobró el cuerpo el aliento, el color y la vida, y obediente la doncella al mandato de Krishna, levantóse y fuése con sus compañeras.

La maravillada multitud exclamó: “Verdaderamente éste es un dios, puesto que la muerte es sueño para él” (157).

Los evangelistas introdujeron en el cristianismo éste y otros episodios, con añadidura de dogmas cuya extravagancia supera a los más delirantes conceptos del paganismo, pues necesitaron matar a su Dios para que de su muerte recibieran la vida espiritual, resultando de todo ello que la Iglesia ha convertido profanamente la corte celestial en una compañía de cómicos asalariados.

Seis siglos antes de la era cristiana zahirió ya Jenófanes la antropomorfización de Dios en una sátira citada por Clemente de Alejandría, que dice así:

Hay un Dios supremo sin forma ni naturaleza de hombre. Pero los engreídos mortales imaginan que los dioses tienen voz y cuerpo y sensaciones humanas. De la propia suerte, si los leones pudiesen valerse de manos como el hombre, pintarían a los dioses en figura de león y los caballos los pintarían en la de caballo y los bueyes en la de buey. Cada especie atribuiría a la Divinidad su propia forma y condición (158).

El panteísta poeta indo Vyasa (159) dice al tratar de la ilusión de los sentidos (*Maya*):

Los dogmas religiosos sólo sirven para ofuscar la razón humana... El culto de las divinidades, cuyas alegorías encubren el respeto que el hombre siente por las leyes naturales, prostituye la verdad en provecho de las más groseras supersticiones.

El arte cristiano pinta la figura del Todopoderoso según el cabalístico modelo del Anciano de los Días, como se ve en las pinturas y esculturas de los templos católicos, en las exornaciones de los misales y recientemente en los poéticos dibujos con que Gustavo Doré engalanó las páginas de la Biblia. La pavorosa majestad de Aquél a quien ningún pagano osó representar en figura concreta, toma bajo el lápiz de Doré la de un venerable anciano que, en el centro del caos y envuelto en nubes, ve el mundo a sus pies y con la mano izquierda recoge los pliegues de sus amplias vestiduras, mientras que mantiene la derecha levantada con imperioso ademásn. Acaba de pronunciar el *Fiat* y toda su excelsa persona irradia luz (160). Como alegoría gráfica honra esta composición al artista, pero no recibe Dios la misma honra. Vale más la abstención de los paganos en punto a representaciones, que las blasfemamente antropomórficas de la incognoscible Causa primaria. Si de este modo representan a Dios, no

han de extrañarnos las más extravagantes iconografías de Cristo, los apóstoles y los santos (161).

En su afán de aducir purebas de la autenticidad del *Nuevo Testamento*, incurren aun los más sinceros y mejor intencionados exégetas y teólogos en deplorables engaños. No cabe suponer que un comentador tan erudito como el canónigo Westcott desconociese los textos talmúdicos y cabalísticos, pues cita párrafos enteros de la obra: *El pastor de Hermas*, para apuntar su sorprendente analogía con el Evangelio de San Juan, sin echar de ver que dichos párrafos están tomados de la literatura cabalística. Dice así Wescott:

> El concepto que Hermas expone acerca de la naturaleza de Cristo y de la misión que trajo al mundo coincide con el de la doctrina apostólica y ofrece sorprendentes analogías con el Evangelio de San Juan. Para Hermas es Jesús comparable a una roca más alta que las montañas, capaz de sustentar el mundo... Es anterior a la creación y, sin embargo, abre nuevas puertas a la humanidad y recibe de su Padre consejos relativos a la creación... Nadie puede llegar al Padre sino por el Hijo (162).

IDENTIDAD DE ALEGORÍAS

Aunque el autor de *Religión sobrenatural* demuestra la analogía entre el texto de *El pastor de Hermas* y el cuarto Evangelio, omite decir que las palabras de Hermas remedan con ligeras variaciones los textos cabalísticos, según podemos inferir del siguiente cotejo.

Dice Hermas:

> Dios plantó la viña, esto es, creó a los hombres y dióles su Hijo para que lavasen sus pecados (163).

Dice la *Kábala*:

> El Anciano de los Ancianos, de Larga Faz, plantó una viña cuya vid es la vida. El espíritu del rey Mesías lava sus vestiduras en el vino de lo alto desde la creación del mundo (164).

Dice el *Código de los nazarenos*:

> Siete viñas planta Iavar Zivo y Ferho las riega... Cuando los bienaventurados suban a reunirse con las criaturas de Luz verán a Iavar Zivo, el Señor de Vida y primaria Vid (165).

Dice el *Evangelio:*

> Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador (166).

Dice el *Génesis*:

> No será quitado de Judá el cetro y de sus pies el legislador, hasta que venga el que ha de ser enviado (Shiloh)... Atando a la viña su pollino y a la vid, ¡oh hijo mío!, su asna. Lavará en el vino su vestido y en la sangre de uvas su palio (167).

Dice Hermas:

> Y en medio de la llanura me enseñó una gran roca *blanca* que de allí se levantaba y la roca era más alta que las montañas, de configuración rectangular a propósito para sostener el mundo entero. En la roca estaba tallada una puerta cuya labra me pareció reciente a pesar de ser muy antigua la roca.

Dice el *Zohar*:

A cuarent mil mundos superiores se extiende la *blancura* de su cabeza (168). Cuando por virtud de los setenta nombres del Metatron descienda Seir (169) a Iezirah (170) abrirá una nueva puerta... El espíritu decisorio cortará en dos partes la vestidura (171)... Al advenimiento del rey Mesías, de la sagrada piedra cúbica del templo se levantará durante cuarenta días una *luz blanca* que se irá difundiendo hasta cubrir el mundo entero... Entonces se dará a conocer el rey Mesías y se le verá salir por la puerta del Edén... Aparecerá en la tierra de Galil... Cuando haya satisfecho los pecados de Israel guiará a los hombres por una nueva puerta hacia el tribunal... En la *Puerta de la mansión de Vida* está dispuesto el trono para el señor del esplendor (172).

Más adelante dice el comentador:

La *roca* y la *puerta* simbolizan el Hijo de Dios. Pero ¿cómo puede ser la roca vieja y la puerta nueva? A esto me respondió el Señor: Escucha y compréndelo, hombre ignorante. El Hijo de Dios es anterior a la creación y de su Padre recibió consejo en sus obras. Por esto es viejo (173).

Lo mismo dicen invariablemente, no sólo los cabalistas, sino también los induístas.
Del *Código de los nazarenos*:

Vidi virum excellentem coeli terroeque conditore natu majorem. Vi al varón más excelente, anterior en nacimiento al Hacedor de cielos y tierra (174).

El Dionisio de los misterios eleusinos llamado también Iacchos, Iaccho o Iahoh (175) que había de libertar a las almas, era anterior al Demiurgo. En los misterios del Anthesteria, después del bautismo purificador en el agua de los lagos (*limnoe)* pasaban los iniciados (*mystoe*) por una puerta dispuesta a propósito paa este objeto, llamada puerta de Dionisio o de los purificados.

En el *Zohar*, el Demiurgo dice al Señor: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (176). En el *Génesis* se lee: Los Elohim (177) dijeron: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. En los Vedas, Brahma toma consejo de Parabrahma sobre la mejor manera de crear el mundo.

Según expone el canónigo Westcott, pregunta Hermas:

-¿Y por qué es *nueva* la puerta?, ¡oh Señor!

- Porque se manifestó el último día de la gracia, a fin de que por ella entren en el reino de Dios cuantos sean salvos (178).

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

En este pasaje se advierte la errónea afirmación de que Jesús se manifestó como Mesías en la plenitud de los tiempos que aun han de llegar, no obstante los vaticinios atribuidos a inspiración divina que la daban por llegada al advenimiento del que supusieron el Mesías prometido.

El evangelista San Juan incurrió en el mismo error de que tan engañosas interpretaciones se derivaron entre los cristianos ortodoxos por tomar al pie de la letra las alegorías del texto evangélico. Por otra parte, la plenitud de los tiempos no pudo profetizarse ni siquiera aproximadamente, pues hubiera contradicho al evangelista Marcos cuando dice: “Mas de aquel día ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo ni el Hijo, sino el Padre” (179).

Los cristianos tomaron indudablemente esta creencia del *Apocalipsis*, lo cual nos demuestra su filiación cabalista y pagana, pues, en efecto, se refería a un ciclo que, según sus cómputos, terminaba a últimos del siglo I. En corroboración de ello podemos aducir también que los evangelistas Marcos y Juan no se conocían lo suficientemente uno a otro. Filo designó el Logos con el sobrenombre de *Petra* (roca) que, según ya vimos, significa "intérprete" en lenguas caldea y fenicia. Justino Mártir le da en todas sus obras el título de *Ángel* y distingue entre el Logos y el Creador, diciendo a este propósito:

El Verbo de Dios es el Hijo de Dios y también el Ángel y el Apóstol, porque manifiesta (interpreta) cuanto debemos saber y fue enviado para manifestar lo que ha de ser revelado (180).

Veamos otro texto:

El Adán inferior está distribuido en sus propios senderos, en treinta y dos líneas de sendero y nadie le conoce sino por Seir. Pero nadie conoce al Adán superior ni sus senderos excepto el de Lara Faz (181).

Larga Faz es el Supremo Dios. Seir equivale al nazareno Ebel-Zivo, el Legado o Apóstol Gabriel (182). Los nazarenos sostenían con los cabalistasque ni el Mesías que había de venir conocía al Adán Superior, con lo cual daban a entender que más allá de la Divinidad manifestada se encubría la inmanifestada. Seir-Anpin es para los cabalistas el tercer Dios, mientras que el Logos, según Filo Judeo, es el segundo (183). Esto aparece más claro en el siguiente pasaje:

El falso Mesías dirá: "Yo soy Dios, el Hijo de Dios. Mi Padre me envió... Soy el primer mensajero. Soy Ebel Zivo y vengo de lo alto". Pero no le creais, porque no será Ebel Zivo, pues Ebel Zivo no querrá ser visto en esta edad (184).

De aquí que algunos gnósticos opinen que el ángel de la Anunciación no fue Ebel-Zivo (Gabriel) sino Ilda-Baoth, quien formó el cuerpo *físico* de Jesús en el que se infundió *Christos* en el momento del bautismo en el Jordán.

No cabe dudar, como asegura Nork (185), de que los padres de la Iglesia conocieron en traducción griega el *Bereshith Rabba*, la parte más antigua del *Midrash Rabboth*. Pero si por una parte conocían las religiones de los países vecinos lo suficientemente para dar a su religión un aspecto que de las demás las distinguiera externamente, en cambio era lastimosa la ignorancia en que estaban del *Antiguo Testamento* y de la filosofía griega (186).

CURIOSAS TERGIVERSACIONES

Tan vacilantes andaban los piadosos Padres de la Iglesia en el análisis de las herejías, que Hipólito tomó por el de un heresiarca el nombre de *Kol-Arbas* con que los valentinianos designaban la sagrada Tetrada pitagórica (187).

Aparte de estos involuntarios errores, tenemos las deliberadas adulteraciones de las doctrinas ajenas. Ejemplo de ello nos dan: la conversión de la mitológica *aura placida* (brisa suave) en dos supuestas mártires cristianas Aura y Plácida (188); la santificación de una *lanza* y de una *capa* bajo los nombres de San Longinos y San Amfíbolo (189); y las citas erróneamente anotadas por los Padres de la Iglesia referentes a profetas que jamás dijeron lo que en ellas se les atribuye. Ante semejantes confusiones cabe preguntar con asombro si desde la muerte del insigne Maestro ha sido la teología cristiana algo más que un delirio incoherente.

La malicia de los Padres de la Iglesia en su afán de combatir herejías, llega al extremo de sostener sin rebozo las más descabelladas falsedades e inventar relatos enteros con propósito de cohonestarlas a los ojos de los ignorantes. La donosa confusión de Hipólito al tomar por un heresiarca el nombre de la Tetrada, diciendo que *Kolorbaso* explicaba su doctrina con números y medidas (190), no hubiera tenido otra consecuencia que la ridiculez del error, de no insistir después Epifanio (191) deliberadamente en mantenerlo, al afirmar contra su íntimo sentir que "un tal Heracleón sucedió al heresiarca *Colorbaso*" (192).

Estos solapados procedimientos acabaron con los gnósticos, únicos que poseían algunas migajas del puro cristianismo primitivo. En la época de los Padres todo fue tumulto y embrollo hasta el momento en que la definición de los dogmas cortó el vuelo a toda discutible discrepancia de opiniones. Durante largos siglos se castigó con severas penas, incluso a veces la de muerte, la sustentación de doctrinas contrarias a las definidas dogmáticamente por la Iglesia, encubriéndolas bajo velo de misterio; pero desde que los exégetas se resolvieron a poner cada cosa en su punto, quedó invertida la situación de ambas partes, de modo que los despojados paganos acuden en demanda de lo que se les usurpara y dan motivo para recelar de la ruidosa quiebra de la teología cristiana. A esto la condujo el fanatismo de la secta sedicente ortodoxa, cuyos secuaces no fueron ni los "más corteses ni los más cultos ni los más ricos de entre los cristianos", como de los gnósticos asegura que fueron el autor de la *Decadencia y caída del imperio romano*. Los gnósticos no se mancharon con la sangre de quienes discrepaban de su opinión. Sin embargo, tampoco creemos exacto el juicio de Renán cuando dice que todos los ortodoxos *echaban olor de ajo*. De esta suerte quedaron los gnósticos arrollados por las supersticiosas e ignorantes muchedumbres. Perecieron los amantes de la verdad, los filaleteos de la escuela armónica, y las vociferaciones de las turbas cristianas resonaron en los mismos lugares donde la sabia doncella Hipatia enseñó sublimes filosofías y declaró Amonio Saccas que el propósito de Cristo había sido restaurar en su prístina pureza la sabiduría antigua y eliminar de las religiones confesionales los errores con que la superstición las adulteraba (193). En vez de la voz del aleccionado por Dios, se oían los iracundos chillidos del cruel fanatismo supersticioso.

EL FANATISMO SUPERSTICIOSO

Decía San Jerónimo:

> Si tu padre se tendiera en el umbral de tu casa y si tu madre te mostrase los pechos a que te amamantó, pasa por encima de tu padre y pisotea los pechos de tu madre, para, sin verter ni una lágrima, acudir al llamamiento del Señor.

Digno par del precedente pasaje es por su espíritu el siguiente en que Tertuliano declara su deseo de ver en los infiernos a los filósofos paganos, diciendo:

> ¡Qué magnífica escena! ¡Cómo me regocijaría! ¡Qué alborozo!; ¡qué triunfo cuando a esos ilustres monarcas de quienes se dice que subieron al cielo, los oiga yo gemir con su dios Júpiter en las más profundas simas del infierno! Entonces los sayones que persiguieron el nombre de Cristo arderán en un fuego incomparablemente más vivo que el de las hogueras encendidas para abrasar a los mártires (194).

Todavía alienta este espíritu de crueldad en el dogmatismo cristiano contra el que se levantan opuestamente las enseñanzas de Cristo. Dice Ekiphas Levi a este propósito:

El Dios en cuyo nombre hemos de pisotear los maternales senos merece que nos lo representemos blandiendo la exterminadora espada, con el infierno abierto a sus pies. Moloch quemaba en pocos instantes a los niños que en sacrificio se le ofrecían; pero estaba reservado a los discípulos del que para redimir a la humanidad murió en la cruz, forjar un nuevo Moloch cuya pira arda eternamente (195).

En América también empieza a estragar los ánimos la perversión del espíritu del cristianismo, y prueba de ello nos dan las siguientes palabras del fanático reformador Moody que exclama:

Un Hijo tengo y Dios sabe cuánto le amo; pero prefiriría que hoy mismo le sacaran los ojos, antes de que llegase a hombre sin fe ni esperanza en Cristo.

A esto replica muy juiciosamente un periódico de Chicago:

Tal es el espíritu de la inquisición que muchos creen desvanecido. Si el fanatismo de Moody le incita a la contingencia de arrancarle los ojos a su propio hijo ¿qué no haría con los hijos de los demás? Tal es el espíritu de Loyola que en pleno siglo XIX sigue con sus jerigonzas; y gracias a que la ley civil le detiene el brazo, no vuelve a encender las hogueras y a caldear al rojo vivo los instrumentos de tortura.

CAPÍTULO VI

Bajan las cortinas del Ayer y se alzan las del Mañana; pero el Ayer y el Mañana existen.
SARTOR RESARTUS: *Sobrenaturalismo natural.*

¿No ha de permitírsenos depurar la autenticidad de la *Biblia*, que desde el siglo II sirvió de criterio a la verdad científica? Para mantenerse en tal alto puesto, debe desañar a la crítica humana.
DRAPER: *Conflictos entre la religión y la ciencia.*

Un beso de Nara en los labios de Nari despierta a la Naturaleza toda.-VINA SNATI (poeta indo).

No debemos olvidar que los actuales Evangelios canónicos, y por tanto el dogmatismo cristiano, dimanan del *sortes sanctorum*, pues en la duda de cuál de los numerosos textos corrientes en su tiempo fuese el inspirado por Dios, el concilio de Nicea resolvió someter tan embrollada cuestión a los milagros de la suete. Bien podemos calificar de misterioso el concilio de Nicea, porque asistieron trescientos dieciocho obispos, número místico al que Barnabas (1) atribuye capital importancia; aparte de que los autores de la época discrepan en cuanto al lugar y fecha de su celebración y al obispo que presidió las sesiones. No obstante el grandilocuente elogio de Constantino (2), afirma Sabino, obispo de Heracles, que, exceptuando al emperador y a Eusebio Panfilio, todos los miembros de la asamblea eran gentes *indoctas y sencillas* que no entendían nada de lo que se trataba, es decir, que eran una grey de mentecatos. Igualmente opinaba Pappus (3), quien refiere cómo los obispos de Nicea se valieron de un procedimiento con ribetes de magia para decidir cuáles eran los Evangelios auténticos, pues colocaron todos los textos sometidos a examen sobre el ara del altar e impetraron de Dios la gracia de que cayeran al suelo los textos apócrifos y quedaran en el altar los inspirados, como así sucedió, por supuesto (4).

Apoyados en la autoridad de un testigo presencial y eclesiástico por añadidura, podemos afirmar que el mundo cristiano debe su “palabra de Dios” a un procedimiento adivinatorio, por cuyo empleo quemó posteriormente la Iglesia a miles de evocadores, magos, hechiceros, encantadores y adivinos. Sin embargo, los Padres de la Iglesia dicen que el mismo Dios preside las *sortes sanctorum*, y según ya indicamos, confiesa San Agustín que se valía de este procedimiento de adivinación. Pero las opiniones están expuestas a iguales mudanzas que los dogmas religiosos; y los textos atribuidos durante quince siglos a inspiración del Espíritu Santo, sin que se pudiera alterar en ellos ni punto ni coma, han sido en etos últimos tiempos revisados, corregidos y amputtados de modo que, no sólo versículos, sino capítulos enteros se eliminaron de las primitivas ediciones. No obstante, la Iglesia exige que tengamos por Escritura revelada el texto salido de manos de los revisores, so pena de excomulgarnos por herejes. Así vemos que tanto *dentro* como *fuera* de sus recintos pretende la infalible Iglesia que se confíe en ella más de lo razonable y conveniente.

Los teólogos medioevales cohonestaban la práctica del *sortes sanctorum* en el siguiente versículo:

Las suertes se meten en el seno, mas el Señor dispone de ellas (5).

En cambio, los teólogos contemporáneos aseguran que toda traza de sortilegio es obra del diablo. Tal vez se amoldan inconscientemente en este punto a la doctrina de los

bardesanos, según la cual, tanto las obras de Dios como las del hombre están sujetas a la *necesidad*.

HIPATIA Y CIRILO

De acuerdo también con la *necesidad* combatió tan ásperamente la plebe cristiana a los neoplatónicos en aquellos días en que tan sólo unos cuantos filósofos conocían las olvidadas doctrinas de los naturalistas indos y de los antediluvianos pirroneos, con la particularidad de que las antiguas profecías para nada mencionaron a Darwin y sus descubrimientos, pues en este caso falló la ley de la supervivencia del más apto, por cuanto *los neoplatónicos quedaron condenados a muerte desde el día en que se pusieron al lado de Aristóteles*.

A principios del siglo IV estaba muy frecuentada por el pueblo la academia donde la sabia e infortunada Hipatia enseñaba las doctrinas del divino Platón y de Plotino, dificultando con ello el proselitismo cristiano, pues descubría el fundamento de los misterios religiosos pergeñados por los Padres de la Iglesia y declaraba el origen platónico del idealismo que la nueva religión se había apropiado para seducir a gran número de gentiles. Además, Hipatia era discípula de Plutarco, jefe de la escuela ateniense, y conocía los secretos de la teurgia, por lo que sus enseñanzas eran un gravísimo obstáculo para la creencia popular en los milagros, cuya causa podía explicar satisfactoriamente la insigne maestra. No es, pues, extraño que su sabiduría y su elocuencia concitasen contra ella la animadversión de Cirilo, obispo de Alejandría, cuya autoridad se apoyaba en degradantes supersticiones, al paso que la de Hipatia tenía por fundamento la inconmovible roca de las leyes naturales (6).

Por otra parte, en aquella ocasión la Iglesia había de defender, no ya su futura supremacía, sino su propia existencia, porque los filósofos paganos y los eruditos gnósticos conocían el mecanismo de todo aquel retablo teológico, y una vez descorrida la cortina quedaría al descubierto la trabazón entre las creencias paganas y las de la nueva religión, desvaneciéndose el temor que infundía el misterio cuyo escrutinio era sacrilegio.

La sorprendente coincidencia de las alegorías astronómicas de los ritos paganos con las fechas en que el cristianismo conmemora la natividad, muerte y resurrección de Jesús, aparte de la identidad de ritos y ceremonias, hubieran atajado los pasos de la nueva religión si sus doctores, so pretexto de servir a Cristo, no se desembarazaran violentamente de los demasiado bien informados filósofos paganos. De haber fracasado en su día aquel verdadero golpe de mano, seguramente fuera muy otra la religión hoy dominante en occidente, y no hubiese sobrevenido la tenebrosa noche medioeval que degradó a los europeos hasta ponerlos casi al mismo nivel de los papúes.

Fundado era, por lo tanto, el temor de los cristianos de Alejandría, y desde un principio creyeron recompensado su piadoso celo, pues cuando el populacho derribó el *Serapión* y fue preciso que el gobierno imperial apaciguara la contienda suscitada entre paganos y cristianos, se descubrió en las losas de granito del recinto interior del destruido templo una cruz de innegable configuración cristiana, que los monjes cuidaron de atribuir, para cohonestar su procedencia antecristiana, a espíritu de previsión y profecía, como con aire triunfal lo declara así Sozomeno (7), pero la arqueología y la simbología, implacables enemigos de las adulteraciones clericales, descifraron los jeroglíficos que rodeaban la cruz y coligieron de ellos su verdadero significado.

LA CRUZ TAU

Según King y otros arqueólogos, la cruz descubierta en las ruinas del *Serapión* de Alejandría era el símbolo de la vida eterna y se usaba en los misterios eleusinos a semejanza de la *tau* o cruz egipcia. Era también emblema de la dual potencia generadora, y la colocaba el hierofante sobre el pecho del recién nacido a nueva vida luego de recibir el bautismo, para denotar que su naturaleza inferior se había elevado por la regeneración hasta unirse con su divino espíritu, capacitándole para ascender a la gloriosa y lumínica mansión eleusina. La cruz tan era talismán mágico al par que emblema religioso, y los cristianos la tomaron de los gnósticos y cabalistas entre quienes gozaba de mucho predicamento, como lo atestiguan las numerosas joyas en que se ve grabada. Los gnósticos recibieron a su vez de los egipcios la tau o cruz con mango, y la cruz latina la importaron de la India los misioneros budistas dos o tres siglos antes de Cristo. Tanto los indos como los indígenas de la América precolombiana, los asirios, egipcios y romanos usaban la misma cruz con ligeras modificaciones. Hasta muy entrada la Edad Media se consideró la cruz como un potente amuleto contra la epilepsia y la obsesión demoníaca; y el "sello del Dios vivo", que según el *Apocalipsis* llevaba el ángel que venía de Oriente para estigmatizar la frente de los "siervos de Dios", no era ni más ni menos que la tau egipcia. En una vidriera de la abadía de San Dionisio (Francia) está representado el ángel del *Apocalipsis* en actitud de sellar la frente del elegido con este sello, cuya inscripción dice: *signum Tay*. Por otra parte, observa King que las imágenes del eremita egipcio San Antonio Abad llevan generalmente este mismo sello (8). El cristiano San Juan, el egipcio Hermes y los brahmanes indos nos explican el verdadero significado de la cruz tau, que para el evangelista era indudablemente el "Nombre inefable", puesto que llama a la cruz "sello del Dios vivo" y más adelante dice: *el nombre del Padre escrito en su frente* (9).

El brahmâtma o jefe de los iniciados indos llevaba en su atavío dos llaves cruzadas, como símbolo del misterio de vida y muerte. En algunas pagodas budistas de Tartaria y Mongolia, la entrada del recinto interior, la escalera que conduce al *daghôba* (10) y los pórticos de algunos *prachidas* (11) están adornados con dos peces en cruz, análogos a los del Zodíaco; y no debe extrañarnos que la *Vesica piscis* de las catacumbas de Roma sea remedo del signo zodiacal budista. Tan antiguo es este símbolo, que según tradición masónica, los cimientos del templo de Salomón tenían la forma de tau triple.

El significado místico de la cruz egipcia se refiere al dualismo andrógino de todas las manifestaciones de la Naturaleza dimanantes del concepto de una Divinidad también andrógina, mientras que el emblema cristiano no tiene ningún fundamento metafísico.

Si hubiese prevalecido la ley mosaica, sin duda que sufriera Jesús la pena de lapidación (12), pues la cruz era el instrumento de suplicio acostumbrado entre los romanos, que le llamaban "árbol de infamia", desconocido como tal en las naciones semíticas. Hasta mucho después no lo adoptaron los cristianos por símbolo, sino que al contrario, durante las dos primeras décadas lo recordaban los apóstoles con horror. Así, pues, resulta indudable que al hablar San Juan del "sello del Dios vivo" no se refería en modo alguno a la cruz cristiana sino a la tau egipcia, Tetragrámaton o nombre inefable, que en los más antiguos talismanes cabalísticos aparecía expresado por las cuatro letras hebreas componentes de la "palabra sagrada"

La famosa señora Ellenborough, conocida entre los árabes de Damasco y las tribus del desierto por el sobrenombre de *Hanum Medjuye*, tenía un talismán, regalo de un druso del monte Líbano, que por cierto signo del extremo izquierdo se coligió que era una de aquellas piedras llamadas en Palestina amuletos mesiánicos del siglo II o III de la era cristiana. Este talismán es una piedra pentagonal de color verde, en cuya parte inferior aparece grabado un

pez, encima del cual se ve el sello de Salomón (13) y más arriba las cuatro letras caldeas: *jod, he, vau, he*, componentes de IAHO (nombre de la Divinidad), dispuestas de abajo arriba en orden inverso a estilo de tau egipcio (14), cuyo significado místico, lo mismo que el de la cruz ansata, es *árbol de la vida*.

EMBLEMAS CRISTIANOS

Ya sabemos que antes de representar plásticamente la imagen de Jesús, los emblemas empleados por los primitivos cristianos fueron el Cordero, el Buen Pastor y el Pez. De lo antes dicho se infiere con toda claridad el origen de este último emblema que tanto ha conturbado a los arqueólogos. Todo el secreto está en que mientras la *Kábala* llama al rey Mesías el intérprete o Revelador del misterio y lo considera como la quinta emanación, el *Talmud* designa al Mesías con el nombre de *Dag* o *Pez*. Este símbolo es una reminiscencia caldea relacionada, según de su mismo nombre se infiere, con el Dagón u Hombre-Pez de los babilonios, que se aparecía a las gentes para instruirlas e interpretar las enseñanzas. Abarbanel explica la significación del simbólico nombre diciendo que el Mesías vendrá cuando los planetas Júpiter y Saturno se presenten en conjunción en el signo Piscis (15). Deseosos los cristianos de divulgar la creencia de que Cristo era el Mesías prometido, no vacilaron en adoptar el emblema del pez, sin percatarse de que era un remedo del Dagón babilónico.

Los primitivos cristianos relacionaban estrechamente su concepto de Jesús con los símbolos paganos y cabalísticos, según se colige de la siguiente exhortación dirigida por Clemente de Alejandría a sus correligionarios: “Procurad que la piedra de vuestro anillo lleve grabada o bien una paloma, o un buque impelido por el viento (*Argha*), o bien un pez”. ¿Se acordaría el buen padre al escribir esto de aquel Joshua hijo de Nun, llamado Jesús en las versiones griegas y eslavas, o habría olvidado la verdadera significación de aquellos símbolos paganos? Joshua, hijo de Nun o Nave (*Navis*), pudo muy bien haber adoptado por emblema una *nave* o un pez, pues el nombre de Joshua o Jesús significa hijo del dios-pez; pero era muy incongruente relacionar la nave, la paloma y el pez, emblemas de Venus, Astarté y otras divinidades femeninas del induísmo con el nacimiento del que consideraban Hijo de Dios; a no ser que, según toda probabilidad, apenas distinguieran a la sazón las gentes entre Cristo, Baco, Apolo y Krishna, quien, como primer avatar de Vishnú, tuvo el pez por símbolo.

El *Hari-Purâna* y otros textos induístas dicen que Vishnú tomó la figura de pez con cabeza humana para recobrar los *Vedas* perdidos en el diluvio, pues luego de haber facilitado a Visvamitra y su tribu los medios de escapar del cataclismo, compadecióse de la ignorante humanidad y permaneció entre ellos por algún tiempo con objeto de enseñarles a edificar moradas, cultivar la tierra y adorar a la desconocida Divinidad, cuyo representante era, en templos regidos por instituciones cultuales. Todo aquel tiempo se mantuvo Vishnú en figura de pez con cabeza humana, y cada día al ponerse el sol se retiraba al fondo del mar hasta la siguiente aurora. Sobre esto, dice el *Hari-Purâna*:

> Después del diluvio enseñó Vishnú a los hombres todo cuanto les era necesario para su dicha, hasta que un día se sumergió en el agua y no volvió a salir porque la tierra estaba ya nuevamente cubierta de plantas y animales. Pero Vishnú había enseñado a los brahmanes el secreto de todas las cosas.

De esta alegoría tomó indudablemente el caldeo Berosio el argumento de la fábula de Oannes, el hombre-pez, equivalente a Vishnú (16).

Para no afirmar nada por nuestra sola autoridad, nos apoyaremos en la de Jacolliot, a quien nadie deja de tener por muy erudito sanscritista, aunque algunos le hayan echado en cara sus deficiencias en otros puntos y más particularmente en cronología (17). Analiza Jacolliot el nombre *Oannes* y dice que la *O* hace en esta palabra oficio de interjección admirativa, y que la sílaba *an* es una raíz que denota *espíritu* o *ser* (18). Sobre este punto, añade Jacolliot:

> La fábula de Vishnú en figura de pez es nueva prueba de la estupenda antigüedad de las subalternas Escrituras induístas, aparte de los *Vedas* y el *Código de Manú* a que los más auténticos documentos asignan *veinticinco mil años* de existencia. Como dice el erudito Halhed, pocos pueblos superan al indo en la exactitud de sus anales (19).

Acaso arroje alguna luz sobre esta embrollada simbología el recuerdo de que, según el *Génesis*, el primer animal viviente o la primera forma de vida terrestre fue el pez, es decir, las criaturas semovientes en las aguas, como se colige de este pasaje:

> Produzcan las aguas reptil (pez) de ánima viviente... Y crió Dios las grandes ballenas... Y fue la tarde y la mañana el día quinto (20).

LA BALLENA DE JONÁS

Por otra parte, al profeta Jonás se lo tragó un enorme pez que vomitó sana y salva su presa en la playa al tercer día, lo cual consideran los cristianos como una figura profética de los tres días que antes de resucitar estuvo Jesús en el sepulcro (21).

También es muy significativo que los talmudistas llamaran *Dag* (pez) al Mesías, y que asimismo tuviera dicho sobrenombre el Vishnú induísta, Espíritu conservador o segunda persona de la trinidad induísta que, según las creencias brahmánicas, ha de encarnarse por décima vez para redimir a la humanidad (lo mismo que el Mesías de los judíos), restaurar los primitivos *Vedas* y conducir a los bienaventurados por el camino de perfección. Según las tradiciones induístas, en su primera encarnación o *avatar* tomó Vishnú la figura de hombre-pez, y en corroboración de esta alegoría se ve en el templo del dios Rama, una imagen de Vishnú del todo correspondiente a la descripción que del dagón caldeo nos da Beronio, o sea en figura de hombre que sale de la boca de un pez con los *Vedas* en la mano en señal de haberlos recobrado del abismo oceánico donde los sumergió el diluvio. Por otra parte, Vishnú es en uno

de sus aspectos, el dios de las aguas, el Logos del Parabrahm, que en el mismo templo de Rama aparece también representado en actitud de moverse sobre las aguas apoyándose en la serpiente Ananta de siete cabezas, símbolo de la eternidad. Esta imagen simboliza, por otra parte, el intercambio de atributos de las tres personas de la Trinidad manifestada.

A Vishnú equivale evidentemente el adam Kadmon de los cabalistas que lo consideran como el Logos o primer Ungido, al paso que el segundo Adam es para ellos el Rey Mesías.

El elemento pasivo o femenino de Vishnú es Lakmy, Lakshmi o Adamaya, la "Madre del mundo" (22), nacida de las alborotadas olas del mar, así como la Venus griega surge de la espuma. La belleza de Lakmy enamora a todos los dioses, y de ella tomaron los hebreos el modelo de su Eva (23). De la misma opinión es el insigne erudito francés Burnouf, quien dice sobre el caso que "algún día se descubrirá el origen indo de todas las antiguas tradiciones desfiguradas por la leyenda" (24).

DARWIN Y VYASA

Expusimos anteriormente que, según el cómputo secreto de los estudiantes de ocultismo, el Mesías es la quinta emanación o potencia divina, y en este lugar lo colocan la *Kábala* judía (25), el sistema gnóstico y la teogonía budista (26).

Para demostrar cuán erróneamente interpretaban las masas ignorantes el verdadero significado de los avatares, conocido tan sólo de los estudiantes de ocultismo, daremos oportunamente un cuadro sinóptico de las emanaciones y avatares según las doctrinas induísta y caldea (27). Los ciclos secretos prueban fundamentalmente que ni brahmanes ni tanaímes interpretaron al pie de la letra los *Vedas* y la *Biblia* respectivamente, sino que filosofaban sobre el origen y formación del mundo, con arreglo al concepto que muchos siglos después había de repetir Darwin respecto a la selección natural y transformación de las especies. Quien de ello dudare, lea los *Libros de Manú* (28), pues si comparamos su texto con la cosmogonía fenicia de Sanchoniathon y el relato de Berosio, encontraremos idénticos conceptos de los que en la actualidad prevalecen en ciencias naturales.

Ya entresacamos en lugar oportuno varias citas de los textos caldeos y fenicios. Ahora transcribiremos algunos pasajes de las Escrituras induístas.

> Cuando el mundo salió de las tinieblas, los sutiles principios elementales produjeron el germen vegetal que animó primeramente a las plantas, de las que pasó la vida a inconstantes formas nacidas del *ilus* de las aguas. Después de pasar por varias formas animales llegó al hombre (29).
>
> Antes de que el hombre llegue a ser hombre, ha de ser sucesivamente planta, gusano, insecto, pez, serpiente, tortuga, carnero y fiera. Tal es el grado inferior. Así, desde Brahma hasta el vegetal, se declaran las transmigraciones manifestadas en este mundo (30).

Según la cosmogonía fenicia expuesta por Sanchoniathon, el hombre procede del caos (31), y las especies se desenvuelven obedientes a la misma ley de transformación enunciada por Darwin en el siguiente pasaje:

> Opino que las especies animales proceden a lo sumo de cuatro o cinco tipos progenitores... Por analogía cabe inferir que probablemente todos los seres organizados descienden de una forma primordial... Así considero que los seres de la Naturaleza no fueron creados especie por especie, sino que proceden en línea descendente de unos cuantos prototipos que vivieron mucho tiempo antes de formarse la primera capa del sistema silúrico (32).

Según Jacolliot (33), los filósofos indos Vyasa y Kapila van mucho más allá que Manú y Darwin, pues sólo ven en Brahma el *nombre* del germen universal y niegan la *Causa* primera,

diciendo que los seres de la Naturaleza han ido evolucionando por la acción de ciegas y materiales fuerzas.

Por exacta que sea esta cita de Kapila, conviene aclararla de modo que no recaiga sobre el insigne filósofo ario la nota de ateo (34), pues en ningún pasaje de sus numerosas obras se encuentra nada en contrario a la creencia de los brahmanes en el desconocido y universal Espíritu, según reconocen todos los orientalistas, aunque algunos comentadores superficiales hablen sin fundamento bastante del ateísmo budista.

CONFESIÓN DE JACOLLIOT

Por otra parte, Jacolliot afirma que jamás compartieron los brahmanes eruditos las supersticiones populares, sino que inquebrantablemente creyeron en la unidad de Dios y en la inmortalidad; aunque ni Kapila ni los brahmanes iniciados ni los discípulos de la escuela vedantina tuvieron de la Causa primera el antropomórfico concepto que posteriormente le dio el cristianismo dogmático.

Si necesitáramos nuevas pruebas, el mismo Jacolliot nos las da al impugnar el error con que tropieza Müller al decir que “las divinidades induístas son máscaras sin actores o nombres sin seres, y no seres sin nombre”. En contra de esta imputación cita Jacolliot numerosos pasajes de las Escrituras induístas, diciendo:

> ¿Es posible negar al autor de estas estrofas un claro y definido concepto de la divina potencia del único Ser, dueño y soberano del universo? ¿Acaso eran los altares mera alegoría? (35).

Este argumento es perfectamente válido contra la imputación del famoso filólogo alemán que califica de “embrollo teológico” el *Atharva Veda*, con tan flaco criterio como el racionalista Jacolliot juzga las doctrinas de Kapila y Vyasa, pues por vasta que sea la erudición de ambos comentadores y por profundamente que conozcan las lenguas muertas de Oriente, les falta la clave para interpretar los mil y un enigmas de la doctrina secreta. Pero mientras el filólogo alemán no se toma el trabajo de escrutar aquel “embrollo teológico”, el orientalista francés no desperdicia coyuntura alguna de investigación y se confiesa sinceramente incapaz de ni sondear siquiera el profundo océano de las místicas enseñanzas cuyas huellas, a cada paso descubiertas,señala a la atención de la ciencia. aSí es que, no obstante haberse negado sus “venerados maestros”, los brahmanes de las pagodas de Villenur y Chélambrum (36), a revelarle los mágicos misterios del *Agruchada Parikshai* (37) y del triángulo del brahmâtma (38), no repara Jacolliot en declarar noblemente que todo es posible en la metafísica índica, y que los orientalistas europeos interpretaron equivocadamente los sistemas filósoficos de Kapila y Vyasa. Pero Jacolliot se contradice después en el siguiente pasaje:

> Le pregunté cierta vez a un brahmán de la pagoda de Chélambrum, afiliado a la *escuela escéptica y materialista de Vyasa*, si creía en la existencia de Dios. Y respondióme sonriente: *Aham eva param Brahma* (yo mismo soy dios).
>
> -¿Qué significa usted con eso?
>
> -Que cada ser de la tierra, por insignificante que parezca, es una partícula eterna de la materia eterna (39).

Esto mismo hubiera respondido cualquier cabalista o gnóstico, pues la filosofía esotérica resolvió hace siglos el problema del origen y destino del hombre.

Quien crea en las palabras de la *Biblia* que dicen:

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra e inspiró en su rostro soplo de vida (40)

ha de creer forzosamente que en cada átomo de este polvo alienta el espíritu de vida, pues daría pruebas de mezquino criterio el que creyera lo primero y negase lo segundo. Los versículos anteriores al citado corroboran esta consideración, según puede inferirse de su texto, que dice:

Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos (41).

Vemos que Dios bendice por igual a todas las criaturas vivientes de la tierra, del agua y del aire, pues a todos les dotó de *vida* o alma, o sea el *aliento* de su propio Espíritu. La humanidad es el adam Kadmon del "Desconocido", su microcosmos y único representante en la tierra, por lo que cada hombre es un dios en ella.

Ya que Jacolliot está por su erudición tan familiarizado con los libros de Manú y otros autores védicos, no desconocerá el siguiente pasaje, cuyo significado podríamos preguntarle:

Plantas y árboles presentan multitud de formas a causa de sus precedentes acciones. Están rodeados de tinieblas, pero en ellos alienta el alma y sienten el placer y el dolor (42).

Por lo tanto, si la filosofía indica reconoce alma en las formas inferiores del reino vegetal y en cada átomo de materia, ¿cómo podría negar la existencia inmortal del alma humana? Y admitida el alma, ¿cómo negar lógicamente su patrio manantial, su no ya primera sino eterna Causa? En verdad, que ni los racionalistas ni los materialistas, incapaces de comprender la metafísica indica, debieran juzgarla por el patrón de su propia ignorancia.

RELIGIÓN Y CIENCIA

Según ya dijimos, el ciclo máximo abarca la evolución de la humanidad desde sus orígenes en el hombre arquetípico de naturaleza espiritual, hasta el último grado de abyección a que descendió en la época del diluvio. A cada etapa descendente corresponde una forma física más grosera, cuyo grado máximo de densidad coincide con el cataclismo diluvial. Pero el círculo máximo comprende siete ciclos menores correspondientes a la evolución de otras tantas razas, cada una de la cual deriva de la precedente y tiene por morada una nueva configuración terrestre. Las razas raíces o típicas de la humanidad se subdividen en subrazas y éstas en pueblos (43), tribus y familias.

Antes de exponer en diagramas la íntima analogía entre las doctrinas esotéricas de los pueblos antiguos, aun de los más distantes por separación geográfica, conviene explicar sumariamente el significado de los símbolos y alegorías religiosas que tan en confusión han puesto a los comentadores no iniciados. Veremos con ello que en la antigüedad la religión y la ciencia estaban tan estrechamente unidas como hermanas gemelas, y fueron las dos una y cada una ambas desde el primer instante de su aparición. Por sus reversibles atributos, la ciencia era espiritual y la religión científica (44). De la omnisciencia derivaba indeclinablemente la omnipotencia, y por lo tanto, era el hombre divino un coloso bajo cuyo dominio había puesto el Creador los reinos de la Naturaleza. Pero el Adán andrógino estaba sentenciado a caer por desdoble de sus elementos en el segundo Adán, con pérdida de su poder, porque el fruto del árbol de la Ciencia produce la muerte si no le acompaña el fruto del árbol de la Vida. Esto significa que el hombre se ha de conocer a sí mismo antes de conocer el origen de los seres y de las cosas inferiores a él por la condición de su naturaleza interna. De la propia suerte,

mientras la religión y la ciencia constituyeron una dualidad unitaria, acertaron infaliblemente, porque la intuición espiritual suplía la limitación de los sentidos corporales; pero en cuanto se separaron por desdoblamiento, la ciencia desoyó la voz de la intuición, al paso que la religión degeneró en teología dogmática. Una y otra fueron desde entonces dos cuerpos sin alma.

La doctrina esotérica, como el induísmo, el budismo y también la perseguida *Kábala*, enseñana que la infinita, desconocida y eterna Esencia se manifiesta activamente en determinado período de tiempo para restituirse después a su pasiva inmanifestación. La poética terminología de Manú llama *día de Brahma* al período de manifestación activa, y *noche de Brahma* al de inmanifestación pasiva. Durante el primero está Brahma *despierto,* y durante el segundo está *dormido*.

Los *svabhâvikas* o filósofos clásicos del budismo cuya escuela subsiste en el Nepal, consideran tan sólo la manifestación activa (*Svabhâvât*) de la eterna Esencia, pues dicen que es locura filosofar sobre su incongnoscible y abstracto estado de inmanifestación pasiva. Por esto, los teólogos cristianos y los científicos modernos les llaman ateos sin comprender la profundísima lógica de su filosofía. Los teólogos cristianos no conciben otro Dios que las potestades *subalternas* constructoras del universo visible, entre ellas el tonante y flamígero Jehovah mosaico, convertido por los cristianos en la suprema Divinidad antropomórfica. Por otra parte, la ciencia experimental considera a los budistas *svabhâvikas* como si fuesen los *positivistas* de los tiempos arcaicos.

Esta imputación de ateísmo proviene de considerar bajo un solo aspecto la filosofía esvabávica, pues los budistas no admiten un *Creador personal* sino una multitud de *Potestades creadoras* sintetizadas colectivamente en la eterna Substancia de inescrutable naturaleza, y por lo tanto, inaccesible a las especulaciones filosóficas (45).

Según la *Doctrina secreta*, al comienzo de un período de actividad la divina Esencia se explaya de *dentro afuera* por virtud de la inmutable ley que actualiza las energías cósmicas, cuya progresiva operación da por resultado final el universo fenoménico, visiblemente manifestado.

EXPIRACIÓN E INSPIRACIÓN

Análogamente, al comienzo del período de inactividad se repliega en Sí misma la divina Esencia y gradualmente se disuelve el universo visible, se desintegran sus componentes y las solitarias tinieblas vuelven a planear sobre el abismo. Explicará mejor este concepto la metáfora de que el universo se manifiesta por la *expiración* y se disuelva por la *inspiración* de la desconocida Esencia. Este ritmo de manifestación e inmanifestación, de creación y disolución, se sucede desde toda eternidad, y *nuestro actual universo es uno de los de la infinita serie que no tuvo principio ni tendrá fin*.

Así es que la inteligencia humana sólo es capaz de filosofar sobre la visible manifestación de la Divinidad en los fenómenos naturales; pero es absurdo dar el nombre de Dios a las potestades creadoras, pues montaría tanto como llamar, por ejemplo, Bienvenido Cellini al fuego que funde el metal o al aire que lo enfría luego de vaciado en el molde. La espiritual esencia subyacente en las energías cósmicas, abstracta para nuestra comprensión, tan sólo puede relacionarse con la construcción del universo en el sentido en que la consideraba Platón, esto es, como hacedora del universo abstracto que paulatinamente fue surgiendo del pensamiento divino donde estaba latente.

Más adelante escudriñaremos el esotérico significado del *Génesis* para descubrir su exacta coincidencia con las cosmogonías de otras naciones (46). Allí veremos cómo los seis

días de la creación deben interpretarse en sentido apenas sospechado por la multitud de comentadores que emplearon toda su habilidad en conciliar la teología con la geología.

Diagramas de las cosmogonías induísta y caldea. El diagrama induísta es antiquísimo, y muchas pagodas obedecen en su traza y construcción a esta figura, llamada en sánscrito *Sri-Iantara*. (Véase el *Diario de la Real Sociedad Asiática*, XIII, 79). Los judíos y los cabalistas medioevales tuvieron en gran respeto esta figura y la llamaron “sello de Salomón”, cuyo origen debe inquirirse en las relaciones del rey cabalista con Hiram, rey del país de Ofir, situado en la India antigua. Estos diagramas representan los períodos caótico y evolutivo de nuestro universo, con arreglo a los sistemas induísta, budista y caldeo que coinciden en todo y por todo con las teorías evolucionistas de la ciencia moderna.

EXPLICACIÓN DE LOS DIAGRAMAS

DIAGRAMA INDUÍSTA

Triángulo superior

Simboliza el nombre inefable, el *Aum*, que sólo puede expresarse mentalmente bajo pena de muerte. Es el inmanifestado Parabrahm, el Principio inactivo, el absoluto e incondicionado *Mukta*. Por ello no es el creador que para *pensar, querer* y *obrar* necesita estar limitado por condiciones (*baddha*). Parabrahman está absorbido en la inexistencia, carece de atributos y es imperceptible a nuestros sentidos. Está sumido en su para nosotros eterno y para Él periódico sueño o noche de Brahma. No es la *primera* sino la *eterna* Causa. Es el Alma de las almas, y nadie puede comprenderlo en estado de inmanifestación. Pero quien estudie los mantras secretos y oiga su oculta voz (*Vâch)* (47) aprenderá a comprender la manifestación de Parabrahma.

Espacio que circunda el triángulo superior

Al término de una *Noche de Brahma*, cuando el que por Sí mismo quiso manifestar visiblemente su gloria, emanó de su propia Esencia una potencia activa, que de índole femenina en un principio se convirtió después en andrógina. Es *Aditi*, el principio infinito y sin límites (48) Madre de Todos los dioses y también el Padre y el Hijo (49).

Por medio de esta potencia femenina se actualizó el latente pensamiento divino y produjo el gran Abismo (50) en donde sembró el germen de vida Universal (51) o huevo mundanal, en que gesta Purusha o Brahma manifestado. El principio fecundante de las aguas (caos o abismo) es Nara (Espíritu de Dios o Espíritu Santo (52).

En aquel huevo permaneció latente el gran poder durante *un año del Creador*, a cuyo término el Pensamiento divino partió en dos mitades el huevo mundanal. La mitad superior fue el firmamento y la mitad inferior la tierra; pero uno y otra en idea y no todavía en visible forma.

Así, la segunda Tríada, dimanante de la secreta e inefable Tríada abstracta, está formada por:

Nara Padre-Cielo.
Nari Madre- Tierra.
Viradj Hijo-Universo.

Posteriormente, aparece la tercera Tríada, cuyos elementos son:

DIAGRAMA CALDEO

Triángulo superior

Simboliza el Nombre inefable, *En-Soph*, el Ser ilimitado e infinito cuyo nombre sólo conocen los iniciados y no pueden pronunciarlo en alta voz so pena de muerte. Es inexistente (60) (...) mientras está inactivo en el *ulam* (período de inmanifestación, y, por lo tanto, no es el Creador del universo visible ni tampoco la Luz (*Aur*) (61). Pero se manifestará en Luz cuando al comenzar el período de la creación actualice la energía latente en su Ser, según la ley de que Él mismo es letra y espíritu.

Quien estudie el Mercaba (...) y oiga la callada voz (*Lahgash*) (62) conocerá el secreto de los secretos.

Espacio que circunda el triángulo superior

Al comenzar el período de actividad, En-Soph emanó de su propia substancia eterna *Sephira*, la activa potencia, llamada también el Punto primordial, *Kether* o Corona, por cuyo medio pudo la infinita Sabiduría dar forma concreta a su abstracto pensamiento. El lado derecho del triángulo son de un solo trazo, y el otro lado es de puntos para indicar que de aquel lado emana Sephira, y difundiéndose en todas direcciones acaba por envolver al triángulo. Esta emanación de Sephira del lado izquierdo del triángulo místico está alegorizada en la formación de Eva de la costilla de Adám, el microcosmo del Macrocosmo, creado a imagen de los Elohim. En el Árbol de la Vida (...) la triple tríada de los Sephirotes está dispuesta de modo que los tres masculinos quedan a la derecha, los tres femeninos a la izquierda y los cuatro unificadores en el centro.

Sephira crea las aguas o materia primaria con el invisible rocío que fluye sobre la Cabeza Suprema. Es el primer grado de condensación o densificación del Espíritu que al cabo de sucesivas modificaciones formará la tierra (63). Así dice Moisés: *Necesita tierra y agua para formar un ánima viviente*.

Sephira es principio femenino al emanar del Absoluto; pero adquiere carácter masculino al

Brahmâ	Creador.
Vishnú	Conservador.
Siva	Regenerador.

A esta Tríada se le dio carácter antropomórfico para su más fácil comprensión por parte del vulgo; pero los iniciados *(dikshitas*) conocían su verdadera significación. De la propia suerte, el *Aytareya Brahmana* (53) encubre bajo la en apariencia ridícula alegoría del toro Brahm-Nara y de su hija la ternera Aditi-Nari, el metafísico concepto de la caída del hombre en la generación, o sea la del Espíritu en la Materia. Significa esta alegoría que el omnipenetrante Espíritu divino simbolizado en el cielo, el sol y el fuego (que a su vez representan las energías cósmicas) vivifica la Materia (Naturaleza), hija del Espíritu. Los dioses se indignan y maldicen a Parabrahm por el incesto cometido, pues Nara y Nari son respectivamente padre y madre y padre e hija (54); dando a entender con ello que la Materia en sus infinitas gradaciones y modalidades procede del espíritu. La unidad de la suprema y eterna Causa exige forzosamente la correlación entre el Espíritu y la Materia, ya que si la Naturaleza es efecto de la única Causa, ha de estar vivificada por el Rayo de Ella dimanante.

Las, al parecer, más absurdas alegorías cosmogónicas denotan, cuando sin prejuicio las analizamos, este lógico e irrebatible principio del necesarismo. Dice el *Rig Veda*: "El Ser nación del No-Ser" (55). Así tenemos que el primer Ser emanado del No-ser hubo de condicionarse y limitarse andróginamente para constituir el Ser. Por lo tanto, aun la misma Tríada Brahmâ-Vishnú-Siva se desvanecerá cuando la *noche* de Brahma suceda al *día* o período de universal actividad.

La segunda Tríada (o la primera, si por abstracta prescindimos de la suprema) representa el mundo mental y la Vâch que la circunda es una es una más definida modalidad de Aditi. Aparte de su oculto significado en los mantras, Vâch es la personificación de la actividad de Brahmâ, de quien procede. Se-asumir las funciones de Creador, y por ello es Andrógino. Equivale Sephira al Aditi (padre-Madre) de la cosmogonía induísta.

El espíritu de Dios se mueve sobre las aguas y las fecunda y engendra en ellas su propia imagen. Las aguas son la matriz universal simbolizada por Manú en el huevo de oro. La cosmogonía cabalística personifica los cielos en Adam Kadmon y la tierra en el segundo Adam. La Tríada primaria representada figurativamente en las "Tres Cabezas", no tiene nombre conocido y está formada por En-Soph, Sephira y Adam Kadmon o Protogonos (64). En cada Tríada hay un elemento masculino, otro femenino y el tercero andrógino. Adam-Sephira (Corona o Kether) emprende la obra de la creación y como es andrógino engendra de sí mismo a Chochmah (Sabiduría masculina, potencia activa (representada por la letra ... *jah* y llamada también *Rueda de la creación*) .... de quien nace *Binah* Inteligencia femenina y potencia pasiva equivalente al *Jehovah* que en la *Biblia* aparece como supremo Dios, pero que no expresa el mismo concepto de *Jodcheva* cabalístico. Todo el sistema caldeo se funda en el concepto *binario* o de la *Dualidad*, esto es en que la *Unidad* se desdobla, se crea y multiplica a Sí misma. El Absoluto desconocido y pasivo En-Soph emana de Sí mismo a Sephira, la Luz visible de quien a su vez procede Adam Kadmon. Pero en sentido oculto, Sephira y Kadmon son una sola y misma Luz, aunque Sephira es invisible e inactiva, mientras que Kadmon lo es activa y visible. El segundo Adam (tetragrama humano) produce de sí mismo a Eva. De esta segunda Tríada nada absolutamente dijeron los cabalistas en sus tratados, en que vagamente insinúan el concepto del supremo e inefable Ser, y todo lo referente a este punto se lo comunicaban por tradición; pero sabemos que el segundo Adam equivale a Chochmah, principio de inteligencia activa y masculina representado por la letra *Jod*, mientras que Jehovah-Binah equivale a Eva. Del andrógino Adam Kadmon procede Chochmah, y de éste procede a su vez Binah. Si con la letra *Jod* combinamos las tres que en hebreo forman el nombre de Eva, resultará el divino tetragrama *Ievo-Hevah* (...), Adam-Eva o Jehovah masculino-femenino o idealización de la humanidad encarnada en el primer hombre. Así podemos demostrar que los judíos cabalistas, a ejemplo de sus maestros los caldeos e indos, adoraban al supremo y desconocido Dios en el sagrado aislamiento de los santuarios, mientras que las masas gregarias tenían de la Divinidad a que tri-

gún los Vedas, es el alma universal y suprema (56).

Literalmente, Vâch es la palabra, la potencia despertadora mediante la combinación métrica de las palabras y las sílabas de los mantras (57) en correspondencia con las potestades del mundo invisible. En los Misterios sacrificiales, Vâch despierta al *Brahma jinvati*, o sea la potencia latente en el fondo de toda operación mágica. Existe Vâch desde toda eternidad en su latente aspecto de Yajna, dormida en Brahma desde el "no-principio" para emanar de Él en su activo aspecto de Vâch. Es la clave del "Traividya" o trina ciencia sagrada del Yajus Misterios sacrificales).

Poco nos queda por decir después de haber considerado la Tríada inmanifestada y la segunda Tríada representativa del mundo intelectual. En la gran figura geométrica con un doble triángulo interior, el círculo central representa el mundo dentro del universo. El doble triángulo es la figura mística más importante de la simbología induísta, pues representa el concepto trínico de la Trimurti (tres en uno). El triángulo con el vértice hacia arriba simboliza el principio masculino, y el otro triángulo con el vértice hacia abajo, el femenino. Los dos simbolizan a la par el espíritu y la materia.

El mundo contenido en el infinito universo es el microcosmos dentro del macrocosmos. Análogamente a lo expuesto en la *Kábala* judía, simboliza la matriz del universo, el huevo terrestre, cuyo arquetipo es el áureo huevo mundanal. De este espiritual seno de la madre Naturaleza proceden los Salvadores del mundo, los avatares de la invisible Divinidad.

Dice el legislador Manú:

"De Aquél que es y sin embargo no es, del No-ser, Causa eterna, nació el Ser Purusha". Purusha es el divino masculino, el *segundo* Dios, el avatar o Logos de Parabrahm, que a su vez engendra a Viradj, el Hijo o ideal arquetípico del universo.

Sigue Manú:

"Viradj comienza la obra de la creabutaban culto, un concepto muy inferior al de la eterna Substancia de los budistas, tan ligeramente tildados de ateos.

De la propia suerte que Brahmâ es un ser finito al manifestarse en el místico Manú (65), así también el Jehovah encarnado en Adam-Eva es un *Dios humano*, el símbolo de la humanidad, una entremezcla de bien y mal o sea el Espíritu caído en la Materia. El culto de Jehovah equivale al culto de la Naturaleza infundida en el hombre semiespiritual, semi-material, y con ello degenera el panteísmo en el fetichismo de los idólatras hebreos que en las cimas de las montañas y en la espesura de los bosques ofrecían sacrificios a la personificación del principio masculino-femenino, por la ignorancia en que estaban de IAO, el supremo Nombre secreto de los Misterios.

Shekinah equivale a la *Vâch* induísta y se la invoca y loa lo mismo que a ésta. es Shekinah el *velo* de En-Soph y la vestidura de Jehovah, aunque el cabalístico Árbol de Vida nos la muestre procedente del noveno sephirote. Se le llama el velo de En-Soph, porque durante larguísimas edades encubrió el concepto del verdadero y supremo Dios, del Espíritu universal, y fue como disfraz de Jehovah, la exotérica divinidad que los cristianos confundieron con el "Padre" invocado por Jesús. Sin embargo, los cabalistas, lo mismo que los iniciados indos (*dikshitas*) conocían la real naturaleza de Shekinah o Vâch y la llamaban "Sabiduría oculta" (...).

El triángulo es un símbolo principalísimo en todas las religiones, pues representaba los tres principios capitales: Espíritu, Fuerza y Materia o sean los elementos masculino, femenino y andrógino en que se unen los dos primeros, constituyendo en conjunto el *Arba* o místico cuaternario (66)personificado en los dioses *Kabires* que sintetizaban la unidad del supremo. El *Arba* está trazado en las pirámides egipcias, cuya base cuadrangular va disminuyendo a medida que se eleva hasta hasta desvanecerse en el ápice. En el diagrama cabalístico, el círculo central de la figura induísta está substituida por la cruz, cuyo brazo perpendicular es celeste, y el horizontal terrestre (67). Sin embargo, el concepto simbolizado es el mismo. Adam Kadmon es el tipo de la humanidad colectiva dentro de la unidad de Dios y del espíritu universal.

Dice la *Kábala*:

"De Aquél que no tiene forma, del no existente (la eterna pero *no primera* Causa nació el hombre celeste. Pero después que hubo creado al hombre celeste (...) se sirvió de él como de vehículo

ción y emana los diez prajapatis o señores de todos los seres". Con arreglo a la doctrina de Manú, el universo está sujeto a una inacabable serie periódica de creaciones y disoluciones, cuyos períodos se llaman manvántaras.

Dice sobre el particular:

"El Logos es el germen emanado de la propia substancia del Espíritu divino que jamás perece en el ser, porque es su alma, y al llegar el pralaya (período de disolución) queda nuevamente absorbido en el Espíritu divino que por Sí mismo perdura desde toda la Eternidad en el seño de Swayambhuva, el que es por sí mismo" (58). Según ya dijimos, ni los budistas *svâbhâvikas* ni los induístas admiten la creación del universo *ex nihilo*, sino que unos y otros creen en la indestructibilidad y eternidad de la materia primordial (*prakriti*).

En el siguiente pasaje de Manú se descubre con toda claridad la evolución y transformación de las especies. Dice así:

"De tierra, fuego y agua nacieron todas las criaturas animadas e inanimadas que engendró el Espíritu divino de su propia substanica. Así estableció Brahma la serie de transformaciones, desde la planta hasta el hombre y desde el hombre hasta la substancia primordial... Entre ellas, cada ser o elemento sucesivo hereda las cualidades del precedente, y proporcional Al grado de su adelantamiento es el número de cualidades de que está dotado". (*Manú*, libro I, dístico 20) (59).

Creemos que ésta es la misma teoría de los evolucionistas.

para descender". Así tenemos que Adam Kadmon es el avatar de la Potestad oculta.

El Adam celeste, en combinación con los sephirotes, crea o engendra al Adam terrestre. La obra de la creación da comienzo cuando Sephira crea los diez sephirotes, equivalentes a los diez prajapatis induístas, pues como estos son los señores de todos los seres.

Lo mismo expone el *Zohar*.

Según la doctrina cablística, hubo mundos anteriores al actual (68). Todas las cosas han de restituirse algún día a su primitivo origen.

"Todo cuanto constituye este mundo, tanto espíritu como materia, volverá a la raíz de que procede (69)".

Los cabalistas también admiten la indestructibilidad de la materia, aunque este concepto está todavía más velado en su doctrina que en la induísta. Según los cabalistas, la creación es eterna, y el universo es la vestidura (Shekinah) o velo de Dios. Pero también Shekinah es eterna como Dios en quien siempre estuvo. Cada mundo tiene por modelo a su predecesor, y cada uno de ellos es más grosero y material que el precedente. La *Kábala* llama *chispas* a los mundos. El último de los formados es nuestro mundo groseramente denso.

En su tratado de cosmogonía caldea habla Berosio del período anterior a la formación de nuestro mundo, y dice que hubo un tiempo en que sólo existía el abismo de las aguas entre tinieblas, poblado de horribles monstruos "engendrados por un principio dual..." En aquellos seres estaban combinados los elementos anatómicos de las futuras especies animales, pues tenían conjuntamente aspecto e índole de peces, reptiles y otros animales monstruosos (70).

LAS ÉPOCAS DIVINAS

Leemos en el primer libro de Manú:

Sabed que mil épocas divinas (71) forman un día de Brahma, y que la noche es igual al día.

Al terminar la noche despierta el durmiente Brahma, y por la energía de su propio movimiento emana de Sí mismo el espíritu que en su esencia *es* y sin embargo *no existe*.

Instigado por el deseo de crear, el Espíritu emanado da comienzo a la Creación y engendra el éter a que los sabios atribuyen la propiedad de transmitir el sonido. Del éter nace el aire (72) perceptible por el tacto y necesario para la vida.

La luz procede de una modificación del éter.

La luz y el aire engendran el calor; y del calor nace el agua, matriz de todo germen viviente.

En el dilatadísimo período de 4.320.000.000 de años, el éter, el aire, el agua y el fuego (calor) forman incesantemente materia densa a impulsos del Espíritu divino, que llena la creación entera, pues está en odo y todo está en Él (73).

El *Sepher Yetzireh* o libro cabalístico de la creación, repite las palabras de Manú, pues dice que la Esencia divina, eterna, ilimitada y absoluta emanó de sí misma el Espíritu.

Uno es el Espíritu del Dios vivo, ¡bendito sea Su nombre!, que vive eternamente. Voz, Espíritu y Palabra; tal es el Espíritu Santo (74).

Ésta es la abstracta Trinidad cabalística tan sin reparo antropomorfizada por los Padres de la Iglesia. De esta trina Unidad emanó el Cosmos, según los cabalistas. Del *Uno* emanó el número *Dos* o *Aire* (elemento creador). del Aire emanó el número *Tres* o Agua; y del Agua emanó el número *Cuatro* o Fuego, constituyendo en conjunto el *Arba-il* o cuaternario místico (75).

Dice el *Zohar*:

Cuando el "Oculto en lo oculto" hubo de manifestarse, trazó primero un punto (76) revistióle de forma sagrada (77) y lo cubrió de la rica y espléndida vestidura que llamamos mundo (78).

Añade el Sepher Yetzireh:

Sirvióle el viento de mensajero y el llameante fuego de operario (79).

Este pasaje da a entender el carácter cósmico de los ángeles posteriormente considerados como seres purísimos, y denota asimismo que el Espíritu anima todo átomo del universo.

Es interesante la analogía que con este pasaje del *Sepher* ofrece el siguiente de San Pablo:

Asimismo sobre los ángeles dice: el que hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llama de fuego (80).

La analogía es demasiado viva para que dejemos de inferir que el apóstol de los gentiles estaba tan familiarizado con la *Kábala* como suelen estarlo los adeptos.

LA NOCHE DE BRAHMA

A medida que desciende el ciclo de la creación, va debilitándose la energía del universo manifestado. Tan sólo el Incognoscible es inmutable y a perpetuidad latente en Sí mismo; pero la energía creadora (aunque también eterna, porque desde el no-principio es inherente al Absoluto) está sujeta a ciclos con períodos de aceleración y retardación correspondientes a la actividad y al reposo, pues considerada como energía actual, *tuvo principio* y por lo tanto *ha de tener fin*. La gradual debilitación de la energía cósmica es el crepúsculo vespertino del día de Brahmâ, que anuncia la proximidad de la noche praláyica.

Dice el *Zohar*:

Estaba Moisés en el monte Sinaí en comunicación con Dios oculto tras una nube, cuando sobrecogido de repentino temor preguntó: “¡Señor!, ¿en dónde estás? ¿Acaso duermes, oh Señor?” Y respondióle el Espíritu: “Yo nunca duermo. Si por un momento tan sólo quedara dormido *antes de tiempo*, se disolvería instantáneamente la Creación”.

Por su parte, Vamadeva-Modêly describe como sigue la noche de Brahmâ o segundo período de la desconocida Esencia.

Extraños ruidos se levantan de todos lados... Son los precursores de la noche de Brahmâ. Surge la *obscuridad en el horizonte*. El sol desaparece tras el trigésimo grado de *Macara (*81) y ya no ha de transponer el signo de *Minas* (82). Los gurús que en las pagodas observan el *Raschakr* (83) pueden romper sus instrumentos que ya no han de servirles. Gradualmente palidece la luz, mengua el calor, se deshabita la tierra, el aire se enrarece, se agotan los manantiales, sécanse los ríos, se desecan los mares y mueren las plantas. De día en día disminuye el tamaño de hombres y animales. Se paraliza la vida y se retarda el movimiento de modo que los planetas recorren trabajosamente sus órbitas hasta extinguirse uno por uno como lámparas en la mano del *chokra* (84) descuidó de alimentar. Surya (85) vacila, fluctúa y se apaga. La materia se disgrega, cae en la disolución (pralaya), y terminado su objeto duérmese Brahmâ y se transmuta de nuevo en la Divinidad inmanifestada (*Dyäus*). Ha pasado el día y llega la noche que continuará hasta el nuevo despertar de la aurora. Al llegar la noche se restituyen al áureo huevo de Su pensamiento los gérmenes de cuanto existía. Así nos lo enseña el divino Manú. Durante Su pacífico reposo, cesan las funciones vitales de los seres animados que disfrutan de acción y toda sensación queda latente. Cuando todos los seres se reabsorben en el *Alma suprema*, reposa esta Alma sin disturbio hasta el día en que reaparezcan sus formas y despierten de nuevo de entre las combras (86).

Estudiemos ahora los diez avatares míticos de Vishnú, que encontramos enumerados en el orden siguiente:

Nombre	*Forma asumida*
1.º Matsya	Pez (87).
2.º Kurm	Tortuga.
3.º Varaha	Verraco.
4.º Nara-Sing.	Hombre-león (88).
5.º Vamuna	Enano (89).
6.º Parasu-Rama	Guerrero (90).
7.º Ramachandra	Héroe (91).
8.º Krishna	Dios Hombre (92).
9.º Gautama	Sabio-Santo (93).
10.º (Avatar futuro)	

Esperan los induístas la décima encarnación de Vishnú como los cristianos creen en la segunda venida de Cristo, que parece idea tomada del induísmo. En su décimo avatar aparecerá Vishnú como “Salvador”, y en opinión de algunos brahmanes asumirá la forma del caballo Kalki, aunque otros dicen que este caballo será la figura del mal y que Vishnú cabalgará en él sin ser visto hasta que lo dome por completo, pues el caballo Kalki es encarnación del maligno espíritu.

Respecto al avatar Kalki o décima y última encarnación de Vishnú, hay en el induísmo dos opiniones: la de los que toman la doctrina en sentido literal, y la de los *vaihnâvas*, que dan valor puramente alegórico a las formas animales que asume la Divinidad en sus avatares.

Efectivamente, en la tabla anterior vemos trazada la gradual evolución y transformación de las especies desde el sedimento preselúrico de Darwin o *ilus* de Sanchoniathon y Berosio.

Del período azoico, correspondiente al *ilus*, en que planta Brahmâ el germen creador, pasamos por los períodos paleozoico, mesozoico (simbolizados en los avatares del pez y la tortuga) y cenozoico (que lo está en el verraco y el hombre-león), hasta llegar al quinto y culminante período geológico (era de la mente o época del hombre), simbolizada por la mitología induísta en el enano o primera tentativa de la creación del hombre. Por lo tanto, en los avatares de Vishnú ha de inquirirse la idea capital y no juzgar por el aspecto alegórico con que nos la representa poéticamente el *Mahbharata*. Asimismo, las cuatro edades de la cronología índica (Krita, Treta, Dwapara y Kali) encubren una idea mucho más profunda de lo que a primera vista parece, pues corresponden a los respectivos grados de evolución psíquica, mental y física del hombre. Kritayuga es la edad de oro y de dicha, que corresponde a la espiritual inocencia del hombre. Tretayuga es la edad de plata y de fuego, cuando predominan los hijos de Dios. Dwaparayuga es la edad de bronce, mezcla de pureza e impureza, de espíritu y materia; la edad de la duda. Kaliyuga es la edad de hierro, nuestra mísera, triste y tenebrosa edad, en que Vishnú hubo de encarnarse en Krishna para salvar al género humano del poder de la diosa Kali, esposa de Siva y presidente de la destrucción, la miseria y la muerte. Kali es el emblema más apropiado de la “caída del hombre”, o sea el descenso del espíritu a la materia con sus terribles consecuencias. Todo hombre ha de librarse de Kali antes de alcanzar el espiritual estado de paz y bienaventuranza (94).

Los budistas sólo admiten cinco avatares de Vishnú (95). En el quinto y último encarnará en el buda Maitreya, cuya venida será presagio de la destrucción de nuestro mundo y la aparición de otro nuevo (96). Los cuatro brazos de las imágenes indas significan las cuatro condicionalidades geológicas que ha ido tomando nuestro planeta desde su nebuloso estado, antes de llegar al quinto avatar (Kalki), cuyo emblema es la cabeza de la imagen, cuando el mundo quedará destruido y el poder de Buddhi o sabiduría (según los induístas el poder de Brahmâ) se manifestará en el *Logos* creador del mundo futuro.

En los avatares de Vishnú las divinidades masculinas simbolizan los deíficos atributos del Espíritu, mientras que las divinidades femeninas, o elementos *sakti,* representan las activas energías de dichos atributos. La *Durga* (virtud activa) es una sutil e invisible fuerza equivalente a Shekinah, la vestidura de En-Soph. Es la *sakti* por cuyo medio el inactivo Eterno lleva a cabo la manifestación del universo visible, según el plan trazado desde un principio en su mente. Las tres personas de la Trimurti exotérica tienen por vehículo (*vahan*) su respectiva sakti, o sea la forma sentada en el misterioso carro de Ezequiel.

En los avatares se echa de ver claramente el concepto filosófico de la evolución del universo y del hombre. Desde el pez, a través de la tortuga, el verraco y el hombre-león que simbolizan la evolución de la forma, llegamos al pigmeo humano, y de él al hombre físicamente perfecto, pero espiritualmente imperfecto, representado en Parasu Rama, de quien nos elevamos hasta el punto culminante de la perfección humana, simbolizada en el dios-hombre. Krishna y demás salvadores del mundo personifican el filosófico dualismo de las evoluciones física y espiritual, cuyo punto de coincidencia es el hombre. Así dice muy profundamente el *Zohar* que el Hombre celeste, el Protogonos (Tikkun), el Primogénito de Dios, la Idea y Forma universales y arquetípicas, engendra a Adam, o sea un dios hecho carne y dotado con los atributos de sabiduría, inteligencia, justicia, amor, belleza, esplendor, firmeza, etc., correspondientes respectivamente a los diez Sephirotes. Estos atributos capacitan a Adam para ser el fundamento, la base, el *poderoso ser viviente* (...) que remata y corona la creación como

alpha y omega y reina sobre su reino (Malchuth). “El hombre es el más perfecto y más elevado ser de la Creación, porque en él quedó todo completo, incluso los mundos superiores y los inferiores que están comprendidos en él” (97).

CAÍDA DE ADAM

Pero este hombre no es el de la actual humanidad, sino el hombre futuro, de cuyo tipo nacen de tarde en tarde algunos ejemplares. Las primeras razas humanas eran espirituales, y sus protoplásticos cuerpos no estaban compuestos de la grosera y densa materia que hoy día forma el cuerpo físico. pOseían los hombres primitivos todas las facultades de la Divinidad, y su poder sobrepujaba en mucho al de las huestes angélicas, pues eran emanaciones de Adam Kadmon, el hombre celeste o Macrocosmos, mientras que la actual humanidad está todavía algunos grados bajo el nivel del Adam terrestre o microcosmos. Seir Anpin, la mística representación del hombre, consta de 243 números, y en la serie de círculos vemos que los ángeles emanaron del Hombre celeste y no los sephirotes de los ángeles. De aquí, que siempre se haya considerado al hombre como un ser de doble naturaleza, progresiva y regresiva. Dio principio la espiritual evolución humana en la cúspide del ciclo divino, en el centro de Luz, de la que comenzó a apartarse gradualmente, y según fue descendiendo a más bajas esferas (98) asumió formas físicas de mayor densidad y perdió parte de sus divinas facultades.

La “caída de Adam” no significa la culpabilidad personal del hombre por transgresor de la ley, sino sencillamente la doble evolución humana. Adam principia su serie de existencias en el jardín del Edén, vestido con el celeste ropaje a que el *Zohar* (99) llama *vestidura de luz celestial*; pero luego de expulsado del paraíso le viste Dios de trajes de piel para significar la eterna ley de evolución. Mas aun en este mundo de material degradación (en que la chispa divina dio principio a su evolución en la forma física, desde la mineral a la humana), si vigoriza su *voluntad* e invoca el auxilio de su naturaleza superior, puede el hombre sobrepujar el poder del ángel.

A este propósito dice San Pablo:

> ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (100).

Y añade el *Zohar*:

> El misterio del hombre terrestre está en consonancia con el misterio del hombre celeste..., el sabio puede leer los misterios en la faz humana (101).

Tenemos por lo tanto, que según las enseñanzas del *Zohar*, el verdadero hombre es el hombre interno.

El anterior pasaje de San Pablo es uno de los muchos que nos le presentan como iniciado. Por los motivos ya expuestos ampliamente, reconocemos mayor autenticidad a ciertas Epístolas hoy rechazadas por apócrifas que a muchos pasajes no poco sospechosos de los *Hechos de los Apóstoles*. Corrobora esta opinión la *Epístola de Pablo a Séneca*, en que el apóstol llama al filósofo “mi respetado maestro”, al paso que el filósofo da al apóstol sencillamente el título de “hermano”.

Así como no cabe juzgar debidamente del verdadero espíritu del judaísmo por los absurdos de la *Biblia* tomada al pie de la letra, tampoco es lícito apoyarse en las extravagantes y a veces insensatas supersticiones del vulgo para formar opinión sobre el induísmo y budismo. Si comparamos las enseñanzas de Manú con las de la *Kábala*, echaremos de ver que Vishnú

equivale a Adam Kadmon, personificación del universo, cuyas variadas manifestaciones simbolizan los avatares.

Dice Vishnú encarnado en Krishna:

> Soy A entre las letras y conjunción en las palabras (102).

Y dice Jesús a Juan:

> Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin... Soy el primero y el postrero (103).

TRANSFORMACIÓN DE LAS ESPECIES

Brahma, Vishnú y Siva son el Dios uno y trino con las tres personas reversibles y mutables como en la Trinidad cristiana. Esotéricamente son “trina y una manifestación de Aquél cuyo nombre es inefable por lo sagrado, y cuyo poder nadie acierta a imaginar por lo infinito”. Así es que los avatares de Vishnú comprenden también las otras dos personas de la Trimurti con cambio de forma pero no de substancia. De estas manifestaciones surgieron los universos pasados y surgirán los futuros.

Coleman y otros orientalistas que siguen su ejemplo, ridiculizan caricaturescamente el séptimo avatar de Vishnú (104). Sin embargo, aparte de que el Ramayana es una de las más sublimes epopeyas de la litaratura universal y en ella se inspiró Homero para escribir la *Ilíada*, encierra uno de los más interesantes problemas de la ciencia contemporánea. Los brahmanes eruditos siempre interpretaron la épica guerra entre hombres, gigantes y monos en el sentido alegórico de la transformación de las especies.

Seguramente que los académicos europeos hubieran aprendido lecciones tan curiosas como instructivas en los textos de las pagodas, si a ejemplo de Jacolliot, contra quien tan sin consideración arremeten, hubiesen recurrido a los brahmanes eruditos en vez de menospreciar su autoridad. Todo brahmán ilustrado respondería si se lo preguntasen, que no tributa culto divino a los monos, sino que los respeta en memoria de las hazañas de Hanumâ, el fiel aliado y generalísimo del héroe del Ramayana (105). Si el brahmán se dignara responderle, aprendería el académico europeo que los induístas ven en el mono lo que Manú quiso que viesen, o sea la transformación de las especies más cercanamente relacionadas con la raza humana, es decir, una rama bastarda desgajada antes del perfecto desarrollo del tronco (106). Pudiera aprender también que para los paganos ilustrados no era lo mismo el hombre interno o espiritual que el externo o carnal. Creían también los antiguos filósofos que la naturaleza física, constituida por la correlación de fuerzas, propende sin cesar al perfeccionamiento de la materia sobre que actúa, y la modela en diversidad de formas hasta llegar a la humana, único tabernáculo digno de que lo ilumine el divino Espíritu. Pero no por esto tiene el hombre derecho de vida, tormento y muerte sobre los animales inferiores, sino que por la misma racionalidad de su alma inmortal, debe advertir que los animales y las plantas también tienen alma aunque menos evolucionada, y no ha de ceder el hombre en magnanimidad al elefante, que al mover los pies cuida de no pisar a los minúsculos animales que se le interponen en el camino. Este sentimiento de conmiseración mueve a induístas y budistas a instalar hospitales y asilos zoofílicos, no sólo para cuadrúpedos y aves, sino también para reptiles e insectos. Este mismo sentimiento mueve a los jainos a entretenerse en apartar de su camino a los insectos y gusanos por no pisarlos, aunque en ello hayan de emplear atención y tiempo, pues consideran en los animales el aspecto inferior de la naturaleza dual del hombre, de donde dimanó más tarde la popular creencia en la metempsícosis, cuya verdadera interpretación exponen ampliamente los libros de Manú y los textos budistas, sin que de ella se encuentre vestigio alguno en los Vedas, por lo

cual no son de extrañar las necias y absurdas suposiciones corrientes entre el vulgo acerca de dicha doctrina.

De ordinario se acusa de exagerados e hiperbólicos a cuantos en la antigüedad descubren la prueba de que los modernos no son tan originales como presumen; pero el lector sincero echará de ver cuán desatinada es la observación. Antes de que el mítico Noé entrara en el arca de salvación, había ya filósofos evolucionistas con teorías mejor y más lógicamente definidas que las de los modernos. Platón, Anaxágoras, Pitágoras, las escuelas eleáticas de grecia y los colegios sacerdotales de Caldea enseñaron la doctrina de la evolución dual, pues la de la metempsícosis se refería a los progresos del hombre de mundo en mundo después de la muerte en la tierra. Todas las escuelas verdaderamente filosóficas admitieron la preexistencia del espíritu. A este propósito dice Josefo que los esenios creían en la inmortalidad del alma y en su descenso de los espacios etéreos para unirse al cuerpo (107). Filo Judeo añade que el aire está lleno de almas, y que las más cercanas a la tierra bajan a infundirse en cuerpos mortales (... ...) deseosas de vivir en ellos (108). Además, el *Zohar* nos presenta al alma implorando su libertad, según vemos en este pasaje:

> ¡Señor del universo! Feliz soy en este mundo y no deseo ir a otro en donde seré sierva y estaré expuesta a toda clase de profanaciones.

Y la Divinidad responde:

> Contra tu voluntad te convertirás en embrión, y contra tu voluntad has de nacer (109).

LA LEY DE NECESIDAD

Este pasaje corrobora la eterna e inmutable ley de necesidad. No puede haber luz sin el contraste de las tinieblas ni bien sin la oposición del mal ni virtud personal que no esté acendrada por la tentación. Nada es eterno e inmutable, excepto la oculta Divinidad; pero nada de lo que tuvo principio y ha de tener fin puede quedar estacionado, sino que o progresa o regresa, adelanta o retrocede; y así, la entidad anhelosa de identificarse con el espíritu que ha de conferirle la inmortalidad, debe purificarse a través de cíclicas transmigraciones que la conduzcan al eterno descanso de la perpetua bienaventuranza (110).

Los siguientes pasajes del *Zohar*, no obstante lo incorrecto de las traducciones, demuestran que la metempsícosis no se refiere a las condiciones del alma en este mundo *después* de la muerte. Dicen así:

> Las almas que en los cielos se apartaron del solo Santo ¡bendito sea su Nombre!, se arrojaron al abismo de la existencia y anticiparon el tiempo en que habían de bajar a la tierra (111).
>
> ... Ven y mira cómo llega el alma a la morada del Amor... El alma no podría resistir esta Luz si no se cubriera con el luminoso manto. Porque así como el alma al bajar a la tierra se reviste de cuerpo terreno, de la propia suerte allá arriba recibe vestidura resplandeciente que le permite mirar sin ofuscarse el espejo que refleja la luz dimanante del Señor de Luz (112).

También enseña el *Zohar* que el alma no puede alcanzar la bienaventuranza hasta recibir el “bendito beso”, o sea la *identificación con la Substancia de que emanó*. Según el *Zohar*, el alma es dual, y su principio masculino es el espíritu. Mientras el hombre está encarnado, es trino, a menos que degenere hasta el punto de motivar la separación del espíritu. Así dice el *Libro de las claves*:

¡Ay! del alma que a su divino esposo (el espíritu) prefiera amancebarse con su cuerpo terreno (113).

Algunos de entre los primitivos Padres de la Iglesia sostuvieron las doctrinas de la transmigración de las almas y de la trinidad del hombre; pero los traductores del *Nuevo Testamento* y de las obras de los filósofos antiguos confundieron los conceptos de alma y espíritu, de lo que dimanaron la mayor parte de los errores, sobre todo el de atribuir a Gautama, Plotino y otros iniciados la enseñanza de la aniquilación del alma humana, absorbida en el Alma universal.

CUERPO, ALMA Y ESPÍRITU

El alma inferior ha de purificarse por la desintegración de sus partículas groseras antes de identificar su pura esencia con el inmortal espíritu; pero los traductores de los *Hechos de los Apóstoles* y de las *Epístolas,* así como los comentadores de los libros budistas, han desnaturalizado las respectivas doctrinas de Gautama y de Jesús, interpretando torcidamente el significado del *Reino de los cielos* y del *Reino de la justicia*. Los autores cristianos alambicaron de tal modo la palabra ....., que para ellos fueron sinónimos *alma y espíritu*, con grave extravío de los lectores de la *Biblia*, al paso que los orientalistas no comprendieron la verdadera significación de los cuatro grados del *dhyâna* budista.

San Pablo reconoce en la entidad humana tres principios: *cuerpo, alma y espíritu*, correspondientes a las respectivas naturalezas física, psíquica y espiritual. Es muy explícito San Pablo al hablar de la *anastasis* o supervivencia después de la muerte corporal. Dice que el hombre tiene cuerpo *psíquico* de substancia corruptible, y cuerpo *espiritual* de substancia incorruptible (114).

También el apóstol Santiago especifica el alma, diciendo:

> Porque esta sabiduría no es la que desciende de arriba, sino terrena, animal y diabólica (115).

Platón al hablar del alma (*psyché*) que cuando se identifica con el espíritu (*nous*) actúa recta y felizmente; pero que se extravía cuando se une a la naturaleza inferior (*annoia*). Pablo llama *espíritu* al principio que Platón denomina *nous* y Jesús llama *corazón* lo que Platón entiende por carne. Los griegos llamaban ..... (muerte) a la condición natural del género humano, y ..... (vida) a la condición regenerada. La primera estuvo en Adam y la segunda en Cristo, quien señaló a la humanidad el sublime sendero de la Vida eterna, como Gautama había señalado el del Nirvana. Ambos instructores indicaron un solo medio de lograr el fin: el colectivo ejercicio de la pobreza, la castidad y la contemplación, con desprecio de los bienes y goces ilusorios de este mundo.

Así dijo Gautama:

> Entrad en esta senda y desvaneced vuestro pesar. Verdaderamente señalé el Sendero para arrancar los dardos del dolor. Vosotros mismos habéis de esforzaros en el logro, porque los budas tan sólo son predicadores. Quien entra en el Sendero queda desligado del impostor (116).

Y añadió Jesús:

> Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición... Y todo el que oye estas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre loco que edificó su casa sobre arena... Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos (117).

No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna (118).

Vemos, pues, la analogía entre las enseñanzas budistas y cristianas, pues así como los cuidados del mundo y el apego a las falaces riquezas sofocan la palabra divina, así es preciso que el budista desvanezca toda ilusión para entrar en el Sendero por donde, lejos del revuelto mar de la vida, llegue a la tranquila ciudad de la Paz, a la verdadera dicha y bienaventuranza del Nirvana.

En parecidos yerros caen los traductores demasiado eruditos al traducir a los filósofos griegos, cuyo misticismo estropean hasta la confusión. Ejemplo de ello tenemos en que con toda evidencia derivó Anaxágoras del egipcio NOUT (119) la palabra *nous* (... ...) para denominar el espíritu universal (... ...), diciendo: "Todas las cosas estaban en el caos cuando *Nous* las puso en orden". También llamó Anaxágoras *Nous* al Uno que gobierna a muchos. Según Anaxágoras, *Nous* es Dios, y el Logos era su emanación humana. Las facultades externas perciben los *fenómenos* por medio de los sentidos; tan sólo *Nous* es capaz de abarcar el *noumeno* o causa del fenómeno. No es preciso señalar la filiación puramente budística y esotérica del sistema de Anaxágoras en que culminó la escuela jónica, continuada con nuevas orientaciones hacia el conocimiento interno, por Pitágoras, Sócrates y Platón.

IDEAS DE LOS FILÓSOFOS GRIEGOS

Según Pitágoras, el alma es la semoviente unidad de tres principios, conviene a saber: *nous, phren* y *thumos.*los dos últimos participan de la naturaleza de los brutos. Únicamente el *nous* es el verdadero principio espiritual. Con esto queda desvanecido el error de que Pitágoras enseñara la doctrina de la transmigración de las almas en el grosero sentido que la interpretaba el vulgo, pues no enseñó en este punto ni más ni menos que lo enseñado por Gautama, de conformidad con la doctrina esotérica unánimemente seguida por todos los filósofos e instructores.

La escuela socrática es todavía más explícita en la exposición de esta enseñanza, que Sócrates fundaba en la realidad del interno yo figurado en el *daimonia* o el *algo espiritual*, que, según declaración del mismo filósofo, le guiaba por el camino de la sabiduría (120); es decir, que como hombre *nada sabía* Sócrates, pero el *daimonia* o *daimonion*, según también se le llama, le ponía en disposición de *aprenderlo todo*.

La escuela platónica derivó sus enseñanzas de la socrática, con más amplias investigaciones sobre la naturaleza del yo interno. Según Platón, el supremo Dios (*Agathon*) engendró en su mente el modelo (*paradigma*) de todas las cosas. El hombre está constituido de alma inmortal, alma mortal y cuerpo físico. El alma inmortal residía en el cerebro, y la mortal en un receptáculo adecuado en el tronco (121).

Resulta evidente, por lo tanto, que Platón reconocía en el hombre dos naturalezas: una interna, incorruptible y esencialmente idéntica a la Divinidad; y otra externa, mortal y corruptible.

Dice Plutarco sobre este particular:

Pitágoras y Platón consideran en el alma dos elementos: el racional (*noético*) y el irracional (*agnoético*). El principio o elemento racional es eterno, pues si bien no es Dios, procede de Dios. El principio o elemento irracional es perecedero.

El hombre es entidad compleja; pero se equivocan quienes lo creen compuesto de dos principios y se figuran que el raciocinio es propio del alma, en lo que yerran tanto como quienes lo atribuyen al cuerpo, pues el raciocinio (*nous*) sobrepuja al alma en mayor medida que el alma sobrepuja al cuerpo. Ahora bien, el alma (...) con el raciocinio (...) constituye la razón, y con el cuerpo la pasión, por lo que el

nous es principio de virtud y vicio, y el cuerpo lo es de placer y de dolor: De la tierra nace el cuerpo, de la luna el alma, y del sol el espíritu.

De las dos muertes porque el hombre pasa, la primera le convierte de *trino* en *dual*, y la segunda de *dual* en *uno*. La primera muerte está bajo la jurisdicción de Demeter, porque el nombre dado a los Misterios (...) es parecido al de la muerte (...). por esta razón dijeron los atenienses que los difuntos estaban consagrados a Demeter. En cuanto a la segunda muerte, pertenece a la esfera de la luna y está bajo la jurisdicción de Proserpina. Tanto en una como en otra muerte interviene el celestial Hermes que súbita y violentamente arrebata el alma del cuerpo; pero Proserpina va separando con suavidad y en largo tiempo el raciocinio del alma. Por esto se le da el nombre de Monógena, unigénita o única engendrada, pues el principio superior del hombre se aísla de los inferiores de conformidad con las leyes de la naturaleza. Según nuestra fe, toda alma unida o no al *nous*, al separarse del cuerpo ha de vagar durante cierto tiempo, no el mismo para todos, por la región situada entre la tierra y la luna. Porque las almas de los inicuos y disolutos sufren allí el castigo de sus culpas, pero las de los justos y virtuosos se detinen allí hasta quedar purificadas de las imperfecciones contraídas por el contacto del cuerpo, y entretanto moran enfermizas en la Pradera del Hades hasta que al cabo del tiempo prefijado experimentan, como si del destierro volviesen, una sensación de gozo semejante a la que reciben los iniciados en los Misterios con entremezcla de turbación o admiración, según el ánimo de cada cual.

El *demonio* a que alude Sócrates, era el *nous* o Yo superior, consciente de las cosas divinas y, por lo tanto, puro sin que se mezclase con el cuerpo más de lo estrictamente necesario... Toda alma tiene el principio racional (...), sin el que el hombre no puede ser hombre; pero también tiene el principio de deseo carnal con el placer y dolor que le dan característica irracional. No todas las almas se mezclan en igual grado con esta naturaleza inferior. Algunas se sumen por completo en el cuerpo, y de aquí que en la vida terrena las avasalle el deseo y la pasión; otras se mezclan parcialmente; pero el principio superior *nous* permanece *fuera del cuerpo* y flota por encima de él como si lo cobijara en contacto con la parte superior de la cabeza a manera de un hilo que sostuviese la porción sumergida en el cuerpo, mientras no se deja dominar por los apetitos carnales. La porción sumergida se llama alma, y la no sumergida, la incorruptible, es el *nous*, que para el vulgo está dentro del alma y del cuerpo, como también se figura que la imagen está dentro del espejo que la refleja. Pero los entendidos saben que está fuera y la llaman *demon* (122).

La luna es el elemento de estas almas aisladas, porque se disuelven en la luna como los cadáveres se disuelven en la tierra. Las almas corruptibles de los que vivieron en la virtud y la honradez, pacífica y filosóficamente, sin entremeterse en negocios perturbadores, se desintegran en cuanto las abandona el *nous*, pues no quedan sujetas a los deseos y emociones pasionales.

Hasta aquí el texto de Plutarco.

El mismo Ireneo, tan enemigo de los filósofos paganos, cree en la naturaleza trina del hombre, según se infiere del siguiente pasaje:

... carne, anima spiritu, altero quidem figurante, spiritu, altero quod formatur, carne. Id vero quod inter haec est duo, est anima, quae aliquando subsequens spiritum elevatur ab eo, aliquando autem consentient carni in terrenas concupiscentias (123).

Orígenes dice por su parte:

Hay en el hombre tres principios: 1.º El cuerpo o carne, parte ínfima de nuestra naturaleza en que la serpiente inscribió con el pecado original la ley del pecado, por cuya influencia nos vemos inclinados al mal y en proporción a la frecuencia de las caídas nos unimos al diablo. 2.º El espíritu, de naturaleza semejante a la divina, en donde el dedo del creador grabó la eterna ley de justicia, por cuya influencia nos unimos e identificamos con Dios. 3.º El alma, principio medianero entre los otros dos, que como república entre dos bandos ha de aliarse precisamente con uno o con otro, pues se ve solicitada en ambos sentidos y es libre de elegir el lado hacia donde inclinarse. Si desligándose de la carne se une al espíritu, se espiritualizará; pero si se abandona a la concupiscencia, se materializará (124).

EL ALMA SEGÚN PLATÓN

Platón dice:

> El alma es un principio capaz de actuar por sí mismo. Es anterior a todas las cosas porque fue engendrada antes del cuerpo, y de conformidad con la naturaleza dirige, mueve y gobierna el cuerpo. El alma alienta en todo cuanto se mueve, y también alienta en los cielos. Por lo tanto, el alma dirige todas las cosas en tierra, mar y cielos por sus propias actuaciones, que son: querer, considerar, cuidar, consultar, opinar, alegrarse, apesadumbrarse, confiar, temer, odiar, amar, juntamente con todos aquellos movimientos primarios que a estos otros acompañan... El alma es una diosa, y aliada con el *nous*, que es un dios, disciplina correcta y felizmente todas las cosas; pero si se alía con *annoia*, obra contrariamente en todo (125).

La escuela platónica coincidía con la budista en considerar negativa o inactiva la Esencia no manifestada. El mismo criterio regía en el concepto de la *aniquilación*. Según la escuela budista, cuando el espíritu llega al *nirvana* pierde la existencia, pero conserva la esencia, es decir, deja de manifestarse objetivamente, pero sin detrimento de la subjetividad. Este concepto equivale a la nada absoluta desde el punto de vista objetivo; pero desde el punto de vista subjetivo resulta como *nada* perceptible por los sentidos.

Estas citas, aunque algo prolijas, eran necesarias para demostrar, con mayor eficacia que toda otra argumentación, la coincidencia de las antiguas escuelas filosóficas con las enseñanzas de algunos Padres de la Iglesia, a pesar de que, según dice Laboulaye respecto de Gautama, “no estuvieran iluminadas por la luz de la revelación”. Sin embargo, tanto la filosofía griega como la teología cristiana deben al budismo y al induísmo sus elevados conceptos sobre el alma, el espíritu y la incognoscible Divinidad. no es, pues, extraño que los maniqueos, al advertir la identidad de las doctrinas budista y cristiana, tuvieran a Jesús por reencarnación de Gautama e identificaran a Cristo con Manú (126).

Jesús exponía las antiguas enseñanzas induístas al predicar la necesidad de apartarse del mundo y sus vanidades para entrar en el reino de los cielos (nirvana), donde “no se casarán los hombres ni las mujeres serán dadas en matrimonio, sino que vivirán como los ángeles”.

Por otra parte, Pitágoras también siguió la doctrina de Gautama al afirmar la identidad esencial del espíritu humano con Dios, y que para unirse al espíritu había de pasar el alma por sucesivos estados (127), durante cuyo proceso el *thumos* volvía a la tierra y se separaba el *phren*. Así es que la metempsícosis de Pitágoras, debidamente interpretada, era una serie de estados de experiencia y prueba disciplinaria con descansos en los refugios celestes (128) para educir la mente concreta y desligar al *nous* del *phren* (129).

Los escandas o residuos kármicos personifican metafísicamente las buenas o malas acciones que encarnan, por decirlo así, en un cuerpo sutil (130) que refleja el carácter moral del hombre durante su vida terrena.

La conciencia individual (*ahankara*) robustecida por la acción, es indestructible, pues como emanada de la Conciencia divina (soplo de Dios) no puede morir. De aquí los sufrimientos del hombre en cada encarnación, hasta que desecha todo pensamiento, deseo y pasión terrestres.

Veamos, pues, que los *cuatro misterios* de la doctrina budista han sido tan torcidamente interpretados como la *sabiduría* a que alude San Pablo al decir:

> Esto no obstante, entre los perfectos hablamos sabiduría..., la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo (131).

LA CONDICIÓN DE DHYANA

El cuarto grado del dhyâna budista (el fruto del *samâdhi*) que conduce a la suprema perfección (*viconddham*), tampoco fue interpretado correctamente por los orientalistas, a pesar de que Burnouf traduce con acierto la palabra *viconddham* por perfeccionado (132).

Al definir la condición de dhyâna, dice St.-Hilaire:

> Cuando el asceta alcanza el cuarto grado, ya no experimenta ni el más leve sentimiento de beatitud, porque pierde toda memoria y queda impasible por su vecindad al nirvana. Sin embargo, esta absoluta impasibilidad no le impide al asceta ser en aquel mismo momento *omnisciente* ni de tener *mágico poder*, en lo cual vemos una *flagrante* contradicción que a los budistas les tiene tan sin cuidado como las demás en que incurren (133).

Verdaderamente, no hay tales contradicciones, y mal está suponerlas en las religiones de otros países cuando, aparte de las tres ramas romana, protestante y ortodoxa en que se dividió el cristianismo, menudean curiosamente las sectas. En prueba de que el budismo no se contradice en el punto señalado por St.-Hilaire, tenemos que los monjes budistas y el apóstol San Pablo coinciden en la expresión del mismo concepto. Dice San Pablo:

> Por si de alguna manera puedo llegar a la resurrección de entre los muertos, no que la haya alcanzado ya o que sea ya perfecto... (134).

Análogamente, el budista del cuarto grado de ascetismo se llama *rahat*, porque produce todo linaje de fenómenos por la propia virtud de su liberado espíritu, y se mueve en los aires, se hace invisible, domina los elementos y obra toda suerte de maravillas que el vulgo mira como milagros (*meipo).* El rahat es un hombre perfecto, un semidios que llegará a ser dios al entrar en el nirvana (135).

EL ESFUERZO PROPIO

Dice Brian Houghton Hodgson:

> El verdadero budismo transpone la frontera entre las mentes finita e infinita, y estimula al hombre a que *por su propio esfuerzo* alcance la divina perfectibilidad que ha de convertirle en dios (136).

Tristemente cruentos fueron los medios empleados para el prevalecimiento de los dogmas amañados por Eusebio e Ireneo, y sin embargo, los modernos teólogos no tienen más remedio que recurrir a la filosofía gentílica para explicar satisfactoriamente los misterios del reino de los cielos. El cristiano más erudito y piadoso de nuestros días no aventaja ni siquiera iguala en ciencia religiosa a los filósofos antiguos ni a los contemporáneos de allende los Himalayas, a pesar de que presume de verse asistido por la revelación divina.

El budista que sinceramente profesa la religión de sus padres especulativa y prácticamente, aunque su fe esté cegada por las supersticiones con que la adulteró la ambición clerical, es por término medio, en su conducta y en sus obras, más semejante a Cristo que la generalidad de los sacerdotes cristianos, cuyo fanatismo “condena eternamente” a cuantos no participan de sus creencias religiosas. El budista aventaja al cristiano en que tiene el deber de “honrar su propia fe sin denigrar la de otros pueblos” (137). El cristianismo degenera de día en

día en mera especulación emotiva, al paso que el budismo demanda sobre todo y ante todo las buenas obras, vivificadas por el amor a todo ser viviente.

El hombre convencido de que todo lo ha de lograr por su propio esfuerzo, sin que otro caragüe con las consecuencias de sus culpas, está en condiciones cien veces más favorables de mejoramiento, que aquel otro a quien se le dice que puede borrar los más horribles crímenes y quedar tan blanco como la nieve con sólo confiar en un Dios que, según dice Volney, se alimentó un día en la tierra y hoy sirve de alimento a las gentes.

CAPÍTULO VII

Nada se sabe de cierto acerca de los dogmas de los drusos;
pero entre sus vecinos era general la creencia de que
adoraban un ídolo en figura de becerro.-
KING: *Los gnósticos y sus huellas*.

¡Oh!, señores de la Verdad inmaculada que eternamente
giráis en ciclos: salvadme de la aniquilación en esta esfera
de doblez.-*Ritual egipcio de difuntos*.

Acertadamente consideraba Pitágoras el inefable nombre
De Dios como la clave de los misterios del universo.-
PANCOAST: *Luz roja y azul*.

Más adelante trataremos de las principales sectas del cristianismo, tildadas de heréticas, que se formaron secretamente en los cuatro primeros siglos de nuestra era.

De los ofitas y nazarenos pasaremos a sus continuadores, que todavía subsisten hoy en el monte Líbano con el nombre de drusos, y en las cercanías de Basra o Barsorah (Persia) con el de mendeanos o discípulos de San Juan. Todas estas sectas se relacionan muy de cerca con el punto que vamos considerando, pues son de origen cabalístico y profesaron un tiempo la esotérica religión de sabiduría y reconocieron por supremo Dios el inefable Nombre de los Misterios. Comparemos estas antiguas sectas con las de nuestros días, y terminaremos echando una rápida ojeada a la Compañía de Jesús y a la masonería moderna, esa eterna pesadilla de la Iglesia romana. Todas ellas, excepto la masonería actual, estuvieron más o menos relacionadas con la magia, así teórica como práctica, y todas ellas, sin exceptuar la masonería, fueron acusadas de impiedad, demonolatría y libertinaje.

SECTAS CRISTIANAS

No es nuestro propósito escribir la historia de estas sectas, sino tan sólo compararlas con las que posteriormente derivaron del cristianismo, para demostrar con auxilio de los hechos lo injusto de las imputaciones lanzadas contra ellas y contra los estudiantes de la ciencia secreta.

El flujo de los tiempos engulló una tras otra las primitivas sectas cristianas, excepto una que todavía sobrevive en su primitiva integridad y sigue enseñando la doctrina de su Fundador y atestiguando su fe con multitud de obras. Las movedizas arenas en que se agostaron los demás vástagos del cristianismo fueron terreno de firme raigambre para la secta a que nos referimos. Arrojados de su patria, se refugiaron en Persia los directos descendientes de los discípulos del Bautista, que residieron en las orillas del Jordán, donde su jefe bautizaba a cuantos creían en el enviado de Dios. Forman hoy una población de más de treinta mil almas, y aunque se les llama impropiamente “cristianos de San Juan”, les cuadraría mejor su antiguo nombre de nazarenos o por lo menos el moderno de mendeanos; pero en modo alguno cabe llamarlos cristianos en el sentido latino, pues no creen que Jesús fuese Cristo ni en su mediación redentora ni aceptan el *Nuevo Testamento* ni adoran al Jehovah bíblico. Por lo tanto, cabe inferir que Juan el Bautista, fundador de la secta, tampoco adoraba a Jehovah, y no debiera figurar en los relatos bíblicos ni en el santoral romano. Si el Dios de los nazarenos era *Ferho* y el Bautista un enviado de Dios, es decir, de Ferho, debió bautizar y predicar en nombre

de Ferho. Ahora bien; si Juan bautizó a Jesús, lo bautizaría seguramente con arreglo a su doctrina, y en consecuencia, también creería Jesús en Ferho o Faho, como los nazarenos le llamaban, según hemos de inferir del silencio que guarda Jesús acerca del nombre del "Padre".

No parece disparatada la hipótesis de que el nombre Faho es una de tantas corrupciones dde la palabra Fho o Fo, como los chinos y tibetanos apellidan a Gautama, que en el Nepal es más conocido por *Fo* que por *Buda*. El *Mahavânsa* demuestra que en el Nepal se difundió muy tempranamente el budismo, y la historia nos dice que durante el siglo I antes de J. C. abundaban en Siria y Babilonia los monjes budistas (1), y que el supuesto caldeo Budaspo estableció la secta de los sabianos o bautistas (2).

Ya expusimos en líneas generales el credo religioso de los bautistas, almogtasilas o nazarenos, de cuyo *Código* hemos entresacado no pocos pasajes. Perseguidos de muerte, se unieron a los nestorianos, por lo que se les confundió con estos en la común denominación de cristianos, hasta que se les deparó ocasión favorable de recobrar su colectiva personalidad, sin retener el calificativo de cristianos, a pesar de que los consideran los autores eclesiásticos por herejes cristianos, con el deliberado propósito de invalidar cuanto en sus enseñanzas revele el carácter del primitivo cristianismo.

Sin embargo, esta secta, tan olvidada por los investigadores, es un fertilísimo campo de exploración exegética, pues no cabe duda de que su doctrina religiosa, inalterada en el transcurso de los siglos, la profesó San Juan Bautista, cuyas manos derramaron las aguas del Jordán sobre la cabeza de Jesús, a quien se confesó indigno de desatar la correa del zapato. Además, Jesús era, según la carne, primo hermano de Juan, y en el momento del bautismo se abrieron los cielos y el Espíritu de Dios descendió en figura de paloma sobre el bautizado, al propio tiempo que una voz exclamaba desde lo alto: "Éste es mi Hijo el amado, en quien me he complacido" esto supuesto, ¿cómo han de ser herejes los nazarenos contemporáneos, cuyas creencias en nada discrepan de las de su maestro Juan?

MODERNOS NAZARENOS

Cuando, en el siglo XVII, los misioneros persas descubrieron la existencia de esta apartada comunidad, desconocida hasta entonces de los europeos, echaron de ver que el Cristo del *Nuevo Testamento* era para ellos un *falso profeta* y que rechazaban, por igualmente tenebrosos, los dogmas judíos y cristianos. No cabe hallar testigos más fidedignos ni mejor enterados que los nazarenos, contra la tergiversación por la cual nos representan los teólogos cristianos a Juan el Bautista como precursor del Cristo, pues desde un principio tuvo la escuela nazarena por impostura el carácter redentor atribuido a Jesús y por divinidad subalterna el Jehovah de los hebreos, equivalente al Ilda Baoth de los ofitas. Mal día será para el cristianismo aquel en que un valeroso y sincero investigador recabe de los jefes nazarenos licencia para traducir sus libros secretos y compilar sus venerables tradiciones, pues se equivocan los eruditos al suponer que la literatura sagrada de los nazarenos no pasa de cuatro tratados didácticos y el *Código* que por obligación han de leer todos los domingos a puesta de sol.

Esta investigación de la verdad nos lleva por sendas muy apartadas para evitar los obstáculos con que la astucia clerical entorpece los pasos de quien por las ordinarias vías trata de indagar el origen de las ideas religiosas. El cristianismo dogmático quedó en tela de juicio desde que la ciencia tuvo alientos bastantes para acusarlo públicamente, según vamos viendo en esta obra. ¿Qué hay de verdad en la teología dogmática? ¿Cuál es su *primitivo origen*? ¿Qué sectas la transmitieron? Para responder es preciso bosquejar la historia de la religión de sabiduría en su paso a través de todas las modalidades confesionales del mundo, porque entraña sin adulteración la *Doctrina Secreta, que es la verdad*.

Aunque nuestros estudios de investigación nos lleven de unos asuntos a otros, tenemos motivo fundado para comparar críticamente dos sectas distantes en el orden cronológico, pues conviene recordar que el principal objeto de esta obra es el análisis de los sistemas religiosos y la indagación de sus orígenes. El mayor impedimento en esta labor nos lo opone la Iglesia romana, en cuyos ocultos fundamentos hemos de ahondar para descubrir la férrea trabazón en que apoyó sus hoy vacilantes pasos.

Empecemos por analizar las doctrinas de los ofitas, nazarenos y drusos, cuyos diagramas discreparán de las falaces disquisiciones de Ireneo, Teodoreto y Epifanio, con mayor motivo por estar apoyados en las doctrinas de algunos cabalistas íntimamente relacionados con los misteriosos drusos del Líbano. Los *okhalos* de Siria, o espirtualistas, como también se les llama, poseen gran copia de manuscritos antiguos que corroboran nuestras aseveraciones en la materia que vamos considerando.

El diagrama ofita considera a *Bythos* o Abismo como emanación femenina y le asigna funciones equivalentes a las del Pleroma gnóstico, aunque en región más elevada, mientras que el espuesto por los Padres de la Iglesia atribuye a Bythosla significación de Causa primera. Como en el sistema cabalístico, simboliza Bythos el infinito e ilimitado caos, cuyas tinieblas velan el primario y desconocido Motor de todas las cosas. Es idéntico concepto al de Shekinah, que vela a En Soph. El nombre de ... Iao) señala el punto dondese presume que reside el Desconocido, y alrededor de este nombre se lee la inscripción: CEMEC .... (El eterno sol Abrasax) (3).

Del insondable abismo surgen unas espirales dispuestas en círculo que simbolizan el ciclo máximo (...) compuesto de otros menores. En el interior de estas espirales cuyas vueltas sigue, está la serpiente, el andrógino emblema de sabiduría y eternidad. El ciclo representa a *Ennoia* (Mente divina) y la serpiente representa la sombra de la Luz (Agathodaimon u Ophis). Ambos principios constituyen unitariamente el Logos de los ofitas, que se desdobla en los opuestos principios de bien y mal, inmutables y eternos. Este símbolo da la razón de que los ofitas tributaran culto a la serpiente enroscada en torno de una tau o del pan sacramental. Ennoia y Ophis son conjuntamente el Logos; pero separadamente es Ennoia el Árbol de Vida y Ophis el Árbol de la ciencia del bien y del mal. Así se comprende que Ophis, no obstante simbolizar la sabiduría divina, induzca a la primera pareja humana (4) a comer de la fruta prohibida.

SISTEMA OFITA

Pero tanto la Serpiente como el Árbol de la ciencia y el Árbol de la Vida son símbolos traídos de la India, donde llaman Árbol de la Ciencia y de la Vida al banano (*arasa-maram*) que allí se tiene por sagrado desde que Vishnú en uno de sus avatares reposó bajo su vasta copa para enseñar filosofía a los hombres. La protectora sombra de este rey de las selvas servía de cátedra a los gurús que aleccionaban a sus primeros discípulos en la inmortalidad y les iniciaban en los misterios de la vida y de la muerte. Los javaleímes del colegio sacerdotal caldeo enseñaron a los hijos de los hombres de modo que pudieran sucederles en su ministerio. Aun hoy día el *Foh-tchu* (5) reside en el *Fohmaëyu* (templo de Buda) sito en la cumbre del Kuinlongsang (la gran montaña) (6), y opera sus mayores prodigios bajo el Árbol de la Ciencia y de la Vida (*Sung-Ming-Shu*), pues la ignorancia es la muerte y únicamente la ciencia confiere la inmortalidad. Este maravilloso espectáculo ocurre cada tres años, cuando en aquel santo paraje se reúne innumerable multitud de budistas venidos en peregrinación de la China entera.

A Ilda-Baoth, el “Hijo de las Tinieblas” y creador del mundo material, se le suponía residente en el planeta Saturno. Esta circunstancia le identifica todavía más con el Jehovah de los judíos, que según los ofitas era el mismo Saturno, y por ello no le daban el nombre sinaítico. De Ilda-Baoth emanaron seis entidades espirituales residentes en los siete planetas, conviene a saber: Saba en Marte; Adonai en el Sol (7); Ievo en la Luna; Elio en Júpiter; Astaphoi en Mercurio (8), y Uraïos en Venus (9). Estos siete planets son, según el sistema ofita, idénticos en naturaleza y funciones a los *sapta loka* (siete lugares) de los induístas, es decir, las siete esferas de los mundos superior e inferior equivalentes a las siete esferas cabalísticas, aunque para los ofitas son esferas inferiores. Los monogramas de estos planetas gnósticos son los mismos de los budistas, con leves diferencias respecto de las ordinarias mansiones astrológicas. En las notas explicativas que acompañan al diagrama aparecen frecuentemente los nombres de Cirentio (discípulo de Simón el Mayo), Menander, Parcha (10) y otros gnósticos que no citan los Padres de la Iglesia.

Por otra parte, el autor del diagrama reclama para su secta mayor antigüedad de la que se le atribuye, y para ello se funda en que sus antepasados construyeron los templos dracontianos, aun los de más allá de las “aguas magnas”. Dice además que el “Justo”, portavoz o paraninfo del eterno Eón (*Christos*), envió a sus discípulos por el mundo bajo la dual protección de Sigé (el Logos, el Silencio) y de Ophis (Agathodaemon). El autor alude sin duda alguna a la expresión de Jesús: “Sed cautos como serpientes y cándidos como palomas”. El diagrama representa a Ophis, equivalentemente al egipcio Cnuphis, Kneph o dracontia, en figura de sierpe erguida sobre la cola, con coronada y radiante cabeza de león en cuyos rayos lleva las siete vocales griegas, una en cada rayo, como símbolo de las siete esferas celestes. Esta representación es muy conocida de cuantos están familiarizados con las joyas gnósticas (11), y está copiada de los *Libros de Hermes*. También es una modalidad de Ophis el Verbo que el *Apocalipsis* describe como “semejante al Hijo del Hombre”, con corona de siete estrellas.

El diagrama nazareno es, con leve alteración de nombres, el mismo de los gnósticos, quienes indudablemente lo copiaron de aquél con añadidura de unas cuantas denominaciones entresacadas de los sistemas basilideano y valentiniano. Para mayor claridad expondremos sinópticamente ambos sistemas:

SISTEMAS COMPARADOS

SISTEMA NAZARENO	SISTEMA GNÓSTICO-OFITA
Trinidad primaria	*Trinidad primaria*
(Oculta en la Unidad)	(Oculta en la Unidad)
FERHO.-Vida que no es Vida. El supremo Dios. La Causa eficiente de la Luz. El Logos *in abs-Condito*. El agua del Jordán máximo agua de Vida o Ajar, principio femenino. Unidad en la Trinidad simbolizada en ISH AMON.	IAO.-Nombre inefable de la Divinidad desconocida. El eterno y espiritual Sol Abrasax. Unidad oculta en el Caos o Abismo (*Bythos*, elemento femenino). El círculo sin circunferencia que contiene los arquetipos de todas las formas.
Trinidad secundaria	*Trinidad secundaria*
(Manifestación de la primaria)	(Manifestación de la primaria)
MANO.-Rey de Luz y Vida (*Rex Lucis*). VIDA Primaria. Hombre arquetípico.	ENNOIA.-Mente.

JORDÁN.-Manifestación del Jordán máximo (aguas de gracia). Segunda VIDA.
ABATUR.-El Padre superior.- Tercera VIDA.

De esta Trinidad emana la Duada de las entidades *Ledhaio y Fetahil*, perfecto el primero e imperfecto el segundo.
Jordán o el Señor de todos los Jordanes se Manifiesta en Netbto, emblema da la *fe sin obras* (12).

OPHIS.Agathodaemon.

SOPHIA.-Sabiduría andrógina, que fecundada por la divina Luz emana a *Christos y Achamoth*, perfecto el primero e imperfecto el segundo.
De Achamoth emana Ilda-Baoth (Demiurgos), creador del mundo material y las formas inanimadas, emblema de las *obras sin fe* (12).

Además, los siete genios planetarios que, según los ofitas, emanaron sucesivamente uno de otro, equivalen a los "siete demonios estelares" del sistema nazareno (13) que "engañan con imposturas a los hijos de Adán". Estos siete demonios son: *Sol, Venus* (14), *Nebu* (15), *Sin* (16), *Kiun* (17), *Bel* (18) y *Nerig* (19).

Según los ofitas, *Christos* es el jefe de los siete Eones o los siete Espíritus de Dios mencionados en el Apocalipsis. Análogamente tienen los nazarenos sus siete eones o genios benéficos, cuyo jefe Mano (*Rex Lucis*) equivale al Christos de los ofitas (20).

En la Iglesia cristiana antes de la Reforma y después en la romana, no encontramos ni más ni menos que cuanto acabamos de ver en estos sistemas, sin necesidad de añadir a la demostración un cuadro sinóptico del sistema judío-cristiano que acabara de corroborar la consubstancialidad de las cosmogonías induísta, mazdeísta, caldea, cabalista, gnóstica, nazarena y cristiana, a pesar de los esfuerzos que anualmente realizan las misiones católicas para propagar sus creencias entre los paganos.

En las joyas gnósticas descritas por King (21) aparece frecuentemente repetido el nombre de Iao, que suele confundirse con el de Ievo, correspondiente a uno de los genios antagonistas de Abraxas; pero ni uno ni otro han de equipararse al Jehovah de los judíos, por lo que conviene fijar la significación de este último nombre. En efecto, muy extraño nos parece que tantos y tan eruditos arqueólogos no advirtiesen que hubo más de un Jehovah, y que no rechazaran la suposición de que lo inventó Moisés.

EL NOMBRE DE IAO

Iao es seguramente un título de la suprema Divinidad, y forma *parte* del inefable nombre; pero ni tuvo origen hebreo ni tampoco lo emplearon exclusivamente los hijos de Israel, pues aunque Moisés hubiese designado con dicho título al espíritu tutelar del "pueblo escogido", no era esto razón suficiente para que los demás pueblos lo consideraran como el supremo Dios. Negamos en redondo esta suposición. Además, está demostrado que Iao o Yaho fue desde un principio nombre misterioso (... y ...), pues no empezó a pronunciarse hasta el reinado de David, ya que antes de esta época en rarísimos nombres propios entraba la letra *iah* o *jah* como elemento prosódico. Es muy verosímil que como David residió algún tiempo entre los sirios y los filisteos (22) aprendiera de estas gentes el nombre de Jehovah. Por otra parte, David confirió la dignidad de sumo sacerdote a Zadok, de quien derivó la escuela de los zadokitas o saduceos y fue proclamado rey en Hebrón (...) (23) donde se celebraban los ritos de los cuatro dioses misteriosos. Ni David ni Salomón siguieron estrictamente la ley de Moisés, pues desde un principio manifestaron su deseo de construir un templo dedicado a ..., por el estilo de los erigidos por Hiram en honor de Hércules y Venus, Adonis y Astarté.

Dice Fürst sobre el particular:

El antiquísimo nombre de Yâho que en griego se escribe ... parece haber sido el místico nombre con que los semitas designaron al supremo Dios, y sin duda alguna lo aprendió Moisés cuando su suegro Jethro, sacerdote cainita de Midian, le inició en la cueva de Hor-eb. La antigua religión caldea, cuyas huellas se descubren entre los neoplatónicos, llamaba ... (...) a la suprema Divinidad entronizada sobre los siete cielos, el espiritual principio de Luz denominado *Nous* (24) por los griegos, quienes también le consideraron como Demiurgo (25), y equivalía en concepto al misterioso e inefable *Yâho* de los hebreos, que sólo se comunicaba a los iniciados, los fenicios llamaban asimismo ... al Dios supremo, cuyo triliteral nombre mantenían secreto (26).

Otros investigadores van más allá de Fürst para indagar el origen de este divino nombre en pueblos de todavía mayor antigüedad, pues en idioma sánscrito tenemos las palabras *Jah, Jaya, Jaa* y *Jaga*, de donde bien pudiera derivarse el nombre de la carroza del festival de *Jaga-nath*, vulgarmente llamada Jaggernâth. Por otra parte, *Javhe* significa “el que es”, y el orientalista Spiegel (27) opina que el nombre persa *Ahura* nace de la raíz sánscrita *ah,* cuya fonética es *as*, de donde *asu* (exhalar), que con el tiempo llegó a significar *espíritu* (28).

Así como Rawlinson afirma resueltamente la influencia védica de los arios en la primitiva mitología caldea, según demuestra la ya probada identidad de Dag-on y Vishnú, de la misma manera cabe demostrar la filiación índica del nombre .... el más antiguo nombre latino de Dios es JU o JOVIS, que los romanos consideraban en sus dos aspectos, masculino y femenino. Cuando masculino era JU-*piter* (29) o sea *Ju el padre*, y cuando femenino era JU-*no* (30) o sea *Ju el cohonortador* (31).

Max Müller observa que si bien la palabra *dyaus* (cielo) no es del género masculino en sánscrito ordinario, aparece como tal en los Vedas, comprobándose de esta suerte la identidad de *Zeus* griego con el *Dyaus* védico (32).

EL NÚMERO DIEZ

Para desentrañar el verdadero significado del nombre IAO y comprender por qué era el de la suprema y misteriosa Divinidad, hemos de inquirir su origen en la simbología de los pueblos primitivos y beber en las fuentes más antiguas. Los *Libros de Hermes* dicen que “el número DIEZ es la madre del alma y que le están unidas la *vida* y la *luz*; porque el número *uno* nació del espíritu y el número *diez* nació de la materia (33). La unidad engendró el *diez*; el diez engendró la unidad” (34).

Tres métodos hay para descubrir el sentido cabalístico de las letras, palabras y frases, conviene a saber: el *gemántrico*, el *temúrico* y el *atbáquico.*

El primero, cuyas reglas da la *gemantria*, es esencialmente aritmético, y consiste en aplicar a las letras de una palabra el sentido numeral, tanto por su configuración geométrica como por su significado particular. El método de la *themura* se vale del anagrama para descubrir el sentido de una palabra, y así vemos que dos siglos antes de la era cristiana, el rabino Akiba llamaba al UNO el espíritu del *Alahim* de las vidas (35). Además, los más antiguos diagramas cabalísticos representan los diez sephirotes por ruedas o círculos y por una *columna derecha* el hombre arquetípico (Adam Kadmon), y así dice el rabino Akiba: “Ruedas y serafines y las santas criaturas”.

El tercer sistema de interpretación cabalística, el *athbach*, consiste en disponer las letras del alfabeto par a par en tres filas, de modo que todos los pares de la primera fila valgan numéricamente diez. En el sistema de Simeón ben Shetah (36), el par superior, el más sagrado de todos, va precedido del 10 pitágorico. Tenemos, por lo tanto, que el nombre IAO, tal como aparece en las inscripciones, está compuesto del número diez en su significado literal con interposición de la letra A, o sea el alfa y el omega de las cifras del sistema decimal, que

encierran en profunda alegoría el concepto de la Causa primera tal como se lo forjaron los pueblos primitivos, esto es, como creadora Divinidad andrógina manifestada en sus obras, cuyo aspecto masculino era el invisible y vivificador espíritu y el femenino la madre naturaleza.

Esto entendido, echaremos de ver que IAO significa etimológicamente “Aliento de Vida”, simbolizado en la A colocada entre el principio masculino erecto en el I y el principio femenino representado en la forma oval del o.

Según ya hemos dicho, el sánscrito *as* significó primitivamente “respirar”, y después por extensión “vivir” o “existir”. Sobre esto, dice Max Müller que de *as* se derivan *asu* (soplo) y *Asura*, nombre antonomásico d la Divinidad, en la acepción del que alienta, o mejor todavía, el que infunde aliento (37). En lengua hebrea *ah* y *iah* significan vida. Cornelio Agripa en su tratado: *Preeminencia de la mujer*, pone de manifiesto la analogía entre el nombre de *Eva* y el simbólico Tetragrámaton, inefable nombre de la Divinidad. los nombres antiguos estuvieron siempre relacionados con las cosas significadas, y por lo que se refiere al de la Divinidad, resulta clara la insinuación de loa cabalistas judíos acerca de la interposición hebrea de la letra H si se tiene en cuenta que “Abram la tomó de su mujer Sarah y la puso *en medio de su propio nombre*”. Puede objetarse que no está averiguado todavía en qué época aparece por primera vez el *cero* en los manuscritos e inscripciones de la India; pero de todos modos, el caso en cuestión ofrece indicios lo bastante vehementes para determinar la probabilidad. Según Max Müller, las palabras *cipher* (guarismo) y *zero* (cero) eran sinónimas, y demuestran la filiación arábiga de nuestras cifras o caracteres numerales (38).

La palabra *cifra* deriva de la árabe *cifron* que significa *vacío*, y a su vez arranca por traducción del vocablo sánscrito *synya* que quiere decir *nada*. Los árabes tomaron de la India los signos de la numeración y nunca se atribuyeron su descubrimiento (39). En cuanto a los pitagóricos, nos dice Boecio en su *Geometría*, compuesta en el siglo VI, que las cifras pitagóricas (40) empezaban en el 1 y terminaban en el 0. Además, asegura Porfirio apoyado en el *Moderatus* pitagórico (41), que los guarismos de este filósofo eran símbolos jeroglíficos por cuyo medio expresaba los conceptos referentes a la naturaleza de las cosas.

Pero si en los más antiguos manuscritos de la India no se encuentran indicios de la notación decimal, pues Max Müller sólo descubrió en ellos las nueve iniciales de los nombres sánscritos de las cifras, tenemos las pruebas necesarias en la imaginería sagrada de los templos. Sabemos que Pitágoras aprendió en la India, y así lo confirma Max Müller al decir que los neopitagóricos enseñaron a griegos y romanos la numeración cifrada de los indos, que aplicaron a la tabla llamada pitagórica. De esto se infiere que, aunque los neopitagóricos conocieran todo el sistema antes de la fundación de Alejandría (42), el propio Pitágoras conoció tan sólo *nueve* cifras. Que los neopitagóricos conocieron las diez cifras, nos lo demuestra el siguiente pasaje de Aristóteles:

> Algunos filósofos opinan que las ideas y los números son *diez* en conjunto y de la misma naturaleza unas y otros (43).

Basta esto para convencernos de que la escuela pitagórica conocía la notación decimal cuatro siglos, por lo menos, antes de J. C., pues Aristóteles no parece atribuir su invención a los neopitagóricos.

IMÁGENES SIMBÓLICAS

Por otra parte, según ya dijimos, la imaginería de los templos antiguos nos suministra pruebas concluyentes. Una de ellas es que Vishnú está representado en su segundo avatar en figura de tortuga que sostiene una columna cilíndrica, sobre la cual está sentada la ilusoria

imagen de Vishnú con todos sus atributos, que respectivamente lleva en las cuatro manos: una flor, una maza, una concha y un disco, sostenido este último sobre el índice levantado en la misma posición de la cifra I, de modo que el disco representa muy verosímilmente el cero. Igual aspecto ofrece la representación de Vishnú en su primer avatar, cuando sale de la boca del pez (44). También aparecen representados con el disco sobre el índice extendido hacia arriba el bengalés Durga de diez brazos, el gigante Ravana, de diez cabezas, y las imágenes de Indra. Dicho atributo simbólico es la figura plástica del "retoño de la primavera" (45).

Los templos dedicados a Jaggarnâth son los que los indos tienen en mayor veneración, pues todas las sectas adoran igualmente al dios *Jagg*-arnâth, y le sobrenombran "el Señor del mundo". Es la divinidad de los Misterios y son de configuración piramidal todos sus templos, cuyo mayor número está en Bengala. No hay otro nombre deífico de tan variadas etimologías y tan distintas fonéticas como Iaho. Los rabinos posteriores a la cautividad hubieron de valerse de los puntos masotéricos para dar al nombre de Jehovah la interpretación de Adonai o Señor; y Filo Biblo lo silabea con las letras griegas ..... - ..... Teodoreto dice que los samaritanos lo pronunciaban *Iabe* (Yahva) y los judíos *Iaho*, equivalente a I-ah-O. Diodoro afirma que, según los judíos, Moisés daba a Dios el nombre de *Iao*. Esto nos mueve a repetir, apoyados en la autoridad de la misma Biblia, que Moisés ignoró el nombre secreto de Dios hasta que fue iniciado por su suegro Jethro, pues cuando el Señor se le aparece en la zarza ardiente e incombustible, le dice: "El Señor Dios de los hebreos nos ha llamado" (46), para distinguirse de los dioses ajenos. Si hemos de juzgar a Jehovah por lo que de él nos dice la historia de Israel, no es de presumir que la irascible deidad sinaítica acogiera favorablemente a Cristo en caso de venir al mundo en los días del éxodo hebreo. Además, el "Señor Dios de Israel" manda a Moisés que le llame Jehovah (47), lo cual contradice con mengua de la veracidad jehovaniana y de la revelación divina aquel otro pasaje según el que Abraham edificó un altar en honor de Jehovah-jireh (48).

Por lo tanto, conviene distinguir entre el Iao de los Misterios, venerado desde la más remota antigüedad por los iniciados de todos los países, y los fonéticos remedos del mismo nombre, tan desdeñados por los gnósticos.

Como los cristianos han cargado, a imitación del Azazel del desierto, con las culpas de la nación judía, repugnan confesar que el titulado "pùeblo escogido" no fue su predecesor en monoteísmo, sino tan idólatra como sus vecinos, hasta época muy posterior de su historia. Los sagaces talmudistas se resguardaron durante muchos siglos de toda acusación tras los puntos masotéricos; pero como la verdad ha de prevalecer al fin en todo, sabemos hoy que el nombre *Ihoh* (...) ha de leerse *Iahoh* o *Iah* y no *Jehovah*. El Iah de los hebreos es evidentemente el Iacchos (Baco) de los Misterios, de quien esperaban las almas su liberación, e indistintamente se le denominaba Dionysio, Iacchos, Iahoh y Iah (49).

EL CABALLO DEL SOL

Así, pues, estaba Aristóteles en lo cierto al identificar a Jon ... con Ormuzd y a Plutón con Ahriman, pues el Dios de los cielos, Ahuramazda, monta en una carroza tirada por el caballo del sol; y según cita Dunlap, concuerda con esta alegoría aquel pasaje que dice:

> Alaba por su nombre Iah (...).
> Al que galopa por los cielos a caballo (50).

El mismo Dunlap nos dice que los árabes llamaban Iok a Iah y lo simbolizaban en figura del caballo del sol, equivalente al Dioysio de los griegos (51); y añade que Iah es la pronunciación suavizada de Iach, por mudanza de la ... *ch* en ... *h,* y la *s* suaviza la *h*. Los

hebreos expresaban la idea de vida indistintamente por una *ch* o por una *h*, pues tanto *chiach* como *hiah* significan *ser;* y así *Iach* equivale a “Dios de Vida” y *Iah* a “Yo soy” (52).

Por lo tanto, bien podemos citar aquel pasaje de Amonio que dice:

> Ogugiâ me llama Baco; Egipto cree que soy Osiris; los musianos me titulan Ph’anax; los indos dicen que soy Dionysio; los misterios romanos me dan el nombre de Liber; y los árabes el de Adonis.

A esto cabe añadir que el pueblo escogido le llamaba Adonai y Jehovah.

Otra prueba de la incomprensión en que se ha tenido la antigua doctrina secreta nos la proporciona la persecución de los templarios por la Iglesia, que les acusaba de adorar al diablo en figura de un macho cabrío llamado Bafomet. Sin escudriñar los antiguos misterios masónicos no hay masón alguno de los que *saben algo*, que desconozca la verdadera relación entre Bafomet y Azazel, el cabrío expiatorio del desierto (53), duyo carácter y significado adulteraron deplorablemente los traductores de la Biblia.

Dice Lanci (54) sobre el particular:

> Este terrible y venerable nombre de Dios se ha convertido en un diablo, una montaña, un desierto y un *cabrío* por obra de los comentadores bíblicos (55).

Mackenzie observa muy atinadamente:

> El nombre Azazel ha de descomponerse en *Azaz* y *Él,* pues aunque significa “Dios de la Victoria”, en este pasaje quiere decir *autor de la muerte* en contrposición a Jehovah o *autor de la vida*, quien como tal recibía una cabra en sacrificio (56).

Ahora bien; la Trimurti es abstractamente una e indivisible; pero se disciernen en ella tres personas resumidas en una, sin menoscabo de sus peculiares atributos, pues mientras abstraemos la persona de Brahma como representación de las tres, Vishnú es el *autor de vida*, el creador y conservador del universo, y Siva es el *autor de la muerte*, es decir, el destructor del universo. muerte al que da vida: vida al que da muerte. Simbólica antítesis, cuya belleza advierte Gliddon (57). Así se comprende el aforismo cabalístico que dice: *Deus est daemon inversus*. Así se ve que la cruel persecución de la Iglesia a los gnósticos, cabalistas y los relativamente inocentes masones, tuvo por móvil el afán de borrar todo vestigio de la filosofía antigua por temor de que en ella se descubriesen las raíces de sus dogmas teológicos.

Desgraciadamente, la divina semilla en abundancia sembrada por el dulce filósofo judío, no ha fructificado ópimamente. Si desde la bienaventurada región en donde mora posara su melancólica mirada en este mundo el que aconsejó la brevedad y secreto de la oración, vería que su semilla no cayó entre rocas ni en los bordes del camino, sino en suelo pletóricamente abonado con supercherías y sangre humana.

Dice el sincero apóstol Pablo:

> Porque si la verdad de Dios por mi mentira creció a gloria suya, ¿por qué soy yo todavía juzgado como pecador? Y no que hagamos males para que vengan bienes (58).

No es posible que debamos creer inspirada por Dios semejante confesión que explica, pero no excusa, la teoría según la cual “son lícitos y meritorios el engaño y la mentira cuando favorecen los intereses de la Iglesia” (59). Plenamente se valieron de esta teoría el armenio Eusebio, consumado maestro en las artes del embuste, y el inocentón de Ireneo, que miraba la *Biblia* como a través de un caleidoscopio. Ambos tuvieron por secuaces todo un ejército de piadosos asesinos que llevaron la impostura hasta el punto de proclamar la licitud del asesinato,

siempre que contribuyese al afianzamiento de la nueva religión (60). El espíritu clerical de estos fanáticos culminó en el emperador Constantino, de quien, no obstante sus crímenes (61), dice Ireneo que fue favorecido por la celeste visión del lábaro con el famoso lema: *In hoc signo vincis*. A la sombra del estandarte imperial creció la Iglesia cristiana, que apenas había dado algunos pasos desde los días de Ireneo, y se erigió en soberana y árbitra dueña del mundo.

LA INVENCIÓN DE LA CRUZ

Probablemente el lábaro facilitó el modelo de la *verdadera* cruz, que más tarde se había de encontrar con tanta complacencia de la voluntad imperial allí donde jamás hubo cruz alguna; pero era preciso corroborar la visión mediante un milagro, de que impíamente dudan críticos tan severos como Lardner. Sin embargo, hemos de creer en la invención de la cruz, so pena de vernos calificados de infieles, a pesar de que, según demostraría una cuidadosa comprobación, los gragmentos de la "verdadera cruz" se han multiplicado más prodigiosamente todavía que los dos peces y los cinco panes de la invisible panadería. Siempre que conviene echar mano de un milagro, se queda sin lugar propio el hecho descarnado y es preciso que la fábula suplante a la historia.

Si al cabo de diecinueve siglos recibe el Fundador del cristianismo veneración más o menos profunda en todos los países del globo, nadie nos quita la libertad de pensar que él sería el primer sorprendido si escuchara las doctrinas que se predican en su nombre. Desde un principio prevaleció el sistema de falsificaciones deliberadas. De los altercados que con Tolomeo tuvo Ireneo se infiere cuán resuelto estaba éste a ofuscar la verdad y establecer una iglesia exclusivamente suya sobre las ruinas de las siete primitivas iglesias a que alude el *Apocalipsis*. Es una prueba evidente contra la que nada puede la fe ciega. La historia de la Iglesia afirma que la predicación de Cristo sólo duró tres años, en lo que discrepa notablemente el *Evangelio de San Juan* de los otros tres; pero le estaba reservado a Ireneo demostrar a la posteridad que ya en el año 180 de nuestra era (62), las lumbreras de la Iglesia, entre las cuales él mismo se contaba, nada sabían de cierto o mentían a sabiendas y transcabalaban las fechas para cohonestar sus adulteraciones.

Tan afanoso andaba el buen Padre de desbaratar toda objeción a sus planes, que ninguna falsedad le parecía excesiva. Afirmaba Tolomeo que Jesús era demasiado joven para dar lecciones de excepcional importancia, pues sólo predicó durante *un año*, en cuyo duodécimo mes tuvo su pasión. En esto se apartaba Tolomeo muy poco de los Evangelios; pero Ireneo se deja arrastrar de la imprudencia y eleva la discrepancia entre uno y tres años, nada menos que a la entre uno y *diez*, y aun veinte, porque, contendiendo con Tolomeo, le dice que destruye la obra de Cristo al cercenarle el tiempo de su predicación, que llevó a cabo en edad madura con ventaja sobre todo otro apóstol. Y no teniendo fecha segura que asignar, se apoya Ireneo en la *tradición* para primero decir que Cristo predicó durante DIEZ años (63) y después representar a Jesús de cincuenta de edad.

Pero prosigamos en nuestra tarea de indagar los orígenes del cristianismo y descubrir las fuentes en que Jesús bebió sus ideas sobre Dios y la humanidad

Los *koinobis* vivían en Egipto, donde Jesús pasó su primera juventud, y se les confundía con los terapeutas que eran una de sus numerosas ramas, según aseveran Higgins y De Rebold. Tras la ruina de los principales santuarios, ya comenzada en tiempo de Platón, las diversas sectas, entre las que se contaban los gimnósofos, los magos (64), los pitagóricos, los sufis y los rasis de Cachemira (65), constituyeron una especie de masonería o confederación internacional de sus sociedades esotéricas.

Sobre el caso dice el P. Rebold:

Los antiguos sacerdotes dieron a la ciencia oculta el nombre de *fuego regenerador*, y durante más de tres mil años fue privativo conocimiento del sacerdocio indo y egipcio. En esta ciencia fue iniciado Moisés que se educó en Heliópolis, así como Jesús la aprendió entre los esenios de Egipto y de Judea. El conocimiento de esta ciencia dio a ambos reformadores, *especialmente al último*, el poder taumatúrgico que les atribuyen las *Escrituras* (66).

LOS MAGOS DE PERSIA

Dice Platón que la mística religión maga denominada *Machagistia* es la forma cultual menos adulterada. Posteriormente, uno de los Zoroastros le añadió los Misterios de los santuarios caldeos, y Darío Hystaspes la perfeccionó con los conocimientos adquiridos entre los ascetas de la India, cuyos ritos eran idénticos a los de los magos iniciados (67). Amiano Marcelino, al relatar la expedición de Darío, dice que este monarca llegó en su avance por la India septentrional a una selva donde moraban en apartado retiro los samanos o brahmanes eremíticos, quienes le instruyeron en la ciencia astronómica y en los verdaderos ritos con que después depuró la religión de los magos, quienes, ya expertos en *su peculiar ciencia del vaticinio*, transmitieron el reformado sistema a sus descendientes y sucesores (68). De estos magos aprendieron los sufis de Persia y Siria la astronomía, la medicina y la filosofía esotérica.

Dice King sobre el particular:

> La doctrina sufi enseñaba que toda confesión religiosa era perfectamente compatible en su aspecto externo con el secreto mantenimiento de una creencia universal. Así es que los sufis consideraron las religiones cultuales desde el mismo punto de vista que los filósofos antiguos (69).

Los drusos del monte Líbano, actuales descendientes de los iniciados de la antigüedad, están esporádicamente difundidos por las arenosas soledades de Egipto, Arabia Pétrea, Palestina y los impenetrables bosques de Abisinia. Son los drusos ardorosos estudiantes que rara vez se prestan a salir de su retiro para tratar con los profanos, y entre ellos los hay de todas las nacionalidades. Puede considerarse esta escuela como una confraternidad subalterna de la suprema confraternidad cuyo sigilo estuvo siempre en directa proporción del recrudecimiento de las persecuciones religiosas, hasta el punto de que en la actualidad el prevaleciente materialismo ha puesto en más hondo misterio su existencia (70).

CONFRATERNIDAD MISTERIOSA

Pero de este misterio no debe inferirse que la aludida confraternidad sea ficción nominalistra con *nombre* propio, pues no importa que sus adeptos lo lleven indistintamente egipcio, indo o persa. Algunos investigadores fidedignos, aparte de quien escribe estas líneas, tuvieron trato con individuos de la citada confraternidad, y pueden publicar sobre ella determinados informes por licencia especial *del que tiene derecho de concederla*.

Sobre este punto dice Mackenzie:

> Desde tiempos muy remotos subsiste una oculta confraternidad con su jerarquía de dignatarios y signos secretos, que por peculiares procedimientos didácticos enseñan ciencias, religión y filosofía... Si hemos de creer a los que hoy día dicen pertenecer a ella, entre sus secretos conocimientos se cuentan la *piedra filosofa*, el *elixir de larga vida*, el arte de hacerse *invisibles* y la facultad de comunicarse directamente con el mundo ultraterrestre (71).

En cuanto a nosotros, hemos conversado con tres personas que aseguran pertenecer a la confraternidad subsistente hoy día.

No había motivo alguno para recelar de aquellos tres individuos, que dan pruebas de conocerse entre sí y que en la austeridad de su vida, sobrios gustos y ascéticas costumbres tenían la más valiosa prueba de veracidad. Representaban de cuarenta y cuarenta y cinco años, y desde luego se colegía su vasta erudición y el conocimiento que de varios idiomas demostraban. No permanecían mucho tiempo en una misma población, sino que se marchaban de improviso, sin que nadie lo advirtiese (72).

Otra confraternidad subalterna es la llamada de los *Pitris* en la India, que no obstante haber divulgado Jacolliot su nombre, es todavía más secreta que la llamada *Hermanos herméticos* por Mackenzie. Si Jacolliot supo algo de esta hermandad de Pitris lo debió a los manuscritos que los brahmanes le permitieron consultar, por razones de ellos conocidas. El *Agruchada Parikshai* dice algo sobre esta hermandad secreta, tal como era en antiguos tiempos; pero nada en concreto resulta de las explicaciones que da de los ritos místicos y los conjuros mágicos, de suerte que las místicas palabras: *L'om L'Rhum, Sh'hrum* y *Sho-rim Ramaya-Namaha*, quedan tan enigmáticas como antes. Sin embargo, preciso es justificar a Jacolliot, porque acepta los hechos plenamente sin entrar en estériles especulaciones.

Quien quiera convencerse de que hoy mismo existe una religión que durante siglos ha burlado las osadas pesquisas de los misioneros y las cachazadas investigaciones de los arqueólogos, procure sorprender en su retiro a los drusos de Siria, que en número de unos ochenta mil se extienden desde la llanura oriental de Damasco hasta la costa occidental. No apetecen prosélitos, eluden toda notoriedad y mantienen amistoso trato con cristianos y musulmanes cuando las circunstancias lo exigen, pues respetan las religiones extrañas, aunque sin revelar jamás los secretos de la suya. En vano los misioneros intentan intimidarlos con amenazas, excitarlos con los dicterios de infieles, idólatras, bandidos y ladrones, o atraerlos con halagos y dádivas, pues nada puede persuadir a un druso a convertirse al cristianismo (73). Respecto a los profanos, no se les deja ver siquiera los libros sagrados ni tienen el más remoto indicio del lugar donde se custodian; y aunque algunos misioneros se alaban de poseer ejemplares de estos libros, como los que Nasr-Allah regaló al rey de Francia y tradujo Petis de la Croix en 1701, no son ma´s que una exposición de doctrinas más o menos divulgadas sin secreto alguno entre los montañeses del Líbano, compiladas por un derviche apóstata que fue expulsado de la comunidad hanafita por malversar dinero de los huérfanos y de las viudas. Tampoco tiene ningún valor esotérico la obra de Silvestre de Sacy titulada: *La religión de los drusos*, que se reduce a un enjambre de hipótesis. El año 1870 un viajero inglés encontró un ejemplar de esta obra en el alféizar de la ventana de una de las capillas de los unitarios, y al preguntarle al *okal* (74) sobre la utilidad de aquel libro, respondió irónicamente después de hojearlo: "Leed esta instructiva y verídica obra, porque no podría yo explicaros mejor ni más acabadamente los misterios de Dios y de nuestro bienaventurado Hamsa". El viajero comprendió la ironía de esta respuesta (75).

CANDELABRO DRUSO

Dice Mackenzie:

> Se establecieron en el Líbano hacia el siglo X y parecen ser una amalgama de kurdos, maridárabes y otras tribus semicultas. Su religión es una mezcolanza de judaísmo, cristianismo e islamismo. Tienen *jerarquía* sacerdotal y un sistema regular de signos y consignas. A la iniciación precede un año de noviciado y los dos sexos pueden aspirar a ella.

Entresacamos este pasaje para que se vea cuán poco saben acerca de estos místicos orientales, eruditos tan fidedignos como Mackenzie. El orientalista Mosheim, que sabe tanto, o

por mejor decir, tan poco como sus colegas, cae en la candidez de apuntar que la religión de los drusos es peculiar de ellos y está envuelta en el misterio. Valiera más decir que lo estuvo.

Es natural que en la religión de los drusos haya vestigios de mazdeísmo y gnosticismo, pues en el fondo coincide con el sistema ofita. Pero el dogma capital de los drusos es la absoluta unidad de Dios, esencia de toda vida, incomprensible e invisible, aunque a veces se manifiesta en forma humana (76), y que se ha encarnado varias veces en la tierra (77). Según los drusos, fue Hamsa el *antecesor* de la futura manifestación o décimo Mesías (78), que se llamará Hakem. En sus escritos da Bohaedin a su maestro Hamsa el título de Mesías, y lo considera como personificación de la Sabiduría universal. Sus discípulos, que en distintas épocas comunicaron sabiduría a los hombres, aunque estos la olvidaran, fueron en número de ciento sesenta y cuatro (79).

De aquí que haya entre los drusos cinco grados de iniciación, simbolizados los tres primeros por los tres pies del candelabro del santuario interno que sostiene la luz de los *cinco* elementos correspondientes a los cinco grados, de los que los dos últimos son los más terroríficos por corresponder al orden superior de iniciación. Dice un libro druso que los tres pies del candelabro llevan los simbólicos nombres de *Aplicación, Entrada* y *espectro*, para dar a entender que el cuerpo es un fantasma, una sombra espectral interpuesta entre las almas externa e interna del hombre. tAmbién llaman al cuerpo *el rival*, porque es ministro del pecado y del mal y siempre suscita disensiones entre la celestial inteligencia (espíritu) y el alma, a que sin cesar está tentando. Las ideas de los drusos acerca de la transmigración son pitagóricas y cabalísticas. Según ellos, el *temeami* (espíritu o alma divina) estaba infundido en Elías y Juan el Bautista, y el alma de Jesús era del mismo grado de pureza que la de Hamsa. El día de la resurreción, los vehículos espirituales de los hombres quedarán absorbidos en la divina Esencia (80); pero las almas conservarán sus formas astrales, excepto los escogidos, que desde el momento de separarse de sus cuerpos tendrán ya existencia puramente espiritual.

Distinguen los drusos en la constitución del hombre: cuerpo, mente y espíritu. La mente es el vehículo de la divina chispa de su Hamsa (Christos).

Su credo consta de siete artículos capitales que, no obstante su divulgación entre los profanos, han sido lastimosamente tergiversados por los autores extranjeros, como por ejemplo, Appleton en su *Enciclopedia americana*, según aparece en el siguiente cuadro sinóptico:

MÁXIMAS DE LOS DRUSOS

LOS SIETE ARTÍCULOS TAL COMO LOS INSTRUCTORES LOS COMUNICAN VERBALMENTE	LOS SIETE MANDAMIENTOS ADULTERADOS POR FALSA EXPOSICIÓN
1.º Unidad de Dios.	1.º Veracidad en las palabras, pero sólo respecto de la religión y los iniciados, pues es lícito hablar con mentira a los hombres de las demás religiones (81).
2.º Excelencia esencial de la Verdad.	2.º Auxilio mutuo. Vigilancia y protección.
3.º Tolerancia. Derecho concedido a todos de exponer libremente sus opiniones religiosas y analizarlas con arreglo a la razón.	3.º Repudiar todas las religiones extrañas (82).
4.º Respeto a todos los hombres según su carácter y conducta.	4.º Apartarse de corazón, aunque no externa-Mente, de los infieles de todo linaje (83).

5.º Sumisión completa a la voluntad de Dios.	5.º Reconocimiento de la eterna unidad de Dios.
6.º Pureza de cuerpo, mente y alma.	6.º Resignarse a los juicios divinos.
7.º Auxiliarse mutuamente en todas las ocasiones.	7.º Someterse a la voluntad de Dios.

Como se ve, no sólo está adulterado el texto, sino alterado el orden sucesivo de los artículos, en demostración de la ignorancia o acaso malicia de autores que, como Silvestre de Sacy, tratan de asuntos que por completo desconocen.

Las virtudes teologales de los drusos son: caridad, justicia, mansedumbre y misericordia, aparte de otras que se exigen de los iniciados. Los cinco pecados capitales son: robo, asesinato, crueldad, avaricia y calumnia, con otros que enumeran las tablas sagradas y no debemos citar. La moral de los drusos es severamente inflexible, y nada podría desviarlos de su deber. Algunos exploradores han afirmado equivocadamente que estos unitarios del Líbano carecen de ritual religioso, por ignorar que lo mantienen oculto a la curiosidad de los extraños. Celebran asambleas públicas todos los jueves, pero ningún intruso logra asistir a las secretas de los viernes. Las mujeres son admitidas a la iniciación en las mismas condiciones que los hombres, y representan muy importante papel en las ceremonias religiosas. El período de prueba o noviciado es largo y riguroso, a menos que por excepcionales motivos obtenga dispensa el candidato. Periódicamente se celebra una fiesta religiosa en que los ancianos de la comunidad y los iniciados de las dos categorías superiores van en peregrinación de varios días a un monasterio de cierto paraje de las montañas, edificado en los albores del cristianismo. Sin embargo, el viajero no vería en aquel lugar más que las ruinas de otro monasterio todavía mayor, donde algunas comunidades gnósticas celebraron las ceremonias del culto religioso en la época de las persecuciones; pero subterráneamente, en área mucho más vasta que la de las ruinas, a flor del suelo, se dilatan las celdas, salones y capilla, cuya riquísima ornamentación, hermosas esculturas y magnificencia de vasos sagrados, parecen “sueño de gloria”, según expresión de un iniciado.

Así como en los monasterios mogoles y tibetanos se aparece en las fiestas solemnes la sagrada sombra de Buda, así también en aquella festividad se aparece el etéreo y resplandeciente espectro del bienaventurado Hamsa para aleccionar a sus fieles. Durante las noches que dura la asamblea ocurren prodigiosos fenómenos de orden mágico, y allí en el seno de la madre tierra, sin el más leve rumor que perturbe la gravedad de las ceremonias ni el más tenue rayo de luz que delate su existenica, celebran los iniciados drusos sus misterios religiosos tal como los celebraban en el pasado.

Lo mismo que Jesús, fue Hamsa hombre mortal; pero Hamsa y Cristo representan conceptos equivalentes en su sentido interno y simbolizan el *nous* o yo superior del hombre. Los drusos enseñaban, de acuerdo con los filósofos antiguos y los iniciados de toda época, que el hombre tenía un alma mortal y otra inmortal.

CARTA DE RAWSON

El profesor Rawson, de Nueva York, intrépido viajero y excelente amigo del arte, corrobora nuestros personales informes acerca de los drusos en la siguiente carta, en que por razones de él sabidas quebranta el secreto de su iniciación en la hermandad de los unitarios del Líbano. Dice así:

Nueva York, 6 de Junio de 1877.

... He recibido su nota en que me pide un relato de mi iniciación en la secreta hermandad de los dursos del Líbano. Como sabe usted perfectamente, me comprometí entonces a no revelar los secretos recibidos y así ningún interés público tendrá lo que pueda yo decir. Sin embargo, me complazco en dar a usted los informes compatibles con el sigilo, para que los aproveche como mejor le convenga.

Por dispensa especial fue tan sólo de un mes mi período de prueba, durante el cual me seguía un sacerdote como si fuera mi sombra y era mi guía, intérprete, criado y cocinero, sin dejarme de vista para asegurarse de que me ajustaba estrictamente a las dietas, abluciones y demás prácticas del nociciado. También me instruía en el ritual cuyo texto recitábamos o cantábamos, según el caso, a manera de ejercicio práctico. Si nos encontrábamos cerca de una aldea drusa en jueves, asistíamos a la asamblea pública de culto e instrucción religiosa. Antes de mi iniciación no pude asistir a las asambleas secretas de los viernes, ni creo que nadie haya podido asistir, pues para ello fuera necesario concertarse con un sacerdote cuya traición le costaría la vida. A veces los sacerdotes de buen humor engañan a los curiosos con una iniciación simulada, sobre todo si sospechan que es espía de los misioneros.

Hay iniciados de ambos sexos, y la índole de las ceremonias requiere el concurso de hombres y mujeres.

El mobiliario de la “casa de oración” y de la “cámara de visión” se reduce a una alfombra extendida en el suelo. En la “Sala Gris” (cuya situación jamás se determina, pero que está en paraje subterráneo, *no lejos* de Bayt ed-Deen) hay algunos adornos de mucha riqueza y valiosas joyas fabricadas por orfebres árabes de cinco o seis siglos atrás, según se colige de sus fechas e inscripciones.

El día de la iniciación ha de permanecer el candidato en ayuno natural desde el amanecer hasta la puesta del sol en invierno, o hasta las seis de la tarde en verano. La ceremonia consiste en una serie de tentadoras pruebas de la resistencia física y moral del candidato, que rara vez sale triunfante de todas las pruebas, pues la *naturaleza prevalece contra la voluntad* en las más difíciles. Entonces se demora la iniciación para otro año en que se repiten las pruebas.

Una de las por que pasa el neófito, consiste en ponerle delante, como al descuido, apetitosos y suculentos manjares de comida y bebida, por ver si quebranta el ayuno. La prueba es dura en semejantes circunstancias; pero todavía es más difícil de vencer la en que le dejan solo durante media hora a puerta cerrada con la sacerdotisa más joven y hermosa de las siete que toman parte en la ceremonia. La tentadora mujer se le acerca en actitud insinuante, y con enloquecedoras palabras, cuya sugestión acreciente el magnetismo de su mirada, suplica al neófito que “la bendiga”. ¡Desgraciado de él si cae en la tentación! Cien ojos atisban por disimulados agujeros, aunque el neófito crea que nadie puede verle en lugar tan oculto.

El sistema religioso de los drusos no tiene nada de infiel ni de idolátrico. Conservan vestigios del en otro tiempo grandioso culto de la Naturaleza, que a causa de las persecuciones debió refugiarse en las comunidades secretas, cuyas reuniones alumbraban las lámparas de la capilla subterránea. El credo religioso de los drusos está resumido en siete artículos (84) que no confían a la imprenta ni a la escritura, aunque hay otro código apócrifo impreso con el solo propósito de despistar a los curiosos.

El resultado de la iniciación me pareció ser como si soñara despierto y viese o creyese ver a personas distantes de aquel lugar miles de kilómetros. Me figuraba ver a parientes y amigos que a la sazón se hallaban en Nueva York; pero no sé a qué atribuir este resultado. Las imágenes espectrales aparecían en un aposento obscuro, mientras mi guía hablaba en voz alta y la comunidad entonaba cánticos en la sala contigua, cuando ya a la caída de la tarde estaba yo debilitado por el ayuno yfatigado de las muchas ceremonias de aquel día en que me había tenido que vestir y desnudar diferentes veces, aparte del esfuerzo mental para resistir las excitaciones concupiscentes de modo que no prevaleciesen contra la voluntad. Todo esto, añadido al embargo en que mi atención tenían las escenas ceremoniales, me estorbaban de juzgar con acierto los fenómenos de índole mágica de que siempre anduve receloso. Conozco las manipulaciones de la linterna mágica y otros aparatos de ilusionismo; pero del examen que después hice del aposento o cámara de visiones, colegí que no se había empleado conmigo ningún otro medio que la voz de mi guía e instructor. Por otra parte, en sucesivas ocasiones, hallándome en el hotel Hornstein de Jerusalén, muy lejos del lugar de iniciación, se me volvieron a aparecer los mismos espectros. La nuera de un conocido comerciante judío de Jerusalén está iniciada y tiene la virtud de evocar durante cierto tiempo estas apariciones ante quienes sujeten estrictamente su conducta a las

reglas de la hermandad. La duración de estas apariciones depende de la naturaleza más o menos delicada y receptiva del visionario.

Estoy firmemente convencido de que el carácter de la iniciación es tan singular, que no fuera posible conferirla por instrucciones escritas, siendo, por lo tanto, indispensable que el candidato pase personalmente por todas las ceremonias de la cámara. Así resulta mucho más difícil de describir que la de los masones. Los secretos de la hermandad no se le revelan al neófito por explicación oral, sino por actuante representación plástica en la que intervienen varios iniciados.

No tengo necesidad de decir que las creencias de los drusos coinciden con las de los antiguos griegos en algunos puntos, como en considerar en el hombre dos almas, superior e inferior, simbolizadas en el paso de la "cámara inferior" a la "cámara superior", según debe usted saber si está iniciada. De no estarlo, le ruego me dispense la suposición, pues aun los más íntimos amigos mantienen entre sí la reserva, y en Dayr-el Kamar se dio el caso de que marido y mujer se ocultaran mutuamente el secreto de su iniciación por espacio de veinte años.

Seguramente tendrá usted fundados motivos para no apartarse de su propio criterio. Su afectísimo, A. L. RAWSON (85).

Todo extranjero es admitido en las asambleas públicas que los drusos celebran los jueves. Si es cristiano, el okal leerá la *Biblia*, y si mahometano el *Korán*, sin otra ceremonia; pero en cuanto se haya marchado el forastero, cerrarán cuidadosamente las puertas de la capilla, y trasladándose al subterráneo procederán a la celebración de sus peculiares ceremonias.

El coronel Churchill, uno de los pocos autores severamente imparciales, dice sobre este punto:

Los drusos son un pueblo mucho más característico todavía que el judío. Contraen matrimonio tan sólo entre los de su misma nacionalidad, están tenazmente aferrados a sus tradiciones, mantienen en escrupuloso sigilo sus ceremonias, y rarísimo es el que se convierte a otra religión... La mala fama del califa a quien consideran como el fundador de su doctrina, está de sobras compensada por la pureza de sus santos y el heroísmo de sus caudillos (86).

LA LOGIA MADRE

Sin embargo, la hermandad de los drusos es una de las menos esotéricas, pues otras hay mucho más poderosas y cultas, cuya existencia ni siquiera sospechan los europeos. Hay muchas ramificaciones de la Gran Logia Madre, que pueden considerarse como la porción secreta de ciertas comunidades. Una de ellas es la llamada Laghana-Sastra, que cuenta con muchos miles de adeptos diseminados en multitud de grupos por la comarca del Dekkan, al Sur de la India. La superstición popular tiene en gran temor a esta secta por su fama de maga y hechicera. Los brahmanes los califican de ateos y sacrílegos porque no reconocen la autoridad de los Vedas ni de los libros de Manú en los puntos discrepantes de sus peculiares textos, cuya exclusiva autenticidad se atribuyen. No tienen templos ni sacerdotes, pero todo individuo de la comunidad se ausenta de su casa tres días de cada quincena, y según asegura la voz pública, se reúnen en parajes de la montaña, escondidos a las demás sectas, donde la exuberante vegetación índica oculta a las miradas del curioso los amurallados recintos donde celebran sus asambleas. Aquel lugar está circuido por el bosque sagrado (*assonata*, y en lengua tamil *arassa maram*), por el estilo de los que más tarde plantaron los egipcios en torno de sus templos para ocultarlos a las miradas de los profanos (87).

Acerca de las modernas asociaciones secretas de Oriente, dice Yarker:

Lo que mayor analogía ofrece con los misterios brahmánicos, son sin duda los antiquísimos *Senderos* de los derviches, gobernados por doce oficiales, de los que el más antiguo ejerce autoridad

sobre los otros once. Cada tribunal tiene su presidente *(sheike*) y sus diputados (*califas*) que en caso necesario le substituyen en el cargo y pueden ser muchos en número, como ocurre con el título honorífico de maestro masón. La orden de los *Senderos* comprende cuatro grados (*columnas*). El primero es la *Humanidad*, cuya regla estriba en la observancia de la ley escrita y en la entera sumisión a las órdenes del *sheike*. El segundo es el *Sendero*, donde el discípulo (*murid*) adquiere poderes espirituales y se iguala al fundador del sendero. El tercer grado es el del *Conocimiento*, cuando el discípulo alcanza la inspiración y se "absorbe en el Profeta". El cuarto grado le une con Dios, y entonces ve a Dios en todas las cosas. El primero y segundo grados se han subdividido últimamente en los subalternos de *Integridad, Virtud, Templanza* y *Benevolencia*. Después del cuarto grado, el sheike confiere al discípulo el título de maestro honorario, pues según su mística expresión: "el hombre ha de morir antes de que nazca el santo"" vemos que este misticismo puede aplicarse a Cristo como fundador de un sendero.

En cuanto a los derviches bektases, que solían iniciar a los jenízaros, llevan por insignia *un cubito de mármol manchado de sangre*.

El candidato a la iniciación ha de pasar un año de prueba, y en este tiempo se le comunican fingidos secretos por ver si los descubre. Tiene dos padrinos que*le despojan del dinero y aun del vestido*, y le ponen al cuello una cuerda de lana de oveja y le ciñen un cinturón de la misma contextura. En esta disposición le conducen los padrinos al centro de un aposento y le sientan sobre una gran piedra guarnecida de conchas de peregrino, con los brazos cruzados, el cuerpo hacia delante y el pie derecho sobre el izquierdo, a modo de esclavo en venta. Después de rezar algunas oraciones, se le coloca en actitud especial con la mano puesta de cierto modo en la del sheike, quien recita entonces un versículo del Korán, diciendo: "Quien jura al darte la mano, ante Dios jura, porque la mano de Dios está en su mano". El que viole este juramento lo violará en su daño, y el que lo cumpla recibirá de Dios abundosa recompensa. El signo de estos derviches consiste en ponerse la mano debajo de la barba, tal vez en memoración de su juramento. Emplean el doble triángulo por emblema, con la Trimurti inscrita en sus ángulos, y también se valen del signo masónico de aflicción, tal como se usa en Francia (88).

EL ATMAN

Desde que el primer místico dio con el medio de comunicación entre los mundos visible e invisible, material y espiritual, convencióse de que abandonar esta ciencia en manos del vulgo equivalía a profanarla y perderla, pues su abuso podía acabar rápidamente con la humanidad, como si pusiéramos en manos de niños materias explosivas con mechas para prenderlas fuego. El primer adepto inició a unos cuantos escogidos y se mantuvo en sigilo respecto del vulgo al reconocer a Dios en la intimidad de su ser. El Atman, el Yo (89), el Señor potente, el Protector, manifestó en toda su plenitud el *Yo soy,* el *ego sum,* el *Ahmi,* el que supo escuchar la *voz queda y suave*.

Desde que los himnos védicos describieron al hombre primitivo hasta los días de hoy, todo filósofo digno de este nombre adoró esta misteriosa verdad en el secreto santuario de su corazón, ya la recibiese al ser iniciado, ya sin serlo, como Sócrates la descubriera por la aplicación del noble precepto: "conócete a ti mismo".

"Vosotros sois dioses", dice el rey-profeta. Por otra parte, Jesús exclama, dirigiéndose a los escribas:

> ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios...(90).

Este mismo concepto repite San Pablo, como un eco fiel de su Maestro, al decir:

> Porque vosotros sois el templo del Dios vivo (91).

Hasta en la retorcida y bárbara terminología del *Codex Nazaraeus* echamos de ver el mismo concepto que, como límpida y diáfana corriente interna de cristalino caudal jamás enturbiado por los limos del dogmatismo, fluye a través de los *Vedas*, del *Avesta*, del *Abhidharma*, de los *Sankhya Sutras* de Kapila y del *Evangelio de San Juan.*

Según el *Código nazareno*, para alcanzar el reino de los cielos es necesario que el hombre se una indisolublemente con su *Rex Lucis*, el Señor de Esplendor y de Luz, su Dios inmortal. Es necesario conquistar por la violencia el reino de Dios, previa la inmortalización del yo material. Así dice San Pablo:

> El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial... He aquí, os digo, un misterio: Todos ciertamente resucitaremos, mas no todos seremos mudados (92).

En la religión de Sakya está claramente expuesta la doctrina de la inmortalidad, por más que muy eruditos comentadores la tilden de nihilista. En los sagrados textos jainos de Patuna aparece la siguiente exhortación dirigida a Gautama moribundo: "Asciende hasta el *nirvi* (nirvana) desde ese cuerpo decrépito al que fuiste enviado. Sube a tu *morada primera*, ¡oh bendito avatar!" Precisamente esto entraña una doctrina antitética al nihilismo, porque el exhortar a Gautama a que vuelva a su *morada primera*, o sea el *nirvana*, es prueba concluyente de que la filosofía budista no enseña la aniquilación final. Así como los cristianos creen que Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitado, así también creen los budistas que Gautama desciende temporáneamente del nirvana, lo cual no fuera posible si el nirvana equivaliese a aniquilación.

EL BUDISMO ESOTÉRICO

Lo mismo que los demás reformadores religiosos, tenía Gautama una doctrina para los elegidos y otra para las masas populares, aunque el principal fin de su labor religiosa fuese iniciar a todo el mundo hasta donde consintiera la prudencia, sin distinción de castas, en las verdades que al conocimiento de las gentes ocultaba el egoísmo de los brahmanes.

En la historia universal es Gautama el primero que, movido por el generoso sentimiento de la confraternidad humana, invita a la mesa del rey a los pobres, lisiados y ciegos, para que ocupasen el lugar de quienes hasta entonces se habían creído con exclusivo privilegio de sentarse a ella. Gautama fue el primero en abrir las puertas del santuario a los parias, a los fracasados, a los oprimidos por los poderosos, mucho menos dignos, con frecuencia, que los humildes a quienes menospreciaban. Todo esto llevó a cabo Gautama seis siglos antes de que otro reformador tan noble y amoroso lo cumpliese en otro país con más desfavorable ambiente. Ambos previnieron el riesgo de divulgar entre la plebe inculta el *conocimiento que da poder*, y lo ocultaron en lo más recóndito del santuario, sin que por ello pueda inculparles quien conozca el corazón humano. Pero a Gautama le movió la prudencia, y a Jesús la necesidad. Gautama mantuvo secreta la parte más delicada de la ciencia oculta y murió a la provecta edad de ochenta años, después de infundir las verdades esenciales de la religión en la tercera parte de la raza humana. Jesús prometió a sus discípulos que obrarían *cosas superiores a las que él operaba*, y al morir le seguían tan sólo unos cuantos discípulos, que en la mitad del sendero del conocimiento habían de batallar contra el mundo, sin conocer más que *a medias* lo que podían comunicar a las gentes. Posteriormente, los sucesores de estos discípulos desfiguraron aún más las verdades recibidas.

Es de todo punto erróneo que Gautama negase la vida futura y por consiguiente la inmortalidad del alma, pues todo budista debidamente instruido en su religión coincidirá en sus opiniones acerca del nirvana con el conocido orador chino Wong-Chin-Fu (93), quien nos dijo

en una entrevista reciente: “Nosotros entendemos que el estado nirvánico equivale a la definitiva unión con Dios, o sea el perfeccionamiento terminal del espíritu humano, que para siempre se desembaraza de la materia. es lo contrario de la aniquilación individual”.

El nirvana equivale a la inmortalidad del *espíritu*, que no se ha de confundir con el *alma,* cuya finita condición la sujeta al disgregamiento de sus partículas, formadas por las pasiones, deseos y anhelos sencientes, antes de que el *Ego* se libre del todo y quede por lo tanto en disposición de no revestirse ya más de forma alguna. ¿Y cómo llegará el hombre a semejante estado mientras no deseche el *upadana*, es decir, el deseo de vida senciente, el *ahankara*, por sutil que sea el cuerpo de que se revista? El *upadana* o intenso anhelo de vida engendra la querencia del vivir, y de esta querencia brota la *fuerza* que se actualiza en materia objetiva. Por medio de este deseo de vida determina el desencarnado Ego las condiciones de sus sucesivas formas corpóreas, que dependen por una parte de su estado mental y por otra del karma resultante de sus buenas o malas acciones, meritorias o demeritorias, en la precedente existencia. Por esta razón recomendaba Gautama a sus discípulos aceptados la observancia de los cuatro grados del Dhyana o Sendero de las cuatro verdades, que conduce a la estoica indiferencia por la vida y por la muerte, o sea aquel estado de autocontemplación espiritual en que el Yo superior, el verdadero hombre celeste, se desliga de la dualidad alma-cuerpo para sumergirse, por decirlo así, en la divina Esencia de donde procedió como partícula del corazón universal de todos los seres. Así el arhat, el bendito mendicante, podrá alcanzar el nirvana mientras viva en la tierra, y su espíritu, omnisciente y omnipotente por naturaleza, quedará libre de la “demoníaca y terrestre sabiduría psíquica”, como alguien la llama, y por la sola fuerza de su pensamiento operará los más admirables fenómenos.

CASTIDAD BUDISTA

Asegura Wong-Chin-Fu que los misioneros de China e India fueron los primeros en tergiversar el concepto del nirvana. De ello puede convencerse quien lea, por ejemplo, las obras del abate Dubois, que estuvo cuarenta años en la India e imputa a los budistas el no admitir otro Dios que el cuerpo del hombre ni tener otra finalidad que el deleite de los sentidos. La falsedad de esta imputación queda al descubierto por testimonio de la regla monástica de los talapines de Siam y Birmania, vigente hoy día, que castiga con decapitación todo delito contra la honestidad, sin distinguir de categorías entre los talapines doctos (*punghi*) y los legos. En sus monasterios (*kyumes* o *viharas*) no admiten a ningún extraño; y sin embargo, hay viajeros, en lo demás imparciales y verídicos, que sin prueba ni fundamento alguno dicen, al hablar de lo muy severa que es la regla de dichos monjes budistas que los encomios que de ellos se han hecho no tienen otra base que *las apariencias*, por lo que no cabe creer en su castidad (94).

Afortunadamente, los talapines, lamas, samanos, upasampadas (95) y samenairas (96) budistas pueden aducir pruebas documentales de mayor valía que la deleznable opinión del viajero francés en quien a duras penas cabe suponer que haya perdido la fe en la virtud clerical.

Cuando un monje budista queda convicto y confeso de trato carnal (lo que no ocurre ni siquiera una vez cada siglo) es inútil que intente ablandar con sus lágrimas ni con paladina declaración de su culpa el corazón de la comunidad, ni tampoco puede recurrir a un Jesús en cuyo apesadumbrado y doliente seno se arrojan como en cristiano muladar las impurezas de la humanidad. Ningún monje budista que haya caído en deshonestidad tiene en perspectiva un Vaticano dentro de cuyos empecatados muros se convierta lo negro en blanco y el feroz asesino en santo sin culpa, gracias a las áureas o argentinas lociones que dejan al tardío penitente limpio de toda abominación perpetrada contra Dios o los hombres.

Excepto unos cuantos orientalistas imparciales que descubren en el gnosticismo y demás escuelas primitivas las huellas del budismo, pocos son los autores que al tratar del primitivo cristianismo concedan a esta cuestión la debida importancia. Sin embargo, sabemos que ya en tiempo de Platón había en Grecia misiones budistas de samanos cuya acción se extendió hasta las orillas del mar Muerto, donde, según Plinio, se hallaban establecidos desde larguísimo tiempo. Por mucho que cercenemos a la exageración, es indudable que la existencia de estos misioneros se remonta a algunos siglos antes de J. C.; y por lo tanto, forzoso es reconocer que influyeron en las diferentes escuelas religiosas más profundamente de lo que parece. La religión jaina pretende que el budismo derivó de sus dogmas y es anterior a Gautama.

Los brahmanes poseen textos y documentos auténticos, a pesar de que los orientalistas europeos, arrogándose mayor erudición, les niegan competencia para interpretarlos, con la misma injusticia con que los teólogos cristianos prohiben a los judíos la explicación de sus propias Escrituras. Según los anales induístas, Sakya, el primer buda o iluminado (*Luz divina*) encarnó en las entrañas de la virgen Avany en la isla de Ceilán, algunos miles de años antes de J. C. No creen los brahmanes que el primer buda fuese un avatar de Vishnú, sino un reformador del induísmo en aquella época. El *Nirdhasa*, libro sagrado de los budistas cingaleses, contiene la historia de la virgen Avany y de su divino hijo Sakya, al paso que la cronología induísta remonta al año 4620 antes de J. C. la reforma de Sakya y las guerras religiosas que la predicación de su doctrina promovió en el Tíbet, China, Japón y otros países asiáticos.

JAINOS Y BUDISTAS

Desde luego que el buda Gautama, hijo del rey de Kapilavastu y descendiente por línea paterna del buda Sakya, no inventó su doctrina. Aunque pertenecía a la casta militar o de los *kshatriyas* era misericordioso por naturaleza, y dióle instrucción religiosa y educación moral el famoso gurú Tirthankara de la secta jaina, por lo cual pretenden los jainos que el budismo es una derivación de su doctrina y que ellos son los legítimos discípulos de Gautama, como descendientes de los únicos budistas a quienes, cuando la expulsión de las demás ramas, se les permitió quedarse en la India por haber aceptado algunos dogmas induístas. Sin embargo, no deja de llamar la atención que tres religiones tan exotéricamente distintas y tan hostiles entre sí como el induísmo, el budismo y el jainismo coincidan perfectamente en fijar la aparición del budismo, al paso que los orientalistas modernos se contraen a caprichosos cómputos sin fundamento alguno.

Si, según todas las probabilidades, nació Gautama unos seis siglos antes de J. C., forzoso será conceder a los budas que le precedieron algún lugar en la cronología histórica. Porque los budas no son dioses, sino sencillamente hombres iluminados por el rayo de la sabiduría divina. Parece, sin embargo, como si al verse los orientalistas incapaces de esclarecer los puntos obscuros por su propia investigación, no hallen mejor medio de descubrir la verdad que negar a los indos el derecho de conocer su propia religión y su historia patria.

Los orientalistas suelen aducir un argumento muy especioso contra la filiación jaina de la religión budista, diciendo que el principal dogma de ésta contradice el de aquélla, pues inculpan erróneamente a los budistas de ateísmo en contra de la creencia de los jainos en un solo Dios, si bien no se entremezcle, según ellos, en la ordenación del universo. ya demostramos en el capítulo precedente que jamás fueron ateos los budistas; y si los orientalistas hallaran ocasión de comparar desprejuiciosamente los libros sagrados que en número de unos 20.000 conservan los jainos ocultos en Rajputana, Jusselmere, Patun y otros lugares, se convencerían de la perfecta identidad de pensamiento religioso entre el budismo y el jainismo, aunque difieran

sus ritos populares y exotéricos. El concepto de *Adi-Buddha* es idéntico al de *Adinâtha* o *Adiswara.*

Por otra parte, los jainos se atribuyen la fundación y propiedad de los antiquísimos templos cavernosos, soberbios ejemplares de la arquitectura y esculturas índicas, según comprueban sus anales histórico-religiosos de increíble antigüedad, por lo que no parece que anden muy descaminados en sus pretensiones de primacía. En efecto, hay indicios suficientes para admitir que los jainos son los directos descendientes de los primitivos indígenas, despojados de sus tierras por los invasores arios de blanca piel que en los albores de la historia penetraron en el país por los valles del Jumna y del Ganges. Aquellos primitivos jainos, en su tiempo se llamaron *arhâtas* y tuvieron por directos descendientes a los *esravacas*, los desnudos anacoretas de los bosques, cuyos libros podrían seguramente esclarecer más de un enigma histórico. Pero los orientalistas europeos no verán ninguno de estos libros en sus manos, mientras persistan en sus peculiares métodos de investigación, pues los indos están escarmentados de las profanaciones perpetradas por los misioneros en cuantos manuscritos cayeron en su poder, por lo que no es extraño que los indos procuren impedir nuevas profanaciones de los manuscritos a quellaman “dioses de sus padres”.

Ireneo y su escuela hubieron de contender rudamente con los gnósticos en defensa de su doctrina. Lo mismo le sucedió a Eusebio, quien no supo si considerar como ortodoxos o como herejes a los esenios, al ver la sorprendente analogía de sus prácticas y creencias con las de Jesús y los apóstoles, por lo que supuso que fueron los primitivos cristianos; pero contra esta suposición se levanta el testimonio de Filo Judeo, quien mucho antes de que apareciese el primer cristiano en Palestina había descrito minuciosamente la secta de los esenios que, como las demás escuelas de iniciados, no fueron cristianos, sino chrestianos, muy anteriores al cristianismo, sin contar los kristnistas indos.

Lepsio demuestra que la palabra *Nofre* significa Chrestos (el bueno), y que el sobrenombre de “Onnofre”, dado a Osiris, equivale a “manifestación de la bondad de Dios” (97).

Sobre esto dice Mackenzie (98):

> En aquella primitiva época no era universal el culto de Cristo, es decir, que no estaba introducida aún la Cristolatría, pues de muchos siglos atrás se adoraba a Chrestos (el buen principio) que sobrevivió a la difusión del cristianismo, según demuestran los monumentos todavía en pie... Además, se conserva un epitafio precristiano que dice: ... ... (99). Por otra parte, en las catacumbas de Roma puede leerse la inscripción siguiente: AElia Chreste; in Pace (100).

Resultan, por lo tanto, infructuosos los falaces ardides de Eusebio, victoriosamente descubiertos por Basnage, quien, como nos dice Gibbon, examinó con imparcial criterio el curioso tratado en que Filo describe a los terapeutas, y dedujo que su autor lo compuso en tiempo de Augusto, con lo cual queda demostrado, contra la opinión de Eusebio y de muchos modernos tratadistas católicos, que los terapeutas no fueron monjes ni cristianos.

Los gnósticos cristianos aparecieron a principios del siglo II, precisamente al desaparecer de misteriosa manera los esenios o *chrestianos*, que tan acabadamente habían comprendido las enseñanzas de uno de sus propios hermanos. Al mencionar Jesús la letra *iota* (101) relacionada con los diez eones, demostró suficientemente, a juicio de los cabalistas, que pertenecía a la masonería de aquella época, porque la letra *iota* era entre los gnósticos una consigna o seña que significaba el *cetro del Padre*, y todavía subsiste en las fraternidades de Oriente.

Pero aunque ya se supiera todo esto en los primeros siglos del cristianismo, hubo cuidado de ocultarlo de modo que no fuera notorio y de negarlo siempre que se suscitaba

discusión sobre ello, hasta el punto de que las diatribas de los Padres eran tanto más violentas cuanto más evidente la verdad que negaban.

Se queja Ireneo (102) de que los gnósticos no aceptaran como testimonio ni las Escrituras ni la tradición; pero nada tiene esto de extraño si se considera que los comentadores del siglo XIX han descubierto adulteraciones y fraudes en cada página de las obras escritas contra los gnósticos, al compararlas con los fragmentarios manuscritos que de estos se conservan; y por lo tanto, muchos más fraudes y adulteraciones debieron descubrir en aquel entonces los eruditos gnósticos acostumbrados a la observación personal y conocedores de los hechos de que fueron testigos presenciales.

CELSO Y SPRENGEL

Atacaron los cristianos a Celso porque les reconvenía diciendo que su religión era un desgraciado remedo de las doctrinas platónicas; y sin embargo, diecisiete siglos después, corrobora Sprengel el juicio de Celso en el siguiente pasaje:

> No solamente creyeron descubrir los cristianos la filosofía de Platón en los libros de Moisés, sino que esperaban *elevar la dignidad de su* religión *y difundirla más rápidamente entre las gentes* (103).

Y de tal modo infundieron los cristianos en su religión el espíritu platónico, que no sólo tomaron de esta filosofía el concepto de la Trinidad, sino las fábulas y leyendas míticas que de los héroes se transfirieron a los santos. Sin necesidad de recurrir los cristianos a países tan distantes como la India, tuvieron el modelo de la concepción de la Virgen en la leyenda de Periktioné, la madre de Platón, quien, según creencia popular, había sido engendrado por obra de Apolo sin detrimento de la pureza virginal de la doncella. La aparición del ángel a José en sueños es una copia del aviso que Apolo le da a Aristón, marido de Periktioné, diciéndole que el fruto de su mujer era obra de Apolo. Asimismo, se refería de Rómulo que era hijo de Marte y de la virgen Rhea Silvia.

La mayoría de simbologistas acusan a los ofitas de entregarse a licenciosas obscenas prácticas en sus asambleas religiosas; y la misma acusación recayó sucesivamente en los maniqueos, carpocracianos, paulistas, albigenses y demás escuelas gnósticas que mantuvieron el derecho a la libertad de examen.

Actualmente, nadie se atreve a lanzar semejantes acusaciones contra las 160 sectas norteamericanas y las 125 inglesas, pues el en otro tiempo omnipotente clero romano no tiene más remedio que refrenar su lengua o probar sus imputaciones.

En las obras de Payne Knight, King y Holzhausen que tratan del asunto, así como en las de Ireneo, Tertuliano, Sozomeno y Teodoreto, no hay testimonio alguno directo de la obscenidad de los ofitas, pues todos sus acusadores se basan en las referencias del “se dice”, “se asegura” o “hemos oído”. Tan sólo Epifanio menudea en sus obras el relato de estos casos, que se complace en comentar.

Sin embargo, no es nuestro propósito defender a cuantas sectas brotaron en Europa durante el siglo XI y que tan extravagantes creencias sustentaron. Nos contraemos a la defensa de las sectas cristianas cuyas doctrinas, de filiación gnóstica, aparecieron inmediatamente después de la muerte de Jesús y se sostuvieron hasta disolverse por la presión del decreto de Constantino, pues la Iglesia oficial no podía conciliarse con el espíritu sincrético del gnosticismo ni cabía el triunfo de la verdad en aquella época de falacias, suplantaciones e imposturas.

Pero ¿quiénes eran los acusadores? ¿En qué funda la Iglesia romana la supremacía de sus doctrinas? Sin duda, en la sucesión apostólica, *tradicionalmente* derivada del apóstol Pedro; pero si demostramos que éste no recibió la jefatura de la Iglesia, se derrumbará todo el

edificio tan falsamente apuntalado. En efecto, las afirmaciones de Ireneo no tienen otra prueba que su palabra, y para apoyarlas recurre a multitud de falsedades sin citar a ninguna autoridad en su auxilio. Ni siquiera tiene Ireneo la brutal pero sincera fe de Tertuliano, porque se contradice a cada punto y tan sólo argumenta con sutiles sofismas, resuelto a llevar adelante sus propósitos, aunque diese con ello a la posteridad suficiente motivo para dudar de su buen juicio, no obstante ser hombre culto y erudito. Al verse cercado por la finísima dialéctica de sus no menos eruditos adversarios los gnósticos, se abroquela Ireneo en la fe ciega y se guarece tras fantásticas tradiciones de su propia invención. Así dice muy acertadamente Reber que cuando de tal suerte vemos tergiversar a Ireneo la acepción de las palabras y el sentido de las frases, podríamos diputarle por mentecato si no supiéramos que merecía otro calificativo (104).

FALSEDAD DE EUSEBIO

Tan imprudentemente falaz es Ireneo, que en muchos puntos le contradice su más circunspecto, pero igualmente inverídico colega Eusebio, quien no llega a los mismos extremos, vencido de la incontrovertible evidencia. Así, por ejemplo, cuando Ireneo (105) asegura que Papias, obispo de Hierápolis, había sido discípulo inmediato de San Juan Bautista, le replica Eusebio diciendo que Papias declaró tan sólo haber aprendido su doctrina de *los que habían conocido a Juan* (106).

Sin embargo, los gnósticos vencieron a Ireneo al discutir la doctrina cabalística de la expiación, que el doctor cristiano se vio precisado a aceptar por temor de aparecer inconsecuente; pero como no comprendía su verdadero significado alegórico, la incorporó al dogmatismo eclesiástico bajo el concepto de pecado original, cuya doctrina hubiese infundido santo horror en el apóstol Pedro.

Después de Ireneo se nos presenta Eusebio como segundo paladín de la sucesión apostólica; pero la palabra de este Padre de la Iglesia no es más fidedigna que la de su compañero. Ya en el siglo VIII impugna acertadamente el vicepatriarca de Constantinopla, Jorge Syncellus (107), la audaz falsificación perpetrada en la cronología egipcia por Ireneo, a quien también juzga desfavorablemente el historiador de Sócrates, que floreció en el siglo V, y le acusa de haber alterado las fechas históricas con propósito de complacer al emperador Constantino y de cohonestar la cronología bíblica.

En sus trabajos de investigación para rectificar la cronología egipcia catalogada por Maneto, descubrió Bunsen que Eusebio había falseado deliberadamente y sin ningún escrúpulo la historia con su tendenciosa teoría de sincronismos parecida al lecho de Procusto (108). A esto añade el autor del *Desenvolvimiento intelectual de Europa* que Eusebio, obispo de Cesarea, es uno de los principales culpables de la ofensa inferida a la historia (109). No estará de más recordar al lector que a este mismo Eusebio se le achaca la interpolación en el texto de Josefo (110) del famoso párrafo referente a Jesús, que no aparece en los primeros manuscritos.

EL PÁRRAFO DE JOSEFO

Sin embargo, Renan opina, contrariamente, que es auténtico el pasaje de Josefo referente a Jesús, porque denota el estilo propio del autor, quien si hubiera hablado de Jesús no lo hiciera de otro modo (111).

Permítanos el ilustre crítico que, dejando aparte la duda supuesta por la condicionalidad de su afirmación, le contradigamos sinceramente, pues aun cuando el párrafo en cuestión fuera de Josefo, hay incisos evidentemente interpolados, por los cuales se echa de ver que *no* hubiera hablado de Jesús tal como aparece.

Dice así el citado párrafo:

> Por este tiempo vivía Iasus, un hombre sabio (112), si cabe llamarle hombre (...), pues operaba prodigios e instruía a los hombres que reciben placenteramente la verdad. Era el ungido, y a causa de la acusación que le echaron los príncipes del pueblo, fue condenado a la cruz por Pilatos. Los acusadores no quisieron amar al que les amaba, pero se les apareció vivo al tercer día de su muerte. De este ungido dijeron los profetas éstas y otras muchas cosas maravillosas.

En las dieciséis líneas de que en el original consta el precedente párrafo, se afirma por una parte que Jesús es el ungido y que se apareció después de muerto, y por otra se expresa la duda de si cabe llamarle hombre. Pero Josefo era un judío de inquebrantable ortodoxia, aunque escribía para los gentiles, y por lo tanto le hubiesen puesto en situación verdaderamente comprometida tan heterodoxas afirmaciones, porque los judíos de la sinagoga esperaban entonces a su Mesías como lo siguen esperando ahora, por lo que no cabe admitir que Josefo se apartase de la ortodoxia diciendo que los príncipes de los sacerdotes habían acusado y condenado a muerte al Mesías y Ungido. Tan absurda incongruencia no necesita comentarios demostrativos de la apocricidad del párrafo en cuestión (113), aunque de otra manera opine un crítico tan eminente como Renán.

En cuanto a Tertuliano, esa lumbrera de la Iglesia que Des Mousseaux había de divinizar con el tiempo, no sale muy bien parado de las investigaciones de Reuss, Baur, Schweigler y el anónimo autor de *Religión sobrenatural*, quien inculpa al famoso apologista de inseguro en sus afirmaciones e inverídico en la exposición, al paso que Reuss califica su cristianismo de áspero, insolente, brutal y punzante, sin caridad ni unción evangélica, y advierte en él al polemista de mala fe y al más intolerante de los expositores.

El sofista Agustín remató la obra cimentada por los primitivos doctores de la Iglesia, pues sus conceptuosas elucubraciones sobre la Trinidad, sus veladas reticencias y arteras perífrasis contra sus ex correligionarios los maniqueos, y sus fingidos diálogos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, indujeron a las gentes a llenar de oprobio a los gnósticos y obscurecer el concepto del verdadero y único Dios adorado en reverente silencio por los paganos.

Resulta, por lo tanto, que *toda la fábrica del dogma católico no está fundada en pruebas sino en presunciones*, pues los gnósticos estrecharon de tal modo con su irrebatible dialéctica a los doctores de la Iglesia, que para vencer esgrimieron estos armas fraudulentas.

La grey cristiana de los primeros siglos se maravillaba de que los historiadores coetáneos de Jesús nada dijeran de su vida ni de su muerte, y nadie comprendía la omisión de un acontecimiento que la Iglesia docente calificaba del más importante de la historia universal. Entonces, Eusebio subsanó mañosamente esta deficiencia. Tales fueron los detractores de los gnósticos.

La primera y menos significada secta cristiana de que tenemos noticia es la de los nicolaítas, así llamados de su heresiarca Nicolás de Antioquía, uno de los siete discípulos (114) que los doce apóstoles eligieron para distribuir los fondos de la comunidad a los hermanos de Jerusalén (115) después de la muerte del Maestro, y según confesión de los doce, era hombre de irreprensible conducta y *lleno del Espíritu Santo con el don de sabiduría* (116). Sin embargo, el apóstol San Juan declara el aborrecimiento que le inspiran sus doctrinas (117), por lo cual parece como si el Espíritu y la sabiduría fuesen escudo de herejes, al par que broquel de ortodoxos.

VIRGINIDAD Y MATRIMONIO

La herejía de que el apóstol Juan abominaba en los nicolaítas era sencillamente el *matrimonio* (118) de los clérigos, pues Juan era *virgen*, y con su sentir se conforman los Padres de la Iglesia, apoyados en la tradición. Aun el mismo Pablo, el más erudito y liberal apóstol, opina que es muy difícil conciliar el estado sacerdotal con el estado de matrimonio, y distingue entre la esposa y la virgen (119), pues ésta ha de cuidar de las cosas del señor y aquélla ha de complacer a su marido. Así se infiere de los siguientes pasajes:

> ¿Estás libre de mujer? No busques mujer.
>
> Y la mujer soltera y la virgen piensa en las cosas del Señor para ser santa de cuerpo y alma. Mas la que es casada piensa en las cosas del mundo y cómo agradar al marido.
>
> Mas si a alguno le parece que no le es honesto a su virgen..., no peca si se casa.
>
> Porque el que tomó en sí una firme resolución...., sino antes teniendo poder en su propia voluntad y determinó en su corazón guardar su virgen, bien hace.
>
> Y así el que casa a *su virgen* hace bien y el que no la casa hace mejor.
>
> Pèro será más bienaventurada si permaneciere así según mi consejo; y pienso que yo también tengo Espíritu de Dios (120).

Muy lejos de este espíritu de tolerancia están las palabras del evangelista Juan cuando dice:

> Y ninguno podía aquel cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron comprados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque eran vírgenes (121).

Esto parece concluyente, pues si exceptuamos el apóstol Pablo, los primitivos nazarenos consagrados a Dios con apartamiento del mundo distinguían profundamente entre el pecado carnal dentro del matrimonio legítimo y las abominaciones del adulterio. Con semejantes ideas y con tal estrechez de miras, era natural que el fanatismo tuviese por oprobio la relación sexual en toda circunstancia.

Según ya dijimos, Epifanio da minuciosos pormenores acerca de los apretones de manos a estilo masónico y otros signos que para reconocerse empleaban los gnósticos, pues había pertenecido a esta escuela y conocía sus interioridades. Sin embargo, no podemos determinar el grado de confianza que merece el famoso obispo, pues no hay necesidad de ahondar mucho en la naturaleza humana para convencerse de que casi todos los traidores y renegados agravan con la mentira su traición. Los hombres nunca perdonan ni compadecen a quienes injurian, como si el odio que sienten por su víctima se acrecentara en proporción del daño que les infligen. Esta verdad es tan antigua como el mundo. Por otra parte, resulta inverosímil que los gnósticos cayeran en la degradante obscenidad que les achaca Epifanio, cuando según Gibbon fueron los más ricos, cultos y corteses filósofos de su época; pero nos resistiríamos a creer tan infamente imputación aunque hubieran sido una turba de mendigos haraposos de mirada torva, como describe Luciano a los secuaces de Pablo (122). Por lo tanto, es moralmente imposible que unos filósofos a la par platónicos y cristianos, se entregaran a prácticas tan abominables.

Knight no pone en entredicho el testimonio de Epifanio, sino que, por el contrario, lo cohonesta hasta cierto punto diciendo que, aparte de las exageraciones propias del odio teológico y de los prejuicios populares, era general el convencimiento de que los gnósticos se entregaban a prácticas obscenas.

A nuestro entender, confunde King a los gnósticos del cristianismo primitivo con las sectas del mismo nombre que aparecieron en la Edad Media, cuyas doctrinas tanta semejanza

tenían con el moderno comunismo. Respecto a los gnósticos medioevales, acaso no haya nada que objetar a la acusación de obscenidad en sus prácticas; pero tengan presente los investigadores que si a los templarios se les achacaba la abominable práctica de besar al macho cabrío en la rabadilla (123), también hubo fundadas sospechas de que San Agustín toleraba ciertas licencias en la práctica del "ósculo de paz" que mutuamente se daban los cristianos de aqmbos sexos en los ágapes subsiguientes a las fiestas eucarísticas, pues parece que el santo obispo fue muy exigente en algunos pormenores del atavío de las mujeres para que el "ósculo de paz" tuviese carácter estrictamente ortodoxo (124). Cuando hay verdadero sentimiento religioso, no queda lugar para mundanos pormenores; pero la suciedad y desaliño que en su persona mostraron los primitivos cristianos justifica en cierto modo la solicitud de San Agustín respecto de la indumentaria de sus diocesanas, a no ser que le moviesen a ello las reminiscencias de los ritos maniqueos.

TOLERANCIAS INMORALES

No es extraño que la crítica mantenga en sospecha la moralidad de las ramas desgajadas del cristianismo, cuando precisamente, hasta principios del siglo anterior, la Iglesia ha tolerado en su seno los excesos de que a los heterodoxos inculpa. Así nos lo atestiguan muchos historiadores, en cuyo relato podemos apoyarnos para investigar imparcialmente esta cuestión.

En 1233 el pontífice Gregorio IX publicó dos bulas condenatorias de los estedingeritas que se entregaban a prácticas paganas y mágicas (125), por cuyo delito fueron exterminados en nombre de Cristo y de su Santa Madre. En 1282 el párroco de Inverkeithing, llamado Juan, celebraba el día de Pascua ritos mucho más abominables que los de la magia negra, pues congregaba a multitud de doncellas que, después de puestas en frenesí mántico como furiosas bacanales, ejecutaban la danza cíclica de las amazonas alrededor de la imagen del pagano dios de los jardines; y aunque algunos feligreses le denunciaron ante el obispo de la diócesis, nada resolvió éste en contra, porque demostró el párroco que se limitaba a seguir *las costumbres del país* (126). Por otra parte, los valdenses, precursores de los protestantes, fueron calumniados de los más nefandos y horrendos crímenes, por lo que se desencadenó contra ellos una exterminadora persecución, mientras los triunfantes calumniadores celebraban las paganas procesiones del *Corpus Christi* con emblemas remedados de los de Baal y Osiris (127).

Pero como la Iglesia romana no tiene ya medio de calumniar a los demás cristianos, se ha revuelto contra los indos, chinos y japoneses, a quienes califica de paganos y les acusa de prácticas libidinosas. Sin embargo, bien podrían los autores católicos fijarse en ciertos bajorrelieves de la puerta de la basílica de San Pedro, que si tan de bronce como la puerta misma, no lo son tanto como los escritores que fingen ignorar los hechos históricos. Una larguísima sucesión de pontífices posaron sus ojos en aquellas representaciones de la más degradante obscenidad, sin que ninguno se haya determinado a eliminarlas, sino que, por el contrario, hubo papas y cardenales que pusieron en práctica, acaso por sugestión artística, aquellas paganas actuaciones de los dioses de la Naturaleza.

En un templo católico de la comarca polaca de Podolia había, hace años, un Cristo de mármol negro, al que se le atribuían virtudes milagrosas en determinados días, y cuya barba y cabellera crecían a la vista de los fieles, con otros prodigios de menor cuantía, hasta que, al fin, prohibió el gobierno ruso tan edificante espectáculo.

Al apoderarse de Embrun (Altos Alpes) los hugonotes, encontraron en los templos de esta ciudad reliquias de tal naturaleza, que, según refiere la crónica, los veteranos se

sonrojaban semanas después con su solo recuerdo. En la iglesia de San Fiacro, cerca de Monceaux (Francia), había, y aun hay, si no nos engañamos, un asiento llamado “la silla de San Fiacro” a que se atribuía la virtud de volver fecundas a las mujeres estériles. La misma propiedad se le reconoce a una roca de las inmediaciones de Atenas, cerca de la tumba de Sócrates (128).

Todas las reformas religiosas tuvieron puros y sencillos comienzos. Los primeros discípulos de Gautama, como posteriormente los de Jesús, fueron hombres de elevada moralidad, y el mismo amor a la virtud y repugnancia al vicio que en Gautama y Jesús advertimos en Sakya, Pitágoras, Platón, Pablo y Amonio, así como en los más conspicuos instructores gnósticos, no tan afortunados, pero igualmente virtuosos, entre los cuales tenemos a Marción, Basílides (129) y Valentino, cuyas costumbres fueron notoriamente austeras.

Los nicolaítas, una de las muchas ramificaciones que a principios del siglo II se injertaron en el tronco ofita, tuvieron por cabeza a Nicolás de Antioquía, hombre de irreprensible conducta y lleno de espíritu de sabiduría. La afirmación de que estos virtuosos varones practicaran ritos obscenos es, por consiguiente, tan absurda como si acusáramos a Jesús de haber instituido los que de igual índole predominaban en los monasterios de la Edad Media.

Para creer en lo que se les imputó primero a los gnósticos y más tarde con decuplicada acrimonía a los templarios, hemos de creer también en la obscenidad de los cristianos ortodoxos; pues, según afirma Minucio Félix, la opinión pública acusaba a los cristianos de sacrificar niños de corta edad en la ceremonia de admisión de los neófitos y servir su carne como manjar en los ágapes de la congregación (130). Después de su triunfo revirtieron los cristianos esta acusación contra los herejes (131).

SAN JUAN Y LOS HEREJES

El apóstol San Juan da a la herejía carácter delictuoso en los siguientes pasajes:

> Porque muchos impostores se han levantado en el mundo, que no confiesan que Jesucristo vino en carne. Este tal es impostor y anticristo (132).

Y en la Epístola primera enseña a los fieles la doctrina de las dos Trinidades como los nazarenos, pues dice:

> Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa.
>
> Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son una misma cosa (133).

Se infiere de todo esto que el cristianismo oficial de la época de Constantino derivó de las numerosas y antagónicas sectas del primitivo, que a su vez nacieron de padres paganos. En la doctrina ortodoxa se resumieron las de sus diversos componentes, porque como todo dogma nuevamente forjado había de discutirse y votarse en los concilios, cada grupo contribuyó con su peculiar matiz a la coloración del conjunto que Constantino erigió oficialmente en religión revelada, aunque sin entender de ella ni una sola palabra, supuesta la escasa disposición de las gentes para practicar la verdadera *religión de Cristo*. Así es que fatigados los teólogos de bucear en aquel insondable piélago de especulaciones metafóricas de las diversas naciones, e incapaces de concebir una religión basada en la pura espiritualidad, entregóse el cristianismo en brazos de la fuerza bruta representada en el poder civil, con cuyo apoyo se estableció la iglesia oficial. Por este motivo no hay en la iglesia romana más que un dogma enteramente

original: el de la condenación eterna; y una costumbre también original: el anatema. Los paganos miraron uno y otra con horror, según se infiere de aquel pasaje de Plutarco en que instigada la sacerdotisa de Atenas a maldecir a Alcibíades por haber profanado los Misterios, se negó diciendo que era sacerdotisa para orar y bendecir y no para maldecir (134).

Expone Renán sobre el asunto de que vamos tratando:

> La investigación cuidadosa nos demostraría que el cristianismo es en su mayor parte un zurcido de retazos de los Misterios paganos, y este carácter tuvo el primitivo culto de los cristianos. El régimen interior de la Iglesia, los grados de iniciación, el compromiso de sigilo y buena porción de frases del ritualismo eclesiástico patentizan su filiación pagana... A primera vista parece que la revolución debeladora del paganismo rompió absolutamente con el pasado; pero lo cierto es que la fe de las gentes salvó del universal naufragio los símbolos más populares. La influencia del cristianismo fue al principio tan escasa en los usos y costumbres de la vida, que hacia los siglos IV y V había infinidad de gentes de las que no hubiera podido decirse si eran cristianos o paganos, pues fluctuaban vacilantemente entre ambas formas cultuales... El arte, que constituía una parte esencial del paganismo, no hubo de romper en la nueva religión con ninguna de sus tradiciones, pues el primitivo arte cristiano no es ni más ni menos que decadencia del arte pagano. El Buen Pastor de las catacumbas es copia del Aristeo o del Apolo Nornio que se ve en los sarcófagos paganos tañendo la flauta de Pan entre las semidesnudas figuras de las cuatro estaciones. En las sepulturas cristianas del cementerio de San Calixto aparece Orfeo amansando a las fieras, y las figuras de Cristo y María, en substitución de las de Júpiter y Proserpina, acogen a las almas que Mercurio conduce con su varilla (*psychopompos*) ante los tres hados. En muchos monumentos del primitivo cristianismo aparecen Pegaso, símbolo de la apoteosis; Psyche, símbolo del alma inmortal; la Victoria, el río Jordán y el cielo, personificado en un anciano.

JESÚS IGNORADO DE SUS COETÁNEOS

Como ya dijimos, los primitivos cristianos estaban separados en grupos secretamente constituidos, con sus correspondientes signos y consignas para reconocerse entre sí, pues la incesante persecución de que eran víctimas les movía a reunirse en las catacumbas, en los parajes más abruptos de las montañas y en otros lugares que les ofrecieran refugio seguro. Con los mismos obstáculos tropezó siempre toda reforma religiosa. Jesús y sus discípulos se congregaban en sitios apartados de la curiosidad maliciosa, sin que ni el vulgo por una parte ni el poder público por otra tuviesen noticia de estas secretas asambleas cuyo riguroso sigilo cerró muchos caminos de información histórica.

Los investigadores se asombran de la escasa importancia que la personalidad de Jesús tuvo para sus coetáneos. Según demuestra Renán, el historiador Filo, que floreció en tiempo de la predicación y murió el año 50, no menciona ni una sola vez a Jesús, como si no hubiese oído hablar de él. Josefo, algo posterior, pues nació cuatro años después de la muerte de Jesús, apenas dedica unas cuantas líneas a dar cuenta del proceso, sentencia y crucifixión, y aun afirma Renán que este pasaje fue adulterado por manos cristianas. Pero lo extraño es que Josefo, el escrupuloso enumerador de todas las escuelas y sectas de su tiempo, no mencione ni aluda a los cristianos, a pesar de que escribió a fines del siglo I, cuando, según los historiadores eclesiásticos, había ya establecido el apóstol Pablo varias iglesias, y con arreglo a la cronología de Ireneo y Eusebio habían ya sucedido apostólicamente a Pedro los tres romanos pontífices Lino, Anacleto y Clemente. Otro historiador, Suetonio, que fue secretario del emperador Adriano y floreció en el primer cuarto del siglo II, tiene tan escasas referencias de Jesús, que dice que el emperador Claudio desterró a todos los judíos porque continuamente andaban promoviendo disturbios a instigación de un tal *Crestus* (135). El mismo emperador Adriano tenía en tan poco los dogmas de la nueva religión, que en una carta a Serviano supone a los cristianos adoradores de Serapis (136).

Dice King sobre este asunto:

Las sectas sincretísticas que en el siglo II aparecieron en Alejandría, foco del gnosticismo, echaron de ver en Serapis un antetipo del Cristo como Creador y Señor del universo y Juez de vivos y muertos.

No cabe duda de que la cabeza de Serapis con su rostro de grave y melancólica majestad, sugirió la idea de los convencionales retratos del Salvador (137).

Así es que mientras los filósofos paganos consideraron a Serapis como representación ideológica del *Anima Mundi*, los cristianos antropomorfizaron al Padre y al Hijo en la imagen de un rito pagano.

De las notas tomadas en el convento del monte Athos por el viajero de que oportunamente hablamos, resulta que en su mocedad frecuentó Jesús el trato de los esenios pitagóricos llamados *koinobis*, por lo que nos parece un mucho gratuita la afirmación de Renán al decir que Jesús no leyó en su vida ninguna obra budista ni griega, y que ignoraba los nombres de Buda, Zoroastro y Platón, aunque sin darse cuenta de ello predicaba doctrinas derivadas del budismo y mazdeísmo y de la filosofía griega (138).

Esto equivale a reconocer un milagro o dar desmedida intervención a la casualidad y a la coincidencia. Es abuso de autoridad en un historiador sentar falsas premisas para deducir de los hechos históricos las consecuencias más favorables a su parcialidad y formar con ellas una biografía de Jesús. No tiene Renan ni más ni menos fundamento en cuanto dice que los demás compiladores de leyendas referentes a la incierta vida del profeta nazareno, ni cabe afirmar nada sobre este punto sin pruebas concluyentes. Así resulta que mientras Renan se apoya tan sólo en su particular opinión para decir que Jesús nada supo de budismo, mazdeísmo ni platonismo, hay cuatro potísimas razones en pro de la afirmación opuesta, conviene a saber:

LAS IDEAS DE JESÚS

1.ª Que todas las ideas de Jesús están expuestas en estilo pitagórico, cuando no con la misma terminología de esta escuela.

2.ª Que la moral cristiana es, en punto a su código ético, idéntica a la moral budista.

3.ª Que las costumbres y género de vida de Jesús eran idénticos a los de los esenios.

4.ª Que en sus parábolas y en la exposición de su doctrina se conducía como los iniciados de todo el mundo, pues los “perfectos” que “hablaban sabiduría” pertenecían a una misma escuela diversificada por todo el mundo.

No es digno de Dios encerrar su infinita grandeza en los cuatro Evangelios que, aparte de sus frecuentes contradicciones, son copia de la filosofía antigua en el estilo, narraciones, sentencias y máximas, pues para no poner en perplejidad a los humanos, mejor hubiera sido que el Todopoderoso les enviara, al descender por *única* vez a la tierra, una entidad más original que trazara la línea divisoria entre el Supremo Dios y la veintena de divinidades paganas que encarnaron en las entrañas de sus madres vírgenes y fueron salvadores y redentores de la humanidad, por la que murieron en sacrificio.

Bastante tiempo hemos sido esclavos del aspecto emotivo de la historia, y lo que el mundo necesita es un retrato más fiel de un personaje por cuya adoración la mitad de los cristianos han depuesto de su trono al Todopoderoso.

No contradecimos en Renan al erudito investigador de fama mundial, cuando en su *Vida de Jesús* aduce pruebas legítimamente *históricas*, sino que tan sólo impugnamos algunas de sus afirmaciones, dictadas por la vehemencia de la emoción sin otro fundamento que meras conjeturas. Sin embargo, en conjunto nos presenta Renan a Jesús bajo su aspecto

verdaderamente grande de personaje histórico, con mucho más derecho a nuestro amor y veneración que cuando nos lo pintan como encarnación del Omnipotente.

No obstante las pocas obras que de los filósofos antiguos se conocen, no faltan ejemplos corroboradores de la identidad entre las máximas, consejos y preceptos pitagóricos e indos y los del *Nuevo Testamento*. Sobre este particular no faltan pruebas, sino que los cristianos quieran analizarlas con sinceridad y dar honradamente su veredicto. La mogigatería tuvo su época y produjo incalculables daños; pero hoy, como dice Müller, "no hemos de asustarnos si en la filosofía de otras naciones descubrimos verdades cristianas".

Para demostrar que Jesús y Pablo hubieron de inspirarse en la moral pagana, compararemos sinópticamente las respectivas máximas. Dicen así:

MÁXIMAS PAGANAS	MÁXIMAS CRISTIANAS
Entresacadas del pitagórico Sexto, Confucio, Manú y otros paganos	*Entresacadas del Nuevo Testamento*
1. No poseas tesoros, sino aquellas cosas que nadie pueda robarte.	1. No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra donde orín y polilla los consumen y en donde ladrones los desentierran y roba (*Mateo*, VI, 19).
2. Mejor es cauterizar la parte inficionada que inficionar todo el cuerpo.	2. Y si tu mano te escandalizare, córtala; más te Vale entrar manco en la vida que tener dos manos e ir al infierno (*Marcos*, IX, 42).
3. En vosotros mismos hay algo semejante a Dios. Portaos, por lo tanto, como el templo de Dios.	3. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (San Pablo, I *Corintios*, III 16).
4. La mayor honra que se puede tributar a Dios es conocer e imitar su perfección.	4. Para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos... Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. (*Mateo*, V, 45 y 48).
5. No he de hacer a los demás lo que no quisiera que hiciesen conmigo (*Confucio*).	5. Haced a los demás lo que quisierais que hiciesen con vosotros.
6. También brilla la luna sobre la casa del malvado (*Manú*).	6. ... hace nacer su sol sobre buenos y malos y Llueve sobre justos y pecadores (*Mateo*, V, 45)
7. Quien da recibe; a quien no quiera dar se le quitará lo que tiene (*Manú*).	7. Porque al que tiene se le dará y tendrá más; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (*Mateo*, XIII, 12).
8. Tan sólo los espíritus puros ven a Dios (*Manú*).	8. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (*Mateo*, V, 8).

Platón no ocultaba que había derivado de Pitágoras sus principales enseñanzas filosóficas para enlazarlas ordenadamente con intercalación de las suyas propias. Pero el mismo Pitágoras aprendió lo que sabía, primero en la escuela de Mochus, después entre los brahmanes, y por último fue iniciado en los Misterios egipcios, caldeos y persas. Así es que,

paso a paso, nos remontamos en la historia hasta descubrir el origen de la doctrina cristiana en el Asia Central. Si eliminamos la personalidad de Jesús, tan sublime por lo sencilla, ¿qué nos queda del cristianismo? La historia y la teología comparada responden diciendo que tan sólo nos queda un ruinoso armatoste formado por mitos paganos.

JESÚS Y GAUTAMA

La figura de Jesús es en su aspecto mítico un remedo del Krishna induísta, y en su aspecto religioso un trasunto de Gautama, con quien tiene tanto externa como internamente semejanzas de todas veras asombrosas, a pesar de ser Jesús hijo de un carpintero y Gautama de un rey. Ni uno ni otro pertenecían a la clase sacerdotal, y como Jesús repugnaba Gautama el espíritu dogmático de la religión dominante y la hipocresía e intolerancia del clero con sus devociones aparentes y prolijas plegarias. Gautama rompió resueltamente con el tradicional ritualismo induísta, y Jesús dio enérgicamente en rostro a los fariseos y saduceos. Por la humildad de su cuna y la modestia de su posición social vivió Jesús tan austeramente como Gautama por voluntaria renuncia de su dignidad y riquezas. Ambos buscaron la compañía de publicanos y pecadores, y ambos se propusieron reformar las costumbres sociales y las costumbres religiosas mediante el establecimiento de una nueva religión.

Sobre el particular dice Max Müller:

> La reforma de Buda fue en sus comienzos más bien social que religiosa, pues su elemento de mayor importancia ha sido constantemente el código social y moral con preferencia a las cuestiones metafísicas. La moral budista es una de las más perfectas que ha conocido el mundo... El que constantemente pensó en libertar al hombre de la miseria de la carne y del temor a la muerte, redimió también al pueblo indo de la degradante esclavitud en que le tenía la tiranía sacerdotal... De limitarse a una simple predicación metafísica, el nombre de Buda hubiera quedado sin fama y las gentes lo olvidaran, porque su filosofía no hubiera sido más que una gota añadida al océano de especulaciones metafísicas en que siempre se bañó la India (139).

Lo mismo ocurrió con Jesús. Mientras Filo (a quien Renan llama hermano mayor de Jesús), Hillel, Shammai y Gamaliel cayeron en el olvido, Jesús se convirtió en Dios. Sin embargo, por pura y divina que fuese la moral enseñada por Cristo no podía compararse con la de Gautama; pero la divinización de Jesús estuvo favorecida por habérnoslo representado en la tragedia del Calvario como si voluntariamente sacrificara su vida para redimir al linaje humano. Sin embargo, en la India la crucifixión apenas hubiera producido efecto, pues los indos no tienen apego ninguno a la vida, porque la exaltación religiosa les mueve a penitencias mortales de necesidad. Los fakires, como saben los orientalistas, se maceran y mortifican horriblemente, y las viudas se arrojan a la pira de su marido con la sonrisa en los labios. Así pudo decir el eminente Müller:

> Jóvenes en la primavera de la vida se arrojan bajo las ruedas de la carroza de Juggernâth para que los aplaste el dios de sus creencias; el pleiteante que no logra alcanzar justicia se deja morir de hambre a la puerta de la casa del juez; el místico que cree saber cuanto el mundo pueda enseñarle y anhela identificarse con la Divinidad, se abandona tranquilamente al Ganges para alcanzar la otra orilla de la existencia (140).

En un país de semejante carácter hubiese pasado inadvertida la muerte voluntaria en cruz; pero en Palestina y otras naciones más viriles que los judíos, como los griegos y romanos, donde era común el apego a la vida, en cuya defensa hubieran luchado hasta la desesperación, el trágico fin del insigne Reformador nazareno no podía, por menos de producir la emoción

previamente calculada. Los nombres de otros héroes menos importantes como Mucio Scévola, Horacio Cocles y la madre de los Gracos, mantienen a través del tiempo la admiración de la posteridad; y sin embargo, recordamos que en cierta ocasión sonrieron desdeñosamente los indos de Benares al decirles la esposa de un clérigo inglés que Jesús cumplió un sublime sacrificio al dar su vida por el género humano. Entonces nos convencimos de cuán profundamente había influido el patético drama del Calvario en la fundación del cristianismo. Hasta al poético Renan le indujo este sentimiento a escribir en el último capítulo de su *Vida de Jesús* unas cuantas páginas de extraordinaria hermosura (141).

JESÚS Y APOLONIO

Apolonio de Tyana, coetáneo de Jesús de Nazareth, fue como éste entusiasta fundador de una nueva escuela espiritualista, y si bien menos metafísico y más práctico que Jesús y menos tierno y perfecto, infundió en sus discípulos la misma espiritualidad quintiesenciada y predicó la misma moral; pero grave error fue que tan sólo dirigiera su acción a la aristocracia, pues en esta clase social había nacido y era rico en bienes de fortuna, mientras que el humilde Jesús, nacido de familia pobre, “no tenía donde reclinar su cabeza”. Sin embargo, ambos obraban prodigios con sorprendente analogía de propósito en la predicación.

Antes de Apolonio había aparecido Simón el Mago, a quien las gentes llamaban el “gran poder de Dios”, cuyos prodigios, más admirables y variados todavía, constan en la historia más documentadamente que los de Jesús y los apóstoles. El escepticismo niega unos y otros, pero la historia los comprueba. La obra taumatúrgica de Apolonio está además corroborada por San Justino Mártir, quien, según ya vimos, diputa los milagros del filósofo de Tyana muy superiores a los del Fundador del cristianismo.

Como Gautama y Jesús, era Apolonio irreconciliable adversario del culto externo y de las inútiles ceremonias religiosas. Si a ejemplo de Jesús hubiese preferido la compañía de los humildes y voluntariamente hubiese muerto proclamando desde lo alto de la cruz la verdad divina (142), de seguro que fuera su sangre tan meritoria como la de Jesús para la propagación de las enseñanzas espirituales.

Muchas calumnias se arrojaron contra Apolonio, y dieciocho siglos después de muerto difamó su memoria el obispo Douglas en una obra que escribió contra los milagros, sin percatarse de los hechos históricos. Si examinamos imparcialmente esta cuestión, advertiremos que las éticas de Gautama, Platón, Apolonio, Jesús, Amonio y sus discípulos, están basadas en la misma filosofía mística. Todos adoraban a un solo Dios, ya considerándole como Padre común de los hombres que en Él viven y Él en ellos, ya como el incognoscible Principio creador de todo cuanto existe. Así fueron semejantes a Dios estos hombres (143). Todos se ejercitaron en la contemplación mística, en la identidad con el Yo, el Atman, según los brahmanes. Este término induísta es también cabalístico por excelencia.

Dice el *Rig Veda*:

> ¿Quién es el Ser? El Señor de todas las cosas. Todas las cosas están contenidas en el Ser; todos los seres contenidos en el Ser. El mismo Brahmâ es el Ser (144).

Dice *Idra Rabba*:

> Todas las cosas son Él y en todas partes está Él oculto (145).

Ahora bien; según los cabalistas, el Adam Kadmon contiene todas las almas de los israelitas y él está a su vez en cada alma (146).

La escuela ecléctica tuvo los mismos fundamentos que las doctrinas de los yoguis, de los místicos y de los primeros discípulos de Gautama. Todas las filosofías encierran aquel principio expuesto después por Jesús cuando dice:

> El Espíritu de la verdad, a quien no puede recibir el mundo porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis porque morará con vosotros y estará en vosotros (147).

A pesar de que el erudito Laboulaye tiene por mítico todo cuanto de extraordinario se refiere a la vida de Gautama, no niega su existencia, y lo coloca en *segundo lugar* respecto a Cristo por la austeridad de su conducta y la pureza de su doctrina moral; pero le sale al paso des Mousseaux, quien temeroso de que estas dos últimas afirmaciones invaliden la imputación de demonolatría que arroja contra Gautama, aduce por todo argumento que Laboulaye no ha estudiado el asunto (148).

Oigamos ahora a Barthelemy St.-Hilaire:

> No vacilo en afirmar que, exceptuando a Cristo, no hay entre los fundadores de religiones una figura más nítida y conmovedora que la de Buda. Vivió sin mancilla. Su heroísmo corrió parejo con sus convicciones... Fue perfecto dechado de las virtudes cuya práctica aconsejaba. Jamás flaqueó en el ejercicio de la caridad y la abnegación realzadas por la dulzura de su carácter. A los veintinueve años deja la corte de su padre para abrazar voluntariamente la vida monacal mendicante... Y por fin muere en brazos de sus discípulos con el gozo del justo y la serenidad del sabio (149).

Este caluroso panegírico no es menos merecido que el tributado por Laboulaye con la animadversión de Des Mousseaux; y aunque diga en él que es muy difícil comprender cómo hayan podido existir hombres que sin el auxilio de la revelación se remontaran a tan prodigiosa altura moral y se aproximaran tan cercanamente a la verdad, no debe admirarnos este hecho que tan extraño le parece al erudito francés.

No es maravilla que Gautama muriese con la serenidad del sabio, porque, como acertadamente dicen los cabalistas, la muerte es una ilusión, pues el hombre jamás se separa de la vida universal. Los que llamamos muertos siguen viviendo en nosotros y nosotros en ellos; y cuanto más intensamente vive uno por sus semejantes, menos ha de temer a la muerte (150). A esto cabe añadir que más meritorio es *vivir* que *morir* por la humanidad. En el corazón de todo hombre está recónditamente grabado el *Nombre inefable* que tantos cabalistas se afanan en inquiri, sin conocer a ningún adepto. Este mirífico Nombre, que según los antiguos oráculos llena la infinidad del universo, puede conocerse por medio de la iniciación disciplinada o por dictado de la sigilosa voz que oyó Elías en la cueva del monte Horeb (151).

Cuando apolonio de Tyana anhelaba oír esta sigilosa voz se envolvía de pies a cabeza en un manto de finísima lana (152), después de dar algunos pases magnéticos y pronunciar una invocación muy conocida de los adeptos, con lo que se libertaba temporáneamente del cuerpo físico.

El conocimiento del Nombre daba al hierofante dominio sobre todos los hombres y demás criaturas que le fuesen inferiores en fuerza anímica. De aquí que cuando Max Müller dice del Quiché que “su oculta majestad no podía ser descubierta por manos humanas”, el

cabalista comprende perfectamente el recto significado de esta frase y no le extraña que el erudito investigador confiese su ignorancia sobre el particular diciendo: “No sabemos qué era aquello”.

OPINIONES DE PLATÓN

Nunca nos cansaremos de repetir que la religión cristiana sólo puede analizarse y comprenderse a la luz de la filosofía antigua. Pitágoras, Confucio y Platón nos descubren la idea subyacente en la palabra “Padre” del *Nuevo Testamento*. El concepto platónico de la Divinidad, el único Dios eterno e invisible, autor de todas las cosas (153), es el que mejor se acomoda a la idea de “Padre” expuesta por Jesús. Dice Platón que Dios no puede desear ni querer ni obrar mal, pues únicamente lo bueno y lo justo es compatible con la naturaleza divina (154). Así resulta que el “Padre” de Jesús, o el Dios de Platón, no puede identificarse en modo alguno con el celoso, vengativo e irascible Jehovah. Ensalza Platón la omnipotencia de Dios (155); pero al mismo tiempo dice que como es inmutable no puede alterar sus leyes ni suprimir milagrosamente el mal de este mundo (156). Reconoce también Platón la omniscencia o infinita sabiduría de Dios, a cuyo vigilante ojo nada escapa (157); y su justicia, que resplandece en la ley de compensación y retribución, no dejará crimen sin castigo ni virtud sin recompensa (158), por lo que el único modo de honrar a Dios es el ejercicio de la virtud moral. No sólo repugna Platón el absurdo concepto de un Dios antropomórfico (159), sino que también se declara en contra de las fábulas, leyendas y mitos que atribuyen a los dioses menores las mismas pasiones, luchas, vicios y crímenes que a los hombres (160), y niega en redondo que Dios se muestre propicio a cambio de ofrendas y plegarias (161). Por otra parte dice el insigne filósofo:

> Antes de que el espíritu del hombre cayese en la materia y perdidas las alas tomara cuerpo de carne, moraba entre los dioses en el mundo etéreo (espiritual), donde todo es verdad y pureza (162).

Y en otro pasaje añade:

> Hubo un tiempo en que la humanidad no se perpetuaba por procreación, sino que los hombres vivían como espíritus puros (163).

Esto concuerda con aquel otro pasaje del Evangelio que dice:

> Porque en la resurrección ni se casarán ni serán dados en casamiento, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo (164).

Las investigaciones de Laboulaye, Anquetil-Duperron, Colebrooke, St.-Hilaire, Max Müller, Spiegel, Burnouf, Wilson y otros filólogos y orientalistas, evidenciaron parte de la verdad; pero ahora que se conocen mucho mejor el sánscrito, tibetano, singalés, zendar, pahlavi, chino y birmano y que se han traducido los *Vedas*, el *Zendavesta,* los textos budistas y los *Sûtras* de Kapila, no hay excusa ni pretexto para detractar por ignorancia o por malicia las antiguas religiones. Dice Max Müller que el clero ha calificado siempre de orgías diabólicas las ceremonias y ritos del culto pagano, sin cuidarse de descubrir su genuino carácter (165).

Aparte de la verídica historia del budismo y de Buda por Max Müller y de las alabanzas que St.-Hilaire y Laboulaye rinden a Gautama, tenemos el testimonio presencial del abate Huc, cuyo carácter de misionero católico aleja toda sospecha de parcialidad a favor de los budistas el abate Huc encomia con entusiasmo la elevada moralidad de los llamados adoradores del diablo, por lo que cabe considerar la religión budista como algo más que un contubernio de

fetichismo y ateísmo, según propalan los clericales. Por razón de su cargo estaba obligado el misionero Huc a no ver en el budismo ni más ni menos que un engendro de Satán; pero al exponer con toda sinceridad su favorable opinión en el relato de sus viajes, se atrajo las iras de Roma, que le retiró las licencias y puso en el índice expurgatorio su obra: *Viaje por el Tíbet*. Esto demuestra cuán poca confianza merecen los informes de los misioneros acerca de las religiones orientales, puesto que nada pueden publicar sin licencia del Ordinario, so pena de verse excomulgados al decir la verdad bajo su palabra (166).

Cuando Marco Polo les preguntó a los ascetas y yoguis de la India si no se avergonzaban de ir enteramente desnudos, respondieron lo mismo que habían de responder a otro explorador del siglo XIX: “Vamos desnudos porque así vinimos al mundo y no queremos nada del mundo. Además, no sentimos ningún deseo concupiscente, y por lo tanto no nos avergüenza nuestra desnudez más de lo que os pueda avergonzar a vosotros enseñar manos y cara. Si sentís el incentivo de la carne, hacéis bien en encubrir vuestra desnudez” (167).

SUBTERFUGIOS CLERICALES

Para cohonestar las analogías entre las ceremonias católicas y paganas, recurren los polemistas clericales a una serie de subterfugios y sofismas, que se resumen en la vetusta alegación de los Padres de la Iglesia, diciendo que los paganos remedaron las ceremonias del cristianismo, y que Platón y los académicos griegos tomaron sus ideas de la revelación cristiana. Añaden que Manú y los brahmanes copiaron a los misioneros jesuitas, y que el P. Calmet escribió el *Bhagavad-Gita*, transformando a Cristo y san Juan en Krishna y Arjuna, para la mejor comprensión de los indos. Poco les importa a los suplantadores que Buda y Platón fuesen muy anteriores a Jesús, y que el induísmo védico contara siglos de antigüedad al nacer Moisés. Lo mismo ocurre respecto de Apolonio de Tyana. A pesar de que el testimonio de las gentes, de los monarcas y sus cortes corrobora los prodigios operados por este taumaturgo, los clericales lo consideran despectivamente como el “mono de Cristo”, sin reparar en que los milagros del profeta nazareno no cuentan con tan notoria y valiosa atestiguación.

Si bien entre el clero de las iglesias romana, griega y protestante haya muchos que se muestran exclusivistas por ignorancia, o pobreza mental, no sucede así con los misioneros que, a pesar de haber residido en países no cristianos, achacan maliciosamente a los ascetas y lamas la práctica de la demonolatría. Su larga permanencia en China, Tartaria, Tíbet e Indostán les ha proporcionado numerosas pruebas de las calumnias levantadas contra los tan injustamente llamados idólatras. Los misioneros no pueden abroquelarse tras la fe sincera para extraviar a las gentes; y salvo raras excepciones, puede aplicárseles awquella frase del general Garibaldi: “El sacerdote sabe que es un impostor, a menos que padezca de idiotez o esté acostumbrado desde niño a la mentira”.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

PREFACIO 2

CAPÍTULO I

Cristianos nominales 4
Falicismo cristiano 5
Dicterios pontificios 6
El culto de la Virgen 7
El infierno cristiano 7
Hipotética situación del infierno 9
Los biógrafos de Satanás 9
Milagros apócrifos 10
La magia clerical 11
Milagros laicos 12
La silla de San Pedro 13
Libros antiguos 13
Las galerías de Ishmonia 15
Las llaves de San Pedro 16
Virtudes paganas 17
Astucia clerical 18
La Tetraktys 19
La ciencia de las ciencias 20
Los Sephirotes cabalísticos 21
El dogma de la Redención 22
Antigüedad de la Eucaristía 23
Los sanscritistas 24
La Trinidad en las religiones 24
Trinidad mexicana 26
Dispersión de los neoplatónicos 27

CAPÍTULO II

Hechicerías clericales 28
Procesos inquisitoriales 29
Palabras de Jesús 30
Las siete abominaciones 31
Hechicería en la India 32
Reliquias apócrifas 33
Santo Domingo y los demonios 34
Médiums y santos 35
La Leyenda de Oro 36
El Papa y los musulmanes 36
Doctrinas de Pablo 37

Origen pagano del rigual católico 38
Influencia de San Agustín 39
El maestro constructor 40
Significado de “Petrum” 41
Ritos paganos y cristianos 42
Iconografía cristiana 43
Taumaturgia pagana 44
El secreto de iniciación 45
Grados de iniciación 46
Sinceridad de los fakires 48
Características de los fakires 49
Naturaleza de los pitris 50
El dogma de la Inmaculada 51
Caída del alma 52
Sublimidad de la epopteia 53
Grados de comunicación 54
Índole de las visiones 55
Los tanaímes del Talmud 56
Los símbolos del cristianismo 57
Opinión de Inman 58

CAPÍTULO III

La sucesión apostólica 59
Adulteración de los Evangelios 60
La palabra nazareno 61
La fábula de Eurídice 62
Nazarenos y nazares 63
Errores biblicos 64
Modalidades del bautismo 65
El nazareno reformador 66
La secta nazarena 67
El nombre de Zoroastro 68
Afinidad de doctrinas 69
Frases pitagóricas 70
Cabalismo del Apocalipsis 71
La figura de Jesús 72
Transmigraciones del alma 73
El hombre divino 74
El credo de Basílides 75
El universo ilusorio 76
El noble heresiarca Marción 77
Dualidad del cristianismo primitivo 78
Jesús no aludía a Jehovah 79
Jehovah y Baco 81
El Emmanuel de Isaías 82

CAPÍTULO IV

Contradicciones bíblicas 83
Teogonía comparada 84
El tercer principio 85
Equivalencias teogónicas 86
Los primitivos cristianos 87
Versículo apócrifo 88
Antagonismo entre Pedro y Pablo 89
Jesús y los ebionitas 91
Primitiva cosmogonía cristiana 92
Tipos dualísticos 93
Teogonía ofita 94
Tertuliano contra Basílides 95
Esoterismo cristiano 96
Humanidad de Jesús 97
La reencarnación según las Homilías 98
Los nabateanos de ayer y hoy 99
Degollación de los inocentes 101
Jesús según las tradiciones hebreas 101
Conceptos del apóstol Santiago 102
Antonomasias del Logos 104
Principados y potestades 104
Los gnósticos y los apóstoles 106
Letanías comparadas 106
Plagios del cristianismo 108

CAPÍTULO V

La esencia suprema 109
Identidad de todas las religiones 110
Las religiones cultuales 111
Pasajes de Salomón 112
Teogonía zoroastriana 114
La trinidad cabalística 114
La cabalística Shekinah 115
Cotejo de sistemas 116
Trinidades comparadas 118
Alegorías apocalípticas 119
Querubines y serafines 120
Los Sephirotes y el monte Meru 121
Los atributos de Siva 122
El Sosiosh zoroastriano 124
Jesús habla como hombre 124
Cristianos y budistas 126
Resurrección de Kalavatti 127
Identidad de alegorías 128
La plenitud de los tiempos 129

Curiosas tergiversaciones 130
El fanatismo supersticioso 131

CAPÍTULO VI

Hipatia y Cirilo 134
La cruz tau 135
Emblemas cristianos 136
La ballena de Jonás 137
Darwin y Vyasa 138
Confesión de Jacolliot 139
Religión y ciencia 140
Expiración e inspiración 141
Explicación diagramas induísta y caldeo 144
Las épocas divinas 147
La noche de Brahma 148
Las cuatro edades 150
Caída de Adam 151
Transformación de las especies 152
La ley de necesidad 153
Cuerpo, alma y espíritu 154
Ideas de los filósofos griegos 155
El alma según Platón 157
La condición de dhyâna 158
El esfuerzo propio 158

CAPÍTULO VII

Sectas cristianas 160
Modernos nazarenos 161
Sistema ofita 162
Sistemas comparados 163
El nombre de Iao 164
El número diez 165
Imágenes simbólicas 166
El caballo del sol 167
La invención de la cruz 169
Los magos de Persia 170
Confraternidad misteriosa 170
Candelabro druso 171
Máximas de los drusos 172
Carta de Rawson 173
La Logia madre 175
El Atman 176
El budismo esotérico 177
Castidad budista 178
Jainos y budistas 179

Celso y Sprengel 181
Falsedad de Eusebio 182
El párrafo de Josefo 182
Virginidad y matrimonio 184
Tolerancias inmorales 185
San Juan y los herejes 186
Jesús ignorado de sus coetáneos 187
Las ideas de Jesús 188
Jesús y Gautama 190
Jesús y Apolonio 191
El espíritu de la verdad 192
Opiniones de Platón 193
Subterfugios clericales 194

HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO

CLAVE DE LOS MISTERIOS
DE LA CIENCIA Y TEOLOGÍA
ANTIGUA Y MODERNA

OBRA COMPLETA EN CUATRO TOMOS

TOMO IV

CAPÍTULO PRIMERO

Los hijos pueden acusar a sus padres del crimen de herejía, aunque sepan que por ello hayan de morir los acusados en la hoguera... Y no sólo pueden negarles hasta el alimento si tratan de apartarlos de la fe católica, sino que también pueden darles muerte con toda justicia. (*Precepto jesuítico*).

P. ESTEBAN FAGÚNEZ: *Praecepta Decalogi*, Lugduni, 1640.

EL PRIOR. -¿Qué hora es?
EL GUARDIÁN. –La del alba. La hora en que se rasgó el velo del templo y las tinieblas se derramaron por la consternada tierra y se eclipsó la luz y se rompieron los útiles del constructor y se ocultó la flamígera estrella y se hizo pedazos la piedra cúbica y se perdió la PALABRA.

Magna est veritas et praevalebit

-JAH-BUH-LUN.

El rabino Simeón-ben-Iochai compuso el *Zohar* (...), el más importante tratado cabalístico de los hebreos, un siglo antes de la era cristiana, según unos críticos, y después de la destrucción del templo, según otros. Completó la obra el rabino Eleazar, hijo de Simeón, ayudado de su secretario el rabino Abba, cuyo concurso era necesario, porque toda la vida de Eleazar no hubiera bastado a dar cima a una obra tan extensa y de materia tan abstrusa como el *Zohar*. Pero como los judíos ortodoxos sabían que el autor estaba en posesión de conocimientos ocultos y era dueño de la *Mercaba* que le aseguraba la recepción de la *Palabra*, atentaron contra su vida y se vio precisado a huir al desierto, donde estuvo doce años oculto en una cueva en compañía de sus fieles discípulos hasta su muerte, señalada por muchos portentos y maravillas (1).

Pero no obstante lo extenso de la obra y de tratarse en ella de muchos puntos de la secreta tradición oral, no los abarca todos, pues el venerable cabalista no confió nunca al escrito los puntos principales de la doctrina, sino que los comunicó oralmente a contados discípulos, entre los que se hallaba su hijo único. Por lo tanto, sin la iniciación en la *Mercaba* quedará incompleto el estudio de la *Kábala*, y la *Mercaba* sólo puede aprenderse en la "obscuridad", en lugares apartados del mundo y después de pasar el estudiante por muchas y muy tremendas pruebas, para escuchar la enseñanza oralmente *cara a cara y labio en oído*, desde la muerte de Simeón-ben-Iochai, la doctrina oculta ha sido un secreto inviolable para el mundo externo.

El precepto masónico de *labio en oído*, o sea la comunicación en voz baja, deriva de los tanaímes, quienes a su vez la tomaron de los Misterios paganos. La práctica moderna de esta costumbre preceptiva debe atribuirse seguramente a la indiscreción de algún cabalista renegado, aunque la palabra transmitida es una moderna sustitución convencional de la "palabra perdida", según veremos más adelante.

La verdadera palabra ha estado siempre en posesión privativa de algunos adeptos, de modo que tan sólo unos cuantos maestres de los templarios y otros tantos rosacruces del siglo

XVII, íntimamente relacionados con los iniciados y alquimistas árabes, pudieron envanecerse de haberla poseído. Desde el siglo XII al XV nadie la poseyó en Europa, pues Paracelso fue el primer alquimista que recibió la iniciación, cuya última ceremonia confería al iniciado el poder de acercarse a la "zarza ardiente" y de fundir el becerro de oro y disolver su polvo en agua. Verdaderamente, esta agua y la palabra perdida resucitaron a los Adoniram, Gedaliah e Hiram de la época premosaica. La verdadera palabra, actualmente sustituida por la de *Mac Benac* y *Mah*, se había empleado muchísimo antes de que los "hijos de la viuda" de estos dos últimos siglos experimentaran sus pseudo-mágicos efectos.

LA MASONERÍA MODERNA

El primer masón activo de alguna importancia fue Elías Ashmole, a quien puede considerársele como el postrer alquimista y rosacruz. Fue recibido en la Compañía de masones activos de Londres el año 1646, cuando la masonería era una sociedad rigurosamente secreta sin color político ni religioso, que admitía en su seno a todo amante de la libertad de conciencia, deseoso de sustraerse a la persecución de los clericales (2). Hasta unos treinta años de la muerte de Ashmole, ocurrida en 1692, no apareció la moderna francmasonería, instituida el 24 de Junio de 1717 en la "Taberna del Manzano", sita en la calle de Carlos del *Covent-Garden* de Londres. Según nos dicen las *Constituciones de Anderson*, las cuatro logias del Sur de Inglaterra eligieron a Antonio Sayer gran maestre de la masonería, y no obstante su relativamente moderna institución, estas logias se han arrogado la supremacía sobre todas las del mundo, como así se infiere de una inscripción colocada en la de Londres.

Dice Frank al comentar los exotéricos delirios cabalistas, como él los llama, que Simeón-ben-Iochai menciona repetidamente lo que los "compañeros" enseñaron en obras antiguas. Entre estos compañeros cita a los ancianos Ieba y Hamnuna (3), pero nada refiere de lo que estos dos hicieron, porque tampoco él lo sabe.

A la venerable escuela de los tanaímes, o con mayor propiedad, de los tananimes u hombres sabios, pertenecían los instructores de la doctrina secreta que iniciaron a unos cuantos discípulos en el misterio final, pues según dice el *Mishna Hagiga* (4), el contenido de la *Mercaba* sólo puede comunicarse a los sabios ancianos (5). La *Gemara* es todavía más explícita sobre el particular al decir: "Los principales secretos de los Misterios no se han de comunicar a todos los sacerdotes, sino tan sólo a los iniciados". El mismo sigilo prevalecía en todas las religiones de la antigüedad.

Pero vemos que ni el *Zohar* ni ningún otro tratado cabalístico contienen doctrina puramente judía, sino que, como resultado de milenios de estudio, es común patrimonio de todos los adeptos del mundo. Sin embargo, el *Zohar* en su texto original y con los signos secretos del margen, no según traducción y comentario de los críticos modernos, es la obra que enseña mayor suma de ocultismo práctico. Los signos secretos encierran las instrucciones ocultas para esclarecer las interpretaciones metafísicas y manifiestos absurdos en que de tal modo se engañó Josefo, por haber expuesto la *letra muerta* según la había recibido por profanos conductos (6).

Las enseñanzas de magia práctica que dan el *Zohar* y otros tratados cabalísticos, sólo aprovecharían a quienes acertaran a leerlas *interiormente*. Los apóstoles cristianos, por lo menos los que obraban milagros *a voluntad* (7), debieron estar enterados de esta ciencia, y así no es bien que los cristianos tachen de superstición los talismanes, amuletos y piedras mágicas con que su poseedor logra ejercer en otra persona aquella misteriosa influencia llamada vulgarmente "mal de ojo". En las colecciones arqueológicas, así públicas como particulares, pueden verse todavía piedras convexas con enigmáticas inscripciones rebeldes a toda

hermenéutica, como por ejemplo, la cornerina blanca descrita por King (8), cuyos reverso y anverso están cubiertos de inscripciones que sólo pueden interpretar los adeptos. De los talismanes que en su citada obra nos da King a conocer, se infiere que el evangelista San Juan, el iluminado de Patmos, estaba muy instruido en la ciencia cabalística, pues alude claramente a la cornerina blanca y la llama *alba petra* o piedra de iniciación, que por lo general lleva grabada la palabra *premio* y se le entregaba al neófito luego de vencidas felizmente las pruebas del primer grado de iniciación.

ALEGORÍAS DEL APOCALIPSIS

El *Apocalipsis*, como el *Libro de Job*, es un alegórico relato de los Misterios y de la iniciación en ellos de un candidato, personificado en el mismo San Juan. Así lo comprenderán necesariamente los masones de grado superior, pues los números siete, doce y otros, tan cabalísticos como estos, bastan para esclarecer las tenebrosidades de dicho libro. Tal era también la opinión de Paracelso.

El siguiente pasaje desvanece toda duda sobre el particular:

> Al vencedor daré yo maná escondido y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nuevo nombre escrito, que no sabe ninguno sino aquel que lo recibe (9).

¿Qué maestro masón titubeará en reconocer en esta inscripción la misma con que hemos epigrafiado el presente capítulo?

En los Misterios de Mithra, el neófito que triunfaba de las doce pruebas precedentes a la iniciación recibía una hostia de pan ázimo con figuras en ambas caras, que entre otros simbolismos tenía el del disco solar, y se la llamaba también “pan celeste” o “maná”. Rociaban después al candidato con la sangre de un *cordero* o de un *toro* sacrificado al efecto, como cuando la iniciación del emperador Juliano, y se le comunicaban las *siete* reglas misteriosas equivalentes a los siete sellos de que nos habla el evangelista Juan (10), quien indudablemente alude a esta ceremonia.

Los amuletos católicos (11) y las reliquias bendecidas por los pontífices romanos tienen el mismo origen que las piedras y pergaminos mágicos de Efeso, las *filactrias* (...) hebreas con versículos de la Escritura y los amuletos mahometanos con versículos del Corán. Todos sirven igualmente para proteger a quien cree en su eficacia y encima los lleva. Así es que cuando Epifanio reconviene a los maniqueos por el uso de amuletos (periapta), que califica de supersticiones y fraudes, debe incluir en la reconvención los amuletos de la Iglesia romana.

Pero la consecuencia es una virtud que la influencia jesuítica va debilitando más y más entre los clericales. El astuto, solapado, sagaz y terrible jesuitismo es como el alma de la Iglesia romana, de cuyo poder espiritual se apoderó por entero. Conviene, pues, comparar la moral jesuítica con la de los antiguos tanaímes y teurgos, para descubrir la íntima relación que con las sociedades secretas tienen los arteros enemigos de toda reforma. No hay en la antigüedad escuela ni asociación ni secta alguna que se parezca siquiera a la Compañía de Jesús, contra cuyas tendencias se levantaron generales protestas apenas nacida (12), pues a los quince años de su constitución se deshicieron de ella los gobiernos de Europa. Portugal y los Países Bajos expulsaron a los jesuitas en 1578; Francia en 1594; la república de Venecia en 1606; Nápoles en 1622; Rusia en 1820 (13).

Desde su adolescencia mostró la Compañía de Jesús las mañas que todo el mundo le reconoce, y que han causado más daños morales que las infernales huestes del mítico Satán. No le parecerá exagerada esta afirmación al lector cuando se entere de los principios, máximas y reglas de los jesuitas, entresacados de sus propios autores y de la obra mandada publicar por

decreto del Parlamento francés (5 de Marzo de 1762) y revisada por la comisión que se nombró al efecto (14). Esta obra fue presentada al monarca para que, como hijo primogénito de la Iglesia, adviertiese la perversidad de (como dice textualmente el decreto del Parlamento) “una doctrina que permite el robo, el asesinato, el perjurio, la fornicación, el parricidio y el regicidio, y sobre las ruinas de la religión quiere erigir la superstición, la *hechicería*, la impiedad y la idolatría”.

Veamos primero las ideas sustentadas por los jesuitas respecto de la magia.

Dice Antonio Escobar:

Es lícito el uso del conocimiento adquirido por mediación del demonio, con tal que no se emplee en provecho del demonio, pues el conocimiento es bueno en sí mismo y se borró el pecado cometido al adquirirlo (15).

PRECEPTOS JESUÍTICOS

Esto supuesto, ¿por qué no han de poder los jesuitas engañar al diablo como engañan a las gentes?

Dice el mismo P. Escobar en otro pasaje:

¿Los astrólogos y adivinos están o no obligados a restituir el estipendio si no sucede lo que vaticinaron? Opino que no están obligados, porque cuando un astrólogo o adivino ha puesto toda su diligencia en el diabólico arte, sin el que no le fuera posible lograr su objeto, ha cumplido ya con su deber, sea cual fuese el resultado. Así como el médico no está obligado a restituir los honorarios si el enfermo muere, tampoco lo está el astrólogo a la restitución de los suyos si hace cuanto puede; con lo que no engaña, a menos que por desconocimiento del arte embauque a las gentes (16).

En punto a astrología, dice el jesuita Arsdekin:

Si alguien afirma por conjeturas fundadas en la influencia de los astros y en el carácter y disposición de un niño, que será soldado, sacerdote u obispo, este vaticinio estará libre de todo pecado, porque los astros y la disposición natural pueden inclinar la voluntad humana en determinado sentido, pero no obligarla a seguirlo (17).

Por su parte, añaden Busembaum y Lacroix:

Se considera lícita la quiromancia, si por medio de las rayas y divisiones de las manos puede colegirse el temperamento del cuerpo y conjeturar con mucha probabilidad los afectos e inclinaciones del ánimo (18).

A pesar de las afirmaciones contrarias, ha resultado que la Compañía de Jesús pertenece en uno de sus aspectos al linaje de las sociedades secretas. Sus constituciones, traducidas al latín en 1558 por el P. Polanco e impresas en Roma, se mantuvieron en riguroso secreto (19), hasta que en 1761 mandó publicarlas el Parlamento francés cuando el famoso proceso del P. Lavalette.

Los grandes de la orden son seis, a saber: novicios, hermanos, sacerdotes, coadjutores, profesos de tres votos y profesos de cinco votos. Además, hay un séptimo grado secreto, tan sólo conocido del general de la orden y de unos cuantos dignatarios, en que consiste el terrible y misterioso poder de la Compañía, uno de cuyos mayores timbres de gloria es para ellos la reorganización del sanguinario tribunal del Santo Oficio, a instancias de Loyola.

Los jesuitas son hoy día omnipotentes en la curia romana e influyen decisivamente en las congregaciones de cardenales y en la secretaría de Estado, de modo que antes de la ocupación de Roma pudo decirse que estaba en sus manos el gobierno pontificio.

Respecto a su organización interna dice Mackenzie:

> La Compañía de Jesús tiene signos secretos y contraseñas distintas para cada uno de los grados, y como no llevan divisa alguna exterior es muy difícil reconocerlos, a no ser por declaración propia, pues según el encargo que reciban se presentan como católicos o protestantes, plebeyos o aristócratas, fanáticos o escépticos. Tienen espías en todas partes y en todas las clases sociales, y se fingen mentecatos cuando así les conviene. Hay jesuitas de ambos sexos y de toda edad que se inmiscuyen por doquiera, hasta el punto de haber algunos de familias distinguidas y complexión delicada, que no obstante están de criados en casas de protestantes para mejor servir los intereses de la Compañía. Nunca nos precaveremos suficientemente contra su influjo, pues como la Orden se funda en la absoluta y ciega obediencia, puede convertir toda su fuerza hacia determinado punto (20).

Por su parte, sostienen los jesuitas que "la Orden no es de institución humana sino que la fundó el mismo Jesús al trazarle la regla de conducta, primero con su ejemplo y después con su palabra" (21).

Veamos, pues, esta regla de conducta, y entérense de ella los cristianos piadosos. Al efecto, entresacaremos los siguientes pasajes de obras de los mismos jesuitas:

> Si lo manda Dios es lícito matar a un inocente, robar y fornicar; porque Dios es Señor de vida y muerte y de todas las cosas, y debemos por lo tanto cumplir sus órdenes (22).
>
> El religioso que temporáneamente se despoja del hábito con algún *propósito criminal*, no comete pecado abominable ni tampoco incurre en pena de excomunión (23).
>
> ¿Está obligado un juez a restituir el estipendio que recibió por dictar sentencia? Si se lo dieron con intento de que fallase injustamente, es muy probable que se pueda quedar con él, pues tal es el sentir de cincuenta y ocho tratadistas (24).

LA PASTORAL DE CAMBRAY

No sigamos adelante, porque tan repugnantes por lo hipócritas, licenciosos y desmoralizadores son estos preceptos, que no es prudente traducir del latín muchos de ellos (25), y así tan sólo citaremos más adelante los menos espinosos.

Pero ¿qué porvenir aguarda al mundo católico si ha de continuar dominado por esta nefanda sociedad? No será muy lisonjero desde el momento en que el mismo cardenal arzobispo de Cambray levanta su voz en pro de los jesuitas, aunque como han transcurrido ya dos siglos de la exposición de tan abominables principios, les ha sobrado tiempo a los jesuitas para amañar su defensa con mentiras afortunadas, de modo que la mayoría de católicos jamás creerán a sus acusadores. El pontífice Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús el 23 de Julio de 1773, y sin embargo la restableció Pío VII el 7 de Agosto de 1814.

Pero copiemos el extracto que de la pastoral del arzobispo de Cambray publica un periódico. Dice así:

> ... Los enemigos de la religión han establecido distinciones entre el clericalismo, ultramontanismo y jesuitismo, que son una sola y misma cosa, esto es, el catolicismo. Hubo tiempo en que predominó en Francia cierta opinión respecto a la autoridad del Papa, pero estaba circunscrita a nuestra nación y era de origen reciente. La potestad civil asumió durante siglo y medio la enseñanza oficial. Los partidarios de estas doctrinas se llamaron galicanos, y los oponentes recibieron el calificativo de ultramontanos por estar Roma más allá de los Alpes. Hoy día ya no cabe distinguir entre galicanos y ultramontanos, porque

la doctrina ortodoxa se declaró en contra de la iglesia nacionalizada, según decisión del concilio ecuménico del Vaticano. No es posible ser hoy católico sin ser al propio tiempo ultramontano y jesuita.

Esto define la cuestión. Prescindiendo de comentarios, compararemos la preceptiva moral de los jesuitas con la de los místicos y fraternidades de la antigüedad, a fin de que el lector pueda juzgar imparcialmente entre ambos extremos.

El rabino Jehoshua-ben-Chananea (26) declaró que había operado milagros por virtud del libro del *Sepher Yetzireh*, y retaba a cuantos no lo creyeran (27).

Simón el Mago era indudablemente discípulo de los tanaímes de Samaria, y la fama adquirida con sus prodigios, que le valieron el sobrenombre de "gran poder de Dios", es prueba elocuente de la sabiduría de sus maestros. Ningún cristiano aventajaba a Simón en virtud taumatúrgica, a pesar de las calumniosas imputaciones contra él lanzadas por los compiladores de los *Hechos de los apóstoles*. Es de todo punto ridícula la leyenda de que habiéndose elevado Simón en el aire, cayóse de pronto por ruegos de San Pedro y se quebró las piernas en la caída. En vez de impetrar de Dios el fracaso de su rival, hubiera debido el apóstol pedir el auxilio necesario para prevalecer taumatúrgicamente contra Simón y sobrepujarle en prodigios, pues lograra con ello manifestar más fácilmente la superioridad de su poder y convertir millones de gentiles y judíos al cristianismo. La posteridad sólo conoce un aspecto de esta leyenda, y seguramente que de favorecer la fortuna a los discípulos de Simón diría hoy la historia que fue Pedro el perniquebrado, si no supiéramos que este apóstol tenía bastante prudencia para no presentarse en Roma. según confiesan varios historiadores eclesiásticos, ningún apóstol aventajó a Simón en "maravillas sobrenaturales"; pero las gentes piadosas replicarán diciendo que esto demuestra precisamente que Simón actuaba por obra del diablo.

LA MENTIRA COHONESTADA

Acusaron a Simón de blasfemia contra el Espíritu Santo, porque lo consideraba en el femenino aspecto de Mente matriz de todas las cosas, sin advertir que el mismo concepto expresa el *Libro de Enoch* cuando contrapone al "Hijo del Hombre" el "Hijo de la Mujer", así como el apócrifo Evangelio de los hebreos, cuando dice que Jesús reconocía el aspecto femenino del Espíritu Santo en la expresión: *mi Madre, el santo Pneuma*. El mismo concepto exponen corrientemente el *Código de los nazarenos*, el *Zohar* y los *Libros de Hermes*.

Pero las blasfemias de Simón y de todos los herejes, ¿qué son comparadas con las de los jesuitas que de tal suerte han dominado al pontificado y al orbe católico? Oigámoslos de nuevo:

Haced lo que vuestra conciencia os represente por bueno y lícito, pero si por invencible error creéis que os manda Dios mentir y blasfemar, blasfemad.

No hagáis lo que repugne a vuestra conciencia, y si por invencible error creéis que Dios prohibe tributarle culto, dejad el culto de Dios (28).

Obedeced los dictados de vuestra conciencia, sin importar que sean invenciblemente erróneos, de modo que si creéis que os está mandada una mentira, mentid (29).

Si un católico cree invenciblemente que está prohibido el culto de lasimágenes y las adora, no tendrá Jesucristo más remedio que decirle: *Apártate de mí, maldito, porque adoraste mi imagen.* Así tampoco es absurdo suponer que Jesucristo pueda decir: *Ven, bendito, porque mentiste, creído de que yo te mandaba mentir* (30).

No hay palabras lo suficientemente expresivas para manifestar la aversión que en toda conciencia honrada ha de promover tan estupenda preceptiva. Sea el *silencio*, nacido de una repugnancia *invencible*, el mejor comentario de semejantes extravíos morales.

Cuando en 1606 fueron expulsados de Venecia los jesuitas, se sublevó contra ellos violentamente el sentimiento popular. La multitud siguió tras los expulsados hasta el embarcadero, despidiéndoles con gritos de: *¡id enhoramala!* Según comenta Michelet, de quien tomamos estos datos, aquel grito no cesó de resonar en los dos siglos siguientes: en Bohemia el año 1618; en la India el de 1623, y en toda la cristiandad en 1773.

¿Cómo es posible, pues, acusar de impiedad a Simón el Mago si obedecía los invencibles dictados de su conciencia? ¿Y bajo qué aspecto han sido los herejes y los mismos infieles de peor especie que los jesuitas? Oigamos a los de Caen:

> La religión cristiana es evidentemente creíble, pero no evidentemente verdadera. Es evidentemente creíble porque quienquiera que la abraza obra con prudencia; pero no es evidentemente verdadera porque o bien enseña oscuramente las cosas o son oscuras las cosas que enseña. Y quienes afirman que la religión cristiana es evidentemente verdadera, se ven obligados a confesar que es evidentemente falsa.
>
> De esto se infiere:
>
> 1.º Que no es evidente que en el mundo haya en la actualidad una religión verdadera.
>
> 2.º Que no es evidente que la religión cristiana sea entre todas la verdadera, porque ¿acaso habéis viajado por todos los países del mundo y conocéis las religiones que profesan?
>
> . . . . . .
>
> 4.º Que no es evidente que los profetas estuviesen inspirados por Dios, pues tanto pudieron vaticinar por profecía como por mera conjetura.
>
> 5.º Que no es evidente la realidad de los milagros de Jesucristo, aunque nadie pueda prudentemente negarlos.
>
> Tampoco es necesario que los cristianos confiesen explícitamente que creen en Jesucristo, en la Trinidad, en el decálogo y los artículos de la fe, pues basta que crean como los judíos en Dios y en su justicia remunerativa (31).

Por nuestra parte inferiremos de todo esto que es más que evidente que al más solemne embustero del mundo se le puede escapar tal o cual verdad en determinados momentos de su vida. Ejemplo de ello son los autores jesuitas, hasta el punto de que es fácil advertir de dónde salieron los anatemas del concilio ecuménico de 1870 contra ciertas herejías y la definición de nuevos dogmas, cuyos inspiradores eran quienes menos creían en ellos. La historia no sabe todavía que el octogenario Pío IX, engreído de su recientemente definida infalibilidad, es eco fidelísimo de los jesuitas. Así dice Michelet:

> Un tembloroso valetudinario se ve levantado sobre el pavés del Vaticano. Todo queda absorbido y limitado en él... Durante quince siglos la cristiandad había estado sometida al yugo espiritual de la Iglesia, pero esto no bastaba, pues les era necesario que el mundo entero se doblegase bajo la mano de un solo dueño. Pero como mis palabras serían demasiado débiles, tomaré las del obispo de París, cuando en pleno concilio de Trento decía que “los jesuitas han querido convertir a la esposa de Cristo en la concubina esclava de los caprichos de un hombre (32).

PROFECÍA DE HERMES

Los jesuitas se salieron con la suya. Desde la definición de la infalibilidad, la Iglesia es un ciego instrumento y el Papa un agente servil de la Compañía de Jesús. ¿Hasta cuándo?

Mientras les llega el fin, pueden los cristianos sinceros recordar las proféticas lamentaciones de Hermes Trismegisto sobre su propio país, en que decía:

¡Ay, hijo mío! Día llegará en que los sagrados jeroglíficos parezcan ídolos, porque el mundo tomará por dioses los emblemas de la ciencia y acusará al glorioso Egipto de haber adorado monstruos infernales. Pero quienes de este modo nos calumnian adorarán a la muerte en lugar de la vida, y a la locura en vez de la sabiduría. Abominarán del amor y de la fecundidad, llenarán sus templos de huesos de muerto que llamarán reliquias, y malograrán su juventud en soledad y llanto. Sus vírgenes preferirán ser monjas a ser esposas y se consumirán en el dolor, porque los hombres habrán profanado con menosprecio los sagrados misterios de Isis (33).

Del acierto de esta profecía nos da prueba el siguiente pasaje:

La opinión más razonable es que todas las cosas inanimadas e irracionales pueden ser objeto de adoración. Quien comprenda debidamente la doctrina expuesta, advertirá que no sólo las imágenes pintadas y toda representación de cosas santas expuesta por la autoridad eclesiástica al culto de Dios puede ser adorada como si fuese el mismo Dios, sino cualquier otra cosa de este mundo, sea de naturaleza inanimada, racional o irracional.

¿Por qué no adorar y venerar como a Dios sin peligro alguno cualquier cosa de este mundo, puesto que Dios está en ella en esencia (34) y la conserva continuamente con Su poder? Cuando nos inclinamos ante ella y la besamos, nos presentamos ante Dios su autor con toda nuestra alma, considerándole como el prototipo de la imagen (35). A esto podemos añadir, que puesto es obra de Dios todo lo de este mundo y Dios de continuo mora y labora en el mundo, más fácil nos será conocer a Dios por las cosas del mundo que a un santo por los vestidos que le pertenecieron. Por lo tanto, *sin tener en cuenta la dignidad de la cosa creada*, no es vano ni supersticioso sino puro acto de religión besar el objeto adorado o arrodillarnos sumisamente ante él, con tal que dirijamos a Dios nuestro pensamiento (36).

Aunque la doctrina expuesta en este pasaje no redunde en honor de la Iglesia cristiana, puede al menos aprovechar a los llamados “paganos” para redargüir con ella cuando se les eche en cara su idolatría.

La profecía de Hermes es mucho más diáfana que las de Isaías, que facilitaron pretexto para calificar de demonios a los dioses gentilicios. Pero los hechos suelen tener mayor consistencia que la más robusta fe. Todo cuanto los judíos sabían lo aprendieron de pueblos más antiguos. Los magos caldeos les enseñaron la doctrina secreta durante la cautividad de Babilonia.

Plinio menciona tres escuelas de magia: una de origen desconocido por lo antigua; la segunda fundada por Osthanes y Zoroastro; la tercera establecida por Moisés y Jambres. Sin embargo, estas mismas escuelas derivaron sus enseñanzas de la India, de las comarcas que se extienden a uno y otro lado de los Himalayas. lAs arenas del desierto de Gobi, en el Turquestán oriental, encubren más de un secreto y los sabios del Khotan han perpetuado curiosas tradiciones y raros conocimientos alquímicos.

Dice Bunsen que las oraciones e himnos del *Libro de los Muertos* datan de la dinastía premenista (37) de Abydos, por los años 4500 a 3100 antes de J. C. El sabio egiptólogo remonta al año 3059 el reinado de Menes o establecimiento del imperio nacional, antes de cuya época se conocía ya el culto de Osiris y demás divinidades de la mitología egipcia (38).

Por otra parte, Bunsen nos lleva mucho más atrás de los cuatro mil años computados por la Biblia a la actual edad del mundo, y en los himnos correspondientes a esta preadámica era encontramos preceptos morales idénticos en el fondo y muy parecidos en la forma a la doctrina expuesta por Jesús en el sermón de la montaña. Así se infiere de las investigaciones

llevadas a efecto por los más eminentes egiptólogos y hierólogos. Dice Bunsen sobre el particular:

> Las inscripciones de la duodécima dinastía abundan en fórmulas ritualísticas correspondientes a muy primitivos tiempos, así como se ven extractos de los libros herméticos en los monumentos de las primeras dinastías... De estas inscripciones se infiere que para los egipcios el primer fundamento de piedad consistía en dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y enterrar a los muertos. En aquella época se conocía ya la doctrina de la inmortalidad del alma, según demuestra la tablilla n.º 562 del Museo británico (39).

LAS ÁNIMAS VIVIENTES

Y acaso sea mucho más antigua, porque se remonta, en efecto, a la edad en que el alma era un ser *objetivo*, y por lo tanto no podía *negarse a sí misma*, cuando la espiritualidad de la raza humana no conocía la muerte. Hacia la declinación del ciclo de vida, el etéreo *hombre espiritual* cayó en dulce sueño de transitoria inconsciencia para despertar en todavía más alta y luminosa esfera; pero así como el hombre espiritual se esfuerza continuamente en ascender a su fuente originaria, pasando por los ciclos y esferas de la vida individual, el hombre físico había de incorporarse al ciclo máximo de la creación universal hasta revestirse de carne. Entonces quedó el alma demasiado abrumada por el peso de las terrestres vestiduras para reconocerse a sí misma, excepto en aquellas naturalezas delicadas, que escasean más y más en cada ciclo.

Sin embargo, ningún pueblo prehistórico negó jamás la existencia del verdadero hombre, del Yo superior, pues la filosofía antigua enseñaba que sólo el espíritu es inmortal y que el alma no es por sí misma eterna ni divina, sino que, unida íntimamente a su envoltura terrestre, se convierte en la mente finita, en el principio de la vida animal o *nephesh* de las Escrituras hebreas, según se infiere de los siguientes pasajes:

> Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima (*nephesh*) que vive y se mueve (40).

Con esto se da a entender la creación de los animales.

> ... Y fue hecho el hombre en ánima (*nephesh*) viviente (41).

Aquí vemos que la palabra *nephesh* se aplica indistintamente al hombre *inmortal* y al bruto *mortal*.

> Porque la sangre de vuestras ánimas (*nephesh*) demandaré de mano de todas las bestias (42).
> Salva tu ánima (*nephesh*) (43).
> No le quites la vida (*nephesh)* (44).
> El que hiriere animal restituirá otro en su lugar, esto es, alma por alma (*nephesh* por *nephesh*) (45).

En los libros de los Reyes también se toma la palabra *nephesh* por sinónima de vida y alma (46).

Verdaderamente, muy poco podemos aprender en el *Antiguo Testamento* respecto a la inmortalidad del alma, a menos de leerlo cabalísticamente para desentrañar su oculto significado. El vulgo de los hebreos no tuvo ni tiene la más ligera idea de la distinción entre alma y espíritu, pues confunde los conceptos de *vida, sangre y alma*, llamando a esta última soplo de vida. Los traductores de la *Biblia* han tergiversado de tal modo los conceptos, que únicamente los cabalistas pueden restablecer el significado original.

La doctrina de la naturaleza trina del hombre está explícitamente expuesta en los libros herméticos, en la filosofía de Platón y en las doctrinas induísta y budista. Sin embargo, es una de las enseñanzas más importantes y menos comprendidas de la ciencia hermética. Los Misterios egipcios, de los que sólo conoce el mundo lo poco que de ellos nos dicen las *Metamorfosis* de Apuleyo, ejercitaban a los iniciados en las más heroicas virtudes y le transmitían conocimientos que en vano buscan en los libros cabalísticos los modernos investigadores, y que las enigmáticas enseñanzas de la Iglesia romana, inspirada por los jesuitas, serán incapaces de descubrir. Resulta, por lo tanto, un agravio para las antiguas confraternidades secretas de iniciados comparar sus doctrinas con las alucinaciones de los discípulos de Loyola, por sinceros que fuesen en los primeros tiempos de la Orden.

Uno de los más poderosos obstáculos para la iniciación, así entre los egipcios como entre los griegos, era el haber derramado sangre humana en cualquiera de las modalidades del homicidio. En cambio, una de las mayores recomendaciones para el ingreso en la Compañía de Jesús es el haber cometido o estar dispuesto a perpetrar un asesinato en defensa del jesuitismo, según se colige del siguiente pasaje:

> Los hijos que profesen la religión católica pueden acusar a sus padres del crimen de herejía si tratan de apartarlos de la fe; y esto aunque sepan de antemano que han de ser condenados a muerte en hoguera, como Tolet enseña... Y no sólo pueden negarles el alimento, sino también matarlos con justicia (47).

Sabido es que el emperador Nerón jamás se atrevió a solicitar la entrada en los Misterios a causa de haber dado muerte a su madre Agripina. En cambio, oigamos lo que dice un jesuita acerca del homicidio:

> Si un adúltero, aunque sea eclesiástico, mata al marido al verse atacado por éste, no se le debe culpar (48).
>
> Si un padre estuviese en el destierro por peligros a la seguridad del Estado y al orden social, y no hubiese otro medio de librarse de él, aprobaría que su propio hijo le diese muerte (49).
>
> Al clérigo secular o regular le es lícito matar al calumniador de su persona o de su orden (50).

Y así son los demás ejemplos que nos dan las autoridades de la Orden para establecer como regla que un católico puede quebrantar las leyes humanas hasta el crimen, sin menoscabo de su jesuítica santidad. Veamos ahora qué principios morales enseñaban los egipcios antes de que los jesuitas perfeccionasen la ética de tan curiosa manera.

MORAL EGIPCIA

En las ciudades importantes de Egipto estaba el cementerio separado de la población por un lago sagrado, en cuya margen se reunían los cuarenta y dos jueces encargados de juzgar al alma del difunto, de la propia suerte que el *Libro de los muertos* nos representa el juicio del alma en el mundo espiritual. Si los jueces se pronunciaban unánimemente a favor del alma, el barquero conducía el cadáver a través del lago hasta el lugar del enterramiento, y terminada la fúnebre ceremonia regresaban los sacerdotes al sagrado recinto, donde el *al-om-jah* (51) instruía a los neófitos acerca del drama que en aquellos momentos se desenvolvía en el mundo invisible, y fortalecía su creencia en la inmortalidad del alma.

El *Crata Nepoa* (52) describe como sigue los *siete* grados de la iniciación:

El neófito pasaba en la escuela de Tebas por las doce pruebas preliminares, se le intimaba a dominar sus pasiones y no apartar ni un momento de Dios su pensamiento. Después había de subir varias escaleras y vagar a oscuras por una cripta de muchas puertas, pero todas

ellas cerradas, para simbolizar en esta ceremonia la peregrinación del alma no purificada. Si triunfaba de las terribles pruebas preliminares recibía los tres primeros grados de iniciación, que se llamaban *Pastophoris, Neocoris* y *Melanephoris*. Después se le conducía a una vasta cripta llena de momias colocadas con mucho aparato, y se le dejaba frente a un ataúd con el mutilado cuerpo de Osiris. Esta cripta se llamaba "Puerta de la Muerte", y seguramente aluden a ella el *Libro de Job* (53) y los Evangelios (54), aunque equiparándolas con las puertas del infierno.

Vencida esta prueba, se le llevaba a la "Cámara de los Espíritus" para que estos le juzgasen.

Entre las enseñanzas morales en que se instruía al neófito, figuraban la abstención de todo género de venganza, el auxilio del necesitado, aun con riesgo de la propia vida, honrar a los padres, enterrar a los muertos, respetar a los ancianos, proteger a los débiles y pensar de continuo en la muerte seguida de la resurrección en nuevo e imperecedero cuerpo (55). La castidad era virtud rigurosamente prescrita en las iniciaciones, y el adulterio estaba penado de muerte.

Al recibir el cuarto grado (*Kristophores)* se le comunicaba al candidato el misterioso nombre de IAO y en el quinto (*Balahala*) se le comunicarban los secretos de la alquimia (*chemia*) en nombre de Horus.

En el sexto grado se le enseñaba la danza cíclica sacerdotal que era un verdadero curso de astronomía, pues simbolizaba el movimiento de los planetas. En el séptimo grado se le iniciaba en el misterio final, después de pasar por la última prueba en el *astronomus* (56), y entonces recibía la cruz (*tau*) que al morir le colocaban sobre el pecho. Ya era hierofante.

FESTINES OBSCENOS

Cabe comparar la moral de los jesuitas con la de los Misterios paganos, contra los que la Iglesia romana desencadena las iras de su vengativo Dios. Si la Iglesia tuvo también sus ritos misteriosos, ¿serían tan nobles, puros y morales ni más propicios a la ejemplaridad de una vida virtuosa? Oigamos lo que dice Niccolini respecto a los modernos misterios del claustro.

> En la mayor parte de monasterios y más particularmente en los de capuchinos y reformados, comienza por Navidad una serie de fiestas que no terminan hasta Carnaval, y en ellas se entregan los monjes a toda clase de juegos y diversiones, celebran suntuosos banquetes y acuden al refectorio gran número de vecinos si está el convento enclavado en una población de segundo orden. Por Carnaval son todavía más espléndidos los festines, en cuyas mesas parece que la abundancia hubiese derramado cumplidamente su cuerno, a pesar de que ambas órdenes son mendicantes (57). Al sombrío silencio del claustro sucede entonces el bullicioso jolgorio del festín, y en las tétricas bóvedas resuenan cantos muy distintos de la salmodia. Termina la fiesta con un animado baile, en que para demostrar sin duda cómo el voto de castidad ha desarraigado en ellos todo apetito carnal, se presentan vestidos de mujer los monjes más jóvenes y los demás en traje de caballero seglar. No podría por menos de repugnar al lector la escandalosa escena que a todo esto se sigue. Baste decir que con frecuencia he sido espectador de semejantes saturnales (58).

El ciclo está en descenso, y a medida que desciende, la naturaleza física y pasional del hombre cobra mayores bríos a costa del Yo superior (59).

Seguramente que apartaremos disgustados la vista de esa farsa religiosa llamada cristianismo moderno, para convertirla a las nobles creencias de la antigüedad.

En el *Libro de los Muertos*, que Bunsen califica de "inestimable y misterioso libro", leemos un discurso que se supone dirigido por el difunto en representación de Horus, enumerando todo cuanto ha hecho por su padre Osiris. Entre otras cosas, dice el dios:

30. Yo te di el *espíritu*.
31. Yo te di el *alma.*
32. Yo te di el *cuerpo* (la fueza).

En otro pasaje, la entidad a que el difunto llama “Padre” representa el espíritu humano, pues el versículo dice:

Yo llevé a mi alma a que hablase con su *Padre*, con su Espíritu (60).

Los egipcios creían que su *Ritual* era de inspiración divina, lo mismo que para los induístas lo son los *Vedas* y la *Biblia* para los judíos. Según Bunsen y Lepsius, la palabra *hermético* equivale a *inspirado*, porque Thoth, la Divinidad en persona, revela a sus elegidos los arcanos de las cosas divinas, de modo que en los libros heméticos hay pasajes enteros que los egipcios suponían “escritos por el mismo dedo de Thoth” (61).

Por su parte dice Lepsius:

En un período posterior es todavía más distinguible el carácter hermético de estos libros, pues en la inscripción grabada sobre un ataúd correspondiente a la vigesimosexta dinastía, anuncia Horus al difunto que el mismo Thoth le ha traído los libros de su palabra divina o Escrituras herméticas (62).

EL HOMBRE SEGÚN LOS EGIPCIOS

Sabido que Moisés era sacerdote egipcio, o por lo menos que estaba iniciado en la doctrina esotérica, no es maravilla que dijese:

Y el señor me dio dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios (63).

Y dio el Señor a Moisés las dos tablas del testimonio, que eran de piedra, escritas con el dedo de Dios (64).

La filosofía religiosa de los egipcios consideraba en el hombre tres principios fundamentales: cuerpo, alma y espíritu; pero además lo consideraban formado de seis elementos componentes, conviene a saber: *kha*, cuerpo físico; *khaba*, cuerpo astral; *ka*, principio de vida o alma animal; *akh*, mente concreta; *ba*, alma superior; *sah*, principio cuyas funciones no comenzaban hasta después de la muerte física.

Durante el período de purificación, el alma visita con frecuencia el momificado cadáver de su cuerpo físico, hasta que, ya purificada del todo, se absorbe en el Alma del mundo, convirtiéndose en un dios menor subordinado al dios mayor Phtah (65), el Demiurgo egipcio o Creador del mundo material, equivalente al Elohim bíblico. Según el *Ritual* egipcio, el *alma* purificada y unida al superior e *increado* espíritu, queda más o menos expuesta a la tenebrosa influencia del dragón Apofis. Si alcanzó el conocimiento final de los misterios celestiales e infernales, es decir, la gnosis consiguiente a su perfecta identidad con el espíritu, triunfará de sus enemigos; de lo contrario, ha de quedar sujeta a la *segunda muerte* (66).

De conformidad con esta doctrina, dice alegóricamente el evangelista San Juan:

Y el diablo que los engañaba fue metido en el estanque de fuego y azufre... Y el infierno y la muerte fueron arrojados en el estanque del fuego. Ésta es la muerte segunda (67).

Esta segunda muerte es la desintegración paulatina del cuerpo astral, cuya materia se restituye a su originario elemento, según hemos expuesto ya repetidamente; pero puede

eludirse tan terrible experiencia por el conocimiento del *Nombre* misterioso, llamado la *Palabra* por los cabalistas (68).

Pero ¿qué castigo llevaba aparejada la negligencia en el conocimiento de la Palabra? El hombre de pura y virtuosa vida no ha de temer castigo alguno, pues tan sólo queda sujeto a una detención en el mundo astral, hasta que esté bastante purificado para recibir la Palabra de su Señor espiritual, perteneciente a la poderosa Hueste; pero si durante la vida prevalece la naturaleza animal, queda el alma más o menos inconsciente del espíritu, según el grado de sensibilidad cerebral y nerviosa, hasta que más o menos tarde acaba por olvidarse de su divina misión en la tierra. Porque si a manera del *vurdalak* o vampiro de la leyenda servia, el cerebro se nutre y vigoriza a expensas del espíritu, la ya semi-inconsciente alma queda embriagada con los vapores de la vida terrena, pierde toda esperanza de redención y es incapaz de vislumbrar el brillo del espíritu y de oír las admoniciones de su "ángel custodio", de su "dios". Entonces convierte el alma sus anhelos a la mayor plenitud de la vida terrestre, con lo que únicamente puede descubrir los misterios de la naturaleza física. Todas sus penas y alegrías, esperanzas y temores se contraen a las vicisitudes de la vida mundana y rechaza cuanto no puede percibir por sus órganos de actuación sensoria. Poco a poco va muriendo el alma hasta su completa aniquilación, lo cual ocurre a veces muchos años antes de morir el cuerpo físico, en cuyo principio vital ha quedado ya absorbida el alma cuando llega la hora de la muerte. El único residuo de la entidad humana en semejantes circunstancias es un cadáver astral a manera de bruto o idiota, que impotente para elevarse a más altas regiones, se disuelve en los elementos de la atmósfera terrestre.

HOMBRES DESALMADOS

Los videntes, los justos, cuantos lograron el supremo conocimiento del verdadero hombre, recibieron enseñanzas divinas en sueños (69) o por otros medios de comunicación. Auxiliados por los espíritus puros que moran en las regiones de eterna bienaventuranza, predijeron los videntes el porvenir y previnieron a la humanidad contra futuras contingencias. Aunque el escepticismo se burle de estas afirmaciones, están corroboradas por la *fe* basada en el *conocimiento* espiritual.

En el ciclo que atravesamos menudean los casos de muerte de almas y a cada punto tropezamos con gentes desalmadas. No es, por lo tanto, extraño que Hegel y Schelling hayan fracasado en su tentativa de planear un abstracto sistema metafísico, cuando hombres que de cultos se precian niegan de plano contra toda evidencia los palpables fenómenos espiritistas que ocurren todos los días y a toda hora. Si los materialistas niegan lo concreto, menos dispuestos todavía estarán para aceptar lo abstracto.

Al comentar el *Ritual* egipcio, dice Champollión (70) queen uno de los capítulos se leen misteriosos diálogos entre el alma y diversas Potestades. Uno de estos diálogos da valiosa prueba de la eficacia de la Palabra. La escena ocurre en la "Cámara de las Dos Verdades", cuyos diversos elementos constitutivos, tales como el "Portal" y la "Cámara de la verdad", se alegorizan prosopopéyicamente para hablar con el alma que solicita entrada y todos se la niegan si no pronuncia los nombres misteriosos. Ningún estudiante de esoterismo dejará de reconocer la identidad de estos nombres del *Ritual* egipcio con los de los *Vedas*, la *Kábala* y los últimos textos induístas.

Magos, cabalistas, místicos, neoplatónicos, teurgos (71), samanos, brahamanes, budistas y lamas conocieron y confesaron en toda época la potencia subyacente en estos varios nombres, cuya virtud dimana de la única e inefable Palabra (72).

Los cabalistas relacionan misteriosamente la virtud de la *fe* con esta Palabra, y lo mismo hicieron los apóstoles, apoyados en las siguientes de Jesús:

Porque en verdad os digo que si tuvierais fe, cuanto un grano de mostaza..., nada os será imposible (73).

A lo que añade San Pablo:

Cerca está la palabra en tu boca y en tu corazón. Ésta es la palabra de fe que predicamos (74).

Sin embargo, aparte de los iniciados, ¿quién puede envanecerse de conocer su verdadero significado?

Lo mismo que en la antigüedad, es necesaria la *fe* para creer en los milagros bíblicos; mas para operarlos es indispensable el conocimiento esotérico de la Palabra. El doctor Farrar y el canónigo Westcott dicen a una voz que si Cristo no hubiese obrado milagros no serían los evangelios dignos de fe; pero aun suponiendo que los obrase, ¿fuera prueba bastante para creer en relatos no escritos de su mano ni dictados por él? Por otra parte, semejante argumento podría aducirse con igual valía para demostrar que los milagros obrados por taumaturgos de religión distinta a la cristiana atestiguan la veracidad de sus respectivas Escrituras, con lo que se viene a reconocer la igualdad entre los libros canónicos del cristianismo y del budismo, pues también estos relatan estupendos prodigios. Además, la razón de que ya no haya taumaturgos cristianos es que han perdido la Palabra; pero si los viajeros no se han puesto de acuerdo para mentir en este punto, hay lamas tibetanos y talapines siameses muy capaces de obrar prodigios mucho mayores que los del *Nuevo Testamento*, sin atribuirlos a permisión divina ni a quebranto de las leyes naturales. El cristianismo contemporáneo da pruebas de estar tan mortecino en la fe como en las obras, mientras que el budismo rebosa de vida y la demuestra en obras.

MILAGROS BUDISTAS

La autenticidad de los milagros budistas tiene por apoyo la propia confesión de los misioneros católicos, quienes, en la imposibilidad de negar la experiencia, se han visto precisados a cohonestarlos diciendo que eran obra del diablo (75). Tan sorprendidos quedaron los jesuitas al presenciar los prodigios de aquellos verdaderos siervos de Dios, que arteramente se disfrazaron algunos de lamas y talapines (76), para embaucar al vulgo crédulo en vista de que se les escapaba de sus cristianas redes, hasta que se descubrió la impostura. A pesar de todo, pretendieron los jesuitas de Caen justificar este proceder de los misioneros, diciendo que “así como el sirio Naaman no disimuló su fe al doblar la rodilla con el rey en la casa de Rimmon, tampoco los padres de la Compañía de Jesús la disimulan cuando adoptan la regla y visten el hábito de los talapines de Siam” (77).

Con la misma fe que en los comienzos del período védico se cree hoy en la potencia subyacente de los *mantras* y en el *Vâch* de los induístas. El Nombre inefable de toda religión es idéntico al que los masones forman con los nueve caracteres emblemáticos de los nueve nombres con que los iniciados conocían a la Divinidad. sin duda alguna que los humildes e ignorantes paganos aventajan a los altos dignatarios y caballeros Zadoch de los grandes orientes de Europa y América en el conocimiento de la creadora Palabra trazada por Enoch en los dos deltas de oro purísimo, sobre los cuales grabó dos de los misteriosos caracteres. Pero no comprendemos por qué los compañeros del Arca Real han de lamentar tan de continuo y tan amargamente su pérdida. Esta palabra de **** está compuesta exclusivamente de consonantes, por lo que dudamos de que ninguno de ellos haya aprendido a pronunciarla, ni tampoco aprendiera aunque en vez de corromperla la hubiesen “sacado a la luz de las bóvedas secretas”.

Se cree que el nieto de Cam condujo al país de Mizraim el delta sagrado del patriarca Enoch, y por lo tanto, únicamente puede encontrarse en Egipto y países de Oriente la Palabra sagrada; pero teniendo en cuenta que tanto amigos como enemigos han divulgado los más importantes secretos de la masonería, no será malicia ni animosidad decir que desde la infausta catástrofe de los templarios ninguna logia masónica de Europa, ni mucho menos de América (78), ha sabido nada digno de permanecer oculto. Los furiosos ataques de católicos y protestantes contra la masonería resultan tan ridículos como la afirmación del abate Barruel al decir que los actuales francmasones descienden de los templarios suprimido en 1314. En sus *Memorias del jacobinismo*, el citado abate, testigo presencial de la Revolución francesa, trata extensamente de los rosacruces y otras comunidades masónicas; pero la circunstancia de atribuir a los templarios la paternidad de los modernos masones y de achacarles la perpetración de todos los crímenes políticos, demuestra cuán poco enterado estaba de esta cuestión y cuán ardientemente deseaba poner a los masones como cabeza de turco donde descargar la culpabilidad de los golpes que asestaba desde la sombra la Compañía de Jesús, en cuyos tenebrosos conventículos se han fraguado multitud de crímenes políticos.

Las acusaciones contra los masones no tuvieron otro fundamento que simples conjeturas insinuadas por la premeditada intención de envilecerlos. Ninguna prueba concluyente de culpabilidad se ha podido aducir, y el mismo asesinato de Morgan fue un pretexto de que los farsantes de la política se aprovecharon con fines electorales (79). En cambio, los jesuitas, no sólo toleraron sino que aun indujeron en ciertos casos al regicidio y al crimen de lesa patria (80).

APOLOGÍA DEL REGICIDIO

Dice acerca de este asunto el P. Manuel Sa:

> La rebelión de un eclesiástico contra el rey no es crimen de lesa majestad, porque los eclesiásticos no son súbditos del rey (81).

Añade el P. Juan Bridgewater:

> No solamente es lícito a los súbditos, sino que se les requiere como exigido deber a que nieguen obediencia y rompan la fidelidad al príncipe siempre que así lo ordene el Vicario de Cristo, soberano pastor de todas las naciones de la tierra (82).

El P. Juan de Mariana va todavía más lejos al decir:

> Si las circunstancias lo exigieran, será lícito aniquilar con la espada al príncipe que haya sido declarado enemigo público... No creo que obre mal quien satisfaciendo a la opinión pública atente contra la vida de tal príncipe, pues no solamente es acción lícita sino loable y gloriosa (83).

Pero la más delicada muestra de sus cristianas enseñanzas nos las da el propio P. Mariana en otro pasaje de la obra precedentemente citada, que dice así:

> Soy de opinión que al enemigo no se le debe envenenar con drogas ni ponerle ponzoña en la comida o bebida; pero con todo, será lícito este procedimiento en el caso de que tratamos, pues quien matase al tirano sería sumamente favorecido y alabado, porque acción gloriosa es exterminar de la sociedad civil a esta raza dañina y pestilente. Y así no conviene forzar a quien haya de morir por tirano a que él mismo tome el veneno interiormente, sino que sin su intervención se lo aplique otra persona

externamente, pues cuando el veneno tiene mucha fuerza, basta que se derrame por el asiento o por los vestidos para quitar la vida (84).

No es extraño que, según afirma Pasquier, atentase de este modo el jesuita Walpole contra la reina Isabel de Inglaterra (85).

Burton Robertson, catedrático de historia contemporánea en la universidad de Dublin, dio en 1862 una serie de conferencias sobre: *La masonería y sus peligros*, en las que por todo apoyo recurrió al abate Barruel (86) y a Robinson (87), pues ya es costumbre en todo campo recibir fruiciosamente al desertor del contrario y absolverle de toda culpa.

Por otra parte, la Asamblea antimasónica celebrada en los Estados Unidos el año 1830 aceptó por razones políticas aquella jesuítica proposición de Puffendorf, según la cual "a nada obligan los juramentos absurdos e impertinentes ni tampoco los que Dios no acepta" (88). Pero todo hombre honrado rechazará, seguramente, tan burdo sofisma, convencido de que el código del honor humano obliga infinitamente más que cualquier juramento prestado sobre la Biblia, el Corán o los Vedas.

Los esenios jamás juraban sobre cosa alguna; pero su *sí* y su *no* valía más que un juramento. Así, es muy extraño que naciones tituladas cristianos hayan establecido el juramento obligatorio en los tribunales civiles y eclesiásticos en diametral oposición al divino mandamiento (89). Por nuestra parte opinamos que no sólo es absurdo sino anticristiano sostener que un juramento no obliga si Dios no lo acepta, pues ningún hombre, por infalible que sea, puede penetrar el pensamiento de Dios (90). Únicamente la tendenciosa conveniencia puede dar la explicación de semejante despropósito.

Ningún juramento tendrá fuerza bastante para ligarnos, hasta que se universalice la convicción de que la humanidad es el más sublime reflejo del Supremo Ser en la tierra y todo hombre una encarnación de Dios; hasta que el sentimiento de responsabilidad personal esté tan vigorizado en el hombre, que repugne el perjurio como el mayor agravio inferido a sí mismo y a sus semejantes. La palabra de honor obliga a cuanto hoy no puede obligar el juramento.

SOFISMAS ANTIMASÓNICOS

Resulta, por consiguiente, un abuso de confianza pública apoyarse, como Robertson lo hizo en sus conferencias, en parciales y tendenciosos testimonios. No es, según dicen ellos, "el malicioso espíritu de la masonería en cuyo corazón se acuñan las calumnias", sino el del clericalismo católico y sus corifeos. Ninguna confianza merece el hombre que intente conciliar el honor con el perjurio.

Clamorosamente presume el siglo XIX de mayor civilización que los precedentes, y más clamorosa es todavía la presunción clerical de que el cristianismo redimió al mundo de la idolatría y de la barbarie. Pero ni el siglo ni la Iglesia tienen razón, según hemos visto en el transcurso de esta obra. La luz del cristianismo sólo ha servido para alumbrar la hipocresía y los vicios estimulados por sus tergiversadas enseñanzas (91) y para poner de relieve cuánto nos aventajaban los antiguos en el concepto del honor. La errónea doctrina de la redención y el continuo insistir del clero en la fragilidad del hombre y su completa subordinación a los designios de la Providencia han desvanecido en el cristiano el sentimiento del propio respeto y de la confianza en sí mismo, hasta el punto de que entre los llamados impíos e incrédulos han de buscarse los hombres de recia voluntad y carácter entero.

Cuéntase de Hiparco que, desesperado por la vergüenza y oprobio resultantes de su perjurio, dióse la muerte, y tan odiosa memoria dejó entre las gentes, que nadie sepultó su cadáver, tendido a orilla del mar en la isla de Samos (92). Esto sucedía en tiempos del paganismo; pero en nuestros días los noventa y seis delegados asistentes al congreso

antimasónico de los Estados Unidos (93) demandan por una parte el respeto debido a honrados caballeros, y por otra aducen jesuíticos sofismas contra la validez del juramento masónico. El Congreso, apoyado, según decían, en “las más eminentes autoridades de filosofía moral y en los *inspirados* (94) autores que escribieron antes de existir la masonería”, resolvió que como “el juramento es un convenio entre el hombre por una parte y el supremo Juez por otra, y siendo todos los masones infieles, y por lo tanto indignos de la confianza social, forzosamente han de ser sus juramentos ilegales y sin obligación ninguna" (95).

Pero volviendo a los cargos que contra la masonería acumula Robertson en sus *Conferencias*, vemos que principalmente les acusa de no creer en un Dios personal (96) y de que presumen poseer el secreto de mejorar a los hombres y hacerlos con él más dichosos que con sus doctrinas la Iglesia apostólica. Aunque esta doble acusación tuviese algo de verdad, denotaría que los masones se han apartado del Cristo mítico y del bíblico Jehovah; pero en sus dos extremos es tan malévola como absurda, según veremos.

No nos mueve ningún sentimiento personal en estas consideraciones sobre la masonería, cuyos originarios estatutos respetamos profundamente (97); pero combatimos la adulteración de principios en que modernamente ha degenerado por intrigas de los cleros católico y protestante. La masonería presume de ser la más pura organización democrática y está monopolizada por los plutócratas y los ambiciosos. Se presenta como maestra de la verdadera ética y es en realidad la propagandista de la teogonía antropomórfica. En el primer grado de iniciación oye el aprendiz de labios del venerable que toda categoría social se queda a las puertas de la logia, pues allí todos son hermanos sin distinción entre el monarca y el mendigo; pero en la práctica es la masonería servil cortesana de cualquier regio vástago que con propósito de valerse de ella para fines políticos se digne ponerse el un día simbólico vellocino.

DEGENERACIÓN DE LA MASONERÍA

De la decadencia de la masonería podemos juzgar por lo que dice Yarker:

> Nada perdería la asociación masónica si adoptara una más elevada norma de compañerismo y moralidad con exclusión de todo boato y de cuanto lleva en sí fraudes, imposturas, concesión de grados y otros abusos inmorales... Tal como está hoy gobernada la confraternidad masónica, va convirtiéndose rápidamente en el paraíso de la buena vida, del caritativo hipócrita que olvidando el consejo de San Pablo decora su pecho con la “joya de la caridad”, y en cuanto obtiene la “púrpura” desdeña a sus hermanos más capaces aunque menos ricos. Tal es el fabricante de mezquino oropel masónico, el ruin mercader que estafa a miles de incautos prevalido de las dúctiles conciencias de los pocos que hacen caso de sus O. B. Tales son los “emperadores” masónicos y otros charlatanes que obtienen poderío y riquezas gracias a los pujos aristocráticos con que captan la voluntad del vulgo... Creemos haber apuntado suficientemente la relación de los ritos masónicos con los de la antigüedad, así como la pureza del rito templario inglés de siete grados, del que derivaron espuriamente muchos otros (98).

No es nuestro intento revelar secretos que hace tiempo divulgaron masones perjuros, pues todo cuanto de esencial haya en los símbolos, ritos y consignas que hoy emplea la masonería, lo conocen las hermandades orientales, aunque no exista entre éstas y aquélla comunicación alguna (99).

Pero si algunos masones han aprendido un tanto de la masonería esotérica, gracias al estudio de libros herméticos y de su trato personal con “hermanos” del remoto Oriente, no ocurre lo mismo con la generalidad de masones norteamericanos, a quienes conviene advertir que ha llegado el tiempo de restaurar la masonería y restituirla a los límites que le señalaron las primitivas hermandades, con cuyo espíritu se envanecían en el siglo XVIII los fundadores de la

masonería puramente especulativa. Desde entonces ya no hay secretos masónicos, pues la Orden va convirtiéndose en una asociación degradada por gentes egoístas y malévolas.

El Consejo supremo del rito antiguo y aceptado, reunido recientemente en Lausana, se pronunció en contra de la impía creencia en un Dios personal con atributos humanos, en la siguiente declaración: "La masonería proclama, como viene proclamando desde su origen, la existencia de un Principio creador denominado el "Gran Arquitecto del universo". de esta declaración protestó una exigua minoría de masones, diciendo que "la creencia en un Principio creador no satisface ni equivale a la creencia en Dios que la masonería exige de todo candidato".

Esta opinión, por entero favorable al concepto del Dios personal, tuvo en su apoyo al general Alberto Pike, una de las mayores autoridades de la masonería norteamericana, quien dice:

> No es un término nuevo sino renovado el del Principio creador. nuestros numerosos y formidables adversarios dirán con razón que ese Principio creador es idéntico al Principio generador de los indos y egipcios, simbolizado antiguamente en el *Linga*... Si aceptáramos este Principio en vez de un Dios personal, equivaldría a *renegar del cristianismo y del culto de Jehovah* para volver a revolcarnos en las pocilgas paganas (100).

¿Son acaso más limpias las del jesuitismo? La alusión a los "numerosos y formidables enemigos" lo explica todo, pues no hay para qué decir que son los católicos y parte de los presbiterianos reformados. En vista de lo que masones y antimasones dicen unos de otros, cabe la duda de qué bando teme más al contrario, aunque no vale la pena atacar a una asociación que, como la masonería, no se atreve a tener creencias propias por temor de suscitar querellas. Si los juramentos masónicos significaran algo y las penas con que se conmina a los perjuros no fuesen irrisorias, ¿cómo podrían enterarse los profanos de lo que ocurre puertas adentro de la logia? El "hermano terrible" resulta tan bufo como el general *Bum-Bum* de Offenbach, y los millones de afiliados que se extienden por el mundo poco valen si no aciertan a mantenerse unidos parra desafiar a sus adversarios. Parece como si el "místico nudo" estuviese atado con cordeles de arcilla y la masonería fuera un juguete a propósito para satisfacer la vanidad de unos cuantos dignatarios que se complacen en ostentar insignias y bandas. ¿Acaso es su autoridad tan falsa como su antigüedad? Así parece en efecto; pero como también las pulgas tienen sus pulgas, hay en la América del Norte católicos alarmistas que intentan asustar a los masones amenazándoles con la unión de la Iglesia y el Estado bajo el patronato de Roma, como última y lógica consecuencia del desenvolvimiento de los principios protestantes. Viene esto a propósito de que el secretario de Marina R. W. Thompson publicó recientemente una obra titulada: *El papado y el poder civil*, cuya corrección de lenguaje no merecía ciertamente la dureza con que le atacaron, primero un sacerdote católico de Washington y después el jesuita Weninger, quien derrama sobre el autor toda una redoma de iracundia que parece destilada en las bodegas del Vaticano, según se infiere de las siguientes palabras:

INTEMPERANCIAS DE WENINGER

> Las afirmaciones de Thompson respecto al forzoso antagonismo entre la Iglesia católica y las libres instituciones del país, denotan ciega audacia y deplorable ignorancia. El autor prescinde de la lógica, de la historia, del sentido común y de la caridad, y aparece ante el leal pueblo norteamericano como un hipócrita de menguada inteligencia. Ninguna persona culta se atrevería a repetir las manoseadas calumnias tantas veces controvertidas... En réplica a la acusación que de enemiga de la libertad lanza contra la Iglesia, le diré que si este país se convirtiese algún día al catolicismo o si los

católicos por estar en mayoría se apoderaran del gobierno, se desenvolverían ampliamente los principios constitucionales y quedarían verdaderamente *unidos* en todos los Estados de la república. Entonces viviría el pueblo en armónica paz al amparo de la única fe, y todos los corazones latirían al unísono en el amor de la patria, henchidos de caridad e indulgencia para con sus mismos calumniadores... Puede mandar el autor su libro al zar de Rusia y al emperador de Alemania por ver si en premio le nombran caballero de las órdenes de San Andrés y del Águila Negra; pero de los patriotas norteamericanos de claro entendimiento no espere otra condecoración que la del desprecio. Mientras palpiten los corazones americanos al calor de la sangre de nuestros padres, serán inútiles los esfuerzos de Thompson y de cuantos le secunden. Los genuinos norteamericanos protegerán siempre a la Iglesia católica, *y por último se unirán a ella*... Soltamos el libro que acabamos de refutar como se arroja una piltrafa a los cernícalos de Texas, es decir, a los que se regodean con la hediondez de la mentira y la calumnia (101).

Mientras los norteamericanos quedan advertidos para entrar en el seno de la Iglesia católica, nos complacemos en saber que un tan conspicuo masón como León Hyneman (102) ha combatido durante treinta años la tendencia de erigir en dogma masónico el concepto de un Dios personal, diciendo a este propósito:

En vez de desenvolverse la masonería al compás del progreso científico y de la mentalidad general, se ha desviado de sus primitivos propósitos de confraternidad y toma notoriamente matiz sectario. Así se infiere con toda evidencia del empeño con que mantiene en su ritual las sectarias innovaciones en él introducidas... Parece como si la masonería de este país se mostrase tan indiferente a la antigua índole de la Orden como lo fueron en el siglo pasado los masones adheridos a la Gran logia de Londres (103).

La Orden del Temple fue la última sociedad secreta que poseyó colectivamente algunos de los misterios orientales, aunque tanto en el siglo pasado como en nuestros días hubo, y tal vez hay, “hermanos” aislados que fiel y secretamente trabajaban bajo la dirección de las fraternidades orientales y que al afiliarse a alguna asociación masónica de Europa la instruyeron en todo lo que de importante han sabido los masones, lo cual explica la analogía entre los Misterios de la antigüedad y los grados superiores de la masonería. Estos misteriosos hermanos jamás descubrían, ni aun entre sí, los secretos de la asociación a que se afiliaban, pues eran mucho más sigilosos que los mismos masones, y cuando consideraban a alguno de estos digno de su confianza le iniciaban secretamente en los misterios orientales, sin que los otros supieran ni una palabra más de lo que sabían.

Nadie ha podido sorprender la actuación de los rosacruces, cuyo organismo y finalidad son todavía, como siempre lo fueron, desconocidos para el mundo, y más particularmente para su enconado enemigo el clericalismo, a pesar de los supuestos descubrimientos de cámaras secretas, velarios llamados “T” y fósiles caballeros de lámparas perpetuas, y a pesar también de las engañosas confesiones que el tormento arrancaba a los teósofos, alquimistas, cabalistas, fingidos templarios y falsos rosacruces que murieron en la hoguera.

LOS MODERNOS TEMPLARIOS

En cuanto a los modernos caballeros templarios y a las logias masónicas que pretenden descender directamente de la antigua Orden del Temple, no poseen ni poseyeron nunca ningún secreto peligroso para la Iglesia, cuya persecución contra ellos tuvo desde un principio apariencias de farsa, pues, según dice Findel, los grados escoceses, o sea la ordenación templaria, data tan sólo de los años 1735 a 1740, y *siguiendo sus tendencias católicas, establecieron su residencia principal en el colegio de jesuitas de Clermont, en París*, por lo que se le denominó rito de Clermont.

El actual rito sueco tiene también algo del elemento templario, pero está libre de la influencia jesuítica y no se entremete en política (104).

Sobre la presumida filiación de los actuales caballeros templarios dice Wilcke:

> Los actuales caballeros templarios de París pretenden descender directamente de la antigua Orden y tratan de probarlo por medio de sus reglas internas, enseñanzas secretas y otros documentos. Según Foraisse, la masonería nació en Egipto y Moisés comunicó sus enseñanzas a los hebreos, Jesús a los apóstoles, y pro este camino llegaron hasta los templarios. Todas estas invenciones necesitan los templarios parisienses para apoyar su pretensión sin que las apoye la historia, pues todo este artificio se tramó en el capítulo superior de Clermont al amparo de los jesuitas, que por entonces contaban con el favor de los Estuardos.

De aquí que el obispo Gregoire (105) y Münter (106) se declaren en pro de los actuales templarios.

Entre estos y los antiguos no hay a lo sumo otra analogía que la adopción de ciertos ritos y ceremonias de índole eclesiástica, astutamente incorporadas por el clero a la antigua Orden, que desde entonces fue perdiendo la primitiva sencillez de carácter hasta su total ruina.

La Orden del Temple fue instituida el año 1118 por Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer con el aparente propósito de proteger a los peregrinos de Jerusalén, pero con el verdadero objeto de restaurar el primitivo culto secreto. Teocletes, sumo sacerdote de los nazarenos juanistas, instruyó a Hugo de Payens en la verídica historia de Jesús y del cristianismo primitivo, y posteriormente otros dignatarios de la misma secta le iniciaron en sus misterios (107). Su oculto designio era libertar el pensamiento y restaurar la religión única y universal. En un principio hacían voto de pobreza, castidad y obediencia, de suerte que fueron los verdaderos discípulos del Bautista, que se alimentaba en el desierto de langostas y miel silvestre. Tal es la verdadera y tradicional versión cabalística.

Es un error creer que la Orden de los templarios no se declaró contra el dogma católico hasta sus últimos tiempos, pues desde un principio fue herética en el sentido que la Iglesia da a esta palabra. La cruz roja sobre manto blanco simbolizaba, como entre los iniciados de los demás países, los cuatro puntos cardinales del universo (108). Cuando más tarde tomó la Orden carácter de logia y comenzaron las persecuciones, hubieron de reunirse los templarios muy secretamente en la sala capitular, y para mayor seguridad en cuevas o chozas levantadas en medio de los bosques, con objeto de practicar las ceremonias propias de su institución, al paso que en las capillas públicas celebraban el culto católico.

Aunque eran infamemente calumniosas la mayor parte de las acusaciones levantadas contra los templarios a instigación de Felipe IV de Francia, había fundamento para inculparles de herejía, según el criterio dogmático de la Iglesia romana. Los actuales templarios no pueden conciliar su fe en la Biblia con la pretensión de ser directos descendientes de aquellos nazarenos que no creían en la divinidad ni en la misión redentora de Cristo ni en sus virtudes taumatúrgicas ni en los principales dogmas católicos, como la transubstanciación, los santos, las reliquias y el purgatorio. El Cristo era para los nazarenos un falso profeta; pero a Jesús lo respetaban como hermano. San Juan Bautista era su Maestro; pero nunca le tuvieron en el concepto que lo tiene la Biblia. Por otra parte, respetaban las doctrinas de la alquimia, astrología y magia, así como los talismanes cabalísticos y seguían las enseñanzas de sus jefes.

Sobre el particular dice Findel:

> En el siglo pasado, cuando la masonería se consideraba engañosamente hija de los templarios, era muy difícil creer en la inocencia de esta Orden, pues se acumularon contra ella multitud de patrañas e imputaciones no comprobadas, con deliberado propósito de sofocar la verdad. Los masones,

admiradores de los templarios, recogieron la documentación del proceso, publicada por Moldenwaher, en donde se probaba la culpabilidad de la Orden (109).

LOS CABALLEROS DE MALTA

Esta culpabilidad consistía únicamente en su discrepancia de los dogmas de la Iglesia romana. Mientras los verdaderos "hermanos" sufrían muerte ignominiosa, los hermanos espurios formaron una secuela de los jesuitas, por lo que los masones sinceros deben rechazar con horror toda relación con ellos, dejándolos solos con su ascendencia.

Dice sobre la materia el comandante Gourdin:

> Los caballeros de San Juan de Jerusalén, llamados también hospitalarios y de Malta, no eran masones sino que, por el contrario, parecen haber sido enemigos de la masonería, porque el año 1740 el Gran maestre de la Orden de Malta ordenó publicar en esta isla la bula pontificia de Clemente XII y prohibió bajo severas penas las reuniones masónicas. Con este motivo se marcharon de la isla algunos caballeros y muchos ciudadanos, y al año siguiente, 1741, la Inquisición empezó a perseguir a los masones. Seis caballeros fueron desterrados perpetuamente de la isla por haber asistido a una reunión masónica. Al revés de los templarios, no tenían los caballeros de Malta ceremonia secreta para el ingreso den la Orden, y por esto le fue imposible a Reghellini procurarse un ejemplar del ritual secreto, pues no le había (110).

Sin embargo, los masones caballeros templarios comprenden tres grados: Rosacruz, Templario y de Malta (111). Así es que no pueden envanecerse los caballeros templarios de la herencia recibida de los jesuitas, pues no tienen más remedio que aceptar la descendencia de los primitivos herejes y anticristianos cabalistas templarios, o confesar su filiación jesuítica y tender sus cuadriculadas alfombras sobre la plataforma del ultramontanismo. De lo contrario, no pasarán de pura pretensión sus alegaciones.

La pseuda y clerical orden de los templarios tuvo origen en Francia al amparo de los adictos a los Estuardos, según afirma Dupuy; y como sus favorecedores no han perdonado medio para encubrir su procedencia jesuítica, no es extraño que un autor anónimo (112) se esfuerce en defender a los templarios de la inculpación d herejías, con lo que despoja a aquellos mártires del librepensamiento de la aureola de respeto que se habían aquistado.

La falsa orden de los templarios se fundó en París el 4 de Noviembre de 1804 con una constitución amañada al efecto, y desde entonces ha venido contaminando a la masonería legítima, según declaran los más conspicuos masones. La *Carta de transmisión* (113) tiene visos de tan remota antigüedad, que, según confiesa Gregoire (114), le hubiera bastado este documento para desvanecer toda duda respecto a la procedencia de la orden (115).

El jesuita conde de Ramsay fue el primero en exponer la idea de que los templarios se habían refundido con los caballeros de Malta. Dice a este propósito:

> Nuestros ascendientes los cruzados se reunieron en Tierra Santa desde todos los puntos de la cristiandad y resolvieron constituir una fraternidad que comprendiese a todas las naciones, con objeto de que ligadas en corazón y alma se mejoraran mutuamente y pudiesen con el tiempo representar un solo pueblo intelectual.

LOS TEMPLARIOS BASTARDOS

Por esta razón se unieron los templarios a los caballeros de San Juan, quienes constituyeron una hermandad masónica denominada "Masones de San Juan". En el *Sello rasgado* (1745) se lee la siguiente impudentísima falsedad, digna de los hijos de Loyola: "Las

logias estaban dedicadas a San Juan, porque cuando las guerras santas de Palestina los caballeros masones se refundieron con los caballeros de San Juan".

Según afirma Thory, el año 1743 se inventó en Lyon el grado de caballero Kadosh, que simboliza la venganza de los templarios. Sobre lo cual dice Findel:

> La orden del Temple fue abolida en 1311, y los caballeros se vieron en la precisión de secularizarse en 1740 por no serles posible mantener su unión con la orden de San Juan de Malta, algunos de cuyos individuos habían sido desterrados de la isla por masones, pues la orden estaba entonces en la plenitud de su poderío y bajo la soberanía del romano pontífice.

Por su parte, Clavel, una de las más prestigiosas autoridades de la masonería, añade a este propósito:

> Es evidente que la orden francesa de los caballeros templarios no remonta más allá de 1804, y que en manera alguna puede titularse sucesora de la sociedad denominada: *Resurrección de los Templarios* ni tampoco ésta se dilata en su origen a la genuina y primitiva orden del Temple.

Así vemos que los templarios bastardos forjan en el año 1806 en París, bajo la dirección de los jesuitas, el famoso *Estatuto Larmenio*, y veinte años más tarde, ya constituidos en asociación tenebrosa, mueven manos asesinas contra uno de los más nobles príncipes de Europa, cuya muerte quedó en el misterio por intrigas políticas con afrenta de la verdad y la justicia. Este príncipe, afiliado a la masonería, fue el postrer depositario de los secretos de los legítimos caballeros templarios, que durante cinco siglos habían eludido toda indagación y celebrado reuniones trienales en Malta (116), mientras los falsos templarios, los caballeros papistas, dormían tranquilamente, sin remordimiento de sus crímenes.

Dice a este punto Rebold:

> Y a pesar de todo, no obstante el embrollo que los jesuitas armaron de 1763 a 1772, sólo habían logrado entre sus diversos propósitos el de *desnaturalizar y desprestigiar la institución masónica*, y para complementar su disolvente labor organizaron una orden titulada: *Oficialidad de los templarios* en confusa amalgama del espíritu de las cruzadas con las quimeras de los alquimistas, que estuvo desde un principio supeditada al clericalismo y se movió como sobre las ruedas representativas del propósito que presidiera la fundación de la Compañía de Jesús (117).

De aquí que, a pesar del origen precristiano de la masonería, se hayan incorporado todos sus ritos y símbolos al cristianismo y de que éste le haya comunicado su sabor, pues antes de que el neófito sea admitido en la logia ha de afirmar su creencia en un Dios personal (118) y asimismo en Cristo con relación a los grados del Campamento, mientras que los primitivos templarios creían en el desconocido e invisible Principio de que emanan las potestades creadoras, impropiamente denominadas *dioses*, y se atenían a la versión nazarena, según la cual fue Ben-Panther el pecador padre de Jesús, quien se proclamó "hijo de dios y del Hombre" (119). Esto da la explicación de los terribles juramentos que sobre la Biblia se exigen a los masones y de la servil analogía de sus leyendas con la cronología bíblica. Así, por ejemplo, al conferir el grado de rosacruz, forman en línea los caballeros, y al acercarse el neófito al altar procede el capitán de la guardia a proclamarlo caballero diciendo: "A la gloria del Gran Arquitecto del Universo (120), bajo los auspicios del Soberano Santuario de la antigua y primitiva masonería etc.". después, el caballero orador de la logia da un golpe y participa al neófito que las narraciones masónicas se remontan a cuarenta siglos (121) y que hacia el año 2188 antes de J. C. colonizó Mizraim el Egipto y echó los cimientos de una monarquía, cuya duración fue de 1663 años (122).

Desde luego, se echa de ver el gran error de cómputo que denota este número, aunque concuerde piadosamente con la cronología bíblica. Por otra parte, los nueve nombres míticos de la Divinidad que, según los masones, se conocieron en Egipto en el siglo XXII antes de J. C., se encuentran en monumentos de doble antigüedad, en opinión de los más notables egiptólogos, sin contar con que los masones desconocen dichos nombres.

Lo cierto es que la masonería moderna difiere muy radicalmente de la en otro tiempo secreta confraternidad universal, cuando los adoradores de Brahma, simbolizado en AUM, intercambiaban sus signos y consignas con los devotos del TUM. Entonces eran "hermanos" los adeptos de todos los países de la tierra.

EL NOMBRE MISTERIOSO

¿Cuál era, pues, aquel Nombre misterioso, aquella poderosa Palabra por cuya virtud obraban maravillas los iniciados indos, caldeos y egipcios?

Dice Horus:

> Yo conocí los espíritus de An. Por glorioso que sea, no pasa adelante si no me da la *Palabra* (123).

En otro himno, el alma transfigurada exclama:

> Abridme el camino de Rusta. Soy el Supremo Ser revestido como el Gran Ser. ¡Ya estoy aquí! ¡Ya he venido! Deliciosos son para mí los reyes de Osiris. Yo creo el agua por virtud de la *Palabra*. No he visto los secretos ocultos. Yo di verdad al sol. Soy pureza. Me adoran por mi pureza (124).

En la envoltura de una momia se lee:

> Yo soy el supremo Dios (Espíritu) existente por Sí mismo y creador de *Su nombre*... Yo conozco el nombre de este supremo Dios que está allí.

Los enemigos de Jesús le acusan de obrar milagros, y los discípulos nos lo muestran expeliendo demonios por virtud del Nombre inefable. Los fariseos creían firmemente que Jesús había hurtado del santuario el sagrado Nombre. Los discípulos delatan su creencia en el pasaje siguiente:

> Y haciéndolos presentar en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto?
>
> Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:
>
> ... Sea notorio a todos vosotros... que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno (125).

En este pasaje, el *nombre* de Jesucristo no significa su propio nombre, sino aquel otro Nombre en cuya posesión y conocimiento estaba Jesús de Nazareth por efecto de su iniciación, aunque los judíos le acusaran de haberlos sustraído. Además, Jesús afirma repetidamente que siempre obra en el Nombre del Padre y no en el suyo. Pero ¿qué masón moderno ha oído pronunciar este Nombre? El mismo rito masónico declara que lo desconocen, pues el orador le dice al neófito, en el acto de la iniciación, que las consignas recibidas en los grados precedentes son otras tantas corrupciones del verdadero nombre de Dios grabado en el triángulo y que, por lo tanto, lo substituyen con otra palabra. Lo mismo sucede en las logias azules, cuyo Maestro representa al rey Salomón y conviene con el rey Hiram en que la palabra *** substituirá a la del Maestro hasta que tiempos más sabios descubran la verdadera. De los

miles de diáconos que ayudaron a iniciar a los neófitos y de los muchos maestros que musitaron al oído del supuesto Hiram Abiffs la mística palabra que les sostenía en los cinco puntos de la hermandad, ¿quién sospechó la verdadera significación ni siquiera de esta palabra sucedánea?

EL VENERABLE "MAH"

No pocos maestros de la masonería actual supondrán que está relacionado con la "médula de los huesos", porque ignoran que el nombre del místico personaje, llamado venerable MAH por los adeptos orientales que le obedecen, es abreviatura de la primera sílaba de las tres que componen la sustituyente palabra masónica. El *Mah* vive actualmente en un lugar que tan sólo conocen los iniciados, circuido por desiertos impenetrables, que no se atreverán a cruzar los misioneros, porque están llenos de peligros que arredran a los más audaces exploradores. Sin embargo, durante siglos ha estado resonando en los oídos de los neófitos este ininteligible retintín de vocales y consonantes, como si aun tuviese virtud suficiente para desviar de su aéreo curso un vellón de cardo. Como el cristianismo, es la masonería un cadáver abandonado hace mucho por el espíritu.

A este propósito copiaremos la carta que nos envió el conspicuo masón Carlos Sotheran (126) y dice así:

Nueva York, 11 de Enero de 1877.

En respuesta a su carta, tengo mucho gusto en proporcionarle los datos que desea respecto a la antigüedad y circunstancias de la masonería actual. Mi placer es mayor al considerar que puesto pertenece V. a las mismas sociedades secretas, puede mejor apreciar la necesidad de mantenerme reservado en algunos puntos. Con mucha razón dice V. que la masonería, como las fracasadas religiones del día, tiene un pasado fabuloso. No es extraño que la Orden haya visto estorbadas sus civilizadoras funciones con menoscabo de su utilidad, por efecto de los muchos obstáculos que se le han puesto y el cúmulo de absurdas leyendas bíblicas entremezcladas con su historia. Afortunadamente, el movimiento antimasónico promovido en los Estados unidos en este mismo siglo, despertó en gran número de investigadores el deseo de indagar el verdadero origen de la Confraternidad masónica, determinando con ello una favorable reacción. El movimiento de América se propagó a Europa y en ambos continentes salieron a la defensa de la Orden masones tan conspicuos como Rebold, Findel, Hyneman, Mitchell, Mackenzie, Hugan, Yarker y otros, cuyas obras son hoy día valiosos documentos históricos, de suerte que las enseñanzas, jurisprudencia y ritual de la masonería no son ya un secreto para los profanos cuyo buen criterio les permita comprenderlas tal como están expuestas.

Acertadamente dice V. que la *Biblia* es la mayor luz de las masonerías europea y americana, pues la cosmogonía bíblica y el concepto teístico de Dios son sus piedras angulares. También parece que su cronología está basada en la de la revelación, y así afirma el doctor Dalcho que la masonería es coetánea de la creación del mundo. No es maravilla, pues, que tal o cual pundit asegure que Dios fue el primer Gran maestre y Adán el segundo, quien inició a Eva en el gran misterio, como después lo fueron las sacerdotisas de Cibeles y las señoras Kadosh. Otra autoridad masónica, el reverendo doctor Oliver, relata con toda seriedad los pormenores de una logia cuyo gran maestre era moisés y su gran diputado era Josué, y Aholíab y Bezaleel los grandes guardianes.

Como dice V. muy bien, en los misterios masónicos desempeña importante papel el templo de Salomón, que según han demostrado los arqueólogos modernos, no es ni de mucho tan antiguo como se supone y cuyo nombre denota su místico carácter, pues Salomón es palabra formada de *Sol-Om-On*, nombres del sol en tres distintos idiomas. Esta y otras fábulas, como la colonización masónica del Egipto antiguo, han atribuido a la Orden un origen que en realidad no tiene, pues las mitologías griega y romana resultarían insignificantes en comparación de cuarenta siglos de historia legendaria. Las hipótesis egipcia, caldea y otras de que se valieron los inventores de "grados elevados", han tenido su corto período de preeminencia. La última "hacha por afilar" ha sido consecutivamente la fecunda madre de la esterilidad.

Ambos estamos de acuerdo en que el antiguo sacerdocio tuvo doctrinas esotéricas y ceremonias secretas. De la hermandad de los esenios, derivada de los gimnósofos induístas, procedieron sin duda alguna las sodalias de Grecia y Roma. según las describen los autores paganos. De ellas copiaron ritos, consignas, señas, etc., las comunidades medioevales, pues así como las actuales asociaciones obreras de Londres son hijuelas de los antiguos gremios, así también los masones operativos eran trabajadores con más elevadas pretensiones. La palabra masón deriva etimológicamente de la francesa *macon* (albañil), que a su vez procede de la raíz normanda *mas* que significa *casa*. Y de la propia suerte que las citadas asociaciones londinenses concedían de cuando en cuando el título de socio libre a los extraños, también hicieron lo mismo los gremios de masones, como sucedió con Elías Ashmole, fundador del *Museo Ashmoleano*, que fue recibido en la comunidad de Warrington el 16 de Octubre de 1646. El ingreso de estos masones libres en la *Hermandad operativa* prepararon el camino para la gran revolución masónica de 1717, de que nació la masonería especulativa. El falso masón Andrson redactó las Constituciones de 1723 y 1738 para el régimen de la primera "Gran Logia de masones libres y aceptados de Inglaterra", de donde las han copiado todas las logias del mundo. Para cohonestar Anderson el amaño de estas Constituciones, tuvo la audacia de afirmar que los reformadores de 1717 habían destruido todos los documentos relativos a la masonería inglesa; pero afortunadamente, Rebold, Hughan y otros publicistas encontraron en el Museo Británico, la Biblioteca Bodleiana y otros establecimientos de pública erudición, datos bastantes acerca de los masones operativos para rebatir lo dicho por Anderson.

LA CARTA DE UN MASÓN

Opino que los mismos autores han demostrado también concluyentemente la apocricidad de la Constitución de Colonia de 1535 y de las cuestiones que se suponen entresacadas por el anticuario Leylande de un manuscrito de Enrique VI de Inglaterra, en las que se atribuye a Pitágoras la fundación de una logia en Crotona a la que se afiliaron muchos masones, de los cuales pasaron algunos a Francia donde hicieron muchos prosélitos que con el tiempo difundieron la institución por Inglaterra. Al arquitecto constructor de la catedral de San Pablo en Londres, Cristóbal Wren, se le llamó "Gran Maestre de los masones libres", pero fue tan sólo el Maestre o Presidente de la corporación de los masones operativos de Londres. Si respecto a las Grandes Logias que actualmente tienen a su cargo los tres primeros grados simbólicos, se han urdido tantas y tan groseras fábulas, no es extraño que haya ocurrido lo mismo con los grados superiores de la masonería, con mucho acierto tenidos por incongruente mezcolanza de principios contradictorios.

Por otra parte, resulta muy curioso que la mayoría de las corporaciones masónicas en que intervienen los grados superiores, como el "Rito escocés antiguo y aceptado", el "Rito de Aviñón", la "Orden del temple", el "Rito de Fessler", el "Gran Consejo de los Emperadores de Oriente y Occidente", los "Soberanos Príncipes masones", etc., etc., sean la progenie de Loyola. El barón Hundt, el caballero Ramsay, Tschudy, Zinnendorf y otros institutores de grados en estos ritos, obraban según instrucciones recibidas del general de los jesuitas, y tuvieron por nido incubador el "Colegio de jesuitas de Clermont", en París, a cuya influencia estaban más o menos sujetos todos los ritos masónicos.

El "Rito escocés antiguo y aceptado", hijo bastardo de la masonería, al que no reconocen las logias azules, fue invención del jesuítico caballero Ramsay, quien lo estableció en Inglaterra por los años de 1736 a 1738 con propósito de laborar por la causa de los Estuardos. A fines del siglo XVIII, unos cuantos masones aventureros reorganizaron el rito en la actual serie de treinta y tres grados, en Charleston (Carolina del Sur). Dos de estos aventureros, el sastre Pirlet y el maestro de baile Lacorne, fueron los precursores de un nuevo reorganizador llamado Gourgas, oficial de un buque mercante que viajaba entre Nueva York y Liverpool.

El médico Crucefix, apodado Goss y sedicente inventor de algunos medicamentos de índole sospechosa, introdujo en Inglaterra esta reforma masónica sin otra autoridad que un documento que decían firmado en Berlín por Federico el Grande el 1.º de Mayo 1786 para revisar la Constitución de los grados superiores del rito antiguo y aceptado. Sin embargo, las Grandes Logias de los Tres Globos de Berlín demostraron concluyentemente la falsedad de dicho documento, con cuyo apoyo se dice que el Rito antiguo y aceptado defraudó a los confiados hermanos de América y Europa miles de dólares, parra vergüenza de la humanidad.

Los modernos templarios a que se refiere V. en su carta, son sencillamente grajos engalanados con plumas de pavo real, que tratan de cristianizar a la masonería, pues admiten en su seno, sin distinción de nacionalidad ni fe religiosa, a todo el que crea en un Dios personal y en la inmortalidad del alma. Según la mayoría de los masones judíos, los templarios son idénticos a los jesuitas.

Extraño parece que cuando va debilitándose la creencia en un Dios personal, cuando la misma teología admite la imposibilidad de definir la idea de Dios, haya quienes intercepten y embaracen el camino para llegar a la general aceptación del sublime panteísmo de los antiguos filósofos de Oriente, renovado por Jacobo Boehme y Spinoza. En las logias de ésta y otras jurisdicciones se loa frecuentemente al Padre, Hijo y Espíritu Santo con disgusto de los masones judíos y librepensadores, que de este modo ven ofendidas sus particulares creencias. No sucede así en la India, donde la luz de una logia es indistintamente el Korán, el Zendavesta o los Vedas. Es preciso, por lo tanto, eliminar de la masonería el sectarismo cristiano, pues hay actualmente en Alemania logias que niegan la iniciación a los judíos no alemanes; pero los masones franceses se han sublevado contra esta tiranía, y el Gran Oriente de Francia admite aún a los ateos y materialistas, por lo que los demás Orientes repudian a los masones franceses, dando con ello prueba elocuente contra la supuesta universalidad de la masonería.

Mas, a pesar de sus muchas culpas (pues la masonería especulativa es falible como toda obra humana), no hay institución que haya realizado y esté dispuesta a realizar tantos esfuerzos a favor del progreso político y religioso de la humanidad. En el siglo pasado los iluminados predicaron por toda Europa “paz a la choza y guerra al palacio”. También en el pasado siglo lograron los Estados Unidos su independencia gracias al auxilio de las sociedades secretas, más eficaz de lo que se cree generalmente, pues masones fueron Washington, Lafayette, Franklin, Jefferson y Hamilton. En el siglo XIX, el general Garibaldi, masón del grado 33, fue el brazo ejecutor de la unidad de Italia, proclamada desde años antes por el también masón José Mazzini con arreglo a los masónicos o más bien carbonarios principios de libertad, igualdad, fraternidad, independencia y unidad.

La masonería especulativa tiene aún muchas tareas que realizar, y una de ellas es la de admitir a la mujer como colaboradora del hombre en las actuaciones de la vida, según han hecho recientemente los masones húngaros al iniciar a la condesa Haideck. Otra importante tarea es el reconocimiento práctico de la fraternidad humana, de modo que la nacionalidad, el color, creencia y posición social no sean obstáculos para el ingreso en la masonería. El negro no ha de ser tan sólo teóricamente el hermano del blanco, pues los masones de raza negra no son admitidos en las logias norteamericanas. Es preciso persuadir a la América del Sur a que participe en los deberes de la humanidad.

Si la masonería ha de ser, como se pretende, una escuela de ciencia progresiva y de religión progresiva, debe ir siempre a la vanguardia y nunca a retaguardia de la civilización. Pero si ha de contraerse a esfuerzos empíricos, a meras tentativas para resolver los más arduos problemas de la humanidad, debe ceder el puesto a quienes ventajosamente puedan sucederla, y entre ellos a uno a quien V. y yo conocemos, que en los días de sus esplendorosos triunfos inspiró tal vez a los dignatarios de la Orden, como a Sócrates le inspiraba su daimonion.

De V. sincero amigo,

Carlos Sotheran

EL TEMPLO DE SALOMÓN

Así se desmorona, cual otro Evangelio revelado, el épico poema de la masonería cantado por tantos y tan misteriosos caballeros. Como vemos, los mismos masones contemporáneos socavan y derruyen el templo de Salomón, que el vulgo masónico persiste en considerar como fábrica arquitectónica con arreglo a las descripciones exotéricas de la Biblia, pero que los estudiantes de la doctrina esotérica diputarán siempre por mítica alegoría de la ciencia secreta. Diluciden los arqueólogos si existió o no el templo de Salomón; pero ningún erudito versado en las terminologías cabalística y alquímica dudará de que es puramente alegórica la descripción del templo, según el tercer libro de los Reyes. La construcción del

templo de Salomón simboliza la gradual adquisición de la magia o sabiduría secreta; la evolución de lo terreno en espiritual; la manifestación física del poder y gloria del espíritu por medio de la sabiduría y genio del constructor, que al convertirse en adepto supera en poderío al mismo rey Salomón, emblema del sol o *Luz* del mundo real y subjetivo que brilla en la obscuridad del mundo objetivo. Tal es el "templo" que *puede edificarse sin golpeteo de martillos ni otras herramientas.*

En algunos puntos de Oriente, la ciencia secreta se llama el "templo de siete pisos" y en otros puntos el "templo de nueve pisos", cada uno de los cuales simboliza un grado de conocimiento. En todos los países orientales se llaman "constructores" los estudiantes y maestros de la ciencia secreta y de la religión de sabiduría, pues construyen el templo de los secretos conocimientos. A los adeptos activos se les da el nombre de *operarios* o constructores prácticos y a los neófitos se les llama constructores teóricos. Los primeros demuestran con obras su dominio de las fuerzas naturales, mientras que los segundos están aprendiendo los rudimentos de la sagrada ciencia. Los desconocidos fundadores de las primitivas asociaciones masónicas tomaron de Oriente estas denominaciones.

En la ordinaria terminología masónica se entiende por *masones* operativos los albañiles y artesanos que constituyeron el gremio hasta la época de Cristóbal Wren, y por *masones especulativos* los individuos de la Orden tal como está hoy constituida. A pesar de las adulteraciones de los intérpretes, se trasluce el significado original de las palabras atribuidas a Jesús: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Ya vimos lo que Pater y *Petra* significaban para los hierofantes, que transmitían al sucesor la interpretación trazada sobre tablas de piedra en la iniciación final. Una vez conocido el misterio de estas tablas, que le revelaban el misterio de la creación, el iniciado se convertía en *constructor*, pues ya estaba familiarizado con el *dodecaedron* o figura geométrica que sirvió de módulo a la construcción del universo. A lo aprendido en los anteriores grados de iniciación acerca de las reglas arquitectónicas, añadíase entonces el empleo de la cruz, cuyos equiláteros y simétricos brazos simbolizaban la planta del templo espiritual, y cuya intersección representaba, según Pitágoras, el punto primordial, el elemento de toda existencia, la primera idea concreta de la Divinidad. desde aquel momento era ya maestro constructor (127) y podía levantar el templo de sabiduría sobre la *Petra* y permitir que otro lo erigiese sobre tan firme cimiento.

Las insignias del hierofante egipcio eran una escuadra y un capacete cuadrado (128), sin las cuales no podía presentarse en ceremonia.

LA TAU PERFECTA

La tau perfecta, formada por el brazo vertical (129), el brazo horizontal (130) y el círculo mundanal, era atributo de Isis, que al morir un iniciado se colocaba sobre el pecho de su momia. Resulta, por lo tanto, muy extemporánea la pretensión de que la cruz es símbolo genuinamente cristiano, pues ya Ezequiel marca con la tau la frente de los hombres de Judá (131). Los antiguos hebreos trazaban la tau en esta disposición: .....; pero en los jeroglíficos egipcios aparece trazada en esta otra ..... o sea idéntica a la cruz cristiana. En el Apocalipsis vemos también que el "Alfa y Omega" (132) traza el Nombre del Padre en la frente de los electos (133).

Prueba de que Jesús era iniciado, maestro constructor o maestro masón, como ahora se les llama, la tenemos en que en las catedrales más antiguas aparece su efigie con los atributos masónicos (134).

Los maestros constructores supervivientes a la *hermandad operativa* del verdadero templo andan literalmente *medio desnudos y medio descalzos*, no por pueril ceremonia, sino

porque, como el “Hijo del Hombre”, no tienen donde reclinar la cabeza, y sin embargo son los únicos poseedores de la *Palabra.* Les sirve de cable remolcador el sagrado cordel triple del *sannyâsi* o el cordón de que ciertos lamas cuelgan la piedra *yu,* cuyos talismanes, sin valor aparente, no trocaría ninguno de ellos por todas las riquezas de Salomón y de la reina de Saba. La caña de bambú de siete nudos del fakir puede tener tanta virtud como la vara de Moisés, que “brotó en el crepúsculo vespertino y llevaba grabado el glorioso NOMBRE, por cuyo poder obró maravillas en Mizraim”.

Pero estos “operativos trabajadores” no temen que los presidentes capitulares les traicionen y descubran sus secretos, pues no los recibieron de Moisés, Salomón ni Zorobabel. Si el hermano Moisés Miguel Hayes, que en Diciembre de 1778 (135) introdujo en la América del Norte la Real Arca Masonería, hubiese presentido las futuras traiciones, ciertamente que estipulara obligaciones más severas.

Verdaderamente, la magna y omnieficiente palabra del Arca Real, *por largo tiempo perdida, pero ya encontrada,* ha cumplido su promesa. La consigna de aquel grado ya no es: *Yo soy quien soy,* sino simplemente*: Fui, pero no soy.*

Para que no se nos tilde de vana presunción, daremos las claves de algunas cifras secretas de los más importantes grados masónicos, que, si no nos equivocamos, no han sido reveladas hasta hoy a los profanos (136), pues se mantuvieron celosamente reservadas en el seno de las distintas corporaciones. Como no nos liga promesa ni juramento alguno, no abusamos de la confianza de nadie. No es nuestro propósito satisfacer una frívola curiosidad, sino demostrar por igual a masones y jesuitas que no poseen secreto alguno digno de la atención de las fraternidades orientales, que con visera calada pueden quitar el antifaz a las asociaciones europeas, pues universalmente se reconoce que los profanos nada saben de los secretos de las supervivientes fraternidades.

CIFRAS SECRETAS

Los jesuitas emplearon algunas de estas cifras en tiempos de la conspiración jacobita, cuando la Iglesia se valía para fines políticos de la masonería sedicente sucesora de los templarios. Sobre esto expone Findel:

> En el siglo XVIII, además de los modernos caballeros templarios, adulteraron los jesuitas el verdadero carácter de la masonería. Muchos autores masones, que conocían perfectamente aquel período histórico, aseguran que siempre influyeron los jesuitas perniciosamente en la fraternidad masónica... Respecto a los rosacruces masones, su primitivo objeto fue nada menos que favorecer y fomentar el catolicismo, *y cuando esta religión tomó el manifiesto propósito de reprimir la libertad de pensamiento*... los rosacruces redoblaron sus esfuerzos para detener en lo posible el progreso de la civilización (137).

Por otra parte, el *Sincerus Renatus* (138) dice que las reglas dictadas para el régimen de los “Rosacruces de Oro” ofrecían pruebas inequívocas de la intervención jesuítica.

Expondremos primeramente el sistema cifrado de los “Soberanos Príncipes Roscaruces” (139).

CLAVE DE LOS S P C

a b c d e f g h ij k l m n o p q r s t uv x y z &

CLAVE DE LOS CABALLEROS ROSA CRUZ DE KILWINING

0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10										
a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	ba	o		k	kb	kc	kd	ke	kf	kg	kh

18	19	20	30	40	50	60	70	80	90	100	200	300	400	500	600	700	800	900	1000
ki	kj	ck	dk	ek	fk	gk	hk	ik	jk	l	cl	dl	el	fl	gl	hl	il	jl	m

CLAVE DE LOS CABALLEROS KADOSH (140)

70	2	3	12	15	20	30	33	38	9	10	40	60	80
a	b	c	d	e	f	g	h	i	k	l	m	n	o

81	82	83	84	85	86	90	91	94	95
p	q	r	s	t	u	v	x	y	z

JEROGLÍFICO DE LOS CABALLEROS KADOSH (141)

PROCEDIMIENTOS CRIPTOGRÁFICOS

CLAVE DEL ARCA REAL

El alfabeto de esta clave tiene veintiséis letras divididas en dos series de trece, como sigue:

I.ª serie:

Estos mismos signos con un punto interior componen la

2.ª serie:

Hay dos procedimientos criptográficos para usar esta clave. Consiste el primero en alternar los signos uno sin punto y otro con él, de modo que correspondan a las veintiséis letras del abecedario inglés, conviene a saber:

El segundo procedimiento consiste en corresponder los trece signos impuntuados de la primera serie con las trece primeras letras hasta la *m* inclusive; y los trece signos puntuados con las trece letras restantes (de la *n* a la *z*).

Aleccionados indudablemente por sus expertos tutores, los jesuitas, perfeccionaron más tarde los masones del Arca Real su clave con la adición de signos correspondientes a la notación ortográfica y fonética, entre los cuales tenemos los siguientes:

Basta con lo expuesto (142). Ahora hemos de aducir algunas pruebas demostrativas de que el nombre de Jehovah, tan querido de los masones, podrá substituir pero nunca reemplazar al admirable Nombre perdido. Los cabalistas saben esto perfectamente, y en su secreta etimología del nombre ... demuestran concluyentemente que es uno de los muchos sucedáneos del verdadero Nombre, y resulta de la combinación de *Iod, Vau y Heva* o sea el nombre del primer andrógino (Adán) y de la serpiente femenina, símbolo de la divina Inteligencia emanada del espíritu creador (143).

Por consiguiente, no puede ser Jehovah en modo alguno el Nombre inefable. Si Moisés hubiese comunicado a Faraón el *verdadero* Nombre, no se hubiera resistido a la intimación, pues por una parte, los reyes de Egipto estaban iniciados y conocían dicho Nombre tan bien como quien de ellos lo había aprendido, y por otra parte, el Nombre era en aquellos tiempos común posesión de todos los adeptos del mundo (144). Pero Moisés, según el texto literal del *Éxodo*, habla a Faraón en nombre de *Yeva* (145), y de aquí que el monarca responda:

> ¿Quién es el señor (*Yeva)* para que obedezca a su voz? (146).

PRONUNCIACIÓN DEL "NOMBRE"

La forma nominativa de Jehovah empezó a usarse desde la innovación masotérica, cuando temerosos los rabinos de perder las claves de su doctrina, compuestas hasta entonces exclusivamente de consonantes, interpolaron entre ellas puntos representativos de las vocales. Pero los rabinos desconocían por completo la recta pronunciación del Nombre, y en consecuencia le dieron la fonética de *Adonah* y la gráfica de *Ja-ho-vah*, que resultó de esta suerte una adulteración del santo y verdadero Nombre. Ciertamente que los rabinos no podían por menos de ignorar la recta pronunciación, pues tan sólo el sumo sacerdote le conocía y comunicaba poco antes de morir a su sucesor, como es también ley entre los brahmâtmas de la India. Únicamente una vez al año, en la fiesta de expiación, podía el sumo sacerdote pronunciar muy quedo el Nombre tras el velo del íntimo recinto del santuario.

La cruel persecución emprendida contra los cabalistas que conocían el sagrado Nombre en premio de toda una vida de santidad, tuvo por causa la sospecha de que abusaban de su virtud (147).

El *Libro de Jasher* (148) abunda en alegorías cabalísticas, alquímicas y mágicas (149), y resume compendiadamente el *Antiguo Testamento* tal como lo tenían los samaritanos, esto es, el *Pentateuco* sin los libros de los profetas. Aunque los rabinos ortodoxos repudian el *Libro de Jasher*, parece que es anterior a la *Biblia* mosaica (150), de la propia suerte que los *Evangelios* apócrifos precedieron a los canónicos. Tanto el *Libro de Jasher* como los *Evangelios* apócrifos son una compilación de leyendas religiosas abundantes en milagros, cuya descripción no tiene congruencia alguna con la cronología ni el dogma.

En ningún otro libro aparece tan clara la diferencia entre los conceptos de Elohim y Jehovah, pues de este último tiene el *Jasher* el mismo que tuvieron los ofitas, es decir, que lo considera como emanación de Ilda-Baoth o Saturno. Según el *Jasher*, Faraón pregunta a los magos de su corte: "¿Quién es el de quien Moisés dice: *Yo soy quien soy*?" Y los magos responden: "Sabemos que el Dios de Moisés es el Hijo del Sabio, el Hijo de antiguos reyes" (151).

Ahora bien; quienes opinan que el *Libro de Jasher* es una leyenda compilada en el siglo XII, debieran explicar la anomalía de que en los libros canónicos no aparezca la pregunta de Faraón a los magos y sí la respuesta, según demuestran los pasajes siguientes:

> Los príncipes de Tanis son necios. Los consejeros sabios de Faraón dieron un consejo necio. ¿Cómo diréis a Faraón: Yo soy hijo de sabios, hijo de reyes antiguos? (152).
>
> Y paráronse el sol y la luna hasta que el pueblo se vengase de sus enemigos. Por ventura ¿no está escrito esto en el Libro de Jasher? (153).
>
> Y mandó que enseñasen el arco a los hijos de Judá, como está escrito en el Libro de Jasher (154).

De esto se infiere por otra parte, que Jasher debió florecer antes de Josué y que le tuvieron los hebreos por autoridad en materia religiosa, por más que el actual *Libro de Jasher* sea tan sólo resumida y extractada copia del original y consideremos el *Pentateuco* como el primitivo asiento de los anales hebreos.

CONFUSIÓN DE NOMBRES

De todos modos, Jehovah no es el Anciano de los ancianos a que alude el *Zohar,* pues este tratado nos lo representa pidiéndole consejo a Dios para crear al hombre, y así dice:

> El Constructor habló al Señor y le dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen" (155).

Jehovah es tan sólo el Metratón, uno de los eones pero no el superior, ni tampoco cabe identificarlo con la entidad llamada *Memro* (Palabra) por Onkelos ni con el *Jahve* ..., el Ser Supremo.

La enmarañada confusión de los nombres divinos derivó del sigilo en que los primitivos cabalistas mantuvieron el verdadero y de las cautelosas precauciones adoptadas por los alquimistas y ocultistas medioevales para salvar la vida. Por esto identificó el vulgo a Jehovah con el único y supremo Dios. Los ancianos de Israel y los profetas y rabinos de exquisita erudición distinguían entre ambos conceptos; pero como la diferencia de los nombres era de fonética y la pronunciación del verdadero acarreaba la muerte, ningún iniciado se atrevía a comunicarlo al vulgo. De esta suerte, la divinidad sinaítica se identificó andando el tiempo con "Aquél cuyo nombre conocen tan sólo los sabios".

En la traducción bíblica de Capellus se lee:

> Quienquiera que pronunciare distintamente el nombre de Jehovah, sufra pena de muerte.

Este pasaje contiene dos considerables errores. Por una parte, si Jehovah representa aquí la Divinidad, ya masculina, ya andrógina, está de más la *h* final que da terminación femenina al nombre, equivalente en esta forma al de Binah o tercera emanación. Por otra parte, traduce Capellus la palabra *nokeb* por *pronunciar distinta o claramente*, cuando su recto significado es *pronunciar correctamente*. Resulta, en consecuencia, que el bíblico nombre de Jehovah es el de una Potestad que en el concepto exotérico sustituyó al del supremo Dios.

Entre los muchos errores de traducción del *Levítico*, señala Cahen el que debidamente corregido denota que la prohibición no se refería en modo alguno al exotérico nombre Jehovah, que como los demás nombres equivalentes (156) podía pronunciarse impunemente.

La defectuosa versión del texto dice:

> Y quien blasfemare el nombre del Señor, sea condenado a muerte (157).

Pero Cahen lo traduce fielmente, diciendo:

> Y el que blasfemare el nombre del Eterno, morirá (158).

Los símbolos de los israelitas, como los de las naciones gentiles, estaban siempre directa o indirectamente relacionados con el culto del sol. El exotérico Jehovah bíblico es *dual,* a semejanza de las divinidades gentilicias, por más que David, opuesto a la ley mosaica, glorifique al señor diciendo que es Dios de dioses. Para nosotros, el "Señor Dios de Israel" merece la misma consideración que Brahmâ, Zeus y otras divinidades subalternas, pero no reconocemos en él al Dios de Moisés ni al "Padre" de Jesús ni el "Nombre" inefable de los cabalistas. Jehovah es probablemente uno de los elohimes, uno de los constructores que intervinieron en la *formación* (no creación) del universo, valiéndose para ello de la preexistente materia; pero no es ni pudo ser la incognoscible Causa que creó (*bara*) en la noche de la eternidad. Los elohimes forman y bendicen primero para después *destruir* y *maldecir*. Como Jehovah pertenece al orden de los elohimes, es alternativamente benéfico y maléfico, que primero castiga y después se arrepiente. Es el contratipo de Esaú y Jacob, los mellizos que simbolizan el principio dual de la Naturaleza. Así es que Jacob, por otro nombre Israel, es la columna de la izquierda, el aspecto femenino de Esaú o principio masculino y columna de la derecha. Cuando Jacob lucah con el Señor Malach-Iho se transmuta éste en la columna de la derecha y Jacob le llama Dios (159), aunque los intérpretes de la Biblia le hayan relegado a la categoría de ángel del Señor. Jacob le vence, como la materia suele vencer al espíritu, pero sale de la lucha con el *muslo* dislocado.

EL NOMBRE DE ISRAEL

El nombre de Israel significa el que lucha con Dios, y se deriva de Isaral o Asar, el dios solar llamado asimismo Suryal, Surya y Sur. El sol que "asciende sobre Jacob-Israel" equivale al dios solar Isaral que fecunda la materia, simbolizada en el femenino Jacob. Como de costumbre, esta alegoría tiene varios significados cabalísticos. También Esaú o Asu simboliza el sol, y como el "Señor", lucha con Jacob y queda vencido. El dios solar lucha primero contra él y después se eleva sobre él en señal de alianza, según se infiere del siguiente pasaje:

> Y salióle el sol luego que pasó de Fanuel; mas iba cojeando de un pie (160).

Jacob-Israel, en contraposición a su hermano Esaú, toma el nombre de Samael, cuyos homónimos son Azazel y Satán (161).

Si se arguyera que Moisés desconocía la cosmogonía induísta y no pudo tomar al regenerador y destructor Siva por modelo de su Jehovah, habríamos de admitir que todas las naciones dieron por maravillosa intuición a su divinidad exotérica el aspecto dual que vemos en el "Señor Dios de Israel". Todas estas fábulas mitológicas son de por sí suficientemente significativas. Osiris, Jehovah y Siva simbolizan por excelencia el principio activo de la Naturaleza, las fuerzas que presiden la transformación de la materia, la vida y la muerte que

perpetuamente construyen y destruyen bajo la continuada influencia del anima-mundi, alma universal o invisible y omnipotente e inmutable. Espíritu que preside la correlación de fuerzas siempre en armonía con la inmanente ley del universo. la Vida espiritual es el primordial principio *superior*; la Vida física es el primordial principio inferior; pero ambas son una sola vida en síntesis dual. Cuando el Espíritu se desliga por completo de la ilusión para restituirse a su originaria Causa, puede, si quiere, vislumbrar la eterna Verdad. Pero hasta entonces no forjemos ídolos a nuestra semejanza ni confundamos las sombras con la inextinguible Luz.

Grave error de nuestro siglo ha sido comparar la valía respectiva de las viejas religiones y mofarse de la Kábala y otras doctrinas tildadas de supersticiosas. Pero la verdad es todavía más sorprendente que la ficción, y al aplicar este aforismo al caso presente vemos que la sabiduría de las épocas arcaicas o la doctrina secreta de la Kábala oriental no se extinguió con los filoleteanos de la escuela ecléctica, pues todavía tiene la gnosis muchos aunque desconocidos fieles.

Antes de Mackenzie mencionaron otros autores las hermandades secretas, y la circunstancia de que se las tomara por ficciones noveleras contribuyó a que los adeptos mantuviesen más fácilmente el incógnito. Hemos conocido personalmente a varios de estos adeptos que muy a su gusto habían conversado con escépticos que, sin sospechar quién fuese su interlocutor, negaban la existencia de las logias y comunidades a que aquéllos pertenecían y se burlaban de las facultades en cuyo uso estaban de generación en generación durante siglos.

Algunos de dichos adeptos se entremezclan con los grupos de viajeros excursionistas, y hasta fines del feliz reinado de Luis Felipe los camareros y comerciantes de París les llamaban “nobles extranjeros”, creídos de que eran boyardos, nabaes indos o margraves húngaros que visitaban la capital del mundo civilizado para admirar sus monumentos y gozar de sus diversiones. Sin embargo, hay observadores que llevan lo que el mundo llama su *chifladura* al extremo de relacionar la presencia en París de estos misteriosos huéspedes con acontecimientos políticos que poco después ocurrieron, como por ejemplo, la notable coincidencia de que la revolución del 93 estallase a poco de haber estado en París unos "nobles extranjeros” que llamaron la atención pública por sus “sobrenaturales dotes” y místicas doctrinas. Pero los St. Germain y Cagliostros de este siglo siguen distinta táctica, porque les aleccionaron las diatribas y persecuciones del pasado.

LAS TUMBAS DE GORNORE

Hay hermandades secretas que no se relacionan con los sedicentes países civilizados y mantienen oculta en su seno la secular sabiduría. Estos adeptos podrían si quisieran atestiguar su incalculable antigüedad de origen con documentos comprobatorios que esclarecerían muchos puntos oscuros de la historia, así sagrada como profana; pero si los Padres de la Iglesia hubiesen conocido las claves de los escritos hieráticos y el significado de los simbolismos egipcio e índico, seguramente que no escapara a la mutilación ningún monumento antiguo, aunque la casta sacerdotal tuvo buen cuidado de anotar en sus secretos anales jeroglíficos todo cuanto con ellos se relacionaba. Estos anales se conservan todavía, por más que no sean del dominio público, y contienen el historial de monumentos desaparecidos para siempre de la vista de los hombres.

De cuarenta y siete tumbas reales que según los anales sagrados existen en las cercanías de Gornore, tan sólo se tenía pública noticia de diecisiete, según refiere Diodoro de Sicilia que visitó aquel paraje unos sesenta años antes de J. C. No obstante esta prueba *histórica*, podemos asegurar que todavía existen todas las tumbas, y a su número pertenece la descubierta por Belzoni en las montañas areniscas de Biban-el-Meluk. Los monjes coptos, de índole superior a los de otros ritos cristianos, cuyos solitarios monasterios están esparcidos por

el desierto de Libia, conocen la existencia de estas tumbas; pero por razones que no nos incumbe apuntar, mantienen el secreto, aunque alguien crea que su hábito es disfraz de ocultas intenciones, más fáciles de llevar a cabo en aquellos desiertos parajes rodeados de tribus musulmanas. Sin embargo, los monjes griegos de Jerusalén y los peregrinos que anualmente acuden por Pascua de Resurrección a visitar el Santo sepulcro, tienen a los monjes coptos en mucha estima, y es fama que cuando estos se hallan presentes en la ceremonia, desciende milagrosamente de veras el fuego del cielo atraído por sus plegarias (162).

"Por la violencia se ha de alcanzar el reino de los cielos, y por la violencia lo alcanza el fuerte". Muchos aspiran a entrar en el sendero que conduce a las secretas hermandades, y como la mayor parte se ven contrariados en su intento, se consuelan de la negativa diciendo que no hay tales hermandades. De los pocos admitidos fracasan las dos terceras partes en la prueba, pues la generalidad de los hombres no pueden resistir el rigor de la séptima regla constitucional de los legítimos rosacruces, de común aplicación a todas las hermandades secretas, según la cual "el rosacruz se ha de hacer por sí mismo sin que nadie lo haga".

Pero no se crea que los candidatos fracasados en la prueba vayan a divulgar lo poco que se les enseñara, como hacen algunos masones, pues saben muy bien cuán difícil les fuera el intento. Así es que las hermandades secretas proseguirán su labor sin replicar palabra a quienes nieguen su existencia, hasta que les llegue la oportunidad de rasgar el velo para mostrarse abiertamente dueñas del campo.

CAPÍTULO II

Todas las cosas están gobernadas en el seno de esta Tríada.- LIDO: *De Mensibus, 20*.

Tres veces giran los cielos en su eterno eje.

OVIDIO: *Fast*, IV.

Y dijo Balaam a Balak: Edifícame aquí *siete* altares y prepara *siete* becerros y *siete* carneros.

Números, XXIII, i.

Todas las criaturas que me han ofendido quedarán anegadas en *siete* días por un diluvio; pero tú te salvarás en un arca milagrosamente construida. Así, toma *siete* varones justos con sus mujeres y parejas de todos los animales, y entra en el arca sin temor, porque entonces verás a Dios cara a cara y obtendrán respuesta todas tus preguntas.

Bagavâta Purâna.

Raeré del haz de la tierra al hombre... y estableceré mi alianza contigo... Entra tú y toda tu casa en el arca... Porque pasados aún *siete* días yo lloveré sobre la tierra.

Génesis, VI, 7 y 18; VII, 1 y 4.

La Tetraktys no sólo era venerada por contener en sí todas las sinfonías, sino porque en ella radica la naturaleza de todas las cosas.- THEOS DE ESMIRNA: *Mathem*, 147.

Mal cumpliríamos nuestra labor si en el curso de esta obra no hubiésemos demostrado la identidad de mitos cósmicos, símbolos y alegorías en que se basan el judaísmo, gnosticismo, cristianismo y masonería cristiana, pero cuyo significado tan sólo pueden comprender acabadamente quienes posean la clave original.

Demostremos ahora cuán erróneamente interpretaron estos símbolos, mitos y alegorías los especuladores que de ellos se valieron para componer sus, en la forma distintos y en el fondo idénticos, sistemas. Esta demostración no sólo aprovechará al lector, sino que vindicará a los antiguos, cuyo genio merece el respeto del linaje humano. Procedamos, pues, a cotejar los mitos bíblicos con los de las sagradas Escrituras de otras naciones para distinguir entre los originales y las copias.

Tan sólo hay dos sistemas que debidamente explicados sirvan a nuestro propósito. Estos sistemas son: el induísta expuesto en los *Vedas* y el hebreo resumido en la *Kábala.* Los *Vedas* ofrecen mitos más grandiosa y filosóficamente concebidos, al paso que la *Kábala* los remeda de los persas y caldeos, aunque adaptándolos al carácter de la nación hebrea, cuya filosofía quedaba tan subyacente en el mito de absurda apariencia, que únicamente los iniciados podían descubrirla. Pero los traductores cristianos de la Biblia trastrocaron los mitos

en groseras supersticiones, cual jamás imaginarán los filósofos de quienes los cristianos tomaron sus conocimientos. Las quiméricas ficciones del vulgo antiguo, envueltas en fluctuantes sombras y vagarosas imágenes, quedaron plasmadas en personajes vivos por mano de los teólogos cristianos. La fábula alegórica se convirtió en historia sagrada, y el mito pagano se transmutó en revelación divina.

Dice Horacio (1) que “los mitos han sido compuestos por los sabios para dar fuerza a las leyes y enseñar verdades morales”, al paso que en opinión de Euhemereo entrañan la historia de reyes y héroes divinizados posteriormente por la admiración de las gentes. Este último criterio prevaleció en el dogmatismo cristiano al representar los mitos en personajes de carne y hueso. Sin embargo, se muestran contrarios a esta personificación los filósofos más insignes de la antigüedad, entre ellos Platón, Sócrates, Empédocles, Plotino, Porfirio, Proclo, Orígenes y aun el mismo Aristóteles, quien afirma que la antiquísima tradición transmitida a la posteridad en forma de mitos, nos enseña que las fuerzas naturales pueden considerarse como *potestades divinas*, puesto que la Divinidad anima la Naturaleza toda; pero que todo lo demás se superpuso posteriormente para dárselo a entender al vulgo, muchas veces con el siniestro propósito de mantener leyes favorecedoras de intereses bastardos, los cuentos de hadas no están únicamente en labios de abuelas y nodrizas. La humanidad en peso, con excepción de los pocos que en toda época comprendieron su verdadero significado, escuchó infantilmente estos cuentos para transformarlos después en símbolos sagrados de que derivaron las religiones culturales.

EL MISTERIO DEL NÚMERO SIETE

Pero procedamos en este asunto con todo el orden que consientan los sucesivos cotejos, y empecemos por el *Génesis*, de cuyos mitos nos darán el verdadero significado las tradiciones induístas y hebreas.

Según la historia sagrada, Dios creó el mundo en seis días y el séptimo descansó. De aquí el precepto de la santificación del séptimo día, cuya rígida observancia tomaron los cristianos del sábado induísta, aunque alterando el día de descanso que fue el primero en vez del último de la semana.

Todos los sistemas místico-religiosos están basados en números. Según Pitágoras, la Mónada o unidad engendra la duada, y con ella forma primero la tríada y después el cuaternario *Arba-il,* cuyo místico conjunto constituye el número siete. Los números sagrados principian en el UNO y terminan en el *cero*, símbolo del infinito e ilimitado círculo del universo. Todos los números intermedios, sea cual sea su combinación y multiplicación, representan ideas filosóficas, desde el impreciso bosquejo hasta la acabada definición de los fenómenos físicos y morales. Son los números la clave de los antiguos conceptos cosmogónicos en su más amplio sentido, esto es, que comprenden la evolución integral de la especie humana y de todos los seres de la Naturaleza.

El número *siete* es indudablemente de origen indo, y siempre se le tuvo por el más sagrado. Los filósofos arios subordinaron hechos, ideas y lugares al número siete, y así tienen:

Los *siete* rishis o sabios que simbolizan las siete primitivas razas diluvianas, llamadas por algunos postdiluvianas.

Los *siete* lokas o mundos, entre superiores e inferiores, de donde procedieron respectivamente los siete rishis y a donde volvieron antes de alcanzar la bienaventuranza final (moksha) (2).

Los *siete* kulas o castas (3).

Las *siete* ciudades santas (*sapta puras*).

Las *siete* islas sagradas (*sapta dwipa*).

Los *siete* mares sagrados (*sapta samudra*).
Las *siete* montañas sagradas (*sapta parvata*).
Los *siete* desiertos (*sapta arania*).
Los *siete* árboles sagrados (*sapta vruksha*).

En la magia caldea ocupa el número siete tan preferente lugar como entre los indos y se le considera bajo dos aspectos, benéfico o maléfico, según las condiciones. Así vemos en las tablillas asirias, tan fielmente interpretadas hoy día, el siguiente conjuro:

> Tarde de mal agüero, región del cielo que produces desgracias...
> Mensajero de peste.
> Deprecantes de Ninkigal.
> Los siete dioses del vasto cielo.
> Los siete dioses de la vasta tierra.
> Los siete dioses de las refulgentes esferas.
> Los siete dioses de la legión celeste.
> Los siete dioses maléficos.
> Los siete fantasmas dañinos.
> Los siete fantasmas de llamas maléficas.
> Demonio dañino; dañino *alal*; dañino *gigim*; dañino *telal*...; dañino dios; dañino *maskim*.
> Recuerda, espíritu de los siete cielos... Recuerda, espíritu de las siete tierras.

Encontramos también el número siete en casi todas las páginas del *Génesis* y en los demás libros del *Pentateuco*, así como en el Libro de Job y en la *Kábala* caldea. Si tan fácilmente lo adoptaron los hebreos no sería a ciegas, sino con completo conocimiento de su oculto significado, y de aquí que también adoptaran las doctrinas de sus vecinos paganos. Por lo tanto, lógico es que indaguemos en la filosofía pagana la significación del número siete que reaparece en el cristianismo aplicado a los *siete* sacramentos, las *siete* iglesias del Asia menor, los *siete* pecados capitales, las *siete* virtudes contrarias, las otras *siete* entre teologales y cardinales, etc.

SIGNIFICADO DEL ARCO IRIS

¿Tenían los siete colores del arco iris visto por Noé otro significado además de la alianza entre Dios y el patriarca? Al menos para el cabalista tenían un significado inseparablemente unido al de las siete pruebas mágicas, las siete esferas superiores, las siete notas de la escala musical, los siete números de Pitágoras, las siete maravillas del mundo, las siete épocas y los siete peldaños masónicos que daban acceso al *Sancta Sanctorum* después de atravesar los pasos perdidos de *tres y cinco*. ¿Qué es, pues, este frecuente número que encontramos en todas las páginas de las Escrituras hebreas y en cada estrofa y dístico de los textos induístas y budistas? ¿De dónde proceden estos números que animan el pensamiento de Pitágoras y Platón y que ningún orientalista profano ni comentador bíblico es capaz de desentrañar? Aunque poseyeran la clave no sabrían utilizarla. En parte alguna como en la India se comprende tan bien el místico valor del lenguaje humano y su influencia en las acciones, ni nadie lo explica mejor que los autores de los *Brâhamanas*, donde no obstante su remota antigüedad exponen más concretamente las metafísicas y abstractas especulaciones de sus antecesores.

El profundo respeto de los brahmanes por los sacrificios religiosos les mueve a decir que el universo surgió a la existencia a causa de una “palabra sacrificial” pronunciada por la Causa Primera. Esta palabra es el Nombre inefable de los cabalistas, sobre el que ya hemos discurrido precedentemente.

El secreto de los Vedas, el "conocimiento sagrado", es impenetrable sin auxilio de los *Brâhmanas*. La parte de los Vedas escrita en verso está constituida por los mantras, himnos o plegtarias mágicas, cuya clave está en los Brâhmanas, escritos en prosa. Los mantras son puramente sacros, mientras que los Brâhmanas contienen la exégesis teológica con las interpretaciones sacerdotales. Los orientalistas europeos no progresarán substancialmente en la comprensión de la literatura védica hasta tanto que pongan su atención en obras hoy desdeñadas, como los Brâhmanas titulados: *Aitareya* y *Kausîhtaki*, correspondientes al *Rig Veda*.

A Zoroastro se le llamó *manthran* o cantor de mantras, y según Haug, una de las primeras denominaciones de las Escrituras parsis fue la de *Mânthraspenta*. El poder y valía del brahmán que oficia en el sacrificio del Soma deriva de su pleno conocimiento del lenguaje sagrado (*Vâch*), personificado en Sarasvâti, esposa de Brahmâ y diosa del "conocimiento secreto". Se la representa generalmente montada en un pavo real, de cola en abanico, los ojos de cuyas plumas simbolizan la perpetua vigilancia que ve todas las cosas, es decir, que quien anhele llegar a ser adepto de la "Doctrina Secreta" ha de tener los cien ojos de Argos para ver y entender todas las cosas.

Tal es la razón por qué creemos imposible resolver los abstrusos problemas subyacentes en los textos induístas y budistas sin la previa comprensión del significado esotérico de los números pitagóricos. La eficacia del lenguaje sagrado (*Vâch*) depende de la entonación dada a los mantras por el oficiante, según el número de sílabas, acentuación y metro del verso sagrado. Si lo pronuncia lentamente y con determinado ritmo, producirá un efecto muy distinto del que produzca si lo pronuncia rápidamente y con diverso ritmo. dice Haug sobre el particular:

> Cada metro poético de los mantras ejerce su respectiva influencia en determinada cosa del mundo visible, a la que, por decirlo así, sirve de exponente ideal. La significativa valía del lenguaje métrico depende del número de sílabas de cada verso, porque todas las cosas (según enseña el sistema pitagórico) están sujetas a determinada proporción numérica. Los metros (*chhandas*), estomas y pristas son tan divinos y eternos como las palabras que contienen. Los primitivos teólogos indos no sólo creyeron en la revelación de la palabra sagrada, sino también en la de las formas fonéticas que habían de asumir estas palabras. Estas formas, en que se encierran las sempiternas palabras védicas, son símbolos expresivos de las cosas del mundo invisible y ofrecen varios puntos de semejanza con las ideas platónicas.

Este pasaje de un autor que no milita en nuestro campo atestigua una vez más la identidad fundamental de la doctrina subyacente en todas las religiones. Por ejemplo, el metro *gâyatri* consta de veinticuatro sílabas en tres cesuras de ocho y se lee considera como el más sagrado metro. Es el metro de Agni, dios del fuego, y suele simbolizar al mismo Brahmâ, el supremo Creador que hizo al hombre a su imagen y semejanza.

EL ESPÍRITU DE LOS MANTRAS

Dice Pitágoras:

> El número ocho, por otro nombre *octada*, es el cubo primordial, es decir, que está cuadrado por todas sus caras como un dado, de cuya base proceden dos y aun siete números. *Así es el hombre un cuadrado cuádruple o cuadrado perfecto (4).*

Claro está que excepto los pitagóricos y cabalistas, nadie comprenderá del todo esta idea, pero a su comprensión puede auxiliar el íntimo parentesco entre los números y los himnos

védicos. Los más importantes problemas teológicos están ocultos bajo la alegoría del fuego y el cambiante lengüeteo de sus llamas. La zarza ardiente de la Biblia, el fuego sagrado del mazdeísmo y otras religiones, el alma universal de Platón, el aura ígnea de los rosacruces y el inmortal e inteligente elemento (5) que penetra todas las cosas, tienen el mismo significado.

Los *Brâhmanas* están silábicamente dispuestos de modo que se corresponden con los números; y según ha demostrado Haug, cada forma fonética es el arquetipo de otra visible en la tierra, de buenos o malos efectos. El lenguaje sagrado puede salvar la vida, pero también dar la muerte, y sus virtudes son tan sólo conocidas del adepto (*dikshita*) iniciado en los misterios religiosos, que ya nació del todo a la vida espiritual. El *Vâch* o espíritu de los *mantras* es una energía fonética cuyas vibraciones levantan otras análogas, de mayor y más oculta energía. Cada una de estas potestades fonéticas está personificada por su correspondiente entidad en el mundo de los espíritus, y según se ponga en actuación, responderán a ella los espíritus benignos (*dioses*) o los espíritus malignos (*rakshasas).* Con arreglo a las creencias induístas y budistas, una maldición, una bendición, un voto, un deseo, un mal pensamiento pueden asumir forma visible y manifestarse objetivamente a la vista de su autor o de aquél a quien vayan dirigidos. Toda culpa se encarna, por decirlo así, para convertirse en entidad acosadora de su perpetrador.

Palabras hay cuyas sílabas entrañan tan destructora energía como los proyectiles objetivos, porque cada vibración despierta su correlativa en el invisible mundo del espíritu, con el consiguiente buen o mal efecto. El ritmo armonioso y la dulce melodía de suaves vibraciones establecen un ambiente de benéfica influencia que actúa potísimamente en la naturaleza, así psíquica como física de todo ser viviente, y aun reacciona en los que llamamos inanimados, porque la materia es en esencia espíritu, aunque nuestros groseros sentidos no sean capaces de percibirlo.

Lo mismo ocurre con los números. Doquiera que posemos la atención, desde los profetas al Apocalipsis, vemos que los autores bíblicos emplean constantemente los números *tres, cuatro, siete* y *doce*.

¡Y aun hay quien sostiene que los Vedas están copiados de la Biblia! (6). Dicen Max Müller y otros orientalistas que el sánscrito, idioma de los Vedas, tenía ya su estructura gramatical completamente establecida mucho antes de que la poderosa corriente emigratoria lo llevase a Occidente; y por lo tanto, de la literatura védica hubieron de derivar los sistemas filosóficos e instituciones religiosas desenvueltas con el tiempo entre los semitas. Precisamente, los números con mayor frecuencia repetidos en esos sublimes cantos a la creación, a la unidad de Dios y a las innumerables manifestaciones de su poder, que se llaman himnos védicos, son el *uno*, el *tres* y el *siete*.

Escuchemos lo que dice el himno de Dirghatamas:

LOS NÚMEROS UNO, TRES Y SIETE

Al que representa todos los dioses. El Dios aquí presente, nuestro bendito patrón, nuestro sacrificador, tiene un hermano que se extiende en pleno aire. Hay un *tercer* hermano a quien rociamos con nuestras libaciones... le hemos visto dueño de los hombres y armado de *siete* rayos (7).

Siete bridas sirven para guiar un carro de *una* sola rueda del que tira *un* solo caballo que refulge con *siete* rayos. La rueda tiene *tres* llantas. Es una rueda indestructible, que jamás se desgasta, de la cual penden los mundos.

Algunas veces *siete* caballos arrastran un carro de *siete* ruedas en el que montan *siete* personajes, acompañados por *siete* fecundas ninfas acuáticas.

De un himno al dios Agni entresacamos este otro pasaje:

Surge siempre *uno*, aunque se manifieste en *tres* formas de doble naturaleza (8). Los sacerdotes en el acto del sacrificio ofrecen a *Dios* sus plegarias que llegan al cielo llevadas por Agni.

Esto denota claramente que Agni es para los induístas un espíritu subordinado al único Dios.

La repetición de los números uno, tres y siete en todas las Escrituras, ¿es mera coincidencia o, como la razón nos dicta, resultado de la derivación de las diversas religiones cultuales de una sola y primitiva religión? La respuesta es un *misterio* para el profano; mas para el iniciado es la solución del más sublime problema psiquicofísico, pues exacta y verdaderamente le revela la divinidad del individual espíritu del hombre, que no sólo es emanación del *único* y supremo Dios, sino que es el único Dios asequible a la débil y desamparada comprensión del hombre, el único Dios que el hombre puede sentir *dentro de sí mismo*. Esta verdad expone claramente el poeta védico al decir:

El Señor dueño del universo y lleno de sabiduría ha entrado en mí, flaco e ignorante, y me ha formado *de Sí mismo* en este lugar (9), donde con la ayuda de la *ciencia* obtienen los espíritus el pacífico goce del *fruto* dulce como ambrosía.

No importa que a este fruto del Árbol del Conocimiento le llamemos manzana o *pippala*, como lo llama el poeta védico, pues simboliza el fruto de la sabiduría esotérica. Nuestro propósito es demostrar que el sistema religioso de la India es miles de años anterior a las exotéricas fábulas del Edén y del diluvio universal. De aquí la identidad de doctrinas, pues los iniciados en la primitiva fueron con el tiempo fundadores de las escuelas filosóficas de Occidente.

Pero escuchemos otro himno:

Pippala, dulce fruto del árbol donde se posan los espíritus amadores de la ciencia y en el que los dioses obran maravillas. Éste es el misterio para quien *no conoce al Padre del mundo*.

.....

El título de estas estancias anuncia que están consagradas a los *Viswadévas* (10). El que no conozca al Ser a quien canto en *todas sus manifestaciones*, no comprenderá nada de mis versos; pero los que Le conocen no son extraños a esta unión (11).

.....

El Ser inmortal está en la cuna del mortal ser. Los dos espíritus coeternos van y vienen por doquiera. Tan sólo algunos hombres conocen a uno sin conocer al otro (12).

¿Qué orientalista cuidó de inquirir el verdadero sentido de los precedentes pasajes a pesar de su claridad? ¿Quién será capaz de formar concepto exacto de aquel de quien el Rig Veda dice: “Al Único le da el sabio diversidad de nombres”? los himnos védicos cantan todas las manifestaciones del Único en la Naturaleza, y los libros sagrados califican de “puerilidad e insensatez” enseñar el modo de que los seres de sabiduría acudan a instruirnos según se nos antoje. Porfirio dice que “enseñan la liberación de cuanto se relaciona con la tierra... como un vuelo del *solo* al SOLO”.

MÁSCARAS SIN CÓMICOS

Max Müller, cuyos discípulos admiten cuanto dice cual si fuera el evangelio de la filología, tiene razón hasta cierto punto cuando al determinar la índole de las divinidades

induístas las califica de “máscaras sin cómico..., nombres sin seres y no seres sin nombres”(13). Sin embargo, con esto demuestra Müller el monoteísmo de la religión védica, y mucha duda cabe de que ni él ni sus discípulos lleguen a desentrañar el pensamiento de los arios (14) sin previo y detenido estudio de esas “máscaras”, que les parecerán fantasmas vanos a los materialistas o científicos empeñados en la imposible tarea de conciliar los hechos históricos con sus personales opiniones o con la letra de la *Biblia.* Pero estas autoridades, de indudable prestigio en la ciencia experimental, son y han sido siempre recusables, como inseguros guías, en cualquier otro orden de investigaciones. Los patriarcas bíblicos son tan “máscaras sin cómicos” como los prajâpatis induístas; y sin embargo, cada supuesto personaje simboliza una idea de la filosofía antigua (15). Por lo tanto, ¿quién más a propósito para desentrañar el sentido oculto que los mismos brahmanes y cabalistas?

Negar en redondo la filosofía subyacente en el *Rig Veda*, equivale a desconocer la religión madre en que late el íntimo pensamiento de los filósofos anteriores a la composición de los *Brâhmanas*. Si las divinidades induístas son para Müller vanas máscaras, también debe suponer que los autores védicos no serían capaces de descubrir a los actores, y entonces no sólo los tres *Vedas*, que según Müller no merecen este nombre, sino el mismo *Rig Veda* resulta una baraúnda de palabras sin sentido, porque ningún científico moderno, por erudito que sea, podrá inquirir los significados que no hubiese podido inquirir la sutil y universalmente reconocida sagacidad de los antiguos sabios de la India. Tenía razón Taylor al decir que “la filología no es filosofía”.

Resulta muy contrario a la lógica admitir primero un pensamiento subyacente en la obra literaria de una raza, tal vez étnicamente distinta de la nuestra, y negarle después significado filosófico a este mismo pensamiento, tan sólo porque no nos consiente comprenderlo la diversa orientación de nuestro desenvolvimiento mental. Esto es precisamente lo que hacen Müller y su escuela, dicho sea con todo el respeto debido a su erudición. Dice el ilustre orientalista a este propósito:

> Nos vemos cara a cara y mente a mente con hombres cuyas ideas no comprendemos todavía a pesar de haber desechado todo prejuicio. No siempre estaremos afortunados en la interpretación, pues muchas palabras, versos y aun himnos enteros del *Rig Veda* son y han de ser letra muerta para nosotros... Porque, con raras excepciones..., la ideología védica está tan allá de nuestro horizonte mental, que en vez de traducir, sólo nos cabe suponer y conjeturar (16).

Esto equivale a decir que, si bien con cautela y fatiga, podemos seguir las huellas de los autores védicos.

Por otra parte, sólo reconoce Müller verdadero valor al *Rig Veda*, del que afirma que “es el único importante, el único *Veda* auténtico”, y repudia los otros tres por indignos de atención seria, porque contienen “fórmulas de sacrificios, hechizos y conjuros” (17). Para Müller, los otros tres Vedas merecen tanto este nombre como el de *Biblia* el *Talmud*.

Pero se nos ocurre una pregunta muy natural sobre este punto. ¿Conoce algún erudito el oculto significado de las en apariencia absurdas fórmulas de sacrificios, hechizos, conjuros y demás quimeras mágicas del *Atharva Veda*?

Cabe responder que no, si nos apoyamos en la poco antes citada declaración de Max Müller, pues si la ideología védica (18) cae tan allá del horizonte mental de los eruditos, que en vez de traducir tan sólo les cabe suponer y conjeturar; si los otros tres Vedas, aparte del *Rig,* son “puerilidades y tonterías” (19), y si los *Brâhmanas*, los Sutras *Yâska* y *Sâyana*, aunque de época más próxima al Rig, se prestan a muy frívolas y erróneas interpretaciones, no es posible que ni Müller ni erudito alguno juzguen acertadamente la literatura induísta. Además, si los autores de los Brâhamanas (cuya fecha es la más cercana a la del *Rig*) hubiesen sido, como se

les supone, incapaces de otra cosa que de “erróneas interpretaciones”, ¿en qué época, en dónde y quiénes compusieron estos grandiosos poemas cuyo místico sentido perdieron las generaciones posteriores? Por lo tanto, si los textos sagrados de Egipto eran ya ininteligibles (20) para los escribas sacerdotales de hace cuatro mil años, y si los *Brâhmanas* no son ni más ni menos que pueriles y frívolas interpretaciones del *Rig Veda*, resultarían los sistemas religiosos de la India y Egipto incalculablemente más antiguos de lo que los mitólogos suponen cautelosamente, y hubieran estado en lo cierto los sacerdotes egipcios, como lo están los brahmanes contemporáneos, al asignar a sus libros remotísima antigüedad.

LA CLAVE DEL RIG VEDA

Jamás admitiremos que los otros tres Vedas sean menos valiosos que el *Rig*, ni que el *Talmud* y la *Kábala* sean inferiores a la *Biblia*. El mismo título de *Vedas* (21) denota que los compusieron aquellos hombres llamados sabios en toda época y país. Si prescindiéramos del *Talmud* y de su antecesora la *Kábala*, nos sería imposible interpretar acertadamente ni una sola palabra de esa *Biblia* tan encomiada a sus expensas. Pero esto es tal vez los que se proponen sus defensores. Repudiar los *Brâhmanas* equivale a perder la clave del *Rig Veda*. La interpretación literal de la *Biblia* ha dado ya sus frutos. También los dará la de las Escrituras induístas, con la diferencia de que la absurda interpretación de la *Biblia* ha logrado con el tiempo lugar preeminente en los dominios del ridículo, con defensores ciegos a toda luz y refractarios a toda prueba. En cuanto a la literatura llamada pagana, después de algunos años más de inútiles tentativas para descubrir su religioso significado, quedará relegada al limbo de reprobables supersticiones, para que las gentes no oigan hablar más de ellas.

Quisiéramos que se nos comprendiera con toda claridad antes de reconvenirnos por las precedentes observaciones. Ni aun sus propios adversarios dudan de la vasta erudición del famoso catedrático de la universidad de Oxford. Sin embargo, deploramos que tan a la ligera condene lo que, según confesión propia, está más allá de su horizonte mental, pues lo que en los *Brâhmanas* diputa por ridículos errores, otros eruditos lo diputarán contrariamente.

Dice un antiguo rishi en el *Rig Veda*:

> ¿Quién es el supremo entre los dioses? ¿Quién ha de ser el primer loado en nuestros cantos?

Pero Müller toma equivocadamente el interrogativo pronombre personal “¿Quién?” por el nombre de una divinidad, y exclama:

> En las invocaciones sacrificiales se le asigna un lugar al dios *Quién*, y se le entonan unos himnos llamados *quienescos.*

¿Fuera menos natural designar a Dios con el pronombre quién que llamarle *Yo soy* con sus correspondientes salmos? ¿Y quién podría asegurar que esto sea error y no expresión premeditada? ¿No sería posible que tan extraño término derivase del reverente temor que impidió al poeta dar nombre propio y concreto a Dios, suprema abstracción de todo ideal metafísico? ¿O no cabe también suponer que el mismo temeroso sentimiento determinara tiempo después a los comentadores a dejar en manos de la futura humanidad la tarea de antropomorfizar al Desconocido, al Quién?

El mismo Müller dice sobre el particular:

> Aquellos poetas primitivos pensaban más por sí mismos que por los demás. En su lenguaje procuraban más bien ser fieles a su propio pensamiento que halagar la imaginación de sus oyentes (22).

Desgraciadamente, este pensamiento no despierta vibración alguna en las mentes de nuestros filólogos.

Añade Müller en otro pasaje, refiriéndose a los estudiantes del *Rig Veda*:

> Que estudien los comentarios, los *Sûtras*, los *Brâhamanas* y otras obras posteriores a fin de beber en todas las fuentes de información... No deben desdeñar las tradiciones de los brahmanes aun cuando les parezcan evidentes sus errores... No han de dejar inexplorado ni un rincón de los *Brâhmanas* ni de los *Sûtras Yâsha* y *Sâyana* antes de que intenten traducirlos... Cuando el investigador haya terminado su obra, deben acabarla y pulirla el poeta y el filósofo (23).

SABIOS INDOS Y EUROPEOS

¡Mal año para el filósofo que haya de seguir los pasos de un filólogo para enmendar sus errores! Curioso fuera ver cómo acogerían los intelectuales europeos a un sabio entre los sabios indos, que tratara de corregir los errores cometidos por cualquier exégeta al deslindar lo aceptable y lo repudiable, lo admisible y lo absurdo en los libros sagrados de la India. Lo que el cónclave de científicos europeos (24) declarase “errores brahmánicos”, seguiría siendo para los teólogos induístas de Benarés y Ceilán tan verdad como para los judíos la interpretación de las Escrituras de Maimónides y Filo Judeo contra las sofistificaciones de Eusebio e Ireneo sancionadas por los concilios. Un teólogo, un filósofo indo, ¿no conocerán la religión e idioma de sus antepasados muchísimo mejor que un erudito inglés o alemán? ¿No tiene un hermeneuta indo la misma autoridad para interpretar las Escrituras induístas que los rabinos las hebreas? Los traductores y comentadores indígenas son seguramente más fidedignos que los exóticos. Sin embargo, cabe la esperanza de que el incierto porvenir nos reserve algún erudito europeo que interprete los libros de la religión de sabiduría con acierto bastante para que ningún colega le contradiga.

Entretanto, prescindamos de toda presunta autoridad y estudiemos algunos mitos antiguos, apoyándonos en la interpretación popular y valiéndonos del misterioso número siete, linterna mágica de Trismegisto, para alumbrar nuestro camino. Alguna razón debe de haber para que universalmente haya servido este número de cómputo místico. Todos los pueblos de la antigüedad colocaron sobre el séptimo cielo la morada del Demiurgo. Así dice el cabalista emperador Juliano:

> Si huybiese de hablar de la iniciación en nuestros sagrados Misterios, que los caldeos consagraron al dios de los *siete* rayos cuya veneración exaltaba las almas, diría cosas desconocidas, *muy desconocidas del vulgo*, pero que saben bien los benditos teurgos (25).

Por su parte expone Lido:

> Los caldeos dan a Dios el nombre de Iao, y algunas veces el de *Sabaoth*. Al que está sobre las siete órbitas (26) le llaman Demiurgo (27).

Es preciso consultar los autores pitagóricos y cabalistas para percatarse de la potencialidad del número siete. Los siete rayos del espectro solar están representados exotéricamente en el dios Heptaktis (el de los siete rayos), y se resumen en *tres* rayos primarios rojo, azul y amarillo, que forman la trinidad solar y tipifican respectivamente el espíritu-materia y el espíritu-esencia (28).

Los pitagóricos llamaban al número siete vehículo de vida, como si estuviese dotado de cuerpo y alma; pues, según ellos, el cuerpo humano se compone de cuatro elementos y el alma

de tres, conviene a saber: razón, pasión y deseo. Colocaban los griegos la *Palabra* inefable en el *séptimo* y más alto lugar, sobre sus siete substitutas o sucedáneas, correspondientes a los grados de iniciación. Los judíos tomaron el precepto del sábado de los antiguos, que tenían este día por nefasto y estaba consagrado a Saturno. En India, Arabia, Siria y Egipto figuraba ya en los cómputos del tiempo la semana de siete días, que los romanos se asimilaron al conquistar estos países, aunque hasta el siglo IV no quedó del todo substituido por el hebdomadario el cómputo de calendas, nonas e idus. Los nombres astronómicos de los días (29) prueban que no derivó de los hebreos la semana de siete días. Pero antes de analizar cabalísticamente este número, conviene examinarlo desde el punto de vista del sábado judaico-cristiano.

El *Shabbath* o *Yom-shaba* instituido por Moisés en memoria del descanso del Señor Dios, tras la obra de la creación, era tan sólo, como dice el *Zohar*, un velo para encubrir el verdadero significado. Entonces contaban los judíos y siguen contando ahora numeralmente los días de la semana de esta manera:

Yom-ahad; yom-sheni; yom-shelisho; yom rebis; yom-shamishi; yom-shishi; y yom-shaba. Que equivalen a *día primero; día segundo; día tercero; día cuarto; día quinto; día sexto; día séptimo*.

La palabra hebrea ....., consta de las tres letras: *s, b, o*, y tiene varias acepciones. En primer lugar significa época o ciclo (*shab-ang*). La voz ... (sábado) quiere decir *época antigua* y también *descanso* en idioma copto. *Sabe* significa *sabiduría, erudición*. Los arqueólogos modernos han descubierto que el término hebreo ... (*sab*) quiere decir asimismo *cabeza gris*, y por lo tanto, el día de saba era aquel en que los “hombres de cabeza gris”, o sea los ancianos de una tribu, se reunían para celebrar los sacrificios (30).

EL DOMINGO CRISTIANO

Así que la semana de siete días es el antiquísimo período *Saba* o *Sapta.* Las fiestas lunares de la India demuestran que también en este país se celebraban asambleas semanales. Así como cada fase de la luna determina alteraciones atmosféricas, también ocurren mudanzas en el universo entero, de las que las meteorológicas son las menos importantes. El día *séptimo*, el más poderoso día prismático, se congregan los adeptos de la ciencia secreta, como se congregaban hace miles de años, para actuar de agentes de las ocultas fuerzas naturales (emanaciones del Dios operante) y comunicarse con los mundos invisibles. Los antiguos sabios santificaban el *séptimo* día, no porque creyeran en el divino descanso, sino porque conocían su oculta influencia. De esto deriva la profunda veneración en que los antiguos filósofos tenían el número siete, que calificaban de “sagrado” y “venerable”. La Tetraktis pitagórica, tan respetada por los platónicos, se representaba en forma del *cuadrado* debajo del *triángulo*, símbolo este último de la Trinidad comprensiva de la invisible *Mónada* o *Unidad*; pero el nombre de la Tetraktis, por lo sacratísimo, sólo podía pronunciarse en el santuario.

La austera observancia del sábado (31) por los protestantes tiene mucho de tiranía religiosa y su daño excede al beneficio, pues con toda seguridad que no estuvo jamás en el pensamiento de Jesús distinguir dicho día de los otros seis, como así lo demostró con hechos y palabras, aparte de que los primitivos cristianos no guardaban este precepto (32).

Cuando el judío Trifón reconviene a los cristianos porque no guardaban el sábdo, le responden los reconvenidos:

La nueva ley os mandará guardar un sábado perpetuo. Vosotros imagináis que sois religiosos, después de pasar un día en la ociosidad; pero el Señor no se satisface con esto. Si el perjuro y el defraudador se enmiendan y el adúltero se arrepiente, guardarán el sábado más acepto a Dios. Los

elementos jamás están ociosos ni guardan sábado. Si antes de Moisés no hubo necesidad de guardar el sábado, tampoco debe haberla después de Jesucristo.

En cuanto al concepto de la Causa primera, dice Juan Reuchlin:

> La *Heptaktis* no es la Causa suprema, sino sencillamente Su emanación, el primer efecto visible de la irrevelada Potestad. Es como Su divino *aliento* que, surgido impetuosamente, se condensa y refulge hasta convertirse en Luz que perciben los sentidos externos (33).

Este concepto de la emanación del Altísimo equivale al del Demiurgo o los Elohim (34) que forman el mundo en *seis* días y descansan el *séptimo*. Pero los *Elohim* no son ni más ni menos que la personificación de las fuerzas de la Naturaleza, los fieles agentes de las leyes de Aquél que de por Sí es armónica e inmutable Ley.

Los *Elohim* moran en el séptimo cielo (mundo espiritual), pues, según los cabalistas, formaron sucesivamente los seis mundos materiales, o mejor dicho, los seis bosquejos de mundos precedentes al nuestro, que es el séptimo. Pero si dando de mano al concepto metafísico-espiritual, nos contraemos al científico-religioso de la creación en seis días, tan detenida y dilatadamente comentado por los exégetas, podremos acaso desentrañar el oculto sentido de esta alegoría.

Los antiguos filósofos estaban versados en ciencias ocultas y podían enseñar que los seis mundos precedentes habían evolucionado físicamente en las sucesivas etapas de nacimiento, desarrollo, madurez, decrepitud y muerte, y que terminado el ciclo de evolución se habían restituido a su prístina modalidad de mundo etéreo, para morada durante toda una eternidad (35) de los espíritus de hombres y animales (36).

Nuestro planeta está tan sujeto a la evolución física como todo cuanto en él existe. De la *mente* de Aquél de quien nada sabemos y que tan sólo podemos concebir vagamente, impelido por Su voluntad creadora, surgió a la existencia este globo, cuya materia, fluídica y semi-etérea al principio, fue condensándose gradualmente hasta que la necesidad de evolución física, determinada por la materia (37), actualizó sus propias facultades creadoras. La *Materia* retó al *Espíritu* y la tierra tuvo también su caída, cuyo castigo está simbolizado en que tan sólo puede *procrear* y no *crear*. La tierra física o material es el agente servil de su dueño el espíritu. Así dicen los Elohim:

> Multiplicaré tus dolores; con dolor parirás los hijos... Maldita será la tierra en tu obra..., espinas y abrojos te producirá... (38).

MALDICIÓN ALEGÓRICA

Esta alegórica maldición durará hasta que la más diminuta partícula de materia terrestre haya recorrido su ciclo evolutivo y por sucesivas transformaciones llegue a integrar el *alma viviente*, de modo que ésta alcance el punto terminal del arco ascendente del ciclo y se identifique con su *metraton*, o espíritu redentor, en el más alto peldaño de los mundos espirituales, de vuelta ya a la primaria morada de donde emanó. Más allá se abre el ABISMO sin fondo y empieza el MISTERIO.

Conviene recordar que todas las cosmogonías reconocen una Trinidad creadora formada por el Padre (espíritu), la Madre (materia) y el Hijo (universo manifestado), procedente de ambos. Cada uno de los astros que constituyen el universo pasa sucesivamente por cuatro edades o épocas análogas a las de la vida humana, y así tienen su infancia, juventud, virilidad y

vejez. Estas *cuatro* épocas, con las *tres* personas de la Trinidad creadora, componen de nuevo el sagrado *siete*.

Los capítulos preliminares del *Génesis* no exponen ni la más remota alegoría de la creación de *nuestro* mundo, sino que entrañan el concepto metafísico de un período indefinido (39) de la eternidad, durante el cual la ley de evolución intentó diversas veces construir universos. Así dice el *Zohar*:

> Hubo mundos que perecieron apenas surgidos a la existencia. No tenían forma y se les llamó *chispas*, como las que el forjador hace brotar en todas direcciones cuando machaca el hierro. Las chispas son los mundos primitivos que no perduraron porque el *Sacro Anciano* (40) no había asumido aún su forma de rey y reina (41), y el Maestro no se ocupaba todavía en desenvolver su obra (42).

Los seis períodos o *días* del *Génesis* se refieren al mismo concepto metafísico, o sea que infructuosamente los *Elohim* intentaron por cinco veces construir nuestro universo, hasta que a la sexta vez lograron formarlo con todos sus planetas (43) y descansaron en el período *séptimo*. Así dice el *Zohar*:

> Y cuando el Santo creó el presente mundo, exclamó: Éste me place; los precedentes no me pluguieron (44).

Y dice el *Génesis*:

> Y vio Dios (*Elohim*) todas las cosas que había hecho; y eran muy buenas. Y fue la tarde y la mañana el día sexto (45).

DÍA Y NOCHE DE BRAHMÂ

Ya explicamos oportunamente el significado del día y noche de Brahmâ. El día simboliza un período de actividad cósmica y la noche igual período de reposo. Durante el día de Brahmâ se desenvuelven los mundos a través de las cuatro etapas o edades de su existencia. Durante la noche, la inspiración de Brahmâ invierte el sentido de las fuerzas naturales, se disgregan poco a poco las cosas visibles, sobreviene el caos y en el reposo cobra el Cosmos nuevo vigor para el próximo período de evolución. En la mañana de un día de Brahmâ los procesos de formación alcanzan el máximo de actividad, y por la tarde van declinando gradualmente hasta que llega la *noche* y con ella el *pralaya*. Estas mañana y tarde constituyen un día cósmico, por lo que no cabe duda de que el autor del *Génesis* se refería a un día de Brahmâ al decir:

> Y fue la tarde y la mañana, un día (46).

Seis días de gradual evolución, uno de reposo y después el anochecer. Desde la aparición del hombre en *este* mundo, ha sido el tiempo un perpetuo sábado de reposo para el Demiurgo.

Las teorías cosmogónicas del *Génesis* se resumen en las razas de los hijos de Dios y de los hijos de los hombres, de los gigantes a que alude el capítulo VI. En rigor, la historia bíblica de la formación (47) de la tierra empieza cuando Noé se salva del diluvio en el arca. Las tablillas asirias recientemente traducidas por Jorge Smith, no dejan duda sobre esto en quienes saben interpretarlas esotéricamente. La diosa Isthar predice en una de estas tablillas la destrucción del *sexto* mundo y la aparición del séptimo en los siguientes términos.

> Por SEIS *días* y noches dominaron el viento, el diluvio y la tormenta.

En el *séptimo* día calmó la tempestad y cesó el diluvio que todo lo había destruido como un terremoto (48). Las aguas volvieron a sus cauces y amainó el viento y cesó el diluvio.

Yo percibí la costa en el límite del mar.

... al país de Nizir fue la nave (49); la montaña de Nizir detuvo la nave.

... el *primero* y *segundo* días hizo lo mismo la montaña de Nizir; el *quinto* y el *sexto* hizo lo mismo la montaña de Nizir.

... en el transcurso del *séptimo* día solté una paloma que se fue y no volvió..., y el cuervo se fue y no volvió...

Edifiqué un altar en la cumbre del monte.

... corté *siete* hierbas en cuyo fondo puse cañas, pinos y simgar; los dioses acudieron como moscas al sacrificio.

... desde muy antiguo *también el supremo Dios*, en su carrera.

... el intenso fulgor (50) de Anu hubo creado (51).

... el amuleto que ciñe mi cuello no resistiría la gloria de estos dioses...

Todo esto encubre un significado esotérico a un tiempo astronómico y mágico. En las tablillas se advierte desde luego la narración bíblica, y se echa de ver cuánto ha desfigurado ésta el gran poema caldeo con la personificada conversión de los dioses en patriarcas. No podemos detenernos en el examen de los bíblico remedos de la alegoría caldea; pero sí recordaremos que, según testimonios tan adversos como Lenormant (52), la trinidad caldea emanada de *Ilon* (53) está constituida por *Anu, Nuah* y *Bel*. Es Anu el caos primitivo, el dios que a un tiempo simboliza el tiempo y el mundo (..... y .....), o la materia primordial desdoblada del eterno y absoluto principio de todas las cosas. Nuah es, según Lenormant, “la inteligencia, o mejor fuera decir el *Verbo* que vivifica y fecunda la materia, penetra el universo y lo gobierna y anima. Es el soberano del *húmedo elemento,* el *Espíritu semoviente sobre las aguas*”. Tenemos, por lo tanto, que Nuah está representado bíblicamente por Noé dentro del arca que flota sobre las aguas, y el arca es emblema de la luna (*argha*) o principio femenino. Así es Noé símbolo del *espíritu* que desciende a la *materia*.

SIMBOLISMO DE NOÉ

Apenas sale del arca, planta Noé una viña cuyo vino bebe y le embriaga, lo cual significa la turbación del espíritu en cuanto lo aprisiona la materia.

El séptimo capítulo del Génesis parafrasea el capítulo primero, según se infiere de los siguientes pasajes:

Las tinieblas estaban sobre el haz del abismo y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas (54).

Y el arca era llevada sobre las aguas (55).

Vemos, por lo tanto, que el Noé bíblico es el Nuah caldeo o sea el espíritu que vivifica la materia caótica simbolizada en la profundidad de las aguas diluviales. En la narración caldea está la diosa Ishtar o Astoreth (la luna) encerrada en el arca, y envía a la paloma (56) en busca de tierra enjuta. Por otra parte, según las tablillas asirias, Xisuthrus o Hasisadra fue transportado junto a los dioses en premio de su piedad, y en la Biblia este mismo personaje es Enoch arrebatado al cielo en un carro de fuego.

Todos los pueblos antiguos creyeron en la sucesiva existencia de incalculable número de mundos anteriores a la evolución del nuestro; pero como los cristianos tergiversaron a su antojo las Escrituras hebreas, perdieron en castigo la clave de interpretación. Así vemos a los Padres de la Iglesia empeñados en la imposible tarea de establecer un cómputo cronológico

sobre la interpretación literal del texto bíblico, mientras que los rabinos iniciados conocían perfectamente el significado esotérico de las alegorías, y por ello hablan las obras cabalísticas (57) de la serie de mundos surgidos del caos y evolucionados hasta su destrucción.

La doctrina induísta admite dos *pralayas* o desintegraciones; el *mahapralaya* o desintegración universal y el *pralaya* o desintegración parcial. El primero se refiere a la noche de Brahmâ, y el segundo a los cataclismos geológicos que sobrevienen al término de cada ciclo mínimo de nuestro globo. El diluvio de las narraciones estuvo localizado en el Asia central y ocurrió, según cómputos de Bunsen, unos diez mil años antes de J. C., sin relación alguna con el místico Nuah o Noé. Las tradiciones induístas señalan al término de cada época del mundo un cataclismo que no lo destruye, sino tan sólo altera su configuración geográfica, para que nuevas razas de hombres, animales y plantas evolucionen de las desaparecidas a consecuencia del cataclismo.

Los dos rasgos característicos del Pentateuco son la "caída del hombre" y el "diluvio universal", el alfa y el omega o claves superior e inferior de la armónica escala en que resuena el himno de la creación del hombre, para quien indagando por medio del *zura* o g*emantria* figurativa el proceso de la evolución humana, desde el puramente espiritual punto de partida hasta el impuramente material punto de conversión (hombre postdiluviano), descubre en estos dos símbolos todo el significado que encierran.

De la propia manera que en los jeroglíficos egipcios se ha de prescindir de todo signo inadaptable a determinadas figuras geométricas, pues son un velo puesto deliberadamente por el hierogramático (58), así también hay en el texto bíblico muchos velos o enigmas que el lector ha de subordinar a la misma regla de los jeroglíficos, prescindiendo de los que no respondan al sistema numérico de la *Kábala*.

El diluvio aparece relatado en el *Mahâbhârata*, los *Purânas* y en el *Satapatha,* uno de los Brahmanas más posteriores, por lo que es muy posible que Moisés, o quien fuese el autor del *Pentateuco*, se aprovechara de estas tradiciones para componer sus alegorías, desfigurándolas de propósito, con añadidura de la narración caldea de Berosio. El *Nemrod* bíblico es el rey *Daytha* del *Mahâbhârata*, que lanza imprecaciones contra la tempestad y amenaza conquistar el cielo con sus poderosos guerreros, por lo que atrae sobre el linaje humano la cólera de Brahmâ, quien, como dice el texto, "resolvióse entonces a infligir tan terrible castigo a sus criaturas, que sirviese de escarmiento a los sobrevivientes y su linaje".

EL DILUVIO SEGÚN LOS INDOS

Vaivasvata, cuyo equivalente nos da el Noé bíblico, salva a un pececillo en que encarna Vishnú para advertir por su boca a aquel justo varón del inminente diluvio que va a sumergir la tierra y ahogar cuanto en ella vive, por lo que le manda construir una nave, en la que se había de embarcar con toda su familia. Así lo hace Vaivasvata, y luego de embarcado en la nave con su familia, una pareja de animales de cada especie y una semilla de cada planta, empezó a caer la lluvia. Entonces vino a colocarse delante de la nave un enorme pez unicornio, a cuyo cuerno ató Vaivasvata una soga, con arreglo a las órdenes recibidas, de modo que el pez pudiese remolcar la nave por entre los desencadenados elementos, hasta que, apaciguada su furia, se detuvo el pez con la nave en la cumbre de los Himalayas (59).

Muchos comentadores ortodoxos dicen que este relato es copia del de las Escrituras hebreas (60). Pero seguramente que si el diluvio llamado *universal* hubiese ocurrido en época que pudiera recordar el hombre, lo mencionarían algunos monumentos egipcios de remotísima antigüedad, al par que mencionan a Cam, Canaán y Mizraim, progenitores del pueblo copto; pero hasta ahora no se ha encontrado alusión alguna a esta catástrofe, aunque Mizraim pertenece ciertamente a la primera generación postdiluviana, si no fue antediluviano. Sin

embargo, los caldeos conservan la tradición, según atestigua Berosio, y los indos nos han transmitido la leyenda antes citada; con lo que tenemos el contradictorio hecho de que de dos naciones coetáneas y civilizadas, Caldea y Egipto, una haya conservado y otra no la tradición del diluvio, siendo así que, según la *Biblia*, parece estar el Egipto mucho más relacionado con este asunto. El diluvio citado en la *Biblia*, en uno de los *Brahmanas* y en el *Fragmento* de Berosio, se refiere a un cataclismo parcial que, según Bunsen, ocurrió unos 10.000 años antes de J. C., y según los cómputos zodiacales de los induístas alteró la configuración geográfica del Asia central. Sólo cabe explicar esta contradicción admitiendo que los caldeos aprendieron el relato de labios de los misteriosos huéspedes a que algunos asiriólogos llaman acadianos, o según parece más verosímil, descendientes de los salvados de la catástrofe. Los judíos tomaron de los caldeos la tradición del diluvio, como tomaron casi todas sus creencias populares, y los induístas la aprenderían seguramente de los países en que se establecieron antes de apoderarse del Punjâb. En cambio, los egipcios, cuyos primeros colonos llegaron del Sur de la India, tuvieron menos motivos para recordar el cataclismo, cuyos efectos se contrajeron, como hemos dicho, al Asia central.

Dice Burnouf que como el relato del diluvio se encuentra en un Brahmana de la última época, pudieron muy bien los indos haberlo copiado de las naciones semíticas; pero contra este supuesto se oponen conjuntamente todas las tradiciones y costumbres de los indos, ya que los arios, y menos todavía los brahmanes, no copiaron jamás absolutamente nada de los semitas, según corrobora el mismo abate Dubois que residió cuarenta años en la India y es uno de aquellos “animadversos testimonios”, como llama Higgins a los intérpretes ortodoxos de la *Biblia*. Dice Dubois:

> Jamás he descubierto en la historia de los egipcios y hebreos, indicio alguno de que ni estos dos pueblos ni otro cualquiera de la tierra sea más antiguo que el pueblo indo con sus brahmanes; y por lo tanto, no creo que estos copiaran sus ritos de naciones extranjeras, antes al contrario, opino que son de fuente original y exclusivamente propia. Quien conozca el carácter e índoles de los brahmanes, su altivez, orgullo, vanidad, esquivez y soberano desdén por todo lo extranjero y por cuanto ellos no han inventado, coincidirá conmigo en que de ningún modo copiarían los usos, leyes, costumbres y creencias de un país extranjero (61).

LOS VEDAS Y EL DILUVIO

El relato induísta del diluvio alude al primer avatar de Vishnú (62) y corresponde a un yuga anterior al nuestro, al de la aparición de la vida animal (63). Por otra parte, la circunstancia de que nada digan del diluvio los primitivos libros induístas es un poderoso argumento, de mayor valía en el caso presente en que sólo disponemos de inducciones. Dice sobre el particular Jacolliot:

> Los *Vedas* y los *Libros de Manú*, estos dos monumentos de la primitiva mentalidad asiática, son incontrovertiblemente anteriores al diluvio, pues si por una parte la tradición (64) nos presenta a Vishnú salvando los Vedas del diluvio, por otra parte ni los *Vedas* ni los *Libros de Manú* ni otras obras mencionan esta catástrofe, al paso que los *Purânas*, el *Mahâbhârata* y otras más recientes la describen con minuciosos pormenores, demostrándose de eta suerte la antediluviana antigüedad de aquéllos, pues los *Vedas* no hubieran podido por menos de aludir en algún himno a la tremenda catástrofe que debió emocionar a las gentes muchísimo más que los fenómenos ordinarios de la naturaleza; ni tampoco Manú, que describe la creación y expone cronológicamente las épocas divinas hasta la aparición del hombre sobre la tierra, hubiera dejado en silencio un acontecimiento de tan excepcional importancia.
>
> Manú enumera (65) los nombres de diez eminentes santos, a quienes llama parajâpatis (66), que los teólogos induístas consideran como profetas anteriores a la raza humana, pero que para los pundites

son los diez poderosos reyes que florecieron en la edad de oro (*kritayuga*), el último de los cuales fue Brighu, de quien descendieron por sucesión genealógica Swârotchica, Ottami, Tamasa, Raivata, el glorioso Tchkchucha y el hijo de Vivasvata, todos los cuales merecieron el título de Manú (legislador divino), conferido también a los prajâpatis y a todos los personajes de la India primitiva. La genealogía se detiene en el nombre del hijo de Vivasvata.

Ahora bien; según los *Purânas* y el *Mahâbhârata*, el diluvio ocurrió en tiempos de este hijo de Vivasvata, que se llamaba Vaivaswata, y el recuerdo de la catástrofe se mantuvo por tradición que los emigrantes difundieron por todos los países que colonizaron.

La genealogía expuesta por Manú se detiene, según hemos visto, en Vivaswata, lo que prueba que cuando se compuso dicho libro, no había ocurrido todavía la catástrofe del diluvio (67).

El argumento es irrefutable y debieran tenerlo en cuenta los científicos cuya posición oficial les inclina a complacer al clero con la negativa de cuantos hechos prueban la formidable antigüedad de los *Vedas* y de los *Libros de Manú.*

El coronel Vans Kennedy dijo, hace mucho tiempo, que Babilonia fue desde un principio la metrópoli de la literatura sánscrita y de la erudición brahmánica; pero ¿cómo hubieran ido los brahmanes a Babilonia si no por haber emigrado a consecuencia de guerras intestinas? El relato más completo del diluvio nos lo da el *Mahâbhârata*, poema compuesto por Vedavyasa en loor de las alegóricas guerras entre las razas solar y lunar. Una de las versiones de este relato dice que Vivaswata fue el progenitor de todos los pueblos de la tierra, como de Noé afirma la narración bíblica. Otra interpretación nos presenta a Vivaswata, a manera de la leyenda griega de Deucalión y Pirra, arrojando guijarros en el limo dejado por las aguas, para engendrar hombres a voluntad. De estas dos versiones, una parecida a la hebrea y otra a la griega, cabe inferir, supuesta la antigüedad del pueblo indo, que los paganos griegos y los monoteístas hebreos las tomaron respectivamente del poema sánscrito por mediación de las escuelas de Babilonia.

La historia nos habla de la copiosa corriente emigratoria de los arios a lo largo del río Indo, y nos dice que, derramados después por occidente, algunas tribus pasaron desde el asia menor a colonizar la Grecia; pero no hay el más leve indicio histórico de que ni el “pueblo escogido” ni los griegos penetraran en la India antes del siglo IV de la era precristiana, pues hasta esta época no descubrimos las vagas tradiciones según las cuales se corrieron desde Babilonia a la India algunas de las problemáticas tribus *perdidas* de Israel. Pero aun cuando se demostrara la existencia histórica de las diez tribus cautivas (68), no quedaría resuelto el problema; pues, según Colebrooke, Wilson y otros eminentes orientalistas, el poema *Mahâbhârata* y el brahmana Satapatha, textos ambos en que aparece el relato del diluvio, son de muchísimo anteriores a la época de Ciro (69), el monarca que dio libertad a los israelitas, quienes sólo por entonces pudieron internarse en la India de vuelta a Palestina.

En cuanto a la versión semejante a la griega hay tanta carencia de pruebas a favor de su procedencia helénica como respecto de la hebrea, y las tentativas de los helenistas han fracasado por completo en este punto, pues cada día es más dudoso que las huestes de Alejandro el Magno penetraran en la India septentrional, ya que los anales de este país nada dicen acerca de semejante invasión.

FÁBULAS Y LEYENDAS

Si aun la misma historia queda rectificada por las modernas investigaciones, ¿qué pensar de las fábulas y leyendas que a primera vista delatan el artificio de su invención? De ningún modo podemos estar de acuerdo con Max Müller cuando dice que “parece blasfemia considerar las fábulas del mundo pagano como adulterados fragmentos de la *divina* revelación recibida un tiempo por la raza humana”. Fuera preciso que en aras de la imparcialidad y de la

justicia debida a ambos contendientes incluyera Müller en el número de estas leyendas las de la *Biblia*, cuyo lenguaje no es más *puro* ni más *moral* que el de los textos induístas, ni hay en el mundo pagano fábula más ridícula y blasfema que las pláticas de Moisés con Jehovah (70) ni divinidad alguna del gentilismo tan malévola como en ciertos pasajes bíblicos se muestra el dios tutelar de Israel. Si al cristiano le repugna la vista del Padre Kronos (Saturno) que devora a sus propios hijos y mutila a Urano, y si le horroriza el espectáculo de Júpiter que precipita a Vulcano del cielo a la tierra y se perniquiebra en la caída, en cambio, un no cristiano se reirá de ver a Jacob luchando a brazo partido con el Creador, quien impotente para vencerlo le disloca el muslo, sin que esto sea obstáculo para que el patriarca se mantenga firme contra Dios y le cierre el paso. La fábula de Deucalión y Pirra que al arrojar piedras tras ellos engendraron a la raza humana, no es más ridícula que la de la mujer de Lot convertida en estatua de sal o la del Todopoderoso que forma al hombre del barro de la tierra y le infunde después el soplo de vida, a imitación del dios egipcio con cuernos de carnero que forma al hombre en un torno de alfarero. La fábula de Minerva, diosa de la sabiduría, que surge del cerebro de Júpiter armada de punta en blanco, es al menos poéticamente sugestiva, y ningún griego fue condenado a la hoguera por resistirse a tomarla al pie de la letra. En general, las fábulas paganas no son tan absurdas ni blasfemas como las interpoladas en el cristianismo con la aceptación canónica del *Antiguo Testamento* y la apertura de los registro taumatúrgicos de la Iglesia romana.

Añade a este punto Max Müller:

> Muchos indos se sublevan al escuchar las inculpaciones de obscenidad contra las divinidades de sus Escrituras sagradas. Los brahmanes pueden demostrar que todas las fábulas religiosas tienen un *muy* profundo significado, pues siendo la obscenidad incompatible con los seres divinos, preciso es reconocer que las fábulas y leyendas sancionadas por el tiempo encierran un misterio que la respetuosa investigación sería capaz de descubrir.

Esto mismo dice el clero cristiano para cohonestar las obscenidades e incongruencias del *Antiguo Testamento*, con la diferencia de que en vez de admitir la interpretación de quienes poseen la clave del enigma, se arrogan el derecho de interpretarlas a su manera por supuesta *delegación divina*. Y no satisfechos con esto, han despojado a los rabinos de sus consuetudinarios medios de interpretación, de modo que apenas hay actualmente un rabino versado en la ciencia cabalista. Si los judíos han perdido la clave, ¿cómo pueden acertar en la interpretación? ¿Dónde están los manuscritos originales? Se dice que el más antiguo de cuantos se conocen en lengua hebrea es el *Código bodleiano*, cuya antigüedad no va más allá de ocho a nueve siglos (71). Por lo tanto, entre la época de Esdras y la aparición del *Codex bodleiano* transcurren quince siglos. El año 1490 la Inquisición mandó quemar *todas las Biblias hebreas*, y solamente Torquemada entregó seis mil a las llamas en Salamanca.

TERGIVERSACIÓN DE TEXTOS

Excepto unos cuantos ejemplares del *Tora Ketubim* y del *Nebiim* usados en las sinagogas y de más reciente fecha, nos parece que todos los manuscritos existentes están punteados con falsa interpretación por parte de los masotéricos, de modo que sin este método no se podría resistir en nuestro tiempo ningún ejemplar del *Antiguo Testamento*. Sabido es que los masotéricos, al copiar los manuscritos antiguos suprimieron cuantas frases les parecían *inconvenientes* (aunque escaparon a su atención las de algunos pasajes), e interpolaron otras de su propia invención que tergiversaron el sentido del texto. Sobre el particular dice Donaldson que “la escuela masotérica de Tiberias se ocupó en poner y quitar del texto hebreo todo cuanto le vino en gana, hasta la publicación del *Masorah*”. Por lo tanto, si poseyéramos los manuscritos

originales resultaría curiosos e instructivo cotejarlos con los *Vedas* y otros libros induístas, pues seguramente que ni la más ciega fe fuera capaz de engullirse tan enorme alud de fábulas obscenas. Pero si millones de gentes que de cultas y civilizadas presumen, creen en estas fábulas a cierra ojos porque les han dicho que son de *revelación divina*, no debe nadie maravillarse de que los brahmanes crean también que sus libros sagrados son fruto de otra divina revelación (72).

Demos gracias a los masotéricos por su obra, pero veamos por anverso y reverso la medalla.

Si las leyendas, símbolos y alegorías son de tradición inda, caldea o egipcia, apenas se las considera merecedoras de examen ni se sospechan sus relaciones con la astronomía y antropogenesia; pero en cuanto mutilados y pervertidos se incorporan a la Escritura sagrada, se les acepta como palabra de Dios. ¿Dónde queda en esto la imparcialidad? ¿Dónde la justicia? Hace diecinueve siglos dijo el Reformador cristiano que no era posible servir a Dios y a Belial, y parafraseando esta máxima podríamos afirmar en nuestros tiempos que no es posible servir a la verdad y al prejuicio, aunque los dogmatizadores presuman de servir a la verdad.

Casi todos los mitos religiosos tienen fundamento a la par histórico y científico, pues como dice Pococke:

> Vemos probado actualmente que los mitos son *fábulas* cuando no acertamos en su interpretación, y son *verdades* cuando descubrimos el real significado con que los antiguos los comprendieron. Nuestra ignorancia ha convertido en mítico lo histórico, y esta ignorancia la hemos heredado de los griegos como consecuencia de la vanidad helénica (73).

Ya demostraron Bunsen y Champollión que los libros sagrados de Egipto son muchísimo más antiguos que el *Génesis*; y las modernas investigaciones han robustecido la sospecha, para nosotros certidumbre, de que las leyes de Moisés son copia del Código de Manú, por lo que resulta muy probable que el Egipto debiera a la India su civilización, arte e instituciones sociales. Pero aunque contra este parecer se agrupen hostilmente toda una falange de autoridades científicas que niegan los hechos comprobatorios, tarde o temprano habrán de rendirse a la evidencia (74).

Dice Müller:

> Difícil sería dilucidar si los *Vedas* son los libros más antiguos del mundo y si parte del *Antiguo Testamento* puede o no aventajar en antigüedad a los más antiguos himnos védicos (75).

Sin embargo, su cambio de opinión respecto del nirvana permite esperar que también la rectifique por lo que se refiere a la antigüedad del *Génesis*, de modo que las gentes reciban el beneficio de la verdad sancionada por uno de los más prestigiosos científicos de Europa.

ÉPOCA DE ZOROASTRO

Sabido es que los orientalistas no se han puesto aún de acuerdo sobre la época de Zoroastro; y por lo tanto, será más seguro fiarnos de los cómputos brahmánicos que de las opiniones de los científicos (76), pues Bunsen calcula que Zoroastro floreció en Ecbatriana, que la emigración de los ecbatrianos a la India corresponde al año 3784 antes de J. C. y el nacimiento de Moisés al 1392 de la misma era precristiana (77). Pero resulta muy anacrónico colocar a Zoroastro en época anterior a los *Vedas*, puesto que de estos libros está entresacada toda la doctrina zoroastriana, y si bien residió Zoroastro algún tiempo en el Afganistán antes de pasar al Punjâb, en este último país empezaron a escribirse los *Vedas*, que denotan el progreso

de los indos, como el *Avesta* el de los iranios.por otra parte, Haug atribuye al brahmana Aitareya (78) una antigüedad de 1400 a 1200 antes de J. C. y a los *Vedas* la de 2400 a 2000 años. Müller pone algunos reparos a este cómputo, aunque no lo niega por completo (79). Pero suponiendo que Moisés escribiera el *Pentateuco* (80), si este legislador nació, como calcula Bunsen, el año 1392 antes de J. C., no puede ser el *Pentateuco* más antiguo que los *Vedas*, pues Zoroastro nació el 3784 antes de J. C., y ya su doctrina es reflejo de los Vedas. Además, dice Haug (81) que algunos himnos del *Rig Veda* datan de treinta y siete siglos antes de J. C., precedentemente al cisma de Zoroastro, ocurrido, según Müller, durante el período védico; y por lo tanto, no cabe remontar trozo alguno del *Antiguo Testamento* a la misma época de los *Vedas*, y mucho menos a una época anterior a los himnos védicos.

Admiten generalmente los orientalistas que 3000 años antes de J. C. estaban todavía los arios en las estepas de la orilla oriental del mar Caspio, y Rawlinson conjetura que su foco central era Armenia, de donde se derramaron por Oriente hacia la India, por el Norte hacia el Cáucaso y por Occidente hacia el Asia menor y Grecia, de suerte que ya antes del siglo XV de la era precristiana aparecen en la cuenca del Indo superior, en donde sobrevino el cisma entre los arios védicos, que se encaminaron al Punjâb, y los arios zéndicos, que se dirigieron a Occidente para fundar los históricos imperios de Asia (82). Añade Rawlinson que la primitiva historia de los arios está envuelta en los velos del misterio; pero muchos y muy eruditos brahmanes han encontrado indicios de la existencia de los *Vedas* 2100 años antes de J. C., y por otra parte atribuye Jones al *Yaguar-Veda* una antigüedad de 1580 antes de J. C., o sea muy anterior a Moisés.

Max Müller y otros orientalistas de Oxford se fundan en el supuesto hecho de que los arios emigraron del Afganistán al Punjâb unos quince siglos antes de J. C., para computar a determinadas porciones del *Antiguo Testamento* fecha igual o acaso más temprana que la de los más antiguos himnos védicos. Por lo tanto, mientras los orientalistas no se pongan de acuerdo para fijar la fecha en que floreció Zoroastro, no puede haber autoridad tan fidedigna como la de los brahmanes para computar la época de los *Vedas*.

Es indudable que los judíos copiaron la mayor parte de sus leyes de los egipcios, que en nuestra opinión fueron los primitivos indos (83), según nos demostrará el examen geográfico de la India antigual. En efecto, si exceptuamos la Escitia y la Etiopía, no hay región tan inciertamente delimitada en los mapas como la India antigua, que se extendía hacia el oriente de Babilonia con el nombre de Indostán y fue cuna de las razas cusitas o camíticas, que dominaron por completo el país y rindieron culto a las divinidades *Bala* y *Bhavani*. La India de los primitivos sabios parece que fue el territorio comprendido entre las fuentes del Oxo y las del Jaxartes. Apolonio de Tyana atravesó la cordillera del Cáucaso, llamada Kush por los indos, y encontró a un rey que le condujo al país de los sabios, descendientes acaso de los que el historiador Amian Marcelino denomina “brahmanes de la India septentrional”, a quienes visitó Darío Histaspes e instruido por ellos restableció el verdadero culto mágico. Este episodio de la vida de Apolonio indica, al parecer, que estuvo en el país de Cachemira, donde los *nagas* le aleccionaron en las doctrinas budistas. En aquella época la India aria no se dilataba más allá del Punjâb.

POBLADORES DE LA INDIA

En nuestra opinión, el obstáculo que mayormente se opone al progreso de la etnología es la triple progenie de Noé, pues los orientalistas occidentales se han empeñado en la imposible conciliación de las razas postdiluvianas con los descendientes de Sem, Cam y Jafet. La bíblica arca de Noé ha sido un lecho de Procusto para cuanto se quiso encerrar en ella; y desviada la investigación de las verdaderas fuentes donde beber el origen del hombre, tomó por

realidad histórica una alegoría cosmogónica. Mala fortuna tuvo el cristianismo al escoger entre las Escrituras sagradas de los pueblos antiguos la de uno de raza semítica, la menos espiritual del linaje humano, raza incapaz de formar de sus numerosos idiomas uno que sirviese de apropiada expresión a las ideas de los mundos intelectual y moral, en vez de contraerse al bajo vuelo de las figuras sensuales y terrenas; raza cuya literatura es desacertado remedo del pensamiento ario, y cuyas ciencia y filosofía andan necesitadas de los nobilísimos rasgos que caracterizan los metafísicos y espirituales sistemas de la raza aria o jafética.

Bunsen opina que el idioma cámico del antiguo Egipto contenía en sí los gérmenes del semítico, dando prueba con ello del común origen de las razas aria y semítica. Pero conviene recordar sobre el caso, que si bien los pueblos del Asia sudoccidental y occidental, incluso los medos, eran todos arios, no está probado todavía quiénes fuesen los primeros pobladores de la India; y por lo tanto, mientras la historia no documente este punto, nada se opone a nuestra hipótesis de que esos primeros pobladores fueron los etíopes orientales o arios (84) de piel oscura, que durante mucho tiempo dominaron todo el territorio de la antigua India, cuya posesión asigna más tarde Manú al pueblo de idioma sánscrito, según le denominan los orientalistas.

Se *supone* que los indos sánscritos vinieron del Noroeste; se *conjetura* que profesaban la religión induísta y que *probablemente* hablaban el idioma sánscrito. En estos tres deleznables datos se han apoyado los filólogos europeos que llevaron constantemente pendientes del cuello a los tres hijos de Noé desde que Jones publicó sus estudios sobre el Indostán y la vasta literatura sánscrita. ¿Ésta es la ciencia experimental libre de preocupaciones religiosas? Mucho en verdad ganara la etnología si alguien hubiese arrojado al agua por la borda al triunvirato noético antes de que el arca tomara tierra.

Generalmente incluyen los etnólogos a los etíopes en el grupo semítico; pero ya veremos que no les corresponde esta clasificación y demostraremos también su influencia en la cultura egipcia, que siempre se mantuvo en el mismo grado de esplendor sin prosperar ni decaer, como sucedió en otros países. El Egipto debe su civilización, sus instituciones políticas y sus artes, especialmente el arquitectónico, a la India prevédica, pues los colonizadores del país fueron aquellos arios de piel oscura a quienes Homero y Herodoto llaman etíopes orientales, o sean los habitantes de la India meridional que llevaron a Egipto su ya adelantada civilización, en la época que Bunsen denomina preménica, pero que corresponde a los tiempos históricos.

Dice sobre este punto Pococke:

> El relato completo de las guerras entre los jefes solares Usras (Osiris), príncipe de los glucas, y Tu-phu, es alegoría de aquellas otras guerras que la historia nos describe suscitadas entre los apianos o tribus helólicas de Ude con las gentes de Tu-phu o Tíbet, raza lunar compuesta por la mayor parte de budistas y enemiga de Rama y los *etyo-pias* o gentes de Ude que fueron subsiguientemente los *ethio-pianos* de África (85).

Recordaremos a este propósito que en la epopeya *Râmâyana*, el gigante Ravan aparece en su lucha con Ramachandra como rey de Lanka, nombre antiguo de Ceilán, que seguramente formaría parte en aquel entonces del continente de la India meridional poblada por “etíopes orientales”, quienes vencidos por Rama, hijo de Dasarata, rey solar de la antigua Ude, emigraron en parte al África del Norte, si, como muchos sospechan, la *Ilíada* de Homero es un plagio del *Râmâyana,* no podemos por menos de reconocer remotísima antigüedad a las tradiciones que sirvieron de fundamento a este último poema; y en consecuencia, hay en la prehistoria lugar sobrado para un período durante el cual los etíopes orientales pudieran establecerse en Egipto con todos los adelantos de su índica civilización.

La arqueología no ha interpretado aún con acierto las inscripciones cuneiformes, y hasta que las descifre debidamente (86), ¿quién es capaz de suponer los secretos que habrán de revelar? El monumento más antiguo de la lengua sánscrita es el de Chandragupta (315 años antes de J. C.), y las inscripciones persepolitanas le aventajan de 220 años. Hay manuscritos cuyos caracteres desconocen por completo los filólogos y paleógrafos (87).

IDIOMAS SEMÍTICOS

Los lingüistas colocan los idiomas semíticos en la familia indo-europea; pero excepto al copto y etíope, no creemos que a los demás les convenga esta clasificación, no obstante las aparentes relaciones que con las lenguas semíticas establece engañosamente la corrupción del moderno etíope y varios dialectos del Norte de África.

Puede probarse la mayor consanguinidad entre los etíopes y los arios de tez oscura que entre estos y los egipcios, pues recientemente se ha visto que los antiguos egipcios eran de raza caucásica con la configuración craneal evidentemente asiática (88). Si los antiguos etíopes no eran de tez tan cobriza como los modernos, también pudieron tener más delicada complexión. Es muy significativo el hecho de que entre los antiguos etíopes no heredaba la corona el hijo del rey, sino el *sobrino por parte de hermana*; y la misma ley rige todavía en la India meridional donde no suceden al rajah sus propios hijos, sino los *hijos de su hermana* (89)

Otra prueba es que de todos los idiomas y dialectos a que se atribuye filiación semítica, tan sólo el etíope se escribe de izquierda a derecha, como el sánscrito y demás de la familia aria (90).

Así es que contra el origen indo de los egipcios tan sólo se levanta la mítica hipótesis de Cam, hijo de Noé, que si no hubiese otros argumentos se desvanecería al observar que las instituciones políticas, religiosas y sociales de los egipcios declaran evidentemente su origen indo.

Las primitivas tradiciones de la India mencionan dos dinastías ya olvidadas en la noche de los tiempos: la dinastía del Sol que reinaba en Ayodhia (hoy Ude) y la dinastía de la Luna que reinaba en Pruyag (hoy Allahabad). El *Libro de los muertos* expone todo lo referente al culto religioso de estos primitivos reyes, con las particularidades de la adoración del sol y de los dioses solares. Nunca nombra dicho libro a Osiris y Horus sin relacionarlos con el sol, pues son los “Hijos del Sol”, y “el Señor y Adorador del Sol” es su nombre. El Sol es el creador del cuerpo y el progenitor de los “dioses sucesores del Sol”.

DIVINIDADES SOLARES

En su ingeniosísima obra defiende Pococke con energía la misma opinión y señala más claramente aún la identidad de las mitologías egipcia, griega e inda. Las primitivas tradiciones de la India hablan del caudillo de la raza solar llamado Cuclopos (91) y por sobrenombre “el gran sol”. Este príncipe fue el progenitor y patriarca de la dilatadísima estirpe inaquiense, y según nos dice Pococke, recibió honores divinos después de la muerte y su alma transmigró al cuerpo del buey Apis (92). Por otra parte, continúa diciendo Pococke, Osiris, cuyo verdadero nombre es *Usras*, significa a la par "toro" y "rayo de luz".

Champollión (92) alude frecuentemente a las dos dinastías reales del Sol y de la Luna, cuyos monarcas recibieron después de muertos honores de divinidades solares y lunares. El culto de esos dioses menores fue la adulteración inicial de aquella potente fe primitiva que acertadamente veía en el sol el más expresivo símbolo de la universal e invisible presencia del Señor de vida y muerte. De esta primitiva fe se descubren vestigios en todas las antiguas religiones. Los himnos del *Rig Veda* invocan a Sûrya (el sol) y a Agni (fuego) con los títulos de

“Gobernador del universo”, “Señor de los hombres” y “Rey sabio”. Los caldeos, parsis, egipcios y griegos adoraron también al sol bajo los respectivos nombres de Mitra, Ahuramazda, Osiris y Zeus, y conservaron el fuego sagrado en honor de su cercana pariente Vesta. El mismo culto del sol vemos entre los peruanos, en la zarza ardiente de Moisés, en los altares levantados por los patriarcas bíblicos y en los sacrificios que los monoteístas judíos ofrecían a la diosa Astarté, reina del cielo.

A pesar de tantas controversias e investigaciones, la arqueología y la historia nada han averiguado de cierto sobre el origen del pueblo judío, pues lo mismo pueden proceder de los tchandalas o parias desterrados de la antigua India, que de los “albañiles” mencionados por Vinasvati, Vedavyasa y Manú, de los fenicios de Herodoto, o de los hyksos de Josefo (pastores palis), aunque bien pudieran ser una entremezcla de todos ellos (94).

Muchos personajes bíblicos son figuras míticas, según se infiere de sus rasgos biográficos. Así resultan el profeta Samuel y el juez Sansón una misma entidad desdoblada en dos personalidades, pues el primero era hijo de *El Kaina* y Ana, y el segundo de Manua o Manoah. Equivalen respectivamente a Ganesa y a Hércules. A Samuel se le atribuye la abolición del culto cananeo de Baal (Adonis) y Astarté (Venus) y la restauración del de Jehovah con el establecimiento de la monarquía, cuando a ruegos del pueblo que pedía rey ungió primero a Saúl y después por prevaricación de éste a David.

David es una figura idéntica a la del rey Arturo. Realizó grandes hazañas y extendió su dominio a la Siria e Idumea hasta la Armenia y la Asiria por el Norte y Nordeste, el desierto de Siria y el golfo Pérsico al Este, Arabia al Sur y Egipto por Oeste. Sólo se libró la Fenicia del estruendo de sus armas.

La amistad de David con Hiram parece indicar que desde Fenicia efectuó su primera incursión en Judea, y su prolongada estancia en Hebrón, la ciudad de los kabires (ciudad del *Arba* o de los cuatro), permite conjeturar que modificó la religión de los hebreos.

A David le sucedió su arrogante y voluptuoso hijo Salomón, que mantuvo los dominios de su padre y edificó el magnificente templo de Jerusalén en honor de Jehovah (Tukt-Suleima), al propio tiempo que en el monte Olivete levantaba altares a Moloch-Hércules, Khemosh y Astarté, derribados posteriormente por Josías.

Pero a la muerte de Salomón estallaron revueltas en Idumea y Siria, y el profeta Ahías se puso al frente de un movimiento popular cuyo resultado fue la separación de los reinos de Israel y Judá, quedando el primero bajo la soberanía de Jeroboán. Desde entonces predominaron los profetas en Israel y prevaleció el culto del becerro en todo el país. Extinguida la familia real de Acab y fracasada la tentativa de Jehu para reunir bajo un solo cetro a todo Israel, subsistió la casa real de Judá, y al subir al trono Ezequías, sacudió el yugo de los asirios (95), y hay indicios de que instituyó un colegio sacerdotal (96) y transmutó radicalmente el culto religioso del país, hasta el punto de hacer pedazos la serpiente de bronce construida por Moisés (97). Esto demuestra que son míticas las figuras de Samuel, David y Salomón, pues la mayor parte de los profetas, que al propio tiempo eran literatos, empezaron a escribir en aquella época.

EL MESÍAS PROMETIDO

Finalmente, los asirios se apoderaron de Palestina, y encontraron allí las mismas gentes e instituciones públicas que en Fenicia y otros países.

Ezequías no era hijo natural, sino adoptivo de Achaz y yerno del profeta Isaías, con quien Achaz rehusó la alianza que le brindaba, según se infiere de los siguientes pasajes:

> Pide para ti una señal del señor tu Dios en lo profundo del infierno o arriba en lo alto.

Y dijo Achaz: No la pediré y no tentaré al Señor (98).

El profeta Isaías le había declarado al rey:

Si no lo creyereis no permaneceréis (99).

En esta frase vaticina la extinción de la dinastía de Judá.
Pero hay otro pasaje que dice:

Por eso el mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una virgen y parirá un niño y será llamado su nombre Emmanuel. Manteca y miel comerá hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno... Traerá el Señor sobre ti y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre por medio del rey de los asirios, días cuales no fueron desde los días en que se separó Efrain de Judá (100).

También hay otros pasajes en que el profeta ensalza al futuro caudillo (101) que ha de recoger los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra (102). El prometido Redentor había de nacer en Bethlehem de la estirpe de David y había de dar en rostro a los asirios con quien Achaz se aliara, y reformar la religión del país. Esto precisamente hizo el rey Ezequías, nieto por línea materna del profeta Zacarías (103), consejero de su bisabuelo el rey Ozías (104), al apartarse de las abominaciones de sus predecesores, diciendo:

Pecaron nuestros padres e hicieron lo malo en la presencia del Señor nuestro Dios...
Ved cómo nuestros padres han perecido a cuchillo (105).

Intentó Ezequías reconciliar a los reinos de Judá e Israel, como así pudo lograrlo (106) aunque por breve tiempo, pues la irrupción de los asirios (107) instauró un nuevo régimen.

De todo esto se infiere que en la religión de los judíos se explayaban dos contrapuestas orientaciones: la del culto oficial mantenido por motivos políticos, y la del culto popular idolátrico, resultante de la ignorancia en que estaba el vulgo de la doctrina esotérica enseñada por Moisés. Ezequías destruyó los altos, taló los bosques y quebró las estatuas levantadas en tiempo de Salomón.

Era Ezequías el Mesías esperado por los mantenedores de la exotérica religión oficial. Era la vara de la raíz de Jessé (108) que debía rescatar a los judíos de su lastimosa cautividad (109). Pero si Ezequías abolió la idolatría y el culto de Baal, también arrebató violentamente al pueblo de Israel la religión de sus padres y los secretos ritos instituidos por Moisés.

Darío Hystaspes estableció en Judea una colonia persa, cuyo caudillo sería tal vez Zorobabel (que significa “hijo de Babilonia”, como Zoroastro (.....) “hijo de Ishtar”) (110) y estaría, sin duda, formada en su mayor parte por judíos (111). La recopilación de la ley mosaica se atribuye diversamente a las épocas de Ezequías, Esdras, Simón el Justo y asmoneo. Nada se sabe en definitiva, pues por doquiera aparecen contradicciones. En los comienzos de la época asmoneana, los doctores de la ley se llamaban asideanos o khasdimes (caldeos) y posteriormente se les dio el nombre de fariseos o farsis (parsis), lo cual indica que las colonias persas predominaban en el país, mientras que el pueblo de Isarel, con sus sacerdotes y levitas, convivía y se enlazaba con todas las gentes circunvecinas que nombran los libros del *Génesis* y *Josué* (112).

SARGÓN Y MOISÉS

El *Antiguo Testamento* no contiene ningún verdadero elemento histórico, y para encontrarlo hemos de recurrir a los profetas, cuyas indiscretas revelaciones nos suministran los pocos datos fidedignos sobre que apoyar la historia de Israel. Los libros que lo componen debieron de escribirlos distintos autores en diversas épocas, o más bien sería una fábula inventada para cohonestar un culto religioso cuyo origen podemos descubrir, por una parte, en los misterios órficos, y por otra, en los ritos egipcios, con los que estuvo Moisés familiarizado desde su infancia.

A partir del siglo XVIII, la Iglesia se ha visto precisada a retroceder en el campo de la exégesis bíblica que antes usurpara a sus legítimos dueños, pues se ha demostrado que todos los personajes, uno tras otro, son remedo de los mitos paganos. Los recientes descubrimientos del llorado asiriólogo Jorge Smith evidenciaron que Sargón y sus tablillas superan en antigüedad a Moisés y su *Pentateuco*, pues resulta que la biografía del legislador hebreo es remedo de la de aquel personaje, como también el relato del *Éxodo* fue copiado de los asirios, y las joyas de oro y plata lo fueron de las egipcias.

Dice Smith:

> En el palacio de Senacherib, en Kuyunjik, descubrí otro fragmento de la curiosa historia de Sargón que oportunamente traduje y publiqué en los *Trabajos de la Sociedad de Arqueología bíblica*, I, parte I, 46. Según el texto descubierto, a Sargón, uno de los primitivos monarcas babilónicos, lo tuvo escondido su madre hasta que lo puso en una cesta de mimbres, convenientemente calafateada con betún y pez, que abandonó a la corriente del Éufrates, lo mismo que la madre de Moisés hizo con su hijo, según el relato bíblico (*Éxodo*, 2, 3). Descubrió la cesta un aguador llamado Akki, quien prohijó al niño, que con el tiempo llegó a ser rey de Babilonia y tuvo su corte en Agadi (113), donde reinó por tiempo de cuarenta y cinco años (114). La ciudad de Agadi o Acad estaba cerca de *Sippara* (115), sita a orillas del Éufrates, al Norte de Babilonia. Floreció Sargón en el siglo XVI antes de J. C., y acaso antes de esta época (116).

Es sumamente curiosa la historia de Sargón, tal como aparece en las tablillas asirias, que tradujo Smith en los siguientes versículos:

1. Yo soy el poderoso rey Sargón, rey de Akkad.
2. Mi madre era una princesa; no conocí a mi padre; un hermano de mi padre reinaba en el país.
3. En la ciudad de Azupirana que está a orillas del Éufrates.
4. Me concibió la princesa mi madre, y parióme con mucho sufrimiento.
5. Me puso en una cesta de mimbres sellada con betún.
6. En ella me botó al río, pero el río no me ahogó.
7. El río me condujo a manos del aguador Akki, quien me recogió.
8. Akki, el aguador, se me llevó solícitamente, etc., etc.

Este relato concuerda substancialmente con el bíblico que dice:

> Salió después de esto un hombre de la casa de Levi y tomó mujer de su linaje.
> La cual concibió y parió un hijo, y viéndole que era hermoso le tuvo escondido tres meses.
> Pero no pudiendo ya ocultarle, tomó una cestilla de juncos y la calafateó con betún y pez y puso dentro al niño y lo abandonó en un carrizal de la orilla del río (117).

Las épocas de la cronología inda difieren muy poco de las griegas, romanas y aun de las judías, según nos da a entender el cómputo mosaico. Si, como se empeña la interpretación clerical, hubiéramos de tomar al pie de la letra la cronología bíblica, resultaría que de la

creación del mundo a Moisés sólo transcurrieron cuatro generaciones, lo cual es evidentemente ridículo (118); pero los cabalistas saben que estas cuatro generaciones representan edades del mundo. Las alegorías que en los cómputos están hábilmente interpuestas en los libros mosaicos, gracias al artificiosos procedimiento masotérico, de modo tal, que se reducen al insignificante período de 2513 años.

NOÉ Y EL ARCA

La cronología exotérica de la *Biblia* está forjada de intento para que se corresponda con las cuatro edades: la de oro (de Adán a Abraham), la de plata (de Abraham a David), la de cobre (de David a la cautividad de Babilonia) y la de hierro (de la cautividad en adelante). Pero el cómputo secreto es totalmente distinto y en nada discrepa de los induístas cómputos zodiacales. Ahora estamos en la edad de hierro (*kaliyuga*), que no empezó en la cautividad, sino con Noé o Nuah, el mítico progenitor de la quinta raza, quien como todas las manifestaciones personificadas de *Swayambhuva*, era andrógino, y así corresponde a veces al elemento femenino, "Nuah o madre universal", de la trinidad caldea; pues, según ya dijimos, todo elemento masculino o activo tiene en las tríadas cosmogónicas su reflejo complemento femenino o pasivo. La trimurti induísta tiene sus *saktis* o desdobles femeninos, y a la tríada masculina caldea, cuyos elementos son: *Ana, Belita* y *Davkina*, corresponden los elementos femeninos: *Anu, Bel* y *Nuah*. Los tres primeros se unifican en *Belita*, la "soberana diosa y señora del abismo inferior, madre de los dioses, reina de la tierra y de la fecundidad".

Cuando *Belita* representa la "humedad" primordial de que toda materia procede, se la llama *Tamti,* símbolo del mar, madre de la *ciudad de Erech* (la gran necrópolis caldea), y es, por lo tanto, una diosa infernal. En el mundo astronómico recibe el nombre de Ishtar o Astarté, y equivale a Venus y demás reinas celestes, a quienes se ofrecían en sacrificio (119) tortas y pasteles, así como también es idéntica a *Eva,* la madre de todo ser viviente, y a la virgen María de los cristianos.

El arca en que Noé encerró los gérmenes de todo lo necesario para repoblar la tierra es emblema de la supervivencia y de la supremacía del espíritu respecto de la materia en el conflicto provocado por la oposición de las fuerzas naturales. En el mapa astroteosófico del rito occidental, el arca corresponde al sitio del ombligo, y está colocada a la izquierda, en el lado de la mujer, uno de cuyos símbolos es la columna izquierda *(Booz*) del templo de Salomón, pues el ombligo está relacionado con la matriz, donde se desenvuelven los gérmenes de la raza (120).

Es el arca de Noé el sagrado A*rgha* de los indos, bajel oblongo que los sacerdotes empleaban a manera de cáliz en los sacrificios ofrecidos a Isis, Astarté y Venus Afrodita, diosas de las fuerzas generadoras de la materia, y por lo tanto simbolizadas en el arca que encierra los gérmenes de todas las cosas vivientes.

Confesamos que las antiguas religiones tuvieron, y todavía hay de ello ejemplo en la India, símbolos que a los hipócritas y puritanos les parecen escandalosamente obscenos; pero ¿no copiaron los judíos la mayor parte de estos símbolos? Hemos expuesto ya en otro lugar la identidad del *lingham* indo con la *columna* de Jacob, y podríamos citar numerosos ritos cristianos del mismo origen, si no se nos hubiesen adelantado cumplidamente en esta tarea otros investigadores (121).

Sobre el culto de los egipcios dice la señora Lidia María Child:

> La veneración por la fuerza generadora de la vida introdujo en el culto de Osiris los emblemas sexuales, tan comunes en el Indostán. El rey Tolomeo Filadelfo regaló al templo de Alejandría una colosal imagen de esta índole... La veneración por el misterio de la vida organizada favoreció el reconocimiento de la dualidad masculino-femenina en todas las cosas, así espirituales como materiales... Los emblemas

sexuales que por doquiera se descubren en las esculturas religiosas parecen obscenos a primera vista; pero si se estudian casta y reflexivamente, vemos cuán austera y sencilla es su significación (122).

Verdaderamente que estarán conformes con esta ilustre escritora cuantos, por su pureza mental y rectitud de juicio, repugnen la gazmoñería de esta nuestra época que, movida de hipócritas sentimientos, ha desfigurado y pervertido el significado de los antiguos emblemas religiosos.

EVA-LILITH Y EVA

Las aguas del diluvio, que en alegoría a que nos referimos están figuradas por el mar Tamti, simbolizan la turbulenta materia caótica, denominada "el gran Dragón". Según los gnósticos y rosacruces medioevales, en el plan de la creación no estuvo incluida la mujer, sino que fue engendrada por la impura imaginación del hombre, y así dijeron los herméticos que fue una "intrusa" concebida en el mal (hora séptima), cuando ya desvanecidos los sobrenaturales mundos reales, empiezan a desenvolverse los naturales e *ilusorios* a lo largo del microcosmos descendente o sea el arco del ciclo máximo. Primero, la Virgen celeste, la "Virgo" zodiacal, se transmuta en "Virgo Escorpio"; pero al desenvolverse su segunda compañera, el hombre, sin darse cuenta de ello, le infunde algo de su espiritualidad, y este nuevo ser engendrado por su imaginación se convierte en el "Salvador" que le libra de las asechanzas de Eva-Lilith, la Eva primordial, en cuya constitución entraba mayor cantidad de materia que en el primitivo hombre "espiritual" (123).

Tenemos, por lo tanto, que la mujer está cosmogónicamente relacionada con la materia o el *gran abismo*, cuyo símbolo es la "Virgen del Mar", que aplasta bajo sus pies la cabeza del Dragón (124).

Por otra parte, los marinos católicos veneran por patrona a la Virgen María, una de cuyas invocaciones es *Maris Stella* o Virgen del Mar. De la propia suerte era Dido patrona de los marinos fenicios (125), y, como a Venus y demás diosas lunares (126), se le daba el título de Virgen del Mar (127). Por esta razón, el color azul, que entre los antiguos era emblema del *gran abismo*, llegó a formar con el tiempo la librea de la Virgen María; pero los mendeanos de Basra o cristianos de San Juan tienen aversión al color azul, porque lo consideran relacionado con la simbólica serpiente.

Entre las hermosas láminas de Maurice hay una que representa a Krishna en actitud de aplastar la cabeza de la serpiente. Lleva el dios una mitra de tres puntas (emblema de la trinidad) y en su talle se enrosca el cuerpo del vencido reptil. Esta lámina denota el origen de la fábula compuesta posteriormente para cohonestar aquel profético pasaje que dice:

> Enemistades pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar (128).

También los egipcios representaban a Orante con los brazos en cruz y aplastando a la serpiente, y Horus (el Logos) aparece en actitud de atravesar la cabeza de Tifón o Apofis. Esto nos da la clave del episodio bíblico de Caín y Abel, puess a Caín se le consideraba como el progenitor de los hivitas (las serpientes), por lo que los mellizos de Adán son remedo evidente de la fábula de Osiris y Tifón, cuyo esotérico significado es la lucha entre el bien y el mal.

Pero desde la era cristiana, ¡cuán extrañamente elástica y acomodable a diversidad de interpretaciones fue esta mística filosofía! Nunca, como en nuestra cristiana época de sutilezas casuísticas, tuvieron tan poca eficacia para restablecer la verdad hechos incontrovertibles e irrefragablemente ciertos. Porque ante la demostración de que a Krishna se le llamaba el "Buen Pastor" muchísimo antes de la era cristiana y de que, según la tradición religiosa, aplastó a Kalinaga (serpiente del mal) y fue crucificado, replican los polemistas diciendo que todo ello eran proféticas representaciones del porvenir. El mismo argumento aducen para cohonestar la sorprendente semejanza de este mito cristiano con el Thor escandinavo, que aplastó la cabeza de la serpiente al golpe de su maza cruciforme, y con el Apolo griego, que mató a la serpiente Pitón (129).

Las aguas del diluvio equivalen simbólicamente a la serpiente de las antiguas cosmogonías o el gran abismo de materia, el Leviathán o dragón marino (130) sobre el cual boga el arca hacia el monte de salvación. Pero el *Génesis* nos habla del arca de Noé porque Moisés estaba familiarizado con la mitología de los egipcios (131) y conocía la leyenda que representa a Horus de pie sobre un esquife en forma de serpiente, cuya cabeza atraviesa con su lanza. Además, no ignoraba Moisés el oculto significado y verdadero origen de muchas otras fábulas religiosas, y así encontramos en el *Levítico* la misma legislación de Manú.

Los animales encerrados en el arca simbolizan las pasiones humanas y aluden a ciertas pruebas de la iniciación en los misterios instituidos en muchas naciones para perpetuar esta alegoría. El arca de Noé se detuvo en el monte Ararat el día diecisiete del mes *séptimo*, y los animales puros entraron en el arca en grupos de *siete.* De nuevo encontramos aquí el número *siete*.

Por otra parte, al hablar de los misterios de Biblos respecto al rito del agua, dice Luciano:

> Un hombre permanece durante *siete* días en lo alto de una de las dos columnas levantadas por Baco (132).

Supone Luciano que esta ceremonia se cumplía en honor de Deucalión.

Cuando el profeta Elías estaba en oración en la cumbre del monte Carmelo, le dijo a su criado:

> Sube y mira hacia el mar. El que habiendo subido y mirado dijo: No hay nada. Y segunda vez le dijo: Vuelve hasta *siete* veces (133).

Y la *Kábala* dice:

> *Noah* es una *revolución* de Adam, y Moisés una *revolución* (134) de Abel y Seth.

Los personajes bíblicos nos dan prueba de esta revolución o repetición característica, pues, por ejemplo, Cain fue el primer asesino, y asesino es también cada *quinto* descendiente de su estirpe. Así tenemos que los descendientes de Caín son: Henoch, Irad, Maviael, Mathusael y Lamech, que por el *quinto* descendiente fue el *segundo* asesino y padre de Noé (135). El *Talmud* da la genealogía completa de Caín y señala trece asesinos entre sus descendientes, sin que en ello haya *coincidencia* ni casualidad alguna, pues ofrece notable analogía con Siva el *destructor*, pero también el *regenerador*, ya que si Caín es asesino es también fundador de naciones e inventor de artes útiles.

En Tebas (136) se han encontrado los mismos elementos decorativos de estilización foliácea que se enumeran al describir las columnas del templo de Salomón, como por ejemplo, la hoja bicoloreada de olivo, el trilobulado pámpano de higuera y la lanceolada hoja de laurel, que entre los antiguos tenían significado esotérico y exotérico.

Las investigaciones de los egiptólogos corroboran por otra parte la identidad entre las alegorías bíblicas y las caldea y egipcia. La cronología de las dinastías faraónicas (137) divide la historia de Egipto en cuatro épocas: de los reyes divinos, de los semidioses, de los héroes y de los mortales (138). Estas épocas se corresponden perfectamente con los Elohim bíblicos, esto es, con los hijos de Dios, los gigantes y los hombres noéticos.

Diodoro de Sicilia y Berosio enumeran los doce dioses mayores que presidían los meses del año y los signos zodiacales (139). El dios Jano, de doble rostro, era el jefe de estos doce dioses, y se le representa con las llaves del cielo en la mano. De aquí salieron primero los doce patriarcas bíblicos y después los doce apóstoles, cuyo jefe, San Pedro, tiene dos caras por efecto de la negación, y se le representa asimismo con las llaves del cielo en la mano.

ADÁN PROTOTIPO DE NOÉ

Cada página del Génesis demuestra que Noé, con sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, es una variación de Adán con los suyos, Caín, Abel y Seth, pues vemos que Adán es el prototipo de Noé. La caída de Adán proviene de haber comido el vedado fruto del conocimiento *celestial,* mientras la de Noé resulta de haber gustado el fruto *terrenal,* esto es, el zumo de la vida, cuya embriaguez simboliza la perturbación mental ocasionada por el abuso del conocimiento. Adán se ve despojado de sus vestiduras celestes, y Noé de sus ropas terrestres, y ambos se avergüenzan de su *desnudez*. La maldad de Caín aparece reproducida en Cam, y los descendientes de ambos superan en sabiduría a los demás hombres, por lo que se les llamó “serpientes” o “hijos de serpientes”, en el sentido de “hijos de la sabiduría”, y no en el de “hijos de Satanás”, como han interpretado torcidamente muchos teólogos. La enemistad entre la “serpiente” y la “mujer” tan sólo subsiste en este perecedero y fenoménico mundo del “hombre nacido de mujer”. Antes de la caída en la carne, la serpiente *Ophis* simbolizaba la divina sabiduría, que no necesitaba de la materia para procrear al hombre espiritual. De aquí la enemistad entre la serpiente y la mujer, o sea entre el espíritu y la materia. en su aspecto material es la serpiente (*Ophiomorphos*) símbolo de la materia, y en su aspecto espiritual es *Ophis-Christos*. En la magia sirio-caldea ambos aspectos están unidos en el andrógino signo zodiacal Virgo-Escorpio, para desdoblarlos siempre que sea necesario. Por lo tanto, en lo referente al origen del bien y del mal, el significado de las SS y de las ZZ ha sido siempre intermutable; y aunque en algunas ocasiones las SS hayan denotado en los sellos y talismanes la maligna influencia de la magia negra dirigida a tercera persona, también vemos las SS en los cálices sacramentales de la Iglesia para significar la presencia del Espíritu Santo o divina sabiduría.

A los madianitas, cananeos y camitas se les daba el título de hombres *sabios* o “hijos de serpiente”; y tal fue la nombradía de los madianitas en este particular, que el mismo Moisés, el profeta *inspirado por Dios*, se postra ante Hobab, hijo del madianita Raguel, y le suplica que permanezca entre los israelitas, diciéndole:

> ... Ven con nosotros para que hagamos bien contigo... No quieras dejarnos, porque tú... serás nuestro guía (140).

Más adelante, cuando Moisés envía exploradores a la tierra de Canaán, traen estos, en prueba de la feracidad (141) del país, un enorme racimo de uvas cuyo peso hizo necesario que

dos hombres lo transportasen pendiente de una pértiga. Además, los exploradores, al dar cuenta de su cometido, le dicen a Moisés:

> Llegamos a la tierra donde nos enviaste, que en verdad mana leche y miel...; pero tiene unos habitadores muy valerosos... Hemos visto allí la raza de Enak (142).

Enak equivale a Enoch, el patriarca que, según la *Biblia* (143), fue arrebatado al cielo, y según la *Kábala* y el ritual masónico, fue el primer poseedor del mirífico Nombre.

LOS PATRIARCAS BÍBLICOS

Si comparamos los patriarcas bíblicos con los descendientes de Vaiswasvata (144) y las tradiciones sobre el diluvio conservadas en el *Mahâbhârata*, veremos que son remedo de los patriarcas védicos que les sirvieron de tipo. Pero antes de proceder provechosamente a la comparación, conviene comprender el verdadero significado de los mitos induístas, pues cada personaje mítico lo tiene astronómico, espiritual y antropológico. Los patriarcas prediluvianos no son tan sólo personificación de los dioses equivalentes a los doce dioses mayores de Berosio y a los prajâpatis, sino que con los postdiluvianos correspondientes a la famosa tablilla de la biblioteca de Nínive equivalen también a los eones griegos, a los sephirotes cabalísticos, a los signos zodiacales y a los tipos de otras tantas razas humanas (145). La alteración de *diez* a *doce* en el número de personajes se apoya, según veremos, en la misma autoridad de la *Biblia*. Los Elohim no son dioses mayores, como los que describe Cicerón (146), sino que se cuentan entre los doce dioses menores o reflejos terrestres de los primeros (147). Del grupo de los doce dioses menores sobresale Noé, el espíritu de las aguas, que puede considerarse como la transición de unos a otros, y pertenece, por lo tanto, a la superior tríada caldea. Los demás dioses del grupo son idénticos a los dioses inferiores de Asiria y Babilonia, que bajo la dirección del Demiurgo (Bel) le ayudaban en su obra, de la propia suerte que los patriarcas ayudan a Jehovah.

Además de los dioses menores (148) había los cuatro genios equivalentes a los que, según la visión de Ezequiel, sostienen el trono de Jehovah, identificado por esta equivalencia con su correspondiente persona de la trinidad caldea, pues estos cuatro genios o querubines son los compañeros de los cuatro evangelistas y al propio tiempo los alados conductores de Jesús, según dice Ireneo.

Los libros de *Ezequiel* y del *Apocalipsis* denotan principalmente su parentesco con la *Kábala* inda en la descripción de las cuatro bestias que simbolizan los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Equivalen a las esfinges asirias, que también se ven esculpidas en las paredes de casi todas las pagodas indas.

El autor del *Apocalipsis* describe el pentáculo pitagórico (149), cuyo admirable diseño trazado por Levi reproducimos más adelante. La diosa inda Adanari (150) aparece rodeada de las mismas figuras simbólicas y es idéntica a la "Rueda de Adonai", según Ezequiel, más conocida por "Querubín de Jeheskiel", lo cual indica sin duda alguna la fuente en donde el profeta hebreo bebió sus alegorías (151).

Sobre estas bestias estaban los dos grupos de espíritus angélicos: los *igili* o seres celestiales, y los *amanaki* o espíritus terrestres (152).

La *Kábala denudata* da a los cabalistas una muy clara que a los profanos les parece confusa explicación de las substituciones de un personaje por otro. Así, por ejemplo, dice que la centella (chispa divina) de Abraham procedía de Miguel, jefe de los eones y primera emanación de la Divinidad (153); y sin embargo, Miguel y Enoch son una sola y misma entidad, pues ambos son la figura humana que ocupa el punto de unión de la cruz zodiacal. También, según

la *Kábala denudata*, la centella de Isaac era la de Gabriel, jefe de la hueste angélica, y la centella de Jacob procedía de Ariel, llamado “fuego de Dios”. El espíritu de vida más penetrante de los cielos no es Adam Kadmon, sino el Adam primario o *Microprosopos*, que en uno de sus aspectos es Enoch, el padre de Matusalén; pero el Enoch “arrebatado por Dios” que “no murió”, es el Enoch espiritual, símbolo de la humanidad, tan eterna en el espíritu como en la carne, aunque la carne se transforme y renueve, pues la muerte es un nuevo nacimiento y la humanidad no muere jamás. El Destructor se convierte en Regenerador. Enoch es el tipo del hombre dual en espíritu y cuerpo, por lo que se ocupa el centro de la cruz astronómica.

SIMBOLISMO DE LA CRUZ

Pero este símbolo, ¿fue invención de los hebreos? Nos parece que no. Todas las naciones versadas en astronomía, y en especial la India, veneraban profundamente la cruz como base geométrica del simbolismo del avatar o manifestación de Dios en el hombre, del creador en la criatura. En los más antiguos monumentos de India, Persia y Caldea aparece la cruz doble, de cuatro brazos u ocho puntas que tan frecuentemente se echa de ver en la morfología natural, como por ejemplo en los cristales de nieve y en algunas flores. Con ultracristiano misticismo dice Lundy que “estas flores cruciformes son la profética estrella de la Encarnación que une cielos y tierra, a Dios con el hombre” (154).

Esta frase expresa perfectamente el concepto contenido en el antiguo apotegma cabalístico: “como es arriba así es abajo”, pues demuestra que Dios se encarna en beneficio de la humanidad entera, y no tan sólo en el de un puñado de cristianos. Es la mundanal cruz de los ciclos reproducida en la naturaleza terrestre y en el hombre dual. El hombre físico reemplaza al espiritual en el punto de unión donde está el místico Libra-Hermes-Enoch. La mano que señala al cielo en contraposición de la otra que señala a la tierra da a entender la infinidad de generaciones de arriba en correspondencia con la infinidad de generaciones de abajo, pues lo visible es manifestación de lo invisible, el hombre de polvo se restituye al polvo, el hombre de espíritu renace en espíritu y la humanidad finita es hija del infinito Dios.

Abba es el Padre; Amona, la Madre; el Universo, el Hijo. En todas las teogonías se repite esta tríada, y así vemos que Kadmon, Hermes, Enoch, Horus, Krishna, Ormazd y Cristo son equivalentes entre sí, los *metratones* o medianeros entre el cuerpo y el espíritu, que redimen a la carne por la regeneración de *abajo* y al espíritu por regeneración de *arriba*, donde la humanidad se une con Dios.

Ya dijimos en otro lugar que la tan egipcia tau es muy anterior a la época de Abraham, el supuesto progenitor del pueblo escogido, pues vemos que Moisés la tomó de los sacerdotes egipcios. Prueba de que no sólo los judíos, sino también los gentiles, tenían la tau por sagrada, nos da el siguiente pasaje:

> Y mojad un manojo de hisopo en la sangre que está en el umbral y rociad con ella el dintel y los *dos postes* (155).

Esta señal de los *dos postes* es precisamente la misma tau egipcia (156) de que se valía Horus para resucitar muertos, según se ve en las ruinas de Filoe (157). No cabe en modo alguno admitir que la tau era un anticipo inconscientemente profético de la cristiana, por cuanto según dice Lundy:

> Los mismos judíos veneraron la tau como signo de salvación hasta que condenaron a Jesús... La vara de que se valía Moisés para operar prodigios delante de Faraón era, sin duda, la cruz ansata u otra muy parecida a la de los sacerdotes egipcios (158).

Por lo tanto, cabe inferir lógicamente que los judíos tenían los mismos símbolos religiosos que los paganos, sin aventajar a estos en moralidad de conducta; y por otra parte, que si no obstante su conocimiento del oculto simbolismo de la cruz y de los muchos siglos que esperaban al Mesías, no reconocieron ni al Mesías ni la cruz, según los cristianos, forzosamente hubieron de tener la tau por la verdadera cruz religiosa.

Los que no quisieron reconocer a Jesús como "Hijo de Dios" no pertenecían al vulgo de las gentes que ignoraban el simbolismo religioso ni al partido de los saduceos que le condenó a muerte, sino que fueron los versados en la doctrina secreta que por conocer el significado oculto de la cruz no podían consentir la impostura de identificar con este símbolo al profeta nazareno.

SIMBOLISMO DEL ZODÍACO

Casi todos los vaticinios del nacimiento de Jesús se atribuyen a los patriarcas y profetas bíblicos; pero si bien algunos de estos últimos han sido personajes históricos, los primeros lo son míticos, según demostraremos mediante la oculta interpretación del Zodíaco, que nos descubrirá la analogía entre los signos y los patriarcas antediluvianos.

Si recordamos los conceptos de la cosmogonía induísta, comprenderemos más fácilmente la relación entre estos patriarcas antediluvianos y la "Rueda de Ezequiel", tan enigmática para los comentadores. Así, pues, hemos de tener presente: 1.º Que el universo no es una creación súbita y espontánea, sino un término de la indefinida serie de universos evolucionados de la substancia preexistente. 2.º Que la eternidad es una sucesión de ciclos máximos en cada uno de los cuales ocurren doce transformaciones de nuestro mundo, ocasionadas alternativamente por el fuego y el agua, de modo que la tierra queda tan alterada geológicamente, que en realidad constituye un nuevo planeta. 3.º Que en las seis primeras de estas doce transformaciones, todos los seres y todas las cosas de la tierra van siendo cada vez más densamente materiales, mientras que en las seis restantes van siendo cada vez más sutiles y espirituales. 4.º Que al llegar la evolución al punto culminante del ciclo, se desvanecen las formas objetivas; y las entidades que en ellas residieron, hombres, animales y plantas, esperan en el mundo astral el término de este pralaya menor para volver a la tierra y proseguir en ella su evolución (159).

Los antiguos representaban este maravilloso concepto en el símbolo del Zodíaco o cinturón celeste, para que las gentes lo entendieran, aunque en vez de los doce signos ahora conocidos tan sólo se dieron al público los nombres de diez signos, conviene a saber: *Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis* (160). Estos eran los signos exotéricos; pero había otros dos signos místicos, tan sólo conocidos de los iniciados, que eran *Libra*, punto intermedio de los doce, y *Escorpio*, que sigue inmediatamente al de *Virgo*. Cuando fue necesario exoterizar estos dos signos, se les dieron los nombres que ahora llevan, para ocultar los verdaderos, cuyo conocimiento descubría los secretos de la creación y el origen del bien y del mal.

La verdadera doctrina sabeana enseñaba secretamente que estos dos signos encubrían la gradual transformación del mundo, desde su espiritual y subjetivo estado, al sublunar de doble sexo. Así fue que los doce signos se dividieron en dos grupos de seis. El primer grupo se llamó ascendente o línea del Macrocosmos (mundo espiritual mayor), y el segundo grupo se llamó descendente o línea del Microcosmos (mundo subalterno y reflejo del primero). Esta división recibió el nombre de "Rueda de Ezequiel", que comprendía en primer término los cinco signos ascendentes personificados en los patriarcas, a saber: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo y por último Virgo-Escorpio. Después viene *Libra*, el punto equilibrante o de conversión, y enseguida se desdoblaba la primera mitad del signo Virgo-Escorpio para guiar el grupo

descendente del Microcosmos hasta el último signo, Piscis, cuya personificación es Noé, emblema del diluvio. Veremos esto más claro teniendo en cuenta que el signo Virgo-Escorpio indicado en un principio por m se redujo sencillamente a Virgo, y su pareja m o Escorpio, como personificación de Caín, quedó colocado después de Libra (161), pues según la teología exotérica, Caín fue la perdición de la humanidad, pero de acuerdo con la verdadera doctrina de sabiduría representa *el descenso del universo, en el curso de la evolución, de lo subjetivo a lo objetivo*.

EL SIGNO ZODIACAL "LIBRA"

Suele creerse que el signo *Libra* lo inventaron los griegos; mas aunque así fuese, únicamente lo conocieron los iniciados, quedando el vulgo tan ignorante como siempre. De todos modos, el nuevo signo sirvió admirablemente para descubrir cuanto podía decirse sin revelar la verdad entera, y se daba a entender con él que cuando en el proceso de la evolución llegó el mundo al grado máximo de materialidad, o sea al punto ínfimo de su descenso, ya no podía descender más porque aquel era el punto de equilibrio (*Libra*), de balanza o conversión, desde donde había de iniciarse el ascenso por impulso de la divina chispa que arde en la intimidad de todas las formas. La balanza simboliza el eterno equilibrio de armonía y justicia que ha de reinar en el universo, la ponderación de las fuerzas centrífuga y centrípeta, de la luz y las tinieblas, de la materia y del espíritu.

La interpolación de los dos signos adicionales del Zodíaco demuestra que el libro del *Génesis*, tal como aparece en las versiones actuales, es posterior a la invención de *Libra* por los griegos, pues la genealogía de los patriarcas se corresponde con los doce signos zodiacales, cuando de ser dicho libro de fecha anterior se correspondería tan sólo con diez. La adición de los dos signos y la necesidad en que estaban de ocultar la verdadera clave movió a los compiladores a repetir los nombres de Enoch y Lamech en la tabla genealógica (162).

Como quiera que todo lo referente a la creación y el diluvio tiene diversas interpretaciones, no es posible comprender debidamente el significado del relato bíblico sin estar enterado del caldeo y del significado esotérico de lo que sobre el diluvio dicen el *Mahâbhârata* y el *Satapatha*. Los acadianos, que según Rawlinson eran oriundos de Armenia, pero que no fueron los primeros emigrantes de India, enseñaron los misterios religiosos y el idioma sacerdotal a los babilonios, quienes personificaron en Xisuthrus el sol en Acuario (163), así como Oannes, el hombre-pez y semidiós, representaba el primer avatar de Vishnú, con lo que tenemos la clave del doble origen del relato bíblico.

Oannes simboliza la sabiduría esotérica, y por esto sale del mar, del gran abismo, de las aguas, emblema de la doctrina secreta, y ésta es también la razón de que los egipcios divinizaran el Nilo y lo tuviesen por salvador del país en sus periódicas inundaciones y respetasen a los cocodrilos que moraban en el "abismo". Los pueblos de raza camita se asentaron siempre a orillas del mar o en las márgenes de los ríos, pues el agua fue el primer elemento de la creación, según algunas cosmogonías antiguas, y así veneraban profundamente los sacerdotes caldeos el nombre de Oannes, y llevaban una túnica en forma de pescado, cuya cabeza era el bonete (164)

Dice Cicerón (165) que, según Tales de Mileto, el *agua* es el principio de todas las cosas y que Dios es la Mente suprema que del agua modeló todas las cosas.

Y Virgilio canta en la *Eneida*:

> En el principio, el Espíritu anima cielos y tierra, el líquido elemento, el brillante globo lunar y las titánicas estrellas. La mente infundida por doquiera despierta a la masa y se entremezcla con la primordial materia (166).

Así tenemos que el agua simboliza por una parte la dualidad del *Macrocosmos-Microcosmos* vivificada por el *Espíritu*, y por otra, el Cosmos evolucionado del Kosmos. En este sentido, el diluvio simboliza el período final del conflicto entre los elementos correspondientes al término del primer ciclo máximo de nuestro planeta. Estos períodos de recrudecida lucha entre los elementos se suceden para que del caos surja el ordenamiento y el ordenamiento vuelva a caer en el caos, de modo que los sucesivos tipos de organismo físico estén adaptados a las respectivas condiciones naturales de cada período. Así tenemos que en el anterior al actual no pudo vivir el hombre de hoy sobre la tierra, puesto que no estaba vestido de los *trajes de piel* que alegóricamente menciona el *Génesis* (167).

GENEALOGÍAS DE CAÍN Y SETH

Las generaciones de Caín y Seth aparecen en la Escritura hebrea como siguen:

GENERACIÓN DE SETH	GENERACIÓN DE CAÍN
Principio del bien	Principio del mal
1. Adam.	1. Adam.
2. Seth.	2. Caín.
3. Enós.	3. Enoch.
4. Cainán.	4. Irad.
5. Mahalaleel.	5. Maviael.
6. Jared.	6. Mathusaél.
7. Enoch.	7. Lamech.
8. Mathusalén.	8. Jabel.
9. Lamech.	9. Jubal.
10. Noé.	10. Tubalcaín.

Estos son los diez patriarcas bíblicos, equivalentes a los diez prajâpatis de la India y a los diez sephirotes de la *Kábala*; pero aunque entre las dos generaciones suman *veinte* patriarcas, sólo se cuentan *diez*, porque la línea cainítica tiene por objeto encubrir la verdad a los profanos y señalar más comprensiblemente la idea del dualismo en que se fundan todas las filosofías religiosas, pues ambas genealogías representan las respectivas potestades benéficas y maléficas correspondientes a los principios paralelamente opuestos del bien y del mal. Pero el velo es tan transparente que no se necesita mucha perspicacia para rasgarlo aun sin el auxilio de la doctrina secreta. Si eliminamos los nombres duplicados, nos desprenderemos de Adam, Enoch (168), Lamech (169), Irad (170), Jubal, Jebal (171), Maviael (172) y Matusalén. Así queda un solo Caín, que no obstante su fratricidio aparece como padre del virtuosísimo Enoch que en carne mortal fue arrebatado al cielo. Pero en la genealogía sética, Enos, también equivalente a Enoch, es *nieto* de Adam y padre de Caín-an. Esto no es pura coincidencia, sino que representa una inversión de paternidad con el deliberado propósito de poner en confusión a los profanos.

Cabe insistir, por lo tanto, en que los patriarcas son personificaciones de los signos del Zodíaco, emblemas de los múltiples aspectos de la evolución física y espiritual de las razas humanas y símbolos de las divisiones del tiempo. En astrología se les llama *ángulos*, a causa de su mayor fuerza y poder. El segundo cuaternario de las “doce mansiones de los cielos”, o sean la primera, cuarta, séptima y décima, cuyos ángulos están colocados hacia arriba y hacia abajo y corresponden a Adam, Noé, Caín-an y Enoch. El alfa y el omega, el mal y el bien

presiden el conjunto. Además, cuando las doce mansiones se dividen en las cuatro tríadas: ígnea, aérea, terrestre y acuática, vemos que esta última corresponde a Noé.

Enoch y Lamech están repetidos en la genealogía cainítica para completar los diez patriarcas, de modo que, sin los dos nombres secretos, se correspondiesen con los diez sephirotes cabalísticos y con los diez y después *doce* signos del Zodíaco, de manera tan sólo comprensible para los cabalistas. Ahora bien; en vez de Abel está Seth en la línea genealógica, a fin de que no toda la raza humana apareciese en descendencia directa de un fratricida. Esta dificultad se echó de ver luego de completada la tabla cainítica, y por ello se le da a Adam por tercer hijo a Seth. Es muy significativo que el Adam andrógino es imagen y semejanza de los Elohim (173) y después engendra Adam a Seth a imagen y semejanza suya (174), lo que significa que hubo hombres de razas diferentes. También es digno de nota que en la genealogía cainítica no aparece dato alguno referente a la edad y demás particularidades de los patriarcas, mientras que lo contrario ocurre en la genealogía sética.

Seguramente que nadie esperaría encontrar en una obra del dominio público los misterios finales que durante innumerables siglos estuvieron sigilosamente reservados en los santuarios; pero sin temor de indiscreción ni de divulgar la clave entre los profanos, bien podemos descorrer algún tanto el velo que encubre las majestuosas doctrinas de la antigüedad, y así describiremos a los patriarcas tal como deberían estar relacionados con los signos zodiacales, que aparecen en el orden siguiente:

RUEDA DE EZEQUIEL

RUEDA DE EZEQUIEL (175)

Al tratar del doble signo Virgo-Escorpión y Libra dice Jennings:

Todo esto es incomprensible a menos que nos valgamos del misticismo de los gnósticos y cabalistas, pues todo el sistema requiere una clave que lo explique; pero los ocultistas niegan constantemente la existencia de dicha clave porque no les está permitido divulgarla (176).

Esta clave tiene *siete* distintas interpretaciones, de las que sólo expondremos una, a fin de que el profano tenga un vislumbre del misterio. ¡Feliz quien por completo lo conoce!

Para explicar la presencia de Jodheva o Yodheva (177) y de Adán y Eva en la Rueda de Ezequiel, basta tener presentes los siguientes versículos del Génesis:

Y Dios (*Elohim*) creó al hombre a su propia imagen (*a la de ellos*)... macho y hembra los *(lo*) creó (178).

Macho y hembra los (*lo*) creó y llamó el nombre de ellos Adam en el día en que fueron creados (179).

SIMBOLISMO DE LIBRA

Cuando se toma el ternario al principio del tetragrama, expresa la creación *espiritualmente* divina, o sea sin pecado carnal, y con él cuando se toma en sentido inverso, que entonces es femenino. El nombre de Eva está compuesto de tres letras y el de Adam primitivo o celeste de una sola, *Jod* o *Yodh*, y por lo tanto, la verdadera fonética de Jehovah es Ieva o Eva. El Adam andrógino es espiritual (Adam Kadmon), y cuando la mujer sale de la costilla del Adam terreno, se desdobla de él la pura *Virgo* y cae en la generación o ciclo descendente, convirtiéndose en *Escorpión* (180), emblema del pecado y de la materia. el ciclo ascendente representa las razas puramente espirituales (181) acaudilladas por Adam Kadmon o Jodheva, mientras que el ciclo descendente representa las razas carnales acaudilladas por Libra, equivalente a Enoch (182), el séptimo patriarca, semi-divino, semi-terreno, de quien por esto se dice que fue arrebatado al cielo en carne mortal.

Libra y sus personificaciones son la balanza de universal armonía, justicia y equilibrio, colocada en el punto céntrico del Zodíaco. El círculo máximo de los cielos, tan bien descrito por Platón en su *Timeo*, simboliza la desconocida Unidad, y los círculos mínimos que se entrecruzan por su división en el plano del Zodíaco simbolizan la vida en el punto de intersección. Las fuerzas centrípeta y centrífuga representan el bien y el mal, el espíritu y la materia, la vida y la muerte, la creación y la destrucción (183). Son estas fuerzas las dos potestades que tanto en los mundos objetivos como en los subjetivos mantienen por medio de perenne conflicto la ponderación entre el espíritu y la materia. ambas fuerzas determinan como resultante la línea orbital de los planetas, que atraviesa en cruz la faja zodiacal. Si prevaleciese la fuerza centrípeta caerían los planetas en el sol; y si, por el contrario, prevaleciese la centrífuga, se alejarían indefinidamente de su centro para caer en el caos de la destrucción cósmica. De la propia suerte los espíritus vivientes de los hombres se confundirían centrípetamente con el invisible sol espiritual, el Paramâtma, su padre, mientras que en el caso contrario se alejarían centrífugamente del universo objetivo para caer en la aniquilación. Pero la balanza, Libra, con su finísimo fiel permanece en el punto de intersección, siempre atenta a ponderar la actividad de ambos combatientes, cuyas contrarias fuerzas dan por resultante la paralelográmica diagonal que planetas y espíritus humanos recorren a través del Zodíaco y de la vida, manteniendo de este modo, entre lo invisible y lo visible, entre cielos y tierra, la estricta armonía que reconcilia el espíritu con la materia. por esto Enoch, personificación de Libra, es el Metatrón, el medianero entre Dios y el hombre. Desde Enoch a Noé y sus tres hijos, cada patriarca representa una transformación o período geológico de la tierra, correspondientes a distintas razas de hombres y seres (184).

Caín acaudilla la línea ascendente (Macrocosmos) porque es hijo del “Señor” (185), es decir, que Caín fue hijo del pensamiento pecaminoso y no de generación carnal. Por otra parte, Seth acaudilla la genealogía terrena porque es hijo de Adán y engendrado por éste a su imagen y semejanza (186). El *Caín* bíblico equivale al *Kenu* asirio y significa *el mayor*, mientras que la palabra hebrea ... significa artífice herrero.

ÉPOCAS GEOLÓGICAS

La geología demuestra que la tierra ha pasado por cinco distintas épocas o fases de diferente estructura, que de la más reciente a la más antigua se suceden como sigue:

1.º Época cuaternaria, en que ya habita el hombre sobre la tierra.

2.º Época terciaria, en la que se presume *pudo* existir ya el hombre en la tierra (186).

3.º Época secundaria, la de los reptiles gigantescos, como el megalosaurio, ictiosaurio y plesiosaurio, *sin vestigio alguno del hombre*.

4.º Época paleozoica, la de los crustáceos gigantescos.

5.º Época azoica, en que aun no había aparecido la vida en la tierra.

Sin embargo, ¿no pudiera ser que en estas remotísimas épocas hubiese ya existido el *hombre* sin dejar huellas materiales por no tener todavía cuerpo organizado? El espíritu no se fosiliza, y bien podría el hombre haber vivido subjetivamente en la tierra antes de su existencia objetiva. Por lo tanto, la cosmogonía induísta, que divide la formación de la tierra en cuatro épocas de 1.728.000 años cada una, está mucho más de acuerdo con los modernos descubrimiento geológicos que la absurda cronología sancionada por los concilios niceno y tridentino.

Aunque posteriormente se hayan hebraizado los nombres de los patriarcas, su origen es con toda evidencia asirio o ario. Así, por ejemplo, *Adam* aparece en la *Kábala revelada* como un término transmutable que se aplica a los demás patriarcas y sephirotes y viceversa. Adam, Caín y Abel forman la primera tríada de los doce y corresponden a los sephirotes: Corona, Sabiduría e Inteligencia, y a la trigonía astrológica de lo ígneo, lo terrestre y lo aéreo (188).

Adam Kadmon, simbolizado en Aries, equivale al dios Amun con cabeza de carnero que en un torno de alfarero forma hombres a su imagen y semejanza, por lo que también el Adam de barro equivale a Aries-Amun, en cuanto es tronco de la generación humana, pues también engendra hombres a su imagen y semejanza.

En astrología, el planeta Júpiter está relacionado con la primera mansión (189), y los astrólogos caldeos le veían de color *rojo* (190) desde el “piso de las siete esferas” de la torre de Borsippa o Birs-Nemrod. También significa *rojo*, además de *hombre*, la palabra hebrea Adam (...). Al dios índico Agni que preside el signo de Piscis, contiguo al de Aries por su posición extrema en la faja zodiacal, se le representa de color rojo intenso con *dos* caras, una de hombre y otra de mujer, *tres* piernas y *siete* brazos (191), montado en un carnero y en la cabeza una tiara en forma de cruz (192).

En el Zodíaco de los astrólogos induístas preside los signos la divinidad a que cada uno de ellos está dedicado. Los nombres sánscritos de los signos zodiacales y su correspondiente divinidad aparecen como sigue:

SIGNO	NOMBRE SÁNSCRITO	DIVINIDAD PRESIDENTE
Aries.	Mecha.	Varuna.
Tauro.	Vricha.	Yama.
Géminis	Mithuna.	Pavana.
Cáncer.	Karcataca	Sûrya.
Leo.	Sinha.	Soma.
Virgo.	Kanya.	Kartikeia.
Libra.	Tulha.	Kuvera.
Escorpión.	Vristchica.	Kama.
Sagitario.	Dhanus.	Ganesa.
Capricornio.	Makara.	Pulhar.
Acuario.	Kumbha.	Indra.
Piscis.	Minas.	Agni.

Por otra parte, Noé, duodécimo patriarca (193) y simbolizado en Piscis, es reproducción de Adam, pues, como éste, es progenitor de una nueva raza humana y tiene también tres hijos: uno malo, otro bueno y el tercero malibueno.

EQUIVALENCIAS ENTRE LOS PATRIARCAS

Es asimismo muy significativo que en el Zodíaco caldeo presida Kain el signo de Tauro, que pertenece a la trigonía terrestre, y al cual alude el *Avesta* al decir que Ormazd engendró un ser (Abel) arquetipo de todos los seres, simbolizado en el toro, emblema de fuerza y *Vida*. Ahriman (Caín) lo mató y de su simiente (Seth) nacieron nuevos seres.

En simbología asiria, Abel significa *hijo*; pero la palabra hebrea ..... quiere decir algo efímero, de corta vida y escaso valor, así como también significa "ídolo" (194). El asirio Kain significa *estatua hérmica* o columna (195). Tenemos, en resumen, que Abel es el desdoble femenino de Caín, pues son gemelos y constituyen el andrógino Caín-Abel, cuyo primer elemento corresponde a la Inteligencia y el segundo a la Sabiduría.

Lo mismo ocurre con los demás patriarcas. Enós (...), equivalente a Enoch, se identifica con Adam; y Cainán (...) o Kain-an es el mismo Caín. Por otra parte, Seth (...) equivale a teth, Thoth o Hermes, y tal es la razón de que Josefo (196) señale a Seth muy versado en astrología, geometría y otras ciencias ocultas, diciendo de él que esculpió las reglas fundamentales de su arte en dos columnas de piedra y ladrillo, una de las cuales subsistía en tiempo del famoso historiador judío quien la *vio en Siria*.

Resulta por lo tanto que también Seth es idéntico a Enoch (197), a quien cabalistas y masones atribuyen la misma obra. Enoch (...) significa instructor, iniciador y a veces iniciado (198).

Respecto a Mahalaleel, deriva de *ma-ha-la* (...), que significa benigno y misericordioso, por lo que cabe identificarlo con el cuarto sephirote *Amor y Misericordia*, emanado de la primera tríada (199).

Jared es lo mismo que Irod (...) o Iared y significa *descenso* (del verbo ...) o progenie (... *arad*), en perfecta correspondencia con las emanaciones cabalísticas.

El nombre Lamech (...) no es de filiación hebrea sino griega, y significa "padre de la época", es decir, el padre del que después de la catástrofe praláyica da comienzo a una nueva era humana. De aquí que Lamech sea el padre de Noé y que éste equivalga al sephirote Reino (Malchuth), mientras que su padre equivale a Fundación. Además, Lamech está simbolizado en Acuario y Noé en Piscis. Por último, Lamech pertenece al elemento aéreo y Noé al trigonómicamente acuático.

Vemos que cada patriarca, como cada prajâpati, representa bajo determinado aspecto una nueva raza antediluviana; y así pueden considerarse también como personificaciones de los *saros* caldeos o épocas cronológicas, copiadas a su vez de las diez dinastías indas de reyes divinos (200). De todos modos, estas personificaciones son las más profundas e ingeniosas alegorías de cuantas concibió la mente humana.

El *Nuctamerón* (201) simboliza en las doce horas la evolución del universo y el gradual desenvolvimiento de las razas humanas. Cada hora representa la evolución de una nueva raza y está dividida en cuatro cuartos o épocas, según enseñaron los primitivos arios y copiaron después los sistemas religiosos de todas las naciones, de donde tomó este cómputo el vidente de Patmos. Los caldeos representaron estas cuatro épocas en los cuatro *Oannes* o Soles que aparecieron consecutivamente, los griegos y romanos en las cuatro edades de oro, plata, cobre y hierro; los indos en los cuatro budas; y los parsis en los cuatro profetas (202).

Las Escrituras hebreas nos dicen por otra parte:

> No permanecerá mi espíritu en el hombre porque carne es; y serán sus días ciento veinte años (203).

ALEGORÍAS TALMÚDICAS

Como quiera que antes de que *los hijos de Dios viesen a las hijas de los hombres* la vida humana era de 365 a 969 años, sólo cabe explicar tan brusca disminución comparando el texto bíblico con los libros de Manú, donde se dice:

> En los primitivos tiempos no había enfermedades ni dolencias. Los hombres vivían cuatro siglos (204).

Sucedía esto en la edad *Krita* o de justicia, simbolizada en el toro firmemente asentado sobre sus pies. En esta edad permanecía el hombre fiel a la verdadera ley, sin que el mal le concitase a quebrantarla (205). En cada una de las edades siguientes disminuye en una cuarta parte la duración de la vida humana, y así en la edad *Treta* sólo vive el hombre tres siglos, en la *Dwapara* dos y en la *Kali* (edad presente), cien años a lo sumo.

Noé, hijo de Lamech (206), es basto remedo de Manú, hijo de Swayambhu, así como los seis manús o rishis engendrados por el "primer hombre" indo son los antetipos de Terah, Abraham, Isaac, Jacob, José y Moisés, los sabios hebreos de quienes se dice fueron profundos astrólogos y alquimistas, inspirados profetas y esclarecidos videntes, es decir, magos.

La talmúdica *Mishna* nos dice que la primera emanación, el andrógino demiurgo Chochmah (Hachma-Achamoth) y Binah construyeron una casa apoyada en siete columnas. Son la *Sabiduría* e *Inteligencia* del Logos, los arquitectos de Dios, el *compás* y la *escuadra* de la fábrica del universo. Las *siete* columnas son las *siete* etapas de la evolución mundial, simbolizadas en los *siete* días de la creación. Dice, además, que Chochmah inmola a sus víctimas, o sean las múltiples fuerzas de la naturaleza que para vivir han de morir (207). Las personificaciones de las fuerzas mueren, pero viven en sus hijos y resucitan en cada *séptima* generación. Los siervos de Chochmah (Sabiduría) son, según el *Mishna,* las almas de H-Adam, en quien se concentran todas las almas de Israel.

Continúa diciendo el *Mishna* que el día tiene *doce* horas, durante las cuales se cumplió la creación del hombre. Esto sería ininteligible si no lo diese a comprender Manú cuando dice que el *día* abarca las cuatro edades del mundo y dura *doce* mil años dévicos.

Los cosmocratores (Elohim) bosquejan en la segunda *hora* la forma corporal de un hombre, que desdoblan para preparar la división en sexos. Así han procedido los Elohim en todas las cosas creadas (208), pues según la citada obra, "los peces, aves, plantas y hombres eran andróginos en la primera hora".

Dice el rabino Simeón:

> ¡Oh compañeros! Al emanar el hombre era al mismo tiempo mujer, pues emanó igualmente del lado del *Padre* y del lado de la *Madre*. Tal es el sentido de las palabras: "Hágase la luz y fue hecha la luz". Este es el hombre desdoblado (209).

Era preciso que la *mujer* espiritual equilibrase al *hombre* espiritual, porque la armonía es la suprema ley del universo.

Dice Platón:

> Dios dotó a nuestro universo de movimiento rotatorio, y análogamente formó el cuerpo del hombre como lisa esfera, igual en todos sus puntos, desde el centro a la circunferencia, con rotación adecuada al tiempo de su existencia personal. Posteriormente se desdobló el cuerpo del hombre en forma de letra X (210).

San Justino Mártir se apoyó en este pasaje para acusar a Platón de haber plagiado su alegoría del universo y del hombre de la mosaica serpiente de bronce; y por otra parte, Lundy lo comenta diciendo que parece un impremeditado vaticinio de la figura de Jesús, aunque nada dice explícitamente acerca de si considera a Jesús tal como Platón describe al hombre primario. Mas, a pesar de la equivocada interpretación de San Justino Mártir, debiera comprender Lundy que ya pasaron los tiempos de la casuística y que Platón quiso dar a entender que antes de quedar aprisionado en la materia, el hombre espiritual no tenía necesidad de miembros, por lo que si el universo recibió forma esférica en todos sus componentes, también esférica hubo de ser la forma del hombre arquetípico, cuya caída en cuerpo terreno determinó la aparición de miembros. Ahora bien; si imaginamos a un hombre con piernas y brazos extendidos en aspa, como si se apoyara en la primitiva forma esférica, tendremos la figura señalada por Platón, o sea la X inscrita en el círculo.

Los relatos de la creación, de la caída del hombre y del diluvio pertenecen a la historia universal y no son en modo alguno privativos de los hebreos, quienes sólo pueden reclamar la propiedad de su peculiar exposición alegórica, en que adulteraron las tradiciones de los demás pueblos. El *Libro de Enoch* es muy anterior al *Pentateuco* (211) y todavía se desconoce su origen (212), aunque los judíos lo consideran tan canónico como los demás; y si los cristianos aceptaron la autoridad de estos otros, con igual motivo debieron aceptar la del de Enoch, pues no puede determinarse exactamente la antigüedad de ninguno de ellos.

Dice Jost que cuando la división del reino de Israel, a la muerte de Salomón, los samaritanos sólo reconocieron por canónicos el *Pentateuco* y el *Libro de Josué*; pero que del saqueo del templo de Jerusalén, el año 68 antes de J. C., sólo se salvaron unos cuantos manuscritos (213) que pudieron ocultar los doctores de la ley (214).

Todos los cabalistas del mundo formaron desde tiempo inmemorial una especie de confraternidad o masonería y se daban mutuamente el título de *compañero* o *inocente*, como acostumbraron después algunas asociaciones masónicas de Europa en la Edad Media (215). Creen los cabalistas, apoyados en el conocimiento, que tan sólo pueden considerarse como libros sagrados auténticos los rollos herméticos de los setenta y dos ancianos, que contenían la verdadera “Palabra” y, aunque perdidos para el mundo, se han conservado en las comunidades secretas. Esto mismo corrobora Swedenborg (216) por testimonio recibido de ciertas *entidades espirituales*, quienes le aseguraron que adoraban a Dios según la verdadera Palabra. En cambio, otros estudiantes de ocultismo disponen de prueba más valiosa que el testimonio ajeno, pues por sus propios ojos vieron los libros herméticos.

No es posible aceptar la *Biblia* en sentido exotérico, porque desaparecido el texto que compuso Helcías lo rehizo Esdras y lo completó Judas Macabeo; pero al transcribir en caracteres cuadrados el original compuesto en caracteres corniales, quedó éste muy alterado, y mucho más todavía al salir de manos de los masotéricos, de modo que al texto actual no se le puede computar antigüedad mayor de 150 años antes de J. C., y aun así aparece plagado de interpolaciones, mudanzas y omisiones. Por lo tanto, como todos estos errores están ya petrificados y se perdió la verdadera “Palabra de Dios”, no hay derecho a exigir de los cristianos que den fe a una serie de quimeras y alucinaciones y tal vez espurias profecías presuntuosamente atribuídas a la *directa* inspiración del *Espíritu Santo*.

Por esta razón no damos validez al bíblico texto monoteísta, publicado precisamente cuando los sacerdotes de Israel creyeron necesario para su política romper a mano airada con los gentiles, perseguir a los cabalistas y repudiar la sabiduría antigua. La verdadera Biblia hebrea nunca estuvo a disposición de las gentes, pues eran libros secretos mucho más antiguos que la versión de los *Setenta* (217). Los Padres de la Iglesia ni siquiera oyeron hablar

de la secreta y verdadera Biblia; pues, como dice Swedenborg, la antigua “Palabra”, antes que en Occidente, debe buscarse en China o Tartaria. Es tanto más valioso este testimonio, por cuanto, según afirma el clérigo londinense R. L. Tafel, escribió Swedenborg sus obras teológicas por inspiración divina, que le iluminaba *internamente* con eficacia superior a la de los autores bíblicos, cuya inspiración era tan sólo auditiva.

Dice sobre el caso el reverendo Tafel:

> Cuando un miembro convencido de la Nueva Iglesia oiga negar o poner en duda la divinidad e infalibilidad de las doctrinas de la Nueva Jerusalén, tanto en su letra como en su espíritu, ha de tener presente que, según estas mismas doctrinas declaran, el Señor vino por segunda vez mediante las obras inspiradas a su siervo Manuel Swedenborg.

Y si verdaderamente habló el Señor por mediación de Swedenborg, nos queda el consuelo de ver tan supremamente corroborada nuestra afirmación de que la “Palabra de Dios” ha de buscarse en la Tartaria, el Tíbet y la China.

QUERELLAS DE ERUDITOS

Dice Pococke que la historia primitiva de Grecia es idéntica a la historia primitiva de la India (218). Parafraseando a este autor podemos nosotros afirmar que la primitiva historia del pueblo de Israel es un remedo de las tradiciones indas, injerto en tradiciones egipcias; pero muchos eruditos, al advertir la analogía entre los relatos bíblicos atribuidos a revelación divina y los relatos induístas, se contraen a señalar el parecido y enzarzarse en discusiones sobre la interpretación que debe dárseles. Así, Max Müller contradice a Spiegel; Whitney a Müller; Haug a Spiegel, y éste a otros. Menudearon en sucesiva alternación las hipótesis referentes a los acadianos, turanios, protocasdeanos, casdeoscitas y sumerianos. El asiriólogo Halevy rechaza el viejo idioma acado-sumeriano de Babilonia; el egiptólogo Chabas, no contento con destronar la lengua turania que tan excelentes servicios prestó a las perplejidades de los orientalistas, califica de charlatán a Lenormant, el venerable patriarca de los acadianos. Entretanto, el clero cristiano se aprovecha de estas intestinas querellas para encomiar la superioridad de sus doctrinas teológicas, diciendo que no puede estar la razón de parte de unos detractores que empiezan por discrepar entre sí tan hondamente. De este modo se pospone la vital cuestión de substituir por el *cristismo*, o sea la pura doctrina del Cristo, el cristianismo dogmático con us *Biblia*, su redención subrogada y su diablo, del que por ser personaje de tanta importancia habremos de tratar en capítulo aparte.

CAPÍTULO III

Apártate de mí, Satanás.- (Palabras de Jesús a Pedro) *Mateo*, XVI, 23.

... Y tal enredo de patrañas y majaderías que me apartan de mi fe. Os digo que anoche me tuvo lo menos nueve horas recitándome los distintos nombres del diablo.- SHAKESPEARE: *Rey Enrique IV*, parte 1, acto III.

A la terrible y justa potestad que eternamente mata los abortos, la llamaron Tifón los egipcios, Samael los hebreos, Satán los orientales y Lucifer los latinos. El Lucifer de la Kábala no es un ángel caído y protervo, sino el ángel que ilumina y *regenera* después de la caída.- LEVI: *Dogma y ritual de la alta magia*.

Aunque el diablo es malo de por sí, los hombres echan Sobre él todas sus maldades y le maltratan y acusan Injustamente. DE FOE, 1726,

Hace algunos años, un notable cabalista que se veía perseguido escribió el siguiente credo, común para católicos y protestantes:

Creo en el Diablo, omnipotente Padre del Mal, destructor de todas las cosas, perturbador de cielos y tierra.

Y en el Anticristo, su único Hijo y perseguidor nuestro, que fue concebido por obra del Espíritu maligno y nació de una sacrílega y loca virgen. Fue glorificado por los hombres y reinó sobre ellos. Subió al trono de Dios todopoderoso, y sentado junto a Él insulta desde allí a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu del Mal, en la sinagoga de Satanás, en la comunión de los malvados, en la perdición del cuerpo y en la muerte e infierno perdurables. Amén.

Desde luego que este credo parece extravagante, cruel y blasfemo; pero escuchemos lo que, según refiere el periódico *Sun* de Nueva York, dijo un clérigo de Brooklyn en el último cuarto del siglo enfáticamente llamado de las luces:

Los predicadores bautistas se congregaron ayer en la capilla de los marinos con asistencia de algunos misioneros. El reverendo Sarles, de Brooklyn leyó un discurso en que defendía la proposición de que todo adulto infiel que muere sin tener conocimiento del Evangelio se condena eternamente. Esto equivale a decir que el Evangelio es maldición en vez de bendición, y que los judíos obraron en justicia al crucificar a Cristo, con lo que se derrumba todo el edificio de la religión revelada.

El misionero Stoddard asintió a las opiniones del pastor de Brooklyn, diciendo que los indos entre quienes ejercía eran muy grandes pecadores, y refirió en prueba de ello que una vez, después de haberle oído predicar en un mercado público, replicóle un brahmán con estas palabras: “Los indos podemos aventajar a todo el mundo en embustes (1), pero este hombre nos gana, porque ¿cómo sabe él que Dios nos ama? Mirad las serpientes venenosas, los tigres, leones y demás suertes de animales nocivos que nos rodean. Si Dios nos ama, ¿cómo no los extermina?”

El reverendo Pixley, de Hamilton, se adhirió con entusiasmo a las doctrinas de su colega Sarles y pidió cinco mil dólares para la enseñanza de jóvenes aspirantes al sacerdocio.

¿Y a estos hombres se les *paga* por enseñar la doctrina de Jesús cuya memoria insultan? ¿Es extraño que haya personas de talento que prefieran el escepticismo a una fe fundamentada en tan monstruosa superstición?

¿Se apartaba de la verdad el brahmán del relato, al decir que el misionero Stoddard aventajaba en embustes a los indos? Motivo había para ello al escuchar de sus labios que estaban *eternamente condenados* por no haber leído un libro judío cuya existencia ni siquiera sospechaban, o por no haber impetrado la salvación de un Jesús de quien jamás habían oído hablar. Pero el clero bautista, que necesita unos cuantos miles de dólares para los seminaristas, ha de recurrir a representaciones terroríficas con objeto de inflamar el corazón de sus fieles.

MISIONEROS CRISTIANOS

Como de costumbre, prescindimos de nuestro personal testimonio siempre que podemos valernos del ajeno, y así solicitamos la opinión de nuestro amigo Guillermo O'Grady (2) acerca de los misioneros cristianos en la India, quien nos respondió con la siguiente carta:

Nueva York, 12 de Junio de 1877.

Me pregunta usted mi opinión acerca de los misioneros cristianos de la India. Durante mi permanencia en este país, jamás hablé con un solo misionero, pues viven alejados del trato social; pero a juzgar por lo que de ellos he oído y lo que por mis propios ojos he visto, no me admira su retraimiento. Influyen nocivamente en los indígenas, y los conversos pertenecen en su mayor parte a las clases ínfimas, sin que por la conversión mejoren su ruin conducta. Ninguna familia respetable admitirá a su servicio indos convertidos al cristianismo, pues suelen ser mentirosos, ladrones, borrachos y sucios hasta el punto de verse despreciados por sus propios compatriotas, entre quienes la suciedad y la embriaguez son vicios rarísimos. Los misioneros les dan a los conversos un misérrimo ejemplo de consecuencia, pues mientras por una parte predican al paria que Dios no distingue de castas ni categorías sociales, por otra se jactan de ser superiores a los brahmanes.

El estipendio de los misioneros es en apariencia muy escaso, y sin embargo viven, no se sabe por qué medios, tan desahogadamente como un jefe del ejército que disfrute de paga décuple. Cuando los misioneros regresan a su país (3), refieren mil pueriles patrañas, enseñan a idolillos que se envanecen de haber adquirido con sumo trabajo, lo cual no es cierto, y para conmover a los oyentes enjaretan fingidas relaciones de penas y fatigas pasadas tan sólo en su imaginación. A ningún oficial inglés de los muchísimos que conozco le oí jamás ni una palabra a favor de los misioneros cristianos, a quienes las clases acomodadas de la India desprecian profundamente por su exasperador engreimiento. El gobierno inglés no les concede subvención alguna, pues tiene establecida en la India la enseñanza neutra, aunque sigue satisfaciendo a las pagodas la subvención que les concedió la Compañía de Indias; pero en cambio los protege contra toda violencia personal, y prevalidos de esta protección, tratan tanto a los indígenas como a los europeos con insultante soberbia. Suelen ser los misioneros de lo más fanático del clero cristiano, y a su siniestra propaganda se debió en gran parte la formidable insurrección de 1857. En suma, son unos embaucadores peligrosos.

Guillermo L. D. O'Grady

Así, pues, el credo con que hemos abierto el capítulo encierra, no obstante su bajeza de conceptos, la verdadera esencia de las doctrinas predicadas por los misioneros, quienes consideran más impío y blasfemo dudar de la existencia personal del diablo que de la del mismo Espíritu Santo o de la divinidad de Jesucristo. Pero ya está casi olvidado el resumen del *Koheleth* (4) y nadie cita las palabras de oro del profeta Micheas (5) ni parece hacer caso de la nueva Ley tal como la promulgara Jesús en el Sermón de la Montaña (6). Toda la moral del cristianismo contemporáneo se resume en el mandato de "temer al diablo", cuya existencia personalmente objetiva afirma el clero católico secundado por algunos seglares, como Des

Mousseaux, quien, más papista que el papa, reconoce la realidad de los fenómenos espiritistas tan sólo porque le sirven de argumento para demostrar la del diablo (7), diciendo a este propósito:

> Si la magia y el espiritismo y el espiritismo fuesen quimeras, tendríamos que despedirnos para siempre de cuantos ángeles rebeldes perturban hoy el mundo, pues no habría demonios en la tierra, y si los perdiéramos, perderíamos también a nuestro Salvador. Porque ¿de quién o de qué nos hubiera redimido? Por consiguiente dejaría de ser tal el cristianismo (8).

¡Oh Santo Padre del Mal! ¡Oh santificado Satán! No abandones a cristianos tan piadosos como el caballero Des Mousseaux y los clérigos bautistas.

ORIGEN DE LA DEMONOLOGÍA

Por nuestra parte recordaremos las prudentes palabras de Colquhoun cuando dice:

> Los que en los tiempos modernos creen en la existencia personal del diablo, no se dan cuenta de que en realidad son politeístas o idólatras (9).

En su afán de dar a su doctrina la supremacía sobre todas las demás, se atribuyen los cristianos el reconocimiento dogmático del diablo, pues Jesús fue el primero en emplear la palabra “legión” aplicada a los espíritus malignos, y en esto se apoya Des Mousseaux para decir en una de sus obras:

> Posteriormente, cuando al morir la sinagoga dejó su herencia en manos de Cristo, florecieron los Padres de la Iglesia, a quienes algunos ignorantones presumidos acusaron de haber tomado de los teurgos el concepto relativo a los espíritus de tinieblas.

En este pasaje echamos de ver tres errores fácilmente rebatibles por lo evidentes. En primer lugar, lejos de haber muerto la sinagoga, subsiste hoy día en casi todas las ciudades de Europa, Asia y América, siendo de todas las comuniones religiosas la que mejor conducta observa y la más sólidamente establecida. En segundo lugar, si bien nadie niega la existencia de los Padres de la Iglesia (10), basta leer las obras de los platónicos de la Academia, que ya eran teurgos anteriores a Jámblico, para descubrir en ellas el origen de la demonología, así como la angelología, cuyo ortodoxo simbolismo adulteraron lastimosamente los Padres de la Iglesia, quienes si acaso brillaron en el mundo, como asegura Des Mousseaux, sería por su supina ignorancia (11), pues San Agustín, no obstante llamarle sus partidarios “coloso de sabiduría y erudición”, negaba la esferoicidad de la tierra porque “los antípodas no podrían ver a Jesucrito en su segundo advenimiento”; Lactancio argumentaba en contra de la misma teoría de la redondez de la tierra, diciendo que no era posible que los árboles creciesen al revés y los hombres anduviesen cabeza abajo; Cosmas-Indicopleustes expuso un sistema cosmográfico de exquisita ortodoxia en su *Topografía cristiana*; y por último, el venerable Beda asegura que el cielo está templado con aguas glaciales para que no se inflame (12), lo cual bien pudiera atribuirse a especial favor de la Providencia, a fin de impedir que las irradiaciones de la sabiduría de este teólogo prendieran fuego al cielo.

Sea como fuere, los Padres de la Iglesia tomaron de los judíos cabalistas sus conceptos acerca de los “espíritus de tinieblas”, pero desfigurándolos de suerte, que sobrepujan en extravagancia a cuanto forjó la más calenturienta fantasía del vulgo. No hay en el pandemonio persa un solo *deva* tan absurdo como los *íncubos* que Des Mousseaux remedó de San Agustín. El Tifón egipcio, simbolizado en un asno, resultaría un filósofo en comparación del diablo

prendido por el labriego normando en el ojo de una llave. Tampoco el persa Ahriman ni el induísta Vritra tomarían a bien que algún heresiarca indígena los identificase con Satán, el genio protector del cristianismo dogmático, cuyo nombre no conviene pronunciar desde los púlpitos por no herir los oídos de los fieles, a la manera como no era lícito pronunciar fuera del recinto los nombres sagrados ni las palabras sacramentales de los misterios. Por esta razón, apenas conocemos los nombres de las divinidades de Samotracia ni el número exacto de los Kabires. Los egipcios tenían por blasfemo pronunciar el nombre de los dioses adorados en sus ritos secretos, y aun hoy mismo los rabinos pronuncian mentalmente el nombre inefable (...) y los brahmanes la sílaba *Aum*. De aquí que los occidentales hayan adulterado los verdaderos nombres de *Hisiris* y *Yava* en los abusivos de *Osiris* y *Jehovah* y vean en todas las divinidades gentílicas el personaje que los pazguatos se abstienen de nombrar por no cometer un pecado de blasfemia contra el espíritu Santo (13).

CRISTO Y EL DIABLO

Hace años, un amigo nuestro demostró en un artículo periodístico que el Satanás del *Nuevo Testamento* personifica una idea abstracta y no una entidad individual, a lo que replicó un clérigo diciendo que negar la existencia del diablo equivalía a negar la de Cristo y pecar contra el Espíritu Santo, aunque el articulista insistió en que sólo negaba la de Satanás.

Según el clero católico, el “Padre de la Mentira” fue el inspirador de todas las antiguas religiones, así como de las posteriores herejías y del moderno espiritismo (14). Por lo tanto, no cabe esperar que el clero cristiano rehaga y enmiende su obra desechando al fin el concepto del diablo antropomórfico, pues tanto equivaldría a quitar la base de un castillo de naipes en cuyo derrumbamiento iría envuelta la creencia en la divinidad de Jesucristo, que por absurdo que parezca apoya la Iglesia romana en la existencia de Satanás, según de ello nos da testimonio el P. Ventura de Ráulica, ex general de los teatinos, quien en una encomiástica carta dirigida a Des Mousseaux con motivo de su obra: *Costumbres y prácticas de los demonios*, afirma que “a Satanás y a los *ángeles rebeldes* debemos en absoluto nuestro Salvador, pues de no ser por ellos no hubiéramos tenido Redentor ni religión cristiana”.

Las celosas y fervientes almas que se escandalizan porque Calvino dijo que el *pecado es la necesaria causa del supremo bien*, han de tener en cuenta que se apoyó para ello en los mismos dogmas y se prevalió de la misma lógica que Des Mousseaux para argumentar en pro de la existencia del diablo; pues, según la teología dogmática, el proceso y muerte de Jesús fue el crimen más horrendo que han perpetrado los hombres, y no obstante, lo exigió ineludiblemente la salvación del género humano, o mejor dicho, de los predestinados a la salvación. Por otra parte, Lutero exclama en un rapto de entusiasmo: *O beata culpa qui talem meruisti Redemptorem* (15). Vemos, por lo tanto, que de acuerdo con Calvino están católicos y luteranos respecto a que el *pecado fue la causa necesaria del supremo bien*.

Los mahometanos veneran mucho a Jesús y dicen de él que verdaderamente era un profeta de Alah y un varón justo, pero que sus discípulos cometieron la locura de divinizarlo.

Max Müller dice a este propósito:

> Se equivocaron los Padres de la Iglesia al ver en los dioses del gentilismo demonios o espíritus malignos; y por lo tanto, conviene precavernos del mismo error con respecto a las divinidades induístas (16).

Pero la Iglesia nos presenta a Satanás como un atleta que sostuviera sobre sus hombros el mundo cristiano, de modo que todo volvería al caos si el sostén faltase.

El dogma del diablo y su derivado, el de la redención, parece que se fundan en los dos siguientes pasajes:

El que comete pecado es del diablo, porque el diablo desde el principio peca. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (17).

Y hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles.

Y no prevalecieron estos, y nunca más fue hallado su lugar en el cielo.

Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo (18).

Indaguemos, por lo tanto, en las antiguas teogonías el simbolismo de estos pasajes. Primeramente hemos de ver si la palabra *diablo* expresa el concepto de la maligna entidad que supone el cristianismo dogmático, o bien la antagonística fuerza del aspecto tenebroso de la naturaleza, es decir, la *sombra* respecto de la *luz*, y en modo alguno la manifestación de un principio *esencialmente maligno*. Los cabalistas consideran esta fuerza como antagonística, pero al propio tiempo necesaria a la vitalidad, evolución y vigor del principio del bien. Ejemplo de ello tenemos en que las plantas morirían al nacer si estuvieran de continuo expuestas a la luz del sol, por lo que para vivir y crecer requieren la alternativa de días y noches. De la propia suerte, el bien necesita el contraste y la oposición del mal para explayarse. En la naturaleza humana, el mal manifiesta el antagonismo de la materia con relación al espíritu, y por efecto de esta lucha se purifican a la par cuerpo y espíritu. La armonía del universo deriva de la equilibrada oposición de las fuerzas centrífuga y centrípeta, ambas igualmente necesarias, pues si cesara se rompería el concierto universal

SINÓNIMOS DE SATANÁS

Conviene examinar la personificación de Satanás desde tres distintos puntos de vista: el del paganismo, del *Antiguo Testamento* y de los Padres de la Iglesia. Supusieron los intérpretes que la serpiente del Paraíso terrenal simbolizaba el demonio; pero ningún pasaje del *Antiguo Testamento* aplica el nombre de Satanás a las serpientes, y la que de bronce mandó construir Moisés recibió de los hebreos adoración divina (19), porque era el símbolo de Esmun-Asclepio, el Iao fenicio. Por el contrario, se advierte la identificación de Satanás con Jehovah en los pasajes siguientes:

Mas Satanás se levantó contra Israel e incitó a David a que hiciese la numeración de Israel (20).

Y se encendió de nuevo el furor del Señor contra Israel y movió a David contra ellos para que dijese: Anda y haz la numeración de Israel y de Judá (21).

Asimismo aparece citado Satanás en este otro pasaje:

Y me mostró el Señor a Josué, sumo sacerdote, que estaba en pie delante del ángel del Señor, y Satán estaba a su derecha para oponérsele.

Y dijo el Señor a Satán: El Señor te increpe, ¡oh Satán!, y te reprima el Señor que ha escogido a Jerusalén. ¿Pues no es éste un tizón sacado del fuego? (22).

Como la profecía de Zacarías, cuyo es el precedente pasaje, data de una época posterior a la colonización de Palestina por los hebreos (23), es muy verosímil que el profeta tomara de los asideanos esta personificación diabólica, pues se sabe que estuvieron muy versados en la doctrina mazdeísta y daban a Ahriman o Ahuramanyas los nombres sirios de Set

o Sat-an (divinidad de los hititas e hyksos) y de Beel-Zeebub, el dios oracular mayormente venerado después de Apolo.

El pasaje anterior es sin duda alguna simbólico, pues así lo da a entender este otro:

> Cuando el arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo (... ... ...), mas dijo: El Señor te reprima (24).

Vemos aquí identificado el arcángel San Miguel con el Señor (...) o ángel del Señor, en demostración de que el Jehovah hebreo tiene doble carácter: el secreto y el manifestado en el ángel del Señor o el arcángel San Miguel. Del cotejo de entrambos pasajes se infiere claramente que el "cuerpo de Moisés" sobre el cual contendían significaba la Palestina o tierra de Canaán donde habitaban los heteos (25), cuya divinidad tutelar era Seth (26). El arcángel Miguel, campeón de la adoración de Jehovah, pelea con su adversario Satanás, pero deja que juzgue su superior.

A Belial no se le puede considerar ni como dios ni como diablo, porque la palabra Belial (...) significa en hebreo destrucción, asolamiento y esterilidad, de modo que la frase (... ....) *ais-belial* (hombre-belial) quiere decir hombre destructor y dañino. Por consiguiente, la personificación de Belial habría de ser enteramente distinta de Satanás y análoga a una especie de *diakka* espiritual, a pesar de que los demonólogos le colocan al frente del tercer orden de demonios, cuya índole es de duendes dañinos, incapaces de toda acción sostenida.

Asmodeo es un diablo de origen persa y no hebreo, pues Bréal (27) lo identifica con el deva Eshem o Aeshma de los parsis, el espíritu de la concupiscencia, al que, según dice Max Müller, alude varias veces el *Avesta* considerándole como uno de los devas que se convirtieron en espíritus malignos (28).

Samael equivale a Satanás; pero según demuestran Bryant y otras autoridades, fue el nombre dado al viento del Sahara (simun) que también recibió el de *atabul-os* (diablo) (29).

EL DIOS TIPHÓN

Indica Plutarco que la palabra tifón quiere decir algo violento, desbaratado y sin concierto, por lo que los egipcios llamaron tifones a los desbordamientos del Nilo (30). Aunque Plutarco era de muy ortodoxas creencias y no miraba con mucha simpatía a los egipcios, afirma que estos no adoraban a Tiphón (el demonio) (31) sino que le tenían en despectivo menosprecio como representante de la obstinada resistencia que a la Divinidad oponen las fuerzas antagonísticas (32).

Añade Plutarco que a Tiphón se le representaba en figura de asno, y que cuando la fiesta de los sacrificios en honor del sol, aconsejaban los sacerdotes al pueblo que no llevaran encima joyas ni adornos de oro para no alimentar con ellos al asno (33).

Platón opinaba respecto del mal, respecto del mal, diciendo que en la materia subyace una fuerza obstinada y rebelde que resiste a la voluntad del supremo Artífice. Esta fuerza es la que bajo la influencia del dogmatismo cristiano se convirtió en el personaje llamado Satán, de cuya identidad con Tiphón no cabe dudar al leer en el *Libro de Jacob* que Satanás acusa al varón idumeo de ser capaz de maldecir a Dios en el infortunio, lo mismo que en el *Libro de los muertos* aparece Tiphón como acusador de las almas. La analogía se descubre asimismo en los nombres, porque a Tiphón se le llamaba *Seth* o *Seph*, y *satán* en hebreo y *shatana* en árabe significan adversario, perseguidor. Esto concuerda con la mitológica alegoría a que alude Maneto al decir que Tiphón asesinó traicioneramente a Osiris en complicidad con los semitas (israelitas). De aquí tal vez derive la leyenda referida por Plutarco, según la cual, luego de cometido el crimen escapó Tiphón montado en un asno y anduvo durante siete días,

engendrando después dos niños llamados Yerosolomo y Judaios, personificaciones simbólicas de Jerusalén y Judea

Al hablar de una invocación a Tiphón-Seth, dice Reuvens que los egipcios adoraban a este dios en figura de asno, y que Seth era entre los semitas el trasfondo de su conciencia religiosa (34). En copto la palabra *ao* significa asno, y como es una variación fonética de *Iao* se le dio al nombre de aquel animal significación equívoca de símbolo.

Vemos, por lo tanto, que Satán es una invención fantástica de los Padres de la Iglesia, y por efecto de uno de esos reveses de fortuna a que los dioses parecen estar tan expuestos como los mortales, Tiphón-Seth cayó de las altezas de divinizado hijo de Adam Kadmon a la ínfima categoría de entidad subalterna simbolizada en un asno.

Los cismas religiosos están nutridos por las miserias y rencores propios de la humanidad, que tanto se echan de ver en los litigios judiciales. Prueba de ello nos ofrece la reforma religiosa de Zoroastro, cuando el mazdeísmo se desgajó del induísmo. Los fulgurantes *devas* védicos trocáronse, por rivalidades religiosas, en los tenebrosos *daevas* o espíritus malignos del *Avesta.* El mismo Indra, la divinidad luminosa por excelencia, quedó sumido en lóbregas tinieblas (35) para sustituirle por el resplandeciente Ahuramazda, el supremo Dios.

La singular veneración que los ofitas profesaban a la serpiente, símbolo de Christos, resultará más lógica si el estudiante recuerda que en toda época representó este reptil la sabiduría divina que mata para que lo muerto resucite a mejor y más perfeccionada vida. Moisés era de la tribu de Levi, secreta adoradora de la serpiente. Gautama fue también de estirpe sárpica por pertenecer a la dinastía de los Nagas, que reinaban en Magadha. También Hermes (Thoth) está simbolizado sárpicamente en Têt. Según las creencias ofitas, Christos nació por obra de la serpiente (Espíritu Santo o Sabiduría divina), lo que significa que llegó a ser Hijo de Dios por su iniciación en la ciencia de las serpientes. Por último, Vishnú, equivalente al dios egipcio Kneph, descansa sobre la eptacéfala serpiente celeste.

El ígneo dragón de los antiguos tiempos sirvió de enseña militar a los asirios, de quienes lo tomó Ciro al apoderarse del país, y más tarde fue insignia de las cohortes romanas de occidente y de oriente (36).

LA TENTACIÓN DE JESÚS

La tentación (37) de Jesús en el desierto es el pasaje del *Nuevo Testamento* en que con más dramático carácter aparece la figura de Satanás, a quien se le llama *diabolos*, esto es, *acusador*, análogamente al epíteto de *diobolos* (hijo de Zeus) aplicado a los dioses Apolo, Esculapio y Baco. En el desierto que se dilataba entre el río Jordán y el mar Muerto vivían eremíticamente los “hijos de los profetas” y los esenios (38), que sometían a los neófitos a pruebas semejantes a las *torturas* de los ritos mítricos, y seguramente de esta índole fue la tentación de Jesús, por lo que dice San Lucas en este pasaje:

> Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo (... ...), y volvió Jesús en virtud del Espíritu a Galilea (39).

Pero en este ejemplo el diablo (...) no significa el espíritu maligno, sino el espíritu de subyugación y disciplina, en el concepto que algunas veces expresan sinónimamente las palabras *Diablo* y *Satán* (40), según vemos en el siguiente pasaje de San Pablo:

> Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetee (41).

Además, vemos que el ángel del Señor actúa de oponente o de Satán en este otro pasaje:

Y el ángel del Señor se puso en el camino delante de Balaám (42).

Nuevo ejemplo del simbolismo de Satán nos da el pasaje siguiente en que el profeta Micheas habla al rey Achab diciéndole:

Vi al Señor sentado en su trono, y a todo el ejército del cielo que le rodeaba a la derecha y a la izquierda.
Y dijo el Señor: ¿Quién engañará a Achab para que suba y perezca en Ramoth de Galaad?
Mas salió un espíritu... y respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas (43).

Parecido carácter ofrece en el *Libro de Job* la figura de Satán, que se entremezcla con los hijos de Dios para presentarse ante el Señor, como en el acto de mística iniciación.

El señor le da a Satán omnímoda licencia para afligir a Job, con tal de no quitarle la vida; y prevalido del consentimiento, le arrebata bienes, hijos y salud y le cubre el cuerpo de asquerosa lepra, hasta el punto de que su propia mujer se mofa de él porque aún glorifica a Dios en tan extrema miseria. Sus amigos le vituperan, diciendo que muchas abominaciones debió de cometer para verse de tal modo castigado. El mismo Señor, actuando de supremo hierofante, le reconviene por haber proferido palabras necias y disputado con el Altísimo. Entonces Job replica diciendo:

Te preguntaré y respóndeme. Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo. Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (44).

Inmediatamente queda vindicado Job, porque el Señor se dirige a Eliphaz, diciéndole:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto, como mi siervo Job (45).

SATÁN EN EL POEMA DE JOB

Resulta así reconocida la probidad de Job y cumplida su predicción:

Sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mí sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios (46).
Y el Señor volvió la penitencia de Job y le dio doblado todo cuanto había tenido (47).

En ninguna de estas escenas se advierte la manifestación del maligno carácter que el cristianismo dogmático atribuye al “enemigo de las almas”.

Entienden eruditos y meritísimos autores que el Satán figurado en el *Libro de Job* es un mito hebreo relacionado con la doctrina mazdeísta del “principio del mal”. Dice Haug a este propósito:

La religión mazdeísta descubre íntima afinidad o más bien identidad con el judaísmo y el cristianismo en los puntos referentes a la personalidad y atributos del diablo y a la resurrección de los muertos (48).

De la propia suerte, la guerra en el cielo entre Miguel y el Dragón a que alude el *Apocalipsis* (49), puede referirse a uno de los más antiguos mitos parsis, pues el *Avesta* relata la lucha entre Tretaona y la destructora serpiente Azhidahaka, aunque a su vez este mito deriva según ha demostrado Burnouf, del que representan los Vedas en la lucha de los dioses contra la serpiente Ahi. Los parsis personificaron después esta lucha en la del justo contra el diablo, que es precisamente el carácter de la tentación de Jesús en el desierto, por lo que bien podemos identificar el concepto de Satán con el de Zohak o Azhidahaka, la serpiente con rostro humano en una de sus tres cabezas (50).

La personalidad de Beel-Zebub difiere de la de Satán en las alegorías. Según el *Nuevo Testamento apócrifo* es el príncipe del mundo inferior y su nombre significa "Baal de las moscas", para dar a entender quizá con esta última palabra los escarabajos sagrados. En cambio, el texto griego del *Evangelio* le llama *Beelzebul* (51), que significa "el señor de su casa", según se infiere del siguiente pasaje:

> Si llamaron Beelzebub al padre de familias, ¿cuánto más a sus domésticos? (52).

También se le llamaba príncipe o arconte de los demonios.

En el *Libro de los muertos* acusa Tiphón a las almas que comparecen a juicio, lo mismo que Satán acusa al sumo pontífice Josías ante el ángel y tienta a Jesús en el desierto (53). Las alegorías de la religión oficial de los egipcios refieren que Tiphón mató traidoramente a su hermano Osiris, y después de dividir el cadáver en *catorce* (54) pedazos lo puso en un ataúd (55). Análogamente echamos de ver que el dios Sabazios (56) de Frigia fue muerto y dividido en *siete* pedazos por los titanes. El indo Siva está representado con *siete* serpientes por corona, y es el dios de la destrucción y de la guerra. También a Jehovah se le llama el "Señor Dios de los ejércitos" (*Sabaoth*), apelativo análogo al de Baco o Dionisio Sabazios, de lo que cabe inferir la identidad de todas estas representaciones. Finalmente, según la antigua simbología, los dioses que cuando el asalto de los titanes hubieron de transformarse en animales para esconderse en Etiopía, volvieron con el tiempo y expulsaron a los pastores.

Afirma Josefo que los *hyk-sos* fueron los antecesores de los israelitas, conforme se infiere de este pasaje:

> Los egipcios aprovechaban muchas ocasiones para descargar en nosotros el odio y la envidia que nos tenían. En primer lugar, porque nuestros antepasados los *hyk-sos* o pastores eran dueños de Egipto, donde aquéllos vivieron prósperamente después de sacudir el yugo de estos (57).

Sustancialmente es verídica la afirmación de Josefo, aunque difiera algún tanto del relato de las Escrituras hebreas, escritas muy posteriormente a dicho suceso histórico y alteradas repetidas veces antes de divulgar su texto.

Prosigue diciendo la alegoría que Tiphón se hizo odioso en Egipto y que los pastores llegaron a ser "una abominación", así que en tiempos de la vigésima dinastía se vio tratado como un despreciable demonio y quedó borrada su efigie y su nombre de los monumentos donde se habían grabado (58).

PERSONIFICACIÓN DE LOS DIOSES

En toda época mostróse inclinado el hombre a personificar a los dioses. Aun hay tumbas de Zeus, Apolo, Hércules y Baco como si hubiesen vivido en carne mortal sobre la tierra; y por otra parte, Sem, Cam y Jafet son respectivas personificaciones de la divinidad asiria Shamas, de la egipcia Kham y del titán Iapetos. El dios de los hyk-sos era Seth; el de los argivos, Enoch

o Inaco; y Abraham descubre cierta sinonimia con Brahma, Isaac con Ikshwaka y Judá con Yadu, del panteón induísta. Tiphón cayó de la categoría divina a la condición diabólica, tanto en su propio carácter de hermano de Osiris, como en concepto del Seth o Satán asirio. Para los fenicios no fue Apolo el dios solar ni la divinidad oracular, sino príncipe de los demonios y monarca de los dominios subterráneos. Cuando el mazdeísmo se desgajó del induísmo, los disidentes transformaron en asuras a los devas y en devas a los asuras, por lo que vemos a Indra subordinado a Ahriman (59) y formado por éste de materiales de tinieblas (60) junto con Siva (61) y los dos Asvines (62). Análogamente identificaron los mazdeísts con Indra a Jahi, el demonio de la lujuria.

Todas las naciones tuvieron en tanta veneración sus divinidades tutelares como en aborrecimiento las de sus enemigos. De esta índole son las metamorfosis de Tiphón, Satán y Beelzebub (63).

Según el *Apocalipsis*, Miguel y sus ángeles vencieron al Dragón y los suyos, conforme vemos en el pasaje siguiente:

> Y fue lanzado fuera aquel grande dragón, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás y engaña a todo el mundo (64).

El Cordero, emblema de Cristo, descendió a los infiernos o reino de la muerte, y allí estuvo tres días, hasta subyugar al enemigo. Los cabalistas llamaban “Salvador” y también “ángel del Sol” y “ángel de Luz” (65), al arcángel Miguel, que era el príncipe de los eones (66). Por lo tanto, si el autor del *Apocalipsis* no era cabalista, por lo menos debió de ser gnóstico, pues Miguel no fue para él una entidad original de su revelación (*epopteia*), sino que nos lo representa en su ya conocido carácter de Salvador y vencedor del Dragón. Las investigaciones arqueológicas han apuntado la identidad de Miguel y Anubis, cuya efigie fue recientemente descubierta en un monumento egipcio con coraza y lanza dando muerte al dragón sárpico, tal como la iconografía cristiana representa a San Miguel y a San Jorge (67).

Lepsius, Champollión y otros egiptólogos han reconocido sin dificultad la “Virgen con el Niño” en las figuras de Isis con Horus en brazos circuída de los rayos del sol y la luna a sus pies. Es la Madre que, perseguida por el Dragón, recibió alas de Águila imprial de modo que pudiera volar al desierto (68).

EL MITO DE LA SERPIENTE

Los principios opuestos del bien y del mal están simbolizados en los míticos bíblicos análogamente a como lo están en los paganos, y así tenemos Caín y Abel, Tiphón y Osiris, Apolo y Pitón, Esaú y Jacob. La *Biblia* describe a Esaú cubierto de áspero vello de color rojo, y también es Tiphón de piel roja (69). La oposición de Esaú respecto de su hermano Jacob es semejante a la de Tiphón respecto de Osiris. Desde la más remota antigüedad veneraron todos los pueblos a la serpiente como símbolo del espíritu y de la Sabiduría divina. Según Sanchoniaton, Hermes fue el primero que tuvo a la serpiente por el reptil más espiritual. La serpiente gnóstica con las siete vocales en la cabeza es remedo de la eptacéfala serpiente Ananta sobre que descansa Vishnú.

No poco nos sorprende que al hablar del culto de la serpiente confiesen los tratadistas europeos la ignorancia de las gentes respecto al origen de esta “superstición”, según la llaman. Dice sobre el particular C. Staniland Wake:

Saben los mitólogos que los pueblos de la antigüedad simbolizaban ciertos conceptos metafísicos en la serpiente, que era el emblema favorito de algunas divinidades, si bien no se sabe con seguridad qué motivo tuvieron para preferir este animal con dicho objeto (70).

Tampoco Fergusson ha sido más afortunado en este punto, a pesar de los muchos materiales de información que reunió acerca del particular (71).

Poco valor tendrá para los simbologistas la explicación que demos de este mito; y sin embargo, estamos en la creencia de que no cabe otra que la expuesta por los iniciados. Según ya notamos en otro lugar, el brahmana *Aytareya*, en el himno de la serpiente, dice que la sierpe *Râjni* es la reina de las sierpes y "la madre de todo cuanto se mueve". Esto significa que antes de tomar nuestro globo la forma esferoidal tuvo la de una larga cola de materia cósmica, que se movía retorcidamente como una culebra modelada por la incubación del Espíritu de Dios flotante sobre las "aguas". Esta serpiente está representada en actitud de morderse la cola, como emblema de la eternidad en el orden espiritual y de nuestro planeta en el orden físico, porque, según itnerpretaron los antiguos filósofos, la tierra muda su configuración superficial a cada pralaya menor, como muda de piel la serpiente, y después del pralaya mayor pasa del estado subjetivo al objetivo, de la propia suerte que, según dice Sanchoniaton, la serpiente cada vez que muda la piel parece como si se rejuveneciera y cobrase mayor fuerza y energía. Ésta es la razón de que primero a Serapis y después a Jesús se les representase en figura de serpiente; y también de que en nuestros mismos días se conserve con especial solicitud la enorme serpiente de la mezquita de El Cairo. Se cuenta que en el Alto Egipto suele aparecerse un famoso santo en figura de serpiente; y en la India hay costumbre de colocar junto a la cuna de las criaturas una pareja de serpientes domesticadas que, en opinión popular, irradian un aura magnética de sabiduría, salud y dicha. Todas las serpientes descienden, según los indos, de la primitiva Râjni, símbolo de la tierra, y están dotadas de las mismas virtudes que su progenitora.

En la mitología induísta, el gran dragón Vasaki escupe contra Durga una ponzoña que por intervención de Siva, esposo de ésta, queda embebida en la tierra. Vemos, por lo tanto, que el místico drama de la Virgen celeste perseguida por el dragón que intenta devorarle el hijo, estaba también representado en los ritos secretos de los templos, además de tener su signo entre las constelaciones zodiacales. Los misterios simbolizaban este drama en el dios del Sol y lo grababan sobre una imagen de Isis esculpida en negro (72), donde aparecía el divino Niño perseguido por el cruel Tiphón (73). Dice una leyenda egipcia que el Dragón persiguió a Isis mientras ésta procuraba proteger a su hijo (74). Ovidio refiere que Dioné, madre de Venus y esposa del Zeus pelasgo, huyó al Éufrates perseguida por Tiphón (75).

Por su parte, Virgilio exclama:

¡Salve, oh hijo amado de los dioses, descendiente de Jovel. Recibe el sumo honor, porque se avecinan los tiempos en que ha de morir la serpiente (76).

Alberto el Magno, entusiasta astrólogo, ocultista, alquimista y prelado católico señaló la aparición del signo zodiacal *Virgo* en el horizonte el día 25 de Diciemrbe en que la Iglesia conmemora el nacimiento de Jesucristo (77).

MISTERIO DE DEMETER

En los misterios eleusinos, Plutón rapta a Perséfona, hija de Demeter, y se la lleva al Hades, donde su madre la encuentra erigida en soberana del tenebroso reino. De este mito extrajo el cristianismo la leyenda de Santa Ana (78) que va en busca de su hija María, que con

su esposo José hubo de refugiarse en Egipto. Las antiguas imágenes de la Virgen María la representan con dos espigas de trigo en la mano, lo mismo que aparecen representadas Perséfona y la Virgen zodiacal.

El árabe Albumazar nos ofrece asimismo una variación del mito en el siguiente pasaje:

> En el primer decán de la constelación de la Virgen, nació la doncella Aderenosa (79), la pura e inmaculada Virgen (80) llena de gracia, de apostura encantadora, modesta en el vestir y cabellera flotante, que sentada en adornado trono y con dos espigas de trigo en las manos, amamanta al niño Issa llamado Christos por los griegos y Iessus por otras naciones (81).

Todo esto demuestra más que de sobra la identidad del mito en las principales religiones del mundo. Posteriormente tomó nueva fase el pensamiento religioso. A los misterios de Dionisio Sabazio sucedieron los de Mitra, cuyas cuevas sustituyeron a las antiguas criptas desde Asiria hasta Bretaña. El dios Serapis, venido del Ponto, depuso de su trono a Osiris. El rey indo Asoka abrazó la religión budista y envió misioneros a difundir por Grecia, Asia menor y Egipto el Evangelio de Sabiduría, logrando convertir a los esenios de Judea y Arabia, los terapeutas (82) de Egipto y los pitagóricos (83) de Grecia y Asia menor. En todos estos países las alegorías budistas sustituyeron a los mitos de Horus, Anubis, Adonis, Atys y Baco, que metamorfoseados con arreglo a las nuevas creencias se incorporaron consiguientemente en los Evangelios sinópticos y en el llamado apócrifo, que los ebionitas, nazarenos y otras primitivas escuelas cristianas mantuvieron secretos sin enseñarlos más que a los iniciados, hasta que se los arrebató la predominante influencia del dogmatismo romano.

Cuando el sumo sacerdote Helcías encontró el *Libro de la Ley*, ya conocían los asirios los *Purânas* indos, pues ocasión les deparó al efecto la conquista del país comprendido entre el Helesponto y el Indo, cuando con toda probabilidad arrojarían de la Bactriana a los arios que transpusieron el Punjâb. Así hay indicios de que el *Libro de la Ley* era un *Purâna*, pues reúne las cinco condiciones requeridas para ello por los brahmanes eruditos, según nos dice sir William Jones. Estas condiciones son:

1.ª Tratar de la formación general de la materia.

2.ª Tratar de la formación de la materia diferenciada y de la generación de los seres espirituales.

3.ª Dar un resumen cronológico de las edades históricas.

4.ª Exponer un resumen genealógico de las dinastías del país.

5.ª Incluir la biografía de algún personaje eminente.

Es indudable que el autor del *Pentateuco* se sujetó a estas condiciones, de la propia suerte que los autores del *Nuevo Testamento* habían escuchado las enseñanzas budistas de labios de los misioneros que por entonces menudeaban en Grecia y Judea.

Pero como, según el dogmatismo cristiano, no cabe concebir a Cristo sin el Diablo, hemos de cotejar estos dos conceptos para descubrir la íntima y misteriosa relación entre ambos. Todos los místicos “Hijos de Dios” y los “Primogénitos” ofrecen idénticas características. Adam Kadmon se desdobla en sabiduría conceptiva y sabiduría creadora, que desenvuelve la materia. el Adam de barro es a un tiempo hijo de Dios e hijo de Satán (84).

Hércules era asimismo “primogéntio” y equivale a Bel, Baal y Bal y a Siva el destructor. El poeta Eurípides llama a Baco hijo de Dios, y se le tributó adoración desde muy niño, como al Jesús de los evangelios. Los filósofos le describen de condición muy benévola para la humanidad, aunque inexorable con los quebrantadores de su culto (85).

ALEGORÍAS DEL LIBRO DE JOB

El *Libro de Job* nos descubre más claramente que otro alguno la índole y naturaleza del concepto del Diablo, de conformidad con nuestras afirmaciones.

Todo cuanto en este libro se relata es alegórico, y no se han de alarmar por ello las gentes piadosas, pues en tiempos antiguos era costumbre dar alegóricamente las enseñanzas morales, según corrobora el mismo San Pablo en los siguientes pasajes:

> Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento de nosotros en quienes los fines de los siglos han llegado (86).
>
> Porque escrito está, que Abraham tuvo dos hijos: uno de la sierva y otro de la libre... Las cuales cosas fueron dichas por alegorías (87).

Por lo tanto, si, según toda probabilidad lindante con la certidumbre, el *Nuevo Testamento* tiene carácter alegórico, no será mucho decir del *Libro de Job* lo mismo que dijo San Pablo de las figuras de Abraham y Moisés.

Conviene advertir, sin embargo, la diferencia entre alegoría y símbolo. En la primera se encubre la verdad con la suficiente transparencia para que el oyente o el lector pueden inducirla. El símbolo entraña una cualidad abstracta de la Divinidad, fácilmente comprensible para los profanos, que por ello, le tributaron adoración idolátrica. La alegoría estaba reservada en los recintos internos, donde sólo eran admitidos los iniciados; y así se explican aquellas palabras de Jesús cuando decía:

> Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.
>
> Porque al que tiene, se le dará y tendrá más, y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (88).

En los misterios menores se efectuaba la operación de lavar una marrana, que luego se dejaba otra vez entre el fango, para significar la purificación del neófito y lo insuficiente de la obra hasta entonces cumplida.

El mito encierra un pensamiento no manifestado, es decir, que personifica históricamente el reflejo de una idea religiosa. En el mito ha de predominar, como en la epopeya, el elemento histórico, de modo que los hechos exotéricos constituyan la base del mito y en ellos se entretejan las ideas religiosas.

El *Libro de Job* es muy claro para quien comprende el pintoresco lenguaje empleado por los iniciados egipcios en el *Libro de los muertos*. En la escena del *Juicio* aparece Osiris sentado en el trono con el garfio en una mano y el místico abanico báquico en la otra. Ante él están los cuarenta y dos asesores del difunto. Junto al trono se levanta un altar cubierto de ofrendas y rematado por la flor de loto, sobre el cual se ven cuatro espíritus. En la puerta permanece estacionada el alma que va a comparecer a juicio, y Thmei, diosa de la Verdad, se le acerca en actitud de darle la bienvenida. Thoth empuña una caña y examina el proceso del alma en el Libro de la Vida. Horus y Anubis, delante de las balanzas, observan si el corazón del difunto equilibra o no el peso del símbolo de la Verdad. Sobre un pilar está sentada la ramera que ha de sostener la acusación. Según saben los eruditos, en los misterios se representaban las escenas del mundo inferior, y tal es la alegoría de Job.

LA INICIACIÓN Y EL LIBRO DE JOB

Varios críticos han atribuido a Moisés el *Libro de Job*, que seguramente es más antiguo que el Pentateuco, pues en él no se nombra a Jehovah; y si bien este nombre aparece en el prólogo, es por error de traducción o por la necesidad posteriormente sentida de dar carácter monoteísta al politeísmo hebreo, convirtiendo para ello en divinidad individual la pluralidad representada en los Elohim. En el primitivo texto del *Libro de Job* no se le da a Dios el nombre de Jehovah (89), sino los de *Al, Aleim, Ale, Shaddai, Adonai*, de lo cual se infiere que, como todos los demás manuscritos antiguos, fueron adulterados de propósito el prólogo y el epílogo del *Libro de Job*, pues no cabe suponer que se añadieran posteriormente. No hay en este arcaico poema alusión ninguna a la institución sabática; pero sí copiosas referencias al sagrado número siete, de que hablaremos más adelante, y una abierta discusión sobre el sabeísmo prevaleciente por aquellos días en Arabia. El *Libro de Job* llama a Satán hijo de Dios, pues lo cuenta entre los asistentes al consejo del Altísimo, a quien induce a poner en toque la fidelidad del varón idumeo, de donde vemos corroborada la significación de *acusador* o *adversario* que etimológicamente tiene la palabra Satán y su identidad conceptiva con el Tiphón de los egipcios que acusa a las almas en el Amenti (90).

Es el *Libro de Job* una acabada figura de las antiguas iniciaciones y de las pruebas preliminares de tan augusta ceremonia. El neófito se ve privado de todo bien terreno y afligido por una enfermedad repugnante. Su esposa le aconseja que ponga en la muerte su única esperanza. Tres amigos van a visitarle: Eliphaz, el erudito temanita lleno del conocimiento que los sabios recibieron de sus padres, a quienes sólo a ellos les fue dada la tierra; Baldad, el de temperamento positivista, que toma las cosas según vienen y opina que la aflicción de Job es consecuencia de sus culpas; y Sophar, espíritu generalizador de sabiduría superficial. A sus reconvenciones responde Job:

> Sea así que yo haya errado, mi yerro quedará conmigo.
>
> Mas vosotros os levantáis contra mí y me dais en cara con mis oprobios... porque la mano del Señor me ha tocado.
>
> Pues yo sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mí sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios...
>
> ¿Por qué, pues, ahora decís: Persigámosle y hallemos raíz de palabra contra él? (91).

Algunos intérpretes han considerado que este epíteto de Campeón alude al Mesías, y en muchas versiones aparece sustituída la palabra *Campeón* por la de *Redentor*, aunque en la de los *Setenta* aparece el pasaje como sigue:

> Porque sé que es eterno Aquél que ha de libertarme de la tierra para restaurar ésta mi piel que sufre de estos males.

Indudablemente se refiere Job en este pasaje a su Yo superior, inmortal y eterno que por medio de la muerte física ha de libertarle de su corrompido cuerpo carnal y revestirle de nueva envoltura. En los *Misterios de Eleusis*, en el *Libro de los Muertos* y en otros tratados relativos a la iniciación se le dan nombres propios al Yo inmortal, que los neoplatónicos denominaron *Nous* y *Augoeides*, los budistas *Aggra*, los mazdeístas *Feruer* y los induístas *Atman*, con más los frecuentes epítetos de *Liberador, Campeón, Mediador*, etc. en las escultura mítricas de Persia aparece el *Feruer* o Yo superior simbolizado por una alada figura que planea sobre el cuerpo de un hombre (92). Es el inmortal espíritu que ha de redimir nuestra alma de la esclavitud de la materia. en los textos caldeos el citado pasaje se lee como sigue:

Mi libertador (93) ha de restaurar mi gastado cuerpo y convertirlo en vestidura etérea.

ADULTERACIÓN DEL LIBRO DE JOB

Sin embargo, todas las versiones derivadas de la de San Jerónimo adolecen de las mismas inexactitudes y mudanzas que este doctor se permitió en su *Vulgata*, según demuestra la evidente adulteración de este versículo:

Pues yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré a mi Dios (94).

En este amaño se advierte el manifiesto propósito que San Jerónimo tuvo de disponer el texto convenientemente para cohonestar "la resurrección de la carne" tal como la entiende el dogmatismo cristiano (95). No podía el autor del *Libro de Job* conocer el *Nuevo Testamento*, por cuanto ni siquiera conocía el *Antiguo*, ya que ni remotamente alude a los patriarcas. Sin duda fue iniciado su autor, pues una de las tres hijas de Job lleva el mitológico nombre de *Kerenhappuch*, que cada versión traduce de distinto modo. La *Vulgata* la llama *Cuerno de antimonio*, y los *Setenta* traducen *Cuerno de Amalthea* (96). Basta el nombre de esta heroían pagana en la versión de los *Setenta* para advertir por una parte la ignorancia de estos traductores y por otra la filiación esotérica del *Libro de Job*.

En vez de consolar a Job, sus tres amigos le reconvienen diciéndole que merecida tiene la aflicción en castigo de sus culpas, a lo que responde el santo varón rechazando semejantes imputaciones y prometiendo que mantendrá su causa mientras aliente. Recuerda los prósperos tiempos de su dicha "cuando el secreto de Dios permanecía sobre su tienda" y él era juez soberano como rey en ejército, que a los afligidos consolaba, y los compara con el tiempo presente en que se mofan de él los vagabundos beduinos, "los más viles hombres de la tierra", al verle postrado por el infortunio y por la lepra. Manifiesta después Job la simpatía que le inspiran los desgraciados, y rememora que siempre fue casto, íntegro, honrado, justo, caritativo, sobrio, hospitalario, magnánimo, misericordioso con el enemigo, extraño al culto del sol e intrépido defensor de la justicia aun contra la oposición de las gentes. Impetra del Todopoderoso una respuesta a este alegato, e intima a sus tres amigos la declaración de las culpas que hayan descubierto en él. No cabía réplica posible. Los tres amigos habían tratado de confundir a Job con especiosas razones, y él les redargüía con su ejemplar conducta. Entonces aparece en escena el cuarto amigo: Elihu el buzita, hijo de Barachel, de la estirpe de Ram (97).

Elihu representa al hierofante. Empieza reprendiendo a los otros tres amigos de Job, cuyos sofismas desvanece como el viento de Poniente se lleva la movediza arena.

En la amargura de su corazón había dicho Job a sus amigos:

Lo que vosotros sabéis, yo también lo sé y no soy inferior a vosotros.
Con todo eso, hablaré al todopoderoso y con Dios deseo razonar.
Haciendo antes ver que vosotros sois unos forjadores de mentiras y secuaces de perversos dogmas.
Y ojalá callareis para que fueseis tenidos por sabios (98).

Pero Elihu le dice:

No los de mucha edad son los sabios ni los ancianos los que juzgan lo justo.
Mas, a lo que veo, espíritu hay en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da la inteligencia.
Una vez habla Dios y segunda vez no repite la misma cosa.

Por sueño, en visión nocturna, cuando profundo sueño se echa sobre los hombres y están durmiendo en su lecho.

Entonces abre las orejas de los hombres, y amaestrándolos, les instruye en lo que deben saber.

Atiende, Job, y oye y calla mientras yo hablo.

Y si tienes alguna cosa que decir, respóndeme, habla; porque deseo que comparezcas justo.

Y si no tienes, óyeme, calla y te enseñaré sabiduría (99).

Había dicho antes Job, vacilante en su fe, al oír que sus amigos no le ofrecían otra esperanza que la eterna condenación:

El hombre nacido de mujer, vive breve tiempo y está relleno de muchas miserias.

Que como flor sale y es ajado, y huye como sombra y jamás permanece en un mismo estado.

Mas el hombre después que haya muerto y despojado que sea y consumido, dime, ¿dónde está?

¿Crees por ventura que muerto un hombre tornará a vivir?

¡Y ojalá se hiciera el juicio entre Dios y el hombre como se hace el de un hijo del hombre con su compañero (100).

EL HIEROFANTE EN EL LIBRO DE JOB

Pero por fin escucha Job la sabiduría de Elihu, el inspirado filósofo, el instructor perfecto, el hierofante de cuyos severos labios bnrota la justa reconvención de haber dudado impíamente de la bondad de Dios achacándole los males de la humanidad. Así dice Elihu:

Lejos esté de Dios la impiedad, y del Omnipotente la injusticia. Porque Él pagará al hombre su obra y recompensará a cada uno según sus caminos. Porque en verdad, Dios no condenará sin razón ni el Omnipotente trastornará la justicia (101).

Callado se había mantenido el hierofante mientras al neófito le satisifzo su propia sabiduría mundana en irreverente incomprensión de la Providencia y sus designios, y dio oídos a los perniciosos sofismas de sus consejeros. Mas, en cuanto la mente del neófito anhela conocer la verdad y se predispone de esta suerte a la instrucción y al consejo, resuena la voz del hierofante, que lleno del divino Espíritu exclama:

No podemos conocer a Dios dignamente. Grande en fortaleza y en juicio y en justicia. Él es inefable.

Por esto le temerán los hombres y no se atreverán a contemplarle todos los que se tienen a sí mismos por sabios (102).

Y responde Job a Baldad:

Verdaderamente sé que así es y que no será justificado el hombre comparado con Dios.

Él trasladó los montes y los mismos que trastornó en su furor no le conocieron.

Él conmueve la tierra de su lugar y sus columnas se estremecen.

Él manda al sol y no sale y cierra las estrellas como bajo de sello.

Él hace cosas grandes e incomprensibles y admirables que no tienen número.

Si viniere a mí no lo veré; si se retirare, no lo entenderé (103).

¡Hermosa lección para los predicadores a la moda que multiplican las palabras sin encerrar sabiduría en ellas (104)!

Escucha Job la palabra de sabiduría y después le habla el Señor desde el “torbellino de la Naturaleza” (105), diciendo:

¿Quién es ese que envuelve sentencias en indoctos discursos?
Cíñete como varón tus lomos; te preguntaré y respóndeme:
¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra?
¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razón, si sabes, de todas estas cosas.
Cuando me alababan a una los astros de la mañana y se regocijaban los hijos de Dios.
¿Quién encerró con puertas el mar?
Lo cerré dentro de mis términos y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá y aquí quebrarás tus hinchadas olas.
¿Quién dio curso a un aguacero impetuosísimo y camino al trueno ruidoso para que lloviese en una tierra sin hombre, en el desierto, donde no mora mortal ninguno?
¿Podrás acaso juntar las brillantes estrellas de las Pléyades o podrás detener el giro de Arturo?
¿Podrás enviar los relámpagos e irán y te dirán cuando vuelvan: Aquí estamos? (106).

A lo que responde Job.

Yo, que he hablado con ligereza, ¿qué cosa puedo responder? Pondré mi mano sobre mi boca (107).

Ya sabe cuáles son sus caminos y se abren sus ojos por vez primera. Desciende sobre el hombre de las aflicciones la suprema Sabiduría y en este final *Petroma* le muestra la imposibilidad de cazar al Leviatán clavándole el arpón en la nariz, lo cual significa que en el conocimiento oculto (Leviatán) únicamente pueden poner la mano, pero *nada más que la mano*, quienes por sus facultades y debida preparación merecen que Dios no se lo encubra.

EL LIBRO DE JOB Y EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Así dice el Señor:

¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviatán y atar su lengua con una cuerda?
¿Quién descubrirá el haz de su vestido y en medio de su boca quién entrará?
¿Quién abrirá las puertas de su rostro? Alrededor de sus dientes hay espanto.
Su cuerpo es como escudos fundidos apiñados de escamas que se aprietan. La una se junta con la otra y ni un respiradero pasa por entre ellas.
Su estornudo es resplandor de fuego y sus ojos como los párpados de la aurora.
Detrás de él lucirá la senda y reputará al abismo como lleno de canas.
No hay sobre la tierra poder que se le iguale, pues fue hecho para que no temiese a ninguno.
Todo lo alto ve. Él es el rey de todos los hijos de soberbia (108).

Y responde Job:

Sé que todo lo puedes y que ningún pensamiento se te esconde.
¿Quién es ese que sin ciencia encubre el consejo?
Por esto yo he hablado neciamente y lo que sin comparación excedía mi ciencia.
Oye y yo hablaré; te preguntaré y respóndeme.
Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo.
Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (109).

Reconoce a su Campeón y se convence de que ha llegado la hora de su reivindicación. Entonces le dice el Señor a Eliphaz:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto como mi siervo Job.

El señor asimismo se volvió a la penitencia de Job... y le dio doblado todo cuanto había tenido (110).

En el juicio del alma según el *Libro de los muertos*, el difunto invoca a los cuatro espíritus residentes en el Lago de Fuego, y luego de purificado por ellos le conducen a la mansión celeste, donde le reciben Athar e Isis en presencia de *A-tum* (111). Se ha convertido en *turu* (hombre espiritual), que desde entonces será el ojo de fuego (*on-ati*) compañero de los dioses.

Los cabalistas comprendían perfectamente el grandioso poema de Job, y no obstante sus profundos sentimientos religiosos eran acérrimos adversarios del clero, y así se justifican las palabras de Paracelso cuando víctima de persecuciones y calumnias, mal comprendido por amigos y enemigos, maltratado por clérigos y seglares, exclamaba:

¡Oh vosotros los de París, Padua, Montpeller, Salerno, Viena y Leipzig! No sois maestros de la verdad, sino confesores de la mentira. Vuestra filosofía es mentirosa. Si queréis saber lo que verdaderamente significa la magia, estudiad el *Apocalipsis* de San Juan... Puesto que no podéis probar que vuestras enseñanzas derivan de la *Biblia* y del *Apocalipsis*, dad de mano a vuestras farsas. La *Biblia* es la verdadera clave y el verdadero intérprete. Lo mismo que Moisés, Elías, Enoch, David, Salomón, Daniel, Jeremías y los demás profetas, fue Juan mago, cabalista y adivino. Si alguno de ellos viviera hoy día, seguramente que lo inmolaríais en vuestro fementido matadero, y no sólo a ellos, sino aun al mismo Creador de todas las cosas, si os fuera posible.

Prácticamente demostró Paracelso que había aprendido muy útiles aunque escondidas cosas en el *Apocalipsis*, la *Biblia* y la *Kábala*, por lo que le apellidaron “padre de la magia y del magnetismo fenoménico” (112). Tan firme era la creencia popular en los sobrenaturales poderes de Paracelso, que todavía perdura entre el vulgo de Alsacia la tradición de que no murió, sino que duerme en su tumba (113), y que el césped que la rodea se agita al impulso de la respiración de aquel fatigado pecho, de cuyo fondo brotan lastimeros gemidos cuando el insigne filósofo del fuego despierta al recuerdo de las injusticias con que por su amor a la verdad le abrumaron los calumniadores.

MODERNO CONCEPTO DEL DIABLO

De todo cuanto llevamos expuesto se infiere fácilmente que el *Satán* del *Antiguo Testamento* y el *Diablo* de los *Evangelios* y de las *Epístolas* apostólicas son personificaciones del principio antagonístico peculiar de la materia, no necesariamente malo por sí mismo en la acepción ética de la palabra. Los judíos aprendieron en la cautividad de Babilonia la doctrina de los dos opuestos principios del bien y del mal personificados respectivamente por los asidianos y parsis en Ormazd, cuyo nombre secreto era ..., y en Ahriman, equivalente al *Satán* de los heteos y al *Diobolos* de los griegos. Los primitivos cristianos de la escuela de San Pablo y después los gnósticos y sus sucesores refinaron metafísicamente estos conceptos, que el dogmatismo tergiversó por último, al propio tiempo que perseguía de muerte a sus genuinos definidores.

La Iglesia protestante entraña el espíritu de reacción contra la Iglesia católica, y no forma un todo coherente y homogéneo, sino una especie de torbellino cuyas partes giran en torno de un centro común, que se atraen y repelen mutuamente impelidas unas hacia roma por la fuerza centrípeta y empujadas otras por la fuerza centrífuga muy lejos de Roma, hasta más allá de la idea cristiana.

Precisamente, el concepto moderno del diablo es el que tuvieron las multitudes ignaras de Babilonia, “madre de las idolátricas y abominables religiones del gentilismo mundano”. Tal vez se redarguya diciendo que las teologías induísta y budista también admiten la existencia individual de los espíritus malignos; pero la sutil mentalidad inda (114) considera al diablo o espíritu maligno como una abstracción metafísica, una alegoría del *mal necesario*, mientras que para los cristianos es un personaje real de cuerpo y alma, sin cuya existencia no pueden fundamentar el dogma de la redención (115).

Los protestantes ingleses, no satisfechos con la personificación bíblica del diablo, adoptaron la demonología expuesta por Milton (116) en su *Paraíso perdido*, donde el Ilda-Baoth de los ofitas se transforma en Lucifer identificado con el Dragón apocalíptico (117) después de su caída (118) con las huestes rebeldes en el tenebroso abismo del pandemonio. En la tercera parte del poema celebra Satanás consejo en el palacio levantado para su residencia en sus nuevos dominios, y determina emprender una exploración en busca de un nuevo mundo. La cuarta parte relata la caída del hombre, su destierro en la tierra, el advenimiento del Hijo de Dios (*Logos*) y la redención del linaje humano (119).

El poema del *Paraíso perdido* entraña implícitamente el concepto que del diablo tienen los protestantes ingleses (120), y no creer en el diablo personal equivale para ellos a “negar a Cristo” y a “blasfemar contra el Espíritu Santo” (121). Posteriormente, el poeta Roberto Pollok se inspiró en el poema de Milton para escribir el suyo, titulado: El curso del *tiempo*, que también fue tenido durante algunos años por tan fidedigno como la *Biblia* (122).

Bosquejemos ahora el carácter del diablo según el concepto cristiano. Es la entidad que interviene en la hechicería, brujería y otros maleficios, según creyeron los fariseos y de ellos lo tomaron los Padres de la Iglesia, quienes identificaron con el diablo las gentílicas divinidades de Mitra, Serapis y otras, cuyo culto consideró siempre el doctrinarismo católico como trato y connivencia con las potestades tenebrosas. Los brujos y hechiceros medioevales fueron para la Iglesia adoradores del diablo, a pesar de que los antiguos consideraron la magia como la ciencia divina o sea el conocimiento y sabiduría de Dios. Mágica era el arte de curar en los templos de Esculapio y en los santuarios de la India y Egipto. El mismo Darío Hystaspes que había exterminado a los magos de mala ley y a los teurgistas caldeos, restableció el culto de Ormazd y con él la verdadera magia en que le instruyeran los brahmanes. Entró a la sazón en una nueva fase el pensamiento religioso. La ignorancia del vulgo engendró la falsa devoción y el dogmatismo imperante condenó la genuina sabiduría, cuyos adeptos hubieron de recatarse de la vista de las gentes y escribir sus tratados filosóficos en lenguaje enigmático sólo comprendido de los iniciados en la doctrina secreta, soportando resignadamente el oprobio, la calumnia y la pobreza.

EXCURSIONES DE SATANÁS

Los fieles a las antiguas enseñanzas religiosas fueron acusados de hechicería y condenados a muerte. Los albigenses, descendientes de los gnósticos, y los valdenses, precursores de los luteranos, quedaron exterminados por implacables persecuciones. Al mismo Martín Lutero le acusaron de estar en connivencia con Satanás en persona, y aun sigue el mundo protestante bajo el peso de esta imputación de sus adverrsarios, porque el dogmatismo romano no distingue entre disidentes, herejes, cismáticos y hechiceros, y todo cuanto se aparte de su norma lo anatematiza por ofensivo a su autoridad, pues la libertad religiosa es un principio nefando para la Iglesia católica.

Sin embargo, los protestantes llevaban en los labios la leche con que les amamantó su madre, y así estaba Lutero tan sediento de sangre como el papa, y calvino fue más intolerante todavía que la curia romana. Durante treinta años asoló la guerra comarcas enteras de

Alemania, sin que en la lucha fuesen menos crueles los protestantes que los católicos. También la religión reformada dirigió sus tiros contra la hechicería y se establecieron sangrientas penas en los códigos de Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Inglaterra y colonias de América. A prisión y muerte se exponía quien públicamente declaraba opiniones más liberales y razonables que las de sus compatriotas. Las hogueras a punto de extinguirse en Smithfield se avivaron para abrasar a los magos, y era menos arriesgado rebelarse contra la autoridad real que contra el dogma religioso.

En el siglo XVII se apareció el diablo en persona en Nueva Inglaterra, Nueva Jersey, Nueva York y otras colonias inglesas de América, según nos refiere Cotton Mather. Años después, visitó la parroquia de Mora, en Suecia, al paso que los vecinos de Dalecarlia divertían su aburrimiento los sábados a la puerta de la iglesia con la quema de niños de corta edad y el vapuleo de otros. Pero el escepticismo de los tiempos presentes ha recluido en los conventos la creencia en el diablo de cuerpo humano con pezuña, cuernos y rabo. De cuando en cuando aparece en las *Encíclicas* pontificias y otros documentos oficiales del catolicismo; pero la severidad protestante sólo consiente que se le nombre a media voz en los púlpitos.

Señaladas ya las huellas del diablo desde su primera aparición en India y Persia, conviene examinar ahora las opiniones religiosas dominantes en el mundo durante los primeros tiempos del cristianismo.

Todas las religiones antiguas creían en los avatares o encarnaciones de la Divinidad, que en la India llegaron a constituir una serie ordenada. Los parsis esperaban a Sosiosh y los judíos al Mesías. Tácito y Suetonio refieren que en tiempo de Augusto ardía el Oriente en expectación de un gran Instructor; y según dice Williams, “unas doctrinas tan obvias para los cristianos, eran enigmáticas para los gentiles” (123). Plutarco habla de *Maneros*, un niño que había de nacer en Palestina (124), como mediador de Mithra, el Salvador, identificado con Osiris, el Mesías. En las actuales *Escrituras* canónicas se descubren vestigios del culto antiguo, y los ritos, ceremonias y jerarquçia eclesiástica de los budistas están remedadas en el culto católico. Los primitivos *Evangelios*, que un tiempo fueron tan canónicos como hoy los sinópticos, contienen relatos enteros copiados de los libros budistas, según han puesto en claro las investigaciones de Burnouf, Asoma, Korosi, Beal, Hardy y Schmidt, aparte de las traducciones del *Tripitaka*, que dejan fuera de duda la filiación budista del cristianismo (125).

Aquí vemos el motivo de lo vivamente interesada que está la Iglesia romana en recatar de las miradas del vulgo la Biblia hebrea y las obras de los filósofos griego, pues la filología y teología comparadas demuesttran incontrovertiblemente las amañadas falsificaciones de Ireneo, Epifanio, Eusebio y Tertuliano.

En aquel tiempo parece que gozaban de mucho predicamento los *Libros sibilinos*, y fácilmente se echa de ver que dimanan de las mismas fuentes de donde brotaron las demás obras gentílicas.

He aquí un pasaje de Galleo:

> Ha surgido nueva Luz que descendida del cielo toma forma mortal. ¡Oh Virgen! Recibe a tu Dios en tu purísimo seno. El Verbo aleteó en la matriz virginal y asumió forma de carne. La Virgen concibió un Niño. Los magos adoraron la nueva estrella enviada por Dios. El niño envuelto en pañales reposó en un pesebre. Y Bethlem fue la cuna del Verbo (126).

VATICINIOS DE LA ENCARNACIÓN

A primera vista parece este pasaje una profecía del nacimiento de Cristo; pero también pudiera aludir a otras divinidades creadoras, pues hay expresiones análogas que se refieren a Baco y Mitra, como, por ejemplo, la del siguiente pasaje:

Yo, hijo de Zeus, he venido al país de los tebanos. Soy Baco, a quien parió la virgen Semelé, hija de Cadmo, el hombre de oriente, y engendrado por el rayo portador de la llama, tomé forma mortal en vez de la divina (127).

Las Dionisíacas, que datan del siglo V, esclarecen este punto y ponen de relieve su íntima relación con la leyenda cristiana acerca del nacimiento de Jesús, según vemos en este pasaje:

¡Oh! Kore Perséfona (128). Tú eras la virgen esposa del Dragón cuando Zeus, transformado en apariencia de galán y rebosante de amor, se deslizó hasta tu lecho virginal y fecundó tu seno, cuyo fruto fue Zagreus (129), el niño coronado de cuernos (130).

Descubrimos aquí todo el secreto del culto ofita y el origen del dogma cristiano de la Encarnación del Verbo. Únicamente los gnósticos entre los primitivos cristianos tenían, siquier rudimentario, un sistema teológico al que adaptaron la figura de Jesús considerada como Cristo; pero de ningún modo cabe presumir que su teología derivara de las enseñanzas cristianas. Entre los gnósticos precristianos era muy conocida la leyenda según la cual la gran serpiente (131) se había deslizado cautelosamente hasta el lecho de Semelé para vivificar su seno, y esta misma leyenda aplicaron los gnósticos cristianos a la concepción de Jesús diciendo que el Dios del bien (132) transfigurado en Dragón de Vida se deslizó hasta la cuna de la niña María (133). Para los gnósticos cristianos la Serpiente era el símbolo del Logos, el Cristo o encarnación de la Sabiduría divina por obra de su padre *Ennoia* y de su madre *Sophia*. Así dice Jesús:

Entonces, mi madre, el Espíritu Santo me tomó (134).

Aquí vemos que Cristo se llama a sí mismo hijo de Sophia (Espíritu Santo) (135).
Por otra parte nos dice el *Nuevo Testamento*:

Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por esto lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (136).

Y añade San Pablo:

En estos días nos ha hablado Dios por el Hijo, al que constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos (137).

Todas estas expresiones son variadas copias del concepto significado en la frase de Nonnus: “por medio del Draconteo etéreo”, pues el éter simboliza al Espíritu Santo o tercera persona de la trinidad y equivale al Kneph egipcio o serpiente con cabeza de halcón, emblema de la Mente divina (138) y del Alma universal de los platónicos.
Dicen las Escrituras cristianas:

Yo (la Sabiduría) salí de la boca del Altísimo... y como niebla cubrí toda la tierra (139).

También Pymander (Logos) surge del seno de la infinita Obscuridad y cubre la tierra de nubes que sobre ella se extienden a manera de formas serpentinas (140). El Logos *activo* es la primaria imagen de Dios, según Filo (141). El Padre es el pensamiento *latente*.
Esta universal idea aparece expresada en idétnica terminología entre los gentiles, judíos y cristianos primitivos. En la cosmogonía babilónica de Eudemo, el Logos es el unigénito del Padre, y un himno homérico al sol empieza con este verso:

Load a Eli, hijo de Deus (142).

El dios solar Mithra es imagen del Padre, lo mismo que el cabalístico Seir Anpin.

CONCEPTO DEL INFIERNO

Imposible parece, y sin embargo tal es la triste realidad, que entre todas las religiones del mundo tan sólo el cristinismo dogmático haya sostenido la creencia en la personalidad del diablo. Ni los egipcios a quienes Porfirio diputa por “la más sabia nación del mundo” (143) ni los griegos, sus fieles imitadores, ni los judíos cayeron jamás en tan monstruoso absurdo, ni tampoco en el no menos quimérico de la condenación eterna en el infierno, por más que el actual cristianismo atribuya al demonio todo cuanto se relaciona con los paganos.

La palabra infierno que aparece en el original hebreo se traduce siempre torcidamente en las versiones canónicas. Los hebreos no tenían del infierno el concepto que posteriormente le dieron los intérpretes y traductores en el pasaje siguiente:

... y las puertas del infierno no prevelecerán contra ella (144).

El texto original dice: “las puertas de la muerte”; y en ninguna parte aparece la palabra infierno con el significado de “condenación eterna” que le dieron los forjadores de este dogma. El *Tophet* (145) o *valle de Ennom* (146) no significa infierno, y la palabra griega *gehenna* equivale, en opinión de competentes filólogos, al *Tártaro* de que habla Homero. Prueba de esto nos da el apóstol San Pedro en el pasaje siguiente:

Y si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, atándolos con amarras de infierno, los arrojó al tártaro (147).

Pero como esta expresión recordaba la guerra entre Júpiter y los titanes, los traductores substituyeron la palabra “tártaro” por la de abismo o infierno. Las “puertas de la muerte” y “cámara de la muerte” que suelen hallarse en el *Nuevo Testamento* no son ni más ni menos que las “puertas del sepulcro” a que aluden los *Salmos* y *Proverbios*. El infierno y el diablo son invenciones del tirano y dogmatizante cristianismo oficial, nacidas al hervor de las calenturientas visiones de los eremitas. Triste degeneración de la mentalidad humana denota el dominante concepto del diablo, si lo comparamos con el que los antiguos tenían del “Padre del Mal”, simbolizado en Tiphón (148), cuyo emblema era el asno.

DUALIDAD DE LOS DIOSES SOLARES

Así como Tiphón representaba entre los egipcios el aspecto tenebroso y sombrío, en oposición a su hermano Osiris, así también entre los griegos representó *Python* el aspecto antitético al del esplendente Apolo, dios de las visiones y de los oráculos. Python mata a Apolo, pero resucitado éste, mata a Python, y redime de este modo la culpa del linaje humano. En memoria de la muerte de Python se adornaban las sacerdotisas de Apolo con piel de serpiente, emblema del fabuloso monstruo vencido por el dios, y bajo el excitador influjo magnético de aquella piel se transportaban las sacerdotisas al frenesí mántico y por su boca daba Apolo los oráculos.

Apolo y Python significan los desdoblados elementos de la divinidad solar, que todos los pueblos sin excepción, concibieron andrógina. El suave y benéfico calor del sol vivifica las plantas, pero el riguroso ardor de la canícula las marchita y agosta. Cuando pulsa la lira de siete

cuerdas difunde Apolo por doquiera la armonía; pero en su pitónico aspecto es perturbación y disonancia. Así sucede en todas las divinidades solares.

Averiguado está que el apóstol San Juan viajó por Persia y otras comarcas asiáticas donde, si bien predominaba la religión zoroastriana, abundaban los misioneros budistas, por lo que cabe dudar de si el evangelista hubiera o no escrito el *Apocalipsis* de no haber estado en comunicación y trato con los budistas; pues aparte de sus alusiones al dragón, hay de ello vehementes indicios en los proféticos pasajes relativos al segundo advenimiento de Cristo, cuya figura copia exactamente el apóstol de la de Vishnú en trazos del todo desconocidos de los demás evangelistas.

Tenemos, por consiguiente, que Ophios y Ophiomorfos, Apolo y Pythón, Osiris y Tiphón, Cristo y el Diablo son símbolos equivalentes en sus respectivas dualidades, cuyos elementos no podríamos reconocer uno sin otro, como tampoco fuera posible diferenciar el día sin la noche. Ambos elementos son regeneradores y salvadores: el positivo en el orden espiritual y el negativo en el orden físico. El elemento positivo confiere la inmortalidad por virtud propia del espíritu; el elemento negativo la confiere por regeneración de los gérmenes rúpicos. El Redentor del linaje humano ha de morir, porque revela el maravilloso secreto del Yo. La serpiente del *Génesis* incurre en la maldición divina, porque prometió a la *mater* (madre Eva o materia) la inmortalidad, diciéndole:

> De ninguna manera moriréis (149).

Entre los egipcios, el aspecto antitético de la serpiente es el segundo Hermes o reencarnación del Hermes Trismegisto.

Es Hermes inseparable compañero e instructor de Osiris e Isis, la personificación de la sabiduría, el hijo del Señor, que como el Caín bíblico edifica ciudades y alecciona a los hombres en el ejercicio de las artes.

Repetidas veces declararon los misioneros cristianos que los indos están sumidos en el culto idolátrico del demonio, cuando precisamente los únicos adoradores del diablo son los cristianos vulgares, a quienes un clero fanático mantiene en la absurda creencia del diablo personal, de quien se reirían no sólo el clero superior (*oepasampalas*) sino hasta los novicios (*samenaira*) del sacerdocio budista, cuyos doctores (*pundites*) cuidan de advertir que todo es alegórico en el culto externo; y aunque se les pueda culpar de negligencia en el descuaje de las muchas y muy groseras supersticiones del vulgo, no las inventan ni estimulan como ocurre en Occidente respecto de la fomentada creencia en el diablo personal, enemigo de Dios y de la humanidad.

El dragón de San Jorge que se ve esculpido en casi todas las catedrales, no aventaja en hermosura alegórica al budista Nammadânamnâraya, el gran Dragón o rey de las sierpes. Por otra parte, no debiera el clero católico indignarse contra las supersticiones de los cingaleses que en los eclipses de luna creen que la devora el demonio planetario *Rahu*, ni contra las de los chinos que en los eclipses de sol salen a la calle provistos de bombos, platillos y discos con que arman estrepitosos ruidos para ahuyentar al monstruo que amenaza devorar al sol; pues según nos dice Draper, cuando en 1456 apareció el cometa llamado después de Halley, produjo tal espanto en las gentes, que el papa Calixto III se creyó obligado a exocizarle, y gracias a las maldiciones pontificias se precipitó en los cerúleos abismos para no reanudar la aventura hasta setenta y cinco años después (150).

No sabemos que el clero cristiano haya intentado convencer al vulgo de que nada de diabólico tienen los eclipses ni los cometas, y en cambio vemos cómo un prelado budista responde a un oficial que le echaba en cara aquella superstición: “Nuestros libros canónicos

enseñan que los eclipses de sol y luna resultan de la acometida del planeta Rahu (151), pero no de diablo alguno (152).

EL MITO DEL DRAGÓN

El mito del Dragón, que tan importante parte toma en el *Apocalipsis* y la *Leyenda de oro* (153), es de origen prebudista, pues deriva de la comarca de Cachemira, cuyos habitantes, convertidos más tarde por los misioneros budistas, profesaron en primitivos tiempos la religión ofita con el culto de la serpiente. Desde la conversión del país sucedieron los incruentos sacrificios con ofrenda de flores e incienso a los cruentos sacrificios humanos cuya principal determinante era la personificación del diablo investido de abominable potestad; supersticiosa creencia que heredaron los cristianos.

El *Mahâvansa*, el libro más antiguo de las Escrituras ceilanesas, relata la leyenda del rey Covercapal (sierpe cobra), el dios serpiente convertido al budismo por un santo arhat (154), y de esta leyenda derivó seguramente la de San simeón Estilita.

El Logos triunfa del gran Dragón, y el luminoso arcángel Miguel, príncipe de los eones, vence a Satán (155).

Conviene no olvidar que mientras el iniciado mantenga en secreto lo que sabe, ningún mal le sobrevendrá por su sigilo. Tal sucedió en tiempos antiguos y lo mismo sucede ahora. Tan luego como el *Verbo* se encarnó en la tierra para sacar del *silencio* la divina palabra, quedó sujeto a la muerte. La serpiente es emblema de la sabiduría y de la elocuencia, pero también lo es de la muerte. “Osar, conocer, querer y callar” es el lema fundamental del cabalista. Como Apolo y otros dioses solares, Jesús muere por acción de su Logos (156); pero resucita para ser él a su vez el matador y maestro. Las coincidencias entre los mitos religiosos de los pueblos antiguos, transmutados en dogmas teológicos, son lo bastante sorprendentes para sospechar que tal vez tuvieran algún significado tan oculto que nadie haya sido capaz de presumirlo.

La identidad del Miguel cristiano con los celestes caudillos de otras teogonías y la de Satán con el Dragón de los paganos demuestra con toda evidencia que la India ha sido la cuna común de los mitos religiosos surgidos al calor del misticismo. En sus comentarios a los *Vedas* dice Ramatsariar:

> El mundo principió con la lucha entre el Espíritu del bien y el Espíritu del Mal y en lucha ha de acabar. Tras de la desintegración de la materia el mal dejará de serlo, porque se restituirá al caos.

Tertuliano adulter evidentemente en su *Apología* las doctrinas y creencias sustentadas por los paganos respecto a los oráculos y a los dioses, pues llama a estos demonios y diablos y les inculpa de obsesionar aun a las aves del aire. Ningún cristiano pondrá en tela de juicio la autoridad de Tertuliano al verla previamente corroborada por el rey David, cuando dice que son *ídolos* todos los dioses de los gentiles; y el mismo Ángel de las escuelas identifica los *ídolos* con los *demonios*, según éstas sus palabras:

> Se acercan a los hombres y les incitan a que los adoren; para lo cual se valen de ciertas obras que parecen milagrosas (157).

Los teólogos han procedido con refinada astucia en sus amaños, pues después de haber forjado al diablo se creyeron obligados a modelar santos. Ejemplo de ello nos da Baronio, que al leer en una obra del Crisóstomo lo que este Padre de la Iglesia dice acerca del santo *xenoris* (158), lo tomó por entidad personal de la que hizo un mártir de Antioquía, cuya fingida biografía compuso con muchos pormenores que le daban visos de autenticidad. Otros teólogos

han supuesto que el Anticristo (159) y por consiguiente el demonio, es el *Apollyon* en que Platón simboliza la divinidad que purifica, lava y redime del pecado.

POÉTICAS FIGURAS DE LUZBEL

Según Max Müller, la serpiente paradisíaca entraña un concepto originario al parecer de los hebreos, sin que sea posible compararla con las terribles entidades Vritra y Ahriman de los *Vedas* y el *Avesta*. Pero recordemos que para los cabalistas era el diablo el invertido aspecto de Dios y por esto le ha llamado Eliphas Levi: *embriaguez astral*, considerándole como una fuerza parecida a la electricidad, según se infiere de aquellas alegóricas palabras en que Jesús dice cómo "vio a Satán cual si fuese un rayo caído del cielo".

Aseguran los dogmatizantes que la tarea del diablo consiste en tentar continuamente al género humano por permisión de Dios, cuyo amor a los hombres no quedara muy bien parado si fuese cierta la aseveración, pues denotaría en Dios una perfidia incompatible con su augusta paternidad y se hiciera digno de que tan sólo le adorase un clero capaz de entonar el Tedeum después de la matanza de San Bartolomé y de bendecir las armas templadas por los musulmanes para exterminar a los cristianos de Grecia (160).

Verdaderamente ridículas y pueriles son las diferencias que se advierten entre las distintas representaciones del diablo. Los fanáticos lo pintan con cuernos y rabo y se lo imaginan de figura horrible y hedor pestilente (161); pero en cambio, Milton, Byron, Göethe y Lermontoff (162) han poetizado la figura de Luzbel hasta darle en el Satán de Milton y en el Mefistófeles de Göethe más vigoroso relieve que a las de los santos y ángeles representados en las prosaicas leyendas de los mojigatos.

Ejemplo de estas descripciones del diablo nos da Des Mousseaux al relatar el caso de una bruja confabulada con un íncubo, según vemos en el siguiente pasaje:

> Una vez vio esta bruja cerca de sí durante media hora a un sujeto negrísimo, de espantable aspecto, con enormes manos cuyos dedos parecían garfios. Los sentidos de la vista, tacto y *olfato* fueron corroborados por el del oído (163).

¡Cuán distinto de este mal oliente galanteador es el majestuoso Satán de Milton! No cabe concebir la soberbia figura del ángel rebelde, personificación del orgullo, encerrado en la piel de un reptil repulsivo, tal como nos lo representa el dogmatismo cristiano al decir que el demonio tomó la insinuante y fascinadora figura de serpiente para tentar a Eva en el paraíso. Dios maldice a la serpiente y la condena a arrastrarse sobre su vientre y a comer tierra todos los días de su vida (164), lo que, según observa Levi, en nada se parece a las tradicionales llamas del infierno.

Por otra parte, también se le daba el título de *Dominus* a Ophión o aspecto demoníaco de la dualidad manifestada, como vemos no sólo en Hércules (165), hijo de Júpiter y Alcmena y personificación del Logos, sino en los demás dioses solares, todos ellos de doble naturaleza (166). La palabra *dios* se deriva del sánscrito *deva* que significa divinidad refulgente, y la palabra diablo proviene de la persa *daeva* que en la religión mazdeísta significaba espíritu maligno, pero que originariamente fue el *deva* induísta (167).

El Agathodemon o demonio benéfico (168), al que los ofitas denominaban Logos o Sabiduría divina, estaba representado en los misterios báquicos por una serpiente empinada sobre una pértiga. Análogamente, según dice Deane, la serpiente con cabeza de halcón es uno de los más antiguos emblemas egipcios de la mente divina (169). Por otra parte, expone Movers (170) la identidad entre Moloch y Samael o Azazel, lo cual explica que Aarón, hermano de Moisés, ofreciese igualmente sacrificios a Jehovah y Azazel, como vemos en este pasaje:

Hará estar los dos machos de cabrío delante del Señor a la entrada del tabernáculo... Y echando suertes sobre los dos, la una para el Señor y la otra para el macho de cabrío emisario (*Azazel*, (171).

El *Antiguo Testamento* nos muestra a Jehovah con todos los atributos de Saturno (172), no obstante las transmutaciones de Adonai en Eloi, y en Dios de dioses y Señor de señores (173).

Satanás tienta a Jesús en el desierto y le promete los reinos de la tierra si postrado le adora (174). De la propia suerte el demonio Wasawarthi tienta a Gautama en el momento de salir del palacio de su padre, diciéndole que no se vaya, pues allí le aguardan la gloria, la riqueza y el poderío; pero Gautama resiste a la tentación y el demonio rechina los dientes de ira y promete vengarse. Como Buda, también triunfa Cristo del demonio (175).

EL CÁLIZ DE AGATHODEMON

En los misterios báquicos se pasaban los fieles de mano en mano el cáliz consgrado que llamaban del Agathodemon (176), y de estos misterios tomaron indudablemente los ofitas la misma ceremonia, pues la comunión en las dos especies de pan y vino se conoció en el culto de las principales divinidades (177).

Respecto al sacramento casi mítrico que adoptaron los gnósticos marcosianos, también cabalistas y teurgos, nos cuenta Epifanio una curiosa leyenda en demostración de las artimañas del demonio.

Dice así:

En la fiesta congregacional de la Eucaristía llenaban los marcosainos de vino blanco tres grandes vasos de finísimo y transparente cristal. Durante la ceremonia tomaba el vino a la vista de todos los fieles un color rojo de sangre, que cambiaba después en púrpura y por último en azul celeste. Entonces el celebrante entregaba uno de los tres vasos a una mujer de la congregación para que lo bendijera, y esto hecho trasegaba el celebrante su contenido a otro vaso mucho mayor diciendo: “Que la gracia de Dios inconcebible e inexplicable, que domina todas las cosas, llene tu interno ser y acreciente el conocimiento del que está dentro de ti, sembrando la simiente de mostaza en tierra fértil (178).

Terminada esta plegaria, el licor del vaso se embravece hasta rebosar (179).

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

El descenso de Cristo a los infiernos tiene su punto de comparación en las antiguas religiones (180). El *Credo* cristiano, cuya composición atribuye San Agustín (181) a los doce apóstoles, cada uno de los cuales interpuso una de las doce proposiciones o artículos en que se divide, contiene la de: “descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Este artículo corresponde a Santo tomás en el orden de atribución, sin duda como en penitencia de su incredulidad; pero no obstante, lo más probable es que fuera interpolado posteriormente, pues nada prueba que los apóstoles compusieran el Credo ni que en la época apostólica se conociese tal como está hoy redactado (182). En cambio, hay fundados motivos para afirmar que este artículo se interpoló hacia el año 600 (183), porque Teodoreto, Epifanio, Eusebio, Ireneo, Orígenes, Tertuliano y Sócrates no lo conocieron (184) ni constaba en los antiguos textos del símbolo de la fe, según dice el obispo Parsons (185), ni lo mencionan los concilios anteriores al siglo VII, ni el Credo de San Agustín (186). Por otra parte, Rufino (187) afirma que en su tiempo no aparecía este artículo ni en el Credo latino ni en el griego.

Sin embargo, se disipa toda duda al saber que hace muchos siglos le habló Hermes al encadenado Prometeo, diciendo:

No cesará tu tormento hasta que un dios lo padezca en tu lugar y descienda a los tenebrosos abismos del Tártaro (188).

En la mitología griega este dios era Heracles, el unigénito, el Salvador (189), a quien tomaron por modelo los Padres de la Iglesia y de quien dice Luciano:

Heracles no dominó a las naciones por la fuerza, sino por persuasión y sabiduría divina. Heracles mejoró a los hombres, estableció una religión suave y desbarató la doctrina de la condenación eterna expulsando del mundo inferior al Cerbero (190).

Del mismo modo que de Cristo se nos dice, se ofreció Heracles voluntariamente en sacrificio por los pecados del mundo y puso fin a los tormentos de Prometeo (191), descendiendo a los dos lugares inferiores: el Hades y el Tártaro.

Dice Bart sobre el particular:

Su voluntario sacrificio auguró el nuevo nacimiento etéreo de los hombres... Al libertar a Prometeo y erigir altares se constituyó en mediador entre las creencias antiguas y modernas... Abolió los sacrificios humanos... Descendió en espectro al sombrío reino de Plutón y ascendió en espíritu al Olimpo para reunirse con su padre Zeus.

Tan difundida estaba en la antigüedad la leyenda de Heracles y por tan de fe se tenía, que hasta los mismos hebreos, erróneamente diputados por monoteístas, la copiaron en sus alegorías; pues así como de Heracles se dice que quiso robar el oráculo délfico, así también, según el *Sepher Toldoth Jeschu*, sustrajo Jesús del santuario el Nombre inefable. No es, por lo tanto, extraño que de la propia suerte se haya copiado su descenso a los infiernos. El *Evangelio de Nicodemus*, que hasta estos últimos tiempos no se ha declarado apócrifo, excede en plagios y falsedades a todo atrevimiento, como se colige de su examen. El capítulo XVI de este Evangelio presenta en amigable plática a Satanás y al Príncipe del infierno, quienes de pronto se ven sobrecogidos por una voz tonante como el trueno y rugiente como el huracán, que les manda abrir las puertas de sus dominios porque ha de entrar por ellas el *Rey de la Gloria*. El Príncipe del infierno reconviene entonces a Satanás por no haberse prevenido para impedir semejante visita, y después de fuerte altercado expulsa el Príncipe a Satanás del infierno y ordena a sus impíos oficiales que cierren las broncíneas puertas de crueldad y luchen denodadamente para no caer prisioneros. Pero al oír esto, los santos (192) le dijeron con encolerizada voz al Príncipe de las tinieblas: “Abre las puertas de tu reino para que entre por ellas el Rey de la Gloria” (193). Y el profeta David exclamó diciendo: “¿Acaso no profeticé yo verdad cuando estaba en la tierra?”. Y el santo profeta Isaías habló y dijo: “¿No profeticé yo verdad?”. Los santos se levantan entonces contra el Príncipe del infierno, quien replica fingiéndose ignorante: “Nunca se habían portado tan insolentemente los muertos. ¿Quién es el Rey de la Gloria?”. A esto responde David que conoce bien su voz y comprende sus palabras porque le habla al espíritu; pero viendo que a pesar de todo no quiere el Príncipe del infierno abrir las broncíneas puertas de la iniquidad, le replica airadamente: “Y ahora, ¡oh tú, inmundo y hediondo Príncipe del infierno!, abre las puertas... El Rey de la Gloria viene... Déjale entrar”. Todavía estaban en esta querella cuando apareció el poderoso Señor en forma humana, cuya presencia atemorizó a la impía muerte y a sus crueles ministros, que temblorosos halagan a Cristo y le hablan interrogativamente, de modo que cada pregunta entraña el mismo concepto que los artículos del credo. Así le dicen: “¿Quién eres tú, de tal poder y grandeza que rompes las cadenas del pecado original?... ¿Eres tú aquel Jesús de quien hace poco nos decía Satán que por la muerte en cruz mereciste recibir poder sobre la muerte?”. Pero el Rey de la Gloria no responde: huella a la muerte, prende al Príncipe del infierno y le despoja de su poder.

LA DERROTA DE SATANÁS

Entonces se promueve en el infierno un alboroto, magistralmente descrito por Homero y Hesíodo, según nos demuestra su intérprete Preller (194) en el relato de Hércules invicto y de las fiestas de Tiro, Tarsis y Sardia.

Luego de iniciado en los misterios eleusinos desciende Hércules al Hades, y a su presencia huyen aterrorizados los muertos (195) y todo es confusión, horror y lamentos. Al ver la batalla perdida, el Príncipe del infierno encoge prudentemente el rabo y se pone del lado del más fuerte. El pobre Satán contra quien, según los apóstoles Pedro y Judas, no se había atrevido ni el mismísimo arcángel San Miguel a levantar ante el Señor una sola queja, se ve ignominiosamente tratado por el Príncipe del infierno, a quien el rey de la Gloria le dice: "¡Oh Beelzebub, príncipe del infierno! Desde ahora y para siempre quedará Satán sujeto a tu dominio en vez de estarlo Adán y su linaje, que ya es mío... Venid a mí ¡oh mis santos!, que fuisteis creados a mi imagen y condenados por el fruto prohibido a la esclavitud de la muerte y el demonio. Vivid ahora por el leño de mi cruz, pues el diablo, rey de este mundo, está sojuzgado y vencida la muerte. Dicho esto, el Señor toma a Adán por la mano derecha, a David por la izquierda, y seguido de Enoch, Elías, el buen ladrón y los santos patriarcas, sube del infierno al cielo (196).

Otra analogía de este mito nos ofrece el *Código de los nazarenos*, donde *Tobo*, el libertador del alma de Adán, la conduce del Orco (197) al asiento de *Vida*. Es *Tobo* lo mismo que *Tobadonías*, uno de los nueve levitas enviados por Josafat a predicar el *Libro de la ley* por las ciudades de Judá (198). Según los cabalistas, los levitas, discípulos o magos enfocaban los rayos solares para iluminar el mundo intermedio (199) y mostrar al alma de Adán (200) el camino que se aparta de las tinieblas de la ignorancia.

En el *Libro de los muertos* dice Osiris:

> Yo brillo como el sol cuando celebra su fiesta en la mansión estrellada (201).

También a Cristo se le llama "Sol de Justicia" y "Helios de Justicia" (202) como reminiscencia de las alegorías paganas; lo que no deja de ser blasfemia en boca de quienes presumen describir con ello un episodio de la peregrinación terrena de su Dios.

Por otra parte tenemos los siguientes pasajes:

> Heracles ha salido de las cámaras de la tierra, de la subterránea morada de Plutón (203).
>
> Ante Ti tembló la laguna Estigia y se atemorizó el portero del Orco. No pudo amedrentarte ni aun el mismo tiphón. ¡Salve verdadero hijo de Jove! ¡Gloria a los dioses! (204).

Más de cuatro siglos antes del nacimiento de Jesucristo había ya escrito Aristófanes (205) su inmortal parodia del descenso de Heracles a los infiernos con el coro de bienaventurados, los Campos Elíseos, la llegada de Heracles en compañía de Baco (206), a quienes reciben con antorchas encendidas, emblema de la resurrección a nueva y luminosa vida desde las tinieblas de la muerte. Nada falta en la aristofanesca comedia: *Las ranas*, de cuanto sobre el descenso a los infiernos relata el *Evangelio de Nicodemo*. De ella son los siguientes versos:

> Despierta, enciende las antorchas..., porque tú llegas ¡oh Iaccho! y en tus manos las blandes ¡oh fosforescente astro del nocturno rito!

Los cristianos aceptan como artículo de fe el aventurero descenso de Cristo a los infiernos, sin advertir la amalgama de esta creencia con el mito pagano, tan donosamente ridiculizado por Aristófanes. El Evangelio de Nicodemo, con todos sus absurdos, se leyó durante muchísimo tiempo en las iglesias, lo mismo que el Pastor de Hermas, puesto por Ireneo entre los libros auténticos de las Escrituras reveladas.

Los teólogos cristianos, entre ellos Eusebio, Atanasio y Jerónimo, insisten en la necesidad de que ambos libros se lean en las iglesias, pues los Padres recomiendan su lectura, a fin de confrirmar a los fieles en la fe y en la piedad. Sin embargo, tuvo posteriormente su reverso esta hermosa medalla, porque el mismo San Jerónimo, que encomia el *Evangelio de Nicodemo* en su catálogo de autores eclesiásticos, lo repudia en sus comentarios por apócrifo e insulso. Y Tertuliano, que mientras profesó el catolicismo se deshizo en elogios del *Pastor de Hermas*, revolvióse contra él al abrazar la herejía de Montano (207).

CARINO Y LENCIO

El mismo *Evangelio de Nicodemo* nos da el relato de las almas de Carino y Lencio, los resucitados hijos de aquel Simeón que, según el evangelista San Lucas, tomó al niño Jesús en brazos y bendijo a Dios diciendo:

> Ahora, Señor, despides a tu siervo, según tu palabra, en paz. Porque han visto mis ojos tu salud (208).

Carino y Lencio se levantaron de la tumba para declarar los misterios que habían presenciado en el infierno, y resucitan a ruegos de Anás, Caifás, Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, deseosos de conocer los importantes secretos que ambas almas revelan después de jurar, a intimación de Anás y Caifás (conductor de almas a la Sinagoga), sobre el *Libro de la ley*, POR Adonai y el Dios de Israel, que dirán verdad en lo que declaren. Acto seguido hacen la señal de la cruz (209) sobre sus lenguas y piden papiro en que apuntar sus revelaciones (210), según las cuales, mientras estaban en el infierno sumidos en tinieblas vieron súbitamente una intensa y purpúrea luz que iluminaba aquel lugar. Al punto se regocijaron las almas de Adán, de los patriarcas y profetas, entre quienes se hallaba Isaías, que se ufanó de haber profetizado en su tiempo todo cuanto a la sazón acaecía. Entonces llega Simeón, el padre de los resucitados, y dice que el niño a quien había tenido en sus brazos en el templo iba a libertarles. A esto aparece un eremita que declara ser Juan el Bautista (211), y sin acordarse de las dudas puestas en su boca por el evangelista San Mateo (212) acerca de si Jesús era o no el Mesías, lo reconoce como tal diciendo: “Y yo, Juan, henchido de Espíritu Santo, al ver que hacia mí venía Jesús, exclamé: “He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...”. y la bauticé y vi que el Espíritu Santo descendía sobre Él, al par que de lo alto clamaba una voz: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias” (213). Entonces aparece en escena Adán, quien receloso de no ser creído por las cohortes infernales, llama a su hijo Seth para que repita lo que el arcángel San Miguel le había dicho en las puertas del Paraíso cuando fue a suplicar a Dios que ungiera la cabeza de él, su padre, a la sazón enfermo (214).

Requerido por Adán, declara Seth que Miguel le aconsejó que parra ungir a su padre enfermo no le pidiera a Dios el aceite del árbol de la misericordia, pues no le sería posible recibirlo hasta la *plenitud de los tiempos*, pasados 5.500 años.

Esta plática entre Miguel y Seth fue indudablemente interpolada para cohonestar la cronología de los Padres de la Iglesia y dar algún fundamento al mesianismo de Jesús. Pero los primitivos teólogos se equivocaron al derrocar las imágenes paganas y perseguir a los

sacerdotes gentiles en vez de demoler los monumentos egipcios por los cuales saben hoy los arqueólogos que el rey Menes y sus arquitectos florecieron cinco mil años antes de que, según la *Biblia*, crease Dios el universo *de la nada* y formase al padre Adán del barro de la tierra (215).

EVANGELIO DE NICODEMO

Sigue diciendo el *Evangelio de Nicodemo* (216) que mientras los santos andaban alborozados por la buena nueva, Satán, el caudillo de la muerte, le dice al Príncipe del Averno: "Disponte a recibir a Jesús de Nazareth, que se vanaglorió de ser Hijo de Dios y era un hombre temeroso de la muerte, pues dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte".

Los teólogos griegos se quejan de que algunos herejes (acaso Celso) hayan argüido sobre este punto contra los ortodoxos, diciendo que si Jesús hubiese sido Dios no se lamentara como lo hizo ni tampoco exclamara con lastimera voz: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?". A esta objeción redarguye el *Evangelio de Nicodemo* por boca del Príncipe del Infierno, quien responde a la intimación de Satán diciendo: "¿Cómo un tan poderoso príncipe ha de ser temeroso de la muerte? Te aseguro que *quiso engañarte* al decir que temía a la muerte. Por lo tanto, desgraciado serás por toda la eternidad".

Es muy significativo que Nicodemo se ciña todo lo posible en su Evangelio al *Nuevo Testamento*, y más estrechamente al cuarto evangelista, para cohonestar, mediante diálogos inocentes al parecer, los pasajes más sospechosos de los Evangelios canónicos que los gnósticos analizaron detenidamente con su delicada hermenéutica, por lo que tuvieron los Padres de la Iglesia mayor cuidado en destruir los tratados gnósticos que en refutar las que llamaban herejías. Ejemplo de la tendencia observada en el *Evangelio de Nicodemo* nos da el diálogo entre Satán y el Príncipe del infierno, en que éste pregunta ingenuamente:

> ¿Quién es ese Jesús de Nazareth que sin rogar a Dios, con sólo su palabra me arrebata los muertos? (217).

A lo que responde Satán con malicia jesuítica:

> Tal vez sea el mismo que me arrebató a Lázaro después de cuatro días de muerto, cuando ya hedía... Es el mismo Jesús de Nazareth.

Y el Príncipe del infierno le replica:

> Yo te conjuro por nuestra común potestad, que no me traigas a Jesús de Nazareth, pues cuando oí hablar del poder de su palabra entróme miedo y mis impíos ministros se conturbaron. Y no pudimos detener a Lázaro, pues maliciosamente se nos escapó de entre manos con violenta sacudida, y la tierra en cuyo seno reposaba lo restituyó sano y vivo. Ahora reconozco que Él es el *Dios omnipotente*, poderoso en sus dominios y en su *naturaleza humana*, pues es el Salvador de la humanidad. No me lo traigas acá, porque libertaría a cuantos tengo presos por incrédulos y los *conduciría a la vida eterna* (218).

Hasta aquí lo apuntado en las escritas declaraciones de Carino y Lencio. El primero las entrega a Anás, Caifás y Gamaliel; el segundo a José y Nicodemo. Después se convirtieron los dos en blancos espectros que, desvanecidos, no se les volvió a ver más.

Para demostrar que ambas almas estuvieron durante todo aquel tiempo en estrictas "condiciones de comprobación", como dirían los modernos espiritistas, añade Nocedemo que lo escrito por ambos coincidía tan exactamente que no había en lo de uno ni más ni menos letras que en lo del otro.

Sigue diciendo el mismo Evangelio que todas aquellas voces se derramaron por las sinagogas, y en vista de ello aconsejó Nicodemo a Pilatos que reuniese a los judíos en el templo, donde Anás y Caifás confiesan que el Jesús a quien ellos crucificaron es Jesucrito, Hijo de Dios y el verdadero Dios omnipotente. Pero no obstante esta confesión, ni Anás ni Caifás ni Pilatos ni judío alguno de suposición y arraigo se convierte al cristianismo, lo cual excusa todo comentario.

El *Evangelio de Nicodemo* termina como sigue:

> En nombre de la Santísima Trinidad (219) así concluyen los hechos de nuestro Salvador Jesucristo, que el emperador Teodosio el Grande encontró en los archivos del palacio de Pilatos en Jerusalén, y que según refiere la historia escribió Nicodemo en lengua hebrea. Ocurrieron estas cosas el año décimonono del reinado de Tiberio César, emperador de los romanos, y en el décimo séptimo del gobierno de Herodes, hijo de Herodes, rey de Galilea, el octavo día de las calendas de abril...

Ésta es la más atrevida impostura de cuantas se forjaron desde que con el primer obispo de Roma se inició la era de piadosas ficciones.

El burdo amañador de este *Evangelio* echó en olvido que el dogma de la Trinidad no se promulgó hasta cinco siglos después, y que ni en el *Antiguo* ni en el *Nuevo Testamento* aparece la palabra “Trinidad” ni hay la más leve alusión a esta doctrina. No hay pretexto bastante a justificar la publicación de este Evangelio cuyos capitales conceptos son hoy dogmas de la Iglesia, no obstante haberlo ésta declarado apócrifo, pues los hermenéuticos sinceros advirtieron desde un principio que todo él era impostura, y al fin no tuvo la Iglesia más remedio que reconocer avergonzada su yerro.

EL CREDO DE TAYLOR

Por lo tanto, no estará de más copiar el *Credo* cristiano según lo enmendó roberto Taylor, y dice así:

> Creo en Zeus, padre omnipotente, y en su hijo Iasios Cristo nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen Electra. Muerto por un rayo fue sepultado y descendió a los infiernos, subió a los cielos y desde allí ha de volver a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el santo Nous, en el santo círculo de los dioses mayores, en la comunión de las divinidades, en el perdón de los pecados, en la inmortalidad del alma y en la vida perdurable.

Se ha demostrado que los israelitas adoraban a Baal (220) y a la serpiente sabaciana de Esculapio y que celebraban los misterios báquicos; pero todavía hallaremos mayores pruebas de ello al considerar la identidad entre el sobrenombre de *Seth* (221) dado a Tiphón; el nombre de *Seth* (222), hijo de Adán, y el nombre de *Seth*, divinidad adorada por los heteos. Además, el historiador Apión dice que en tiempo de los Macabeos tenían los judíos en el templo una cabeza dorada de asno que, cuando el saqueo de Jerusalén, se llevó Antíoco Epifanes. Y según refiere la Escritura, el profeta Zacarías se queda mudo a consecuencia del susto que le dio la aparición de una divinidad en figura de asno (223).

Dice Pleyté que la divinidad solar denominada *El* por los asirios, egipcios y semitas es idéntica a *Set* o *Seth* y a *Saturno* o *Israel* (224), que por otra parte equivale al Siva etíope, al caldeo Baal o Bel y al Kiyun o Chium del profeta Amós, pudiendo resumirse todas estas divinidades en el destructor Tiphón. Cuando la teogonía definió más claramente sus conceptos, quedó Tiphón desdoblado de su *buen* aspecto y cayó en la degradación de potestad ininteligente.

No es raro ver estas alteraciones en el pensamiento religioso de un país. En sus primitivos tiempos adoraron los judíos a Baal, Moloch y Hércules (225), de modo que los profetas hubieron de reconvenirles por su idolatría. Además, el Jehovah bíblico ofrece en sus rasgos característicos mayores semejanzas con Siva que con una divinidad benévola e indulgente, aunque al fin y al cabo no pierde nada Jehovah en su parecido con Siva, dios de la sabiduría, que según Wilkinson es el más inteligente dios del panteón indo. Tiene tres ojos, y como Jehovah es terrible en sus venganzas e irresistible en su cólera; y si bien *destruye*, también *regenera* con perfecta sabiduría (226). Es el tipo de aquella Divinidad que según San Agustín condena a los tormentos del infierno a quienes osan escudriñar sus arcanos, y pone a prueba la razón humana forzándola a someterse por igual a sus buenas o malas acciones.

SACRIFICIOS HUMANOS EN ISRAEL

Los israelitas lograron disfrazar la verdad, hoy abundosamente comprobada, de que adoraban a diversas divinidades y aun ofrecían sacrificios humanos el año 169 antes de J. C., pues Antioco Epifanes al entrar en el templo de Jerusalén halló un hombre dispuesto al sacrificio; y en época en que los paganos habían ya sustituido las víctimas humanas por reses de ganado (227), aparece Jefté sacrificando a su hija en holocausto del señor.

Bastan las admoniciones de los profetas para demostrar que los israelitas adoraban a dioses ajenos, que los altares erigidos en las cumbres de los montes eran de la misma condición que los de las naciones gentiles, y las profetisas hebreas remedo de las pitonisas y bacantes. Dice Pausanias que había comunidades femeninas al cuidado del culto de Baco, y alude además a las dieciseis matronas de Elis (228); pero también tenemos en el pueblo de Israel análogos ejemplos, según denotan los siguientes pasajes:

> Había una profetisa llamada Débora..., la cual en aquel tiempo juzgaba al pueblo (229).
>
> Fueron, pues, Helcías el sacerdote..., a buscar a Holda profetisa, la cual habitaba en el estudio (230).
>
> ... hizo venir de allí una mujer sagaz (231).
>
> Mas una mujer sabia de la ciudad dijo a voces: Pues qué, ¿no soy yo la que doy respuestas verdaderas en Israel? (232).

Todo esto a pesar de que Moisés había prohibido la adivinación y los augurios.

En cuanto a los sacrificios humanos y a la analogía del culto de Jehovah con el de Moloch, nos da de ello vehementes indicios este otro pasaje:

> Todo lo que es consagrado al Señor, sea hombre, animal o campo, no se venderá ni podrá rescatarse..., será cosa santísima. Y toda consagración que ofrece un hombre no se rescatará, sino que morirá de muerte (233).

La dualidad, cuando no la pluralidad de los dioses adorados por los israelitas, está manifiesta en las predicaciones de los profetas contra el rito de los sacrificios, que ninguno de ellos sancionó sino que todos vituperaron, según nos dan ejemplo Samuel y Jeremías en estos pasajes:

> Y dijo Samuel: ¿Pues qué quiere el Señor, holocaustos y víctimas o no más bien que se obedezca la voz del Señor? Porque mejor es la obediencia que las víctimas (234).
>
> Porque no hablé con vuestros padres ni les mandé el día que los saqué de tierra de Egipto, de asunto de holocaustos y de víctimas (235).

Los profetas anatematizadores de los sacrificios humanos eran sin excepción *nazares* o iniciados y acaudillaban el partido anticlerical, es decir, a los hombres de claro entendimiento que se rebelaban contra la tiranía de los sacerdotes, como posteriormente habían de luchar los gnósticos contra los Padres de la Iglesia. Cuando a la muerte de Salomón se dividió la monarquía hebrea, quedaron los sacerdotes en el reino de Judá, cuya capital era Jerusalén, donde estaba el templo, y los profetas quedaron en Samaria, capital del reino de Israel, sin religión cultualmente definida. En el reino de Judá no aparecieron profetas de importancia hasta Isaías, cuando ya había perecido el reino de Israel.

Elías y Eliseo no tuvieron reparo en ponerse en trato y prestar auxilio al rey Acab de Israel, que estableció el culto de Baal y las divinidades asirias. Eliseo ungió por rey a Jehú, con propósito de que exterminase a las familias reales de ambos reinos y los uniera en una misma corona ceñida a sus sienes. eN cuanto al templo de Salomón, ningún profeta hebreo le dio la menor importancia ni jamás pusieron los pies en él, pues como estaban iniciados en la doctrina secreta de Moisés iban cuidadosos de no confundirse con los sacerdotes que mantenían al pueblo en la idolatría y le inculcaban el exotérico concepto de Jehovah, que después adoptaron los teólogos cristianos.

PERSEVERANCIA DE LOS JUDÍOS

Ahora bien; si según hemos visto, el dogmatismo romanista es una mezcolanza de las mitologías paganas, ¿cómo relacionarlo con la religión mosaica, cuando el apóstol San Pablo y los gnósticos distinguían esencialmente entre el cristianismo y el judaísmo? Les decía Esteban a los judíos: “Vosotros recibisteis la Ley por ministerio de los ángeles (236) y no de las propias manos del Altísimo”. Y los gnósticos identificaban a Jehovah con Ilda-Baoth, hijo del caos (*bohu*) y adversario de la divina sabiduría.

Pero toda duda se desvanece al considerar que la llamada ley de Moisés, con su inherente monoteísmo, no puede remontarse más allá de tres siglos antes de J. C., pues el *Pentateuco* fue escrito después de la cautividad de Babilonia, cuando los reyes de Persia ordenaron la colonización de Palestina. El embrollo deriva de que empeñados los Padres de la Iglesia en ensamblar con el judaísmo su recién forjado sistema religioso, para mejor combatir de esta suerte al paganismo, huyeron de Escila y sin advertirlo cayeron en Caribdis, pues bajo el superficial barniz de monoteísmo se echó luego de ver la fibra de los mitos paganos.

A pesar de todo, no hemos de zaherir a los actuales judíos porque sus padres adoraran a Moloch según hicieron sus circunvecinos, ya que desde la vuelta del cautiverio no quebrantaron la ley monoteística ni desobedecieron a sus profetas, sin que les hayan arredrado las más violentas persecuciones. Mientras el cristianismo se ha dividido en infinidad de sectas hostiles, el pueblo hebreo, aunque disperso por el haz de la tierra, se mantiene indisgregablemente unido por el espiritual lazo de la fe.

Las hermosas virtudes predicadas por Jesús en el Sermón de la Montaña no resplandecen cual debieran en el mundo cristiano, y en cambio las practican los ascetas budistas y los fakires induístas; al paso que los vicios achacados por viperinas lenguas al paganismo, corroen al clero y demuelen la sociedad cristiana.

Puramente imaginario es el abismo que, apoyada en la autoridad de Pablo, ve abierto la exageración religiosa entre el cristianismo y el judaísmo, pues los occidentales no somos ni más ni menos que los herederos intolerantes del fanatismo de los antiguos israelitas que adoraban a Baco-Osiris, el Dio-Nyssos, el Jove de Nyssa, la divinidad sinaítica de Moisés, a diferencia de los del tiempo de Herodes y de la época romana, que a pesar de toso sus defectos se mantenían en la más rigurosa ortodoxia monoteísta.

Los llamados demonios cabalísticos se tuvieron por entidades objetivas, sin parar mientes en su profundo significado alegórico, y en ello encontraron los demonólogos pretexto bastante para forjar toda una jerarquía diabólica.

El famoso mote de los rosacruces: *Igne natura renovatur integra* (237) se adulteró en el célebre inri de Iesus Nazarenus rex Iudoeorum, tomando al pie de la letra el sarcasmo de Pilatos, contra el que protestaron enérgicamente losj judíos por no reconocer por su rey a Jesús.

El triagrama I. H. S. suele interpretarse *Iesus Hominum Salvator* o bien *In hoc signo*, siendo así que *IHE* es uno de los más antiguos nombres de Baco.

A la luz de la teología comparada descubrimos que el principal propósito de Jesús, iniciado en la doctrina secreta, fue mostrar a los ojos del vulgo la diferencia entre la suprema Divinidad (238) y el Jehovah del dogmatismo hebreo. Por esta razón, uno de los más graves cargos que los católicos imputan a los rosacruces es que estos atribuyen a Jesús la abrogación del culto de Jehovah. Mejor fuera que así lo hubiera logrado, pues no se encontraría el mundo sumido en tinieblas al cabo de diecinueve siglos de cruenta y mortífera lucha entre las trescientas sectas cristianas que parecen dominadas por el diablo personal.

Apoyados en la declaración de David (239) para quien eran "ídolos todas las divinidades gentílicas, transmutaron los teólogos cristianos en diablo al dios Baco, que en la teogonía órfica era el Unigénito (Monógenes) del padre Zeus y su esposa Koré. Pero los doctores de la Iglesia, cuyo fanático celo corría parejas con su ignorancia, no sospechaban que de esta suerte iban a proporcionar pruebas contra ellos mismos y facilitar la solución del enigma a los modernos escudriñadores de la ciencia y la religión.

OPINIÓN DE WILDER

El mito de Baco mantuvo oculto durante largos y tenebrosos siglos el futuro desquite de las divinidades gentílicas y la clave del enigma concerniente a la extraña dualidad humano-divina que tan definidamente caracteriza al Dios del Sinaí y cuya explicación tan clara va apareciendo a las escrutadoras miradas de los modernos investigadores, según demuestra el siguiente extracto final del estudio de Wilder sobre la materia:

> Tal era el Jove de Nysa para sus adoradores, que veían en él la doble representación del mundo objetivo y del mundo mental. Era el "Sol de Justicia" que en sus rayos traía la salud a los mortales, alegraba su corazón y les infundía la esperanza en la vida eterna. Nació de madre humana a quien por la alteza de su dignidad elevó desde el mundo de la muerte a las regiones etéreas para que recibiese adoración y reverencia. Era el Jove de Nysa a la par Señor y Salvador de los mundos.
>
> Tal era Baco, el dios profeta. Pero el cambio de religión decretado a instancias de Ambrosio, obispo de Milán, por aquel imperial asesino llamado Teodosio el Grande, le atribuyó inicuamente caracteres demoníacos. El culto de Baco, hasta entonces universal, quedó estancado en las comarcas rurales llamadas *pagos*, y se tuvieron sus ritos por abominaciones de hechicería y por aquelarres sus misterios, y su preferente emblema de la pezuña hendida se trocó en atributo corporal del diablo.
>
> Un tiempo recibió Baco el sobrenombre de Padre de familia (*Beelzebub*); pero desde entonces, sobre cuantos a su servicio estaban, recayó la acusación de servir a las potestades tenebrosas. Se levantaron cruzadas contra ellos, y poblaciones enteras sufrieron los horroes de la matanza. El verdadero y hondo saber fue condenado como magia y hechicería, y la ignorancia quedó convertida en madre de la devoción mojigata. Galileo penó largos años en un calabozo por enseñar que el sol era el centro de nuestro sistema planetario. Bruno murió en la hoguera por su intento de restaurar la filosofía antigua. Mas a pesar de todo, la liberalia o fiesta religiosa de Baco se convirtió en fiesta de la Iglesia (240), y el dios en un santo cuatro veces repetido en los calendarios y representado en los altares en brazos de su divinizada madre. Cambiaron los nombres; pero han perdurado inalterables los conceptos (241).

Demostrada la quimera del diablo y de los ángeles rebeldes, pasaremos a tratar acerca de la divinidad de Jesús y de su obra redentora, que según la teología cristiana consistió en arrancarnos de las garras del mítico Satán.

Para ello será preciso cotejar paralelamente las vidas, doctrinas y milagros de Krishna, Gautama y Jesús.

CAPÍTULO IV

No pecar, hacer el bien y purificar la mente. Tal es la enseñanza de quien ha despertado.
Más valioso que la soberanía de la tierra y que la gloria del cielo y que el dominio de los mundos es el premio de quien da el primer paso en el sendero de la santidad.

Dhammapada, 178 y 183.

Creador, ¿en dónde están los tribunales, en dónde juzgan las audiencias y se reúnen los jurados a quienes el mortal ha de dar cuenta de su alma?- *Vendidad*, XIX, 89.

¡Salve oh humano! que desde la región de lo transitorio te elevaste a la de lo imperecedero.-*Vendidad*, VII, 136.

El verdadero creyente acoge la verdad doquiera la halla, y ninguna doctrina le parece menos aceptable ni menos verdadera porque la hayan expuesto Moisés o Cristo, Buda o Lao Tse.-MAX MÜLLER.

Quienes desearon vindicar a la filosofía religiosa de Oriente no tuvieron feliz ocasión para ello, pues no parece sino que de algún tiempo a esta parte estén en secreta connivencia los eruditos del mundo oficial y los misioneros cristianos en países infieles, para desfigurar cautelosamente toda verdad que pugne con sus congruas. Además, es muy fácil acallar las voces de la conciencia cuando los gobiernos se apoyan en la religión del Estado, que cualquiera que sea tan útilmente explotan en su provecho. Tal es la diplomacia de la ciencia oficial.

En su *Historia de Grecia* compara Grote a los pitagóricos con los jesuitas, y dice que se prevalían de su confraternidad para fines políticos. Algunos historiadores se han apresurado a presentar a Pitágoras según le pinta la maledicencia de Heráclito y otros autores antiguos, esto es, como hombre astuto y hábil para el mal y de juicio desequilibrado, aunque de muy vasta erudición. El satírico Timón dice de Pitágoras que fue hombre de agradable elocuencia a propósito para cazar incautos; y si los detractores de la filosofía antigua no reparan en dar crédito a esta opinión, ¿cómo negárselo a lo que de Jesús nos dice Celso? La imparcialidad del historiador ha de sobreponerse a sus personales creencias, y tanta exige la posteridad respecto de unas como de otras doctrinas. La vida y hechos de Jesús no están apoyados en las pruebas de histórica valía que atestiguan la vida y hechos de Pitágoras; porque seguramente que nadie negará la autenticidad de los escritos de Celso, mientras que de los evangelistas dudan muchos si escribieron ni una línea de los relatos que respectivamente se les atribuyen. Además, Celso es un testimonio por lo menos tan valioso como Heráclito, y algunos Padres de la Iglesia reconocen que fue un neoplatónico de mucha erudición, mientras que la existencia de los cuatro evangelistas tiene por principal apoyo la ciega fe. Si Timón llamó farsante al ilustre filósofo de Samos, lo mismo dijo Celso de Jesús o más bien de quienes se abroquelaban tras su nombre. En una de sus obras apostrofa Celso a Jesús con estas palabras: “Aun concediento que obraras las maravillas que de ti se cuentan, ¿no hicieron otras tantas los juglares egipcios que en la plaza pública pedían el óbolo de las gentes?”.

Por otra parte, la acusación levantada contra Pitágoras de que era varón de grave palabra con propósito de “pescar hombres”, puede también recaer sobre Jesús si consideramos aquel pasaje que dice:

> Venid en pos de mí y haré que vosotros seais pescadores de hombres (1).

No se vea en todo esto ni la más leve ofensa a los sentimientos religiosos, siempre respetables cuando sinceros, de quienes creen en la divinidad de Jesucristo, pues aunque por nuestra parte *no le adoremos* como Dios, *le veneramos como hombre*, y de este modo estamos seguros de tributarle mayor honra que si le reconociéramos la misma individualidad del supremio Dios y creyésemos que vino al mundo a representar el desairado papel que el fanatismo piadoso le señala, pues si bien se mira, la supuesta misión que trajo no ha tenido los resultados correspondientes a su dignidad, ya que al cabo de veinte siglos no forman los cristianos ni la quinta parte de la total población del globo ni es fácil que en el porvenir se propague a mayor número de gentes. Nuestro exclusivo ideal es la justicia estricta sin preferencias por determinada personalidad. nUestras reconvenciones van dirigidas a los que sin creer en Jesús ni en Pitágoras ni en Apolonio mueven los labios en oraciones que no nacen del corazón; a los que hablan del “Salvador” y de “Nuestro Señor” como si tuvieran más fe en el Cristo teológico que en el fabuloso Fo de la China.

IMPUTACIONES DE ATEÍSMO

Antiguamente no había ateos, incrédulos ni materialistas en el moderno concepto de estas denominaciones, así como tampoco había mojigatos de lengua detractora. Mala prueba de buen sentido crítico daría quien juzgase a algunos filósofos antiguos por el matiz aparentemente ateo de ciertas frases cuyo significado interno es preciso desentrañar para estimarlas en su verdadero valor. Así, por ejemplo, la doctrina de Pirro, que los comentadores superficiales diputan por inconcusamente racionalista, ha de interpretarse en cotejo y comparación con la primitiva filosofía índica que, desde Manú hasta el último esvabavica, tuvo por principal característica la afirmación de la realidad del espíritu prevaleciente contra el mundo objetivo de mudables, ilusorias y perecederas formas. Las numerosas escuelas fundadas por Kapila enseñaron las mismas doctrinas que más tarde había de exponer Timón, a quien Sexto Empírico llama el precursor de Pirro. Las ideas de este filósofo acerca del divino reposo del espíritu, la firmeza con que mantenía sus opiniones frente a las ajenas y su aversión al sofisma, denotan que estudió detenidamente a los gimnósofos y vaibasicas de la India. No es posible calificar de ateos a Pirro y sus discípulos por el solo hecho de que resumieron todas sus especulaciones en los puntos suspensivos de la perplejidad y la duda (2), como tampoco es justo tachar de ateos a filósofos como Vedavyasa (3), Kapila, Giordano Bruno y Spinoza. Estas enseñanzas filosóficas predominaban entre los pensadores del mundo precristiano, y a despecho de la enemiga concitada contra ellas por los dogmatizantes y de las deplorables tergiversaciones de mal intencionados expositores, todavía son la piedra angular de todas las religiones excepto el cristianismo (4).

La teología comparada es arma de dos filos. Por una parte, los apologistas del cristianismo dogmático, sin hacer caso de las pruebas en contrario, acusan de politeísta al induísmo y de ateo al budismo, en tanto que reservan exclusivamente para el cristianismo la creencia en un solo y único Dios omnipotente, de bondad infinita, representado en Jehovah, cuyos profetas son para los católicos el romano pontífice y para los protestantes Martín Lutero. Mas si miramos el arma por el otro filo, veremos que, no obstante las predicaciones de los misioneros y la influencia que en Oriente ejerció el cristianismo por las guerras y el comercio,

nada descubren los llamados “idólatras y paganos” en las enseñanzas de Jesús, a pesar de lo sublime de algunas de ellas, que no les hayan dicho ya las de Krishna y Gautama. Así es que para mejor prosperar en su apostolado y mantener fieles a los pocos convertidos, no tienen los misioneros otro remedio que vestirse a la usanza de los sacerdotes del país y practicar los mismo ritos y ceremonias que tanto denigran en los indígenas.

ARTIMAÑAS DE LOS MISIONEROS

Según ya dijimos en otro lugar, los misioneros católicos de Siam y Birmania han adoptado el aspecto de los talapines, aunque no imitan sus virtudes. En la India meridional fueron acusados de superchería por su propio colega el abate Dubois (5), y aunque hubo quien le desmintió después, hay otros testimonios de la acusación, entre ellos el capitán O’Grady, quien dice a este propósito:

> Los misioneros toman fingidas apariencias de mendicantes y simulan sentir repugnancia por los manjares de carne y bebidas espirituosas para predisponer a su favor al vulgo induísta... Pero un misionero a quien convidé, o mejor dicho que se convidó a comer en mi casa repetidas veces, no hizo remilgos a las lonjas de carne asada ni se abstuvo de beber copiosamente (6).

El mismo autor habla de los “Cristos de rostro negro”, de “Vírgenes con ruedas” y de las procesiones según el ritual romano, que “más tienen de diabólico que religioso”. Por nuestra parte hemos visto estas procesiones, que acompañadas de orquestas cingalesas con mucho bombo y platillos, resultaban por la variedad de colores y lo pintoresco de los trajes y lo aparatoso de la escena, mucho más solemnes y grandiosas que las saturnales cristianas. Los misioneros, con sus prelados al frente, aprovechan estas procesiones para recoger limosnas destinadas al dinero de San Pedro (7) y lucrar con el remedo de los brahmanes y bonzos. Entre los adoradores de Krishna y Cristo y los de Avany y María no hay tanta diferencia como entre vishnuístas y sivitas, pues para los conversos es Cristo el mismo Krishna con leves modificaciones (8). Tan serviles son los misioneros en la copia y tanto cuidado ponen en no lastimar las costumbres del país, que mantienen, aun entre los conversos, la distinción de castas, hasta el punto de que los de inferior no pueden entrar en las iglesias a que asisten los de superior (9).

Pocos escritores hay cuya valerosa sinceridad, de que tan hermoso ejemplo nos da Inman, les lleve a coincidir con éste en que tanto el induísmo como el budismo son filosóficamente superiores al cristianismo teológico, sin que nadie tenga fundado motivo de tildar al primero de fetichista y al segundo de ateo. Sobre el particular dice Inman:

> A mi entender es de todo punto gratuita la afirmación de que Sakya no creía en Dios. Por el contrario, todo su sistema filosófico descansa en la creencia de que hay entidades superiores con potestad para castigar las culpas de los hombres, y aunque no le llamara Elohim ni Jah ni Jehovah ni Jahveh ni Adonai ni Ehieh ni Baalim ni Ashtoreth, creía en la existencia del Ser supremo (10).

El budismo cuenta con cuatro escuelas teológicas, una de ellas panteísta y las otras tres francamente monoteístas. Los investigadores modernos sólo tratan de la primera, y en cuanto a las otras tres, difieren únicamente en las externas modalidades de exposición.

Oigamos lo que un racionalista escéptico dice sobre el tantas veces comentado concepto del nirvana:

> En las puertas de las pagodas interrogué a centenares de budistas, y todos sin excepción me respondieron que por medio de la austeridad de vida esperaban alcanzar la inmortalidad. Ninguno habló

de la aniquilación final. Hay más de trescientos millones de budistas que ayunan, oran y se sujetan a toda clase de privaciones. Verdaderamente estarían locos o fueran imbéciles si tal hiciesen convencidos de antemano de que al fin había de aniquilarse su ser (11).

También por nuestra parte hemos inquirido entre induístas y budistas el verdadero espíritu de la filosofía oriental, y nos hemos convencido de que el concepto del *apavarga* es del todo opuesto al de aniquilación, pues entraña la identidad final con Dios, de cuya increada luz es refulgente chispa el espíritu del hombre. Todo budista, por ignorante que sea, alienta la esperanza de *no perder jamás su individualidad*, pues, como decía muy bien un amigo nuestro, si así no fuese parecería la vida terrena un divertido sainete para Dios y una mortal tragedia para el hombre.

RITO FUNERARIO DE LOS VEDAS

Otro tanto cabe decir de la doctrina de la metempsícosis, deplorablemente tergiversada por los orientalistas europeos; pero según vayan adelantando las investigaciones, se descubrirán nuevas bellezas metafísicas en las antiguas religiones.

Whitney (12) ha puesto de relieve en su traducción de los *Vedas* la mucha importancia que el rito funerario de los induístas concedía a los cadáveres de sus fieles, según denotan los siguientes pasajes de los himnos fúnebres:

> ¡Levántate y anda! Reúne todos los miembros de tu cuerpo (13) y no los dejes en abandono.
> Partió tu espíritu. Síguele ahora. Doquiera te deleite él, ve allí.
> Reúne todos tus miembros y con auxilio de los ritos yo te los modelaré.
> Si Agni olvidó algún miembro al enviarte desde aquí al mundo de tus padres, yo te lo daré de nuevo para que con todos tus miembros te regocijes en el cielo entre tus padres (14).

La creencia en la inmortalidad del alma está expuesta en este otro pasaje del ritual funerario:

> Los que permanecen estacionados en la esfera de la tierra; los que moran en los reinos de la dicha; los padres que por mansión tienen la tierra, la atmósfera y los cielos. Antecielo se llama el tercer cielo donde está el solio de los padres (15).

Visto el alto concepto que de Dios y de la inmortalidad del alma tiene el induísmo, no es extraño que resulten victoriosos los *Vedas* y el *Código de Manú* de su comparación con el mezquino e inespiritual *Pentateuco*, en cuyo texto no descubren los investigadores exotéricos prueba alguna de que los judíos creyeran en la eterna vida del espíritu ni que Moisés les enseñara esta doctrina. Sin embargo, algunos orientalistas eminentes apuntan la sospecha de que la letra muerta del *Pentateuco* encubre el vivificante significado. Así dice Whitney:

> A medida que nos fijamos más detenidamente en los formulismos del moderno ritual induísta, aparece más definida la correspondencia entre la doctrina y la observancia, de suerte que no es posible explicar una sin la otra... Preciso es reconocer o que la India copió su ritual de algún otro pueblo y lo ha seguido practicando ciegamente sin darse cuenta de su verdadero significado, o que dicho ritual expresó desde un principio una antiquísima doctrina, y al degenerar ésta siguió incorporado a las tradiciones religiosas del pueblo (16).

Pero no se ha perdido esta antiquísima doctrina que los iniciados comprenden hoy tan filosóficamente como los de diez mil años atrás, aunque no han de esperar los científicos que

se les revele a la primera intimación ni tampoco ha de serles posible descubrirla en el exotérico ritual de las religiones cultuales.

Los teólogos induístas y budistas no negarán en redondo el misterio de la Encarnación; pero en vez de entenderlo según el dogma cristiano, lo explicarán de conformidad con sus enseñanzas religiosas, cuya piedra angular es precisamente la creencia en los avatares o encarnaciones periódicas de la Divinidad, cada vez que el género humano se pervierte de modo que necesita el auxilio de una poderosa Entidad descendida a la terrena forma que elige por morada. El "Mensajero del Altísimo" se une a la dualidad cuerpo-alma y constituye la trina individualidad del Salvador que encamina al género humano por el sendero de la verdad y de la virtud.

Esta misma creencia predominó entre los primitivos cristianos cuya mente estaba embebida en las doctrinas religiosas de Oriente, pues de otro modo no hubieran definido en dogma de fe el segundo advenimiento de Cristo ni hubiesen forjado la fábula del Anticristo como *astuta precaución* contra las encarnaciones venideras. No se percataron los teólogos cristianos de que Melquisedek fue un avatar de Cristo ni advirtieron que Krishna le dice a Arjuna:

> Cuando quiera que la rectitud desmaya, ¡oh Bhârata!, y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco para proteger a los buenos, confundir a los malos y restaurar firmemente la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento (17).

LOS INSTRUCTORES DEL MUNDO

No es posible desdeñar la doctrina de los avatares al ver que de tiempo en tiempo han aparecido en el mundo personajes tan extraordinarios como Krishna, Sakya y Jesús, que fueron seres reales divinizados por sus adoradores con arreglo al sistema religioso de su respectiva época.

El redentor indo precede de algunos miles de años al redentor cristiano, y entre ambos se interpone Gautama, que por una parte es reflejo de Krishna y por otra ilumina la lejana figura de Jesús en que encarna el Cristo histórico. La misma leyenda ha engalanado con su poético ropaje a tres figuras de humana realidad, divinizadas por el instinto popular que presintió en ellas el místico carácter de su individualidad. *Vox populi, vox Dei* fue verdadero aforismo en otros tiempos, por falible que nos parezca en una época como la nuestra en que la plebe está dominada por el clero.

Kapila, Orfeo, Pitágoras, Platón, Bas-ilides, Marciano, Amonio y Plotino fundaron escuelas donde germinó la semilla de altos pensamientos y al desaparecer del mundo dejaron tras sí la refulgente estela de los semidioses; pero Krishna, Gautama y Jesús aparecieron en su respectiva época como verdaderos dioses y legaron a la humanidad tres religiones fundadas sobre la indestructible roca del tiempo. Ninguna culpa les cabe a estos tres nobilísimos reformadores que el fanatismo adulterara posteriormente sus enseñanzas, y más aún la cristiana, que está casi desconocida en nuestra época. La culpa recae en los clérigos que se titulan cultivadores de la viña del Señor. Si de los tres sistemas religiosos eliminamos la escoria de los humanos dogmas, hallaremos en los tres identidad de esencia. Aun el mismo San pablo, el honrado y sincero apóstol, o se dejó llevar del entusiasmo para torcer algún tanto la doctrina de su Maestro, o se han tergiversado sus escritos hasta el punto de no parecerse apenas al original. El *Talmud* reconoce los relevantes méritos de San Pablo como filósofo y teólogo, no obstante haber apostado del judaísmo (18), y dice en el Yerushalmi que corrompió la doctrina de aquel hombre (19).

Pero entretanto la ciencia imparcial y las generaciones futuras concilian estas tres grandes religiones, demos una ojeada a su respectivo desenvolvimiento.

LOS TRES SALVADORES

LEYENDA DE LOS TRES SALVADORES

KRISHNA	GAUTAMA	JESÚS
Aunque la ciencia europea no se atreve a computar el nacimiento de Krishna, la cronología induísta lo remonta a unos 5.000 años antes de J. C.	Según los cálculos de la ciencia europea y los cómputos ceilaneses, nació Gautama hace 2.540 años.	Se supone que Jesús nació hace 1.877 años. es de la estirpe real de David. los pastores le adoran al nacer y se le da el sobrenombre de Buen Pastor (21).
Nace Krishna de estirpe real, Pero le educan unos pastores Que le dan el sobrenombre de *Dios Pastor*. Temerosos de las iras del rey Kansa, mantienen en secreto el nacimiento y origen de Krishna.	Fue hijo de un rey, y eligió sus primeros discípulos entre mendigos y pastores.	Se mantienen secretos su nacimiento y alcurnia para Despistar al tirano Herodes.
Se le consideró como encarnación de Vishnú, la segunda persona de la Trimurti. Fue adorado en Madura, situada a orillas del Jumna (20).	Unos le consideran como encarnación de Vishnú, otros como la de uno de los Buddhas y algunos como la de la Sabi-Duría suprema *(Ad'Buddha*).	Es la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo (22).
Kansa, tirano de Madura, persigue a Krishna, quien se salva milagrosamente. Con propósito de matar al niño manda el rey degollar a todos los de su misma edad.	La leyenda cristiana presenta a Gautama bajo el nombre de San Josafat, hijo del rey de Kapilavastu, que asesinó a multitud de jóvenes cristianos (24).	Fugitivos de la persecución de Herodes, tetrarca de Jerusalén, le llevan sus padres por aviso de un ángel a Matarea o Madura de Egipto donde obra sus primeros milagros (25). Con propósito de matarle, ordena Herodes la degollación de los inocentes, cuyo número se calcula en 40.000 (26).
La madre de Krishna fue La inmaculada Virgen Devaki (23).	La madre de Gautama fue Maya o Mayadeva, que no obstante Su matrimonio, se mantuvo virgen inmaculada.	La madre de Jesús fue Mariam o Miriam, que no obstante su matrimonio con José se mantuvo virgen, aunque concibió otros hijos además de Jesús (27).
Desde el instante de su nacimiento es Krishna omnisciente, omnipotente y perfectamente bello. Opera milagros, sana a los paralíticos, da vista a los ciegos y expele demonios. Lava los pies a los brahmanes y desciende a los infiernos para libertar a los muertos y asciende al *Vaicontha* (30). Es Krishna la encarnación	Está dotado Gautama de los mismos poderes y cualidades y opera prodigios análogos a los de Krishna. Pasa la vida acompañado de mendicantes. Dicen los budistas que Gautama fue distinto de los demás avatares, pues en estos sólo se infundió parte (*ansa*) de la Divinidad, al paso que en él se encarnó enteramente el espíritu de Buddha.	Está dotado de las mismas cualidades y poderes que Krishna y Gautama (28). Frecuenta el trato de publicanos y pecadores y expele demonios (29). Lava los pies a sus discípulos y después de su muerte desciende a los infiernos para sacar a las almas de los santos padres y sube a los cielos.

de Vishnú.

Convierte los becerros en niños y los niños en becerros, y aplasta la cabeza de la serpiente (31).	Gautama aplasta la cabeza de la serpiente, cuyo culto fetichista abroga en todas partes; pero como Jesús, da a la serpiente el emblema de la sabiduría divina.	Aplasta la cabeza de la serpiente (33), transforma a los cabritos en niños y en niños a los cabritos (34).
Predica Krishna la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. Reconviene al clero por su ambición e hipocresía y divulga los secretos del santuario. Según tradición, pereció Krishna víctima de las iras clericales y le abandonaron todos los discípulos menos Arjuna su predilecto.	Abole la idolatría, divulga los misterios de la unidad de Dios y del nirvana, cuyo verdadero significado tan sólo conocían hasta entonces los sacerdotes. Perseguido por sus enemigos, tuvo que huir del país para librarse de la muerte, y acompañáronle en la huída unos cuantos centenares de creyentes en su misión búdica. Muere rodeado de sus discípulos, entre quienes está Ananda, el predilecto, primo suyo y cabeza de los demás. En muchas pagodas se le representa sentado sobre un árbol cruciforme (32), el "Árbol de la Vida".	Acusa Jesús de hipócritas y dogmatizantes a los rabinos, escribas y fariseos. Quebranta el precepto del sábado y trasgrede la letra de la ley mosaica. Divulga los secretos del santuario y los fariseos le acusan de blasfemo. De sus discípulos, Uno le niega, otro le traiciona, y al fin todos le abandonan menos Juan, el predilecto.
Parece que murió clavado en una cruz por una flecha (35). Por fin, asciende a los cielos (*swarga)* y se convierte en *nirguna*.	Otras imágenes le representan con una cruz en el pecho, sentado sobre la Naga o reina de la serpiente (36). Gautama alcanza el Nirvana.	Muere en el árbol de la cruz (37) y asciende al Paraíso.

IDENTIDAD DE KRISHNA Y CRISTO

Tal es el esquema biográfico de los fundadores de estas tres religiones que parecen mallas de una misma cadena (38). Si los dogmatistas cristianos no hubiesen pasado más adelante, seguramente que no fueran tan desastrosas las consecuencias, pues no cabía derivar perniciosos sistemas religiosos de las sublimes enseñanzas de Krishna y Gautama; pero transpusieron todo límite y adulteraron la pureza del primitivo cristianismo con las fábulas exotéricas de Hércules, Orfeo y Baco. Así como los musulmanes niegan todo parentesco del Corán con la Biblia, así también los cristianos se resisten a reconocer que casi todo su dogmatismo está tomado de las religiones de la India. Sin embargo, la cronología demuestra evidentemente esta derivación, por más que algunos orientalistas traten inútilmente de atribuir la identidad característica de Krishna y Cristo al relato de los apócrifos Evangelios de la *Infancia* y de *Santo Tomás*, que, según dichos críticos, se difundieron copiosamente por la costa de Malabar, dando con ello motivo a que en la figura de Cristo se convirtiese Krishna (39). Sin embargo, lo cierto es que, inversamente, la figura de Krishna precedió a la de Cristo, pues cuando el apóstol Tomás halló en Malabar la creencia en Krishna, tuvo buen cuidado de incorporarla en todo y por todo a la figura de Cristo, y al efecto copió en su *Evangelio* los rasgos principales del avatar indo, y con ello introdujo la herejía cristiana en el induísmo. Quien conozca el temperamento de los brahmanes repugnará desde luego por ridícula la suposición de que fuesen capaces de copiar símbolo alguno de gentes extranjeras. Sus firmísimas

creencias religiosas, que siglo tras siglo resisten el influjo occidental, no les consiente interpolar en sus libros sagrados alegóricos relatos de ajenas religiones.

No nos detendremos a examinar las íntimas analogías entre los rituales budista-lamaico y romano, cuya exposición tan cara le costó al abate Huc, sino que nos contraeremos a cotejar los puntos más importantes. De los textos budistas que de diversos idiomas orientales se han traducido a los europeos, merecen preferente mención el *Dhammapada* (Sendero de virtud), traducido del pali por el coronel Rogers (40), y la *Rueda de la Ley* (41), en cuya lectura halló Inman tan sorprendentes analogías, que le determinaron a decir:

> Después de cuarenta años de convivencia entre los defensores y los adversarios del cristianismo, declaro con toda sinceridad que los segundos aventajan en virtud y pureza moral a los primeros. Conozco personalmente a muchos y muy piadosos cristianos cuya conducta admiro y me tendría por dichoso en imitar; pero que precisamente merecen esta loa por haber antepuesto a la doctrina de la fe la de las buenas obras... A mi modo de ver, los cristianos más puros que conozco son los *budistas reformados*, quienes seguramente no han oído hablar nunca de Siddartha (42).

Entre los dogmas y ceremonias de las religiones budistas-lamaica y romana hay cincuenta y un puntos de coincidencia y cuatro de discrepancia (43). Estos últimos son:

1.º Afirman los budistas que no puede ser enseñanza de Gautama cuanto contradiga a la sana razón.

Los católicos romanos admiten cualquier contrasentido que la Iglesia defina dogmáticamente.

2.ª Los budistas no adoran a la madre de Gautama (44).

Los católicos adoran a la madre de Jesús e impetran su protección y auxilio (45).

3.º Los budistas no tienen sacramentos.

Los católicos tienen siete.

4.º Los budistas creen que los pecados no quedan perdonados hasta reparar el mal causado por ellos.

Los católicos creen que la sangre de Cristo basta para lavar las culpas de todos los pecadores que confiesen la fe cristiana (46).

LA RUEDA DE LA LEY

Dice *La Rueda de la Ley*:

> Creen los budistas que todo pensamiento, palabra y obra es causa de un efecto que reaccionará más o menos tarde. el efecto es de la misma naturaleza de la causa, y así toda buena acción producirá un bien y toda mala acción producirá un mal (47).

Tal es la estricta e imparcial justicia de una Potestad suprema que no puede equivocarse ni sentir ira ni compasión, sino que deriva de toda causa sus naturales efectos. Aquellas palabras de Jesús: “Pues con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis os volverán a medir” (48) contrarían tanto en letra como en espíritu la idea de la salvación propia por merecimiento ajeno. La ira y la misericordia son sentimientos finitos e incompatibles por lo tanto con la infinidad de Dios, en quien sólo cabe inflexible justicia distributiva (49). En *La Rueda de la Ley* explica su sutor el concepto de Dios en el siguiente pasaje:

> El budista cree en la existencia de un Dios sublimemente superior a todas las cualidades y atributos humanos, un Dios perfecto que trasciende el amor, el odio y los celos, que reposa tranquilamente en el seno de imperturbable dicha. El budista veneraría a este Dios sin propósito de

agradarle ni temor de disgustarle, porque fuera de por sí digno de ser amado. Pero el budista no concibe un Dios con los mismos atributos y cualidades de los hombres; un Dios que siente amor, odio y cólera; un Dios que, según lo pintan los cristianos, musulmanes, judíos e induístas, resulta inferior a los hombres de mediana moralidad (50).

Muy extraños son los conceptos que de Dios y su justicia tienen los cristianos cuya razón está ofuscada por los prejuicios religiosos que el clero les imbuye. La doctrina de la redención es a todas luces ilógica y una de las más perniciosamente desmoralizadoras, sin otro resultado que subyugar más gravemente la conciencia de las gentes.

Según la moral eclesiástica de la Iglesia romana, la sangre derramada por Jesús en su voluntario sacrificio por la salvación del linaje humano tiene la suficiente eficacia para lavar todo pecado por enorme que sea, pues la misericordia de Dios es infinita y siempre dispuesta a abrir las puertas del Paraíso al pecador arrepentido, aunque se arrepienta en el último instante de su vida. Así lo hizo en la cruz el buen ladrón, y así pueden hacerlo según la Iglesia romana otros tan malvados como él.

CRÍTICA DEL PERDÓN

Pero si trasponiendo el estrecho círculo de la fe dogmática consideramos el universo como un todo equilibrado por la perfecta armonía de sus elementos constituyentes, el sano juicio y el más rudimentario sentimiento de justicia chocarán contra la doctrina del perdón de los pecados por merecimiento ajeno. sI el pecador sólo se perjudicase a sí mismo y por medio de un sincero arrepentimiento pudiese borrar su culpa de la memoria de los hombres y de los indelebles anales que ni el mismo Dios lograría torcer, tendría algún viso de justicia la doctrina de la redención; pero es absurdo sostener que quien perjudica a sus semejantes y perturba el equilibrio de la sociedad y el orden natural de las cosas, se conmueva al fin por el miedo, la esperanza o la violencia y alcance el perdón de sus crímenes gracias a los méritos de una sangre que lava las manchas de otra sangre. No es posible evitar las consecuencias de una culpa como se darían por evitadas con el perdón de los pecados (51). Los efectos de una causa trasponen los límites de una misma causa, y por lo tanto las consecuencias de un crimen no se contraen al ofensor y al ofendido, sino que repercuten en el universo entero como la piedra que conmueve toda la masa líquida al caer en un estanque y produce ondas cuyo número y rapidez dependen del tamaño de la piedra; pero aun el más diminuto grano de arena producirá efectos ondulatorios en el agua del estanque. El choque se transmite en todas direcciones, molécula por molécula de la masa líquida, hasta conmoverla toda. Pero no se detiene aquí la acción, sino que se dilata a las capas atmósfericas en contacto con la superficie del agua y se difunde por el espacio. Ha vibrado la materia y nadie es capaz de anular su vibración.

Lo mismo ocurre con las buenas o malas acciones, cuyos efectos perduran en el espacio y en el tiempo por instantánea que haya sido la causa. Cuando sea posible anular en el espacio y en el tiempo los efectos dinámicos de la piedra arrojada en el estanque, entonces y sólo entonces podremos admitir el dogma de la redención tal como lo entiende el clericalismo romano. Es verdaderamente incomprensible que un asesino cuya brutal acometida no dio tiempo a su víctima para arrepentirse ni de invocar a Jesús para que le lavara con su sangre y morir en estado de gracia (y por lo tanto fue causa de que se condenara, según el dogma), reciba poco antes de subir al cadalso los auxilios espirituales y obtenga por ellos el perdón del crimen cometido y con él la felicidad perdurable de los bienaventurados, mientras que su víctima ha de penar eternamente en el infierno (52). A no ser por el crimen no hubiera tenido el asesino ocasión de arrepentirse y salvarse.

Otro ejemplo nos ofrece el crimen de seducción, uno de los más frecuentes y de los que denotan mayor egoísmo y dureza de corazón. La sociedad rechaza de su seno a la víctima, que al verse despreciada busca remedio a su desgracia en el suicidio o, si teme a la muerte, se hunde en el vicio, expuesta a ser madre de criminales (53) que a su vez procreen toda una generación de malvados. ¿Podrá perdonar la divina justicia al causante de tan graves daños sociales y castigará únicamente a los engendros de su lujuria?

En Inglaterra y los Estados Unidos ha ido introduciendo el clero anglicano la confesión auricular, a estilo de la Iglesia romana, fundándose, lo mismo que ésta, en la potestad conferida por Jesús al apóstol San Pedro cuando le dijo:

> Y a ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (54).

Sin embargo, queda invalidada esta alegación al considerar los cinco puntos siguientes:

1.º Que la divinidad de Jesucristo no se definió dogmáticamente hasta dos siglos después de la muerte del iniciado Jesús.

2.ª Que en consecuencia no tenía autoridad para conferir a Pedro el poder de perdonar los pecados.

3.º Que la palabra *petra* (roca) se refería a las verdades reveladas del *Petroma* y no al discípulo que había de negarle tres veces.

4.º Que la sucesión apostólica es una grosera y evidente superchería.

5.º Que el *Evangelio* llamado de San Mateo es amañada copia de un manuscrito enteramente distinto.

Resulta, por lo tanto, la confesión auricular una violencia que por igual se hace al sacerdote y al penitente. Por otra parte, si los titulados ministros de Dios recibieron la potestad de perdonar los pecados, ¿cómo no recibieron también el don de milagros para reparar los perjuicios resultantes del pecado contra cosas y personas?

Así lo demandarían las más rudimentarias nociones de justicia. Cuando resuciten al asesinado, devuelvan honra y hacienda a quienes por robadora mano las pierden y pongan en el fiel las balanzas de la justicia podremos creer en su potestad de atar y desatar en la tierra; pero hasta ahora sólo le han dado al mundo sofismas propios para alimentar la fe ciega, sin pruebas palpables de la justicia divina. Todos callan; nadie responde a estas objeciones y entretanto la inexorable e infalible ley de ponderación prosigue su camino, prescindiendo de creencias y confesiones religiosas y tratando por igual a paganos y cristianos. nO hay absolución capaz de escudar a estos cuando culpables, ni anatema bastante a confundir a aquéllos cuando inocentes.

Desechemos el insultante concepto que de la justicia divina mantienen los clérigos por su propia autoridad para regocijo de cobardes y criminales, pues contra la legión de doctores y teólogos que lo defienden se levanta con suprema autoridad la eterna ley de armonía y justicia.

SACRIFICIO DE JESÚS

Pero hay además otro argumento igualmente poderoso contra la tergiversada interpretación de la justicia divina. Si los cristianos creen como verdades reveladas las narraciones evangélicas, ¿en qué pasaje aparece que Jesús se ofreciera en voluntario sacrificio? Por el contrario, del texto se infiere que deseaba cumplir su misión y que murió al verse traicionado de modo que no podía llevarla a término. Antes de la entrega rehuía los peligros, haciéndose invisible por medio del mismo poder hipnótico sobre los circunstantes de que goza todo adepto oriental; pero cuando vio llegada su hora, sometióse a la ineludible ley del

destino. En el huerto de Getsemaní le ruega al Padre que a ser posible aparte de él aquel cáliz y en su aflicción tremenda suda gotas de sangre. Desfallece en la lucha y ha de bajar del cielo un ángel para confortarle. Por fin dice: “Mas no se haga mi voluntad sino la tuya” (55). Ciertamente que ésta no es la figura de un mártir que de su propia voluntad se entrega al sacrificio.

Análogamente a este episodio de la vida de Cristo se nos ofrece en la de Krishna aquel otro en que clavado en un árbol por la flecha de un cazador, le responde a éste que implora perdón:

> -Ve, ¡oh cazador!, por mediación mía a los cielos donde moran los dioses.- Y unido Krishna con su puro, imperecedero y nonato espíritu, idéntico al de Vasudeva, desechó su cuerpo mortal para convertirse en nirguna (56).

¿No se ve aquí el episodio del Calvario, cuando Cristo perdona al buen ladrón y le promete un lugar en el paraíso?

Sobre esto dice Lundy:

> Semejantes ejemplos, muy anteriores al cristianismo, demandan que se investigue y compruebe su origen. El concepto de Krishna como pastor es a mi entender una figura profética de Cristo, mucho más antigua que el *Evangelio de la infancia* y el de San Juan (57).

Analogías como éstas dieron posteriormente pretexto para declarar apócrifas todas las obras que, como las *Homilías*, demostraban el primitivo origen y verdadero significado de la doctrina de la redención, no definida por autoridad alguna. Las *Homilías* difieren muy poco de los *Evangelios*, pero discrepan completamente del dogmatismo teológico.

Nada sabía de la redención el apóstol San Pedro, y su respeto hacia el mítico padre Adán no le hubiera consentido creer que este patriarca pecó y lo maldijo Dios. Las escuelas alejandrinas no conocieron este dogma, ni tampoco habla de él Tertuliano, ni lo discutieron los Padres de la Iglesia. Filo Judeo expone simbólicamente la caída del hombre y Orígenes y San Pablo la consideran como una alegoría (58).

El dogmatismo cristiano toma al pie de la letra el episodio del Paraíso en que la serpiente tienta a Eva.

Sobre esto dice San Agustín:

> Por su libérrima voluntad elige Dios a cierto número de humanas criaturas sin tener en cuenta sus acciones y su fe, y las predestina a la salvación o a la condenación eterna (59).

CRUEL DOCTRINA DE CALVINO

También Calvino expone conceptos igualmente abominables acerca de la justicia divina, pues dice sobre el particular:

> Corrompido el linaje humano por la caída de Adán, lleva en sí el estigma del pecado original que sólo pueden borrar los méritos de un Salvador encarnado para redimir a la humanidad. Sin embargo, del beneficio de la redención disfrutan únicamente las almas de antemano elegidas y predestinadas, a las que voluntariamente favorece Dios con su gracia, pues los demás hombres están predestinados a eterna condenación por decreto inmutable del plan divino. La justificación se obtiene por la fe, y la fe es un don de Dios.

De lo expuesto inferiremos cuánto y cuánto se ha blasfemado de la justicia divina, pues la propiciatoria eficacia de la sangre no es creencia originariamente cristiana, sino que la encontramos en los más antiguos ritos. Todos los pueblos ofrecían a los dioses sacrificios cruentos de víctimas animales y aun humanas, con la esperanza de aplacar su ira y tenerlos propicios de modo que les librasen de las públicas calamidades. La historia nos ofrece ejemplos de generales griegos y romanos que dieron su vida en sacrificio por la salvación del pueblo. Julio César observó la misma costumbre entre los galos y dice a este propósito:

Se entregan voluntariamente a la muerte, pues creen que los dioses inmortales sólo quedan satisfechos cuando se les ofrece vida por vida.

Los sacerdotes egipcios tenían la siguiente fórmula de invocación sacrificial:

Caiga sobre la cabeza de la víctima todo mal que amenace a los sacrificadores o al pueblo egipcio (60).

Por otra parte, oímos decir a Gautama:

Caigan sobre mí los pecados del mundo para que el mundo sea salvo.

Nadie se atreverá en nuestra época a decir que los egipcios remedaron a los israelitas (61), pues Bunsen, Lepsius y Champollión han demostrado con toda evidencia la mucha mayor antigüedad del pueblo egipcio respecto del hebreo, cuyos ritos religiosos son por lo tanto remedo de los de sus predecesores. El *Nuevo Testamento* (62) abunda en repeticiones y paráfrasis de *El Libro de los muertos*, y según las palabras que en boca de Jesús ponen los evangelistas, debió estar familiarizado el fundador del cristianismo con los himnos funerarios de los egipcios (63).

En el “Recinto de las dos verdades” el alma comparece ante Osiris, el “señor de la Verdad”, que está sentado en su trono con la cruz egipcia como emblema de la vida eterna y el cetro o la vara de la justicia (64) en la diestra. El alma invoca anhelosamente al dios y después procede a enumerar todas sus acciones que confirman o recusan los cuarenta y dos jueces en quienes están personificadas las buenas y malas acciones del declarante. Si logra justificarse le confieren los jueces el título de Osiris en significación de su divino origen, y le dicen estas palabras llenas de majestuosa justicia:

Abrid paso al Osiris. Ya veis que está sin mancha. Vivió en la verdad y se alimentó de la verdad. El dios le ha acogido benévolamente según deseaba, porque dio de comer al hambriento y de beber al sediento y vistió al desnudo. Con el sagrado manjar de los dioses alimentó a los espíritus.

OSIRIS Y JESÚS

Análogamente vemos que el Hijo del Hombre (65) sentado en el trono de su gloria juzgará a todas las gentes diciendo:

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.

Porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber...; desnudo y me cubristeis (66).

Para mayor semejanza con Osiris tenemos que San Juan Bautista dice de Jesús:

Su bieldo en su mano está; y limpiará bien su era y recogerá su trigo en el granero... (67).

Las mismas analogías se advierten entre los relatos cristianos y los budistas. Ejemplo de ello tenemos en el siguiente pasaje:

Venid en pos de mí y haré que vosotros seais pescadores de hombres (68).

Este mismo concepto aparece en el símil aplicado por los textos budistas a un convertido "que había quedado preso en el anzuelo de la doctrina como el pez que muerde el cebo y con el sedal lo saca el pescador del agua" (69).

En las pagodas siamesas el futuro buda Maitreya está representado con una red en la mano, mientras que en las tibetanas lleva una especie de lazo. La explicación de la alegoría es como sigue:

Sobre el océano del nacimiento y la muerte esparce el Buddha la flor del Loto de la Buena Ley a manera de cebo puesto en el anzuelo de la devoción que jamás arroja en vano, pues siempre pesca hombres y se los lleva a la otra margen del río donde está el verdadero conocimiento (70).

Si Grabe, Parker y el erudito arzobispo Cave viviesen en estos nuestros tiempos de erudición orientalista a lo Max Müller, de seguro que no se esforzaran en dar autoridad canónica a las *Epístolas* de Jesucristo y Abgarus, rey de Edessa. Eusebio, obispo de Cesárea, fue el primero en mencionar estas *Epístolas*, como si se empeñara en aducir pruebas de las extravagantes fantasías de los dogmatistas. No sabemos si Eusebio conocía los idiomas cingalés, pahlavi, tibetano y otros; pero cierto es que de los textos budistas transcribió las *Epístolas de Jesús y Abgarus* con la leyenda del milagroso lienzo que reprodujo la faz de Cristo por la impresión del sudor. El mismo eusebio declara (71) que en los archivos de la ciudad de Edessa, donde reinaba Abgarus, encontró una *Epístola* de este rey escrita en siriaco. Recordemos sobre ello las palabras de Babrias:

El mito, ¡oh hijo del rey Alejandro!, es una antigua invención de los sirios que vivieron en otro tiempo bajo el dominio de Nino y Belo.

Edessa fue una de las ciudades sagradas de la antigüedad, que todavía tienen en mucha veneración los árabes, pues en ella se habla el idioma árabe en toda su pureza y la llaman Orfa. Antiguamente llevó el nombre de *Arpha-Kasda* (Arfajad) y fue sede de un colegio de magos, cuyo misionero, llamado Orfeo, introdujo en Tracia los misterios báquicos. Allí encontró Eusebio las narraciones que le sirvieron para entresacar la leyenda de Abgarus y del retrato que de Tathâgâta (72) habí obtenido en el lienzo el rey Bimbis*ara (73).

Análogamente, el gnóstico autor del cuarto Evangelio plagió la leyenda budista, según la cual, Ananda, el discípulo favorito de Gautama, encontró junto a un pozo a una mujer matangha, quien le responde al monje diciendo que era de casta inferior y ningún trato podía tener con él, a lo cual replica el discípulo:

No te pregunto, ¡oh hermana mía!, por tu casta y parentela. Tan sólo te pido si puedes darme agua.

Conmovida la mujer por estas palabras se deshace en lágrimas, y arrepentida de su licenciosa conducta se convierte a la religión budista y viste el hábito monacal de los mendicantes de Gautama.

EPISODIO DE LA SAMARITANA

Este episodio se ve reproducido en la escena de Jesús y la Samaritana junto al pozo (74) de donde esta mujer iba a sacar agua cuando el Maestro le pidió de beber. Las circunstancias del relato budista sirvieron a los autores cristianos para forjar las figuras de María Magdalena y otras santas y mártires del cristianismo.

Otra analogía advertimos en los siguientes pasajes:

> Y todo el que diere a beber a uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría tan solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón (75).
>
> Quien con puro corazón ofrezca tan sólo un vaso de agua a la asamblea espiritual o apague la sed del pobre o de un animal silvestre, mantendrá durante muchas épocas el merecimiento de su acción (76).

Al nacer Gautama refiere la leyenda que hubo en el mundo treinta y dos millares de maravillas. Detuvieron las nubes su marcha y los ríos su curso; no florecieron las plantas; enmudecieron de asombro las aves; la Naturaleza toda quedó suspensa de admiración. Una luz celestial iluminó los espacios; los brutos apartaron su boca del sustento; los ciegos recobraron la vista y los mudos el habla y los lisiados el movimiento (77).

Análogamente dice un texto cristiano con relación al nacimiento de Jesús:

> En el instante de la Natividad miró José al cielo y vio que las nubes suspendían su marcha y las aves detenían su vuelo y los cabritos que a orilla del río tocaban con la boca el agua sin beberla... Y vio los rebaños dispersos y, sin embargo, la oveja estaba allí...
>
> Una refulgente nube se posó encima de la cueva iluminándola con tan viva claridad que ofuscaba la vista... Sanó Salomé de la mano que seca tenía... Los ciegos volvieron a ver y hablaron los mudos y anduvieron los lisiados (78).

Refieren los biógrafos de Gautama que en la escuela despuntó entre todos sus condiscípulos por su facilidad en aprender no sólo la lectura y la escritura sino también las matemáticas, metafísica y astronomía, de la propia suerte que venció en el pugilato y el manejo del arco. Fue tal su sabiduría que enseñó a sus propios maestros sesenta y cuatro distintas clases de escritura hasta entonces desconocidas (79). Mucha semejanza ofrece con este relato lo que los libros cristianos cuentan de la infancia de Jesús, diciendo:

> Y doce años tenía Jesús cuando un muy principal rabino le preguntó si había leído libros, y un astrónomo si había estudiado astronomía. Y el señor Jesús les respondió explicándoles cosas que la razón humana no descubrió jamás, acerca de las esferas celestes y de la física y la metafísica y de la constitución del cuerpo humano y de la manera como el alma actúa en el cuerpo. Y a todo esto quedó tan sorprendido el rabino, que no pudo por menos de exclamar: Creo que este niño nació antes que Noé. Sabe más que todos los maestros (80).

Los preceptos de Hillel, que murió cuarenta años antes de nacer Jesús, están reproducidos en el Sermón de la Montaña, y esto corrobora la aseveración de que nada dijo Jesús que antes no hubiesen dicho otros maestros. El Sermón de la Montaña contiene preceptos budistas aceptados por los esenios, órficos, neoplatónicos y filohelénicos que, como Apolonio, vivían ascéticamente. Predica Jesús el desprecio de las riquezas terrenas, el amor al prójimo, la castidad, la resignación, la confianza en el Padre que ha de proveer a las necesidades del mañana (81). Promete la bienaventuranza a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que han hambre y sed de justicia, a los misericordiosos y pacíficos, y como Gautama, representa a los ricos y soberbios la dificultad de entrar en el reino de los cielos.

Todo su Sermón es un eco de los preceptos del monaquismo budista (82). Para conocer al Jesús histórico es preciso prescindir completamente del Cristo mítico y considerar lo que de la humana figura del Maestro nazareno dice el *Evangelio de San Mateo*. En el Sermón de la Montaña encontramos resumidas sus enseñanzas, opiniones e ideales religiosos.

FRACASO DE LOS MISIONEROS

Por esta razón fracasan los misioneros en su intento de convertir a los induístas y budistas, quienes ven que las excelencias de la nueva religión ofrecida a su sentimiento, se contraen a especulaciones teóricas, mientras que, según su nativa fe, es indispensable corroborar con obras las palabras. Los misioneros cristianos no aciertan a comprender el espíritu de una religión basada en la doctrina de las emanaciones, tan contradictoria de la teología occidental; pero la lógica de los metafísicos budistas es tan rigurosa e inflexible que deja sin réplica a eruditos de la talla de Gutzlaff (83) y Judson, famoso misionero de la secta de los bautistas, quien confiesa el mucho embarazo en que se vio para redargüir a los teólogos budistas, de entre los cuales cita a uno llamado Uyan, y dice de él que su poderosa inteligencia abarcaba las más difíciles cuestiones y su palabra era suave como el aceite, dulce como la miel y aguda como filo de navaja, de suerte que no había medio de resistir a su poderosa dialéctica. Sin embargo, parece que más tarde advirtió el misionero Judson que no había comprendido rectamente la doctrina budista, pues confiesa que el ateísmo sospechado en ella es en último término un refinamiento conceptuoso de las Escrituras budistas, y advierte que en este sistema religioso, además del estado búdico, por cuya virtud pueden superar a las divinidades subalternas los hombres que lo alcanzan, hay también vislumbres de una suprema Divinidad, alma del mundo, anterior y superior a todos los budas (84).

De la propia suerte, los tan calumniados chinos creen en un solo y único Dios, supremo gobernador de los cielos, a quien llaman *Yuh-Hwang-Shang-ti*, cuyo nombre está grabado, sin otro alguno, en la tabla de oro del altar celeste en el grandioso templo T'Iantan, de Pekín. Sobre el particular dice Yule:

> Según refiere el cronista de la embajada musulmana que el sha Rukh envió a China por los años 1421 de J. C., el soberano del celeste imperio se retira en algunas solemnes festividades a un altar del templo principal que no tiene ídolo ninguno, y allí *adora al Dios del cielo*.

Respecto del sabeísmo, que muchos asiriólogos tienen por idolatría, dice Chwolsohn que el erudito árabe Shahrastani decía ya en su tiempo:

> Dios es demasiado grande y sublime para ocuparse direcamente en el gobierno de nuestro mundo, y por lo tanto ha delegado su potestad en los dioses, aunque reservándose los asuntos de capital importancia. Además, el hombre es muy insignificante para relacionarse directamente con el Altísimo, y así ha de elevar sus plegarias y ofrecer sus sacrificios a las divinidades subalternas a quienes Dios confió el gobierno de este mundo (86).

El misionero portugués P. Buri, que estuvo en Cochinchina en el siglo XVI, se lamenta de que todos los ritos, ceremonias, vestiduras, símbolos y ornamentos de la Iglesia romana hayan sido "remedados por el demonio" en aquel país. Cuando el misionero exhortó a los indígenas a que abandonaran el culto de los ídolos, le respondieron diciendo que eran imágenes representativas de hombres eminentes en virtud de sabiduría a quienes tributaban el mismo culto que los católicos a sus mártires y confesores (87), y aun así sólo les rendía esta veneración el ánimo del vulgo, pues la filosofía religiosa del budismo no admite ídolos ni fetiches. La robusta y potente vitalidad de esta filosofía dimana de su metafísico concepto del

Yo humano, de la espiritual individualidad, no de la física y terrena, por donde serpentea el cauce del río nirvánico cuyo flujo conduce a la suprema felicidad. Las doctrinas budistas exhortan al hombre a imitar prácticamente el ejemplo de Gautama, y señalan especial importancia a las cualidades espirituales cuya educción es necesaria para operar milagros (*meipos*) en esta vida y conseguir ulteriormente el estado nirvánico.pero volvamos a tratar de las míticas analogías entre Krishna, Gautama y Cristo.

EL MISTERIO DE LA ANUNCIACIÓN

Las narraciones budistas nos dicen que Santusita (el Boddhisat) se le apareció a Mahâmâyâ, refulgente como nube en plenilunio, con un loto blanco en la mano. Venía del Norte, y anunció a la reina Mahâmâyâ el nacimiento de su hijo que del devaloka descendió a sus entrañas en el *mundo de los hombres*, en cuanto el ángel dio tres vueltas en torno del lecho de la reina (88). La analogía de este episodio con el de la aparición del arcángel Gabriel a la Virgen María para anunciarle la encarnación del Hijo de Dios en su seno, se advierte más claramente en las iluminaciones de los salterios medioevales (89).

Los anales budistas en idioma pali, y otros textos de esta religión, dicen que Mahâmâyâ (90) y cuantos la asistían estaban favorecidos con el don de ver la gestación del niño Bodhisatva en el seno materno, desde donde ya difundía sobre la humanidad el argentino resplandor de su futura misericordia (91).

Asimismo aparece en las narraciones budistas el episodio de la Visitación. Dicen los anales palis que estando Mahâmâyâ encinta de Gautama, fue a visitar a una prima suya (92) que estaba encinta de Ananda, el que después fue discípulo predilecto de Buda. Según el relato, los frutos de ambos vientres saltaron de gozo en los senos de sus respectivas madres cuando éstas se saludaron, y lo mismo se lee en los Evnagelios, según nos muestra el siguiente pasaje:

> Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la criatura dio saltos en su vientre (93).

ADVENIMIENTOS DE KRISHNA Y CRISTO

Comparemos ahora los pasajes de las *Escrituras* cristianas en que se profetiza la venida de Cristo con las profecías que referentes al advenimiento de Krishna encontramos en las ramatsariarianas tradiciones del *Athârva*, los *Vedangas* y *Vedantas* (94). Para la mejor comprensión de los textos, los cotejaremos sinópticamente:

TEXTO INDUÍSTA	TEXTO CRISTIANO
1. El Redentor vendrá coronado de luz, y el purísimo fluído que brote de su poderosa alma disipará las tinieblas (*Atharva*).	1. Pueblo que estaba sentado en tinieblas vio una gran luz (*San Mateo*, IV. 16) El pueblo que andaba en tinieblas vio una grande luz (*Isaías*, IX, 2).
2. En los comienzos del Kali-yuga nacerá el hijo de la Virgen (*Vedanta*).	... He aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo... (I*saías*, VII, 14). He aquí, la Virgen concebirá y parirá hijo... (*San Mateo*, I, 23).
3. Vendrá el Redentor, y los malditos rakhasas irán a refugiarse en lo más	3. He aquí que Jesús de Nazareth con el glorioso resplandor de su divinidad ahuyentó a las

profundo del averno (*Atharva*).	Potestades tenebrosas (*Evangelio de Nicodemo*).
4. Vendrá Él, y la vida desafiará a la muerte, porque Él reavivará la sangre de todos los Cuerpos y purificará las almas.	4. Y yo les doy vida eterna y no perecerán jamás (*San Juan*, X, 28).
5. Vendrá Él, y todos los seres animados, flores, plantas, hombres, mujeres, niños, esclavos, entonarán cánticos de alegría, porque Él es el Señor de todas las criaturas, es poder, sabiduría, belleza. Él lo es todo y está en todo (*Atharva*).	5. Regocíjate mucho, ¡oh hija de Sión!; canta, ¡oh hija de Jerusalén! Mira que tu Rey vendrá a ti justo y salvador... Porque ¿cuál es el bien de Él y cuál es su hermosura, sino el trigo de los escogidos y el vino que Engendra vírgenes? (*Zacarías*, IX, 9 y 17).
6. Vendrá Él. Es más dulce que mieles y ambrosía, más puro que cordero sin mancha (*Atharva*).	6. Y mirando a Jesús que pasaba dijo: He aquí el Cordero de Dios (*San Juan*, I, 36). Él se ofreció porque Él mismo lo quiso y no abrió su boca. Como oveja será llevado al matadero, y como cordero, delante del que lo trasquila enmudecerá... (*Isaías*, 53, 7).
7. Feliz el bendito seno que lo ha de llevar (*Atharva*).	7. Bendita tú entre las mujeres. Bienaventurado el vientre que te trajo (*San Lucas*, I, 28; XI, 27).
8. Y Dios manifestará su gloria y resplandecerá su poder y se reconcilará con sus cristuras (*Atharva*).	8. Y la Vida fue manifestada (*I Epístola de San Juan*, I, 2). Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo (*San Pablo*: II, *Corintios*, V, 19).
9. El rayo del esplendor divino recibirá forma humana en el seno de una virgen que parirá sin mancilla (*Vedangas*).	9. Lo que no sucedió jamás, una virgen parirá un hijo, parirá al Señor sin que contacto impuro la Mancille (*Evangelio de María*, III).

Por mucho que se exagere o no se exagere la antigüedad de los *Vedas*, siempre resultarán estas profecías anteriores al cristianismo con su cumplimiento en Krishna, que precedió a Cristo.

Una de las obras mejor documentadas sobre el particular es el *Cristianismo monumental*, de Lundy, cuya asombrosa erudición se ha valido de las esculturas de los templos, de monumentos antiquísimos, de inscripciones y otros testimonios infalibles que, salvados de la piqueta iconoclasta, del cañón de los fanáticos y de los estragos del tiempo, aseveran la precedencia de los más insignificantes símbolos cristianos en las religiones de Krishna, Buda y Osiris. Nos muestra Lundy a Krishna y Apolo en alegórica figura del *Buen Pastor*. A Krishna con el cruciforme *chank*, con el *chakra*, y crucificado en el espacio (95). Esta figura, tomada por Lundy del *Panteón indo* de Moor, no puede por menos de poner en perplejidad a los arqueólogos cristianos por su asombroso parecido con los crucifijos del arte iconográfico, pues no falta en ella ni el más leve rasgo característico, según la describe el mismo Moor en este pasaje:

Aunque esta imagen se parece muchísimo a un crucifijo cristiano, opino que es anterior al cristianismo. El trazado, la actitud, los estigmas de los clavos en manos y pies indican origen cristiano, mientras que la coronilla parthiana de siete puntas, los rayos de gloria en la parte superior y la falta del

leño y del inri señalan al parecer origen distinto. ¿Será acaso la figura del hombre-víctima o el sacerdote-víctima que, según la mitología inda, se ofreció en sacrificio antes que los mundos existiesen? ¿Será la figura del segundo Dios de Platón que se imprimió en el universo con los brazos en cruz (96)? ¿O será la del hombre divino que quiso someterse al tormento de azotes, cadenas y muerte en cruz?

Para nosotros es todo esto y mucho más, porque la arcaica filosofía religiosa fue universal.

KRISHNA CRUCIFICADO

Pero aunque Lundy contradice a Moor y sostiene que la figura en cuestión es la de *Wittoba*, uno de los avatares de Vishnú, resulta ser la de Krishna y por lo tanto anterior al cristianismo. Incurre Lundy en notoria contradicción al afirmar, por una parte, que la figura no tiene relación alguna con Cristo y creer, por otra que equivale a una profecía del Cristo. Dice Lundy en apoyo de su opinión:

> En el crucifijo cristiano la aureola surge siempre de la cabeza, y en la figura induísta nace de arriba, exteriormente a la cabeza de la imagen. De esto se inferiría que el *Wittoba* sería el *Krishna crucificado*, el dios pastor de Mathura, el Salvador, el Señor de la Alianza de cielos y tierra, en quien se unifican la pureza y la impureza, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, la paz y la guerra, la mansedumbre y la ira, el sosiego y la turbulencia, la misericordia y la justicia. Sería un Dios entreverado de hombre, pero no el Cristo del evangelio.

Sin embargo, la descripción de Lundy lo mismo debiera convenir a Jesús que a Krishna, pues también fue *hombre* por parte de madre, aunque se le suponga Dios por generación; y pruebas de su entreverada naturaleza tenemos en que maldice a la higuera y unas veces predica la paz y otras la guerra. Desde luego que el *Wittoba* publicado por Moor no representó jamás a Jesús de Nazareth, sino que, como el citado autor declara de acuerdo con las *Escrituras* induístas, es la imagen de Brahmâ en el carácter de sacerdote-víctima que asume su hijo Krishna al morir en la tierra por la salvación del linaje humano, cumpliendo de esta suerte el solemne sacrificio del *Sarvameda*; pero con todo, la significación de Krishna es idéntica a la de Jesús, porque ambos se identificaron con su *Chrestos*.

De cuanto llevamos dicho se concluye que o hemos de admitir las encarnaciones periódicas de espíritus superiores y entidades poderosas o hemos de repudiar la génesis del cristianismo como la mayor impostura y el más desahogado plagio que vieron los siglos.

En cuanto a la cronología bíblica, cuyo cómputo se atribuye nada menos que al Espíritu Santo, únicamente puede aceptarla tal como está expuesta el fanatismo ciego del clericalismo católico (97). Si creyéramos sin otro examen el relato bíblico, resultaría que el año 2298 de la creación del mundo se asentó Jacob con sus hijos, nietos y iservos, hasta setenta personas, en la tierra de Gessén; y que en el año 2513, o sea 215 después, eran ya tan numerosos sus descendientes, que había entre ellos 600.000 hombres útiles para la guerra, sin contar mujeres y niños, pues de contarlos tendríamos una población de dos a tres millones de individuos. Verdaderamente que la biogenesia no conoce ejemplo de tan asombrosa fecundidad más que en los arenques; pero basta la muestra para que los misioneros cristianos no se burlen con razón de los cómputos cronológicos de la India.

Dice Bunsen:

> Dichosos, aunque no envidiables, son quienes admiten sin reparo que al frente de más de dos millones de hebreos salió Moisés de Egipto después de haber levantado al pueblo contra el rey en la gloriosa época de la dinastía XVIII, y que más tarde conquistaron la tierra de Canaán al mando de Josué,

precisamente cuando los egipcios guerreaban con formidable empuje en aquel mismo país. Los anales de Egipto y asiria, cotejados con la exégesis bíblica, demuestran que el éxodo de los israelitas ocurrió en tiempo de Menephthah, y que Josué no pudo cruzar el Jordán antes de la Pascua de 1280, pues la última campaña de Ramsés III en tierras de Canaán o Palestina, corresponde al año 1281 (98).

Reanudemos ahora nuestros comentarios sobre la personalidad de Gautama, quien jamás escribió (como tampoco Jesús) ni una tilde de sus enseñanzas, por lo que hemos de juzgarlas por el testimonio de sus discípulos en su valor puramente intrínseco. A pesar de la notable semejanza entre las doctrinas de Gautama y Jesús, los expositores de una y otra parten de principios diametralmente opuestos, y en las frecuentes discusiones entre los misioneros cristianos y los teólogos budistas (99) llevan estos siempre la mejor parte por la contundente lógica de su argumentación, aparte de la paciente serenidad con que responde a los insultos e injurias del adversario, cuya conducta desdice de sus predicaciones. El teólogo budista permanece fiel a las enseñanzas de su Maestro, al paso que el misionero cristiano desnaturaliza la doctrina evangélica y suplanta lo que Jesús enseñó con las absurdas y no pocas veces perniciosas interpretaciones de los hombres (100).

Contra los anatemas pontificios y las decisiones absolutas de los concilios, que siempre pospusieron la razón a la fe y la ciencia a la revelación, se levantan humanitarias y benévolas estas palabras de Gautama el Buda:

No creáis una cosa porque muchos hablen de ella ni penséis que esto la pruebe verdadera.

No creáis lo que leyereis porque os digan que lo escribió un sabio, pues aunque así fuere, no sabéis si el sabio revisó el texto que leéis.

No toméis por verdaderas las ideas que fuera de lo vulgar se os ocurran, figurándoos que algún deva o ser maravilloso os las inspira.

No deis por cierto lo dudoso ni por seguro lo conjeturado ni lo sentéis como premisa para inferir conclusiones. Antes de contar el dos, tres y cuatro, fijad bien el uno.

No apoyéis vuestra opinión en la autoridad de vuestros instructores y maestros ni tampoco habéis de obrar tan sólo por imitación y remedo, sino que por vosotros mismos debéis conocer lo que los sabios dicen que es malo y punible, pues si únicamente lo creéis os causará pesares sin ventaja alguna, y en cambio cuando por experiencia lo conozcáis sabréis evitarlo (101).

Oigamos ahora a Roberto Dale Owen que dice:

Más pernicioso es todavía el culto de las palabras que el de las imágenes. La gramatolatría es el peor fetichismo. Hemos llegado a una época en que el verbalismo sofoca la fe... La letra mata (102).

LA TRANSUBSTANCIACIÓN

Estas palabras convienen más que a otro alguno al dogma católico de la transubstanciación apoyado en las siguientes palabras atribuídas a Jesús:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna (103).

A esto responden los discípulos:

Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír? (104).

Y replica Jesús con sabiduría de iniciado:

¿Esto os escandaliza?

El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha.
Las palabras (remata o expresiones misteriosas) que yo os he dicho, espíritu y vida son (105).

Sobre el dogma de la transubstanciación dice More:

Nos ocupamos con demasiado celo en cosas que nos parecen papistas, y en cambio escatimamos nuestra repugnancia a las que verdaderamente lo son, como por ejemplo aquel burdo, grosero y escandaloso absurdo de la transubstanciación, sin contar las diversas formas de abominable idolatría con sus nefandas supercherías, la deslealtad hacia los legítimos soberanos por mantenerse en supersticioso vasallaje a la tiranía espiritual del papa, y la bárbara y salvaje crueldad contra quienes no son ni tan bobos para creer en semejantes imposturas ni tan hipócritas y falsos que conociendo algo mejor finjan creerlas (106).

En los Misterios el vino era símbolo de Baco (107) y el pan de Ceres (108). El hierofante, antes de la iniciación final ofrecía al candidato el pan y el vino para que de ellos comiera y bebiera en señal de que el espíritu iba a vivificar la materia e infundirse en su cuerpo la sabiduría divina por medio de los conocimientos que se le iban a comunicar. Además, Jesús solía compararse con la vid (109), y al hierofante revelador del petroma se le daba el título de Padre. Así es que cuando Jesús dice: “Bebed, ésta es mi sangre”, se compara con la vid que produce la uva, cuyo zumo es el vino, su sangre, para significar que así como él había sido iniciado por su Padre, deseaba iniciar a otros. Su Padre es labrador, él la vid y sus discípulos los sarmientos; pero como los judíos no entendían la simbólica terminología de los Misterios y por otra parte les prohibía la ley de Moisés derramar sangre, natural era que les sorprendieran las palabras de Jesús al decirles que comieran su carne y bebieran su sangre.

CARÁCTER DE JESÚS

En los *Evangelios* canónicos hay suficientes indicios de que el inmenso y desinteresado amor de Jesús a la humanidad le movió a divulgar entre las multitudes los conocimientos que se reservaban unos cuantos, y así predica la existencia de un Dios puramente espiritual cuyo templo es el hombre, pues en nosotros vive y nosotros vivimos en Él. Este mismo concepto tenían de Dios los iniciados de la escuela de Hillel y los judíos cabalistas; pero los escribas o doctores de la ley se habían separado de los tanaímes o verdaderos instructores espirituales, para caer en el dogmatismo textual y perseguir por heterodoxos a los cabalistas. De aquí que Jesús truene contra ellos diciendo:

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con las llaves de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habéis prohibido a los que entraban (110).

Muy claro es el sentido de este pasaje. Los doctores de la ley se apoderaron de la clave sin provecho alguno, pues no sabían manejarla para descubrir el verdadero significado oculto en los textos. Ni Renán ni Strauss ni D’Amberley comprendieron rectamente las parábolas de Jesús ni el carácter del insigne iniciado galileo. Para Renán fue Jesús un rabino heterodoxo, el de más simpática y gallarda mentalidad entre todos los rabinos, a quien llama repetidas veces “doctor sublime” (111), sin afiliarle por ello a la escuela de Hillel ni otra alguna, sino que nos lo presenta como un sentimental y entusiasta joven salido de la plebe galilea, cuya imaginación forja en sus parábolas la figura de reyes cubiertos de púrpurra y pedrería como los que intervienen en los cuentos infantiles (112).

En cambio, el Jesús de Amberley es un idealista iconoclasta muy inferior en sutilezas lógicas a sus críticos y comentadores. Renán tiene a Jesús por semimaniático. Amberley lo mira desde el nivel de la aristocracia inglesa, y dice a propósito de la parábola del festín de bodas:

> Nadie puede vituperar que una persona caritativa invite a su mesa a los lisiados, mendigos y menesterosos sin distinción de clases. Pero no cabe admitir que esta buena acción haya de ser obligatoria, y conviene en cambio que hagamos precisamente lo que Cristo parece prohibirnos, esto es, convidar a nuestros vecinos y recibir sus convites cuando lo requieran las circunstancias, pues en estos casos las personas cultas no piensan ni por asomo en recompensa alguna por el agasajo que a sus amigos dispensan. Jesús no tuvo en cuenta las prácticas sociales (113).

Esto demostrará por una parte que Jesús no andaba muy al corriente de las leyes reguladoras de la vida mundana en los círculos aristocráticos; pero también demuestra que es muy general la torcida interpretación de sus insinuantes parábolas.

Examinemos ahora otro punto de semejanza entre las doctrinas antiguas y las de Jesús.

El *Bhagavad Gitâ* (114) es un canto puramente metafísico y ético, de espíritu en cierto modo contrario al de los Vedas o por lo menos a las últimas interpretaciones brahmánicas de estas *Escrituras*. Sin embargo, no repudian los brahmanes el *Bhagavad Gitâ* por heterodoxo, sino que lo tienen en grandísima veneración, a pesar de que en él se expone la doctrina de la unidad de Dios en oposición al politeísmo del vulgo.

En caso análogo, la Iglesia cristiana hubiera entregado al fuego cuantos ejemplares hallara de la herética obra; pero los brahmanes se limitan a impedir que caiga en manos profanas, y así la ocultan a la vista de las gentes de toda casta menos la sacerdotal, aunque con ciertas restricciones. Efectivamente, el *Bhagavad Gitâ* contiene los principales misterios de la religión induísta, como as´´i lo reconocen los mismos budistas, quienes solventan según su particular juicio las dificultades dogmáticas con que al comentarlo tropiezan. De su doctrina moral nos da una muestra el *Bhagavad Gitâ* en los siguientes pasajes:

> Mejor es, en verdad, la sabiduría que la práctica constante. Mejor que la sabiduría es la meditación y mejor que la meditación, la renuncia al fruto de las obras (115).
>
> Yo lo genero todo. Todo de Mí procede. Los sabios que así lo comprenden Me adoran con transportada emoción (116).
>
> Al que renuncia a las obras por el yoga... no le ligan las acciones (117).

Esta doctrina es idéntica a la de Gautama y coincide exactamente con la de Jesús, como se infiere de este pasaje:

> No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre (118).

Esto equivale a que la fe por sí sola de nada sirve sin las buenas obras.

Respecto a las enseñanzas del *Atharva Veda* poco saben los orientalistas europeos, porque ninguno de ellos posee un ejemplar *completo*, según asegura el abate Dubois al decir:

> De esta obra apenas quedan ejemplares, y aun hay quienes creen que han desaparecido todos. Lo cierto es que todavía los hay, pero que los brahmanes los ocultan cuidadosamente con objeto de que nadie sospeche que conocen los misterios mágicos que, según fama, enseña la obra (119).

LA TRANSMISIÓN DE LA VIDA

Hubo candidato del último grado de iniciación que ignoró el modo de transmitirse la vida del hierofante al discípulo (120), de suerte que un adepto de superior categoría, mediante esta transmisión vital, puede vivir indefinidamente (121). Sin embargo, como sucede en la reencarnación de los dalailamas del Tíbet, es preciso emplear ciertos procedimientos alquímicos para mantener el vigor del cuerpo más allá de su ordinaria duración, y aun así no excede la vida corporal de 200 a 240 años, porque se desgasta el vehículo físico y el Ego ha de desecharlo y tomar otro cuerpo joven y sanamente henchido del principio vital.

Entre los orientales menudean, con fundamento o sin él, creencias de índole tanto o más sorprendente que las fantasías de Poe y Hoffmann. Estas creencias están connaturalizadas con el pueblo que les dio vida, y cuidadosamente depuradas de toda superstición se advierte que encierran la universal creencia en las vagabundas entidades astrales llamadas vampiros. El obispo armenio Yeznik, que floreció en el siglo V, cita algunos casos de esta clase en un manuscrito que treinta años atrás se conservaba todavía en la biblioteca del monasterio de Etchmeadzine, en la Armenia rusa, uno de los más antiguos de la cristiandad. En el mismo país subsiste una tradición del tiempo del paganismo, según la cual siempre que muere en el campo de batalla un héroe cuya vida es todavía necesaria en la tierra, los aralez (122) lamen las heridas del caído y soplan en ellas hasta infundirle nueva y vigorosa vida física. Reanímase el cuerpo del guerrero, cierra sus heridas sin dejar cicatriz en ellas, y vuelve a ocupar su puesto en el combate; pero desde entonces hasta el fin de sus días es como templo abandonado, porque el inmortal espíritu no se restituyó al resurrecto cuerpo.

Una vez iniciado el candidato en el profundo misterio de la transfusión de vida, que constituía el postrero y más pavoroso rito de la iniciación sacerdotal perteneciente a la teurgia superior, quedaba su espíritu enteramente libre y no podían dañarle los *siete* pecados capitales que hubieran querido destrozarle el corazón al atravesar las *siete* estancias y subir las *siete* escaleras, porque había cumplido las doce hazañas de la última iniciación, había triunfado de las doce purebas finales (123).

Tan sólo el sumo hierofante conocía el modo de infundir su propia vitalidad en el adepto elegido para sucederle, quien de esta suerte quedaba dotado de doble vida (124).

EL SEGUNDO NACIMIENTO

Dicen los Evangelios:

> En verdad te digo que no puede ver el reino de Dios sino aquél que renaciese de nuevo (125).
> Lo que nació de la carne, carne es; lo que ha nacido del espíritu, espíritu es (126).

El brahmana *Satâpa* nos explica esta alegoría diciendo que para conseguir la perfección espiritual ha de pasar el hombre por tres nacimientos: el físico, el religioso (127) y el espiritual (128). No ha de parecernos extraño encontrar en las márgenes del Ganges la interpretación de una enseñanza proclamada en las orillas del Jordán, pues aunque los judíos se asombraran al oír hablar a Jesús del segundo nacimiento, ya se había enseñado esta doctrina tres mil años antes del Profeta galileo, no solamente en la India, sino en todos los países donde se celebraban los sublimes misterios de la *vida* y la *muerte*. El arcano de los arcanos, o sea que el espíritu no está entretejido en la carne, tuvo su demostración práctica en los yoguis de la escuela de Kapila, que por haberse emancipado de la esclavitud de los sentidos y de la mente concreta (129) robustecieron su potencia espiritual y volitiva hasta el punto de comunicarse, aun en carne mortal, con los mundos superiores y operar los fenómenos impropiamente llamados

milagros (130). Los hombres que en la vida terrena alcanzan el *mukti* son semidioses, y al desencarnar entran en el *nirvana* o *moksha*. Este es su *segundo* y espiritual nacimiento.

Tan explícitamente como Jesús, enseña Gautama la doctrina del nuevo nacimiento. Deseoso el reformador indo de difundir entre mayor número de gentes las verdades hasta entonces encubiertas en los Misterios, expone claramente su pensamiento, aunque manteniendo en sigilo determinadas enseñanzas. Dice a los que le oyen:

> Algunos nacen de nuevo. Los malos van al infierno; los buenos van al cielo; los que están libres de todo deseo mundano entran en el nirvana (131).

En otro pasaje añade Gautama:

> Bueno es creer en la futura vida de dicha o de infortunio, porque quien así lo crea amará la virtud y aborrecerá el pecado. pero aunque no hubiese otra vida, la conducta virtuosa es digna de loa y merece el respeto de las gentes. Por el contrario, quienes crean en la *aniquilación* después de la muerte, se encenagarán en el pecado, porque nada esperan en lo futuro (132).

Dice San Pablo:

> Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la *muerte* del testador.
> En donde entró por nosotros Jesús, nuestro precursor, constituido pontífice eternamente según el orden de Melquisedech.
> El cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal.
> Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse pontífice, sino aquél que le dijo: Tú eres mi hijo, *yo hoy te he engendrado* (133).

Esto demuestra evidentemente que a Jesús se le consideraba como sumo sacerdote, igual que a Melquisedech (134), y que en el momento de la iniciación por el bautismo de agua se había infundido en su cuerpo el espíritu que le transmutó en Hijo de Dios; pero sin haber nacido físicamente ya Dios ni haber sido engendrado por Dios. Todo candidato se transmutaba en la iniciación final en Hijo de Dios, y así lo demuestra la fórmula de ritual pronunciada por el hierofante Máximo de Éfeso, que inició al emperador Juliano en los misterios mítricos diciéndole:

PROPIEDADES MÁGICAS DE LA SANGRE

> Esta sangre lava tus pecados. El Verbo del Altísimo se ha infundido en ti, y su espíritu reposará de hoy más en ti, el de nuevo nacido y ahora engendrado por el supremo Dios... Eres hijo de Mithra.

Análogamente, después del bautismo de Cristo, le dijeron los discípulos: “Eres el Hijo de Dios”. Cuando el apóstol San Pablo echa al fuego la víbora que se le había trabado en la mano sin dañarle con su ponzoña, los melitenses, en cuya presencia obró el prodigio, dijeron que era un dios (135). Por último, los discípulos de Simón el Mago le apellidaban: Hijo de Sios, el Hermoso y el gran poder de Dios.

El concepto de la Divinidad está condicionado en el hombre por sus limitaciones mentales. Cuanto más dilatado sea el campo de su percepción espiritual, tanto más grandioso y sublime será su concepto de Dios, cuya existencia no tiene mejor demostración que el hombre mismo con sus divinos poderes espirituales, potencialmente latentes en quien todavía no los haya educido. Sobre esto dice Wilder:

La sola posibilidad de las facultades taumatúrgicas, prueba su existencia... Por lo general, el crítico incrédulo es mental y espiritualmente inferior a la persona o materia que critica, y por lo tanto, raras veces juzga competentemente. Si hay imposturas, esto mismo demuestra que en alguna parte ha de estar el original auténtico (136).

Acerca de los ocultos efectos del derramamiento de sangre, conviene advertir que las emanaciones de este orgánico tejido líquido proporciona a las entidades astrales el plasma a propósito para materializarse temporáneamente, y por esto se dice que la sangre engendra fantasmas. Oigamos a Eliphas Levi sobre el particular:

La sangre es el plasma primario del fluido universal, la materialización de la luz vital. Su origen es maravilla de maravillas, pues procede de elementos en que no hay ni una gota de ella, y transmutándose incesantemente como universal Proteo, se metamorfosea en carne, huesos, lágrimas y sudor. Puede substraerse a la corrupción y a la muerte, pues aunque se descompone al morir el cuerpo, hay quien sabe magnetizar sus glóbulos de suerte que cobren nueva dia. Si la substancia universal con su doble acción es el gran arcano de la forma, la sangre es el gran arcano de la vida.

Por su parte, dice el filósofo indo Ramatsariar:

La sangre encubre el misterioso secreto de la existencia, pues no hay forma orgánica que pueda vivir sin ella.

Además, el legislador hebreo, en consonancia con la tradición universal, prohibió comer la sangre de las víctimas sacrificiales. Paracelso afirma que los magos negros se valen de los vapores de la sangre para evocar a las entidades astrales que en este elemento encuentran el plasma conveniente para materializarse. Los sacerdotes de Baal se herían en el cuerpo para provocar con la sangre apariciones tangibles. En Persia, cerca de las factorías rusas de Temerchan-Shura y Derbent, los adherentes de cierta secta religiosa celebran sus ceremonias en locales cerrados, sobre cuyo pavimento extienden una espesa capa de arena. Van estos fanáticos vestidos de blancas y flotantes túnicas, con la cabeza descubierta y cuidadosamente afeitada. Forman en círculo y giran rápidamente hasta llegar al frenesí mántico, y en este estado se hieren unos a otros con cuchillos que a prevención traen consigo, y muy luego quedan con los trajes ensangrentados y dejan la arena empapada en sangre. Entonces, cada uno de los circunstantes se ve acompañado en la danza por una entidad astral con *pelos en la cabeza* que la distinguen de sus inconscientes evocadores (137),

CREENCIAS DE LOS YAKUTES

Antiguamente, las hechiceras de Tesalia mezclaban sangre de cordero y de niño para evocar espectros, y también a los sacerdotes se les enseñaba la evocación de los espíritus, aunque no por hechicería. Aun hay en Siberia una tribu llamada de los yakutes (138) que practica la hechicería como en tiempos de las brujas de Tesalia. Las creencias religiosas de esta tribu son un extravagante amasijo de filosofía y superstición. Adoran a un Dios único y supremo llamado Aij-Taion, a quien atribuyen la superintendencia de la creación sin que nada haya creado por sí mismo. Reside en el *noveno* cielo, y sus ministros, los dioses subalternos, moran en el *séptimo*, desde donde se manifiestan a las criaturas. Según les han revelado a los yakutes las divinidades de inferior categoría (139), el *noveno* cielo tiene tres soles y tres lunas y en su suelo hay cuatro lagos (140), pero no de agua sino de “suavísimo aire” (141). Aunque no ofrecen sacrificios a la suprema Divinidad, porque dicen que para nada los necesita, procuran mantener propicias a las divinidades subalternas, benéficas o maléficas, a las que

respectivamente llaman “dioses blancos” y “dioses negros”, sin considerarlos buenos o malos en sí mismos, sino que como todos están sujetos al supremo Aij-Taion y cada cual ha de cumplir el encargo que desde la eternidad le fue confiado, no son responsables del bien y el mal que ocasionen en este mundo.

Dan los yakutes una muy curiosa explicación de los sacrificios que a las divinidades subalternas ofrecen, diciendo que con ellos les facilitan el cumplimiento de su misión, y de esta suerte no puede por menos de quedar complacido el supremo Dios, pues siempre que un hombre ayuda a otro a cumplir su deber, contribuye con ello al mantenimiento de la justicia. Como quiera que los “dioses negros” están encargados de afligir a los hombres con enfermedades, desgracias y toda suerte decalamidades cuando transgreden la ley, les ofrecen sacrificios cruentos de víctimas animales, mientras que a los “dioses blancos” les dedican ofrendas puras, que suelen ser animales consagrados de propósito, cuya vida mantienen cuidadosamente.

Creen los yakutes que las almas de los muertos se convierten en sombras condenadas a vagar por la tierra hasta que se efectúa en ellas una mudanza favorable o adversa, cuyo proceso no saben ni pretenden explicar.

Las sombras de los buenos son *luminosas* y protegen y guardan a quienes amaron en la tierra. Las sombras de los malos son *tenebrosas* y gustan de dañar a quienes conocieron en vida, incitándoles al crimen y a las malas acciones. Reconocen los yakutes, como los antiguos caldeos, siete divinidades subalternas, que llaman *sheitanes* (142). Celebran los yakutes nocturnamente los sacrificios cruentos para evocar a las sombras tenebrosas y saber de ellas cómo aplacar su malignidad. Al efecto, necesitan derramar sangre sin cuyos vapores no podrían materializarse las sombras y aun fueran mucho más peligrosas, porque la sorberían de las personas vivas por medio de la transpiración (143). En cuanto a las sombras luminosas no sólo no hay necesidad de evocarlas, sino que les desagradaría la evocación, pues tienen la facultad de manifestarse sin ceremonia ni preparación alguna siempre que sea indispensable su presencia.

Aunque con diverso objeto, también se practica la evocación cruenta en algunos distritos de Bulgaria y Moldavia, especialmente en los lindantes con Turquía. La horrible esclavitud en que durante siglos han estado sujetos los cristianos de estos países acrecentó en ellos la superstición. El 7 de Mayo se celebra allí la *Trizna* o fiesta de los muertos. Al anochecer, multitud de personas de ambos sexos se encaminan procesionalmente cirio en mano al cementerio para rezar junto a las tumbas de sus deudos. Durante la dominación musulmana se celebraba esta fiesta todavía con mayor esplendor. Cada tumba tiene una especie de alhacena de medio metro de altura con cuatro estantes de piedra y dobles puertas de gozne, en donde se guarda el llamado ajuar del difunto, es decir, unos cuantos cirios y una lámpara de aceite que se enciende la noche de la fiesta y queda encendida hasta la misma hora del día siguiente. La lámpara de las tumbas pobres es de barro y la de las ricas de plata artísticamente repujada, con añadidura de imágenes muy adornadas de pedrería (144). Creen los búlgaros que todos los sábados del año y diariamente en las siete semanas que median entre la víspera de Pascua florida y la de la Trinidad vuelven a la tierra las almas de los muertos para comunicarse con los vivos, pedir perdón a quienes ofendieron y proteger a quienes amaron. Durante estas siete semanas arden las lámparas de las tumbas todos los sábados, y el 7 de Mayo, noche de la fiesta, derraman vino sobre las losas y queman incienso alrededor de ellas desde la puesta a la salida del sol.

NECROMANCIA ESLAVA

Esto por lo que toca a los habitantes de las ciudades, pues en los campesinos ofrece la fiesta señalados caracteres de evocación teúrgica. La víspera de la Ascensión acuden las campesinas búlgaras al cementerio de la aldea y encienden cirios, lámparas y fanales que colocan sobre trípodes junto a las tumbas y queman incienso cuyo perfume se difunde por algunas millas a la redonda. En honra y memoria de sus difuntos, cenan las familias en el mismo cementerio con sus amigos y reparten entre los pobres, según la posibilidad del donante, limosnas, raciones de vino y un aguardiente llamado *raki*. Al terminar la cena, se aproximan los convidados a la tumba y dan gracias al difunto por el obsequio. Cuando se marchan los extraños y sólo quedan los más parientes cercanos, se dice que la mujer más vieja de la familia procede a la ceremonia de la evocación. Tras fervorosas súplicas, insistentemente repetidas con el rostro pegado a la losa sepulcral, se pincha la mujer en el pecho izquierdo hasta que unas cuantas gotas de sangre saltan y caen lentamente sobre la tumba y dan a la entidad astral, errante por aquel paraje, el suficiente vigor para materializarse visiblemente durante algunos instantes y comunicarse con la teurga cristiana si tiene algo que decirle o si no limitarse a bendecirla, con lo que se desvanece la aparición hasta el año siguiente (145).

Bien pueden creer que en la naturaleza hay secretos terribles quienes como nosotros han presenciado casos análogos al del *znachar* ruso en que el mago no *puede* morir sin comunicar a su sucesor la palabra secreta, y así lo hacen los hierofantes de la magia blanca, pues parece como si la temible “Palabra de Poder” sólo pudiera confiarse en el supremo momento a un hombre de determinada región y categoría. En la antigüedad, cuando el brahmatma estaba a punto de aliviarse de la carga de la vida física, comunicaba el secreto a su inmediato sucesor, ya oralmente, ya por medio de un escrito encerrado herméticamente en un arca. Moisés posa sus manos en la cabeza de su discípulo Josué antes de morir en el monte Nebo. Aaron inicia a Eleazar en el monte Hor. Gautama promete a sus discípulos poco antes de morir infundirse en quien de ellos más lo mereciera, y en seguida abraza al predilecto Ananda, murmura algo a su oído y muere. El apóstol San Juan reclina la cabeza sobre el pecho de Jesús, quien le dice que ha de “esperar” hasta que Él vuelva. Como las hogueras encendidas en las cumbres dan aviso de una a otra comarca, así también desde los albores de la historia hasta nuestros días se ha ido transmitiendo de sabio en sabio la Palabra sagrada, que al relampaguear en los labios del que se va concede la visión al que le sucede. Y entretanto se destrozan las naciones en nombre de otra palabra sin sentido, superpuesta y torcidamente interpretada por cuantos la invocan.

PRÁCTICAS DE LOS YEZIDIS

Pocas sectas hay que verdaderamente practiquen la magia negra. Entre ellas se cuenta la de los yezidis, a quienes erróneamente a nuestro entender se les considera emparentados con los kurdos. Habitan en las montañosas y áridas comarcas de la Turquía asiática, Armenia, Siria y Mesopotamia en número de unos 200.000, y de sus tribus son las más peligrosas las de las cercanías de Bagdad, diseminadas por las montañas de Sindjar. El jefe de estas tribus tiene su residencia fija junto a la tumba de Adi, su profeta y reformador religioso, pero en cada tribu hay un jefe o cheique particular, elegido entre los más expertos en magia negra. El profeta Adi o Ad es personaje mítico sin realidad histórica, y equivale en concepto al *Ab-ad* de los parsis y al *Adi-Buddha* de los indos, aunque degenerativamente antropomorfizado.

Tienen fama los yezidis de adoradores del demonio, y no precisamente por ignorancia o preocupación practican el culto y establecen el trato con las más perniciosas entidades, tanto elementarias como elementales, sino que convencidos de su maldad y temerosos de ellas

tratan de mantenerlas propicias. Dicen que si bien el jefe de los espíritus malignos está en perpetua querella con Alah, ha de llegar día en que se pongan en paz, y entonces sufrirán las consecuencias de su desvío quienes se lo hayan mostrado al espíritu negro, con lo que tendrán a los dos en contra suya (146).

Se han imaginado los yezidis todo un pandemonio (147), y recurren a los yakshas (espíritus del aire) y a los afrites (espíritus del desierto) para transmitir sus ruegos a Satán, el rey del averno. En sus asambleas cultuales se toman los yezides de las manos y forman amplísimos corros en cuyo centro se sitúa el cheique o sacerdote, quien manos en alto entona un himno en loor de Sheitan (Satán), mientras los del corro voltean y saltan y mutuamente se hieren con puñales hasta caer algunos exánimes, pues las heridas que se infieren son más profundas que las de los lamas y yoguis del Tíbet y la India. Durante la ceremonia suplican con grandes voces a Sheitan que se manifieste por medio de prodigios, y como celebran estas asambleas por la noche, suelen obtener algunas manifestaciones fenoménicas, entre ellas la de enormes globos de fuego que luego toman figura de extraños animales.

Según testimonio de un *ockhal* druso, la señora Ester Stanhope, verdadera autoridad en la masonería de Oriente, presenció disfrazada en traje de emir las ceremonias de los yezidis llamadas “misas negras”, y a pesar de sus animosos bríos se desmayó a la vista de aquel espectáculo y mucho trabajo hubo para volverla en su sentido (148).

Un periódico católico publicó recientemente un artículo sobre las prácticas del nagual y del obed, modalidades de magia negra, y dice que la república de Haití es el centro de sociedades secretas en cuyos abominables ritos de iniciación se sacrifican niños que después devoran los circunstantes. El articulista aduce por otra parte el testimonio del viajero francés Pirón, quien presenció en Cuba una terrible escena en casa de cierta señora de quien nadie hubiera sospechado que perteneciese a tan monstruosa secta. Actuaba de sacerdotisa una muchacha de raza blanca que enteramente desnuda se puso en frenesí mántico por medio de danzas y hechizos acompañadas del sacrificio de dos gallinas, respectivamente blanca y negra. Una serpiente domesticada al efecto se fue enroscando en el cuerpo de la muchacha al son de un instrumento músico, mientras parte de los fieles acompañaba a ésta en sus danzas y otra parte seguía atentamente todos sus movimientos y contorsiones, hasta que al fin cayó al suelo presa de un ataque epiléptico.

El articulista en cuestión deplora que ocurran semejantes escenas en países cristianos, y achaca a *la natural depravación del corazón humano* la tenaz persistencia en la demonolatría de los antepasados, por lo que excita el celo de los católicos para atajar tan grave mal.

Sin embargo, el articulista, que no repara en dar por cierta la paparrucha de la inmolación de niños en las referidas ceremonias de magia negra, olvida que precisamente de la fe brotan los héroes y los mártires de las creencias de un pueblo prevalecientes contra las más enconadas y sangrientas persecuciones, al paso que es un pueblo de apóstatas y renegados el que se convierte a religión distinta de la de sus antepasados. Una religión impuesta por violencia, forzosamente ha de fomentar la hipocresía.

En apoyo de esta verdad acude la respuesta que unos indos dieron al misionero Margil cuando éste les preguntó: “¿Cómo sois tan paganos después de haber sido tanto tiempo cristianos?”. A lo que respondieron los preguntados: “¿Qué haríais vos si los enemigos de vuestra fe invadieran vuestro país? ¿No esconderíais vuestros libros, ornamentos y símbolos religiosos en las más ocultas cuevas de las montañas? Pues así han hecho nuestros sacerdotes, profetas, adivinos y naguales”.

Si un católico respondiera de esta suerte a parecida pregunta de un cismático griego o de un hereje protestante, de seguro que se ganaría un lugar en el martirologio romano. Preferible a un cristianismo cuyos progresos exigen la desaparición de países enteros como barridos por tromba de fuego (149), es una religión como la japonesa sintoísta, que aunque la

llamen pagana mereció de San Francisco Javier la opinión de que “en virtud y honradez aventajaban sus fieles a cuantas naciones había visto”.

La embriaguez y la inmoralidad en todas sus formas son las consecuencias inmediatas en los indos que apostatan de la fe de sus padres y se convierten a una religión formulista.

INFLUENCIA CLERICAL EN LA INDIA

Para saber lo que está haciendo el cristianismo en India, no necesitamos recurrir al testimonio de sus adversarios, pues un cristiano, el capitán O’Grady, que ha servido en la India, dice sobre el particular:

> El gobierno británico comete una torpeza al consentir que los naturales del país se conviertan de sobrios en beodos. Las religiones induísta, budista y musulmana prohíben las bebidas espirituosas, y no obstante se va extendiendo cada día más el vicio de la embriaguez... La venta de licores, monopolizada por el gobierno al estilo del tabaco en España, ha ocasionado en la India males tan hondos como el comercio del opio fomentado en China por la codicia británica... Generalmente, los criados forasteros de las familias europeas son beodos incorregibles; pero los criados del país detestan la bebida y son, desde este punto de vista, más dignos de respeto que sus amos, pues allí todo el mundo bebe, sin exceptuar los clérigos de toda categoría y aun las colegialas de pocos años.

Estas son las bendiciones que el moderno cristianismo derrama en el país con sus biblias y catecismos. La embriaguez de los licores y de la lujuria estragan con su influencia el Indostán, la China y Tahití, con el agravante del mal ejemplo dado por la hipocresía religiosa y el escepticismo ateo, como si estos corrosivos de las naciones *civilizadas* fueran todo cuanto necesitaran los países sometidos al pesado yugo teológico, mientras que por otra parte se adultera deliberadamente, cuando no se niega sin escrúpulo todo cuanto de noble, elevado y espiritual alentó en la genuina religión cristiana.

Si leemos lo poco que de San Pablo queda en los escritos atribuidos a su mano, no encontraremos ni un pasaje en que el valiente, honrado y sincero apóstol dé a la palabra *Cristo* otro significado que el de la divinidad latente en el hombre. Según San Pablo, no es Cristo una persona sino la encarnación de una idea, y así dice:

> Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento y vestíos del hombre nuevo (150).

Fue Pablo el único apóstol que comprendió el sentido esotérico de las enseñanzas de Jesús, aunque nunca estuvo en directo trato con él; pero era adepto, y decidido a iniciar una nueva y amplísima reforma que abarcara a la humanidad entera, antepuso este propósito a la sabiduría de los Misterios y de su epopteia o revelación final, por lo que, como acertadamente dice Wilder, el verdadero fundador del cristianismo no fue Jesús sino Pablo, y en Antioquía empezaron a llamarse cristianos los fieles de la nueva religión (151). Oigamos sobre el particular a Wilder:

> Hombres como Ireneo, Epifanio y Eusebio son tristemente célebres por sus falsificaciones y deshonrosos procedimientos de impostura, y el corazón se encoge al escuchar el relato de los crímenes cometidos en aquella época... Cuando los musulmanes invadieron la Siria y el Asia Menor, recibiéronles los cristianos como a libertadores de la insoportable opresión en que les tenían las autoridades eclesiásticas (152).

Nunca divinizaron los musulmanes a Mahoma, y sin embargo, el prestigio de su nombre ha bastado para que millones de creyentes adoren al único Dios con fe incomparablemente más

ardorosa que la de los cristianos, aunque desde la época del profeta hayan degenerado lastimosamente sus sentimientos religiosos. Al fin y al cabo esto es consecuencia del actual prevalecimiento de la materia sobre el espíritu en el mundo entero, y tanto como los musulmanes han degenerado los cristianos, porque bien debieran venerar la figura de Jesús (para ellos mil veces superior a la de Mahoma) siguiendo su ejemplo y practicando sus enseñanzas en vez de adorarle ciegamente como Dios, al estilo de ciertos budistas que echan a la suerte sus plegarias. Notoria es la esterilización de la fe cristiana, y así le cuadra el nombre de cristianismo tan siniestramente como cuadraría el de budismo al culto fetichista de los kalmucos.

CRISTO SEGÚN EL APÓSTOL PABLO

Sobre esto dice Wilder:

El cristinismo moderno no se parece a la religión predicada por Pablo, pues carece de su amplitud de miras, su severidad y sutilísima percepción espiritual. En cada país asume el moderno cristianismo la modalidad adecuada a las características étnicas, y así es el mismo en Italia y España, pero difiere completamente en Francia, Alemania, Holanda, Suecia, Inglaterra, Rusia, Armenia, Kurdistán y Abisinia.

Comparado con las religiones que le precedieron, ofrece el cristianismo más discrepancias externas que internas. Las gentes anochecieron paganas y amanecieron cristianas. En cuanto al *Sermón de la Montaña*, no hay país cristiano que obedezca sus preceptos, pues tan frecuentes como en tiempos del paganismo son hoy la opresión, la crueldad y la barbarie.

Contra el cristianismo de Pablo prevaleció el de Pedro, que a su vez quedó influido por las demás religiones del mundo. Cuando la humanidad adelante lo suficiente en su evolución espiritual y a las razas bárbaras sucedan otras de más nobles costumbres, entonces podrán concretarse en realidad los puros ideales del cristianismo.

El concepto que del *Cristo* tuvo Pablo ha sido un enigma muy costoso de descifrar, pues era algo más que el Jesús de los *Evangelios*, de cuyas genealogías prescindió por completo el apóstol de los gentiles. El autor del cuarto *Evangelio*, que indudablemente fue un gnóstico alejandrino, representa a Jesús como la encarnación del divino Espíritu. Es el Logos, la Emanación primaria, el Metratón. La madre de Jesús, como la princesa Maya y las vírgenes Danae y Periktioné, no concibió un hijo del amor humano, sino del amor divino. Ni los judíos ni los primitivos cristianos ni los mismos apóstoles habían tenido de Jesús este concepto. En cambio, Pablo habla de Cristo más bien como de un personaje que como de una persona. en las asambleas secretas solían representarse la bondad y verdad divinas en forma de un hombre asediado por las pasiones y apetitos de la carne, pero superior a ellos. Esta alegoría dio pretexto a los sacerdotes ignorantes y a gentes de mezquina mentalidad para forjar el dogma de la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo.

Entresacaremos ahora un pasaje de la obra que sobre el reino de Siam publicó en 1693 el señor de la Loubère, embajador del rey de Francia en aquel país, pues da en ella interesantes noticias de la religión siamesa y del redentor Sommona Cadom. Dice así:

Aunque los siameses diputan por prodigioso el nacimiento de su Salvador, le atribuyen padre y madre (153). Según los libros balis (152), fue su madre *Maha-María*, que me parece significa *Gran María*, ya que maha quiere decir grande. Esta coincidencia ha llamado la atención de los misioneros, y dio motivo a los siameses para creer que Jesús era hermano de Sommona-Cadom (pues también se lo representan como hijo de María); pero el hermano perverso, a quien ellos llaman Thevetat, y que por ello fue crucificado, padece en el infierno un suplicio semejante al de la cruz... Los siameses esperan el advenimiento de otro Salvador, tan prodigioso como Sommona-Cadom, a quien llaman Pronarote y de quien dicen fue profetizado por Sommona.

Mientras este último estuvo en la tierra, operó toda clase de prodigios y tuvo dos discípulos: *Maglia y Scaribut*, cuyas imágenes se ven respectivamente a la derecha y a la izquierda del ídolo de Sommona.

El padre del Salvador siamés era, según dicen los mismos libros *balis*, rey de Tevelanca como ellos llaman a Ceilán. Sin embargo, los libros *balis* no llevan fecha ni nombre de autor, y así no tienen más autoridad que la de cualquier otra tradición de origen desconocido (153).

Este último argumento es tan infantil como deleznable, pues si a comparar fuésemos no hay en el mundo obra tan dudosa respecto a fechas, autores y texto como la *Biblia* hebreo-cristiana. Desde este punto de vista, tanta razón tienen los siameses para creer en su milagroso Sommona-Cadom como los cristianos para creer en el prodigioso nacimiento de su Salvador. Además, no les asiste a los misioneros cristianos más valiosa razón para infundir sus creencias a los siameses o cualquier otro pueblo que la que les asistiría a los budistas para convertir al budismo a los franceses e ingleses a filo de espada. Aun en la librepensadora Unión Americana se expondría un misionero budista a continuos insultos, y en cambio los misioneros cristianos escarnecen públicamente la religión nacional de los países en que actúan, sin que ni brahmanes ni lamas ni bonzos tengan siempre libertad para replicarles. Ciertamente, no es así como se disipan las *tinieblas* del paganismo con la *luz* del cristianismo y de la civilización.

INSINUACIONES DE LOUBÈRE

Sin embargo, esta agresividad contra millones de hermanos nuestros que tan sólo desean que se les deje en paz, era la tónica fundamental de la propaganda religiosa en el siglo XVII, según se infiere de las jesuíticas observaciones apuntadas sobre el particular por el señor de la Loubère en su ya referida obra, donde dice:

De lo expuesto acerca de las creencias de los orientales, resulta fácil de comprender cuán magna es la empresa de convertirlos a la religión cristiana. De aquí la necesidad de que los misioneros conozcan perfectamente las costumbres y creencias religiosas de estos pueblos. Porque así como los apóstoles y primitivos cristianos, no obstante ver apoyada su predicación con tantos prodigios, no revelaron de una vez a los paganos los adorables misterios de nuestra religión, sino que por largo tiempo ocultaron aun a los mismos catecúmenos el conocimiento de todo cuanto pudiera escandalizarles, así también me parece muy puesto en razón que los misioneros, faltos del don de milagros, no descubran desde luego a los orientales ni todos los misterios ni todas las ceremonias del cristianismo.

Por ejemplo; sería conveniente, salvo mejor opinión, enseñarles con suma prudencia el culto de los santos, y por que toca al conocimiento de Jesucrito, no hablarles del *misterio de la Encarnación* hasta que estuviesen convencidos de la existencia de Dios. Porque ¿cómo persuadir a los siameses de que echen de sus altares a Sommona Cadom, Mogla y Scaribut para colocar a Jesús, Pedro y Pablo? Fuera conveniente no representarles la imagen de Cristo crucificado sin enseñarles antes la posibilidad de que un hombre sea *inocente* y sin embargo *desgraciado*, y que en virtud del principio por ellos mismos admitido de que el inocente puede asumir la responsabilidad del culpable, era necesario que *Dios* se hiciese *hombre* con objeto de que este *Dios-hombre* redimiese por el voluntario sacrificio en afrentosa muerte los pecados de todos los hombres; pero antes sería preciso sugerirles la idea del Dios creador justamente indignado contra los hombres. Así no escandalizaría a los siameses el sacramento de la Eucaristía, como escandalizó a los paganos europeos, tanto más por cuanto estos indígenas no creen que los talapines puedan comerse a la mujer e hijos de Sommona-Cadom.

Por el contrario, como los chinos respetan escrupulosamente a sus padres, no dudo de que si se les diera a leer el *Evangelio*, les escandalizaría aquel pasaje en que Jesús desdeña a su madre y hermanos, y les ofenderían aquellas otras palabras en que Jesús dice: “Deja que los muertos entierren a sus muertos”.

Sabidos son los reparos que los japoneses pusieron al dogma de la condenación eterna que les enseñaba San Francisco Javier, pues se resistían a creer que sus antepasados estuviesen condenados por no profesar el cristianismo del que jamás oyeron hablar.

Parece necesario, por lo tanto, imitar al insigne apóstol de las Indias estableciendo ante todo la idea de un Dios omnipotente, omnisciente, justo, autor de todo bien y único digno de adoración, por cuya voluntad hemos de respetar a los reyes, obispos, magistrados y padres.

Suficientes son estos ejemplos para representar la necesidad de predisponer cautelosamente el ánimo de los orientales a fin de que acepten sin repugnancia los dogmas de la fe cristiana (156).

Pero si prescindimos de la figura de Jesucristo, ¿qué les queda por predicar a los misioneros? Sin el Salvador desaparece la redención, la muerte en cruz por los pecados del mundo, el *Evangelio* entero, el dogma de la condenación eterna. Además, faltos del don de milagros, no tienen los misioneros jesuitas a su disposición más que el polvo de los santuarios paganos para cegar con él a los siameses. Cruel en verdad es el sarcasmo de borrar los rasgos característicos del cristianismo para que lo acepten unas gentes cuya moral religiosa no les consentiría aceptarlo íntegramente. Necesariamente ha de tener algo erróneo una religión que no puede resistir la crítica espontánea de un pueblo leal, honrado, piadoso, modelo de ternura filial y profundamente temeroso de Dios. Así lo va demostrando poco a poco el tiempo.

LA LEYENDA DE SAN JOSAFAT

En la expoliación que sufrió el budismo para nutrir la nueva religión cristiana, era de esperar que los expoliadores no descuidaran de aprovecharse de la figura de Gautama para llenar los huecos dejados en la legendaria historia de Jesús, después de servirse al mismo efecto de la de Krishna. Así es que incluyeron en el santoral romano y en la *Leyenda de Oro* al reformador indo con el nombre de San Josafat, digno compañero de impostura de los santos Longino, Anfíbolo, Aura y Plácida (157). Posteriormente trataron algunos hagiógrafos de dar autenticidad a este santo apócrifo, y una de las invenciones más curiosas fue la de convertirle en Josué, el hijo de Nun; pero por fin resolvieron copiar *literalmente* de los libros budistas la vida de Gautama para adscribírsela a San Josafat, sin más alteración que los nombres de los personajes (158).

El historiador Couto fue el primero en descubrir el plagio, aunque, según Müller, Laboulaye dio la primera noticia acerca de la identidad de ambas biografías (159). No nos detendremos a considerar estas insulseces clericales que dejaron perplejo a Dominico Valentyn, quien dice entre otras cosas:

Hay algunos que tienen a este Budhum por un judío fugitivo de Siria. Otros le creen discípulo del apóstol Santo Tomás, pero no se comprende cómo pueda ser esto si por otra parte fijan en 622 años antes de J. C. el nacimiento del supuesto santo. Diego de Couto opina que fue Josué, lo cual me parece todavía más absurdo.

Por su parte añade Yule:

La novela religiosa intitulada: *Vidas de Barlaam y Josafat*, fue durante algún tiempo una de las obras más populares de la cristiandad. Se tradujo a muchos idiomas europeos, entre ellos el escandinavo y el eslavo... Aparece por vez primera esta leyenda en las obras de San Juan Damasceno que floreció en la primera mitad del siglo VIII (160).

Aquí está ciertamente la explicación del enigma, pues San Juan Damasceno, antes de su conversión al cristianismo, desempeñó un elevado cargo en la corte del califa Abu-Jafar-Al-

Manzor, en donde sin duda oiría esta leyenda y la acomodaría a las ortodoxas exigencias de la metamorfosis de Gautama en santo de la Iglesia romana.

El historiador Diego de Couto dice por su parte:

> Los gentiles han dedicado a Buda magníficas pagodas por toda la India. Respecto a esta leyenda, hemos inquirido diligentemente si entre los escritos de aquellos paganos había alguna noticia de San Josafat que fue convertido a la fe por Barlaam, y era hijo de un poderoso rey de la India con todas las particularidades que de Buda se cuentan.
>
> En mi viaje por la isla de Salsette fui a visitar la rara y admirable pagoda de Kânhari a que los portugueses llamamos Canará, edificada en la cumbre de una montaña con muchos recintos excavados en la roca viva. Le pregunté a un anciano quién había mandado construir tan soberbia obra, y me respondió que sin duda el padre de San Josafat para tenerle allí preso como en su vida se refiere. Y puesto nos dice esta su biografía que fue hijo de un poderoso rey de la India, bien pudiera ser el Buda de quien tantas maravillas se cuentan (161).

La leyenda cristiana está tomada en casi todos sus pormenores de la budista tradición ceilanesa, pues de Ceilán era rey el padre de Gautama, a quien recluyó en un soberbio palacio erigido al efecto con toda suerte de comodidades y placeres que le hiciesen apetecible la vida. Marco Polo refiere la historia de Buda tal como la oyó de labios de los ceilaneses, y hoy se ha echado de ver que el relato del intrépido navegante concuerda fielmente con los diversos textos budistas. Apunta ingenuamente Marco Polo que Gautama llevó tal vida de mortificaciones, abstinencias y santidad *como si hubiese sido cristiano*, y de serlo de seguro que tuviera en él Jesucristo uno de sus más ilustres santos por la bondad y pureza de su vida.

Añade a eso el coronel Yule que no es Marco Polo el único personaje de nota cuyo huicio se rinde ante la santidad de Gautama, pues sobre el particular dice Max Müller:

> Sea cual sea el concepto que tengamos de la santidad, quien dudase del derecho de Buda a figurar entre los santos, lea la historia de su vida en los cánones budistas. Si vivió como allí se refiere, pocos santos tienen tanto derecho a este título como Buda, y ni griegos ni latinos deben arrepentirse de haber conferido a su memoria los honores de la santidad conferidos a San Josafat, el príncipe asceta.

LAMAÍSMO Y CATOLICISMO

Nunca como en el siglo XIII, durante el reinado del kan Kublai, tuvo la Iglesia romana tan favorable oportunidad de cristianizar la China, el Tíbet y la Tartaria, pues dicho monarca anduvo algún tiempo perplejo en escoger entre el cristianismo, el islamismo, el judaísmo y el budismo, y aunque parecía inclinarse al cristianismo, movido de la elocuencia de Marco Polo, fracasaron las gestiones de éste a consecuencia de haber muerto por entonces el pontífice Clemente IV y haber durado el interregno algunos meses, de modo que no fue posible enviar los misioneros pedidos por el kan Kublai. Para quienes creen en la Providencia que gobierna nuestro ínfimo mundo, fue indudablemente motivado aquel contratiempo, porque sin la oportuna muerte del pontífice de seguro hubiesen caído los budistas en el idolátrico formulismo romano. Esto demuestra que en los providenciales designios aventaja el budismo al cristianismo.

La religión budista ha degenerado en lamaísmo en la Tartaria y el Tíbet; pero aun con todos sus defectos de pura ceremonia, que escasamente afectan a la esencialidad de la doctrina, es muy superior al catolicismo romano.

El abate Huc no tardó en convencerse de ello y escribe sobre el caso:

> A medida que con mi caravana me internaba en el país, me decían los naturales que cuanto más adelantase hacia Occidente, más puras y luminosas enseñanzas religiosas hallaría.

Lha-Ssa era el intenso foco de luz cuyos rayos se debilitaban al difundirse lejanamente. Cierto día le di a un lama tibetano un catecismo de la doctrina cristiana, y me maravillé de que no le pareciese extraño, pues dijo que tenía mucha semejanza con las creencias de los lamas del Tíbet, entre las cuales eché de ver maravillado los dogmas de la unidad de Dios, la Encarnación y la presencia real en la Eucaristía... Este desconocido aspecto de la religión budista me inclinó a esperar que encontraría entre los lamas del Tíbet un más puro sistema religioso (162).

Precisamente por estos encomios del lamaísmo retiró el Papa las licencias al abate Huc y puso su obra en el índice expurgatorio.

Preguntado más tarde el kan Kublai por qué no había elegido por religión oficial la cristiana, a pesar de parecerle la mejor de las cuatro, respondió:

¿Cómo queréis que me declare cristiano? Hay cuatro profetas mayormente venerados en todo el mundo. Los cristianos dicen que su Jesucristo es Dios. Los musulmanes veneran a Mahoma; los judíos a moisés; los budistas a Sogomon Borkan (163), que es el primer dios entre sus ídolos. Pues bien, yo adoro y venero a los cuatro, y ruego al mayor de ellos que me conceda su auxilio.

Podemos reírnos del cauteloso proceder del kan de Tartaria; pero no vituperarle por dejar a la Providencia el cuidado de resolver tan embarazoso conflicto ni tampoco por las razones siguientes que expuso a Marco Polo:

Tú ves que los cristianos de estos países son muy ignorantes y no saben hacer nada, al paso que los budistas hacen cuanto les place; y cuando me siento a la mesa vienen a mis labios las copas sin que nadie las toque y bebo de ellas. Dominan las tormentas de modo que las desvían a su arbitrio, reciben avisos y predicciones de boca de los ídolos y operan muchas otras maravillas. Por otra parte, si me convirtiese al cristianismo, mis nobles me preguntarían qué poderes he visto en los cristianos parra moverme a la conversión, pues ya sabes que los budistas atribuyen cuantos prodigios operan a la santidad de sus ídolos. A esta objeción no sabría yo qué responderles, y en vez de convertirlos les confirmaría en su error, y como son gente experta en artes milagrosas, tal vez maquinarían mi muerte. Así pues, vete a ver al sumo pontífice de tu religión y ruégale de mi parte que envíe por acá un centenar de varones versados en vuestra ley; con lo que si son capaces de rebatir frente a frente las prácticas de los budistas y demostrarles que también saben ellos, pero que no quieren, operar tales prodigios, porque se deben al valimiento del demonio y de los espíritus malignos. Si además son capaces de dominar en mi presencia a los budistas de modo que no puedan estos obrar maravilla alguna, entonces aboliré el culto de su religión, y yo y todos mis nobles recibiremos el bautismo, con lo que habría más cristianos en estos países que en los vuestros (164).

¿Por qué no aceptaron los cristianos tan razonable proposición? Moisés no vaciló en afrontar la misma prueba ante el Faraón contra los magos egipcios y salió airoso de ella. A nuestro entender, aquel inculto mogol discurría con admirable intuición e irrebatible lógica, pues echaba de ver que, ya fuese un hombre cristiano, musulmán, judío o budista, era indistintamente capaz de educir sus potencias espirituales y llegar por medio de su respectiva fe a la percepción de la verdad suprema. Por esto pedía una prueba evidente de la virtualidad de la religión que había de escoger para su pueblo.

Aunque tan sólo juzguemos a la India por sus prestidigitadores e ilusionistas, forzoso es reconocer que aventaja a las academias europeas en conocimientos físicoquímicos y psíquicosfísicos, sin contar los fenómenos de indudable autenticidad psíquica producidos por algunos fakires del sur del Indostán, los saberones del Tíbet y los hobilanos de Mongolia. La fenomenotecnia ha llegado en aquellos países a un punto de perfección que jamás alcanzó en otro alguno (165), y aunque la mayoría de los extranjeros que residen o viajan por la India se figuren que estos fenómenos son juegos de prestidigitación, no faltan europeos que han tenido

la rara fortuna de situarse *tras el velo* de las pagodas y conocen, por lo tanto, la causa eficiente de los fenómenos operados en las asambleas secretas de la India. Algunos, aunque pocos europeos, han estado en el *mahâdevas-sthanam* (166) de las pagodas.

REFERENCIAS DE JACOLLIOT

No sabemos si el fecundo Jacolliot (167) pudo entrar en uno de estos recintos; pero lo dudamos en vista de las muchas fantasías que relata acerca de la inmoralidad de las ceremonias induístas, de los fakires y aun de los sacerdotes budistas, reservándose para sí el papel del casto José.

De todos modos, es evidente que los brahmanes no le descubrieron ningún secreto, pues al hablar de los prodigios operados por los fakires, dice:

> Practican las ciencias ocultas en la soledad de las pagodas bajo la dirección de los brahmanes iniciados... Y nadie ha de sorprenderse de ello ni creer que las ciencias ocultas abren las puertas de lo sobrenatural, pues si bien hay fenómenos tan extraordinarios que desafían toda investigación, no hay ninguno que no pueda explicarse con arreglo a las leyes naturales.

Verdaderamente, todo brahmán iniciado sería capaz de explicar cualquiera de estos extraordinarios fenómenos; pero de seguro que *rehusará explicarlos*. En cambio, todavía esperamos que las profanas lumbreras de las ciencias físicas expliquen siquiera el más vulgar fenómeno de los producidos por un fakir adscrito a una pagoda.

Dice Jacolliot:

> No me sería posible relatar cuantas maravillas he presenciado; pero baste decir que el magnetismo y espiritismo de los europeos está todavía en el abecé de las operaciones fenoménicas, mientras que los brahmanes han logrado efectos de todas veras sorprendentes. Al presenciar estas extrañas e innegables manifestaciones, cuya causa operante mantienen los brahmanes *tan cuidadosamente oculta*, se rinde la mente al vasallaje de lo maravilloso, y no hay otra solución que marcharse de allí para romper el hechizo.
>
> La única explicación que pude obtener de un erudito brahmán amigo mío fue la siguiente: "Vosotros habéis estudiado la naturaleza física cuyas leyes han puesto en vuestras manos el vapor y la electricidad; pero hace más de veinte mil años que estudiamos nosotros las fuerzas mentales y hemos descubierto sus leyes de suerte que, bien por actuación independiente, bien en armonía con la materia, obtenemos resultados mucho más asombrosos que los vuestros".
>
> Por mi parte he visto cosas que no referiré por recelo de que el lector las dipute disparatadas, y verdaderamente se comprende al presenciarlas que los antiguos creyeran en los demonios obsesores y en el exorcismo (168).

Sin embargo, este irreconciliable enemigo de las supercherías religiosas de todos los países y del clero de toda confesión, incluso brahmanes, lamas y fakires, no deja de reconocer la superioridad de las ceremonias induístas y budistas respecto de las ridículas presunciones de la liturgia romana, y al describir las horribles torturas que se infligen los fakires, exclama en un momento de justa indignación:

MENDICANTES Y MENDIGOS

> Estos brahmanes mendicantes, estos fakires, aparecen, sin embargo, magníficos en su martirio cuando se azotan, se arrancan trozos de carne y bañan el suelo con su sangre. Pero ¿qué hacéis vosotros, carmelitas, capuchinos y franciscanos, fanáticos sin fe y mártires sin tortura? ¿De qué os sirven los cordones de nudos, los pedernales, los cilicios, las disciplinas, los pies descalzos, sino de cómica

mortificación para bañaros en agua de rosas? ¿No hay derecho de preguntaros si obedecéis la ley de Dios al encerraros en los muros conventuales para eludir la ley del trabajo que pesa sobre los demás hombres? ¡Atrás! Sois unos mendigos.

Pero basta ya. Demasiado nos hemos ocupado en ellos y su embrollada teología, sin que ni unos ni otra hayan resistido el repeso en las balanzas de la historia, de la lógica y de la verdad, pues incapaces sus sacerdotes de probar con obras que recibieron potestad divina fomentan el ateísmo, la desesperación y el crimen. Día feliz para la humanidad fuera el en que el clericalismo dogmático desapareciese de la faz de la tierra tan fácilmente como de la vista del lector. Entonces igualarían Nueva York y Londres en moralidad a las ciudades no intervenidas por cristianos, y París no correría pareja con la antigua Sodoma. Cuando los católicos y protestantes se convenzan, cual lo están induístas y budistas, de que toda mala acción ha de tener irremisiblemente su castigo y toda buena acción su recompensa, emplearán en *convertir a los infieles* de Occidente las cuantiosas sumas con que hoy subvencionan a los misioneros de Oriente, cuya efectiva misión es despertar en los países no cristianos el odio a la cristiandad.

En comprobación de la filosofía ocultista examinaremos como término de nuestra tarea algunos fenómenos de que en diversos países hemos sido oculares testigos y todo viajero puede corroborar personalmente. Desaparecieron los pueblos antiguos, pero subsiste la primieval sabiduría asequible para cuantos quieran, sepan y puedan mantenerla en sigilo.

CAPÍTULO V

Mi grande y noble capital, mi Daltu espléndidamente adornada. Y tú, ¡oh Shangtu-Keibung!, mi fresca y deleitosa residencia vernal. ¡Ay de mi nombre, soberano del mundo! ¡Ay de mi Daitu, sede de santidad, obra gloriosa del inmortal Kublaf! ¡Todo, todo lo perdí!

YULE: *Libro de Marco Polo*.

En cuanto a lo que dicen quienes extravían a muchos, asegurándoles que una vez separada el alma del cuerpo no sufre ni es consciente, ya sé que no te consentirá creerlos tu buen fundamento en las doctrinas recibidas de nuestros antepasados y confirmadas en las sagradas orgías de Dionisio; porque muy conocidos nos son los símbolos místicos a cuantos pertenecemos a la Fraternidad.-PLUTARCO.

El hombre es el problema de la vida. La Magia, o mejor dicho, la Sabiduría es el pleno conocimiento de las internas facultades del ser humano, que son emanaciones divinas. Así por intuición percibe el hombre su origen y se inicia en este conocimiento. Empezamos con el instinto y nuestro término es la omnisciencia.-WILDER.

Quien sabe, puede.-Libro induísta de la evocación.

Si algún extraño a la metafísica o a la mística hubiese llegado hasta aquí en la lectura de esta obra, le aconsejaríamos que no se tomara el trabajo de pasar adelante, pues si bien todo cuanto a decir vamos es absolutamente cierto, lo diputaría sin duda por imposturas y ficciones.

LOS PRINCIPIOS DE LA MAGIA

Para comprender los fundamentos de las naturales leyes a que obedecen los fenómenos cuya descripción nos proponemos, es preciso recapitular las reglas básicas de la filosofía esotérica, conviene a saber:

1.ª Los fenómenos llamados milagros no son tales milagros, sino efectos de una ley eterna, inmutable y continuamente activa (1).

2.ª La naturaleza es trina. En su elemento invisible es arquetipo, energía y vitalidad del objetivo y visible. Ambos son mudables y perecederos en subordinación al tercero y espiritual elemento que es la única, inmutable y eterna realidad, fuente, origen y raíz de toda energía.

3.ª El hombre es trino. Su elemento objetivo es el *cuerpo* físico; su elemento invisible es el *alma*; su elemento superior es el *espíritu* inmortal que ilumina y cobija a los dos elementos subordinados. Cuando el *alma* se identifica con el *espíritu*, alcanza el hombre la inmortalidad.

4.ª La magia es la *ciencia* de actuar espiritualmente en el cuerpo físico de conformidad con los principios reguladores de la actividad del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia.

5.ª La magia es también el *arte* de practicar los principios reguladores de la actividad del espíritu. La siniestra aplicación de esta práctica es *hechicería*. La recta aplicación de esta práctica es *sabiduría*.

6.ª El dediumnismo es la antítesis del adeptado. El médium es pasivo instrumento de influencias ajenas. El adepto se domina a sí mismo y subyuga a las potestades inferiores.

7.ª El adepto puede saber ciertamente todo cuanto hasta ahora ha ocurrido en el mundo, porque todo suceso queda registrado en los anales de la luz astral.

8.ª Las cualidades espìrituales difieren en los hombres según la raza, tanto como las cualidades físicas de color, estatura, fisonomía, etc. En algunos países prevalece el don de profecía; en otros, la mediumnidad; en algunos, la hechicería (2).

9.ª Por medio de los conocimientos mágicos es posible que el *alma* (3) se separe del *cuerpo físico*. Sin embargo, esta separación es *involuntaria e inconsciente* en los médiums y *voluntaria y consciente* en los adeptos (4).

10.ª La piedra angular de la magia es el profundo conocimiento práctico del magnetismo y la electricidad con todas sus propiedades, correlaciones y efectos en el reino animal y en el humano.

Hasta aquí las reglas de filosofía esotérica, que necesitan los consiguientes comentarios.

Cuando el hombre se desprende interinamente de su cuerpo físico para actuar en el astral, se substrae también a las condicionalidades de tiempo y espacio. El taumaturgo profundamente versado en ciencias ocultas puede hacer invisible su cuerpo físico o asumir proteicamente la forma objetiva que le plazca, mediante la hipnótica alucinación ejercida en los sentidos de los circunstantes (5).

Pero si el vehículo astral no encuentra obstáculos en su movimiento, el cuerpo físico está sujeto a los medios ordinarios de locomoción, aunque es posible levitarlo en determinadas condiciones magnéticas (6). En ciertos casos y circunstancias cabe transportar la materia física inorganizada por medio de la desintegración de sus moléculas hasta el estado de dialización, para reintegrarla después de atravesar las paredes y demás obstáculos densos; pero este procedimiento de desintegración dializada no es aplicable a los organismo vivos.

Creían los discípulos de Swedenborg, de acuerdo con la ciencia oculta, que la separación de alma y cuerpo es caso frecuente, y que en la vida cotidiana encontramos a menudo cuerpos vivos pero sin alma, pues los principios superiores al cuerpo físico pueden desprenderse de éste a causa de violentas emociones, como el miedo cerval, la pena honda, la desesperación, la exacerbada sensualidad, los ataques de epilepsia y otras condiciones morbosas. Entonces puede infundirse en aquel desalmado cuerpo la entidad astral de un hechicero, de un elementario o de un elemental (7); y si bien los adeptos o magos blancos tienen el mismo poder, jamás se infundirán en un cuerpo impuro, a no ser que hayan de cumplir una misión extraordinariamente trascendental.

PROPIEDADES DE ALGUNAS PLANTAS

En los casos de locura, o bien queda expuesta el alma a la influencia de las entidades circunvalantes por no poder valerse de su vehículo físico, o bien se aleja definitivamente de él, y entonces lo ocupa alguna entidad vampírica próxima a desintegrarse, que así halla medio de prolongar algún tanto su existencia con los placeres sensuales que aquella forma corporal le proporciona.

Por lo que se refiere a la regla décima, conviene advertir que muchos minerales poseen propiedades ocultas tan sorprendentes como las de la llamada piedra imán; y si los naturalistas desconocen dichas propiedades, ha de conocerlas forzosamente el mago para operar con éxito.

Todavía tienen algunas plantas propiedades ocultas más maravillosas que los minerales, y el secreto de la eficacia de ciertas hierbas en los hechizos y encantamientos, sólo se ha perdido para la ciencia europea (8). Las mujeres de Tesalia y del Epiro, femeninos hierofantes de los ritos sabacienses, no sepultaron sus secretos bajo las ruinas de los santuarios, pues quienes conocen las cualidades del soma también conocen las de otras plantas.

Magia es sinónimo de sabiduría espiritual y la naturaleza es la aliada, discípula y esclava del mago, que por serlo ha logrado la perfección y con su voluntad subyuga el vital principio que anima todas las cosas. De esta suerte puede el adepto estimular en animales y plantas la acción de las fuerzas biológicas hasta más allá de los límites que ordinariamente llamamos naturales, sin por ello contrariar a la naturaleza, sino favorecerla con la intensificación del principio vital.

El adepto es capaz de alterar la condicionalidad sensoria y emotiva del cuerpo astral de quien no sea adepto; puede valerse a su albedrío de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza; pero de ningún modo le cabe dominar el espíritu de hombre alguno ni encarnado ni desencarnado, porque todo espíritu es chispa divina no sujeta a externas influencias.

Hay dos modalidades de clarividencia: psíquica y espiritual. La clarividencia de los modernos sujetos hipnotizados difiere de la de las antiguas pitonisas tan sólo en los medios de producir el estado lúcido y de la mayor o menor agudeza de los sentidos astrales; pero ni unas ni otros llegan de mucho a la perfecta y omnisciente clarividencia espiritual, sino que sólo pueden vislumbrar la verdad a través del velo de la naturaleza física.

El principio mental llamado *favâtma* por los yoguis indos es el mediador entre los elementos espirituales y materiales del hombre, pues por una parte domina y por otra está sujeto al cerebro físico. La claridad y exactitud de las percepciones espirituales de la mente dependen, mientras está ligada al cuerpo material, de su grado de relación con el principio superior, y cuando esta relación le permite actuar independientemente de los principios inferiores y unida al superior, entonces percibe la verdad sin mezcla de error alguno. Este es el estado que los indos llaman *samâdhi*, o sea la más elevada condición espiritual asequible para el hombre en la tierra (9).

Los vocablos sánscritos *prânayâma, pratyâhâra* y *dhârânâ* expresan otros tantos estados psíquicos (10).

Enel de *dhârânâ* queda el cuerpo físico completamente cataléptico y es subjetiva y clarividente la percepción del alma libre; pero como no deja de funcionar el principio senciente del cerebro físico, las percepciones mentales estarán entremezcladas con las percepciones objetivas del mecanismo cerebral, y por ello se le representarán la *memoria* y la *fantasía* en vez de la visión perfecta. Pero el adepto sabe cómo suspender el funcionalismo mecánico del cerebro y así son sus visiones claras, puras, verdaderas e inalterables. Al paso que el vidente, incapaz de anular las vibraciones astrales, sólo percibe imágenes más o menos incompletas por medio del cerebro, el clarividente sujeta a su voluntad todas sus potencias psíquicas y facultades físicas, y no puede tomar las sombras por realidades porque su percepción es directamente espiritual, sin que el *Yo* superior o subjetivo esté eclipsado por el *yo* inferior u objetivo.

CLARIVIDENCIA ESPIRITUAL

Tal es la genuina clarividencia espiritual que, según dice Platón, eleva al alma más allá de los dioses menores hasta identificarla con el simple, puro, inmutable e inmaterial *Nous*. Tal es el estado que Plotino y Apolonio llamaron de *unión con Dios*, los antiguos yoguis *isvara* (11) y los modernos *samâdhi.* Sin embargo, la clarividencia espiritual es tan distinta de la videncia psíquica como una estrella de una luciérnaga (12).

Amonio Sacas, el Teodidactos (enseñado por Dios), dice que la *memoria* (13) es la única potencia que directamente se opone al don de profecía y previsión.

Olimpiodoro dice por su parte:

> La fantasía es un impedimento para nuestra percepción mental, y de aquí que si interviene cuando estamos movidos de inspiración divina, cesa la energía entusiástica, pues el entusiasmo es incompatible con el éxtasis. Si se nos preguntara si el alma es capaz de energizarse sin la fantasía, responderíamos que sí lo es, según demuestra su percepción de los universales independientemente de la fantasía, que sin embargo acompaña al alma y acrecienta su actividad como la tempestad acelera el movimiento de la nave (14).

Además, el médium no puede subyugar voluntariamente sus cuerpos mental y físico, sino que necesita para ello la ajena intervención de una entidad desencarnada, de un hipnotizador terreno o bien de algún medio que artificiosamente le ponga en trance, mientras que a los adeptos y fakires les basta para ello un breve rato de reconcentración y ensimismamiento.

Entre los medios artificiales (15) de que se valían los antiguos para determinar el estado de trance, citaremos las columnas de bronce del templo de Salomón; las campanillas y granadas de oro de Aarón y sumos pontífices hebreos; las sonoras campanas que pendían alrededor de la estatua de Júpiter Capitolino (16); las tazas de bronce que se empleaban en los Misterios durante el *Kora* (17), y las copas de bronce pendientes en círculo de un doble aro de doscientas granadas que servían de chapaletas en el hueco de las columnas. Las sacerdotisas que en el norte de la antigua Germania actuaban bajo la dirección de los hierofantes, sólo podían profetizar entre el tumulto de las olas del mar o mirando de hito en hito la rápida corriente de un río. Las sacerdotisas de Dodona se situaban al mismo efecto bajo el roble de Zeus (18) y quedaban hipnotizadas al murmullo de las hojas del árbol o del arroyuelo que regaba sus raíces (19).

Pero el adepto no necesita valerse de estos artificiosos medios, pues le basta con la simple acción de su *potencia volitiva*. Según el *Atharva-Veda*, la actualización de la potencia volitiva es la forma superior de la oración que entonces obtiene inmediata respuesta. Del grado de intensidad del anhelo depende su realización, y ésta, a su vez, de la pureza interior.

Un erudito indo ha publicado recientemente en un periódico inglés algunos preceptos vedantinos y dice sobre el particular:

> Enseña la filosofía *sânkhya*, que cuando el cuerpo astral sirve de vehículo al alma puede comprimir su etérea masa hasta el punto de penetrar por los poros de la materia física o bien por el contrario dilatarse en gigantescos tamaños; elevarse a lo largo de un rayo de luz hasta el globo solar; ampliar el sentido del tacto de modo que toque la luna con la mano; introducirse en el seno de la tierra tan fácilmente como en el de las aguas; dominar los objetos animados o inanimados del mundo visible; alterar el curso de la naturaleza; y cumplir todo cuanto se proponga. Estas diversas facultades reciben de menor a mayor los nombres de *anima, mahima, laghima, garima, prâpti (20), prâkâmya (21), vashitâ (22)* e *ishitâ*, correspondiente esta última al estado espiritual que sintetiza todas las facultades anteriores, pues ya entonces se halla el yogui lleno del espíritu de Dios.
>
> No hay enseñanza sagrada alguna tan definitiva y concluyente como la tocante a la naturaleza y actividad del alma. Parece que algunos rishis concedieron capitalísima importancia a esta metafísica fuente de conocimiento (23).

Desde los tiempos más remotos estuvo convencida la humanidad de la existencia del alma, cuyo grado de espiritualidad depende de su más o menos íntima unión con el superior e

íntimo principio (24). Cuanto más estrecha sea esta unión, tanto más desembarazado quedará el destino del hombre y menos expuesto a los riesgos de las condiciones externas.

PSICOLOGÍA DE LOS ARIOS

Esta creencia no es fanatismo ni superstición, sino un perenne e instintivo presentimiento de la existencia del mundo espiritual, que aunque invisible y subjetivo para el yo inferior, es perfectamente objetivo para el Yo superior. Creyeron también los antiguos que la voluntad humana está subordinada en su acción a determinadas condiciones externas e internas, sin caer no obstante en el fatalismo que hubiera sido la acción ciega de una fuerza todavía más ciega; pero admitían el *hado* o *destino* que durante su vida va tejiéndose el hombre como tela de araña. Dos influencias actúan en el destino del hombre: la benéfica, personificada por algunos en el *ángel custodio*, y la maléfica o concupiscente, personificada en el demonio o *ángel tentador*. Ambas influencias solicitan la voluntad y una de las dos ha de prevalecer; pero desde que se inicia la invisible lucha entre una y otra, interviene la severa e inflexible *ley de compensación* para regular las fluctuaciones y vicisitudes del combate.

Hilada ya la última hebra y envuelto el hombre en la red por él mismo entretejida, queda preso en ella y sujeto a su destino, que o bien lo clavará en determinado sitio como lapa en la roca, o bien, cual leve pluma, lo llevará de un lado a otro arrastrado por el torbellino de sus propias acciones.

A los filósofos antiguos no les parecía imposible que las entidades del otro mundo se comunicaran con los mortales por medio de signos alfabéticos, por toque o por vislumbre, para revelarles hechos ya acaecidos pero ignorados, y también acontecimientos futuros, según nos dice Amonio. Por otra parte Lamprias y algunos más afirman que si bien las entidades desencarnadas pueden volver a la tierra en auxilio de los hombres, también hay almas encarnadas que tienen el don de profecía y lo conservan después de la muerte.

Sobre esto dice Lamprias:

> No es posible que el alma adquiera al separarse del cuerpo la facultad de profetizar si no la tuvo durante su vida terrena; pero hemos de suponer que mientras estuvo unida al cuerpo la poseía, aunque no educida por completo... Porque así como el sol siempre refulge aunque lo eclipsen las nubes, así también el alma posee siempre la facultad de escrutar el porvenir, aunque entorpecida por su conexión con el cuerpo.

Entre los varios fenómenos contradictorios de la facultad de manifestación objetiva de las entidades astrales, merece citarse el de las *manos luminosas* de contextura nebuloide, pero lo bastante consistente para manejar el lápiz y escribir comunicaciones y desvanecerse luego a la vista de los circunstantes. Estos fenómenos son verdaderos y dignos de atento estudio, pues los han comprobado testimonios del todo fidedignos, aunque algunas veces haya habido supercherías y fraudes en este particular (25).

Precisamente, los médiums más a propósito para la manifestación de las entidades astrales, son los menos capaces de comprender y explicar los fenómenos. Sobre el punto de las manos luminosas, el doctor Fairfield, aunque médium en ejercicio, se declara contra la explicación que del fenómeno dan los espiritistas y dice:

> He presenciado personalmente este fenómeno en condiciones por mí mismo establecidas en mi propio aposento, en pleno día con el médium sentado en un sofá a unos dos metros de la mesa sobre la que aparecía la mano luminosa. Apliqué a esta mano un imán en forma de herradura, y en seguida osciló visiblemente, al paso que el médium era presa de violentas convulsiones, en prueba lo bastante concluyente para inferir que de su sistema nervioso dimanaba la fuerza productora del fenómeno (26).

Acertó Fairfield al inducir de su experimento que la mano luminosa era una magnética emanación del médium, pues la influencia del imán demuestra científicamente lo que todo ocultista afirma apoyándose en la filosofía y en la autoridad de su experiencia, esto es, que las entidades psíquicas se valen de la materia del cuerpo astral del médium (27) para dar apariencia objetiva a los brazos y manos luminosos, mientras el cuerpo físico del mismo médium queda paralizado y cataléptico. Porque el cuerpo astral, que no puede amputar el cirujano, sigue siendo el vehículo sensorio aun después de la muerte del cuerpo físico, no obstante cuantas hipótesis neurológicas se hayan establecido en contrario. Las entidades que se valen de la materia astral del cuerpo del médium o de las auras de los circunstantes, son por lo general los elementarios o las entidades no purificadas todavía, porque los espíritus puros no *quieren* ni *pueden* manifestarse *objetivamente*. ¡Desgraciado del médium que cae en poder de las entidades astrales!

De la propia suerte que el médium en estado cataléptico proyecta espectralmente un brazo, una mano o una cabeza, es posible que proyecte todo su vehículo astral y aparezca el espectro de cuerpo entero. A veces esta proyección es efecto de la voluntad del Yo superior del médium, sin que de ello tenga conciencia el yo inferior; pero generalmente la voluntad del médium queda paralizada por la influencia de las entidades elementarias y elementales que se apoderan del cuerpo astral del médium y lo proyectan por efecto de una acción análoga a la del hipnotizador respecto del sujeto.

Tiene razón Fairfield al afirmar que casi todos los médiums están aquejados de alguna enfermedad orgánica o desequilibrio psíquico, y en algunos casos transmiten estas dolencias a sus hijos. En cambio, se equivoca completamente al atribuir todos los fenómenos psíquicos a las morbosas condiciones fisiológicas del médium, pues los adeptos de la magia superior gozan constantemente de robusta salud mental y física (28), y precisamente sólo ellos son capaces de producir a su libre voluntad fenómenos psíquicos. El adepto tiene perfecta conciencia de su actuación y no está sujeto como los médiums a los cambios de temperatura de la sangre ni otros síntomas morbosos ni exige condiciones previamente establecidas, sino que opera los fenómenos en todo tiempo y lugar, y en vez de sujetarse a influencias ajenas, rige y domina las fuerzas psíquicas con su férrea voluntad.

Pero ya en otro punto de esta obra demostramos la diametral oposición entre el adepto y el médium. Sólo cabe añadir aquí que en el adepto actúan armónicamente cuerpo, alma y espíritu, al paso que en el médium el cuerpo es una masa de materia cataléptica y el alma y el espíritu se ausentan casi siempre mientras dura aquel estado para prestar sus vehículos inferiores a las entidades psíquicas. Los adeptos no sólo pueden proyectar espectralmente a voluntad una *parte*, sino *todo* su cuerpo astral (29).

En cambio, el médium no actualiza *fuerza de voluntad* alguna, pues basta para la producción del fenómeno que antes de caer en trance sepa lo que de él esperan los investigadores. Cuando el Ego del médium no esté entorpecido por influencias ajenas, actuará fuera de la conciencia física con tanta seguridad como en los casos de sonambulismo, y sus percepciones objetivas y subjetivas serán de agudeza igual a las del sonámbulo, porque cuanto más sutil es el vehículo en que actúa el Ego tanto más delicadas y agudas son sus percepciones (30).

Dice Peary Chand Mittra:

> El espíritu es una energía, una esencia, un poder sin forma alguna, pues la idea de forma es inseparable de la de materia; pero el espíritu puede manifestarse y actuar en formas de materia más o

menos sutil, y entre ellas las formas astrales que una entidad espiritual puede asumir temporáneamente. Cuanto más sumida está nuestra alma en la materia, más grosero es nuestro concepto del espíritu (31).

OPERACIONES TEÚRGICAS

Es fama que el órfico Epiménides estuvo dotado de santas y maravillosas facultades, entre ellas la de desprenderse de su cuerpo físico siempre y durante el tiempo quería. Muchos otros filósofos antiguos tuvieron la misma facultad. Apolonio de Tyana podía dejar conscientemente su cuerpo físico en cualquier instante y operaba fenómenos prodigiosos a la luz del día, como por ejemplo, cuando en presencia del emperador Domiciano y de multitud de circunstantes se desvaneció de repente para aparecer al cabo de una hora en la gruta de Puteoli (32). Tampoco necesitó de nadie el taumaturgo pitagórico Empédocles de Agrigento para resucitar a una mujer ni exigió condiciones preestablecidas para desviar una tromba de agua que amenazaba caer sobre la ciudad. Estos teurgos eran magos, y por esto podían obrar a voluntad semejantes prodigios a que no hubieran alcanzado si tan sólo fuesen médiums.

De la propia suerte, no le era necesario a Simón el Mago ponerse en trance para elevarse por los aires en presencia de multitud de testigos, entre los que se hallaban los apóstoles. Como dice Paracelso:

> No requieren estas obras conjuros ni ceremonias ni formación de círculos ni quemas de incienso. Es tal la alteza del espíritu humano, que no acierta a expresarse con palabras. Si comprendiéramos debidamente hasta dónde alcanza su poder, nada nos sería imposible en la tierra. Inmutable y eterno como Dios es el espíritu del hombre. La imaginación se educe y robustece por la *confianza en nuestra voluntad*. La confianza debe confirmar la imaginación, porque establece la voluntad.

Según relata Turner (33), el año 1783 el embajador del rey de Inglaterra con su séquito visitó al dalailama, niño entonces de dieciocho meses, quien no obstante su corta edad recibió a los enviados con tal aire de dignidad y decoro que les llenó de admiración y asombro. Tenía el grave continente de un filósofo de muchos años, reposado y sumamente cortés. El embajador representó al infantil pontífice la pena que al gobernador general de Calcuta, la ciudad de los palacios, y al pueblo indo en general les había causado la noticia de su muerte, y la viva satisfacción por todos ellos experimentada al saber que había reencarnado en el lozano y robusto cuerpo del niño que ante sí veía, por lo que el gobernador de Calcuta esperaba que el dalailama continuaría por largo tiempo iluminando al mundo con su presencia, y que la amistad contraída por ambos se fortificaría más y más en beneficio de sus inteligentes devotos. A este discurso correspondió el niño con expresivas miradas de complacencia, inclinando por dos veces la cabeza en señal de asentimiento como si comprendiese y aprobase cuanto el embajador acababa de decir (34). Después le obsequió, así como a los del séquito, con té y dulces servidos en bandeja de oro, y cuando alguna taza quedaba vacía miraba hacia los criados con aire ceñudo sin cesar en esta actitud hasta que los criados las volvían a llenar.

AVENTURA CON UN MONJE BUDISTA

Hace algunos años íbamos unos cuantos viajeros en penosa marcha de Cachemira a Leh, ciudad del Ladâhk, comarca central del Tíbet. Entre nuestros guías iba un samán tártaro, misterioso personaje que hablaba el ruso y algo el inglés, pero que se ingenió de modo que pudo darse a entender de nosotros y sernos de mucha utilidad. Enterado de que algunos viajeros éramos de nacionalidad rusa creyó que podríamos protegerle en todo y por todo y proporcionarle el medio de regresar salvo y sano a su casa de Siberia, de donde según nos dijo

había tenido que huir veinte años antes al país de los chagaros (35) pasando por Kiachta y el desierto de Gobi. En vista de la confianza que en nosotros puso el samán nos consideramos seguros bajo su guía, pues algunos de nuestros compañeros habían maquinado el temerario plan de entrar en el Tíbet al amparo de diversos disfraces, sin que ninguno de ellos conociese la lengua del país excepto uno a quien llamaré K, ex pastor luterano que sabía algo del idioma kasan tártaro. Muy luego fueron descubiertos a pesar del disfraz. A los hermanos N que también eran de la expedición se les condujo con mucho miramiento a la frontera, y en cuanto a K, cayó en cama con fiebre y hubo de esperar algunos días para volverse a Lahore por Cachemira. Este incidente le dio ocasión de presenciar un suceso que para él equivalió a ver la reencarnación de Buda. Profesaba K con orgullo la filosofía positivista, y como había oído hablar de la prodigiosa reencarnación de Buda a un viejo misionero ruso en quien confiaba mucho más que en el abate Huc, hizo propósito, alimentado ya de muchos años, de descubrir la trampa de aquella "jugarreta pagana", como él la llamaba. Pero las cosas no salieron a la medida de su esperanza. A unas cuatro jornadas del miserable villorrio de Islamabad, sin otro atractivo que su magnífico lago, nos detuvimos a descansar por unos cuantos días. Algunos compañeros se desparramaron por los alrededores, quedando todos en reunirnos en el villorrio y allí nos enteró el guía samán de que una numerosa peregrinación de monjes budistas estaban alojados en un templo cováneo de las cercanías, donde habían establecido un *vihara* provisional, y como según noticias iban con ellos los "tres nobles" (36), podían los monjes operar los mayores prodigios. Nuestro compañero K, entusiasmado ante la perspectiva de confundir la secular superchería, se apresuró a visitar a los peregrinos en su *vihara* o campamento, situado en un solitario paraje a cubierto de toda intrusión, y muy luego contrajimos todos amigables relaciones con ellos.

A pesar de las atenciones, cumplidos, finezas y aun regalos (37) con que inútilmente procuró K captarse la voluntad de *Pase Budhu*, jefe de la peregrinación y muy santo asceta, no quiso éste efectuar el fenómeno de la "encarnación" hasta que quien estas líneas escribe le enseñó cierto talismán (38). Apenas lo vio hizo los preparativos necesarios, y al efecto, una vecina le prestó un niño de tres o cuatro meses. A K le exigieron juramento de que hasta siete años después no divulgaría nada de cuanto viese y oyese.

Antes de que todo estuviera dispuesto, pasaron algunos días sin otro suceso de nota que la aparición de unos rostros espectrales evocados por un monje del cristalino seno del lago, mientras nos hallábamos sentados a sus orillas en la entrada del *vihara*. Uno de aquellos rostros era el de la hermana de K, a quien éste había dejado buena y sana en su casa, pero que, según después se supo, murió antes de llegar nosotros al paraje en que nos hallábamos. De pronto sobrecogióse K a la vista de la aparición, mas luego se apoyó en su escepticismo para explicarse aquel fenómeno diciendo que era efecto de la sombra de las nubes o de las ramas de los árboles, como en casos semejantes suelen replicar los escépticos.

EL ADEPTO Y EL NIÑO

La tarde señalada al efecto colocaron al niño de pecho sobre una alfombra en el centro del vestíbulo del santuario provisional, pues K no podía pasar de allí, y después de despedidos los curiosos colocáronse dos monjes de centinela para impedir la entrada a cuantos no estuviesen invitados.

Sentáronse entonces los monjes en el suelo, de espalda contra las paredes de granito, en disposición que les separaba como unos tres metros del niño colocado en el centro. El jefe de la peregrinación se sentó en el rincón más apartado del aposento, sobre una piel recortada en cuadro que de propóstio habían extendido los legos. Tan sólo K se colocó junto al niño, en acecho de sus más leves movimientos. Se nos puso por condición que guardáramos absoluto

silencio en paciente espera de los acontecimientos. La luz del sol entraba a raudales por la puerta, y poco a poco fue cayendo el superior en profunda meditación, mientras que los monjes, después de una corta invocación en voz muy queda, callaron súbitamente y clavaron la vista como si fuesen estatuas. El llanto del niño interrumpía aquel angustioso silencio. Al breve rato cesó el niño de moverse y quedóse rígido, sin que ninguno de los circunstantes se hubiese apartado de su asiento. El superior no miraba al niño, porque tenía los ojos fijos en el suelo, y pálido e inmóvil parecía más bien la broncínea estatua de un talapín en meditación que un ser viviente. Con profunda sorpresa vimos que el niño se sentaba como maniquí movido por ocultos alambres, y después de varias sacudidas se puso en pie.

Cabe presumir la admiración que en todos nosotros causó el espectáculo, y la estupefacción de K al convencerse de que nadie absolutamente había movido pie ni mano del sitio en que estaba ni pronunciado tampoco palabra alguna. Y sin embargo, ¡allí estaba erguido y firme como hombre hecho y derecho aquel niño de pañales!

Copiaremos la restante explicación de los apuntes tomados por K, quien dice:

> Después de un par de minutos de vacilación, volvió el niño la cabeza y fijó en mí los ojos con tan viva lumbre de inteligencia, que me estremecí de pavor. Me pellizqué las manos y me mordí los labios hasta casi brotar la sangre, para asegurarme de que no soñaba. Sin embargo, lo sucedido hastaentonces no era más que el prólogo. La prodigiosa criatura, *según imaginé*, dio dos pasos hacia mí, volvió a sentarse y mirándome fijamente repitió palabra por palabra, en lengua que supuse tibetana, la frase sacramental de las encarnaciones de Buda: “Yo soy el viejo Lama. Soy su espíritu en nuevo cuerpo”.
>
> Se me erizaron entonces los cabellos de espanto, se me heló en las venas la sangre, y ni con amenazas de muerte se me hubiera podido arrancar una palabra. Allí no cabía impostura ni ventriloquismo. Meneaba el niño los labios, y su mirada parecía escudriñar en mi alma con tal expresión en su semblante, que me representaba el del mismo superior, cual si delante lo tuviese y su espíritu se hubiese infundido en aquel infantil cuerpo a cuyos ojos se asomara como a través de un disfraz. Me sentí entonces arrebatado por el vértigo. El niño se me acercó y me tomó la mano, cuya sensación fue para mí la de un ascua de carbón. Incapaz de presenciar la escena por más tiempo, me cubrí el rostro con las manos, y al apartarlas a poco, ya estaba otra vez el niño lloriqueando lastimosamente. El superior había recobrado su estado normal y conversaba tranquilamente con nosotros.
>
> Durante diez días presencié otros fenómenos similares que me convencieron de la verdad de lo que siempre tuve por impostura cuando me lo referían los viajeros. Entre muchas preguntas que el superior consideró impertinentes, hubo una a la que respondió de modo harto significativo. Le pregunté por mediación del samán, qué hubiera sucedido si loco yo de terror y creído de que el niño era el diablo, arremetiera contra él y le matara. A esto me dijo que si la muerte del niño hubiese sido instantánea, también hubiera muerto el superior, pero tan sólo el niño si el golpe no lo matara desde luego.

En el Japón y Siam hay dos categorías de sacerdotes: una pública y relacionada con el pueblo; otra rigurosamente secreta que jamás se presenta en público y cuya existencia sólo conocen unos cuantos naturales del país y ni siquiera sospechan los extranjeros. Los sacerdotes esotéricos celebran sus ceremonias en templos subterráneos, ante escaso número de circunstantes cuya cabeza responde del secreto, y tan sólo en ocasiones de excepcional importancia, como la muerte de algún individuo de la familia real o eclesiásticos de muy elevada dignidad.

LA INCINERACIÓN Y EL CUERPO ASTRAL

Uno de los fenómenos más misteriosos y sorprendentes es la separación del cuerpo astral cuando se incinera el cadáver (39). En Siam, Japón y Tartaria es costumbre modelar con las cenizas del difunto (40) amasadas en agua, diversos objetos como medallones, figulinas e idolillos cocidos y dorados al fuego. La lamasería de U-Tay, en la comarca mongol de Chan-Si,

sobresale en este linaje de labores, y las gentes ricas envían allí las cenizas de sus difuntos para que con ellas modelen el objeto deseado.

Para separar de las cenizas el cuerpo astral, que sin esta operación permanecería algún tiempo apegado a los restos de su envoltura física, amontona el mago las cenizas del difunto sobre una placa metálica de longitud aproximada a la talla regular del hombre, y con el t*alapatnang* (41) las va aventando suavemente, mientras musita una invocación. Como si las tenues cenizas tuviesen inteligencia y vida, forman en el aire la silueta del difunto, que poco a poco va condensándose en blanquecinos vapores hasta transformarse en su cuerpo astral que por fin desaparece.

Los magos de Cachemira, Tíbet, Mongolia y Tartaria son demasiado famosos para que nos detengamos a enumerar su actuación; pero si los escépticos persisten en decir que no pasan de ser prestidigitadores, invitamos a los más hábiles y expertos de Europa a que les imiten si a tanto llega su destreza.

Los químicos europeos no han logrado todavía descubrir el secreto del embalsamamiento egipcio, y mucha mayor sería su confusión al ver, como nosotros hemos visto, cadáveres conservados por medio de procedimientos alquímicos, con tan maravilloso arte, que por la naturalidad de sus carnes, la lisura de su piel y el vidrioso brillo de sus ojos, parecía después de muchos siglos como si en aquel momento acabaran de morir. En las tumbas de reyes, príncipes y magnates está colocado el cadáver sobre suntuosos túmulos con adornos dorados y algunas veces de oro, y alrededor se ven las alhajas, armas y adminículos de uso personal del difunto, custodiadas por la servidumbre de ambos sexos cuyos cadáveres están embalsamados tan cuidadosamente como el de su dueño, de manera que parecen dispuestos a servirle en cuanto los llame.

En el convento del Gran Kuren y en otro sitio de la montaña sagrada de Bohté-Ula, hay, según se dice, algunas de estas sepulturas que respetaron siempre los invasores del país. El abate Huc tuvo referencias de estas sepulturas aunque no logró verlas, pues no se le consiente a ningún extranjero que no vaya provisto del correspondiente salvoconducto. Lo que dice el abate Huc de que las tumbas de los soberanos de Tartaria están rodeadas de cadáveres de niños envenenados con mercurio, a fin de conservarlos incorruptibles, es una de tantas patrañas forjadas por los misioneros para embaucar al vulgo que cree cuanto le refieren.

Los budistas no han inmolado jamás seres vivos, ni hombres ni animales, pues tales sacrificios son del todo contrarios a los principios de su religión. Cuando un rico deseaba que a su muerte le enterrasen en *compañía* de alguien, enviaba la familia emisarios por todo el país en unión de los lamas embalsamadores, por ver si había muerto de muerte natural algún niño, cuyo cadáver entregaban a dicho objeto los padres, que se consideraban dichosos de conservar el cuerpo de sus hijos de tan poética manera, en vez de entregarlo a la podredumbre y exponerlo a la voracidad de las hienas.

EL OÍDO ESPIRITUAL

Al regresar del Tíbet el abate Huc, le refirió en París a un caballero ruso llamado Arsenieff varios sucesos maravillosos que no fueron del dominio público, entre los cuales se cita el siguiente, que presenció durante su estancia en la lamasería de Kunbum. Conversaba Huc cierto día con un lama, cuando de pronto cesó éste de hablar y quedó en actitud de escuchar algo que Huc no acertaba a oír. A poco, el lama exclamó como si respondiese a un invisible interlocutor: “En ese caso debo ir”.

-¿Ir a dónde? ¿Con quién habláis? –preguntó asombrado el abate Huc.

-A la lamasería de *** -repuso el lama.- El shaberon me necesita y me ha llmado.

La lamasería de *** está a muchas jornadas de la de Kunbum donde ocurría el suceso; pero lo que más pasmó al abate Huc fue que en vez de tomar el lama el camino de la lamasería, se dirigió a una especie de cúpula situada en la azotea del edificio conventual, donde después de breves palabras con otro lama le encerró éste en ella bajo llave. El que había encerrado al amigo de Huc volvióse entonces hacia el abate que había seguido atentamente toda aquella operación, y sonriente le participó que ya había partido su huésped. A lo que respondió el abate:

-¿Pero cómo es posible, si lo habéis encerrado aquí dentro y no hay salida alguna?

-¿Y qué obstáculo es para él una puerta? Él ha partido, y como no necesita su cuerpo en el viaje, lo dejó a mi cuidado.

A pesar de los muchos prodigios de que en su arriesgado viaje había sido testigo, el abate Huc receló de que ambos lamas le hubiesen engañado. Al cabo de tres días, como no viera por allí a su habitual amigo, preguntó por él y le respondieron que regresaría aquella misma tarde. a la puesta de sol, en el momento en que los lamas iban a recogerse, oyó Huc la voz de su amigo que parecía como si desde las nubes llamase al otro lama para que le abriese la puerta de la cúpula, tras cuya celosía se dibujaba, en efecto, la silueta del hasta entonces ausente. Apenas le franquearon la salida de la cúpula fue a ver al lama guardián de Kunbum y le enteró de ciertos mensajes y comunicaciones recibidas en el lugar adonde había ido. Nada más pudo saber Huc acerca de aquel viaje aéreo; pero sospechó que fue una “farsa” premeditada con el propósito realizado de allí a poco de confinarles a él y a su compañero de misión, el P. Gabet, en Chogar-tan, lugar aledaño de la lamasería de Kunbum. Las sospechas del audaz misionero pudieron tener fundamento en su imprudente indiscreción.

Si el abate Huc hubiese conocido la filosofía oriental, no le sorprendiera, de seguro, el viaje del lama en cuerpo astral a la lejana lamasería ni la para él inaudible plática que tuvo con el shaberon. Recordaremos a este propósito los recientes experimentos efectuados en América con el teléfono, que permite transmitir a muy lejanas distancias la voz humana y los sonidos musicales por medio de un alambre. Asimismo conviene no olvidar que, según los filósofos herméticos, cuando una llama desaparece de la vista, no por ello se extingue totalmente, sino que pasa del mundo visible al invisible, y puede, por lo tanto, percibirla la vista interna adecuada a las cosas de este otro y más real universo. la misma ley rige en el sonido; pero así como el oído corporal percibe tan sólo las vibraciones acústicas a través del aire hasta cierto grado de intensidad, según la mayor o menor agudeza de este sentido en el individuo, el adepto puede percibir las vibraciones sutilísimas del ambiente astral sin necesidad de alambres, solenoides ni tornavoces, pues le basta el poder de su voluntad. El oído espiritual salva todo obstáculo de tiempo y espacio, de suerte que un adepto puede conversar con otro de las antípodas, tan fácilmente como si ambos estuvieran en el mismo aposento.

Confirmarían nuestra aseveración numerosos testigos que oyeron el son de instrumentos músicos y de la voz humana a millares de millas de distancia del lugar en donde nos habllábamos, sin sospechar que el adepto les había comunicado por breves momentos la auditiva percepción espiritual de que él goza constantemente.

Si los científicos examinaran en vez de ridiculizar el principio de filosofía oculta que proclama la unidad de las fuerzas naturales, darían pasos de gigante en el camino de la verdad, por el cual hoy tan lentamente adelantan. Los recientes experimentos de Tyndall (42) desbarataron cuantas hipótesis se habían establecido hasta ahora para explicar la propagación del sonido, y los llevados a cabo con las llamas mágicas (43) le condujeron hasta los umbrales de la ciencia oculta. Otro paso adelante le hubiese revelado cómo pueden los adeptos comunicarse verbalmente desde lejanísimas distancias. Pero *nadie dará* por ahora este paso.

EL LENGUAJE DE LAS LLAMAS

Dice Tyndall acerca de sus experimentos con las llamas mágicas:

> Cuando se golpea un yunque colocado a cierta distancia, disminuye la longitud de la llama unas siete pulgadas, por liegero que sea el golpe. Al sacudir un manojo de llaves, la llama se agita violentamente con fuerte ruido. Si se deja caer una moneda de plata sobre otra, disminuye la llama. El crujido del calzado la conmueve bruscamente, y el mismo efecto causan el roce de un vestido de seda y el ruido del papel al arrugarlo o rasgarlo. El tiquiteo de un reloj de pared muy cercano, la disminuye hasta apagarla con ligera explosión, y cuando se da cuerda a uno de bolsillo, la mueve tumultuosamente. Algunos de estos fenómenos pueden producirse desde unos treinta metros de distancia. Si se lee en voz alta cerce de la llama, se agita más o menos bruscamente en correspondencia con la entonación y modulaciones de la voz, según me sucedió al leer un trozo de la *Faërie Queene*.

Tales son las maravillas de la moderna física, para cuya experimentación se necesitan silbatos, trompetas, campanas y discos con los gases a propósito para la producción de los sonidos. En cambio, los adeptos, libres de toda esta impedimenta, obtienen los mismos resultados fenoménicos, aunque le parezca imposible a la ciencia profana. Por lo que toca a nuestra personal experiencia, diremos que en cierta ocasión de excepcional importancia, hubo necesidad de consultar un oráculo, y al efecto vimos cómo un monje mendicante obtuvo la respuesta por medio del movimiento de una llama sin aparato alguno. Encendió el monje una hoguera con ramas del árbol llamado *beal* y echó en el fuego unas cuantas hierbas sacrificiales. Quedóse el mendicante absorto en profunda meditación junto a la hoguera y al fin empezó el interrogatorio. En los intervalos de pregunta a pregunta ardía con dificultad la hoguera como si fuese a apagarse; pero al explanar la pregunta se empinaban, retorcían y lengüeteaban las llamas en alternada dirección de los cuatro puntos cardinales (44). De cuando en cuando, una llama se inclinaba hacia el suelo hasta lamer el césped por todos lados y desaparecía súbitamente. Terminado el interrogatorio emprendió el mendicante la marcha de regreso a la selva en donde moraba y fue entonando por el camino un monótono y quejumbroso canto a cuyo ritmo respondían las llamas con maravillosas modulaciones de su rumor (45) que duraron hasta perderse de vista el mendicante. Entonces se apagó de repente la hoguera dejando una capa de cenizas ante la admirada vista de los circunstantes (46).

En los países budistas ofrece la religión dos distintos caracteres: el exotérico o popular y el esotérico o filosófico. Este último se encierra en la escuela de los *sûtrantikas* (47), atenidos rigurosamente al espíritu de las directas enseñanzas de Gautama, que demuestran la necesidad de la percepción intuitiva con todas sus consecuencias. Los sûtrantikas no divulgan el resultado de sus investigaciones ni permiten su divulgación.

Cuando el moribundo cabe el árbol *sâl* se disponía a entrar en el nirvana, exclamó Gautama:

> Todo lo compuesto es perecedero. El Espíritu es la única substancia simple y primordial, y cada uno de sus rayos es inmortal, eterno e imperecedero. Guardaos de las ilusiones de la materia.

El rey Asôka difundió el budismo por toda Asia y más allá todavía de sus confines. Era nieto del taumaturgo monarca Chandragupta que había reconquistado el Punjâb a los macedonios (48), reuniendo la India entera bajo su cetro y recibió a Megathenes en su corte de Pataliputra.

Fue Asôka el más ilustre monarca de la dinastía de Maûrya, y de libertino y ateo se convirtió a la virtud y la piedad tan hondamente que mereció el dictado de *pryâdasi* (amado de los dioses). Ningún otro soberano le aventajó en pureza de intenciones y su recuerdo perdura

en el corazón de los budistas, perpetuado en los edictos que en diversos dialectos quedaron esculpidos en las columnas y rocas de Allahabad, Delhi, Gujerat, Peshawur, Orissa y otros lugares (49).

Cuando los estaviras del tercer concilio budista enviaron misioneros a Cachemira y convirtieron a los adoradores de las serpientes, se propagó el budismo con la rapidez del fuego. Los sátrapas, que desde la muerte de Alejandro Magno se repartían el territorio índico, aceptaron la nueva religión que se extendió igualmente por Gândhara y Cabul (50).

REGLAS MONÁSTICAS DEL BUDISMO

Los *upâsakas* y *upâsakis* son hombres y mujeres seglares adscritos a la vida conventual, pero sin dejar el mundo, con voto de observar las reglas monásticas y estudiar los *meipos* o fenómenos psíquicos. Quienes incurren en los “cinco pecados” quedan excluidos de la congregación. Entre las reglas citadas, conviene citar como más importantes:

1.ª *No maldecir a nadie*, porque la maldición recae sobre el que la echa y sus parientes, también envueltos en la misma atmósfera.

2.ª Amar al prójimo, aunque sea nuestro más encarnizado enemigo.

3.ª Abstenerse de llevar armas defensivas, y sacrificar la existencia no sólo en beneficio del prójimo, sino aun de los mismos animales cuando sea necesario.

4.ª Vencerse a sí mismo, en que consiste la mayor victoria.

5.ª Evitar todo vicio.

6.ª Practicar todas las virtudes y especialmente la humildad y la clemencia.

7.ª Obedecer a los superiores; amar y respetar a los padres, a los ancianos y a los varones doctos y virtuosos.

8.ª Proveer de alimento y abrigo a los hombres y animales menesterosos.

9.ª Plantar árboles en las márgenes de los caminos y abrir pozos parra comodidad de los caminantes.

Tales son las reglas a que están sujetos los monjes y monjas budistas.

Cuenta esta religión con numerosos santos, famosos por la austeridad de su vida y lo admirable de sus milagros. Tissu, consejero espiritual del emperador, que consagró al kan Kublai, tuvo general renombre por la santidad de su conducta y las maravillas que obró; pero no se detuvo aquí su labor, sino que depuró la religión budista, y de él se dice que por su consejo expulsó el kan Kublai de una sola comarca de la Mongolia meridional a quinientos mil monjes impostores que so capa de religión se entregaban a la ociosidad viciosa. Más tarde, en el siglo XIV, tuvieron los lamaístas su gran reformador y también taumaturgo, el shaberon Son-Ka-po, nacido, según tradición, de la virgen Koko-nor. Uno de sus prodigios fue que el árbol del Kunbum o de las diez mil imágenes, marchito desde hacía algunos siglos por la decadencia de la fe, rebrotó con más vigor y lozanía que nunca de los cabellos de este avatar de Buda. La misma tradición dice que Son-Ka-po ascendió a los cielos el año 1419. Contrariamente a la opinión del vulgo, pocos de los santos budistas son avatares (51).

En muchas lamaserías hay escuelas de magia y la más famosa es la del monasterio de Shutukt, vasto como mediana ciudad, pues a él están adscritos más de treinta mil monjes y monjas. Algunas de estas últimas poseen notables virtudes taumatúrgicas, y de tiempo en tiempo van en peregrinación de Lha-Ssa a Candi, la Roma del budismo, que atesora muchos santuarios y reliquias de Gautama.

Para evitar el encuentro con musulmanes y gentes de otras creencias, viajan de noche completamente inermes y sin temor de los animales salvajes que no las han de acometer. Durante el día se refugian en cuevas y viharas que sus correligionarios les preparan al efecto en parajes convenientes (52).

EL ALMA DE LAS FLORES

Uno de los más interesantes fenómenos que nos llevó a presenciar nuestro anhelo de investigación, lo realizó un peregrino budista hace ya algunos años, cuando esta clase de manifestaciones eran una novedad para nosotros. Un amigo budista natural de Cachemira, de padres katchis pero convertido al lamaísmo y de místico temperamento, que reside ordinariamente en Lha-Ssa, nos invitó a visitar a los peregrinos, entre los cuales había una monja alta, demacrada y ya metida en años, que al ver en nuestras manos un ramo de hermosas y fragantes flores, preguntó:

-¿Por qué lleva ese manojo de flores muertas?

-¿Muertas? ¡Pues si acabo de cortarlas de la planta!

-Y sin embargo, están muertas. Nacer en este mundo es morir. Ahora veréis cómo son estas flores en el mundo de la perpetua luz, en los jardines de nuestro bendito Foh.

Sin moverse del sitio donde en el suelo estaba sentada, tomó la monja una flor del ramillete, se la puso en la falda y arrojó sobre ella grandes puñados de una materia invisible extraída al parecer de la atmósfera circundante. Muy luego apareció una tenue neblina que poco a poco fue tomando forma y color hasta que se detuvo en el aire y vimos la exacta imagen de la flor con todos sus pétalos y matices, pero mil veces más hermosos y de más delicada belleza, de la propia suerte que el glorificado espíritu humano aventaja incomparablemente a su envoltura física. Flor tras flor fue reproduciendo la monja todo el ramo hasta la más insignificante brizna, con la particularidad de que aparecían y desaparecían alternativamente a impulsos de nuestro pensamiento. En cierta ocasión sosteníamos con el brazo extendido una rosa plenamente abierta, y a los pocos minutos aparecieron brazo, mano y flor perfectamente reproducidos en el aire a unos dos metros de nuestro asiento; pero mientras que el aspecto de la flor era etéreo y de tan indescriptible hermosura como el de las demás flores astralmente reproducidas, el brazo y la mano aparecían cual reflejados en un espejo, de suerte que hasta se veía en el antebrazo una gran mancha producida por la tierra húmeda de una de las raíces de la flor. Más tarde supimos la razón de este fenómeno.

Hace medio siglo declaró acertadamente el doctor Broussais que si el magnetismo fuese verdad sería un absurdo la medicina. El magnetismo es verdad, y en cuanto a quea absurdo la medicina, no contradeciremos al médico francés. Según hemos demostrado, el magnetismo es el alfabeto de la magia, pues no cabe comprender las operaciones mágicas sin la previa comprensión de las atracciones y repulsiones magnéticas en la Naturaleza.

Muchas de las llamadas supersticiones populares son en el fondo el instintivo conocimiento de esta ley, porque por secular experiencia sabe el vulgo que ciertos fenómenos ocurren bajo determinadas condiciones, y que se repiten invariablemente siempre que se establecen dichas condiciones; pero como el vulgo desconoce el fundamento reflexivo de la ley, atribuye el fenómeno a causas sobrenaturales.

Ejemplo de estas supersticiones tenemos en la subsistente en la India, Rusia y otros países que consiste en la instintiva repugnancia de cruzar por la sombra que proyecta un hombre y más todavía si es pelirrojo, así como la aversión de los indos a estrechar la mano de quien no sea de su raza. Hay en esto explicación racional y no son ridículas quimeras, pues toda persona tiene su correspondiente aura o efluvio magnético, que no obstante la perfecta salud física del sujeto puede influir morbosamente en quienes reciban sus emanaciones. Según el doctor Esdaile y otros hipnotizadores, las gentes de raza oriental y particularmente los indos son más sensitivos que los de raza blanca.

Los experimentos del barón de Reichenbach, si no bastaran los del mundo entero, han demostrado que son mucho más intensos los efluvios magnéticos que irradian de las extremidades torácicas y abdominales del cuerpo humano, y así lo corroboran las

manipulaciones terapéuticas. Por consiguiente, los apretones de manos son verdaderos contactos magnéticos que pueden transmitir condiciones morbosas o antipáticas, por lo que obran cuerdamente los indos en mantenerse fieles a este precepto de Manú.

CREENCIAS POPULARES

Por lo que atañe a la sombra de los pelirrojos, hemos observado en todos los países la misma prevención contra los hombres de este pigmento, según corroboran los refranes corrientes sobre el particular en Rusia, Persia, India, Francia, Turquía y Alemania (53), que achacan a los pelirrojos el ser traicioneros y solapados. Ahora bien; cuando un hombre está iluminado por la luz del sol, proyecta las emanaciones magnéticas en la misma dirección de su sombra (54) por efecto del magnetismo solar, que al avivar la vitalidad del individuo acrecienta su energía electro-magnética. De aquí quye aquél a quien un hombre le sea antipático, hará bien en no cruzar por la sombra de este hombre.

Si los médicos se desinfectan las manos después de tocar a un enfermo y no por ello los inculpamos de supersticiosos, ¿por qué llevar esta inculpación contra los indos? Los microbios morbosos son invisibles y, sin embargo, de efectiva realidad en su acción, como han demostrado los bacteriólogos; pero también los experimentadores orientales demostraron hace miles de años que los gérmenes de una epidemia moral pueden propagarse por comarcas enteras y que el magnetismo siniestro es contagioso.

Otra creencia vulgar en la región rusa de Georgia y en varias de la India es que cuando no reaparece el cadáver de un ahogado, se puede encontrarlo con sólo echar al agua una prenda de ropa de uso del difunto, pues irá flotando en el agua hasta detenerse en el punto perpendicular al en que está hundido el cadáver, que la atraerá hacia el fondo.

Hemos presenciado este fenómeno en un caso en que sirvió de prenda el cordón sagrado de un brahmán, que fue trazando curvas sobre el agua como si buscase algo, hasta que, lanzándose repentinamente en línea recta en un trayecto de cincuenta metros, se hundió en el sitio de donde más tarde los buzos extrajeron el cadáver.

También subsiste en los Estados Unidos de América la misma creencia. Un periódico de Pittsburgo relataba no hace mucho tiempo el hallazgo del cadáver de un niño llamado Reed, que se ahogó en el río Monongahela. Fracasadas cuantas tentativas se hicieron para encontrar el cadáver, se recurrió a echar al agua una camisa del difunto, que después de flotar durante algún tiempo se hundió en determinado paraje, de donde se extrajo el cadáver. Por absurda que parezca esta creencia, es muy común entre las gentes de aquel país.

Se explica este fenómeno por la poderosa atracción que el cuerpo humano ejerce en los objetos que por largo tiempo estuvieron en contacto con él, y así sólo sirven para el caso las prendas muy usadas y de ningún modo las nuevas.

Desde tiempo inmemorial, las doncellas rusas siguen la costumbre de echar al río el día de la Trinidad guirnaldas de hojas tejidas por sus manos para adivinar su destino. Si la guinalda se hunde, es señal de que la muchacha morirá soltera aquel mismo año; si la guirnalda flota, se casará la muchacha dentro de un período de tiempo cuya duración corresponde al número de versículos que pueda ella recitar durante el experimento. Por nuestra parte afirmamos que hemos comprobado personalmente la verdad de algunos de estos casos, especialmente de dos en que las protagonistas fueron dos amigas cuya guirnalda se hundió y murieron antes del año. Si el experimento se hiciera cualquier otro día que no fuese el de la Trinidad daría el mismo resultado, pues el hundimiento de la guirnalda debe atribuirse a estar impregnada del magnetismo morboso de algún órgano aquejado de mortal dolencia, por lo que el fondo del río atrae la guirnalda. En cuanto a las demás circunstancias del fenómeno dejaremos su explicación a los amigos de las coincidencias.

LOS VERDADEROS FAKIRES

También se tachan de supersticiones, no obstante su fundamento científico, los fenómenos operados por los fakires, a quienes los escépticos confunden con los prestidigitadores e ilusionistas, cuando precisamente nada tienen que ver los fenómenos (*kîmiya*) del fakir con las habilidades (*batte-bâzi*) del prestidigitador ni mucho menos con la necromancia del hechicero (*jâdûgar o sâhir*), tan temido y odiado en la India. Entre las operaciones de unos y otros no sabe distinguir el europeo escéptico; pero el atento observador y la generalidad de los indos, sin distinción de castas, descubren la sutilísima y honda diferencia que separa la índole de los fenómenos. La bruja *(kangâlin*) que se prevale de sus facultades hipnóticas (*abhi-châr*) para causar daño, está expuesta a que cualquiera la mate, pues para todo indo es lícito matar a una bruja. El prestidigitador (*bukka-baz*) se limita a divertir al público, y los encantadores de serpientes que las llevan en su *bâ-îni* no alcanzan a más allá de fascinar a estos venenosos reptiles, sin potestad de influir en los seres humanos mediante hechizos mágicos y las operaciones llamadas *mantar phûnknâ* por los naturales. En cambio, el yogui y el sannyâsi deben sus maravillosas facultades a la educación mental y física, y los indos veneran a algunos de ellos como semidioses.

Rarísimos europeos pueden juzgar de la naturaleza de estas facultades, pues sólo tiene ocasión de presenciar sus operaciones mágicas quien cuenta con la benevolencia de algún brahmán o en casos de especiales y fortuitas circunstancias. Es tan insólito para un europeo ver a un fakir auténtico, como a una de las doncellas llamadas *nautch*, de quienes hablan todos los viajeros aunque poquísimos verzamente, pues están adscritas al servicio interior de las pagodas. Así es que no deben los europeos considerar como fakires a los desastrados y asquerosos sujetos que se pasan meses y aun años en una misma actitud a las puertas de las pagodas o en las plazas públicas y se torturan horriblemente por el procedimiento del *ûraddwa bahu.*

Muy extraño es que no obstante la infinidad de viajeros que han recorrido la India y comarcas colindantes y a pesar de que allí residen millones de europeos, no se tenga todavía noción exacta de la índole de aquel país. Tal vez alguno de nuestros lectores suponga que ya se sabe cuanto puede saberse de la India y dude de cuanto hemos dicho o acaso lo contradiga abiertamente, como nos sucedió en cierta ocasión. Los ingleses residentes en la India, según decía un oficial del ejército, creen de mal tono y de peor gusto ocuparse en cosas referentes a los indos y demostrar deseo de conocer cuanto de maravilloso y extraordinario se les atribuye; pero bien hubieran podido los viajeros suplir esta desatención de los residentes y explorar más detenidamente tan interesante país.

Hace cosa de medio siglo iban de caza dos intrépidos oficiales ingleses por las montañas Azules o de Neilgherry, en la India meridional, cuando al internarse en los bosques descubrieron unas gentes de raza distinta por su tipo e idioma de las otras del país. Muchas conjeturas más o menos descabelladas se hicieron acerca del origen y naturaleza de estas gentes, y los misioneros, que siempre están dispuestos a relacionarlo todo con la *Biblia*, llegaron a suponer que fuesen los descendientes de una de las dispersas tribus de Israel, fundándose para ello en el deleznable indicio de que tenían la tez blanca y los rasgos fisonómicos característicos del pueblo judío. Sin embargo, hay en esto error evidente, pues ese pueblo llamado de los *todas* no denota ni la más remota semejanza de complexión, costumbres, idioma y rasgos étnicos con el tipo judío (55).

No obstante el tiempo transcurrido y del aumento de población en aquellas montañas, cuyas faldas son hoy asiento de nuevas ciudades, nada se ha adelantado en el conocimiento de este pueblo singular acerca del cual se han derramado las más absurdas voces, sobre todo por lo que se refiere al número de sus individuos y a la poliandria que se les achaca y por cuya

costumbre van extinguiéndose rápidamente, de modo que tan sólo quedan ya unos cuantos centenares de familias *todas*. Sin embargo, por nuestro personal testimonio podemos afirmar categóricamente que los todas no practican la poliandria ni su número es tan escaso como se supone, aunque nadie ha visto jamás a los niños de los todas sino en todo caso a los niños de los badagas que suelen llevar en su compañía, a pesar de ser estos badagas una tribu inda enteramente distinta, pero que siente profunda veneración hacia los todas, a quienes proporcionan alimento, vestido y tributan adoración casi divina. Son los todas de estatura gigántea, de tez blanca como los europeos, barba y cabello muy largos y poblados, sin que jamás les haya tocado filo de tijera o navaja.

LOS TODAS DE LA INDIA

Del relato de varios viajeros y de las obras de algunos orientalistas entresacamos los siguientes informes acerca de este extraño pueblo:

> Son los todas de aspecto hermoso como el de una estatua de Fidias o Praxiteles, y pasan el tiempo en la ociosidad y la indolencia. Jamás hacen uso del agua ni cuidan del aseo personal. Su vestido se contrae a una amplia túnica de lana negra con cenefa de color en los bajos. No gustan de adornos ni joyas a que tan aficionado se muestra el indo. Su única bebida es la leche, y aunque apacientan rebaños no comen la carne de las reses ni hacen trabajar a las bestias de carga ni se ejercitan en la industria ni en el comercio. Desdeñan las armas, pues ni siquiera llevan bastón y no saben leer ni quieren salir de su analfabetismo. Son los todas desesperación de los misioneros, y según parece no profesan otra religión que el culto de sí mismos como señores de la creación (56).

Sin embargo, hemos de rectificar parte de estos informes en vista de los que respecto del particular nos dijo un santo gurú, brahmán merecedor de nuestro más profundo respeto. De ello resulta que nadie ha podido ver jamás juntos a más de cinco o seis todas, pues rehuyen el trato de los extranjeros y no les permiten entrar en sus largas y achatadas cabañas con sólo una puerta de acceso sin ventanas ni chimenea. No se ha podido ver ningún viejo entre los todas ni que enterraran a muerto alguno. En los recrudecimientos de la endemia colérica quedan indemnes, al paso que mueren miles de los demás indígenas atacados de la terrible enfermedad.

Tampoco han de temer nada los todas ni sus ganados de los animales feroces o venenosos, a pesar de que, según ya dijimos, no van ni siquiera armados de un mal palo. No se conoce el matrimonio entre los todas, y si parece escaso su número es porque nadie ha tenido ocasión de computarlo. Tan pronto como el alud de la civilización quebrantó su soledad, tal vez a causa de la indiferencia en que vivían, emigraron a parajes más recatados aún que las montañas Neilgherry. No descienden los todas de la propia estirpe de su raza, sino que son hijos de una escogidísima secta y destinados desde su primera infancia a fines puramente religiosos. Así es que el nombre de todas designa a los que por su complexión y otras características quedan consagrados desde su nacimiento a este especial destino religioso. Cada tres años se reúnen los todas en determinado paraje por cierto período de tiempo, y la suciedad de su cuerpo es como un disfraz a propósito para desorientar a quienes puedan verlos (57). Dedican a fines sagrados la mayor parte de sus rebaños y ningún profano ha entrado jamás en los templos donde efectúan sus ceremonias, pero se sabe que igualan en magnificencia a las más renombradas pagodas. No es, por lo tanto, extraño que por su nacimiento y misteriosos poderes veneren los badagas a los todas como semidioses y les proporcionen cuanto necesitan para la vida.

Tenga el lector la completa seguridad de que cualquier informe distinto de los precedentes se aparta de la verdad. Los misioneros no lograrán atraerse a ningún toda ni habrá badaga capaz de traicionar, ni aunque le despedacen, a quienes tan sinceramente sirven. Son los todas una comunidad que cumple una altísima misión bajo inviolable secreto.

Pero, además de los todas, hay en la India otras tribus igualmente misteriosas, y si bien hemos aludido a algunas en el curso de esta obra, quedan otras en silencio y sigilo.

Muy poco sabe hasta ahora el común de las gentes acerca del samanismo, y aun inexactamente, como ocurre en todo lo relativo a las religiones no cristianas. Generalmente se cree que el samanismo es el culto pagano dominante en Mongolia, cuando precisamente es una de las más antiguas modalidades religiosas de la India. Se funda el samanismo en la creencia de que después de la muerte persiste la individualidad del hombre, aunque se haya desprendido del cuerpo físico, y que sigue viviendo en naturaleza espiritual. Es el samanismo una derivación de la primitiva teurgia que entrefunde el mundo invisible con el visible. Cuando un mortal desea comunicarse con sus invisibles hermanos, le es preciso, según la doctrina samánica, elevarse hasta el plano en que residen, de modo que de ellos reciba energía espiritual, en tanto que, por su parte, les da él a ellos energía física, a fin de que puedan manifestarse espectralmente. Este temporáneo intercambio de condiciones es una operación teúrgica; pero quienes no la comprenden acusan a los samanes de hechicería y de evocar los espíritus de los muertos en ayuda de sus artes necrománticas.

COMUNICACIONES DE LOS LAMAS

Sin embargo, el verdadero samanismo floreció en la India tres siglos antes de J. C., en la época de Megathenes, y no cabe juzgar de él por las degeneradas derivaciones que actualmente practican los samanes de Siberia, así como tampoco es posible juzgar del budismo por las supersticiones fetichistas de los siameses y birmanos. Hoy día el samanismo o comunicación teúrgica con los espíritus desencarnados se profesa en las principales lamaserías de Mongolia y Tíbet, pues el budismo lamaico ha conservado cuidadosamente los primitivos conocimientos mágicos y opera en los tiempos presentes tan maravillosos fenómenos como en la época del kan Kublai y sus magnates. Lo mismo que hace trece siglos, la mística fórmula: *Aum mani padmé hum* (58) del rey Srong-ch-Tsans-Gampo tiene virtudes mágicas. Avalokitesvara, el principal de los tres bodisatvas y santo patrón del Tíbet, se aparece espectralmente a los fieles en la lamasería de Dga-G'Dan, por él fundada, y la luminosa sombre de Son-Ka-pa, en figura de ígnea nubecilla desprendida de los rayos solares, conversa con los miles de lamas de aquella comunidad y su voz resuena como el susurro de la brisa al orear los árboles, hasta que la hermosa aparición se desvanece entre los del parque de la lamasería.

Dícese que en el *Garma-Khian* o lamasería metropolitana, los lamas adeptos provocan la aparición de los espíritus malignos y regresivos para forzarles a dar cuenta de sus fechorías y reparar el daño inferido a las gentes. A esto le llamó ingenuamente el abate Huc "la personificación de los demonios". Si los escépticos europeos pudieran leer los dietarios de la lamasería de Moru (59) en la ciudad espiritual de Lha-Ssa, donde se anotan los resultados de las comunicaciones de los lamas con las entidades del mundo invisible, no desdeñarían en estudiar los fenómenos que tan ponderativamente describen los periódicos espiritistas.

En la lamasería de Foht-Ila, residencia veraniega del dalailama, una de las más importantes de las miles del país, se ve flotar en los aires el cetro del prior del monasterio, cuyos movimientos regulan los actos de la vida conventual. Cuando el prior llama a un monje para que dé cuenta de su conducta, sabe de antemano el llamado que le sería inútil mentir, pues el cetro regulador de la justicia oscilará en uno u otro sentido para corroborar o desmentir las declaraciones del monje (60).

En el monasterio de Sikkim hay algunos lamas taumaturgos. El difunto patriarca de Mongolia, Gegen Chutuktu, que residía en el paradisíaco lugar de Urga, fue la décimosexta encarnación de Gautama, y por lo tanto, tuvo categoría de bodisatva y facultades taumatúrgicas verdaderamente admirables, aun entre los taumaturgos de aquella tierra de las maravillas por excelencia.

Pero no vaya a creerse que estas facultades taumatúrgicas puedan educirse sin esfuerzo. Las vidas de estos ejemplarísimos varones son ya de por sí un milagro, por más que la ignorancia los califique de vagabundos, holgazanes, mendigos e impostores. Decimos que su vida es ya de por sí un milagro, porque nos demuestra cumplidamente a cuánto alcanzan la pureza de conducta y rectitud de intenciones acompañadas del más riguroso ascetismo sin detrimento de la salud del cuerpo, cuya vida se prolonga hasta muy provecta edad. Ni por asomo imaginaron jamás los eremitas cristianos los refinamientos disciplinarios con que los fakires induístas y los monjes budistas fortalecen su voluntad, hasta el punto de que la aérea austeridad de Simeón el Estilita resulta en comparación juego de chiquillos.

FACULTADES TAUMATÚRGICAS

Pero no es lo mismo el estudio teórico que el ejercicio práctico de la magia. El colegio mongol de *Brâs-ss-Pungs* cuenta con más de trescientos magos (61) y doble número de discípulos que cursan la magia desde los doce a los veinte años; pero al terminar los estudios tardan todavía mucho tiempo en recibir la iniciación final, y apenas llega a merecerla uno de cada cien candidatos. aSimismo, entre los muchos miles de lamas que ocupan una serie de conventos alrededor de toda una ciudad, tan sólo el dos por ciento educen facultades taumatúrgicas. Cabe aprender de memoria línea por línea los 108 volúmenes del *Kadjur* (62) y sin embargo, carecer de facultades taumatúrgicas. Sólo hay un camino para llegar seguramente a la meta y de él nos hablan algunos autores herméticos, entre ellos el alquimista árabe Abipili, quien dice:

> Te advierto, ¡oh tú!, quienquiera que seas e intentes sondear los arcanos de la naturaleza, que si no hallas *dentro de ti* lo que buscas, tampoco lo hallarás *fuera de ti*. Si desconoces las excelencias de tu propia casa ¿por qué tratas de indagar la excelencia de otras cosas? ¡Oh hombre! Conócete a ti mismo. En ti yace oculto el tesoro de los tesoros.

En otro tratado de alquimia que se titula: *De manna Benedicto*, el autor dice respecto de la piedra filosofal:

> Por diversas razones no tengo intención de hablar mucho sobre este asunto, ya explícitamente descrito al relatar ciertos usos mágicos y naturales de esta piedra que desconocen muchos de los que la poseen. Pero cuando contemplo a estos hombres *me tiemblan las rodillas, se estremece mi corazón y me quedo absorto*.

Todo neófito ha experimentado en mayor o menor grado análogos sentimientos, hasta que una vez vencidos se elevó a las altezas del adeptado. En los claustros de Tashi-Lhunpo y Si-Dzang educen algunos lamas las facultades mágicas hasta su extrema perfección. famoso es en la India el Banda-Chan Rambutchi, el *Hutuktu* de la capital del alto Tíbet, y renombrada en todo el país la confraternidad de Khe-lan, entre cuyos hermanos sobresalió un inglés (*peh-ling*) que venido de Occidente abrazó la religión budista y al cabo de un mes de noviciado fue admitido en la cofradía de Khe-lan. Según tradición, conocía este inglés todas las lenguas orientales, incluso la tibetana, y estaba versado en todas las ciencias y artes. Por la santidad de su vida y sus dotes taumatúrgicas llegó a ejercer al poco tiempo las elevadas funciones de

shaberón, y los tibetanos veneran su memoria, aunque tan sólo los shaberones conocen su verdadero nombre.

El fenómeno mágico cuya operación anhela más vehementemente el budista devoto es el de viajar por los aires. El famoso chino Pia Metak, que fue rey de Siam, sobresalía por su saber y devoción; pero no alcanzó aquella eminentísima facultad hasta que se puso bajo la directa tutela docente de un sacerdote budista. Crawfurd y Finlayson, durante su residencia en Siam, observaron atentamente los esfuerzos de algunos nobles siameses para adquirir esta facultad (63).

Muchas y muy diversas sectas se dedican por entero en China, Siam, Tartaria, Tíbet, Cachemira e India británica a la educción de los llamados poderes sobrenaturales. Acerca de una de estas sectas, la de los *taosés*, dice Semedo:

> Aseguran los taosés que por medio de ciertas prácticas y meditaciones pueden unos de ellos rejuvenecerse y otros alcanzar el estado de shien-sien o de beatitud terrenal en el que les es dado realizar todos sus anhelos y trasladarse pronta y fácilmente de un lugar a otro por muy distante que esté (64).

Esta facultad se contrae a la *proyección* del vehículo astral más o menos densificado, pero no a la locomoción aérea del cuerpo físico, pues dicho fenómeno puede compararse al reflejo de la imagen en el espejo donde aparece reproducida nuestra persona en sus más minuciosos pormenores, sin que haya en ella ni un átomo de materia. la fotografía proporciona otra prueba de esta proyección refleja, y si los físicos no han descubierto todavía el procedimiento de obtener fotografías a lejanas distancias (65), nada se opone a que lo hayan encontrado en la virtud de su *propia voluntad* quienes la desligan de todo interés mundano (66).

POSIBLES DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS

La ciencia afirma que el *pensamiento* también es *materia* y que toda vibración energética conmueve la masa atmosférica. Por lo tanto, si el hombre, como todos los seres y todas las cosas, está circuido del aura formada por sus propias emanaciones, y si con la imaginación puede trasladarse instantáneamente a los más distantes lugares, ¿qué imposibilidad científica se opone a que, regulado, intensificado y dirigido su pensamiento por la educada *voluntad*, asuma temporáneamente una forma objetiva que para la persona a quien vaya encaminado sea fidelísima figura del pensamiento original? ¿Es acaso esta afirmación más hipotética que no hace mucho tiempo lo eran el telégrafo, la fotografía y el teléfono?

Desde el momento en que la placa sensibilizada retiene tan minuciosamente nuestra imagen fisonómica, ha de ser esta imagen algo *material,* aunque tan en extremo *sutil* que escape a la ordinaria percepción sensoria. Y puesto que por medio de la linterna mágica podemos proyectar nuestra imagen personal sobre una pared blanca (67) desde cien metros de distancia, no es científicamente imposible que los adeptos conozcan ya algo que los científicos niegan hoy todavía, pero que con seguridad descubrirán mañana, esto es, el procedimiento de proyectar instantáneamente su cuerpo astral a miles de kilómetros de distancia y actuar en él tanto o más certera e inteligentemente que en el cuerpo físico, del cual se desprenden y dejan entretanto con el indispensable fluido vital para mantener catalépticamente la vida orgánica. La energía universal tiene una modalidad vibratoria muy superior a la eléctrica, única que hasta ahora conocen los investigadores científicos, y aun hay diversas transformaciones de la electricidad de cuyos inexperimentados efectos nadie es capaz de sospechar la amplitud.

Dice Schott que los chinos, y particularmente los de la secta de Tao-Kiao, llamados taosés, dieron ya desde muy antiguo el nombre de *sian* o *shin-sian* al anacoreta que, o bien por

austeridad de vida o por efecto de hechizos y elixires, tienen virtudes taumatúrgicas y han alcanzado la inmortalidad terrena (68). Sin embargo, hay exageración, aunque no error, en esta referencia, pues no tienen el don de la inmortalidad corporal, sino tan sólo el de prolongar la vida, como lo atestigua Marco Polo en el siguiente pasaje:

> Hay allí unos hombres llamados *chughis* (69), pero cuyo verdadero nombre es el de *abraiamanes* (70), que viven de 150 a 200 años. son muy sobrios y se alimentan principalmente de arroz y leche. Dos veces al mes toman una extraña pócima de azufre y mercurio que, según dicen, les alarga la vida y están acostumbrados a tomarla desde su infancia (71).

Dice Yule que, según Burnier, saben los yoguis preparar tan admirablemente el mercurio, que un par de gránulos de su preparación tomados por la mañana entonan salutíferamente el cuerpo. Añade a esto Yule que el *mercurius vitae* de Paracelso era una pócima en cuyos ingredientes entraban el antimonio y el mercurio (72).

Muy desaliñados e incorrectos son estos informes que estamos en disposición de rectificar. Por de pronto, la longevidad de algunos lamas y talapines es proverbial, y todo el mundo sabe allí que beben una mixtura por cuya virtud se renueva la "sangre vieja", como ellos la llaman. Asimismo sabían los alquimistas que el *aura de plata* tomada a prudentes dosis devuelve la salud y prolonga considerablemente la vida. Pero en cuanto a si era mercurio la base del elixir usado por los yoguis y alquimistas, tenemos fundamento para afirmar que no es mercurio aunque lo parezca, pues tanto Paracelso como los demás místicos y alquimistas entendían por *mercurie vitae* el *espíritu* o *aura* de la plata y no del mercurio. Es de todo punto errónea la afirmación de que Paracelso introdujera el uso del mercurio en la farmacopea terapéutica, pues ningún preparado de mercurio, ya lo fuera por mano de algún medioeval filósofo del fuego, ya lo esté por la de los modernos farmacéuticos, no pudo ni podrá poner en perfecta salud al cuerpo. Tan sólo los inescrupulosos charlatanes preconizarán las virtudes de semejante droga, y así opinan muchos comentadores que los enemigos de Paracelso forjaron esta imputación con el maléfico propósito de que las gentes lo tuvieran por un charlatán.

MEDICINAS DE LOS YOGUIS

Los antiguos yoguis usaban, y aun hoy usan los lamas y talapines, un brebaje compuesto de cierto jugo lechoso extraído de una planta medicinal y mezclado con un poco de azufre. Algún maravilloso secreto deben de conocer estos hombres, cuando les hemos visto curar en breves días muy peligrosas heridas y soldar fracturas de huesos en tantas horas como días necesita la cirugía para obtener el mismo resultado (73). También hemos oído hablar de cierta agua llamada *âb-i-hayât* que mana de la fuente *âb-i-haiwân-î* y según creencia vulgar sólo pueden ver los santos sannyâsis. Sin embargo, los talapines no han querido revelar sus secretos terapéuticos ni a los científicos ni a los misioneros, por recelo de que sirviese de lucro lo que graciosamente debe emplearse en beneficio de la humanidad (74).

En las solemnes festividades de las pagodas indas o en los festejos con que se celebran las bodas de príncipes y magnates y siempre que con cualquier motivo se reúne gran multitud de gentes, acuden allí los *gunis* o encantadores de serpientes, los fakires hipnotizadores, los ilusionistas y alguno que otro sannyâsi milagrero. Los europeos que presencian los sorprendentes fenómenos operados por estas gentes podrán burlarse fácilmente de ellos, pero no les será posible explicarlos científicamente. Al ver a un encantador de serpientes con las cobras enroscadas al cuerpo, los brazos ceñidos por varios corallilos (75) y en el cuello un trigonocéfalo (76) a manera de corbata, sonríen despectivamente los escépticos, y ya que no puedan negar el fenómeno tratan de explicarlo diciendo que el encantador ha desemponzoñado

de antemano a los reptiles arrancándoles los colmillos (77) y sumiéndolos al efecto en sopor hipnótico.

Ocurrió cierta vez que un oficial inglés, el capitán B, regateaba méritos a un encantador de serpientes diciendo que por lo inofensivas era ridículo temerlas. Entonces el guni, acercándose al capitán, le preguntó:

-¿Quiere el señor acariciar una de mis serpientes?

Soltó el capitán una interjección incompatible con los caracteres de imprenta y echóse rápidamente hacia atrás demostrando tanta ligereza de pies como de lengua, y gracias a la sugestiva acción del guni pudo librarse de una humillación pública.

Por media rupia (78), cualquier profesional del hechizo sárpico atraerá a sí multitud de serpientes indómitas, de las especies más ponzoñosas, que reptarán por piernas y brazos hasta enroscársele por todo el cuerpo, de modo que las manosee indemnemente (79). ¿Habrá algún prestidigitador, domador o hipnotizador europeo que ose efectuar semejante experimento a diario repetido en la India?

EL FAKIR Y LA TIGRE

Una vez, los vecinos de un villorrio sito no lejos de Dakka, en las cercanías de una selva, se vieron sorprendidos de espanto por la aparición, al rayar el alba (80), de una corpulenta tigre de raza bengalesa a la que un atrevido cazador había arrebatado sus cachorros. Víctimas de la fiera se contaban ya dos hombres y un niño, cuando un fakir que salía de la pagoda vióse frente al felino, agachada junto a un árbol en espantable actitud de lanzarse sobre otra presa. Sin vacilar, encaminóse el fakir derechamente a la fiera cantando un mantra de letra ininteligible para los profanos, y a cosa de tres metros de distancia dio unos cuantos pases magnéticos cuyo efecto fue que, con asombro de los vecinos refugiados tras las puertas de sus casas o subidos a los árboles, dio la bestia tan tremendo salto que todos creyeron víctima de su furia al santo varón; pero subió de punto el general asombro al verla retorciéndose y revolcándose a sus pies hasta quedar con la cabeza apoyada en las patas delanteras y la vista apaciblemente fija en él. Sentóse éste entonces junto a la fiera y la acarició pasándole la mano por la listada piel hasta que gradualmente cesó de rugir, y al cabo de media hora acudieron los vecinos en peso a contemplar al fakir recostado sobre los lomos de la tigre, a manera de almohada, con la mano derecha sobre la cabeza del animal que le lamía suavemente la izquierda apoyada sobre el césped bajo su espantable boca.

De este modo subyugan los fakires a las bestias más feroces de la India, entre las cuales no es la menor el tigre, y seguramente que ningún domador europeo fuera capaz de otro tanto a pesar del hierro candente. Desde luego que no todos los fakires poseen tan maravillosas facultades, pues son los menos; pero no obstante, su número es considerable, y como el procedimiento para educirlas se les enseña secretamente en las pagodas, sólo lo conocen los iniciados. Esto confirma la verdad de las hasta hoy tenidas por fábulas de Krishna y Orfeo, que con sus cantos amansaban a las fieras.

Es innegable que *ni un solo europeo* residente en la India, de asiento o de viaje, puede jactarse de haber estado en el *recinto interno* de una pagoda, pues no hay influencia ni soborno capaces de franquear sus puertas a los profanos, y menos aún a los extranjeros. Si alguien intentara allanar el santuario, fuera lo mismo que prender fuego a un polvorían, pues los cien millones de indos, tan sufridos y pacientes (81), se sublevarían como un solo hombre, sin distinción de secta ni casta, contra semejante profanación y exterminarían a los extranjeros.

La Compañía de Indias estaba perfectamente enterada de esta disposición de ánimo y desde luego procuró aquistarse la benevolencia de los brahmanes, cuyas pagodas subvencionó

precavidamente. El gobierno británico sigue la misma conducta y ha logrado consolidar hasta cierto punto su dominio, respetando la religión, costumbres y leyes de los indígenas.

Pero reanudemos el examen del samanismo o culto de los espíritus, la más extraña y a la par menos conocida de las religiones anteriores al cristianismo. No tienen los samanes culto externo, ídolos ni altares y celebran una sola ceremonia, ritualística en el solsticio de invierno, sin permitir la entrada a los profanos (82). Los rusos, a pesar de su trato frecuente con los samanes de Siberia y tartaria, nada saben de cierto sobre esta religión, excepto lo relativo a las virtudes mágicas de sus sacerdotes, que achacan a prestidigitación, aunque muchos rusos residentes en Siberia están convencidos de la verdad de las facultades de los samanos. Celebran estos sus ceremonias religiosas al aire libre, en la cumbre de un colina o en lo más escondido de las selvas, a semejanza de los antiguos druidas. Las ceremonias del nacimiento, matrimonio y muerte son parte secundaria del culto religioso y consisten en ofrendas de esencias y leche, derramadas en el fuego del sacrificio al ritmo de conjuros mágicos que entona el celebrante y corean los fieles.

LOS SAMANES DE SIBERIA

El traje de los sacerdotes es de piel de gamuza u otro animal de virtudes magnéticas y está adornado con numerosas campanillas de hierro y bronce (83), que sirven para ahuyentar a las malignas entidades aéreas. También se valen a este propósito de un bastón cubierto de jeroglíficos y guarnecido de cascabeles, hacia cuyo puño queda atraída por misteriosa fuerza la mano del sacerdote o sacerdotisa cuando se comunica con el espíritu, y a poco se ve levantado en los aires hasta considerable altura, desde donde vaticina el porvenir (84). Ejemplo de ello nos da el samán que en 1847, desde un apartado lugar de Siberia, predijo con todos sus pormenores la guerra de Crimea, ocurrida seis años más tarde.

Aunque por lo general no conocen la astronomía ni siquiera de nombre, predicen los eclipses y otros fenómenos astronómicos y descubren a los culpables de robos y asesinatos. Los de Siberia son todos analfabetos, y entre los del Tíbet y Tartaria predominan los decultura empírica y autodidáctica, que no se someten a la influencia de las entidades psíquicas. Los primeros son *médiums* y los segundos *magos*. No es extraño, por lo tanto, que cuando los samanes se comunican en estado de trance con los espíritus, digan las gentes supersticiosas que están poseídos del demonio. Como en las bacantes y coribantes de la antigua Grecia, el frenesí mántico de lossamanes se manifiesta en violentísimos gestos y turbulentas danzas que por contagio imitan los espectadores atacados también del mismo frenesí, cuyas consecuencias suelen ser fatales en algunos individuos que acaban por caer rendidos al suelo (85).

Ejemplos de este linaje de contagios psíquicos nos ofrece la historia de los tiempos medioevales, entre ellos el famoso *baile de San Vito* o *corea*, del que Paracelso curó a muchos atacados, por lo que le acusaron sus enemigos de haber lanzado demonios por obra de uno muy poderoso que llevaba metido en el puño de la espada (86).

El samán iletrado es víctima de las entidades psíquicas, y mientras se halla en trance suele ver a los circunstantes en figura de diversos animales y les contagia de sus alucinaciones. En cambio, los samanes educados en los colegios sacerdotales saben ahuyentar a las entidades elementarias que producen las alucinaciones, y las ahuyentan por procedimiento análogo al de los hipnotizadores, o sea por el conocimiento que tienen de su índole y naturaleza (87).

Los samanes llevan consigo, pendiente de un cordón por debajo del brazo izquierdo, un talismán análogo a la cornerina de que ya hablamos. Al samán que nos guiaba por el Tíbet le preguntamos más de una vez:

-¿De qué sirve esta piedra y qué virtudes tiene?

Pero el samán eludía siempre toda respuesta categórica, con promesa de que tan luego como se le deparara coyuntura y estuviésemos solos le diría a la piedra que respondiese por ella misma. Muchas conjeturas nos sugería entonces tan vaga esperanza, pero muy luego llegó el día en que pudo hablar la piedra. Ocurrió el caso en una de las situaciones más críticas de mi vida, cuando el anhelo de viajar me había llevado a los arenosos desiertos de Mongolia (88) cuyo pavoroso silencio en las puestas de sol, a pesar de que no están del todo deshabitados, sobrecoge el ánimo mayormente que en las sabanas americanas, las estepas rusas o las soledades africanas. Una tarde en que todos los compañeros de viaje estaban ausentes de la *yurta* (89) le recordé su promesa al samán, confiando en que la cumpliría movido de la protección que a los extranjeros de la partida nos dispensaba. Suspiró el samán con muestras de duda, y a poco se levantó del pedazo de cuero en que estaba sentado, y saliendo de la tienda plantó junto a la entrada una estaca rematada por una cabeza de macho cabrío cuyos cuernos hacia arriba daban señal de que él estaba *operando* y nadie se atrevería por lo tanto a entrar en la tienda. Hecho esto, volvió junto a mí después de correr la cortina de fieltro, y sacóse del seno el talismán, tamaño como una nuez, y desenvolviéndolo cuidadosamente del envoltorio en que lo guardaba hizo ademán de tragárselo, aunque no puedo afirmar si se lo tragó en efecto. Lo cierto es que al poco rato cayó el samán al suelo tan yerto, frío y paralítico que hubiera parecido cadáver a no ser por el movimiento de los labios en respuesta a mis preguntas. La escena era en verdad dramáticamente embarazosa. Iba cayendo el día en brazos de la noche, y tan sólo quebraba la oscuridad de la tienda el mortecino fulgor de las ascuas que habían sido hoguera. La soledad me parecía aún más horrible junto a aquel cuerpo inerte; mas por fortuna tardó muy poco en variar la escena, porque oí una voz que, como si saliera de las entrañas del suelo en que yacía el samán, preguntó: “¡Mahandú! La paz sea contigo. ¿Qué me quieres?” no me sorprendió este fenómeno, por maravilloso que parezca, pues ya había visto a otros samanes en trances análogos, y así enfoqué toda mi fuerza mental en la entidad cuya voz había oído, y le dije mentalmente:

ESCENA MÁGICA EN TARTARIA

-Quienquiera que seas, ve a K y procura indagar el *pensamiento* de tal persona y qué está haciendo tal otra, y dile *** qué hacemos y en dónde estamos.

La voz respondió:

-Ya llegué. La anciana señora (90) está sentada en el jardín y se cala los anteojos para leer una carta.

-Entérate al punto del contenido de esa carta.

Preparé papel y lápiz y fui transcribiendo lo que la voz me dictaba lentamente, como si quisiera darme el tiempo necesario para la correcta transcripción de las palabras, pues hablaba en idioma válaco del que yo conocía la fonética, pero no el significado. De esta suerte llené toda una página.

Después dijo la voz que, aunque del mismo timbre del samán, resonaba cavernosa y como si de lejos viniese:

-Mira a Occidente, hacia la tercera pértiga de la yurta. El *pensamiento* de la señora está aquí.

Entonces se irguió el samán de medio cuerpo arriba y se abalanzó hacia mí, de suerte que me tomó de los pies con ambas manos y entre ellos apoyó la cabeza. La situación no me parecía muy agradable; pero la curiosidad vino en auxilio del valor. En el ángulo occidental de la tienda aparecía, como reflejo del cuerpo vivo, la trémula, oscilante y nebulosa figura espectral de una señora rumana de la región válaca, muy querida amiga mía, de temperamento místico, pero incrédula en absoluto respecto de los fenómenos psíquicos.

Dejo entonces la voz:

-Su pensamiento está aquí, pero su cuerpo yace inconsciente. No puedo traerla aquí de otro modo.

Interrogué al espectro en súplica de que me respondiese, mas en vano, pues si bien el semblante parecía gesticular con expresión de temor o angustia, no despegó los labios, y tan sólo creí oír a lo lejos, aunque tal vez fuese ilusión auditiva, una voz que decía en rumano: *non se pôte* (no es posible).

Durante dos horas tuve repetidas y evidentes pruebas de que el samán actuaba en su cuerpo astral, obediente a mis sugestiones mentales. Diez meses después recibí una carta de mi amiga en contestación a otra en que le enviaba yo la transcripción de lo dictado por la voz del samán. Corroboraba la señora todo cuanto yo había transcrito, pues según me dijo en su carta, estaba aquella mañana en el jardín entretenida en la prosaica ocupación de hacer conservas (91), y en un intervalo de la operación se sentó para leer una carta recibida de su hermano, cuando de pronto, a causa sin duda del mucho calor, según ella colegía, se desmayó y me vio en sueños sentada en una "tienda de gitanos", en un paraje desierto que mi amiga describìa exactamente, añadiendo que ya no le era posible dudar por más tiempo de la verdad de estos fenómenos.

Pero el experimento tuvo una segunda y todavía mejor parte. En vista de nuestra crítica situación en aquel desierto, y con propósito de que nos sacara de ella, dirigí la entidad astral del samán hacia mi amigo kutchi de Lha-Ssa, que según dije está continuamente yendo y viniendo del Tíbet a la India británica. Realizóse felizmente mi propósito, porque al cabo de pocas horas llegó en nuestro socorro una partida de veinticinco jinetes capitaneados por un *amigo personal* del kutchi, un adepto a quien no había yo visto hasta entonces ni he vuelto a ver después, pues siempre está en la lamasería (*sumay)* donde no me fuera posible entrar. Mi amigo el kutchi le despachó en nuestro socorro tan luego como supo astralmente la situación en que nos hallábamos, y sin contratiempo llegaron al paraje que nadie hubiera podido encontrar por ordinaria orientación.

Fácil es que la generalidad de los lectores duden de cuanto acabamos de relatar; pero no así quienes con nosotros conozcan las dilatadísimas posibilidades de la actuación astral, sobre todo cuando este vehículo, como en el caso del samán, sirve de instrumento a una entidad superior (92).

LOS JUGLARES DE LA INDIA

Quien sólo haya presenciado las habilidades químicas, ópticas y mecánicas de los prestidigitadores europeos, quedará seguramente asombrado al ver las que sin aparatos a propósito llevan a cabo los juglares indos (93). Pero aunque los viajeros que no saben refrenar la fantasía exageran desmesuradamente sus relatos sobre el particular, los hay que se ciñen estrictamente a lo visto, como por ejemplo, el capitán O'Grady, quien dice:

> He visto cómo un hombre lanzaba sucesivamente al aire unas veinte bolas numeradas en serie natural, que se elevaban hasta desaparecer de la vista de los espectadores. Entonces el juglar invitaba a un circunstante a que indicase el número de la bola que quisiera, y al punto caía violentísimamente al suelo la indicada. Estos juglares van medio desnudos y no emplean aparato alguno en sus suertes. También les he visto meterse en la boca tres especies de polvos diversamente coloreados y beber luego a chorrilo de un *lotah* o botijo de bronce tanta agua como les cabía en el cuerpo hasta rebosarle por la boca. Después vomitaron toda el agua que habían bebido y escupieron las tres porciones de polvo separadamente y completamente secos sobre un pedazo de papel (94).

Las belicosas tribus del Kurdestán, de puro origen indoeuropeo y sin una gota de sangre semita en las venas (95), son tan místicos como los indos y tan magos como los caldeos, en cuyo antiguo territorio se asentaron y lo defenderían si preciso fuese no sólo contra las ambiciones de Turquía sino contra Europa entera (96). Aunque unos son musulmanes de la secta de Omar y otros cristianos de la doctrina de Nestorio, o más bien de Maniqueo, sólo cabe llamarlos así nominalmente, porque en doctrina y prácticas son puramente magos. El número de los kaldanis llega a cien mil y están bajo la jurisdicción espiritual de dos patriarcas. Muchos de ellos son yezides.

Una de estas tribus se distingue por su afición al culto del fuego. Al salir y ponerse el sol desmontan los que viajan a caballo y con el rostro vuelto hacia el astro rezan la oración de la mañana o la de la tarde. en cada plenilunio celebran misteriosas ceremonias que duran toda la noche en una tienda dispuesta para el caso, en cuyo tupido telamen de lana negra campean misteriosos signos bordados en colores rojo intenso y amarillo. En el centro de la tienda se levanta un altar ceñido por tres cenefas de bronce, de las cuales penden aros sostenidos por trencillas de pelo de camello en número suficiente para que cada circunstante empuñe uno durante la ceremonia. Sobre el altar arde una lámpara oblonga de plata, de tres mecheros, con asa por el estilo de las lámparas sepulcrales egipcias que, según Kircher (97), se encontraron en los subterráneos de Menfis y en las ruinas de Persépolis (98). La forma de esta lámpara es parecida a una copa abultada en el centro y de figura de corazón en la parte superior. Los mecheros son triangulares y en el centro se dibuja un heliotropo invertido, cuyo tallo, graciosamente curvado, arranca del asa de la lámpara. Este adorno denota claramente que era uno de los vasos sagrados empleados en el culto del sol, pues los griegos llamaron heliotropo a la flor de este nombre por la semejanza de su corola con el disco solar. Los magos caldeos usaban también esta lámpara en las ceremonias cultuales, y tal vez su triple luz alumbró el rostro del rey hierofante Darío Hystaspes.

Hemos descrito tan al pormenor esta lámpara, porque hay una leyenda muy estrechamente relacionada con ella. Por referencias sabemos en qué consisten las ceremonias kurdas del plenilunio, pues aquellas gentes tienen exquisito cuidado en recatarse de los profanos y más todavía de los extranjeros. Sin embargo, pudimos enterarnos de que en cada tribu hay uno o varios ancianos, en sagrada veneración tenidos, que vaticinan el porvenir, descubren el pasado y aciertan cuanto se les consulta.

LA CONSULTA DEL ESPEJO

Hemos pasado algún tiempo entre los kurdos de diversas tribus (99) y podemos referir algún curioso suceso. En cierta ocasión robaron de la tienda una preciosa silla de montar, un tapiz y dos dagas circasianas con montura de oro cincelado. Una de las tribus kurdas, con su jefe a la cabeza, vino a protestar en nombre de Alá que el ladrón no era de los suyos. Así lo creímos, porque hubiera sido un hecho sin precedentes en aquellas tribus nómadas, tan famosas por el sagrado respeto con que tratan a sus huéspedes como por el desembarazo con que les roban y si a mano viene les asesinan en cuanto trasponen los límites de su *aûl* o campamento.

Un georgiano que iba en nuestra caravana sugirió entonces la traza de recurrir a los conocimientos del *kudian* o hechicero de aquella tribu, como así lo efectuamos con mucha solemnidad y sigilo al filo de la media noche en plenilunio. A la hora señalada nos acompañaron a la tienda anteriormente descrita, en cuyo abovedado techo se había abierto un lucernario cuadrangular por donde entraban los rayos de la luna para confundirse con los de las vacilantes llamas de la triple lámpara. El hechicero, anciano de gigantesca estatura cuyo piramidal turbante tocaba al techo de la tienda, después de murmurar durante algunos minutos varios

conjuros que nos parecieron dirigidos a la luna, sacó un espejo redondo de los llamados “persas” y desenroscado que hubo la tapa echó el aliento sobre el cristal por espacio de diez minutos, para desempañarlo después con un manojo de hierbas mientras musitaba fórmulas de encantamiento. A cada frotación aumentaba la brillantez del espejo hasta emitir refulgentes y fosfóricos rayos en todas direcciones. Terminada la operación quedóse el hechicero espejo en mano, inmóvil como una estatua, y por fin murmuró entre labios: “Mira, Hanum, mira fijamente”. Aparecieron entonces sombrías manchas en el espejo donde momentos antes se reflejaba la radiante faz de la luna llena, y a los pocos segundos se dibujaron la silla, tapiz y dagas robados, como si surgieran del fondo de claras y cristalinas aguas, con los contornos cada vez más definidos. Después, una sombra más intensa todavía cubrió dichos objetos, sobre los cuales se fue gradualmente condensando hasta aparecer agachada encima de ellos la figura de un hombre, tan visiblemente como si se la mirara con telescopio.

-¡Lo conozco! –exclamé.- Es el tártaro que anoche vino a ver si le queríamos comprar la mula.

La imagen desapareció entonces como por ensalmo. El hechicero meneó la cabeza en señal de asentimiento y siguió inmóvil. A poco musitó extrañas palabras, y de pronto empezó a cantar con lenta y monótona modulación en lengua desconocida, hasta que al cabo de unas cuantas estrofas, sin cambiar de ritmo ni tono, chapurró en ruso a manera de recitado las siguientes palabras: “Ahora, Hanum, mira bien si podremos apresarle y dinos el hado del ladrón. Queremos saberlo esta misma noche...”

Volvieron a agruparse las sombras, y sin transición apenas vimos al tártaro tendido de espaldas sobre la silla en un charco de sangre y otros dos jinetes que a lo lejos galopaban. Tan horrorosa angustia me dio aquel cuadro que ya no quise ver más. Salió el hechicero de la tienda y noté que, como si les diese instrucciones, hablaba con unos kurdos allí en espera. Dos minutos después, una docena de jinetes bajaban a galope tendido por la montaña donde acampábamos, y a la mañana siguiente regresaron con los objetos robados. La silla estaba manchada de cuajarones de sangre y no quisimos tomarla. Refirieron que al perseguir al fugitivo echaron de ver que tras la cumbre de una lejana colina desaparecían dos jinetes, y que al correr hacia ellos dieron con el cadáver del ladrón tendido sobre los objetos robados, exactamente como le habíamos visto en el espejo mágico. Le habían asesinado los dos salteadores con intento de robarle, pero se vieron sorprendidos por el pelotón que despachó el viejo hechicero.

LA HECHICERÍA DEL SOPLO

En Oriente esta clase de hombres obtienen resultados notabilísimos con sólo soplar sobre una persona, ya con buena, ya con mala intención. Esto es puro hipnotismo, y los derviches que lo practican suelen intensificar el magnetismo animal con el de los elementos. Dicen que es peligroso colocarse de cara a determinados vientos, y nadie sería capaz de persuadir a un entendido en ciencias ocultas a que al ponerse el sol anduviese en la dirección en que sopla el viento. Conocimos a un viejo persa natural de Baku (100), a orillas del Caspio, que gozaba la poco envidiable fama de *lanzar hechizos* con la oportuna ayuda del viento que suele soplar en aquella ciudad, según da a entender su nombre (101). Si quien hubiese despertado la cólera del hechiero iba de cara al viento, aparecíasele aquél como por encanto, y cruzando el camino le soplaba en el rostro. Desde aquel punto quedaba la víctima afligida por todo linaje de males bajo el hechizo ordinariamente llamado “mal de ojo”.

Los anales franceses refieren varios casos de terrible índole, especialmente algunos relativos a sacerdotes católicos, que demuestran con toda evidencia el empleo del aliento humano con siniestros fines. Esta modalidad de hechicería se conoce de muy antiguo. El

emperador Constantino estableció severísimas penas (102) contra quienes se valieran de la hechicería para violentar la castidad o mover a bajas pasiones. San Agustín amonesta contra el mismo vicio (103). San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno y otras autoridades eclesiástricas se quejan de esta hechicería que no era infrecuente en el clero. Sobre el particular relata Baffet (104) el caso del párroco de Peifane, quien por artes de hechicería causó la perdición de una de sus feligreses, la respetable y virtuosa señora Du Lieu, por cuyo crimen le condenó a la hoguera el parlamento de Grenoble. En 1611 el de Provenza sentenció a la misma pena al clérigo Gaufridy por haber seducido en el confesionario a la penitente Magdalena de la Palud, *soplándole la cara* con el logrado intento de inspirarle concupiscente y violenta pasión hacia él.

Constan los casos precedentes en el informe oficial del mucho más famoso cuyo reo fue el influyentísimo P. Girard, procesado y juzgado ante el parlamento de Aix por haber seducido, valiéndose de hechicerías, a su penitente, la señorita Catalina Cadière, de Tolón, bella y piadosa joven de ejemplares virtudes que cumplía escrupulosamente con sus deberes religiosos. Esto fue la causa de su perdición, porque el P. Girard puso la vista en ella y desde aquel punto empezó a maquinar su desgracia. Con la hipócrita santidad que el jesuita aparentaba, supo captarse la confianza de la joven y de su familia, y muy luego halló ocasión de soplarle el rostro, de lo que la doncella sintió nacer una violenta pasión por su confesor y tuvo desde entonces visiones extáticas de índole religiosa, acompañadas de convulsiones histéricas y de estigmas de la Pasión. Deparósele por fin al clérigo la tan deseada coyuntura de hallarse a solas con su penitente, y volviendo a soplarle el rostro la dejó en desmayo, de que el hechicero se aprovechó para lograr su intento antes de recobrar el sentido la pobre muchacha. Durante algunos meses siguió el P. Girard sugestionando a su víctima con sofística palabrería para excitarle el fervor religioso y encubrirle la fealdad de su acción; pero no obstante las arterías empleadas por él, la señorita abrió por fin los ojos a la verdad, y enterados del caso sus padres incoaron proceso contra el seductor. La Compañía de Jesús empleó todo su poder e influjo en defensa del acusado, y según se dijo, gastó un millón de francos en el intento de invalidar las pruebas aducidas en el proceso. El 12 de Octubre de 1731 se dictó sentencia por los veinticinco magistrados del Parlamento, de los que doce votaron pena de muerte (105).

ESTIGMAS MÁGICOS

Los estigmas de la Pasión, que según el precedente relato aparecieron en el cuerpo de Catalina Cadière, eran señales cruentas de las espinas en la frente, de la lanzada en el costado y de las cuatro llagas de los clavos en manos y pies. Pero conviene añadir que los mismos estigmas aparecieron en el cuerpo de otras seis penitentes del mismo jesuita, las señoras de Guyol, Laugier, Grodier, Allemande, Batarelle y Reboul. Se echó de ver que las más hermosas penitentes del P. Girard mostraban extraña predisposición a los estigmas y a los éxtasis. También descubrió el ecamen quirúrgico parecidos estigmas en la señorita Palud, seducida por el cura Gaufridy.

En todo esto hay motivo para llamar la atención de cuantos (y especialmente los espiritistas) atribuyen estos estigmas a la acción de espíritus puros. Porque dando de mano a la influencia del diablo (a quien ya dejamos tranquilo en otro capítulo), apurados se verían los católicos, no obstante la infalibilidad de su Iglesia, para distinguir entre los estigmas procedentes de hechicería y los que, según ellos, son obra del Espíritu Santo o de los ángeles. La Iglesia achaca a remedos forjados por el diablo la simulación de estos signos de santidad; pero el subterfugio no sirve, porque el diablo está ya fuera de combate.

Quienes hasta aquí hayan perseverado en la lectura de esta obra preguntarán cuál es su finalidad práctica. Mucho se ha dicho acerca de la magia y sus potencialidades, así como de la incalculable antigüedad de su ejercicio. ¿Acaso afirmamos que todo el mundo ha de conocer y

practicar las ciencias ocultas? ¿Acaso intentamos substituir el moderno espiritismo por la magia antigua? Ni una cosa ni otra. No cabría tal substitución ni fuera posible divulgar el estudio de la magia, sin promover enormes peligros públicos. En el momento de escribir estas líneas nos enteramos de la prisión de un conocido hipnotizador y espiritista, acusado de violar a una mujer por él hipnotizada. Todo hechicero es un enemigo público, y el hipnotismo puede convertirse fácilmente en hechicería de la peor especie.

No pretendemos que los científicos, teólogos y espiritistas sean magos en ejercicio, sino convencerles de que antes de nuestra época se conocieron ya la verdadera ciencia, la religión pura y los fenómenos auténticos. Quisiéramos que todos cuantos tienen alguna influencia en la educación de las gentes *supieran* primero, para *enseñarlo* después, que las obras legadas por los antiguos son los más seguros guías para lograr la sabiduría y la felicidad humanas; y que en los países donde los preceptos de los antiguos filósofos sirven de norma de conducta a las gentes, son más sublimes las aspiraciones espirituales y mucho más elevado el nivel moral. Quisiéramos generalizar el convencimiento de que las potencias mágicas son potencias *espirituales* y laten en todo hombre. Quisiéramos que actualizasen estas potencias cuantos sienten verdadera vocación al magisterio y están dispuestos a la disciplina y dominio internos que su desenvolvimiento demanda.

Muchos hombres vislumbraron la verdad y creyeron por ello poseerla plenamente. Sin embargo, estos hombres no hicieron el bien que desearon y hubieran podido hacer, porque la vanidad personal se interpuso entre los creyentes y la *verdad completa* que tras ellos refulgía. El mundo no necesita iglesias sectariamente exclusivistas, llámense de Buda, Jesús, Mahoma, Swedenborg, Calvino o cualquier otro instructor religioso. Si la verdad es *una*, también ha de ser *una* la iglesia necesaria para la humanidad, y esta iglesia es el *reino de Dios* que está *en nosotros*; el templo interior que, aunque circuido de los muros de la materia, es fácilmente accesible para quienes acierten con el sendero que conduce a la entrada. Así *los limpios de corazón verán a Dios.*

La trinidad de la Naturaleza es la cerradura de la magia y la trinidad del hombre su llave. En el solemne recinto del santuario no tuvo ni tiene nombre la SUPREMA DIVINIDAD innominada, inconcebible e inefable. Pero todo hombre halla a Dios en su interior.

En el *Khordah-Avesta* pregunta el alma desencarnada ante las puertas del Paraíso: "¿Quién eres, ¡oh hermosísimo ser!?". Y le responden: "Soy, ¡oh alma!, tus puros y buenos pensamientos, tus buenas acciones, tu buena ley..., tu ángel... y tu Dios". Entonces el hombre espiritual se reúne *consigo mismo*, porque este "Hijo de Dios" es uno con él, es su propio *Mediador,* el *Dios* de su alma humana, su *Justificador*. Así dice Platón: "Dios no se revela inmediatamente al hombre, sino que el espíritu es su intérprete" (106).

LOS BLANCOS, INEPTOS PARA LA MAGIA

Pero muy poderosas razones dificultan además el estudio práctico de la magia en Europa y América (aunque consientan el teórico), por la general incapacidad de la raza blanca para la comprensión experimental de la más difícil ciencia.

No importa que el hombre de raza blanca intente este estudio en su propio país o en los de Oriente. Fracasará igualmente, porque con toda probabilidad, de cada millón de europeos y americanos tan sólo *uno* tiene las *aptitudes* físicas, psíquicas y espirituales que demanda el estudio práctico de la magia; y entre diez millones ni uno solo reuniría las *condiciones* requeridas para su *ejercicio*.

El hombre civilizado carece de la prodigiosa resistencia física y mental de los orientales, ni tampoco tiene su apacible temperamento y benigna idiosincrasia. El indo, el árabe, el tibetano, han heredado la intuitiva percepción de que la voluntad humana *puede* dominar las

ocultas fuerzas de la Naturaleza, y tienen por otra parte mucho más agudos que las gentes de Occidente los sentidos del cuerpo y del espíritu. El diferente espesor del cráneo de un europeo, comparado con el de un indo meridional, no supone superioridad psicológica, sino que es un accidente climatológico debido a la mayor intensidad de los rayos solares.

Además, el hombre civilizado tropezaría con tremendas dificultades en el curso de su *adiestramiento*, si vale la palabra, porque todos están contaminados de la secular superstición dogmática y del tan desarraigable como injusto sentimiento de superioridad respecto de a quienes los ingleses llaman despectivamente “negros”. Difícilmente se sometería el blanco europeo o americano a la instrucción práctica que sin mayor esfuerzo reciben un copto, un brahmán o un lama.

Para merecer el título de neófito es preciso entregarse en cuerpo y alma al estudio de las ciencias místicas, entre las cuales es la magia imperativa y celosa amante que no tolera rival. Contra lo común en las demás ciencias, de nada sirve en la magia el conocimiento teórico de las fórmulas si no hay capacidad mental para comprenderlas ni potencia espiritual para aplicarlas. El espíritu ha de mantener sujeta la combatividad de la mal llamada razón educada, hasta que los hechos hayan triunfado de la insulsa sofistería.

Los espiritistas son quienes mejor dispuestos están al estudio del ocultismo, aunque por efecto de sus preocupaciones se hayan opuesto obstinadamente hasta ahora a que se hablara de ello en público. A pesar de las insensatas negativas, son reales y auténticos los fenómenos espiritistas; pero a pesar también de su autenticidad se equivocaron por completo los afiliados a dicha escuela, cuyo descrédito dimanó de la insuficiente hipótesis que exclusivamente atribuye los fenómenos a espíritus desencarnados. Una infinidad de mortificantes fracasos no han logrado convertir ni su razón ni su intuición a la vedad. Ignorantes de las enseñanzas del pasado, no han descubierto otras capaces de suplirlas. Nosotros les brindamos deducciones filosóficas en vez de hipótesis incomprobables y el análisis y la demostración científica a cambio de la fe ciega. La filosofía oculta les proporcionará medios de responder a las racionales demandas de la ciencia y les librará de la humillante necesidad de recibir las oraculares enseñanzas de “inteligencias” por lo general más flacas que las de los niños de la escuela. Así fundados y robustecidos, los modernos fenómenos merecerían la estudiosa atención y el respeto de quienes dirigen la mentalidad colectiva. Si el espiritismo rechaza este auxilio, ha de resignarse a vegetar igualmente repudiado, y no sin razón, por científicos y teólogos, porque en su moderna modalidad no es ciencia ni religión ni filosofía.

INFERIORIDAD DEL ESPIRITISMO

¿Somos acaso injustos? ¿Habrá algún espiritista de sano criterio que nos acuse de haber retorcido esta cuestión? ¿Qué podrá exponernos sino embrollo de teorías y mescolanza de hipótesis mutuamente contradictorias? ¿Será capaz de afirmar que el espiritismo, no obstante sus treinta años de manifestaciones fenoménicas, constituye una filosofía ordenadamente eslabonada ni siquiera algo con apariencias de método definido que acepten y sigan sus conspicuos representantes?

Sin embargo, esparcidos por el mundo hay profundos eruditos y entusiastas escritores espiritistas que, además de la científica disciplina mental y de la razonada fe en el fenómeno por sí mismo, reúnen los requisitos necesarios para dirigir el movimiento. ¿Por qué se abstienen de colaborar en la formación de un sistema filosófico y se limitan a publicar obras aisladas o a colaborar en la prensa? No ciertamente por falta de valor moral, del que dan prueba en sus escritos, ni tampoco por indiferencia, pues sobrado entusiasmo hay en su campo y están convencidos de cuanto hacen, ni siquiera por falta de capacidad, ya que hombres hay entre ellos que pueden igualarse con los más esclarecidos talentos. Es porque, casi sin excepción,

les confunden las contradicciones con que tropiezan y esperan que futuras experiencias confirmen sus aventuradas hipótesis. Tal es, sin duda, el método de investigación científica; el que siguió Newton al diferir por diecisiete años con el heroísmo propio de su noble y generoso ánimo la exposición de su teoría de la gravedad universal porque no estaba todavía plenamente convencido de ella.

El espiritismo, cuya índole es más bien agresiva que defensiva, acertó en sus tendencias iconoclastas; pero no tuvo en cuenta que demoler no es construir. Toda verdad realmente substancial que proclama, queda muy luego sepultada en confusas ruinas bajo un alud de quimeras. A cada paso que da el espiritismo, a cada nueva posición ventajose de que se apodera en el terreno de los hechos, sigue un desastre en forma de fraude o descrédito que le quita lo ganado y le reduce a la impotencia, pues los espiritistas *no pueden* y sus invisibles amigos *no quieren*, o tal vez pueden menos todavía, probar sus afirmaciones. Estriba su fatal debilidad en que sólo disponen de una hipótesis para explicar los tan combatidos fenómenos, o sea la actuación de los *espíritus humanos desencarnados*, a quienes rendidamente se sujeta el médium. Con vehemencia digna de mejor causa, atacan los espiritistas a cuantos discrepan de esta opinión y repudian todo argumento impugnador de su hipótesis como ofensa inferida a su buen sentido y a sus facultades de observación, por lo que ni siquiera accederán a discutir el asunto.

Así, pues, ¿cómo puede elevarse el espiritismo a la categoría de ciencia? La ciencia, según nos dice Tyndall, requiere para serlo tres condiciones necesarias: observación de los hechos, inducción de las leyes y reiterada comprobación experimental de estas mismas leyes. ¿Qué observador experto reconocerá en el espiritismo estas tres condiciones? El médium no está siempre en circunstancias de rigurosa comprobación, y por lo tanto las inducciones derivadas de los supuestos hechos carecen de elementos comprobatorios y son dudosas, con añadidura de que no las ha corroborado la experiencia. En suma, falta el primer elemento de certeza.

Para que no se nos inculpe de haber expuesto tendenciosamente la situación del espiritismo en los actuales momentos, ni de negar los progresos que verdaderamente haya hecho, apuntaremos que en la asamblea quincenal de los espiritistas londinenses, celebrada el 19 de Febrero de 1877 se suscitó un debate sobre el tema: *Pensamiento antiguo y espiritismo moderno*, en el que terciaron algunos de los más inteligentes espiritistas de Inglaterra, entre ellos Stainton Moses, quien había estudiado recientemente la relación entre los fenómenos antiguos y modernos. Dijo así:

HABLA UN ESPIRITISTA

El espiritismo vulgar no es científico y muy poco adelanta en el orden de la comprobación científica. Además, el espiritismo exotérico no va, por lo general, más allá de la presunta comunicación con amigos personales, del alimento de la curiosidad o de la mera exhibición de fenómenos... La verdadera ciencia esotérica del espiritismo es muy rara y tan rara como valiosa. De ella debiéramos extraer los conocimientos que hubiésemos de explanar exotéricamente... Imitamos demasiado el procedimiento de los físicos, y nuestras pruebas son bastas y con frecuencia ilusorias, de suerte que sabemos poquísimo de la proteica energía del espíritu. Los antiguos estaban en esto incomparablemente más adelantados que nosotros y mucho es lo que pueden enseñarnos. No hemos establecido con certeza las condiciones de experimentación según requieren indispensablemente las investigaciones científicas. Esto dimana principalmente de que nuestros círculos están constituidos sin sujeción a principios... Ni siquiera hemos comprendido las verdades elementales de los médiums. Tanto ocupó nuestra atención lo maravilloso, que apenas hemos catalogado los fenómenos ni siquiera expuesto una hipótesis satisfactoriamente explicativa del más sencillo... Nunca afrontamos la pregunta: ¿Qué es la inteligencia? Tal es nuestro escollo; tal nuestro más frecuente manantial de error, y aquí podríamos

aprender provechosamente de los antiguos. Los espiritistas repugnan admitir la posibilidad de las verdades ocultas. En este punto son tan difíciles de convencer como lo es el vulgo respecto del espiritismo. Los espiritistas parten del falaz principio de que todos los fenómenos derivan de la acción de espíritus humanos desencarnados y *no se han percatado de las potencias del humano espíritu*. Desconocen, los límites del campo de acción del espíritu y lo que en su interior subyace (107).

No cabe definir mejor nuestras afirmaciones. Si el espiritismo ha de ser algo en el porvenir depende de hombres como Stainton Moses.

Hemos terminado nuestra obra, y ¡ojalá la hubiésemos mejor cumplido! Pero a pesar de nuestra inexperiencia en el arte de componer libros, y no obstante la grave dificultad de escribir en idioma extraño, creemos haber dicho algo que perdure en la mente de los pensadores. Quedan contados y puestos en revista los enemigos de la verdad. La ciencia moderna, incapaz de satisfacer las aspiraciones de la humanidad, le arrebata toda esperanza y deja vacío el porvenir. Es, hasta cierto punto, como el *baitalpachisi*, el vampiro de la fantasía popular de los indos que vive en los cadáveres de cuya podredumbre se alimenta. Los más preclaros talentos de la época han restregado la teología cristiana hasta descubrir su urdimbre, y hemos visto que en conjunto es más bien subversiva que estimuladora de espiritualidad y sana moral, porque en vez de exponer las reglas de la ley divina y de la divina justicia, no habla más que de *sí misma* y antepone el espíritu maligno a la sempiterna Divinidad, de suerte que confunde a Dios con el diablo. “No nos dejes caer en la tentación” es la súplica de los cristianos. ¿Quién es el tentador? ¿Satanás? No va dirigida a él la súplica. Es aquel genio tutelar que endureció el corazón del rey de Egipto, que infundió el maligno espíritu en Saúl, que envió mendaces mesajeros a los profetas e indujo a pecar al rey David. Es el bíblico Dios de Israel.

Nuestro examen de la multitud de creencias religiosas que en una u otra época ha profesado la humanidad demuestra evidentemente el común origen de todas ellas, como si fuesen diversos modos de expresar el ardiente anhelo que las encarceladas almas sienten de comunicarse con las celestes esferas. Así como el prisma desompone la luz blanca en los colores del iris, así también el rayo de la verdad divina, al atravesar el triédrico prisma de la humana naturaleza, se quiebra en los coloreados fragmentos que se llaman RELIGIONES. Y así como los rayos del espectro se funden uno en otro por imperceptibles gradaciones, también así las teologías divergentes del centro original vuelven a converger en los cismas, herejías, escuelas y brotes surgidos de todos lados. En sintético conjunto, resumen la verdad eterna; separadas, no son más que sombras del error humano y signos de imperfección. El culto de los pitris védicos se convierte rápidamente en el culto de la porción más espiritual del linaje humano. sólo necesita la recta percepción de las cosas objetivas para el final descubrimiento de que el único mundo real es el mundo subjetivo.

El despectivamente llamado paganismo fue sabiduría antigua, de Divinidad henchida, y el cristianismo y el islamismo tomaron cuanto de inspirado tienen de su étnico padre el judaísmo. El induísmo prevédico y el budismo son la doble fuente de que brotaron todas las religiones. El nirvana es el océano donde todas han de verter.

Para los fines del análisis filosófico no hemos necesitado tener en cuenta las enormidades que han entenebrecido el recuerdo de muchas religiones del mundo. La verdadera fe es el vaso corporal de la caridad divina, y humanos y sólo humanos son los ministros de sus altares. Al hojear las sangrientas páginas de la historia eclesiástica, echamos de ver que siempre fue el mismo el argumento de la tragedia, aunque representada por distintos actores con diversos trajes.

Pero la noche eterna planeaba en todo y sobre todo, y nosotros pasamos de lo visible a lo invisible. Nuestro ferviente anhelo ha sido enseñar a las almas sinceras a descorrer el velo, para que en el resplandor de aquella Noche transmutada en Día contemplen serenamente la VERDAD SIN VELO.

Fin de la obra

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

La masonería moderna 3
Alegorías del Apocalipsis 4
Preceptos jesuíticos 5
La pastoral de Cambray 6
La mentira cohonestada 7
Profecía de Hermes 8
Las ánimas vivientes 10
Moral egipcia 11
Festines obscenos 12
El hombre según los egipcios 13
Hombres desalmados 14
Milagros budistas 15
Apología del regicidio 16
Sofismas antimasónicos 17
Degeneración de la masonería 18
Intemperancias de Weninger 19
Los modernos templarios 20
Los caballeros de Malta 22
Los templarios bastardos 22
El nombre misterioso 24
El venerable “Mah” 25
La carta de un masón 26
El templo de Salomón 27
La tau perfecta 28
Cifras secretas 29
Procedimientos criptográficos 31
Pronunciación del “Nombre” 32
Confusión de nombres 33
El nombre de Israel 34
Las tumbas de Gornore 35

CAPÍTULO SEGUNDO

El misterio del número siete 38
Significado del arco iris 39
El espíritu de los mantras 40
Los números uno, tres y siete 41
Máscaras sin cómicos 42
La clave del Rig Veda 44
Sabios indos y europeos 45
El domingo cristiano 46
Maldición alegórica 47
Día y noche de Brahmâ 48

Simbolismo de Noé 49
El diluvio según los indos 50
Los vedas y el diluvio 51
Fábulas y leyendas 52
Tergiversación de textos 53
Época de Zoroastro 54
Pobladores de la India 55
Idiomas semíticos 57
Divinidades solares 57
El Mesías prometido 58
Sargón y Moisés 60
Noé y el arca 61
Eva-Lilith y Eva 62
Simbolismo de la serpiente 63
Adán prototipo de Noé 64
Los patriarcas bíblicos 65
Simbolismo de la cruz 66
Simbolismo del Zodíaco 67
El signo zodiacal “Libra” 68
Genealogías de Caín y Seth 69
Rueda de Ezequiel 70
Simbolismo de Libra 72
Épocas geológicas 72
Equivalencias entre los patriarcas 74
Alegorías talmúdicas 75
El hombre arquetípico 76
Querellas de eruditos 77

CAPÍTULO TERCERO

Misioneros cristianos 79
Origen de la demonología 80
Cristo y el diablo 81
Sinónimos de Satanás 82
El dios Tiphón 83
La tentación de Jesús 84
Satán en el poema de Job 85
Personificación de los dioses 86
El mito de la serpiente 87
Misterio de Demeter 88
Alegorías del libro de Job 90
La iniciación y el libro de Job 91
Adulteración del libro de Job 92
El hierofante en el libro de Job 93
El libro de Job y el libro de los muertos 94
Moderno concepto del diablo 95
Excursiones de Satanás..... 96
Vaticinios de la encarnación 97
Concepto del infierno 99

Dualidad de los dioses solares 99
El mito del dragón 101
Poéticas figuras de Luzbel 102
El cáliz de Agathodemon 103
El descenso a los infiernos 103
La derrota de Satanás 105
Carino y Lencio 106
Evangelio de Nicodemo 107
El credo de Taylor 108
Sacrificios humanos de Israel 109
Perseverancia de los judíos 110
Opinión de Wilder 111

CAPÍTULO CUARTO

Imputaciones de ateísmo 114
Artimañas de los misioneros 115
Rito funerario de los Vedas 116
Los instructores del mundo 117
Los tres salvadores 118
Identidad de Krishna y Cristo 119
La rueda de la ley 120
Crítica del perdón 120
Sacrificio de Jesús 121
Cruel doctrina de Calvino 123
Osiris y Jesús 124
Episodio de la samaritana 126
Fracaso de los misioneros 127
El misterio de la anunciación 128
Advenimientos de Krishna y Cristo 128
Krishna crucificado 130
La transubstanciación 131
Carácter de Jesús 132
La transmisión de vida 134
El segundo nacimiento 134
Propiedades mágicas de la sangre 135
Creencias de los yakutes 136
Necromancia eslava 138
Prácticas de los yezidis 138
Influencia clerical en la India 140
Cristo según el apóstol Pablo 141
Insinuaciones de Loubère 142
La leyenda de San Josafat 143
Lamaísmo y catolicismo 144
Referencias de Jacolliot 146
Mendicantes y mendigos 146

CAPÍTULO QUINTO

Los principios de la magia 148
Propiedades de algunas plantas 149
Clarividencia espiritual 150
Psicología de los arios 152
Proyecciones astrales 153
Operaciones teúrgicas 154
Aventura de un monje budista 154
El adepto y el niño 155
La incineración y el cuerpo astral 156
El oído espiritual 157
El lenguaje de las llamas 159
Reglas monásticas del budismo 160
El alma de las flores 161
Creencias populares 162
Los verdaderos fakires 163
Los todas de la India 164
Comunicaciones de los lamas 165
Facultades taumatúrgicas 166
Posibles descubrimientos científicos 167
Medicinas de los yoguis 168
El fakir y la tigre 169
Los samanes de Siberia 170
Escena mágica en Tartaria 171
Los juglares de la India 172
La consulta del espejo 173
La hechicería del soplo 174
Estigmas mágicos 175
Los blancos, ineptos para la magia 176
Inferioridad del espiritismo 177
Habla un espiritista 178
La verdad universal 180